



2

# LA VOLUNTAD

**Una historia de la militancia  
revolucionaria en la Argentina**

**Tomo 2 / 1969 - 1973**

EDUARDO ANGUITA  
MARTÍN CAPARRÓS



Lectulandia

El segundo volumen de *La Voluntad* comienza en mayo de 1969 y culmina en 1973 con la asunción a presidente de Héctor J. Cámpora. Junto a militantes que representan todo el arco político argentino y que provienen de todas las clases sociales, en estas páginas conviven las manifestaciones decisivas de la época: La llegadas del hombre a la Luna y el Che Guevara, Bob Dylan y Mao, el psicoanálisis y los curas tercermundistas, el rock nacional y la nueva sexualidad, la guerra de Vietnam y el feminismo, los grupos armados y el debate intelectual. De esta forma, *La Voluntad* es una postal de las expresiones concluyentes de una época mítica, controvertida y virulenta, y una profunda indagación sobre la existencia cotidiana de esos jóvenes revolucionarios. Es también la crónica de esos días, de las vidas posibles de vivir entonces, de su juventud, sus valores, sus sueños y sus peligros.

**Lectulandia**

Eduardo Anguita & Martín Caparrós

# **La voluntad 2. El cielo por asalto**

**La Voluntad 2**

ePub r1.0

Colophonius 04.06.2019

Título original: *La voluntad 2. El cielo por asalto*  
Eduardo Anguita & Martín Caparrós, 1998

Editor digital: Colophonius  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## **Biografía**

Eduardo Anguita nació en Buenos Aires en 1953. Por su militancia en el ERP, estuvo preso entre 1973 y 1984. Licenciado en Comunicación Social, es docente universitario y periodista en medios gráficos, radiales y televisivos. *La Voluntad* es su primer libro.

Martín Caparrós nació en Buenos Aires en 1957. Empezó a trabajar en el diario *Noticias* en 1973. Entre 1976 y 1983 se exilió en París (donde se licenció en Historia) y Madrid. Ha hecho periodismo deportivo, cultural, taurino, gastronómico, político y policial en prensa gráfica, radio y televisión. Fue docente universitario, dirigió varias revistas, y sus artículos aparecen en diversos medios de América y Europa. Publicó novelas, libros de viajes y ensayos.

**Eduardo Anguita**  
**Martín Caparrós**

La Voluntad

*Una historia de la militancia  
revolucionaria en la Argentina*

Tomo 2 / 1969-1973  
El cielo por asalto

A MATILDE VARA,  
DESAPARECIDA EL 24 DE JULIO DE 1978:  
EN SU MEMORIA

## Sumario

### Uno

Mayo/agosto de 1969. Elvio Vitali: presentación. *La hora de los hornos*. Tosco, Alberti: tribunales militares. Karakachoff: escondiendo gente. Cambios en el gobierno. Casullo: despedido de *La Nación*. La revolución de la moda. Goldenberg: primera acción de las FAR. Walsh y *¿Quién mató a Rosendo?*. Muerte de Vandor. González: la cárcel. Daleo: Muerte de Emilio Jáuregui. El hombre en la Luna. Tosco, Alberti: presos en Rawson. Clausura de *Primera Plana*. Karakachoff: un juicio laboral.

### Dos

Septiembre de 1969/febrero de 1970. El Rosariazo. *Papillon* y la caída de De Gaulle. Daleo: presa en Morón. Secuestros de aviones. Elizalde: en Cuba. Muerte de Ho Chi Minh, la matanza de My Lai. Tosco, Alberti: liberados. Aparece Almendra. Molfino: un viaje a Santa Fe. Papeles de Walsh. Egea: casamiento y militancia maoísta. Depino: Punta del Este. Aparece *Último round*. Karakachoff: cierre de la revista de Alfonsín. Miguel Bonasso: presentación. Bonasso: jefe de redacción de *Extra*; entrevista a Ongaro. Obras sociales para los sindicatos. El Kadri: huelga de hambre, carta de Perón. Argentinos en París. Egea: organizando el frigorífico. Joan Manuel Serrat.

### Tres

Febrero/junio de 1970. Daleo: deja de militar; muere Juan García Elorrio. Acciones guerrilleras y violencia. Sanz: la estatización de una fábrica. Elizalde: fundación del GEL, primera acción. El doctor Spock y los nuevos bebés. Egea: fundación del partido. Estreno de *Z*. El Kadri: secuestro del general Aramburu. Lo buscan con brujos. Aparición de los Montoneros. Muerte de Aramburu. Arrostito y Firmenich cuentan el operativo. Pena de muerte en la Argentina. Golpe militar: el general Levingston reemplaza a Onganía. Casullo: el PRT condena la acción montonera.

### Cuatro

Junio/agosto de 1970. Bonasso: una denuncia de Neustadt. Situación internacional. Goldenberg: preparación de Garín. Daleo: toma de La Calera, primeras muertes. «Se nos coló una zurda». Karakachoff: aparece su revista



*En Lucha*; formación del Encuentro Nacional de los Argentinos. Ferreyra: conoce a Santucho; hacia la fundación del ERP. Rucci, secretario general de la CGT. Urien: simpatías peronistas. Sigal: colimba y secretos militares. El destino del Che. Goldenberg: la toma de Garín. Los límites del sexo. Egea: nace una hija, muere un compañero. Molfino: la colimba.

### **Cinco**

Agosto de 1970/febrero de 1971. Ferreyra: fundación del ERP; primera acción. Woodstock. Casullo: la vida literaria. Muerte de Abal Medina y Ramus. Casullo: Chile, asunción de Allende. La Hora del Pueblo. Ferreyra: casamiento e instalación en un barrio obrero. Papeles de Walsh. Vitali: un campamento tercermundista. Reportaje a las FAR. González: paso por las FAP. Secuestro de Martins y Zenteno. Molfino: contacto con la guerrilla. Mujeres trabajando. Vitali: un viaje a la pobreza. Situación económica. Casullo: prohibición de su primera novela.

### **Seis**

Febrero/marzo de 1971. Ferreyra: la militancia político-militar. Montoneros y Perón. Sanz: contacto con los Montoneros. Egea: conflictos en el frigorífico. La moda ecologista. Alberti: quedarse en los gremios. El Viborazo. Situación internacional. Córdoba tomada. Lanusse presidente.

### **Siete**

Marzo/julio de 1971. Lili Mazzaferro: presentación. Mazzaferro: muerte de su hijo Manuel Belloni. Revistas de izquierda. Molfino: bancario busca partido. Ongaro y Tosco presos. Molfino: incorporación al PRT. Aparece *La Opinión*. Vitali: política en la Facultad de Derecho. Borges antiperonista. Ramondetti: encuentro de curas tercermundistas. Solicitada contra secuestros. Egea: el vaciamiento de Swift. Elizalde: pase al ERP y novia nueva. La actividad guerrillera. El Kadri: desplazado de su organización. El caso Padilla. Casullo: el lugar del intelectual. Walsh contesta a Lorenzo Miguel.

### **Ocho**

Julio/septiembre de 1971. Luis Venencio: presentación. Venencio: primeras tentativas políticas. «Para matar a nuestros enemigos». Urien: la vuelta al mundo de fin de curso. Muerte de José Sabino Navarro. Ramondetti: la protesta social. El consumo cultural. Ferreyra: la caída de Santucho.

*Actualización política y doctrinaria para la toma del poder.* Casullo: la revista *Nuevo Hombre*. Instrucciones antisequestros.

### **Nueve**

Octubre/noviembre de 1971. Elizalde: muerte de una compañera. El cadáver de Eva Perón. Karakachoff: lanzamiento de Renovación y Cambio. Molfino: el ERP en el Chaco. Sanz: primeros actos públicos. Sexo y represión. Depino: muerte de Carlos Olmedo. Apoyo a la violencia. Egea: el asunto Swift-Deltec. Héctor Cámpora, delegado personal de Perón. Elizalde: secuestrado. Fidel Castro en Chile. Karakachoff: preso. Elizalde: traslado a Villa Devoto.

### **Diez**

Noviembre de 1971/mayo de 1972. González: la militancia barrial. *Las venas abiertas de América Latina*. Daleo: detenida; las contradicciones internas. Sigal: rentado por el partido. «El ocaso de Reagan». Urien: buscando contactos. Situación económica. Urien: el entrenamiento de un comando naval. El asesino serial Robledo Puch. Elizalde: una fuga. El IRA. Venencio: entra al astillero Astarsa. Papeles de Walsh. Mazzaferro: Urondo y las FAR. La publicidad como política. Depino: militancia universitaria. Goldenberg, Berlín: presos. La aeroísla. Sanz: el Mendozazo. Elizalde: secuestro y muerte de Sallustro. Ramondetti: secuestro y torturas a Norma Morello. Molfino: el ERP se reorganiza. La crianza moderna de los niños. Casullo: entra en *La Opinión*.

### **Once**

Mayo/agosto de 1972. Urien: hipótesis de guerra interna; un grupo peronista. Programa del ERP. Ferreyra: rescatar a los presos de Rawson. *Para leer al Pato Donald*. Molfino: el primer hijo. González: una unidad básica en Flores. *El padrino*. Ferreyra: preparación de Rawson. Lanusse y el cuero de Perón. Vitali: Nueva Chicago y la Juventud Peronista. Perón y Galimberti. Ferreyra, Goldenberg: últimos preparativos para Rawson. Bonasso: un acuerdo entre Timerman y Cámpora. Muerte de Carlos Capuano Martínez.

### **Doce**

Agosto/septiembre de 1972. La fuga de Rawson. Música y revolución. Los fugados en Chile. Rock por TV. La masacre de Trelew. Trotsky según Terragno. El velatorio de las víctimas. «Cinzano en el cambio». Los fugados a La Habana. El Kadri: huelga de hambre en la cárcel de Resistencia; traslado a

Rawson. Sui Generis y *Canción para mi muerte*. Urien: la formación de un grupo de tareas. Caída de Raúl Sendic. El Kadri: el buque-prisión *Granaderos*; encuentro con Sergio Berlín. Karakachoff: Alfonsín y el «radicalismo obrero». Matanza palestina en Munich. Casullo: los Montoneros.

### **Trece**

Octubre/noviembre de 1972. Urien: un alzamiento en la Escuela de Mecánica de la Armada. Di Tella y el peronismo en el ochenta. Sanz: Martínez Baca candidato a gobernador de Mendoza. Tensión en Chile. Ferreyra, Goldenberg: en Cuba. El ERP y Perón. Urien: el alzamiento es inminente. Daleo: separación, terapia, facultad. Perón y su pueblo. Urien: la acción. El feminismo. Llegada de Perón. Cafiero y Rockefeller. Vitali: «La Casa Rosada cambió de dirección». Perón y los políticos. Urien: la represión. Karakachoff: internas radicales. La clase media según T. E. Martínez. González: preso.

### **Catorce**

Noviembre de 1972/marzo de 1973. Venencio: una agrupación en Astarsa. Situación económica. Mazzaferro: detenida con Urondo y familia. Uruguayos en la cordillera. Bonasso: la candidatura de Cámpora. Sanz: la candidatura de Martínez Baca. Perón, la juventud y las bombas. Bonasso: secretario de prensa de la campaña electoral. Galimberti y la toma del poder. Vitali: euforia y política universitaria. Programa del FREJULI. Ferreyra: en Praga. Molfino: diferencias con el ERP. La moda del verano. Bonasso: la campaña electoral. Venencio: un muerto en el astillero. El tango vuelve. Egea: Tosco versus Rucci. Ferreyra: de vuelta en la Argentina, sancionado. Molfino: una reunión nacional. Las drogas y la izquierda. Vitali: acto en Independiente. Música y películas. Sanz: ataques peronistas. El Kadri: esperando en la cárcel. Las elecciones del 11 de marzo. El festejo.

### **Quince**

Marzo/mayo de 1973. Sanz: peleas por el poder. Urien: amenazas en el penal. El Kadri: la visita del gobernador. Walsh y un concurso literario. González: la Organización. Bonasso: una conferencia para Menem; mucha gente nueva. La televisión no cambia. Vitali: la Juventud Universitaria peronista. Karakachoff: las cuentas pendientes. Bonasso: peleas por el poder; la UES, Galimberti y las milicias populares; desgracia de Galimberti. Situación internacional. Ramondetti: una huelga tabacalera. Sanz: la formación de un gabinete.

Aparece *Crisis*. Sigal: preparando el XIV Congreso. Fernández Palmeiro y el almirante Quijada. Atentado contra *Jesucristo Superstar*. Elizalde: la dulce espera. El ERP y el gobierno democrático. Tosco, Alberti: la Comisión Intersindical. Las FAP matan a Kloosterman. Casullo: con Debray. Grondona y la derecha con Perón. Daleo: la emoción. Cámpora con Dorticós. Aparece *El Descamisado*.

### **Dieciséis**

25 de mayo de 1973: Cámpora presidente.

### **Índice onomástico**

## Uno

—Elvio, otra vez se me enfrió la comida. ¿Dónde estabas?

—En lo de doña Ester, mamá, mirando la tele.

—¿Había un partido?

—No, mamá, el noticiero.

—¿Y desde cuándo te interesan tanto los noticieros?

—¿Pero vos no viste lo que está pasando en Córdoba, mamá? Es de locos. Tienen la ciudad patas para arriba. Viene la policía y los tipos en vez de correr los enfrentan a piedrazos. Los hacen recular, vieja, no se puede creer. Por fin alguien que les hace frente...

El sábado anterior, a eso de las dos de la mañana, Elvio Vitali estaba en un banco del parque de Domínico, besando todo lo posible a una chica que acababa de conocer en un baile en Sarandí, cuando sintió una luz en los ojos y, al mismo tiempo, una voz cachadora:

—No manotíes así, nene, que te van a cobrar jáns.

Elvio levantó la cabeza y vio a un par de policías de la provincial que lo miraban desde detrás de una linterna. La chica se asustó y salió corriendo: cuando Elvio quiso levantarse, uno de los agentes lo sentó de una piña. Elvio se cayó sobre el banco, medio desmayado, y alcanzó a soltar una puteada. Elvio acababa de cumplir dieciséis y no pesaba más de sesenta kilos. El agente lo sacudió de nuevo. Su compañero, mientras, había corrido detrás de la chica y ahora volvía, triunfante, agarrándola del cuello.

—¿Así que te querías garchar a esta menor de edad? Pero mirá si serás turruto, che. Esto no se va a quedar así. A ver si se van a creer que pueden cagarse en la moral y en las buenas costumbres, carajo...

Elvio seguía medio turulato, derrumbado sobre el banco, y los miraba de abajo. Los policías lo insultaron un rato más y, tras un par de cachetadas, decidieron retirarse. Elvio se paró: la mandíbula le dolía como una muela rota y la chica le pidió que la acompañara hasta la parada del colectivo. Caminaron en silencio y sin mirarse. Hacía frío. Elvio rumiaba puteadas y venganzas. Hasta entonces no le había tenido bronca especial a la policía: en Villa Domínico se la veía poco. No solía haber robos ni peleas y un crimen era algo de otro mundo; la primera vez que Elvio había visto un policía había

sido, varios años antes, cuando apareció un perro rabioso en un baldío y un vecino fue a llamar a un agente. El uniformado se presentó, desenfundó la pistola reglamentaria, miró por última vez las babas tristes del animal y le voló la cabeza de un cuetazo. Los chicos del barrio miraban desde lejos.

Elvio Vitali había nacido en Villa Domínico el 26 de marzo de 1953. Su padre, Antonio, era un italiano de Recanatti, republicano, que se había pasado ocho años a regañadientes en el ejército fascista hasta que cayó prisionero en un campo americano, donde pudo retomar su oficio de ebanista. En 1948, con una visa americana y un poco de dinero en el bolsillo, se embarcó para Buenos Aires: su madre le había encargado que convenciera a un hermano díscolo de volver a Italia y él, después, seguiría viaje a los Estados Unidos. Pero se enamoró de una chica de Flores, Beba, diez años menor, se casó, empezó a trabajar y, al cabo de un tiempo, pudo poner una casita y un taller en Domínico.

A principios de los sesenta, al ritmo del desarrollismo de Frondizi, el taller de don Antonio se había convertido en una pequeña fábrica de muebles con más de una docena de obreros. Villa Domínico era un barrio que se estaba haciendo. Sus vecinos eran trabajadores que suponían que si se esforzaban y ahorraban podrían mejorar sus condiciones de vida, y lo conseguían. Así fueron trayendo el asfalto, el agua corriente y, después, el alumbrado público y el teléfono. La Argentina creía en esas cosas. Elvio tenía diez años: a veces se acercaba a la esquina donde los vecinos se reunían para discutir cómo asfaltarían esta calle o completarían aquel desagüe.

La escuela también se iba haciendo de a poco, con la ayuda del barrio. La directora era una maestra peronista que se llamaba Yorga Salomón y se había hecho famosa contestando en *Odol Pregunta* sobre la vida del caudillo entrerriano Pancho Ramírez. La señorita Salomón era una mujer enérgica, capaz de pegarle cuatro gritos a cualquiera para conseguir lo que su escuela necesitaba. En 1965, cuando le llegó la invitación para participar en *La Justa del Saber*, un programa de preguntas y respuestas para estudiantes en radio El Mundo, decidió mandar a Elvio. Elvio estaba terminando sexto grado y no era el mejor de su clase, pero la directora pensó que sería el más apropiado.

La señorita Salomón se pasó todo el verano preparándolo: le enseñaba, más que nada, historia argentina con una perspectiva revisionista, y le hablaba de Rosas y Perón. Elvio ya había llegado hasta las semifinales cuando Julio Bringuer Ayala le preguntó cuál era la confesión que, según la Constitución Nacional, debía tener el presidente de la república, y Elvio no supo contestarle.

—Católica, apostólica y romana. Es una lástima, Vitali. De todas formas lo felicito. Lo ha hecho muy bien.

La señorita Salomón habló con los padres de Elvio para decirles que el chico era inteligente y valía la pena mandarlo a un buen colegio. Ya era tarde para pensar en el Buenos Aires, y lo anotaron en el Santa Catalina, en Constitución. Los Vitali no eran religiosos, y Elvio ni siquiera había tomado la comunión, pero se suponía que los salesianos eran buenos educadores.

Fue un cambio radical. Hasta entonces, Elvio había salido poco de Domínico. Tres años antes, los Reyes le habían traído la bicicleta. La bici era difícil de conseguir, como la pelota de cuero o los botines, pero era la llave de la libertad. Con la bici, en verano, los chicos del barrio podían ir a comerse un helado a la Mickey, o una pizza al centro de Avellaneda o lanzarse, a través de Mitre y las vías del tren, hasta la costa del río, a más de treinta cuadras. En la costa había quintas con frutales y se podía meter las patas en el agua. Y, con suerte, había alguna chica que quisiera ir y no tuviera bicicleta.

Si no, siempre estaba la esquina. Los muchachos del barrio paraban en la esquina de la casa de Elvio, delante del almacén de Moncho. Ahí estaban, mezclados, los más chicos y los más grandes; ahí se jugaba al truco, al monte, se tomaba cerveza y se charlaba de fútbol y mujeres. Ahí, Elvio decidió que sería de Independiente para siempre. Ahí escuchó por primera vez a los tipos que contaban cómo se habían cogido a una negra a la salida del baile de Solano, lo que significaba un par de buenas gomas, el valor en la cama de un buen culo, y se excitaba como loco. Ahí, empezó a aprender los pasos de moda, que los mayores les enseñaban con la portátil que pasaba canciones de los Beatles o los Iracundos. Después empezó a ir a los bailes: al principio miraba, para aprender, o se pasaba el rato jugando al metegol, hasta que se atrevió a sacar a una morocha y empezó a entreverarse en algún rock and roll. En esos días, Elvio tuvo su primer bluyín. Era un Far West, y por más que lo lavó siete veces con el cepillo de acero en la bañadera, no consiguió que se le destiñese. Hasta que el padre de un pibe del barrio, marinero en la flota mercante, le trajo el primer Lee importado. Cuando se lo puso, Elvio tocaba el cielo con las manos.

Elvio era bueno para el fútbol. Jugaba de wing derecho, bien sobre la raya y, de hecho, en el colegio salesiano, sus primeros éxitos se los debió a la pelota. Lo pusieron en el equipo del colegio y empezó a usar camiseta y a jugar con referís de la AFA en los intercolegiales. A mediados de 1966, mientras estaba en primer año, el golpe de Onganía fue una amenaza que hizo

peligrar un partido importante. Elvio se desesperó por unas horas, pero después les dijeron que el partido se jugaba igual.

El fútbol seguía siendo el mismo en Domínico que en la canchita de los curas, pero el resto de la vida en el colegio era bien diferente. Era la Capital: un mundo aparte. Los chicos venían de Monserrat, del centro, sus padres eran médicos o ingenieros, vivían en departamentos con ascensor y alfombras, leían, iban al cine se compraban discos. Elvio, al principio, estaba fascinado, le parecía que le iba a costar mucho llegar a ser parecido a ellos. Cuando lo marginaban, a veces pensaba que tenían razón, él era un bruto de la provincia; otras en cambio los mandaba al carajo, se decía que cualquier pibe de su barrio era más piola que el más piola de ellos. Pero lo cierto es que Elvio tenía dos vidas: cada mañana se ponía el uniforme de saco azul con escudito y pantalón gris, el impermeable o el sobretodo que le había comprado su madre, y se iba al centro. En el barrio, nadie tenía sobretodo o impermeable. En el barrio nadie aprendía las cosas que él aprendía, ni veía lo que él veía, ni conocía esos lugares de la Capital.

A partir de tercer año, en 1968, los chicos del colegio empezaron a aceptarlo como a uno de ellos, y lo invitaban a sus bailes y asaltos. El Santa Catalina era de varones, pero siempre había hermanas y amigas de las hermanas, y Elvio se ponía el traje o los Lee bien gastados, según, e iba a esos departamentos con parqué, sillones tapizados de pana y tocadiscos Ranser, donde bailaba los últimos hits con chicas que sabían poner los codos entre sus tetas y el pecho del galán, en cada lento. Igual, Elvio sabía que las chicas del centro, las hermanas de sus compañeros, rubitas, bien vestidas, con buenos perfumes, con otro tipo de conversaciones, no eran para apretar demasiado. Con alguna de ellas, si acaso, podría ponerse de novio si le daba bola. Para apretar y pelear con botones de blusas, cierres de polleras, carteras que se caían, estaban las morochas de los bailes del sur, donde iba con los muchachos del barrio: el Palacio del Rolling, en Monte Chingolo, o esas salas de Quilmes, Wilde o Sarandí donde no se podía salir a bailar a menos que uno fuera bueno en serio. Elvio practicaba todo lo posible, y se las arreglaba. Al final, hasta se atrevió a ir al Cramer de Sarandí, un boliche donde había que romperla: iban esos flaquitos con pantalón tan bombilla que se lo tenían que poner con talco y pulóver cortito rojo de escote en ve. En esos bailes, a veces Elvio podía llevarse a alguna chica a la otra cuadra, a besarse y apretar durante un rato largo. Las morochas sí que iban al frente, aunque fuera hasta ahí.



Los pibes del colegio sabían más, y vivían mejor, pero nunca llegaban a apretar así. Y de coger ni hablar. Elvio ya tenía dieciséis años, y muchas ganas de ver cómo era eso. Ese verano había trabajado bastante en la mueblería de su padre, tenía plata, y quería debutar. Para eso, los del centro estaban fuera de juego; los del barrio la sabían mejor, eran mucho más piolas.

Esa tarde, Elvio se bañó dos veces, se llenó de desodorante, se puso los Lee que ya estaban a punto de agujerarse y se encontró, en la esquina, con otros cuatro amigos. Uno estaba siguiendo el industrial, otro pensaba largarlo en esos días, otro ya había empezado a trabajar en un taller mecánico y el cuarto era tres años mayor, electricista. Y habían decidido que ése sería el día.

—¿Che, pero estás seguro de que nos van a dejar entrar?

—Sí, macho, no te hagás problema. Te lo digo yo.

El kilombo quedaba en la calle Suspisiche y era una casa vieja con un patio en el medio. A Elvio le tocó tercero, y se pasó veinte minutos muerto de nervios esperando que le llegara el turno. La mina era la misma para todos: una mujer que a Elvio le pareció veterana y debía andar por los veintiocho.

—¿Así que es la primera vez, pibe?

—Bueno...

—No te preocupés, que yo te llevo.

La mujer ni siquiera se sacó el corpiño, y el encuentro fue más que breve. Elvio se volvió a vestir: estaba tan feliz de haberlo hecho. El lunes, cuando volvió al colegio, los miraba a todos con un poquito de desprecio, y tardó como dos días en contárselo a su compañero de banco.

—¿Pero qué sentiste?

—De todo, estuve como media hora encima, impresionante, vos no sabés lo que es un buen par de gomas todas para vos.

—Qué bárbaro Domínico, che. Así que todo sin problema.

Elvio ya estaba en cuarto, en 1969, cuando cambió el director del Santa Catalina. El nuevo era un salesiano progresista, que organizó grupos de jóvenes para reflexionar sobre sus problemas: la carrera, el sexo, la vida del cristiano. A esos grupos también iban chicas de otros colegios, y las discusiones se hacían interesantes. Elvio empezó a pasar más tiempo en el colegio. Además, había un laico que atendía la santería del colegio, en la esquina de Piedras y Brasil, y Elvio solía ir, con otros compañeros, a charlar con él. Lo llamaban Gaudem, porque siempre citaba la encíclica *Gaudem et Spes*, y les hablaba de Perón, del pueblo, de los pobres, de la igualdad que no existía. Y, de vez en cuando, se calentaba y decía que a estos milicos habría que meterles una bomba en el culo. Elvio lo escuchaba con cierta sorpresa,

pero empezó a leer las páginas de política del *Clarín*: hasta entonces, sólo leía los chistes y los deportes.

Y cuando fue la semana de ejercicios espirituales, una de las charlas la dio un cura rubio, joven, que hablaba muy bien y les dijo que había sido un chico del barrio Norte hasta que se hartó de todo ese mundo de falsedad e hipocresía y eligió dedicar su vida a los pobres:

—Yo fui antiperonista hasta los veintiséis años, un gorila como se dice, y mi proceso de acercamiento al peronismo coincidió con mi preocupación por el justo, como sentía Jesucristo, por el que no tiene nada. Fue cuando me di cuenta de que en la Argentina los pobres son peronistas. Y que eso no es una casualidad, y tampoco un dato más. Ellos creen en Dios, pero ellos también creen que políticamente hubo un tiempo mejor, y que vendrá un tiempo mejor, y a ese recuerdo y a esa esperanza la llaman peronismo.

El padre Carlos Mugica no les hablaba desde el escritorio: se había sentado en una silla y lo suyo era más una charla que una clase. Tenía los ojos claros y les decía que lo importante en la vida era elegir entre tener o ser:

—... y para ser, según las enseñanzas de Jesús, hay que comprometerse con la causa de los pobres, de los que nada tienen. Recuerden lo que les digo: tener es lo contrario de ser, y ya nos ha llegado el momento de elegir, porque si no elegimos la vida va a elegir por nosotros...

Elvio se quedó prendado de esa idea, y esa tarde se pasó horas discutiendo con dos amigos sobre lo que había dicho el cura. Esas palabras le sonaban diferentes, no habían sido como el resto. Había un compromiso cristiano, y además un compromiso político. Lo asumías o lo dejabas pasar, pero de una u otra forma no te podías después hacer el boludo, el distraído, decían. Entre varios buscaban la mejor interpretación de lo que habían escuchado. Eran ideas nuevas, diferentes, y querían estar seguros de que podían entenderlas, de que, alguna vez, harían algo con ellas. Elvio le siguió dando vueltas a la cosa: sentía que el cura le había despertado algo dormido. Aunque no por eso dejó de ir a los bailes del sur, a apretar morochas. Y después aquella noche esos dos canas le dieron duro en la plaza. Cuando a los pocos días vio por la televisión a toda esa gente en Córdoba que hacía retroceder a los botones, le pareció que él también habría tenido que ser uno de ellos.

**Mayo de 1969.** Hacía varios meses que la película recorría con gran repercusión el circuito de festivales europeos y americanos, pero la presentación en la Semana de la Crítica del Festival de Cannes era una especie de consagración definitiva. *La Hora de los Hornos* era la obra de dos

argentinos de alrededor de 30 años, Fernando Pino Solanas y Octavio Getino, y representaba una novedad absoluta en las formas de hacer cine político. Duraba seis horas, y sus tres partes intentaban un repaso amplio de la historia argentina y ofrecían propuestas muy concretas para un cambio revolucionario. *La Hora de los Hornos* había sido filmada con un equipo mínimo, en condiciones semiclandestinas y con el dinero que Solanas iba retirando de su actividad como publicitario de éxito. Y, dada la situación en el país, tuvo que ser compaginada en Italia.

En la Argentina se proyectó clandestinamente durante mucho tiempo. En Cannes pudo verla el enviado especial de la revista *Gente*, Samuel Chiche Gelblung, que escribió que «esta vez el escándalo vino del brazo de una película argentina: *La Hora de los Hornos* (...). La sala repleta. Todos los críticos extranjeros, muchos estudiosos del cine, cineastas y directores. Había en total siete argentinos. Entre ellos este enviado. Cuando a la tarde finalizó la exhibición total se desató el escándalo. Horas después, el embajador argentino en Francia, Aguirre Legarreta, enviaba una carta de protesta por considerar que esa película era un atentado contra el país. Hay que aclarar que el embajador no estuvo presente cuando se dio la película, pero se enteró de su contenido por un llamado telefónico realizado por Gloria Alcorta, enviada especial del matutino *La Prensa*, y por Luisa Mercedes Levinson, su colega de *La Nación*.

»*La Hora de los Hornos*, más que un atentado contra la Argentina, es una calumnia larga; es una especie de panfleto de poca calidad: es un conjunto de falsedades pegadas en una moviola, con datos estadísticos falsos y con imágenes que no responden a la realidad; es indignante y, además, muy mala como película. Lo más triste del caso es que la mayoría de los que allí estaban no conocen la Argentina y, desde luego, en mayor o menor grado, creen al pie de la letra lo que allí se dice y piensan que eso es la Argentina.

»Pretende hacer nuestra historia. Comienza con la actualidad. Año 1967. Toma imágenes de algunos disturbios callejeros y a partir de allí arranca con un subtítulo que dice “La violencia cotidiana”. De esa escena pasa a una secuencia en la que muestra la hora de entrada y salida de un frigorífico con los obreros marcando sus tarjetas de control de horario en los relojes. Y una voz en off hace reportajes sobre desocupación, explotación y violencia. (...) A cada escena se le agregan textos que analizan el peronismo y proponen como única “salida” argentina la lucha armada, la rebelión popular y la guerrilla continental, aconsejada por la reunión de OLAS en La Habana. Pasa por todas las actividades de la vida argentina. En todas ellas elige sin ninguna

subjetividad sus imágenes y destaca valores que de ninguna manera son toda nuestra verdad. Cuando vuelve a la miseria muestra las escenas de un entierro en el cementerio de Tilcara, en Jujuy (...). Todo es negro. Ya más que falsedad, es el producto de una visión negativa y antiargentina, hecha “ingenuidad” —si no tuviera intenciones claras uno podría pensar que es eso — y muy pésimo gusto.

»Eso no es cine. Y eso tampoco es Argentina. En suma, una vergüenza para nuestro país».

En ese mismo número, la revista *Gente* empezaba a publicar la historieta *El Eternauta*, de Héctor Oesterheld y Alberto Breccia. En esos días, el diario *Le Monde* decía que *La Hora de los Hornos* era «la gran renovación que el cine político estaba esperando desde los tiempos del *Acorazado Potemkin*». En la Argentina, las miles de funciones clandestinas solían terminar en discusiones y actividades: fue, quizás, la primera película entendida como una forma de intervención directa, una manera de producir efectos reales en el mundo que describía.

Esa misma mañana del sábado 30, en el comando del Tercer Cuerpo de Ejército, seguían los juicios sumarísimos del Consejo de Guerra. Nadie sabía la cifra exacta, pero se comentaba que había como dos o tres mil detenidos. Alberti se había pasado la noche en un barracón, tirado en el suelo, hasta que lo llamaron junto con otro preso:

—Alberti y Canetti...

El Flaco Canetti era del gremio de la construcción: había sido secretario general, un militante del PC respetado por sus posturas combativas. Los esposaron y se los llevaron hasta un cuarto, donde les empezaron a tomar declaración. Tras las preguntas de rigor, el que llevaba la batuta le pasó la palabra a otro oficial, uno delgado con anteojos, que oficiaba de defensor de Alberti:

—¿Usted está de acuerdo con el gobierno de Onganía?

—¿A mí me pregunta eso...?

—Bueno, si usted hace una buena declaración eso puede ser de ayuda para la resolución del tribunal.

El fiscal, con cara de placer perverso, se paseaba por la habitación como un granadero. El defensor siguió tratando de ayudar al reo:

—¿Y usted qué hizo durante los episodios?

—Yo fui a andar un rato por la calle, pasé por el sindicato, volví a salir.

—¡Usted era correo!

Saltó el fiscal.

—¿Correo...?

El defensor volvía con su argumento:

—Pero, diga en qué cosas está de acuerdo con el gobierno...

A la hora y media, Alberti estaba de vuelta en el barracón. Le dieron un plato de guiso cuartelero, lo primero que comía en treinta y seis horas, y lo volvieron a llevar al cuarto del Consejo. El fiscal tenía una sonrisa suave:

—Bueno, la sacó barata. Ocho años.

El oficial que hacía de juez le entregó a Alberti un papel con la sentencia. A las apuradas, el reo leyó los fundamentos y vio escrita la palabra correo.

—Firme acá.

«En disconformidad. Felipe Alberti».

Al otro día Alberti, Di Toffino, Grigaitis y Ortiz, todos dirigentes de Luz y Fuerza, fueron trasladados en un avión militar al penal federal de La Pampa. Ahí los pelaron y los metieron en un pabellón. Cuando los sacaron al recreo se encontraron con Agustín Tosco, Elpidio Torres y otros protagonistas del Cordobazo.

—¡Gringo, qué alegría!

—Bueno, la verdad que podríamos habernos encontrado en otra parte, Felipe.

—¿Cuánto te dieron?

—Ocho años y tres meses.

—Un suspiro.

Los presos trataban de reírse y les salía más o menos.

—¿Sabés que el que nos batió fue el turro del Halcón?

A Alberti se le hincharon las venas de bronca:

—Hijo de puta...

—Por un plato de lentejas: sólo a cambio de que no le hagan nada a él. Pero de ésta nosotros no nos salvábamos, Felipe. Ayer ya empecé a escribir en un cuaderno, ya voy por las veinte páginas. Se las vamos a seguir.

—Gringo, ¿qué les dijiste a los del tribunal?

—Mirá, les dije que el pueblo apeló a la violencia porque está harto de la dictadura, y les recordé que los obispos, el año pasado en Medellín, habían dicho que «la violencia en manos de los pobres es justicia», o algo así. Lo de los obispos no les gustaba nada, viste que ellos son tan chupacirios.

Elpidio Torres, que paseaba con ellos, dijo:

—No sé cómo, pero a mí no me van a tener cuatro años acá adentro.

Cuando Alberti y Tosco se quedaron solos, Alberti aprovechó:

—Mirá, tenemos dos concepciones distintas: éstos van a tratar de negociar, porque ellos apoyaron el golpe, más participacionistas, menos participacionistas, pero lo apoyaron. Y nosotros luchamos para hacerlos mierda. Ésta es la verdad, Gringo.

Dos días después, llegó a la cárcel Fernando Torres, abogado de la UOM nacional y de la CGT de Azopardo, defensor de Vandor en el caso Rosendo García, y se reunió con Elpidio Torres y con Agustín Tosco.

—Vení Felipe, tengo que contarte algo. El guaso este del abogado vino acá a ofrecernos una escupidera. Dice que si nos callamos la boca por unos días, puede hacer que nos lleven de nuevo a Córdoba. Habló por separado con Elpidio, le planteó lo mismo y él también lo sacó vendiendo almanaques. Así que quedamos en largar una declaración firmada por todos los presos del Cordobazo para cerrar filas.

En el número siguiente de *Siete Días*, Tosco y Torres daban una entrevista conjunta. Cuando les preguntaron por los tribunales de guerra, Torres dijo:

—Eso no fue un juicio; si hasta llegaron a tantearnos para que detengamos la lucha a cambio de una contemplación favorable para nuestra situación. Por supuesto, ninguno de nosotros entró en el juego.

Y Tosco:

—Lo único que tenemos para proponerle al movimiento obrero es la continuidad en la lucha contra el gobierno y fundamentalmente contra el participacionismo, que es el peor enemigo de la clase trabajadora; manifestarse por la plena vigencia de los derechos obreros y de los derechos humanos; acuerdos para la unidad únicamente en la lucha y no desde el punto de vista formal: si no hay lucha no debe haber unidad con nadie.

Al final, el periodista les dijo que se decía que había sido torpe su actitud al dejarse detener, y Tosco le salió al cruce:

—A quienes nos reprochan no habernos escondido, les contestamos que como dirigentes teníamos que correr los mismos riesgos que nuestros compañeros perseguidos encarcelados y golpeados. La conducción no puede ejercerse de otra manera que no sea a cara limpia, y no en la comodidad de un escondrijo.

Uno de los guardiacárceles que acompañó al periodista le dijo que trataba de congraciarse con sus nuevos presos:

—Hay que tratarlos bien: alguno de éstos puede ser el presidente de la Nación el día de mañana.

Los presos recibían diarios y revistas. Por esos diarios se enteraron de que Dardo Cabo, jefe del Operativo Cóndor, había salido en libertad. El segundo

fin de semana llegaron sus familiares desde Córdoba. El horario de visita empezaba a las tres de la tarde: los familiares fueron a comer un asado a la sede de Luz y Fuerza de Santa Rosa y, cuando hicieron cola en la puerta del penal, con los documentos en la mano, un oficial vestido de gris les informó:

—Todavía no van a poder entrar, porque la cárcel está en desinfección.

Tardaron más de cuatro horas en decirles que, en realidad, los habían trasladado. El gobierno reaccionaba ante las diversas declaraciones: Elpidio Torres y varios más pasaron a la cárcel federal de Neuquén; Tosco, Alberti y compañía, al penal federal de Rawson.

—Sergio, me va a tener que hacer un favor.

—Sí, Hipólito, lo que diga.

—Vea, le he sugerido a Ongaro que tome algunas precauciones; y me gustaría que usted tenga la gentileza de acompañarlo... No sé, a algún lugar donde la policía no lo encuentre.

—Cómo no, Hipólito.

Los modales de Hipólito Solari Yrigoyen eran tan sobrios, tan caballerescos, que ese 30 de mayo infundían tranquilidad. Sergio Karakachoff y Ricardo Cornaglia estaban en el estudio de Jorge Garland, en Viamonte y Suipacha, impresionados con los sucesos de Córdoba. Solari Yrigoyen, que era abogado de los gráficos y de la CGTA, se había llevado de la sede de Paseo Colón a Raimundo Ongaro y a Antonio Scipione y los tenía en un barcito a la vuelta del estudio.

Scipione era secretario general de la Unión Ferroviaria, radical. Honesto, combativo, querido por los peronistas y mirado con recelo por la cúpula partidaria cuando se largaban los conflictos. En una mesa del fondo, Scipione estaba escondido detrás del diario *La Nación*; el camuflaje de Ongaro era un par de anteojos negros. Los dos se subieron con Cornaglia y Karakachoff al Citroën del Ruso y encararon para el sur. Al cruzar a la provincia, el vigilante de la garita del puente Pueyrredón les puso el ojo, pero el Ruso hizo rugir el motor del 2CV y lo metió atrás de un camión con acoplado. Cuando llegaron a una casa en Quilmes, Scipione lo sorprendió:

—El que quedó muy conforme con usted, Karakachoff, fue Cachito.

—La ley de contratos de trabajo es muy clara...

Sergio había defendido a un delegado ferroviario echado con los planes de racionalización. Presentó su demanda amparado en los fueros gremiales y Cachito Pérez recuperó su puesto de trabajo. Pero con las condenas de los tribunales militares en Córdoba y el pedido de captura que pesaba sobre la

dirigencia de la CGTA, Scipione sabía que las cosas se habían puesto mucho más pesadas.

—Sí, pero ahora no hay ley ni Cristo que nos ampare.

Ongaro tampoco la veía fácil:

—Si al Gringo Tosco le dieron más de ocho años, ¿a nosotros qué te creés que nos van a hacer?

Karakachoff y Cornaglia escuchaban en silencio y sabían que no era momento para intentar consuelos. La tarde se hizo larga, hablaron de fútbol y de caballos, pero Ongaro no se prendía mucho en cosas triviales y se mantenía bastante callado. Los abogados al rato se fueron y los dejaron en la habitación del fondo, con promesas de que les iban a llevar una muda de ropa limpia. Cuando Cornaglia se despidió del amigo de Quilmes que escondió a Ongaro y Scipione, le recomendó el más estricto silencio:

—Ojo, a nadie; que nadie se entere. Mañana acompañalos a la estación.

Tres días después, Ongaro, Scipione y Ricardo De Luca, del gremio naval y secretario de prensa de la CGTA, decidieron afrontar las consecuencias de la represión sin pasar a la clandestinidad. Una comisión policial, de civil, los detuvo cerca de la sede de Paseo Colón. Los soltaron pocos días después.

**Junio de 1969.** El sábado 31 de mayo, mientras Córdoba olía a goma quemada y el ministro Borda acusaba a la subversión organizada por los levantamientos de varias ciudades del interior, Krieger Vasena aprovechaba los calores de Nueva York para colocar 25 millones de dólares en títulos públicos argentinos en la Bolsa. Sus gestiones no se sacudían por los bombazos y las huelgas. Pero en los kioscos de Wall Street el *Daily News* trataba a Onganía de intolerante y se lamentaba del fracaso de la Alianza para el Progreso con que John Kennedy había intentado, a su manera, calmar las turbulencias latinoamericanas. El *Economic Survey* era más categórico y decía que «el plan económico de los militares argentinos ha fracasado». El *Financial Times* escribió que «ahora, la presencia firme y serena del presidente Onganía ha dejado también de ser una garantía para que reine la tranquilidad en toda la República». Al día siguiente, Krieger volvió a Buenos Aires manteniendo un récord indiscutido: veintisiete meses al frente de un ministerio que controlaba las dos áreas clave de Economía y Trabajo.

Hasta ese día el dólar seguía estable y sólo había habido un reajuste salarial del 8 por ciento en diciembre, para sortear las presiones sindicales. El martes 3 de junio, de nuevo en su despacho, el ministro se dio cuenta que el Cordobazo había cambiado las cosas. Ese día, las dos CGT seguían la



ofensiva iniciada con el paro nacional del jueves y viernes anteriores: convocaron a otra huelga para ese mismo viernes 6, reclamando un 40 por ciento de aumento salarial.

El miércoles 4, para poner paños tibios, voceros del gobierno dijeron que concederían un aumento, pero del orden del 15 por ciento. Esa noche, el general Onganía tuvo que salir a enfrentar la situación. Se puso anteojos cuadrados, traje oscuro y habló por la cadena de radio y televisión. Lucía más canoso que aquel 30 de junio de 1966, cuando habló por primera vez de la Revolución Argentina: «El gobierno hará los cambios necesarios para realizar la nueva etapa de la revolución. El gabinete nacional ya ha puesto sus cargos a disposición del Poder Ejecutivo». Al día siguiente, Adalberto Krieger Vasena dejó el gobierno y los sindicatos abrieron un compás de espera.

Se cerraba el ciclo iniciado en enero de 1967. De acuerdo a datos del Banco Central, durante 1967 el PBI había crecido el 2 por ciento, en 1968 el 5 por ciento, pero en los primeros cinco meses de 1969 había llegado al 7 por ciento. La inflación, con el dólar estable, se redujo: el año anterior había sido del 16,2 por ciento y la proyección de 1969 rondaba el 7 por ciento.

Pese al mayor ritmo de producción, la desocupación se mantenía en los mismos índices —entre el 8 y el 9 por ciento— porque, salvo en la construcción, el crecimiento se daba en los sectores industriales más concentrados. Las economías regionales, la pequeña y mediana empresa y los empleados públicos no participaban del *boom* de Krieger Vasena. Otro signo de que el auge económico favorecía al gran capital era que el salario real bajaba un 8 por ciento con respecto al año anterior. La caída de los ingresos de los obreros industriales era del 10 por ciento; los empleados públicos, el 16 por ciento. Los sueldos de los ministros y secretarios de Estado habían aumentado, en ese mismo lapso, en un 75 por ciento.

Después del Cordobazo, las cosas empezaban a ser distintas: el 11 de junio José María Dagnino Pastore reemplazó a Krieger Vasena en el Ministerio de Economía y el dólar perdió la estabilidad que Onganía mostraba orgulloso; los capitales salían del país y las reservas del Banco Central caían —700 millones de dólares en abril, 446 a fin de año. También bajaban en picada las inversiones en maquinaria productiva. Dagnino Pastore tenía un equipo de académicos prestigiosos pero no era, como Krieger, el hombre de confianza del gran capital. Y la situación del país no era la misma. Empezaba la descomposición política del gobierno de Onganía y el espacio de negociación con los sindicatos dóciles era cada vez más estrecho.

La solicitada protestando contra la represión de la policía y el ejército en Córdoba había salido en muchos diarios y tenía cientos de firmas, pero a Claudio Escribano la única que parecía importarle era la de Nicolás Casullo:

—Nicolás, cometiste un error grave. Acá está tu firma.

—Sí.

—Es como si hubieras firmado tu renuncia. A no ser que hables con Mitre y le digas que en realidad te pusieron, que no sabías nada.

—¿Cómo voy a hacer eso? Yo sabía, busqué firmas, incluso puse plata...

La oficina de Escribano tenía mucha madera de la buena: el hombre se ajustó la corbata con los dedos muy limpios. Parecía que no le gustaba lo que tenía que decir:

—Si no querés tener esa charla aclaratoria con Mitre, entonces se acabó. Tenés que irte del diario. Entiendo tu posición, pero la cosa no tiene remedio.

—Es una lástima.

—Yo en tu lugar haría lo mismo.

—Harías lo mismo, pero el que se queda en la calle soy yo.

Nicolás lo dijo por decir, y tardó como diez minutos en empezar a pensar que era cierto. Mientras ordenaba sus papeles empezó a preguntarse qué iba a hacer de su vida; un rato después, sentado con Mónica en un banco de la plaza San Martín, seguía preguntándose. Por momentos le parecía que se había mandado una cagada grave. El trabajo en *La Nación* era un buen trabajo: seguro, casi interesante, bien pagado. Y él lo había reventado así, por un capricho. También le podía haber dicho a Bartolomé Mitre que habían puesto su nombre sin su consentimiento: total, quién se hubiera enterado. Escribano le había asegurado la mayor reserva. Ellos sólo le pedían esa pequeña ceremonia privada, un acatamiento del orden de las cosas, y él se había negado quizás por estúpido orgullo.

Después pensó que bueno, estaba terminando la novela y además tenía un compromiso. Ahora que la gente había salido a la calle, había tomado Córdoba, había cambiado los datos de la realidad nacional, no podía hacerlo. No, ahora que el pueblo había construido en la calle una obra de arte incomparable. Aunque más no fuera por su conciencia de artista, no podía presentarse en el escritorio de Mitre y decirle yo no fui y seguir tan campante. Mónica lo consoló diciéndole que de ese tipo de anécdotas estaba hecho el camino de los héroes, y riéndose buscaron una pizzería. Pero de todas formas no sabía qué iba a hacer de su vida. Entonces pensó que tenían que sacar provecho de su gesto. Iban a denunciar la política represiva del gran diario oligarca. Iba a hablar con Daniel Hopen. Eso lo confortó.

—Así que te rajó sin más trámite...

—Sí, una bruta patada.

—Hizo bien. La verdad, a quién se le ocurre entrar a trabajar a *La Nación*.

A los pocos días, por recomendación de un amigo periodista fue a una oficina vieja y apacible en la calle Alsina a ver a un tal almirante Potof, retirado de la marina mercante. El almirante Potof era un hombre alto, entrado en canas, atildado, de trato sobriamente cálido y origen vagamente ruso que publicaba una revista que se llamaba *Navitecnia*: todo sobre el mundo de los astilleros y la construcción de barcos de mediano y gran calado. Era un buen negocio que ya llevaba un cuarto de siglo, pero el hombre estaba harto de hacerla solo. Con dos o tres horas por día alcanzaba, y el sueldo no era malo. Además, la secretaria era un bombón.

**Junio de 1969.** La palabra revolución estaba en todas partes. La izquierda la reivindicaba, los militares gobernaban en nombre de la Revolución argentina, y cualquier cambio que apareciera en cualquier campo era una revolución. La revista *Panorama* por ejemplo, hacía su tapa con una foto de una pareja de jóvenes modernos —vestidos estilo Barbarella— y un título que anuncia «Revoluciones en la moda». El artículo decía, entre otras cosas:

«En un momento de la historia universal en que existen historietas que ensalzan a supermujeres como Barbarella y un populoso país como la India es gobernado por una respetable dama, no es extraño que la humanidad interrogue —como un niño de un año— la tan mencionada identidad sexual. Apresuradamente podría suponerse que esta nueva moda tiende a feminizar al hombre y a masculinizar a la mujer, pero tal vez se trate de lo contrario: logra resaltar las particularidades de ambos. Su carencia de prejuicios encuentra aquí la clave. La transparencia, los colores fuertes y los diseños que adhieren la tela al cuerpo —características de la moda actual— se centran en una exaltación de la belleza física, último coletazo de una tendencia a la liberación.

»Pero, ¿hasta qué punto la moda argentina participa de este cambio? Aparentemente sólo una minoría, enclavada en el ambiguo sector que conforman los actores, pintores, publicistas e intelectuales, ha dispuesto que Buenos Aires sea un émulo de Londres, Nueva York y París. “Pienso que en el país se está cambiando desde un año a esta parte”, opina Oscar Gálvez, hijo, modelo de publicidad y modista. “Ya la gente se horroriza menos al ver a los jóvenes con ropa diferente —continúa Gálvez—, aunque falta bastante, a mi entender, para que la liberación sea total. Desde ya, el consumo del tipo de

ropa que yo hago no es masivo. Por adentro la gente se muere de ganas de salir a la calle con ropa alocada, pero se priva por el qué dirán. Además, en Buenos Aires, salvo por la zona de la Manzana Loca (delimitada por las calles Maipú, Florida, Charcas y Paraguay), la gente nos agradece si no estamos con vestimentas tradicionales. Y yo pienso que cada uno es dueño de ponerse lo que se le dé la gana...”.

»Gálvez sugiere para los hombres camisas de telas transparentes, con mangas amplias, colores vivos y muy entalladas, pantalones de pana y de raso, con bocamangas de 30 centímetros de ancho; chalecos de gobelino francés; casacas para usar con pantalones, que eliminan saco y corbata. Todas estas proposiciones se insertan en la línea unisex, que vuelve triviales las peculiaridades biológicas que dividen a la humanidad desde los tiempos de Adán y Eva y transforma en vetustas las denominaciones “moda masculina” y “moda femenina”. Ya están entrelazadas de forma tal que más vale olvidarse de que alguna vez existieron. (...)

»“Creo que la moda se hace a partir de una élite —señala Chunchuna Villafañe, flamante dueña de la boutique Zoco—. La tendencia alocada en ropa sólo impera en ciertos núcleos de intelectuales. Sin embargo, la mayoría de ellos sigue atado a las convenciones. En Buenos Aires, en este momento, la gente se viste con uniformes. Es muy aburrido ir a fiestas porque todas las mujeres están con el mismo pantalón negro y ancho, y la chaqueta larga o los chalecos. Una amiga mía dio una fiesta en su casa y sus invitadas se sorprendieron mucho de verla tan diferente. ¡Estaba con pantalones y chaleco blancos!” (...)

»Todo parece indicar que el estilo es una ambición estética perimida. Tanto en el campo de la literatura y el arte como en el de la moda. Hay tantas tendencias pictóricas, por ejemplo, sucediéndose una tras otra, que finalmente la pintura actual encierra una lista interminable de elementos. En la sociedad de consumo, de alto desarrollo tecnológico, la moda aparece como la posibilidad de expresión más extrema del individualismo. Aquellas personas que aceptan las reglas del juego de una sociedad, pero quieren una vía de escape para sus ansias de rebeldía, encuentran en los ropajes insólitos un paliativo ideal. La moda se transforma en una forma de provocación, tenue pero satisfactoria, hija tal vez del dandismo que estalló en Europa en el siglo pasado y culminó en la figura de Oscar Wilde, quien elegía especialmente el color de sus corbatas para expresar su estado de ánimo. En la Argentina, esta moda que surgió en Europa y Estados Unidos atrae cada día más adeptos. La revolución ya está en camino. (...)

»Informalidad, funcionalidad, colores centelleantes, telas que se adhieren sugestivamente al cuerpo, telas insólitas, hasta transparentes, reminiscencias de la vestimenta hindú, son algunos de los elementos que han revolucionado la moda argentina. La línea primavera-verano, que se lanzará en septiembre, llevará a un extremo los lineamientos acuñados durante el invierno. Posiblemente a fines de 1969 los porteños comiencen a perder, aunque muy levemente, la tendencia a una gris democracia en la vestimenta, que vuelve bastante difícil diferenciar a una persona de otra, para ingresar en otra democracia más sutil y atrevida, que encierra la alegre diversidad del individualismo estético: confundir ambos sexos, polos opuestos que ante la moda se conjugan en un jolgorio de formas y colores».

—Estos americanos son increíbles. ¿Vieron lo que salió el otro día en *Primera Plana*?

—¿Lo del viaje de Rockefeller?

—No, eso salió en todos lados. No, la historia del próximo embajador que nos van a mandar. Parece que lo estaban examinando en la comisión de Relaciones Exteriores del Senado americano para ver si le daban el acuerdo oficial, y entonces el senador Fullbright, que es medio liberal, lo estaba interrogando, y le preguntó si la Argentina estaba gobernada por un régimen militar y el tipo este le dijo que era un tanto difícil caracterizarlo en uno u otro sentido. Parece que le dijo: el presidente es un general, pero ha sido elegido. Y Fullbright le preguntó si de verdad había sido elegido, entonces este Lodge le contestó yo creo que hubo una elección general. ¿No son unos boludazos increíbles?

Dijo, con una risa suave, la Petisa.

—Sí, muy boludos, pero bien que la manija la tienen ellos. Tan tan boludos no deben ser, ¿no?

—Tenés razón, Andresito, tenés razón.

Andresito era, en realidad, Carlitos Goldenberg, y la Petisa, María Angélica Sabelli, lo conocía desde chico porque había sido compañera del colegio de Isabel, su hermana mayor, pero lo amaba por un nombre falso porque era su responsable en el grupo donde él había empezado a militar unos meses antes: el ámbito más periférico de la organización que había formado Carlos Olmedo junto con Roberto Quieto y otros de los que iban a apoyar a la guerrilla de Guevara en Bolivia. La organización todavía no tenía nombre y, en realidad, tampoco había hecho mucho más que reunirse y prepararse, pero en esos días de mayo estaban planificando su primer golpe. Mientras tanto,

arreciaban las discusiones sobre la opción política que tomarían: todos apoyaban la tentativa de establecer un foco guerrillero urbano, pero no se ponían de acuerdo con respecto a su posición frente al peronismo. Olmedo defendía con entusiasmo la idea de que debían acercarse todo lo posible al Movimiento: argumentaba que la causa de la derrota del Che en Bolivia estaba en que «no había sido reconocido por las clases populares bolivianas como respondiendo a sus necesidades y a sus mandatos», y que acercarse al peronismo era la mejor forma de evitar que les pasara algo semejante en la Argentina.

Carlitos y Sergio tenían dieciséis años y formaban parte del grupo de los chicos junto con Adelaida Viñas —Mini— y Claudia Urondo, hijas de los escritores David Viñas y Paco Urondo. Mercedes Depino, la prima de Carlitos, no los había seguido en ésta: estaba muy ocupada terminando su último año en el liceo 1, y se había puesto de novia con Ramiro Lynch, un muchacho que ya había empezado la carrera de Antropología y que se dedicaba más bien a la literatura y a la música.

El ámbito de los chicos era sobre todo formativo. En general, la Petisa les hacía leer textos de Mao, Guevara o Ho Chi Minh, pero esa tarde era distinto:

—Bueno, me parece que les llegó el momento de hacer algo de verdad.

—Por fin, Petisa, por fin nos dan bola.

Dijo Sergio, pero tuvo un escalofrío que podía ser entusiasmo o susto. Carlitos empezó con su batería de tics: era un chico muy atractivo, de ojos verdes y cara agradable, pero en cuanto se ponía nervioso lo atacaban los tics y no podía parar. Claudia le sonrió: hacía unos meses que estaban de novios y sus tics le daban mucha ternura.

—¿Están dispuestos a hacerlo?

—Claro, Petisa, habla.

Dijo Mini.

—Necesito que hagan un informe sobre dos supermercados Minimax: el de Echeverría y Cuba y el de Las Heras y Malabia.

—¿Cómo informes?

—Sí, que se pasen dos o tres veces un par de horas en la zona y releven bien todos los movimientos que se producen ahí. Si hay guardias de seguridad, si te revisan si entras a comprar con un bolso, los horarios de apertura y cierre, todo eso.

—¿Y para qué?

—Andrés, ¿cuántas veces voy a tener que decirte que cuanto menos uno sepa, mejor?

Al día siguiente, Carlitos y Claudia se besaban desafortadamente en la plaza de Echeverría y Cuba, sentados en un banco frente a la entrada del Minimax. Habían decidido que era la mejor cobertura para poder pasarse un buen rato ahí sin que nadie sospechara. Después se metieron en el supermercado: llevaban un bolso de gimnasia y nadie les preguntó nada. Cuatro días después, en la reunión, entregaron su informe escrito en un papel cebolla con letra muy chiquita, como les había dicho la Petisa. Sergio y Mini habían hecho lo mismo con el Minimax de Las Heras, aunque sin besos.

El 26 de junio, a las tres de la madrugada, trece supermercados Minimax, propiedad de una empresa donde tenía acciones el gobernador de Nueva York, Nelson Rockefeller, se incendiaron tras el estallido de bombas de tiempo. Seis de ellos quedaron totalmente destruidos, y las pérdidas alcanzaron los tres millones de dólares. En los dos días siguientes hubo manifestaciones en Córdoba, Rosario, Tucumán, La Plata y Buenos Aires por el aniversario de la revolución de Onganía y contra la visita del enviado americano, con corridas y molotovs. En Rosario estallaron bombas en un barco anclado en el puerto, en el local del Jockey Club y en una concesionaria de la General Motors. Y en la manifestación de Buenos Aires, en plaza Once, la policía mató, en un episodio que al principio pareció muy confuso, a Emilio Jáuregui, ex secretario general del gremio de Prensa. Desde Washington, John Lodge, el nuevo embajador americano, declaraba antes de viajar a Buenos Aires que los problemas entre Estados Unidos y los países latinoamericanos se debían a que «se han hecho demasiadas promesas que no era posible cumplir, y se ha adoptado en ocasiones una actitud excesivamente paternalista en vez de tratar a las repúblicas latinoamericanas como iguales empeñados en una empresa común».

Unos días después, cuando volvieron a reunirse, Carlitos estaba ansioso por saber cómo había sido lo de los Minimax.

—Así que era para eso que nos hicieron hacer los informes... ¿Y se puede saber cómo fue?

—Sí, ahora sí. En cada Minimax fueron uno o dos compañeros, que entraron con unas bombas disimuladas en latas de conserva, y las dejaron ahí.

—¿Y las bombas cómo eran?

—Están terribles, eh. Las bombas eran más que caseras. Eran como paquetes de mercaderías, y adentro tenían una pelotita de ping pong con el ácido; habíamos calculado el tiempo que tarda el ácido en comerse la pelotita, y así las regulamos. Cuando el ácido se come la pelotita, enciende la nafta que

hay en el paquete. Si lo ponés en medio de cosas inflamables, se arma un lindo kilombo.

—¿Y eso es todo? Petisa, me parece que no nos estás contando toda la verdad...

—Andrés, no seas boludo.

El párpado izquierdo de Carlitos no paraba de ir y venir, pero el resto de la cara le sonreía suavemente canchera. La Petisa siguió hablando:

—Como dice el Jose, les hicimos pagar su propia lógica. Los supermercados atraen a los compradores con la exhibición directa de la mercadería; entonces nosotros nos dejamos atraer, pero en vez de dejar plata les dejamos fuego.

—¿Quién dice eso?

—El Jose.

Por una vez, Carlitos entendió que no tenía que insistir. Años después sabría que Jose era uno de los nombres de guerra de su cuñado Carlos Olmedo.

—¿Y por qué no lo firman, por qué no dicen quiénes fueron? Yo escuché a varias personas decir que había sido una acción piola y bien hecha, pero que la arruinaba que no se supiera quién la había hecho.

—Quizás tengas razón. Lo que pasa es que por ahora no tenemos resto. Si la firmáramos, estaríamos creando expectativas que después no podríamos satisfacer.

**Junio de 1969.** El primer libro de investigación de Rodolfo Walsh, *Operación Masacre*, contaba cómo el gobierno del general Aramburu había fusilado a un grupo de peronistas en junio de 1956. *¿Quién mató a Rosendo?*, el segundo, era una investigación de la muerte del dirigente metalúrgico Rosendo García a manos de sus compañeros vandoristas. Ante la aparición del libro, la revista *Siete Días* entrevistó a Rodolfo Walsh. Entre otras cosas, le pidieron que definiera su ideología:

«—Evidentemente tengo que decir que soy marxista, pero un mal marxista porque leo muy poco: no tengo tiempo para formarme ideológicamente. Mi cultura política es más bien empírica que abstracta. Prefiero extraer mis datos de la experiencia cotidiana: me interno lo más profundamente que puedo en la calle, en la realidad, y luego cotejo esa información con algunos ejes ideológicos que creo tener bastante claros.

»—¿Ha renunciado a la literatura?



»—De ninguna manera. Lo que probablemente suceda cuando escriba una novela es que recogeré en ella parte del material, del espíritu de la denuncia de mis libros anteriores. Durante años he vivido ese vaivén entre el periodismo y la literatura, y creo que se alimentan y realimentan mutuamente: para mí son vasos comunicantes. Creo que en mis notas sobre los frigoríficos o los obrajes, por ejemplo, los contactos que hice implicaban posibilidades literarias futuras, al margen de que confirmaban mi militancia política.

»—¿Por qué, entonces, no escribió una novela?

»—De alguna manera, una novela sería algo así como una representación de los hechos, y yo prefiero su simple presentación. Además, uno no escribe una novela sino que está dentro de ella, es un personaje más y la está viviendo. A mí me parece que los fusilamientos y la muerte de Rosendo García tienen más valor literario cuando son presentados periodísticamente que cuando se los traduce a esa segunda instancia que es el sistema de la novela. (...)

»—¿Por qué empleó técnicas distintas en sus libros “periodísticos”?

»—En *Operación Masacre* yo libraba una batalla periodística como si existiera la justicia, el castigo, la inviolabilidad de la persona humana. Renuncié al encuadre histórico, al menos parcialmente. Eso no era únicamente una viveza: respondía en parte a mis ambigüedades políticas. *¿Quién mató a Rosendo?*, en cambio, es una impugnación absoluta del sistema y corresponde a otra etapa de mi formación política.

»—¿En qué medida *¿Quién mató a Rosendo?* afectó el poder de Vandor?

»—Si en el caso de *Operación* la serie de asesinatos que relato y la conciencia que de ellos tomó el pueblo fue una valla de contención para Aramburu y su carrera política, creo que en el caso del vandorismo se va a producir algo parecido. El libro es una contribución más contra ese sistema nefasto de sindicalismo que creo debe ser aplastado. En este momento, el poder de Vandor —por mi libro y otras circunstancias— está muy debilitado.

»—¿Y en cuanto a la accesibilidad de este libro a la clase obrera?

»—Un libro no es solamente un producto acabado que se vende a determinado precio, por lo general demasiado caro para que un obrero pueda comprarlo. Un libro es, además, el efecto que produce, los comentarios que produce. Dentro de las limitaciones que existen para que cualquier obra literaria llegue a la clase obrera, creo que este material tiene una cierta penetración. Basta con que llegue a las cabezas del movimiento obrero, a los dirigentes, a los que tienen responsabilidad de conducción, a los militantes

más esclarecidos. Ellos son los vehículos de las ideas contenidas en este libro.  
(...)

»—¿Cómo consiguió que los implicados hablaran?

»—En eso tiene que ver la gente con la que yo hablo para reconstruir la historia. Esa gente es excepcional, y su excepcionalidad no es casual, no es azarosa. Son excepcionales porque son militantes con un alto grado de conciencia política. Al ser excepcionales, su experiencia individual es el reflejo de la experiencia colectiva. En el caso de Norberto Imbelloni, nos costó trabajo localizarlo. Yo había vuelto de España y había hablado con Perón; no del asunto sino de otras cosas, pero me sirvió para presionarlo. Le dije que Perón había dado orden de defenestrar a Vandor. Entonces Imbelloni habló. Después se rectificó diciendo que no me conocía. Según versiones que me llegaron, esa rectificación le costó un millón de pesos a Vandor. A esta altura el asunto le va a costar cualquier cantidad de plata».

Augusto Timoteo Vandor había empezado su actividad sindical años antes, como delegado de la fábrica Philips, y su ascenso había sido rápido. Como secretario general de la poderosa Unión Obrera Metalúrgica, encabezó durante los años sesenta los intentos más importantes de construir un «peronismo sin Perón», tolerable para el sistema, presentando listas electorales propias o arreglando con los militares golpistas. A eso, y a sus métodos de control de las estructuras sindicales para la negociación y el arreglo, se llamó entonces vandorismo. El vandorismo centraba su poder en la CGT de Azopardo, opuesta a la CGTA de Paseo Colón.

Ya en 1966, Perón dijo que había que acabar con el Lobo Vandor. En una carta que le mandó a José Alonso, líder del sindicato textil, en enero de ese año, le escribía que «el enemigo principal es Vandor y su trenza... hay que darles con todo y a la cabeza, sin tregua ni cuartel. En política, no se puede herir, hay que matar, porque un tipo con una pata rota hay que ver el daño que puede hacer... Deberá haber solución y definitiva, sin consultas, como ustedes resuelven allí. Ésa es mi palabra y usted sabe que Perón cumple».

Los que decidieron hacerlo fueron ocho militantes del peronismo revolucionario que después formarían la organización Descamisados que, a su vez, se integraría a los Montoneros a fines de 1972. Uno de ellos contó toda la operación en el semanario montonero *El Descamisado* a principios de 1974: aunque nunca se confirmó, es probable que fuera Dardo Cabo —que, en ese entonces, lo dirigía y que, en 1969, recién salido de la cárcel, integraba el grupo de los proto-Descamisados.

Muchas veces militantes peronistas habían pensado en matar a Vandor. Sobre todo cuando se encontraban con que sus intentos de presentar listas o dar una oposición democrática en los sindicatos vandoristas chocaba contra la fuerza de los matones o la colaboración de la justicia laboral de los militares. Pero este grupo tomó su decisión en septiembre de 1968, cuando las direcciones sindicales vandoristas entregaron la huelga petrolera de Berisso y Ensenada.

(En enero de 1973, Perón contaría en una entrevista al diario *Mayoría* que él había mandado a llamar a Vandor en abril de 1969, y le había dicho que lo iban a matar: «Yo le dije: a usted lo matan; se ha metido en un lío que a usted lo van a matar. Lo mataban unos o lo mataban otros, porque él había aceptado dinero de la embajada americana y creía que se los iba a fumar a los de la CIA. ¡Hágame el favor! Le dije: ahora usted está entre la espada y la pared; si usted le falla al Movimiento, el Movimiento lo mata; y si usted le falla a la CIA, la CIA lo mata. Me acuerdo que lloró. Le dije: usted no es tan habilidoso como se cree, no sea idiota; en esto no hay habilidad, hay honorabilidad, que no es lo mismo». Pero en julio de 1969, pocos días después de la muerte del Lobo, le escribía a Antonio Caparrós que en ese momento Vandor estaba cumpliendo «bien e inteligentemente» una misión del Comando Superior y que de ahí se podía inferir quiénes lo habían matado, «porque nada le pasó cuando actuaba por sí, dentro de sus propias aspiraciones o deseos y, cuando comenzó a actuar al servicio de la conducción del Movimiento Peronista con una misión de gran importancia, fue asesinado. Esto quiere decir además que sus asesinos no son peronistas aunque haya algunos que lo hayan odiado, y sí quiere decir que el asesinato se ha gestado y organizado entre nuestros enemigos»).

En marzo de 1969, el grupo de ocho se redujo a cinco militantes que se comprometieron a entrar al edificio de la UOM, en Rioja 1945, y no salir hasta haber matado a Vandor. Lo llamaron «Operativo Judas». Durante tres meses, el grupo intentó conocer la distribución y el movimiento del edificio, pero nunca consiguieron entrar. Tuvieron que preparar el operativo con unos croquis aproximados que habían dibujado a partir de observaciones exteriores. Las armas que tenían —varias de ellas compradas— eran mediocres: dos pistolas 45, un revolver 38, otro 32, un 22, una pistola 22 y cinco metralletas caseras calibre 22. Además llevaban tres kilos de trotyl: se habían jurado que, en el peor de los casos, si estaban seguros de que Vandor estaba en el lugar pero no lo encontraban, volarían todo el edificio, con ellos mismos adentro.

«¿Por qué salió redondo? Sabíamos que el armamento era pobre; también sabíamos que éramos pocos, porque adentro había más de cuarenta personas. Al aparato de seguridad de ellos lo veíamos bartolero: muy celoso por momentos, pero sin ninguna precisión. Pero del lado nuestro sabíamos que había tres elementos que iban a definir la operación: 1) cómo meternos; 2) la sorpresa; 3) la rapidez y decisión».

El grupo de cinco mantuvo un secreto absoluto sobre sus proyectos. Era peligroso que cualquiera los conociera pero, además, sabían que dos tentativas anteriores de matar a Vandor fracasaron porque él se enteró y compró a los implicados.

«Empezamos a las 8 de la mañana del 30 de junio y pensábamos estar en la sede de la UOM a las 10. Le dimos unos retoques al auto —que nos había prestado un colaborador—, cambiamos platinos, bujías... para que no se nos parara. De los cinco, sólo dos sabían manejar, si les pasaba algo teníamos que volver a pata. Con los arreglos se nos retrasó un poco la cosa. Había un compañero que nos estaba esperando a las 10 en Parque de los Patricios; él tenía que relevar la llegada de Vandor. Nos aguantó en la esquina una hora y veinte».

Los cinco dejaron el coche estacionado a la vuelta del sindicato, solo y en marcha. Entraron en el edificio diciendo que eran policías que venían a traer una citación judicial para Vandor; una vez adentro, sacaron las armas y empezaron a buscar oficina por oficina hasta que encontraron la del secretario general. Cuando Vandor trató de encerrarse, le pegaron varios tiros y, aprovechando la confusión, se escaparon. Para cubrir su huida, detonaron una granada.

«Tampoco habíamos pensado mucho si nos íbamos a adjudicar la operación o no; en realidad, porque todos habíamos creído que de ahí no salíamos vivos». Recién un año después, un Comando Montonero Emilio Maza del Ejército Nacional Revolucionario (ENR) se adjudicó la muerte de Augusto Vandor.

Ese mediodía, Vandor tenía que almorzar con el coronel Prémoli, secretario de Información y enviado de Onganía, con quien estaba negociando una nueva alianza entre los sindicatos y el gobierno que podría haber cambiado el curso de los acontecimientos. Al día siguiente de la operación se cumplió una huelga general que había convocado la CGTA, con gran seguimiento obrero. Como respuesta, el gobierno declaró el estado de sitio y atribuyó la muerte de Vandor a «un plan subversivo de ideología perfectamente determinada, que trata de cambiar nuestra forma de vida»,

según el ministro del Interior. El 4 de julio, el gobierno clausuró el periódico de la CGTA e intervino la mayoría de sus gremios. Hubo cantidad de razzias y detenciones y Raimundo Ongaro, acusado de complicidad en la muerte de su rival político, estuvo encarcelado hasta fin de año. Era su sexta detención en doce meses, y fue la más larga.

Horacio González tenía toda la impresión de que estaba donde había que estar: de que no existía, en ese momento, un lugar más honroso. Junto a él, rodeado de una docena de personas, en el medio del patio, justo en el lugar donde caía el rayo del sol, Raimundo Ongaro discursaba como un Cristo menor:

—Pronto saldremos de aquí en brazos del pueblo, y entonces seremos imparables, y tomaremos los cuarteles, tomaremos los ejércitos, tomaremos el poder y la Argentina, ese día, será otra. Será...

Un poco más allá, Ernesto Jauretche, de pie, leía arropado en un pulóver grueso. Otros caminaban, charlaban, fumaban en silencio. El recreo estaba por terminar, y los guardias de la cárcel de Devoto, al fondo, se paseaban impacientes.

Hacía cuatro días que Horacio estaba preso. Esa tarde de julio la facultad de Filosofía y Letras había sido tomada por los estudiantes: desde el Cordobazo, la agitación no había parado. El edificio estaba cercado por policías, patrulleros, carros de asalto, y los estudiantes que se habían quedado afuera los hostigaban con gritos y piedras. Estaba oscureciendo: las escaramuzas aumentaban. Los estudiantes aparecían, tiraban sus cascos, desaparecían. En la esquina de Independencia y 24 de Noviembre, Horacio agarró del suelo un par de piedras, y estaba por tirarlas. A su lado, otros dos jóvenes hicieron lo mismo, y le cruzaron una mirada cómplice. Horacio estiró el brazo hacia atrás, para tirar la primera piedra, y vio que uno de los dos jóvenes sacaba una pistola. Fue un segundo, y creyó que había visto mal. Después lo escuchó:

—Quedate quieto, carajo, o te vuelo la cabeza.

Tardó un segundo más en entender que eran policías de civil, infiltrados entre los estudiantes, y que acababan de agarrarlo. En medio de la sorpresa, Horacio llegó a pensar que ahora sabía que también había que cuidarse de los iguales.

Anocheía. Desde las ventanas de la facultad salían pálidas llamas, y Horacio caminaba por la avenida Independencia con un policía a cada lado. El que había sacado la pistola se la apretaba contra la panza y la amartillaba y

desamartillaba todo el tiempo, y se reía. Horacio escuchaba ese clic clic y veía las caras de los vecinos, en las veredas, que lo miraban pasar, y suponía que lo aplaudían en silencio. Caminaba, y se acordaba de las imágenes de la liberación de París, cuando las mujeres les tiraban flores a los *maquis* que desfilaban por las calles embanderadas. Horacio estaba orgulloso: siempre había temido no ser capaz de hacer algo así, y éste era su momento de gloria. El bautismo que había esperado tanto. De pronto, uno de los policías lo agarró del pelo y lo tiró contra la puerta de un celular de la Guardia de Infantería.

Lo condenaron a treinta días de cárcel por infracción policial y se pasó, en Devoto, un mes pletórico, convencido de que estaba donde tenía que estar. Había discusiones de lo más interesantes y, sobre todo, la sensación de que se estaba armando algo serio. En Devoto se alojaba, en esos días, la dirección de la CGTA y buena parte de los dirigentes estudiantiles importantes: estar ahí era una forma de sentirse parte de todo eso. Los fines de semana, la madre de Horacio venía a traerle algún paquete o, si no, su esposa: Horacio se había casado el año anterior, con una compañera de la facultad. A principios de julio, cuando los presos de Filo salieron de la cárcel, un guardia los saludó desde un torreón:

—¡Chau, suerte! ¡No se preocupen que ya van a volver, eh!

En la facultad, el clima estaba efervescente. El nuevo director de la carrera era un cura más o menos tercermundista, Justino O'Farrell, y el director del Instituto de Sociología, Roberto Cárdenas, había estudiado en Lovaina, la universidad belga de los cristianos progresistas, y estaban poniendo en marcha un cambio pedagógico curioso: ellos, que habían sido nombrados por la intervención de Onganía, estaban organizando las cátedras nacionales.

Las cátedras nacionales eran un conjunto de cátedras, muchas de ellas paralelas a las concursadas, que compartían cierta tentativa de inscribir la enseñanza universitaria en el clima político de la época: el tema de la «liberación nacional» era central, y la idea de que la tradición intelectual europea debía ser revisada desde los países periféricos, donde no era operativa porque las realidades eran diferentes. Había un sector más «sociológico», que quería usar una sociología más o menos clásica para estudiar temas que la sociología liberal no trataba. Y una corriente «filosófica», más fundamentalista, que buscaba una forma de pensar las ciencias sociales que correspondiera a la movilización popular y a las tradiciones y textos peronistas. Una forma de pensar que «superara al marxismo» en lo que el marxismo tenía de eurocéntrico y dogmático. Para lo

cual leían a Hernández Arregui o a Jauretche pero también a Hegel, a Sartre, a Fanon, a la escuela de Frankfurt y los primeros libros de Habermas y Foucault.

Horacio, como delegado estudiantil de la carrera, había intervenido en muchas reuniones de preparación de las cátedras nacionales, con O'Farrell, Cárdenas, Roberto Carri, Alcira Argumedo y su marido Gunnar Olson. Horacio empezó a dar clases, como ayudante de O'Farrell, en una materia que llamaron Sociología Argentina: ahí se convirtió, también, en un joven profesor que enseñaba sobre todo Adorno y la escuela de Frankfurt. También se planteaban cambiar la relación entre docentes y alumnos: abandonaron los exámenes clásicos, empezaron a tomar exámenes colectivos que debían ser debates y no interrogatorios, que muchas veces desbordaban sobre temas de actualidad o de política general, y algunos terminaban a los gritos. Pero, de todas formas, los docentes de las cátedras nacionales ponían notas y se remitían a la institución universitaria.

Horacio se había vuelto del todo peronista y hablaba mucho, en sus cursos, de Perón. Por supuesto, se trataba de privilegiar ciertos aspectos de la historia del peronismo: la práctica social y la experiencia de lucha de los trabajadores antes que el folklore, la simbología y los personajes dudosos del movimiento. Pero alguna vez llegó a poner una foto de Perón presidiendo los exámenes. Y, por otro lado, intentaba encontrar lecturas hegelianas de Perón que pusieran los escritos del General en una altura teórica acorde con su lugar político. En esos días se dedicó a trabajar sobre la forma en que Perón utilizaba sus citas: había leído a fondo los *Apuntes de Historia Militar*, un libro hecho de textos de estrategias prusianos que Perón recopiló en 1935 para los cadetes del Colegio Militar, y había visto cómo, más tarde, el general se había apropiado de esas citas. Durante mucho tiempo, Perón había dicho, por ejemplo, que «como dice Clausewitz, la guerra es un drama violento y pasional». Y después eliminó a Clausewitz y dijo «la guerra es un drama violento y pasional». Y en 1969 empezó a decir que «la liberación nacional es un drama violento y pasional». Era una forma de expropiar ciertos elementos de la cultura europea para hacerlos operativos en la lucha por la liberación, explicaba Horacio a sus alumnos, y al cabo de un tiempo se le ocurrió que era lo mismo que hacía, con signo tan distinto, Jorge Luis Borges.

Cuando vio esa cara en el diario, Graciela Daleo no pudo contener las lágrimas. El tipo que habían matado, Emilio Jáuregui, era el mismo que les enseñaba, un año atrás, a armar molotovs y desarmar y limpiar armas.

Graciela nunca había sabido su nombre: ahora se lo encontraba al pie de una foto medio borrosa. La noche del 28 de junio hubo una manifestación en plaza Once, convocada por la CGTA y algunas organizaciones estudiantiles y prohibida por las autoridades, para recordar el tercer aniversario del golpe de Onganía y repudiar la visita de Nelson Rockefeller. Según la versión oficial, Jáuregui había atacado a cuatro policías de civil que viajaban en un Ford Falcon y que se defendieron a tiros. Pero *La Prensa*, un diario serio, de derecha, decía que en realidad lo habían baleado cuando ya estaba tirado en el suelo, a quemarropa, en la esquina de Anchorena y Tucumán. Emilio Jáuregui había sido secretario general del Sindicato de Prensa y era un militante conocido: cuando terminó la manifestación, los policías lo siguieron y se bajaron del coche dispuestos a matarlo. Era la primera vez que moría alguien que ella había conocido, y la noticia la dejó muy conmovida.

**Julio de 1969.** «Éste es un pequeño paso para un hombre, pero un gran paso para la humanidad». La frase se hizo famosa de inmediato, y no podía ser para menos: cuando la pronunció, Neil Armstrong estaba por convertirse en el primer hombre que pisaría la Luna y, además, quinientos millones de personas en todo el mundo lo miraban por la tele.

Sucedió en la medianoche —hora de Greenwich— del 21 de julio de 1969, tres horas después que el módulo de exploración lunar *Eagle* se posó sobre la superficie lunar. Más tarde, los astronautas charlaron públicamente con el presidente Nixon, que dijo que se trataba «de la mayor hazaña de toda la especie humana a través de la historia».

La operación había empezado cinco días antes, cuando el Apolo XI despegó de Cabo Kennedy tripulado por Armstrong, Edwin Aldrin y Michael Collins. La impulsaba un cohete de 155 millones de caballos de fuerza, 111 metros de altura y 3100 toneladas. Tras tres días de navegación, el 19 los astronautas llegaron a la órbita lunar y, al día siguiente, el *Eagle* se separó del Apolo, donde Collins se quedó esperándolos.

En la Luna, Armstrong y Aldrin practicaron saltos y volteretas y dejaron una placa de una aleación inalterable que aclaraba que el viaje se había hecho «en son de paz» y «en nombre de toda la humanidad». Aunque estuviera fechada «en el año 1969 de la era cristiana» y la bandera que la acompañaba tuviera barras y cincuenta estrellas.

Las reacciones en la Tierra fueron innumerables. Mucha gente se declaraba dispuesta a creer que los astronautas hubiesen llegado a la Luna, pero no que eso se pudiera transmitir en directo por televisión. Poetas se



desgarraban las vestiduras ante la profanación, y predicadores amenazaban con la cólera divina. El filósofo, sociólogo, matemático y conde británico Bertrand Russell, que a sus 97 años estaba dedicado casi exclusivamente a su Instituto para la Paz y su Tribunal contra los crímenes de guerra, fue lacónico: «Se ha expandido el ámbito de la estupidez humana», dijo, y murió poco después.

Los condenados de Luz y Fuerza de Córdoba eran trece, y estaban presos a dos mil kilómetros de Córdoba, en el penal de Rawson, donde mandaban a los delincuentes peligrosos. Hacía un frío atroz, y no paraba de soplar el viento: Tosco, Alberti, Di Toffino y Grigaitis fueron alojados en un galpón fuera del área de máxima seguridad y les empezaron a dar guisos con mucho hueso de cordero. Ahí mismo había habido presos importantes: los generales Lanusse y Sánchez de Bustamante, sin ir más lejos, en el '51, cuando se levantaron contra Perón. Todavía estaban los árboles que habían plantado en esa tierra gris: a los generales los dejaban trabajar de jardineros.

A los presos del Cordobazo las cosas no les resultaban tan fáciles. En el mismo ómnibus en que habían llegado a La Pampa, unos treinta familiares habían seguido viaje hasta Rawson. A Tosco había ido a verlo su esposa, Nélica, a Alberti su esposa, Clelia, y dos de sus hijos, Pedro y Graciela.

Cuando Felipe vio a Clelia y a sus hijos en ese lugar tan sórdido aflojó un poco la coraza que tenían por sentirse los rehenes del Cordobazo: para ocultar el bajón, trató de darle ánimos:

—La verdad, querida, siempre fuiste muy consecuente. Yo sé que me has criticado muchas veces por las cosas del sindicato, pero en los momentos difíciles siempre te tengo al lado. Pero no te preocupes que no voy a estar ocho años acá. Como sigan así las luchas nos van a tener que largar. Hay que tener fe.

Los presos del Cordobazo tenían el mismo régimen carcelario que los comunes: visitas de diez días corridos cada tres meses. En otro encuentro, Felipe le dijo a su mujer que tenían que denunciar las condiciones de detención:

—Clelia, pónganse de acuerdo con Nélica Tosco y con la señora del Gordo Di Toffino y después hablen con los abogados para hacer la denuncia de esa situación. Acá la comida es un desastre, no nos dejan leer diarios ni revistas, nos verduguean. Pero dejen bien claro que nosotros tenemos una postura firme contra la dictadura. Que eso quede bien claro.

Tras el Cordobazo, los militares intentaron retomar las riendas. El gobierno derogó las leyes del sábado inglés y extremó su política de hacerle concesiones a los sindicalistas amigos y negárselas a la CGT de los Argentinos. Ongaro seguía preso en Caseros y muchos dirigentes se cambiaban de la sede de Paseo Colón a la de Azopardo, tentados por las facilidades que les daban a los oficialistas. De esa manera evitaban las intervenciones y no se arriesgaban a que les congelaran los fondos sindicales.

Además, Perón le había hecho algunos desplantes a Ongaro, y había planteado que el movimiento obrero no tenía que estar dividido y que la herramienta natural del sindicalismo eran las 62 Organizaciones, el centro operativo del vandomismo. En esos momentos, los gremios de la CGT de los Argentinos tenían unos 300.000 afiliados, pero estaban casi todos intervenidos y sin personería gremial. Mientras que los de la CGT de Azopardo sumaban más de 1.300.000.

Agustín Tosco y sus compañeros de prisión se iban enterando del panorama, por las visitas de los abogados: el Flaco Arnaldo Murúa, cordobés, y dos radicales de Chubut: un morocho petiso con rasgos tehuelches, llamado Mario Amaya, y el atildado Hipólito Solari Yrigoyen.

Los presos se fueron acostumbrando a los gritos de las gaviotas, a los silbatos de las siete de la mañana y de las siete de la noche cuando hacían el cambio de guardia, a los recuentos que hacían los carceleros antes de entregar el turno, al viento silbador que era su única compañía nocturna. A lo que no se acostumbraban era a estar presos. Cuando los sacaban al recreo caminaban en círculo a paso acelerado o jugaban un poco al básquet sobre un piso rugoso de hormigón. En voz baja, el tema obligado era la fuga. Hablaban de algún operativo comando, de tomar algún avión, de que las luchas de masas podían imponerle concesiones a la dictadura.

—Nunca por una negociación a espaldas del pueblo...

Le repetía Alberti a Tosco.

—Lo mejor que hizo Taccone es no venir ni mandar a nadie.

Alberti se metía las manos dentro de las mangas de la chaqueta azul de lana para que no se le congelaran y cada tanto se sacaba la escarcha del bigote con el antebrazo. Aunque estaba enojado tenía la cara tan fría que los músculos maseteros se le paralizaban y las palabras le salían como la música de un disco que patina. Se habían enterado que un comando había matado a balazos a Augusto Vandor:

—Está bien, éste era un hijo de puta.

Tosco tenía tanto frío y tanta bronca como Alberti.

—No, hermano. No. Eso no está bien.

—Era un traidorazo, Gringo.

—Hay que ganarles con los afiliados, con el movimiento de masas, Felipe.

—Está bien. Por ahí es calentura, que estamos en cana. No sé...

A los dos meses de estar en Rawson, un día fue Mario Amaya a visitarlos y se lo veía muy contento.

—El juez dictaminó la inconstitucionalidad de los consejos de guerra.

Les dijo el abogado y se tomó un respiro como para no hacer una explicación demasiado leguleya. La cosa era que la justicia federal penal quería sacarle la causa a los tribunales militares:

—El argumento de la Cámara Federal de Córdoba es similar al del juez Garzón Rabellini, que se declara competente para juzgarlos a ustedes. El tema es que si bien los consejos de guerra fueron creados el 28 de mayo, el decreto reglamentario fue publicado en el Boletín Oficial el 30 de mayo, es decir, un día después de los hechos por los cuales ustedes fueron condenados. Eso, en la justicia se llama condena ex post facto y toda la jurisprudencia está a favor nuestro...

Alberti interrumpió a Amaya para ver si estaba entendiendo bien:

—Quiere decir que les ganamos por un día: si el Cordobazo hubiera sido el 31 de mayo estábamos recagadazos...

—Quiere decir que el tema, desde el punto de vista jurídico, deberá ir a la Corte Suprema. La inconstitucionalidad de los tribunales, de acuerdo al fallo de Cámara, está dada por la cuestión de que una ley entra en vigencia a partir de su publicación oficial. Si la Corte ratificara el fallo de la Cámara habría un conflicto de poderes.

—Ya veo que Onganía lo va a rajarse a la mierda al que hace el Boletín Oficial, por no haberlo publicado el 29 mismo. Seguro que va a decir que se plegó al paro... Bueno, ¿y cuándo va a fallar la Corte?

—No Felipe, los tiempos de la Corte son como los caminos del Señor: imprevisibles, incuestionables por los humanos...

**Agosto de 1969.** A las nueve de la noche del martes 8, tres funcionarios de la División Asuntos Políticos de Coordinación Federal, al mando de un comisario Pugliese, se presentaron en las oficinas de la revista *Primera Plana*, en Perú al 300. Pidieron hablar con un responsable y, en ausencia del editor, Victorio Dalle Nogare, los atendió el director, Ramiro de Casabellas. Tras un breve preámbulo, los policías le anunciaron que traían un decreto que decidía

la clausura del semanario, el secuestro de la edición aparecida el día anterior y la aparición de toda nueva publicación de la Editorial Primera Plana S.A.

Casabellas los esperaba con periodistas de diarios, radio y televisión para documentar el momento. Dos horas antes, un periodista con acceso a fuentes del gobierno lo había llamado para avisarle que se venía la clausura, y la noticia se difundió por todas las redacciones. Mientras tanto, policías recorrían los quioscos de la ciudad incautando los ejemplares en venta. Poco después, en el mercado negro, un ejemplar de *Primera Plana* llegó a costar 1500 pesos —4,50 dólares—, diez veces más que su precio de tapa.

El número de marras —el 345— contenía un largo artículo sobre los conflictos internos en el gobierno y Fuerzas Armadas: el título de tapa era «La ofensiva de Lanusse», con una foto del general. El artículo principal hablaba de los enfrentamientos entre Onganía y Lanusse, y se completaba con un recuadro de una página con declaraciones del presidente, obtenidas en su residencia de Bariloche, donde estaba pasando unas vacaciones con su señora. Las declaraciones, según voceros officiosos, eran «fragmentarias, descontextuadas e inexactas». Por lo cual el gobierno decidió castigar a sus culpables.

La clausura de *Primera Plana* produjo reacciones airadas, y todos los diarios respetables se escandalizaron por «el serio menoscabo sufrido por la libertad de prensa». «Nada más condenable que la provocación que se escuda en la libertad de expresión», editorializaba *Clarín*. «Pero nada más ingenuo que combatir lo que son meros efectos si se dejan intactas las causas que los generan».

*Primera Plana* fue reemplazada, el martes siguiente, por *Ojo*, una revista bastante parecida a su antecesora, que fue clausurada poco después y reemplazada a su vez por *Periscopio*, que tampoco duró mucho. Fue el final de uno de los mejores medios que tuvo el periodismo argentino.

—¿De parte de quién?

—De Jacinto Gaibur.

—Un momento, doctor.

—Yo no soy doctor, pibe...

—Sergio, teléfono.

Diego Karakachoff tenía que dar los turnos en el estudio de su hermano Sergio, pero la mayoría de los llamados eran un embrollo de militantes, sindicalistas, algunos intrigantes. El Gordo Gaibur era peronista y había dado unas cuantas materias de Derecho en la misma época que Sergio. Y ahora lo

llamaba urgente porque le habían librado orden de captura al Gallego Héctor Garay, dirigente ferroviario y secretario general de la CGTA La Plata, donde él también colaboraba:

—Che Ruso, al Gallego ya lo guardamos, pero hay que armar kilombo...

En ese momento, la Unión Ferroviaria estaba intervenida y varios dirigentes estaban presos en Villa Devoto.

—Bueno Gordo, llamá vos a los de *El Día*, que yo voy a Tribunales a ver qué pasa.

Sergio se fue con otros dos del estudio. Domingo Teruggi y el Colorado Luis Menucci eran estudiantes de Derecho y militantes de Unión Universitaria, la agrupación formada por Sergio años atrás. Mingo era el presidente del Centro de Estudiantes. Aunque Teruggi venía de una familia socialista y tenía muy buena relación con los del peronismo de base, seguía los pasos de Karakachoff. El Colorado sí era radical, pero del lado más tradicional. Los tres miraron la causa, presentaron un recurso de amparo y se fueron a la confitería París a tomar un café.

Unos meses atrás, las agrupaciones estudiantiles radicales de todo el país se habían unificado con el nombre de Franja Morada. La iniciativa había surgido de un grupo de militantes de Derecho de Buenos Aires, entre los que se destacaban Leopoldo Moreau, Maricarmen Banzas y Coti Nosiglia. El Colorado y Mingo no estaban entusiasmados con la idea de perder la identidad de Unión. Aunque Sergio había sido el padre de Unión, trataba de convencerlos de que la Franja estaba bien:

—Pero Mingo, es lógico, ahora hay que ir aglutinando fuerzas. Además, ¿sabés de dónde salió Franja Morada?

—Qué se yo, Ruso...

—Ah, ¿no sabés? En el 18, en Córdoba, cuando los estudiantes de la reforma se subían a los techos de las facultades tomadas, hacían flamear las estolas moradas de los obispos.

—¿Las que se ponen alrededor del cuello?

A Teruggi le salió una sonrisa de anarquista y le parecía cómico que, cincuenta años después, para recuperar la autonomía universitaria, los radicales le dedicaran el nombre a las estolas de los monseñores. La Franja de ahora se había aliado con los reformistas que seguían a Guillermo Estévez Boero para las primeras elecciones de la FUA. Estévez Boero había presidido la FUA una década atrás, cuando era legal, pero estas elecciones se hacían en plena intervención: la FUA estaba prohibida y los favoritos para ganarlas eran

los del FAUDI (Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda), que respondían al PCR.

—Miren muchachos, si no consolidamos una fuerza universitaria nacional, tampoco vamos a poder presentar una alternativa dentro del partido. Hay que meterle con la Franja todo lo que sea necesario, ponerse en serio con eso.

—Los de Capital buscan apoyo por arriba...

Dijo Menucci refiriéndose a Moreau, Nosiglia y compañía, que recibían el espaldarazo de Alfonsín.

—Sí, Colorado, y a nosotros nos mira Moisés desde abajo.

Retrucó el Ruso. Hablaba de Moisés Lebensohn, modelo del radicalismo antipersonalista de los años 30 y fundador del grupo FORJA, con Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz y Homero Manzi. Sergio tenía que cortar la charla universitaria, porque en el estudio había gente esperando. Llegó, se metió en su despacho y su hermano Diego le dijo que los del Taller Naval de YPF habían llegado hacía rato. Los petroleros entraron disimulando la molestia de la espera.

—Señores, café, mate...

Diego era un asistente muy prolijo y respetuoso.

—Deciles muchachos que no se van a ofender... Pasen, pasen.

El sistema que había ideado Sergio parecía muy astuto. La empresa había empezado a reincorporar despedidos, con cuentagotas y condiciones. Una de ellas era que renunciaran al juicio y a la consiguiente indemnización. Para la mayoría de los abogados laboristas, la reincorporación ya era un triunfo, pero el Ruso quería más:

—¡Minga! Ustedes no van a renunciar a nada.

Los del taller naval miraban azorados. La huelga había sido larguísima y plagada de traiciones de la burocracia. Un año con el único apoyo del fondo de huelga era demasiado. Los petroleros querían trabajar y miraban a Karakachoff como si los mandara al muere.

—Va a salir bien. Esto es así: ustedes van y firman que renuncian al juicio, pero antes me venden el juicio a mí, ¿entienden? No hay ninguna cláusula que les impida vender el juicio antes. Después voy yo y lo cobro.

—¿Usted?

—No, todo eso se hace con testaferreros.

Al miedo se sumó la confusión. El Ruso les explicaba que era una piratería muy menor para las cosas que se ventilaban en los tribunales. Elsa

Marchese, la novia de su hermano Gustavo, era la que figuraba como compradora del juicio. Todo en regla, con escritura pública.

—Es lo mismo que cuando un gitano compra bronce o un usurero compra relojes de oro. Pero también firmamos un contradocumento para que ustedes no pierdan la plata de la indemnización... Cuando le digan que ustedes renunciaron al juicio, ella les dice «¿cómo que renunciaron? Si me los vendieron, no tenían un mango y me los vendieron».

—¿Y no le puede traer problemas, doctor?

—¿Problemas? No querido, yo voy a cobrar los honorarios por la reincorporación y por el juicio. Gano el doble.

Un mes después de la reincorporación, Elsa se presentó a YPF como la titular de los juicios. El método resultó y hasta Gustavo y Elsa se ganaron unos pesos. Sergio juntó lo suficiente para arreglar el Citroën y se fue a Río Cuarto con su hermano Diego. Tenía que ocuparse de la sucesión y el almacén de ramos generales del abuelo Martín Karakachoff.

—Me vas a tener que aguantar un día en Córdoba.

Le dijo Sergio a Diego. El Ruso quería saber detalles, anécdotas, precisiones del Cordobazo y apretó varias citas en pizzerías del centro con gente de todo pelaje. Se sentó con sindicalistas, estudiantes, radicales, marxistas, peronistas, jóvenes, no tan jóvenes. Al fin de la jornada, Diego le preguntó qué había sacado en limpio:

—Qué se yo. Por la décima parte de lo que me contaron, ardió Troya. Acá todos quemaron colectivos, todos corrieron a la montada, todos lo echaron a Caballero. Cuando hay que sumar éstos te mandan la tercera potencia... Pero me parece que la mayoría no tienen idea del real kilombo en el que estuvieron metidos.

## Dos

Tras la muerte de Vandor, la intervención de la CGT de los Argentinos y la detención de cientos de dirigentes gremiales, la CGT de Azopardo se partió: los seguidores del Lobo Vandor, constituidos en la Comisión de los 20, se alejaron de los participacionistas de Alonso y March, que seguían fieles a Onganía, y mejoraron sus vínculos con los combativos de Ongaro. Así fue cómo las dos centrales convocaron a un paro nacional para el 27 de agosto, reclamando la libertad de los presos políticos y gremiales, el levantamiento de la intervención a la CGT, el congelamiento de precios y el aumento de salarios. La crisis económica que se había desencadenado con la caída de Krieger Vasena en el ministerio de Economía achicaba el espacio de negociación del gobierno con los sindicatos.

En septiembre, la Unión Ferroviaria tomó una serie de medidas contra el cierre de talleres, los despidos y las rebajas de categorías —y de salarios— que afectaron a unos cien mil trabajadores del sector. Después de Buenos Aires, Rosario era uno de los puntos de mayor concentración de ferroviarios: el ramal Mitre y los talleres de Rosario, Pérez y Villa Diego tenían unos siete mil obreros.

El viernes 6 de septiembre, un delegado gremial fue notificado por Ferrocarriles Argentinos de que los huelguistas del 29 y 30 de mayo habían sido apercibidos por la empresa. Protestó y se negó a firmar la comunicación. El sábado 7, Ferrocarriles lo sancionó. El lunes 9, la Unión Ferroviaria local lanzó una huelga en solidaridad.

El martes 10, el conflicto se extendió a maquinistas, señaleros y guardabarreras. La CGT de Rosario —unificada— declaró el estado de alerta. La Policía Federal mandó un contingente de la guardia de infantería. Los vandoristas de la Comisión de los 20 se sumaron al apoyo que desde un primer momento había dado la CGTA. La escalada ya tenía proporciones nacionales y el gobierno de Onganía ensayó una medida extrema: la movilización forzosa. La policía obligaría a los ferroviarios a trabajar. El jueves 12 la CGT de Rosario contestó con un llamado a paro activo de 38 horas a partir de las diez de la mañana del 16, hasta la medianoche del 17. La



Federación Universitaria de Rosario se plegó y llamó a paro activo los dos días.

El viernes 13, con el gremio intervenido, el líder ferroviario Antonio Scipione lanzó un comunicado exigiendo la reincorporación de los cesanteados, el levantamiento de los castigos y la libertad de los detenidos. Scipione convocaba a un paro nacional por 48 horas. Enseguida la Policía Federal informó que desde el día anterior había un decreto que ponía al sindicalista a disposición del Poder Ejecutivo.

El lunes 15 el general Fonseca, jefe del II Cuerpo de Ejército, advirtió a la población que el paro estaba prohibido y que sus fuerzas velarían por «la seguridad pública y la propiedad privada». Además, en la jefatura de Policía de Rosario quedaron acuartelados unos tres mil quinientos efectivos, con órdenes de impedir la salida de la gente de la periferia y evitar la lucha cuerpo a cuerpo. Al día siguiente, muchos militares conmemoraban que, catorce años antes, también habían velado armas. Aquella vez para derrocar a Perón.

A las diez de la mañana del martes 16 de septiembre, los rosarinos empezaron a abandonar sus lugares de trabajo para ir al acto convocado a mediodía en la sede de la CGT, Córdoba 2161. Desde la planta del Swift, al sur de la ciudad, una columna avanzó cuarenta cuadras por la calle San Martín hacia el centro y llegó hasta avenida Pellegrini. El contingente crecía: se habían sumado, entre otros, petroleros, estatales y estudiantes de Ingeniería. Al llegar a la calle San Juan se encontraron con la policía y se produjeron los primeros enfrentamientos. Eran las diez y media de la mañana.

Otra columna salió desde Catamarca y Sarmiento, al nordeste, con los obreros de Luz y Fuerza a la cabeza, pero al llegar a su sede sindical la encontraron acordonada por fuerzas policiales que los atacaron con gases lacrimógenos. Los obreros contestaron con piedras y barricadas. Al norte, en Alberdi y Génova, se concentraron grupos de ferroviarios a los que se sumaban los lucifuercistas de la usina norte. Se dirigían al cruce ferroviario de Alberdi y Caferatta, pero unas cuadras antes la policía salió al cruce y hubo choques durísimos. Otra columna de la zona norte, de ferroviarios y molineros, llegó hasta el cruce de Alberdi y Caferatta y fue atacada por la policía: los enfrentamientos duraron hasta las tres de la tarde. Al este, en la zona portuaria, convergían columnas de barrios del sur y de estudiantes; ahí también chocaron con la policía no bien llegaron a la avenida 27 de Febrero y Necochea.

A la una y media dos cosas estaban claras: por un lado, que la acción represiva era lo suficientemente enérgica como para impedir que los

manifestantes llegaran a la sede de la CGT; por otro, que la masividad del paro había permitido que alrededor de noventa manzanas de la ciudad estuvieran en poder de los huelguistas. El Ejército y la policía tenían aseguradas las seis manzanas donde estaban los edificios vitales: gobernación, tribunales, jefaturas militar y policial, radioemisoras. Pero, en un momento, vacilaron. Un grupo, encabezado por el Trucha Vanrell, del FEN, consiguió tomar LT8 y lanzar una proclama. Desde ahí trataron de marchar hacia la jefatura, pero fueron rechazados por las tropas.

Esa tarde hubo enfrentamientos en todos lados. La policía cargaba cuando podía llegar con carros y usaba armas de fuego; la gente los esperaba detrás de grandes barricadas. Al norte, en Empalme Granaderos, los manifestantes destruyeron la estación ferroviaria, pararon un tren que venía de Chaco y, una vez que bajó el pasaje, lo incendiaron. Al sur, un grupo llegó a apoderarse de un corralón municipal donde había treinta caballos, que fueron utilizados para enfrentarse a la policía.

A la noche hubo una tregua implícita. El Ejército pidió refuerzos a otras guarniciones del II Cuerpo y los manifestantes, replegados en los barrios, bloquearon las calles con barricadas y mantuvieron los focos de resistencia.

Esa noche, desde la clandestinidad, Scipione informó que la Unión Ferroviaria, pese a la intervención, doblaba la apuesta y llamaba a seguir el paro los días 17 y 18. Onganía había seguido los acontecimientos con su nuevo ministro del interior, el general Francisco Imaz, que se jactaba de tener buenas relaciones con los sindicalistas. Esa noche, en la Casa de Gobierno, los periodistas intentaron hablar con Imaz, pero su jefe de prensa, Raúl Portal, les negó todo acceso al ministro. El comité nacional del radicalismo, encabezado por Balbín, lanzó un documento llamado *Bases Mínimas para la Reorganización Nacional*, en el que pedía «el establecimiento de un gobierno provisional por breve término, de transición, que cambie la situación actual con la finalidad de reintegrar al pueblo el derecho de elegir a sus gobernantes».

El miércoles 17 siguió la lucha en los barrios. Durante la noche los huelguistas habían quedado con el control de las zonas periféricas. A la mañana nuevas columnas se lanzaron a la calle. A eso de las dos de la tarde, Rubén Ángel Barrios, un chico de doce años, estaba parado en la esquina de Ameghino y Ayacucho, en la zona sur, mirando, como muchos, una columna que pasaba. Era del barrio. Un tipo que manejaba un rambler blanco paró, sacó una pistola y se la agarró a balazos con los huelguistas. Rubén recibió un

tiro y murió al rato, camino al hospital. Fue él único muerto de esos días. Nunca se supo si el tipo del Rambler había tirado por cuenta propia o por encargo.

A media tarde, tres estaciones ferroviarias habían sido incendiadas: Rosario Oeste del ferrocarril Belgrano, y Arroyito y Sarratea del Mitre. Uno de los blancos preferidos de los manifestantes eran los trolebuses: se colgaban de los cables de atrás y los desenganchaban de la fuente eléctrica. Una vez inmovilizados los incendiaban con molotovs. También destruyeron docenas de garitas, automóviles, ómnibus. De los edificios atacados, los más dañados fueron una sucursal del Citibank en el barrio Belgrano, locales de la empresa vial CID (que había tenido un conflicto con sus trabajadores tras la suspensión de contratos por parte de Ferrocarriles Argentinos), y la planta de la empresa constructora Sargo (que había echado a varios obreros). Por todos lados la gente hablaba de «rosariazo».

A eso de las seis los manifestantes se replegaron definitivamente. El Ejército patrullaba las calles, Gendarmería controlaba las instalaciones ferroviarias, la policía provincial se establecía en la periferia y la Federal en el casco céntrico. A la noche, previendo ataques comandos, el comando del II Cuerpo lanzó una advertencia:

«Comunicado a la población: Una agrupación de combate, compuesta por artillería, infantería, ingenieros y elementos de apoyo ha llegado a la ciudad de Rosario. Los citados efectivos están al mando del señor coronel Leopoldo Fortunato Galtieri».

Los ferroviarios siguieron con la huelga y los actos de sabotaje: descarrilamiento de trenes, explosiones en las vías, atentados a garitas, incendios de vagones. El viernes 19, en la oficina del jefe de la estación Rosario Norte, Galtieri dio una conferencia de prensa para informar que tenía dos mil efectivos desplegados en las estaciones, talleres, barreras, garitas, cruces, señales y depósitos ferroviarios. El coronel, vestido de fajina, aseguraba a los periodistas que la soberanía de los ferrocarriles argentinos iba a ser defendida por sus tropas de los ataques subversivos que la amenazaban.

Las jornadas del 16 y el 17 también fueron movidas en otras ciudades. En Cipoletti hubo decenas de heridos, cientos de detenidos, y el gobierno estableció el toque de queda. En La Plata hubo manifestaciones los dos días: el miércoles, los manifestantes, tras tirar bombas incendiarias a la sede del Jockey Club y las corresponsalías de *La Prensa* y *La Nación*, llegaron hasta la Casa de Gobierno y la apedrearon. En Córdoba, el gobierno había aprendido la lección del 29 de mayo: su nuevo gobernador, el comodoro Ramón Huerta,

decretó feriado provincial el 16, para neutralizar la huelga convocada por la CGT local. Entonces los gremios decidieron llamar a un paro activo de catorce horas desde las diez de la mañana del miércoles 17. Ese día, las columnas avanzaron desde la periferia industrial hacia el centro. Hubo concentraciones en la sede de SMATA, de la CGT y de Luz y Fuerza; los estudiantes se reunieron en Plaza Colón. El control policial fue enérgico: cuando los más decididos quisieron rememorar las jornadas del Cordobazo, la guardia de infantería de la Policía Federal, comandada por el comisario Alberto Villar, impidió cualquier desborde.

**Septiembre de 1969.** El libro más vendido de 1969, tanto en Francia como en Argentina, fue *Papillon*, la autobiografía de Henri Charrière, un convicto de homicidio que pudo escaparse de la cárcel de Cayena, en una pequeña isla de las Antillas francesas: la Isla del Diablo. Era el penal donde iban a parar los peores criminales —y el capitán Alfred Dreyfus—: la mayoría de los presos moría de enfermedades infecciosas o, si intentaban la fuga, terminaban en la panza de los tiburones.

Pero *Papillon* —mariposa, el sobrenombre de Charrière— pudo escaparse y contar meticulosamente los tormentos que sufrió en la isla. En Argentina, lo que más se comentó fue el método que usaba Papillon para guardar sus papeles: hacía una bolita, la recubría de celofán y se la metía en el orto. El sistema dio lugar a todo tipo de referencias.

En Francia, el libro vendió cien mil ejemplares en su primer mes. El país se recuperaba del sobresalto del año anterior y votaba en contra de Charles de Gaulle en un referéndum convocado para reformar la constitución. El general, que había prometido que si perdía renunciaba, se retiró de la política y murió un año después.

Hacía más de seis meses que Graciela Daleo había salido del Camilo Torres. Durante ese lapso había seguido reuniéndose con otros expulsados: Carlos Hobert, la Gallega, Andrés y, por supuesto, el Flaco, que estaba terminando su servicio militar. Seguían charlando, discutiendo política, pensando posibilidades, pero el hecho de no estar militando en nada concreto les pesaba. El día del Cordobazo, Graciela y el Flaco estaban comiendo en Citadella, en Nazca y Juan B. Justo, donde vendían pizzas por metro, y ella se quejaba de que se estaban quedando afuera de la historia. Ese jueves llovía mucho sobre Buenos Aires.

—No te preocupes, Graciela, tampoco estamos tan afuera. Esto es sólo el principio. Ahora empezó por Córdoba, Rosario, Tucumán, y pronto se va a venir el buenísimo...

—Sí, y nosotros lo vamos a estar escuchando por la radio.

—No, ya vas a ver que en cuanto se arme vamos a encontrar nuestros lugares en la cosa.

En esos días, Carlos Hobert le contó que un grupito de jóvenes peronistas estaba «abriendo un laburo» en Morón, y le preguntó si no quería participar con ellos. Graciela no dudó ni un minuto. El contacto era Rubén, un viejo peronista de la zona que trabajaba en una fábrica metalúrgica, La Alámbrica, en la avenida Vergara. Iban a visitarlo a la casa, hablaban de política y pensaban qué podían hacer para darse a conocer en el barrio. A principios de octubre, Rubén les dijo que tenía que repartir unos volantes en la puerta de la fábrica: él no podía ir porque ahí lo conocían todos, así que quizás los compañeros podrían ayudarlo.

El miércoles 9 de octubre, Graciela les dijo a sus padres que se iba al velorio del padre de una compañera del curso de taquigrafía y salió de su casa poco después de las cuatro de la mañana. En la estación de Once se encontró con Carlos y se tomaron el tren. Él llevaba, en un bolso, la pila de volantes de la CGT de los Argentinos. Graciela iba entre dormida y amargada: la noche anterior había tenido una pelea fuerte con el Flaco y, cuando llegó a la esquina de la fábrica, pensó que ojalá le pasara algo en la volanteada. «Así él va a sufrir y se va a dar cuenta de que le importo de verdad».

Estaba amaneciendo. Graciela y Carlos se pararon en la esquina, con los volantes en la mano: la entrada de la fábrica estaba a media cuadra, pero todavía no llegaba nadie. Al rato se les acercó un tipo que salió de la fábrica.

—¿Qué están haciendo?

—Nada, repartiendo volantes.

—¿A ustedes quién los manda? ¿Cacheda?

Cacheda era el jefe de la UOM de Morón.

—No.

—¿Me dan uno?

—Sí, sí, tome.

El tipo se llevó el volante y enseguida empezaron a pasar los obreros. Algunos se apartaban cuando los veían, otros agarraban el volante y lo tiraban enseguida. Unos pocos se iban leyéndolo. El volante era duro y decía que con la movilización de los trabajadores había que voltear al «tirano Onganía, que está sentado sobre un trono de sangre». Dos obreros los miraron como

queriéndoles decir que estaban de acuerdo, y Graciela les sonrió agradecida. Un renault dauphine verde llegó hasta la puerta de la fábrica y después dio marcha atrás, hasta donde estaban ellos. Graciela le dijo a Carlos que seguro que se habían perdido y les iban a preguntar alguna dirección:

—Y nosotros no tenemos ni idea, qué le vamos a decir.

El renault se paró; el tipo que se bajó era morocho y medía un metro noventa:

—¿Qué están haciendo acá?

—Nada, repartiendo volantes.

El día anterior les habían explicado que si la policía estaba por agarrarlos tenían que tirar los volantes al piso, así no podían culparlos de estar repartiendo los. Pero cuando el tipo le pidió uno, Graciela no se acordó de nada.

—Sí, cómo no.

—¿Así que repartiendo volantes de la zurda, eh? Me parece que van a tener que acompañarnos.

Del renault se bajaron otros dos, con las armas en la mano, y los pusieron contra la pared. Graciela se preguntaba por qué estaba tan tranquila y no encontraba la respuesta. Diez minutos después, los dos estaban ingresando en la comisaría primera de Morón. Mientras les tomaban los datos, Graciela intentaba la defensa ingenua:

—Déjeme ir, por qué no me deja ir... Si no llego a casa mi mamá se va a preocupar.

Pero el sargento seguía llenando, muy despacio, la ficha de Graciela Daleo, argentina, veintidós años. Que estaba vestida con la mayor corrección estudiantil: pollerita escocesa tableada, medias tres cuartos, mocasines marrones. Y la mirada inocente sobre todo:

—¿No quiere que yo le ayude a escribir eso? Yo escribo bien a máquina.

—¿Pero vos estás loca? ¿Por quién me tomaste, pendeja?

En la ficha decía, bien grande, con letras rojas, la palabra «peligrosísima» muy subrayada. Antes de mandarla a un calabozo, el comisario la llamó y le preguntó qué estaba haciendo y si no le daba vergüenza ser comunista:

—Pero si no somos comunistas.

—No, qué van a ser.

—Somos peronistas, señor, estamos con la gran mayoría del pueblo...

—Sí, repartiendo los volantes de estos zurditos. ¿No te das cuenta de que le estás haciendo el juego a los comunistas, carajo?

Esa tarde, el Flaco se enteró de la caída por la esposa de Carlos, y fue a la casa de los padres de Graciela.

—No, Jorge, Graciela no está. Se fue a un velorio esta mañana muy temprano y todavía no volvió...

—Señora, Graciela está presa, en Morón.

—¡Presa! ¡Madre de Dios! ¿Por qué, qué hizo?

—Nada, no hizo nada, no se preocupe. La van a soltar pronto. Estaba repartiendo unos volantes.

El padre no quiso saber más:

—Esto no va a quedar así. Cuando viva en otro lado que haga de su culo un florero, pero mientras esté en esta casa que no se meta en líos.

La madre y el novio de Graciela se pasaron un rato sacando de la casa todos los libros que podían parecer peligrosos y, hacia el final de la tarde, se presentaron en la comisaría de Morón. Dos o tres policías estaban convencidos de que la historia de la volanteada era un cuento de Graciela y Carlos para cubrirse: que, en realidad, lo que querían era irse a un telo. Estaban indignados:

—Qué guacha. ¿Cómo le podés hacer esto a tu novio, que parece tan buen muchacho?

Al día siguiente apareció un abogado, que les dijo que negaran todo y que si tenían que firmar cualquier cosa siempre escribieran abajo la palabra «apelo», y al otro día les dijeron que les habían dado treinta días de arresto por infracción a un edicto policial. El Flaco hizo unas gestiones con un cura amigo de La Plata que consiguió que la pena se redujera a la mitad. A todo esto, Graciela había quedado instalada en un calabozo con Filomena y Carmencita. Filomena era una vieja inmensa, quinielera con treinta años de oficio. Filomena había mandado a Carmencita, su mucama, al almacén de enfrente con unos números que tenía que pasar, y un policía la había enganchado in fraganti. En cuanto se enteró de la cuestión, Filomena se presentó en la comisaría a decir que la culpable era ella, y los policías las dejaron a las dos adentro. Así que Filomena había decidido enloquecerlos: como tenía muchas cuitas y varias operaciones, a cada rato pedía que viniera un médico a revisarla. Los tuvo dos o tres días en vilo.

El calabozo era grande y tenía una letrina y un lavatorio. Las detenidas dormían en el suelo, sobre unas mantas rebosantes de piojos. La segunda noche trajeron a Verónica, una menor que se había fugado con su novio, y la tercera cayeron quince prostitutas. Ahí se armó la maroma. Las chicas estaban acostumbradas a ese tipo de vacaciones, y se pasaban los días y las noches

charlando y jodiendo. Graciela les cayó bien desde el principio, y varias le contaron sus vidas: eran totalmente distintas a las que ella conocía. Los maridos les traían la comida: la mayoría eran mujeres casadas a las que ellos mandaban a hacer la calle. La madre de Graciela también iba todos los días con su paquete de comida, y todo se compartía armónicamente. Mientras, Graciela les hablaba de la explotación y les decía que ellas eran víctimas del sistema.

—Ma qué víctimas ni víctimas, rubita. Las víctimas son los giles que nos pagan. Una lo único que tiene que hacer es abrirse de gambas, y ellos van y te ponen unos mangos. ¿Quién es la víctima ahí, eh?

Decía la Yoli, que tenía al marido preso por un robo confuso, y otras decían que no, que la rubita tenía razón, que ellas también eran las víctimas del sistema ése y que eran todos una manga de hijos de puta. Verónica se sonrojaba, Filomena resoplaba en un rincón y Graciela les hablaba del peronismo, de la economía capitalista y del Evangelio bien entendido. Sus acciones subieron mucho cuando recibió la visita del padre Alberto Carbone, que justo en esos días había salido en la revista *Siete Días*.

—Che, así que habías sido importante, vos. Mirá que tener visita de un cura que además sale en las revistas.

Dos semanas después, cuando la soltaron, Graciela se llevaba un nutrido cargamento de piojos, un buen recuerdo de las chicas y el costurerito que una de ellas le había hecho para que le regalara a su mamá en el día de la madre. Estaba satisfecha: le parecía que había resistido bien la situación adversa, y que esos días en la cárcel le habían templado el espíritu militante. Se sentía ligeramente heroica, dispuesta a hacer todo lo que fuera necesario para seguir adelante.

Era viernes. Cuando salió, lo primero que hizo Graciela fue ir a la peluquería a depilarse y hacerse una limpieza de cutis: tenía mucho acné y, cada seis meses, su madre le pagaba ese lujo. Al día siguiente, los padres del Flaco celebraban sus bodas de plata y Graciela estaba invitada, junto con sus padres, a la gran fiesta. Ya hacía unos meses que los padres de Jorge la habían aceptado como la novia del nene, y su propia madre le regalaba toallas y camisones para el ajuar. El Flaco le decía que, cada vez que la señora de Daleo lo miraba, se sentía como un pollo en el spiedo: lo estaban cocinando. Ellos no hablaban de matrimonio, pero las familias se iban imponiendo y Graciela se horrorizaba: nunca le habían gustado esas mujeres que persiguen a sus novios para tratar de casarlos. La fiesta fue rumbosa: entre los invitados estaba monseñor Bonamín, el vicario castrense, que era un buen amigo de la



familia del Flaco y lo había ayudado a solucionar su problema con el servicio militar.

**Septiembre de 1969.** En esos días, los viajes en avión por América Latina incluían la atracción dudosa del factor sorpresa: un par de veces por mes, algún vuelo era secuestrado y desviado a Cuba. Los gobiernos latinoamericanos solían responder indignados, y acusaban a La Habana de complicidad con la piratería; los cubanos recibían a los inesperados visitantes con afecto y, si había tiempo, les organizaban «visitas explicadas» por distintos lugares de la ciudad. Un grupo de estudiantes argentinos que iba a perfeccionar su inglés a Miami, por ejemplo, fue llevado a dialogar con pares cubanos en la Universidad. Los argentinos se mantuvieron parcos: «teníamos miedo de que nos hicieran un lavado de cerebro», explicaron después.

Los secuestradores eran variados: desde militantes que querían huir de sus países o llamar la atención sobre alguna situación determinada hasta chiflados con una pistola a mano. Los cubanos solían aceptarlos sin mayor problema y, en todos los casos, cobraban a la línea aérea de turno el derecho de pista en su aeropuerto: diez mil dólares. La costumbre, que empezó a extenderse al África y Medio Oriente, estuvo en el origen de las medidas de seguridad que, todavía, debe atravesar cualquier pasajero de un avión en cada aeropuerto.

—Mirá, preparación necesitamos todos... ¿O te pensás que los menches, si tienen un enfrentamiento, te van a tirar con la campaña financiera? Contale, contale Rodolfo...

Alberto Elizalde quería convencer a Fernando, uno de sus compañeros de trabajo de la imprenta de la Facultad de Ingeniería de La Plata, de que la lucha armada no era sólo una teoría. Rodolfo, otro de los imprenteros, era un buen ejemplo: de redactor de *Nuestra Palabra* en el PC se había pasado al PCR, y ahora estaba en la periferia de las Fuerzas Armadas de Liberación, los que habían asaltado el vivac de Campo de Mayo. La imprenta era una habitación grande y descascarada con dos mimeógrafos y una vieja prensa de plomos; del techo colgaban dos tubos de neón.

—Un día fuimos a la sede central del partido, en la avenida Entre Ríos, en la Capital. Nos llevaron a los de la redacción del periódico a verlo a Vittorio Codovilla. Hasta que llegamos a la habitación del fondo, nos cruzamos como con diez gorilas que lo cuidaban y, adentro, otros dos al lado, con los brazos cruzados. No sabés la pinta que tenían esos nenes...

—Muchos de esos tipos fueron a recibir instrucción en Rusia, lo que pasa es que la usan para autodefensa.

Aclaró Alberto. A Fernando lo de Moscú le sonó exagerado:

—Dale, eso parece *Selecciones del Reader's Digest*. ¿A Rusia para aprender a cuidar locales...?

Pero Alberto tenía buenos argumentos:

—¿Vos viste el colorado ése que a veces viene a la facultad con Cachó Vázquez? Ése es oficial de reserva del Ejército Rojo.

El Colorado Teste era un abogado que había sido militante del PC mientras estudiaba Derecho en Buenos Aires. Como era uno de los más duros en los enfrentamientos con los grupos filonazis de la facultad, en 1965 el partido lo mandó a la URSS a aprender técnicas militares. Después del golpe de Onganía, los derechistas se dedicaban a indicar a la policía quiénes eran los militantes de izquierda o, en su defecto, a agarrarlos de a uno para pegarles. Teste era un semáforo pelirrojo: para defenderse, solía llevar un estuche de violín con un contenido misterioso y disuasivo, que algunas veces era un arma y otras solamente diarios viejos. En 1967 fue uno de los que lanzaron el PCR porque sostenían la necesidad de la lucha armada; a mediados de 1969, algunos de ellos empezaron a pensar que, además de apoyarla, había que ponerla en práctica, y formaron las FAL.

Alberto Elizalde les seguía los pasos: no formaba parte de sus grupos, pero estaba en lo que solía llamarse «la periferia», los simpatizantes: primero de la agrupación estudiantil del PCR y luego de un grupo de apoyo a las FAL. Participaba de los grupos de acción callejera, protegiendo los actos relámpago con molotovs y alguna barricada, pero no recordaba haber visto nunca una bomba incendiaria que diera en el blanco. Le parecía que todos se ponían bastante frenéticos cuando oían sirenas y veían un despliegue policial tanto más poderoso que sus cocteles de nafta, y que el temor y la impericia conspiraban contra la puntería.

Alberto estaba muy enchufado cursando materias de segundo y tercero de Ingeniería, y trabajaba para ayudar en su casa. Había entrado como corrector en la imprenta de la facultad; después aprendió a manejar la minerva y el mimeógrafo, y finalmente llevaba la administración del turno de la mañana. Además estaba contratado en el hipódromo. Trabajaba jueves y domingos por la tarde, los días de reunión: al principio vendía boletos en la popular; después, como tenía aspecto prolijo, lo pasaron a ventanilla de pagos de la sección *Pelousse*, donde circulaba la plata grande.

Alberto ya había caído preso dos veces, en manifestaciones: las dos veces le abrieron un sumario por violar la ley 17.401 que penaba las actividades políticas, pero la cosa quedó ahí. La segunda vez se pasó la noche en una celda con varios estudiantes y lo largaron el jueves a la tarde, con el tiempo justo para ir a pagar a ventanilla. Alberto vivía a los tumbos, corriendo de un lado para otro, muy excitado: a veces se acordaba de su amigo José Carri, que el día del golpe de Onganía le había dicho que había que esperar, y le parecía que ese tiempo había quedado muy lejos. Ahora, todo se hacía más y más urgente.

Sin embargo, Alberto seguía sin integrarse a un grupo: menos por falta de decisión que porque nadie se lo había propuesto seriamente. Tampoco tenía claro cuál: tenía que ser revolucionario y estar de acuerdo con la lucha armada; los detalles importaban menos. En esos días, unos amigos que estudiaban teatro lo invitaron a participar de un grupo en el que confluía de todo. Había gente del peronismo revolucionario como el Tano Haroldo Logiuratto, Jorge Reyna y el Negro Diego, que había estado en las primeras acciones de la resistencia y les contaba cómo había hecho el viejo Chávez a principios de los sesenta para tomar la guardia del regimiento siete con una ametralladora de madera. También había algunos de la edad de Alberto, como Rolando Diez, que había formado parte de los grupos de apoyo a la guerrilla del Che Guevara en Bolivia. Diez y su compañera, Ana Tarasiuk, estudiaban cine en la Escuela de Bellas Artes.

Alberto dudó mucho. El otro que le insistía era el Sopeti, uno de sus mejores amigos. El Sopeti era un rubio entusiasta, vivía con Lucía, los dos habían empezado la militancia y estudiaban en la Escuela de Bellas Artes. Además, él ya había escrito alguna pieza teatral, componía rock, tocaba la guitarra y cantaba. Al final, Alberto le dijo que le arreglara un encuentro, a ver qué pasaba.

En las dos primeras citas lo dejaron colgado. Alberto estuvo a punto de dejarlo. A la tercera fueron a buscarlo y el Sopeti lo presentó como Beto. Alberto pensaba que iba a discutir, cuestionar, pedir detalles, pero cuando estuvo ahí declaró que quería formar parte y se integró sin más. A las pocas reuniones apareció uno que les iba a dar instrucción militar. Era Abel Verd, un miembro del grupo de Carlos Olmedo, que pocos meses antes había quemado una docena de supermercados Minimax.

—En esta etapa hay que multiplicar la acción y crear embriones revolucionarios; luego vendrá la fase de la síntesis.

Les decía Verd, para disolver la idea de que lo que quería era dar un manijazo y llevárselos a su propio grupo, que todavía no se llamaba Fuerzas Armadas Revolucionarias. Como parte de las charlas, un día llevó a Carlos Olmedo, que a Elizalde le pareció de una lucidez sobresaliente. Era medido de palabras, pero les dejó unos documentos que, según supieron más tarde, había escrito él mismo; los llevaba en un maletín donde también vieron dos pistolas Walter P38 doble acción. Alberto y sus compañeros se quedaron muy impresionados: después, cuando hablaban de él, lo llamaban «el Atildado».

Al poco tiempo, el grupo decidió aceptar una propuesta de Verd y mandar a dos de sus miembros a entrenarse en Cuba. Los elegidos fueron Alberto Elizalde y el Flaco Luis, que venía de los grupos de apoyo al ELN.

—¿Así que vos también enganchaste un viaje a la isla? Otro más que se va a hacer turismo revolucionario por cuenta de los cubanos...

—No, Sopeti, vos sabés que yo no voy a hacer eso. Nosotros no vamos a congresos ni a encuentros: no vamos a charlar, vamos a entrenarnos. No es lo mismo.

Alberto no podía más de la impaciencia. Pero todavía le faltaba decírselo a Delia, su madre, que a esa altura ya sabía que su hijo mayor estaba militando. Una vez que la señora llegó de su trabajo más temprano que lo previsto, entró en el living y Alberto le gritó que estaba ocupado y trató de cerrar la puerta. Delia entrevió bolsitas de papel madera y un par de botellas, y no necesitó muchas explicaciones. Esa noche, mientras comían, Delia le dijo que en su vida lo único que le había prohibido fue esa locura de correr en moto; en lo demás no me meto, vos sabrás...

—Mamá, me invitaron a conocer Cuba, para ver cómo se construye el socialismo. ¿Qué te parece?

Delia, que era enfermera, le recomendó que se diera la antitetánica, la triple y que tuviera cuidado con la triquinosis. Unos días después, cuando Luis y Alberto abrieron el sobre con los pasajes y los pasaportes con nombre falso sintieron que avanzaban un escalón muy importante. A Alberto le pareció que los sellos estaban perfectos, lo que no sabía muy bien era si representaba los veintitrés años de la identidad ficticia: eran cuatro más de los que tenía, así que ensayaba gestos de tipo más grande.

Estuvieron de viaje unos treinta días, de los cuales quince fueron estrictamente de instrucción. Nada fue muy distinto de lo que Alberto esperaba: dormían en cuadras, las órdenes tenían un tono amable, las armas eran soviéticas, el calor resultaba asfixiante y el arroz con frijoles que devoraban los cubanos le pareció espantoso. Lo que lo obsesionaba era que

estaban tan cerca de Miami, y que los cubanos siempre parecían preparados para una invasión. Cuando les contaron cómo rechazaron el desembarco de Playa Girón, se le ponía la piel de gallina.

—Estos tipos tienen unos huevos bárbaros. Quién sabe si nosotros seríamos capaces de algo así...

Le repetía, cada tanto, Alberto a Luis cuando ya estaban en el viaje de vuelta.

**Septiembre de 1969.** El miércoles 3 las radios vietnamitas interrumpieron de pronto sus transmisiones: había muerto en Hanoi, a los 79 años, Ho Chi Minh, presidente y líder histórico de Vietnam del Norte. A principios de siglo, Indochina era una colonia francesa: Ho estudiaba en París y buscaba, con otros compatriotas, las formas de acabar con esa dependencia. En 1921 participó en la fundación del Partido Comunista francés, y en sus «comités anticolonialistas». De vuelta a su país se metió en la guerrilla contra la dominación francesa hasta que, al empezar la segunda guerra mundial, los revolucionarios vietnamitas tuvieron que priorizar la resistencia contra la ocupación japonesa. Después de la guerra, los guerrilleros vietnamitas —los vietcongs— volvieron a la pelea anticolonial, que terminó con su victoria en la batalla de Dien Bien Phu en 1954. Entonces se creó la República Popular de Vietnam del Norte, dirigida por Ho Chi Minh. Pero el país estaba dividido: al sur se estableció la República Democrática de Vietnam del Sur, con un gobierno controlado por los Estados Unidos y, pocos años después, la guerra volvió a desatarse. El «tío Ho» murió antes de ver el triunfo de los suyos.

En esos días de septiembre, Seymour Hersh, un joven periodista de investigación de Nueva York que había trabajado en *Associated Press*, consiguió un dato fuerte: un ex soldado americano en Vietnam, Ronald Ridenhour, le contó que el 16 de marzo de 1968 una patrulla de su ejército había entrado a la aldea vietnamita de My Lai y masacrado a la población civil. La versión contradecía el informe del Pentágono —publicado en su momento por los corresponsales norteamericanos— que consignaba la muerte en combate de 128 vietcongs en My Lai.

Ridenhour no había estado en My Lai pero conocía detalles de la matanza. En marzo de 1969 había mandado cartas de denuncia al presidente Nixon y a veinte congresistas republicanos y demócratas. Cuatro meses después, como no tenía respuestas, se contactó con Hersh. Poco después, Hersh descubrió que el teniente William Calley, a cargo de la unidad que tomó My Lai, estaba

viviendo en Atlanta, Georgia, y que el Ejército acababa de iniciarle un sumario interno a raíz de las denuncias de Ridenhour.

Hersh fue a Atlanta y habló cinco horas con Calley. Después entrevistó a otros soldados presentes en aquella jornada, y confirmó que no había habido combate sino un ataque a sangre fría y que la mayoría de los 128 muertos eran mujeres y niños. Entonces escribió su primera nota y trató de venderla: primero fue a *UPI* y *AP*, después a la revista *Life* y a varias otras, pero nadie la quería. Sólo una pequeña agencia, la *Dispatch News Service*, corrió el riesgo de difundirla, y un par de radios la retomaron.

Al día siguiente, la matanza de My Lai era la noticia del día en todos los diarios y noticieros del mundo. La Casa Blanca tuvo que aceptar que Calley y otros soldados tenían un proceso abierto y empezó el debate. Un centenar de organizaciones civiles americanas convocó a una concentración nacional frente a la Casa Blanca para el 13 y 14 de noviembre. Nadie esperaba tanta gente: 250.000 personas acamparon por 48 horas en el centro del poder americano para exigir el retiro de los soldados norteamericanos y el cese de la guerra. Los americanos, que no conseguían grandes éxitos en el frente de batalla, estaban empezando a perder también en el frente interno.

En primavera, las gaviotas gritaban más y más. Cada tanto, alguno de los bichos se acercaba a una ventana para buscar comida; desde adentro del calabozo, los presos también se acercaban, para atrapar algún rayo de sol. La vida en Rawson seguía lenta: los presos jugaban al ajedrez, al dominó, discutían de política y tomaban mate dulce con peperina. Había problemas: a algunos presos los llamaban muy seguido de la dirección del penal para retirar una encomienda, para pedir una visita especial o para lo que fuera. Y eso caldeaba el ambiente.

—Los llaman para sondearlos, a ver si están firmes.

Decía Felipe Alberti.

—Mirá Felipe, hay que tener paciencia, hay muchos que pueden ir aflojando por cosas personales, por eso nos han traído acá. La dictadura quiere que hagamos de escupidera y si pueden nos van a tirar el gargajo encima, pero tenemos que mostrar un frente unido. Más allá de que no sean de nuestro sindicato, tenemos que estar juntos.

Le contestaba Agustín Tosco. Así llegaron hasta fines de noviembre. El 27 a la tarde, el gordo Di Toffino estaba sentado con la radio pegada a la oreja. Pegó un salto que llamó la atención de todos.

—Ju-ju-ju... ¡Vamos carajo!

—¿Qué pasa, Gordo?

—Ju-ju-ju... ¡Vamos pa' Córdoba carajo! Onganía acaba de dar un discurso desde San Juan y dijo que llamaba a la pacificación y que va a haber un indulto.

—Ju-ju-ju...

Empezaron todos. El gobierno tenía que soltarlos porque los tribunales militares que los condenaron habían violado varias normas legales. La Suprema Corte estaba por liberarlos a causa de estos errores, y el gobierno prefirió adelantarse para que la justicia militar no quedara en ridículo. Eran los restos de legalidad que mantenía la dictadura de Onganía. Y así, además, podían argüir que la amnistía era una contribución a la paz social.

—El pueblo unido jamás será vencido... el pueblo unido...

Enseguida se acercó un oficial de grandes bigotes, con tres soles en las charreteras y una sonrisa que olía a falso, para decirles que había llegado un radiograma sobre los indultos:

—No tenemos nombres, ni tampoco órdenes de libertad. Así que, por favor, les pido que guarden disciplina. No bien tengamos novedades al respecto se las vamos a comunicar.

Por los abogados, los presos se enteraron de que Ongaro había salido en libertad el 29 de noviembre, desde la cárcel de Caseros. Las horas se les hacían insoportables. El 6 de diciembre ya todos tenían el mono hecho. Cuando están por salir, los presos meten los libros, la ropa, el calentador, la radio, en una frazada de la cárcel atada en las puntas. Eso es el mono. Esa tarde, un suboficial llegó con un papel y gritó:

—Con todo...

Y leyó la nómina de los trece presos de los consejos de guerra. Medio año en Rawson había sido una vida. En la calle estaban los abogados, los sindicalistas de la ciudad, algunos curas. En la calle había demasiada luz. Hacia el lado oeste del penal podía verse el horizonte detrás de unas matas amarillentas. Hacía mucho que no veían el horizonte. A Felipe lo impresionó la aridez, la soledad y se acordó de pronto de que ese día cumplía años su hija Graciela, la menor. Le consiguieron un teléfono y marcó el número de su casa.

—Holá, holá... ¡Gracielita, feliz cumpleaños!

—¿Quién habla?

—El papi...

—¿Quién habla? No me haga bromas...

—M'hijita, soy tu padre. Acabo de salir en libertad...

Ese mismo día salían del penal de Neuquén otros presos del Cordobazo. Entre ellos estaba el otro dirigente lucifuercista preso, Osvaldo Ortiz, y el mecánico Elpidio Torres.

Tosco, Di Toffino, Grigaitis y Alberti decidieron ir esa noche a Buenos Aires para mostrarse en un frente unido con otros dirigentes sindicales liberados y hacer declaraciones al periodismo. Al día siguiente encararon para Córdoba y al bajar del avión cada uno se abrazó a los suyos. Tras el recibimiento fueron en caravana hasta la sede del sindicato. Los militantes colmaban el edificio de la calle Deán Funes, de donde seis meses antes la Gendarmería había sacado esposados a los dirigentes que ahora volvían. Tosco fue el orador de fondo. Antes de que tomara la palabra hubo un minuto de silencio por los mártires del Cordobazo; después todos cantaron el himno.

«—Hemos salido de esta ignominiosa prisión más firmes que antes para continuar la lucha contra la dictadura. Y queremos aclarar, por si nos toca recorrer nuevamente el mismo camino, que no tendremos miedo. Se nos acusó de violentos, de subversivos. Onganía nos acusó de enemigos de la Nación. No titubearon en usar el lenguaje más ofensivo para honrados trabajadores. No trepidaron en hablar contra la violencia cuando el pueblo, superando la coacción a que estuvo sometido durante tres años, empezó a materializar en la calle el reclamo por el respeto a sus derechos. Ellos, que usurparon el poder por la fuerza, que se mantienen en el poder por la fuerza, que mantienen el ejercicio de la violencia proscribiendo la voluntad de la soberanía, ellos son los que hablan de la pacificación y contra la violencia. Nosotros les negamos autoridad legal y moral a quienes han practicado y practican todos los días todo tipo de violencia contra el pueblo. No aceptamos el concepto de pacificación en la sumisión. Coincidimos con la declaración del episcopado latinoamericano en Medellín cuando señaló con toda claridad: “La paz es ante todo obra de la justicia”».

En las tribunas, los asistentes aplaudían, y gritaban paso paso paso, por otro Cordobazo. Tosco les pidió silencio:

«—Nuestras armas son la verdad, la libertad, la justicia, la dignidad. Cuando fuimos juzgados no bajamos la cabeza. Dijimos que sí, que habíamos votado un paro de treinta y seis horas, que habíamos resuelto manifestaciones callejeras para reclamar por nuestros derechos. Y dijimos que la violencia estaba desatada por la represión. Porque a quince minutos de iniciarse las manifestaciones, una columna de obreros mecánicos se encontró frente a una feroz represión. Cuando el compañero Máximo Menna, caminando con su gran esperanza de una vida mejor, cayó bajo la pistola 45 de la represión, ¿el



pueblo tenía que bajar la cabeza? ¿El pueblo tenía que llorar al lado de sus muertos y no salir a protestar con mayor firmeza, como el glorioso Cordobazo del 29 y 30 de mayo?».

Los gritos redoblaban, y los mueras a la dictadura. Pero Tosco quería seguir: le importaba dejar clara su posición frente a los sindicalistas amigos del gobierno.

«—No queremos participar del hambre. No queremos participar de la represión, de los marginamientos, de los planes y programas que hace el régimen para mantenernos sometidos. Ellos creen que porque intervienen nuestros sindicatos, porque encarcelan a los dirigentes, nosotros hemos desaparecido. Algunas revistas hablan de “los restos de la CGT de los Argentinos”, hablando de los restos institucionales, porque es evidente por ejemplo que en la Unión Ferroviaria pesa la intervención, y porque existen los vendidos que colaboran con la intervención. Con los restos de las instituciones pero con el ser humano dispuesto a continuar la lucha, con la convicción del pueblo, se ha arrancado la libertad de los compañeros. Nuestra libertad fue el triunfo del pueblo que no declinó hasta arrancarnos de la prisión».

Los asistentes gritaban con más entusiasmo. En el estrado, Agustín Tosco, Felipe Alberti y el Gordo Di Toffino se abrazaban, y a alguno se le cayó una lágrima.

**Noviembre de 1969.** *Pinap* era una revista mensual dirigida a los jóvenes «beats». Y ese mes armó un festival de música en el Anfiteatro Municipal de Figueroa Alcorta y Pueyrredón. Durante el año había habido otros eventos — los domingos a la mañana en el Coliseo, los conciertos en el Di Tella y en las facultades, el encuentro en las piletas de Ezeiza— pero éste prometía ser el gran cierre a toda orquesta.

Actuaron, entre otros, Facundo Cabral, Manal y Almendra; hubo más de doce mil espectadores. La cantidad de gente sorprendió incluso a los organizadores. Hubo un concurso para grupos nuevos, donde uno que se llamaba Sui Generis fue derrotado por Cristal, de Miguel Mateos. Y Almendra fue el grupo más aplaudido.

Estaban empezando a hacerse conocidos. La banda de Luis Alberto Spinetta, Emilio del Güercio, Edelmiro Molinari y Rodolfo García se había armado un par de años antes en el Instituto San Román, un secundario de Flores, para hacer «música beat». En ese momento no había nada mejor que los Beatles, que acababan de publicar *Sergeant Pepper's*. Y, en 1968,

Almendra sacó sus primeros simples: entre ellos, una canción que se difundió bastante y empezaba diciendo que «para saber cómo es la soledad,/ tendrás que ver que a tu lado no está...»; se llamaba *Tema de Pototo*. Pero el golpe definitivo vino con el primer longplay.

El longplay se llamaba *Almendra* y acababa de editarse. Entre sus canciones estaba *Ana no duerme*, *Fermín y*, sobre todo, *Muchacha (ojos de papel)*, que empezaba a escucharse como un himno. En los meses siguientes saldrían los primeros discos de Manal, Vox Dei, Piero, Moris, Arco Iris y Pedro y Pablo. El «rock nacional» —también llamado «música progresiva»— ya tenía una identidad. Sus temas, en general, se ocupaban más de cuestiones existenciales —el amor, la soledad, los miedos personales— que de cuestiones sociales. Salvo, quizás, los de Pedro y Pablo, que serían censurados por *Apremios ilegales*, un tema que empezaba diciendo: «Apremios ilegales, abusos criminales,/ tu condición humana violada a placer./ Los perros homicidas mordiendo tus heridas,/ y el puñetazo cruel que amorata la piel». Pero, de todas formas, entre los seguidores de estos grupos y los militantes políticos solía haber grandes distancias. Los políticos acusaban a los músicos de colaborar con el sistema y dedicarse a los pajaritos: «Hablar de paz y amor en esta sociedad es hacerse cómplice de los represores», decían. Y los músicos contestaban que los políticos no entendían que el cambio tenía que darse en cada uno y que toda violencia era nefasta.

—Mamá, mañana nos vamos con Carlos a Santa Fe a presentar el audiovisual.

—Ay, Miguel, a mí me gustan mucho más tus poemas que eso que hicieron, sin ningún texto, tan difícil.

Ese mes de noviembre, mientras terminaba quinto año, Miguel Molfino preparó un audiovisual con un amigo. Lo habían impresionado los que vio en el Instituto Di Tella, cuando vivía en Buenos Aires, y quiso imitarlos:

—Esto es distinto, vieja. Lo que hicimos con Carlos es una música electroacústica que acompaña el ritmo de las fotografías. El mensaje dramático lo da la imagen, no es necesario usar palabras, ¿entendés? Lo importante es lo que provoca en el espectador; esto es experimentalismo, es vanguardismo en el arte.

El audiovisual duraba diez minutos: eran unas ciento veinte diapositivas en blanco y negro que se pasaban manualmente en dos proyectores con una banda sonora grabada en un Geloso que debía ser el único que había en el Chaco. Miguel y Carlos lo habían bautizado *Tema de Vietnam y la Muerte*, y

una agrupación juvenil artística santafecina vinculada a la iglesia, llamada Cantos del Niño Ofrecido, los había invitado a exponerlo en el Primer Encuentro del Arte Joven, en Santo Tomé, a mediados de diciembre.

Noemí charlaba con su hijo mientras atendía la caja del bar de la fundación de lucha contra la poliomielitis. Era viernes a la noche del verano tórrido de Resistencia y las señoras de la beneficencia despachaban cerveza y gaseosas en cantidades industriales. Noemí había tenido que aceptar que Miguel se apasionara por la política. Ya había pasado el sofocón de las revueltas de mayo: sus cuatro hijos mayores habían vuelto a clases y llegaron bien a fin de año. Miguel y Alejandra terminaron quinto, José Antonio pasaba a cuarto y Marcela a tercero. Eran bastante independientes y ese año todos terminaron contagiados con la política. Noemí se dedicaba mucho al menor, Gustavo, de nueve, y en su tiempo libre le encantaba leer novelas policiales.

—Vieja, te dejé en casa una nueva de Agatha Christie que encontré en la librería.

El sábado a la tarde, Carlos y Miguel llegaron a Santo Tomé cargando dos bolsos grandes con sus equipos. En el Encuentro había obras de teatro, poesía, plástica, chicas de todas las edades y provincias. A la noche les tocó exhibir el *Tema de Vietnam y la Muerte* y todo funcionó a la perfección: Miguel apretó el play y la cinta empezó a despedir una música metálica que resonaba por los altoparlantes, y Carlos le daba ritmo a los proyectores. Muchas eran fotos que le sacaban a las fotos de los diarios sobre Vietnam: grandes, en la pantalla, resultaban impactantes. La gente aplaudía, algunos gritaban consignas y los gritos explotaron cuando la última diapositiva mostraba un lema del Che: «Crear dos, tres, muchos Vietnam, es la consigna».

Tras el aplauso siguieron otras obras. Miguel se había estado mirando con una morocha que parecía un poco mayor que él. Se pusieron a charlar y ella le dijo que lo había mirado porque tenía un aire a John Lennon. Se llamaba Estela y era una abogada santafecina recién recibida. Molfino tocaba el cielo con las manos; entrada la noche, cuando terminaba la primera jornada de arte joven, Carlos lo bajó de un tortazo:

—Nos afanaron el audiovisual, Miguel. Dejaron los equipos y se llevaron las diapos y la cinta.

Estela le apretó el hombro para calmarle la bronca y Miguel, rápido de reflejos, la abrazó fuerte. Al rato, ella lo invitó a dormir a su casa y a Molfino todo le empezó a parecer menos trágico.

—Bueno, ya vamos a poder reconstruir la música y algunas fotos.

Cuando llegaron a su departamento, en Santa Fe, Estela puso *La Balsa* en el tocadiscos: era un simple, y el winco lo repetía una y otra vez. La voz de Litto Nebbia era casi tan pegajosa como la noche junto al Paraná.

A la mañana siguiente, Estela le preparó un café, y le preguntó si quería conocer a un poeta muy importante amigo de ella que, además, andaba en política. Arreglaron para tomar una sangría en la costanera al mediodía, antes de volver a Santo Tomé. Al rato llegó un tipo robusto, con unos bigotes poblados, que ya había pasado los treinta. Tenía una camisa grafa beige y los saludó con cierta autoridad:

—Hola, yo soy Paco.

—Y yo Miguel.

Estela miró a Miguel y le aclaró:

—Es Paco Urondo.

Molfino se avergonzó un poco y le pareció que tendría que haberlo reconocido. Había visto fotos de él en *Primera Plana*, y en algún suplemento cultural decían que era uno de los poetas jóvenes con mayor futuro. Pero se recompuso enseguida:

—Pero claro, el autor de *Historia Antigua, de Lugares...*

Paco le sonrió. El sol los entibiaba y Miguel todavía sentía los olores de la noche anterior. Más abajo, tranquilo, el Paraná corría sin rumores. Estela, Paco y Miguel acompañaron la sangría con un pescado asado. Urondo les decía que, para muchos intelectuales, Frondizi representó el progresismo, y que la decepción que les causó hizo que se conformara el MALENA, al cual él se había sumado junto con otros escritores e intelectuales:

—Creo que fuimos los únicos que pensamos que el desarrollismo podía tener algún germen revolucionario, entonces nos propusimos crear un pensamiento nuevo, inspirados en el socialismo. Ahí se juntó gente muy distinta, y de hecho después tomaron caminos muy distintos también. Lo más interesante es que algunos de ese grupo estuvieron relacionados con el ejército de reserva que se había formado acá para la campaña del Che en Bolivia...

A Miguel la palabra ejército en boca de Paco Urondo le sonó muy fuerte: la charla se encaminaba al punto que estaba buscando. Urondo hacía pausas para masticar bien el pescado, pero Miguel no quería interrumpirlo.

—Ahora algunos plantean la necesidad de organizar un núcleo revolucionario que retome ese intento pero desde una perspectiva claramente militante. Ya no alcanza con defender la estrategia armada en el plano teórico: hay que llevarla adelante...

Molfino se volvió sin las cintas del audiovisual pero muy impresionado con su fin de semana en Santa Fe. En el micro de vuelta pensaba que si su padre estuviera vivo sería de esos desarrollistas que se sumaron al MALENA y, por qué no, a ese núcleo revolucionario del que hablaba Paco. Miguel se acordaba del libro de Lenin que su padre leía en sus últimas semanas, cuando el dolor de los riñones ya lo estaba matando.

**Noviembre de 1969.** Entre los papeles de Rodolfo Walsh —ahora recopilados en *Ese hombre*—, uno de ellos trata de hacer un balance de su vida en esos días:

«Sunday Night:

»Tiene razón L sobre que hay alguna traba afectiva ante R (Raimundo Ongaro). Ella dice: por lo menos que cuando nos encontramos hoy, después de cinco meses de cárcel, el gesto de R fue más afectuoso que el mío; o más bien, que yo avancé para darle la mano mientras él avanzaba para abrazarme, cosa que hizo a medias. Flaco. La palidez se le ve al sol, cierto demacramiento (...)

»Quiere decir que la primera impresión, el discurso inicial antes de que nosotros saliéramos a almorzar (porque la invitación a quedarnos nos pareció demasiado tibia), fue mala tanto para L como para mí: parecía sobreexcitado, cansado, dándose cuerda, lleno de fantasías y, al mismo tiempo, haciendo un show. Es decir, lo peor de él. Pero cuando volvimos y la corte de señoras se había convertido en un grupo de amigos, de sindicalistas, todo cambió muy favorablemente, asumió su faz mejor, y como ésa es al mismo tiempo la más sincera, a nadie le quedó la duda de que era el mismo R de siempre: dispuesto a pelear, a jugarse, agitar, etc. O sea que lo hemos recuperado. Pero lo que él le dijo a A: “Vos también salís en libertad”, se aplica igualmente a mí. Durante cinco meses he vivido para mantener lo que se podía mantener de la CGT; no he escrito casi una línea para mí; no he ganado un peso para mí; he ambulado de un lado a otro; no he cuidado mi salud; no me he tomado un fin de semana. Es decir, empecé a vivir de algún modo como un animal, alienado en esa lucha. Aguanté. Ahora tengo que aflojar el ritmo. Hay algo de inhumano en esto, que viene dado por este todo-o-nada. Ahora hay que vivir una vida más racional, pensando que todo esto va a durar diez años, veinte años, hasta que uno se muera, y que yo no soy el héroe de la historieta sino uno más, alguien que pone un poco el hombro todos los días y, cuando es necesario, pone algo más que el hombro. Pero teniendo en cuenta que debo y puedo también actuar en otro terreno, sin enceguecerme en la pura acción.

Debo pensar, sin retroceder, y volver a pensar, y usar sobre mí algo de mi inteligencia y cariño.

»Lunes:

»¿Cuántas veces en mi vida habré escrito cosas como éstas? Y sin embargo, algunos de mis propósitos se cumplieron. Signo: Capricornio».

—¿Adónde tenemos que firmar?

Cuando terminó la ceremonia en el registro civil de 1 y 60, Daniel y Telma hicieron una fiesta de lo más moderada. Josefa, la madre de Daniel Egea, se peinó de peluquería y llevó la torta. Los padres de Telma fueron desde Tandil y se quedaron el fin de semana en La Plata. A la casa de la calle 55 sólo podían invitar gente de cierta confianza, porque todos los que vivían ahí eran militantes. Todo muy mezclado: la madre obrera de Daniel, los padres de clase media de Telma, los amigos obreros y estudiantes de los dos.

—Si no fuera por la lucha de clases, ¿de dónde te ibas a casar vos con una burguesita como esta?

Le decía, con mucho refuerzo de sonrisas, el Cabezón José Ríos a Daniel. Ese día, el Cabezón era como un padrino: Telma y Daniel se habían conocido en el grupo de estudio que él dirigía. Era un grupo de universitarios, obreros y profesionales que se juntaban a estudiar marxismo mientras pensaban cómo organizarse para pasar a la acción. Telma tenía veinticinco años, como él, y una noche fueron al cine Select de La Plata. Esa vez el programa no venía de cine militante; vieron *Fantasia* de Walt Disney y, a la salida, él la besó por primera vez. Telma daba clases de psicología dos veces por semana en un colegio de Tandil y Daniel hacía turno noche en la sección Embarque de Carnes del Swift de Berisso: tenían muchos días para estar juntos.

Después de la boda, Daniel se tomó los días de luna de miel en el frigorífico porque no quería regalárselos a la empresa, pero los usó para tareas de militancia. Estaban muy volcados a la formación interna.

—Tenemos que organizamos como partido, hay que crear una opción distinta.

Desde el Cordobazo, el Cabezón Ríos se había convencido de que los grupos de estudio ya habían cumplido su papel: la gente había salido a la calle y ya no era momento para seguir discutiendo teoría. Oscar y su hermano José habían dejado de trabajar en fábrica para dedicarse con todo a la militancia; a su alrededor se juntaban unas cuarenta personas que podían ser la base del nuevo grupo. Eran maoístas y querían llevar adelante sus propias ideas sobre las luchas obreras y, más adelante, sobre la lucha armada.

—Nos quedan apenas unos pesos de lo que ahorramos de los viajes a Cuba y a China, el resto tendrá que salir de los aportes de los compañeros. Con que hagamos una estructura mínima y podamos sacar nuestro propio periódico, estaría bien...

En esos días iniciales, Daniel y Telma vivían con otros seis compañeros y dos bebés en la casa de La Plata. Estaban instalados en la habitación del fondo con un ropero, dos mesitas de luz y una cama. No necesitaban más: el resto vivía en las mismas condiciones y se turnaban rigurosamente para las tareas hogareñas. El Cabezón iba a visitarlos a menudo: solía llegar al mediodía y se quedaba a charlar un rato con Daniel, que recién se estaba levantando. José paseaba sus libros de marxismo en un bolsito de lona de dos manijas y, mientras esperaba que Daniel se lavara la cara, le leía en voz alta.

—La filosofía puede cambiar al hombre, aun antes de que se creen las nuevas relaciones de producción socialistas...

Daniel lo escuchaba y, a veces, le parecía que no podía seguirle el hilo. Oscar trataba de cumplir con uno de los principios de Mao: ser didáctico y expresarse a través de principios. José era un entusiasta de la revolución cultural china y tenía la mira en la formación de cuadros. Como materialista dialéctico, a Oscar le importaba mucho fundamentar por qué se podía crear un hombre nuevo antes de que exista una nueva sociedad:

—... la lucha entre lo nuevo y lo viejo es singular, particular y general. Singular porque se da de manera diferente en cada proceso; particular, porque cada hombre debe proponerse cambiar y luchar contra lo viejo; y general porque se puede llevar desde la vanguardia hacia las masas.

—Eso es Mao ¿no?

—No, Daniel, es parte del documento que preparó mi hermano para la reunión de fundación del partido.

Daniel se refregaba la toalla por la cara para que pareciera que se había equivocado porque estaba medio dormido.

—Tenemos que ir pensando en elaborar un programa, formular las tesis de construcción dentro del movimiento obrero y tener una estructura; entre la gente de los dos grupos de estudio y todo el trabajo en la periferia y los contactos en Chaco, Rosario y Capital...

—Bueno, pero no todos podrían estar en el partido. Hay que ver caso por caso, ¿no? ¿Te quedás a comer?

Como todos los obreros de la carne, Daniel siempre se llevaba unos cortes de contrabando:

—Dale, que los traje esta mañana, un corte de primera.

—Daniel, algún día vas a ser una persona muy importante y esto te crea una desviación.

—Bueno, todavía tengo mucho tiempo por delante para cambiar.

Después de comer, Daniel releía una y otra vez un libro de Mao impreso en Pekín, con tapas rojas y papel biblia: el famoso *Libro Rojo*. Daniel tenía muy buena memoria para recordar letras de tangos y poemas gauchescos, así que no le costaba demasiado repetirse una y otra vez: «Los procesos de cambio son el paso de la nada a la existencia y de la existencia al desarrollo; todo partido revolucionario tiene un proceso que va de la nada a lo pequeño, de lo pequeño a lo grande; los revolucionarios tienen que transformar su organización de débil en poderosa».

—Tengo un retraso de quince días...

Dijo Telma, y Daniel no pudo disimular un sobresalto. Había llegado, como todas las mañanas, a las seis. Ella lo esperaba con un buen desayuno; después, él dormía hasta el mediodía. Pero esa mañana se quedaron haciendo planes. El hijo posible cambiaba bastantes cosas. No lo habían buscado, pero los alegraba: estaban militando para un futuro mejor, y un hijo era alguien concreto que iba a disfrutar de ese futuro. O, en el peor de los casos, alguien que podría continuar la búsqueda de sus padres y seguir luchando por la revolución.

—Quizás podríamos irnos a vivir al barrio. Una hora de ida y otra de vuelta, todos los días, ya me está cansando.

El colectivo de Berisso a La Plata se le hacía duro; la mayoría de las veces Daniel se dormía y se pasaba. Unas semanas después, cuando Telma confirmó que estaba embarazada, alquilaron una casita a tres cuadras del frigorífico y se mudaron a Berisso, solos, como cualquier matrimonio joven que empieza a armar una familia.

En esos días, Mercedes Depino veía poco a su primo Carlos Goldenberg. Carlitos y Sergio estaban cada vez más dedicados a su militancia con la Petisa Sabelli; además, estaban por terminar el colegio y habían decidido empezar a cursar Agronomía. Mercedes también había terminado el secundario y se había ido a pasar el verano a Punta del Este con unas amigas.

Punta del Este, en esos años, era un balneario chico y exclusivo donde había tres edificios altos, el ambiente casi familiar de las clases altas cuando les parece que están entre iguales y cantidad de jóvenes que se rebelaban moderadamente contra sus papás. El comentario obligado de esa temporada era el cambio de moneda en la Argentina: acababan de aparecer los pesos ley



18.188, que valían cien veces menos que los anteriores, y mucha gente se preguntaba cómo influiría eso en la economía. Algunos se desgañitaban explicando que el nombre de la plata no la cambiaba en absoluto, pero no solían creerles.

Un amigo de Mercedes, Gabriel Goñi, estaba trabajando en un café concert del puerto, donde cantaba Horacio Molina, Donald o Les Luthiers, que estaban empezando, y ella pasó buena parte del verano saliendo con él, hasta que reapareció su novio anterior, Ramiro Lynch, y empezó a dejarle cartitas y poemas en su hotel. Al cabo de unos días Mercedes había vuelto con Ramiro. La vida era bella: compartían un departamento que les habían prestado, se levantaban tarde, iban un rato a la playa, hablaban mal de los bananas y leían a Neruda en los atardeceres de la Barra.

A su vuelta, Mercedes empezó a trabajar en la empresa que había instalado su padre años antes, cuando se retiró de la Marina: Radiollamada, una novedad que estaba teniendo mucho éxito. Mercedes se pasaba seis horas por día respondiendo llamadas en la central telefónica y, al mismo tiempo, había decidido empezar una carrera corta que le permitiría ayudar a los demás: el profesorado para sordomudos, igual que Isabel Goldenberg, su tía y madrina. Pero sólo la dictaban en una universidad privada, y su padre no quiso pagársela, así que intentó entrar en Fonoaudiología en la facultad de Medicina: en el examen de ingreso le hicieron cantar el himno y desentonó tanto que la bocharon. Entonces se le ocurrió meterse en Psicología, y se lo comentó a Marcela, su hermana mayor, que ya estaba en tercer año de esa carrera.

—Está claro que si vos querés estudiar psicología es por una identificación primaria que tenés conmigo, como hermana menor. Es normal, pero deberías tenerlo en cuenta, porque...

La discusión duró un rato y, cuando terminó, Mercedes había decidido empezar el curso de ingreso para Historia. Leía libros de historia revisionista, había ido a ver *La Hora de los Hornos* y de vez en cuando discutía un poco de política con su primo o algún amigo, pero no se le ocurría ponerse a militar. Y pasaba mucho tiempo en la casa de la familia Lynch, en Vicente López, donde siempre había comidas y visitas. Los Lynch aceptaban a los novios y novias de sus hijos y les ofrecían el espectáculo de un medio intelectual y tan desprejuiciado donde no había problema, por ejemplo, en que Mercedes y Ramiro durmieran juntos en la pieza de él. Durante un tiempo, Mercedes estuvo fascinada con ese mundo. Un día en que se había cortado mucho el

pelo llegó Manuel Mujica Láinez, un habitué de la casa, y le sonrió encantado:

—Ay, Merceditas, ahora me gustás mucho más porque parecés un muchachito...

**Enero de 1970.** El crítico sólo firmaba con sus iniciales —E. S.—, pero no era por cobardía: en *Panorama* casi ninguna nota llevaba, al pie, un nombre completo. Es probable que fuera Ernesto Schóo. En cualquier caso, E.S. tenía que comentar el recién aparecido *Último Round*, de Julio Cortázar, y estaba muy enojado. Su cólera empezaba en el título —«Una trompada al lector»—, y seguía más allá:

«La impuntualidad no es un defecto de Julio Cortázar: con la misma precisión derrochada en las fiestas de 1967 con *La vuelta al día en ochenta mundos* aterrizó en Buenos Aires, antes de la navidad de 1969, el *Último Round* del autor de *Rayuela*. Dos mil doscientos cincuenta pesos moneda nacional permiten que los agobiados porteños regalen —o se regalen— la última invención navideña del exiliado. Desde luego, las fiestas de fin de año no son para hablar de literatura, ni siquiera de antiliteratura, territorios que la impotencia creadora de los últimos años de Cortázar han hecho esfumar del alcance del autor y de sus lectores. Sólo le queda a Cortázar —parece— la posibilidad del collage (una forma sofisticada de la antología) o el beneficio de las ediciones lujosas ilustradas. Todo lo demás es puntualidad: no sólo la puntualidad de llegar a tiempo para el regalo de fin de año: también la puntualidad con la moda, con el snobismo, con el diletantismo revolucionario, con el absurdo que nace gastado por la falsedad, con la lista de best-sellers.

»Es cierto que de Cortázar se puede decir que “crea la moda por la cual será juzgado”, un recurso de vedette con carisma que le permitirá, tal vez, rechazar con solemnidad un premio Nobel. Sin embargo, todo eso no es más que tristeza para quienes admiraron la milagrosa impuntualidad de sus cuentos, capaces de adelantar la hora en todos los relojes. Pero hay que aceptar la cosa, armarse del valor necesario para aceptar un desmoronamiento que constituye una de las mayores frustraciones argentinas. Como Borges, Cortázar llevó a la literatura argentina a cumbres insospechadas; como Borges, se dejó arrastrar en caídas sin grandeza. Pero el caso de Cortázar es más grave, porque sus pretensiones fueron mayores: Borges, a quien nunca le molestó ser “reaccionario” debe deslizar su vejez modestamente, soportando a un periodismo muchas veces irrespetuoso; Cortázar, presunto revolucionario

adulado casi unánimemente por ese periodismo, decidió que la caída es más blanda cuando se cae en la literatura de consumo.

»Nada más triste que la autoexterminación del talento; nada más reprochable que la autoindulgencia de los honestos. Son actividades de las que Cortázar abusó: ya se puede afirmar que su organismo literario está minado. Su *Último* —alegórico— *Round* es, quizás, la prueba definitiva: potpourri injustificable de pésimos poemas, frases hechas, pretendidas originalidades, alegatos supuestos y de un antipático delirio de superioridad, se le hubiera caído de la mano al Cortázar que escribió, por ejemplo, la *Autopista del Sur*. (...)

»También son de segunda mano las inscripciones murales de los jóvenes rebeldes: tienen la propiedad de perder su frescura cuando abandonan las paredes y, por otra parte, fueron ya recogidas por otros autores. Es de segunda mano el lunfardismo de Cortázar, que se parece al de un nuevo rico en el hipódromo, o al de un cantante de ópera que tiene que ganarse la vida entonando tangos. Son de segunda mano los galimatías carentes de otro propósito que el de chocar o engañar. Y de tanto engaño surge una imagen de Cortázar que nadie habría soñado hace algunos años: un Cortázar “canchero” que subestima a sus lectores y se denigra a sí mismo...».

—A García Lorca le hicieron fama los republicanos y los comunistas pero por cuestiones políticas, no literarias, Marimé. Te lo dice el mismo Borges: era un andaluz profesional.

—Mirá, Diego, Borges lo bastardea porque fue un poeta que vivió y murió por sus ideas mientras que él se la pasa mirando a Londres y Ginebra, dejame de joder.

—Pará, de qué hablamos, ¿de política o de literatura?

María de las Mercedes —Marimé— Arias Noriega estaba en un ping pong con Diego Karakachoff. Sergio miraba a su novia y a su hermano discutir y no se le movía ni una arruga. Era domingo en la casa familiar: padres, hermanos, arroz con pollo y vino con soda. El contrapunto seguía. Cuando Marimé defendió la cantidad de sputnik que mandaban los soviéticos, Diego le dijo que los satélites norteamericanos eran más pequeños y versátiles, que estaban mejor programados:

—Además el combustible norteamericano es mejor.

—No me digas que la nafta soviética es mala, Diego...

—Nafta rusa, no me vengas con eso de soviética.

Aunque Sergio se adormilaba con esas discusiones, esos días se sentía reconfortado. Tres años atrás había enviudado. Ahora, a los treinta, tenía ganas de casarse de nuevo. Marimé era linda, atrevida, comprometida. Y no le preocupaba que hubiera sido la esposa de su amigo Raúl Kraiselburd. Primero porque ya se habían separado hacía un tiempo; se habían casado muy jóvenes y casi por negocios: los Arias Noriega eran los otros dueños del diario *El Día*. Segundo, porque Raúl ahora andaba en la pavada —chicas bonitas, coche deportivo— mientras que a ellos los unía la pasión de la política, por más que ella fuera de izquierda y él radical. Además, el padre de Marimé y el de Sergio habían sido compañeros de la primaria en Río Cuarto, casi como un presagio. En eso pensaba cuando lo llamaron por teléfono:

—¿La cerraron?

—Sí, Ruso. Le pusieron la faja y secuestraron la edición. Raúl está a las puteadas, que quiénes se creen que son, que a él no se la van a hacer de arriba. Venite, quiere que vos estés...

Ricardo Cornaglia le contaba que habían cerrado *Inédito*, la revista de Alfonsín. Mario Monteverde, el jefe de redacción, le hizo un reportaje a Agustín Tosco no bien salió de la cárcel, donde el cordobés proclamaba a los cuatro vientos que iba a seguir luchando. Los de la revista temían por las consecuencias: se rumoreaba que además iban a meter preso a Monteverde.

Esa noche, una barra grande de radicales se encontró con Alfonsín en un bar de Moreno y Entre Ríos y, desde ahí caminaron hasta el departamento de Policía. Ahí los esperaban Karakachoff y Cornaglia. Alfonsín estaba serio, engominado, con traje gris topo, pañuelo blanco en el bolsillo del saco y la corbata metida adentro del pantalón. Con pasos muy resueltos cruzó entre los guardias de infantería. Al cabo de un par de horas salió más distendido:

—Bueno, a Mario no lo van a detener, en eso yo me puse firme; dentro de todo se pudo negociar algo. Lo que dicen es que secuestran esta edición, no que cierran la revista...

Alfonsín los invitó a seguir conversando al estudio de un arquitecto amigo en la esquina de Pueyrredón y Santa Fe. Como ya estaban distendidos, la charla giraba en especulaciones sobre el futuro de Onganía y, por supuesto, de *Inédito*. Cornaglia habló con confianza:

—Mire, Raúl, ellos quieren provocar la autocensura. Saben manejar las cosas: primero represión, después lo dejan actuar solo pero con miedo, ¿no? Lo que digo es que no hay que aceptar la amenaza y si la volvieran a cerrar, hay que sacarla clandestinamente.

La cara de Alfonsín, que ya estaba marcada por las ojeras de la madrugada, empeoró:

—Vea, nosotros no vamos a caer en lo que hacen esos grupos sin historia, que no tienen una verdadera vocación democrática. Por favor, no volemós.

Alfonsín les dijo que se iba a presentar a la Justicia, a la Sociedad Interamericana de Prensa, y Cornaglia y Karakachoff entendieron que no era momento ni lugar para proponer esas cosas. Al mes siguiente, como siempre, Alfonsín escribió el editorial:

«... *Inédito* —el lector lo sabe— tiene una línea definida en la política argentina: democracia integral, Estado justo, promoción del cambio, nacionalismo defensivo, desarrollo por vías no capitalistas, son los parámetros de su prédica modesta y difícil. Fácil es suponer entonces cuan distante se halla de un régimen que liquidó la democracia, ampara la injusticia, sirve al privilegio, conduce al atraso y a extranjerizar el país.

»Pero también a *Inédito* le ocurre lo que a cada habitante de la República. En el episodio del secuestro de su número setenta y uno no le irrita la arbitrariedad, supuesto indispensable de todo régimen autoritario. Le ofende y humilla, en cambio, la grotesca teoría que sobre el desenvolvimiento de la prensa sostiene y hace pública el gobierno a través de sendas manifestaciones del ministro del Interior y del titular del Poder Ejecutivo... (Esta opinión se vio) al tomar estado público los conceptos vertidos por el general Onganía en una entrevista concedida al ex presidente de la SIP, John O'Rourke. En efecto, según el diálogo aparecido en distintas publicaciones, no deja lugar a dudas acerca de su concepción sobre las relaciones de la prensa y el gobierno.

»Sostuvo: “Las revistas clausuradas son subversivas. Y nada más que subversivas. No publican lo que es cierto. Estas revistas perturban a mi gobierno. De hecho toda cosa que perturbe la estabilidad gubernamental es subversiva. Si no beneficia a mi gobierno, entonces quiere decir que beneficia a los comunistas (...) Los oficiales del Ejército, desgraciadamente, dedican mucho tiempo a leer tales publicaciones, no entiendo cómo la SIP las acepta. (...) Sigo sin entender la actitud de la SIP a favor de revistas que perjudican a mi gobierno. Y que favorecen al comunismo”».

Al final, el editorial hablaba de la existencia de otra Argentina:

«Por el otro lado está el país de veras. El que por encima de toda falsedad muestra su fuerza, su miedo y su ira. El que no aguanta más. El de los que luchan. El que resiste. El que triunfará. Nuestro país. Para servirlo, salió *Inédito*. Por sobrevivir, no lo traicionará».

Miguel Bonasso tenía veintinueve años y mucha experiencia periodística cuando Bernardo Neustadt le ofreció ser jefe de redacción de su revista, el mensuario *Extra*. En esos días de 1969, Miguel estaba dirigiendo una publicación de General Motors y le interesó la idea; además, Neustadt le aseguró que iba a tener toda la libertad necesaria. Bonasso no conocía demasiado a Neustadt, y *Extra* aparecía como un medio que se permitía ligeras críticas, presentadas con todo el respeto del mundo, al gobierno militar: Miguel Bonasso aceptó, con cierto entusiasmo.

Poco después, Miguel recibió la visita de Dardo Cabo, que acababa de salir de la cárcel y estaba buscando trabajo. Miguel conocía, como todo el mundo, la historia de Dardo en las Malvinas, y sus posiciones nacionalistas. En ese último año, Miguel se había conectado con la gente del ARP, que había liderado John William Cooke y que ahora orientaba su viuda, Alicia Eguren. El ARP tenía posturas basistas y socialistas: Miguel creía que Dardo era un facho peligroso. Pero cuando lo conoció pensó que se había equivocado y que, decididamente, las cárceles cambian mucho a la gente. Dardo consiguió trabajo en *Extra*, y él, su mujer María Cristina Verrier y Miguel Bonasso empezaron a hacerse muy amigos. Poco después, Miguel consiguió meter a otro amigo a quien todo el mundo llamaba El Mufa. En el periodismo argentino, la fama de yetatore puede acabar con alguien —o, al menos, con su nombre. Nadie quería decir el nombre del Mufa, pero trabajaba bien. Entre los tres empezaron a publicar, en la revista *Extra* de Bernardo Neustadt, cantidad de artículos urticantes.

Un día de enero, Miguel y Dardo fueron a Los Polvorines a entrevistar a Raimundo Ongaro en su casa. No les resultó fácil conseguir la entrevista: Ongaro estaba muy caliente porque Neustadt había sacado un chisme atribuyéndole un romance con Susana Valle, la hija del general Valle: no era cierto, pero se le había armado gran revuelo con su mujer. Miguel suponía que la presencia de Dardo tampoco le iba a gustar a Ongaro: Dardo Cabo era hijo de Armando, un metalúrgico ligado a Vandor que había participado en el enfrentamiento de la confitería La Real, donde murió baleado Rosendo García, vandorista, y Zalazar y Blajaquis, dos militantes cercanos a las posiciones de Ongaro. Y Dardo mismo aparecía vinculado con el vandorismo: sólo mucho después se sabría que, en ese momento, estaba con los que, unos meses antes, habían matado al Lobo.

En la casa de Los Polvorines, chica, con un jardín descuidado, se encontraron con Hugo Anzorregui, abogado de la CGTA, peronista combativo de muchos años. Hacía un calor de perros. Anzorregui y Ongaro

tomaban unos mates. Ongaro estaba en cueros y de un humor difícil. La entrevista empezó mal, pero se fue encauzando rápido.

—El régimen no puede dar una salida electoral porque una de dos: o gana Perón con la mayoría popular o tienen que ser tan proscriptivos que las urnas se van a llenar con balazos. La única salida es la movilización de la conciencia popular y que esa presencia activa, permanente, acribillando al sistema no le deje más salida que respetar la voluntad del pueblo. Y lo que el pueblo quiere es la presencia de Perón en el país.

—¿Eso es posible sin guerra civil?

Le preguntó Miguel.

—Los pueblos nunca eligen en la historia las formas de lucha. En 1969 creció en la Argentina la violencia institucionalizada del régimen y los pueblos, como las personas, se cansan de los golpes de la miseria y del dolor, y no les queda más remedio que defenderse y responder con violencia.

—¿A vos te parece que hay un estado de subversión en la Argentina?

—Espiritualmente, sí. Materialmente los trabajadores y el pueblo no disponen de los medios para hacer valer su voluntad, pero si cada argentino hoy tuviera una ametralladora en la mano haría valer el derecho del pueblo a que el poder sea del pueblo.

—¿En la Argentina estaría maduro un proceso revolucionario?

—En la Argentina hay condiciones objetivas y subjetivas para un proceso revolucionario. Si la clase trabajadora y los líderes sindicales son capaces de coordinar —no necesariamente en un organismo— un plan de acción entre los diversos núcleos —la CGT de los Argentinos y las 62 Organizaciones y otros grupos activos— este año se puede producir una transferencia de poder espectacular.

La entrevista se publicó en el número de febrero y, antes de pasar a los temas políticos, contaba el principio de la relación de Ongaro con su mujer, Elvira: «Raymundo y Elvira revelaron, por su parte, los tramos iniciales de su relación en Villa Adelina, dieciocho años atrás. “Había —dijo Ongaro— un grupo de italianos que habían venido después de la guerra. Yo empezaba a hablar con ellos a las nueve de la noche y terminaba a las cuatro de la mañana”. En aquella época era muy delgado, daba clases de música y le gustaba evocar para su auditorio de inmigrantes los ciclos de la humanidad, los escritos de Sócrates o de Unamuno, la tumba de un mamut a miles de metros bajo tierra o la apabullante infinitud de las galaxias. En una de esas noches, Elvira se animó a conversar con él:

»—¿Por qué no come algo? Mi madre dice que está muy delgado. Si quiere le voy a buscar unas manzanas a casa.

»—No, tráigame cualquier cosa, pero que no sean manzanas. Si no va pasar lo de Adán y Eva.

»Después Ongaro se enteró que ella era humilde y huérfana, lo que lo satisfizo. Lo rondaban hijas de bodegueros y “yo le decía a Dios: no quiero ninguna de estas mujeres. Es a una de esas chicas que por las mañanas esperan el ómnibus bajo la lluvia, a una de esas chicas humildes que quiero darle mi amor”. Fueron a vivir a un rancho que no tenía luz ni agua y cuando quisieron casarse por la iglesia un cura de San Miguel se negó. Les indicó que buscaran una parroquia más humilde».

Miguel, después de recorrer muchos temas, terminaba preguntándole si creía que iba a volver pronto a la cárcel, y Ongaro, sonriendo, le dijo que sí, que casi seguro. Neustadt, a todo esto, se dejaba hacer, y compensaba los exabruptos de su jefe de redacción con sus propios artículos, a favor del sector nacionalista católico con el que estaba muy vinculado. En principio le convenía este juego pendular, pero poco a poco fue hartándose de tener una quinta columna en su propia revista.

**Febrero de 1970.** El lunes 23, Juan Carlos Onganía sancionó el decreto ley 18.610, que regulaba el funcionamiento de las obras sociales sindicales. Por ese decreto, los dirigentes gremiales conseguían un aumento notable de su poder económico: se convertían en los recaudadores ineludibles de 70.000 millones de pesos (200 millones de dólares) por año. Tanta plata era producto de la principal novedad del sistema: el aporte obligatorio de patrones y trabajadores a las cajas de las obras sociales.

A partir de entonces, cada sindicato tendría una obra social propia. El nuevo sistema se ocuparía de la salud de unos siete millones de trabajadores pasivos y activos, más su grupo familiar directo: los dos tercios de la población del país. Hasta entonces, la salud de la población era atendida en un 80 por ciento por los hospitales públicos, y había además mutuales gremiales u obras sociales sindicales que se financiaban con el aporte voluntario del afiliado. La ley 18.610 estableció que el empleador debía pagar todos los meses el 2 por ciento del salario bruto de cada empleado, y el trabajador debía aportar el 1 por ciento si era soltero y el 2 si tenía familia a cargo.

Para administrar el nuevo sistema, Onganía creó el Instituto Nacional de Obras Sociales (INOS), que fiscalizaría el manejo de fondos, las inversiones y planes futuros de las obras sociales. La dirección del INOS se integró con un



presidente y cinco vocales nombrados por el Ejecutivo, dos vocales por el sector empresario y tres por el laboral; todos ellos podían ser cambiados por el Poder Ejecutivo. El dinero de las obras sociales, además, tenía que depositarse en bancos del Estado: así, el gobierno podía congelar las cuentas de cualquier sindicato cuyas acciones no le parecieran justas.

La nueva ley formaba parte de una trama: hacía mucho que los sindicalistas la reclamaban y, a mediados de septiembre de 1969, en una reunión en la Casa Rosada, Onganía había negociado su promulgación con el Grupo de los 25. A la salida del encuentro, los sindicalistas no anunciaron su conquista: sólo dijeron que levantaban el paro general del 1 y 2 de octubre y dejaron solos a los de la CGTA, cuyos principales dirigentes estaban presos. El otro tema negociado era la normalización de la CGT. Tiempo después se formó la Comisión Nacional Reorganizadora y Normalizadora, que integraban, entre otros, José Alonso (vestido), Rogelio Coria (construcción), Constantino Zorila (carne), y Hugo Barrionuevo (fideeros). Las viejas promesas de «participación» que el general Onganía había hecho cuando asumió a Vandor, Alonso y Taccone, se cumplían cuando su poder estaba debilitado. Cuatro meses después de promulgar la ley de obras sociales el general fue reemplazado por otro, pero la mayoría de esos sindicalistas estuvieron en la mesa de las negociaciones cuando, un año después, Lanusse retomó el diálogo sobre la normalización de la CGT.

En esos días de febrero, además, el ministerio de Trabajo decidió que Agustín Tosco no era lo mejor para los lucifuercistas, y le intervino el gremio. Palacios, el interventor, que ni siquiera era cordobés, se instaló en el edificio de Deán Funes y se quedó con el edificio, la obra social, los planes de vivienda, de turismo. La gente, en cambio, seguía los consejos de Luz y Fuerza en la Resistencia, aunque anduvieran a salto de mata y un día se reunieran en Petroleros y otro en Gráficos.

—No, hoy no me deje el rancho.

—¡Señor! ¡Decime señor, carajo!

—Sí señor. Hoy no me deje la comida, señor.

—¿Qué, no tenés hambre, pibe? ¿O vas a esperar que venga el mozo para pedirle una milanesa a caballo?

El carcelero se fue, y Cacho El Kadri se quedó sentado en el banquito, mirando el techo y esperando la hora del recreo para salir a hablar con sus compañeros. Recién empezaba el año 69: habían decidido declararse en huelga de hambre porque uno de ellos, José Luis Rojas, estaba con una úlcera,

había que operarlo y el médico de la cárcel no le hacía caso. Y, además, pedirían el traslado a Devoto, donde las condiciones de detención eran mucho mejores. La huelga de hambre era uno de los pocos recursos que tenían los presos para hacerse escuchar, pero era un recurso extremo. Una huelga de hambre tenía dos posibilidades: o hacerla más política, usarla para presionar e ir regulando según la respuesta, o decidir desde el principio que es a todo o nada. Esta vez, los presos de las FAP habían elegido la opción política, pero igual sabían que tendrían que aguantarla varios días antes de empezar a negociar algo. Al día siguiente, los carceleros insistieron:

—Vamos, no jodas, tenés que comer, no seas boludo. ¿Qué querés, matarte solo? No seas pelotudo...

Cacho y sus compañeros siguieron negándose, y esa tarde les sacaron el recreo. Al tercer día los pusieron en celdas de castigo: las llamaban «los chanchos» y eran unos calabozos de dos por uno y medio, sin ninguna luz, con un agujero en un rincón para cagar. Cacho le tenía miedo al chancho porque se pensaba demasiado. Y, a veces, era aterrador.

En la mañana del séptimo día, Cacho ya no podía pararse y tenía la boca seca y llena de llagas. Estaba en los huesos: no pesaba más de cincuenta y cinco kilos, pero los ojos le brillaban en la oscuridad. Se mareaba y a cada rato le daban temblores. Cacho se preguntaba cómo estarían los otros y estaba pensando seriamente cuánto más podrían resistir. Cuando escuchó que le abrían la puerta hizo, por instinto, un gesto de protegerse la cara con los brazos. Dos carceleros se lo llevaron casi en vilo hasta una oficina donde lo esperaba el doctor Wechsler, el juez federal de San Martín, que estaba a cargo de la causa.

—Así que otra vez nos hacemos los héroes...

Cacho ni siquiera le contestó. El juez le dijo que Rojas ya estaba en el hospital y que él se comprometía a estudiar la posibilidad del traslado, pero que primero tenían que levantar la huelga.

—¿Y nosotros cómo sabemos que de verdad lo va a hacer?

—Ustedes tienen que confiar en la palabra de un juez de la Nación, El Kadri.

Cacho sabía que el negocio era así. Las autoridades estaban cediendo, pero no podía parecer que actuaban bajo presión: necesitaban que primero retrocedieran los presos, y después tomarían las medidas como si fuera una iniciativa propia. O no las tomarían. De todas formas, no había otra posibilidad. Y Rojas ya estaba en el hospital.

—Está bien, aceptamos. Y espero que sepa cumplir con su palabra, doctor.

Los carceleros pasearon a Cacho por los calabozos: en cada uno, abrían las dos puertas, la de rejas y la maciza, y le daban un minuto para que hablara con su compañero:

—Hay que levantar. Nos prometieron que nos trasladan.

—¿Y el Utu?

—Lo van a operar.

—¿Ya nos trasladan?

—No, dentro de unos días.

—¿Estás seguro?

—El juez dice que sí...

—Pero cómo vamos a creer en la palabra del enemigo. ¿Ahora nos vamos a ir al mazo, Cacho, después de todo este esfuerzo?

—Hay que jugarse, Néstor, es así.

—Putá, espero que no nos caguen...

Todavía estuvieron tres días más en las celdas de castigo. Cacho pensaba que eran las reglas del juego: hiciste la huelga, conseguiste parte de lo que querías, ahora aguántate. Siempre había discutido cuando sus compañeros pretendían que las cosas funcionaran de otra manera.

—Escuchame, vos te afanaste un banco, murió un cana, te fuiste con la guita, ¿ahora qué querés, que te feliciten? Es así, si ellos pueden te van a reventar. No te olvidés que estamos luchando contra ellos y ellos lo saben...

—No, pero la convención de Ginebra...

—Esto es una dictadura, hermano, si no no estaríamos acá. ¿Qué carajo les importa la convención de Ginebra ni la de caña quemada? Eso se lo podemos exigir del pico para afuera, pero tenemos que saber que si nos metemos en ésta los tipos nos van a tratar de reventar como sea, ¿me entendés?

La semana siguiente, el director de la cárcel de Villa Devoto, Amalric, un peronista hincha de Boca, recibía a los catorce presos de Taco Ralo con cierta amabilidad y pidiéndoles que se portaran bien. Como muestra de buena voluntad los destinó a un pabellón bastante cómodo y les hizo servir unos churrascos especiales. Hacía más de un año que ninguno de ellos se comía un bife.

El pabellón tenía cinco por ocho, dos inodoros con puerta, un piletón, siete camas dobles y una mesa grande hecha con dos caballetes y una tabla. Comparado con La Plata, Devoto era Hollywood: los catorce compañeros

vivían todos juntos, tenían un calentador donde podían hervir agua para el mate e, incluso, mejorar la comida que les traían poniéndole un par de cebollas, papas o tomates. Cacho era preso viejo y sabía que lo más peligroso en la cárcel es no tener nada que hacer: rápidamente se organizaron actividades. Hacían gimnasia, a la mañana, todos juntos, disimulando, porque la gimnasia estaba prohibida: los carceleros preferían tenerlos achanchados, así que los presos se armaban extrañas caminatas y flexiones súbitas. También tenían una radio, diarios y libros que leían por turnos, y se daban muchos cursos. Se sentaban alrededor de la mesa y cada cual les contaba a los demás cómo era su ciudad, poniendo especial atención en los detalles que podían servir para militar en ella. Cuando se acabaron las ciudades, estudiaron historia, economía. Y Verdinelli les daba cursos de inglés o discutían textos de Perón o charlaban de política; la discusión abstracta no era lo que más les interesaba, pero aún así lo intentaban y escribían cartas y documentos sobre la situación nacional. Los celadores escuchaban todo lo que pasaba en el pabellón, porque la puerta era de reja y el ambiente pequeño. Y, a veces, alguno intervenía en los debates:

—No, muchachos, cuando fue la huelga de los frigoríficos yo vivía en Mataderos y no fue que vinieron con los tanques sino con los carriers. Pero igual la huelga fue grande, fue.

Las autoridades del penal les consentían todo eso: preferían que estuvieran ocupados, así había menos conflictos. En esos días, la Comisión de Madres de Detenidos Políticos, que se había formado poco antes, le entregó al presidente Onganía un petitorio avalado por Perón, la CGTA, las 62 Organizaciones, la UCRP, la FUA y otras organizaciones, donde se pedía la amnistía para todos los procesados por delitos políticos.

Los presos sabían que, afuera, las FAP se habían reorganizado y estaban creciendo. En un primer momento, tras la caída de Taco Ralo, se habían dispersado y refugiado donde pudieron, pero ya a mediados del 69 habían vuelto a operar para conseguir fondos y armas. El 13 de junio de 1969, el ex seminarista Gerardo Ferrari, que se había casado días antes, iba a encontrarse con sus compañeros para un robo de armas cuando lo paró la policía. Ferrari se resistió y murió en el tiroteo: los diarios lo describieron como un delincuente común y las FAP no quisieron desmentirlo hasta un año más tarde: todavía no estaban en condiciones de difundir que estaban actuando de nuevo.

El 6 de enero de 1970, las FAP hicieron su primera acción pública: la toma de una guardia policial en Villa Piolín, en el gran Buenos Aires. Les

sacaron las armas, los inmovilizaron y repartieron un camión de juguetes entre los chicos de la villa; un altoparlante repetía la marcha peronista y un comunicado de la organización. En los meses siguientes hubo dos o tres acciones semejantes.

Los presos de Taco Ralo se enteraban de estos hechos por los diarios. Después, los abogados les contaban detalles. Formalmente, los de afuera reconocían a los de adentro, que tenían presencia en los medios y revistas políticas y escribían cartas explicando sus posiciones a medio mundo, como la que le mandaron a los Sacerdotes del Tercer Mundo y tuvo cierta influencia en el movimiento, o la que publicó Hernández Arregui en una nueva edición de *La formación de la conciencia nacional*, firmada por Cacho. Pero todos eran conscientes de que, en la práctica, los presos no decidían nada.

Con los abogados también había discusiones. La defensa de los presos políticos tenía dos líneas posibles: la legalista y la política. Que el acusado negara todo y los abogados buscaran argucias legales para rebajar las condenas, o que el acusado aceptara todos los hechos y, junto con sus abogados, rechazara «la justicia del régimen». Era la línea de, por ejemplo, Rodolfo Ortega Peña, que no aceptaba otra:

—Nosotros defensa de derecho penal no hacemos. Nosotros cuestionamos a esta justicia de mierda, que no tiene ningún derecho, porque es la justicia burguesa.

Pero, cuando cayeron, en un momento de repliegue, los presos de Taco Ralo habían elegido la línea legalista. El doctor Smoliansky les había explicado su situación procesal:

—Hay presos que tienen una puerta de posibilidades para salir bien de la causa, otros tienen una ventana, otros una ventanita, ustedes ni una claraboya tienen...

Sin embargo la pelearon y consiguieron que en la causa federal por «conspiración para la rebelión, asociación ilícita, tenencia de armas, etc.» varios militantes se llevaran sólo tres años de prisión y salieran con libertad condicional. Pero El Kadri, Verdinelli, Caride, Olivera, Ramos y Slutzky seguían procesados en la justicia penal ordinaria por un par de asaltos. Les pedían reclusión perpetua.

La vida del pabellón, sin embargo, era casi cómoda. Aunque de tanto en tanto alguno se deprimía y entre todos trataban de sacarlo adelante. Cacho se preocupaba: sabía que en esos casos podía haber reacciones en cadena, y dos o tres compañeros en temporada baja podían romper todo el equilibrio del grupo. Lo que decididamente les faltaba era una mujer. Siempre había alguien

que se encerraba en el bañito a desahogarse un poco, y casi todas las mañanas alguno se despertaba puteando porque, durante la noche, «se le habían soltado las cabras»: algún sueño especialmente vívido lo había hecho irse en seco. Muchas veces los presos pidieron que les permitieran visitas íntimas, como había sido la norma durante el gobierno de Perón:

—En ningún lugar está escrito que el preso tenga que ser castigado con la obligación de mantenerse casto, ¿me entiende? Y además, si el preso está casado, su mujer también resulta castigada por algo que no hizo...

Los oficiales no querían saber nada:

—No, pero imagínense después los problemas que puede haber, imagínense que uno se enamora de la mujer del otro. O si no las prostitutas que vienen y se anotan como que son la mujer y no son la mujer. Y después las jodas, que el interno vuelve a la celda o al pabellón y los demás lo cargan, y entonces el hombre queda peor y le pega una puñalada a otro... No, imagínense, sería un desbarajuste...

Recibían las visitas en un patio chico, porque la dirección de la cárcel no quería mezclar a los presos de Taco Ralo con los comunes, para que no los contaminaran. En el patio tenían libertad para moverse y acercarse. Había padres, esposas, hermanos, hijos chicos: ahí, Cacho conoció a la hermana de uno de los presos. Charlaban, se contaban historias, se hacían chistes y, a veces, se besaban, a la vista de todos, con desesperación bastante casta. Cacho El Kadri se estaba especializando en novias carceleras. Después, cuando volvía al pabellón, la falta de una mujer se le hacía más dolorosa todavía.

—Che, compañeros, aguanten que les sigo leyendo: «... como jefe del Movimiento, me siento en el deber de hacerles llegar, junto con mi encomio, el agradecimiento de todo el peronismo. Como ustedes muy bien saben, el momento es para la lucha, no para la dialéctica política, porque la dictadura que azota a la Patria no ha de ceder en su violencia sino ante otra violencia mayor. El Pueblo está en su derecho de luchar por su destino, hoy comprometido por la irresponsabilidad de estos traidores entregados al imperialismo yanqui. Los pueblos que no son capaces o no quieren luchar por su liberación merecen su esclavitud. Pero mientras haya hombres como ustedes, resueltos a la lucha, la Nación no tiene nada que temer y el Pueblo puede enorgullecerse de tenerlos en sus filas».

Uno de los abogados les había traído la carta esa mañana. Venía con la firma manuscrita del general y estaba fechada en Puerta de Hierro el 12 de febrero de 1970, casi dos meses antes. Los presos de Taco Ralo la escuchaban embobados y, de tanto en tanto, gritaban o aplaudían.

—He recibido toda la información sobre las acciones que han realizado y no puedo menos que lamentar las consecuencias que los han llevado a prisión, pero es preciso comprender que ninguna empresa está librada de errores y de sus consecuencias. Cuanto les ha pasado a ustedes servirá de experiencia para que no les pueda pasar a los compañeros que tomando vuestras banderas han de llevarlas al triunfo. La lucha tiene esas características: los vencedores a menudo se sustentan sobre la sangre generosa de los que cayeron o de las penurias que pasaron sus precursores...

Estaban emocionados. El hecho de que el general les escribiera los convencía, al menos por un rato, de que no se habían jugado al pedo. Aunque Perón citara fuentes un poco curiosas:

«Ustedes son las guerrillas que vienen a combatir a los que nos quieren vender la muerte climatizada con el rótulo de porvenir», decía un famoso letrero en el Barrio Latino de París en mayo de 1968. Yo puedo decirles a ustedes lo mismo, con la exhortación más firme para que sigan adelante persuadidos de que cuanto hagan por la Patria ahora les será agradecido por los argentinos del mañana.

»Un gran abrazo,

»Juan Domingo Perón».

Y los presos de Taco Ralo, después de aplaudir, se pusieron a cantar la marcha peronista. Enseguida aparecieron dos o tres guardias que les pidieron por señas que cantaran bajito, y se hicieron los osos. Ya sabían que los presos habían recibido carta de Madrid, y eso les daba un poco más de peso.

**Febrero de 1970.** La revista *Panorama* del 24 de febrero destacaba en su sumario dos notas de su corresponsal en París: «Dos acontecimientos argentinos sacudieron a la capital francesa. Una obra teatral de Copi sobre Eva Perón (presentada como mito hollywoodense) y un audiovisual de Peralta y Caparrós sobre los intelectuales (despistados). Tomás Eloy Martínez cubrió el doble acontecimiento», anunciaba la revista, con la fanfarria acostumbrada.

Más adentro, la nota sobre el audiovisual de marras se titulaba «Intelectuales: la revolución en París», y decía:

«La noche de Navidad, hace menos de dos meses, unos cien intelectuales argentinos se reunieron en la sala del teatro Payró, Buenos Aires, para asistir a la proyección de un audiovisual que procuraba demostrar (de una manera directa, casi escolar) la distracción y la inercia con que los pensadores de izquierda suelen vivir los procesos revolucionarios. La resonancia del episodio fue minúscula: no pasó de algunas digresiones formales y de ciertas

leves autocríticas. Pero bastó que dos de los autores del audiovisual —el escritor Carlos Peralta y el psicoanalista Antonio Caparrós— lo proyectaran en París, ante unos 40 exiliados cuya inmensa mayoría era oriunda de Buenos Aires, para que la obra repercutiera en la prensa. Aunque nadie tomó fotos aquel día (el miércoles 11 de febrero), ni hubiese en la sala otro periodista que el representante de *Panorama*, las agencias de noticias echaron a volar fábulas de tercera mano. Ninguno de los protagonistas concedió demasiada importancia al episodio: en el pequeño sótano de la Uniflac (Unión de Estudiantes Latinoamericanos en Francia), en la rue de l’Odéon, a cien metros de la estatua levantada a Danton por la ciudad de París, la ceremonia congregó a Julio Le Parc y a una docena de artistas cinéticos, al pintor Leopoldo Torres Agüero, a un compositor de baladas latinoamericanas que las entona con su guitarra en los cafés, a unos veinte becarios y curiosos. La proyección empezó a las ocho y media de la noche y dio pie para una discusión ulterior de casi dos horas.

»El espectáculo mereció algunas aclaraciones de Caparrós: “Es apenas uno (y no el mejor)”, dijo, “de una serie de audiovisuales que pretenden mantener informado al pueblo, de manera no convencional, sobre lo que sucede en nuestros países. El camino que hemos elegido es el más rápido y barato, y el único que se nos abre al margen de la prensa, la radio, el cine y la televisión oficiales. De ahí que hayamos puesto el acento en el contenido y nos hayamos desentendido de la forma. Nos preocupa la urgencia de comunicarnos, no la supuesta belleza del lenguaje que empleamos”. El audiovisual se abre con una serie de dibujos de Amengual (sobre los que se imprimen leyendas explicativas) que van narrando los orígenes de “las trampas que el sistema tiende a los intelectuales”. La primera historia es la de la invención de la rueda, aprovechada por el Patrón prehistórico para sumir al creador en la alienación y en la dependencia. Algunos gráficos explican luego las formas en que esa dependencia se manifiesta. Una cadena de fotografías en las que aparece Jorge Luis Borges con los ojos cerrados ante las revueltas de mayo de 1969 en Córdoba y Rosario procuran ilustrar las torres de marfil en las que se han apoltronado los prohombres de la *intelligentsia* nacional. Borges ciego circula por las arterias últimas del espectáculo como una especie de ejemplificador estribillo; junto a él asoman, a ratos, Victoria Ocampo y Carlos Mastronardi entre la vorágine de comidas oficiales que coincidió con la toma de la universidades, hacia julio de 1966.

»(...) La culminación del audiovisual es otro grupo de fotografías tomadas durante las luchas callejeras en Córdoba e interrumpidas por



leyendas, a toda pantalla, que anuncian la hora de la subversión y la necesidad de que el intelectual se asuma a sí mismo como un combatiente, renuncie a su individualismo y se integre a las fuerzas populares de choque. Como fondo, suena una voz de acento indudablemente caribeño cantando que “la era está pariendo un corazón” y que “hay que acudir corriendo pues se cae el porvenir”.

»El diálogo que sucedió a la proyección rozó apenas lo que acababa de verse: una de las preocupaciones esenciales del público era conocer la resonancia que suscitan en la Argentina los manifiestos y documentos revolucionarios que se firman en París, y la primera respuesta de Caparrós fue implacable: “Voy a ser franco”, informó. “Me parecería mejor que los firmaran en Buenos Aires” (...).».

En su otro artículo desde París, Tomás Eloy Martínez daba cuenta del estreno de *Eva Perón*, obra de teatro de Copi con dirección de Alfredo Rodríguez Arias, en un teatro con capacidad para doscientos espectadores:

«Copi escribió *Eva Perón* a mediados de 1968, sin asumir ninguna actitud política. Cuando ella murió él tenía 12 años y vivía en el Uruguay, imaginándola “como un hada cubierta de diamantes”. Apenas se estableció en París, en 1962, el personaje empezó a infiltrársele en la sangre y a perseguirlo obsesivamente. “La obra estaba dentro de mí desde hace mucho —cuenta ahora Copi en un café de la rué Mouffetard—. Quería que fuese una tragedia sobre el poder y que mostrara hasta qué punto puede haber un divorcio entre las cámaras cerradas y enfermizas del gobierno y el pueblo que espera”. Pero el tema, en verdad, es el de la muerte: devorada por el cáncer, Eva oye por radio las noticias de su agonía, abofetea a ministros y servidores, vigila sus joyas y sus ropas, y sabe que debe morir porque es lo único que la gente pretende de ella. En el cuarto de al lado el embalsamador espera el momento de actuar: Eva, mientras tanto, le envía órdenes sobre el maquillaje y el vestido que ha de llevar en el ataúd. La obra no permite adivinar si la protagonista está muriéndose naturalmente o si hay un complot para asesinarla, o si, en definitiva, ha decidido desaparecer para que nazca su mito. En la última escena Eva apuñala a la enfermera que la asiste y se va de Buenos Aires: el pueblo creerá que es ella quien ha muerto y venerará durante un mes su cadáver. Aunque la historia sea trágica, en efecto, Copi la ha convertido en una ceremonia de humor negro. Alrededor de la muerte se suceden los comentarios cómicos y hasta algunos números musicales (...). “Creo que es más bien un espectáculo de Walt Disney —imagina Rodríguez

Arias—. Si Eva pudiera verlo se reiría como loca. Pero a Perón no le gustaría, me parece. Ya está gaga para estas cosas. No entiende nada”. (...)

»(Copi y Rodríguez Arias) saben que pueden ser infieles a la realidad porque un océano los separa del país donde esa realidad sigue estando viva. Confían, sin embargo, en que son leales a Eva Perón de un modo más sutil: al rescatarla de la historia y de la mitología política, la han disfrazado de semidiosa, de heroína de Hollywood. Porque, como dice Copi, “eso era tal vez lo único que ella quería ser, y lo único que le fue negado”».

Ese carnaval, el Club Villa San Carlos de Berisso ofrecía sus ocho grandes bailes ocho, como todos. Daniel Egea era entendido en cumbias, no le hacía asco al twist o al rock y esa noche se había puesto unos pantalones blancos de botamanga ancha bien ajustados y una remera roja tipo Lacoste que era una pinturita. Telma estaba con un vestido suelto gris, cortón, que no disimulaba su quinto mes de embarazo. Habían llegado con otros dos matrimonios del frigorífico, en el coche de uno de ellos, y los acomodaron en una mesa cerca del estrado. El cantor subió y el escenario le quedaba grande. Era muy flaco, tenía patillas, el pelo largo y una guitarra acústica. El presentador pidió silencio y lo anunció, pero nadie parecía conocerlo.

—¿Es gallego, no?

—Catalán.

Aclaró Daniel, mientras sonaban los primeros acordes. Sobre el final del primer tema, no se movía una mosca:

—... tu nombre me sabe a hierba/ de la que crece en el valle,/ a golpes de sol y de agua./ Tu nombre me lleva atado,/ en un pliegue de tu talle/ y en el bies de tu enagua...

Cuando terminó de cantar, Joan Manuel Serrat empezó a decir que Antonio Machado era su poeta favorito, que había luchado por una España mejor y que por eso les ponía melodía a sus poemas. Que, si querían, les cantaba una de esas canciones:

—Hoy no eres tú mi cantar./ No puedo cantar ni quiero/ a ese Jesús del madero,/ sino al que anduvo en la mar...

Lo aplaudieron muchísimo. Después, Serrat dijo que le gustaba tanto la Argentina y que lo emocionaba estar allí. Quizás les dijera a todos lo mismo, pero sonaba sincero:

—Ésta es mi última presentación en vuestro país y estoy feliz de hacerla en un club pequeño y popular porque me recuerda a los de mi tierra, donde yo iba y todavía voy cada vez que puedo.

Al final de su recital, Serrat se paseó por las mesas y se paró frente a Telma.

—¿Qué quieres, una niña o un varón?

Daniel y Telma le dijeron que les daba lo mismo y le contaron fugazmente que trabajaban en el frigorífico.

—Como la mayoría por acá.

La historia de Berisso era la historia de la carne. De hecho, los más viejos contaban que el 17 de octubre de 1945 había empezado ahí. Era la época en que Cipriano Reyes dirigía el gremio a nivel nacional: Reyes era fundador del Partido Laborista y se convirtió en uno de los puntales de la flamante Confederación General del Trabajo. Después se enfrentó con Perón y quedó radiado; pero la dirigencia del sindicato siguió siendo peronista.

En 1970, el secretario de la Federación Nacional de la Carne era Constantino Zorila. Lecio Romero, que también estaba en la Federación, acompañaba a Zorila a todas partes. Habían estado alineados con Vandor y en ese momento apoyaban a Rucci. En la seccional Berisso todos eran peronistas, pero Guana, el secretario general, era radical.

—Te digo que Tito Guana recibió la seccional del propio Reyes, hace como veinticinco años, cuando la sede estaba en Montevideo y Cinco.

—Sí, si te lo dice Daniel es así. Mirá que los tíos están en el sindicato con Tito, se conocen de siempre.

Daniel Egea había formado una agrupación clandestina con Herrera, Carsoglio, Ianni y varios otros: el Frente de Resistencia de la Carne no tenía una definición ideológica clara pero todos eran de izquierda. Esa tarde, como Egea vivía a tres cuadras del frigorífico, los había invitado a tomar unas cervezas en su casa antes de ir a trabajar. Telma servía la mesa; otras veces, los ayudaba a redactar o tipear un volante. Daniel quería empezar a sumar delegados propios en la interna:

—Guana no tiene compromisos con la burocracia, pero lo mismo no podemos depender de él. Nosotros tenemos que avanzar en organización: de los setenta y cinco tipos del cuerpo de delegados tenemos que ir sumando gente, pero no para el Frente, sino para una propuesta más amplia.

La estrategia de Daniel, que habían organizado con el Cabezón Ríos, se dividía en tres partes: para la vanguardia estaba el Frente, que era clandestino; para los sectores intermedios, una agrupación o lista sindical con dirigentes honestos pero sin identificación política; para el resto, la organización en la fábrica y mucho trabajo reivindicativo. En tres años había avanzado mucho: a varios de los del Frente los tenía enganchados para la idea de formar el

partido, y habían conseguido varios delegados. Pero el trabajo político y sindical en el frigorífico no era fácil. Swift era un mundo: tenía tres manzanas de frente por diez de fondo, y adentro había calles, ferrocarril propio, un puerto con grúas, corrales para miles de animales, edificios de todo tipo, camiones y miles de trabajadores. Además, tenían el problema del control que ejercía la oficina de personal y la misma burocracia sindical. Daniel insistía:

—A veces ganás la lucha económica pero no te deja saldo político, a veces ganás en conciencia pero la gente pasa hambre; lo principal por ahora es plantearle a la gente que se organice.

Tenían que atender todo tipo de cuestiones: sí a alguien le dolía una muela, por ejemplo, había que llevarlo a la enfermería y asegurarle que tenía derecho a faltar, o mirar los recibos de sueldo para ver si les habían hecho bien los descuentos, o revisar que les computaran el trabajo dominical o las extras.

—Atiendan, che, hay algo que quiero que quede claro. A mí me parece un descuelgue eso de plantear cosas como el control obrero de la producción: para eso tendríamos que tener un nivel de organización mucho mayor. Por ahora tenemos que pelear por las condiciones de trabajo, por crear puestos, por el salario, pero siempre pensando en que hay que avanzar en organización.

Las cervezas se fueron terminando, y los miembros del Frente de resistencia de la carne se fueron al trabajo. En los vestuarios, mientras se cambiaba, Daniel vio a lo lejos a un petiso morrudo, de nariz ancha y doble papada:

—¿Qué hacés, Cabeza 'e Chancho?

El sobrenombre no era muy generoso, pero Daniel fue a darle un abrazo: lo conocía de chico, cuando iban los domingos a ver cine a los Bomberos Voluntarios de Berisso.

—Con el compañero hemos visto unas películas maravillosas. ¿Te acordás de una que se llamaba *La Joven Guardia*?

El Cabeza 'e Chancho salió rápidamente del paso.

—Sí y ahora vi *Martín Fierro*. Qué grande cuando al tipo lo tienen rodeado y salta el sargento Cruz y dice que no va a permitir que maten así a un valiente. ¿Lo vieron?

—¿El que hace de Fierro es Alfredo Alcón, no?

—Sí, es un actorazo... Como Federico Luppi, que era empleado acá en el frigorífico.

El tema venía de cine y Daniel había visto hacía poco *Los Compañeros*, de Mario Monicelli, un clásico del post-neorrealismo italiano.

—Hay una película que les va a encantar, es como si se viera uno ahí en la pantalla. La lucha de los obreros es siempre la misma, ¿no? Luchar y perder, luchar y perder... Hasta el día en que ganamos.

Mientras les contaba que la película transcurría en una hilandería italiana y que el dirigente era un tal Marcello, el Cuqui Carsoglio lo agarró en el aire.

—Bueno, juntémonos y nos vamos a verla, les decimos a todos los del turno y nos vamos el día franco.

Ese domingo, vestidos con la mejor pilcha, más de cincuenta trabajadores de la carne se juntaron en la puerta del frigorífico y se fueron hasta el Select de La Plata a ver *Los Compañeros*. Había más de uno que nunca había ido a un cine del centro.

**Marzo de 1970.** En la revista *Extra*, el conductor radial Edgardo Suárez conversaba con un joven cantor recién salido de la España franquista que se estaba escuchando mucho en Buenos Aires: Joan Manuel Serrat. En la foto, Serrat tenía el pelo hasta los hombros, patillas pobladas, una polera blanca bajo saco negro y, en el epígrafe, decía que «entre el hombre y Dios, elegiría al hombre. El nombre soy yo». El diálogo era amplio:

«J.M.S. —... El ejercicio de la libertad tiene que ser el ejercicio dentro del cual nos movemos cotidianamente. Y cada uno debe tener esa posibilidad. No importa quién. Pero hay sectores que no la tienen. Sufre el oprimido, el que no puede hablar, ése a quien le taparon la boca, aquéllos a quienes se les niega el derecho a vivir.

»E.S. —¿Pero quién tiene la culpa? ¿Hasta dónde ejercemos poder con la canción y con la palabra? ¿Cuáles son los responsables? ¿Quién ultima al pobre y conserva al rico?

»J.M.S. —La realidad compleja puede ofrecernos soluciones. Tú abres, por ejemplo, la página de un diario y ahí está el mundo. Creado a imagen y semejanza de los factores de poder que quieren acceder al poder absoluto. Yo te respondo: cuando leéis *Crónica*, *Le Monde*, el *ABC*, *La Nación*, ¿estáis seguros de que todo marcha como se muestra allí? Hay que buscar, señalar con un dedo al culpable, quebrar esos centros de presión que hacen estallar la furia hasta sacudir los cimientos de la sociedad. Un hombre no puede estar solo. Mis canciones no pueden llegar a una sola gente. El mundo es toda la gente. A cada uno, el prójimo le debe algo. Darnos, tratar de entregar verdades, no claudicar. El rico debe cambiar. Hay que obligarlo. El pobre

sigue allí, tirado en una esquina, anónimo. Vas por una calle y alguien sufre. ¿Somos todos responsables? ¿Hasta dónde podemos evadirnos? No. Creo que no. El artista cumple un trabajo. Es parte de la sociedad. En esa sociedad, en nuestra sociedad que no da ni pide tregua, buena parte de las llamadas buenas costumbres se ha venido abajo. En mi país existen los mismos problemas que en tu país. En mi tierra hay el mismo sufrimiento que en otras partes de la Tierra. Debemos usar de nuestro poder de convicción, sí lo tenemos, para acceder a esa otra realidad.

»E.S. —Creo que estamos ante el advenimiento de un hombre nuevo. Los niveles de conciencia son otros. Hoy, la mentira se descubre. La vida ya no está para mentiras. Sufrir no es doblegarse. Sufrimos. Pero no estamos conformes. El cambio no significa darse cuenta. Hay que darse cuenta y actuar. La fuerza del miedo es poderosa. Pero la fuerza de la razón es más fuerte. Entre la aventura y el orden, elegimos lo primero. Hoy la juventud marcha hacia la aventura. Es un poco como tu canción.

»J.M.S. —Cierto. Crear sobre la marcha. El tiempo urge demasiado...».

## Tres

Cuando cayó presa, Graciela Daleo estaba trabajando, a través de una agencia de empleo temporario, en las oficinas del Instituto Asegurador Mercantil. Para justificar su ausencia, su madre se presentó y dijo que se había roto un par de costillas en un accidente. Después, cuando se restableció, la agencia la mandó a unos depósitos de la Peugeot en Monserrat: Graciela era de por sí muy callada pero ahí, además, tenía mucho que callar. Se había inventado el personaje de una chica de lo más normal: le preguntaban por su novio y sus proyectos y ella contestaba siempre con las versiones apropiadas. Detrás estaba su vida de militante, su detención, sus proyectos y, a veces, mientras charlaba con sus compañeros de trabajo, pensaba qué dirían si supieran algo de la verdad.

—¿Y él a qué se dedica?

—Bueno, él está estudiando ingeniería y ya le faltan pocas materias. Tenemos planeado casarnos en cuanto se reciba...

En esos días se produjo el desastre económico de la familia del Flaco: la empresa del padre se declaró en convocatoria de acreedores, y todos dedicaron sus esfuerzos a tratar de salvarla. El Flaco Jorge tuvo que irse al norte de Santa Fe para ocuparse del obraje maderero y Graciela, como muestra de solidaridad, empezó a trabajar en la oficina de Buenos Aires. Para alentarse se decía que, además de ayudar a la familia del Flaco, estaba contribuyendo a que cientos de personas conservaran la fuente de trabajo, pero no siempre se lo creía del todo.

Mientras, seguía militando con el grupito de Juventud Peronista que encabezaba Carlos Hobert. No habían vuelto a Morón, porque podía ser peligroso, pero estaban intentando asentarse en una gran fábrica papelera en Hurlingham, la Schcolnick. Esa tarde tenía que discutir algo de eso con Carlos en el bar de Rodríguez Peña y Lavalle. Cuando entró, Carlos la vio en una mesa de la ventana: Graciela se llevaba las manos a los ojos y se los restregaba.

—¿Qué pasa, Victoria, qué te pasó?

—Nada, che, nada.

—Nada pero estás hecha una lágrima. ¿Te puedo ayudar en algo?

Anocheecía, pero el calor del verano seguía pesando sobre Buenos Aires. En el techo del bar, dos ventiladores remolones no alcanzaban a sacudir el aire. Graciela trató de guardar la carta que estaba leyendo pero Carlos la paró y le preguntó si era por eso.

—Sí, es eso.

—¿Malas noticias? ¿De quién es?

—Disculpame, Leandro, pero no te puedo contar.

—¿No te parece que si me lo contás te vas a sentir mejor?

—Quizás, pero no puedo.

Unos días antes, Graciela le había escrito una carta al Flaco llena de sueños y proyectos: le decía, entre otras cosas, que para estar con él estaba dispuesta a vivir abajo de un puente, o dónde fuese. Acababa de recibir la respuesta. Desde el obraje, el Flaco le decía que qué se creía, que cómo vivir bajo un puente. «Eso de contigo pan y cebolla es muy lindo en las novelas, pero de verdad no. ¿Quién nos va a mantener? ¿Acaso nos va a mantener Casiana con sus vacas?».

Y después le decía que ellos siempre habían entendido la militancia como una cosa que se hace de a dos o no se hace. Que era imposible una pareja en la que uno militara y el otro no. Y que para él en ese momento la prioridad era ayudar a su familia, que siempre lo había ayudado, y que entonces si ella seguía militando la pareja iba a terminar por romperse.

Graciela no sabía qué hacer. El Flaco Jorge era el gran amor de su vida, el hombre con quien se había iniciado en casi todo lo que le importaba, pero ahora no sólo le estaba pidiendo que hiciera algo que la alejaría de todos sus proyectos sino que, más que nada, de repente le resultaba un desconocido: alguien que le hablaba en un idioma que ya no era la lengua común que habían forjado en esos años. Para colmo, pensaba, él ahora estaba de patrón en ese obraje, explotando a esos hacheros a los que, tiempo atrás, los dos habían tratado de concientizar.

A los pocos días le llegó otra carta. El Flaco le decía que lo pensara bien, que para salvar la pareja ella tenía que dejar por un tiempo la militancia, pero que serían sólo seis meses, que después ya se normalizaría la situación en la empresa y que entonces podrían ver qué hacer. Graciela lo quería de verdad, y los seis meses que él le pedía no le parecieron descabellados.

A fines de enero se volvió a encontrar con Carlos en el bar de Rodríguez Peña y Lavalle. Tenía un gesto triste y no sabía cómo empezar a hablar. Después pensó que lo mejor sería soltar todo de golpe.



—No, lo que te quería decir es que voy a tener que dejar de militar por un tiempo. Nada definitivo, sólo por unos meses.

—¿Por qué, qué pasó?

—Porque si no me tengo que separar. Yo sé que es jodido, pero en esta etapa necesito consolidar mi pareja, ¿sabés? Van a ser solamente unos meses...

—Ya me lo sospechaba.

—¿Cómo que te lo sospechabas?

—Sí, Victoria, me lo veía venir.

Una de esas tardes, Graciela salía de la oficina y estaba esperando el subte en la estación Carlos Pellegrini cuando vio, a lo lejos, a un tipo alto, medio encorvado, de cabeza chiquita: era, sin dudas, Fernando Abal Medina. Graciela dudó si saludarlo y él se le acercó; cuando subieron al subte, ella le dijo que tenía un grupo de gente que quería conectarse con él, y le dio el teléfono de la oficina. Él le preguntó si ella seguía en algo y ella le dijo que sí pero que por el momento estaba en una pausa. Después le preguntó por el Flaco y ella le dijo que lo mismo. Ella no le preguntó nada.

El sábado, cuando llegó a almorzar a su casa, Graciela se encontró con Mario Firmenich, que la estaba esperando. Sus padres lo conocían de la época de la misión y los estudios, así que le abrieron la puerta. Mario seguía igual: gordito y con ese cuello grandote y ese lunar en la mejilla. Tiempo después, Graciela sabría que él y Carlos Ramus se habían pasado unos meses en Vera, en el norte de Santa Fe, tratando de comerciar hacienda, para seguir con el plan que tenían en la época del Camilo y ver la posibilidad de instalar un foco de guerrilla rural en la zona.

Ese mediodía compartieron una cazuela de pulpo que había preparado el señor Daleo y después se fueron a charlar a la habitación de Graciela. Arreglaron una cita para la semana siguiente y, el martes, en un bar del centro, ella presentó a Mario y Carlos Hobert y los dejó charlando.

Un mes más tarde, el 27 de febrero, Graciela estaba trabajando en la oficina del padre de Jorge cuando la llamó la Gallega Pilar, que también estaba en el grupo de Juventud Peronista con Carlos Hobert:

—Sí, murió en el acto. Parece que ni se dio cuenta.

—Pero cómo, cómo fue.

—Nada, un coche que lo atropelló y se lo puso de sombrero.

—¿Qué, estaba cruzando sin mirar, qué hizo?

—No, el coche se subió a la vereda y lo reventó ahí.

—Flaca, eso suena como si lo hubieran matado.

—No, petisa, ¿a vos te parece que iban a ir a matarlo en un fiat 600?

—Sí, tenés razón. Y además, ¿quién iba a querer matarlo, si no jodía a nadie?

Graciela no tenía un buen recuerdo de Juan García Elorrio, pero la noticia de su muerte la conmovió por un momento. Después, mientras seguía hablando por teléfono, se acordó de cuando él la echó del Camilo y, enseguida, de una vez que estaban caminando por Córdoba y Pueyrredón y Juan estaba con bronca con una militante.

—Son todas iguales. A las mujeres la política les entra por la vagina, y así les va.

Se quedó un momento en blanco. Del otro lado de la línea, la Gallega le preguntaba si quería ir al velorio.

—No, para qué voy a ir al velorio de ese fulano.

Mario la llamaba de vez en cuando. Una vez la citó para preguntarle dónde podía comprar ácido sulfúrico y esas cosas. Graciela le dijo que en la Droguería Alemana del Once. Otra vez, ya a fines de abril, se lo encontró esperándola en su casa. Se encerraron a charlar un rato, y Mario le preguntó si le parecía que el Flaco estaría dispuesto a volver a hacer algo.

—No, ahora no creo. Pero seguro que dentro de unos meses sí. Vos sabés, está tan preocupado con la situación de su familia...

Graciela trataba de justificarlo, pero estaba llena de culpa. Se sentía como una enfermita tratando de recuperarse: si todo iba bien, en poco tiempo podría volver a ser la que debía. Después siguieron charlando del Camilo, y de los líos que se habían producido a partir de ciertas complicaciones amorosas.

—Eso no se puede tolerar, de ninguna manera.

Dijo Mario, con un gesto extremadamente grave.

—Nosotros le damos mucha importancia a esas cuestiones. El hombre nuevo no puede ser irresponsable en sus relaciones de pareja. Entre nosotros, nadie se casa y se descasa así nomás, como se le da la gana.

Graciela estuvo a punto de preguntarle de qué hablaba cuando decía nosotros, pero se contuvo a tiempo. Sabía que Mario, Fernando, Carlos y los demás estaban haciendo algo, pero también sabía que no debía saber más. Mario seguía hablando:

—Y no toleramos agachadas. Eso lo tenemos muy claro. Nosotros a los traidores los fusilamos, sabés.

**Marzo de 1970.** En la mañana del 24 de marzo, un comando que firmó como Grupo Operativo Táctico Emilio Jáuregui de las Fuerzas Armadas de

Liberación (FAL) secuestró en su casa al cónsul paraguayo en la ciudad correntina de Ituzaingó. Se llamaba Waldemar Sánchez y era un funcionario de quinta categoría. A cambio de su libertad, el grupo pidió que se mostraran a la prensa sus compañeros Carlos Della Nave y Alejandro Baldú, detenidos por la policía, que suponía que tenían alguna relación con el asalto al vivac de Campo de Mayo del 5 de abril de 1969. Della Nave fue exhibido al periodismo con brutas marcas de torturas; Baldú nunca más apareció.

Al día siguiente, una bomba muy poderosa hizo volar el séptimo piso del edificio de departamentos de Julián Álvarez 2481, donde vivía Jacobo Tiffenberg, presidente de la Federación Universitaria Argentina. La explosión mató a una mucama de veinte años, y el atentado fue reivindicado por un grupo de extrema derecha que se identificó como Comando de Represión. Se sospechaba que estaba encabezado por un marino retirado, y fue la primera acción de este tipo en el país. En su tapa, la revista *Siete Días* de esa semana se preguntaba: «¿Estalló la subversión?».

Un par de semanas después, la misma revista publicaba un informe sobre «La violencia», que incluía artículos del general Alberto Marini, el politólogo Carlos Floria, el psicoanalista Enrique Pichon Rivière, el psiquiatra Emilio Rodríguez, el político Marcelo Sánchez Sorondo, el filósofo Carlos Astrada, el obispo Jerónimo Podestá, el sociólogo Raúl Puigbó, el escritor Leopoldo Marechal, el sindicalista Miguel Gazzera, el empresario José Gelbard, el cura Julio Meinvielle y el autor teatral Ricardo Talesnik.

El padre Meinvielle, de la extrema derecha católica, decía que «en el mundo existen hoy tres líneas: a) la cristiana (que se centra en el hombre, la familia, la propiedad, la justicia y la caridad); b) la judía, y c) la pagana. Sólo en la primera está Dios, y sin embargo parecería que esta tendencia está siendo derrotada. Incluso toda la acción revolucionaria se hace a través de la Iglesia, fanatizando a religiosos y hasta a religiosas. La subversión se aprovecha de lo sagrado del santuario para sus reuniones y maquinaciones. (...) La iglesia, que antes era un centro de orden, se convirtió en un centro de infiltración y provocación. A través de la dialéctica, el comunismo ha penetrado en algunas mentes y las ha convencido de que la violencia y la revolución son el único camino para combatir el estado injusto en que, sin duda, viven muchos sectores de la población (...).

»El poder financiero explota el resentimiento, disgusto y envidia para generar odios: la sociedad actual, empresarial o capitalista, genera inevitablemente injusticias tremendas. Con el poder político anarquizado de Occidente pasa lo mismo que con el poder cartaginés, al cual lo único que le

importaba era acumular riqueza y no buscar el orden político como tal. Esto engendra violencia y subversión; pero el problema de la subversión es complejo. En todas partes del mundo los servicios informativos, por ejemplo, vigilan a un grupo terrorista y no lo tocan para hacerlo aflorar cuando lo juzgan conveniente. Pero tales grupos no podrían operar sin apañadores en las fuerzas de seguridad: ¿cómo, si no, hay sujetos que pueden meter bombas sin que nunca se los descubra? Lo cierto es que la violencia engendra violencia, aunque cabe una objeción: ¿y en caso de que la violencia pudiera restaurar la paz? Tal vez en ese caso se podría hablar de legitimidad».

El escritor peronista Leopoldo Marechal, que moriría pocos meses después, contestaba la encuesta poniendo en escena un diálogo entre Sócrates y él, mantenido junto «al reactor número tres de la Comisión de Energía Atómica»:

«—Yo diría más —asentí con Sócrates—. Este siglo, a medida que se acerca a su fin, parecería confirmarse en la violencia, como si la violencia fuera para él una “necesidad”, un “destino” y hasta una sádica “vocación deleitable”. Todo se realiza hoy con la metodología de la violencia, tanto en la vida real cuanto en las ficciones del arte, los espectáculos y los deportes. Cuando se alaban las excelencias de un producto industrial o de su consumidor, lo califican elogiosamente de “brutal”, de “bestial” o de “cruelmente magnífico”. La consigna es “ponga un león en su coctelera”, “péguele duro a su grabador” o “tome su naranjada escandalosamente fría”».

Más adelante, Sócrates proponía filosofar sobre esa violencia:

«—¿Una filosofía de la violencia?»

»—Sí, hay una filosofía de la violencia. Porque la violencia es una “realidad” que se ha dado siempre y se dará en la Naturaleza y en el hombre. Lo importante y lo fundamental es saber cuándo la violencia es justa y cuándo es injusta.

»—¿Cuándo es justa la violencia?»

»—Cuando es necesaria.

»—¿Y cuándo es necesaria?»

»—Cuando sirve para restablecer una justicia o un “equilibrio perdido” y cuando, para restablecerlo, se han agotado ya todas las instancias de la inteligencia y del amor. Sólo en ese, nunca deseable, “filo de la navaja”, la violencia se hace ineludible como un recurso final, y sólo en ese “límite dramático” la guerra es justa y “santa”, porque la justicia y la santidad aparecen entonces como sinónimas».

Después, Sócrates preguntaba si existía en la actualidad ese tipo de desequilibrios:

«Existen —le advertí— en un planeta donde la mitad de los hombres se está muriendo de hambre, un tercio ayuna (y no por instancias religiosas) y la minoría restante acumula riquezas con el pan escamoteado al hambriento, con la ropa que sustrae al desnudo y con el techo ausente de los pobres. Los desequilibrios están en la explotación del hombre por su hermano...».

—Doctora, yo siempre voy a desconfiar de usted.

—¿Cómo dice?

Tanta franqueza la sorprendió un poco. Susana Sanz estaba parada en la vereda de la casita donde funcionaba el Sindicato de la Alimentación de San Rafael, y el secretario general, Strohan, la miró de arriba abajo antes de contestarle:

—Sí, por la voluntad que tiene. Los peronistas no tenemos tanta voluntad como tiene usted. Su voluntad es típica de un bolche.

La campaña para conseguir que el estado provincial comprara la fábrica de conservas La Negra avanzaba a toda marcha y Susana seguía teniendo problemas con el jefe de los alimentarios: un viejo peronista muy comprometido con los participacionistas y que, además, tenía un interés personal en que la compra no se hiciera.

—Usted es capaz de quedarse todo un día, quedarse a la noche, nunca se cansa, vuelve al día siguiente, nosotros nos vamos, usted se queda escribiendo el comunicado, al día siguiente pregunta si se lo llevó a los diarios. Esa voluntad no es propia de... Yo desconfío profundamente de su voluntad.

La idea se les había ocurrido casi sin darse cuenta, en una discusión: La Negra estaba en convocatoria de acreedores y seguramente la única forma de salvarla sería que interviniera el gobierno provincial. El gobernador era el doctor Grabrielli, un conservador que ya había ganado alguna elección, aunque ahora estuviera nombrado por los militares. Y La Negra era la mayor fábrica de conservas de frutas y verduras de la zona: era, entre otras cosas, la única que tenía una planta propia para hacer los envases de lata.

Mirando los pedidos de quiebra que entonces abundaban, Susana se dio cuenta de que la deuda principal que solían tener las fábricas de conservas era la hojalata. El envase era más caro que su contenido: La Negra, teniendo su propia planta, habría debido funcionar y, sin embargo, se había fundido. Pero era una empresa desmesurada, con una infraestructura excesiva y mal administrada. Empleaba a cientos de personas y ya había empezado a

despedir gente. Si se estatizaba no sólo se mantendrían los puestos de trabajo sino que, además, por su tamaño, el gobierno provincial podría usarla para regular los precios de los productos de la zona, como hacía con Giol en el negocio del vino.

Los dirigentes de la CGT llamaron a una asamblea de trabajadores de La Negra, y allí Susana leyó la propuesta que habían elaborado. Mientras leía, se dio cuenta de que Strohan y los suyos se iban poniendo furiosos. Después se enteraría que ellos ya habían arreglado todo con una firma francesa que iba a comprar, por muy poca plata, las instalaciones. Habían negociado su tajada pero ahora, en medio de la asamblea, no podían oponerse a una idea que parecía mucho más segura y atractiva.

La asamblea adoptó la propuesta de pedir la estatización y empezó a elaborar un plan de lucha. El nuevo secretario general, Juan Carlos Castro, era un metalúrgico que acababa de desplazar a Contreras, que había ido tomando actitudes cada vez más contemporizadoras y había terminado perdiendo unas elecciones. Pero la pelea estaba centrada en el gremio de la Alimentación. Sus dirigentes eran todos hombres, pero el 80 por ciento de sus afiliados eran mujeres: Susana empezó a ver que las mujeres empezaban con más timidez, con más prevenciones pero que, una vez que se ponían en marcha, no las paraba nadie. Organizaron la primera manifestación por la ciudad: entre los participantes estaba aquel político peronista que se había presentado para vicegobernador en el 65, Alberto Martínez Baca, el farmacéutico del barrio Pueblo Diamante.

Los de Alimentación acompañaban, pero un día Strohan citó en privado a la doctora para explicarle que lo que estaban haciendo era un grave perjuicio para todos; que ellos ya habían arreglado con los franceses y que sería mejor, que iban a administrar mejor, que iba a haber más ganancias. Claro que no podían proponerlo mientras siguiera la idea de estatizar: nadie iba a aceptar que viniera una empresa extranjera si estaba la posibilidad de que la provincia se hiciera cargo. Susana lo escuchaba como quien no termina de interesarse en la charla, y el otro se cabreaba:

—Disculpeme, ¿usted no tiene otra cosa que hacer? ¿No se da cuenta de que con estas cosas no se juega, doctora?

Susana no terminaba de saber si tenía que tomarlo como una amenaza. Mientras tanto, la campaña seguía: había paros rotativos en la fábrica, asambleas en la puerta, marchas, volanteadas, solicitadas en los diarios. Buena parte de San Rafael tenía alguna relación con la fábrica: todos estaban preocupados por el posible cierre. De todas formas, no era fácil mantener una

huelga muy larga. Susana fue aprendiendo cómo se hace una huelga: entre sus maestros estuvieron los militantes comunistas de San Rafael. No había muchos, pero controlaban desde hacía tiempo Luz y Fuerza y eran muy prolijos, con mucha escuela militante. Tenían una tradición de organización de los resortes fundamentales, de lo que hay que considerar en una huelga y qué hay que hacer después, las metodologías y estrategias. Y los peronistas aprendían de ellos.

Susana entendió, entre otras cosas, que un movimiento no podía jugarse todo en una huelga, porque si la perdía después le resultaba muy difícil movilizar de nuevo. En cambio, si en un momento los dirigentes se daban cuenta de que estaban perdiendo, podían aceptar alguna reivindicación parcial para retirarse con honor a preparar la movida siguiente. Y entendió que no sólo había que trabajar con los huelguistas sino también con sus familias; empezó dándose cuenta de que las mujeres de los sindicalistas la veían con mucha desconfianza: se preguntaban qué hacía una mujer entre todos esos hombres. Entonces empezó a frecuentarlas, invitaba a comer a su casa a los gremialistas con sus esposas, charlaba con ellas. Y, también, porque muchas veces el hombre que estaba en el movimiento se entusiasmaba pero, al volver a su casa, su mujer le decía que se dejara de joder, que para qué seguía, que ya veía que no conseguía nada, y lo desmoralizaba. Por eso Susana veía que tenía que integrar también a las mujeres y, además, porque La Negra le estaba mostrando que las mujeres, una vez lanzadas, eran imparables.

La huelga de La Negra ya estaba llegando a su punto de agotamiento cuando, después de una última gran marcha por la ciudad, el gobernador Gabrielli declaró que la provincia iba a hacerse cargo de la deuda, reincorporar a los despedidos y poner a funcionar la planta. La Negra le costó al Estado provincial quinientos millones de pesos, alrededor de un millón y medio de dólares. La bautizaron La Colina y fue, durante muchos años, el gran regulador de los precios de frutas, verduras y conservas de la región. En San Rafael hubo grandes festejos. Era casi una victoria.

—Al final, el nombre que quedó es GEL, Guerrilla Ejército de Liberación. ¿Qué les parece?

Reunidos en un cuarto casi vacío, con cuatro sillas desparejas, el Tano Logiuratto informaba al Rolo Diez, al Sopeni y al Beto Elizalde del encuentro de los responsables de los grupos de Rosario, Córdoba, Capital y La Plata, donde se había decidido el nombre que se iban a poner. Para Alberto la asociación era obvia: GEL sonaba a gelinita o gelamón; GEL era explosivo.

Aunque esas bombas no le gustaban nada: cuando veía a Verd con sus granadas caseras le daba miedo.

—Yo una así no la uso ni en pedo.

Le había dicho una vez al Sopeti. Alberto estudiaba ingeniería, le gustaban los instrumentos de precisión, y esos artefactos le parecían rudimentarios. Había escuchado historias de los que murieron fabricando bombas, y de inocentes que volaban en un atentado mal hecho. Ya con un nombre, el GEL tenía que empezar a operar. La nueva organización no tenía una dirección política centralizada: era un conjunto de grupos autónomos que se coordinaban en las grandes líneas. Esa laxitud mantenía en suspenso contradicciones que terminarían por precipitar: tarde o temprano el GEL iba a decantar en alguna dirección.

—Las FAP o las FAL ya tienen una identidad definida. Nosotros tenemos que ser un afluente que se una a lo que en algún momento sea una corriente más fuerte.

Decía el Tano Logiuratto. Mientras tanto, las bases que los reunían eran «las tres grandes coincidencias» de todos los grupos revolucionarios: el mismo enemigo (la burguesía capitalista y el imperialismo), el mismo objetivo (el socialismo) y el mismo método (la lucha armada). Pero las explicaciones hidrográficas no alcanzaban para saber si al final del proceso se convertirían en un partido, se integrarían a algún frente o tratarían de abrirse un espacio en el movimiento peronista. Ya verían. Por el momento, la urgencia era concreta: si los demás operaban, ellos no podían quedarse en la fase de preparación.

A la vuelta de su viaje a Cuba, Alberto siguió cursando materias de ingeniería, pero menos, y se juntó con otros dos amigos para hacer trabajos de albañilería, pintura, electricidad: les iba más o menos bien. El GEL había alquilado una casa que cumplía con los requisitos de una base operativa: un barrio discreto en Tolosa, buena visión desde las ventanas, vías de escape por los techos, vecinos normales, ninguno policía. Algunos domingos iban temprano a Punta Lara a hacer prácticas de tiro; en febrero fueron una semana entera a Caleta Valdés disfrazados de acampantes. Se instalaron en un lugar bastante desierto y practicaron con lo que tenían: escopetas de caza, una subametralladora, carabinas 22, pistolas.

En marzo de 1970, el grupo de Alberto tenía que encarar su primera acción. Decidieron empezar por lo más sencillo: el desarme de un policía. Los cuatro salieron a buscar por la calle a los agentes que hacían cola en los colectivos o los trenes: se subían detrás de ellos, los seguían, se bajaban



tratando de disimular, pero era muy difícil encontrar alguno que repitiera siempre la misma rutina.

Hasta que el Rolo Diez logró dar con uno que parecía de manual: iba por la calle 60 en bicicleta a tomar servicio a la seccional novena, siempre a la misma hora, como un relojito. Hicieron un plan operativo que incluía un plano donde se veía que dos llegaban en un coche y otros dos esperaban a mitad de cuadra, en una parada de colectivo. El auto encerraba la bicicleta del policía y los otros dos se acercaban para encañonarlo. El Tano Logiuratto era muy detallista:

—Miren, hay que respetar la línea de fuego, como en el plano. En el coche vamos el Sopeti y yo; Rolo y Beto de a pie, un poco más atrás. En el momento del apriete tenemos que quedar en abanico, con una misma línea de fuego, ¿ven? Por si se arma tiroteo: nunca tenemos que estar en círculo, porque ahí es donde se arma el fuego cruzado... ¿Está claro?

Finalmente se repartieron las armas y confirmaron las dos medidas básicas por si había problemas: una cita de control para avisar a un abogado por si alguno caía preso y una cita con un médico que les hacía de emergencia por si había heridos.

Esa madrugada hacía fresco, y ya estaba empezando a clarear. Alberto llevaba una pistola 45 metida en la cintura y tenía una campera de lona que le disimulaba el bulto de la culata. Además tenía dos cargadores en el bolsillo del vaquero y la boca reseca por la adrenalina galopante. En un momento se preguntó cómo carajo había llegado hasta ese punto; después pensó que estaba haciendo lo que tenía que hacer y que, en cualquier caso, para bien o para mal, dentro de diez minutos todo habría terminado.

Alberto se plantó en la parada del colectivo; al lado, como si no se conocieran, estaba el Rolo. De reojo lo vio pálido. Cuando pasó el primer colectivo y no lo tomaron pensó que él debía estar tan blanco como Rolo. Por la 60, en dirección contraria al Bosque, vio venir al vigilante; cuando cruzó la calle apareció por detrás el peugeot 404 que manejaba el Tano. Alberto sentía ganas de mear y pensó: por fin. El auto encerró al ciclista y lo hizo trastabillar. Toda la preocupación del policía era no revolcarse por el piso. Cuando pudo parar se encontró dos pistolas a menos de dos metros. El policía tardó unos segundos en entender qué pasaba, y ahí empezó a temblar:

—Muchachos, no me hagan nada...

—Tranquilo, somos del GEL.

Dijo Rolo, como si eso significara algo.

—Queremos el arma, somos combatientes.

Le gritó Elizalde.

—Les doy lo que quieran, pero tengan cuidado, muchachos, por favor se los pido...

El policía era morocho, treintón, y tenía cara de pánico. En unos segundos Alberto le sacó la pistola, los cargadores, los correaes, la placa y la gorra. Rolo dio la vuelta por detrás del auto, como correspondía al plan de retirada, y los dos al mismo tiempo subieron al peugeot. Bajaron las ventanillas de atrás y Logiuratto hizo picar el 404. Nadie hablaba. A las veinte cuadas, Alberto se sacó la campera, dejó el arma en el bolso y se bajó; después se bajaba Rolo y los otros dos tenían que llevar las armas a la casa operativa. El auto quedaba abandonado. Alberto fue a la cita de control, donde esperaba Lucía, la compañera del Sopeti, sentada en una mesa. Sólo tenía que pasar para que ella lo viera y verificara que había salido del peligro. El resto tenía que hacer lo mismo y, si todo estaba bien, Lucía iría a escribir el comunicado en una remington que tenían en la casa: después lo dejaría en el baño de mujeres de un bar cerca del diario *El Día* y llamaría a la redacción para que lo fueran a buscar.

Cuando llegó a su casa y se tiró en la cama, Alberto sintió que se aflojaba como un flan. Repasó los hechos: no le había gustado la humillación del cana, asustado, implorando, pero pensó que si el tipo se hubiera resistido él habría tenido que apretar el gatillo. Pensó que también podía pasar lo contrario: yo podría estar en la situación del cana, y no sé qué haría. Le sorprendió no haberlo pensado antes: para no aterrarse, supuso. Agarró un bolso y metió las zapatillas, vaqueros viejos y las herramientas para terminar de picar los caños de una cocina que estaba refaccionando. Cuando llegó a la obra, sus dos compañeros de trabajo le tomaron un poco el pelo porque se le había hecho tarde.

—Bueno, disculpenmé, me quedé totalmente apoliyado.

—Sí, se te ve la cara de almohada. Qué habrás estado haciendo anoche, hijo de puta.

**Marzo de 1970.** El libro del doctor Benjamín Spock fue una de las causas más directas de que muchos niños en el mundo se criaran muy distinto de sus padres. Aparecido en Estados Unidos en 1946, *Cómo cuidar y educar a su hijo* fue traducido a 26 idiomas y vendió, durante los 25 años siguientes, más de 40 millones de ejemplares. En esos días, Spock fue encarcelado por dar una serie de conferencias contra la guerra de Vietnam, y el establishment americano lo acusaba de ser el culpable de la rebeldía de sus jóvenes. En

Buenos Aires, la revista *Siete Días* reprodujo una entrevista que le hizo la francesa *L'Express*. Que decía, entre otras cosas:

«—Desde de la primera edición de su libro, millones de bebés educados según sus consejos alcanzaron la mayoría de edad. Usted es considerado uno de los fundadores de la sociedad liberal, de la llamada “sociedad permisiva”. A más de 20 años de la primera edición de su libro, ¿puede considerarse que millones de bebés-Spock forman la juventud de hoy, esa juventud que se niega a luchar en Vietnam?

»—No sé si soy total o parcialmente responsable. Los estudios psicológicos han demostrado que los niños rebeldes no tienen padres autoritarios o tiránicos. En realidad, los contestatarios americanos son hijos de padres liberales. ¿Por qué? Porque esos jóvenes jamás fueron intimidados por sus padres cuando eran niños.

»—¿No son revoltosos, entonces, debido a la presión paterna?

»—No. Todos los niños se rebelan contra sus padres. En un cierto período la revuelta es sofocada, en otros explota. Esos niños se rebelan porque nunca tuvieron límites, y en consecuencia deben ir lo más lejos posible a buscarlos. En cuanto a mí, estaría orgulloso de ser el responsable de eso que llamo idealismo y coraje de la juventud moderna. Pienso que son una juventud maravillosa, que son la única solución para Estados Unidos y para el mundo. (...)

»—En los jóvenes de hoy juega una actitud revolucionaria...

»—Sí, claro, aunque haya gente que me persigue para decirme: “Sí, estos jóvenes hablan de hacer una revolución. Pero ya verá usted. Hablan de hacer un nuevo Estados Unidos, una nueva civilización, y cuando cumplan 30 años harán niños como todo el mundo”. Yo no creo que estos jóvenes reingresen al orden, que sucumban al statu quo. Lo digo, quizá, porque tengo necesidad de creer en la juventud. Necesito creer que la única salvación para Estados Unidos y el mundo provendrá de esta actitud totalmente nueva hacia sus necesidades. ¿Quién es capaz de definir esta nueva concepción, sino la juventud?».

—Nosotros estamos en contra de los tres pacíficos. Si no nos oponemos a la coexistencia pacífica, a la transición pacífica y a la emulación pacífica, les hacemos el caldo gordo a los reformistas.

El Cabezón Oscar Ríos marcaba su postura en la polémica chino-soviética en los términos enunciados por Mao. Para Daniel Egea los dos primeros

postulados eran claros: no se podía coexistir pacíficamente con Occidente ni pasar sin sobresaltos del capitalismo al socialismo.

—Che, Cabezón, ¿por qué no explicás, por ahí algunos compañeros no saben qué es la emulación pacífica?

—Emular es como inspirarse, copiar... Y la nueva sociedad no puede tener los basamentos económicos del capitalismo, ¿sí? ¿Qué es eso de que la FIAT se instale en la Unión Soviética? ¿O acaso no le van a extraer plusvalía a los obreros de allá porque sean rusos?

Oscar estaba sentado en el piso con las piernas a lo Buda y una camisa beige bastante vieja: estaba claro que era el que marcaba el ritmo de la reunión. Era el encuentro de fundación del partido: entre los cuarenta participantes sólo había dos o tres que pasaban de los veinticinco años. Oscar tenía treinta y su hermano José veintiséis, seis meses más que Daniel. Había como quince mujeres: la mayoría estaba en pareja con algún militante. El núcleo duro venía de los grupos de estudio que dirigían los hermanos Ríos: había más de uno con experiencia de militancia gremial, salidos años antes de las filas del PC; otros que habían estado cerca de la guerrilla de Massetti, y dos o tres peronistas que confiaban en el Cabezón grande.

Como la casa de 13 y 44, en pleno centro de La Plata, no ofrecía mucha seguridad, trataban de hacer poco ruido y no abrir las ventanas. Pero la humedad y el calor de marzo eran mortales. Todos se quejaban del hacinamiento y cada rato hacían un cuarto intermedio y salían al patio. La consigna era hablar bajo y Daniel aprovechaba los cinco minutos libres:

—Te digo que no transpiran, vos los ves amontonados y no vas a ver un chino que le caiga una gota de sudor...

Todos sabían que era un jodón irreparable, pero como también sabían que había estado en China, no le retrucaban.

—... lo que no sé es si eso también era así antes de la revolución cultural.

Y se largaba una carcajada. El plenario siguió todo ese día y el día siguiente. Tenían buen trabajo fabril: Petroquímica Sudamericana, Swift, Astilleros Río Santiago, Ipaco, más los contactos en el comité de huelga de la Destilería de YPF, choferes de micros, algunos talleres. Todo en La Plata, Berisso y Ensenada. Tenían puntas interesantes en Rosario y Córdoba, y también algo en Resistencia, donde podrían emprender algún trabajo entre los campesinos. Su objetivo era construir un partido, y estaban convencidos que no podían lograrlo de la noche a la mañana. Aunque no le pusieron nombre, Oscar fue electo secretario general.

—Tenemos que ir de lo simple a lo complejo; todavía estamos en una etapa en que el partido se debe construir hombre a hombre y tenemos que mirar primero para adentro, para después poder mirar hacia afuera.

José ponía el acento en el estilo y advertía que no tenían que fijarse en campañas financieras, ni de prensa o de afiliación, como los pro soviéticos:

—Como comunistas, tenemos que ser los mejores en todo: necesitamos cuadros que no bajen el nivel ideológico. Es mejor crecer firme y de a poco que engordar un partido. Ellos tienen una estrategia reformista y se fijan en el crecimiento cuantitativo, nosotros necesitamos una organización revolucionaria y tenemos que prestarle atención al crecimiento cualitativo.

Aunque la lucha armada no estaba entre sus planes inmediatos, se definían a favor de una estrategia de guerra popular prolongada y se comprometieron a formular la vía de acceso al poder junto con el programa partidario y las tesis del movimiento obrero. Oscar esbozó las líneas que tenían que seguir para crecer en las fábricas.

Daniel estaba emocionado: hacía tres años, desde que viajó a Cuba y a China con José, que se imaginaba este momento. Además, le parecía que la línea que proponía el Cabezón enganchaba bien con su experiencia del turno de Embarque de Carnes de la noche, donde era delegado de un centenar de obreros. Era una sección brava, y la empresa había ido cediendo a sus demandas, pero en esos días decidió cortar por lo sano. Una noche se presentó un empleado jovencito, flaco, de anteojos, y los agarró en uno de los momentos de descanso, fuera de las cámaras frías:

—Escuchen, tengo una comunicación de la oficina de personal.

El empleado tenía un guardapolvo blanco, igual que los otros, pero sin las manchas rojas de sangre de las vacas.

—Se tienen que presentar a la bolsa de trabajo de la oficina.

Hizo una pausa y levantó la vista del papel:

—Van a ser reasignados en horarios y tareas...

El flaquito de anteojos trató de explicarles que era común que la empresa rotara a los trabajadores, pero la mayoría tenían más años de Swift que él y optaron por ignorar su perorata. Cuando fueron a cambiarse, la bronca les salía sin mucha sutileza:

—A estos hay que pararles la fábrica.

—¿Con qué?

Los más lúcidos entendieron que les habían hecho la cama y que tenían que comérsela. Daniel sabía que aunque fuera delegado lo podían echar y que el sindicato no lo iba a respaldar, así que le buscó el lado positivo:

—Escúchenme, somos cien tipos de un turno que les dimos mucha guerra y ya la tenemos más o menos junada. Ahora tenemos que aprovechar estos cambios para llevar nuestra experiencia a todo el frigorífico.

Al otro día, Daniel le contó al Cabezón José cuál era su plan:

—Mirá, el corazón de la fábrica es Matanza, ahí se maneja el ritmo de producción y las secciones tienen más gente. Voy a ver si me mandan ahí.

En Matanza faenaban las vacas y trabajaban en dos turnos. A veces hacían ochocientos animales por turno, a veces hasta mil doscientos. Una vez que los novillos entraban en el brete, unos obreros los mataban y otros los colgaban de una pata trasera a la noria, donde empezaban a dar vueltas.

—Cuando la empresa tiene que faenar mucho, te ponen la noria a toda velocidad y te matan trabajando; ahí los delegados están pintados.

Con la experiencia que había hecho en Embarque, negociando las planillas de producción diarias con los capataces, Daniel se tenía fe para organizar las cosas en Matanza. Había hecho buenas migas con algunos de esa sección a través de un trabajo que hacían los fines de semana en las casas: se juntaban para construir baños. Los que tenían letrinas en sus casas mandaban las aguas servidas a la vereda a través de unas canaletas. El Sanatorio de la Carne atendía infinidad de casos de hijos de obreros del Swift infectados por tomar agua de esas zanjás. Entonces se rotaban por las casas y hacían baños de material y una cámara séptica. Así lo conoció a Ramón Ruiz.

—¿Vos qué sos, Ruiz?

—Cabecero.

Ruiz era tucumano y andaba por los cuarenta, aunque parecía de sesenta. Hacía muchos años que manejaba el cuchillo en Matanza.

—Ruiz hace cabeza como nadie.

Le dijo a Daniel otro de la sección, mientras hacían la mezcla para el baño de la casa. Hacer cabeza era sacarle el cuero a la cabeza del animal cuando venía colgada del riel en marcha: para eso había que dar el cuchillazo en el lugar justo y hacer el corte para poder pelar en un solo movimiento. Los días de mucha producción, entre tres o cuatro cabeceros hacían las mil cabezas que les llevaba la noria. Por el cansancio, muchas veces el filo del cuchillo cortaba la otra mano: Ruiz tenía la mano izquierda toda tajeada. Ruiz sabía que en Embarque habían logrado unas cuantas cosas:

—Che, Daniel, ¿así que le hicieron una buena mojada de oreja a la empresa en tu sección?

—Hay que hacer lo mismo en Matanza, no puede ser que les pongan la noria a la velocidad que se les canta. Mirá, a mí me mandaron a la bolsa de

trabajo, así que a lo mejor termino haciendo cuchillo con ustedes.

A los pocos días, Daniel estaba en Matanza, haciendo las ocho horas. La sección tenía turnos de tres o cuatrocientos obreros, y de a poco Daniel empezó a entender los conflictos de la sección. Ruiz le advirtió:

—Acá el delegado es un cuchillo de doble filo, y los orejas de los capataces ya están avisados que vos sos bravo, así que mejor quédate piola por un tiempo.

**Mayo de 1970.** El estreno en Buenos Aires de *Z*, la película de Costa Gavras sobre el golpe de los coroneles en Grecia, se transformó en una ocasión para expresar el descontento de muchos ante el gobierno militar. Había largas colas frente a los cines que la daban y, en general, cada función se terminaba con aplausos y tímidos gritos. Los asesores del general Pedro Eugenio Aramburu, que quería presentarse como una opción blanda al endurecimiento de Onganía, le aconsejaron que fuera a verla. Cuando las luces se prendieron, el ex presidente se paró y aplaudió, para mostrar que todavía quedaban oficiales democráticos en la Argentina. Su historia golpista, sin embargo, no terminaba de avalar esas exhibiciones.

Prendieron la radio para escuchar algo sobre lo que estaba pasando en Córdoba, porque justo ese viernes se cumplía un año del Cordobazo y las centrales sindicales habían lanzado un paro. Pero cuando sintonizaron la edición de la una y media del Rotativo del aire de radio Rivadavia se encontraron con una noticia bomba.

—... el ex presidente se retiró de su domicilio esta mañana, poco después de las nueve, escoltado por dos hombres que vestían uniformes militares. Desde entonces no hay noticias del paradero del general Pedro Eugenio Aramburu. En medios generalmente bien informados se habla de la posibilidad de que haya sido secuestrado por un grupo comando...

—¿Aramburu? ¿Será cierto?

—Callate, a ver si dicen algo más.

Pero la radio pasó a detallar los actos del día del Ejército que, esa mañana, había presidido el comandante en Jefe, Alejandro Agustín Lanusse. Los catorce presos de Taco Ralo estaban excitadísimos:

—¡A ver si por fin paga ese hijo de puta!

—Pagar puede que pague, pero la cosa es saber quién lo secuestró.

—Bueno, eso si de verdad lo secuestraron...

—¿Saben qué? Esto me huele a una pelea entre los milicos.

Todos hablaban a la vez, gritaban, hacían gestos. Cacho El Kadri pensó que tenía que tratar de poner orden:

—Che, tratemos de hablar de a uno. La verdad que todavía no sabemos demasiado de lo que pasó, ¿no?

—No, pero la radio dijo que los que se lo llevaron iban vestidos de militares. A mí me parece que debe ser una cuestión de ellos. Como Aramburu estaba armando un golpe contra Onganía...

—No, hermano, esto tiene que ser un grupo nuestro. Esto tenemos que ser los peronistas. No puede ser que nos lo saquen de la boca los milicos.

—Sí, pero ¿qué grupo?

—Yo qué sé, algún grupo. Seguro que hay gente que se está armando y...

—No, si fuera así nosotros los conoceríamos, che, seguro que los conoceríamos.

—¿No seremos nosotros, no?

—¿Te parece que los muchachos podrían haber hecho una así sin consultarnos?

La discusión no iba demasiado lejos, pero los presos se pasaron el día pegados a la radio. Todas las actividades habituales se suspendieron. Incluso, a la tardecita, votaron que era mejor apagar la televisión en cuanto terminara *Telenoche*, para seguir escuchando la radio. Hacía poco que les habían dejado entrar una televisión y, desde el principio, habían decidido sus reglas de funcionamiento: sólo podría estar prendida tres horas por día, para no atontarse, y la sintonía se decidiría por votación. Esa noche, aunque era viernes, prefirieron no ver el partido y seguir prendidos de la radio, que no decía nada nuevo.

El sábado 30, cuando se despertaron, estaban más nerviosos todavía. Los mates volaban de mano en mano, y arreciaban comentarios. A Néstor se le había ocurrido durante la noche una idea que ahora les parecía muy posible y que, por alguna razón, no habían pensado el día anterior: que los secuestradores, sí eran un grupo peronista, podían canjear la vida de Aramburu por la liberación de los presos políticos. Tiempo atrás, en Brasil, un grupo guerrillero había conseguido cambiar al embajador alemán por ciento cuarenta presos y, en la Argentina, dos meses antes, las FAL habían secuestrado a un cónsul paraguayo con la misma intención. O sea que la idea no era descabellada, y su corolario los llenó de nervios: los presos políticos eran mayormente ellos mismos.

—¡Sí, carajo! ¿Les parece que puede ser que salgamos?



—Y, habrá que ver, pero poder, puede...

—No, hermano, en serio, puede ser, puede ser.

Los presos no querían ilusionarse demasiado y, al mismo tiempo, no podían pensar en otra cosa. Se pasaron otro día pegados a la radio, pero ese sábado no hubo demasiada información.

—¡Qué desastre, hermano! ¡Qué joda no estar afuera y enterarse un poco más de todo esto!

Los noticieros seguían contando una y otra vez los detalles del secuestro, y hablaban del despliegue policial y la cantidad de operativos que se estaban haciendo por todas partes, sin éxito. En pocas palabras, sin hacerle ningún caso, también informaban de un terremoto en el Perú que había matado a cincuenta mil personas. A media tarde, radio Colonia reprodujo un rumor que decía que habían encontrado el cuerpo de Aramburu en el Riachuelo, y poco después lo desmintió. Hacia la noche, Rivadavia informó que había aparecido el coche, un Peugeot 404 blanco, en el que se habían llevado a Aramburu, y que dos sospechosos habían sido detenidos en la zona de Florida.

—A esta hora, los sospechosos están siendo interrogados en dependencias de Coordinación Federal.

Terminaba la radio.

—Uy Dios, cómo les deben estar dando.

—Pero entonces, si hay sospechosos y los están interrogando, deben ser compañeros, che.

El secretario de Información y Turismo, coronel Luis Prémoli, informó oficialmente que no había habido ningún contacto con los secuestradores y reiteró su pedido a la población de que «colabore con las fuerzas de seguridad informando cualquier actitud sospechosa o extraña que pueda observar en cualquier persona». Y varias radios reprodujeron un mensaje lanzado desde algún emisor anónimo: «Transmite la Revolución Libertadora en operaciones. El general Aramburu ha sido secuestrado. Todas las fuerzas gorilas deben tomar contacto inmediato con sus jefes, en todo el país. Debe mantenerse la calma. Los comandos civiles deben actuar inmediatamente en calma y orden, pero sin tardanza. Deben moverse todos los resortes. Todos los caminos y rutas nacionales deben ser tomados y revisados los vehículos que circulen por los mismos con la mayor prolijidad, así como los aeropuertos y las pistas. Todas las informaciones y sospechas deben centralizarse en los siguientes servicios oficiales de información: SIDE, SIN, SIE y SIA...».

En el pabellón, los presos estaban como locos. Cacho pensaba que en cualquier momento podía llegar alguna provocación de las autoridades, y se

pusieron de acuerdo en no responder y mantener la calma. También decidieron llamar a sus abogados lo antes posible.

El domingo a las tres de la tarde las selecciones de México y Rusia inauguraban el mundial 70 en el estadio Azteca y, por primera vez, la televisión lo transmitía en directo. Los presos se preparaban para verlo, pero una noticia de la radio los sacó de quicio:

—... el mensaje fue hallado en la iglesia de San Ignacio, sita en la calle Bolívar de esta capital, y es el primero que envían los presuntos secuestradores del general Aramburu. Está firmado por un Comando Militar Generación Tacuara, y ofrece canjear al general contra, dice el mensaje, «la liberación de los presos de Taco Ralo y del Policlínico Bancario»...

—¡Ven, carajo, que era eso! ¡Yo se los dije, yo se los dije! Vamos a salir...

—No, Utu, ¿no te das cuenta de que es un invento? Si fueran compañeros no pondrían los presos de Taco Ralo. Pondrían los compañeros de las Fuerzas Armadas Peronistas, o algo así.

—Sí, tenés razón. Esto debe ser un invento de los servicios...

—Es verdad. Pero me parece que igual podría pasar, y tendríamos que discutir seriamente qué vamos a hacer nosotros si los compañeros proponen el canje...

Dijo Cacho, y tras un rato de charla, redactaron un comunicado que decía que «dados los cargos que se le hacen a Aramburu como represor y fusilador del pueblo peronista, los militantes del destacamento Montonero 17 de Octubre de las Fuerzas Armadas Peronistas, prisioneros en la cárcel de Villa Devoto, declaramos que no estamos dispuestos a recuperar nuestra libertad a cambio de dejar sin efecto el justo juicio popular que se merece el general Aramburu. Aramburu ha cometido delitos contra el pueblo, ha fusilado peronistas, ha quebrado la vigencia de la Constitución. La libertad de unos militantes no puede en ningún caso ser más importante que el castigo a uno de los mayores enemigos del pueblo peronista». Al día siguiente se lo pasarían a un abogado: no lo podían escribir, porque no tenían derecho a llevar ningún papel a las entrevistas, pero Cacho se lo aprendería de memoria y el abogado lo copiaría y después trataría de hacerlo llegar a los medios, aunque sin muchas esperanzas de que lo publicaran.

Las luces, esa noche, se apagaron, como todas las noches, a las once. Pero Néstor seguía escuchando las noticias en la Spica, muy bajito, tapada por la almohada. Poco antes de las doce, *El Mundo* difundió el comunicado de una organización que se llamaba a sí misma Montoneros. Lo habían escondido en

el baño de una confitería, en Guise y Santa Fe, y habían avisado a un diario que lo fueran a buscar. El comunicado empezaba con la consigna «Perón Vuelve», se dirigía «Al pueblo de la Nación» y estaba fechado el viernes 29 de mayo de 1970:

«Hoy a las 9,30 horas, nuestro Comando procedió a la detención de Pedro Eugenio Aramburu, cumpliendo una orden emanada de nuestra conducción a los fines de someterlo a juicio revolucionario.

»Sobre Pedro Eugenio Aramburu pesan los cargos de traidor a la patria y al pueblo y asesinato en la persona de veintisiete argentinos.

»Actualmente Aramburu significa una carta del régimen que pretende reponerlo en el poder para tratar de burlar una vez más al pueblo con una falsa democracia y legalizar la entrega de nuestra patria. Oportunamente se darán a conocer las alternativas del juicio y la sentencia dictada. En momentos tan tristes para nuestra Argentina que ve a sus gobernantes rematarla al mejor postor y enriquecerse inmoralmente a costa de la miseria de nuestro pueblo, los Montoneros convocamos a la resistencia armada contra el gobierno gorila y oligarca, siguiendo el ejemplo heroico del general Valle y todos aquellos que brindaron generosamente su vida por una Patria Libre, Justa y Soberana.

»¡Perón o Muerte! ¡Viva la Patria!

»Comando Juan José Valle-Montoneros».

Néstor pudo cuchichearle al del catre de al lado que sí, que eran peronistas, pero un carcelero hizo sonar su palo en los barrotes para que se callaran. Recién a la mañana siguiente, los presos de Taco Ralo pudieron celebrar, discretamente, la aparición de una nueva organización armada peronista.

—Se les nota, esto no pueden ser los servicios, se les nota en lo que escriben.

—Y los muy guachos también se llaman Montoneros, como nosotros...

Esa mañana supieron que había habido un segundo comunicado, que detallaba las pertenencias que los secuestradores le habían sacado a Aramburu: una medallita, dos biromes parker, un calendario plastificado, un pañuelo, una traba de corbata de oro y un reloj pulsera. A partir de esos datos, el gobierno reconoció que los comunicados eran auténticos. Durante el resto de ese día lunes, el cardenal Caggiano se propuso para mediar con los secuestradores y el gobierno ofreció una recompensa de diez millones de pesos (veinticinco mil dólares) para cualquier información que condujera «a ubicar el paradero del teniente general Aramburu vivo».

**Junio de 1970.** Entre los artículos que dedicaba al secuestro de Aramburu, la edición del 10 de junio de la revista *Confirmado* incluía un recuadro, titulado «El retorno de los brujos», que daba cuenta de otro tipo de investigaciones que también trataban de dar con el ex presidente:

«Todo comenzó como una versión aparentemente descabellada; una más, en última instancia, de un acontecimiento sobre el cual muy pocos tenían datos concretos. Lo cierto es que, a través de amigos, la familia de Pedro Eugenio Aramburu habría pedido a Horangel el trazado de la carta astral del ex presidente, nacido el 29 de abril de 1907, a las 4,30 de la mañana, en Río Cuarto, Córdoba. La consulta terminó con un alivio: “Tranquilícese, el general está lejos de la casa de la muerte”. Ese día —martes 2 de junio— el astrólogo añadió una premonición a su dictamen: “Un manto de sangre se extenderá sobre el país”. Después, el astrólogo habló del jueves 11 como fecha para la reaparición del ex presidente.

»Pero no fueron sólo los familiares y amigos de Aramburu los que recurrieron a las ciencias ocultas para determinar el paradero del secuestrado: también en las filas del gobierno hubo quienes confiaban más en la extrasensorialidad que en los mecanismos usuales de investigación. Así se tomaron contactos con el doctor Bruno Fanzoni, tesorero del Instituto Argentino de Parapsicología, y le solicitaron nombres de videntes, para requerir su ayuda. En ese trasfondo se entiende con toda claridad el críptico anuncio del ministro del Interior Francisco Imaz en su conferencia del jueves 4, cuando —ante la extrañeza de los cronistas— señaló que “se han realizado procedimientos hasta en los cementerios”».

Ese martes, las radios y los diarios reproducían condenas de todo el espectro político, incluida buena parte de la izquierda. La FUA decía que el secuestro se producía en momentos en que crecía la lucha estudiantil y obrera y que «el episodio es el fruto evidente de maniobras en las que se enfrentan distintos grupos de las clases dominantes en el intento de vestir con un nuevo ropaje la política de superexplotación y represión». El delegado personal de Perón, Jorge Daniel Paladino, también lo repudió largamente, y dijo que «los peronistas no somos ni resentidos ni revanchistas», y que «cada vez que el pueblo y las Fuerzas Armadas se han encontrado, el país avanzó. Y cada vez que los enemigos del pueblo pusieron una cuña entre él y las Fuerzas Armadas, retrocedió. Y ahora la historia se repite». Ese mismo día, muchos militantes peronistas fueron detenidos por personal de los servicios de inteligencia. Entre ellos, Gustavo Rearte, Raimundo Ongaro, Jorge Di

Pasquale. Y varios medios recibieron llamados diciendo que Aramburu había sido ejecutado a las siete de la mañana, pero no hubo ninguna confirmación. Hasta el mediodía, cuando todas las radios pasaron un comunicado muy escueto. Decían que debía ser auténtico, porque parecía escrito con la misma máquina que los anteriores:

—Perón vuelve. Aramburu fue ejecutado a las siete de la mañana. Que Dios, Nuestro Señor, se apiade de su alma. ¡Perón o Muerte! ¡Viva la Patria! Montoneros.

En el pabellón la noticia les confirmaba que la lucha que ellos, de algún modo, habían lanzado, tomaba vuelo. Los presos sentían que todo era, ahora, posible, y que habría que analizar muy bien los pasos futuros. No podían festejar abiertamente. Desde detrás de las rejas, un par de guardias los vigilaban todo el tiempo. Cacho se preguntó, por enésima vez, quiénes serían:

—¡Que Dios se apiade de su alma...! Ninguna organización revolucionaria podría poner eso en un comunicado. Éstos deben ser cristianuchis... Pero ¿quiénes carajo serán?

Por un momento, Cacho pensó que podía ser la gente aquella del Camilo Torres, pero enseguida descartó la idea. Esa noche, poco antes de las doce, el general Onganía habló por la cadena nacional de radio y televisión para anunciar que, a partir de ese momento, regía en todo el país la pena de muerte. Se aplicaría para casos de secuestro con homicidio o lesiones gravísimas, ataques a unidades de fuerzas militares o policiales y uso de uniformes o insignias para estos delitos: la ley parecía hecha a medida para los Montoneros, y tenía carácter retroactivo. Onganía, vestido con su uniforme de gala, decía que los secuestradores pretendían «desatar la guerra entre hermanos y hundir a la Argentina en la confusión y la anarquía»:

—Éste es el modelo extranjero que pretende ganar nuestras universidades, gobernar las estructuras sindicales, quebrantar nuestra unidad espiritual y destruir a las Fuerzas Armadas y nuestro estilo de vida.

Onganía tenía una mueca amenazadora, y ni un respingo turbaba su bigote:

—Si no advertimos que nuestro hermoso país es un campo más de batalla en el contexto de una lucha mundial, si persistimos en ignorar la crisis de valores de la Humanidad, si creemos que la violencia, la sensualidad, la destrucción de la familia y el asesinato constituyen el precio de ser libre, debemos aceptar al menos que ésta no fue la libertad de Mayo...

Al día siguiente, otro comunicado de los Montoneros, el número 5, confirmaba la ejecución del ex presidente, decía que su cuerpo sólo sería

devuelto cuando apareciera el de «nuestra querida compañera Eva Perón» y daba algún dato sobre sus redactores: «Nuestra organización es una unión de hombres y mujeres profundamente argentinos y peronistas, dispuestos a pelear con las armas en la mano por la toma del poder para Perón y para su pueblo y la construcción de una Argentina Justa, Libre y Soberana. Nuestra doctrina es la doctrina justicialista, de inspiración cristiana y nacional...».

**Junio de 1970.** Años más tarde, el 6 de septiembre de 1974, cuando la organización Montoneros decidió pasar a la clandestinidad, su revista, *La Causa Peronista*, publicó un relato del secuestro de Aramburu. Fue su último número. La revista empezaba presentando el hecho:

«En este primer operativo firmado, llevado a cabo por un grupo de combatientes muy jóvenes, en absoluta precariedad de medios y contra un enemigo que, entonces, parecía todopoderoso, Montoneros definió su proyecto y mostró un camino. El Aramburazo logró, en ese sentido, la mayoría de sus objetivos.

»El primer objetivo del Operativo Pindapoy, como lo bautizaron en un principio los Montoneros, era el lanzamiento público de la organización. Se cumplió con éxito. (...)

»El segundo objetivo era ejercer la justicia revolucionaria contra el más inteligente de los cabecillas de la Libertadora. Porque si Rojas fue la figura más acabada del gorilismo, Pedro Eugenio Aramburu fue, en cambio, su cerebro y artífice. (...) Por primera vez, el pueblo podía sentar a un cipayo en el banquillo y juzgarlo y condenarlo. Eso hizo Montoneros en Timote: mostró al pueblo que, más allá de las trampas, de las argucias legales y los códigos para reprimir a los trabajadores, había camino hacia la verdadera Justicia, la que nace de la voluntad de un pueblo.

»Aramburu fue, además, culpable de un delito que a los peronistas los había herido e indignado como pocas veces se indignó este pueblo. Aramburu había sido el artífice del robo y desaparición del cadáver de la compañera Evita. (...)

»El último objetivo del Aramburazo se inscribía en la situación política que vivía el país en aquel momento. Aramburu conspiraba contra Onganía. Pero el proyecto de Aramburu para reemplazar el régimen corporativista de Onganía era políticamente más peligroso. Aramburu se proponía lo que luego se llamó Gran Acuerdo Nacional, la integración del peronismo al sistema liberal a través de “peronistas” de la calaña de Paladino, Coria y todos los burócratas y participacionistas. (...)

»(Tres años después)... era la voz de las multitudes que enfrentaban al régimen en todos los frentes de batalla con las banderas de esos jóvenes que, un 29 de mayo, se largaron al todo o nada para enseñarle al imperialismo cómo contraataca y cómo golpea el pueblo a medida que se va organizando en la lucha».

Tras la introducción, el relato se presentaba como una charla con los jefes montoneros Mario Eduardo Firmenich y Norma Arrostito:

«Mario: El ajusticiamiento de Aramburu era un viejo sueño nuestro. Concebimos la operación a comienzos de 1969. Había de por medio un principio de justicia popular —la reparación de los asesinatos de junio del 56—, pero además queríamos recuperar el cadáver de Evita, que Aramburu había hecho desaparecer.

»Pero hubo que dejar transcurrir el tiempo, porque aún no teníamos formado el grupo operativo. En tanto trabajábamos en silencio: la ejecución de Aramburu debía significar precisamente la aparición pública de la organización.

»A fines del 69 pensamos que ya era posible encarar el operativo. A los móviles iniciales se había sumado en el transcurso de ese año la conspiración golpista que encabezaba Aramburu para dar una solución de recambio al régimen militar, debilitado tras el Cordobazo.

»Por la importancia política del hecho, por el significado que atribuíamos a nuestra propia aparición, fuimos a la operación con el criterio de todo o nada. El grupo inicial de Montoneros se juega a cara o ceca en este hecho.

»Arrostito: Toda la organización éramos doce personas, entre los de Buenos Aires y los de Córdoba. En el operativo jugamos diez.

»Lo empezamos a fichar a comienzos del 70 sin mayor información. Para sacar direcciones, nombres, fotos, fuimos a las colecciones de los diarios, principalmente *La Prensa*. En una revista, Fernando encontró fotos interiores del departamento de la calle Montevideo. Eso nos dio una idea de cómo podían ser las cosas adentro.

»Mario: Pero dedicamos el máximo de esfuerzo al fichaje externo. El edificio donde él vivía está frente al colegio Champagnat, y averiguamos que en el primer piso había una biblioteca. Entonces nos colamos, íbamos a leer ahí. El que inauguró el método fue Fernando, que era bastante desfachatado. Más que leer, mirábamos por la ventana. Nos quedábamos por períodos cortos, media hora, una hora. Nunca nadie nos preguntó nada.

»Arrostito: Allí lo vimos por primera vez, de cerca. Solía salir alrededor de las once de la mañana, a veces antes, a veces después. A veces no salía. Lo

vimos tres veces desde el Champagnat.

»Después fichamos desde la esquina de Santa Fe en forma rotativa. Llegamos a hacer relevos cada cinco minutos. Teníamos que hacer así porque en esa esquina había un cabo de consigna, uno rubio, gordito, y no queríamos llamar la atención.

»Mario: A medida que chequeábamos, fuimos variando el modelo operativo. La primera idea había sido levantarlo por la calle cuando salía a caminar. Pensábamos usar uno de esos autos con cortina en la luneta, y tapar las ventanillas con un traje a cada lado. Le dimos muchas vueltas a la idea hasta que la descartamos y resolvimos entrar y sacarlo directamente del octavo piso.

»Para eso hacía falta una buena “llave”. La mejor excusa era presentarse como oficiales del Ejército. El Gordo Maza y otro compañero habían sido liceístas, conocían el comportamiento de los militares. Al Gordo Maza incluso le gustaba, era bastante milico, y le empezó a enseñar a Fernando los movimientos y las órdenes. Ensayaban juntos.

»Arrostito: Compraron parte de la ropa en la casa Isola, una sastrería militar en la Avenida de Mayo, al lado de Casa Muñoz. Fernando Abal tenía 23 años, Ramus y Firmenich 22, Capuano Martínez 21. Cortándose el pelo pasaban por colimbas. Así que allí compraron las insignias, las gorras, los pantalones, las medias, las corbatas. Para comprar algunas cosas, hasta se hicieron pasar por boy-scouts. Un oficial retirado peronista donó su uniforme: simpatizaba con nosotros, aunque no sabía para qué lo íbamos a usar. El problema fue que a Fernando le quedaba enorme. Tuve que hacer de costurera, amoldárselo al cuerpo. La gorra la tiramos —era un gorrón, le bailaba en la cabeza— pero usamos la chaquetilla y las insignias.

## ¿CÓMO ENTRAR?

»Mario: Una cosa que nos llamó la atención fue que Aramburu no tenía custodia, por lo menos afuera. Después se dijo que el ministro Imaz se la había retirado pocos días antes del secuestro, pero no es cierto. En los cinco meses que estuvimos chequeando, no vimos custodia externa ni ronda de patrulleros. Solamente el portero tenía pinta de cana, un morocho corpulento.

»A alguien se le ocurrió: si no tiene custodia, ¿por qué no íbamos a ofrecérsela? Era absurdo, pero ésa fue la excusa que usamos.

»El terreno. Justo en esos días en que la operación fue tomando forma, a alguien se le ocurre arreglar la calle Montevideo, una de esas reparaciones de



luz o de gas que siempre están haciendo. Lo cierto es que rompieron media calle, justo al lado de su casa. Y nosotros teníamos que poner la contención ahí.

»Era un problema. Pensamos cortar la calle con uno de esos letreros que dicen “En reparación”, “Hombres trabajando”, pero lo descartamos.

»Después nos fijamos que el garaje del Champagnat daba justo frente a la puerta del edificio, y que en dirección a Charcas había otro garaje y que ahí el pavimento no estaba roto. Entonces la contención iba a estar ahí: un coche sobre la vereda del Champagnat y el otro en el garaje.

### LA HORA SEÑALADA

»La planificación final la hicimos en la casa de Munro donde vivíamos Capuano Martínez y yo. Allí pintamos con aerosol la pick-up Chevrolet que iba a servir de contención. La pintamos con guantes; hacíamos todo con guantes, para no dejar impresiones digitales. No sabíamos mucho sobre el asunto, pero por las dudas no dejábamos huellas ni en los vasos, y en las prácticas llegamos a limpiar munición por munición con un trapo.

»Arrostito: La casa operativa era la que alquilábamos Fernando y yo en Bucarelli y Ballivián, Villa Urquiza. Allí teníamos un laboratorio fotográfico. La noche del 28 de mayo, Fernando lo llamó a Aramburu por teléfono, con un pretexto cualquiera. Aramburu lo trató bastante mal, le dijo que se dejara de molestar o algo así. Pero ya sabíamos que estaba en su casa.

»Dentro de Parque Chas dejamos estacionados esa noche los dos autos operativos: la pick-up Chevrolet y un Peugeot 404 blanco; y tres coches más que se iban a necesitar: una Renoleta 4L, blanca, mía; un taxi Ford Falcon que estaba a nombre de Firmenich, y una pick-up Gladiator 380, a nombre de la madre de Ramus.

»La mañana del 29 salimos de casa. Dos compañeros se encargaron de llevar los coches de recambio a los puntos convenidos. La Renoleta quedó en Pampa y Figueroa Alcorta, con un compañero adentro. El taxi y la Gladiator cerca de Aeroparque, en una cortada; el taxi cerrado con llave y un compañero adentro de la Gladiator.

»En el Peugeot 404 subieron Capuano Martínez, que iba de chofer, con otro compañero, los dos de civil pero con el pelo bien cortito. Y detrás, Maza con uniforme de capitán, y Fernando Abal, como teniente primero.

»Mario: Ramus manejaba la pick-up Chevrolet y la Flaca (Norma) lo acompañaba en el asiento de adelante. Detrás íbamos un compañero

disfrazado de cura y yo con uniforme de cabo de la policía.

»Arrostito: Yo llevaba una peluca rubia con claritos y andaba bien vestida y un poco pintarrajeada. El Peugeot 404 iba adelante por Santa Fe. Dobló en Montevideo, entró en el garaje. Capuano se quedó al volante y los otros tres bajaron. Le pidieron permiso al encargado para estacionar un ratito. Cuando vio los uniformes, les dijo que sí enseguida. Salieron caminando a la calle y entraron en Montevideo 1053.

»Nosotros veníamos detrás con la pick-up. En la esquina de Santa Fe bajé yo y fui caminando hasta la puerta misma del departamento. Me paré allí. Tenía una pistola.

»Mario: Nosotros seguimos hasta la puerta del Champagnat y estacionamos sobre la vereda. “El cura” y yo nos bajamos. Dejé la puerta abierta con la metralleta sobre el asiento, al alcance de la mano. Había otra en la caja al alcance del otro compañero. También llevábamos granadas.

»Ese día no vi al cana de la esquina. Mi preocupación era qué hacer si se me aparecía, ya que era mi “superior”, tenía un grado más que yo. Pasaron dos cosas divertidas. Se arrió un Fiat 600 y el chofer me pidió permiso para estacionar. Le dije que no. Quiso discutir: “¿Y por qué la pick-up sí?”. Le dije “circule”. Se fueron puteando.

»En eso pasó un celular. Le hice la venia al chofer y el tipo me contestó con la venia. Y, de golpe, lo increíble. Habíamos ido allí más bien dispuestos a dejar el pellejo, pero no: era Aramburu el que salía por la puerta de Montevideo, y él gordo Maza lo llevaba con un brazo por encima del hombro, como palmeándolo, y Fernando lo tomaba del otro brazo. Caminaban apaciblemente.

#### ADENTRO (FERNANDO, EMILIO)

»Sus voces no están, se perdieron en La Calera y en William Morris. Pero su testimonio ha traspasado el tiempo, en la evocación de sus compañeros.

»Un compañero quedó en el séptimo piso, con la puerta del ascensor abierta, en función de apoyo. Fernando y el Gordo subieron un piso más. Tocaron el timbre, rígidos en su apostura militar, Fernando un poco más rígido por la “metra” que llevaba bajo el pilotín verde oliva.

»Los atendió la mujer del general. No le infundieron dudas: eran oficiales del Ejército. Los invitó a pasar, les ofreció café mientras esperaban que Aramburu terminara de bañarse.

»Al fin apareció, sonriente, impecablemente vestido. Tomó café con ellos mientras escuchaba complacido el ofrecimiento de custodia que le hacían esos jóvenes militares. A Maza le descubrió enseguida el acento: “Usted es cordobés”.

»“Sí, mi general”. Las cortesías siguieron un par de minutos mientras el café se enfriaba, y el tiempo también, y los dos muchachos agrandados se paraban y desenferraban y la voz cortante de Fernando dijo:

»—Mi general, usted viene con nosotros.

»Así. Sin mayores explicaciones. A las nueve de la mañana.

»¿Si se resistía? Lo matábamos ahí. Ése era el plan, aunque no quedara ninguno de nosotros vivo.

## AFUERA

»Mario: Pero no, ahí estaba, caminando apaciblemente entre el Gordo Maza que lo llevaba del hombro y Fernando que lo empujaba levemente con la metra bajo el pilotín.

»Seguramente no entendía nada. Debió creer que alguien se adelantaba al golpe que había planeado, porque todavía no dudaba de que sus captores fueran militares.

»Subieron al Peugeot, y arrancaron hacia Charcas, dieron la vuelta por Rodríguez Peña hacia el bajo. Y nosotros detrás.

## EL VIAJE

»Cerca de la facultad de Derecho detuvieron el Peugeot y transbordaron a la camioneta nuestra. Capuano, la Flaca y otro compañero subieron adelante. Fernando y Maza, con Aramburu, atrás. Allí se encontró por primera vez con “el cura” y conmigo. Debió parecerle esotérico: un cura y un policía, y el cura que en su presencia empezaba a cambiarse de ropa.

»Se sentó en la rueda de auxilio. No decía nada, tal vez porque no entendía nada. Le tomé la muñeca con fuerza y la sentí floja, entregada. Maza, “el cura”, la Flaca y otro compañero se bajaron en Pampa y Figueroa Alcorta llevándose los bolsos con los uniformes y parte de los fierros. Fueron a la casa de un compañero a redactar el comunicado número 1. Quedamos Ramus y Capuano adelante, Aramburu, Fernando y yo atrás. Seguimos hasta el punto donde estaban los otros dos coches. Bajamos. Capuano subió al taxi,

y nosotros nos dirigimos a la otra pick-up, la Gladiator, donde había un compañero.

»La Gladiator tenía un toldo y la parte de atrás estaba camuflada con fardos de pasto. Retirando un fardo, quedaba una puertita. Por allí entraron Fernando y el otro compañero con Aramburu. Adelante Ramus, que era el dueño legal de la Gladiator, y yo, siempre vestido de policía.

»Durante más de un mes habíamos estudiado la ruta directa a Timote, sin pasar por ningún puesto policial y por ninguna ciudad importante. Delante iba el taxi conducido por Capuano, abriendo punta. Un par de walkie-talkies aseguraba la comunicación entre él y nosotros. Otro par entre la cabina de la Gladiator y la caja.

»En toda mi vida operativa no recuerdo una vía de escape más sencilla que ésta. Fue un paseo. El único punto que nos tenía preocupados era la General Paz, pero la pasamos sin problemas: no estaba tan controlada como ahora. Salimos por Gaona y a partir de ahí empezamos a tomar caminos de tierra dentro de la ruta que habíamos diseñado. El río Luján lo cruzamos por un viejo puente de madera, entre Luján y Pilar, por donde no pasa nadie. Si la alarma se hubiera dado enseguida, creo que igual nos hubiéramos escapado, porque la ruta era perfecta. Tardamos ocho horas en hacer un camino que puede hacerse en cuatro, pero no entramos en ningún poblado ni nos detuvimos a cargar nafta. Para eso estaba el taxi, legal, que traía las provisiones.

»Aramburu no habló en todo el viaje, salvo cuando los compañeros tuvieron que buscar el bidón en la oscuridad. “Acá está”, dijo.

»A la una de la tarde la radio empezó a hablar del “presunto secuestro”. Ya estábamos a mitad de camino.

»Serían las cinco y media o las seis cuando llegamos a La Celina, un casco de estancia que pertenecía a la familia de Ramus. El taxi se volvió a Buenos Aires y nosotros entramos. La primera tarea de Ramus fue distraer la atención del capataz, el vasco Acébal.

»Esto no fue fácil, porque la casa de Acébal y el casco de estancia estaban casi pegados y Ramus tuvo que arrinconar al vasco a un costado de la entrada, hablándole de cualquier cosa, mientras Fernando y el otro compañero metían a Aramburu en la casa de los Ramus. Ese compañero estaba tan boleado que bajó con la metra en la mano. Pero Acébal no sintió nada, y los únicos que aparecimos frente a él fuimos Ramus y yo, que me había cambiado el uniforme de policía.

## EMPIEZA EL JUICIO

»Metimos a Aramburu en un dormitorio, y ahí mismo esa noche le iniciamos el juicio. Lo sentamos en una cama y Fernando le dijo:

»—General Aramburu, usted está detenido por una organización revolucionaria peronista, que lo va a someter a juicio revolucionario.

»Recién ahí pareció comprender. Pero lo único que dijo fue:

»—Bueno.

»Su actitud era serena. Si estaba nervioso, se dominaba. Fernando lo fotografió así, sentado en la cama sin saco ni corbata, contra la pared desnuda. Pero las fotos no salieron porque se rompió el rollo a la primera vuelta.

»Para el juicio se utilizó un grabador. Fue lento, fatigoso, porque no queríamos presionarlo ni intimidarlo, y él se atuvo a esa ventaja, demorando la respuesta a cada pregunta, contestando “No sé”, “De eso no me acuerdo”, etcétera.

»El primer cargo que le hicimos fue el fusilamiento del general Valle y los otros patriotas que se alzaron contra él el 9 de junio de 1956. Al principio pretendió negar. Dijo que cuando sucedió eso, él estaba en Rosario. Le leímos sílaba a sílaba los decretos 10.363 y 10.364, firmados por él, condenando a muerte a los militares sublevados. Le leímos las crónicas de los fusilamientos de los civiles en Lanús y José León Suárez.

»No tenía respuesta. Finalmente reconoció: “Y bueno, nosotros hicimos una revolución, y cualquier revolución fusila a los contrarrevolucionarios”.

»Le leímos la conferencia de prensa en la que el almirante Rojas acusaba al general Valle y a los suyos de marxistas y amorales. Exclamó: “¡Pero yo no he dicho eso!”. Se le preguntó si, de todos modos, lo compartía. Dijo que no. Se le preguntó si estaba dispuesto a firmar eso. El rostro se le aclaró, quizá porque pensó que la cosa terminaba ahí. “Si era por esto, me lo hubieran pedido en mi casa”, dijo, e inmediatamente firmó una declaración en que negaba haber difamado a Valle y los revolucionarios del 56. Esa declaración se mandó a los diarios y creo que apareció publicada en *Crónica*.

## EL PROYECTO DEL GAN

»El segundo punto del juicio a Aramburu versó sobre el golpe militar que él preparaba y del que nosotros teníamos pruebas. Lo negó terminantemente. Cuando le dimos datos precisos sobre su enlace con un general en actividad,

dijo que era “un simple amigo”. Sobre esto, frente al grabador, fue imposible sacarle nada. Pero apenas se apagaba el grabador, compartiendo con nosotros una comida o un descanso, admitía que la situación del régimen no daba para más, y que sólo un gobierno de transición —que él se consideraba capacitado para ejercer— podía salvar la situación. Su proyecto era en definitiva el proyecto del GAN que luego impulsaría Lanusse: la integración pacífica del peronismo a los designios de las clases dominantes.

## ÉVA PERÓN

»Es posible que las fechas se me confundan, porque los que llevábamos el juicio adelante fuimos tres: Fernando, el otro compañero y yo. Ramus iba y venía continuamente a Buenos Aires. De todas maneras creo que el tema de Evita surgió el segundo día del juicio, el 31 de mayo. Lo acusábamos, por supuesto, de haber robado el cadáver. Se paralizó. Por medio de morisquetas y gestos bruscos se negaba a hablar, exigiendo por señas que apagáramos el grabador. Al fin, Fernando lo apagó.

»“Sobre ese tema no puedo hablar”, dijo Aramburu, “por un problema de honor. Lo único que puedo asegurarles es que ella tiene cristiana sepultura”.

»Insistimos en saber qué había ocurrido con el cadáver. Dijo que no se acordaba. Después intentó negociar: él se comprometía a hacer aparecer el cadáver en el momento oportuno, bajo palabra de honor.

»Insistimos. Al fin, dijo: “Tendría que hacer memoria”.

»“Bueno, haga memoria”.

»Anocheía. Lo llevamos a otra habitación. Pidió papel y lápiz. Estuvo escribiendo antes de acostarse a dormir. A la mañana siguiente, cuando se despertó, pidió para ir al baño. Después encontramos allí unos papelitos rotos, escritos con letra temblorosa.

»Volvimos a la habitación del juicio. Lo interrogamos sin grabador. A los tirones nos contó la historia verdadera: el cadáver de Eva Perón estaba en un cementerio de Roma, con nombre falso, bajo custodia del Vaticano. La documentación vinculada con el robo del cadáver estaba en una caja de seguridad del Banco Central a nombre del coronel Cabanillas. Más que eso no podía decir, porque su honor se lo impedía.

## LA SENTENCIA

»Era ya la noche del 1.º. Le anunciamos que el Tribunal iba a deliberar. Desde ese momento no se le habló más.

»Lo atamos a la cama. Preguntó por qué. Le dijimos que no se preocupara. A la madrugada Fernando le comunicó la sentencia:

»—General, el Tribunal lo ha sentenciado a la pena de muerte. Va a ser ejecutado en media hora.

»Ensayó conmovernos. Habló de la sangre que nosotros, muchachos jóvenes, íbamos a derramar.

»Cuando pasó la media hora lo desamarramos, lo sentamos en la cama y le atamos las manos a la espalda.

»Pidió que le atáramos los cordones de los zapatos. Lo hicimos. Preguntó si se podía afeitar. Le dijimos que no había utensilios. Lo llevamos por el pasillo interno de la casa en dirección al sótano. Pidió un confesor. Le dijimos que no podíamos traer un confesor porque las rutas estaban controladas.

»“Si no pueden traer un confesor —dijo—, ¿cómo van a sacar mi cadáver?”.

»Avanzó dos o tres pasos más.

»“¿Qué va a pasar con mi familia?”, preguntó.

»Se le dijo que no había nada contra ella, que se le entregarían sus pertenencias.

»El sótano era tan viejo como la casa, tenía setenta años. Lo habíamos usado la primera vez en febrero del 69, para enterrar los fusiles expropiados en el Tiro Federal de Córdoba. La escalera se bamboleaba. Tuve que adelantarme para ayudar su descenso.

»“Ah, me van a matar en el sótano”, dijo.

»Bajamos. Le pusimos un pañuelo en la boca y lo colocamos contra la pared. El sótano era muy chico y la ejecución debía ser a pistola.

»Fernando tomó sobre sí la tarea de ejecutarlo. Para él, el jefe debe asumir siempre la mayor responsabilidad. A mí me mandó arriba a golpear sobre una morsa con una llave, para disimular el ruido de los tiros.

»—General —dijo Fernando—, vamos a proceder.

»—Proceda —dijo Aramburu.

»Fernando disparó la pistola 9 milímetros al pecho. Después hubo dos tiros de gracia con la misma arma y uno con una 45. Fernando lo tapó con una manta. Nadie se animó a destaparlo mientras cavábamos el pozo en que íbamos a enterrarlo.

»Después encontramos en el bolsillo de su saco lo que había estado escribiendo la noche del 31. Empezaba con un relato de su secuestro y

terminaba con una exposición de su proyecto político. Describía a sus secuestradores como jóvenes peronistas bien intencionados pero equivocados. Eso confirmaba a su juicio que si el país no tenía una salida institucional, el peronismo en pleno se volcaría a la lucha armada. La salida de Aramburu era una réplica exacta del GAN de Lanusse. Este manuscrito y el otro en que Aramburu negaba haber difamado a Valle fueron capturados por la policía en el allanamiento a una quinta en González Catán. El gobierno de Lanusse no los dio a publicidad».

Cuando leyó la noticia en el diario de la tarde, Graciela Daleo se dijo que, en un punto, era justicia, y se sintió más peronista que nunca. No sabía quién podía haberlo hecho, y se lo preguntaba. Ni de lejos se imaginó que hubiesen sido sus compañeros de la misión a Tartagal, pero pensó que algo importante había pasado, y se sintió muy afuera.

El general Aramburu y el almirante Rojas siempre habían concitado el odio de los peronistas: como presidente y vicepresidente de la Nación entre diciembre de 1955 y abril de 1958, representaron la línea dura de la revolución Libertadora y fueron los responsables de los fusilamientos de junio de 1956 y de la desaparición del cuerpo de Eva Perón. Graciela recordó que, en tiempos del Camilo Torres, uno de sus compañeros contó que desde su ventana veía al «Hormiga Negra» Rojas haciendo gimnasia en camiseta, en su propia casa, y que algunos llegaron a pensar si tendrían manera de atacarlo. Pero terminaron mandándole una foto de la escena, como para decirle que lo tenían vigilado y ponerlo nervioso. Y, ahora, un grupo desconocido había matado al general.

En Buenos Aires no se hablaba de otra cosa, y circulaban las versiones más diversas. Cuando lo secuestraron, en los círculos políticos se decía que el gobierno tenía que ver en el secuestro, y que ese grupo desconocido que se hacía llamar Montoneros estaba dirigido por los Servicios de Informaciones del Estado: Aramburu estaba conspirando para derrocar al general Onganía y reemplazarlo por un gobierno más liberal que pudiera pactar con el peronismo colaboracionista, para aminorar el descontento social y mejorar la gobernabilidad del país. El rumor suponía que, entonces, los servicios podían haberlo secuestrado para desbaratar su conjura. Cuando Aramburu fue ejecutado, el rumor perdió bastante fuerza.



**Junio de 1970.** La voz era la misma que, una semana antes, había leído el decreto que ponía en vigencia la pena de muerte. Eran las tres y media de la tarde del lunes 8, cuando el locutor Juan Montesana irrumpió en todas las radios argentinas para leer el comunicado N.º 1 de la Junta de Comandantes en Jefe, que anunciaba la decisión de «reasumir el poder político de la República» y «deponer de su cargo al teniente general Juan Carlos Onganía». La Revolución Argentina cerraba su primera etapa.

Las maniobras habían empezado meses antes. En abril, el ex presidente Arturo Frondizi había difundido un documento que decía que «en estos cuatro años no se ha hecho la Revolución sino que el gobierno se ha entregado a la Contrarrevolución», y se proponía, tácitamente, para encabezar «la profundización de la Revolución Argentina». En el ejército, el comandante en jefe, Alejandro Agustín Lanusse, encabezaba un sector llamado liberal, que se espantaba ante el tinte corporativista del gobierno de Onganía. Cuando se hablaba del golpe liberal se suponía que llevaría como presidente de la Nación al general Aramburu.

El 27 de mayo, Juan Carlos Onganía reunió en Olivos a los generales en actividad y les informó acerca de su plan político, que suponía un plazo de diez a veinte años para cumplir sus objetivos. «La exposición del presidente fue, lisa y llanamente, una catástrofe nacional», escribió, años más tarde, Lanusse. «Con la Nación a punto de estallar, el Jefe del Estado, calmosamente, se dedicó a dibujar pirámides jerárquicas que indicarían nuevas ideas para lograr estructuras participacionistas. La filosofía era de un corporativismo puro...». Onganía insistió en que no tenía que dejarse llevar por las presiones para cumplir su cometido: era una recomendación que, dijo, le había hecho Francisco Franco.

El 29 de mayo, día del secuestro de Aramburu, hubo grandes movilizaciones estudiantiles en Córdoba y Rosario, que conmemoraban las del año anterior y dejaron mil quinientos detenidos. Durante la semana siguiente, las grandes fábricas cordobesas estuvieron ocupadas y hubo paros en casi todos los gremios. La situación ya no toleraba más esperas.

El 8 de junio, cuando la Junta de Comandantes reasumió el poder, dijo que nombraría al nuevo presidente en un plazo de diez días. La elección era confusa: Aramburu ya no estaba y Lanusse no quería arriesgarse en la primera fila. La revista *Confirmado* del 10 de junio dio una lista de siete candidatos — dos ex ministros, dos embajadores, dos generales retirados y un juez— y no acertó con ninguno. Para sorpresa de casi todos, el designado fue un general reciente que estaba en Washington representando a la Argentina ante la Junta

Interamericana de Defensa: Roberto Marcelo Levingston. El general había sido jefe del Servicio de Informaciones del Ejército y se suponía que sería un ejecutor dócil de las decisiones de la Junta.

El nuevo gobierno pretendía encontrar formas de canalizar la participación política, manteniéndola bajo control militar. «¿Cómo no van a ser violentos los muchachos si no se les deja ningún camino para intentar cambiar las cosas?», se comentaba el lunes en los medios que decidían la situación», escribía *Confirmado*. La idea era, sobre todo, seducir a los sectores peronistas «razonables» para que se unieran al establishment y permitieran cierta institucionalización del proceso. Los sindicalistas colaboracionistas y el sector político liderado por el delegado personal de Perón, Jorge Paladino, estaban de acuerdo. Pero en los primeros días del gobierno de Levingston se devaluó la moneda, se ratificó la congelación de los salarios y se confirmó la dependencia del Fondo Monetario Internacional para el manejo de la situación social y financiera.

—¿O sea que no se considera la posibilidad de que sea una acción de los servicios, como se dice por ahí?

—No, de ninguna manera, los Montoneros son combatientes peronistas, son un grupo que viene del nacionalismo católico y evolucionan hacia posturas más revolucionarias.

—¿Combatientes socialistas?

—La ejecución de Aramburu se asemeja al modelo de operativo anarquista, históricamente anarquista. Digo, en la medida en que los montoneros no piensan en la correlación de fuerzas, en su propia envergadura como organización revolucionaria. Piensan un acontecimiento extremo, un atentado conmocionante, algo que haga saltar todas las referencias del momento. Buscan un cadáver altamente significativo de las fuerzas enemigas. Algo que catapulte a la historia a otra circunstancia. El cadáver de Aramburu abre una brecha nueva, y sobre esa brecha empieza ahora a pasar la historia. Sobre ese muerto se reconfiguran las cosas, más allá de las consecuencias directas e inmediatas sobre la propia organización. Es el viejo y clásico modelo anarquista de principios de siglo, cuando se dedicaban a matar reyes.

Daniel Hopen trataba de explicar, en la reunión de FATRAC, cuál era la postura del PRT frente al hecho que había conmovido al país. Daniel Hopen tenía los hombros caídos, las manos cuidadas y solía usar una chaqueta de cuero negro y un pulóver negro de cuello volcado. Le gustaban las buenas pastas y a los treinta ya no podía disimular la panza. Solía contar que había

empezado a modular su voz gruesa y potente a los trece, cuando vendía pirulines en la puerta del Zoológico. Era una manera de impactar, porque a primera vista Daniel no daba la impresión de haberse hecho en la calle. Cualquiera podía pensar que la barba candado era de jugador de rugby y no de un trotskista de toda la vida, militante de Palabra Obrera desde el año sesenta, cuando los trotskistas ensayaban la táctica del entrismo en movimientos nacionales o partidos socialistas en distintos países y, en la Argentina, intentaban alinearse al lado del peronismo sin perder su identidad marxista. Pero Daniel no siguió el camino clásico de ir a trabajar a las fábricas. Se recibió de sociólogo y trabajaba en marketing. Era un intelectual y su fuerte era, sin duda, la oratoria.

—Yo vivía en una pensión en Monserrat y cuando había sesión en Diputados me iba al gallinero. Para mi primera asamblea en la facultad, practiqué frente al espejo. En el Congreso había aprendido algo fundamental: en algún momento hay que hacer silencio. Y la primera vez me salió bien.

En realidad, ese sábado tenían que reunirse para el seminario sobre Althusser que estaban llevando adelante desde principios de año: era interesante, algunos cuadros importantes del partido iban a las reuniones y a Nicolás lo confortaba que una organización revolucionaria llena de necesidades y prioridades pudiera dedicar todo ese tiempo a esas discusiones. Y que esos compañeros, que nunca decían sus nombres ni ningún otro dato pero parecían bien de la pesada, tuvieran semejante nivel teórico. Pero ese sábado el tema del día se imponía a cualquier otra cosa:

—El problema es que, aparentemente, es una acción desproporcionada a las posibilidades reales de esa organización en particular, y de la guerrilla en la Argentina en general.

—¿Cómo desproporcionada? ¿No se supone que un grupo guerrillero tiene que tratar de pegar con todo lo que pueda?

—No, Fito, es importante ir graduando las operaciones para no caer en el descontrol. Lo que hicieron los Montoneros es una típica actuación anarquista: como aquel que pone la bomba y abre un boquete, un conducto para la acción, pero después no está en condiciones de llevar adelante ninguna acción en ese espacio que se ha abierto.

—O sea que se jugaron demasiado...

—Bueno, lo que se evalúa es que se les va a venir encima una contraofensiva terrible, y no está claro que tengan la capacidad necesaria para hacerle frente, la infraestructura, los lugares para el repliegue táctico. Lo que hicieron fue muy anarco.

—¿Y qué habría que hacer?

—Mirá, el partido cree que, por el momento, lo importante no es dar golpes espectaculares que no se puedan sostener después, sino hacer muchas acciones pequeñas que nos acerquen al pueblo, como las acciones de propaganda armada, expropiar un camión de leche y repartirlo en una villa, o apoyar a una fábrica en conflicto, ese tipo de cosas. Que la gente no nos vea como a los héroes lejanos, sino al contrario, mostrarles que estamos cerca, que formamos parte de ellos mismos.

Días después, Nicolás fue a comer a casa de su madre que, como todo el mundo, comentaba la muerte de Aramburu. Mecha estaba un poco asustada con lo que estaba pasando, pero se acordaba de esos días de la Revolución Libertadora, en que ella había escondido el busto de Evita:

—Quizás esté mal lo que te digo, yo no entiendo nada de eso, pero ese Aramburu fue un verdadero hijo de puta.

Nicolás no estaba acostumbrado a oír esas palabras en boca de su madre.

## Cuatro

La nota había salido en la revista *Extra* de mayo, a principios de mes, y no había llamado mucho la atención hasta que, el 29, fue el secuestro. La nota era una más en una serie: en cada número, *Extra* publicaba una especie de «juicio», con acusaciones y defensas, a un personaje argentino: ese mes, le había tocado al general Aramburu. Resultó que, cuando aparecieron los primeros comunicados de los Montoneros, sus argumentos eran parecidos a los que había usado el fiscal en el artículo. El fiscal era un periodista conocido de la derecha: Horacio Calderón. No había sido siquiera casualidad: fue, más bien, cierta lógica común en la lectura de la historia.

En la redacción de la revista, algunos comentaron el asunto y Miguel Bonasso no le dio mucha importancia. Poco después Bernardo Neustadt, el dueño y director, censuró una nota que había escrito el Mufa sobre el sindicalista Cacho Otero. Miguel, como jefe de redacción, la había aprobado: se cabreó y presentó su renuncia. Cuando se enteró, Dardo Cabo le dijo de todo:

—Vos no podés tirar la renuncia así. Es un gesto pequeñoburgués, dejate de joder. Acá hay una conducta gremial que hay que seguir. ¿Cómo le vas a presentar la renuncia? ¿Le vas a regalar la indemnización? Estás loco. Si hay una contradicción política él te tiene que rajar y tienen obligación de pagarte.

Después le dijo que le mostrara la renuncia, y descubrió que Miguel se había olvidado de firmarla:

—No la firmaste. Esta renuncia no existe. Yo voy a ir y le voy a decir a este cabrón que vos no renunciaste.

Miguel prefirió ir por sí mismo a decirle a Neustadt que si tenía algún problema, que lo echara. La entrevista fue más que tensa:

—No te voy a hacer más el juego. Me tomaste por boludo, pero ya está. Me has estado presionando, me tratás de irritar para rajarme sin pagarme, y yo casi caigo en tu juego. Pero no. No renuncio un carajo; si querés echame.

—¡Ah, te ponés en esa posición! Si querés anda y pegale una patada a la caja fuerte.

—No es a la caja fuerte a la que le voy a pegar una patada.

La situación quedó en suspenso, pero a los pocos días, a principios de junio, Neustadt decidió echar al Mufa. Y el jefe de personal fue a ver a Miguel para pedirle que convenciera al despedido de no pedir su indemnización. Miguel se negó, indignado, y le cayó una suspensión. Habló con un abogado, Roberto Sinigaglia, que también había militado con Cooke, y los tres se fueron al ministerio de Trabajo a denunciar la medida. La pulseada quedó en suspenso, hasta que el Mufa tuvo una idea:

—Escuchenmé. Yo tengo una copia de la agenda de Neustadt, tengo los teléfonos de todos sus amigos y contactos. Los podemos llamar y les decimos que Neustadt se murió y que lo están velando en la revista.

Miguel y Dardo le dijeron que por qué no: el Mufa puso manos a la obra. Primero llamó desde un par de teléfonos públicos a la redacción, les trabó la horquilla y la redacción quedó incomunicada: sus dos teléfonos daban ocupado todo el tiempo. Recién entonces empezó a llamar con la triste noticia a los amigos del dueño, desde Pinky hasta el general Laprida, pasando por el líder de Luz y Fuerza, Juan José Taccone, y lo más granado de los empresarios locales. Que, al cabo de un rato, empezaron a desfilar, con cara de circunstancias, por la redacción de *Extra*, en la calle Defensa. Cuando entraban se quedaban demudados: el muerto en persona los recibía con una sonrisa. Neustadt trataba de mostrarse por encima de todo, les convidaba sandwichitos y se hacía el vivo:

—Bueno, finalmente no todo el mundo tiene el privilegio de asistir a su propio velorio.

Pero estaba lívido, muerto de susto y odio, y hacia el mediodía, cuando llegó un equipo fúnebre de Perissé-Laffue con el cajón, los portacoronas y los cirios, los sacó a los gritos. La redacción estaba llena de caras conocidas y coronas imponentes. Neustadt juró que eso no iba a quedar así.

Al otro día, Miguel estaba durmiendo la siesta en su casa cuando llegó su madre, desesperada, con el rimmel corrido y a los gritos:

—¡Miguel, Miguel! ¡Te vinieron a buscar, hijo, te van a matar!

Un rato antes, varios policías de civil habían aparecido en su casa, en Aráoz y Beruti, preguntando por Miguel Bonasso.

—¡Estaban armados, Miguel, y todo el tiempo decían que si te agarraban te mataban!

Miguel se levantó de un salto y salió corriendo para el estudio de Sinigaglia. Dardo y el Mufa ya estaban ahí. Al Mufa también habían ido a buscarlo a una casa donde ya no vivía: tampoco lo encontraron. No tardaron nada en darse cuenta de que Neustadt debía tener algo que ver: en los dos

casos, los policías habían ido a las direcciones que figuraban en sus legajos de la revista. Esa noche, los tres durmieron en casas ajenas.

El Mufa conocía a un comisario Ricardo Vitali, segundo jefe del Estado Mayor de la policía, un tipo correcto, que se decía partidario de una policía aséptica y democrática. Al otro día los cuatro fueron a verlo y le contaron lo que había pasado. Vitali hizo un par de averiguaciones:

—Bueno, parece que los está buscando el comisario Salas. Cuidensé, muchachos, ése es una bestia.

El comisario Salas tenía fama de pesado y lo habían puesto a dirigir las investigaciones sobre el secuestro de Aramburu. Vitali hizo un llamado:

—Sí, te van a ir a ver. Sí, ellos. No, es un invento, ellos te van a explicar. Dales bola, que son periodistas importantes.

El comisario Salas les dio una cita para el día siguiente. Antes, mientras estaba en la oficina de Vitali, los policías habían ido a buscar a Miguel a su propia casa, en Melo y Pueyrredón. Estaba la mucama con la hija menor de los Bonasso, de dos años. La nena se pegó un susto horrible y, unos días más tarde, hizo unas convulsiones febriles graves.

—Mire, comisario, acá hay un problema laboral, y yo creo que el señor Neustadt está utilizando a la Policía Federal como instrumento para dirimirlo de mala manera.

—¿Cómo?

Miguel le mostró los papeles del Ministerio de Trabajo donde constaba el despido del Mufa y su suspensión. El comisario Salas los había recibido muy distante, pero ahí se le torció la cara del enojo.

—A mí me parece que los están usando a ustedes para dirimir esa cuestión. Yo voy a tener que denunciar que el señor Neustadt los está usando a ustedes para arreglar sus cuestiones personales.

El comisario parecía fuera de sí. Trató de controlarse:

—Putá que lo parió. Usted sabe, yo muchas veces en mi casa, mi mujer va y prende la televisión y yo le digo ya estás viendo a ese ruso hijo de puta.

—El tema es que yo le voy a abrir una querrela criminal.

El comisario trató de explicarle lo que había pasado:

—Acá este señor hizo su exposición por cuerda separada. No hizo una denuncia formal, porque dice que lo amenazaron de muerte. Y explicó que podía ser gente con la que tenía problemas, y los mencionó a ustedes. Y además asoció esto con el caso Aramburu, y que estaban metiéndole de contrabando cosas en la revista, y mencionó lo del juicio. Ahí dijo que habría que investigar qué tenían que ver ustedes con el asunto.

—Lo del juicio no tiene nada que ver. Es una cosa pública, fíjese quien es el fiscal, un tipo de derecha, Horacio Calderón. ¿Qué tiene que ver con esto? Comisario, si usted me deja ver el número de expediente...

—Sí, sí, pase.

Con esos datos, Sinigaglia pudo empezar un juicio que recién terminaría, con la condena de Bernardo Neustadt, en abril de 1973.

**Julio de 1970.** Después de vender, con *Abbey Road*, el récord histórico de cinco millones de discos, los Beatles decidieron separarse. John Lennon y su esposa Yoko Ono planeaban grabar un disco y, para sorpresa del mundo, la banda de Liverpool no volvió a tocar nunca más. Inglaterra perdía su último estandarte.

Y el imperio terminaba de desmembrarse. En esos días otra colonia británica, Rhodesia del Sur, proclamó su independencia. Tras cinco años de luchas, la administración colonial y la Unión del Pueblo Africano de Zimbabwe acordaron una transición pacífica que concluyó en una constitución que no establecía diferencias de color entre sus habitantes. Rhodesia también cambió de nombre: el viejo celebraba al colono Cecil Rhodes —el dueño de las cuencas de diamantes más ricas del planeta—; el nuevo festejaba a Zimba —el león—. Zimbabwe era ahora tierra de leones. Sus vecinos, los boers sudafricanos, seguían con el régimen racista del apartheid y se preocuparon por los cambios en su frontera occidental: la Unión del Pueblo Africano de Zimbabwe era aliada del Congreso Nacional Africano de Nelson Mandela. Muchos militantes del CNA empezaban a asentarse en Zimbabwe para combatir al régimen sudafricano que, cada vez más aislado de la comunidad internacional, aumentaba su poderío militar y ensayaba fórmulas de bombas atómicas.

En Chile empezaba el último tramo de la campaña electoral. A fines de enero, una coalición de partidos había proclamado al socialista Salvador Allende como aspirante a la presidencia para las elecciones de septiembre. Para dejarle el camino libre, Pablo Neruda, el candidato comunista, retiró su postulación. Allende ya se había presentado —y perdido— en tres elecciones anteriores.

En Uruguay, ante la escalada tupamara, el gobierno establecía el estado de sitio. En Guatemala también: la guerrilla había secuestrado al conde Karl von Spreiti, embajador de Alemania, y como el gobierno se negó a dialogar, lo mataron. Alemania Federal retiró su delegación diplomática de Guatemala y expulsó al embajador guatemalteco de su territorio. En Bolivia, el general



presidente Ovando Candía, que había dado un golpe de Estado poco tiempo antes, denunciaba un complot ultraderechista auspiciado por la CIA y las empresas petroleras norteamericanas; así logró el apoyo del viejo líder sindical Juan Lechín, que convocaba al pueblo a movilizarse contra el golpismo.

La guerra en el sudeste asiático seguía adelante. En la noche del 1.º de mayo el ejército norteamericano bombardeó por primera vez el norte de Camboya y cerca de 40.000 marines ocuparon el país. Al día siguiente Richard Nixon, en un mensaje televisado, dijo que se trataba de una operación limitada, destinada «a proteger la vida de los soldados norteamericanos y sus aliados». Era una escalada más en la guerra del sudeste asiático que ya llevaba cinco años de guerra abierta. A mediados de mes, Nixon tomó otra decisión sin precedentes en la historia militar norteamericana: promovió a dos mujeres al rango de general.

En Egipto, mientras el presidente egipcio Nasser ponía en funcionamiento la última turbina de la represa de Asuan, financiada por los soviéticos, el 8 de abril la aviación israelí bombardeaba una escuela rural. El ataque produjo cuarenta muertos y el gobierno de Israel emitió un comunicado expresando su dolor, aclarando que se trató «de un error». Meses después, Gamal Abdel Nasser moría de un infarto a los cincuenta y dos años. Nasser era una figura importante del mundo árabe, y uno de los fundadores de la Tercera Posición.

—Sí, acá el que se dedica a eso es Torazzo, el de la ferretería.

—Ah, qué bien. ¿Y tiene una ferretería? ¿Dónde queda?

—Acá nomás, en la calle Las Heras, a la vuelta. Mire, si sale y sigue por ésta dos cuadras la tiene que encontrar.

—¿Y es el único? No me diga que en un pueblo moderno como este no hay más.

—No hay, no. Que yo sepa no hay más.

Carlos Goldenberg llevaba un saco de tweed a cuadritos, camisa y corbata, y tenía en la mano un maletín tipo visitador médico. Hacía un rato que, mientras se comía un sandwich, estaba charlando con el dueño del bar. Hablaban de pavadas, y cuando Carlos dijo que él era radioaficionado el hombre le comentó que en el pueblo había uno. Carlos pensó que ese dato sí que podía ser importante. Pagó, saludó, salió a la calle y fue para la ferretería. Le pareció mejor no entrar pero se fijó bien la dirección: sabía que no tenía que anotarla, pero se la iba a acordar. Carlos, por supuesto, no era radioaficionado, pero la Petisa le había dicho, entre otras cosas, que tratara de

averiguar si en Garín había alguno. Aunque no sabía para qué era todo eso, se sentía como un espía en territorio enemigo. Sabía que tenía que moverse con toda la cautela posible y que, además, le convenía: lo que se estaba preparando no era joda. Ya era mediodía, y en Garín casi todos estaban en sus casas, comiendo, descansando.

Garín era una localidad de varios miles de habitantes a unos cuarenta kilómetros de la capital por la Panamericana. Ya era la tercera vez, en pocos días, que Carlos iba a averiguar distintos datos; la Petisa Sabelli los había mandado, a él y a Sergio Berlín, con instrucciones precisas en cada caso: que se enteraran de los horarios de los trenes, que trataran de saber a qué hora llegaba el camión de la nafta, que vieran cuándo venía la camioneta del Correo, que averiguaran si había algún radioaficionado; y, además, que recordaran cualquier otra cosa que pudiera ser útil.

—¿Útil para qué?

—Todo lo que tenga que ver con el movimiento del lugar, Andrés. Cualquier cosa que te parezca.

Carlos ya había aprendido a no preguntar, pero se hacía todo tipo de películas. Lo que estaba haciendo ya no era un juego: se había metido en algo muy serio, y tenía una rara mezcla de susto, vértigo y satisfacción. No sabía muy bien cómo había llegado hasta ahí, pero ahora ya estaba y ni se le ocurría que pudiera no estar. Era su lugar. Dos días después, en el bar de Las Heras y Azcuénaga, le pasó la información a la Petisa y le preguntó qué más tenía que hacer.

—Por ahora está bien. El viernes nos vemos y seguramente va a haber alguna otra cosa.

Esa noche, la Petisa se reunió con Carlos Olmedo, Juan Pablo Maestre, Roberto Quieto y dos más en un departamento de Caballito. Carlos Olmedo hacía una síntesis:

—Me parece que ya tenemos una cantidad de información que nos permite empezar a planificar la operación. En principio, lo que está claro es que si queremos llevarla adelante vamos a tener que comprometer a la mayoría de la organización. Eso habría que evaluarlo con cuidado.

La discusión fue ardua. La dirección de las Fuerzas Armadas Revolucionarias había decidido darse a conocer con una operación de primer orden, pero la idea de tomar un pueblo tan cerca de la Capital era casi un exceso. El año anterior, los Tupamaros, que eran como un modelo de eficacia operativa, habían fallado en su intento de tomar la ciudad de Pando. En

realidad, les había ido bien hasta el momento de escapar: el gran problema era garantizar la retirada.

Al cabo de un rato estaban de acuerdo en apostar fuerte y comprometer la mitad de los militantes en el operativo. Y Carlos Olmedo tenía una idea para minimizar los riesgos:

—El pueblo está claramente dividido en dos por las vías del tren. Entonces lo que tenemos que hacer es dividir nosotros también la operación en dos. Que actúen dos grupos independientes, de forma tal que si uno de los dos tiene problemas, el otro no quede comprometido. Incluso estoy pensando que se podría repetir ese esquema con cada comando, y armar un sistema de comandos casi autónomos, tipo estanco. Entonces si alguno de los grupos es interceptado, o lo que sea, los demás pueden retirarse sin problemas.

Lo discutieron. Quieto decía que no estaba seguro, que si había compañeros en peligro retirarse y abandonarlos podía ser una falta de solidaridad grave, que no sabía si podrían hacerlo. Maestre estaba de acuerdo con Olmedo y le contestaba que no era una cuestión de solidaridad, que la solidaridad consistía en preservar la mayor cantidad posible de compañeros para seguir la lucha, y que todos sabían que se estaban jugando la vida pero habían aceptado hacerlo y que lo importante era que la lucha continuara. Después de un rato se pusieron de acuerdo, y empezaron a planificar la toma de Garín.

—José, vos y alguien más tienen que estar en algún lugar cercano pero fuera del teatro de operaciones.

Dijo Quieto. Que era básico que hubiera un comando centralizado que no estuviera expuesto al fuego enemigo. Olmedo intentó discutirlo:

—No, yo debería estar en el primer grupo que entre para poder evaluar la situación y dar la orden de lanzar la operación. El jefe tiene que estar siempre con los compañeros.

—No, José. Vos tenés que estar afuera. Con los walkie-talkies te tenemos al tanto de todo y vos vas dando las órdenes, pero es fundamental que la conducción de la cosa tenga una visión general, desde afuera.

Era lógico, y Olmedo terminó por aceptar. La planificación siguió. Tres horas después, casi todos los detalles estaban ajustados. Lo más importante era que nada se atrasara: al principio contaban con el factor sorpresa, pero a medida que fueran pasando los minutos aumentaban los riesgos de que cayera la policía. Todo —la toma de la comisaría, el banco, el correo— tenía que hacerse en los tiempos previstos: no más de quince minutos en total. Quedaron en volver a verse tres días después, para revisar de nuevo cada

punto del plan: sentían que se estaban jugando el destino de su organización, y querían tomar todas las precauciones.

A fines de junio, Graciela Daleo se cansó de esperar. Hacía varios meses que no veía al Flaco, que estaba instalado en el obraje, y decidió que ya era hora. En el micro de Resistencia no quedaban asientos, pero ella viajó parada hasta el Chaco: el Flaco la fue a buscar a la estación y se fueron a pasar unos días al monte.

—Y si no la otra posibilidad es que yo me venga a vivir acá, al obraje. En la escuelita hay un maestro que me dijo que se quiere ir. Yo podría remplazado, ¿no?

—A mí me parece que en este momento sos más útil en Buenos Aires, trabajando con papá. Ahora tenemos que soportar el chaparrón, y después ya vas a ver cómo todo se arregla.

—Jorge, lo que yo hago en Buenos Aires lo puede hacer cualquiera. No quiero presionarte, pero así nos pasamos demasiado tiempo separados... No sé cómo decirte...

—¿Qué, flaca?

—No sé, si yo me viniera a vivir con vos acá, yo podría trabajar en la escuelita y estaríamos juntos y...

El Flaco se resistía de todas las maneras posibles. Al cabo de unos días, tenía que ir a Santiago del Estero a hacer unos trámites y la llevó a tomarse el tren de vuelta a Buenos Aires. En la ciudad leyeron, por primera vez en varios días, un diario, y se encontraron con una página que los impresionó: bajo un cartel de «Buscados», estaban las fotos de Carlos Ramus, Fernando Abal Medina, Mario Firmenich, Carlos Capuano Martínez, Norma Arrostito y el padre Alberto Carbone. El cartel los señalaba como autores del secuestro de Aramburu, y se ofrecían recompensas por cualquier información que ayudara a detenerlos.

—Pero entonces, los Montoneros...

—¿Será cierto? ¿Será verdad que son ellos?

Tardaron un rato en averiguar lo que había pasado. Una semana atrás, el 1.º de julio, a las siete de la mañana, los Montoneros habían tomado el pueblo de La Calera, a 17 kilómetros de la ciudad de Córdoba.

Hasta entonces, los montoneros cordobeses habían asaltado un par de bancos para juntar fondos, sin darse a conocer: la toma de La Calera, cerca del Regimiento de Infantería Aerotransportada, sería su presentación en sociedad. Graciela y el Flaco todavía no lo sabían, pero el grupo de asalto

estaba formado por unas veinticinco personas divididas en cuatro comandos —Eva Perón, Comandante Uturnco, General José de San Martín y 29 de mayo—, bajo el mando de Emilio Maza. La ocupación se inspiraba en la toma tupamara de la ciudad de Pando, un año antes, y fue un éxito. Los montoneros tomaron la central telefónica, la comisaría, la intendencia y el banco, y se llevaron documentos, armas y 26.000 dólares. En la central telefónica, tras cortar las comunicaciones, los asaltantes dejaron una poderosa bomba que mantuvo a raya a quienes trataron de desarmarla: después, cuando la abrieron, resultó ser un ladrillo envuelto en papel. En la comisaría, otros obligaron a los policías a cantar la marcha peronista. Mientras tanto, dos militantes pintaban «Montoneros» y «Perón o Muerte» en las paredes del centro: uno de ellos era un albañil que, en las reuniones previas, se negaba a hacerlo. Al final confesó que no estaba seguro de saber escribir: lo hicieron practicar hasta que pudo.

Los montoneros se fueron de La Calera en un convoy de coches encabezados por un falso patrullero que les iba abriendo camino con las sirenas a todo vapor. Por detrás iban tirando miguelitos para impedir que los siguieran. Pero cuando la columna se dispersó, en las afueras de Córdoba, uno de los autos se descompuso y la policía pudo herir y detener a Luis Losada y José Fierro. Se suponía que ellos dieron la información que llevó a la policía a una casa del barrio Los Naranjos, donde se escondían los jefes del operativo: allí, la policía rodeó la manzana y atacó. En el tiroteo fue herido Ignacio Vélez, y Emilio Maza cayó muerto.

—No puede ser. El gordo Emilio, no puede ser.

—No lo puedo creer, Dios mío.

En Córdoba habían detenido a otros diez o doce militantes. Y el entierro de Emilio Maza había sido un acto inesperadamente populoso: más de tres mil personas acompañaron el cuerpo al cementerio. Pero en la casa de Vélez la policía había encontrado armas, documentos, una lista de contactos y, sobre todo, una autorización para manejar un renault 4, otorgada por Norma Arrostito a favor de Emilio Maza. Según las pericias, el documento había sido escrito con la misma Olivetti que tipeó los comunicados del secuestro de Aramburu.

El domingo, la Federal allanó la casa de los padres de Arrostito en Buenos Aires. Al día siguiente, lunes 6 de julio, detuvo a Carlos Maguid, el marido de Nélide Arrostito, en el canal 11 de Buenos Aires, donde trabajaba de redactor y, poco después, a su mujer, hermana de Norma, en el jardín de infantes Arco Iris: a partir de ahí consiguieron identificar a los demás, detener en la Casa del Clero al cura Carbone y publicar los pedidos de captura.

Graciela estaba destrozada. Dolida por la muerte de Maza, a quien conocía de la época del Camilo: era un gordo buenazo, muy afectuoso, que se había hecho querer. Llena de culpa, porque sus viejos compañeros estaban perseguidos y ella ahí, tan afuera de todo. Y asustada por su seguridad y la del Flaco.

—Graciela, no podés volverte así. La cana puede relacionarnos con todos ellos. Mirá si te están esperando en Buenos Aires.

Desde Santiago del Estero, llamaron a una tía de Jorge que también trabajaba en la empresa familiar y le preguntaron si había habido alguna novedad. Temían que la policía hubiese ido a buscar al Flaco, porque su relación con Abal, Ramus y Firmenich había sido pública y notoria en la época de la Juventud Estudiantil Católica. La tía no entendió mucho, pero les dijo que no había pasado nada, y los tranquilizó. Fueron a la estación, a ver si alcanzaban el tren de la noche.

—Flaco, te tengo que pedir algo.

—Sí, qué es.

—Si los compañeros no tienen dónde refugiarse y te piden que los guardes por un tiempo en el monte, vos vas a aceptar, ¿no?

—Sí, no te preocupes. Sí, por supuesto.

El tren salió puntual. Graciela iba triste y asustada, llena de preguntas. Al día siguiente, cuando llegó a su casa, no encontró una foto que tenía pegada en la pared encima de la cama: era una instantánea tomada en la misión, donde estaban todos. Seguramente su madre la había sacado y roto en mil pedazos.

—Graciela, son éstos, ¿no?

—Sí, mamá.

—Pensar que ése estuvo acá tantas veces. Nos puso en peligro, Graciela, es un irresponsable.

—Mamá...

**Julio de 1970.** Las revistas y diarios porteños publicaban en estos días un aviso de Austral-Ala, la compañía aérea de cabotaje que se disputaba las rutas internas con Aerolíneas Argentinas. La fotografía mostraba a un hombre joven y atildado con un traje que podríamos llamar inglés, oscuro y con chaleco alto, y un bombín. El slogan, en letras grandes, decía: «Con la izquierda, no». Más abajo, el texto abundaba en esa idea: «No es de buen gusto. Ni educado. Las cosas como deben ser. Derechas. El vaso envuelto en servilletas de papel. La cara maquillada. El pelo bien peinado. La bebida antes

que los canapés. Saber que tres soles es un Coronel y que a un Obispo inglés se le dice “My Lord”. Detalles, ¿me dirán? Eso es estilo. Educación. Clase. Así son las auxiliares de Austral-Ala. Señoritas que saben lo que hacen, porque han sido entrenadas para hacer de su vuelo una cosa perfecta. Con la izquierda sostendrán la bandeja. Eso es tolerable. Pero le atenderán con la derecha. Por eso, si alguna vez le sirven con la izquierda, avísenos. Se nos filtró una zurda».

—El cambio de nombre ya te muestra todo; dejemos el sermoneo de lado. Parecemos radicales.

—Pero *En Lucha* no indica nada programático, Sergio.

—¿Te parece que luchar contra la dictadura no es un programa? ¿Qué es, un carnaval?

En abril de 1970 habían pasado suficientes cosas para que Sergio Karakachoff quisiera bautizar al Movimiento de Afirmación Popular como Movimiento Radical en Lucha. Y junto con eso lanzarían el periódico, que por supuesto se llamaría *En Lucha*, «órgano de la militancia radical».

—No es un manijazo; es así, punto. Y que no vengan con eso de que «órgano» lo llaman los bolches, porque eso es una boludez. Yo no fui a Moscú a aprender cómo hacer política. Acá hay que sumar a todos los sectores y con una revista vas al sindicato, a una comisión de fomento; donde quieras, vas y te metés.

Los muchachos de Franja que escuchaban y querían sumarse a *En Lucha* tenían escuela para discutir. Y el Ruso era caudillo: sumaba, empujaba. Además, aunque todo era a pulmón, Palacios, Pinto, Menucci, Cabirón, Fredi Storani eran buenos cuadros. El primer número de *En Lucha* tenía que estar listo para el 1.º de mayo, como correspondía. Así que llevaron al estudio un mimeógrafo y juntaron la plata para el papel y la tinta.

—Pero eso sí, tenemos que dar la cara por lo que decimos.

Abajo del título de tapa decía «correspondencia» y figuraba la dirección del estudio de Sergio. Antes que estudio y comité, ésa era la casa de la abuela y de su hermano Gustavo, que la veía venir negra:

—Dale Sergio, al lado de correspondencia a 1 y 60 pone: «Bombas a 1 y 60». ¡Nos van a hacer saltar a la mierda!

El primer ejemplar tenía un editorial de coyuntura, una nota sindical, una crónica de un congreso de la UCR llevado a cabo «en la más rigurosa clandestinidad» —aunque aclaraba que fue en la localidad cordobesa de Villa del Dique entre el 27 y 29 de marzo— y un artículo titulado «La época del

Gran Camelo». También había una nota de polémica contra Arturo Frondizi: «El camino de la verdadera revolución», donde *En Lucha* mostraba su postura:

«En la actualidad, es imposible lograr un desarrollo nacional independiente dentro del marco de la economía mundial capitalista. (...) En consecuencia, la única salida es la ruptura franca con la dependencia imperialista en el plano económico, político y cultural. Y eso sólo es posible iniciando un cambio radical en el sistema de producción vigente. (...) Solamente una transformación de este tipo tiene derecho a llamarse revolución nacional. Porque la revolución será antioligárquica y antiimperialista o no será nada. (...) Y si las cosas se dan así en la República, nuestra posición de radicales no puede ser dudosa: estamos y estaremos con la auténtica revolución popular, al lado del pueblo y hasta la victoria final».

Sergio cargaba *En Lucha* en el Citroën y los iba repartiendo por todos lados. Un día, mientras desempacaba en Quilmes, Ricardo Cornaglia lo esperaba con una novedad:

—Me vino a ver Athos Fava. Me habló de los frentes populares en la Europa antifascista, qué se yo. Éstos ya están pensando en una salida electoral...

—Ah, a mí me mandó llamar Rubens Iscaro. Es lo del encuentro ese de los argentinos, ¿no?

Iscaro y Fava eran del comité central del PC y estaban convocando gente, fundamentalmente radicales y peronistas, con la idea de lanzar el Encuentro Nacional de los Argentinos (ENA) para una fecha bien patria, el 20 de junio. Sergio fue a la reunión con Iscaro en unas oficinas de la Diagonal Norte.

—Compañero Karakachoff, qué alegría...

En la oficina no había emblema ni identificaciones partidarias; cada tanto, Iscaro hacía las referencias de rigor al trabajo que estaban haciendo los «camaradas» para lograr un frente único antidictatorial:

—Pretendemos salir con estos ocho puntos, nada más.

Sergio los leyó. Eran los mismos que levantaba todo el mundo, y él sabía que los del PC lo llamaban programa mínimo.

—Sí, está bien, Iscaro, pero acá no da ninguna salida.

—Bueno, son coincidencias básicas...

Sergio sacó la lapicera y le dejó anotado el número de libreta de enrolamiento. Cuando volvió a ver a Cornaglia, Sergio le dio su impresión sobre el invento:



—Está bueno lo del ENA, pero el programa era tan mínimo que el último punto era reiterar el ejemplo de la asamblea del año trece, disponiendo quemar en plaza pública todos los siniestros instrumentos de tortura, incompatibles con nuestra tradición de libertad y justicia.

Así y todo, la calidad de las firmas no le había parecido mínima. Sergio le contó que estaban Jesús Porto —ex juez y primera figura del ENA—, Raúl Bustos Fierro —ex diputado— y Ricardo Obregón Cano —ex gobernador de Córdoba—. Radicales había varios: los más notables eran los cordobeses Conrado Storani y Carlos Becerra y el santafesino Aldo Tessio. También estaban Roberto Cabiche, Florentina Gómez Miranda, Ricardo Campero, Luis Brasesco. Había, además, demócratas progresistas, sindicalistas, profesores, representantes de las amas de casa, de centros campesinos, de todas las provincias y localidades.

—Mirá, Ricardo, al lado de los negocios que están haciendo el Chino Balbín y Paladino, esto es la panacea.

El Flaco Trafal y Alejandro Ferreyra seguían en el MAP7, la agrupación estudiantil del PRT: su militancia transcurría sobre todo en la facultad y, a veces, les tocaba ir a volantear a alguna fábrica. Pero el partido estaba agitado, con tres corrientes internas que se disputaban la hegemonía: las tres estaban de acuerdo en que, a largo plazo, la lucha armada sería necesaria, pero no concordaban en la forma de llevarla adelante. Los seguidores de Mario Roberto Santucho —Robi— se llamaban a sí mismos tendencia leninista o ala proletaria y proponían la formación inmediata de un grupo armado para establecer un foco guerrillero. Los demás los acusaban de militaristas fascinados por la revolución cubana. El sector de Helios Prieto —Candela— quería formar milicias obreras que debían asumir la violencia a medida que creciera el enfrentamiento entre pueblo y gobierno. Los llamaban los espontaneístas o los intelectualistas. Y el grupo de Oscar Prada —Domecq— decía que había que centrar el trabajo en la vanguardia obrera, como habían estado haciendo en la CGTA, y que la lucha armada llegaría si acaso con el tiempo. Los llamaban ala derechista o sindicalista. Prada era el tipo que se había pasado el Cordobazo encerrado en la casa de la familia de Alejandro, en el Cerro de las Rosas.

El Flaco y Alejandro seguían a su jefe, el Gringo Menna, que estaba alineado con Santucho. En esos días, el Gringo se tuvo que ir a Tucumán, y los dejó a cargo del otro referente que tenía Santucho en Córdoba, Carlos Germán, que se hacía llamar el Negro Mauro: un tipo de origen obrero, con

experiencia sindical en la FIAT, que no les caía bien. Las pocas veces que lo vieron les pareció que los trataba con desprecio. Y, además, las peleas internas los dejaban un poco huérfanos en su trabajo universitario: no tenían una línea clara ni periódicos o volantes para repartir, mientras los demás partidos inundaban las facultades. El Flaco estaba preocupado:

—Che, ¿y el Gringo se fue sin dejarte nada?

—Bueno, me dio elementos para convencer a los compañeros de que se queden con nosotros. Me dijo que el librito rojo lo escribió íntegramente el Robi, y que Candela y Domecq sólo firmaron...

—Sí, pero nosotros tenemos que dar respuesta a la gente en las facultades y eso es todo consumo interno.

El librito rojo eran las resoluciones del Cuarto Congreso, de 1968: su título completo era *El único camino hacia el poder obrero y el socialismo*. Era cierto que en la facultad no les iba a servir: antes de irse del bar, como para consolar un poco a su compañero, Alejandro miró para todos lados y le dijo en voz muy baja que el Gringo estaba preparando algo grande:

—Lo otro que me dijo el Gringo es que están trabajando para rescatarlo a Robi, dice que sin él no podemos avanzar...

Un año antes, el ala de Santucho, para mostrar su determinación, había lanzado la consigna de «todo el partido al combate» y, para ponerla en práctica, organizaron los Comandos Che Guevara que debían hacer pequeñas acciones en actos relámpago y movilizaciones. Pero Mario Santucho cayó preso el 24 de noviembre de 1969, en el centro de San Miguel de Tucumán. Lo habían estado siguiendo como veinte días. Antes habían detenido a unos cuarenta militantes del PRT, y se habían filtrado sus planes de lanzar una guerrilla urbana. Santucho era el secretario militar de la organización. Su caída precipitó la lucha interna: tanto Prieto como Prada pensaron que esa detención confirmaba las dificultades de iniciar la lucha armada; los seguidores de Santucho, en cambio, insistieron en que tenían que liberar a su jefe para seguir con los planes trazados.

El Comando Che Guevara de Rosario había debutado en el Rosariazo y, en mayo de 1970, decidió lanzarse con algo más fuerte: el rapamiento de la comisaría 20 de Rosario. El operativo se complicó, se tirotearon con la guardia y cayeron detenidos Mario Delfino y Rubén Suárez. Delfino era un militante de origen trotskista que había trabajado cinco años en el frigorífico Swift de Rosario, y Suárez era un obrero metalúrgico que había entrado al partido durante el Rosariazo.

Después de ese fracaso vino otro: en febrero, un intento de liberación de Santucho terminó mal, pero su corriente seguía determinada a empezar la lucha armada. Ahí se agudizó la discusión. En los primeros meses de 1970, los sectores de Domecq y Candela consiguieron sumar a más de la mitad del viejo comité central en contra de esa postura. Santucho estaba fuerte en el norte y en Córdoba; en Rosario y Buenos Aires, algunos de sus seguidores — Luis Pujals, Pedro Bonet, Benito Urteaga y Enrique Gorriarán Merlo— intentaban convencer uno por uno a los militantes indecisos. Para consolidar sus posiciones, los seguidores de Santucho —con Urteaga y Menna al frente— decidieron liberarlo. Alejandro leyó la noticia de la fuga en *La Voz del Interior*. Veinte días después de su misteriosa partida a Tucumán, Menna estaba de vuelta, a los abrazos con Ferreyra. Tenían prendidas todas las hornallas de la cocina porque la casa del Barrio Clínicas era muy precaria y el frío se colaba por todas partes. El Gringo le contaba algunos pormenores:

—Yo le llevé unas pastillas de ácido pícrico a la Sayo para que se las entre al penal. Con eso se hacía bosta el hígado, le daban todos los síntomas de hepatitis. Lo llevaron al hospital, ahí la Sayo le entró una pistola. Nosotros íbamos a ir a rescatarlo, pero él se fue solo. Ni usó el arma. Se fue por la ventana, tranquilo. Tardaron no sé cuánto en darse cuenta de que no estaba...

La Sayo era Ana María Villarreal, la esposa de Santucho. El Gringo le dijo a Alejandro que el Quinto Congreso se haría en dos semanas y que en esos días, Santucho iba a ir a Córdoba.

—Ahora tenemos que elegir delegados para el congreso.

El PRT tenía un organigrama de funcionamiento inspirado en el molde leninista, y se regía por el centralismo democrático: la máxima autoridad era el congreso, que elegía al comité central. Algunos miembros del comité central formaban el comité ejecutivo, y unos pocos el buró político. Los que tenían categoría de militantes podían elegir y ser elegidos, pero, una vez que elegían a los dirigentes y votaban la línea a seguir, operaba el centralismo: tenían que aceptar lo que esos dirigentes ordenaran.

—Bueno, en los equipos estudiantiles ya hemos hablado con el Pepe y con el Flaco de elegirte a vos, Gringo.

Después de la reunión, Alejandro llevó al Gringo en su moto hasta una casa donde se iba a reunir la dirección regional. Cuando estaba por despedirlo, el Gringo le dijo que pasara unos minutos.

—Carlos, te quiero presentar al compañero Lucas, el de estudiantil que te conté.

Carlos se levantó de una silla y se acercó a saludarlos. Alejandro le vio las ojeras y las manos huesudas: Mario Santucho debía tener la piel mate pero se lo veía completamente amarillo, con todos los síntomas de una hepatitis. Eran las secuelas del ácido pícrico:

—Mucho gusto, Lucas.

Santucho lo abrazó y le dijo unas pocas palabras. Le explicó que una vez unificado el partido después del Quinto Congreso, la situación mejoraría y podrían empezar las acciones armadas. Era un tipo más grande, tranquilo, amable: ya tenía treinta y cuatro años y tres hijas, y Alejandro se sintió seguro. Sin duda, el santiagueño era un jefe en el que se podía confiar.

La reunión iba a empezar, y Alejandro entendió que tenía que irse. Además, estaba apurado: tenía que encontrarse con Norma, su nueva novia. Parecía que había encontrado la horma de su zapato; ya estaba un poco cansado de picotear aquí y allá. Norma le gustaba y era una compañera del MAP7. Mientras aceleraba la moto por las calles de Córdoba, pensaba en lo que le había dicho Santucho: eso significaba que, pronto, él mismo se convertiría en un combatiente revolucionario. No tenía experiencia militar, pero se había cruzado decenas de veces a pedradas, hondazos y tiros de 22 con la policía. Ya estaba harto de estar siempre en desventaja. Aunque no sabía manejar armas de guerra: ni siquiera había hecho la colimba, porque su lesión en el hombro izquierdo nunca había terminado de curarse.

Alejandro dejó la moto en la vereda, se bajó el cierre de la campera de cordero y se desabrochó los primeros botones de la camisa. Norma vivía en una casa chorizo y salió a abrirle enfundada en un poncho color café. Era de su altura, tenía el pelo castaño corto y muy linda cara. Se saludaron con un beso en la boca:

—Ay, ¿no tenés frío así?

—No, estoy bien.

—Pasá que se enfría todo.

Norma Barreiro era sanjuanina y había llegado a la facultad de Córdoba dos años antes. Después del Cordobazo estaba un poco confundida con tantas siglas, pero cuando la eligieron delegada de un curso decidió incorporarse al MAP7.

—Dale que hice una carbonada, pasá; si no llegabas me la iba a comer toda. Dale que tiene zapallo, papa, carne de ternera y mucha pimienta...

Mientras ella revolvía la olla, Alejandro la abrazó de atrás y le deslizó una mano fría por debajo de la espalda.

—Mientras vos revolvés te voy a seguir leyendo el libro de Fanon.

*Los Condenados de la Tierra* era uno de sus libros de cabecera.

—¿Entendés? Lo que dice de la dialéctica entre el opresor y el oprimido, o el torturador y el torturado en este caso, es que hay una lucha de valores, y que los ideales revolucionarios pueden triunfar hasta en una mesa de torturas.

Mientras comían, Alejandro se quedó un rato callado: seguía pensando en el encuentro con Santucho. Sabía que no tenía que decir nada, pero tenía muchas ganas de contárselo a Norma. Al fin y al cabo, ella también era una compañera:

—¿Sabés por qué me demoré? Vamos a lanzar una fuerza guerrillera.

—Contame...

—Mucho no te puedo decir, pero parece que se va a llamar Ejército Revolucionario del Pueblo...

**Julio de 1970.** El 2 de julio, la CGT hizo su Congreso de la Unidad Augusto Timoteo Vandor, que debía nombrar nuevas autoridades. La situación fue controlada por el nuevo secretario general de la UOM, Lorenzo Miguel, que consiguió, en negociaciones de pasillo, armar una lista que el Congreso votó casi sin discusión. El nuevo secretario general de la CGT era un dirigente metalúrgico de segunda línea, de su entera confianza: José Ignacio Rucci. En su edición del 14 de julio, *Panorama* trazaba un perfil del nuevo secretario:

«El domingo 5, después de su consabido paseo matinal por los encinares de la Puerta de Hierro, Juan Domingo Perón caló las gafas para leer un telegrama despachado horas antes en Buenos Aires: “Triunfó su hombre, general. El secretario de la CGT es José Rucci”.

»El candidato de Perón es un rosarino menudo, de melena canosa rematada por un jopo (que recuerda a los personajes de Calé) y vista ligera de jugador de truco. Vestido sin mayor aliño, con una campera de gamuza (“la misma que llevaba en el congreso”) y una camisa oscura, recibió el miércoles 8 a *Panorama* en San Nicolás, su ciudad de adopción, en medio de una docena de fieles. En una oficina pequeña, a su medida, ornada con los rostros de *El Líder*, *La Señora*, Augusto Vandor y el general Savio, se allanó a hablar de sí mismo.

»“No estoy acostumbrado a la publicidad —se ataja—, siempre luché desde atrás, sin barullo”. Es cierto: la sombra de *El Lobo* cubrió durante una década a su séquito. Sin embargo, Rucci, a los cuarenta y cinco años gastó más de la mitad de su vida en el sindicalismo: “Me fui para Buenos Aires a los 17 años —memora—. Fui canillita, lavacopas en una pizzería de Flores y

por fin entré en una fábrica en 1945. Era La Hispano-Argentina: allí se fabricaba la pistola Ballester-Molina. Desde entonces soy metalúrgico”, se enorgullece. La Hispano-Argentina desapareció al poco tiempo. “Debo tener algún fluido mágico —sonríe— porque todos los lugares por donde pasé cerraron: Ubertini, en Constitución, y Catita, en Barracas”. Lo cierto es que en todas esas plantas fue delegado y miembro de la comisión interna y ya en 1947 formó parte de la representación obrera a las paritarias del sector. “En 1953 tuve que ir, como miembro de la comisión obrero-empresarial, a clasificar al personal de Philips. Ahí había un muchacho rubio, de ojos muy claros, delegado y caudillo de los compañeros de esa empresa. Lo encasillé como oficial ajustador: se llamaba Augusto Vandor. El recién empezaba. Yo era más antiguo en el sindicato”. Convida al redactor con un rubio y se sirve él mismo. Doce manos se extienden ofreciendo fuego. Rucci continúa: “Después vino la Libertadora y conocí la cárcel, como tantos otros. Tolosa y yo fuimos los últimos en salir de Caseros: un año nos tragamos. No fue la única vez: cuando se alzó la muchachada de Frigorífico Nacional nos volvieron a engayolar. Mi primer hijo cumplía un año y lo tuve que ver en Coordinación Federal, de lejos. La Coca lloraba”. La Coca es Nélide Vaglio, 41, su mujer. Ella vive con Aníbal, 11, y Claudia, 8, “en una casita modesta, con el techo sin completar por falta de mangos”, y no ve a José más que los sábados y domingos porque durante la semana su marido permanece en San Nicolás. “Ella me comprende, es una luchadora. Yo la conocí como delegada de Catita”.

»Desde hace cuatro años, cuando llegó para hacerse cargo de la filial nicoleña de la UOM, Rucci habita —de lunes a viernes— un cuarto del hotel Tony. “Yo caí como peludo de regalo. En cambio, desde hace tres meses soy secretario general electo de la seccional. Necesitaba tener relación de dependencia con alguna fábrica local pero eso se arregló. Ahora trabajo para Protto Hermanos, buenos amigos”. Es un decir, claro. Porque este cuarentón cetrino de poblados bigotes hace diez años que no empuña el torno a revólver, su especialidad. Desde entonces goza de licencia gremial.

»Si lo califican de “duro” agradece el homenaje pero lo rechaza. “Aquí la única división que existe es entre peronistas y antiperonistas”, simplifica. Él se siente lo primero y ansía la unidad. “Con la unidad —profetiza— vamos a llegar lejos, hasta convertir al movimiento obrero en un factor de poder”. Suena un teléfono. “Para vos, Petiso”, le anuncian. “Es Lorenzo, desde Buenos Aires”. “Decile que ya salí”, manda. Se levanta y suelta la última

frase: “Esta unidad que se ha logrado es firme, créamelo. No es un globo que se puede pinchar. Ya va a ver”».

Mientras cursaba tercer año de la Escuela Naval, Julio Urien decidió que iba a ser infante de marina.

—Es el arma de más acción dentro de la Armada, Facundo; yo no tengo mentalidad para la flota.

Julio y Facundo Urien se veían generalmente los fines de semana, pero esa vez hacía veinte días que no se cruzaban. Julio había estado casi dos semanas haciendo unos ejercicios de desembarco y después lo habían mandado con una semana de franco. Esa tarde le contaba a su hermano que lo habían calificado con uno de los puntajes más altos:

—Al principio está bárbaro, Facundo. Primero te pasan películas del desembarco en Normandía, analizas la coordinación de la artillería desde los acorazados y los ataques de la aviación contra las posiciones enemigas mientras la infantería desembarca. En el microcine todo te parece fácil, pero cuando te bajan de los buques a las barcazas, la playa parece inalcanzable... Por eso te tenés que foguear, tenés que estar mentalizado para llegar a la orilla y tirarte...

Facundo era cadete del Colegio Militar y, por tradición familiar, había elegido Caballería. Además le gustaban los tanques y la acción; pero, repentinamente, cambió de tema.

—Che, Julio, ¿y sobre Aramburu qué sabés...?

—Me salvé. El jueves escuché por la radio que habían encontrado el cuerpo, pero yo ya estaba en casa hacía unos días. No me hubiera gustado tener que ir al velorio.

Los cadetes de las escuelas militares eran los encargados de hacer la guardia en los velorios de los oficiales superiores, así que a Urien le podría haber tocado acompañar el féretro de Aramburu.

—Por suerte a mí tampoco me tocó; del Colegio Militar mandaron un grupo de mi promoción, pero a mí no me engancharon. La verdad, a mí también me hubiera dado en las pelotas.

El sepelio, el 18 de julio, había sido un acontecimiento nacional, lleno de autoridades, políticos, militares y curas. El arzobispo Juan Carlos Aramburu, increpó a un sacerdote tercermundista que, poco antes, había elogiado públicamente a Perón:

—¿Cómo, usted elogia a Perón? ¿Se olvida de que incendió las iglesias?

—No. Pero tampoco me olvido de que nacionalizó el sindicalismo y estableció la enseñanza religiosa en las escuelas.

Cuando se presentó Arturo Illia hubo un momento de silencio. El ex presidente se instaló junto al cajón y se quedó un rato ausente, como si meditara. Entonces llegó el general Alsogaray, el que lo había destituido cuatro años antes, y hubo un momento de tensión. Illia fue cortés:

—Buenos días, general.

Le dijo, y el otro le contestó con un farfulleo. Más allá, un periodista que había entrevistado a Aramburu días antes del secuestro, Andrés Ruggeri, de la revista *Esquiú*, contaba que no había tenido problemas para entrar en la casa de departamentos de Montevideo al 1000:

—La puerta estaba abierta. Eran las cinco de la tarde y el portero apenas si me miró. En el momento en que llegaba al departamento de Aramburu, me encontré con él en la puerta. Estaba despidiendo a una persona. Le dije a qué venía: no tenía pedida una entrevista; me dio la mano y me hizo pasar. Ni siquiera credenciales me pidió. Él mismo me trajo el café. Charlamos durante dos horas y media y no vi a nadie más.

Los hermanos Urien habían seguido con interés los comunicados sobre el secuestro. Estaban de acuerdo con los Montoneros en la reivindicación de la sublevación del general Valle y la defensa de un proyecto nacional. Sin pensarlo mucho, tuvieron la sensación de que esos tipos estaban en su misma onda. Por su formación católica, además: les caía bien que los partes hablaran de Dios Nuestro Señor.

—Mirá Facundo, estos tipos metieron en un brete a las Fuerzas Armadas...

—Pero dicen que hubo algún sector del gobierno metido en esto. En Campo de Mayo un oficial dijo que estaban con Imaz. Dijo que lo mataron porque Aramburu estaba armando alguna salida política de la mano de Lanusse.

—No; me dijo el viejo que no, que nada que ver. Que fueron los Montoneros, por su cuenta. Pero ojo, no tenemos que hablar de esto en la Escuela, ni vos ni yo. A nosotros ya nos marcan porque papá es peronista, así que imagínate si se enteran que, encima, nos parece bien lo que hicieron estos muchachos.

—... y entonces ¿todos los aquí presentes juramos que en ninguna circunstancia aceptaremos tirar contra nuestros hermanos argentinos?

—Sí, juramos.



El grito fue, en realidad, un susurro, pero el juramento valía igual, o más. La situación era solemne. Veinte colimbas nuevitos, muy rapados, se miraban con un poco de sorpresa: acababan de comprometerse a algo muy difícil, y el compromiso los alentaba y aterraba en proporciones variables. Fue un momento. Después, alguien dijo que mejor se volvía cada uno a su carpón, que a ver si los agarraba un sumbo y los hacía cagar. Era de noche y los veinte colimbas estaban amontonados al fondo de una carpa en Campo de Mayo, donde estaban recibiendo la instrucción militar. Cada colimba era el delegado de sus compañeros de carpón. El que había hecho la pregunta, Eduardo Sigal, con la nariz aún más notoria por la pelada nueva, los palmeaba para despedirlos con palabras de aliento. La conspiración había funcionado, y él estaba orgulloso. Así habían empezado, en el ejército zarista, durante la Gran Guerra, los primeros soviets bolcheviques.

—Che, y no se olviden de tratar de ver qué pasa con los sumbos que están a cargo, a ver cómo vienen. Qué tipo de gente es, qué harían en caso de kilombo...

Unos meses antes, cuando recibió la convocatoria para el servicio militar, Eduardo estaba en plena actividad. Estaba muy ocupado con su activismo estudiantil, con el Comité de solidaridad con Vietnam y, además, el Cordobazo había dado gran impulso a los militantes comunistas: por fin se hacía, en la calle, la famosa unión obrero-estudiantil y, por fin, el pueblo parecía dispuesto a pelear como se suponía que tenía que hacerlo. Los análisis eran optimistas: la dictadura estaba en franco retroceso, la juventud se radicalizaba, el nivel de lucha crecía. Camaradas cordobeses habían venido a Buenos Aires a contar cómo habían participado en esas luchas y, en sus relatos, el papel del partido había sido central. Aunque también estaban sorprendidos por la aparición pujante de otras fuerzas de izquierda: los comunistas, que hasta entonces habían tenido una relativa hegemonía, empezaban a compartir el espacio. Y a veces les parecía que les estaban sacando lo que les correspondía por legítimo derecho.

La Fede empezó a prepararse con ahínco para esta etapa del enfrentamiento. Se multiplicaron los cursos de «formación en la autodefensa de masas»: solían ser campamentos donde iban entre diez y treinta militantes que aprendían a armar una molotov, a hacer miguelitos, a custodiar dirigentes, a moverse rápido y bien para enfrentar la represión, a tirar con armas cortas. En esos campamentos, además, la mística comunista se incrementaba con charlas, discusiones, fogones y guitarreadas. Lenin, los republicanos españoles, los partisanos italianos, Ana Frank y Yuri Gagarin los habían

precedido en el camino: los jóvenes comunistas tenían que tener la sensación de que eran la continuidad de lo mejor de la historia del siglo.

Eduardo no fue, en esos días, a ningún campamento, pero hizo varios cursos de marxismo-leninismo. En su nivel era más importante el marco teórico. Alguien le había dicho, una vez, casi en chiste, que a él no lo estaban preparando para soldado sino para general. Después, cuando llegó el verano y Eduardo recibió su convocatoria para convertirse en un soldado argentino, tuvo que dejar toda actividad. Era, más que nada, un problema de seguridad y de objetivos.

La política de la Federación Juvenil Comunista para los colimbas estaba clara: cuando un militante de cierto peso era llamado a filas dejaba todo lo que estuviera haciendo y pasaba a una estructura especial que incluso publicaba una revista, *El Colimba*, destinada al sector. Eduardo abandonó su funcionamiento público y sus reuniones de dirección de la Fede en la provincia y empezó a encontrarse, solo, con un responsable que se encargaría de su actividad como soldado. Al mismo tiempo, recibía instrucción específica: leyó historias sobre los militares que se habían pasado a la causa del pueblo, los frentes populares en Europa, la lucha antifascista, los grandes espías soviéticos como la Orquesta Roja o Víctor Sorge, que descubrió los planes japoneses para atacar Pearl Harbour con meses de anticipación.

Y, sobre todo, tuvo que leer cantidad de escritos de Lenin sobre las Fuerzas Armadas. El fundador había dicho que no había revolución posible sin el apoyo de un sector de la milicia, y el PC seguía esa idea. Era necesario producir una línea de quiebre en el Ejército, así que había que hacer un relevamiento de oficiales y suboficiales con los que se pudiera establecer una relación directa o indirecta, para charlar con ellos o mandarles las publicaciones del partido. Eduardo se empapó, por primera vez, de una de las constantes en la línea del PC: la búsqueda de militares democráticos.

Cuando llegó a hacer su instrucción a Campo de Mayo, Eduardo estaba embalado con las posibilidades de acción, y no tardó nada en empezar a hablar con sus compañeros sobre lo que podía pasar si había un golpe o si los sacaban a la calle a enfrentar levantamientos populares. El clima general lo ayudó: al cabo de unos días, había conseguido cierto acuerdo en que no aceptarían salir a reprimir. Así fue como, esa noche, se armó la reunión de los delegados de los carpones que se juramentaron para no hacerlo.

—Soldado Sigal, sigamé.

Al día siguiente, un sargento se lo llevó solo a un patio grande y lo tuvo horas haciendo cuerpo a tierra, salto de rana y toda la panoplia de ejercicios

de castigo. El sumbo estaba desatado y Eduardo pensó que se rompía en mil pedazos. Seguro que los milicos se había enterado de la reunión de la noche anterior: alguien debía haber botoneado. Eduardo siguió saltando, tirándose, sudando y, al final de la tarde, estaba internado en la enfermería con un cuadro de «agotamiento físico general». Después, cuando se recuperó, se pasó el resto de la instrucción limpiando caballos.

Pero cuando llegó el momento de atribuir destinos, Eduardo Sigal fue enviado al regimiento de Granaderos de Palermo. Lo mandaron porque era alto, pero parecía un error que el bailado de unos días atrás ahora estuviera en un regimiento de élite. Poco después lo transfirieron a un destino solitario: tendría que trabajar en las oficinas del Consejo de Guerra de las Fuerzas Armadas, donde sólo había unos pocos colimbas más y, seguramente, no podría joder demasiado.

El Consejo era una oficina más o menos polvorienta en la calle 25 de Mayo. Eduardo trabajaba en la cocina, sirviendo cafés a los abogados militares: entraba a las siete y salía a las dos de la tarde pero, cada tres días, tenía que quedarse veinticuatro horas de guardia. Las guardias, de puro solitarias, eran muy relajadas; Eduardo se quedaba solo con un suboficial que vivía en un departamentito del piso de arriba y algunas noches Mabel, su novia, pasaba a visitarlo. También tenía una televisión en la cocina. Y, sobre todo, tenían muchos documentos a su disposición.

En el Consejo de Guerra se guardaban los legajos de todos los militares de las tres armas que habían tenido problemas disciplinarios. Algunos eran casos de inconducta o malversación de fondos; otros implicaban rebeldías más consistentes. Se suponía que los legajos eran secretos y estaban bajo llave; al cabo de un tiempo, Eduardo encontró la manera de sacarlos y copiarlos o, incluso, a veces, llevárselos por un par de horas para hacer fotocopias. Había todo tipo de datos sobre cantidad de oficiales en problemas: muchos de ellos serían, después, contactados por gente del partido que trataría de establecer un vínculo con ellos. Eduardo se sentía como un espía de novela soviética, contribuyendo desde su oscuro rincón, con su sacrificio y su audacia, a la gran causa de los pueblos.

Mientras estaba en el Consejo de Guerra Eduardo percibió, como a lo lejos, el gran sacudón que fue para los militares el rapto y ejecución del general Aramburu. Había caras de odio, más nervios que los habituales y algunas puteadas dichas con mucha convicción. En la reunión siguiente, su responsable le comunicó la postura del partido:

—Es un acto que caracterizamos como terrorista, en la medida en que representa una acción totalmente voluntarista, aislada del verdadero sentimiento popular y del desarrollo de la lucha por el socialismo en la Argentina.

Era, poco más o menos, lo que él también había pensado.

—Además, el grupo éste que lo hizo no está nada claro. Nadie los conoce. No conseguimos saber si son de los servicios, pero parece seguro que vienen del nacionalismo católico, del fachaje.

**Julio de 1970.** *Primera Plana* dio la voz de alarma sobre el nuevo estampado. El artículo era breve y levemente sarcástico: «Fue poster, cenicero, botón distintivo, una historieta, por nombrar algunas de las frivolidades en que utilizó su imagen la voraz sociedad de consumo. La semana pasada llegaron desde Londres algunas docenas de camisetas decoradas con el rostro de Ernesto Che Guevara. Su precio: cerca de los 3 mil pesos (unos 7 dólares); lugar de venta: ciertas exclusivas boutiques cercanas a Callao y Alvear, en Buenos Aires».

Había sol y estaba templado. A las 12.50 del jueves 30 de julio, una pareja joven llegó hasta la oficina de Teléfonos de Garín, frente a la estación del Ferrocarril Mitre. La oficina ya estaba cerrada: el hombre dijo que eran inspectores de Entel y entraron por la casa del casero. Una vez adentro, empezaron a hacer preguntas para un supuesto censo de la empresa: la conversación duró más de una hora. Poco antes de las dos, llegó un tercer hombre que dijo que también era del equipo y venía a buscar a los otros. Lo hicieron entrar; entre los tres, encerraron a los caseros y a un empleado en un baño, se metieron en el cuarto donde estaba la central de comunicaciones y, con un serrucho, cortaron el cable maestro. Garín había quedado incomunicado. Enseguida cruzaron hasta la estación y se quedaron controlándola: según los horarios, en la siguiente media hora no tenía que llegar ningún tren.

Al mismo tiempo, minutos antes de las dos, dos hombres y una mujer se presentaron a la puerta del destacamento de policía, en la calle Roma. Se bajaron de un Valiant que, después se supo, habían robado poco antes en Boulogne. Llevaban guardapolvos blancos y dijeron que eran dos médicos y una enfermera y que los habían llamado. Una vez adentro, sacaron armas cortas de un maletín, redujeron a los tres policías que había en el puesto y los

encerraron en una celda. Entonces empezaron a recoger las armas policiales y a pintar las paredes de la comisaría con aerosol: «Fuerzas Armadas Revolucionarias, Libres o Muertos Jamás Esclavos».

A la misma hora, una mujer llegó hasta la casa del radioaficionado Enrique Torazzo, en la calle Las Heras, detrás de su ferretería y a la vuelta de la comisaría. Le dijo que era inspectora de Entel y que venía a controlar su radio. Torazzo la hizo pasar y enseguida llegó un hombre, que dijo que trabajaba con ella. Los dos desenfundaron pistolas y redujeron a Torazzo y a su esposa; la mujer cortó los cables de la antena y se metió el micrófono en un bolso. Les dijeron que no salieran durante quince minutos, y se fueron.

A la sucursal del banco Provincia, en la calle Belgrano a tres cuadras de la comisaría, también llegaron a las dos. Eran siete: seis hombres y una mujer, y se bajaron de un coche y una camioneta que, como todos los demás, habían robado horas antes en Boulogne. En el banco había unos quince clientes, los empleados, dos policías y un agente de seguridad vestido de civil. Cuando los vio llegar, el cabo Fernando Sullyng, de cincuenta y dos años, con treinta de servicio en la provincial, sacó un arma y trató de tirar. Pero no le dieron tiempo: uno de los asaltantes le disparó un balazo en el estómago. El cabo cayó muy malherido. Los demás se quedaron quietos. Un militante les dijo que no se preocuparan, que no era contra ellos, y los encerraron en una oficina interior. Cuando le dijeron al gerente que entregara las llaves de la caja fuerte, el empleado les dijo que no podía porque estaban en la comisaría. El militante que dirigía la acción preguntó por su walkie-talkie. Carlos Olmedo, que estaba con otro militante en un coche a la salida del pueblo, le dijo que llamaría a la comisaría para ver si podían conseguirla.

En el restorán de enfrente del banco, El Farolito, también habían entrado tres militantes armados, que encerraron a los veinte parroquianos en una habitación del fondo, y mantuvieron el control del local, pero no tocaron la plata de la caja.

A la comisaría, mientras tanto, llegaban vecinos para denunciar que algo raro estaba pasando. En las calles había movimientos de coches apurados, gritos, armas, personas que pintaban las paredes con las siglas FAR. Según llegaban, los ocupantes del destacamento los iban encerrando. Los militantes interrogaron a los policías, pero nadie sabía dónde estaba la llave de la caja del banco. Ya eran casi las dos y media. Dos de los asaltantes del banco se llevaron al gerente a buscar la llave a la comisaría.

En la entrada principal de Garín, la que llevaba a la ruta 9 y a la Panamericana, un comando de contención de cinco militantes vestidos de

policías controlaba a los que iban llegando. Los dirigía Juan Pablo Maestre, vestido de oficial: decían que estaban buscando a los secuestradores de Aramburu, le pedían a cada conductor la documentación de su coche y, tras un rato de revisión, terminaban desviándolos hacia unas calles laterales, para que no entraran en el centro del pueblo. Y, sobre todo, impedían que nadie saliera de Garín a dar la alarma. A esa hora ya había una cola larga de coches esperando que los revisaran. Maestre habló con Olmedo por el walkie-talkie y le dijo que no podrían seguir mucho tiempo más. Olmedo le dijo que esperaran unos minutos, que ya faltaba muy poco para abrir la caja del banco. Eran las tres menos cuarto: la operación ya había durado media hora más que lo previsto y por el camino de acceso aparecieron dos patrulleros. Los falsos policías se parapetaron detrás de unos árboles y los tirotearon. Los policías se bajaron de sus coches con las manos en alto y se tiraron al suelo; Maestre se comunicó con Olmedo, que le dio la orden de evacuar el lugar ya mismo. Todos los grupos recibieron la misma orden, y empezó la retirada. Cada uno de los siete coches se dispersó en la dirección convenida de antemano. Los militantes sabían que era la parte más difícil.

Un camión Ford F-350 llevaba en la caja, maniatados, a los dueños de los siete autos que habían robado, más temprano, para la operación. Cuando se estaba yendo, se cruzó con un jeep de la provincial que llegaba; el chofer del camión dio un volantazo y se le tiró encima y el del jeep aceleró en la dirección contraria. El camión siguió su ruta prevista para la retirada. Cuando llegaron al lugar donde tenían que dejarlo y seguir en otro coche, el responsable le dijo a otro militante, en voz muy alta, para que lo escucharan los dueños de los coches robados.

—Vos quedate acá quince minutos cuidando a los prisioneros y después te vas.

—No, pero mejor nos vamos los dos juntos, ¿no?

Le contestó el otro, y siguió insistiendo hasta que vio que su responsable le hacía señas con la mano de que sí, que se iban a ir, pero quería que los otros creyeran que alguien los iba a custodiar quince minutos más. En un camino secundario, cerca de Escobar, junto a un arroyo, Carlos Goldenberg, Sergio Berlín y una mujer de unos treinta años, médica, habían simulado pescar durante horas. Su función era esperar: tenían un coche y, si alguien resultaba herido, sus compañeros debían llevarlo hasta ese lugar, muy solitario, para que Carlos, Sergio y la mujer lo transportaran hasta una quinta donde había otro médico y algunos instrumentos para curaciones. En el coche también tenían un buen botiquín. Carlos y Sergio no conocían detalles;

sabían, porque habían hecho los relevamientos, que la cosa sería en Garín, pero poco más. Y estaban más que nerviosos de esperar. Había un peligro: si alguien caía y cantaba la cita de sanidad, los podían agarrar bastante fácil. Pero los pescadores confiaban en que, si caían, sus compañeros sabrían mantenerse callados.

El plazo venció a las cuatro. No había llegado nadie y los pescadores levantaron campamento y emprendieron la vuelta por un largo rodeo. En la radio del coche, los noticieros empezaban a dar las primeras informaciones sobre la toma de Garín por un nuevo grupo guerrillero, las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Todos insistían en que el operativo había estado tan bien hecho:

—... el copamiento tuvo lugar a las puertas de la Capital, y fue realizado con una perfección que, unida a hechos registrados anteriormente, obliga a considerar la alarmante existencia en el país de grupos cuidadosamente entrenados para esta clase de delitos.

Decía el *Rotativo del aire* de radio Rivadavia.

—Por el momento, la policía no ha podido detener a ninguno de los integrantes de la banda subversiva.

En el coche, Sergio y Carlos se miraron, se sonrieron y soltaron un grito de alegría. Afuera era de noche y nadie sabía nada. Ahora sí que empezaba la historia.

Al día siguiente, el diario *Clarín* publicaba un comunicado de las FAR. Alguien había llamado a la redacción diciendo que fueran a buscarlo al baño de hombres del bar de Caseros y Montes de Oca, detrás del espejo:

«Después de algunos años de acción anónima, asumimos hoy en Garín nuestra identidad política y, como Fuerzas Armadas Revolucionarias, proclamamos:

»1) Que la lucha armada nos es impuesta como única salida por largos años de violencia oligárquica. Esta violencia, que nuestro pueblo está hastiado de soportar, tiene formas feroces y descaradas. Nadie olvida la sangre que corrió en Plaza de Mayo en junio de 1955, los fusilamientos de Valle y sus compañeros en junio de 1956, los tanques en la calle burlando una vez más la voluntad popular en marzo de 1962, las torturas y los asesinatos de Vallese, Pampillón, Jáuregui, Baldú, Maza y tantos otros héroes y mártires del pueblo.

»2) Que por lo tanto asumiremos esta forma de lucha hasta lograr la expulsión del poder de la oligarquía servil, de los militares y policías que

custodian sus privilegios y del poder extranjero que les manda cumplir el triste papel de vendepatrias opresores de nuestro pueblo.

»Porque en la Argentina los derechos fundamentales no se conceden, se conquistan. Lo que se nos ha quitado por la fuerza, sólo por la fuerza podrá ser reconquistado, defendido y desarrollado.

»3) Que marchamos al combate sin vacilaciones, impulsados por la necesidad de coronar con la victoria total el camino que inició nuestro pueblo el 17 de octubre de 1945.

»Nos guía en este empeño el limpio ejemplo revolucionario de ese gran argentino y latinoamericano caído en Bolivia y convertido por su lucha en un San Martín del siglo XX: el comandante “Che” Guevara.

»4) Que la vocación de dignidad y la voluntad de rebeldía de nuestras masas, expresada mil veces a lo largo y a lo ancho de nuestro país, y manifestada con su máxima potencia y heroísmo en las jornadas de mayo y septiembre de 1969 en Córdoba, Rosario, Tucumán y Corrientes, constituyen un mandato impostergable para los revolucionarios argentinos: el de prepararse y combatir con métodos nuevos, que garanticen la supervivencia y el desarrollo de las organizaciones armadas del pueblo.

»5) Que, convocados por el recuerdo de los caídos en las trincheras de la lucha popular sin que se decretara duelo nacional, les rendiremos un homenaje más profundo y más sentido que el de la pompa oficial: el de vencer o morir junto a todos los combatientes de las organizaciones revolucionarias hermanas que ya han comenzado a recorrer la senda de la liberación y con las que confluiremos un día no lejano en la vanguardia capaz de encabezar al pueblo en la conquista del poder que sistemáticamente escamotearon los explotadores.

»Gloria a quienes luchan sin tregua ni concesiones contra la injusticia, la explotación y la entrega.

»Libres o muertos, jamás esclavos. ¡Hasta la victoria siempre!

»Fuerzas Armadas Revolucionarias».

Y *Clarín* terminaba diciendo que «instantes después de llegar este comunicado a *Clarín*, un oficial y un suboficial de la seccional 10 se apersonaron a nuestra Redacción, solicitando, en nombre del comisario, el texto del mismo, pedido al cual accedimos».

**Agosto de 1970.** La tapa de la edición del 26 de agosto de la revista *Confirmado* muestra una pareja de espaldas. Van agarrados de la mano y, tanto por su aspecto como por el ángulo de la foto, es difícil saber cuál es el



hombre y cuál la mujer. El título es «Los límites del sexo», y la nota interior trata de pensar si todavía los hay:

«... Actualmente, comienza a imponerse una nueva tendencia que busca la unificación de la moral. Mujeres y hombres tienden a comportarse en forma muy similar, ya no solamente en el trabajo sino fuera de él: las diversiones (baile, conversación, deportes) no son demasiado distintas para cada sexo. Salvo exageradas excepciones, a nadie asombra ya que una mujer se interese por la política o que intervenga sin falsos pudores en discusiones sobre temas sexuales. Sin embargo, menos excepcionales son aquellos que no toleran la *feminización* del hombre, un fenómeno que parece cristalizarse muy específicamente en la moda. Julián Bengolea, responsable de la boutique masculina JB, en la Galería del Este, desató frente a *Confirmado* unas cuantas teorías que ubican el complicado arte del vestir entre los principales indicadores del cambio. “Las cosas han cambiado un poco, pero no demasiado. Antes al tipo que usaba una camisa o un pantalón fuera de lo habitual lo volvían loco; ahora, se limitan a mirarlo”. Claro que en ese mirarlo hay toda una gama de posibilidades que van de la indiferencia o la burla al desprecio. Para Bengolea, el cambio de actitud frente a la moda comienza en el momento en que los hombres se dieron cuenta que la ropa que usaban antes carecía de imaginación. “Fue entonces que comenzaron a preferir las telas llamadas ‘de mujer’ que ofrecen más posibilidades, más colores y más oportunidades para desarrollar la creatividad de los diseñadores”.

»Una encuesta realizada en la calle por un equipo de redactores, reveló a *Confirmado* que las motivaciones no siempre tenían que ver con la imaginación. Ante la pregunta de por qué seguían esa moda, un 49 por ciento contestó: “Porque me gusta”; un 48 por ciento: “Porque es más cómoda” (mayoría femenina), y el 3 por ciento restante aludió a causas filosóficas y de principios, entre las cuales sobresalía éste: “Es una forma de oponerse al capitalismo”. Respecto al pelo corto, 4 de cada 10 mujeres interrogadas confesaron tener una peluca para casos de “acontecimientos especiales” o “depresiones”. Un norteamericano (Paul Katz, 29 años, guionista de la Century Fox) aseguró que en la Argentina la gente mira más indiscretamente que en su país, lo cual le crea ciertas molestias. Mauricio Davidovich (22 años, soltero, músico y poeta, pero fundamentalmente viajero) exalta, en cambio, los valores que tiene el *épater le bourgeois*. “Pocas cosas me divierten más que ver la cara con que rechazan mi pelo (lo lleva varios centímetros más abajo del hombro), pero también siento lástima por ellos,

pues no entienden que esta moda es la forma externa de una nueva felicidad”».

Después, en un recuadro, la revista, aterrada, ofrecía claves para diferenciar hombres de mujeres:

«Hasta hace poco, hasta la aparición del unisex, no había confusiones: hombres y mujeres denunciaban su sexo por rasgos exteriores definidos: había pantalones y polleras, colores sobrios o discretos y alegres o chillones para cubrir cuerpos masculinos o femeninos. Dejando de lado la ropa, el peinado facilitaba la identificación y el maquillaje dejaba de lado toda duda. Hoy ya no es tan sencillo y las perspectivas amenazan complicar aún más las cosas. La identificación del sexo debe realizarse a través de pautas cada vez más sutiles o, si se quiere, más biológicas y menos culturales. Por tal motivo, *Confirmado* considera importante refrescar aquellos viejos indicios que permitían al hombre primitivo encontrar una compañera aún cuando ésta vistiera sus mismas pieles y no tuviera un peinado demasiado distinto al suyo.

»Según el doctor Fischer, de Nueva York, fue Charles Darwin quien introdujo en la ciencia la noción de “caracteres sexuales secundarios”. De ellos deberá valerse de aquí en más el hombre para determinar el sexo de sus semejantes (y tal vez el suyo propio). Lo que sigue es un resumen de los más fácilmente detectables:

»—En el hombre occidental, el sistema piloso es la característica sexual secundaria más notable: en la mujer está menos desarrollado.

»—En importancia le sigue la voz, que se hace más profunda después de la pubertad y que trae como consecuencia una transformación anatómica de la laringe, visible en el hombre en la “nuez de Adán”.

»En cuanto a la mujer:

»—La osatura femenina es más ligera, el cráneo tiene frecuentemente una forma más alargada y el cuello es un poco más largo, el tronco largo y las piernas cortas y, por último, el vientre es más largo que el pecho.

»Las demás, no ocultadas por las antiguas modas, son obvias».

—No, señor, ya hablé con el jefe y no lo autorizó, tiene que ser Victoria sólo.

—Ella es mi hija y el nombre se lo pongo yo: Victoria del Pueblo.

Daniel Egea estuvo un rato discutiendo con el empleado del Registro Civil, pero al final tuvo que resignarse: su hija quedó inscripta como Victoria. En las primeras décadas del siglo, los anarquistas habían conseguido que sus hijos tuvieran nombres románticos o del calendario jacobino, como Amor o

Floreal, pero los registros civiles no tenían experiencia con los que se inspiraban en el pensamiento de Mao Tse Tung: Victoria del Pueblo parecía un desafío a la dictadura, o al sentido común.

En esos días, el grupo de los Cabezones Ríos recibió un nombre que también habría sido rechazado en una oficina pública: los llamaron Partido Comunista Marxista Leninista. Aunque sonaba excesivo, el nombre fue usado por varios partidos de orientación maoísta en distintos países: no querían dejar de llamarse comunistas pero querían marcar su compromiso con Marx y Lenin, los padres del pensamiento revolucionario. El Cabezón Oscar era secretario general, su hermano José quedó como secretario de Organización y eligieron un comité central, donde estaba Daniel.

El comité central aprobó un programa que definía la tarea antiimperialista como la principal de la revolución en la Argentina: se inspiraba en el pensamiento de Mao y resaltaba la experiencia china de unir las fuerzas nacionales contra el enemigo común. También le dieron el visto bueno a la tesis de trabajo en el movimiento obrero que había elaborado el Cabezón Oscar.

—¡Esto es una locura!

Le dijo Daniel a José, con quien tenía absoluta confianza, después de releer el documento un par de veces.

—¿Qué?

—Estas tres páginas en las que habla del peronismo... Yo se las arranco.

—Daniel, acá hay que construir un pensamiento nuevo para el movimiento obrero. Acá, salvo las experiencias de la FORA, el resto funcionó para la burguesía. El hecho de que los dirigentes de la CGT hayan sido de origen obrero no soluciona el problema.

—Sí, Cabezón, pero es muy duro, yo se las arranco. Si esto lo lee un peronista, nos mata.

Daniel lo decía con una sonrisa para restarle dramatismo.

—Lo que pasa es que vos sos más peronista que comunista; los comunistas son más duros.

Le retrucaba en el mismo tono José, y Daniel se ponía loco.

—No, no me jodás.

—Pero tenés sentimientos de comunista...

Completaba José para tranquilizarlo. Por más que tenían gente en distintas facultades, el PCML no quería formular una política para el movimiento estudiantil. También habían elaborado un documento que se llamaba *Tesis de reeducación de intelectuales y estudiantes* y lo defendían con todo:

—Mirá, el concepto central es que, ideológicamente, hay que morir en una clase para renacer en otra; ser comunista significa aspirar a ser la vanguardia del proletariado... Lenin y Marx eran intelectuales revolucionarios que generaron ideas que fueron tomadas por esos hombres que no tenían nada que perder, los obreros, que en la sociedad capitalista es la clase social más avanzada por su relación con los medios de producción, por eso es la clase más solidaria, la más consecuente, y por eso todos tenemos que integrarnos a esa clase...

Daniel estaba trabajando de día, las ocho horas del turno de Matanza, más algún par de horas que se quedaba en los alrededores, en reuniones sindicales.

—¿Qué pasa con Ramón Ruiz que no está viniendo a trabajar?

Le preguntó a otro compañero de sección. Ruiz era el cabecero tucumano y no faltaba nunca, porque tenía miedo de que lo echaran, y todo lo que tenía para darle de comer a su familia era ese trabajo.

—Parece que anda enfermo de los pulmones.

Después averiguó que le habían dado unos días de parte médico, y después otros más, porque la fiebre no le bajaba. Pero antes de que terminara el plazo, Daniel lo vio a Ruiz haciendo cabeza, al lado de la noria, como siempre. Se había puesto una bufanda que le tapaba la nariz y la boca, Daniel notó que tosía constantemente. Al rato, vio que manejaba el cuchillo con torpeza y que se sentaba cada rato.

—¿Qué te dijo el médico, Ramón?

—Ya se va a pasar, hermano...

A los dos días, Ruiz volvió a faltar. Daniel estaba muy preocupado: estaba en una reunión pero tenía la cabeza en otro lado. Discutían las tesis de Mao sobre la contradicción principal y las contradicciones secundarias, y Daniel no podía dejar de pensar en Ruiz. En cuanto pudo, se escapó y se fue hasta la casa del tucumano en el barrio El Churrasco. Hacía mucho frío: en la casita, el viento entraba por todos lados. Lo recibió la señora, lo hizo pasar y se sentaron. Ella le dio presión a una estufa a kerosén y le dijo que su marido estaba en el hospital:

—Al Ramón lo internaron anteayer. El doctor dice que la pulmonía lo debilitó mucho y el corazón no le aguantó. Ahora sólo Dios puede salvarlo, rece usted también por él...

Daniel abrazó a la mujer de Ruiz y se le vino encima la humedad y el frío de la sección Matanza. Sus compañeros de trabajo le parecían toros, tipos de una resistencia impresionante, sin embargo Ruiz estaba internado, muñéndose de las consecuencias de una pulmonía. Había dejado la vida en el frigorífico;

hacía apenas unos meses que, junto a un grupo de compañeros, habían terminado su baño.

El lunes, Daniel llegó a la fábrica y le pidieron al médico de la empresa que llamara al Sanatorio de la Carne. Al rato, les confirmaron que Ruiz había muerto. Hicieron una colecta para la viuda y la acompañaron esa noche de velorio.

—Ramón va a estar siempre entre nosotros, nunca lo vamos a olvidar.

Miguel postergaba su decisión de empezar a trabajar porque lo habían sorteado para la conscripción y le había tocado ejército. Ya tenía veintiún años y se pasó el verano con la barra de amigos alternando la noche de Resistencia con el trabajo que hacía en las villas, impulsado por el cura Dri. A principios de marzo lo llamaron para incorporarse a filas y, para su sorpresa, no lo dejaron en la guarnición local. Molfino volvió a su casa con mucha bronca:

—A todos los que estuvimos en la coordinadora de secundarios o en los centros universitarios nos mandan a destinos fuera del Chaco. Nos ficharon. A mí me mandaron a Corrientes, a Monte Caseros.

Como sabía escribir a máquina, a la semana lo habían destinado a la compañía de comando y servicio. Allí se encontró con un teniente primero de pelo canoso y trato amable. Rápidamente se franqueron y el oficial le contó que tenía algunos poemas escritos y quería conocer su opinión. Algunas de esas noches, Miguel tuvo que improvisar opiniones sobre una Oda a la Infantería y una Oda a la Bandera, unos endecasílabos que rimaban a la perfección y que no se parecían en nada a la épica militante sin ninguna métrica que cultivaba Miguel:

—Están buenos... Pero a mí se me está pasando un poco la atracción por la poesía.

Molfino quería desviar el tema y le contó al oficial que había hecho un audiovisual.

—¿Sobre qué?

—Música y fotos, sin texto. Puro ritmo...

Molfino sabía que, más allá del teniente bonachón, los jefes lo tenían marcado. Monte Caseros era un destino para castigados. Había un teniente flaco que estaba echando panza porque no tenía actividad ni mando de tropa. El tipo languidecía leyendo en el patio de armas. Sus compañeros ni siquiera lo saludaban. Al tiempo se enteró que estaba esperando un juicio porque lo

habían pescado leyendo un libro de Hernández Arregui, el filósofo nacionalista.

—El que es bravo es el jefe de la compañía de fusileros. Lo degradaron: era mayor y ahora es capitán.

Le contó un sargento que había visto pasar por el cuartel a muchos sancionados.

—Estaba raneando a un colimba y el pibe se le quedó, pobre. Ahora tiene como dos años más de destino acá. Qué desgracia.

Miguel se sorprendió: por leer a un pensador nacionalista, al teniente lo habían aislado por completo; en cambio, el capitán que había bailado a un colimba hasta matarlo tenía cien soldados a su cargo y era amigo de todos.

La colimba era, más que nada, aburrida. Miguel recibía de tanto en tanto las encomiendas de su madre, con dulces caseros, queso y bizcochuelos y, cuando podía, las cambiaba por algún franco extra. En un fin de semana largo, en Resistencia, conoció a una tal Teresa, contadora, que le llevaba cuatro años y lo fascinó. En el tedio del cuartel, una de las maneras de zafar consistía en escribirle largas cartas de amor. Aunque también había, de vez en cuando, algún eco de guerra. A principios de junio, cuando el secuestro de Aramburu y el establecimiento de la pena de muerte, el regimiento quedó acuartelado y al jefe se le ocurrió que tenían que ponerse al día:

—Señores, vamos a practicar fusilamiento.

Ordenaba el oficial y ataban a un poste a un supuesto condenado, que siempre era algún soldado al que le tenían poca simpatía. Repartían los mauser y sólo uno iba cargado con una bala de salva. Los demás estaban descargados.

—Preparados... Apunten...

Desde un costado, el jefe miraba a cada uno a los ojos. El reo los tenía vendados.

—¡Fueeeego!

Si el que disparaba ponía cara de pánico, el oficial lo zarandeaba; si tenía el rostro gélido, lo felicitaba:

—El fusilamiento es así. Al que le toca, le toca. No hay que vacilar, soldados. El enemigo no va a vacilar si les tiene que tirar a ustedes.

Como Monte Caseros era un pueblo de chacareros y empleados públicos, la política no tenía gran incidencia, y el clima antisubversivo se notaba poco. Cruzando el río Uruguay estaba la frontera entre Uruguay y Brasil. Casi como una leyenda, un cabo contaba que en la localidad uruguaya de Avellaneda,

donde había varios ingenios azucareros, una vez lo habían agarrado al jefe de los Tupamaros.

—Parece que el tipo tenía muchos seguidores entre los cañeros. El ejército uruguayo lo agarró, pero se les escapó y se cruzó el río nadando. El que lo vio pasar es el sargento Vélez. Sendit se llama, o Sendís. Ése sí que es bravo.

En agosto, el jefe del regimiento había organizado un ejercicio antiguerrilla al que fueron observadores brasileños.

—Esta gente está muy adiestrada en la guerra anticomunista. Así que tenemos que hacer las cosas bien.

Designaron grupos encargados de la persecución y otros que hacían de perseguidos. A Miguel le tocó el bando de los fugitivos. Todo estaba muy preparado: la huida tenía que durar dos días y después caerían presos en un lugar preestablecido. Para diferenciar bandos, a las patrullas les entregaban brazaletes azules y colorados, idénticos a los que habían usado, pero en serio, los dos sectores del ejército que se enfrentaron en la primera mitad de los sesenta. Pese a que Monte Caseros era una zona llana y poco boscosa, la patrulla de Miguel no consiguió llegar a tiempo al lugar donde tenían que caer presos. Esperaron un poco y el oficial que dirigía la patrulla cedió ante una propuesta fuera de lo establecido.

—Que nos encuentren, tratemos de eludirlos y que nos salgan a buscar.

La idea fue de un soldado y a todos les cayó simpática. De modo que caminaron de noche, durmieron de día y pasaron bastante hambre. Al cabo de dos jornadas más, mientras descansaban, les cayó encima un grupo oponente. Los redujeron a golpes y mientras iban al cuartel, los extraviados creyeron que se les venía una tremenda sanción. Sin embargo, el jefe del regimiento, frente a los observadores brasileños, destacó el valor de la iniciativa de esa patrulla. El premio fue que a Miguel lo recomendaron para la primera baja y, a fin de agosto, tras sólo seis meses de colimba, armó su bolso y se volvió a su casa. En Resistencia, un músico amigo le contó que Benjo Cruz, el santiagueño que había pasado por ahí el año pasado, triunfaba en La Paz y que a menudo lo invitaban a las fiestas de la aristocracia boliviana. Miguel se dijo que menos mal que no le había dado bola.

## Cinco

—Es la bandera de los Andes y, en el medio, la estrella roja y la sigla, ¿ven?

El Gringo Menna les mostraba a Ferreyra y Trafal el dibujo de la bandera del ERP: celeste y blanca en dos mitades, como la de San Martín. Les dijo que el Quinto Congreso se había hecho en una isla en el río Paraná, cerca de San Nicolás: no había habido lucha interna, porque las otras dos tendencias, que no estaban de acuerdo con largar la guerrilla, ya se habían ido. El Congreso, entonces, decidió sin oposición la creación del Ejército Revolucionario del Pueblo. Y el partido se alejó un poco de su origen trotskista y su participación en la Cuarta Internacional para acercarse a las revoluciones cubana y vietnamita. El resto de la discusión trató más que nada sobre cuestiones organizativas: cómo formar el ejército y armar una buena estructura clandestina. Para el comité central habían elegido, entre otros, a dos que estaban presos, Mario Delfino y Ramón Rosa Giménez. El Gringo puso voz más grave:

—Cuando terminaban las sesiones, después de dos días, armamos un mástil y dos compañeros izaron la bandera.

Alejandro miraba impresionado y el Gringo ya les estaba dando tareas:

—Lo que tenemos que hacer es comprar la tela y que las simpatizantes nos cosan unas cuantas, para dejar en los puentes, hacer repartos en las escuelas y ponerla en el mástil... Eso sí, si está la bandera argentina, no hay que sacarla; en ese caso la del ERP va abajo.

Alejandro tenía una duda.

—Che Gringo, cómo decís: ¿erp o e errepé?

—Errepé.

Después el Gringo les dijo que los de propaganda iban a girar las resoluciones del congreso y unos volantes que se iban a repartir en todas las regionales y que ellos en las facultades podían impulsar la formación de comandos de apoyo al ERP. Después que los llenó de tareas, les dijo que algunos pasaban al frente militar y explicó cómo se iban a organizar de ahí en más:



—Todos los militantes del partido tienen que participar del accionar militar, pero además vamos a fortalecer los equipos militares; ahí se van a incorporar los combatientes extrapartidarios, los que estén dispuestos a pelear pero no necesariamente sean marxistas ni vean la necesidad de un partido de clase...

Cuando el Gringo se estaba por ir, Alejandro le dijo que tenía que hablar aparte:

—Bueno, Gringo, ¿y yo cómo voy a participar del errepé?

—Lucas, vos tenés que seguir en el frente estudiantil...

—Mirá Gringo, ya te has llevado al Pepe, al Frichu, a todos los mejores compañeros y yo tengo que seguir en el frente universitario...

—Vos sabés que Robi dice que la universidad es una cantera de militantes, así que tiene que haber un buen cuadro del partido ahí.

—Sí, pero a mí ya me anda buscando la policía; el otro día estaba en el curso y entraron canas de civil. Salí por la ventana y me tuve que rajar bajando por el tronco de una palmera...

Pese a aceptar las decisiones, Alejandro no aflojaba. Era de carácter contenido, corto de palabras, pero chinchudo. Como mayor de nueve hermanos, se había acostumbrado a mandar:

—Si no, yo no tengo problema en irme de la organización...

—Bueno, voy a arreglar para que vayas a alguna acción, podría ser un desarme para empezar. Vas a venir conmigo y con Mario.

Mario —Eduardo Fotti— había sido compañero de medicina de Menna y ya estaba en el frente militar. Pasaron algunos días: Alejandro había aprovechado para chequear varios policías en los barrios donde iban de vez en cuando con la agrupación estudiantil a colaborar con los vecinos haciendo calles, cloacas, zanjas. Menna no tocaba el tema. Alejandro volvió a la carga:

—Che, habíamos quedado que iba a ir a una acción...

—Hablé con Robi y me dijo que está bien, que vayamos.

Una semana después, los tres militantes estaban en el barrio Güemes, estacionando un citroën robado a dos cuadras de donde debía estar el policía que había chequeado Alejandro. El plan era simple: Fotti iba a simular una tonada tucumana y le iba a preguntar al policía dónde quedaba el barrio Argüello. Mientras ellos hablaban, el Gringo y Alejandro cruzarían desde la vereda de enfrente y lo agarrarían por sorpresa. Cada uno llevaba una pistola en el cinto. Mientras Fotti se acercaba al policía, el Gringo apuró a Alejandro:

—Dale Lucas, apretalo.

Alejandro desenfundó la cuarenta y cinco y apuntó al policía a un metro de distancia, para que no le pudiera tirar un manotazo.

—Somos del errepé...

El vigilante lo miró desconcertado:

—Y yo qué tengo ver...

Menna, sin mostrar ningún arma, puso más autoridad.

—Que nos vamos a llevar tu pistola.

Alejandro le sacó el arma y los cargadores. El Gringo terminó su explicación:

—Ustedes no son el enemigo, pero deciles a tus compañeros que a los que torturen los vamo' hacer cagar...

Después le dijeron que se quedara quieto contra la pared un buen rato, porque lo iban a estar vigilando, y se fueron a paso ligero. Se subieron al Citroën; apenas habían hecho unas cuadras cuando vieron a otros dos policías cruzando una esquina.

—Uy, mirá...

—Dejá el auto a la vuelta.

Alejandro manejaba y lo sorprendió la naturalidad con que hablaban sus compañeros. El procedimiento y las frases fueron más o menos las mismas: en pocos minutos habían conseguido tres pistolas. De vuelta en el auto, el Gringo combatía los nervios repitiendo que iban a mandar a toda la policía de la provincia a Argüello a buscar a uno con tonada tucumana. Antes de bajarse, les dio las últimas instrucciones:

—Lucas, mañana mandá el comunicado a los diarios... Firmalo Comando Santiago Pampillón del errepé.

Alejandro pensó que, después de todo, no había sido tan difícil. Que, como tantas otras cosas, era mucho peor antes que durante.

**Septiembre de 1970.** En agosto de 1969, unas 400.000 personas se reunieron en Woodstock para pasar «tres días de paz, música y amor», y el director Mike Wadleigh los filmó en un documental. En septiembre de 1970, el documental estaba por estrenarse en Buenos Aires: la revista *Siete Días* convocó a dos docenas de jóvenes a que lo vieran y opinaran. En las fotos de los asistentes hay algunas barbas y pelos largos, pero también muchos cortes atildados y pulóveres de cashmir cuello en ve. Las mujeres, como tenían que sentarse en el suelo, fueron con pantalones.

«... Jorge Montes (ejecutivo de una discográfica): La película me pareció bárbara, expresión clara de un cine de trascendencia, con mensaje. La gente

reunida allí forma parte de un movimiento de protesta silenciosa. Quizá lo que más me sorprendió fue su pasividad, tanto como la ausencia en el escenario de verdaderas canciones de protesta. Es contradictorio tratándose de una juventud que dice odiar la sociedad de consumo.

»Alejandro Vignatti (periodista): Woodstock puede no haber sido un festival de protesta, pero es el fiel reflejo de la nueva juventud estadounidense. Como expresión musical, noté la saludable influencia del sentimiento folk; en lo personal, una preocupación por ser cada día un poco más ellos mismos. Esta gente puede ser la avanzada de una paz violenta, como la que quería Mahatma Gandhi. Pero los asistentes al festival (no son hippies, ése es un fenómeno anticuado) están condicionados por la sociedad que los agobia, no les permite tener vida privada. Cuando algunos de ellos llaman a sus hogares para decir que están bien “a pesar de la lluvia y el barro”, no hacen más que mostrar su enlodamiento mental, la fuerza de su cordón umbilical no cortado. La película como tal me parece muy importante: un eslabón más para dejar de vivir para creer e intentar vivir para crear.

»Mónica Socolovsky (manager de conjuntos beat): No estoy de acuerdo con lo que dicen. Soy argentina, vivo en EE.UU. y estuve personalmente en Woodstock. Fueron tres días durante los cuales 400 mil personas le dieron la espalda a la sociedad, se pusieron fuera del sistema.

»Siete Días: ¿Y después qué hicieron?

»Socolovsky: Bueno, no tienen más remedio que volver a participar del sistema. Pero durante el festival dictaron sus propias normas de conducta, vivieron comunitariamente en paz.

»Marta Minujín (plástica): Claro. Y ésa es la característica del fenómeno hippie. En los Estados Unidos hay 4 mil comunidades hippies que comparten un mismo ideal de amor. La sociedad americana no enseña a amar. Allá costó tres años de lucha lograr que se aceptara la libertad de ser, de vivir de los hippies. Y eso dentro de muy poco, quizá un par de años, lo conseguiremos aquí. Los músicos serán la avanzada de ese movimiento progresista.

»S.D.: ¿Qué opinan los músicos aquí presentes del papel que les asigna Marta Minujín?

»Litto Nebbia (Los Gatos): Sólo puedo hablar de mi experiencia personal. La música es el mejor medio de comunicación, el mejor entre todas las artes. Me basta con tomar la guitarra y cantar para que 100 personas se reúnan junto a mí.

»S.D.: ¿Y qué opinás de Woodstock?

»Nebbia: A mí me reventó Woodstock porque interpreto que eso fue un comercio, un festival con fines de lucro. Y con respecto a los hippies, en la Argentina nunca vi a ninguno».

En esos días, un grupo dirigido por el disc-jockey Edgardo Suárez estaba organizando un festival de «tres días de sol, música y amistad» en la laguna de Lobos, a un centenar de kilómetros de la capital, para el día del Estudiante. Los organizadores pensaban montar 5000 carpas, destinar 400.000 metros cuadrados a estacionamientos, 400 botes para pasear o pescar, 60 baños, médicos, bomberos y 250 agentes de seguridad. Lo cual le costaría 60 millones de pesos, que pensaban recuperar con las entradas —a 500 pesos, un dólar y medio, cada una— y las concesiones a vendedores de alimentos y bebidas —«pero nada de alcohol». Suponían que iban a reunir entre 100.000 y 250.000 personas.

Mientras tanto, en *Siete Días*, los jóvenes seguían hablando de Woodstock:

«Mario Giesso (creador de posters): Yo me pregunto si reuniones como esa indican que el establishment peligra. Estoy tentado de responderme que no.

»Liana Taborda (socia de Giesso): Para mí fue algo patético. Al ver la película creí estar frente a los cristianos marginados de Roma. Los concurrentes al festival se apretaban entre sí como los pollos. Y lo del consumo de drogas me pareció tremendo.

»Nebbia: Las drogas atañen al individuo, no al grupo. Por eso los estupefacientes son respuestas personales a determinadas necesidades.

»Socolovsky: Los que se drogaban en Woodstock lo hacían para crear, como pasión creadora. ¿No hay acaso ejecutivos que las toman para conseguir tranquilidad? Las drogas, para esos jóvenes, son sólo una etapa. Sus padres también se reventaron el hígado consumiéndolas para evadirse.

»S.D.: ¿Cómo combaten los hippies eso que llaman el sistema, la estructura?

»Minujín: Somos un producto del sistema. En Woodstock fue fantástico porque la sociedad de consumo advirtió que debía financiarnos, a los hippies, el festival.

»S.D.: ¿Qué se gana, por ejemplo, con romper las tarjetas de reclutamiento para ir a Vietnam?

»Minujín: Protestar.

»Nebbia: Yo soy un músico latinoamericano y, con mi música, no voy a salvar a nadie. No me interesa lo que pasa en Vietnam. Sí lo que siento yo

cuando toco. (...)

»Montes: Por ahí alguien habló del amor entre hippies. Creo que no se debe confundir amor con erotismo. Las relaciones sexuales, cuando intervienen varias personas, caen dentro del erotismo.

»Mónica Cramer (modelo): Eso que dice Montes no tiene nada que ver. Yo puedo tener un manzano que me dé una manzana, pero si tengo diez, tanto mejor. Más manzanas voy a disfrutar.

»S.D.: ¿En síntesis, existen o no los hippies?

»Minujín: Mirá, en Buenos Aires hay como 5 mil hippies que viven escondidos. Así y todo, con ellos logramos editar tres números de nuestra propia revista subterránea (20 ejemplares manuscritos): *El mundo de lo inadvertido*. ¿Por qué la editamos? Porque ningún hippie consciente puede leer los diarios y revistas que se hacen aquí, ensuciados por el dinero que tocan las manos de la sociedad de consumo. Vivimos el presente. Le decimos a la gente: “Tome de mí lo que usted quiera. Sólo espero de usted amor”. No queremos ser ni tener líderes.

»S.D.: ¿Y vos qué sos?

»Minujín: Bueno, en cierto modo lo soy, pero mi tarea principal es reclutar gente. Y para los que no creen les digo que este movimiento ya no lo para absolutamente nadie».

La semana siguiente la película se estrenó en el cine América. Dos días más tarde el gobierno prohibió su exhibición.

Además de su militancia en el FATRAC, Nicolás Casullo seguía trabajando en la revista naval y viéndose con intelectuales y escritores. Estaba convencido de que tenía que mantener el espacio de la charla y la calle Corrientes, como una manera de no entregar toda su vida a la política: le parecía necesario. Algunos jueves, por ejemplo, iba a las reuniones de la revista *Los Libros*, en la librería y editorial Galerna, de Willi Schavelzon, que la editaba: ahí se juntaba Héctor Schmucler, el director de la revista, con Ricardo Piglia, David e Ismael Viñas, Germán García, Beatriz Sarlo y varios otros. Las discusiones sobre literatura, crítica literaria, ideología y conocimiento estaban muy llenas de política, y la política se discutía con un pacto tácito: en general, cada cual intuía dónde estaba el otro, o reconocía en sus argumentos la adhesión a determinada corriente, pero esas pertenencias orgánicas no solían ser explícitas. Se suponía que cuanto menos se supiese, mejor era. Por si acaso.

Nicolás pensaba que era una época de autenticidad y demás caras. Por un lado, arriesgaban el pellejo y, por otro, disimulaban qué hacían y con quién. Una época de convicciones y de dudas. Él, y otros, amaban la literatura, escribir, leer y releer a los autores más queridos, y al mismo tiempo sentían la incertidumbre de viajar aceleradamente hacia el abandono de esos amores íntimos, de esas artesanías solitarias.

Nicolás se encontraba a veces con Piglia, o con Dal Masetto, con Plaza o con Briante en algún café, o con Germán García en la librería de Jorge Álvarez. García estaba entusiasmado leyendo a Nietzsche y se empeñaba en decir que la Argentina se había vuelto loca, que estaba metiéndose en una cultura de la muerte de dónde iba a ser difícil salir:

—Es una forma siniestra de uso de la violencia, una manera de usar la violencia para hundirse en la propia muerte.

—La revolución siempre exigirá una cuota de destrucción, de duelo, de días sombríos. Tiene un fondo cristiano de cruz y martirio. El Comité de Salud Pública, Saint Just.

—Pero la revolución no es un sufrimiento auténtico, no es una sobreabundancia trágica de vida, sino un cálculo mezquino, una ley científica, un saber universitario marxista, la triste astucia del que se siente justo y víctima. Insoportable.

—Cierto, sin duda, y todas las figuras ya están en Dostoievsky. Pero en todo caso las vanguardias también tienen algo de dionisiacas, de alta montaña y vuelo de las águilas. Sucede que en algún momento se necesita volver al núcleo de razón de la historia, para cambiarla. Entonces se precisa un espíritu orgánico organizador, un intelectual como lo piensa Gramsci en la cárcel. Estar en la cárcel es una forma definitiva de estar en el mundo, y desde ahí pensarlo. Es un sufrimiento auténtico.

—El tipo que vale está siempre solo con su alma.

Los sábados iba al grupo con Rozitchner, donde estaban viendo los capítulos centrales del *Capital* junto con Carlos Tarsitano, Pepe Eliashev, Jarito Walker. El estudio era meticuloso: podían pasarse dos semanas discutiendo una frase del texto de Marx. Pero después, con el café, hablaban de política: León Rozitchner criticaba casi todo lo que comenzaba a mostrar la nueva izquierda armada o no armada. Le discutían que así era muy difícil avanzar en cualquier opción:

—Es cierto, ningún partido es perfecto, pero es la única forma de que nuestra participación sea revolucionariamente creíble, y no puro ideologismo intelectual.

—No lo acepto. Los momentos de alto voltaje de las políticas proletarias exigen más que nada una conciencia crítica salvada de cualquier visión dogmática. Exigen un intelectual marxista con la necesaria distancia para ver de qué se trata. ¿Qué significa peronismo revolucionario, si el justicialismo es básicamente un fascismo vernáculo? ¿Qué significa el guevarismo foquista sino un simple aventurerismo en el supuesto nombre del socialismo marxista? ¿Cuáles son nuestras auténticas armas?

—Si todo es un equívoco, un aventurerismo, ¿para qué estamos leyendo y discutiendo a Marx, para qué enseñamos Marx, por esnobismo de época? El Che dice que sólo la participación política más plena y directa le permite al hombre comprender su propia magnitud humana.

—En eso concuerdo: la entrega total a la revolución es el mandato a obedecer por el intelectual. ¿Pero cuál es ese lugar? ¿Un aparato, un mito, cosas que no me dejan ver realmente las cosas? ¿Una política que piensa que Evita fue de izquierda?

—Se hace la revolución o se la charla. Gramsci critica el individualismo retórico, critica a los artistas conspiradores de café y a los sacadores de revistas culturales, a la pedantería del pensador solitario.

—No te equivoques, él critica a los que sólo enfocan la cultura y el arte desde un marxismo escolástico. Dice que ahí la política normativa siempre fracasa, lleva al artista y al intelectual a ser siervos de un nuevo amo.

—También Trotsky piensa que la política revolucionaria jamás coincide espontáneamente con la cultura del pueblo, y que el arte de la revolución es hacerla coincidir. ¿Pero cómo?

—Inscribiéndonos en las contradicciones de la historia concreta, en nuestro destino...

—Hacerse peronista.

—¡Por favor, ésa es la gran farsa que hoy parece estar a la orden del día!

Para salir un poco del sofocante mundo político, Nicolás y Mónica se encontraban a veces con Edgardo Cozarinsky, que acababa de renunciar a su trabajo de asesor en Losada y estaba pensando en dedicarse de lleno al periodismo, o irse a París y jugarse al cine. Nicolás también se veía cada tanto con Manuel Puig, convertido en bestseller con *La Traición de Rita Hayworth* y tan lejos de los sacrosantos teóricos marxistas.

Con Manuel Puig recuperaba perdidas atmósferas literarias, pero además gozaba de su desenfado. Nicolás se daba cuenta el afecto entrañable que sentía por ese violador de valores, tabúes e hipocresías: Le gustaba cuando le contaba historias escandalosas de su vida privada, jugando a las grandes

locas. O cuando lo agarraba del brazo por la calle para decirle mirá que hermosa, me vuelve loco, señalándole el culo de un muchacho apolíneo. Le encantaba contar anécdotas, ciertas o imaginarias, y les daba un tono tan real, tan verosímil, que Nicolás lo escuchaba fascinado y no podía dejar de preguntarse si los bravos varones de la lucha revolucionaria lo aceptarían o lo meterían en cana de por vida en nombre de la moral proletaria. Puig hablaba poco de política pero, cuando hablaba, era concluyente:

—Es terrible lo que sucede, Nicolás, ya no podés hablar de nada porque de inmediato aparece un delirio facho o una exaltación al guerrillero. ¿Dónde quedaron las buenas costumbres, por Dios?

—¿Qué buenas costumbres?

—No sé, pero debe haber alguna, hacé memoria. ¿Ves? Ya no quedó ninguna.

—Vas a ver cuando llegue el socialismo, Manuel, ya vas a ver.

—Estoy seguro que con el socialismo van a volver todas las buenas costumbres de las que nos fuimos librando. Haceme caso a lo que te digo: esto va a terminar muy mal, muy mal.

Nicolás lo escuchaba con cierta preocupación: a veces le parecía que podía tener razón pero, al cabo de un rato, tampoco le resultaba difícil pensar que lo decía alguien sin conciencia revolucionaria. Su vida en esa época eran dos mundos y, durante cierto tiempo, Nicolás prefirió tratar de mantener los dos, paralelos, incontaminados. Por las noches, hasta bien entrada la madrugada, tecleaba en la remington su novela; a la mañana se iba a la revista de Potof, y todo el resto era militancia. Esa primavera discutió con Ramón Plaza la idea de reunir a un grupo de escritores para intentar armar un mínimo frente contra la dictadura. Los psicoanalistas, los arquitectos, los plásticos ya lo estaban haciendo y los escritores, en cambio, ni de lejos. Nicolás organizó una reunión en su departamento de Reconquista y Paraguay.

En el primer encuentro estaban Piglia, García, Plaza, Dal Masetto, Briante, Carnevale y alguno más, y hablaron de cómo se podía armar un espacio de escritores, fuera de las estéticas específicas de cada cual y sin poner en discusión estilos ni formas narrativas: no se trataba de formar una escuela estética sino de encontrar formas de intervención casi sindicales, frentistas, políticas. Se podría redactar un documento o manifiesto, gestar algún evento, elaborar una antología, reunir a otros escritores de Buenos Aires y del interior. Al fin y al cabo, la mayoría de los intelectuales comprometidos eran escritores. Pero, a la vez, el escritor era el intelectual más reacio a



quebrar su aislamiento. La primera reunión fue buena, y quedaron en verse unos días después.

Durante la segunda reunión los escritores siguieron discutiendo cómo hacer para juntarse en una profesión tan individualista y, más que nada, cuál era la misión de un intelectual en tiempos revolucionarios. Las posiciones chocaban entre los que decían que el escritor tenía que seguir siéndolo en todo momento y los que decían que cuando la historia planteaba otras urgencias, el escritor no tenía derecho a seguir detrás de su máquina sino que tenía que cambiarla por un compromiso más colectivo y directo.

—Eso puede discutirse, pero hay una cuestión previa. Está claro que si formamos este grupo, alguna organización política va a estar detrás, y seguramente va a querer manejar y usarnos en su provecho. Siempre es así...

Empezaron a ventilarse suspicacias. Nicolás planteó que varios de los concurrentes tenían o debían tener compromisos con diversas agrupaciones políticas, lo que no impedía acordar un programa mínimo de acción conjunta para ciertos casos y encrucijadas: denuncia de la penetración imperialista en la cultura, adhesión a las luchas revolucionarias en América Latina, fraternidad con Cuba amenazada por la agresión yanqui, etcétera. La reunión terminó en un clima tenso, donde se decían pero también se callaban cosas, y quedaron en verse la semana siguiente. Pero, dos días después, Nicolás estaba por irse a dormir cuando escuchó el timbre de su casa. No eran horas:

—¿Nicolás Casullo?

—Sí, buenas noches. Somos de Coordinación Federal. No, no se preocupe, es una operación de rutina. Estamos controlando porque ha habido denuncias de que aquí se reunió una cantidad de gente en dos ocasiones y...

Nicolás negó todo y los dos agentes se fueron al cabo de unos minutos. Sólo querían intimidarlo. La reunión siguiente fue suspendida y, en menos de una semana, Nicolás se había mudado a un departamento en Córdoba y Reconquista, y se prometió que lo mantendría absolutamente tabicado.

La tercera reunión fue un fracaso, y no hubo más. En esos días, Nicolás le había llevado su novela recién terminada a Carlos Pérez Editor, y estaba esperando respuesta. Daniel Hopen le había propuesto que adaptara, «nacionalizara» junto con un músico, Fito Reisin, una obra de teatro de Peter Weiss, *Trotsky en el exilio*, para ver si podía ponerla en escena un grupo de teatro vinculado al FATRAC. Era, finalmente, una manera de contribuir a esa nueva cultura de la izquierda, que ellos, entre otros, tenían que construir.

**Septiembre de 1970.** Nadie nunca supo por qué dos de las seis personas más buscadas del país se reunieron en una pizzería de un suburbio porteño donde cualquiera podía reconocerlos. Eran las ocho y cuarto de la noche del lunes 7 de septiembre: la pizzería estaba casi vacía, se llamaba La Rueda y quedaba cerca de la estación de William Morris, en el oeste del gran Buenos Aires. En una mesa junto a la ventana estaban sentados Fernando Abal Medina, Sabino Navarro y Luis Rodeiro. Afuera, en un Peugeot 404 bordó esperaba y vigilaba Carlos Ramus; un poco más allá, en un Fiat 1500 blanco, estaba Carlos Capuano Martínez. Una semana antes, Abal, Ramus y algunos más habían asaltado la sucursal Ramos Mejía del Banco de Galicia, de donde se llevaron 36.000 dólares. El dueño de la pizzería también había visto a Abal Medina en los carteles de buscado, y llamó a la policía.

Llegó un patrullero de la Provincial con cuatro agentes: dos entraron en el salón y fueron hacia la mesa de la ventana, a pedir documentos. Mientras los veía venir, Navarro quiso sacar su pistola, pero Abal Medina le dijo que no, que iban a zafar con la chapa. Abal tenía una chapa de la policía: se la mostró a los provinciales, que se fueron caminando. Pero justo entonces, afuera, los otros dos empezaron a tirotearse con Ramus.

Cuando le fueron a pedir documentos, Ramus sacó una pistola y una granada. La granada le explotó en las manos: murió con un grito que los testigos recordarían con espanto, y el ruido alertó a los otros dos policías. Navarro y Abal también empezaron a tirar. Los policías se refugiaron en una obra en construcción, enfrente, y tiraban desde ahí contra la entrada de la pizzería. Navarro y Abal tiraban desde adentro, cuerpo a tierra, hasta que decidieron que si se quedaban ahí estaban perdidos. Cuando trataron de salir, Abal cayó con un tiro en el pecho; Navarro vio que estaba muerto y consiguió escaparse hacia la casa de al lado y después siguió viaje por los fondos.

Mientras tanto, en la calle, Carlos Capuano vio que no podía hacer nada y aprovechó la confusión para escaparse. Rodeiro, que no tenía armas, terminó detenido. En el Peugeot, los policías encontraron papeles y documentos con nombres y apodos de militantes de la organización. Mientras se llevaban los cadáveres, el dueño de la pizzería preguntaba quién iba a pagar los destrozos: «Ahora va a venir más gente, no lo niego, pero me dejaron el spiedo agujereado con 17 balazos».

Al día siguiente, los periodistas trataban de averiguar más sobre los muertos: «Es un disparate la ideología que se pretende atribuir a mi hermano», declaró Juan Manuel Abal Medina, seguidor del político

nacionalista Marcelo Sánchez Sorondo; «Fernando era un nacionalista católico».

El entierro se hizo el viernes 11 en la Chacarita. Los féretros entraron cubiertos con una bandera argentina que la policía obligó a retirar, y entre las coronas estaba la de Juan Domingo Perón. Arturo Jauretche y Miguel Gazzera asistieron al funeral. El padre Carlos Mugica —de quien los muertos se habían distanciado casi tres años antes— los despidió diciendo que «se comprometieron con la causa de la justicia, que es la de Dios, porque comprendieron que Jesucristo nos señala el camino del servicio. Que este holocausto nos sirva de ejemplo». El padre Hernán Benítez, antiguo confesor de Eva Perón, también dijo una oración: «Fueron asesinados por la Nación, que no supo comprenderlos, darles un camino, calmar su sed de justicia. La sociedad los ha juzgado, castigado y destruido, pero si tienen que responder ahora a la requisitoria del Señor “¿has dado de comer al hambriento y de beber al sediento?” ellos pueden responder que han dado sus vidas para que en el mundo no hubiera hambre ni sed».

Cuando terminó el entierro, los dos sacerdotes fueron detenidos por la policía acusados de incitación a la violencia, y se pasaron varios días presos. Poco antes, la revista *Cristianismo y Revolución* había publicado una entrevista con el padre Benítez:

«—En el fondo, del asesinato de Aramburu, más responsables que los curas del Tercer Mundo es usted, soy yo, es el cardenal Caggiano y el propio Aramburu.

»Porque, observe usted, los jóvenes señalados por la policía como ejecutores del hecho no son de extracción peronista. No son gente del pueblo. No son ni hijos ni parientes de los 29 argentinos, unos asesinados, otros ejecutados en junio del 56. Huelen a Barrio Norte. Católicos de comunión y misa regular. Algunos, hijos de militantes de los comandos civiles. Al caer el peronismo contaban cinco o diez años. Nacieron y crecieron oyendo vomitar pestes contra el peronismo.

»¿Qué los lleva a reaccionar violentamente contra el medio social en el que se acunaron? A mi entender dos causas. Primera: la convicción de que sólo la violencia barrerá con la injusticia social. Por las buenas jamás los privilegiados han cedido ni uno solo de sus privilegios. Estos jóvenes sienten, con una fuerza que no sentimos los viejos, la monstruosidad de que un 15% posea más bienes que el 85% restante. Viven en un estado de indignación y de irritación del que apenas podemos formarnos idea.

»—Pero sólo en la selva se hace justicia por propia mano. La civilización cuenta con organismos judiciales, a quienes compete juzgar los crímenes.

»—No, mi amigo. No hable usted de los recursos de la justicia. Hable de la conculcación de la justicia. No son estos muchachos quienes introdujeron la ley de la selva. El responsable directo del genocidio de José León Suárez fue acusado y procesado. ¿Conoce usted el resultado? Cuando iba a efectuarse su prisión preventiva por orden del juez Dr. Hueyo, interviene el fuero militar. Pretexta que el acusado es coronel del ejército. Lo sustrae de la justicia civil. Y nunca más vuelve a saberse del proceso.

»El 1.º de mayo de 1958, Frondizi asume el mando. Su discurso inaugural del Congreso “baja el telón” —es su frase— sobre las atrocidades de la Revolución Libertadora con una inusitada amnistía: queda impedido enjuiciar el pasado de “los libertadores”. De esta suerte, a quien pretenda justicia sólo le queda la ley de la selva...

»—Pero, ¿usted no cree que quienes ejecutaron a Aramburu van mucho más allá del peronismo?

»—No me cabe la menor duda. Las ideas revolucionarias de nuestros jóvenes dejan muy atrás los ideales justicialistas. Estos guerrilleros de misa dominical, que juzgaron y condenaron a Aramburu, no conocieron por dentro el peronismo. Conocieron por dentro el antiperonismo. Conocieron y padecieron los desaciertos de los gobiernos posteriores. Padecieron el galopante deterioro de la economía, la entrega del país, el saqueo que nos están haciendo los monopolios yanquis, la prepotencia de militares que se constituyen árbitros supraconstitucionales del destino de la República, como si los lloviera el cielo, y no siempre son modelos de sobriedad.

»Nuestros guerrilleros padecen algo peor todavía. Un escándalo que tortura increíblemente a las generaciones jóvenes: la proscripción del 80% de los argentinos, exiliados en su patria, sin representación, sin voz ni voto, sin arte ni parte en nada. Y, para mayor escarnio, condenados a oír a cada rato a los solitarios del poder arrogarse la representación de todo el pueblo. Cuando el pueblo los abomina».

Tras la muerte de Abal Medina y Ramus, los Montoneros quedaron en una situación muy precaria. Sabino Navarro, el obrero buen mozo, se hizo cargo de la jefatura de la organización, que no tenía entonces más de veinte miembros. Durante semanas, los militantes más conocidos se escondieron en un par de casas operativas que les habían prestado sus compañeros de las Fuerzas Armadas Peronistas. En esos meses, la organización Montoneros estuvo a punto de desaparecer.

—¿Juráis o prometéis desempeñar fielmente la presidencia de la República, conservar la integridad territorial de la Nación, guardar y hacer guardar la Constitución y sus leyes?

—Sí, prometo.

Dijo, sin titubear, en voz un poco baja pero firme, el ciudadano Salvador Allende Gossens y afuera, en la vereda del Parlamento de Santiago de Chile, hubo gritos y banderas rojas y chilenas que se agitaban por sobre las cabezas. Nicolás Casullo, en medio de la batahola, le dijo a Daniel Hopfen que a ver si al final resultaba que era posible llegar al socialismo por la vía democrática.

—Primero, que Chile es un país totalmente distinto de la Argentina. Segundo, vamos a ver a qué llamamos socialismo. Acá todavía falta mucho camino por recorrer.

Daniel, Nicolás, Mónica y otros cuatro militantes del FATRAC habían llegado, junto con varios cuadros del PRT, en ómnibus desde Buenos Aires. El viaje había sido largo, pero la fiesta valía la pena. El 4 de septiembre, el candidato socialista de la Unidad Popular había ganado las elecciones con el 36 por ciento de los votos: la diferencia con la Democracia Cristiana no era grande pero le permitía formar un gobierno de coalición con tres ministerios comunistas, tres socialistas, tres radicales, y otros seis —entre ellos, un ministerio de Protección a la Mujer— en manos de grupos menores de la izquierda. Era la primera vez que, en América Latina, una alianza que se decía marxista llegaba al poder por elecciones: ese 4 de noviembre, su asunción despertaba grandes expectativas.

En la calle, miles de personas cantaban que la izquierda unida jamás será vencida, y las consignas de cada agrupación:

—¡Eme y a, ma; pe y u, pu: Mapu, mapu, mapu!

—¡Jota, jota, ce, ce: Juventudes Comunistas!

—Parece que estamos en la etapa alfabética.

Dijo Nicolás. Mientras su marido recibía abrazos y apretujones, Hortensia Bussi de Allende le decía a un periodista argentino que estaba muy feliz pero que «este honor le podría haber tocado a cualquier militante de la Unidad Popular. Deseo que muy pronto ustedes los argentinos compartan una alegría similar». Un poco más allá, Pablo Neruda, senador comunista, que había querido ser ese candidato y no lo había conseguido, repartía miradas y sonrisas y recibía vivas y saludos. Allende caminó hasta la Catedral, donde recibió parabienes y bendiciones del cardenal Silva Henríquez y de los ministros de otros cuatro cultos reformados. En la esquina del templo, la

delegación de la Federación Juvenil Comunista argentina gritaba que Chile es el camino para los argentinos.

De los edificios vecinos caía infinidad de papelitos. Hacía calor, y no era fácil conseguir bebidas. Después de la ceremonia religiosa, Allende se subió a un coche descubierto y fue, a paso de hombre, recibiendo ovaciones, hasta el palacio de la Moneda, para ocuparlo oficialmente. En la puerta, un tipo de pelo largo y barba enarboló un asta de bandera y trató de lanzarse contra un auto diplomático. Gritaba con acento brasileño:

—Lo voy a matar. Voy a matar a esa rata brasilera.

Su víctima iba a ser el embajador del gobierno del general Garrastazu Medici, pero el equipo de seguridad de la Unidad Popular le salió al cruce y lo atajó:

—Tranquilo, tranquilo. Nada de provocaciones, compañero.

Poco después, al caer la tarde, el nuevo gobierno daba una recepción oficial en el patio de los Naranjos. Daniel, Mónica y Nicolás se acercaron hasta la puerta pero el control era muy estricto. Adentro, Raimundo Ongaro se encontraba con Julio Cortázar, de traje y corbata:

—Hermano, ¿cuándo te venís a luchar junto a nosotros, a la Argentina?

Entre los invitados también estaban Lautaro Murúa, Nicolás Guillén, Rodney Arizmendi, Rodolfo Puiggrós, Paul Sweezy, Carlos Rafael Rodríguez y muchos otros intelectuales y militantes de la izquierda latinoamericana. No había grandes representantes oficiales: el vicepresidente del Soviet Supremo de la URSS y el secretario adjunto para América Latina del departamento de Estado americano eran figuras menores. En cambio Ho Si Ngol y Oan Tin Ka, enviados oficiales de Vietnam del Norte, llegaron tarde porque se perdieron, a su llegada, en el aeropuerto de Pudahuel. Raimundo Ongaro estaba pletórico, e insistía en llevarse a todos los que se le cruzaban a charlar con el cristiano Jacques Chonchol, del Mapu, nuevo ministro de Agricultura, que tendría que organizar la reforma agraria:

—Pero hay que tener cuidado con los comunistas prosoviéticos, que van a tratar de cambiarle el signo al proceso.

Decía a quien quisiera escucharlo. Afuera, Nicolás y Mónica recorrían las calles de Santiago en plena fiesta. Alguien contaba que había aparecido en el río Mapocho, en plena Alameda, una raya marina que también había querido estar presente. En la plaza de la Constitución, la sinfónica de la Universidad de Chile interpretaba el coral «Peregrinus Spectavit» del *Alexander Nevski* de Prokofiev. Unos diez mil «rotos» escuchaban en silencio más que respetuoso.

—¿Quién dijo que el verdadero arte no está al alcance de las masas?

Dijo Nicolás, exultante. En la Alameda había baile de cueca y los vendedores de sangría y de jugo de chirimoya gritaban sus productos. Desde todas las esquinas volaban barriletes con la cara del Che Guevara. En un puesto de la Federación Estudiantil, los paseantes se empujaban para tirar dardos contra un dibujo del Tío Sam: «Haga patria, pinche a un yanqui», decía el cartel. Al lado, un guitarrista acompañaba a cuatro o cinco que pedían con entusiasmo que la tortilla se vuelva:

—... que los pobres coman pan,/ que los pobres coman pan,/ y los ricos mierda, mierda...

La noche siguiente, en el estadio Nacional, era el gran acto. Nicolás, Mónica y los otros ya estaban llegando y comentaban su sorpresa porque los asistentes caminaban casi en silencio, sin grandes jolgorios, cuando escucharon unos bombos a lo lejos.

—Ah, ahora sí vienen los militantes. La verdad que no se entendía que cantaran tan poco...

Los bombos llegaban en un camión lleno de banderas argentinas y, en el medio, Raimundo Ongaro dirigía el coro:

—Los muchachos peronistas/ todos unidos triunfaremos...

Poco después, Nicolás, Mónica y Daniel se encontraron, ejecutando viejas prácticas futboleras, en una posición privilegiada, a diez metros del palco central de oradores. No había muchas consignas pero el ambiente era de alegría y mucha emoción. Primero se presentó Dean Reed, un cantor pop americano que había tenido cierto éxito en el show business años antes, y últimamente se había vuelto izquierdista y recorría América Latina hablando mal de los yanquis y cantando que si tuviera un martillo golpearía en la mañana, golpearía en la noche, por todo el país, con espantoso acento gringo. Lo aplaudieron mucho. Y enseguida le llegó el turno al compañero presidente:

—... El pueblo de Chile tiene ahora una responsabilidad histórica; ha entrado conmigo a la casa de los presidentes de Chile. Mi gobierno será auténticamente del pueblo, y el pueblo sólo progresa trabajando y produciendo... Tendremos que trabajar y producir más, pero eso sí... ¡para Chile y los chilenos y no para unos pocos!

Las ovaciones eran cerradas. Allende apenas podía hacerse oír:

—La juventud es y será la vanguardia en esta tarea de construir una nueva patria. Hemos triunfado de una manera que es una lección ante el mundo... Sostengo y reitero que es en la unidad de este movimiento nuestro, profundamente nacional y patriótico, donde está la base de nuestro éxito...

Vamos a arrasar con las dificultades artificiales con las que quieren oponernos y vamos a avanzar por el camino de hacer posible una nueva vida, distinta y mejor, para todos los chilenos...

Decía el presidente. Su discurso era lo más amplio posible, y no quería olvidarse de nadie:

—Debo rendir homenaje también a las Fuerzas Armadas chilenas por su acatamiento a la voluntad popular...

Después del acto, Nicolás, Mónica, Daniel y los demás terminaron comiendo mariscos con vino blanco en un bodegón del centro atestado de izquierdistas latinoamericanos. Parecía como si todos ellos se hubieran dado cita esos días en Santiago. Cantaban, brindaban cada diez minutos por algún triunfo, apuraban sus copas. Después, en la calle, los festejos siguieron hasta la madrugada. Al otro día, un militante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria —el MIR, que tenía buenas relaciones con el PRT— los llevó a pasear por los barrios altos de la ciudad: Providencia, Las Condes. Las casas de los ricos parecían vacías, y el chileno les contó que los momios habían formado «brigadas blancas» para defender a sus mujeres y niños del ogro comunista.

—Como si lo que nos interesara fueran sus mujeres y niños, huevón.

Los argentinos se quedaron en Santiago unos días más. Por las noches solían ir a los campamentos del MIR en los suburbios: eran poblaciones organizadas por la izquierda, autocontroladas, vigiladas con guardias armadas, donde todo se decidía en asambleas de los vecinos y los bienes y los servicios estaban socializados. En esas poblaciones, los argentinos hablaban con otros militantes chilenos o latinoamericanos, se enteraban, discutían, y todo solía terminar en largas guitarreadas junto a un fuego y una botella de pisco. Era sorprendente estar en un territorio donde la legalidad estaba a cargo de una organización de izquierda armada:

—Lo que no me queda claro es esta dualidad en los poderes. Acá todo está en manos del MIR, pero a dos kilómetros hay un cuartel del ejército, y las instituciones burguesas siguen funcionando plenamente. ¿Eso cómo se entiende?

—Bueno, compañero, ahí está la contradicción, y en eso tenemos que trabajar, para ir ganando cada vez más espacios, más poder...

—¿Pero les parece que la democracia va a aguantar esta dualidad, que no va a saltar todo por los aires?

—No, compañero, hay que entender las peculiaridades del proceso chileno. Esto no es como la Argentina o como Brasil, donde hay una tradición



de golpes militares y de intervención del ejército en la vida civil. Acá la experiencia democrática es de muchos años, y está muy asentada... Aunque igual hay que armarse y estar listos por si llega a pasar cualquier cosa, ¿me entienden?

Los argentinos eran un poco escépticos pero, al mismo tiempo, no podían negar la realidad de lo que estaban viendo. En esos días, en una entrevista, el presidente Allende —el camarada Chichoff, como lo llamaba la prensa de derecha— anunciaba algunas de las primeras medidas económicas de su gobierno:

«—Las expropiaciones forman parte del proceso de transformación de nuestra economía. Como primera medida se nacionalizarán algunas riquezas básicas que están en poder de capitales extranjeros y de los monopolios internos: la gran minería del cobre, salitre, hierro, carbón mineral, el sistema financiero del país (banca privada y seguro), el comercio exterior, las grandes empresas y monopolios de distribución, los monopolios industriales estratégicos y, en general, aquellas actividades que condicionan el desarrollo económico y social del país, como la producción y distribución de energía eléctrica, el transporte ferroviario, aéreo y marítimo, las comunicaciones, el petróleo y sus derivados, la siderurgia, el cemento, la petroquímica, la química pesada, la celulosa y el papel.

»—¿Usted descarta la posibilidad de que un eventual pronunciamiento militar pueda impedirle concretar sus proyectos?

»—Un pronunciamiento militar está absolutamente descartado. Me baso en mi conocimiento del espíritu democrático y estrictamente profesional de las fuerzas armadas chilenas y en su honrosa tradición de acatamiento a la Constitución y la ley».

Una semana después, Allende mandó al parlamento un proyecto para nacionalizar los 26 bancos privados del país «a fin de impedir que el crédito esté concentrado en un pequeño número de monopolios privados».

**Noviembre de 1971.** El miércoles 11, día de San Martín de Tours, Daniel Paladino y Luis Retti por el partido Justicialista y Ricardo Balbín y Jorge Vanoli por el partido Radical firmaron, por primera vez, un documento conjunto contra el régimen militar. También firmaron los partidos Socialista, Demócrata Progresista, Conservador Popular y Bloquista de San Juan, pero lo significativo era esa alianza entre dos fuerzas que, durante años, habían sido irreconciliables. Las diferencias se mantenían, pero peronistas y radicales asumían que tenían que unirse para recuperar la democracia: fue el origen del

pacto llamado La Hora del Pueblo. El documento empezaba diciendo que «los argentinos estamos luchando en todo el país en una batalla de sobrevivencia frente al privilegio antinacional. En distintos campos, desde los trabajadores a los estudiantes, desde la juventud a la madurez». Y pedía la promulgación de un estatuto de los partidos políticos que les permitiera plena libertad de acción y el anuncio de un plan político que incluyera la pronta convocatoria a elecciones generales.

Al día siguiente, la CGT cumplió con un paro general por veinticuatro horas, y hubo estallidos de violencia popular en Tucumán y Salta.

—No comás del frasco, Alejandro.

Le dijo Norma por lo bajo, para que su padre, don Washington, no viera al novio con la cuchara sopera en la boca. Estaban cumpliendo con el protocolo familiar: Norma Barreiro y Alejandro Ferreyra habían viajado a San Juan, a la casa de los padres de ella, para la presentación oficial. Ya habían comido unas empanadas de carne hechas por la señora de Barreiro y ahora, mientras charlaban, Alejandro atacaba una ambrosía casera deliciosa. La ambrosía era parecida al dulce de leche, pero llevaba yemas de huevo y unas gotas de limón.

—Bueno, dale, servime otro poquito.

Los Barreiro lo habían recibido bien, pero no se engañaban: sabían que los chicos, además de estudiar medicina, estaban metidos en política, y se preocupaban. De todas formas, no les parecía mal que entre ellos la cosa fuera en serio. Los Ferreyra, en cambio, eran unos escépticos: su hijo mayor ya les había llevado demasiadas novias y no pensaban que se fuera a casar con veintidós años recién cumplidos. La novedad era que Alejandro presentaba a Norma como su compañera: o sea que ella también estaba militando.

—A mí el sentimiento no me cambia, pero es mejor tener papeles.

Era, entre otras cosas, una cuestión de seguridad: Alejandro estaba casi instalado en el departamento de ella, y una pareja joven que no estaba casada podía resultar sospechosa. Habían visto una casa para alquilar en Ferreyra, donde la célula militar de Alejandro tenía su centro de acción. Un jueves a la tarde fueron a pedir fecha al registro civil y, de vuelta en el departamento, Alejandro le dio una alianza de plata. Estaba nervioso, pero quería mostrarse resuelto:

—Dejá que yo lo llamo, es lo que corresponde.

Su novia aceptó complacida. Alejandro agarró el teléfono y le pasó a la operadora el número de su futuro suegro.

—Holá, don Washington, habla Alejandro. ¿Cómo andan? Vea, quería decirle que nos vamos a casar...

—...

—Este lunes no, el otro, vengan temprano.

El lunes 17 de diciembre, al mediodía, Alejandro fue a la casa de sus padres y sacó del ropero un saco claro de solapa ancha y una corbata bordó que no usaba nunca. Los testigos de la boda fueron su hermano Santiago, el varón que lo seguía, de veinte, que arrastraba las secuelas de una poliomielitis en su pierna izquierda pero ya estaba empezando a militar en un barrio. Y Jeremías Penayo y su esposa Idilia, los padres de Mitaí, un paraguayo que estudiaba con ellos. Jeremías había luchado en las guerrillas que intentaron derrocar al general Stroessner.

Hicieron la fiesta en la casa del Cerro de las Rosas. Los Ferreyra iban de boda en boda: pocos meses antes Delia, la segunda, se había casado con Aníbal Viale, otro estudiante de medicina que estaba cerca del PRT. El paraguayo Jeremías contaba cómo había peleado contra la dictadura en su país:

—Lo nuestro era muy amplio, había comunistas y liberales...

—¿Y de dónde sacaron las armas?

—Bueno, muchas llegaron de la Argentina. Como Stroessner era amigo de Perón, fíjate vos chamigo que muchos militares antiperonistas nos dieron apoyo. Fíjate que así fue que lo conocimos a Lanusse, que nos ayudó bastante.

—Pero Lanusse es un representante de los monopolios imperialistas.

Dijo Santiago, el otro testigo. Santiago sabía discutir con una sonrisa, y era muy difícil enojarse con él.

—Puede ser, pero para avanzar en política se necesitan aliados: algunos son aliados permanentes, otros son temporarios y algunos circunstanciales.

—Y otros son enemigos y punto; disculpemé Jeremías.

No hubo luna de miel y el matrimonio Ferreyra se instaló en la localidad de Ferreyra. Por supuesto, Alejandro no tenía ningún interés en que los vecinos supieran su apellido, y menos que el pueblo se llamaba así por su bisabuelo Ceferino. En Ferreyra estaban, entre otras, las fábricas de Fiat Concord y Materfer donde había sindicatos por fábrica, Sitrac y Sitram, con conducciones clasistas que reivindicaban el socialismo.

—Ale, ¿te preparo algo de comer?

—No, gracias, amor. Mejor como con el resto, así me hago amigo.

Alejandro y Norma compartían la casa con otra pareja de militantes y él estaba tratando de proletarizarse. Se había enganchado en una cuadrilla de la construcción, subiendo la mezcla en carretillas, hombreado bolsas de cemento, pero la militancia no le permitía tener horarios demasiado regulares y cada vez más su trabajo consistía en changas esporádicas. Con su célula hacía propaganda armada por la zona: colgaban banderas de la organización, repartían periódicos, tomaban las guardias de los establecimientos, arengaban al personal y, además, se habían propuesto llevar a cabo alguna acción más importante, para conseguir fondos.

El ERP había crecido bastante en Córdoba y el criterio de Santucho y Menna para promover a los responsables de áreas y actividades tenía que ver con la entrega y la capacidad para cada tarea. El centralismo democrático establecía que los responsables debían ser elegidos por los miembros de las células pero, en los hechos, la palabra de los dirigentes era decisiva. En esos días, habían nombrado responsable militar de Córdoba a Pepe Polti, uno de los compañeros de curso de Alejandro en Medicina. Una mañana, Santucho fue a una reunión de la célula de Alejandro y Norma y les explicó los motivos de su elección:

—Es un compañero decidido, con una gran voluntad; pese a su juventud y su falta de experiencia, está en condiciones de dirigir a compañeros de más antigüedad.

Pocos días después, Alejandro tenía que ir a ver a Pepe. Se fue en moto a Los Morteros, al sur de la ciudad, donde vivía la familia. La madre de Pepe y Frichu —dos años menor— lo conocía de las noches en que les dejaba termos de café para que estudiaran anatomía o fisiología, y le tenía cariño. La señora sabía muy bien que, cuando estudiaban, Alejandro era el líder del grupo. Estaba preparando el mate dulce con peperina mientras, en la vereda, su marido y su hijo mayor arreglaban un jeep IKA del 57. Alejandro estaba sentado en la cocina comiendo bizcochitos. La señora iba y venía con el mate de la vereda a la cocina:

—Mirá, Ale, quiero decirte una cosa. Te he dado a mis dos hijos, que es lo único que tengo. Cuidámelos. No me gustaría ser la madre de los Peredo.

Inti, Chato y Coco Peredo habían sido los lugartenientes del Che en Bolivia. El Inti había muerto en 1967 en un barrio paceño mientras organizaba la guerrilla urbana y su hermano el Chato había caído en las sierras de Teoponte a mediados de 1970. Sólo quedaba el Coco. Alejandro pensó que esa señora no le había dado sus hijos a él, y que la comparación con el Che le quedaba demasiado grande. Para colmo, no podía decirle que

ahora su hijo Pepe era el jefe. Se quedó un momento en silencio: no sabía qué contestarle a una madre preocupada por la vida de sus hijos. Alcanzó, apenas, a darse cuenta de que no era momento para decirle que la vida de ellos era de la revolución, como se repetían cada vez que enfrentaban un peligro. El desapego por la vida no era una buena respuesta. La abrazó fuerte, y ella le devolvió el abrazo.

**Diciembre de 1970.** Entre las anotaciones de Rodolfo Walsh, aparece la tentativa anual de balance y memoria:

«Lunes 14 (00.30)

»Probablemente he dejado, o empezado de nuevo. Tardé mucho tiempo en darme cuenta que las cosas que hay para contar son tantas y tan urgentes que no hay que pararse tanto a ver cómo uno las cuenta. La discusión sobre Julio (Cortázar) se reabrió el mes pasado cuando estuvo aquí. Es una discusión estéril, por que lo que debe discutirse es lo que el escritor escribe, y no dónde está. En ese sentido tal vez sería más difícil la defensa de Julio, aunque no se hubiera movido de aquí. Todos nuestros escritores están exiliados frente a la revolución. Yo mismo, cuando hablo con Miguel, me doy cuenta de eso. Los mejores de nosotros los mandamos a ellos a pelear, pero no peleamos nosotros mismos. Nuestro rango en las filas del pueblo es el de las mujeres embarazadas, o los viejos. Simples auxiliares, acompañantes. Eso estaría bien, de todos modos, si fuéramos modestos.

»Martes 15. (09.45)

»Hoy parece que llega Lola, así que probablemente se disuelva la seguridad del depto, como dice Miguel. Tarde o temprano tenía que ocurrir. Ahora habrá que pensar en las soluciones. Esto ocurre justo cuando pensaba consagrar dos horas diarias a escribir. Ahora tal vez habrá que dedicarlas a ganar más dinero para pagar un verdadero alquiler. Aquí sólo nos cobraban los gastos.

»(24.15)

»Un horario de diez horas no es una jaula para tigres. La admirable precisión conseguida en los rubros T (trabajo) y P (política) no oculta sin embargo el fracaso de la zona L (literatura) —tal vez porque la rehuyo. Zona de la libertad, que es la materia casi informe, mientras que la redacción de un editorial, de una nota, es a tal punto una repetición de la experiencia, que ningún temor —tampoco ningún temblor— la recorre. La solución orilla sin embargo la punta de los dedos. Consiste, simplemente, en privilegiar aquellas zonas de *alertness*, las diez de la mañana, y dejar para estas otras horas

cabizbajas la minucia del recorte y el apunte, de la transcripción, traducción, archivo, fichaje, todo eso. El modelo horario no es tampoco definitivo. Lo único que debo afirmar en L es la continuidad. Esto mismo que hago no afirma nada, presagia, preambula. Obviamente, no podría escribir una línea en serio. Cosa importante era convivir con el tema. (...) Si uno fuera valiente, se metería en las FAR, las FAP, las FAL, y dejaría que otros novelistas escribieran sobre uno, pero el mundo está lleno de descuidos, así que mejor hacer la propia cobertura. How false?».

—¿Qué Di Tella, el Siam?

—No, Elvio, no seas bruto. El Instituto Di Tella. Hay una de esas cosas, un happening, que organiza una mina, Marta Minujín, y me dijeron que va a estar muy bien.

A mediados de 1970, Elvio Vitali solía ir con un par de amigos del colegio al cine, a ver *Z* o *Metello*, y hasta llegó al Di Tella. En esos días había empezado a salir con una chica rubia de pollera escocesa, mocasines de Guido y medias tres cuartos de lana, que había conocido en un asalto y vivía en la avenida Las Heras. Era su primera novia del norte y era, en un punto, un triunfo del barrio. Elvio no disimulaba su origen; más bien al contrario: le servía como marca de diferencia, casi como una manera de exotismo en ese ambiente. Como venía de Domínico, Elvio jugaba mejor al fútbol, bailaba mejor y sabía mejores chistes que casi todos los demás. La rubita lo tenía fascinado y se apretaban en todos los rincones pero, por supuesto, ni se le hubiera ocurrido tratar de acostarse con ella: era una chica seria, para novia.

En el centro también empezó a encontrarse cada vez más con la política. Junto con algunos compañeros del colegio había empezado a ir a la villa de Retiro a hacer acción comunitaria: ayudaban a los villeros a revocar la escuelita, a cavar una zanja, a vaciar un basural. Curiosamente, sus primeros contactos con los verdaderamente pobres no sucedieron a veinte cuadras de su casa, donde había muchos, sino a través de sus amigos de clase media alta, con los que participaba en el MOJUCA —Movimiento de Juventudes Católicas.

En el colegio el clima estaba revuelto. Un profesor que les había enseñado historia revisionista acababa de colgar los hábitos, y era el quinto en lo que iba del año. Circulaban los rumores y las interpretaciones. Cuando llegó el momento de los ejercicios espirituales, tres curas de afuera fueron a darles una charla y a ofrecerles que, los que quisieran, podrían pasar esa semana en una casa de retiros en Pontevedra, en el gran Buenos Aires.

—El flaco dice «no he venido a traer la paz sino la espada, he venido a poner al hermano contra el hermano»...

—Sí, pero también dice que hay que poner la otra mejilla.

—Bueno, es verdad, pero habría que discutirlo.

El Flaco era Jesús o, por lo menos, así lo llamaban en ese retiro. La casa de Pontevedra era grande, y se habían juntado unos sesenta chicos y chicas que dormían en cuquetas, se cocinaban su comida y se pasaban el día discutiendo, reflexionando y comulgando. El clima era de mística completa. A la noche, se reunían en el parque para volver a escuchar misa bajo las estrellas y todo terminaba en un fogón con guitarreada:

—... Qué dirá el santo padre,/ que vive en Roma,/ que le están degollando/ a su paloma...

Elvio se sentía muy cristiano. No católico: los ritos de la iglesia no le importaban nada. Pero sí un cristiano comprometido con los pobres y consigo mismo, un cristiano cada vez más crítico de la sociedad, de las injusticias sociales, de aquellos que hacían la vista gorda frente al estado de cosas, un cristiano con la obligación de ser cada vez mejor: con la obligación acuciante de ser bueno. En el retiro no se hablaba de política partidaria, pero Elvio pensaba todo el tiempo que tenía que hacer lo posible por ser una buena persona y comprometerse cada vez más. No se podía ser feliz si mucha gente no era feliz. Aparecía un compromiso que empezó a sentir importante, incluso superior al cristiano: el de la política. Para cambiar las cosas había que hacer política con los pobres, no sólo fraternidad comunitaria. Tenía que dejar de hacer cosas que ahora le parecían banales, como ir a ver a Independiente o a bailar. Sentía que el cambio debía ser rotundo, descubría que muchas cosas que le habían gustado mucho, de pronto le parecían boludeces extremas. Mientras tanto, en Pontevedra, charlaban y cantaban:

—Bronca porque ríen satisfechos/ al haber pisado mis derechos./ Bronca de la buena, de la mía,/ bronca que se puede recitar.

Poco después empezó en Buenos Aires el juicio a los detenidos por el secuestro de Aramburu. Carlos Maguid, Ignacio Vélez, Nélide Arrostito, Ana Portnoy y el cura Alberto Carbone eran defendidos por los abogados Ortega Peña, Duhalde, Smith, Hernández, Bandieri y Escalante Echagüe frente a la Cámara Federal en lo Penal. Las medidas policiales en los alrededores de Tribunales eran espectaculares. Los diarios publicaban cada día las sesiones del juicio, y Elvio las seguía de cerca. Había terminado quinto año y decidió que estudiaría derecho. No tenía dudas: le interesaba la cuestión legal pero, además, lo impresionaban esos jóvenes que habían arriesgado todo para hacer

algo por el cambio. Los diarios contaban sus biografías: eran estudiantes, cristianos, peronistas. Sus vidas no diferían tanto de la suya en el plano de las ideas, de las ideologías, de las creencias. ¿Qué habían vivido ellos de diferente a él, para estar tan seguros de que tenían que asumir ese compromiso con las mayorías populares?

Las discusiones en el juicio a los combatientes eran ceñidas y, más de una vez, alguna intervención de Ortega o de Duhalde ponía en evidencia los prejuicios de los jueces contra los acusados. Finalmente, el 15 de diciembre, la cámara condenó a Maguid a 18 años de prisión, a Vélez a 2 años y 8 meses, a Carbone a 2 años en suspenso, y absolvió a las mujeres. En ese momento, la organización Montoneros estaba reducida a unos veinte militantes. Con fuerza tan menguada, encararon algunas acciones menores para mantenerse en el candelerero y, sobre todo, se dedicaron a buscar apoyos políticos en sectores sindicales, estudiantiles y peronistas en general.

**Diciembre de 1970.** El larguísimo reportaje a las FAR apareció en esos días en el diario cubano *Granma*, donde formaba parte de una serie de cuatro entrevistas con organizaciones armadas argentinas: FAR, FAP, FAL y Montoneros. En abril de 1971, *Cristianismo y Revolución* las reprodujo. El reportaje a las FAR era, obviamente, anónimo. Su repercusión fue amplia e inmediata, y se constituyó en uno de los documentos más leídos, comentados y discutidos de la guerrilla argentina. Años después se supo que el que hablaba en nombre de las FAR era uno de sus comandantes, Carlos Olmedo. Entre otras cosas, el documento era claro en su definición sobre los usos de la violencia:

«—Entre Minimax y Garín, ¿hubo otras operaciones?

»—Efectivamente, hubo un conjunto de operaciones, fundamentalmente expropiaciones de bancos. Puedo referirme a una de éstas por exitosa y por provechosa económicamente: el banco de Don Torcuato, en abril del 70. Entre ambas, hubo otras.

»—Son diez meses casi.

»—Efectivamente, tiempo que dedicamos fundamentalmente a construir la organización, es decir, a invertir esos recursos que tomamos, en equipos, en organización y en técnica organizativa. Capacitar nuevos compañeros, encontrar un diseño organizativo adecuado para la clandestinidad y, al mismo tiempo, para la realización de la democracia del centralismo. En fin, dimos los pasos que seguramente toda organización revolucionaria recorre para encontrar la eficacia de su condición político-militar. Don Torcuato es una



operación que nos deja una lección importante aparte de otros provechos. Y es la de una repercusión enorme. A esta altura (y esto es algo que no se debe sólo a nuestro accionar, sino al de otras organizaciones que operan simultáneamente) se percibe claramente cuando se trata de una organización revolucionaria. Y eso por la simple razón de que se es humano con las supuestas víctimas, que no son tales; la prensa lo dice directamente así y esto es también otra victoria política: “no son delincuentes comunes porque tratan bien a la gente, porque son humanos, porque son correctos”. Efectivamente, la violencia no es un placer ni la han elegido los combatientes del pueblo, pero nos hemos decidido a practicarla hasta el final y éste es el más elevado acto de humanidad que somos capaces de ejecutar. En alguna medida, la visión que la población recibe de la operación, incluso de los medios de comunicación controlados por el enemigo, va en esa dirección. Nos convence de que, en capacidad operativa, y en crecimiento, en consolidación, ha llegado el momento de asumir una identidad política. Es cuando comenzamos a preparar el operativo Garín (...)).

Más adelante, el entrevistador le preguntó por los dos policías que murieron en ese operativo:

«Nosotros no reprobamos a los policías que dispararon sobre nuestros compañeros y la muerte de nuestra compañera Liliana Gelín, que murió peleando por sus ideales. Por lo tanto, tampoco puede reprochárseles la muerte de esos policías que fueron eliminados en combate. Ese tipo de alternativa está inscripta en la lógica misma de la guerra. Los muertos que no perdonamos y que sabremos vengar son los muertos sobre la mesa de torturas, son los ajusticiados por la espalda, que también abundan en nuestras filas y en las de otras organizaciones hermanas. En la nuestra no se habían dado muertes. Podrían haberse dado, pero sí se han dado torturas feroces.

»—¿Los cuatro detenidos después de la operación de Córdoba?

»—Efectivamente.

»—(...) De ser ciertas las torturas aplicadas a estos muchachos, habrían tenido una magnitud bastante importante. Ustedes, como respuesta a esto, cuando tengan algún prisionero de ellos, ¿piensan utilizar los mismos métodos de tortura que ellos aplicarían u otros, alguna forma de tortura, para obtener de ellos la información que puede resultar valiosa para ustedes?

»—Ninguna conducta, por eficaz que sea en el corto plazo, puede ser utilizada por una organización revolucionaria si no es eficaz en el largo plazo; y como en el largo plazo la eficacia pasa por nuestra abrumadora superioridad moral, por la superioridad de la concepción del hombre y de la sociedad que

tenemos, jamás utilizaríamos la tortura para obtener información o cualquier otro beneficio inmediato. Esto es algo totalmente ajeno y vedado a nuestra moral revolucionaria. (...) Porque el amor del que le hablaba al principio del reportaje no es un amor genérico y difuso, es también amor y respeto por los hombres concretos, incluso por nuestros enemigos cuando éstos no se han convertido en símbolo encarnado de la dominación y la explotación. En esos casos, lo más que podemos llegar a sentir es piedad por ellos. Pero nuestros hombres no pueden ejercer violencia sobre otro hombre. Mal podrían hacerlo porque sienten en carne propia cualquier injusticia, cualquier barbarie que se ejerza sobre cualquier hombre. Menos, en consecuencia, pueden ejercerla ellos.

»—Entonces, ¿qué tipo de respuestas van a dar a la tortura de compañeros o de combatientes de otras organizaciones amigas de ustedes?

»—En el caso en que las organizaciones revolucionarias puedan probar palmariamente la condición de torturador del individuo, la única respuesta posible, en la medida en que está al alcance del desarrollo organizativo y militar de la organización, es su eliminación.

»—¿La ejecución?

»—Efectivamente, la ejecución.

»—¿De manera que todo torturador comprobado está condenado a muerte?

»—Efectivamente. Nuestro pueblo ya lo ha juzgado y queda a sus combatientes la triste pero necesaria tarea de ejecutarlos».

Más adelante, el tema era la pertenencia al peronismo:

«—Nosotros no nos integramos al peronismo. El peronismo no es un club o un partido político al que uno puede afiliarse. El peronismo es fundamentalmente una experiencia de nuestro pueblo y lo que nosotros hacemos ahora es descubrir que siempre habíamos estado integrados a ella o, dicho de otro modo, desandar el camino de equívocos y malos entendidos por los cuales en alguna etapa de nuestra vida no supimos comprender que siempre habíamos estado integrados a ella en el sentido que está integrado a la experiencia de su pueblo todo hombre que se identifica con los intereses de los más; y no sólo los más cuantitativamente, sino de aquellos que, por su condición, por su ubicación dentro del proceso productivo, son los únicos que pueden gestar una sociedad sin explotación.

»Usted decía que algunos de nosotros no habíamos sido peronistas. Efectivamente, muchos de nosotros no hemos nacido en familias obreras sino que nos criamos en medio de capas sociales que por un conjunto de razones

malentendieron la experiencia peronista, y además de algún modo se vieron alojadas en el frente oligárquico. Una de las características más significativas de las últimas etapas de nuestro proceso, fundamentalmente del 55 a nuestros días, es la paulatina revalorización de la experiencia peronista que hacen vastos sectores de las capas medias, especialmente el movimiento estudiantil. Muchos de nosotros, hijos de esas clases, miembros de ese movimiento, hicimos también ese recorrido y hoy no nos integramos al peronismo como algo nuevo, como algo distinto, sino que asumimos de una manera plena y profunda nuestra condición de miembros de nuestro pueblo».

Más adelante, Olmedo definía lo que entendía por nacionalismo revolucionario, «que, en la Argentina, implica la valoración de positiva de la experiencia peronista» y que, dado que el pueblo argentino intentó sin éxito otras vías de acción, su posición política «consiste en la convicción de que se trata de poner en marcha una guerra del pueblo. De construir para ello un ejército del pueblo que obtenga para el pueblo el poder y que con el pueblo en el poder asuma la tarea de la construcción de una sociedad distinta. Una sociedad sin explotación, una sociedad con igualdad absoluta de posibilidades para todos, una sociedad donde los derechos y las igualdades no estén en la Constitución sino en la vida.

»—¿Esa sociedad sería una sociedad socialista?

»—Sin duda.

»—¿El socialismo diseñado por Marx y Lenin?

»—Un socialismo que sería mucho más difícil saber cómo construir sin el aporte de Marx y Lenin, pero que no se construye con el mero aporte de Marx y Lenin, sino con el nuestro, con el de la experiencia de nuestro pueblo, con el aprendizaje que hacemos en la guerra y con la enseñanza de otros pueblos, que completarán la lucha por su liberación o que están completándola».

Hacia el final, Olmedo hacía definiciones casi existenciales:

«... Interpretamos los intereses de nuestro pueblo participando de su condición de agredido y sumándonos a la búsqueda de una alternativa integral que no nos lleve a migajas superiores, que no nos cambie de amo, sino que nos coloque en esa situación peligrosa y desafiante, pero al mismo tiempo la única aceptable para los hombres, que es la libertad.

»Una libertad real que, antes de estar consignada por la Constitución, está garantizada por la experiencia, la vida. Lo que pasa es que ese proyecto esencialmente constructivo, esencialmente humanitario, está interferido por un estado de cosas que no depende de un grupo de personas o de un conjunto de familias sino de todo un sistema que condiciona hasta a los sectores

propietarios. Contra ese sistema no cabe la negociación de ninguna forma de pacto o tironeo. Es preciso su destrucción total y no sólo la expropiación, la socialización de los medios de producción, sino la destrucción inmisericorde y completa de todas sus instituciones y de toda su cultura. Una cultura que hace del arte una mercancía y del saber una propiedad privada y que, en definitiva, no nos sirve ni siquiera para pensar nuestra verdadera situación. Es en ese sentido que la práctica revolucionaria implica también un compromiso de pensar de una manera distinta, de deshacer la tensa telaraña de mentiras y de ilusiones tras la que se nos presenta nuestra propia historia y recuperar, poner de pie a nuestros mártires, nuestros héroes, nuestros próceres y todos aquellos testimonios de dignidad, de rebeldía, que de alguna manera constituyen el patrimonio más vivo, más rico de nuestro pueblo».

Para terminar, el entrevistador le preguntó cómo creía posible «enfrentar y derrotar a un enemigo que es, por el momento, más poderoso que ustedes»:

«—El poder de una fuerza social se expresa no tanto en el alcance, la masividad y la contundencia de los medios técnicos que posee, sino en la tenencia de hombres dispuestos a empuñar esos medios técnicos y asumir hasta el fin los intereses históricos que de alguna manera ello representa.

»Los nuestros, nuestros hombres, nuestros medios, los de las organizaciones revolucionarias, constituyen una pequeña fuerza comparada a las que alistan las fuerzas armadas del régimen. Lo que inclina la balanza, lo que nos hace temibles, lo que desvela al enemigo, lo que le hace reconocer a Lanusse que estamos en guerra, es que no estamos solos, es que somos destacamentos armados del pueblo, que no hacemos la revolución por él sino con él. El compañero Ongaro acierta cuando dice que sólo el pueblo salvará al pueblo. Pero esa frase adquiere una dimensión más clara si se dice que sólo la guerra del pueblo salvará al pueblo. Y, en guerra, el pueblo armado es invencible».

Las actividades de las FAP no terminaban de convencerlo. Unos meses antes, Horacio González, siempre en lucha contra su idea de sí mismo, había supuesto que tenía que extremar su exigencia y ver si era capaz de militar en una organización armada. En la facultad se encontraba de vez en cuando con Ernesto Villanueva, que estaba en las FAP, y discutían: finalmente se dejó tentar. Un tiempo antes se había ido del FEN, porque Pajarito Grabois no terminaba de resolver su paso al peronismo y porque la militancia ahí, comparada a la lucha armada, aparecía como una solución de

compromiso, como algo menor. Horacio lo había discutido más de una vez con Grabois, que se ponía tajante:

—Yo no soy bombero, no voy a apagar el justo deseo de nadie de participar en un grupo armado, pero yo lo considero un error. Eso lleva a todos a la muerte.

Las FAP eran todavía el único grupo peronista armado sólido y accesible. Pero Horacio no conseguía acostumbrarse a la mecánica de esa militancia hiperclandestina. Esa tarde, reunido con su grupo en la cocina de su casa, todos lo llamaban por su nombre de guerra cuando su mujer le gritó desde la pieza:

—¡Horacio! ¿A qué hora piensan terminar la reunión?

Hubo un momento de silencio molesto. Igual siguió un tiempo más: relevó dos garajes donde la organización pensaba robar autos y tiró volantes en la facultad con los comunicados de las FAP sobre alguna acción armada. Después de una volanteada se cruzó, a la salida de Independencia, con Rodolfo Galimberti, el jefe de la Juventud Argentina por la Emancipación Nacional —JAEN—, que no le caía bien, por su porte facho y sus contactos con los militares: JAEN tenía una publicación que anunciaba que «de este boletín se tiran mil ejemplares destinados a la joven oficialidad argentina». Galimberti le comentó los volantes:

—Muy bien, estos de las FAP. Evidentemente tienen gente acá, que tiran volantes...

Horacio salió muy ufano de esa prueba de su clandestinidad, pero no se adaptaba al estilo ni al lenguaje. Otra tarde, en que tuvo que encontrarse con un combatiente de la organización en un bar, le habló de la «etapa democrático-burguesa», previa a la toma del poder. Después supo que la expresión había sido muy repetida, en joda, por gente que decía que claro, que estos tipos de la universidad hablan en difícil y se creen que son más vivos, Horacio estaba dispuesto a sufrir esas pequeñas humillaciones porque, en un punto, creía que ellos tenían razón, y que era él el que debía adaptarse a un supuesto lenguaje del pueblo. Pero cuando, por un problema organizativo, se quedó desenganchado de su grupo, no intentó recuperar el contacto. Admiraba a los combatientes, pero no estaba seguro de poder enfrentarse a ciertas situaciones de violencia, ni quería hacer una «carrera político-militar». Le parecía que la militancia en un grupo así, más allá de sus buenas intenciones y su entrega personal, también podía convertirse en una carrera burocrática en un grupo con claras apetencias de poder. Y Horacio desconfiaba mucho de cualquier burocracia. Se fue, y se siguió preguntando si

sus razones eran verdaderas o si, más bien, las construía para enmascarar el miedo físico. Si tenía razón o si él, personalmente, no era capaz de convertirse en ese modelo del momento: el combatiente.

Hacia fines de 1970, Horacio González se recibió de sociólogo. En la ceremonia de entrega de los diplomas, en el edificio de la calle 25 de Mayo, tuvo que hablar en nombre de sus compañeros de camada:

—Es un honor para nosotros, sociólogos incipientes, que buscamos la manera de inscribir nuestros saberes dentro del movimiento popular de nuestro país, dedicar estos títulos a los combatientes que cayeron cuando llevaban adelante, con las armas en la mano, esta misma búsqueda...

Muchos aplaudieron, y algunos chiflaron y patearon. El decano de la facultad, Serrano Redonet, le dijo por lo bajo a un asistente que llamara a la policía. Horacio trató de terminar su discurso:

—... sabemos que la búsqueda no es fácil, y que puede darse en distintos ámbitos. Pero hay uno que los supera a todos por su generosidad, por su potencia, por su franqueza, y ése es el campo de la lucha...

—¡Rajemos, rajemos! ¡La cana!

La policía estaba entrando por una de las puertas del edificio. Los jóvenes graduados trataron de manotear sus diplomas ante de salir corriendo por otra. Horacio fue uno de los últimos, pero consiguió escaparse. Esa noche, en su casa, su mujer le preguntó por qué había hecho ese discurso:

—Horacio, ¿vos pensaste qué quiere decir esto de que hables tanto de los muertos, de dedicarle lo que hacés a los que murieron haciendo lo que vos no sabés hacer?

**Diciembre de 1970.** El miércoles 18, a las siete de la tarde, Néstor Martins y Nildo Zenteno caminaban por Paraná hacia Rivadavia. Hacía calor y había mucha gente. Néstor Martins era abogado laboralista, trabajaba con la CGTA, tenía treinta y cinco años y había pasado, el año anterior, varios meses preso por sus actividades políticas y sindicales. Nildo Zenteno era un obrero de treinta y tres años al que Martins defendía en un caso por lesiones. Esa tarde, un peugeot 404 blanco se paró con chirrido de gomas; se bajaron cuatro hombres, cerraron el paso de Martins y Zenteno, empezaron a golpearlos y los metieron en el coche. Pese a todas las gestiones, nunca más se sabría de ellos.

Meses más tarde, un grupo de derechos humanos publicaba un texto que preanunciaba muchas cosas: «El secuestro deja un hueco en el mundo sin que nadie se haga cargo ni responda; no existen los culpables, sus nombres concretos, sus filiaciones. Otro signo que el de la muerte, una ausencia

diferente que no puede elaborarse con ningún mecanismo de defensa porque configura, precisamente, la indefensión misma (...) Después de Hiroshima, las víctimas dejaron sus imágenes estampadas por la deflagración en los muros de la ciudad, los combatientes que mueren en los frentes de la guerra, los que caen en cualquier combate, tienen por los menos sus cruces en las tumbas. Un desaparecido en manos de los servicios de seguridad del Estado no deja ninguna señal. Nadie, nunca, nada, pero también un tal vez: un desaparecido no termina nunca de estar muerto, su ausencia lo hace estar cada vez más presente».

El 29 de diciembre, el general Lanusse daba un discurso a sus subordinados, donde dijo, entre otras cosas: «Después de un siglo, la Nación está nuevamente en guerra y el Ejército en operaciones. La guerra no es una contienda clásica de fronteras sino que se desarrolla por otros medios y en batallas por la conquista de las mentes y los corazones.

»Lo que sucedió en el país es que el deterioro de la economía y las luchas estériles crearon un clima de frustraciones, al mismo tiempo que se perdía la confianza en las instituciones tradicionales: esto determinó que las Fuerzas Armadas intervinieran en 1966.

»La falta de una salida clara alentó la acción de los ideólogos corporativistas, y cuando el deterioro alcanzó su punto culminante, comenzó la acción de los grupos extremistas, partidarios de la acción violenta.

»(...) La decisión de la apertura política no podrá ser torcida por la acción psicológica ni acción intimidatoria alguna. (...) Las Fuerzas Armadas no deben caer en la tentación de usar los mismos métodos que los terroristas. (...) El sistema está abierto para quienes creen en él. El sistema excluye a Juan Domingo Perón».

—Es un dilema, Negro. Ana es una mina macanuda, pero siento que ya pasó. Teresa me parece fascinante, buen lomo, pelo negro ondulado... Además es una mina con polenta, que hace teatro, está metida en el sindicato. Completa.

Y sin embargo Miguel Molfino ponía cara de duda; el Negro Amarilla ya se estaba cansando:

—¿Cuál es el dilema?

—Y, que Ana se bancó toda la colimba mía y ahora le voy a decir chau, salgo con otra, ¿qué te parece?

—Que eso no es un dilema; es un embole, y punto. Hablá, explícales.

El Negro conocía a Teresa, la nueva novia de Miguel, de la facultad. Se había recibido de contadora y trabajaba en el Ministerio de Economía de la provincia, donde participaba en la actividad sindical. Había pasado por las filas del Partido Socialista de Izquierda Nacional de Jorge Abelardo Ramos y después se acercó al integralismo: de ahí la conocía Amarilla, aunque él era bastante menor.

Molfino, finalmente, dio la cara. Ana se apenó por perder al novio, mientras Teresa sentía que Miguel, aunque fuera cinco años más chico, era el hombre de su vida.

En diciembre se fueron juntos a Buenos Aires: ella tenía una hermana y él quería que pasaran las fiestas en la casa del abuelo Fortunato. El abuelo le dijo que le iba a conseguir un trabajo y lo felicitó porque tenía una novia muy linda.

Miguel y Teresa fueron varias veces a escuchar música a Gotán, un boliche que estaba en la avenida Entre Ríos, cerca de la casa del abuelo. El ambiente era de mucho humo y miradas cómplices: casi todos los que caían por ahí andaban en algo, o trataban de que pareciera. Solía tocar el cuarteto Cedrón, y a veces pasaba Juan Gelman a recitar poemas y los músicos lo acompañaban:

—... no para matar bichos o pájaros o arruinar las paredes las plantitas  
ni bajar a la luna de su sitio lunar  
no para esas pequeñas cosas molestas mi hijo quería su escopeta  
y esta noche la traigo  
y escribo para alertar al vecindario al mundo en general  
porque qué haría la inocencia ahora que está armada  
sino causar graves desórdenes como espantar la muerte  
sino matar sombras matar  
a enemigos a cínicos amigos  
defender la justicia  
hacer la Revolución  
y además compré una canuta para mi hija...

César se recostaba sobre el bandoneón y le sacaba unos sonidos largos y tristes. El público aplaudía poco, sin excesos, como quien dice nosotros también formamos parte de esto. En Gotán se tomaba vino o ginebra y siempre se armaban charlas sobre lo que pasaba en el país. A Miguel le caían muy bien el Tata Cedrón, César Strocio y Miguel Praino, integrantes del cuarteto: ellos le presentaron a un tipo flaco, de bigotitos y pelo corto.



El flaco se hizo llamar Lito y estaba interesado en saber qué pasaba en el Chaco. Ellos estaban interesados en saber qué hacía él y entonces, en tono conspirativo, les dijo que a ellos se lo podía decir porque había averiguado quiénes eran, y le habían dicho que eran de confianza:

—Yo estoy en contacto con las Fuerzas Armadas de Liberación.

—Los que tomaron el puesto de guardia en Campo de Mayo...

Dijo Miguel con gesto de entendido, y Lito asintió. Después de charlar un rato, quedaron en una cita para el día siguiente en la pizzería de San Juan y Entre Ríos. Lito los pasó a buscar puntualmente en un Citroën y les pidió que fueran leyendo unos diarios que había en el asiento.

—No miren por las ventanas, que los tengo que llevar tabicados.

Miguel supuso que eso quería decir medio escondidos. En el trayecto, Lito les dijo que los bares con dos puertas eran los que servían y que, si estaban en las esquinas, mucho mejor:

—Siempre hay que estudiar las vías de escape, por lo que putas pudiere...

Molfino escuchaba atentamente, un poco nervioso: Lito era el primer combatiente que conocía y, aun antes de encontrarse con él, ya tenía decidido que iba a ser de la partida. Pero también pensó que si en Resistencia tenían que usar esos criterios, estaban fritos. Allá todos sabían todo.

Llegaron hasta un departamento casi vacío: el living donde estaban tenía solamente una mesa de fórmica con cuatro sillas. Empezaron a hablar de la necesidad de la lucha armada y Miguel y Teresa dijeron que ellos estaban de acuerdo y que estaban dispuestos a participar. Lito les dijo que las FAL no tenían gente en el Chaco pero que los podían atender desde Corrientes, donde había una célula. Después les dio unos documentos de circulación interna impresos en mimeógrafo y les advirtió que una vez que los leyeran los pusieran en un tarrito con kerosén y no dejaran ni rastros. Lito ni siquiera anotó los teléfonos o los nombres de ellos y les dijo que alguien iría a verla a ella a su trabajo.

—Les va a decir «de parte de Lito, el misionero».

Miguel salió emocionado. Hasta pensaba decirles a sus amigos más íntimos que las FAL se iban a armar en el Chaco.

Pasaron las fiestas y, de vuelta para Resistencia, Teresa le dijo a Miguel que fuera a vivir al departamento que ella compartía con una amiga; si el abuelo le conseguía el trabajo, si Lito los iba a buscar y si se mudaba, en poco tiempo sería un trabajador, estaría casi casado y empezaría la militancia.

**Diciembre de 1970.** «Si el Comité de Reglamentos del Senado norteamericano llega a un acuerdo, Paulette Marie Desell —una pelirroja de escasos 19 años— se convertirá en el primer cadete de sexo femenino que haya ocupado este puesto en la institución. De ser aceptada, Paulette comenzará a trabajar en enero, con la apertura del 82° Congreso estadounidense. Para hacerlo, deberá abandonar la ciudad de Schenectady, donde vive, y habitar con su familia la residencia suburbana que ésta posee en Alexandria, Virginia. Este último detalle evitará una posible oposición al nombramiento: los demás cadetes residen en apartamentos próximos al Congreso. Algunos miembros opinan que este sacrificio va a ser innecesario. “Viva donde viva va a haber que aceptarla —se resignaron días atrás en un programa de la NBC-TV—: ya nadie quiere tener problemas con el Movimiento de Liberación Femenina”».

—Pero nos vamos a perder el viaje de fin de curso, Elvio.

—¿Y qué hay?

—Bueno, hace años que lo venimos preparando con todo el resto de los pibes.

—Sí, pero ¿no te parece que esto es mucho más importante? Al fin y al cabo el viaje de fin de curso es una gilada al cubo, en cambio esto nos va a ayudar a ser mejores, a tener más conciencia de lo que pasa en este país, vamos a hacer algo por los demás.

—Es cierto, pero igual es una garcada. ¿Y si le proponemos a la división que cambiemos el viaje a Mendoza por éste a Santiago del Estero? En una de esas agarran viaje...

—Capaz que sí. Si lo proponemos nosotros puede que nos den bola, Jorge. Dejame hablar a mí. Yo se cómo maniobrar la cosa. Quedate piola, después entrás a intervenir.

La propuesta fue derrotada por unanimidad. Jorge y Elvio tenían cierto peso en la división, pero todos llevaban demasiado tiempo preparando el viaje a Mendoza y, además, esa idea de irse a un pueblo perdido en Santiago del Estero a hacer trabajo comunitario con los curas no era lo que se esperaba de un viaje de fin de curso. Al final, terminaron puteándolos por querer dividir al grupo.

—¿Y ahora qué hacemos? Puede que ellos tengan razón, Elvio.

—No es cuestión de quién tiene razón. Ni una ni otra cosa están mal. Es lo que uno piensa. Si nosotros estamos convencidos de que nuestro deber es

irnos a Santiago, tenemos que ir a Santiago. Lo demás es paja. Es turismo de salames.

Los habían invitado los curas del retiro de Pontevedra: Campo Gallo era un pueblo de hacheros en lo más pobre de Santiago, cerca de la frontera con el Chaco, y había mucho para hacer. Jorge y Elvio no sabían ni cómo se llegaba. Fueron a la estación Constitución y le preguntaron a un maquinista dónde era.

—No, muchachos, vayan a Retiro. Eso es el Belgrano.

Se fueron a Retiro, y en el Belgrano le preguntaron a otro maquinista.

—¿Dónde quieren ir? Están locos, pibes. Ahí no hay ni agua. Vayan a Carlos Paz y la van a pasar que después me la cuentan.

El viaje duró dos días, y por fin llegaron a un pueblito de mil habitantes con una miseria como nunca habían visto. Los curas los recibieron con abrazos y, esa misma noche, un chico se murió de sarampión. El dueño del obraje los invitó a su casa: a Elvio y a Jorge les parecía que eso era colaborar con el enemigo, pero tampoco sabían cómo negarse. El hombre era muy simpático y los llevó al monte, un par de veces, a cazar lotos. Elvio nunca había agarrado un arma.

Los curas estaban tratando de armar una cooperativa para hacer algo distinto con el quebracho, porque el negocio del durmiente estaba en decadencia: los ferrocarriles ya casi no compraban. Jorge y Elvio trataban de hablar con los hacheros y sus familias, y no siempre conseguían entenderse, pero cuando los curas les propusieron que armaran un grupo para volver, al mes siguiente, a fumigar contra la vinchuca, se entusiasmaron y decidieron que ya tenían una misión.

De vuelta en Buenos Aires, se contactaron con alguna de la gente que habían conocido en el retiro y así, en quince días, se organizó un grupo de treinta estudiantes que salieron para Campo Gallo. Se alojaron todos en la escuela y cada mañana armaban los fumigadores y rociaban las casas con un veneno que mandaba el ministerio de Bienestar Social. Al día siguiente volvían con palas y carretillas y se llevaban las vinchucas muertas. Por las noches se reunían alrededor del fuego:

—Felipe Varela viene/ por los cerros del Tafí,/ el valle lo espera y tiene/ un corazón y un fusil...

En esos fogones sí se hablaba de política. Elvio empezó a escuchar mucho sobre el retorno de Perón y las luchas del pueblo.

—¿Qué pienso? Que los combatientes tienen huevos, y están haciendo justicia. No me importa si son peronistas o no, se la juegan por lo que creen, y

no es joda cómo se la juegan.

—¿Haciendo justicia, te parece? ¿Te parece que está bien salir armados, poner en peligro la vida de la gente?

—¿Y si no qué vas a hacer? ¿O vos te creés que los oligarcas, que el imperialismo te van a entregar todo porque se lo pidamos? Ellos tienen las armas, y sin las armas no va a haber manera de sacarlos.

Elvio escuchaba, pensaba, le daba vueltas a las cosas. Estaba cada vez más convencido. Le parecía que empezaba de lleno a participar en lo que importaba. Se sorprendía de sí mismo, ni se le ocurría tratar de levantarse a alguna de sus compañeras de misión.

**Enero de 1971.** Cuando asumió, en junio de 1970, Levingston nombró ministro de Economía y Trabajo a Carlos Moyano Llerena, un liberal ortodoxo de la misma escuela de Krieger Vasena y de su sucesor José Dagnino Pastore. Una de sus primeras medidas fue llevar el dólar de 350 a 400 pesos: el aumento se trasladó a los precios enseguida. Como los salarios estaban congelados, el poder adquisitivo en consecuencia bajó. Hubo protestas; cuatro meses después, Moyano Llerena anunció un aumento salarial del 7 por ciento. Pero la dirigencia gremial reclamaba un retraso del 40 por ciento y lanzó un plan de lucha que contemplaba dos paros generales, los días 9 y 22 de octubre. El primero terminó con la gestión de Moyano Llerena en Economía. Su reemplazante, Aldo Ferrer, no pudo hacer nada para frenar la adhesión masiva al paro del 22. Ferrer era un economista desarrollista, formado en la escuela de Raúl Prebisch, que había pasado los cuatro meses anteriores al frente del ministerio de Obras Públicas. El nuevo ministro contaba con la simpatía de sectores nacionalistas del Ejército y buenos contactos con el empresariado nacional nucleado en la CGE.

El panorama económico de fines de 1970 mostraba cierto agotamiento de la receta liberal. El PBI bajaba: frente al crecimiento del 7,1 de 1969, ese año había crecido un 4 por ciento. La inflación estaba en niveles controlados —el 13,6 por ciento— pero duplicaba a la del año anterior. Las reservas del Banco Central caían, los capitales de corto plazo se retiraban aceleradamente y el Estado no tenía fondos para enfrentar los compromisos financieros con los acreedores externos. Por otra parte, los salarios reales habían bajado de una manera significativa —un 5 por ciento en relación al año anterior— y la capacidad de movilización popular había crecido.

Ante ese cuadro, el nuevo ministro prometió un giro trascendente: aumentos salariales, expansión del crédito, nacionalización de los depósitos

bancarios y control de las operaciones de cambio. Los anuncios de fin de año provocaron corridas bursátiles y cambiarias, y se empezó a consolidar el incipiente mercado negro.

Ferrer trabajó contra reloj en un plan cuatrienal que debía comenzar en 1971, creó el Banco Nacional de Desarrollo con la promesa de fomentar las empresas chicas y medianas, promovió la ley del «compre nacional» para favorecer a los proveedores locales de las empresas públicas y empezó una ronda de conversaciones con la CGE y la CGT para crear una mesa de negociaciones sectoriales.

Tras esos aires nacionalistas, el general Levingston lanzó una convocatoria política, cuyo primer paso consistía en invitar a almorzar a los ex presidentes. Illia y Onganía no fueron; Frondizi sí. Después convocó a ex gobernadores y entre los pocos que se presentaron estuvo Oscar Alende, gobernador de Buenos Aires durante la presidencia de Frondizi. Enfrentado con el balbinismo, Alende no se había escandalizado con el golpe de Onganía; además, Ferrer había sido su ministro provincial de Economía diez años antes. Levingston, en esos días, hablaba de alumbrar un Partido de la Revolución Argentina y muchos vinculaban el nombre de Alende a esa esperanza.

Después de comer, Alende dijo que «la revolución aún no ha comenzado. En los últimos cuatro años, se debió elegir ministro de Economía entre una lista de nombres que contaban con el visto bueno de la internacional del dinero; ahora se está intentando el despegue para una auténtica revolución. (...) Se comienza a nacionalizar el crédito. A Bunge y Born se le redujo el crédito de cinco mil millones a dos mil cuatrocientos millones de dólares. (...) En materia petrolera se han tomado medidas de protección a YPF». Pasando de las cuestiones económicas a las políticas, Alende se postuló: «Yo estaría dispuesto a integrar un partido de apoyo a la Revolución Nacional, al Movimiento Nacional, que sería su brazo ejecutor (...) El país debe volver a la ley Sáenz Peña y dar posibilidades a dos partidos de mayoría y uno de minoría. Uno nacional, otro liberal y el tercero internacionalista».

Ese verano, Nicolás y Mónica pasaban una semana en Los Troncos, en la zona elegante de Mar del Plata, en la casa de los padres de ella. El chalet era grande y habían pasado a visitarlos Daniel Hopen y otros compañeros. Pero esa mañana, en Playa Grande, Mónica le leyó una noticia sorprendente en *La Nación*: «La comisión de Moralidad y Buenas Costumbres de la Municipalidad de Buenos Aires ha prohibido la circulación y venta de la novela titulada *Para hacer el amor en los parques*, del escritor Nicolás

Casullo. Todos los ejemplares de dicho libro, publicado por la editorial Tiempo Contemporáneo, serán retirados de la circulación y destruidos...».

Nicolás había terminado la novela más de un año atrás, y la había mandado a Carlos Pérez Editor: la asesora literaria de la editorial, Beatriz Sarlo, había recomendado su publicación y firmaron un contrato, pero la editorial quebró y la cosa quedó en nada. Poco después, Nicolás recibió un llamado sorprendente:

—¿Señor Casullo?

—Sí.

—Mire, lo llamo de Tiempo Contemporáneo, para decirle que tenemos previsto editar su novela...

—¿Qué?

—Que tenemos previsto editar su novela y necesitamos que pase a firmar algunos papeles...

—Disculpe, señorita, pero me parece muy difícil, porque yo no presenté mi novela, ni conozco a la gente de Tiempo Contemporáneo.

Nicolás pensó que alguien le estaba tomando el pelo. Pidió hablar con alguno de los dueños de la editorial, y le contestó Serebrinsky:

—Casullo, cómo le va. Mire, disculpe este procedimiento un poco irregular. El que nos trajo su novela fue David, y queríamos publicarla, si usted está de acuerdo...

Nicolás ni siquiera consiguió dar una respuesta demasiado coherente:

—Bueno, macanudo, fabuloso, maravilloso. No sé qué decirles: realmente son unos afortunados.

Después supo que David Viñas había recuperado algunos de los libros que quedaron colgados por el cierre de Carlos Pérez, y se los llevó a Tiempo Contemporáneo. Nicolás lo conocía de haberlo visto en los cafés y en un par de mesas redondas, pero no tenía mucho trato con él. En esos días, Viñas era uno de los novelistas y críticos más prestigiosos. Cuando volvió a cruzárselo, Nicolás le agradeció lo que había hecho.

—No, hermanito, no es nada. A mí me pareció que valía la pena mandarla y se la mandé. Ni te avisé, porque vos sabés como son estos cosos, los editores, raza ladina, entonces si no salía para qué preocuparte...

Desde esa vez, cada tanto se encontraba con él en algún bar, a charlar un rato. Un día, mientras cenaban en un bodegón de Leandro Alem, David le contó que tenía un buen proyecto para armar flor de quilombo: levantar el puente de la Boca y dejarlo trabado patas para arriba, desconchado:

—Se necesitan tres puntos. Un batilana afuera, y dos fulanos en la cabina con la maquinita y la palanca. ¿No querés hacerlo, Fatrac? El que ya enganchó con la idea es Dalmiro Sáenz. Parece que alcanza con atar al cuidador y meter un par de fierros en el engranaje: no lo pueden bajar hasta que vengan los suecos de Estocolmo que vendieron el paquete completo en 1914. ¿Te imaginás la batahola, hermanito?

—Tiene que haber gente que tenga por lo menos un auto operativo, David. De ahí, en plena madrugada, no te podés ir corriendo.

—Correcto hermanito, conseguir un auto. Pero antes del auto para rajarse, ¿vos tenés alguna idea de qué forma tiene un rulemán?

—Creo que sí.

—Creés que sí. Vos creés que sí. Porque para lesionar el mecanismo es fundamental saber de eso, qué es un rulemán.

El puente de la Boca siguió funcionando, pero la novela de Nicolás apareció a fines de 1970. En diciembre, *Confirmado* publicaba una crítica a página entera, con una foto de Nicolás con bigotes mexicanos, pelo un poco largo recogido detrás de las orejas, patillas importantes y los ojos grandes, muy abiertos, casi ingenuos. Usaba un pulóver de cuello alto y una campera con cierre relámpago. El comentario se titulaba «Los caminos del testimonio» y decía que siendo el «testimonio de un hombre joven, *Para hacer el amor* es, ante todo, en rasgos generales, un buceo en la actual situación argentina y latinoamericana, un documento que intenta registrar “la época de transición que estamos viviendo”, según palabras del autor». Después, terminaba diciendo que «*Para hacer el amor en los parques* no sugiere, explícitamente, ninguna salida. Se limita a señalar, a denunciar, a testimoniar y a menudo a hacer gala de una amarga ironía. Variada en alternativas, en proposiciones de estilo, en búsquedas de formas, incluye escenas teatralizadas y un relato aparentemente separado del resto. Una fábula acerca de un proceso revolucionario cuyas consecuencias finales desembocan en un gran acto de amor, en una unión general, el encuentro idílico del hombre y la mujer en los Grandes Parques».

Nicolás estaba satisfecho: la publicación de la novela terminaba de dibujar su lugar como escritor, lo completaba. Y le daba más plafond para la actividad política. Aunque en ese momento no estuviera escribiendo nada, y no tuviese muy claro qué iba a hacer con eso. Pero la prohibición era algo totalmente inesperado. El diario no explicaba los motivos, y la Municipalidad tampoco dijo nada. Ya en Buenos Aires, Nicolás se entrevistó con su editor:

—No, no creo que podamos hacer nada. A la novela la prohibieron por «subversiva» e «inmoral», así dice el texto, ya lo averiguamos. Son unos hijos de mil putas, pero ahora no me puedo meter en una pelea que no tenemos ninguna posibilidad de ganar, y puede complicarnos mucho las cosas en otros proyectos que tenemos.

Nicolás pensó que igual tenía que hacer algo, y se encontró con un par de amigos periodistas para ver si lo podían ayudar. En esos días se enteró de que el proceso de la prohibición había sido confuso: una mujer rubia, joven y muy atractiva, aparentemente una agente municipal, había hecho la denuncia anónima y el tribunal de moralidad, también anónimo, la había aceptado. Y supo que, días después, la misma mujer había pedido la novela en la Librería del Dragón, de Aldo Pellegrini, que le había dicho que esa novela estaba prohibida.

—Bueno, pero quizás usted tenga todavía algún ejemplar. Estoy muy interesada en leerla.

Pellegrini sacó un ejemplar de debajo del mostrador, y al día siguiente le clausuraron la librería. Cuando se encontró Daniel Hopen, Nicolás le contó la historia y le propuso que hicieran algún tipo de denuncia, un pequeño escándalo. Daniel no estaba de acuerdo.

—No, Nicolás. No sé si vale la pena que nos metamos en algo así, en todo caso podríamos haberlo pensado si no se tratara de vos. Pero con vos no. No podemos ponerte en la mira de todo el mundo. Vos sos un militante orgánico, no podemos deschavarte así, ¿entendés? Discreción, sobriedad, pasar desapercibido, anonimato, así todos nosotros, siempre flor de cara de boludo que no llame la atención de nadie.

Nicolás entendió, estuvo de acuerdo y, para su propia sorpresa, dejó de pensar en la novela. Tuvo la impresión de que todo el episodio le mostraba que los caminos de la literatura estaban cada vez más cerrados. La censura de su novela le confirmaba que el grado de represión era fuerte y le certificaba, también, que esa represión sólo podría ser derrotada por otras vías, donde las letras y las palabras fuesen suplantadas con otro tipo de acciones.

**Febrero de 1971.** *Para hacer el amor en los parques*, la primera novela de Nicolás Casullo, apareció a fines de 1970, y fue prohibida poco después. En uno de sus pasajes, decía:

«Partió las ramas y las fue amontonando unas sobre otras en forma de carpa para hacer fuego y colocar la pava con cuidado. Sólo el reflejo de la llama en zonas de su rostro y los ojos mirando fijo la tierra.



»—A veces pienso que el estar aquí nos puede alejar un poco de la realidad —digo contemplándolo recostado sobre las maderas. Afuera se escucha pasar al viento. Un revolucionario no es un romántico, Franco —me empieza a contestar y sigue—: a lo sumo puede equivocarse circunstancialmente en la estrategia, pero no se maneja por simples calenturas. Levanta la pava y llena el mate; lo prueba y escupe sobre un costado para volver a llenarlo. Estoy convencido de que con palabras no se hace la revolución —digo—, que si se la elige, el único camino es el arma. No continúo. Recibe otra vez el mate y levanta la pava. Después se arrodilla y dispone otras ramas sobre el fuego; las corta en trozos parejos y piensa una respuesta para cuando regresa contra las tabloneras y mira por encima de mi cabeza la puerta que golpea contra el viento. No es el arma, Franco —dice— es el hombre el que hará la revolución, un partido que sepa mostrar los caminos. Sin el hombre, sin un partido, sin una ideología adaptada al momento, el arma entonces sí se transforma en una aventura romántica. En un chirrido del aire que penetra por la rendija del portón, que agita el fuego y recién se detiene en el fondo negro de las maderas, para extinguirse ya sin sentido.

»Manuel nos habla a los tres mientras recorremos las estribaciones de la quinta y recuerda los caminos transitados siete días antes, conmigo. Con Sonia llegué hasta el límite y al rato el Payo, anunciando que Manuel y él dormirían en la casucha donde dejamos la carga. Además que sólo utilizaríamos del casco la cocina y una pieza pero sin la mínima luz, entendido.

»—Entendido, Payo».

(...)

«Manuel había comenzado a caminar sin esperarme, y yo a seguirlo hasta el primer claro: círculo de arbustos. Me describió el funcionamiento, la posición correcta del hombro, el brazo arqueado, la mano sosteniendo desde abajo y la mirilla.

»Pero es ir divagando si algo se mueve en el paisaje manso; la cantidad de estrellas me impresiona por entre las ramas.

»Y dijo que era eso lo que tenía que superar aunque costase mucho todavía. No dejaba de apuntar hacia un blanco imaginario por encima de los árboles. No se necesita leer ideologías enteras, ni siquiera tener una respuesta para todo —dijo— y recién entonces decidirse. La revolución —y aquí pareció achicar un poco los ojos sobre algún detalle de mi frente—, la destrucción de un sistema absurdo y aberrante, es ante todo una cuestión

moral, se refiere a lo humano o no humano que todavía el mundo te permite ser, Franco; o en último término para vos que sos poeta, es un asunto de la belleza del hombre, belleza a secas, belleza en acto a pesar de que tal vez nada sea concretamente menos poético que asumirse este intento».

## Seis

—Ésa, la de ese casillero.

Le dijo Alejandro Ferreyra al empleado que entregaba los documentos a la salida de la cárcel de encausados de Córdoba, y le señaló ansioso el casillero que decía A-B-C. Mientras el tipo buscaba su cédula, Alejandro se dio cuenta de que era un ex compañero suyo de la facultad y que, seguramente, sabía que su apellido no empezaba con ninguna de esas letras. Pero su documento era falso y estaba a nombre de Carlos Córdoba. Había ido a meterse en la boca del lobo porque su amigo y responsable, el Gringo Menna, había caído preso unas semanas antes, en un allanamiento. Se había defendido a tiros pero lo habían agarrado igual. Alejandro había ido a discutir con él, llevarle algunos materiales y, de paso, ver si se les ocurría alguna posibilidad de fuga, pero la cárcel era una fortaleza.

Alejandro sabía que entre él y la calle había una reja llena de guardias, y pensó que lo habían agarrado y que había tenido mucha mala suerte. Por última vez, echó una ojeada a su alrededor a ver si se le ocurría alguna forma de escaparse: no había. El empleado miró la cédula, miró a Alejandro, miró al suelo y, sin levantar los ojos, le devolvió su documento falso.

Cuando estuvo en la calle le agarró un terrible dolor de estómago. Aunque no había pasado a la clandestinidad, andaba con papeles falsos porque lo tenían identificado. Poco antes, su padre le había dicho que un alto jefe policial le había mandado decir, a través de un pariente, que se entregara, que lo iban a blanquear. Él le había dicho a su padre que sí volvían a preguntar podía decirles simplemente que se fueran a la reputa madre que los parió. Ese mediodía, el Petiso Ferreyra llegó al bar donde lo esperaba Pepe Polti, que ya se había tomado dos pomelos bilz y fumaba sin parar:

—¿Y...? ¿Le diste los documentos al Gringo?

Alejandro le había llevado documentos internos del PRT y Menna le había dado unos papeles manuscritos que sacó del bolsillo.

—Me dio una carta de saludo para todos los compañeros, después la pasamos en limpio... También me dijo que va a hacer la denuncia de torturas con los abogados.

—¿Che, y cómo está de ánimo?

—El Gringo está bárbaro. Lo va a ver una de las prostitutas que él atendía en el hospital Rawson, cuando cursaba infecciosas; la mina le lleva la *Hortensia*, y hasta le regaló un wincofón. La mina vive con un comisario retirado y el tipo la manda a hacer la calle; cuando se enteró que iba a verlo al Gringo, la recagó a palos... La mina vuelve y él la mima, le da consejos; viste cómo es el Gringo de moralista.

Polti se acordó de cuando estudiaban medicina juntos.

—Che, Ale, así que vas a dar el final de Rayos. Yo ni puedo ver un libro de medicina. La última materia la di el año pasado, fue microbiología.

—Robi me dijo que siga la carrera sin abandonar la actividad, así que me quedo dormido leyendo pero por lo menos voy a rendir Rayos, que me quedó colgada.

—La verdad que el ritmo es tremendo, hermano, no sé cómo hacés para estudiar; justo encima ahora con lo del camión blindado...

En los primeros tres años, Alejandro había cursado tres cuartas partes de la carrera, pero este último no había estudiado casi nada. Algunas veces, Alejandro le hacía de chofer a Santucho en un renault dauphine que les prestaba un simpatizante, y el jefe aprovechaba para aconsejarlo:

—Si sos metódico podés hacer también la carrera.

Pero él se preguntaba cómo haría para estar en el comité militar regional y cursar un año más de facultad. Pasaron unos días: Alejandro se despertaba de noche pensando que su compañero de facultad podía haber dado el dato de que fue a verlo a Menna y sabía que pronto la policía iba a seguir todas las pistas. Supo que el tipo estaba haciendo un curso de verano, averiguó los horarios y fue a encararlo:

—Mirá, yo soy del MAP de la facultad, el compañero que fui a ver también estudió medicina...

—Sí, ya sé quien sos vos, sé quien es Menna; yo trabajo de administrativo en el penal porque un tío mío es jubilado de la cárcel, con eso me gano la vida. Quedate tranquilo que nadie se enteró de nada. Pero tené más cuidado: si te llega a agarrar otro, te quedás adentro.

Alejandro tenía un problema menos. Unos días después, el comité militar de Córdoba encaró una acción más audaz que las habituales, porque se basaba en el poder de fuego y no en la sorpresa. Una mañana, en Yocsina, cerca de Córdoba, tres comandos integrados por una docena de militantes pararon con clavos miguelito a un camión blindado. El camión estaba cerrado: seis militantes lo rodearon, tiraron varios tiros de intimidación contra la carrocería

y los custodios tuvieron que salir y entregar el dinero que llevaban: 121 millones de pesos. El despliegue militar seguía creciendo.

**Febrero de 1971.** La organización Montoneros ya había definido, poco antes, en un reportaje, su estrategia de «guerra popular»: «La Guerra Popular debe ser total, nacional y prolongada. Le digo total porque presupone la destrucción del Estado capitalista y de su ejército, como previos a la toma del poder por el pueblo. Hablamos de nacional, porque su sentido es el de la emancipación del dominio extranjero, a la par que la reivindicación del pueblo argentino. Y, por último, la calificamos de prolongada, porque hay que formar el Ejército Popular, lo que implica tiempo para desarrollarlo y además, debido a las características del ejército enemigo, al cual no es posible derrotar en un combate y sí, en cambio, desgastarlo en la lucha a través del tiempo».

Y, en esos días, la organización le mandó una carta a Juan Domingo Perón para, entre otras cosas, «explicarle las serias y coherentes razones que nos movieron a detener, juzgar y ejecutar a Pedro Eugenio Aramburu». Decían que estaban preocupados «por algunas versiones que hemos recogido, según las cuales nosotros con este hecho estropeamos sus planes políticos inmediatos». También aclaraban que no habían tenido nada que ver con la muerte del sindicalista José Alonso, pero «lo cierto es que el pueblo nos adjudicó la autoría del hecho jubilosamente. El pueblo peronista vio entonces en nosotros a los ejecutores de aquello de que “si los dirigentes no se ponen a la cabeza, adelante con la cabeza de los dirigentes”. Si bien nosotros creemos que nuestra tarea fundamental no consiste en cortar la cabeza a los burócratas traidores, porque la dinámica que nosotros mismos imponemos a la guerra los obligará a sumarse o a quedar marginados de la historia, sabemos también que es tarea nuestra en la medida en que ellos mismos lo hagan necesario. Es por eso que, ante el hecho consumado, y vista la satisfacción popular respecto de él, consideramos necesario convalidarlo con el silencio, aceptando de este modo la autoría que el pueblo nos atribuía.

»Como bien dice usted, General, medimos el acierto o desacierto de una conducción por los resultados que produce. Y aquí los resultados son claros. Fábrica que llegamos para tomar contacto con los compañeros, fábrica en la que se nos pide más cabezas de traidores. No pensamos cortar cabezas porque sí, pero hoy el que piensa transfugear lo piensa dos veces, y el pueblo confía en nosotros más que en ellos».

Después de otras consideraciones sobre el papel del ejército y la posibilidad de una salida electoral, los Montoneros dicen que ven «como

tácticamente acertado el último pacto firmado por el Justicialismo, llamado precisamente “La Hora del Pueblo”, porque no sólo le quita al enemigo el caudal de votos peronistas, sino también los votos radicales.

»Ahora bien, para llevar adelante este paso táctico, el compañero Paladino plantea como opciones estratégicamente equivalentes el camino electoral y el camino revolucionario por la vía armada. Esto, como hemos visto, es incorrecto.

»Lo que en realidad parece suceder es que se utiliza la opción revolucionaria armada, es decir nosotros, como factor de presión para reforzar el golpe táctico, o sea las elecciones.

»Esto puede que sea tácticamente útil, aunque abrigamos algunas dudas. Sobre lo que no abrigamos dudas es sobre la necesidad de mantenernos como opción estratégica, y por lo tanto la absoluta imposibilidad de subordinar nuestro accionar a una opción táctica. En síntesis, no interferiremos al ala política del Movimiento, en tanto “La Hora del Pueblo” es una maniobra útil, por lo tanto tácticamente acertada, pero nos mantendremos en la actividad señalando la vía armada como único método estratégicamente correcto para tomar el poder, y creemos que sería conveniente, en consecuencia, que los distintos frentes del Movimiento no interfirieran con la presentación de la vía armada como una opción estratégica.

»Bien, hemos visto la eficacia de nuestro método de lucha para golpear al régimen con la ejecución de Aramburu, el descreimiento popular sobre el sindicalismo como herramienta capaz de conducir un proceso revolucionario, la imposibilidad de que el ejército pueda generar un proceso de liberación nacional y la insuficiencia del camino electoral para tomar el poder. (...) El método a seguir es la guerra de guerrillas urbana y rural. Esto no es un capricho, es una necesidad: a carencia de potencia recurrimos a la movilidad. En fin, no es nada nuevo pero no por ello deja de ser eficaz.

»Lo cierto es que no somos un tiro al aire. No somos ni tantos ni tan pocos, pero no estamos para hacer mucho ruido y ofrecer pocas nueces. La concepción es clara y la decisión total, como lo prueban nuestros compañeros muertos en combate y los muertos en la trinchera de enfrente.

»Es para nosotros de fundamental importancia conocer sus opiniones sobre estas consideraciones. (...) General, sus muchachos peronistas saben que ésta es la hora del pueblo argentino. Sabemos que sobre nosotros, su juventud peronista, recae el peso de la responsabilidad y que no tenemos derecho a recostarnos en nadie. No lo defraudaremos».

Perón contestó muy rápido, el 20 de febrero, en una carta dirigida a «mis queridos compañeros», que empezaba tranquilizándolos:

«Estoy totalmente de acuerdo y encomio todo lo actuado. Nada puede ser más falso que la afirmación de que con ello ustedes estropearon mis planes tácticos porque nada puede haber en la conducción peronista que pudiera ser interferido por una acción deseada por todos los peronistas».

Más adelante, les hablaba de la conformación del Movimiento:

«Sobre la opción electoral, yo tampoco creo. Hemos visto ya demasiado para creer en semejante patraña. Por eso comparto totalmente sus afirmaciones anotadas en la comunicación que comento.

»Sin embargo, en la lucha integral en que debemos empeñarnos no se puede despreciar la oportunidad de forzar también este sector a fin de hostigar permanentemente desde las organizaciones de superficie que, frente a la opinión pública, tienen también su importancia y concurren también a la lucha en actividades nada despreciables, especialmente en la situación que vive la república. Esta lucha también concurre a la “guerra revolucionaria” para que cada uno pelee en la forma que es capaz de hacerlo. Por eso nuestro Movimiento tiene una estructura orgánica que corresponde de una manera general a esas necesidades: una organización de superficie que, a través del partido Peronista masculino y femenino como de la rama sindical, realiza la lucha también en superficie, mediante las acciones que es posible realizar. En ello es preciso realizar un plan de provocación, otro de intimidación y finalmente otro de sabotaje. En estos planes intervienen todos los elementos de las organizaciones de superficie, como los grupos activistas empeñados en la “guerra revolucionaria”.

»Como les explicará el compañero (que lleva la carta), mientras las organizaciones de superficie obedecen a una conducción centralizada, con las necesarias autonomías en las delegaciones provinciales, las organizaciones que se encargan de la “guerra revolucionaria” tienen absoluta independencia en su conducción y coordinan más que nada por sus objetivos. (...)

»Totalmente de acuerdo en cuanto afirman sobre la guerra revolucionaria. Es el concepto cabal de tal actividad beligerante. Organizarse para ello y lanzar operaciones para pegar “cuando duele y donde duele” es la regla. Donde la fuerza represiva esté, nada; donde no esté esa fuerza, todo. Pegar y desaparecer es la regla por la que se busca no una decisión sino un desgaste progresivo de la fuerza enemiga. En este caso la descomposición de las fuerzas de que pueda disponer la dictadura por todos los medios; a veces por la intimidación que es arma poderosa en nuestro caso, otras por la infiltración

y el trabajo de captación, otras por la actuación directa según los casos pero, por sobre todas las cosas, han de comprender los que realizan la guerra revolucionaria que en esa “guerra” todo es lícito si la finalidad es conveniente. (...)

»Finalmente compañeros, les ruego que hagan llegar a los compañeros mis más afectuosos saludos y acepten mis mejores deseos. También les ruego me hagan presente y transmitan mis saludos a todos los compañeros que están presos o perseguidos por la dictadura y les lleven la persuasión que tal situación no ha de durar mucho.

»Un gran abrazo

»Juan Perón».

A principios de 1971 Susana Sanz se sentía insatisfecha. Su trabajo como abogada laboralista en San Rafael andaba bien, y cada vez se hacía más conocida entre sus paisanos y más ducha en los mecanismos judiciales y sindicales. Había participado en varias huelgas, en elecciones internas en los gremios, había litigado en los tribunales cientos de casos con bastante éxito. Pero, a esa altura, ya necesitaba inscribir su actividad en un marco más global: más político. Por un lado, le preocupaba que sus esfuerzos quedaran limitados al terreno de la reivindicación inmediata; por otro, tenía la sensación de que se iba secando: daba y daba pero no era alimentada a su vez por una organización o por un movimiento.

Estaba cada vez más cerca del peronismo: su práctica con sindicalistas peronistas la había llevado a suponer que ahí estaba la representación de la mayoría del pueblo. Aunque seguía sin aceptar muchos de sus puntos más confusos: un movimiento demasiado amplio, con sectores muy contradictorios, con personajes francamente derechistas, con glandes indefiniciones programáticas. Pero pensaba en la posibilidad de conectarse con algún grupo que trabajara con las organizaciones armadas peronistas, que recién estaban apareciendo; el problema era que en San Rafael no resultaba fácil. Y en Mendoza, por el momento, tampoco. Hacia mediados de abril, Guillermo le dijo que tenía una cita con unos compañeros y que quizás le interesara verlos.

—¿Unos compañeros? ¿De qué se trata?

Guillermo era un abogado de San Rafael, joven y muy buen mozo, con quien Susana había empezado a compartir su trabajo. Guillermo asesoraba a los sindicalistas y, juntos, Susana y Guillermo estaban empezando a conversar con los vecinos del barrio Usina, para tratar de abrir una unidad básica. Era



una zona de casillas y casas precarias, con mucha marginalidad, delincuencia juvenil, prostitución; la policía entraba a menudo y había mucha bronca. Un par de noches por semana, Guillermo o Susana iban a alguna de sus casas, charlaban con ellos, les proponían otras salidas. Les hablaban de sus derechos, de sus posibilidades de hacer otras cosas, de las razones por las que estaban en esa situación. Cuando alguno caía preso lo iban a buscar a las comisarías. Y, por supuesto, les hablaban de política, en términos simples, que ellos escuchaban con atención. Era la primera vez que alguien de afuera, del centro, les hacía caso. En unos meses, los coches que iban a buscar putas no pudieron entrar más al barrio: los vecinos y vecinas los corrían a pedradas. Muchos muchachos se pusieron a buscar trabajo: de poceros, choferes, albañiles. Susana se ilusionaba porque veía que los muchachos estaban recuperando cierta idea de su propia dignidad y empezaban a pensar que tenían un futuro posible. Susana, a esa altura, tenía tan poco tiempo que muchas veces, para ver un poco más a sus hijas, se las llevaba al barrio o a las visitas que tuviera que hacer. Y las nenas se divertían como locas.

Guillermo había estudiado en Córdoba, donde conoció a una centroamericana bellísima, casada con un argentino: Alberto Molina, el Chacho. El Chacho era un santafesino, uno de los pocos montoneros que quedaban entonces en Córdoba: a través de él, Guillermo se había contactado con algunos montoneros y ahora que esa organización estaba tratando de asentarse en Mendoza, les había sugerido que se encontraran con Susana.

—Sí, claro, me interesa. ¿Cómo hacemos?

Susana tenía que pararse en una esquina de Mendoza y ellos iban a pasar a buscarla en una camioneta. Susana esperó unos diez minutos, fumando un cigarrillo tras otro. Cuando por fin apareció un tipo en una camioneta, lo miró muy fijo; el tipo la miró y siguió de largo. Pero había ido a dar una vuelta manzana; un par de minutos después volvió a aparecer, paró la camioneta y sacó la cabeza por la ventanilla:

—Bueno, ¿cuánto me vas a cobrar?

Susana se quedó absolutamente descolocada y le soltó el primer insulto que se le ocurrió. El tipo se fue puteando y, poco después, apareció la camioneta con los militantes montoneros. Diez minutos más tarde estaban conversando en una casa:

—Mirá, acá vamos a ser sinceros. La verdad que la organización está atravesando un momento muy difícil. Desde la caída de los compañeros en Córdoba y en William Morris que andamos jodidos. Quedamos muy pocos y

la infraestructura no alcanza. Pero estamos convencidos de que vamos a salir adelante, porque nuestras propuestas tienen mucho eco entre la gente...

Los montoneros eran el Chacho Molina y su hermano, que habían sido destinados a Mendoza: entre otras razones, porque ahí eran menos conocidos que en Córdoba, donde estaban muy buscados. Acababan de llegar a Mendoza y estaban medio perdidos y sin apoyos; para empezar a armarse habían asaltado un par de estaciones de servicio. Su casa era un páramo: había dos colchones en el suelo y un par de sillas de metal:

—Nosotros estamos por la guerra popular y prolongada, es decir que creemos en la necesidad de construir una organización político-militar que pueda derrotar al ejército cipayo, pero sabemos que para eso hay que dar la batalla en cada frente. Por eso nos interesa mucho lo que vos estás haciendo con los sindicatos en San Rafael, y quisiéramos conectar con ese trabajo...

—Esperen, antes que eso hay algunas cuestiones que me gustaría charlar, ¿no? Por ejemplo, ¿ustedes qué dicen sobre el rol de Perón?

—Bueno, está claro que es un líder para la mayor parte del pueblo argentino, y que es el único que tiene autoridad sobre el conjunto del Movimiento. Entonces él responde un poco a las fuerzas con las que cuenta. En la medida en que el Movimiento no tenga una herramienta revolucionaria eficaz, él también va a tener que estar a la defensiva, pero cuando la construyamos, eso va a llevarlo a él también a tomar posiciones cada vez más radicalizadas...

La charla duró un rato largo. Susana no estaba entusiasmada con las definiciones de los Molina: le parecían un poco ingenuas, casi superficiales, pero quería conectarse con alguna organización, y ésa era la que había. Ya no estaría aislada en su pueblo, inventándose todo. Y, además, los Molina le parecían dos tipos muy honestos, absolutamente entregados a su militancia: la impresionó la fuerza de sus principios, su compromiso; se veía que estaban dispuestos a dar todo por la revolución. Y eran montoneros: de los que habían matado a Aramburu y tomado La Calera. Quedaron en que se reunirían una vez cada dos semanas, en Mendoza o en San Rafael, según pudieran, para discutir política y para ir organizando los laburos: con los sindicalistas y en los barrios. Además, Susana podría colaborar en cuestiones de infraestructura: por lo pronto, les iba a hacer un contacto con unos chilenos dinamiteros que les conseguirían una buena partida de detonadores. Ahora sí Susana tenía la sensación de formar parte de un movimiento que iba mucho más allá de los límites de su pueblo en medio del desierto.

—Andá a verlo vos, es un buen hombre.

—¿Te parece?

—Sí, si te conoce perfectamente; además no tiene nada de raro que pidas trabajo para tu esposa, Daniel. Andá vos.

Daniel Egea prefería que su tío José le hiciera el puente con el gerente de relaciones laborales para que Telma entrara al Swift, pero al final fue a verlo y el hombre le dijo que le mandara a su mujer. Como ya no tenía que darle la teta a Victoria, Telma podía cumplir otro de sus propósitos: quería trabajar en la producción. Estaba dispuesta a dejar de dar clases de psicología y convertirse en obrera. Al fin y al cabo, eran los obreros quienes construirían un mundo nuevo.

¿Edad?

—Veintiséis.

¿Hijos?

—Una nena, de cinco meses.

¿Estudios?

—Universitarios.

¿Área donde quiere entrar?

—Picada.

El calor de diciembre no se sentía. Para que la carne no se pudriera, las dos áreas donde se hacía picada estaban refrigeradas a cero grados. En cada turno había más de doscientas mujeres; los únicos hombres eran los capataces y los manteros. Los capataces controlaban el ritmo de las obreras anotando cuántos baldes de carne hacían por jornada; los manteros tiraban los mantos de carne sobre unos grandes mesones de mampostería para que ellas los cortaran en pedacitos. El primer día, Telma miraba a las otras y pensaba que ella nunca iba a poder manejar el cuchillo con tanta habilidad y, a cada rato, afilarlo sobre la chaira para que cortara como una navaja de afeitar.

—Es práctica, tenés que tener paciencia, si no te cortás toda. Este corte chico es para conserva, otros días hacemos uno más grande, para frozen.

Ramona era una santiagueña grandota que le recomendó que se pusiera medias ajustadas de nylon porque le parecía una pena que a Telma, con las piernas tan blancas, le salieran várices. Mientras le hablaba, Ramona cortaba sin mirar y ya había llenado tres baldes contra uno de ella. Aunque trabajaban en frío, la jornada era de ocho horas y media. Ni se les ocurría pelear la reducción por condiciones de trabajo como en Embarque.

—Acá los delegados son siempre los manteros. Las compañeras prefieren no presentarse, les da vergüenza, qué se yo.

La proporción era de nueve mujeres por cada hombre y el salario de ellas era más bajo; el argumento era que una mujer no podía cargar una media res, que para la mayoría de las secciones no producían ni como los aprendices. Al final de cada jornada, Telma estaba agotadísima, y un poco descorazonada. Si eso era ser obrera, y si las mujeres obreras tenían tan poco nivel de conciencia, quizás tuviera que buscar por otro lado. Se desahogó en la reunión de célula y el Cuqui Carsoglio intentaba alentarla:

—Ojo, que cuando se largan a la lucha son bravas. Las mujeres no hacen agachadas y vas a ver que las que participan prefieren las posiciones más combativas. No tienen término medio.

Telma empezó a agarrar ritmo y arregló con Graciela, la chica que vivía en la casa del fondo, para que le tuviera a su hija mientras ella y Daniel estaban en el frigorífico. A las seis menos cuarto le llevaba el moisés con la nena, dos mamaderas y unos pañales por cualquier cosa. Día por medio se tenía que levantar un rato antes, para preparar la vianda. Había arreglado con Ramona que llevaban la comida una vez cada una. Ese día, Elba, la morochita de ojos verdes, no estaba en la mesa con ellas. Cuando pararon para comer, en voz baja, Ramona le explicó:

—Ese degenerado del capataz la sacó de la producción y la puso adelante.

Elba tenía poco más de veinte y la piel morena. Usaba minifaldas y desde los quince había sacado menciones en los concursos de la Fiesta del Inmigrante de Berisso. Como estaba recién casada con Leiva, uno de Embarque, y se estaban haciendo la casita, ella trataba de ganarse el plus haciendo más producción. Ramona estaba indignada:

—El tipo la persigue, le dice que no hizo manto; todo para que acepte salir con él. Como la Elba no afloja, terminó mandándola adelante.

Elba quedó sentada al lado de la entrada del edificio: tenía que entregar toallitas de mano y sonreírle a los que iban a visitar, clientes, gerentes, empleados de bromatología, gente de saco y corbata que merecía ver una linda morocha. Si quería volver a darle al cuchillo y ganar el plus tenía que entregarse al gallo del gallinero, como les decían a los capataces de Picada. Elba pasó unos días sentada, haciendo nada, pero sin aflojar y el capataz siguió presionando:

—Si no salís conmigo, te hago suspender.

—No, por favor. Piense en sus hijas.

Ella se fue al pasillo llorando: la vieron, y alguno se corrió hasta Embarque a avisarle a Leiva. Embarque y Picada estaban enfrente, separadas por un pasillo. El marido esperó hasta la media hora de descanso y fue a ver

qué le pasaba a Elba, que prefirió salir del paso diciéndole que estaba triste porque había una compañera enferma. La historia del acoso llegó a oídos de Daniel, que era delegado en la sección de Leiva:

—Sí, Telma, pero yo como delegado no puedo ir a meterme en otra sección.

Así que, antes de ir con el chisme a Leiva, fue a hablar con el mantero que era delegado en la sección de las mujeres.

—Mirá, acá pasa algo raro, parece que el capataz la está apretando a esta chica Elba...

—Uhh, pará, que líos de esos tengo todos los días.

Daniel sabía que el mantero también tenía sus negocios. Al repartir los mantos, elegía los grandes para sus candidatas: así ellas hacían más producción y ganaban más plata. Era el arma de seducción del mantero. Muchas de las que querían manto grande tenían que hacer el juego, bancarse el manoseo o la cita furtiva a la salida.

Daniel pensó que había que resolverlo de entrecasa. El capataz de Picada cruzaba tres o cuatro veces por día a Embarque a controlar que mandaran las zorras cargadas con los cortes. Entonces, juntó a tres o cuatro de la sección y les contó la historia:

—Miren, a Leiva no tenemos que contarle nada porque si se entera va a armar un quilombo bárbaro; solamente hay que darle un susto al hijo de puta ése. Yo les voy a avisar cuando venga.

Volvieron a sus tareas y, al rato, mientras Daniel tenía media res en la espalda, Leiva se le plantó al lado, con un gesto que lo decía todo:

—¿Cómo me vino a fallar así, Gaucho?

Uno de los de la partida era el yunta de Leiva, el que trabajaba al lado cuando entraban a estibar a la cámara fría, y le había contado.

—Mirá, yo preferí que no te metas, para evitar problemas. Si querés venir a apretarlo, no tenés que decir ni una palabra. ¿De acuerdo?

Cuando la zorra iba a entrar a la cámara a cargar cortes, Daniel, Leiva y otros tres se metieron. El capataz entró, con su casco blanco, su guardapolvo almidonado y la planilla en la mano y notó que uno le cerraba la puerta sin siquiera mirarlo a la cara. Desde el costado, otro le gritó:

—Venga para acá.

—¿Qué le pasa? ¿Usted quién es?

—Vení para acá porque te voy a buscar.

El que habló fue Egea, pero la mirada del capataz se clavó en Leiva y entendió de qué se trataba:

—Yo no hice nada. ¿A ustedes qué les pasa?

—De aquí en más, a las compañeras ni las mirás, ¿entendiste? Porque si te vemos avivarte con una sola cobrás. Y no te meés encima. Ahora andá a cambiarte los pantalones. ¿Está claro?

Un par de meses después, Telma ya sabía afilar el cuchillo y era parte del grupo, cuando el capataz se le acercó una mañana:

—Cuando termine su horario se tiene que presentar en personal.

Él le aclaró que nunca se había quejado de su trabajo, y ella sospechó. Pensó en los argumentos: que no tenía mucha experiencia, que no llegaba al ritmo de producción. El empleado que la atendió tenía un escritorio muy chico: después de saludarla, miró el papel que tenía enfrente, movió la cabeza de un lado al otro y se sacó los anteojos para hablarle:

—Es un desperdicio.

Telma sabía que esa frase podía decir cualquier cosa y ya estaba escaldada con la historia de Elba.

—No sé por qué se les pasó, usted puede aportar mucho más.

—¿De qué me habla?

—Usted es psicóloga, ¿no?

—Sí. ¿Y?

—Vea, en la oficina de Tiempo están buscando empleadas con secundario, es para llenar las fichas de las horas trabajadas por quincena para dárselas a los de Liquidaciones; es con horario administrativo.

El empleado la miró con complicidad.

—Y por supuesto va a tener una remuneración acorde a su capacidad, señora.

No era tan fácil ser obrero.

**Marzo de 1971.** Años antes aparecían como los mascarones de proa de la movida Di Tella. Después emigraron, y después volvieron. *Primera Plana* los entrevistó en esos días de verano: «A medias entre el Hudson y el Plata, Dalila Puzzovio (25) y Carlos Squirru (34) acaban de recibir un reconocimiento proveniente de USA: sus diseños industriales para géneros fueron elegidos entre los treinta mejores del año. Y no sería raro que en un país como el nuestro (donde se da olímpicamente la espalda a los creadores y la juventud) las señoras burguesas o “finas” comenzaran a usarlos porque “estos americanos son geniales”: una siniestra paradoja. A pesar de ella, el binomio se resiste a emigrar del todo y a seguir las huellas de todo un fuerte

grupo de creadores que el gobierno policial de Onganía espantó. Hoy otros países, otras ciudades, los consideran su propiedad.

»Pese a la violencia, o gracias a ella, Occidente todavía tiene lugar para la sorpresa, el misterio y la alegría. Tres atributos esenciales del ser humano que los argentinos tratan de olvidar: prefieren embadurnar sus cerebelos con un gris subido que nada tiene que ver con la materia habitualmente alojada en esa parte de la anatomía. Sin embargo, hubo una época en que toda una juventud poderosa trató de cambiar las cosas, lográndolo en buena medida para ellos y para las generaciones subsiguientes. A ella pertenecen Puzzovio y Squirru...».

El periodista estaba indignado. Más adelante condescendió a las preguntas. Sobre sus telas, Puzzovio dijo que eran «ecológicas». La palabra no era del todo conocida: «Toda nuestra línea se llamó “¡Salven la Tierra!” y respondió a una tendencia estética emparentada con el auge de la ecología, una ciencia que estudia el equilibrio natural en escala planetaria.

»PP: —¿Qué tiene que ver la moda con la ecología?

»Squirru: —El *Ecology* es un movimiento de preservación de los recursos de la naturaleza cuyo color distintivo es el verde y que tiene su correlato en el diseño. Muchos de nuestros trabajos están concebidos en distintas gamas del verde. La gente allá toma partido por las cosas. Aquí puede ser que diga: bueno, qué me importa, cortaron todos los árboles de tal plaza, no me importa nada. En Nueva York sacaron unos árboles de un parque y tuvieron que plantar el triple, porque a la gente le interesa que se mantenga el verde. (...)

»PP: —¿Y los hippies, las drogas?

»Puzzovio: —Yo creo en las experiencias individuales y no en las colectivas. Así que mi imagen es totalmente personal. Woodstock fue una expresión, casi un símbolo, de lo que representa esa juventud. Pero después vinieron los empresarios que vieron ahí detrás un gran negocio. Y quisieron repetir la experiencia con fines de lucro. La gente se rehusó y fue un fracaso.

»Squirru: —Con la película de Woodstock también los chicos estuvieron geniales. Cuando se vieron partícipes de eso, que era un negocio, y vieron que tenían que pagar cinco dólares para verla, surgió un movimiento para que se dejara de ir a los cines que la proyectaban. En Los Angeles y en otras ciudades hubo grandes manifestaciones y la concurrencia empezó a disminuir. Nosotros, por ejemplo, no la vimos.

»Puzzovio: —Lo importante es cómo toman conciencia de en qué momento se los está utilizando, o se los quiere comercializar. Por eso es que hay quienes piensan que el negocio de la ropa dejó de serlo. Porque esa gente

joven no consume nada de lo que se le imponga. Se hacen su propia ropa, sus propios zapatos, tejen...».

—Mirá, Felipe, vos tendrías que engancharte con nosotros. Estamos construyendo un partido y tenemos una estrategia para el socialismo, lo que necesitamos es que en la primera línea del PRT estén los mejores dirigentes obreros.

—Se los digo en confianza, Negro; yo creo que si ustedes no hubieran perdido el sindicato no pensarían lo mismo. En los sindicatos todavía hay muchas cosas que hacer.

Antes de ser miembros del PRT, Carlos Germán —el Negro Mauro— y Adolfo Correa —el Negrito— habían tenido una larga experiencia sindical; años atrás habían participado en la conducción gremial de telepostales con una lista donde el partido Comunista tenía bastante peso. Cuando perdieron el sindicato, Germán y Correa tuvieron que dedicarse a formar grupos más chicos, más seleccionados: ganar en calidad lo que habían perdido en cantidad. Mientras tanto, Felipe Alberti había vuelto a su puesto de trabajo de mantenimiento subterráneo de la empresa provincial de electricidad y estaba como secretario de vivienda en el sindicato de Luz y Fuerza. Los tres estaban sentados en un bar frente al hospital San Roque, en San Jerónimo y Obispo Salguero, y ya era la tercera jarra de vino con hielo y soda que acompañaban con pan y salame. Felipe le insistía al mozo que lo cortara fino:

—Atento, hermano, el chorizo de campo hay que servirlo como si fuera una hostia.

Germán era responsable político del PRT y estaba bastante conforme con el trabajo que estaban haciendo en las plantas de la Fiat. Pero, en Córdoba, Tosco y su gente seguían siendo el centro de atención de la militancia revolucionaria. Alberti se tomaba su tiempo para masticar pero no se guardaba una:

—¿Vos viste que los de Sitrac y Sitram dicen que nosotros somos reformistas? ¿Quién estuvo al frente del Cordobazo, Negro?

—Felipe, pero para llevar a cabo la revolución, además de la lucha sindical, tenemos que construir una vanguardia revolucionaria... Y si la discusión no se da en la dirigencia obrera, ¿dónde se va a dar?

—Negro, nosotros lo que tratamos es de cuidar la vida de los compañeros, pero también amenazamos al sistema...

Dijo Alberti y se tomó un buen trago de vino y soda para pensar cómo completar la frase.



—... Ustedes también lo atacan, pero la lucha de ustedes es más frontal. Tenemos los mismos objetivos, pero por ahora vamos por caminos distintos; y ojo que yo los respeto mucho.

En Córdoba, la dirigencia gremial tenía contactos permanentes con militantes de organizaciones revolucionarias. A Tosco, especialmente, lo cortejaban todos: él se cuidaba mucho de no comprometerse con ninguno. Tosco se declaraba públicamente marxista e independiente: parecía una artimaña para ocultar algo, como de hecho hacía la mayoría, por cuestiones de seguridad. Pero en el caso de Tosco era cierto, y Felipe, que se había formado con él, compartía ese enfoque: alentar a todos pero sin tomar partido. Germán le parecía un negro decidido pero la máquina de los miles de afiliados del sindicato lo tenía anclado en la realidad de todos los días. Esa tarde, Felipe se volvió a su casa de Santa Rosa y Arturo Orgaz, en el barrio Clínicas. Salvo por los allanamientos repetidos, su vida había vuelto a ser como antes: seguía trabajando y militando, su esposa Clelia lo respaldaba y sus tres hijos —Luis, Pedro y Graciela— ya tenían diecisiete, dieciséis y quince años.

—Papá, papá... Me eligieron responsable de la cuadra.

—¿Quién?

—Los turus.

Los pibes del barrio empezaron jugando a adivinar quiénes eran guerrilleros, y terminaron armando su propio grupo, con nombre y todo. Felipe sabía que éstos eran juegos peligrosos:

—Pero Pedro, si a vos te eligen responsable de la cuadra y vivís en la cuadra, todos saben dónde ubicarte, sos un blanco fácil. Dejate de joder, che, que sos muy chico todavía.

A fines de febrero, las cuentas fiscales del gobernador cordobés Bernardo Bas no cerraban. Había prometido un aumento a los empleados provinciales, en Buenos Aires no le aprobaron el presupuesto, y no tuvo más remedio que renunciar. El presidente Levingston ya lo venía acosando desde antes: Bas estaba con la política acuerdista de Lanusse y además trataba de negociar con los sindicatos cordobeses. El martes 2 de marzo de 1971, José Camilo Uriburu, un abogado ex diputado conservador al que sus amigos llamaban el Conejo por sus catorce hijos, se convirtió en el octavo delegado de la Revolución Argentina en la provincia. A diferencia de su tío, el general salterio José Evaristo Uriburu, éste era cordobés. Pero también había sido fascista e integrante de la Legión Patriótica cuando su tío encabezó el golpe que derrocó a Yrigoyen en 1930.

Al jurar, Uriburu anunció que no daría discursos. Lo primero que hizo fue cambiar a todo el gabinete provincial, salvo el jefe de la policía, su amigo personal, el mayor retirado Julio Sanmartino, acusado de torturador por todos los presos políticos. Uriburu era católico ferviente y trató de que el cardenal Primatesta estuviera a su lado en el momento de su asunción, pero el religioso lo desairó. Tampoco fueron los representantes de la CGT ni las entidades patronales que estaban invitadas y habían hecho tan buenas migas con los representantes de Onganía. Sí estuvo el jefe del Tercer Cuerpo de Ejército, general Alcides López Aufranc, uno de los íntimos del general Lanusse que, para entonces, ya estaba en pleno enfrentamiento con el presidente que él mismo había nombrado.

Bas también tenía buenas relaciones con las cámaras patronales de su provincia. Uriburu, en cambio, estaba en una situación complicada: tenía que cumplir con las promesas que había hecho su predecesor pero no tenía un peso en la caja. Para oponerse a Uriburu, el Centro Comercial e Industrial de Córdoba convocó a sus afiliados a un lock-out patronal para el miércoles 3, el mismo día del paro llamado por la coordinadora de gremios combativos y la CGT local. La CGT estaba unificada bajo mayoría combativa, y la conducción estaba en manos de Atilio López, de la UTA, y Agustín Tosco. Al otro día, la ciudad estaba paralizada.

—Córdoba se mueve,/ por otro veintinueve.

Cantaban las columnas que entraban en la plaza Vélez Sársfield. Aunque la universidad y los colegios secundarios no habían empezado las clases, desde el barrio Clínicas llegaron miles de estudiantes. Los gremios llevaban sus cartelones y los obreros estaban, como siempre, en ropa de trabajo. Los empleados públicos y los judiciales puteaban porque el ex gobernador Bas no había pagado los sueldos antes de irse. Además había conflictos de mecánicos y metalúrgicos. En la manifestación también había señores y señoras bastante bien vestidos con pancartas prolijas de centros comerciales y empresarios. Primero habló un empresario de la central de comerciantes e industriales y nadie le prestó atención. Cuando subió el metalúrgico Alfredo Martini, discípulo del vandorista Alejo Simó, la gente se encendió:

—Ese hijo'e puta fue bombero en el Cordobazo. ¡Bájenlo! ¡Bájenlo!

Martini mantenía buenas relaciones con el ex gobernador Bas, y Alejo Simó había formado parte del Consejo Económico Social del gobernador Caballero dos años antes. La silbatina se generalizó; la policía, a unos cien metros, miraba la escena. Distintos grupos de manifestantes se enfrentaban

con consignas y gritos. Entonces le tocó el turno a Agustín Tosco, que trató de calmarlos:

—... la unidad en la acción de los trabajadores debe centrarse contra el gobierno, evitando la dispersión y el enfrentamiento entre los propios trabajadores, compañeros...

Poco después una columna, arengada por un dirigente estudiantil del integralismo, marchó hacia la cárcel de Encausados:

—Compañeros, vamos a Encausados, a darle la solidaridad a los compañeros presos.

Alejandro Ferreyra había ido con el Hippiie Ramiro Leguizamón, un compañero de célula, y caminaron por la avenida Vélez Sársfield las diez cuadras que los separaban de la cárcel. En una ventana estaba asomado un preso y se hizo un silencio de sepulcro.

—Ya los vamos a liberar, compañeros, no aflojen...

La voz ronca salió de los manifestantes y el preso empezó a gritar desde arriba:

—Las organizaciones armadas peronistas estamos empuñando las armas para derrotar a esta infame dictadura gorila, y no vamos a bajar los brazos hasta lograr una Argentina digna...

La voz quedaba opacada por algunas sirenas y por aplausos. El Hippiie le preguntó a Alejandro quién era ese que arengaba.

—Ignacio Vélez, te acordás, uno de los de la Calera. El Negro Robi se está viendo con uno de los jefes de ellos, Sabino Navarro, para acercar posiciones.

—... La patria justa, Ubre y soberana..., la patria socialista, compañeros...

Para ese entonces, los líderes de las organizaciones armadas discutían intensamente sobre las estrategias a seguir y, sobre todo, del rol del peronismo. Pero todos coincidían en que Córdoba era la vanguardia, y que los dirigentes obreros jugaban un rol decisivo. Por eso, tanto los peronistas como el ERP tenían a sus principales cuadros en esa ciudad: José Sabino Navarro, Carlos Olmedo y Mario Santucho, entre otros, estaban viviendo en Córdoba.

El jueves 4 por la noche, Camilo y José Alberto Uriburu fueron a un café concert en el centro de la ciudad y acusaron de hippies a tres o cuatro parroquianos: cuando uno de ellos los identificó como hijos del gobernador se armó una bruta gresca. Alguien avisó a la jefatura de policía y el mayor

Sanmartino mandó a la guardia de infantería, que salvó a los hijos de su jefe, cargó en un celular a treinta y tres personas y clausuró el lugar.

El viernes 5, la CGT empezó a armar un plan de lucha, empujada por los reclamos salariales de la administración pública. Los cordobeses olían la tormenta. Ese domingo 7, en la localidad de Leones, Uriburu inauguró junto con el presidente Levingston la Fiesta del Trigo. Levingston le dio un apoyo explícito; Uriburu, envalentonado, expuso sus hipótesis en un discurso encendido:

—Nadie ignora que la siniestra organización antiargentina que dirige a los que quieren producir la contrarrevolución ha elegido a Córdoba como epicentro nacional para su cobarde maniobra. Por ello, en estas circunstancias, no puedo limitarme a una académica o lírica enunciación de principios o de números; declaro, sí, que confundida entre la múltiple masa de valores morales que es, por definición, Córdoba, anida una venenosa serpiente cuya cabeza pido a Dios me depare el honor histórico de cortar de un solo tajo.

El gobernador no se refería al complot que se estaba urdiendo en la sede del comando en jefe del Ejército para sacar del sillón a su amigo Levingston, sino a las protestas sociales en su provincia. En esos días se había recalentado la puja entre los seguidores de Lanusse, que querían una salida política pactada, y los que creían que el gobierno militar podía seguir cuatro o cinco años más sin entregar el mando a los políticos. Levingston, que había llegado a la presidencia por orden directa de Lanusse, se le retobaba y quería seguir. Hacía meses que amenazaba con anunciar el plan de normalización política, y no lo hacía. Lanusse, en un discurso del 2 de febrero, lo había urgido con bastante claridad, pero Levingston trataba de seguir su propio camino. Y Onganía, a quien él había reemplazado, lo apoyaba. La Hora del Pueblo, enfrentando tanto a Levingston como a Lanusse, aprovechaba para redoblar sus pedidos de democratización.

El lunes 8 de marzo, el ministro de Economía, Aldo Ferrer, amenazó con renunciar: su jefe había anunciado, el día anterior, en Leones, que el máximo aumento salarial que podría surgir de las negociaciones colectivas sería del 19 por ciento. Ferrer se había comprometido con el secretario general de la CGT, José Ignacio Rucci, a conseguirle un 23 por ciento; al día siguiente, Rucci le explicó al secretario de Lanusse, el coronel Cornicelli, que si los líderes sindicales, «los mejores aliados que tienen el gobierno y las Fuerzas Armadas», no podían satisfacer las expectativas de sus bases, corrían el riesgo de que los reemplazaran figuras más radicales y, dijo, ellos y los jefes militares «podían terminar frente al mismo paredón de fusilamiento».

Lanusse, preocupado, ordenó a su secretario que se reuniera con el asesor legal de la CGT, Antonio Cañero, para ver qué solución podían encontrar. La situación en Córdoba, mientras tanto, se caldeaba cada vez más.

El martes 9, Levingston cenó con el líder de la Confederación General Económica, José Ber Gelbard, representante del empresariado nacional, y le dijo que el pueblo de Córdoba necesitaba que le cortaran las alas, que él tenía aviones y cañones y que iba a usarlos. Mucho después, Gelbard contaría que se quedó tan preocupado que esa noche no pudo dormir.

El miércoles 10, mientras los diarios anunciaban el paro activo en Córdoba para el viernes 12, Levingston instruyó a sus secretarios para que apuraran la publicación del decreto-ley 18.701 en el boletín oficial: una vez cumplido el requisito se ampliaría la aplicación de la pena de muerte en toda la Argentina. Diez meses antes, Onganía había sancionado la ley 18.593 que permitía fusilar a los autores de un amplio espectro de delitos. La ley de Levingston condenaba también a «los integrantes de una asociación ilícita que funcione total o parcialmente con el sistema de células, si se causare la muerte o lesiones gravísimas a alguna persona». Los fundamentos de la ley, redactada por el secretario de Justicia, Jaime Perriau, aclaraba cualquier duda posible: «La plaga anarquista que inquietó al siglo XIX y los comienzos del actual se presenta ahora bajo una forma repetida, pero mucho más alevosa, con mejor organización y una técnica operativa que desconocieron los nihilistas de otrora». La muerte debía llegar por fusilamiento dentro de las 48 horas de dictada la sentencia. Levingston no tuvo muy en cuenta que la ley de pena de muerte de Onganía fue uno de los últimos actos de gobierno de su antecesor.

El jueves 11 a la noche, en la sede de Luz y Fuerza de Córdoba, las usinas de rumores funcionaban a mil. La CGT cordobesa había anunciado para el día siguiente un paro de cuatro horas, desde las diez hasta las dos de la tarde, con ocupación de los lugares de trabajo. Los comerciantes y pequeños industriales se plegaron. El gobierno temía una pueblada y el ministerio del Interior había lanzado una orden de detención contra Agustín Tosco.

—Che, Gringo, hablamos con los abogados para que presenten un recurso de amparo en el juzgado de turno y vamos a sacar un comunicado en los diarios.

Felipe Alberti y el Gordo Di Toffino ya habían caído presos con Tosco el 30 de mayo de 1969, y esta vez querían tomar medidas preventivas. De todos modos, no creían que el paro del lunes tuviera tanta envergadura. Tosco

quería fijar una manera de participar de la movilización sin producir un gran desgaste:

—También habría que sacar un comunicado para llamar a los compañeros a hacer una ocupación pacífica de los lugares de trabajo.

—Los compañeros que no son del gremio se quedan afuera y los nuestros tienen que garantizar la seguridad para que no entre la cana ni nadie.

A las diez de la mañana del viernes 12, en cada fábrica, los obreros reunidos en asamblea escuchaban la lectura de un comunicado de la CGT:

—Hoy, en Córdoba, quienes forjamos la grandeza nacional desde talleres, fábricas, canteras, oficinas, hemos dispuesto ratificar nuestra vocación social sobre el principio individual del sistema capitalista; hemos así tomado posesión de los medios de producción y los servicios públicos. Reconoce, por ello, esta jornada, un profundo contenido combativo y constituye el primer paso en la programática que lanza Córdoba a todo el país: no se trata tan sólo de un nuevo medio de protesta, sino que reconoce el simbolismo propio de la nueva sociedad por la que estamos dispuestos a luchar.

En el centro, los empleados públicos y los judiciales reclamaban sus salarios caídos; la policía los vigilaba desde lejos. En Ferreyra, los obreros de Sitrac-Sitram no aceptaban las ocupaciones pacíficas de la CGT, y se reunieron en una asamblea junto a la barrera de Materfer. Eran unos dos mil y los vigilaba una buena cantidad de carros de asalto de la guardia de infantería. Entonces llegó la noticia de que un patrullero había detenido al padre Giacaglia, un cura obrero de la zona, y los obreros decidieron marchar hacia el barrio vecino de Avellaneda para pedir que lo liberaran. Los policías empezaron a tirar, y los carros a tratar de disolver la marcha.

—¡Armen las barricadas! ¡Vamos a replegarnos en orden!

—¡No se dispersen compañeros!

Mientras la mayoría trataba de seguir hacia Avellaneda, los que quedaron de cara a la guardia de infantería tiraban piedras y cortaban el camino. Se oyeron bombas de gases lacrimógenos y otros ruidos más secos, de pistolas. Entonces cayó, con la cabeza destrozada, Alfredo Cepeda, un obrero de la construcción, de diecinueve años, que vivía en esa misma cuadra. Tenía incrustado un tiro de 45 y se murió en el acto. Era cerca del mediodía: las escaramuzas duraron todavía un rato largo. Las calles estaban cortadas con coches ardiendo, la ruta nueve tenía tambores de aceite vacíos volcados por todos lados, las gomas quemadas recordaban el olor del Cordobazo y subían las columnas de humo: desde toda la ciudad se veía la señal de que los obreros estaban peleando. En las esquinas se repetían los gritos:

—¡Abajo la dictadura!

—¡De acá nos van a sacar muertos, hijos de puta!

Unos dos mil manifestantes estaban atrincherados en veinte manzanas. Los vecinos se sumaban a la protesta y las motos salían con la novedad de que un huelguista había sido asesinado.

—¿De qué agrupación era Cepeda?

Preguntó un motociclista.

—Era del ERP.

Le contestó un manifestante.

—Acá somos todos compañeros, somos todos lo mismo.

Dijo otro. En un rato, toda Córdoba se había enterado. La Comisión de Gremios en Lucha de la CGT se cortó sola y, sin consultar con la dirección regional, llamó a ocupar los establecimientos y lugares de trabajo. La CGT aceptó el movimiento. La Comisión de Lucha era un grupo encabezado por Sitrac y Sitram que, en los hechos, desconocía la conducción unificada de la CGT, que ejercían Atilio López y Agustín Tosco. La policía estaba alerta pero no volvió a reprimir.

—Córdoba se mueve/ por otro veintinueve.

Los que no ocupaban fábricas salían a las calles.

—Paso, paso, paso,/ se viene el Cordobazo.

La fanfarronada de Uriburu sobre la cabeza de la víbora parecía un desafío a los cordobeses. Los trabajadores del vespertino *Córdoba* decidieron publicar una doble página tamaño sábana por su cuenta y repartirla gratis por la ciudad. José Agusti, dueño del diario, puso el grito en el cielo y decidió cerrarlo por tiempo indeterminado.

Ese viernes a la noche los distintos gremios prolongaron el paro hasta el sábado a las dos de la tarde. Además, tanto la CGT como la Coordinadora de Gremios en Lucha decidieron llamar a un nuevo paro activo el lunes 15 desde las diez de la mañana hasta la medianoche.

El sábado a la tarde, los lucifuercistas decidieron acompañar los restos de Cepeda hasta el cementerio San Vicente, el domingo 14 por la mañana, y fijaron su política para el paro activo del lunes:

—El grueso de los compañeros nos vamos a quedar en Villa Revol. Los del edificio central y los otros compañeros que vayan al acto de la concentración en la plaza Vélez Sársfield.

Dijo Tosco. En Villa Revol estaba la usina principal de Córdoba, con el grueso de los afiliados del gremio. Y el comunicado aclaraba que, para evitar provocaciones, durante las ocupaciones no podrían entrar personas ajenas a la

planta. Ese sábado, otro dirigente histórico del Cordobazo, el mecánico Elpidio Torres —a los cuarenta y un años y con trece al frente del Smata— anunciaba su reintegro como operario categoría B a la planta de Kaiser y su cese en funciones gremiales «por decisión personal». En realidad, estaba atrapado entre dos fuegos: los grupos más combativos de su provincia y la burocracia nacional, encabezada por Dirk Kloosterman.

El domingo 14 pintaba muy picante, lleno de información, y José Agusti no podía dejar su diario cerrado cuando más lo iba a vender. La tapa del vespertino *Córdoba* salió con dos fotos que mostraban el cortejo que acompañó el cuerpo de Cepeda hasta el cementerio: en las dos se veía la bandera del ERP que cubría el cajón. La procesión había durado tres horas y las seis mil personas encolumnadas, encabezadas por la madre de Cepeda, gritaron su bronca en cada cuadra de los diez kilómetros de recorrido entre el barrio Avellaneda y el cementerio San Vicente. Es noche, el gobernador Uriburu pidió que las tropas del Tercer Cuerpo encabezaran la represión del día siguiente. En cambio el jefe de la guarnición de la Fuerza Aérea local sugirió a sus mandos que Córdoba fuera declarada zona de emergencia: así se podía reemplazar al gobernador, que aparecía como el principal causante de la huelga. En Buenos Aires, la Junta de Comandantes se negó a las dos medidas. Seguramente pensaron que les convenía que un gobernador del presidente Levingston tuviera problemas y no creyeron que la cosa fuera a ser muy grave. En Córdoba, el comandante del Tercer Cuerpo, Alcides López Aufranc, mandó a su segundo, el general Orfila, a reunirse con el gobernador: después, Orfila declaró a los periodistas que con la policía provincial, reforzada con tropas de la Federal, alcanzaría.

**Marzo de 1971.** Todavía estaba fresca aquella caída del 8 de marzo en el Madison Square Garden cuando Mohammed Alí perdió con Joe Frazier. El campeón había ido a la lona en el décimo tercer round y el jurado le falló en contra. Pocos días después, el presidente Richard Nixon indultó al teniente William Calley, condenado por un tribunal a cadena perpetua como responsable y partícipe de la masacre de veintidós vietnamitas —la mayoría ancianos, mujeres y niños— en la aldea de My Lai tres años antes. Unos recibían el perdón y otros la condena: ese mismo día, una corte californiana sentenció a morir en la cámara de gas a Charles Manson —que se hacía llamar *Satán*— y a tres de sus seguidoras por el asesinato de la actriz Sharon Tate, la mujer de Roman Polanski. Manson aparecía ante las cámaras de televisión con cara de poseído y barba de predicador, defendiendo las muertes



rituales y explicando el sentido purificador que tenían los sacrificios humanos.

En Italia, las asociaciones en defensa de la familia juntaban firmas por todo el país para pedir la derogación de la ley de divorcio promulgada recientemente. En Suiza, un referéndum daba un resultado contundente: el 66 por ciento de la población (masculina, que era la empadronada hasta entonces) votó a favor del voto femenino; a partir de las siguientes elecciones, las suizas podrían elegir a sus representantes.

En Polonia la iglesia católica y el Estado socialista restablecían relaciones después de ocho años. En Moscú, el Kremlin anunciaba su plan 1971-1976: se producirían menos bienes de producción y más bienes de consumo; los rusos fabricarían menos máquinas pero iban a poder comprar más camisas, zapatos, radios y autos. De lo que no se hablaba en la prensa rusa de esos días —pero sí en la occidental— era del Nobel de literatura ganado por Alexandr Soljenitsin, el autor de *Archipiélago Gulag*, que denunciaba los campos de concentración stalinistas.

Entre febrero marzo y abril, en Chile, la Unidad Popular anunció, por etapas, la nacionalización del salitre, el cobre, el petróleo y la banca privada. Durante la reunión de la OEA en San José de Costa Rica de abril, el gobierno de Allende encabezó el reclamo para que Estados Unidos terminara con el bloqueo a Cuba. Chile rompió unilateralmente el bloqueo y firmó convenios comerciales con la isla: azúcar y tabaco cubano en cambio de herramientas y productos agrícolas chilenos.

La columna que salió de Ferreyra era compacta. La mayoría iba caminando, pero había colectivos, camiones, motos. Eran las diez de la mañana del lunes 15 de marzo y había empezado el paro. Los manifestantes avanzaban hacia la plaza Vélez Sársfield, en el centro, pero sabían que no era fácil. Todos pensaban que en el camino se iba a armar. Alejandro Ferreyra y Frichu Polti se habían puesto camisas grafas color verde y llevaban pistolas en la cintura, pero tenían la orden de no usarlas mientras estuvieran en las movilizaciones: «Sólo para defender una retirada o si actúan como comandos del ERP».

—Yo le calculo que nos faltan unas veinte, veinticinco cuadras.

Le dijo Ferreyra al Negro Mauro, que estaba un poco más atrás con un grupo de obreros de la Fiat. Enseguida se acercaron, vestidos de overol azul, Jorge Oropel y Juan Ledesma, que habían entrado al PRT unos meses antes. Después de lo que habían visto el viernes, y sobre todo del entierro de

Cepeda, tanto el ERP como las organizaciones armadas peronistas querían ganar presencia en la calle. Habían tardado casi diez minutos en hacer las tres primeras cuadras y Mauro creyó que era el momento: abrió un bolsito y le dio un paquete a Alejandro.

—Dale Lucas, abrila.

—Frichu, alcanzame el palo.

Alejandro desplegó una bandera del ERP de metro y medio y la ató a una caña de tres metros. Miró para arriba y estaba tan caída que no se parecía para nada a las de las películas. Ni siquiera se veía que había una estrella en el medio. Alejandro se dio cuenta que, si buscaba un hecho político, tenía que hacer algo:

—Frichu, subime a cococho...

Alejandro se encajó en los hombros de su compañero y se puso a agitar su bandera. Mauro empezó a gritar:

—¡Abajo la dictadura!

Y todos le contestaron:

—¡Abajo!

—¡Abajo Uriburu!

—¡Abajo!

—¡Viva el errepé!

—¡Vivaaaa!

Le contestaron. Alejandro seguía flameando la bandera y muchos lo alentaban: en un rato estaba casi en la primera línea de la columna. Un grupo de Montoneros tenía un cartel sostenido con dos palos en el que se veía una lanza y un fusil cruzados. Los de FAR y FAP también llevaban carteles. Alejandro pensaba que una cosa era llevar la bandera a un reparto de leche o en la toma de la guardia de una fábrica y otra era estar ahí, con la cara descubierta, en plena marcha obrera. Lo excitaba y lo tranquilizaba al mismo tiempo: solía temer que sus acciones foquistas los aislaran demasiado.

Los cordones policiales se habían atrincherado a la altura de la bajada de Pucará, en el Parque Sarmiento. Desde ahí podían impedir que la columna de la Fiat llegara a la plaza Vélez Sársfield y además podrían cortarles el camino a las columnas de la usina de Villa Revol si es que los de Luz y Fuerza repetían el camino que habían hecho el día del Cordobazo. Pero cuando la caravana de Fiat llegó hasta la rotonda, los contingentes policiales se corrieron y dejaron desfilar a los manifestantes. Poco después llegó, desde Santa Isabel, la columna de la Kaiser, encabezada por Elpidio Torres.

En Villa Revol, los obreros tomaron la usina en pocos minutos y se quedaron ahí. Dirigidos por Agustín Tosco, cortaron los accesos con barricadas y esperaron que llegara la policía. Mientras tanto, en el centro, Felipe Alberti, el Chiquito Díaz y el Gordo Di Toffino estaban desde las nueve de la mañana en el edificio central de la Empresa Provincial de Energía, en General Paz y Santa Rosa. Todo funcionó como estaba previsto y, a las diez en punto, los trabajadores abandonaron el lugar y salieron encolumnados. A medida que avanzaban por las calles, vieron que los comercios cerraban, que los ómnibus dejaban de circular, que los automovilistas se retiraban del centro. A la altura de Colón y General Paz, frente a la sede del Sindicato de Empleados Públicos, se sumaron a una columna muy grande de ese gremio, encabezada por varias motocicletas. Ahí también estaban los telepostales: eran como diez cuadras de gente codo a codo. La columna dobló por Vélez Sársfield hacia la plaza. La avenida estaba vacía, no había tránsito y tampoco cordones policiales. El grito era unánime:

—Córdoba se mueve,/ por otro veintinueve.

—Esto está que explota.

Dijo Díaz, y Alberti se acordó de la vez pasada:

—En el Cordobazo vos habías ido a Villa Revol. ¿Te acordás, Chiquito?

—Como no me voy a acordar. ¿Te acordás quién cortó la luz de la ciudad aquella noche?

Di Toffino se rió.

—¿Te parece que se arma fiero esta vez, Felipe?

—No creo, pero me parece que este Uriburu agarró el machete por el lado del filo...

Por los motociclistas que llevaban y traían mensajes se enteraron de que la columna principal, que llegaba de Ferreyra, había pasado los cordones policiales sin enfrentamientos. Hacia las once y media la plaza estaba llena; había más de quince mil personas y desde cada sector salían consignas distintas. Los del PCR cantaban ni golpe ni elección, revolución; los del PC, el pueblo unido jamás será vencido. La policía no intervenía pero tenía tropas desplegadas: en el cuartel central esperaban estacionados varios carros de asalto y un neptuno. El monumento a Vélez Sársfield sirvió como tribuna. Antes de las doce, Carlos Macera, un canoso prematuro que era secretario general del Sitrac, empezó a hablar con un megáfono de mano que casi no amplificaba sus palabras:

—Necesitamos la unidad de las bases en la acción para transformar la lucha de los trabajadores en un paro revolucionario, compañeros. Hagamos de

esta manifestación un congreso de masas para decidir nuestro accionar...

Después habló Florencio Díaz, el líder de Sitram. Aunque se daba cuenta de que sólo lo escuchaban los que estaban ahí nomás, Díaz dijo que la lucha de los trabajadores debía ser una lucha consciente por una sociedad socialista:

—Y quiero fustigar a la dirigencia vacilante de la CGT. Yo me pregunto compañeros: ¿por qué no están presentes los dirigentes de la CGT?

Desde un costado, un grupo que llevaba un estandarte de la Agrupación Nacional Peronista alcanzó a escuchar y lo silbó con ganas. Los de Sitrac y Sitram, que eran mayoría, los chiflaron a su vez. Díaz hizo un envite.

—... Si hay algún miembro del secretariado de la CGT, que suba a esta tribuna...

Entre la gente se abrió paso Mario Bagué, del Smata, uno de los que había sucedido a Elpidio Torres. Bagué explicó que muchos de los dirigentes estaban en Villa Revol junto a Tosco, donde se desarrollaba un foco de lucha muy importante. Un sector aplaudió, otros pensaron que era una de las excusas típicas. Algunos, incluso, putearon a Tosco por traidor. Pero Bagué tenía una estocada guardada para bajarles el copete a los más iracundos:

—... Además compañeros, quiero informarles que...

—Silencio, compañeros, silencio.

Pedían los que acompañaban a Bagué.

—... Quiero informarles que lamentablemente el titular del secretariado de la CGT de Córdoba, compañero Adolfo Martini, ha sufrido un infarto...

Martini estaba internado en terapia intensiva, fuera de peligro, y sin proponérselo había ayudado a sus compañeros a zafar de las críticas de los sectores más radicalizados. La gente, como siempre, no prestaba demasiada atención a las pujas de los dirigentes: desde los laterales de la plaza ni siquiera se los oía. Estaban más preocupados por otras cuestiones:

—¡Vamos a Observatorio!

—Al barrio Güemes...

—Al Clínicas...

A las doce y veinte, dos hombres estacionaron su peugeot 404 blanco frente al 380 de la calle Catamarca. Se bajaron, se retiraron unos metros y, cuando vieron que no se cruzaba ningún coche, accionaron un control remoto alimentado por un circuito eléctrico de dos baterías, que puso en marcha al Peugeot. El auto llevaba adentro varias bolsas de nafta y el objetivo era que chocara contra media docena de carros de asalto de la guardia de infantería, estacionados cincuenta metros más abajo. Los dos jóvenes eran Pepe Polti, jefe militar de la regional Córdoba del ERP, y uno al que llamaban Pardal —

como el personaje de Disney— porque, entre otras cosas, había inventado ese sistema de auto incendiario sin chofer. El peugeot estaba en segunda y avanzó despacio unos quince metros, sin llamar la atención del policía que estaba al lado, pero cuando cruzó la alcantarilla saltó la marcha: el coche se quedó en punto muerto y empezó a rugir, porque el motor seguía muy revolucionado. Cuando vieron que el policía miraba con sorpresa ese extraño coche que aceleraba parado y vacío, Pepe y Pardal se fueron caminando lo más rápido que pudieron sin llamar la atención. Enseguida llegaron otros dos policías, que abrieron el coche sin grandes prevenciones: la idea del coche-bomba todavía no era común. Adentro encontraron veinte bolsas de nafta, listas para estallar; un poco más allá, los carros de asalto siguieron estacionados, esperando su hora para entrar en acción.

El casco céntrico empezaba a quedarse vacío a medida que las columnas se retiraban a los barrios más combativos. Mientras se iban, los manifestantes empezaron a armar barricadas. Cuando dieron vuelta a un primer colectivo y le prendieron fuego, a alguien se le ocurrió un comentario cordobés:

—Ahora ya está para las fotos.

Después incendiaron otros y atacaron sucursales de un par de bancos con piedras y bombas molotov. En la esquina de Xerox, los «vidrios antimotines» de la firma americana cayeron con bruto batifondo. La policía no aparecía. Desde la mañana, Uriburu venía anunciando por la radio que iba a retomar el control de la ciudad a cualquier precio. Di Toffino se fue con Alberti y un grupo de lucifuercistas a la sede del sindicato, para enterarse de cómo estaban las cosas en Villa Revol:

—Che Felipe, el Sanmartino este dijo que tiene tres mil canas acuartelados.

Veinte meses atrás, cuando el Cordobazo, la policía manejaba once grupos de choque antidisturbios de trece hombres cada uno, siete vehículos del comando radioeléctrico y los policías de las seccionales eran considerados poco competentes para la represión callejera. La montada era, entonces, el arma más eficaz de la policía para dispersar manifestantes. Pero ahora las cosas eran diferentes: los policías eran más, ganaban más y tenían equipos transmisores portátiles, pistolas lanzagases en abundancia, una buena provisión de químicos capaces de hacer llorar o vomitar a los huelguistas, veinte carros de asalto, torinos para los del comando radioeléctrico y jeeps gladiator para las comisarías. La guardia de infantería se había multiplicado por cuatro: ahora eran seiscientos efectivos. El mayor Sanmartino tenía a todas sus fuerzas acuarteladas y, por las dudas, había pedido refuerzos a

veinte comisarías departamentales. La Federal aportó la famosa Brigada Antigüerrillera: cien hombres con motos, bien armados, al mando del comisario mayor Alberto Villar, considerado el mejor especialista del país. Pero la policía tenía orden de no provocar, eludir choques frontales y tratar de aislar los focos de desorden. Las instrucciones de Sanmartino eran claras: no reprimir el desplazamiento de las columnas de obreros y estudiantes «salvo que se produjeran desmanes».

Hacia la una de la tarde, una columna de obreros de Fiat y Kaiser llegó por el boulevard San Juan hasta el barrio Güemes, y levantó una primera barricada en el mismo lugar donde había caído Máximo Menna el día del Cordobazo, con neumáticos y nafta de estaciones de servicio y maderas de las obras en construcción. En pocos minutos el barrio Güemes estaba tomado y los accesos principales de Bolívar, Arturo Bas, Corro y Artigas eran infranqueables.

A esa misma hora, otro de los grupos salidos de la plaza Vélez Sársfield había ido hasta el hospital Rawson. Ahí cortaron el acceso de la ruta nueve, para evitar que el grueso de la guardia de infantería acantonada en la Bajada de Pucará pudiera volver. En Villa Revol, el panorama era parecido: los lucifuercistas habían extendido el área ocupada hasta la avenida del Rosario y el barrio Colón. El barrio Observatorio también fue tomado al mediodía. Y el barrio Clínicas. El centro era tierra de nadie. Otros grupos cortaban los puentes de la Cañada.

Sanmartino dio la orden de reprimir. A la una y media, tropas y carros de asalto llegaron a todos esos puntos y se encontraron con tácticas de resistencia muy similares: los manifestantes, en vez de enfrentarlos, abandonaban las barricadas y, al rato, reaparecían en otros puntos. Mientras la policía trataba de recuperar los territorios, había grupos organizados que entraban a los supermercados para llevarse comida y repartirla entre los pobladores, otros que entraban a negocios para robar fotocopiadoras y máquinas de impresión, otros que pintaban con aerosoles de todos colores contra el gobernador Uriburu, por el socialismo, por Perón, contra la dictadura, por la guerra revolucionaria. Motociclistas enmascarados con estandartes de las organizaciones guerrilleras recorrían las calles. Otros rompieron vidrieras, sobre todo de empresas extranjeras. El paro había sido total, la ciudad había explotado como nunca desde el Cordobazo, pero las áreas en conflicto fueron más limitadas: el 29 de mayo de 1969, en cambio, toda la ciudad y toda la gente había participado. Esta vez predominaba la militancia, mucho más numerosa que aquella vez. Era un cambio significativo.

A las siete de la tarde, un grupo de la guardia de infantería tiró contra un grupo de manifestantes que estaban cerca de la concesionaria de autos Lockman y la sucursal del Banco Israelita, en avenida Independencia al 1200. Pedro Basualdo, de veintiocho años, que trabajaba de ordenanza de un colegio secundario, cayó muerto con una bala en un pulmón. Basualdo fue la única víctima mortal de la jornada. Hasta esa hora, no había más de cien detenidos.

Después de las ocho de la noche, varias seccionales de la policía reportaron que los cortes de luz por sabotaje les impedían entrar a controlar ciertas zonas. Oscurecía, y los miles de manifestantes se dispersaban en pequeños grupos; los barrios tomados fueron cayendo uno tras otro. La excepción, una vez más, fue el Clínicas, hacia donde marchó el escuadrón de lucha antiguerrillera de la Policía Federal. El comisario mayor Villar preparó a sus cien hombres para el ataque y esperó hasta las dos de la madrugada; entonces empezaron a marchar. Las calles estaban cerradas por más de doscientas barricadas, cordones de clavos miguelito, coches volcados e incendiados. Ante cada barricada, los policías tiraban un par de bengalas y, enseguida, dos o tres granadas, que las hacían volar en pedazos. Entonces avanzaban hasta la siguiente. De tanto en tanto los paraba algún tiro aislado desde una terraza: los policías se parapetaban y tiraban fuego graneado hacia el lugar. Después, los policías pateaban las puertas de las casas y se llevaban detenidos a los que encontraban. Cuando salía el sol, la Brigada Antiguerrillera tenía unos cien prisioneros cargados en los celulares. En total, hubo unos cuatrocientos detenidos. Los daños materiales se calculaban en unos quince millones de dólares: más que en el Cordobazo. En su edición del 17 de marzo, *La Voz del Interior* sacó en tapa una caricatura que mostraba a una especie de boa descansando satisfecha después de haberse comido al gobernador. Algunos hablaban del Cordobacito pero, poco a poco, el nombre que se impuso para esa jornada fue el Viborazo.

—Ahora el dirigente se hace en la barricada.

Dijo Agustín Tosco el martes 16 a la noche en una conferencia de prensa en la sede de la CGT de Córdoba. Vestido con ropa de trabajo, tranquilo como de costumbre, Tosco se lanzó contra Rucci:

—Los burócratas de la CGT nacional no fueron capaces de enviar un mísero telegrama de adhesión a los trabajadores cordobeses en huelga.

—¿Se agotará la protesta cordobesa sin la compañía de Buenos Aires?

—La toma de conciencia no se acaba. De todos modos, la clase obrera porteña sabe muy bien que es oprimida. No otorgará su conformidad ni su

consenso al régimen. Lo que ocurre es que en su alta conducción medran traidores y pacificadores, cada vez más alejados, si se puede, de quienes dicen representar.

Atilio López estaba sentado al lado y no quería regalarle el discurso combativo a los de Sitrac y Sitram:

—Esto no fue dirigido contra Uriburu sino contra un estado de cosas. Lo mismo le ocurrirá al que venga después, hasta que nos reconozcan nuestros derechos. Estamos evaluando con los gremios continuar la lucha con un paro activo el jueves 18.

Eran las ocho de la noche y los cronistas preguntaban de todo: si esto era el segundo Cordobazo, si iban a negociar con el gobierno, cómo pensaban seguir; de pronto, alguien entró corriendo en la sala y cambió un par de palabras con Felipe Alberti. Felipe se acercó a Tosco y López y les dijo algo al oído. Tosco encaró a los periodistas:

—Nos informan que la dictadura ha librado orden de captura contra los dirigentes sindicales.

Poco más tarde uno de los periodistas de Buenos Aires, que había hablado por teléfono con su redacción, dio una versión más catastrófica de lo que estaba pasando:

—Baltiérrez difundió un comunicado en la Rosada, dice que a partir de ahora Levingston puso en vigencia la pena de muerte en todo el territorio nacional.

Rodolfo Baltiérrez era el secretario de Información de Levingston. El decreto que el presidente esperaba para reprimir la pueblada cordobesa había salido un poco tarde. El cronista confirmaba que en la misma reunión de gabinete el gobierno había puesto a disposición del Poder Ejecutivo a los detenidos en Córdoba, que iban a intervenir a los gremios que participaron de la protesta y que había orden de detención contra los dirigentes. De esa reunión de ministros había tomado parte el general Ibérico Saint Jean, entonces jefe de la SIDE.

El periodista porteño quería dar, al menos, una información alentadora.

—Extraoficialmente, dicen que lo van a rajar a Uriburu...

Según le habían dicho, el sucesor podía ser el general Orfila, quien días atrás consideraba que no era necesario movilizar a la policía.

A las nueve y media, mientras los dirigentes gremiales terminaban apurados la conferencia de prensa y discutían dónde iban a seguir su reunión para que no se los llevaran presos, el gobernador Uriburu tenía que interrumpir su entrevista con el enviado especial de *Clarín* porque su hijo y



secretario Carlos entró para decirle que lo llamaba el presidente desde Buenos Aires. El periodista le estaba preguntando si su destino estaba inexorablemente ligado al del general Levingston; el presidente le dijo que había resuelto pedirle la renuncia. Cinco minutos después, Uriburu la anunciaba por todas las radios. Había gobernado su provincia la misma cantidad de días que hijos legales y reconocidos tenía: catorce. En su renuncia, el gobernador decía que «cumplí mi promesa de Leones de atacar al comunismo. El operativo Clínicas, cumplido por Villar y sus hombres, con ahorro de vidas, ha degollado al reptil, cuyo cuerpo lo veo aún estremecerse en los gremios, donde quiso anidarse».

Una vez caído Uriburu, el general López Aufranc puso paños tibios al toparse con los periodistas:

—Acepto la protesta, nunca la violencia.

Dijo el jefe del Tercer Cuerpo de Ejército y militar sobresaliente en los enfrentamientos internos de azules y colorados. Después, López Aufranc intentó una extraña disculpa:

—Las Fuerzas Armadas son una carga necesaria de todas las naciones, capitalistas o socialistas. Ustedes saben que se estudia el plan político. Habrá una solución constitucional a plazo breve.

Y aclaró que sus hombres no habían salido a la calle el 15 por respeto a la ciudadanía y confiando en que se impondría la cordura:

—Sólo van a hacerlo en caso de que se rebase a la policía provincial, a la Federal y a Gendarmería.

Pero el jueves 18, sin que fuera rebasada ninguna fuerza de seguridad, López Aufranc decretó zona de emergencia la provincia y puso las tropas del Ejército en la calle. El miércoles 17 había habido otras puebladas: en Casilda, Santa Fe; Orán, Salta, y Cipolletti, Río Negro. El jueves a las diez empezó otro paro activo con adhesión de todos los gremios, que duró hasta las doce de la noche. La jornada fue tensa: la calle estaba ocupada por blindados y ametralladoras. El gobierno nacional, que todavía no había designado gobernador, decidió atacar buscando la división e intervino los sindicatos que conducían la Comisión de Lucha de la CGT: Sitrac, Sitram, Trabajadores de la Universidad de Córdoba y Madereros.

El edificio de la CGT de Córdoba hervía. Al paro y las intervenciones se sumaba la expectativa ante el plenario de regionales que se hacía en ese momento en Rosario. La delegación cordobesa se estaba jugando una carta fuerte. José Contreras, de Luz y Fuerza, tenía instrucciones del secretariado para proponer al resto de las provincias un movimiento semejante al que

habían hecho antes del Cordobazo, con lanzamiento de un paro nacional. Proponían hacerlo el lunes 23. Cuando le tocó el turno, Contreras se levantó mirando a los delegados de todo el país.

—Compañeros, debemos llevar una lucha franca y categórica contra la dictadura, por eso debemos ponernos de pie contra el atropello de estos generales que intervienen nuestras organizaciones gremiales y detienen a nuestros dirigentes. Hoy es Córdoba, mañana será otra provincia.

Lo escucharon sin mostrar sus opiniones. Rucci esperó su turno: tenía un estilo pausado, hecho de frases hechas y de arreglar las cosas entre bambalinas:

—Los argentinos nos encontramos estupefactos ante el vacío de poder evidenciado por esta minoría que pretende dirigir la Nación; pero los que abrazamos las banderas de la justicia social, la independencia social y la soberanía política bajo el paño de la celeste y blanca no necesitamos inspirarnos en ideologías foráneas...

El golpe era muy directo y los delegados de varias provincias se levantaron de las sillas. Rucci apenas levantó la voz; algunos de sus hombres diseminados en la sala pusieron sus mejores caras de guerra. Hubo un cuarto intermedio y finalmente se elaboró un documento en el que se evitó decir nada sobre la intervención de los gremios cordobeses. El viernes 19, Contreras se volvió a Córdoba más que cabreado. Agustín Tosco y Atilio López lo esperaban en el edificio de la CGT.

—Y José. ¿Nos cagaron? ¿Qué pasó?

—No sabés la apretada que nos comimos a la salida. Los de la pesada de Rucci nos amenazaron en cinco idiomas.

La conducción gremial cordobesa decidió pasar a la clandestinidad ese mismo viernes. López le dijo a Tosco:

—Gringo, cuidate. Necesitamos que esta vez no te agarren.

A esa misma hora, en la puerta de las plantas de Concord y Materfer, los dirigentes de Sitrac y Sitram, Gregorio Flores y Fernando Altamira, eran detenidos por la policía. A la una del mediodía los trabajadores de las dos plantas abandonaban su trabajo y se declaraban en paro. Por la tarde, el tambaleante gobierno de Levingston nombraba al noveno gobernador de la Revolución Argentina en Córdoba. El contralmirante retirado Helvio Guozden había sido hasta entonces gobernador en La Pampa. Cuando salió el nombramiento, los periodistas le preguntaron si conocía Córdoba:

—Como turista.

—¿Lleva instrucciones del presidente Levingston?

—Que trate de gobernar bien.

Una de sus primeras medidas fue confirmar al mayor Sanmartino al frente de la policía. Ese día siguieron los allanamientos y el número de detenidos a disposición del Ejecutivo aumentó en un par de cientos.

El lunes 22 el presidente Levingston pidió al general Lanusse que sancionara a López Aufranc porque no había sabido impedir la violencia en Córdoba. Lanusse se negó y Levingston lo relevó de su cargo de comandante en jefe. Las unidades militares no aceptaron la medida y, al día siguiente, Levingston tenía que abandonar la Casa Rosada. Esta vez, Lanusse prefirió no buscar delegados personales. El jueves 26, el teniente general Alejandro Agustín Lanusse juró el cargo, que unió a los que ya tenía como jefe del Ejército y del comando de las tres armas. Los dos presidentes anteriores habían caído después de los dos grandes reclamos obreros cordobeses. El segundo decreto de la junta fue declarar el cese del estado de emergencia en Córdoba. Cuando nombró como ministro del Interior a Arturo Mor Roig, un radical balbinista, presidente de la cámara de Diputados entre 1963 y 1966, al que se suponía gran muñeca política, el nuevo presidente estaba dejando claro cuál sería el objetivo principal de su gobierno: garantizar la reinstauración de un sistema de derecho o, según otras lecturas, asegurar una retirada ordenada de los militares a sus cuarteles. Se estaba por lanzar el Gran Acuerdo Nacional.

## Siete

—Yo sé muy bien quiénes son los que mataron a Manolín: a Manolín lo mató un sistema injusto basado en la codicia y en la violencia, en la represión y en la injusticia. Yo sé que lo asesinaron. La policía dice que fue un enfrentamiento, pero yo he visto las fotos del cuerpo y tenía cuarenta y dos balazos: mi hijo Manuel Belloni fue asesinado. Y su amigo y compañero Diego Frondizi también fue asesinado. Eso lo saben todos ustedes, y lo sé yo, y ni ustedes ni yo vamos a descansar hasta que sus asesinos reciban el castigo que merecen...

Lili Mazzaferro seguía hablando, enardecida, y desde abajo le contestaban los gritos. Ya casi no sabía qué decía: era como si alguien hiera formando las palabras que ella gritaba con la voz ronca, desfalleciente, a punto de quebrarse en cada frase. Lili Mazzaferro seguía hablando, y se secaba las lágrimas con el reverso de la mano.

Lili Mazzaferro había nacido en Buenos Aires en 1926, hija de un ingeniero socialista que, cuando tenía cuatro años, la llevó a ver el desfile de los soldados de Uriburu que festejaban el derrocamiento de Yrigoyen y le decía, despacito, a la oreja, son unos hijos de puta. Cuando terminó el secundario, Lili quiso seguir medicina, pero su padre le dijo que ésa no era carrera para una mujer; ella le propuso ingeniería, y su padre le contestó lo mismo. Así que Lili se inscribió en Letras, que era una facultad donde sí podían ir las muchachas decentes, Lili era rubia, linda, de ojos claros y rasgos fuertes: en la facultad, a sus dieciocho, se puso de novia y se casó con un estudiante mayor, de buena posición, que todas codiciaban y ella apenas conocía: Manuel Belloni. Seis años después, en 1950, estaba separada, con dos hijos chiquitos.

Desde entonces, Lili hizo toda clase de trabajos para mantener su casa: limpió oficinas, tuvo una librería donde solían reunirse republicanos españoles, fue redactora del suplemento agrario de *El Mundo* con Juan Vocos Lezcano y del infantil con Enrique Pezzoni, maestra en un jardín de infantes o actriz de teatro para chicos. En 1960 conoció a Marcelo de Laferrère, un señor elegante y liberal, dueño de un campo y una cultura sólida, con quien se casó casi enseguida: a partir de ahí, su vida se hizo mucho más fácil. Marcelo se

llevaba muy bien con los hijos de Lili, Manolín y Liliana y, además, tuvieron otros dos, Nache y Roberto.

A fines de los sesenta, Lili trabajaba como relaciones públicas y productora en canal 9. El campo daba buenas rentas, y en su casa de Martínez solían armarse reuniones agradables con Horacio Bergara Leumann, Horacio Molina, Charlo o Sabina Olmos, Pero entre sus amigos también había intelectuales de izquierda como Paco Urondo o Pirí Lugones. En cualquier caso, Lili disfrutaba de esa vida y, de tanto en tanto, tenía ganas de protestar un poco contra ciertos actos del gobierno de Onganía, y se callaba.

—Mamá, vos lo que tenés es una gran contradicción, porque tenés la parte frívola, y también tenés la otra, que te hace ser amiga de Paco y de un montón de gente, pero tenés miedo de que se te suelte la tanada y pierdas el control, y entonces muchas veces te callás la boca, ¿no?

Le dijo, un día, su hijo Manolín. Primero, a los dieciséis, Manuel había tenido una época medio hippie y, en 1967, acampaba con Pipo Lernoud y Moris en los bosques de Villa Gessell. Después empezó con muy buenas notas la carrera de Psicología, hasta que la dejó e instaló, junto con su amigo Diego Ruy Frondizi, un taller de ebanistería donde había muebles que vendían en negocios elegantes de la calle Santa Fe. Mientras tanto, Manuel y Diego habían empezado a militar en las FAP pero su madre, al principio, no sabía nada. Manuel, además, se había casado y tenía una hija. Un día de 1970, Lili vio a su hijo sentado solo en una mesa de la confitería del Blasón, en Las Heras y Pueyrredón, y entró a saludarlo. Después de darle un beso, amagó sentarse con él:

—Mamá, por favor andate.

—Ah no querido, yo me siento con vos.

—Mamá, andate.

—Bueno, me voy, pero mañana nos reunimos vos y yo.

Al otro día, en su casa, Lili le preguntó a su hijo qué estaba pasando:

—Mirá, Manolín, si no querés no me digas en que estás, sé que sos peronista, sé que estás trabajando en barrios; pero no me dejes a un costado, yo no te pido que me digas nada, pero no me dejes a un lado...

Él le prometió que no, y se fue sin decirle más nada. Al cabo de un par de meses, Manuel se apareció por la oficina de su madre en el canal 9:

—Mamá, por favor, tengo un auto, lo tengo que guardar.

—Dejameló que yo te lo guardo, no te preocupes. Pero decime qué me estás haciendo guardar. Vamos a hablar en serio. La vez pasada te dije que no me dejaras a un lado.

Poco después, Manuel le anunció que iban a cerrar el taller y que él se iba a dedicar a manejar un taxi.

—¿Un taxi?

—Sí, mamá, me da más libertad, me permite andar por ahí más fácil, ¿entendés?

Manuel tenía muy poca plata y, cuando él la dejaba, Lili le compraba un poco de comida para que se llevara a su casa. No era fácil: él sólo le permitía que le diera lo indispensable. Y, ya a fines de 1970, le dijo que se mudaba a una quinta que le habían prestado para que la cuidara y que era muy conveniente porque Nina, su mujer, estaba embarazada de nuevo.

—¡Manolín, qué alegría!

—Sí, mamá, estamos muy contentos.

Lili le hizo decir como ocho veces que estaban todos bien, que no necesitaban nada, que cualquier cosa que precisara le avisaría, y que pronto la iba a invitar a visitarlos a la quinta.

—¿Y dónde queda?

—Por ahí, por Moreno.

—En serio me gustaría ir un día, a ver a mi nieta, y que comamos juntos y tengamos tiempo para charlar un rato, tranquilos, como antes.

—Sí, mamá, en cuanto podamos te aviso.

Nunca le avisó. En enero de 1971, Lili se fue a Mar del Plata a trabajar en la producción de una obra de Romay y casi todas las noches, después del trabajo, iba a un café-concert donde actuaban Osvaldo Piro y Susana Rinaldi. Lili se sentía extrañamente frágil: cada vez que Piro y Rinaldi interpretaban *Pedacito de cielo*, una de las canciones favoritas de Manolín, le daba el llanto. En cuanto pudo se volvió a Buenos Aires. El primero de marzo estuvo con Manolín, y charlaron un rato: él estaba bien, tranquilo, muy ilusionado con el hijo que esperaba, y por una vez le habló de política: le dijo que la situación estaba evolucionando bien, que los militares ya no iban a poder aguantar mucho, que pronto se caerían como un castillo de naipes.

—¿Te parece?

—Sí, mamá, es evidente. La presión de la gente está cada vez más fuerte, no van a tener cómo pararla.

El lunes 8, cuando se despertó, Lili Mazzaferro veía todo muy turbio. Le dijo a su hija Liliana, que estaba con ella, que cómo era que se había nublado todo.

—Pero mamá, no, tendrás algo en la vista. Si hace un día espléndido...

—¿Qué hora es? Porque tengo una angustia, no puedo respirar.

—Mamá, son las ocho menos diez de la mañana.

—No sé qué me pasa...

Después, en su oficina, Lili siguió sintiéndose mal. Esa noche tenía un casamiento, así que fue a la peluquería y, cuando volvió a su casa, se encontró con su padre y sus dos hijos más chicos. No era normal.

—¿Qué pasa?

—No, se descompuso Nina, así que Marcelo se fue para allá; y te están esperando para llevarte.

—¿Qué le pasa a Nina? ¿Va a perder el embarazo?

—Está muy descompuesta, no sé qué le pasa...

En el auto, Lili le pidió a su padre que le contara todo.

—Mirá, yo puedo decirte que de Manolín no se sabe nada, pero hubo un tiroteo y a Diego lo mataron.

—¿¡Cómo!?! Entonces Manolín está muerto.

Lili estuvo, de pronto, totalmente segura. Le pidió a su padre que pararan en un bar para tomarse un whisky. No podía creerlo pero no podía, tampoco, no creerlo. Estaba segura. Cuando llegó a la casa de Manuel y Nina, su marido, Marcelo, la estaba esperando. Marcelo estaba lleno de dolor y bronca y la abrazó para consolarla. Ella se soltó y le dijo que la dejara sola, un minuto nomás. Se encerró en el baño y empezó a gritar, pegó trompadas contra las paredes, se lastimó las manos, lloró sin freno. Después salió y preguntó adonde había que ir.

—A la comisaría, a reconocer el cadáver.

En la comisaría del Tigre, Lili Mazzaferro se presentó diciendo que era la madre de Manuel Belloni, que estaba muerto ahí. El suboficial que la recibió le dijo que no, que se había equivocado:

—Acá no hay ningún Belloni.

—No sea imbécil, acá está Manuel Belloni con Diego Frondizi.

—Espere señora, que el jefe de la unidad quiere hablar con usted.

El jefe de la unidad la saludó sin mucha atención:

—No, señora, mire, acá no hay ningún Manuel Belloni, hay un Gregorio González.

—Es mi hijo.

Gregorio era por Laferrère, el abuelo de Marcelo, y González porque su campo estaba en González Catán. Era un nombre clavado para Manolín. El oficial empezó a interrogarla.

—Mire, paremos la mano, yo no sé nada. Si usted quiere interrogarme, lo va a hacer pasado mañana; ahora voy a reconocer el cadáver de mi hijo.

Esa noche, mientras lo velaban en la casa de su ex suegra, Lili quiso acariciar el pelo de su hijo, sacarle ese mechón rebelde que siempre le caía sobre la frente. El empleado de Lázaro Costa le pidió que no lo tocara.

—¿Por qué?

—Porque tiene un tiro de bala en la cabeza.

—O sea que lo fusilaron estos hijos de puta.

Al otro día, Lili Mazzaferro fue a ver al abogado Eduardo Duhalde para pedirle que se encargara de investigar el caso. Duhalde le preguntó a qué organización pertenecían Belloni y Frondizi.

—A mí eso no me importa. Yo quiero que investigues qué pasó, pertenezca adonde pertenezca.

Lili estaba inconsolable, y sólo la tranquilizaba la idea de que podía hacer algo para esclarecer la situación. Pocos días después empezó a parecerle que Duhalde no hacía lo suficiente; se fue a ver a Silvio Frondizi, tío de Diego y hermano de Arturo, y le propuso que investigaran juntos. Frondizi le dijo que el tribunal de La Plata iba a cerrar el caso. Lili se desesperó. Al día siguiente, consiguió arrastrar a Silvio Frondizi hasta La Plata. Pero antes de ir al juzgado se le ocurrió una idea, y puso carteles en las facultades llamando a los estudiantes a que estuvieran en el aula magna de Arquitectura, esa tarde, para repudiar el asesinato de Belloni y Frondizi. Después, en el juzgado, un secretario amable le dijo que él también pensaba que los habían rematado.

—¿Y cómo es que van a sobreseer el caso?

—¿Qué quiere que le haga, señora? Usted sabe cómo son estas cosas.

Al mediodía, Lili se fue al comedor estudiantil y repitió la invitación al acto. Y esa tarde, cuando llegó la hora, el aula magna de Arquitectura estaba repleta.

—Yo no sé hablar en público. Es la primera vez que voy a hablar en un lugar así. Yo no soy un político ni nada. Soy solamente una madre que ha visto cómo su hijo caía asesinado por querer un mundo mejor para todos, y que no quiere que esto quede así...

Abajo, casi trescientos estudiantes la escuchaban en un silencio respetuoso. Lili Mazzaferro tomó aliento y pensó cómo iba a seguir. Tenía un talleur azul de buena tela y un collar de perlas. A su lado, Silvio Frondizi la miraba con algo parecido a la sorpresa.

—Yo soy solamente una madre, pero ustedes son los compañeros de Diego y de Manolín, y por eso vengo acá a hablarles. Éste es un acto para todos, acá no hay partidismo político ni divisiones. Los únicos que no pueden



estar son los hijos de puta represores, los hijos de puta torturadores, los hijos de puta militares...

Abajo, los gritos reemplazaron al silencio. Un grupo puteaba a los militares, otros cantaban que todos los guerrilleros son nuestros compañeros. Lili y Silvio, desde el estrado, acompañaban cada canto.

—Yo soy solamente una madre, pero como madre que soy puedo decirles algo: que no dejen a sus padres a un lado en el camino que están haciendo. Díganles la verdad. Si ellos están de acuerdo los van a apoyar: si no están de acuerdo, por lo menos, ya van a saber a qué atenerse, pero no los dejen a un costado. Es lo peor que pueden hacer, chicos. Se los dice una madre...

Hubo aplausos, gritos y algún chiflido, y muchos de los estudiantes empezaron a cantar *Bella Ciao*: Lili y Silvio corearon. Después, otros empezaron a cantar la marcha peronista.

—Lili, a mí nunca nadie me hizo cantar esto.

Dijo Silvio Frondizi.

—Pero tenemos que cantarlo, Silvio.

Lili tampoco la había cantado nunca pero, por un momento, los dos corearon aquello del primer trabajador. Después, el acto se disolvió entre gritos y consignas.

**Abril de 1971.** Las organizaciones del peronismo revolucionario no tenían en ese entonces un órgano de prensa: se manejaban con comunicados, documentos o cartas. Muchos de sus cuadros habían participado en publicaciones como el *CGT* —periódico de la CGTA dirigido por Rodolfo Walsh—, que había sido clausurado en julio de 1969; también en *Cristianismo y Revolución* —dirigido por Juan García Elorrio primero y luego por Casiana Ahumada— donde se publicaban documentos de las organizaciones armadas y reportajes a sus diligentes clandestinos.

Entre los partidos marxistas sí existía la tradición leninista del periódico. La mayoría eran clandestinos, aunque se los podía encontrar en algunos quioscos. El Partido Comunista (PC) sacaba el semanario *Nuestra Palabra* y la Federación Juvenil Comunista el semanario *Línea*. El Partido Comunista Revolucionario (PCR) publicaba cada quince días *Nueva Hora*, mientras que el Vanguardia Comunista (VC) —desprendido del socialismo y de orientación maoísta— sacaba *No Transar*.

Los partidos trotskistas también publicaban periódicos mensuales o quincenales. El Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT)-La Verdad editaba *La Verdad*. Unos meses después, el PRT-La Verdad pasó a llamarse

Partido Socialista de los Trabajadores y editó *Los de Abajo*. El periódico de Política Obrera (luego Partido Obrero) también se llamaba *Política Obrera*. El PRT-El Combatiente sacaba *El Combatiente* y el ERP el *Estrella Roja*, pero su periodicidad era irregular.

En esos días, cada grupo trataba de resumir en alguna consigna su postura frente al GAN. Las Organizaciones Armadas Peronistas, en general, no tenían diferencias: les alcanzaba con decir que la conducción estratégica era de Perón y que ellos tenían que ejercer la conducción táctica. Sintetizaban su actitud en consignas como «Ni votos ni botas, fusiles y pelotas».

En la izquierda marxista las posturas eran más diversas. El PC había desarrollado alianzas que le permitieron crear el Encuentro Nacional de los Argentinos (ENA) y estaba a favor de participar de las elecciones. El resto de los grupos planteaban que el proceso electoral era una trampa o una farsa. La consigna del PCR era «Ni golpe ni elección, revolución», la de VC «Ni golpe ni elección, insurrección». El PRT-El Combatiente decía «Ni golpe ni elección, desarrollemos la guerra revolucionaria». El PO planteaba «Por un gobierno obrero y popular», mientras que el PRT-La Verdad tenía la misma consigna, pero aclaraba: «Contra el GAN y sus variantes: el ENA y la Hora del Pueblo».

Mientras esperaban su contacto con las FAL, Miguel y Teresa habían acordado que si cualquiera de los dos abandonaba sería el fin de la relación:

—Yo sé que entre los Tupamaros hubo casos de hombres que les ocultaban a sus esposas que ellos militaban. Eso es aparatismo, Miguel, desprecio por el rol de la mujer.

A principios de 1971, la agitación en el Chaco pasaba por las Ligas Agrarias, impulsadas por las Juventudes Cristianas Agrícolas, apoyadas por el obispo Distéfano, de Sáenz Peña. Las Ligas, lideradas por Osvaldo Lovey, organizaban a los campesinos del interior de la provincia. Eran, sobre todo, pequeños productores de algodón que vivían en condiciones miserables, ahogados por las grandes empresas algodoneras. Las Ligas habían organizado, en enero, su primer congreso y, desde ahí, su organización se extendió por la zona, a los productores de tabaco de Corrientes, los de té y yerba de Misiones, las colonias agrícolas de Formosa. Y muy a menudo sacaban los tractores, chatas y camiones a las rutas, las cerraban y denunciaban su situación. La policía, en general, reprimía con violencia.

Los empleados públicos también andaban de conflicto en conflicto, peleando contra las medidas drásticas que tomaba el gobernador Juan Carlos

Basaín, un coronel petiso y gordo llegado de Buenos Aires. Miguel y Teresa estaban metidos en ese clima y esperaban al pie del cañón el contacto con las FAL. Pero el enviado de Corrientes no aparecía. Una tarde, Miguel le contó al Negro Amarilla que estaba decepcionado porque el tipo de las FAL de Corrientes no les daba bola:

—Al final es como dicen los políticos, Dios está en todos lados pero atiende en Buenos Aires... y con los revolucionarios parece que pasa lo mismo, che.

Amarilla bajó la voz:

—Querrás decir con los marxistas. Porque acá los peronistas estamos muy bien organizados. Cuando murieron Ramus y Abal Medina, Firmenich se pudo rajar, estaba recontrabuscado. ¿Y dónde se escondió? En el Chaco, chamigo.

Y le contó que él, Jaime y Bernardo Dri y varios otros estaban en Montoneros desde la fundación y que tenían un crecimiento importante:

—Lo que pasa es que en esta zona no operamos militarmente. Pero bueno, hermano, cuando quieras, tenés un lugar con nosotros...

Pero Miguel pensaba en un socialismo más ortodoxo y ya tenía un perfil público como tipo de la izquierda revolucionaria. Escribía en los diarios *El Territorio* y *El Norte* y se había lanzado a la actividad sindical. Su abuelo Fortunato lo había recomendado a Ceferino Gerale, el gerente del banco provincial, y le habían dado un puesto muy cómodo en el departamento de créditos. Gerale era un señor formal:

—Vea, Molfino, por favor, para empezar se me saca la barba y se me corta el pelo. Ahora usted es un bancario.

Con la cara despejada y las entradas marcadas, Miguel se metió de cabeza y, con gente de todos los colores políticos, formaron una comisión interna en el banco. Enseguida chocó con el Peni Corbalán, un grandote que había jugado en la selección provincial de básquet y era el representante del sindicato, muy obsecuente con el directorio del banco. Corbalán le dijo al gerente que Molfino era un tipo molesto:

—Es un bicho colorado.

—Dejalo por mi cuenta, Peni.

A los pocos días, Gerale lo llamó a Miguel:

—Molfino, o te dejás de hinchar las pelotas con la comisión interna o te mando en comisión a la sucursal de Pampa del Infierno.

Al otro día, Miguel se fue a ver al director del diario *El Norte*, que se comunicó con Gerale para decirle que, como Molfino era periodista además

de bancario, por favor no lo trasladara porque lo necesitaban en el diario.

Una de esas noches, en la redacción del *Norte*, Miguel recibió un cable de la agencia *UPI* que titulaba «Argentino muerto en Bolivia». La cabeza de la información decía que en un combate, en plena selva, habían sido abatidos varios guerrilleros del Ejército de Liberación Nacional y que uno de los muertos era Benjamín Cruz, veintisiete años, oriundo de Santiago del Estero. El cable agregaba que se trataba del mismo que meses atrás, tras cantar en la casa del general Ovando, había pasado a la clandestinidad porque el Ejército había detectado que Cruz hacía inteligencia para el ELN. Miguel pensó muy seriamente que esa noche tendría que emborracharse para pagar la culpa de no haberle creído al pobre Benjo.

**Abril de 1971.** El 8 de abril, a través de una radio porteña, Lanusse felicitó a Carlos Monzón por su triunfo. Hacía dos semanas que había asumido la presidencia de la Nación. Monzón, campeón mundial de los medianos, había terminado por K.O. su revancha con Nino Benvenuti, al que le había ganado el título seis meses antes.

—Créame que lo envidio, Monzón. Usted ha podido terminar su combate en sólo tres rounds. Mi propio combate se va a prolongar más. Pero tengo confianza; al fin también vamos a definir por knock out.

El 27 de abril, la policía buscó a Tosco por la casa y por sindicatos. Recién pasada la medianoche, lo agarraron a unas cuerdas del restaurante en el que había cenado. Le cruzaron tres patrulleros en la Cañada y lo llevaron a la jefatura. Era la séptima vez en su vida que lo detenían. Esta vez no hubo consejo de guerra como en el Cordobazo, ni siquiera acusación penal. Al amanecer lo subieron en un avión y lo llevaron a Buenos Aires. Cuatro horas después, en otro avión, llegaron Lanusse y Mor Roig para preconizar a los cordobeses las virtudes del Gran Acuerdo Nacional con el lema «quiera el pueblo creer». Cuando los cronistas le preguntaron al ministro del Interior por qué habían detenido al secretario adjunto de la CGT local, contestó: «Él se hizo detener... Se tiró en brazos de la policía». Seguramente, el ministro radical quiso hacer creer que ése era un artilugio para hacer campaña política. Al otro día, se conoció el decreto que ponía a disposición del PEN a Tosco, llevaba fecha del mismo 28 de abril y estaba firmado por Lanusse y Mor Roig.

Ese 1.º de mayo se cumplían tres años del lanzamiento del programa de la CGTA, con Tosco y Ongaro en el Córdoba Sport Club. Esta vez Lanusse

quiso evitarse problemas y los dos dirigentes gremiales, en vez de encontrarse en una tribuna, compartían una celda en Villa Devoto.

—Si no son las FAL, que sea el PRT, Teresa. La cuestión es empezar de una puta vez.

El contacto con las FAL de Corrientes no llegaba, así que Miguel armó una reunión con un militante del frente estudiantil del PRT, vinculado a su vez con un compañero suyo del Norte. A Teresa no le parecía mal el cambio de organización, pero Miguel admiraba mucho a los Tupamaros, y las FAL hasta ese momento sonaban como un grupo más cuidadoso, más clandestino, más en la línea de los uruguayos. Un par de años atrás, Miguel había tenido alguna charla ocasional con Luis Ortolani, un periodista rosarino que trabajaba en el diario y militaba en el PRT, pero ahora no tenía ni idea si, tras las divisiones y la fundación del ERP, Ortolani seguía con ellos. Aunque lo del ERP no le parecía mal. Poco antes, a fines de mayo, el ERP había secuestrado en Rosario a un gerente de la Swift y cónsul honorario inglés, Stanley Sylvester. Hubo algunas negociaciones y Sylvester había sido liberado poco después, sin detenidos ni una gota de sangre. En esos días, un diario publicó un artículo titulado «La guerrilla quiere afianzarse como protagonista del proceso político», que decía que «las negociaciones entre los guerrilleros y la empresa dieron como resultado un cambio en las condiciones de trabajo de los obreros, el reparto de bienes de primera necesidad en las barriadas pobres de Rosario, dos logros que ningún grupo político puede acreditar en su haber en los últimos cinco años».

El encuentro sería en una confitería del centro, y Molfino tenía que dejar un libro forrado de azul sobre la mesa.

—Hola, soy el Gringo...

Era un tipo morocho, buen mozo, de unos veintitrés o veinticuatro años, que llegó acompañado por una morocha que a Miguel le pareció espectacular. Enseguida cayó en la cuenta de que él también tenía que usar algún seudónimo:

—Yo soy Peto...

Tras el café de rigor, Molfino los llevó en una renoleta al departamento en el que vivía con Teresa y una amiga de ella, que tocaba el oboe en la sinfónica provincial. Para disimular, previamente él había desparramado partituras en la mesa y sacado las cosas por las que lo pudieran identificar. Miguel no quería hablar de las luchas gremiales o temas de actualidad:

—Mirá Gringo, a mí me interesa conocer la estrategia de ustedes y leer los documentos. Teresa y yo tenemos la idea de ir participando.

El Gringo era fundador de la Tendencia Antiimperialista Revolucionaria, la agrupación estudiantil del PRT, y era un tipo más o menos público. Usaba un tono muy formal:

—Nosotros construimos un partido que se propone ser la vanguardia revolucionaria y, por otra parte, formamos un ejército guerrillero que tiene un programa más amplio. El partido se define como marxista-leninista, el ejército es antiimperialista y se construye de lo pequeño a lo grande, desde acciones de propaganda armada hasta llegar al enfrentamiento con el ejército burgués. En sus filas pueden participar compañeros que todavía no se definen por el socialismo...

Después de bajar línea, el Gringo sacó unos periódicos envueltos en papel madera. Eran ejemplares de *El Combatiente* y *Estrella Roja* de los últimos meses; también les dio las resoluciones del V Congreso del partido:

—Las publicaciones las cobramos, porque salvo los compañeros más humildes, el criterio leninista de la prensa es que debe servir para financiar gastos de la actividad partidaria.

Molfino sacó rápidamente unos pesos, pero lo que le inquietaba era cómo seguir esa historia.

—Tu nombre... Peto ¿no?

—Bueno, es un sobrenombre...

—Sí, claro, nosotros lo llamamos nombre de guerra. Mirá, compañero, una vez que leas los documentos, si no tenés dudas podemos armar un equipo de simpatizantes y empezar con algunas tareas.

A la semana, Miguel y Teresa fueron a mirar paredones de la ciudad, compraron aerosoles y a las dos de la madrugada hicieron sus primeras pintadas. El Gringo les dijo que pusieran el nombre de unos compañeros de Córdoba que habían caído combatiendo y se quedó en una esquina, mientras Miguel miraba al lado de Teresa que agitaba el aerosol muy enérgicamente:

—Shhhh..., no ves que hace ruido, vas a despertar a todo el mundo. Dale, dale...

Ella empezó «Polti, Lezcano y Taborda, el pueblo recoge...

—¿Le pongo «vuestros»...?

—No, ponele «sus»...

Y la consigna terminó diciendo «el pueblo recoge sus fusiles», y Teresa estampó una estrella roja que había ensayado varias veces sobre el papel, adentro de la cual puso ERP y le agregó «A vencer o morir por la Argentina».

A los dos meses, Miguel ya era miembro del partido, como aspirante, y Teresa era simpatizante. La diferencia era que Miguel integraba una célula del partido y ella era de la periferia. A esa altura sabía que el Gringo era Enzo Lauroni y trabajaba de empleado público, igual que Teresa; que la compañera era Mónica Almirón, una chica del mismo curso que su hermana Marcela en la carrera de Letras. El otro que estaba en la célula era el Flaco Juan Carlos Del Val, el jefe de redacción del diario *El Norte*.

**Mayo de 1971.** El martes 4 apareció el primer número de *La Opinión*, un diario efímero cuyo prestigio superaría con mucho a sus ventas y que se constituyó —en sus escasos cinco años de trayectoria independiente— en uno de los clásicos del periodismo argentino.

*La Opinión* estaba dirigida por Jacobo Timerman, un periodista de larga trayectoria que ya había lanzado, unos ocho años antes, *Primera Plana*, de donde se retiró muy pronto. El diario se basaba en el modelo de *Le Monde*: su aspecto era austero, no tenía fotos ni grandes titulares y sus notas solían ser más analíticas que puramente informativas.

El número uno de *La Opinión* no tenía editoriales ni presentaciones. En la primera página había varios títulos en letra chica: la nueva devaluación del peso, las tentativas pacificadoras americanas en Medio Oriente, el viaje del ministro del Interior Arturo Mor Roig a la Patagonia y el anuncio de la visita de Fidel Castro a Chile. En las 24 páginas interiores había avisos de Old Smuggler, Acindar, Braniff, Citibank, Harrods, Paidós y Sabena.

*La Opinión* no salía los lunes, porque le hacía muy poco caso a los deportes. En cambio ofrecía mucha información cultural, con ciertos gestos de snobismo: en ese primer número —y durante un tiempo— no publicó los programas de cine y televisión, sino ciertas recomendaciones seleccionadas por sus redactores; tampoco solía dar noticias policiales. En cambio, fue el primer diario en incluir una sección de Vida Cotidiana, y le daba mucha importancia a la información internacional.

Para poder exigirles como quería, Timerman pagaba muy bien a sus periodistas: quizás por eso —y por el prestigio del diario— muchos de los mejores trabajaron ahí: Juan Gelman, Paco Urondo, Tomás Eloy Martínez, Horacio Verbitsky, Rodolfo Walsh, Rodolfo Terragno, Hermenegildo Sábat, Milton Roberts, Kive Staiff, Roberto Cossa, Ricardo Halac, Aída Bortnik, Osvaldo Soriano, José María Pasquini Durán, Miguel Bonasso, Juan Carlos y Julio Algañaraz, Nicolás Casullo.

Según la frase consagrada, *La Opinión* era izquierdista en cultura, centrista en política y derechista en economía. Pero en esos años turbulentos no siempre era fácil mantener las líneas. En ese primer número, por ejemplo, junto a una columna donde Rodolfo Terragno analizaba las estrategias del gran acuerdo nacional, Horacio Verbitsky firmaba una información titulada «Conmueve al Ejército su primera baja en la lucha antiguerrillera», que decía:

«El teniente Mario César Asúa es el primer oficial en actividad del Ejército Argentino que cae en la lucha antiguerrillera. El hecho causó conmoción entre sus camaradas y el acto de su sepelio constituyó una impresionante demostración de solidaridad castrense.

»No caben las lágrimas porque cayó en cumplimiento de su deber, manifestó en nombre del Ejército el general de brigada Tomás Sánchez de Bustamante. El Ejército está en guerra, había sostenido a fines de 1970 el comandante en jefe, teniente general Lanusse.

»Hasta ahora, la policía había sido la primera línea de batalla, como lo señaló en su agudo informe de 1969 el enviado de Nixon, Nelson Rockefeller. Y de acuerdo con sus recomendaciones, tanto en la Argentina como en los demás países de América del Sur, el reequipamiento policial se convirtió en prioridad acuciante.

»La Gendarmería, desde hace varios años, realizaba operativos de entrenamiento antiguerrillero en el Delta del Tigre, donde se simulaban condiciones selváticas. El Ejército se sumó luego a esos ejercicios.

»Pero en los últimos tiempos, el interés militar se desplazó hacia la ciudad. Resulta claro para los analistas de las Fuerzas Armadas que el principal peligro lo constituye la guerrilla urbana.

»En el caso específico del golpe de Pilar en el que cayó el teniente Asúa, las informaciones que manejan los organismos de seguridad no descartan la existencia de un entregador. El camión con las armas, por problemas técnicos imprevistos, salió de Córdoba horas después de lo establecido. Y los guerrilleros aparentemente lo supieron.

»Los analistas militares también creen que la actitud de los guerrilleros fue distinta ante los dos heridos: habrían rematado al oficial y perdonado la vida del soldado, para marcar una actitud clasista.

»El comunicado de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) no coincide con este análisis. Sólo dice que “hemos aprendido que la sangre de nuestros hermanos masacrados en junio de 1955 y en los fusilamientos de 1956 y en todos los presos torturados y desaparecidos de esta siniestra



segunda década infame, que no hay ni habrá jamás lugar en nuestra patria para la oligarquía y sus amos imperialistas”.

»Ninguna reacción histórica se ha producido en el Ejército. Consideran que el arsenal sustraído es importante para los guerrilleros, pero ínfimo en relación al armamento total de las Fuerzas Armadas.

»Pero se ha puesto sobre el tapete el problema que plantea no el estado actual de las guerrillas sino su eventual desarrollo futuro.

»Desde el punto de vista militar, el Ejército y las demás fuerzas armadas no están ni remotamente amenazados por la actividad insurgente.

»Desde el punto de vista político, en cambio, las guerrillas son una mecha encendida que avanza hacia un polvorín. En ningún país de América, tal vez en ninguno del mundo, los grupos subversivos tienen la posibilidad de insertarse dentro de un movimiento de masas relativamente organizado.

»Hace pocos meses Perón declaró a un corresponsal francés: “Si las Fuerzas Armadas se enfrentan con el pueblo, uno de los dos deberá desaparecer. Y los pueblos no tienen la costumbre de desaparecer”.

»A la luz de estas reflexiones, el acuerdo con Perón y hasta su regreso al país, pueden ser vistos en las Fuerzas Armadas como un mal menor.

»Hay de todos modos una variable difícil de controlar. Aunque Perón se propusiera contribuir a una política justicialista moderada, su presencia en el país podría ser el detonante para un incremento de lo que él mismo llama, en sus cartas a la juventud, “la guerra revolucionaria del pueblo”».

—¡Compañeros, dentro de una hora hay una asamblea en el aula uno, por la sanción a la compañera García! ¡Compañeros, dentro de una hora, en el aula uno!

Hacía un par de meses que Elvio Vitali había empezado el curso de ingreso a Derecho, y estaba fascinado. Elvio quería ser abogado: en realidad, quería ser como Ortega Peña, defender presos políticos, poner en evidencia los mecanismos del sistema. Y la facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires le parecía el mejor lugar del mundo, el lugar que él habría elegido entre todos.

Elvio iba a todas las clases y descubría los espacios: el salón de actos, magnífico con sus *boiseries* de maderas finas y sus asientos tapizados en pana roja, las grandes aulas, los pasillos atestados de gentes y carteles, el bar siempre lleno de militantes discutiendo y organizando asambleas, petitorios, encuentros. Derecho no era como Filo o Arquitectura, donde sólo había izquierda y peronismo: en Derecho estaban todos. Por supuesto, había

agrupaciones del PC, el PCR, los trotskistas, los guevaristas y los diversos peronismos, pero también estaban los radicales de Franja Morada, los gorilas del MUC —Movimiento Universitario de Centro—, y los fachos del SUD —Sindicato Universitario de Derecho. Derecho era una verdadera escuela de activistas, donde se reproducía todo el arco político del país, y estaba en plena agitación. Había, por supuesto, estudiantes que no militaban, pero daba la sensación de que era un error transitorio, y que ya se darían cuenta.

A veces, las discusiones se terminaban mal: unos peronistas que descolgaban un cartel que celebraba el aniversario de la Revolución Libertadora, por ejemplo, y los insultos y empujones se convertían en ritos. En la facultad de Derecho había muchos estudiantes armados: el tomo del Código Civil con las páginas ahuecadas para esconder la pistola era un clásico local, y los tiroteos podían producirse en los pasillos o entre las escalinatas del edificio neoclásico y las mesas de la confitería de las Artes. Aunque no solía haber muertos ni heridos.

—Compañeros: la compañera Susana García ha sido sancionada porque se presentó a rendir un examen en pantalones. ¡Esto es una clara discriminación contra las mujeres estudiantes! ¡No podemos dejarlo pasar! ¡Tenemos que tomar medidas!

—Yo estoy de acuerdo con el camarada, y propongo que presentemos al decanato un petitorio con las firmas de la amplia mayoría de los estudiantes para que las mujeres sean formalmente autorizadas a rendir examen en pantalones. Y aprovecho para decir que en otro examen se le prohibió que rindiera a otra estudiante porque estaba embarazada. Ésa es otra muestra de esta misma discriminación...

—No estamos de acuerdo, compañera. Ustedes siempre quieren presentar petitorios, y todos sabemos lo que hacen en el decanato con nuestros petitorios. Lo que hay que hacer es movilizar a los compañeros. Lo que nosotros proponemos es que en el próximo turno de exámenes todas las mujeres se presenten en pantalones. Así, si no les permiten rendir, se va a armar flor de kilombo y no van a tener más remedio que...

—Ustedes los reformistas siempre igual, ¿eh? ¿Cuándo se van a dar cuenta de que lo importante es vincular lo que nos pasa en nuestro pequeño mundo universitario con la lucha del pueblo, con la verdadera realidad nacional? La lucha del pueblo ha conseguido acorralar a la dictadura, estamos cada vez más cerca de la victoria final, y ustedes siguen encerrados en la torre de marfil. Compañeros, la represión que ha sufrido la compañera García no es más que otro episodio de la represión que sufren nuestras mujeres, y con ellas

la clase obrera y el pueblo argentino. Por eso tenemos que recordar lo que dijo la compañera Evita, que nuestras mujeres son...

Elvio iba a todas las asambleas, todas las discusiones y actos, y estaba fascinado por esa actividad, por la fuerza, por la labia de los militantes de ambos sexos. Entre otras cosas, descubría que las mujeres podían ser tan activas como los hombres; en la facultad había cuatro o cinco que estaban entre los militantes más reconocidos, que manejaban agrupaciones y eran capaces de dar vuelta a una asamblea. Ninguna relación con las rubitas estrechas que Elvio había conocido en los bailes del colegio, ni con las morochas un poco ingenuas del sur. Además, las chicas de la facultad cogían, y no porque las apretaran sino porque querían. Con ellas se podía ir a los telos de la calle Azcuénga, pero también se podía ir al Arte a ver una de René Clair o a los boliches de Corrientes, como Pipo y Bachín, o de la recova del bajo: en realidad, ellas le fueron enseñando a Elvio esos lugares, y también le fueron enseñando a coger mejor. Sobre todo una, Silvia, una mujer grande, de veintiocho, muy linda, militante peronista, que estaba por recibirse, que en la cama se las sabía todas y lo tuvo enamorado durante varios meses. A Elvio le parecía que Silvia era mucho más madura que él, y seguramente tenía razón.

Elvio trabajaba un poco colocando puertas para la empresa de su padre, pero se pasaba la mayor parte del día en la facultad. Estaba a la expectativa, sabiendo que pronto se metería en algún grupo, y viendo cómo venían las cosas. Un día, un tipo al que conocía de verlo en asambleas y discusiones lo invitó a una reunión.

—Somos un grupo chico, peronista. Yo te vengo viendo y me parece que estás un poco desenganchado y que te puede interesar charlar con nosotros.

El grupo se llamaba FAN —Frente de Acción Nacional— y estaba dominado por el Negro, un estudiante un poco mayor, muy simpático y con estilo barrial, que a Elvio le cayó bien desde el principio. El FAN era uno de los siete u ocho grupos de la facultad que participaban en la Juventud Peronista; dentro de ese espectro, el FAN tenía un peronismo más bien tradicional, sin condimentos marxistas ni contacto con las organizaciones armadas. Tenía gente en Derecho y en Trabajo Social: en total, unas treinta personas.

—¿Así que te metiste en el FAN? Pero eso no es una organización, es un cuadroducto...

—¿Un qué?

El lenguaje de la política universitaria era decididamente difícil. Pero la Gallega García, la de los pantalones, estaba dispuesta a explicárselo:

—Cuadroducto. Quiere decir que no se proponen hacer política en la universidad sino más bien usar la facultad para reclutar militantes y llevárselos a trabajar afuera, a los barrios o las fábricas o adonde puedan.

—¿Y?

El FAN tenía sus contactos en Villa Adelina, un barrio con mayoría de trabajadores ferroviarios, y Elvio empezó a ir para allá dos o tres veces por semana. Recorrían las casas hablando con los vecinos, organizaban actos culturales, ayudaban en los reclamos por la propiedad de los lotes, que no siempre estaba legalizada. Su grupo universitario lo había sacado de la universidad, pero Elvio seguía yendo a la facultad siempre que podía: cursaba bien sus materias y, sobre todo, se mantenía al tanto de la actividad política. Sabía que para seguir en la cosa había que estar a eso de las siete en el bar o en el pasillo del bar. Ahí se juntaba todo el mundo, y de ahí salían todas las iniciativas. Era, casi, una versión corregida y aumentada de la esquina del almacén de Moncho.

—El viernes vamos a pasar *La hora de los hornos*.

—¿A qué hora?

—La cita es acá en el bar a las ocho. Traé algo de guita.

El viernes, la docena de asistentes se repartía en varios taxis y salía hacia un departamento desconocido. A Elvio le habían dicho que, durante el viaje, bajara la cabeza para no saber adonde estaba yendo: era una experiencia de la clandestinidad, excitante y un poco asustante. Por un momento, Elvio pensó qué dirían los pibes del barrio si lo vieran así. Cada vez los veía menos, estaba más y más distante: salvo algún sábado, en que se iban a bailar como en los viejos tiempos. Cada vez menos.

En el living del departamento habían corrido los muebles para hacer lugar, y alguien manipulaba un gran proyector de 16 milímetros. El aire estaba lleno de humo y olores y cuerpos apiñados, Elvio siguió cada momento de la película con ansiedad y furia. Cuando terminó, después de los siete minutos de plano fijo sobre la cara del Che muerto, estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario, todo lo que pudiera. Y se sentía más peronista que nunca.

—Mañana vamos a hacer un acto con objetivos en Santa Fe y Azcuénaga. ¿Te prendés?

—¿A qué hora es?

—A las siete y media.

Era un acto de los guevaristas, pero Elvio también iba. A las siete y media en punto, cuando se cerraba el semáforo de Santa Fe, un tipo revoleaba cantidad de volantes y salía gritando «Muera la dictadura». Entonces los que

tenían las molotov las tiraban contra el banco y los demás se paraban en la mitad de la avenida cantando «Lucha, lucha armada, viva el Che Guevara», por ejemplo.

Ese día de mediados de julio, en cambio, la manifestación fue por la reaparición del matrimonio Maestre. Los habían secuestrado dos días antes en su departamento de Belgrano. Nadie sabía que Juan Pablo Maestre y su mujer, Mirta Missetich, eran dirigentes de las FAR, ni que, horas antes de su secuestro, un agente de Seguridad Federal había llamado a Gillette, donde Maestre trabajaba como jefe de ventas, para pedir su dirección. Se suponía que se los había llevado la policía, pero no había ningún cargo preciso, y el Departamento negaba que los tuvieran. El secuestro produjo mucha agitación y protestas: en Derecho, los militantes sacaron los bancos a la avenida Figueroa Alcorta y pararon el tránsito por un rato, hasta que llegó la policía. Algunos gritaban «FAP, FAR y Montoneros son nuestros compañeros», y muchos otros no. Aunque parecía claro que los que no estaban con las acciones armadas tampoco las condenaban. Para Elvio, los combatientes eran los militantes que tenían el más alto nivel de conciencia: si los demás, si él mismo no lo eran era porque no tenían el nivel, el compromiso, los huevos o la oportunidad para hacerlo. Pero, seguramente, ya llegaría.

Días después, el cuerpo de Juan Pablo Maestre apareció en un baldío; de Mirta Missetich nunca más se supo. Y, mientras, en la facultad, seguían los actos, las discusiones, las asambleas.

—Compañeros, queremos denunciar al profesor Del Campo Wilson y pedir que se lo separe de su cátedra por cipayo y proimperialista. El otro día quiso convocar a un examen para el 9 de julio. Los estudiantes le dijeron con todo respeto que el 9 de julio era feriado, y él dijo discúlpeme, lo que pasa es que tengo un calendario inglés. Compañeros, no puede ser que nuestra educación esté en manos de estos vendepatrias que...

**Mayo de 1971.** Jorge Luis Borges siempre estaba dispuesto a la provocación. Esta vez fue una carta que publicó en el diario *La Nación*, donde retomaba razones antiperonistas que ya parecían ligeramente fuera de época:

«Quince años han bastado para que las generaciones argentinas que no sobrellevaron, o que por obra de su corta edad sólo sobrellevaron de un modo vago, el tedio y el horror de la dictadura, tengan ahora una imagen falsa de lo que fue aquella época. Nacido en 1899, puedo ofrecer a los lectores jóvenes un testimonio personal y preciso.

»No prometo ninguna revelación: me limitaré a anotar ciertos hechos que fueron del dominio público y que un olvido cómplice o candoroso ha tergiversado.

»No en vano acabo de dictar la palabra cómplice. Esta palabra es de las que mejor pueden definir esos tiempos aciagos. Benedetto Croce observó: “No hay en Italia un solo fascista, todos se hacen los fascistas”. La observación es aplicable a nuestra República y a nuestro remedo vernáculo del fascismo. Ahora hay gente que afirma abiertamente: “Soy peronista”. En los años del oprobio nadie se atrevía a formular en el diálogo semejante declaración que lo hubiera puesto en ridículo.

»Quienes lo eran públicamente se apresuraban a explicar que se habían afiliado al régimen porque les convenía, no porque lo tomaran en serio. El argentino suele carecer de conciencia moral, pero no intelectual; pasar por un inmoral le importa menos que pasar por zozco. La deshonestidad, según se sabe, goza de la veneración general y se llama “viveza criolla”.

»Recuerdo las melancólicas celebraciones del 17 de octubre. El dictador traía a la Plaza de Mayo camiones alborotados de asalariados y adictos, por lo común, de tierra adentro, cuya misión era aplaudir los toscos discursos, los cuales eran tremebundos cuando todo estaba tranquilo, o conciliadores y pacíficos si las cosas andaban mal.

»El 17 de octubre, los almacenes recibían órdenes de cerrar para que los devotos no se distrajeran y arribaran sin tentaciones a la Plaza de Mayo. Ahí coreaban servilmente: “Perón, Perón, que grande sos” y otras efusiones obligatorias. Solían asimismo vociferar: “La vida por Perón”, decisión retórica que olvidaron, como el propio Perón, en cierta mañana lluviosa de septiembre de 1955. Diríase que el triste destino de Buenos Aires es engendrar cada cien años un tirano cobarde, del cual luego nos tienen que salvar las provincias.

»El dictador fue un nuevo rico. Dada su casi omnipotencia, hubiera podido instaurar una rebelión de las masas, enseñándoles con el ejemplo ideales distintos, pero se redujo a imitar de manera crasa y grotesca los rasgos menos admirables de la oligarquía ilustrada que simulaba combatir: la ostentación, el lujo, la profusa iconografía, el concepto de que la función política debe ser también una función pública, el amor de los deportes británicos y el culto literario del gaucho. En todo eso abundó la exageración, característica del guarango. Inundó el territorio del país con imágenes suyas y de su mujer. Su mujer, cuyo cadáver y cuyo velorio usó para fines publicitarios.

»Lo anterior es meramente personal y baladí sí lo comparamos con la corrupción de las almas, con el robo para el cual se prefiere el nombre eufemístico de negociado, con la picana eléctrica aplicada a los opositores, con la confiscación de bienes, con las cárceles políticas, con la censura indiscriminada, con el incendio de archivos y de iglesias, con el fusilamiento de obreros en la secreta soledad de los cementerios y con la abolición de la libertad.

»Otro estigma de la época hoy afortunadamente pretérito fueron las delaciones costeadas con el dinero público. Sé de señoras y niñas que se prestaron al ejercicio regular de esa indiscreción lucrativa. Otro soborno fue el aguinaldo, curiosa medida económica —imitada nunca sabré por qué por los gobiernos ulteriores— según la cual se trabajan doce meses y se pagan trece. Esta ridícula y onerosa medida ha sido decorada con el título de “conquista social”.

»Ningún encono personal me dicta la apresurada redacción de estas notas: hará tres o cuatro generaciones que dejé de ser hacendado, cuando Rosas, primo de mis abuelos, les confiscó las tierras que aún guardan los nombres de mi sangre. Perdóneme el lector el atrevimiento de haberle recordado males que todos conocen, pero que ahora, inexplicablemente, se olvidan».

En esos días, la revista *Extra* entrevistó a otros escritores para que contestaran: Hernández Arregui dijo que «volver sobre el asunto de Borges es descender a la letrina de los escritores proimperialistas», y que «todos hemos de morir. Borges también. Y con él se irá un andrajo del colonato mental».

Marta Lynch dijo que «entre las muchas desoladoras vergüenzas que plagan a la Argentina está sin duda la de tener a JLB como máximo escritor. Durante una mesa redonda en la Hebraica fui rechazada por Borges violentamente, a causa de que un personaje de mi novela *La señora Ordóñez* —un personaje, no yo— hacía la defensa de su posición en el peronismo. La arrogancia, la brutalidad que utilizó me demostraron su trasfondo, la supuesta modestia del escritor que ha despreciado a las masas desposeídas de Latinoamérica. De todos modos, lo que dice no es memorable ni literaria ni políticamente. Y si analizamos su obra se advierte que nadie fue a buscar grandezas en *El Aleph*, sino tan sólo un juego de ajedrez. Lo serio lo buscamos en Cortázar o Vargas Llosa».

Y Dalmiro Sáenz dijo que había leído «la carta de Borges. Decididamente, entre Jorge Luis y Graciela, prefiero a Graciela».

—La participación en la misa es una cuestión de fe, de conciencia, Miguel. Todo feligrés debe acudir a la misa por su propia voluntad. Siempre lo estamos diciendo y ahora estos agarran a los soldaditos y los llevan obligados. Y para colmo después tuvo que meterse el facho de Caggiano.

El obispo de Goya, Alberto Devoto, estaba indignado, y Miguel Ramondetti también. Un par de semanas antes, Devoto había desautorizado una misa que el capellán del cuartel local había organizado para el día de la Bandera. La misa formaba parte del programa de festejos, junto con el chocolate, los discursos y la parada: los conscriptos tenían que asistir en masa y esta obligación iba contra las reglas más elementales de la Iglesia... Además, Devoto decía que la iglesia no tenía por qué estar en los actos oficiales de un gobierno ilegítimo. El vicario local apeló ante su superioridad, y recibió el apoyo del Vicario General, el cardenal Caggiano, y su segundo, Víctor Bonamín, contra el obispo. En Goya, Miguel Ramondetti se había encargado de que los curas de la diócesis firmaran una declaración de apoyo a su obispo: «La situación actual de nuestro país habla a las claras de un régimen de injusticia montado por una minoría privilegiada que, con el pretexto de la defensa de una “tradición occidental y cristiana”, de “orden”, de “acuerdo nacional” y últimamente de “pacificación”, disimula la verdadera raíz de su privilegio: la explotación de nuestro pueblo».

Devoto invitó al cura a almorzar. Ese día, un pescador agradecido le había llevado un surubí.

—¿Cómo están los preparativos para Córdoba, Miguel?

—Vas a venir, ¿no?

El fin de semana del 9 de julio se hacía el cuarto encuentro nacional de Sacerdotes para el Tercer Mundo en un clima caldeado. Días antes, un grupo parapolicial había atentado contra el cura Mugica en el edificio de Las Heras y Gelly y Obes donde vivía con su familia. Como sabían que salía muy temprano y que usaba la puerta de servicio, le pusieron una bomba ahí. Pero esa mañana el hijo del portero salió antes que el cura. El chico se salvó de milagro y Mugica estaba enfurecido: «Nada ni nadie podrá separarnos de la lucha en que estamos», fue lo primero que dijo cuando aparecieron los periodistas. Pero así como aumentaba el enfrentamiento con el gobierno, las diferencias internas entre los curas también se hacían notar.

—Cuando se hable de peronismo, van a saltar chispas, Miguel. Hay que tratar de que la pelea no nos divida.

Ramondetti era un cura obrero socialista, formado en la visión europea de posguerra y su esfuerzo estaba en el trabajo de base. Cuando pasaban por



Goya militantes del PRT o de otros grupos de izquierda, le molestaba ese estilo de repartir periódicos, hacer reuniones, bajar línea, irse y reaparecer cada tanto. Por lo cual no tenía ningún respaldo político externo. A Mugica le sobraba formación teológica y conocía muy bien los postulados de los sacerdotes radicalizados de Francia y España, pero había encarnado al cura villero peronista y tenía un gran manejo de escena. Cuando lo invitaban a la televisión se comía las cámaras. Y era, sin duda, el más conocido de todos ellos.

Pocos días después, los dos curas estaban en un convento de Carlos Paz, junto a otros ciento sesenta colegas de treinta y seis diócesis distintas. El movimiento había crecido. A paso lento y en grupos chicos, los curas recorrían los jardines bucólicos, discutían sobre los tipos de socialismo y las formas de alcanzarlos, y cada regional iba buscando puntos de contacto según su actitud frente al peronismo. A la hora del plenario aparecía el debate.

Algunos citaban algunas frases duras de Helder Cámara: «La revolución socialista se hará con los cristianos, sin los cristianos o contra los cristianos». Otros evocaban la figura cristiana de Evita y decían que había que luchar por la vuelta de Perón. A la hora de la declaración final, los redactores tardaron unos pocos minutos en la denuncia de la situación social y del compromiso de la jerarquía eclesiástica con la dictadura. Pero para definirse con respecto al peronismo tuvieron que afinar las plumas:

«El movimiento peronista, revolucionario, con su fuerza masiva, con su experiencia de triunfo y de resistencia prolongada, con su nueva juventud, retoma la unidad y la combatividad que hicieron las grandes conquistas sociales argentinas y que llevarán necesariamente hacia la revolución que hará posible un socialismo original y latinoamericano. Esto no significa que depositemos nuestra confianza en quienes utilizando el nombre de “peronismo” pretenden embarcar al pueblo en otras de las trampas del sistema capitalista. Otros grupos revolucionarios de extracción no peronista acompañan también al pueblo trabajador en la profundización del proceso de liberación».

Para cerrar el plenario los tercermundistas concelebraron la misa: en el altar estaba Devoto por ser el único obispo, Ramondetti por ser el secretario general y Mugica por ser Mugica. Por ser 9 de julio, al final no pudieron dejar de cantar el Himno. Y, como era común en muchos actos, desde el fondo, con voces entrenadas en coros y alabanzas, muchos se largaron con la Marcha peronista.

En el micro de vuelta, Miguel Ramondetti y Alberto Devoto hablaban del celibato:

—Podestá vive obsesionado con crear el movimiento de curas casados. ¿Te conté que me mandó una carta?

Dijo Miguel. En diciembre del 68, la curia había obligado al obispo Jerónimo Podestá a renunciar a la diócesis de Avellaneda porque había decidido hacer público que vivía con una mujer. Salía en las revistas de actualidad con Clelia defendiendo el derecho de los sacerdotes a terminar con la castidad y sugería a los tercermundistas que incorporaran esa reivindicación: «Ya que luchan por las injusticias fuera de la Iglesia, creo que también deberían luchar por las injusticias dentro de la Iglesia». Ramondetti pensaba que el tema no era fundamental. Para Devoto también era secundario:

—En Europa ese tema tiene más peso porque están en otra cosa, pero acá no hay que desviarse del compromiso cristiano con los pobres.

Ramondetti comentó que, al menos a nivel de secretariado nacional, el tema no había llegado a ser discutido, y que la postura que tenían era que los curas debían mantener una imagen correcta y no irritar a la opinión con cuestiones que consideraban secundarias:

—Lo único que hicimos fue dejar claro que, si quieren, se casen, se vayan, que lo mismo van a mantener su lugar en el movimiento.

Los tercermundistas no vigilaban el celibato de sus miembros. De hecho, varios de ellos tenían novias o compañeras, pero habían decidido que la pelea no estaba ahí, y lo disimulaban. Como el resto de los curas, si alguno era cuestionado por violar el voto de castidad debía dar cuenta al obispo de la diócesis y enfrentar el castigo del caso, que no tenía por qué ser público porque para la iglesia católica se trataba de asuntos internos. Lo que desvelaba a los curas revolucionarios era sí alguno de ellos, por ejemplo, mantenía diálogo con un ministro de la dictadura o si alguno no cumplía con los votos de pobreza. Por el contrario, muchos curas, aún sin estar comprometidos con la liberación, se admiraban de que Devoto hubiera renunciado al sueldo que le pagaba el Estado o que Ramondetti viviera de su salario de albañil. Los tercermundistas eran muy exigentes en el compromiso con los pobres pero, al menos públicamente, evitaban hablar sobre la vida sexual de los sacerdotes.

**Julio de 1971.** En esos días, una «Carta abierta al señor presidente de la Nación» se preocupaba por la «campana de secuestros, torturas y asesinatos capaz de avergonzar a cualquier comunidad civilizada. En menos de 15 días

se ha producido la desaparición en San Juan del matrimonio Verd, la tentativa de secuestro contra el doctor Quieto, y por fin la ejecución de Juan Pablo Maestre, mientras se teme por la vida de su esposa Mirta Missetich. Nosotros, así como un sector importante de la opinión pública, tenemos la convicción de que esas acciones son ejecutadas por organismos represivos parapoliciales o paramilitares. Usted ha sostenido que este país está en guerra, afirmación que no nos interesa discutir, pero que si fuera cierta, nos obliga a preguntarle sin soberbia pero con toda firmeza cuáles son los métodos de la guerra que la parcialidad que usted representa considera válidos y legítimos, y si entre ellos se encuentra la ejecución sin proceso de cualquier opositor». La solicitada seguía. Y la lista de sus firmantes daba una idea de quiénes eran los intelectuales comprometidos contra el gobierno de Lanusse. Entre ellos estaban:

Roberto Aizenberg, Juan Carlos Algañaraz, Julio Ardiles Gray, Julio Algañaraz, Norma Aleandro, Héctor Alterio, Alfredo Alcón, Rodolfo Alonso, Juan Andralis, Lorenzo Amengual, Carlos Alonso, Raúl Aragón, Alcira Argumedo, Ramón Alcalde, Carlos Aznares, Pablo Ananía, Carlos Barés, Jorge Bernetti, Carlos Bastianes, Miguel Bonasso, Justo Barboza, Eduardo Belgrano Rawson, Miguel Briante, Néstor Barreiro, Raúl Basaldúa, Osvaldo Bonnet, Juana Bignozzi, Juan Batlle Planas, Otelio Borroni, Osvaldo Bayer, Vicente Battista, Silvia Bermann, Gregorio Bermann, Norman Briski, Roberto Cossa, Américo Castilla, Marcelo Capurro, Antonio Caparrós, Nicolás Casullo, Miguel Coronatto, Adolfo Canitrot, Dardo Cabo, Jorge Carnevale, Ricardo Carpani, Juan Carlos Castagnino, Carlos Carella, José Luis Castiñeira de Dios, Juan Cedrón, Haroldo Conti, Abelardo Castillo, Edgardo Cozarinsky, Roberto Carri, Susana Checa, Bernardo Chomski, Osvaldo Ciézar, Edgardo Da Mommio, Daniel Divinsky, Alberto Díaz, Eduardo Duhalde, Josefina Delgado, Ernesto Deira, Alicia D'Amico, Julio De Grazia, Emilio Disi, Jorge Di Pasquale, Lilia Ferreyra, Guillermo Flichman, Risieri Frondizi, Aníbal Ford, Oscar Finkelberg, Alberto Fernández de Rosa, León Ferrari, Juan Gelman, Luis Guagnini, Juan Carlos Gené, Germán García, Gerardo Goloboff, Raúl González Tuñón, Luis Gregorich, Leonor Galindo, Isidoro Gilbert, Rogelio García Lupo, Juan Carlos Garavaglia, Matilde Herrera, Ricardo Halac, Jorge Hardoy, Liliana Heker, Mabel Itzcovich, Ignacio Ikonicoff, Noé Jitrik, Arturo Jauretche, Eduardo Jozami, Alfredo Lanari, Jorge Lozano, Manuel Lamana, Marie Langer, Federico Luppi, Oscar Landi, Marta Lynch, Tomás Eloy Martínez, Tununa Mercado, Eduardo Molina y Vedia, Oscar Moreno, Enrique Molina, Mario Mathov,

Héctor Masnatta, Agustín Mahieu, Bárbara Mujica, Leonor Manso, Luis Felipe Noé, Ricardo Nudelman, Rodolfo Ortega Peña, Silvia Odoriz, Justino O'Farrell, Marcelo Pichon Rivière, Pablo Piacentini, Eduardo Pavlovsky, Oscar Peyrou, Mario Pellegrini, Ricardo Piglia, Felisa Pinto, Juan Carlos Portantiero, Jorge Raventos, Germán Rozenmacher, León Rozitchner, Jorge Roulet, Norberto Rey, Emilio Rodrigué, Gilberta Roger, Martha Rosenberg, Rodolfo Rabanal, Jorge Rivera López, Marilina Ross, Cecilia Rosetto, Hugo Rapaport, Sergio Renán, Milton Roberts, Cora Sadosky, Manuel Sadosky, Kive Staiff, Guillermo Schavelzon, Boris Spivacow, Horacio Salas, Héctor Schmucler, Osvaldo Soriano, Jorge Sivak, Mario Sábado, Jorge Sábado, Eduardo Romano, Horacio Sanguinetti, Blas de Santos, Ernesto Schóo, David Stivel, Beatriz Sarlo Sabajanes, Rodolfo Terragno, Carlos Tarsitano, Mónica Tiffenberg, Jacobo Tiffenberg, Amanda Toubes, Arnaldo Torrents, Silvia Tubert, Oscar Traversa, Elena Tasisto, Henny Trailes, Ricardo Talesnik, Enrique Tandeter, Francisco Urondo, Ismael Viñas, David Viñas, Oscar Varsavsky, María Cristina Verrier, Isidoro Ventura Mayoral, Jorge de la Vega, Rodolfo Walsh, María Victoria Walsh, Enrique Walker, Emilio Weinschelbaum, Catalina Wainerman, Martín Yriart, Álvaro Yunque, Vicente Zito Lema, Andrés Zabala, Susana Zanetti, y siguen firmas».

—Ahora la tendencia mundial de los monopolios frigoríficos es hacer plantas medianas en zonas de aprovisionamiento de ganado y en los puertos, y no monstruos como el Swift. Por eso apostaron al vaciamiento.

—Sí, pero no nos metamos en eso porque desvía el eje central, que es la defensa de la fuente de trabajo.

—Son dos planos distintos, Cuqui. Como dijo Lenin, agitación es pocas ideas para muchos y propaganda es muchas ideas para pocos. Una cosa es un volante para todos y otra un boletín para la vanguardia.

—Sí, pero lo mismo en el boletín tiene que ir un título bien grande que diga unidos por la defensa de la fuente de trabajo.

Cuqui Carsoglio insistía; Daniel Egea trataba de evitar discusiones y avanzar. Estaban en su casa, preparando unos materiales de la célula del Swift del Partido Comunista Marxista Leninista. Como querían mantener el partido en la clandestinidad, el boletín y el volante iban firmados por el Comité de Resistencia de la Carne. Dejaban los boletines en los vestuarios, disimulados en algún rincón; los volantes, en pilas de diez o veinte, en cada sección.

El día anterior, en la sede sindical, Daniel había estado con la comisión directiva y los abogados del sindicato. El panorama era negro. Desde que se

había asociado con Deltec, en 1968, la vieja empresa Swift ya había cerrado por antieconómicos más de doscientos mataderos y frigoríficos chicos y medianos que tenía por todo el país; ahora estaba en plena tarea de vaciar el Swift Berisso. Deltec era una multinacional moderna de negocios financieros y alimenticios, con base en Bahamas. En diciembre del 70, días antes de empezar la feria judicial, Swift-Deltec se había presentado ante la justicia pidiendo convocatoria de acreedores.

—Hay que explicar bien cómo es lo del vaciamiento, Daniel. A mí se me hace un embrollo.

Cuqui era bueno para los temas sindicales, y esperaba que Daniel pudiera aclararle las maniobras financieras.

—Es simple: Swift le vende la carne barata a Deltec y Deltec la revende cara afuera. Swift da pérdidas y Deltec da ganancias, pero como son la misma cosa, ganan los dos.

Daniel le explicó que los que terminaban jodiéndose eran ellos, los trabajadores: que la empresa se endeudaba e iba a la quiebra, que los acreedores iban a terminar llevándose los restos de la fábrica en remate judicial y los obreros se podían quedar en la calle. La cosa se complicaba además por la capacidad de trenza de Deltec: cuando Krieger Vasena dejó el ministerio de Economía lo contrataron como asesor, y el nuevo presidente de la empresa era Enrique Holmberg —Lanusse de segundo apellido: un primo del presidente que se había retirado como teniente coronel para dedicarse a los negocios. Buenos Aires estaba llena de carteles que reproducían parte del informe anual de Deltec de 1969: «la mayor parte del desarrollo de nuestra empresa se dio en Argentina, donde existe un estímulo gubernamental», decía. El estímulo consistía en un tipo de cambio preferencial por el cual Deltec conseguía más pesos por cada dólar de carne exportada. Con eso, el dinero que obtenía por cada kilo de carne subía, y los precios en el mercado interno subían también. La carne había aumentado mucho; además, el gobierno, para favorecer más todavía las exportaciones, había decretado un sistema de vedas al consumo de carne vacuna: su venta se prohibía semana por medio y eso creaba una sensación de crisis económica fuerte.

En el escándalo también entraba el hecho de que Deltec figuraba en los papeles como acreedora del Swift por unos supuestos créditos millonarios otorgados en 1970; Swift, en la convocatoria, pretendía pagar esas supuestas deudas y burlar a los verdaderos acreedores.

—A eso lo llaman vaciamiento de empresa.

—Usan guante blanco, hermano, eso es chorear. Como el tango, te afanaste hasta el piolín. Ahora, Daniel, hay una cosa que no entiendo: si le están sacando tanto jugo, con los estímulos y los truquitos esos, ¿para qué carajo quieren cerrar? ¿Para qué van a matar a la gallina de los huevos de oro?

—Por lo que te dije antes, Cuqui: porque dicen que estos frigoríficos grandes ya no son rentables, que ahora lo que quieren son plantas más chicas en el puerto de embarque.

Ya eran las diez de la noche. Desde el cuarto de al lado se oía la voz de Telma, la mujer de Daniel, que trataba de callar a la nena: no había caso.

—Bueno, ahora lo que tenemos que aclarar es por qué los trabajadores estamos a favor del concordato.

De los dos mil seiscientos acreedores registrados en la convocatoria, una cuarta parte eran empleados y obreros del frigorífico. La deuda con los trabajadores era baja; los acreedores importantes eran unos pocos empresarios. Para la asamblea de acreedores, donde se negociaba la convocatoria, Swift-Deltec tenía que conseguir que su propuesta fuera apoyada por las tres cuartas partes de los votos y otro tanto del total de deudas, así que necesitaban a los obreros para los votos y a los banqueros y consignatarios para los dineros. El concordato consistía en pagar muy poco al contado y el resto en cómodas cuotas. Todos sabían que, mientras tanto, la plata iba a seguir drenando para las Bahamas. Pero era la única posibilidad de mantener el frigorífico abierto.

—Mirá, Daniel, cuando pelagra la fuente de trabajo de miles de trabajadores no hay necesidad de explicar mucho, el interés es de clase.

—Sí, y si no votamos la propuesta del Swift, aunque sea la propuesta del imperialismo, se decreta la quiebra y nos quedamos en la calle.

Telma les gritó si les faltaba mucho y Daniel le contestó que un rato. Telma dijo algo que no se oyó bien y sonó como una queja. Esa noche tenían que terminar de escribir los borradores y pasárselos a otros compañeros para que los tipearan e imprimieran. Las otras células del PCML en fábricas o gremios también tenían «frentes de resistencia» en varios lugares, manejados por ellos pero sin sacar la cabeza. En esta etapa la construcción del partido debe hacerse al ritmo del más lento, repetía el Cabezón Oscar Ríos, que orientaba la discusión y la construcción de la organización a través de documentos internos, a la espera de tener una fuerza más importante para salir a disputar un espacio.

En Swift, Daniel había conseguido bastante. Como la empresa lo consideraba un combativo ya lo habían cambiado un par de veces de sección.

Con tanto cambio había conocido a mucha gente y armado una buena red. Ahora, Daniel hacía el turno de cuatro de la madrugada a diez y media de la mañana: había tres veces más gente que a la noche y, desde la presentación de la convocatoria, el clima estaba muy caldeado.

La cabeza sindical era Tito Guana, radical. La mayoría de los obreros eran peronistas, pero había agrupaciones del PRT-La Verdad, del PCR, del peronismo revolucionario. Los del PCML, aunque no jetoneaban, tenían una célula, simpatizantes, grupos de estudio, el frente de resistencia y varios delegados propios. En esos días, Tito Guana le había propuesto a Daniel que hiciera el nexo entre los delegados de Embarque y Cámaras y la comisión directiva. Así que terminó participando en todas las reuniones, con el síndico, con la empresa o con el juez que tenía la convocatoria, en todas las asambleas y reuniones de cada sección o cada turno. Estaba completamente absorbido por la militancia.

—Y, Daniel, ¿cómo andás con Telma?

Le dijo el Cuqui mientras se tomaban el último mate, en voz baja.

—Más o menos.

Era su punto sensible: su hija Victoria iba a cumplir un año y no hacía dos que estaba casado, pero el matrimonio no andaba bien:

—Mierda, uno a veces deja la vida por los demás y no se hace tiempo para los problemas de uno.

En ese momento, Telma hacía horario administrativo en el frigorífico y había bajado el ritmo de militancia. La maternidad, muchas horas de trabajo y algunas peleas menores con Daniel le sacaron un poco las ganas. Cuqui también era casado y trató de consolarlo:

—Sabés, Daniel, a veces mi mujer me hincha con que nosotros queremos tapar todo con la política. Me dice mucha política, mucha política, y no sabés si ayer tu hijo fue a la escuela.

—Alberto, te llegó carta de tu tía Elena. Dice que hace más de un año que no te ve, que por qué no le hacés más caso...

Elena Elizalde Leal vivía en Tucumán, donde había nacido el padre de Alberto, muerto hacía casi quince años. Alberto estaba pelado porque unos días atrás, el 20 de mayo, le habían dado la baja de la colimba. Como era hijo mayor de madre viuda sólo había hecho tres meses, muy tranquilos, en un destacamento de Ingenieros en Campo de Mayo.

Cuando hizo la instrucción, Alberto tuvo que disimular su experiencia en el manejo de las armas: en los meses anteriores, las acciones del GEL habían

seguido, y no todas fueron tan sencillas como el desarme del agente de la calle 60. A veces operaban como apoyo de otras organizaciones: a fines de 1970, su grupo había hecho la tarea de contención de una operación de las FAR, el robo de un banco en La Plata.

Esa mañana, tres militantes de las FAR entraron a la sucursal y los cuatro del GEL se quedaron afuera, con dos autos, cubriendo la calle. Los de adentro redujeron a los policías de custodia sin tiros ni alarmas, y empezaron a juntar la plata de las cajas. Pero un agente de civil pasaba por la calle y vio los movimientos; cuando intentó actuar los de la contención le gritaron el alto y empezaron los balazos: el policía hirió a uno del GEL y enseguida cayó muerto. Los de adentro se distrajeron al escuchar los tiros y los dos policías que estaban en el piso pudieron agarrar sus armas: fue un infierno. El tiroteo duró uno o dos minutos: Alberto, más tarde, creyó que habían sido horas, y le extrañó la claridad con que había visto cada detalle de lo que estaba pasando. Consiguieron escapar todos, con dos heridos a costas, pero el balance de la operación mostró una sumatoria de errores y un muerto. Por unos días, Alberto pensó mucho qué iba a hacer: al final decidió que tenía que seguir adelante, que ese traspie no lo iba a cambiar, pero ya no era lo mismo. Se lo preguntó varias veces, y estaba seguro de que no lo había matado él, pero igual la muerte de ese policía lo había llenado de espanto. Después había llegado la convocatoria al servicio militar, y ahora estaba de vuelta en su casa.

—¿Me escuchaste, Alberto?

—Sí, mamá, voy a tratar de ir a Tucumán a visitar a la tía Elena, te escuché...

Como medida de seguridad, durante los meses de colimba, Alberto había quedado casi desconectado de sus compañeros, así que en cuanto salió fue a engancharse con el Rolo y el Sopeni. Por los diarios sabía que el GEL había seguido accionando y que habían sufrido algunas detenciones. Sus compañeros le dijeron que les parecía que había llegado el momento de pasar a una organización más seria. El Rolo estaba entusiasmado:

—Para mí, el PRT es la mejor opción.

El Sopeni tenía reparos.

—Son muy troskos.

—¿No lo escuchaste al flaco del PRT? Dijo que se van a ir de la Cuarta Internacional.

—No, dijo que era un tema secundario.

—¿Vos que pensás, Beto?



Alberto pegó un respingo: hacía meses que no lo llamaban Beto. Todavía no tenía una postura definida. Le contaron que hacía meses que varios militantes del GEL estaban discutiendo con otras organizaciones. Mientras tanto, habían seguido haciendo pequeñas operaciones de aprovisionamiento de armas, documentación y algunos fondos para financiar su actividad, pero estaban buscando un nuevo destino. El GEL era muy foquista y estaba en desventaja frente a otras organizaciones político-militares. Algunos se volcaban hacia los Montoneros, otros al PRT-ERP. Rolo había hecho contacto con uno de los dirigentes del PRT de La Plata, Eduardo Merbilháa, que venía de una familia acaudalada y había dejado sus estudios de abogacía para trabajar como albañil. En uno de los encuentros, sorpresivamente, Merbilháa le presentó a Mario Santucho, y charlaron un buen rato. Santucho le había parecido un tipo sencillo, que prestaba atención a lo que le decían y que a cada rato le decía hermanito.

—Para nosotros, el ERP es la mejor opción. Tienen una política bien de izquierda, no son populistas, y están creciendo mucho. Me parece que son los que la tienen más clara. Además, Jorge Reyna y otros ya se están yendo a Montoneros.

Después de la reunión, Alberto y el Sopeti se fueron caminando hasta la escuela de teatro. El Sopeti había adaptado una obra y estaba dirigiendo un grupo. Además de Lucía, la compañera de Sopeti, en el ensayo había dos chicas que estudiaban medicina, Beatriz y Cristina, un par de años mayores que Alberto. Beatriz lo saludó como si fueran amigos de siempre, pero la que le gustaba era Cristina. Se fueron a tomar unas ginebras al centro y se pusieron a hablar de *Queimada*, de Gillo Pontecorvo, una película recién estrenada en la que los esclavos de una isla del Caribe se rebelaban contra los franceses y en el medio aparecía William Walker, un pirata inglés que sacaba provecho intrigando con las dos partes. Cristina se ponía el pelo lacio detrás de la oreja mientras hablaba: no era un gesto de seducción, pero a Alberto le pareció de lo más atractivo.

—Cuando el negro se le acerca a Brando y le dice su valija, señor, y le clava el puñal, todo el mundo en el cine empezó a aplaudir como loco...

Cristina se dio cuenta de que Alberto la miraba extrañado, y le explicó:

—Marlon Brando hace de villano melancólico. Los esclavos lanzan una rebelión y primero Brando los apoya, pero después, cuando los reprimen, resulta que el muy turro estaba del otro lado así que cuando está por subir al barco para irse uno de los que estuvo en el levantamiento lo paró y le tiró la cuchillada...

Alberto le preguntó si la película hacía referencia a la lucha de los haitianos contra los ejércitos de Napoleón. Enseguida se dio cuenta de que Cristina no tenía mucha idea del asunto, y agregó que a principios del siglo pasado una flota francesa que fue a reprimir un levantamiento de esclavos en Haití se encontró con que el tifus le diezmó las tropas. Cuando quiso explicar que el resto lo habían hecho los independentistas negros de Toussaint Louverture, Cristina se agarró la frente.

—Ay... No me hablen de fiebre tifoidea que tengo parcial de infecciosas.

A Alberto le pareció que se había apuntado un poroto y siguió hablando un rato más, sólo para ella. Le prometió que le iba a prestar *El siglo de las luces* de Alejo Carpentier, porque le parecía que tenía que ver con la película. Ella se lo agradeció con una sonrisa generosa; después la acompañó hasta su casa. Al cabo de un par de semanas, Alberto y Cristina volvieron a encontrarse en un picnic que había organizado el Sopena en el parque Pereyra Iraola. Ella le contó que había dado los exámenes. Él le dijo que se iba a visitar a una tía a Tucumán:

—Me voy a dedo...

—¿Solo?

Alberto pensó que quizás le estaba dando un pie:

—¿Vos tenés unos días libres?

Poco después, los dos estaban envueltos en camperas y bufandas, al costado de la ruta, armados de paciencia hasta que un camionero los levantó y los llevó hasta Córdoba. Pasaron una semana juntos, contándose sus vidas y haciéndose el amor. Cristina le dijo que estudiaba medicina como su madre, que se había recibido ya de grande:

—Lo que pasa es que mamá es espástica y tiene épocas en que está compensada y otras en las que si se altera emocionalmente se va al carajo...

Los padres de Cristina acababan de separarse y la madre no estaba bien; a veces se pasaba con el whisky y perdía la memoria, no conseguía organizarse. Así que Cristina había tenido que volver a vivir con ella. Alberto la escuchó largamente, y después le empezó a hablar sobre su militancia. Cristina ya sabía algo, pero él le contó el nivel de compromiso que tenía y el tipo de acciones en que había estado. No la quería cargar con dolores de cabeza, pero sabía que esas historias también podían ser un elemento de seducción.

—¿Y no tenés miedo?

Le preguntó ella mientras le acariciaba la cabeza, con los Valles Calchaquíes de fondo. Alberto le contestó con ideas generales, como sí la cosa no fuera con él:

—Miedo tenés, pero es una decisión que tenés que tomar por encima del miedo. La revolución también es un acto de amor.

Le contó que el Che decía que en el proceso de llegar a ser un hombre nuevo necesariamente había un hombre viejo que había que dejar atrás. Que ese hombre viejo tenía egoísmos, temores y que la cuestión estaba en proponerse el cambio. Para que su discurso no sonara machista, Alberto le sonrió y trató de aclarar la cosa:

—El Che también se refiere a la mujer nueva...

Cristina seguía enganchada en su pregunta del principio.

—Pero ¿no te permitís tener miedo?

—Sí... Más de una vez.

Alberto tenía veintiún años y le parecía que Cristina era una mujer. Había tenido algunas novias, pero ahora quedaban un poco chicas al lado de ella.

—Cristina, vos cómo decís, ¿novia o compañera?

—Depende.

—Conmigo...

—Tal vez pareja, ¿no?

La estocada fue muy profunda y Alberto se aflojó hasta la punta de los pies.

**Julio de 1971.** Hacia mediados de este año, la actividad guerrillera de las organizaciones armadas era sostenida. La revista *Cristianismo y Revolución*, que ahora dirigía la viuda de Juan García Elorrio, Casiana Ahumada, daba listas mensuales de esos hechos, en una sección titulada: «La Justicia del Pueblo». La lista se armaba a partir de comunicados de las organizaciones y de noticias periodísticas y solía resultar incompleta, porque muchos de los operativos no salían en los diarios. Ésta es la de julio de 1971:

«1. El comando Compañero Cogorno desarmó a un policía en el barrio de Saavedra, de esta capital.

»Un comando del ERP expropió \$1.500.000 de las oficinas de la Federación Tucumana de Fútbol.

»Estallan dos bombas en el frente del Banco Comercial del Norte, en Tucumán.

»2. Un comando del Movimiento Revolucionario Argentino —MRA— allanó el domicilio de un agente de los servicios de informaciones.

»3. Un comando del MRA ocupó el Registro de la Propiedad Automotor y se apoderó de numerosos documentos.

»Estalló una bomba en el domicilio del dirigente participacionista Chaniz, de la Unión Ferroviaria.

»Obreros de la FIAT de Córdoba realizan actos relámpago en Córdoba.

»Realiza su primera transmisión Radio Liberación del Ejército de Liberación Nacional —ELN—. Se irradió la Marcha del Guerrillero y una proclama.

»(...) 5. El comando Emilio Maza de Montoneros, integrado por diez guerrilleros, copó un destacamento policial en San Martín expropiando armas y uniformes.

»Un comando del ERP copó un destacamento policial en La Rioja, apoderándose de armas y uniformes.

»6. Estalló una bomba en el domicilio del profesor Cuevillas, elemento reaccionario de la Facultad de Filosofía y Letras.

»Fue desarmado un policía en Santa Fe.

»Un comando copó el Registro del Automotor en Corrientes y se apoderó de documentos.

»Un comando del ERP expropió máquinas de escribir y fotocopiadoras en un negocio en Tucumán.

»7. Se realiza una nueva transmisión de Radio Liberación del ELN.

»Se intenta tomar la planta transmisora de Radio Del Plata, en Garín.

»Un comando despojó de su arma y uniforme a un policía de Córdoba.

»(...) 9. Un comando del ERP copó la estación ferroviaria de Monte Flores e intentó expropiar \$400.000.000 de un tren pagador. El operativo fracasó por un imprevisto.

»Estalló una bomba en la Casa de Gobierno de Salta.

»Estallan diez bombas en distintas empresas yanquis de la capital.

»(...) 11. La unidad básica de combate Alsa del Valle Guerrero de Montoneros dinamitó y destruyó un largo tramo de las vías del ferrocarril Belgrano en Tafí Viejo, Tucumán, con motivo del viaje del presidente de Ferrocarriles Argentinos a esa localidad.

»12. Un comando se apoderó de un camión con 108 bolsas de azúcar y lo repartió en un barrio de Córdoba.

»13. Un comando intentó desarmar a un policía en Córdoba, que resultó herido al resistirse.

»Se producen violentas manifestaciones estudiantiles en Santa Fe.

»El comando Emilio Jáuregui del ERP desarmó a un policía en Lanús.

»Otro policía fue desarmado en la estación William Morris.

»Estalló una bomba en la empresa Lockwood.

»Un comando copó el Registro Civil de Villa Gobernador Gálvez en Rosario y expropió cédulas en blanco.

»Un comando desarmó a dos policías en Barrio Yapeyú, Córdoba.

»Un comando se apoderó de \$13.000.000 y el arma de un policía de custodia del camión que los transportaba, en Jujuy.

»14. Estalló una poderosa bomba en el edificio de la Siemens en Rosario.

»Estudiantes de Santa Fe coparon alrededor de 50 manzanas de esa ciudad y sostuvieron violentos encuentros con la policía.

»Un comando del ERP desarmó a dos policías que custodiaban el domicilio del jefe de personal de Fiat, en Córdoba, y luego arrojaron una bomba contra la casa.

»Un comando se apoderó de tres automóviles en un garaje de Rosario.

»(...) 16. Estalló una poderosa bomba en el domicilio del director de la agencia de noticias Associated Press, en la capital.

»17. Un comando del ERP distribuyó alimentos en el barrio de emergencia Villa Diego de Rosario.

»Estallaron dos bombas en Córdoba. Una en la casa de un ejecutivo de Fiat y otra en la casa del teniente coronel Lazcano Pizarro.

»18. Estallaron tres bombas en Córdoba: en la oficina del jefe de Gobierno, en la firma Feigin hermanos y en la empresa Lockman Automotores.

»19. Un comando copó un puesto policial y el Banco de Crédito Rural en Arroyo Dulce, provincia de Buenos Aires. Se apoderaron de armas y de \$ 10.500.000.

»El ERP obligó a un comerciante a repartir \$1.000.000 en frazadas, en barrios humildes. Éste se había apropiado de esa suma en oportunidad del secuestro del cónsul inglés, ya que ante la demanda de frazadas para cumplimentar las exigencias del ERP dicho comerciante aumentó los precios de las mismas.

»Un comando del ERP repartió ropas y víveres en el Centro de Salud de Tucumán.

»20. Un comando desarmó a un policía en Tucumán.

»Un comando del ERP entregó dinero a los padres de un niño enfermo de La Banda, Santiago del Estero.

»21. Fue atacado a balazos un policía en Florida.

»Estalló una bomba en la empresa Firestone en Salta.

»Un comando del GEL expropió \$1.800.000 en dinero y estampillas de un banco en La Plata.

»22. El comando Manuel Lezcano del ERP incendió una camioneta del Ejército en Santa Fe.

»Un comando de las FAL copó el Registro Civil de Berazategui.

»El comando Adolfo Cepeda del ERP realizó propaganda por medio de pintadas en La Rioja.

»El comando Emilio Jáuregui del ERP se apoderó de una ambulancia y luego tomó una garita de vigilancia del frigorífico Swift desarmando a dos policías.

»Dos mil personas acompañaron los restos del combatiente Juan Pablo Maestre, asesinado por la policía. En el cementerio fue desarmado y golpeado por la multitud un policía que se hacía pasar por fotógrafo.

»Un comando del ERP desarmó a dos policías, expropiando además un aparato portátil de radiocomunicaciones, en Tucumán.

»Un comando repartió azúcar y yerba en una escuelita en Tucumán.

»23. Cerca de 500 estudiantes incendiaron una sucursal del Banco Shaw de esta capital durante un homenaje al combatiente J.R Maestre.

»24. Fueron colocadas 12 bombas en reparticiones militares en esta capital; se adjudicó el hecho la Juventud Peronista.

»25. Un comando de las FAL ocupó un aristocrático restaurante de esta capital expropiando dinero a los presentes.

»Un comando del ERP copó la fábrica Cuero Crudo, en La Rioja.

»26. Estallaron 26 bombas en Córdoba. Se adjudicaron el hecho las Unidades Básicas Peronistas y el Comando Obrero Peronista, quienes recordaron de esta manera un nuevo aniversario de la muerte de Evita.

»Un comando del ERP repartió botellas de leche en una villa de emergencia, en San Isidro.

»Fue desarmado un policía en la estación de tren de W. Morris.

»Un comando dinamitó el Golf Club de Rosario, destruyendo sus instalaciones por completo. Se adjudicó el hecho el Comando Argentino Revolucionario Popular anunciando a la opinión pública que a partir de esa acción ingresaban a las FAR.

»Un comando de apoyo al ERP hizo estallar una bomba en el domicilio del presidente de la Cámara de Interlíneas de Santa Fe.

»Estalló una bomba en los talleres ferroviarios de Taffí Viejo de Tucumán.

»Un comando expropió armas por \$7.000.000 en un domicilio particular de Martínez.

»27. Estalló una bomba en el Distrito Militar 19 de La Plata.

»Un comando unificado de las organizaciones FAR y Montoneros copó una subcomisaría en Tucumán apoderándose de armas y uniformes. En el hecho resultaron heridos dos policías que se resistieron.

»Un comando expropió medicamentos de los laboratorios Abbot en Tucumán.

»28. El comando Juan P. Maestre de las FAR, que dinamitara el Golf Club de Rosario, exige a los socios del mismo que se repartan los terrenos entre la gente humilde.

»Un comando del ERP secuestró a cuatro periodistas e improvisó una conferencia de prensa en un ómnibus, en la Capital.

»Un comando del ERP repartió 8000 kilos de carne en una villa en Ingeniero Budge.

»Un comando se apoderó del fusil de un centinela de la Armada en Villa Adelina.

»El comando Luis Blanco del ERP allanó el domicilio de un industrial en Rosario, expropiando armas y municiones.

»El comando Adolfo Bello del ERP expropió un proyector de cine y películas pornográficas que poseía el doctor Abalos Imaz, ex vocal del Colegio de Abogados. Las películas fueron entregadas al periodismo.

»El comando Adolfo Bello del ERP desarmó a un oficial de policía en Rosario.

»Fue colocada una bomba en la casa del jefe de la imprenta oficial de Santa Fe.

»Estalló una bomba en la casa de un funcionario de Entel en Rosario.

»29. Un comando conjunto de FAP, FAR y Montoneros ejecutó en plena calle al ex jefe de policía y actual director de Cárceles de Córdoba, mayor Julio Sanmartino.

»Estalló una bomba en la casa del jefe de personal del establecimiento aceitero Indo SA en Puerto San Martín de Rosario.

»30. Un comando de las FAL expropió \$1.000.000 de la boletería de un cine de la empresa de Clemente Lococo».

El 28 de mayo, la Junta de Comandantes había creado la Cámara Federal en lo Penal —el Camarón— para agilizar los juicios por delitos políticos. Y el 14 de junio ordenó a las Fuerzas Armadas que asumieran la ofensiva contra el enemigo subversivo, «para destruir su organización político-administrativa, neutralizar sus elementos de superficie y sus apoyos internos y externos, a fin de mantener el orden, preservar la vida y seguridad de los bienes de las personas y del Estado y recuperar el apoyo de la población».

—¡Mirá, dice que el honor se refugia en las cárceles!

—¿Qué? ¿Qué dice?

—Que hay épocas en que el honor se refugia en las cárceles.

—Pará, por qué no la leés en orden.

—Después te la leo. Pero acá dice que ya el pueblo argentino se encargará de liberarlos junto con la patria y entonces faltarán árboles en Buenos Aires para hacer efectiva una justicia por la que se está clamando hace quince años. La hora de la redención de los proscriptos llegará a su tiempo y cada uno recibirá su merecido, porque no se puede escarnecer a un pueblo sin que un día se sienta tronar el escarmiento.

—¡Qué grande el viejo! Dice que va a hacer tronar el escarmiento.

—Che, ¿y lo de las cárceles?

—Pará. Dice que en la historia de todos los pueblos se viven épocas en que el verdadero honor se refugia en las cárceles. Es que las patrias viven y se engrandecen con el sacrificio de sus verdaderos hijos: los que no olvidan ni abandonan su deber. Y después dice que la guerra revolucionaria en que estamos empeñados contra la canalla dictatorial se intensificará cada día y no hemos de parar hasta liberar a la patria y devolver la soberanía, y que esa hora, que no puede estar lejana, será de ustedes, los jóvenes, que lo dieron todo por ese destino y que merecen por ello el bien y el agradecimiento...

—¡Qué bueno, el viejo hablando de la guerra revolucionaria! Che, ¿por qué no la leés toda entera, desde el principio?

La carta de Perón a Carlos Maguid estaba fechada en Madrid el 20 de febrero de 1971, pero recién había llegado a la cárcel a mediados de abril, y entusiasmó a todos los presos peronistas.

Maguid había llegado al pabellón el año anterior, poco después de su detención: era un tipo tímido, muy reservado, y no quiso contestar a ninguna de las preguntas que le hacían, ansiosos, los presos de Taco Ralo. Quizás tenía miedo de que quisieran sonsacarlo.

—Yo no sé nada.

—No, pero contanos a nosotros que somos del mismo palo, somos compañeros.

—No, yo no sé nada.

—Yo soy El Kadri. ¿Quién te creés que somos?

Y Néstor Verdinelli le decía:

—Yo conozco a tu cuñada, a Norma.

—Bueno, sí, pero yo no sé nada. No sé por qué estoy acá.



Al final se dieron cuenta de que lo estaban violentando, y de que, en realidad, las reglas ordenaban no preguntar, no saber. Se disculparon: había sido la ansiedad, la admiración por el secuestro de Aramburu. Maguid aceptó, y se integró bien. Después llegó Ignacio Vélez, que había caído herido después de La Calera. Lo llevaron en silla de ruedas y llegaba cubierto de gloria. Se presentó con estilo un poco militar.

—¿Dónde está El Kadri?

—Soy yo.

—Mucho gusto, los compañeros me dijeron que me ponga a tus órdenes.

Vélez había sido también cadete del Liceo Militar, pero en General Paz, en Córdoba.

—Mirá, acá no tenemos jerarquías, somos todos compañeros.

Le dijo Cacho que, de todas formas, era respetado como un jefe. Vélez le contó un poco sobre La Calera, y ni una palabra sobre Aramburu. Los militantes solían tener cierto pudor de hablar de lo que habían hecho o dejado de hacer. En general, suponían que los que menos habían hecho eran los que más hablaban. Pero se cayeron bien, y al rato era como si se conocieran de toda la vida. Ignacio Vélez le contó que cuando él y sus compañeros decidieron empezar a militar, primero buscaron contacto con las FAP; como no los encontraron y sí dieron, en cambio, con la gente de *Cristianismo y Revolución*, se engancharon con Abal Medina y los demás. En esos primeros días, las diferencias entre las organizaciones no estaban muy claras, y los ingresos podían obedecer más al azar de los contactos que a decisiones muy meditadas.

A mediados de 1971, en el pabellón, además del grupo original de Taco Ralo, estaban los montoneros Vélez, Maguid, Lamarca y Carbone y tres militantes del ERP. El anuncio de que llegaban los del ERP, Bonet, Soto y Ruano, había interrumpido la idílica vida peronista del pabellón, y había provocado discusiones fuertes:

—No, acá somos todos peronistas. Esos que se busquen otro pabellón. Son gorilas. Siempre estuvieron en contra de Perón y del peronismo.

Cacho estaba a favor de que se quedaran:

—Che, acá somos todos compañeros. Después veremos las diferencias, discutiremos, lo que sea, pero no vamos a permitir que los manden a un pabellón común, que los separen. Son militantes como nosotros, son compañeros.

El debate fue acalorado, pero los erpios terminaron yendo al pabellón de los peronistas. Que empezaron a preparar, como siempre, una fuga. Había un

militante peronista que estaba como preso común, Jorge Nazer, que era electricista y andaba por todo el penal arreglando desperfectos. Él les había dicho que por debajo del pabellón pasaba un gran túnel y que, si llegaban hasta ahí, podían recorrerlo hasta un lugar en que tenían que empezar a cavar por debajo de la muralla hasta salir, ya fuera de la cárcel, a una cancha de fútbol. Nazer les hizo un plano, y se ofreció para trabajar con ellos. Los presos de Taco Ralo se organizaron. La idea de escaparse les cambiaba mucho el humor. Tenían muy presente la fuga de los tupamaros de Punta Carretas: hasta que se fueron, se escribían regularmente, y entre ellos estaba José Luis Nell, amigo y compañero de muchos años de Cacho El Kadri.

Ya habían empezado el boquete para llegar hasta el viejo túnel. Lo tenían bien tapado, para que no se viera desde afuera, y siempre había alguien trabajando adentro. Cuando venía la requisita le avisaban con un sistema de golpes, tipo morse. Pero esa tarde, aparecieron de pronto dos guardias, y no les dejaron tiempo para nada. Adentro del boquete, Nazer taladraba tupido. En el pabellón se oía claramente el ruido, y los guardias ya estaban llegando. En un segundo, dos presos empezaron a pelearse a los gritos: se tiraban ollas, golpeaban los catres, hacían un escándalo imposible. Los guardias los miraban casi divertidos:

—El Kadri, ¿qué están haciendo? Vaya a separarlos o sancionamos a todo el mundo.

Cacho hacía como que lo intentaba:

—¡Paren, carajo! ¿No les da vergüenza? Dos compañeros dando este espectáculo vergonzoso.

Y los tipos seguían peleándose a los gritos, tapando el ruido del taladro, hasta que Nazer oyó algo, y por fin paró. Pero, al poco tiempo, llegó la noticia de que los iban a trasladar a unos pabellones nuevos, en el piso de arriba: estaban llegando nuevos presos políticos, la población carcelaria aumentaba, y había que darles más lugar. Los de Taco Ralo trataron de resistirse al cambio, pero no tenían ningún argumento presentable. No podían decir que les estaban jodiendo el intento de fuga.

En esos días, en cambio, sí pudieron fugarse cuatro mujeres de la cárcel del Buen Pastor, en San Telmo. El operativo estuvo a cargo de un par de comandos de las FAP: el que les abrió el camino fue el abogado Norberto Liffschitz. Los apoyó un comando de los Montoneros: Mario Firmenich era uno de los que estaban en la vereda, cubriendo la fuga. Pero la retirada se demoró unos minutos; hubo un tiroteo y murió un militante, Bruno Cambareri. Una de las fugadas era la Negra Amanda Peralta, la esposa de

Néstor Verdinelli, la única mujer detenida en Taco Ralo. Otra era Marina Malamud de Aguirre, aquella militante comunista que Cacho había deseado y que, después, se pasó a las FAL.

El comunicado de las FAP terminaba diciendo que «el compañero Norberto Liffschitz, abogado defensor de las compañeras e integrante del grupo de asalto, pasó a la clandestinidad para continuar la lucha por una Patria Justa, Libre y Soberana.

»No habrá bandera blanca. La sangre de nuestros muertos, el sacrificio de nuestros presos, las luchas de nuestro pueblo, el destierro de nuestro líder, no serán negociados.

»Bruno Cambareri ¡Presente! — ¡Tomaremos tu arma para continuar el combate! — Ningún retroceso. Ninguna vacilación — Hay que golpear donde duela y cuando duela — Por el retorno del Pueblo y Perón al Poder — Por una Patria Justa, Libre y Soberana — Caiga quien caiga y cueste lo que cueste — ¡Venceremos!«.

La vida en la cárcel era tolerable: lo más duro era la sensación de que en la calle pasaban cada vez más cosas, y que ellos se estaban quedando afuera. Trataban de enterarse de todo lo que podían. Para eso estaban las visitas de los familiares, las entrevistas con los abogados, la radio y, para las cuestiones más políticas, los caramelitos. Los caramelitos eran mensajes escritos en un papel de cigarrillo doblado en dieciséis y envuelto en celofán que sellaban con un fósforo o la brasa del pucho. El caramelito se ponía entre los dientes: si, en la requisa, el guardia lo detectaba, el preso se lo tragaba rápido; si no, se lo entregaba a su abogado en la visita y, ya afuera, el abogado tenía que dárselo a alguien que lo pasaba a buscar.

La comunicación por caramelitos funcionaba bien y les permitía suponer que seguían participando en las decisiones de su organización pero, de todas formas, Cacho tenía la sensación de que sus compañeros del exterior no les daban bola. Más de una vez descalificaban sus opiniones con algún mensaje que empezaba diciendo: «Entendemos que, dada la situación en que se encuentran, ustedes no puedan visualizar...». Adentro, los presos entendían que los de afuera tenían más elementos y, además, estaban llevando el peso de la acción, pero a veces se desesperaban. Cacho seguía siendo un personaje muy conocido, alguien a quien se citaba con frecuencia, una especie de pionero de la guerrilla peronista que, ahora sí, se estaba desarrollando con fuerza, pero no tenía casi posibilidades de intervención real. Y, mientras tanto, las FAP estaban cambiando algunas de sus posiciones básicas.

Las FAP habían empezado a llamarse a sí mismas una organización del «peronismo de base». Hacían mucho hincapié en el clasismo y, si bien no rompían con Perón, se mostraban más distantes: «El deber que tenemos frente a Perón, frente a la clase obrera, es de construir una alternativa independiente, revolucionaria y de clase, visualizable para la clase obrera como camino real hacia el poder, y entonces que él elija», decían en una entrevista publicada en *Cristianismo y Revolución*. Y, en sus documentos internos, explicaban que esta nueva postura era el producto de aplicar el método de análisis marxista a la situación argentina, y que ciertas debilidades de la organización se debían a su falta de coherencia ideológica y de una herramienta científica para el análisis político como era el marxismo, por lo cual se hacía necesario un «proceso de homogeneización política compulsiva», que pasó a llamarse, en la jerga interna, PHPC. Los militantes tenían que estudiar las bases del marxismo: el libro de Marta Harnecker se convirtió en lectura obligatoria.

—¿Pero cómo?, las FAR se hacen peronistas y nosotros nos hacemos marxistas. Estamos todos locos.

—No, no. Nosotros no abandonamos el peronismo. Nuestra identidad es peronista. Somos peronistas. Pero nuestra metodología es marxista.

Cuando recibió los primeros informes sobre este viraje, Cacho se sintió violado. Ésa era la palabra que se le cruzaba todo el tiempo: violado. Era una decisión demasiado importante como para haberla tomado sin consultar a los presos y él, particularmente, no estaba para nada de acuerdo. Al principio, lo discutía con los demás presos: muchos de ellos aceptaban las directivas de la organización. Néstor Verdinelli era uno de los más entusiastas. Cacho discutía con él horas enteras:

—Pero yo no entiendo nada. Ahora resulta que vamos a ser marxistas. Nosotros siempre fuimos peronistas. Toda la vida hemos estado en contra del marxismo, y ahora resulta que el marxismo es...

—No, nunca estuvimos en contra del marxismo. Estuvimos en contra del partido Comunista, que es otra cosa.

—¿Cómo? Ellos son los que saben de marxismo. Si a ellos el marxismo no les sirvió de nada para entender la realidad nacional, ¿cómo nos va a servir a nosotros?

—Porque nosotros somos peronistas. A nosotros sí nos va a servir.

Cacho, además, escribía caramelitos con sus críticas a la nueva política. Afuera, casi todos estaban en la nueva línea, salvo un pequeño grupo, al que solían llamar «los oscuros» porque ellos llamaban a los otros «los iluminados» por la luz del marxismo: entre los iluminados tenían mucha

influencia las posturas de abogado Rodolfo Ortega Peña, de Jorge Cafati, detenido cuando el asalto del Policlínico Bancario, pero que se había fugado poco antes de los Tribunales de Rosario; Raúl Villaflor, el Negro, que estaba desde los inicios en la conducción de las FAP; Enrique Ardeti, Quito, otro fundador, que había podido escaparse de Tucumán cuando cayó el grupo de Taco Ralo, y otros militantes del interior que Cacho no conocía. Las discusiones afuera y adentro eran intensas, las posturas se acercaban a puntos de enfrentamiento, las rupturas y separaciones parecían inevitables. Los oscuros se apoyaban en los caramelitos que Cacho mandaba desde la cárcel: era un buen signo que, por lo menos, la dirección los distribuyera y no cayese en la tentación de censurarlos. Pero las respuestas eran duras. A Cacho le decían que no entendía la nueva política porque tenía desviaciones pequeñoburguesas.

—¿Y eso qué carajo quiere decir? ¿Yo, pequeño burgués? ¡Están locos! Yo, que me pasé la vida peleando, o en la cárcel...

—No, sí, porque no es solamente por las acciones que cada uno hace, sino por la actitud mental...

—Pero qué clase ni actitud mental, para el peronismo no existe más que una sola clase: la de los que trabajan. ¡Y yo trabajé toda mi vida!

—Pero no fuiste un trabajador manual, un obrero, tu viejo es un comerciante... objetivamente, sos un pequebú.

—¡Qué carajo sabrán estos pendejos sobre peronistas y pequeños burgueses! ¡Si son una manga de nenes de papá! ¡Si estaban prendidos de la teta cuando nosotros ya estábamos poniendo caños por ahí!

Cacho se exasperaba, y veía como la mayoría de sus compañeros de prisión, que hasta entonces lo habían respetado como una especie de jefe, lo criticaban y se le ponían en contra. Salvo Carlos Caride y el Águila Olivera, que relativizaban esas discusiones y seguían de acuerdo con él. Un preso más reciente, el Ciego, era de los más duros en la defensa del clasismo y la construcción de la alternativa independiente. Acababa de caer y había resistido la tortura sin dar nombres; venía muy al tanto de las discusiones que se daban afuera y se daba largas peroratas para convencerlo:

—Por ejemplo, cuando Perón hizo el Congreso de la Productividad, para aumentar la productividad de los trabajadores, en vez de subirles los salarios. Eso fue un momento importante en el divorcio entre Perón y la clase obrera. Ahí está una de las razones de su caída...

A Cacho le parecía que era como si, de pronto, le dijeran no, usted no es hombre, usted es una mujer. Afuera, los oscuros dieron por perdida la pelea y

varios de ellos, como Rodolfo Walsh, Ernesto Villanueva y muchos otros que se habían acercado a las FAP por su raigambre peronista, se relacionaron con los Montoneros. Los oscuros decían que las FAP, por su sectarismo, se habían convertido en la mayor proveedora de cuadros de las otras organizaciones. Y, en un momento, los iluminados, triunfantes, le comunicaron a Cacho que si no estaba de acuerdo iba a tener que irse.

Cacho estaba destrozado. Era uno de los fundadores de las FAP, había sido su cabeza visible durante todo ese tiempo, estaba preso por su militancia ahí y ahora resultaba que por una diferencia ideológica se tenía que ir. Se preguntaba si los valores de compañerismo y solidaridad de los que tanto habían hablado no valían nada frente a esos cuestionamientos ideológicos: recordaba una frase de Mao o de Perón que decía que el dogmatismo es menos útil que la bosta de vaca. Pero, por más que intentara analizar la cuestión, estaba destruido.

Pidió una especie de licencia. Dijo que se retiraba de la conducción del grupo y que se tomaría un tiempo para pensar. Que aceptaba retirarse porque quería mantener la unidad, pero que no se podía ir de algo que le pertenecía con tan justo título como a los compañeros que estaban afuera, y que no iba a renunciar a su identidad peronista:

—En consecuencia, en estas condiciones no puedo ser más el responsable del grupo. Pero tampoco puedo dejar la organización que contribuí a formar.

Sus compañeros aceptaron su planteo.

—Es lo correcto, porque lamentablemente en este momento no tenemos confianza política en vos. No es una cuestión personal, por supuesto, la confianza no es una cuestión personal, sino político-ideológica.

Cacho El Kadri quedó en la congeladora. En esos días escribió mucho para tratar de entender lo que pasaba. Sus relaciones con el resto del grupo, salvo con Caride y el Águila, se hicieron difíciles, y se deprimió mucho. Seguía en el mismo pabellón, compartía el rancho con los otros, pero le hablaban poco, no le contaban nada de las informaciones que llegaban de afuera, lo radiaban. Ahora sí que sentía todo el peso de la cárcel. Cacho estaba desesperado. Todo aquello a lo que había dedicado su vida se le escapaba como agua entre los dedos.

**Julio de 1971:** desde la publicación, meses antes, de su novela *Fuera del Juego*, las discusiones recrudecían alrededor del caso del escritor cubano Heberto Padilla, encarcelado por «actividades contrarrevolucionarias». El 5

de abril, Padilla firmó su autocrítica, dirigida «Al Gobierno Revolucionario». Entre otras cosas, decía:

«Yo quise escribir una novela sutil que reflejara mis opiniones contra la Revolución Cubana. El héroe negativo del proyecto de novela apostrofaba todo el tiempo contra la obra revolucionaria. Cuando he vuelto a repasar mentalmente los fragmentos que escribí, a saltos, de esa novela, he sentido una vergüenza extraordinaria. Me parece inconcebible que yo hubiera podido pensar que ese mamotreto enfermizo —donde puse toda mi amargura— pudiera tener algún valor intelectual y humano. No sólo eran políticamente negativos y sinuosos, no sólo reflejaban mis vacilaciones ideológicas y contrarrevolucionarias, sino que también expresaban un desencanto profundo en la vida, en la esperanza y la poesía de la vida. El hombre que escribió esas páginas era un hombre que iba camino de su propia destrucción moral y física. (...)

»Le escribí (al editor español Carlos Barral) una carta con Cortázar donde le explicaba que trataría de enviársela con algún viajero de confianza de los que vinieran al jurado de este año a Casa de las Américas. Pero no estaba terminada. Sólo tenía algunos capítulos, y le decía en mi carta que el momento no era oportuno. Mi principal interés era tener la puerta abierta de una editorial española y hacer coincidir la publicación de la novela con la de mis poemas en otras lenguas. Mi deseo era, por supuesto, que la novela se editara en todas partes para obtener notoriedad internacional y alcanzar importancia política. Yo buscaba afirmar mi personalidad en el exterior, hacerla ampliamente conocida y convertirme definitivamente en un intelectual que podía influir en la política de Cuba.

»Solamente la vanidad y la petulancia de crearme merecedor de todos los honores pudo llevarme a semejante plan que estaba, como siempre, vinculado al extranjero, al realce de mi prestigio en las revistas, editoriales y público extranjeros. Y entre mis errores más censurables está precisamente ése: pensar que podía —como cubano— vivir una doble vida: por un lado vegetar como un parásito a la sombra de la revolución y por el otro cultivar mi popularidad literaria en el extranjero a costa de la revolución y ayudado por sus enemigos.

»Sólo un hombre que no posee ni el más ligero ápice de la ética de un combatiente revolucionario puede sentirse satisfecho con una situación como ésa; sobre todo si ese hombre tiene hijos en su patria —no son tan pequeños ya— y podrían llegar a preguntarse algún día qué clase de padre extraño

tenían ellos que vivía al margen de su patria y al margen, indiferente, de su pueblo.

»El deslumbramiento por el extranjero, por las grandes capitales, por las culturas foráneas, por la popularidad internacional; las maniobras para llamar la atención de los editores, prometiendo libros que no existían, todo eso constituía la base de mi falsedad y de todas mis actividades durante los últimos años.

»Puedo referirme a esos errores groseros con toda claridad, sin tapujos de ninguna índole, porque he podido medir hasta qué grado de deterioro había llegado yo, y con qué fuerza y vehemencia quiero rectificar todo eso. (...) Yo ruego al gobierno revolucionario que me ofrezca la ocasión de llevarlo a cabo».

«Poco después, un grupo de sesenta y un intelectuales firmaba una carta al “Comandante Fidel Castro, Primer Ministro del Gobierno Revolucionario de Cuba”, que empezaba diciendo: “Creemos un deber comunicarle nuestra vergüenza y nuestra cólera. El lastimoso texto de la confesión que ha firmado Heberto Padilla sólo puede haberse obtenido mediante métodos que son la negación de la legalidad y la justicia revolucionarias. El contenido y la forma de dicha confesión, con sus acusaciones absurdas y afirmaciones delirantes...”, y terminaba diciendo que “quisiéramos que la Revolución Cubana volviera a ser lo que en un momento nos hizo considerarla un modelo dentro del socialismo”. Entre los firmantes estaban Simone de Beauvoir, Fernando Benítez, Italo Calvino, Marguerite Duras, Giulio Einaudi, Hans Magnus Enzensberger, Carlos Fuentes, Jaime Gil de Biedma, André Gorz, Juan Goytisolo, Dacia Maraini, Juan Marsé, Michel Leiris, Carlos Monsiváis, Alberto Moravia, Maurice Nadeau, José Emilio Pacheco, Pier Paolo Pasolini, Alain Resnais, Rossana Rossanda, Claude Roy, Juan Rulfo, Nathalie Sarraute, Jean-Paul Sartre, Jorge Semprún, Susan Sontag, José Ángel Valente, Mario Vargas Llosa.

»Hubo airadas reacciones. En la polémica, se citó mucho un discurso de Fidel Castro, de 1961. En un pasaje, decía que “los revolucionarios son la vanguardia del pueblo, pero los revolucionarios no pueden renunciar a que todos los hombres y mujeres honestos, sean escritores o artistas, marchen junto a ellos; la Revolución debe aspirar a que todo el que tenga dudas se convierta en revolucionario. La Revolución sólo debe renunciar a aquellos que sean incorregiblemente reaccionarios, que sean incorregiblemente contrarrevolucionarios (...) Esto significa que dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada. Contra la Revolución, nada, porque la Revolución



tiene también sus derechos y el primer derecho de la Revolución es el derecho a existir y frente al derecho de la Revolución de ser y de existir, nadie. Por cuanto la Revolución comprende los intereses del pueblo, por cuanto la Revolución significa los intereses de la Nación entera, nadie puede alegar con razón un derecho contra ella. Creo que esto está bien claro. ¿Cuáles son los derechos de los escritores y de los artistas revolucionarios o no revolucionarios? Dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, ningún derecho”».

En mayo, Julio Cortázar respondió a «los 61» con un largo poema, *Policrítica a la hora de los chacales*, que decía, entre otras cosas:

«Todo escritor, Narciso, se masturba  
defendiendo su nombre, el Occidente  
lo ha llenado de orgullo solitario.

¿Quién soy yo frente a pueblos que luchan por la sal y la vida,  
con qué derecho he de llenar más páginas con negaciones y opiniones  
personales?

(...)

Qué sabemos aquí de lo que pasa, tantos que somos Cuba,  
tantos que diariamente resistimos el aluvión y el vómito de las buenas  
conciencias

de los desencantados, de los que ven cambiar ese modelo  
que imaginaron por su cuenta y en sus casas, para dormir tranquilos  
son hacer nada, sin mirar de cerca, luna de miel barata con su isla paraíso.  
Lo bastante lejana para ser de verdad el paraíso,  
y que de golpe encuentran que su cielito lindo les cae en la cabeza.  
Tienes razón, Fidel: sólo en la brega hay el derecho al descontento,  
sólo de adentro ha de salir la crítica, la búsqueda de fórmulas mejores...».

Era, para Cortázar, un giro importante. Y el frente de los intelectuales pro cubanos, que había dominado el paisaje cultural de los años sesenta, acaba de quebrarse.

—¿Pero entonces qué hacés? ¿Dejás de escribir y pasás inmediatamente a la clandestinidad, te vas a vivir a Lanús, te proletarizás, te cambiás de nombre y te olvidás de toda tu vida anterior como escritor y abandonás toda tu capacidad de reflexión y de comunicación?

—A vos lo que te hace falta, en primer lugar y para empezar a charlar, es hacerte peronista. En serio te lo digo, no te rías, yo también fui un flor de gorila en el 55, bueno, pero la vida te mejora un poco a veces. De esta forma

al menos te vas a salvar que de una trosqueada te manden a proletarizarte a Quilmes. El peronismo no necesita obreros de probeta: ya tiene todos los obreros que quiera. Tampoco tiene tradición de discutir los lugares de cada cual, dónde el intelectual, dónde el político, dónde el cantor de tangos. Cada uno es lo que es, se hace lo que más se sabe, con el mayor esmero, y si es posible en el momento preciso. Es probable que como escritor, o como periodista, tengas algunas habilidades que se pueden aprovechar, pero hay que tener claro las cosas. La pelea que se viene va a ser muy dura, Nicolás. A veces creo que no se tiene conciencia de eso. La militancia te pide la vida, y en una de éstas también la muerte. Va a ser algo muy duro, riguroso, necesitado de la mayor disciplina, sobriedad y seriedad. Y recién se festeja al final, no al principio ni en el medio.

Rodolfo Walsh hablaba con su voz tranquila y su media sonrisa, como escondida; Nicolás Casullo nunca sabía si ese gesto mostraba timidez o cierta sorna. Seguramente era una mezcla de las dos. No sabía cuál era el grado y el lugar del compromiso militante de Rodolfo, pero estaba claro que no era sólo su actividad pública de escritor reconocido. Nicolás lo escuchaba con atención, con respeto, pero seguía discutiendo sus planteos. Ya era como la tercera o cuarta tarde que se encontraban en ese bar del bajo, cerca de la editorial Abril, donde los dos iban a entregar los artículos que, de vez en cuando, publicaban en *Panorama* o en *Siete Días*. Nicolás pensaba, entre otras cosas, que no era lo mismo la renuncia a la literatura de Rodolfo, que ya había hecho mucho, que tenía sus libros y su nombre, y por lo tanto estaba cargada de significado, que la suya cuando recién estaba empezando. Por otro lado hacía tiempo que Rodolfo había encontrado, en sus libros de investigación, una forma de unir literatura y militancia. Aunque él considerara que esos libros eran pura política. Nicolás insistía:

—No sé, la política a veces me desconsuela, me aburre, es una mecánica del blanco y negro. Quiero mis libros, quiero escribir, caminar solo, encontrarme con dos o tres viejos amigos, perseguir imágenes a ver si terminan en una trama o se van al carajo. Pero a la vez, me doy cuenta que aquella vida perdida ya no tiene sentido, es una fábula vacía, ya no podría volver a esas cosas. Me apasiona discutir política, proyectar acciones, este tiempo que vivimos día tras días, sentir que la lucha va cobrando envergadura.

Nicolás no se resignaba del todo a la renuncia y seguía buscando argumentos. Pero cada vez se convencía más de que la literatura tendría que

quedar para más tarde. Si acaso, para después del triunfo de la revolución. Rodolfo llamó al mozo para pagar:

—Hay tiempos distintos, Nicolás, y éste es un tiempo para una empresa más grande. Cuando lo que querés cambiar son las cosas importantes, ahí te das cuenta de que un cuento, una novela, ya no te justifican ni te conforman. ¡Bello arte burgués! Nos enseñaron que era el valor supremo del espíritu. Pero cuando hay gente que dio la vida, que la sigue dando, la literatura ya no es tui riel y dulce amante, sino una puta barata. Hay momentos en que, como dicen en *La Hora de los hornos*, todo espectador es un cobarde o un traidor. Puede que sea una lástima para las cuestiones más íntimas del alma, pero éste es nuestro tiempo.

Algunas veces Paco Urondo se sumaba a las charlas y, de a ratos, hasta hablaban de literatura. Algunas noches terminaban en el estudio de Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Duhalde, y de ahí a alguna fonda a cenar algo y hablar de Perón, de los últimos rumores, de Paladino y sobre alguna acción de «los muchachos de los fierros». Se reían de las boludeces que declaraba Borges como quien lamenta las travesuras de un chico malcriado. Se hartaban un poco de los jueguitos esteticistas y las declaraciones contradictorias de Cortázar sobre Cuba, la revolución y el compromiso en la revista *Life*. Y no creían casi nada en el boom de la narrativa latinoamericana, que todavía duraba:

—Es un negocio, una jugada de mercado que aprovecha los excelentes narradores y buenas obras que sí existen. Pero tiene más que ver con la modernización de las políticas editoriales.

Solía decir Paco Urondo, risueño, y los demás estaban de acuerdo. También lo estaban acerca del caso Padilla, el poeta que había traicionado a la revolución, y la revolución había encarcelado. Una noche, en Pippo, Héctor Schmucler, el director de la revista *Los Libros*, que había publicado un dossier sobre el caso, opinaba:

—Cortázar se equivocó al llevar al plano de noticia internacional su defensa de Padilla. Las agencias de noticias lo usaron de manera descarada, y después tuvo que salir a pedirle disculpas a Fidel. Pero él ya marcaba en su polémica con Collazo, al defender a Borges, que cree en las creaciones narrativas genuinas y no en los decálogos de la burocracia revolucionaria.

—La revolución cubana se equivoca al mandarlo a la cárcel: la prisión no recupera a ningún ser humano ni a ningún intelectual equivocado. Los guardias rojos plantearían en cambio que Padilla debe ir un año a las cosechas

del arroz, para que la vida con el campesinado revolucionario lo reeduce a través de una nueva práctica y una nueva experiencia existencial.

Dijo un escritor del PCR.

—Ningún artista puede ser prohibido por la revolución, la participación del poeta en la revolución es libre y autónoma.

Dijo otro maoísta.

—No caigamos en los clichés de siempre y en conceptos míticos, tipo el creador, la libertad, el poeta. Como dice Althusser, todo lenguaje espontáneo es ideológico, y por ende, falso. No hagamos ideología humanística del arte; tratemos de hacer conocimiento del arte, reflexionemos arte y artista desde la rigurosidad del materialismo dialéctico. Busquemos un distanciamiento interior desde la propia ideología, para abordar la práctica estética separada de las ideologías artísticas.

Propuso uno de pipa y barba tupida.

—Para mí, fresco y batata.

Dijo Nicolás y miró el asta del ventilador en el techo. A mediados de 1971, Nicolás Casullo ya sabía que, al menos por un tiempo, dejaría de escribir, mientras crecía el número de operativos, de expropiaciones y de militantes que se jugaban la vida robando camiones de leche para repartirla en las villas de todo el país. A esta altura, el FATRAC se identificaba cada vez más con el ERP, que estaba operando mucho. Pero los desencuentros entre el PRT y algunos cuadros del FATRAC empezaban a acentuarse. El punto de roce más notorio era el antiperonismo de Santucho y la dirección del PRT, que se contradecía con la amplitud proclamada por el partido para la constitución de un Frente de Liberación Nacional con todas las fuerzas populares. Daniel Hopen trataba de mediar en ese desencuentro que se iba ensanchando:

—No exageremos la nota, hay documentos partidarios que no expresan ningún tipo de sectarismo con los compañeros peronistas. ¿Por qué ustedes, que critican tanto, nunca mencionan esos documentos?

—Dejate de embromar, a lo sumo son un poco menos gorilas que el resto.

—¿Gorilas? ¿Qué definición es ésa? ¿Pero dónde estamos, en una Unidad Básica?

—No podemos acusar a Perón de haber pactado el GAN con Lanusse. Tan sueltos de cuerpo. La gente no te lo cree. Yo tampoco.

Además, había contradicciones entre el marcado populismo del ERP en las proclamas de sus operativos y el discurso férreamente clasista, marxista leninista, de la conducción partidaria. Muchos, entre ellos Nicolás, se hicieron

«erpianos» y «anti peerreté» en lo ideológico. Y el aumento de la represión a las organizaciones guerrilleras obligaba al FATRAC, identificado con el ERP, a un funcionamiento cada vez más clandestino, con rígidas medidas de seguridad, control y prevención en las reuniones, encuentros y apariciones. La propaganda político-militar era cada vez más intensa. Hacia mediados de 1971, las intervenciones del FATRAC empezaron a incluir de vez en cuando el espectáculo del guerrillero en vivo y en directo. Una noche, por ejemplo, en la Sociedad Central de Arquitectos, se discutía una cuestión de las elecciones internas cuando, al final de su discurso, un militante pidió la palabra:

—Compañeros, para demostrarles la importancia que le concedemos a este territorio de debate intelectual, profesional, como parte del campo revolucionario y antiimperialista, ahora va a venir un combatiente de la revolución que quiere decirles un par de cosas.

Y apareció, con una camisa verde oliva, botas, boina ladeada y estrella roja, un joven y auténtico combatiente del ERP que se lanzó con una arenga:

—Está de más que yo venga a contarles a ustedes la importancia que tiene, para nuestro pueblo, el trabajo que ustedes hacen. Nosotros vamos recorriendo la patria como soñaba el Che, levantando las banderas de la guerra revolucionaria contra la violencia injusta de la dictadura y sus esbirros. Día tras día nos abrazamos al pueblo y el pueblo nos cobija, nos guarda, nos esconde. Recorremos cientos de villas, de barriadas pobres, de zonas obreras, y esas bases populares en las reuniones reclaman tener casa, reclaman lugares dignos donde vivir, reclaman la ayuda de arquitectos comprometidos con las rojas banderas de la revolución y el socialismo.

Los arquitectos escuchaban en silencio, nerviosos, excitados: algunos se preguntaban si la noche no terminaría en catástrofe y, después, se avergonzaban de esa reacción egoísta. Otros se emocionaban al ver a un verdadero combatiente. Otros pensaban que finalmente no era tan distinto de cualquiera de ellos. Alguna mujer se enamoraba de repente. Otros murmuraban que qué carajo estaba haciendo ahí ese tipo. Afuera, en los pasillos y en la calle, tres o cuatro militantes del FATRAC hacían de campanas, para avisar si había cualquier movimiento sospechoso. Después el guerrillero hacía un recuento de las últimas acciones del ejército revolucionario, y terminaba con consignas ardientes:

—Ya saben entonces, compañeros, la patria se incendia con el grito de liberación. ¡Les traigo un saludo fraterno de los que ya velamos las armas de la libertad! ¡Sepan que estamos dispuestos a todo por la revolución y por

nuestro pueblo! Y como siempre decimos: ¡A vencer o morir por la Argentina socialista!

Los aplausos, los gritos, la emoción solían coronar las últimas palabras del guerrillero, que desaparecía para perderse en un coche que lo esperaba a la salida con el motor en marcha. En esos días, la presión militarista se hacía cada vez más fuerte, y en el FATRAC se discutía si el frente no se estaba convirtiendo en un ente encargado de captar gente para la guerrilla, en vez de mantener una actividad específica en el campo de la cultura. De hecho, el 8 de julio a la noche, una bailarina del grupo de Susana Zimmermann, que se había enganchado poco antes, cayó presa, junto con otros militantes del ERP, en un bar cerca del Luna Park. El grupo había robado horas antes un camión tanque y pensaba lanzarlo contra el palco que se había levantado en Salguero y Libertador donde, al otro día, el presidente Lanusse y su colega uruguayo Bordaberry asistirían al desfile militar. La operación no estaba muy bien armada. El grupo se encontró con armas y bagajes en ese bar cerca de medianoche: su presencia y sus conversaciones llamaron la atención y, al rato, cayó la policía y se los llevó a todos.

Nicolás y sus compañeros se conmovieron: les parecía que mandar a operar a militantes tan nuevos en una acción tan mal organizada era un típico gesto aventurerista, y preguntaron oficialmente si no había gente mejor preparada, y cuáles eran los criterios del partido para decidir quién estaba en condiciones de asumir el paso a las armas y quién no. No tuvieron respuesta. Pero la contestación vino por otra vía: la dirección del partido consideró que la regional Buenos Aires del ERP tenía demasiada gente «de origen pequeño burgués-intelectual» y la intervino acusándola de ser «desviadonista» y «poco firme en las opciones clasistas».

—Todo viene bastante mezclado, Nicolás. En realidad esta decisión del Comité Central, bajo la apariencia de reponer una conducción obrero clasista, pone en cuestión un enfoque más abierto, menos marxista ortodoxo. Le da jaque mate a una conducción menos sectaria y dogmática.

Le explicó, días después, Daniel Hopen.

—Estoy casi en un desacuerdo total con este delirio clasista, como si tener cuatro o cinco laburantes arriba asegurase la marcha, el objetivo, y lo que tiene que hacerse o no hacerse en la Argentina. Nosotros tenemos seis obreros en el Comité Central, pero son de los pocos obreros que tenemos. Cada vez amo más el pensamiento de la clase media revolucionaria, fantasiosa y desviada.

La discusión sobre el peronismo estaba en todas partes. En esos días se había publicado una entrevista a Mario Santucho donde el jefe del ERP hablaba con entusiasmo del 17 de octubre del 45 y, enseguida, pasaba a decir que Perón estaba negociando con Lanusse: que como la dictadura militar se veía muy amenazada, Lanusse estaba comprando a Perón para que el ex presidente le cediera sus votos y le permitiera ganar las elecciones. O sea: que Perón le estaba entregando a Lanusse el próximo gobierno, legitimado por su bendición. A Nicolás y a tres o cuatro de sus compañeros les pareció que era la gota que rebasaba el vaso, y lo plantearon en su ámbito del FATRAC. Insistían en que el partido tuviera una actitud más abierta hacia el peronismo revolucionario y hacia la figura de Perón.

Hubo reuniones de discusiones fuertes. Un par de cuadros de dirección se presentaron en una de ellas: tenían los conceptos muy claros, y las diferencias parecían más grandes todavía. Con Daniel, al menos, se podía discutir más en confianza. En esos días apareció, en una revista de Córdoba, otra entrevista donde Santucho decía que Perón era un agente de la contrarrevolución en la Argentina, la cabecera de playa de la estrategia del imperialismo. Nicolás y sus compañeros pensaron que, ante el avance de las organizaciones armadas peronistas, el PRT estaba buscando definir su propia identidad contra el peronismo justo en el momento en que los peronistas adoptaban posiciones más revolucionarias. Les pareció que era una especie de pelea por el territorio, que la postura era irreversible, que se hacía más y más tajante, y plantearon que se iban.

—Yo creo que deberían pensarlo un poco más, tratar de encontrar los acuerdos en lugar de profundizar en los desacuerdos.

No había manera. Daniel los despidió con cariño:

—Lo que lamento es que se vayan para caer en el campo del bonapartismo. Pero espero que sepan revisar su decisión. En todo caso, cualquier cosa no dejen de decirme, ¿eh?

**Julio de 1971.** En la revista *Panorama*, donde a veces colaboraba, Rodolfo Walsh contestó, en el correo de lectores, unas declaraciones del sindicalista Lorenzo Miguel. Su carta decía que «en *Panorama*, número 228, Lorenzo Miguel dice, refiriéndose a Raimundo Ongaro: “Me repugna hablar de un individuo que no hace mucho tiempo, utilizando los recursos característicos de los batidores, pretendió enlodar la figura de Augusto Vandor, a partir de un conocido episodio en que muriera otro recordado metalúrgico: Rosendo García”.

»Esa frase canalla merece una respuesta. Para saber quiénes son los “batidores” y quiénes los “batidos” sobra con recordar que Ongaro está en la cárcel mientras Miguel forma parte del Acuerdo que lo mantiene allí. Ese Acuerdo obviamente no incluye sólo al gobierno sino a sus fuerzas policiales y de guardiacárceles; éstos son hoy, como ayer, los aliados naturales de Lorenzo Miguel, que se consagra así como el Batidor Número Uno.

»Como Miguel no lo dice, recordaré las circunstancias en que se denunció la participación de Augusto Vandor en el asesinato de Rosendo García, Juan Zalazar y Domingo Blajaquis. Esa denuncia se efectuó por la CGT de los Argentinos, que en ese momento agrupaba a 40 federaciones y sindicatos, con la aprobación de su Consejo Directivo. No era anónima ni sigilosa (se publicó con mi firma en el periódico oficial de la CGT, mayo-junio de 1968), no iba dirigida a la policía ni a los jueces a quienes acusaba de complicidad y encubrimiento, y sus destinatarios eran los trabajadores de los sindicatos que distribuían el periódico. No reunía, pues, ninguno de los elementos de una “batida”, aunque recogía los testimonios de cómo el vandorismo había “batido” ante la policía de Avellaneda a los agredidos prófugos.

»Un año más tarde reuní ese material en un libro —*¿Quién mató a Rosendo?*— donde básicamente afirmaba que el aparato vandorista era una organización de matones y de gangsters; que sus complicidades con las patronales y con el aparato represivo eran íntimas; que todas las últimas elecciones en el gremio metalúrgico, incluida la que erigió a Miguel, eran farsas fraudulentas, resueltas en unos casos a punta de pistola y, en otros, con la eliminación, por la Secretaría de Trabajo, de todas las listas opositoras.

»Esas afirmaciones siguen en pie, se aplican especialmente al señor Lorenzo Miguel y las comparten aquellos peronistas que el 9 de junio, ante el sepulcro de Valle, le arrebataron el micrófono del acto que pretendía copar. Allí Julio Troxler, uno de los fusilados sobrevivientes de *Operación Masacre*, pudo exclamar con razón: “En la tumba de los mártires no hablan los traidores”».



## Ocho

Cuando uno no estaba en una facultad o en una fábrica no era fácil encontrar un lugar para hacer algo. Luis Venencio tampoco sabía bien qué quería hacer: tenía, a veces, la sensación de que a su alrededor pasaban cosas importantes y no quería quedarse afuera. En general, solía pensar que se quedaba afuera de las cosas.

Hacía un par de años que Luis se había ido al centro. Hasta entonces, siempre había vivido en el Tigre. Hubiese podido quedarse ahí, pero le parecía que en su barrio, en su vida, casi nunca pasaba nada interesante. Luis Venencio había nacido en el Tigre en 1945: su padre había desaparecido cuando se enteró de que su madre estaba embarazada. La mujer se casó, al poco tiempo, con un entrerriano peronista que trabajaba de cocinero en los barcos areneros que recorren el Paraná de las Palmas. El cocinero le dio su apellido; al cabo de unos años nacieron sus dos hermanastros. La familia vivía en una especie de conventillo de cemento y madera frente al río Lujan. En las paredes había afiches de Perón y Evita; los primeros regalos que Luis recibió fueron un caballito y una pelota de fútbol, que mandaba la Fundación Evita. Los isleros son gente hosca, poco acostumbrada a la sociabilidad y a los afectos: viven solos, aislados, sus vecinos suelen estar a cinco o diez cuadras de bote. La madre de Luis era islera, y era muy raro que le diera un beso, una caricia. En 1953, cuando su madre se enfermó y creyó que no podía ocuparse de sus tres chicos, Luis fue a parar a un internado en San Andrés de Giles.

En el internado la vida no era fácil: a la mañana iban a la escuela, después dormían la siesta y a la tarde hacían los deberes. A cada interno le daban un trajecito que tenía que ponerse los domingos, cuando los llevaban a la misa del pueblo y les regalaban unas monedas para que se compraran caramelos y dieran una vuelta por la plaza. A Luis nunca le importó mucho la misa, pero la salida era lo mejor de la semana. Y algunas veces, muy cada tanto, los llevaban a un cine o al circo. En el verano, los chicos podían volver con sus familias; algunos salían, otros se quedaban porque no tenían quién los fuera a buscar. La alimentación era buena: una sopa, un plato con carne y un postre, que solía ser queso y dulce, arroz con leche, budín de pan. Pero al mes de la revolución Libertadora la dirección les suprimió el postre. En ese entonces,

Luis no estableció ninguna relación entre Juan Domingo Perón y el arroz con leche.

En 1956, Luis volvió a su casa del Tigre y empezó a repartir leche por las casas con una bicicleta. Seguía yendo a la escuela primaria en el centro de Tigre y a veces, cuando lo invitaba un compañero de clase, podía mirar televisión. Un 9 de julio lo eligieron para representar a Laprida en el acto escolar. Luis estaba entusiasmado, pero cuando llegó el día no había conseguido el pantalón y el saco con que tenía que disfrazarse, y se quedó en su casa. Después se pasó como una semana sin querer volver a la escuela, por la vergüenza. No podía soportar la idea de lo que iban a pensar de él sus compañeros. Cuando cumplió catorce, don Manuel Rodríguez, el dueño de la lonería, le ofreció que trabajara con él. Don Manuel era un español exiliado, vagamente anarquista, y en la lonería se armaban, muchas tardes, «meriendas literarias». Iban otros muchachos del barrio y don Manuel les hacía leer la prensa y discutirla, o escuchar viejas grabaciones de Caruso o Manuel de Falla. Luis adoraba a don Manuel, que le abría las puertas de otro mundo. Otras noches, después del trabajo, Luis se quedaba hasta la madrugada pescando en el río, con algún amigo y un vinito.

Cuando cumplió dieciocho, Luis aceptó la propuesta de un amigo del barrio para ponerse a hacer planograf, una forma de impresión sencilla que se usaba bastante. Seguía viviendo en casa de su madre y con el trabajo le alcanzaba para ir tirando. Luis era rubio, de pelo enrulado y ojos claros, más bien gordito y bastante tímido. Le daban vergüenza su origen confuso, su falta de preparación, sus ignorancias; suponía que, en principio, los demás lo iban a discriminar por eso. Cuando llegó el golpe de Onganía, Luis era un muchacho de barrio que se pasaba las noches en el café con los amigos, se comía un buen asado, iba a bailar a algún boliche de la zona o hacía zaguán con una novia formal que le había presentado a sus padres y le hablaba de matrimonio; de las tardes en la lonería de don Manuel le había quedado una afición acentuada por el cine: a veces, sus amigos lo cargaban porque iba a ver películas de Bergman, de los franceses o de los neorrealistas italianos. Le gustaba vestirse bien, clásico, sin muchas concesiones a la moda. Y, de vez en cuando, si se ganaba unos pesos de más con el planograf se tomaba la lancha Cacciola y se iba a Montevideo, vía Carmelo, a pasarse un fin de semana de joda, casino y despilfarro.

Los años pasaron sin grandes novedades. En 1971, con un amigo, Luis puso un tallercito para hacer carteles de telgopor en la pieza que les alquilaba

un pequeño fabricante de acrílicos en una casa vieja de Boedo: Luis y su amigo pateaban las calles hasta que vendían tres o cuatro carteles y se aseguraban la plata para un par de días. Luis volvía al Tigre los fines de semana; los demás días se quedaba a dormir en esa pieza. Alguna tarde, después del trabajo, se fue con José Cardozo, otro amigo, a la facultad de Derecho a escuchar charlas políticas, pero eran de otro pozo y no sabían cómo acercarse a los militantes que veían por ahí. Los militantes tampoco se les acercaban. Luis buscaba un lugar, pero no sabía bien cuál era. Mientras tanto, se había peleado con su novia del barrio, ya no pensaba en casamiento y solía irse los sábados a algún boliche de Tigre o San Fernando, o al Zodíaco, en la avenida Juan B. Justo, a bailar y ver si aparecía una mina. A Luis le preocupaba más que nada estar solo, y le pesaba bastante. Además, le gustaba el ritual de los boliches: llegar, ver el ambiente, encontrarse con otros tipos que también estaban en la búsqueda, tomarse un trago en la barra, otear el horizonte, intentar el encuentro. Luis no era un gran seductor pero era rubio, empilchaba más o menos a la moda y, pese a su timidez, de vez en cuando salía algo. El lunes se volvía a Boedo, a seguir con el telgopor. Algunas noches se preguntaba qué carajo estaba haciendo de su vida y en general prefería no seguir con las preguntas.

—¿Así que te interesan esas cosas?

—¿Qué cosas?

—Nada, disculpame que me meta, pero sin querer escuché que hablabas con tu socio y comentabas la muerte de estos tipos, el matrimonio Maestre.

Luis no supo qué contestar. Silvia era la hija de Rosental, el dueño de la casa de Boedo: se la había cruzado muchas veces en el pasillo pero nunca se habían dicho más que buenos días buenas tardes. Silvia era medio petisa pero tenía buen cuerpo; era castaña, pecosa, de cara redonda y muy blanquita. Tenía poco más de veinte y debía ser estudiante. Lo que a Luis no le gustaba era que anduviera siempre hecha un desastre, con un bluyín muy grande y un pulóver bolsudo por encima, y mal peinada: como si hiciera esfuerzos por parecer más fea. Silvia fumaba particulares rojos, sin filtro, y tenía la voz pastosa y ronca. Luis se cuidó:

—Bueno, sí, estábamos hablando. Pero nada, una charla así nomás...

—De todas maneras, qué bárbaro, ¿no? Estos tipos no tienen límites. Más allá de lo que hicieran los Maestre, la represión se está poniendo cada vez más asesina, me parece.

Esa tarde la charla no fue mucho más lejos, pero otros días siguieron conversando. Luis a veces la evitaba, no fuera a ser que Rosental creyera que

estaba tratando de levantarse a su hija. En realidad, no estaba: le parecía que una estudiante así no era lo que le convenía, pero las charlas le resultaban de lo más interesantes. Un par de semanas después, Silvia le dijo que ella militaba en un grupo que se llamaba Política Obrera y que, si quería, podía invitarlo a una reunión. Luis no los conocía de nada, pero era lo que había y aceptó con entusiasmo.

—... a nosotros las maniobras de la burguesía que quiere perpetuarse en el poder no nos importan en absoluto. Nosotros tenemos muy claro que el ENA es una variante del GAN, otra maniobra de los burócratas stalinistas contrarrevolucionarios. Nosotros no vamos a claudicar ante estas trampas, ni vamos a caer en la tentación del foquismo y el petardismo pequeñoburgués de los del Comba. Nosotros vamos a seguir adelante con nuestra lucha por un gobierno obrero y popular, que es el único que...

Luis iba de vez en cuando a una reunión; algunas veces lo invitaron a un acto en una facultad o a repartir volantes en la puerta de una fábrica donde les daban poca bola. No era mucho: una o dos veces por semana tenía algo que hacer con los del PO, y tenía la sensación de haber encontrado un espacio. Lo que no le gustaba era cuando lo apuraban. Con los intelectuales siempre le pasaba lo mismo: ellos tenían sus tiempos y querían imponérselos a todo el mundo. Luis no decía nada, porque en general no decía mucho, pero se cabreaba cuando Jorge Kamín, el jefe de su grupo, le llevaba algún texto:

—Mirá, por qué no lees este documento, así podemos discutirlo.

Leer no le gustaba mucho y, además, Luis sabía qué significaba en ese caso el verbo discutir: el documento ya estaba escrito, ellos pensaban eso y, si acaso, Jorge iba a explicarle las cosas una y otra vez, hasta que él las entendiera, o sea: se declarara de acuerdo.

—Luisito, ¿entendiste todo, no? Porque si no entendiste yo tengo todo el tiempo del mundo...

Luis no terminaba de integrarse, pero los del PO estaban entusiasmados con su origen obrero, y lo atendían con mucha dedicación. Lo corrían. Ese martes, cuando le dijeron que si podía hablar en el acto que estaban preparando para el sábado, Luis quiso salir rajando, pero no se atrevió:

—¿Y sobre qué quieren que hable? Yo no tengo ni idea, che, nunca hablé en público. ¿Qué voy a decir, yo?

—Mirá, es un acto contra las empresas imperialistas. Nosotros te podemos pasar un material, vos lo mirás un poco y si querés antes del acto charlamos más sobre lo que pensás decir.

El sábado Luis llegó cansado al cine de la Boca. Hacía poco que había empezado a salir con Graciela, una chica que estudiaba psicología: la había conocido en un baile y estaba entusiasmado. Ese viernes se habían quedado juntos hasta las cuatro de la mañana: además de la palma, Luis estaba asustado. Había decidido que iba a hacerlo porque quería seguir con esta gente, pero le daba bronca que lo empujaran a hacer cosas para las que todavía no estaba preparado.

Cuando se subió al escenario le temblaban las piernas. Abajo, la platea estaba ocupada a medias por mayoría de estudiantes que lo miraban con respeto: lo habían presentado como un militante obrero, y eso siempre funcionaba. Luis fijó la mirada en uno de ellos, un granudo de rulos, y empezó:

—Compañeros, yo no soy quien para hablarles acá, yo soy alguien que no ha tenido mucha educación, mucha preparación en la vida. Lo que pasa es que yo no tengo preparación porque vengo de una familia sin recursos, entonces lo que yo sí conozco es la discriminación que sufrimos los que no tenemos...

En esos momentos, Luis no podía imaginarse ninguna situación peor que estar ahí, hablando de cosas que no conocía bien ante todos esos estudiantes que seguro sabían mucho más. Su timidez lo hacía sonreír como quien pide tregua. Pero tenía que seguir adelante:

—Yo no tengo preparación, les decía, pero la vida me ha enseñado que esta discriminación no es así porque sí, sino que responde a un sistema, a las estructuras de un sistema. El imperialismo y sus agentes principales, las empresas multinacionales, y su aliado local, la burguesía nacional...

Cuando terminó, lo aplaudieron bastante. Había sido un esfuerzo terrible. Le parecía que solamente había dicho pavadas o que, en todo caso, no eran cosas de las que pudiera estar seguro. Que tampoco las había dicho bien. Y pensó que ojalá no tuviera que hacerlo nunca más.

**Julio de 1971.** En esos días, el comandante del III Cuerpo de Ejército, el general Alcides López Aufranc, hizo un discurso ante sus oficiales. La idea de la guerra internacional contra el comunismo, de la tercera guerra mundial, estaba clara en sus palabras. Y el papel del ejército en esa guerra:

«El arma es un equipo, pero no un equipo de fútbol, o para elaborar planes económicos, o para fabricar tractores. Somos un equipo de combate. Y porque somos un equipo de combate tenemos las armas del país y usamos estos uniformes verdes para matar a nuestros enemigos y que ellos nos identifiquen. Nuestros enemigos internos y externos son los que intentan socavar la

soberanía nacional, y el enemigo ideológico, integrado por argentinos, por gente nacida en esta tierra pero cuyo corazón y su cerebro han sido ganados por ideologías extrañas a nuestro sentir democrático y cristiano, e intentan cambiar nuestra bandera celeste y blanca por un trapo rojo...».

—A la vuelta nos dan el fideo, por ahora somos sólo oficiales en comisión.

—¿En comisión adónde?

—A ningún lado, quiere decir que no tenemos destino ni misión.

Julio Urien le explicaba a su hermano Facundo que la insignia de guardiamarina se la iban a dar a fin de año, tras el viaje de egresados. El fideo era una cinta dorada que los oficiales navales llevaban cosida en la manga de la chaqueta. Para esa misma época, Facundo iba a recibir una estrellita plateada sobre su charretera, la insignia de subteniente.

—Ahora ya no volvemos más a Río Santiago, nos quedamos a vivir en el barco, con los sumbos y los oficiales de la flota.

El 9 de julio, los cadetes habían desfilado y después se habían mudado a los camarotes del crucero ARA La Argentina, el buque de instrucción en el que debían hacer su viaje de fin de curso. Por primera vez, Julio convivía con suboficiales y soldados: en el barco había casi quinientos. Estaban anclados en la Costanera y entraban y salían con menos control que en Río Santiago. Además, como estaban en plena instrucción, podían preguntar y curiosear todo lo que querían. Los suboficiales eran de su misma edad, pero las diferencias sociales estaban claras.

—Hay muchos sumbos macanudos, la mayoría del interior.

Los Urien habían escuchado muchas veces en la casa, de boca de su padre, ideas de Perón que enloquecían a los mandos militares; entre ellas, la propuesta de organizar una carrera única y terminar con la división entre oficiales y suboficiales. Julio sabía lo que eso significaría:

—¿Te podés imaginar la que se arma si acá los morochos terminaran en los mandos de la Marina? Una vez un oficial dijo que ese proyecto era lo mismo que había hecho Lenin cuando formó los soviets en el ejército y la marina rusos, eligiendo los jefes en asambleas y formando comités militares.

El razonamiento de Julio sobre cómo los mandos filtraban y manejaban la Marina, iba más allá:

—Fijate que de los doscientos que éramos en mi camada en primer año, quedamos cien, y te juego a que la mayoría no pasan de tenientes. De nuestra camada los que estamos en carrera somos Astiz, Mendoza, yo... unos pocos.

Alfredo Astiz y Luis Mendoza eran hijos de marinos; el padre de Mendoza estaba en actividad y era uno de los jefes de la infantería de marina; los Urien no tenían historia en la Armada pero sí mucha familia en el Ejército.

—Así se mantienen las fuerzas armadas bajo el control de unos pocos. Pero eso va a tener que cambiar. Nuestra promoción viene fuerte, hay varios que piensan como nosotros.

Antes de salir, los cadetes recibían charlas y conferencias de profesores invitados. Una mañana, el capitán Mario Palet, jefe de estudios, se plantó en el comedor frente al centenar de cadetes y presentó al señor parado a su izquierda:

—Hoy vamos a escuchar al doctor Del Campo Wilson, abogado, experto en economía. Es profesor de la universidad y da cursos para la oficialidad, así que nos va a distinguir con sus palabras y ustedes podrán hacerle las preguntas que quieran...

La cátedra de Del Campo Wilson en la facultad de Derecho era considerada como ultraliberal y siempre provocaba conflictos con los estudiantes. El profesor empezó a explayar su visión del mundo ante los futuros oficiales navales:

—Los capitales fluyen de los países que los tienen a los países que no los tienen; así se organiza el movimiento económico. En consecuencia, los países como el nuestro necesitan de los países europeos y de Estados Unidos, que sí tienen...

Un cadete levantó la mano:

—¿Pero eso no es imperialismo? Así los países ricos se aprovechan de los países pobres...

—No señor, ésas son patrañas. Si ustedes estudian los flujos de capitales se van a dar cuenta que el imperialismo no existe...

—Ah no... ¿Y sacarle Texas a México qué fue?

Del Campo Wilson se sintió desafiado y subió el tono de voz.

—Ésas son circunstancias históricas particulares, que hay que estudiar en su debido contexto... Lo que tienen que entender ustedes es que los países sin capitales necesitamos el apoyo de los países con capitales.

Se armó el murmullo, siguieron silbidos y frases inconclusas, hasta que el jefe de Estudios se adueñó de la situación:

—La institución piensa así, cadetes, como explicó el profesor, y el que no está de acuerdo con eso, no tiene lugar en la Armada Argentina.

A los pocos días, el crucero se puso en marcha. El viaje de fin de curso iba a empezar con una breve escala en Montevideo. Después cruzarían el

Atlántico, pararían en Senegal, Canarias y Marruecos; atravesarían el Peñón de Gibraltar y pararían en Túnez, Nápoles —y por tren a Roma—, Marsella —y tren a París—, Barcelona —y avión a Madrid—, Inglaterra y, ya de vuelta, pasarían por Puerto Rico, Santo Domingo, Caracas y, finalmente, Río de Janeiro. El buque era un poco más grande que la fragata Libertad: había unos seiscientos hombres entre oficiales, cadetes, suboficiales y soldados. Como indicaban los reglamentos de la Armada, a bordo no viajaban mujeres.

Julio compartía el camarote con uno de sus mejores amigos de la promoción, Mario Galli. A Mario lo llamaban Hijitus: era un baby-face que tenía fama de gran seductor, componía canciones y leía literatura en varios idiomas. Era un bicho ligeramente raro: sus compañeros lo miraban con afecto y un poco de extrañeza, y se burlaban de que, gran fumador, nunca había comprado un paquete de cigarrillos. Julio y Mario estaban de acuerdo en ciertas ideas nacionalistas y populares, y en que las fuerzas armadas tenían que cambiar su papel en la política argentina.

—Mario, mirá, ahora vamos a estar en contacto con todas las secciones del barco. Por lo que yo percibí de los suboficiales, si te franqueas, son tipos muy permeables. Tenemos que hablar con ellos y ver qué se puede hacer.

Poco a poco se fueron enterando de cómo funcionaban las áreas de máquinas, radares, comunicaciones, artillería, defensa antiaérea y depósitos de municiones, pero también las de cocina, electricidad, limpieza, servicios. En cada una trataban de hablar con la tropa, y en general la respuesta era buena.

—Lindo viaje ¿no?

—Sí señor, muy lindo.

—Tuteame, yo soy Julio. Yo no hago diferencias por el rango y además de saber cómo funcionan las máquinas, me interesa saber qué piensan ustedes.

—Yo soy Esteban... Hace seis años que estoy en este barco y es siempre lo mismo: se llega a puerto y los oficiales bajan a joder y a nosotros no nos dejan ni salir a tomar una cerveza. Guardados en los camarotes o en cubierta, como gallinas.

—Ya hablamos con el resto de los cadetes y vamos a plantearles a los oficiales que los dejen bajar con nosotros...

—No te equivoques: si vos pensás distinto que ellos, aunque seas oficial te van a buscar y te van a cagar. No den la cara por nosotros porque no vamos a conseguir nada.

Urien iba entendiendo los códigos de a poco y se las ingeniaba para llevar la charla a la política.



—¿Yo...? ¿Y qué voy a ser? Acá somos todos peronistas, pero no te olvides que el suboficial no cuenta.

—¿Y si vuelve Perón?

—Más vale, ahí va a ser otro cantar...

Casi todas las tardes, después de la comida, pasaban por los altoparlantes algún sketch más o menos cómico: podía ser la fantasía de un desembarco en una isla llena de mujeres ardientes o el boletín que anunciaba que el cadete Mengano había sido nombrado presidente de Zambia. Esa tarde habían dejado atrás Marsella, y navegaban rumbo a Barcelona; la grabación simulaba ser un noticiero de radio Colonia, con la voz inconfundible de Ariel Delgado:

—Último momento: un cable de la agencia Saporiti informa que el general Juan Domingo Perón recibió al Crucero ARA La Argentina en el puerto de Barcelona y que la tripulación lo recibió con las estrofas del himno nacional, tras lo cual se escuchó la marcha llamada los muchachos peronistas... Hay más informaciones para este boletín...nnn...

Unos se reían, otros pateaban y puteaban:

—Eh, negros, parenlá peronachos...

—A Moscú, zurdos...

Galli y Urien vieron cómo los suboficiales, sin hacer mucho bombo, festejaban la broma. Junto a otros seis guardiamarinas que se identificaban con el peronismo, evaluaron la posibilidad de pedir una entrevista a Perón. Urien sabía que era imposible:

—Sería bárbaro, además, el noventa por ciento de los suboficiales son peronistas y nos apoyarían... Pero nos tiramos al servicio de inteligencia atrás y nos echan a la mierda.

Mario era un tipo entusiasta, y lo veía factible.

—Escuchame, a Madrid nos traslada un avión oficial. Todo lo que tenemos que hacer es decirle a alguno que nos consiga el teléfono de Puerta de Hierro, llamamos y decimos que queremos una entrevista, como está haciendo todo el mundo... Además, Franco tiene buenas relaciones con Perón.

—Por menos que eso volvemos a Buenos Aires y nos ponen un voleo en el culo...

Las divisiones entre los cadetes, que venían de cuatro años de vida común, se definían más y más. El grupo que seguía a Urien y Galli se rebelaba contra muchas de las tradiciones y posturas oficiales; el otro, que aceptaba la disciplina y la política institucional, estaba encabezado por el

guardiamarina Alfredo Astiz, el mismo con el que Julio había armado el equipo de rugby unos años antes. Mario Galli estaba cabreado:

—Astiz anda mirando lo que lees, para ir fichando a los que están con nosotros. El otro día lo agarró a Enrique, el cordobés, y le dijo: así que estás leyendo *La guerra de guerrillas* del Che. ¿Qué te pasa? El flaco le dijo que había que saber cómo actúa el enemigo. Seguro que va de oreja de los jefes.

Cuando hicieron escala en Santo Domingo, unos oficiales jóvenes dominicanos llevaron a Julio y a Mario a conocer al ex presidente Juan Bosch:

—Era el que gobernaba el país cuando nos invadieron los marines del norte...

Les explicaba un capitán de la Armada dominicana. En abril de 1965, el Partido Revolucionario Dominicano ocupaba el gobierno y el país estaba al borde de una guerra civil; los sectores que querían profundizar medidas nacionalistas estaban liderados por el coronel Francisco Caamaño Deno, mientras que Donald Cabral era la punta de lanza de los intereses norteamericanos en la isla. El sector de Cabral era más débil, así que el presidente Johnson decidió enviar cuarenta mil marines. El capitán dominicano le contó que él acababa de entrar en la marina, y que salieron a enfrentarlos:

—Parecía un ejercicio de desembarco... Anclaron la flota a pocos kilómetros y en unas horas armaron sus cabeceras de playa. El coronel Caamaño encabezó la lucha, pero no podíamos hacer nada; entraban con su bandera, se establecían en nuestros cuarteles y nuestros campos. Hasta que al final depusieron al presidente Bosch...

La excusa del desembarco era la protección de los intereses y la vida de los ciudadanos norteamericanos, pero Estados Unidos pidió la participación de las fuerzas armadas latinoamericanas. En aquel momento, los mandos militares argentinos quisieron participar pero hubo grandes manifestaciones que presionaron para que el presidente Illia no mandara tropas. Julio quería explicarle al capitán que para muchos argentinos la invasión a Santo Domingo había sido una afrenta.

—Perón se opuso terminantemente, pero también la izquierda convocó mucha gente; en una época donde el peronismo y los comunistas estaban muy divididos en mi país, el repudio a la invasión a tu patria unió a todos los sectores.

La entrevista con el ex presidente Bosch fue breve y protocolar. En realidad, Julio y Mario querían conocer a Caamaño, el coronel que le había

plantado cara a la flota americana, pero no era posible:

—Nunca se lo perdonaron. Caamaño tuvo que seguir la lucha desde fuera del país, y te aseguro que siempre siguió dando guerra. Ahora también está organizando la lucha para sacar de acá a los gringos...

Julio y Mario estaban impresionados con ese militar nacionalista que les mostraba un camino posible. Cuando volvían al barco, se comprometieron a guardar reserva.

—Esto solamente con los nuestros, sí se enteran los mandos nos revientan.

Cada vez les parecía más claro que tenían que manejarse clandestinamente, que las diferencias con los mandos eran abismales. También sabían que una vez que llegaran a Buenos Aires iban a dispersarse: algunos irían a la flota, otros a la aviación naval o a la infantería de marina. Un atardecer, con las olas suaves del Caribe acunando el crucero, se reunieron los seis de más confianza; Mario esbozó ideas sobre cómo mantener la continuidad:

—Nosotros tenemos que ser como una logia...

Aníbal Acosta estaba de acuerdo:

—Claro, así como la logia de los militares egipcios, como hizo Nasser.

Mario Galli estaba pensando en algo más cercano:

—Mirá, una logia como tienen muchos militares, pero sin nombre; por un ideario, nosotros tenemos que juramentarnos en dos o tres cosas básicas. Una es que somos latinoamericanos, como Bolívar y San Martín, y otra es que vamos a usar nuestras armas para defender la soberanía popular...

Estaban en la cubierta, navegando entre islas antillanas, y sentían que habían sellado un pacto de conciencia. Tenían veintiún años y estaban dispuestos a honrar su juramento.

Poco antes de llegar, a mediados de noviembre, varios suboficiales y marineros fueron sancionados y el clima de conflicto entre la oficialidad y la tripulación llegó a un punto límite. Los sancionados insistían en que las medidas escondían una persecución política, y querían lanzar alguna medida de fuerza. Mario y Julio se reunieron con los tres suboficiales que lideraban el movimiento, para saber cómo estaba la cosa:

—Miren, el capitán Sanguinetti nos dijo que subamos a cubierta a festejar, que calmemos los ánimos y que tomemos una copa todos juntos. Yo te digo algo: la gente se quiere amotinar, tomar el barco y al carajo con estos tipos que nos cagan todo el día. ¿Se dan cuenta?

Julio recomendó la calma:

—Y después los revientan a todos. Eso no sirve, un motín ahora sería un desastre, muchachos, un suicidio. Nosotros los apoyaríamos pero perdemos todos. Hay que ser inteligentes. Ustedes tienen que organizarse, despacio y con seguridad, pero sin vacilar.

Cuando llegaron a Buenos Aires, Julio se encontró la publicación oficial de la promoción: un librito que empezaba con fotos de Lanusse y Gnavi y seguía con un perfil, en clave humorística, de cada uno de los cadetes egresados. Había una foto carnet, un texto breve y una caricatura para cada uno. El guardiamarina Julio César Urien estaba representado como un centauro —por el apodo de Caballo— que llevaba inscripciones en el lomo; una de ellas decía «Viva la Patria». El centauro, además, estaba pisando un libro titulado «Inglés». Sus compañeros y sus jefes ya sabían por dónde iban las ideas del Caballo.

**Julio de 1971.** A fines de junio, un comando de los Montoneros asaltó un banco en Villa Ballester. El entonces jefe de la organización, José Sabino Navarro, tenía una cita muy cerca del lugar, y no sabía nada sobre la operación. Con el revuelo del asalto, el lugar se llenó de policías y un patrullero empezó a seguir a Navarro, que iba en coche. En un momento Navarro se bajó y simuló que iba a tocar el timbre de una casa cualquiera. El patrullero se paró; se bajaron sus dos ocupantes, lo encañonaron y le dijeron que querían revisarlo. Navarro tenía una 45 en la cintura y un 38 en una carterita; sacó el 38, les dio el alto y, cuando los policías trataron de tirarle, los mató. Entonces les sacó sus pistolas, caminó hasta el patrullero, agarró la ametralladora que había en el asiento y se fue en su propio auto.

Al día siguiente, un compañero suyo le preguntó cómo pudo reducir a los dos policías. Navarro le dijo que «él estaba tranquilo porque él era más que los canas. Que él era más porque era un revolucionario, un militante que luchaba por una causa que era la causa del pueblo y que ellos eran dos pobres tipos que venían del pueblo pero que se habían metido adentro de ese uniforme para reprimir a su propio pueblo. Y que por lo tanto no eran personas y que entonces había una superioridad moral de parte de él y que igualmente no le complacía la idea de matarlos porque no sabían lo que hacían y por eso había intentado reducirlos primero».

Después, José Sabino Navarro se volvió a Córdoba, donde estaba viviendo y, hacia fin de julio, la policía lo cercó junto con otros tres militantes cuando intentaban robar dos coches y una pick-up para una operación. Después de cuatro días de persecución por las sierras, cerca de General

Belgrano, Navarro fue muerto por la policía. Lo sucedió, en la jefatura de los Montoneros, Mario Eduardo Firmenich.

—Carta de monseñor Tortolo para usted, Miguel.

—Ayyy. Alcanzamelá, Carlos.

Como ese día había estado hormigoneando, Miguel Ramondetti se agarraba la espalda para pararse mientras Carlos Cavalli le daba una carta con membrete del Episcopado. Cavalli venía del obispado de Goya y le intrigaba un poco que el presidente de la máxima autoridad de la iglesia argentina se carteara con el secretario general de los curas tercermundistas. Cavalli tenía veintisiete años y conocía al cura desde los tiempos de la parroquia de la Paternal, cuando todos los jueves se reunían ahí militantes obreros católicos. En Buenos Aires, Carlos era municipal; ahora se había largado a Goya para militar con Ramondetti, aunque sólo consiguiera unas changas.

—Miguel ¿qué tiene que decirle Tortolo a usted?

Ramondetti se caló anteojos y, a medida que leía, se le aflojaban los lumbares:

—Carlos, ganamos una pulseada. Vamos a tipearla y repartirla.

Tiempo atrás, Adolfo Tortolo había remitido una instrucción a todas las diócesis: la Curia no reconocía al movimiento de curas tercermundistas. Para el episcopado se trataba de un movimiento político, al margen de la iglesia. Ya que la jerarquía argentina los negaba, los tercermundistas buscaron reconocimiento en Roma. Ramondetti le contó cómo había sido el itinerario.

—Como por encima del episcopado argentino está el Vaticano, le hicimos llegar a Paulo VI una carta firmada como Movimiento. Se la mandamos a un obispo francés que a su vez se la dio a uno de los secretarios del Papa, que a su vez consiguió que Paulo VI estampara su firma en una bendición para el movimiento.

La carta vaticana fue remitida oficialmente al episcopado argentino y Tortolo, junto con la del Papa, le mandó una carta propia a Ramondetti y en el encabezamiento decía «al secretario general del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo».

—O sea, más papista que el Papa...

A Cavalli le pareció una buena lección de muñeca.

—Es una manera de ganar espacios...

Pero el laico quería ir a lo que le parecía el fondo del asunto:

—Ahora, Miguel, digamé: se acuerda el otro día, que contaba cuando Jesús se tiró contra los sacerdotes judíos: «¡Ay de vosotros, escribas y

fariseos, hipócritas!...», que Jesús salió del templo y les dijo a sus discípulos que no iba a quedar piedra sobre piedra. Yo me pregunto, Miguel, si a la jerarquía no habría que hacerle algo así.

—Si no recuerdo mal, Carlos, después los discípulos se le acercaron a Cristo y le preguntaron: «Dinos ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?». Bueno, mirá, nosotros vivimos la esperanza del cambio en la iglesia. Y hay señales de cambio...

Ramondetti le habló del encuentro de obispos de Medellín, le aseguró que de ningún modo se planteaban apartarse de la Iglesia, y le dijo que no se olvidara de que en otros países latinoamericanos el episcopado no era tan reaccionario como el argentino:

—Además, la lucha contra la hipocresía y contra los falsos profetas es parte de la lucha global, de la lucha de clases, Carlos. De modo que la iglesia cambia al ritmo de los cambios sociales, de la revolución. No olvidemos que el mensaje de Cristo es, ante todo, un mensaje de liberación.

Con esas palabras, a Ramondetti le pareció que había encontrado un cauce para los interrogantes de Cavalli, pero el laico seguía con dudas:

—Lo que pasa, padre, es que uno a veces dice: sí, es un mensaje de liberación, pero de una sociedad injusta; y entonces se pregunta cómo un Dios justo puede crear un orden tan injusto. ¿Cómo creer en un Dios que creó tanta injusticia?

Lo del laico ya estaba a punto de convertirse en crisis grave. El cura lo atajó:

—No, Carlos. Es el hombre. Somos los humanos los que podemos optar por el bien y el mal. Dios, ese orden trascendente en el que nos inspiramos, nos creó como criaturas maravillosas capaces de elegir. El mensaje de Cristo, antes de anunciar que moriría, advirtió a sus apóstoles que en la Tierra vendrían males terribles; y los apóstoles le preguntaron: ¿cuándo habrá señal de tu venida? La respuesta fue que se levantarían muchos falsos cristos y falsos profetas, «mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo».

A Cavalli le resultaba convincente, sobre todo, la polenta que le transmitía Ramondetti. El cura le hablaba pausado mientras movía brazos y manos como si rompiera cadenas. Pero era hora de volver a asuntos más terrenales. Carlos miró el reloj:

—Vamos, que se hace tarde.

Cura y laico salieron apurados y golpearon la puerta del rancho de Quico Bianchiotto. Quico era maestro y el presidente de la vecinal del barrio San Ramón. Además de enseñar en una escuela rural, tres veces por semana daba

clases para adultos en la sede de la comisión, donde además tenían dispensario médico, libros y una radio grande. Pero desde que la habían creado, dos años atrás, su cometido fundamental era mover cielo y tierra para parar las inundaciones. Goya tenía unos treinta mil habitantes divididos por la ruta: del lado alto había asfalto, del otro, barro. Cuando caían las lluvias torrenciales, en la zona pobre había que entrar en bote. Como sus habitantes podían estar afuera, en la cosecha del tabaco, cazando nutrias o pescando, cuando volvían se encontraban sus ranchos de adobe completamente derrumbados. Para colmo cuando repavimentaron la ruta, en el presupuesto estaba incluido un sistema de desagües que nunca se hizo.

Ese día iban a protestar. Hasta entonces, cada vez que pedían audiencia con el intendente los atendía un secretario que tomaba nota: diques, canaletas, máquinas excavadoras, cemento. Nunca llegaba nada. A las seis de la tarde empezaron a marchar hacia el centro. Al principio eran no más de cien, contando pibes descalzos y señoras muy mayores. Dieron unas vueltas para sumar gente y llegaron al doble. Bianchiotto y Ramondetti iban al frente:

—Miguel, sólo para la Virgen de Itatí se junta tanta gente...

Dijo el maestro cuando estaban por cruzar la ruta. El cura rogaba que los de la revista *Así* estuvieran en el lugar convenido. En el encuentro del movimiento de tercermundistas de Carlos Paz, Ramondetti había hecho buenas migas con Ernesto Fossati, el enviado especial de la revista de Héctor Ricardo García. En aquel momento, Fossati le propuso ir a Goya para hacerle un reportaje, pero Ramondetti le pidió que, antes de una entrevista, cubrieran las desgracias de los inundados. El periodista aceptó y días antes, por teléfono, el cura le había pasado día y hora de la marcha.

Ahora, Fossati y el fotógrafo Norberto González estaban cerca de la municipalidad de Goya, mirando la marcha lenta de un grupo de correntinos en una tarde opaca sin siquiera una pancarta o una consigna. Periodísticamente el asunto no pintaba bien, hasta que un hombre macizo cortó el camino de los peregrinos; a medio afeitado, el comisario Ojeda, había salido de la peluquería:

—¿Qué hacen acá?

Todos se pararon y Bianchiotto se adelantó:

—Vamos a la intendencia, a protestar. Queremos que se acaben las inundaciones.

—¿A protestar? ¡Se me vuelven inmediatamente!

Los de la vecinal cabildearon un poco y decidieron retroceder, pero para avanzar por otro camino.

—En la próxima doblamos a la izquierda.

Los de *Así* también marchaban en la primera línea. En seguida se cruzó una camioneta Dodge de la que bajaron siete u ocho policías encabezados por el jefe Ojeda:

—¡A esos dos! ¡Agarren a esos dos!

Los agentes agarraron al fotógrafo y al periodista, que trataban de zafarse:

—¡Suéltennos! ¡Suéltennos!

Ojeda vio que tenía todo bajo control y señaló a los manifestantes.

—Y ustedes, se me vuelven al barrio... ¡Sin chistar!

Una vez en la comisaría, el jefe se ocupó que no quedara registro: decomisó la máquina de fotos, hizo velar el rollo y revisó la libreta de notas. Fossati y González fueron a parar a la leonera, donde sólo estaba un lugareño demorado por ebriedad. Afuera, los manifestantes retomaron la protesta:

—¡Vamos a la comisaría!

Dijo Ramondetti. Los de *Así* habían cumplido con él y no los iba a dejar solos. A los pocos minutos, plantados en la esquina, empezaron:

—¡Libertad! ¡Libertad!

—¡Que los larguen! ¡Que los larguen!

Ojeda se asomó por la ventana y no podía creer que esos goyenses del lado del barro lo desafiaran, así que sacó a sus hombres nuevamente:

—Estos... ¡también adentro!

Eligió a unos veinte, lo que le entraba en las celdas de la comisaría. Al resto, descabezados, los mandó de vuelta a San Ramón. Cuando Ramondetti, Bianchiotto, Cavalli y el resto entraron a la leonera, se encontraron con González y el borracho.

—A Fossati lo mandaron al calabozo.

Dijo el fotógrafo mientras se escuchaba la voz ronca de Fossati que reclamaba justicia.

—¡Negrero hijo de puta! ¡Soltame!

González le contó a Ramondetti que en el viaje hasta la comisaría, mientras los policías trataban de controlar los gritos del cronista, había cambiado el rollo:

—El de la marcha lo tengo en el bolsillo. Hay unas bárbaras, las saqué mientras nos subían a la camioneta a los empujones.

Un rato después, volvieron algunos de los manifestantes, pero sólo a llevar cigarrillos y agua helada para tereré. María, una vecina con aspecto frágil que llevaba un crucifijo de madera sobre el pecho, era la persona



indicada para llevarse de contrabando el rollo de fotos. González le dio las instrucciones:

—En el hotel está el piloto del avión, señora, por favor dáselo a él.

Los periodistas habían llegado en el Pipper blanco con la inscripción *Crónica* en cursivas rojas que usaba García para mandar a su gente por todo el país. A la noche, Ojeda recibió un llamado telefónico de la gobernación y al instante liberó a los periodistas. Para no perder autoridad, a los de la vecinal los dejó hasta el día siguiente. A los pocos días, *Así* publicó las fotos de la represión en Goya; en una de ellas se veía un primer plano de la cara del comisario, desencajado, con los ojos clavados en la lente de la Nikon: el fotógrafo había disparado primero.

Dos meses después, Fossati y González volvieron a Goya. Esa vez, la nota fue una larga entrevista. La «Radiografía de un Cura del Tercer Mundo»:

«Ramondetti vive sencillamente, en una casa que tiene un ambiente, un baño y una pequeña cocina. Se levanta en la zona más pobre del barrio San Ramón, donde las calles son de tierra y donde la lluvia, por poca que sea, hace estragos cada vez menos reparables. El cura nos hizo pasar. Una mesa, un armario repleto de libros y una cama turca era todo lo apreciable en ese único ambiente que sirve alternativamente para dar una misa, comer, estudiar y dormir».

Después de contar su infancia de inmigrantes italianos, de la fiebre escarlata de la infancia, de sus primeros trabajos de dependiente de almacén, Ramondetti habló de la iglesia y el peronismo.

«—¿Cómo vivieron desde el seminario el 17 de octubre de 1945?

»—Cada vez que me acuerdo de eso, me dan ganas de patearme las nalgas. No recuerdo absolutamente nada.

»—¿No tuvieron idea de lo que pasaba en el país?

»—Quizás hayamos tenido idea, algo se habrá comentado, pienso. Lo reconstruyo por recuerdos de otros, y eso que el seminario estaba en Villa Devoto, en plena ciudad de Buenos Aires. (...) Y fíjese, cuando volví al país, en 1952, me encontré con que la iglesia argentina era peronista. Todavía sonaba en el ambiente, una frase de Caggiano: Hay que tomar el tren del segundo plan quinquenal. Yo no entendía mucho de política, pero recuerdo los discursos de Perón, en 1955, cuando empieza a atacar a la Iglesia.

»—¿Y cuál fue su reacción?

»—Yo trabajaba en la curia, en un puesto de segundo o tercer orden. Ante los ataques de Perón, todos mis compañeros adoptaban inmediatamente otra posición política frente a su gobierno. Yo enfrenté a un colega y le dije:

cuando llegué al país, se decían atrocidades en contra de Perón, hasta se dijo que quemaba chicos vivos. Y ustedes nunca se preocupaban por averiguar si era verdad. Ahora porque Perón habló en contra de la Iglesia, Perón está lleno de defectos».

(...)

«—Usted trabaja de albañil; ¿tiene algún otro sueldo, alguna subvención oficial de la Iglesia?

»—Yo vivo de mi trabajo, estrictamente.

»—¿Cuánto gana por mes?

»—Estoy sacando dos mil pesos por día. Esto no significa que saque sesenta mil por mes. No tenemos en la obra ningún otro tipo de ingresos. Nos pagan por ocho horas de trabajo dos mil pesos. Los feriados no trabajamos, pero tampoco cobramos. Los días de lluvia no se trabaja, pero no se cobran. No tenemos vacaciones ni ningún beneficio».

**Agosto de 1971.** En las agendas de distintos semanarios aparecían algunos puntos fuertes del consumo cultural de esos días:

*Nietzsche y la Filosofía*, por Gilles Deleuze. Representante de la nueva escuela filosófica francesa, el autor desacraliza a Nietzsche e indaga en sus ideas, demostrando hasta qué punto es responsable de las mejores napas del pensamiento actual (Anagrama).

*I Ching*. En sus pocas semanas de vida en el Río de la Plata, este manual de adivinación —considerado «el libro más antiguo del mundo»— suscitó interés entre dirigentes gremiales, políticos de ayer y de hoy, representantes de las Fuerzas Armadas y empresarios (Barral).

*Fábulas*, por Juan Gelman. Como piedras talladas son estos poemas, «como los peces de la mar/ vivos envueltos en silencio». Como piedras alzadas en torno de una ciudadela habitada por el sueño hecho realidad (Ediciones La Rosa Blindada).

*Historia tendenciosa de la clase media argentina*. Arriesgada y convincente incursión de Ricardo Monti que, pese a algunas fisuras, se remonta hasta convertirse en el mejor estreno nacional de la temporada (teatro Payró).

*El show del minuto*. Es curioso: a más competidores, Hugo Guerrero Martinheitz se vuelve menos agresivo; desde luego, sin desmedro de su calidad habitual (Belgrano, a partir de las 14).

*La oreja*. Contra viento y marea, Marcos Mundstock sigue demostrando que originalidad y radiofonía no son excluyentes (El Mundo, de 14.30 a 17).

*Fuego.* El último producto conocido del dúo Sarli-Bó hubiera precisado otra palabra anterior a «fuego» en su nombre: apunten (Gran Victoria).

*Confesión de un comisario a un juez de instrucción.* Damiano Damiani arremete contra los frágiles resquicios de la Dama-Con-Los-Ojos-Vendados; pero estos conceptos no pueden hacer olvidar una actuación memorable: la de Martín Balsam (Ocean).

*Bob & Carol & Ted & Alice.* Variantes modernas para matrimonios modernos. Muy conversado, pero muy divertido. Todo termina bien, con una moraleja antigua: busquemos el amor. Sólo queda encontrarlo (Ambassador).

*Marián Farías Gómez.* Auténtica baluarte de la canción argentina, lanza el sonido '71 con hallazgos autorales de Hamlet Lima Quintana, Armando Tejada Gómez, Víctor Heredia y una genuina joya: *La Pomeña*, del Cuchi Leguizamón (Trova, estéreo compatible).

La oferta era amplia pero, a veces, la cosa tenía sus problemas. *Teorema*, la película de Pier Paolo Pasolini, acababa de ser prohibida por la censura. Y una de esas noches, cuenta *Panorama*, «el actor Antonio Gasalla (*Nosotros Tres*, en la Fusa, y otros memorables delirios) y el ascendente modelo Daniel Heker fueron detenidos a la salida de La Potra Piano Bar, en Reconquista al 800, por un patrullero cuya dotación —según las víctimas del atropello— los habría acusado de portar armas (que, por supuesto, no llevaban). Conducidos a la seccional 15, notoria hace tres o cuatro años como reiterada sucursal del Di Tella, del que arreaban a la bella gente de pelo largo, minifaldas y pantalones ajustados, el comisario, tras averiguar la ocupación de Heker, entabló este diálogo con Gasalla:

»—¿Y usted qué hace? —dijo el comisario.

»—Yo soy actor —contestó Gasalla.

»—¿Así que usted es actor?

»—Sí, y el mejor del país, según dice esta crítica.

»Y, muy digno, Antonio extrajo de su portafolios un recorte de un semanario porteño que, efectivamente, le otorgaba tales elogios. El comisario pidió disculpas y los hizo liberar de inmediato».

—Ale, ¿qué te pasa? ¿Te estás volviendo loco?

Alejandro Ferreyra tardó en contestarle. Eran las siete de la mañana y Norma, su mujer, estaba en camión preparándole un café.

—No sé, no sé...

Era la segunda vez en pocos días que salía de madrugada como un zombi, se tomaba el colectivo para ir a la casa operativa de Pepe Polti y, al rato de

andar, se acordaba de que Pepe había muerto. Alejandro, sentado en el colectivo, dormitaba y veía pasar imágenes de cuando Pepe era un playboy en la facultad y él lo había enganchado para la agrupación estudiantil, de cómo se prepararon para el Cordobazo, de cuando Pepe pasó a ser el jefe militar de la regional. De cuando su madre le pidió que lo cuidara. De repente, entre sus sueños se le cruzó la tapa del diario que decía «Murieron Polti, Lezcano y Taborda». Se despabiló pensando que quizás hubiera sido mejor que dijera «Murió Ferreyra». Después pensó que no.

Un mes después del Viborazo, Pepe Polti daba vueltas en una camioneta por la avenida Juan B. Justo, esperando que pasara el coche del jefe de policía cordobés, el mayor Sanmartino, para matarlo. En la camioneta también iban Manuel Lezcano y José Taborda. El operativo estaba bien planificado pero, mientras rondaban, un patrullero sospechó y llamó a otros, que los rodearon por sorpresa. Primero les balearon las ruedas y, cuando trataron de defenderse, los mataron a tiros. Otros dos comandos que los acompañaban a distancia no pudieron hacer nada.

Pepe Polti era el responsable militar del PRT en Córdoba y, a propuesta de Santucho, Alejandro lo reemplazó. Ya habían pasado cuatro meses; Alejandro no se reponía del dolor. Norma trataba de contenerlo:

—Ale, quedate en casa. Dormí un rato.

—No, no puedo; tengo muchas cosas que hacer.

Se tomó otro café bien negro y azucarado y se fue. Ella se quedó porque tenía indicación de no moverse: estaba embarazada de cinco meses y el proceso venía complicado. La casa les resultaba muy segura y ella tenía tareas para hacer. Una de las tareas era salir a la vereda, charlar con los vecinos, mostrar la mayor naturalidad posible. Eran nuevos en Villa Revol: en los barrios humildes, la gente se daba cuenta enseguida cuando los ocupantes de una casa eran militantes. Solían ser jóvenes, nuevos en la zona, sapos de otro pozo: se les veía que venían de otra clase. Norma y Alejandro partían de la base de que los vecinos no los delatarían, porque en general en los barrios obreros no se delataba a nadie: la policía siempre era más enemiga que un vecino que pudiera tener problemas con la ley por la razón que fuera... Pero tenían que estar atentos: la policía recorría las inmobiliarias para ver los nuevos contratos de alquiler y después mandaban a alguien disfrazado de vendedor ambulante o de plomero a espiar un poco. Para mejorar sus posibilidades de escape habían alquilado también la casita de al lado y habían hecho un pasadizo en la medianera. Si caía la policía, podían intentar fugarse

por los techos de esa casa o, incluso, quedarse ahí mientras allanaban la de ellos.

Ese día, 29 de agosto, Norma se había quedado leyendo y tomando mate. Al fondo sonaba la radio policial. Ya conocía más o menos los códigos y cuando escuchaba alguna información interesante, tomaba nota. Procedimientos, traslados, allanamientos, pedidos de más móviles. Cuando la policía cambiaba la frecuencia, la seguían con un sistema para engancharse que había armado Pardal, el mismo que inventó el auto a control remoto que fracasó en el Viborazo. El día pasó muy tranquilo. A eso de las cuatro de la tarde, Norma salió de la modorra con dos timbrazos cortos y uno un poco más largo: era la contraseña. Así que fue a abrir.

—Hola, compañera.

Mario Santucho tenía una calidez especial para saludarla. Además, esos días estaba especialmente contento porque la Sayo, su mujer, estaba de nuevo con él. Dos meses antes se había escapado de la cárcel del Buen Pastor, en Buenos Aires, con otras militantes. Después, Santucho había ido a Cuba para los actos del aniversario de la toma del Moncada:

—Había delegaciones de casi todos los países latinoamericanos; nosotros estuvimos en un sector junto a compañeros del MIR chileno, del ELN boliviano y los Tupamaros.

Mientras le contaba a Norma que tenía muchas expectativas en estrechar las relaciones con FAR y Montoneros, se tomó unos mates dulces.

—Robi, la policía hizo un operativo en calle Galeotti, en el barrio Bustos.

—No, la calle Galeotti no es en barrio Bustos.

—Te digo que sí y por lo que decían por la motorola era un allanamiento.

—Te debés estar confundiendo.

Al rato, Santucho se fue; tenía que encontrarse con Gorriarán y con el Tordo Debenedetti y después, a las ocho, iba a reunirse con el comité militar de la regional.

Alejandro había tenido un día muy movido: a las diez, reunión con una célula que dependía de él en la casa de uno de ellos; a las doce, encuentro en un bar con el responsable de una célula militar, para discutir los planes operativos de la semana; a la una, en otro bar, encuentro con otro y sandwich de milanesa; a las dos, en otro bar a tres cuadras de la Fiat Materfer, reunión con cuatro obreros de la agrupación que tenían en la fábrica para proponerles que formaran un comando de apoyo al ERP. A las tres y media pasó a chequear la esquina en la que tres células a su cargo planeaban asaltar una armería y a las cinco tuvo una reunión con otra de sus células, y a eso de las

seis y media, cuando terminó, pensó en volver un rato a su casa pero, como andaba en colectivo, ir hasta Villa Revol y después al barrio Bustos era mucho viaje. A las ocho tenía la reunión del comité militar y sabía que, en el viaje a Cuba, el jefe había arreglado para que viajara un contingente del ERP a hacer un curso largo de instrucción. Probablemente le tocaría ir. Alejandro prefirió llegar un rato antes; además, iban a ser cinco en la reunión y era mejor que no llegaran todos juntos.

Eran las ocho menos veinte y Alejandro caminaba despacio. Pese al frío andaba siempre con las manos a la vista. Era una de las tantas precauciones: un patrullero o una pinza que veía a un tipo con las manos en los bolsillos lo consideraba sospechoso. A veces, Alejandro pensaba en la cantidad de actitudes que tomaba para no resultar sospechoso: tenía reglas para casi todo. Quizás, alguna vez, los canas se dieran cuenta de que no hay nadie más sospechoso que el que no hace nada sospechoso.

Le faltaban dos cuadras para cruzar Galeotti, y Alejandro tuvo una sensación de vacío en la boca del estómago. Todo el tiempo se preocupaba y se cuidaba y sabía que nunca podía bajar la guardia, pero esto era distinto, y no sabía a qué atribuirlo. Empezó a mirar las ventanas, los techos, las esquinas: quería ver si había algún policía disfrazado de vendedor ambulante o subido a un poste, o un coche estacionado raro. Una cuadra antes de Galeotti vio un torino gris de cuatro puertas con el chofer adentro. Podía pegar la vuelta, pero prefirió caminar veinte metros y acercarse al kiosco, total estaba oscuro y no sería tan difícil escaparse. Mientras le pedía particulares fuertes, le preguntó al kiosquero si había habido algún problema:

—¿Qué pasa que está la policía?

—Mirá, pasaron unos muchachos corriendo. Unos que hacen artesanías en cuero, que tienen la talabartería de acá a la vuelta... Parece que la han allanado.

Uno de los que pasó corriendo, no le cabía duda, era su primo Guillermo Ferreyra, Pistín, que vivía en la casa a la que él estaba yendo; el otro debía ser Héctor Luna, compañero de la célula de Pistín. Una vez que se metió los cigarrillos en el bolsillo, Alejandro pensó en volver a la casa por el lado del Club Atenas, que estaba a una cuadra y media de la casa. Aunque el kiosquero le había advertido, quería insistir.

Una gordita como de veinte años estaba parada en la puerta de su casa, tomando el fresco. Alejandro puso cara de simpático y le preguntó si era cierto que la policía había andado dando vueltas por el barrio. La chica le confirmó que habían allanado. Faltaban cinco minutos para las ocho de la

noche. Alejandro se fue hasta la calle Juan B. Justo, por donde tenían que llegar sus compañeros si iban en auto, para tratar de pararlos y evitar que cayesen en una ratonera. Se paró en la esquina: pasaron varios autos policiales de civil, y un patrullero. A las ocho y cuarto, sus esperanzas se iban desvaneciendo y, además, creía que todos los que pasaban eran policías. Según todas las reglas de seguridad no podía seguir parado ahí, pero decidió esperar unos minutos más. A las ocho y media se tomó un colectivo y se volvió a su casa.

A las nueve menos veinte llegó a la casa operativa Alejandro Ulla, un cuadro militar que se había escapado varias veces de situaciones peligrosas. Cuando golpeó la puerta de Galeotti 371, cuatro policías se le tiraron encima y lo redujeron sin hacer mucho ruido, con tres golpes bien puestos. Diez minutos después llegó en una motoneta Humberto Toschi, el tercer integrante del comité militar, y también se le tiraron encima. Uno de los policías que le pegaba tuvo un sobresalto:

—Che, éste fue a la escuela conmigo.

—Matalo.

Gritó otro y un tercero lo frenó.

—Tás loco.

Pasadas las nueve, un fiat 1600 ocupado por Gorriarán y Santucho se estacionó a media cuadra de Galeotti 371. Se habían demorado dejándolo a Debenedetti en otro lugar.

—Pelado, yo entro primero. Si en diez minutos no vuelvo, no vengas.

Santucho entró y cayó en la trampa. A los diez minutos, Gorriarán, impaciente, decidió desobedecer la orden: cerró el auto, entró a la casa y lo agarraron como a los demás. Sin disparar un solo tiro, la policía le había dado un golpe espectacular al ERP.

Mientras volvía a su casa, Alejandro pensó que alguien había cantado. No desconfiaba de su primo Pistín, pero Luna le parecía un lumpen, un buscavidas. Todavía tenía la esperanza de que los demás no hubieran ido a la cita, que se hubiesen dado cuenta o enterado de algo. Norma le contó que le había insistido a Santucho sobre el allanamiento que había escuchado por la radio policial. Alejandro se amargó más todavía:

—No lo puedo creer, qué cabeza dura.

Poco después, la radio de la policía daba detalles de la detención de cuatro subversivos en la calle Galeotti. Alejandro puteaba en todos los idiomas, y esa noche no pudo dormir. Parecía que todo se les estaba viniendo abajo.

**Agosto de 1971.** «El propietario de la película es Perón. Quien determinó realizar la película fue Perón; quien realizó el libro de la película, Perón; quien determinó lo que va y lo que no va y quien aprobará la primera copia de la película es Perón; y quien indicará cómo debe ser difundida es también Perón», decía Pino Solanas, el realizador de *La Hora de los Hornos*, que acababa de filmar —con su socio de *La Hora*, Octavio Getino, y Perón— *Actualización política y doctrinaria para la toma del Poder*, un film de casi tres horas hecho de planos de Juan Domingo Perón hablando y definiendo sus posturas. «Es que el cine —explicaba Solanas— es el más poderoso medio de todos y se trata de recuperar esta tecnología para el Movimiento».

En la *Actualización*, Perón decía, entre muchas otras cosas:

«Llegamos a este momento en que se ha producido una gran revolución, con aspiraciones de ser revolución mundial, la Revolución Rusa, y que un sinnúmero de revoluciones ha explotado en el mundo como reacción contra ese sistema (capitalista) que opone el sacrificio de los pueblos para el avance científico y técnico de la humanidad. (...) Es necesario que ofrezcamos a los pueblos la posibilidad de que trabajen felices, con un grado suficiente de dignidad, para un progreso técnico y científico de la humanidad, que quizá no sea tan grande como el que ha venido asegurando el capitalismo, pero, por lo menos, que no sea sobre el sacrificio de nadie. Pueblos felices, trabajando por la grandeza de un mundo futuro, pero sin sacrificios y sin dolor. Que eso es lo humano, que eso es lo natural y que es también lo científico».

«La guerra revolucionaria que realiza un pueblo en la situación en que nosotros estamos, bueno, puede llamarse guerra integral. Guerra integral, porque se hace por todos los medios, en todo momento y en todo lugar. Es decir, cada uno de los que forman esa fuerza popular que está en lucha, desde la mañana a la noche, hace en cada lugar y en cada momento su acción de guerra, su lucha. Es decir, buscando dañar siempre al enemigo cualquiera sea la situación en que se encuentre. Esto da lugar a que se empleen todos los sistemas y métodos para realizar esta lucha. Por eso puede ser una guerra integral...».

«Lo que necesita nuestra juventud es organizarse. En otras palabras, las masas no valen por el número ni por la capacidad de sus componentes, valen por la clase de dirigentes que tienen a su frente».

En esos días, Enrique Walker, Jarifo, un periodista joven que había hecho una buena carrera como secretario de redacción de la revista *Gente*, se encontró con Nicolás Casullo para ofrecerle que participara en un proyecto



que estaba armando. Nicolás acababa de tener una de sus varias separaciones de Mónica y no estaba del mejor humor. En esos días, sin militancia orgánica, había decidido recluirse en el quinto piso del departamento que alquilaba en Córdoba y Reconquista, con vista al río, para leer y escribir cuentos muy postergados.

—La idea es hacer una revista semanal con una buena producción de notas y artículos desde una perspectiva que reúna denuncia y proyecto político de liberación, pero trabajada con criterios profesionales, una revista para ganar el mercado...

Le explicaba Jarito:

—... me parece que puede andar bien, me da la sensación de que mucha gente está queriendo leer algo así, ideológicamente amplia, directa, que junte a periodistas, analistas, columnistas de barricada, intelectuales más bien teóricos. Y sería un instrumento muy piola para difundir una cantidad de cosas.

Jarito Walker ya había hablado o estaba por hablar con mucha gente: Rodolfo Ortega Peña, Eduardo Duhalde, Alicia Eguren, Vicente Zito Lema, Daniel Hopen, Dardo Cabo, Pepe Eliashev. Con algunos de ellos discutió el sentido de la publicación: enfrentamiento explícito al proyecto continuista de la dictadura, reivindicación de las luchas populares, de todas las vanguardias revolucionarias combatientes, del sindicalismo peronista combativo y de los gremios clasistas.

Nicolás empezó a ir a reuniones en las oficinas que habían alquilado en Córdoba y Uruburu. *Nuevo Hombre* no sería la clásica revista de izquierda, hecha a puro pulmón por improvisados militantes: Jarito había conseguido convencer a una serie de anunciantes, había un gerente de comercialización, se iban a pagar sueldos y colaboraciones. Lili Mazzaferro —que todavía figuraba como Lili Laferrere— vendía publicidad.

En su primer número, *Nuevo Hombre* anunciaba una nota del ex teniente Licastro sobre su propia historia, «La inflación en la Argentina» por Fernando Azcurra, «Las drogas: un purgatorio artificial» por Hernán Kesselman, una reunión de curas tercermundistas en Córdoba por dos de ellos, un análisis de la coyuntura política por Juan Pablo Franco, la situación en la universidad por Osvaldo Meira, un ensayo fotográfico sobre la miseria en América por Tato Álvarez, un reportaje de cárcel a cárcel, epistolar, de Dardo Cabo a los presos de Taco Ralo, un «Informe sobre Opresores» de Ortega Peña y Duhalde, un reportaje al director de teatro brasileño Augusto Boal, un comentario de plástica por Vicente Zito Lema, uno de cine por Nicolás Casullo y un breve

reportaje a Ricardo Piglia —«narrador y crítico, quien, según se informa, está concluyendo su segunda novela: *Respiración Artificial*». La revista le preguntaba a Piglia qué significaban las organizaciones armadas revolucionarias en el actual estado de luchas sociales en el país:

—Creo que son un salto cualitativo, un avance decisivo dentro de la izquierda; pero al mismo tiempo pienso que nada substituye a las masas como protagonistas. La revolución, en la Argentina, depende de que la clase obrera se organice en un partido revolucionario, capaz de crear el ejército popular e iniciar la guerra.

—¿Cuál tendría que ser la posición del escritor frente a esta perspectiva?

—El escritor revolucionario tiene que ligarse a las organizaciones revolucionarias, único modo de quebrar la esquizofrenia escritor/ciudadano, ideología burguesa que recorta un campo privilegiado —la Literatura— como producto personal, propiedad privada que no se debe socializar.

El intento de profesionalidad no duró mucho. Muy rápido, prevista empezó a modificar su contenido. Llegaban cartas, comunicados de las organizaciones armadas, y *Nuevo Hombre* los publicaba: una tarde llegó un comunicado de los Montoneros atribuyéndose el robo de una cantidad de pelucas, que seguramente usarían en alguna otra operación, y el sobre contenía unos mechones de pelo para probar que era cierto. Otra vez llegó uno del ERP con un billete de diez dólares, anunciando un robo de divisas en una financiera. La revista se iba radicalizando casi sin querer. O queriendo. La revista se vendía bien, pero los anunciantes se preocuparon por el contenido y empezaron a retirarse. En la oficina, abundaban las discusiones sobre qué camino elegir. Jarito trataba de defender la idea original:

—Si esto sigue así vamos a tener que cambiar totalmente la forma de hacer la revista y vamos a tener que convertirnos en un boletín clandestino. Ésa no era la idea, ¿no?

—La cuestión es no dejar de salir una vez por semana. Quizás valga la pena mudarnos y empezar a poner una dirección falsa.

La mezcla de gente propiciaba las discusiones y las ironías. El clima general tendía a la esperanza: la militancia estaba convencida de que estaban acorralando al gobierno militar y que la gente se iba identificando cada vez más con todas las formas de rebeldía, protesta y lucha. En esas tardes, con mucho café, discutían el modelo insurreccional, el sindical anarcoperonista, el guevarista foquista, el del movimiento nacional histórico con todos adentro, santos y mal nacidos.

—El hecho de que Perón haya elegido el modelo sueco para hablar de socialismo, es para desorientar a los otarios.

Argumentó Dardo Cabo mientras algunos trataban de disimular la risa frente a la indignación de Daniel Hopen:

—¿Ah sí? ¿Para desorientar a los otarios? Escríbele que nos está desorientando a todos, que la pare.

—Dijo Suecia para no decir Cuba, porque haría saltar el avispero. Pero todos entendimos que quiso decir Cuba. Pensá que no le está hablando a un partido que cabe en un living, sino a millones desde la Quiaca a Tierra del Fuego.

—Podría haber dicho Yugoslavia, podría haber dicho Argelia.

—Dijo Suecia en homenaje a Bergman y al Lorraine: el General está en todas.

Cerró Nicolás. A veces, el teléfono interrumpía las charlas:

—Queremos darle un consejo a esa hija de puta.

—¿Qué dice? ¿Quién está hablando?

—Para Alicia Eguren, que deje de escribir «Rucci el respondón», que deje de atacar a la CGT si no quiere ganarse cinco agujeros en medio de las tetas.

Eliashev causaba la admiración y la intriga de Jarito por sus largas notas repletas de datos sobre las más variadas guerras de liberación en el África:

—¿Gambia, Eritrea, Yemen del Norte? ¿Estás seguro que eso existe y están con nosotros en la misma trinchera?

—Son todos negros, cagados de hambre y peronistas.

Nicolás estaba publicando una serie de artículos sobre el papel del intelectual, donde decía que ya se había agotado la posibilidad de una tarea al estilo clásico, según el modelo sartreano, y que había que pasar a un compromiso que incluyera la acción directa. La revolución exigía que todas las experiencias de vanguardia se articulasen, y para esa tarea se precisaba un nuevo tipo de intelectual. Y en la página de al lado salía la lista de operaciones semanales de las organizaciones armadas. Cuando fueron las elecciones en el Uruguay, y el Frente Amplio, apoyado por los Tupamaros, sacó el veinticinco por ciento de los votos, Nicolás escribió de urgencia un artículo diciendo que no había que presentarse más a elecciones porque estaba visto que por ese lado no había posibilidades: que el camino electoral estaba cerrado en América Latina. Daniel se lo criticó mucho:

—Pero esto es una locura. El Frente Amplio obtuvo el veinticinco por ciento de los votos. Dentro de cinco años va a tener el cuarenta. ¿Cómo podés cagarte en las elecciones de esta manera tan drástica? Los tupas perdieron

porque no los votaron suficiente, no porque los prohibieron. Diferenciamos, no se puede ser tan vanguardista.

Nicolás trató de defenderse:

—Sí, pero el mecanismo electoral, los medios de comunicación de masas, las formas de publicidad, los costos de la propaganda, el favoritismo del Estado para los partidos de la derecha, todo beneficia de principio a fin al sistema, que controla y maneja. No se puede entrar en ciertas farsas montadas por el modelo burgués. Nosotros no podemos competir en el campo que ellos quieren. Tenemos que elegir nuestro propio terreno.

La revista vendía mucho, alrededor de quince mil ejemplares, y el fracaso económico estaba cada vez más claro. Los avisos desaparecieron, los sueldos iban siguiendo el mismo camino y Jarito Walker se bajó el suyo a la mitad como gesto de solidaridad moral con los demás. Un día llegó Ortega Peña a los gritos:

—¡Los compañeros en la cárcel dicen que en la redacción hay demasiados pajeros!

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Hay que redoblar la apuesta de la revista en todos los planos. Gran titular de tapa: «La guerra de liberación nacional es la única salida para la Argentina socialista». Y más abajo pero también en letra grande: «Se necesita una inmediata depuración revolucionaria en el peronismo, encarada por su caudillo histórico».

—No les va a quedar nadie, si hacen eso, pasan al dos por ciento de los votos.

—Cipayismo, mitrismo, unitarismo, todo eso corre por tus venas.

Acusó con el dedo Rodolfo, sin perder la sonrisa y las ganas de exacerbar los ánimos. En esos días hubo una huelga de hambre de abogados en una iglesia tercermundista de Mataderos, con la policía montando guardia en la vereda. Vicente Zito Lema, Ortega Peña, Eduardo Duhalde habían participado, y Zito Lema publicó un artículo que se titulaba «Yo vi a Dios», en el que hacía una descripción mística de la experiencia del ayuno. Poco después, Ortega llegó indignado a la redacción:

—¡Pero qué escribió este coso! ¡Me pasé ocho días sin comer protestando por las torturas y en nombre del materialismo histórico nacional, para que Vicente me cuente como tomó unos mates con el reverendísimo Dios Padre!

—Pero fue así, Rodolfo, aunque no lo creas.

Le explicaba Vicente, sereno, impertérrito, de pie junto al escritorio y con la vista perdida más allá del almanaque en la pared:

—Vi una luz blanca cegadora, un gran destello.

Poco después se reunieron todos en el despacho de Jarito para discutir el futuro de *Nuevo Hombre*, se estaban exponiendo demasiado y algunos dudaban de seguir apoyando con nombres y apellidos una política que recibía todos los palos de la represión. Muchas tardes, a eso de las cuatro, cuando llegaba a la redacción, Nicolás tenía la sensación de que estaba entrando en una ratonera. A algunos les parecía que todo se estaba volviendo una locura:

—No se puede seguir así. Nos estamos quemando al pedo. Irresponsablemente, cuando hay otras tareas y compromisos de primer orden. La revista está bien, tiene que seguir, pero en otro lugar, no en un domicilio legal que sale en la página dos. Y nosotros, por lo menos, tenemos que dejar de firmar. No podemos andar desparramando nuestros nombres por ahí. La tarea intelectual, periodística es un arma de la revolución como el combatiente, entonces hay que protegerla, hacerla desaparecer de la visibilidad. El suicidio está contra todos los principios de funcionamiento. O se olvidan que Lenin sacaba la *Iskra* pero en Londres.

Decía Daniel Hopen, que desde el comienzo había elegido firmar con un seudónimo. Pero Ortega Peña no estaba de acuerdo:

—No entendés, Daniel. El hecho de que escribamos y firmemos es una cuestión política y simbólica de primer orden. No tenemos por qué ocultarnos. Nosotros estamos diciéndole a los propios compañeros que siempre se puede un poco más de lo que uno mismo cree. Siempre tenemos más huevos de lo que pensamos. El compromiso intelectual exige, si no el riesgo del combate, sí otro riesgo, y una misma lealtad. Aquí estamos, no hay privilegiados que se cuidan más el pellejo que otros. Hay que seguir sacando la cabeza. Por otra parte, y esto es una ley histórica, si vos sacas la cabeza es más difícil que te peguen. Cuando te la ven, los hijos de puta saben que estás ahí y se quedan más tranquilos. En cambio si empezás a esconderte se ponen nerviosos, se ponen a pegar donde sea y al final te revientan.

—Sí, hay que seguir sacando la cabeza. Ahora no podemos pasar de pronto a decir que no tenemos dirección, ni redacción, ni nada. ¿Dónde vamos a hacer un tipo de revista como ésta? ¿Y con el distribuidor y los kioscos qué? ¿Nos vamos a la frontera andina? Mientras sigamos siendo los pelotudos de Uruburu y Córdoba nos tienen situados, así que van a estar más tranquilos.

Lo apoyaba Eduardo Duhalde. Dardo Cabo estaba en contra:

—Yo lo que tengo claro es que no voy a ir en cana por sacar esta revista. Hay que priorizar, compañeros, hay que priorizar, y estar todos sanitos y contentos para cuando el viejo general sea de nuevo presidente de la patria.

En ese momento, Dardo Cabo ya era uno de los jefes de la organización Descamisados, y se retiró de *Nuevo Hombre*. También Daniel Hopen dejó de aparecer. Jarito Walker estaba desbordado: seguía acumulando deudas, y la línea Ortega-Duhalde, por el momento, se imponía. En esos días, Pepe Eliashev publicó un artículo que retomaba la frase de Perón, pronunciada en 1966, de que había que «desensillar hasta que aclare», y la recordaba con dejo crítico. El que saltó fue otra vez Ortega Peña:

—Esto es una gorilada insoportable, Pepe.

—Calmate, Rodolfo. Lo que yo cité es una frase histórica, Perón la dijo, no lo vas a negar.

—Pero lo dijo en un contexto totalmente distinto, carajo. Citada ahora, cuando Perón está conduciendo la resistencia a la dictadura, cuando tantas instancias dependen de una estrategia clara y precisa, es una gorilada de cuarta. Voy a escribir un artículo donde pienso pulverizarte.

Nicolás tenía la sensación de que se había acabado una etapa política fuerte en su vida. Ya antes de dejar el PRT sospechaba que iba a terminar peronista, pero suponía que necesitaba tiempo. El peronismo le parecía algo demasiado fuerte como para llegar así, sin pensarlo, de sopetón: en el peronismo se le mezclaban demasiadas cosas. Estaban los recuerdos de su madre, la obrera peronista salvando el busto de Evita; estaba la atracción por lo popular, que le venía de su formación barrial y futbolera; estaba la figura de Perón: una mezcla de actor de la radio de los cuarenta con Viejo Vizcacha, pícaro y entrador, un argentino de opereta, un verdadero personaje de ficción que lo seducía. Todas esas contradicciones que al militante de izquierda, cuidadoso de su teoría, le resultaban insoportables, interesaban al escritor: era la atracción por lo que no se termina de organizar en un discurso claro, cerrado, y siempre deja un flanco. En esos días, se encontró con Alicia Eguren en un bar:

—El peronismo es irremediable, pero hay que estar ahí, y desde ahí pelear. Por lo menos, como decía el Bebe, tiene una virtud: no te engaña. De entrada sabés que está lleno de alcahuetes, burócratas, oportunistas, fachos, canas y delincuentes, pero también está lo más genuino y rescatable del país. En serio, adentro están escondidos todos, desde la Primera Junta de 1810.

También había charlado con Ortega Peña, con Dardo, con Carri, con cuadros peronistas universitarios. Nicolás tenía conciencia que eran meses de un tránsito personal y por el momento quería tomar un poco de distancia y pensar con más calma. Seguía yendo a la redacción de *Nuevo Hombre*, que estaba al borde de la ruina. Y, además, la empresa parecía cada vez más

peligrosa: las llamadas de amenazas no paraban, los vecinos de piso los presionaban para que se fueran.

—Hay manos negras de los servicios metidas en cada paso que damos, Nicolás. Nos rondan cada vez más cerca. Si todavía no nos cazan es para engordarnos más. No me quieren vender papel, la imprenta dice que le vinieron nuevos contratos y no sabe si podrá seguir imprimiendo la revista. Después me enteré, por un empleado, que los habían apretado para que nos larguen duros.

—Jarito, me parece que lo único que nos salvaría dignamente es que los milicos terminen por cerrar la revista.

—Puede ser. Por el momento tengo otra posibilidad. Vamos a ver.

Jarito Walker estaba negociando con la dirección del PRT, a los que Daniel Hopen había convencido de comprar la revista. El diálogo fue franco:

—Acá hay deudas con el proveedor de papel, con la imprenta, con el dueño de la oficina. Si ustedes las pagan, se quedan con el nombre y con todo lo que haya.

EL PRT aceptó, y empezó a publicar la revista sin firmas, escrita por militantes anónimos. Así que Nicolás se fue a su casa.

**Septiembre de 1971.** En uno de sus primeros números, la revista *Nuevo Hombre* había publicado un «Método para evitar ser secuestrado». Los casos de Martins, Zenteno, los Maestre, los Verd, Roberto Quieto, Antonio Caparrós y otros habían puesto el tema en el tapete. En tiempos de relativa legalidad, el mayor recurso consistía en que el grupo policial —que trataba de actuar clandestinamente— tuviera que reconocer su carácter de tal y oficializar la detención. Si lo hacían, el detenido no corría peligro de muerte:

«I. Resistirse en cualquier lugar y circunstancia en que un grupo de policías de civil intente la detención. Pedir auxilio, dar gritos de alarma, dar nombre y apellido.

»II. Si el intento de secuestro se produce en el domicilio particular o en oficinas o locales: no abrir la puerta a nadie sin saber con certeza de quién se trata; si se presentan uno o varios desconocidos llamar de inmediato al comando radioeléctrico y a todos los medios de difusión que sea posible dando detalles de lo que ocurre; llamar a voces a los vecinos si se carece de teléfono.

»III. En la vía pública no se acerque a ningún vehículo desconocido.

»IV. En lo posible trate de mantener permanente contacto con sus familiares y/o amigos informando dónde se encuentra en cada momento de

modo que su desaparición se note de inmediato.

»V. Si usted es testigo de un intento de secuestro colabore con la resistencia de la víctima, acóplese a sus gritos, llame a la policía. Hasta no tener la seguridad de que el procedimiento ha cobrado carácter oficial impida por todos los medios que se produzca. Requiera datos, credenciales, chapas de identificación y cualquier otra información que crea necesaria.

»VI. Va en esto su vida».



## Nueve

En septiembre, el pase de los seis militantes del GEL de La Plata al PRT estaba a punto de concretarse. Pese a que Santucho y muchos otros cuadros habían caído presos, el PRT parecía tener una presencia creciente. En esos días, Eduardo Merbilháa le dijo al Rolo Diez que un miembro del buró político quería tener una reunión con todo el grupo.

Cuando llegaron a la casa operativa, en las afueras de la ciudad, los esperaban dos militantes. Rolo Diez los presentó y Alberto Elizalde se llevó una sorpresa: nunca había pensado que Merbilháa, al que conocía del ambiente de la izquierda platense, fuera del PRT, y menos dirigente. El otro era el cuadro del buró político y se presentó como Mariano. Los del GEL no asociaron sus ojos saltones y su frente amplia con la foto de un tal Benito Urteaga, que había salido unas semanas antes en la tapa de los diarios como uno de los pocos guerrilleros que la policía y el ejército no habían capturado después de su fuga de la cárcel de Villa Urquiza, en Tucumán. Tampoco sabían que era uno de los dos únicos miembros del buró elegido por el Quinto Congreso, catorce meses atrás, que seguía en la calle: seis estaban presos y otro había desaparecido en esos días: Luis Pujals, el responsable de la regional Buenos Aires que, ante la caída de Santucho y Gorriarán Merlo, había asumido de hecho la dirección nacional que ahora tenía Urteaga. A mediados de septiembre, Pujals había sido detenido en la Capital por la Policía Federal y entregado al Ejército, y todos los hábeas corpus presentados recibieron respuestas negativas. Después se supo que lo habían matado en la jefatura de policía de Rosario. El jefe de la repartición, el gendarme Agustín Feced, solía reunir a los presos políticos en el patio y les lanzaba arengas:

—Ustedes son miembros de un ejército irregular, son partisanos, pelean sin uniforme. O sea que según las convenciones de Ginebra a ustedes hay que fusilarlos en el lugar en que se los encuentre.

El discurso se repetía con cierta regularidad. Hasta que, en esos días, Feced empezó a agregarle una información:

—A Pujals lamentablemente no lo pudimos fusilar. Pero lo tuvimos acá hasta reventarlo.

Y reventarlo era la palabra precisa. Tiempo después se sabría que Feced y sus muchachos le habían saltado encima hasta matarlo.

El ERP estaba en una situación muy comprometida, pero Benito Urteaga no transmitía sus preocupaciones. Hablaba con precisión, como si estuviera repitiendo algo que tenía muy claro, y decía que había que aprovechar la legalidad burguesa:

—Ahora los militares tienen que abrir el juego, e incluso puede que terminen dando de verdad la salida electoral, así que hay que aprovechar los espacios que eso va a crear para seguir con la construcción del partido revolucionario.

Después les dijo que el PRT se iba a lanzar a abrir comités de base en fábricas y universidades:

—Nosotros valoramos la formación militar de ustedes y sería bueno que para completar su formación como militantes también se sumen a una experiencia de masas.

Urteaga les propuso que armaran una célula militar para apoyar el trabajo que el partido estaba empezando en algunas fábricas de Berisso y Ensenada. Además, les dijo que era importante que se buscaran un trabajo en la producción: que se proletarizaran. Todos parecían bastante conformes, y Urteaga les dejó unos documentos para que leyeran. Uno de ellos explicaba el tema de la propaganda armada, que iba a ser una de sus actividades principales: «El principio estratégico que nos guía es el de extender la guerra, que a nuestro juicio ya ha comenzado. Entiéndase bien que no pretendemos por ahora ganar esa guerra sino extenderla en nuestro carácter de destacamento armado de la vanguardia (porque no pretendemos ser la vanguardia que en nuestro país no existe organizadamente constituida). Esa extensión de la guerra civil popular la cumplimos a través de la acción política y de la acción militar; eso explica muchas de nuestras acciones, poco espectaculares y acaso “desprolijas”. Evidentemente, es fácil para un comando revolucionario tomar un camión de leche o de carne y repartir la carga en una villa miseria. Pero nosotros no buscamos resolver el problema del hambre en esa villa, sino mostrar a las masas que esa acción y muchas similares son factibles de realizar con pocas armas y poca gente. Cuando esa idea prende en el pueblo, la guerra de las masas es invencible. Por parecidas razones también, firmamos todos nuestros operativos, los que salen bien y los que salen mal, porque hay que evidenciar que la lucha armada no es tarea de unos pocos, de una élite de superentrenados sino que se trata del pueblo y que en ella caben los fracasos y los errores».

Poco después hicieron otro encuentro, en el que Rolo planteó que eso del trotskismo a algunos de ellos no les gustaba mucho, y Urteaga les contó que justamente en esos días Ernest Mandel y Alain Krivine, dirigentes de la Cuarta Internacional trotskista, les habían mandado un documento desde París donde les advertían que si persistían con la actividad guerrillera iban a considerar seriamente su expulsión:

—En cuanto al estatuto de ustedes dentro del partido, creemos que lo correcto es que ustedes en un primer momento se incorporen como combatientes del ERP y aspirantes del PRT. Eso les permite leer los documentos internos y tener voz en la elección de autoridades partidarias, pero no voto. El voto está reservado a los miembros plenos del partido, y espero que muchos de ustedes pasen a serlo en su debido momento.

Urteaga no podía explicarles que, si la tendencia no se revertía, la mayoría de los que podían votar lo harían desde la cárcel. A poco más de un año del Quinto Congreso, la represión golpeaba la punta superior de la pirámide, y el crecimiento del PRT no se daba entre los dirigentes obreros sino más bien entre la gente joven, mayoritariamente de clase media, que se identificaba con la guerrilla.

Para concretar el pase, Alberto, Rolo, el Sopeti y los demás del GEL tenían que desvincularse de sus antiguos compañeros: la idea era que trataran de quedarse con algunas armas y equipos para hacer documentación, y que alquilaran una nueva casa operativa. Alberto estaba entusiasmado. Como tenía su empresita de albañilería y sabía manejar las palas mecánicas y el resto de las máquinas de obra, le iba a ser fácil conseguir trabajo en la construcción. Mientras tanto, se armó un botiquín de combate bastante completo con material que compró, algún remedio que le sacó a su madre enfermera y otros más específicos que le consiguió Cristina, su novia. Ir a comprar morfina sintética sin receta a una farmacia era un riesgo fuerte, así que Cristina metió la mano en un botiquín del hospital y le llevó una docena de ampollas. Una noche de primavera Alberto llegó a su casa y su hermana, con cara de preocupación, le dijo que el Sopeti había pasado a buscarlo:

—No sé qué le pasaría, pero se lo veía jodido. Después volvió a llamar y te dejó dicho que fueras a lo de Darío.

Alberto se alarmó y se fue a los piques hasta lo de Darío, un arquitecto amigo que les prestaba el estudio para hacer reuniones. Cuando tocó el timbre, el Sopeti miró por la mirilla, le abrió la puerta, lo abrazó temblando y empezó a llorar desconsolado:

—La maté, hermano, la maté. Se me escapó un balazo y le di a Lucía. La maté...

Alberto tardó un minuto en entender: el Sopeti había matado a su compañera.

—Fue un accidente, Beto, se me escapó un tiro y la maté.

Lo único que le quedaba era abrazarlo. El Sopeti se mojó la cara, prendió un cigarrillo y empezó a contarle. Se había puesto a limpiar su revólver 38 y Lucía estaba en la cama leyendo, a un costado. Cuando terminó de limpiarlo, amartilló el revólver y se zafó la bala: le había pegado en el medio de la cabeza. Como vivían en una casita al fondo de un pasillo le pidió a la vecina que llamara urgente a una ambulancia. Lucía estaba inmóvil y el Sopeti la abrazaba. Sangraba poco, por un agujero chico. Cuando oyó ruidos de autos, salió a la puerta y vio que frente a la casa no había enfermeros sino policías; se metió de nuevo para adentro, juntó en un bolso armas y documentos, empuñó una ametralladora que tenía y volvió a la puerta; dos policías trataron de agarrarlo. Tiró una ráfaga, se trepó al techo, saltó unas medianeras y apareció en otra calle. Le sacó el coche al primero que pasó, hizo unas cuadras y lo dejó estacionado. Eran las cuatro de la tarde y no sabía qué hacer. Entonces se metió en un cine, juntó fuerzas y ahora estaba ahí, con los ojos rojos, llorando por Lucía.

Alberto Elizalde sintió que no estaban preparados para ese dolor. Le dio un abrazo muy fuerte y salió a la calle en busca del milagro. Pensó que a lo mejor Lucía todavía estaba viva. Se paró en un teléfono público y llamó a varios hospitales, diciendo que era el hermano de Lucía. Cuando confirmó que había ido al Policlínico General San Martín pasó a buscar a Cristina y se subieron a un taxi; sabía que estaba violando las medidas de seguridad más elementales, pero en ese momento le importaba un carajo. Hablaron con un enfermero, después con un médico, con un par de conocidos que se encontraron en la puerta. No había caso: Lucía había llegado muerta.

A las dos de la madrugada, Beto estaba de nuevo con el Sopeti. Trataba de decirle que seguro que ella no había sufrido, que ni se había dado cuenta, pero su propio argumento le pareció una boludez. El Sopeti estaba como ido, y lo miraba sin decir palabra.

Fueron unas horas espantosas. Cuando amaneció, Alberto salió a comprar *El Día* y al desconsuelo se sumó la bronca. Las crónicas citaban a una vecina anónima que aseguraba que antes del disparo había oído los gritos de un hombre: sin duda una pelea. La policía, decía el diario, sospechaba que se trataba de un ajuste de cuentas por diferencias políticas. Salía el nombre

completo del Sopeti y se informaba que los dos policías que había herido en la fuga no corrían peligro.

Alberto se hizo un cuadro de situación: el lugar donde estaban era el estudio de un conocido, se habían desvinculado del GEL y todavía no estaban en el ERP. Tenían armas pero ni siquiera un auto para moverse. Se lavó la cara, salió y trató de conectarse con el Rolo: al final pudo localizarlo a través de un compañero de trabajo. Consiguieron tomar contacto con la nueva organización y en un rato, con un auto prestado, se fueron a buscar al Sopeti; lo llevaron hasta una casa en Ensenada donde vivía una pareja de militantes del PRT que les sirvieron un café con leche y les mostraron un cuarto austero con dos colchones, frazadas y una cómoda, donde había algunos libros, revistas y una estatuilla de San Cayetano. Se tiraron en los camastros y, al rato, Alberto escuchó que el Sopeti roncaba fuerte; entonces agarró una revista *D'Artagnan* y leyó una historieta de Nippur de Lagash hasta que los párpados se le cayeron como dos guillotinas.

**Septiembre de 1971.** El viernes 3, el gobierno del general Lanusse entregó al general Perón, en su quinta de Puerta de Hierro, el cuerpo de su segunda esposa. La entrega formaba parte de las negociaciones entre Lanusse y Perón, y se había hecho en medio de grandes precauciones. El coronel Cabanillas, que tuvo que ir a buscar el cajón a un cementerio milanés, temía que algún grupo extremista pudiera robárselo. Cuando llamaba al embajador argentino en Madrid, Rojas Silveyra, le hablaba en clave pava: «Vengo con una persona que puede atestiguar la calidad de la mercadería. La mercadería está reconocible». El corresponsal de *Panorama* en Madrid, Armando Puente, contó la ceremonia final:

«Los ecos de la entrega del cadáver de Evita todavía repican en las asordinadas paredes de la quinta 17 de Octubre. Lentamente los detalles de la entrega del cuerpo fueron revelándose. A las nueve menos cuarto de la noche del viernes 3 el féretro penetraba en la residencia de Perón. Largos 25 minutos fueron necesarios para forzar la tapa de la caja mortuoria. En tensa espera estaban reunidas ocho personas: Juan Perón, Isabel Martínez, el embajador brigadier Jorge Rojas Silveyra, el coronel Héctor Cabanillas, Jorge Daniel Paladino, José López Rega y dos frailes de la orden de la Merced. Apenas se pronunció palabra durante la espera. Cuando finalmente la tapa cedió, una sola voz se escuchó: “Es Evita”, dijo Perón. Su voz era firme, pero sus ojos estaban empañados en lágrimas. El cuerpo era reconocible, a pesar de

tener la nariz deformada por un golpe ocasionado al transportar el féretro de un lugar a otro.

»Perón pasó entonces a la biblioteca donde luego de firmar el acta oficial de restitución conversó unos minutos con el embajador Rojas Silveyra. Convinieron que, al retorno del brigadier de Buenos Aires, volverían a encontrarse. Se descartó entonces la tesis de la intermediación. Esto es, el gobierno argentino y el gran exiliado hablarán cara a cara.

»Luego de esa jornada solamente otras tres personas pudieron ver el cuerpo: las hermanas Elisa y Herminia Duarte y el doctor Pedro Ara. Del famosísimo embalsamador se dijo que se alojaba en el hotel Monte Real bajo nombre supuesto. Si bien la última parte de la versión es correcta —varias veces Ara ha utilizado seudónimos e incluso pasaportes a otro nombre facilitados por las autoridades argentinas— la primera no tenía consistencia. Ara se aisló durante los primeros días de permanencia del cadáver en Puerta de Hierro para desarrollar con comodidad su tarea. Empero quebró su silencio ante *Panorama*: “No es cierto que yo haya embalsamado a Lenin —relató—. Lo que ocurrió fue que en 1924 los bolcheviques me pidieron efectuar esa tarea. Preparé un informe y luego ellos llamaron a un maestro austríaco a quien yo respetaba mucho”. Reconoció, en cambio, haber trabajado sobre el cuerpo del compositor Manuel de Falla. Este apasionado de su profesión ha realizado algunos viajes con un extraño equipaje: el busto embalsamado de un mendigo criollo guardado en un pequeño armario. Tan extraño equipaje le ha provocado en más de una ocasión problemas con las autoridades aduaneras, de los que salió gracias a la solidaridad de sus colegas. “Utilizo las enseñanzas de la propia naturaleza —confió el experto—. Sólo empleo productos artificiales en mi tarea cuando es estrictamente imprescindible”. El martes 7, el especialista examinó los restos a petición de las hermanas de la difunta. Entregó un informe pericial según el cual se sumarían a los ligeros deterioros en la cabeza otras deficiencias. Así, las rodillas estarían quebradas por haber estado el féretro en posición vertical durante varios años. Tendría también cinco perforaciones en el pecho y un corte en el costado izquierdo. Otras versiones dignas de crédito aseguran que del cajón habrían sido extraídas grandes cantidades de cal, con las que se supone que se habría pensado cubrir el cuerpo.

»Terminadas las pericias, habría sido Isabel Martínez la encargada de lavar el cuerpo y peinar sus cabellos, al parecer aún esplendentes. Las hermanas cortaron y cosieron una nueva mortaja con la cual reemplazar el desgarrado manto que la cubriera por más de 15 años.

»El martes 7 Perón reanudó en alguna manera su vida habitual despidiendo a los dirigentes metalúrgicos que lo visitaron en una entrevista que duró 20 minutos. El miércoles dialogó con Alberto Manuel Campos, apoderado de “Los Ocho” gremios que vacilan en incorporarse a las 62. Por último, en la tarde del jueves dio las últimas instrucciones al fortalecido Jorge Paladino y se sentó, finalmente, a calibrar una respuesta a la decidida ofensiva lanussista».

—Nosotros proponemos la renovación y el cambio en paz...

—Sí, doctor, pero entre la renovación y el cambio y la paz... ¿Qué elegimos?

Alfonsín estaba preparando el lanzamiento de Renovación y Cambio, su corriente interna para pelear la conducción nacional del radicalismo. Sergio Karakachoff lo apoyaba, pero no dejaba pasar una oportunidad. Estaban en un local de la calle 48, en La Plata, y Alfonsín sabía los puntos que calzaban los de En Lucha. Pero tenía que sumar voluntades, y la escuela del comité le había dejado una buena dosis de tolerancia:

—... Ése es el modelo de democracia social que debemos lanzar en nuestra plataforma...

—Querrá decir de democracia socialista...

El abogado de Chascomús sabía de ironías y una vez más eludió los dardos de Sergio. Después justificó su dureza recordándoles que él, que presidía el comité Provincia, había expulsado a Arturo Mor Roig del partido cuando aceptó ser ministro del Interior, mientras que los seguidores de Balbín no mostraban disgusto por tener un hombre de sus filas al lado de Lanusse:

—No vamos a transigir, no vamos a agacharnos, queremos un radicalismo de pie...

Al auditorio, la retórica de Alfonsín lo seducía. Pero a Sergio, cuando veía la maquinaria electoral que se ponía en marcha, le daba el escepticismo. Era sábado a la tarde y, después de la reunión, se fue a tomar un café con Cornaglia:

—Mirá, ésta ya la conocemos de la época de Frondizi: en vez de sacar el partido a la calle, se encierran en los comités. El próximo paso es juntar fichas, y para eso valen más los punteros que nosotros, Ricardo. En el próximo número de *En Lucha* yo me voy a tirar a fondo contra el cotillón electoral.

En La Plata, el apoyo del grupo de Karakachoff a Alfonsín era noticia, y el martes 12 de octubre *El Día* mandó un cronista al estudio de Sergio.

—¿Cuándo la publican?

—Mañana mismo.

—Bueno, pero me publican todo lo que digo, ¿no?

El periodista redobló el interés y el Ruso de entrada habló de la necesidad de un cambio revolucionario y de la liberación, el periodista quiso saber más:

—¿Y los medios para concretarla?

—Lo fundamental es concretar la coincidencia de todos los sectores que plantean la cuestión desde el mismo ángulo y que son mayoría en el país. Esa coincidencia se tiene que dar primero en la lucha contra el régimen. El régimen es la dictadura, la oligarquía y el imperialismo. Y después un programa básico que concite la adhesión y el entusiasmo de las grandes mayorías. En función de esto para lograr el poder, los medios pueden ser cualquiera, los más aptos en su momento. Las elecciones son uno de esos métodos; evidentemente el más pacífico y uno de los más recomendables. Todo esto no significa guerrillerismo ni tremendismo, sino un partido con su pueblo en aptitud de luchar en la calle, o donde sea, en defensa de sus derechos fundamentales. La historia del radicalismo nos brinda muchos ejemplos en ese sentido.

—La revolución que usted propone, desde el punto de vista económico, ¿mantiene los marcos del actual sistema que rige en la Argentina?

—El actual sistema que rige en la Argentina es el capitalismo. En esta fase, ese capitalismo es monopolista y dependiente por que los monopolios tienen su desarrollo en el exterior. En ese aspecto, opuestamente, el sistema deberá cambiarse y abrirse una vía que se encamine hacia el socialismo.

Al final, el cronista quiso nombres.

—¿Y Raúl Alfonsín?

—Alfonsín ha sido el hombre que ha mantenido durante estos cinco años la vivencia del partido en la provincia de Buenos Aires. En este momento, la estructura que responde al Comité Nacional y al ministro del Interior, paralelamente, lo ha defenestrado. Tal vez él no se dé cuenta de esto. Nosotros creemos que en el marco de la estructura tradicional tiene todos los caminos cortados. Su futuro político depende de que actúe con claridad y se ubique en una clara línea combativa.

—El Cachorro nos pidió que hagamos una volanteada en Malva, para apoyar el conflicto, así que mañana a la noche vamos para Fontana.

El Flaco Del Val era buen periodista y, en la organización, mostraba buenas condiciones para la acción militar. Era un tipo muy resuelto. El



Cachorro era Ramón Gómez, un obrero textil morocho, petiso y chueco que tenía alguna formación previa en el PC y que ahora estaba en la célula sindical del PRT del Chaco; y Malva era una aceitera de Bunge y Born en Fontana, en los alrededores de Resistencia.

El conflicto se había desatado por despidos y enseguida se acercaron todas las organizaciones de la izquierda y el peronismo chaqueños. El volante del PRT explicaba que Bunge y Born era una empresa argentina que había expoliado al país durante sus noventa años de vida y que, en ese momento, era propietaria de un tercio de las riquezas del Chaco: algodinales, quebrachales, pasturas, cebúes, plantas de hilados, indumentaria y alimentación. Explicaba que, además de explotar a los obreros, Bunge y Born ahogaba a los minifundistas para que quebraran y tuvieran que venderles sus tierras. «¿Por qué los trabajadores vamos a diferenciar a un monopolio de origen nacional de un monopolio extranjero?», se preguntaba, para contestar: «Ambos son imperialistas y enemigos del pueblo y la revolución». Tras exhortar a los obreros de Malva a luchar contra la patronal imperialista y la dictadura, el volante convocaba «a desarrollar la guerra revolucionaria».

—Si bien no es una operación militar, una volanteada del PRT requiere una contención armada.

Dijo el Flaco Del Val, que tenía un 38, y estaba a cargo de la acción. Miguel les dijo que él tenía una pistola 7,65 que le había quedado de su padre:

—El único problema es que tiene el cargador medio fisurado y quizás se pueda encasquillar la bala...

El Gringo y Cristina también tenían unas pistolas, así que el Flaco consideró que era suficiente:

—Llévala. Con ese poder de fuego alcanza.

Teresa también fue, pero sin armas. Salieron de Resistencia a la medianoche, y al lado de la planta de Unitán, a un par de kilómetros de la fábrica aceitera, dejaron el renault 4L del Flaco.

—Es uno de los pocos autos legales que tenemos en la zona, no hay que quemarlo.

Dijo Enzo Lauroni. Hicieron una aproximación silenciosa: al acercarse se pusieron gorras o se levantaron el cuello de las camisas y, tras hacer unas cuantas pintadas, dejaron volantes enganchados con alambres en los postes y los árboles de acceso a la planta. Nadie los había visto; cuando volvían se cruzaron con un grupo de militantes de Vanguardia Comunista, que andaban en algo parecido pero no cuidaban la clandestinidad con tanta devoción:

—¡Ehhh... Gringo... ehhh, qué hacés, hermano!

Enzo era jetón del PRT en las facultades, así que los de las otras tendencias lo tenían ubicado:

—¡Míralo vos a Miguel...! ¿Qué hacés, Molfino...?

No era fácil mantener la clandestinidad en una ciudad chica; a medida que los militantes del PRT participaban de los conflictos sindicales, cada vez era más la gente que en el Chaco los identificaba como «los perros».

Y los conflictos saltaban por todos lados. Poco después, los gráficos del diario *El Norte* empezaron a pedir aumento de sueldos y mejoras en las condiciones de trabajo. Como la empresa se negó, convocaron a una asamblea, lograron el apoyo de la redacción y decidieron la toma del edificio. Formaron una comisión de lucha que decidió seguir sacando el diario con control de los trabajadores y, además, publicaba *El Norte En Lucha*, un diarito irregular que incluía información de los conflictos gremiales, barriales y campesinos. Cuando tenían la edición de *El Norte En Lucha*, hacían sonar las sirenas del diario y los periodistas y gráficos salían a repartir la edición por la ciudad, gratis. Molfino estaba en el banco, a la vuelta, y cuando oía la sirena salía a buscar ejemplares para llevarle a sus compañeros de trabajo.

Hasta ese entonces, el PRT había firmado sus panfletos como Partido, pero a esa altura decidieron sacar unos volantes firmados como Ejército Revolucionario del Pueblo y los repartieron a través de ganchos en las terminales de ómnibus y entradas de fábricas; también pusieron cajas volanteadoras: los petardos hicieron mucho ruido pero, en la mayoría de los casos, chamuscaron los volantes. El Flaco Del Val, con el diario en conflicto, le dijo a Miguel:

—Ésta es la mía. Le voy a meter un título fuerte a *El Norte En Lucha*.

Esa tarde, cuando sonó la sirena, Molfino dio vuelta la esquina y antes de agarrar un paquete de ejemplares, miró la tapa: «El ERP actúa en el Chaco». Los repartió con su mejor aspecto de bancario honesto y combativo y a medida que veía las caras o escuchaba algún comentario iba apuntando mentalmente:

—A vos te vamos a venir hablar...; con vos hay que cuidarse...; vos sos un hijo de puta...

Al poco tiempo tenían pedidos de periódicos *Estrella Roja*, de gente que quería conectarse y la célula de Miguel se dividió en dos por exceso de participantes y fortalecieron su trabajo en gráficos y prensa.

—Miguel, lo que no me banco más es esto de ser jefe.

—¡Cómo! ¿Te querés rajar de la célula?

—No, hermano, eso no. Jefe de redacción del diario, quiero decir. Somos un partido obrero, estamos a favor de los proletarios y yo me la paso dando órdenes a los laburantes. Hermano, así no va.

—Bueno, te entiendo, Flaco, pero en ese puesto sos mucho más útil.

Un par de semanas después el Flaco Del Val renunció a la jefatura de redacción del *Norte*, y quedó como redactor raso. En su lugar asumió Alfredo Carazo, que estaba en el sindicato y era amigo del Flaco y de Miguel. Que, a esa altura, renunció al banco y se fue a trabajar al diario.

—Pero Miguel, qué picardía. Tenías un empleo seguro y tranquilo y lo tiras por la borda para irte al diario ése, que vaya a saber cómo termina.

—Mamá, ahí es donde puedo ser más útil a los demás, y encima la paso mucho mejor.

Así que la célula del PRT en el Chaco quedó formada por el Flaco, Miguel, Laura, la compañera de Del Val y Esteban, un obrero gráfico del diario *El Territorio* que tenía buena inserción en el gremio. El Flaco Del Val era el responsable y tenía la relación con la dirección zonal. El PRT estaba organizado en regionales —que dependían del Comité Ejecutivo y el Buró Político— y en zonas, que dependían de las regionales. Chaco era una zona que dependía de la regional Rosario y su responsable político solía ser Luis Ortolani; mientras que su compañera, Liliana Delfino, estaba como responsable de propaganda y de organización. A Ortolani le decían el Nono, porque superaba el promedio de edad: tendría veintiocho; ya Liliana, la Alemana, porque era rubia. Pero ni el Nono ni la Alemana estaban siempre en la zona, porque el Comité Ejecutivo los mandaba a dar cursos en la escuela nacional de cuadros; y, otras veces, Ortolani tenía que escribir artículos para *El Combatiente*.

Miguel sabía que al responsable militar de la zona le decían Sergio Denis, pero no tenía ni idea de quién era. No quería ni debía saber nada sobre la estructura del partido y sus integrantes. Así que por momentos le parecía que eran un partido revolucionario de cuadros, sólido, y otras veces creía que era un grupo reducido, desperejo y festejaba el chiste de moda dentro del PRT de que eran la auténtica Armada Brancaleone.

La reunión semanal de la célula de Miguel se hacía en una casa operativa que quedaba en el centro, y duraba varias horas. Se guiaban por un temario que el Flaco había copiado de uno que estaba en el Comité Ejecutivo.

—Lo primero es el minuto.

—¿Cómo el minuto...?

La primera vez, Miguel no había entendido de qué se trataba. El Flaco, a veces, se ponía didáctico: le gustaba alardear de ciertos conocimientos:

—Lo de minuto viene de los de la resistencia francesa; no bien se encontraban, el primer minuto lo dedicaban a justificar por qué estaban juntos. Si les caía la Gestapo decían «trabajamos en la misma fábrica»; cosas así.

—Nosotros podemos decir que estamos ensayando una obra de teatro...

Sugirió la gorda Laura, con sonrisa de primera actriz, y Miguel contraatacó:

—Sí, de la guerra civil española... ¿Con los fierros, los aerosoles y los periódicos qué hacemos?

—Un berretín.

El Flaco les explicó que berretín, berre, embute, era todo lo mismo: escondites para las armas, la propaganda, los libros. Después, el temario incluía la situación nacional e internacional, estudio de la teoría, prensa, finanzas, pero la temperatura empezaba a subir cuando llegaban al punto de organización.

—El asunto es que dependemos de la regional Rosario y a veces nos atienden desde Santa Fe. Las veces que el Nono o Sergio Denis me mandaron para buscar la prensa, en vez de darme el paquete, me preguntan si los buzones siguen siendo seguros. Yo les digo que cómo no van a ser seguros si no los usa nadie. Entonces me preguntan si no nos llegaron los BI y los combas del mes pasado y yo les digo que no: acá casi nunca nos llega nada, carajo.

Los buzones eran casas que se usaban para hacer entregas y los BI eran los boletines internos: informes de la dirección nacional para ser leídos sólo por los militantes y aspirantes. Del Val dijo que ahora tenían una cita para que la célula tuviera otra pistola, una 45. Hubo un silencio. Todos lo miraban, y Miguel entendió que no le quedaba más remedio.

Al otro día se subió al micro de Santa Fe. El viaje duraba cuatro horas. En algún momento, para su sorpresa, Miguel se encontró con que se le estaban ocurriendo los primeros versos de un poema. Se sonrió y se dijo que ya habría tiempo para eso, después, cuando ganaran.

Desde la terminal se fue hasta un bar del barrio de Guadalupe y se sentó a esperar. Tenía una curita sobre la ceja derecha y apoyó el diario *El Territorio* sobre la mesa. Prendió un cigarrillo, luego otro, hasta que entró el Nono Ortolani y quedó desconcertado porque los dos eran del Chaco y se suponía que tenían que ver a un santafesino. Miguel se acercó.

—Yo también estoy esperando a un compañero. Le voy a decir que te vea en un boliche que está frente a la terminal. Se llama El Toro. Andá a las ocho de la noche.

Miguel fue a la empresa de micros a cambiar el boleto, y a la hora señalada se sentó a esperar. Entró un rubio de pelo al ras y se sentó con cara de apuro.

—Mirá, la pistola no te la traje, pero te conseguí una carga de seis balas de 45.

—¿Qué hago, las tiro con honda, hermano?

Al rato, Miguel estaba de vuelta en el micro y agarraba fuerte un paquetito muy envuelto y repegado con cinta scotch. Tenía bronca y, además, aunque no era experto en armas, sabía que un cargador de 45 tiene ocho balas.

La situación era contradictoria. El PRT tenía cada vez más presencia política en el país y, en Resistencia, cada vez había más gente que se les acercaba y, la mayoría de las veces, no tenían ni un periódico para darles. La actividad militar era muy escasa. Los equipos militares hacían propaganda armada: colgaban banderas del ERP, repartían volantes que imprimían en la zona. Un martes, el Flaco llegó al diario y le contó en voz baja a Miguel:

—Los compañeros del frente militar metieron un caño en Unitán.

Además de Bunge y Born, Unitán era el otro monopolio fuerte de la provincia: herederos de la empresa inglesa La Forestal —que, durante muchos años, había mantenido a sus obreros en una especie de semiesclavitud—, eran dueños de quebrachales y plantas procesadoras de tanino en Chaco y en Formosa. En esos días, como el presidente de la empresa era el ex canciller de Onganía, Nicanor Costa Méndez, tenían gran apoyo del gobierno. Gracias a los créditos baratos del Banco Nacional de Desarrollo, inauguraron una planta en Puerto Tirol. Los obreros de Unitán estaban en conflicto por aumentos salariales y porque se quejaban de las condiciones de trabajo. El comunicado del ERP aclaraba que se atentaba contra las oficinas comerciales y no contra la planta para no dañar la fuente de trabajo.

El Flaco tenía el comunicado, y con Miguel armaron un yeite para difundirlo. Miguel salió de la redacción y se metió en un bar cercano. Entró en el baño, fue al mingitorio, vio que estaba vacío y dejó un sobre detrás del espejo. Cuando salió se fue hasta un teléfono público a dos cuadras e impostó la voz:

—¿Redacción? Escúcheme bien: el comando Juan José Cabral del ERP dejó un comunicado sobre una acción de justicia popular contra los explotadores. Está detrás del espejo del baño de hombres del bar El Hornero.

Al rato, Miguel se volvió al diario.

—Molfino, te busca Carazo.

Le dijo un compañero y Miguel se presentó ante el jefe de redacción.

—Che, me dijo Del Val que a Cozzini lo llamaron unos del ERP, por una bomba. Me planteó que hagas la nota vos, ¿tá?

Miguel le preguntó a Cozzini, el que había atendido el teléfono, dónde estaba el comunicado, y se fue a buscarlo. Antes de entrar al baño del que había salido media hora antes pensó que, esa vez, tenía que pedir algo de tomar:

—Mozo, una ginebra...

**Octubre de 1971.** En su sección Vida Cotidiana, la revista *Panorama* publicaba una larga nota titulada «Sexo y represión: audacia ma non troppo», que firmaban Jorge Lebedev y Rodolfo Rabanal: el artículo incluía una charla con un grupo de estudiantes que decían, entre otras cosas, que «“si bien muchas chicas superaron el tabú de la virginidad —subrayó Marcelo Halac (26)— son muy pocas las que en realidad lo han asumido con conciencia. Y creo que es así porque entre los jóvenes argentinos no veo, por el momento, ningún tipo de libertad sexual francamente encarada”. Según Sergio Sacrosky (22), algo se ha ganado, sin embargo: “La prueba de que por lo menos hemos superado ciertos estadios altamente represivos es que la prostitución está, desde hace tiempo, en total decadencia. Ya no tiene el peso social que tenía, por ejemplo, en los años 30”.

»Para Nélica Sigau (21) “es difícil hablar de esto porque nadie sabe exactamente dónde está la verdad. Los tipos, íntimamente, quieren que las chicas sean novatas, y que tengan con ellos la primera experiencia de su vida. Dicen admitir la ausencia de virginidad pero en el fondo la mayoría no sabe aceptarla. Quieren ser el primer hombre en la vida de una, lo cual es siempre una ilusión”. Una opinión similar sostuvo Graciela Pastorini (22): “A mi juicio, el problema de la virginidad aún subsiste. En mi caso, si quedara embarazada, creo que mis padres harían arder Troya”. La elucidación de la legitimidad del aborto encrespó los ánimos: mientras Marcelo Halac concedía a esas prácticas el carácter de una solución extrema, las jovencitas, apoyadas por Héctor D’Amico (21), estigmatizaron tal recurso: “Lo eliminado —arguyó Halac, en defensa— no es todavía un ser social y en condiciones de indigencia un hijo podría llegar al mundo sin encontrar los medios apropiados para su crecimiento”.

»Ninguno de los participantes repudió las píldoras anticonceptivas; todos, en cambio, abominaron de los excesos. “No estoy de acuerdo con la liberalidad desenfrenada en que viven las chicas de 12 a 15 años. No creo que sepan demasiado hacia dónde van. Ese tipo de sabiduría no es patrimonio nuestro; estamos en una situación intermedia entre lo que consideramos desenfrenado y mojigato”, sentenció Graciela Fattorini.

»Poco después, en el mismo estudio, la actualizada Silvia Legrand se aproximaba, paradójicamente, a la cándida reacción de Graciela: “Los chicos han terminado con todo tipo de inhibición sexual. Para ellos, el sexo forma parte de un juego de libre albedrío; no sé hacia dónde van. Seguramente más tarde se darán cuenta: no creo que la felicidad resida en el abuso, y espero que los muchachos lo adviertan. Mire usted Suecia, por ejemplo: es un país que lo ha conseguido todo, que alcanzó —presumiblemente— todas las perfecciones. Y bien ¿allí son felices? Por cierto que no; la prueba está en que los suecos se drogan y se torturan moralmente, y eso, no le quepa duda, es producto de sus excesos. Yo creo en las normas, en las razones de un hogar, lo que se aprende en una casa pesa mucho; si las nuevas generaciones transgreden estas premisas vamos al caos total... Sin embargo tengo esperanzas: nos salvaremos. Sí, porque cumplido un ciclo todo vuelve a la normalidad”.

»SEXUALIDAD Y REPRESIÓN. La visión apocalíptica de Silvia Legrand obviaba una de las caras más efectivas y distorsionantes de la manifestación sexual: su dúctil manipuleo por parte de los medios de difusión. No obstante cautas prohibiciones, un incitante aire de pecado envuelve las más exitosas campañas publicitarias. “El erotismo es una forma fácil, directa —confesó la felina Chunchuna Villafañe— de promocionar un producto y nada tiene que ver con presuntos actos de liberación sexual. Después de todo fui yo la primera protagonista de sketches audaces y esta situación no perturba mi vida privada”. Para la inquietante Susana *Shock* Giménez (26), la publicidad fue su camino de Damasco: el día que sacudió su cabellera contra las cámaras de la televisión, un nuevo estilo desenfadado, juvenil, callejero, la transformó en ídolo: “Ahora muchas madres me comentan —se divirtió ante *Panorama*— que sus nenes de 9 y 10 años le piden un shock...”. Ese edipismo de los chicos porteños sirvió para que ella misma se definiera como una “sexy familiar”, un título acaso más candoroso que cierto.

»“Hoy por hoy —concluyó la ondulante Giménez— los adolescentes son más decididos y libres que cuando yo era chica. A los 14 años ni hablábamos de sexo; sólo podíamos pensar en él. Me parece que esto es mucho mejor, ¿no

es cierto?”. La respuesta no es tan fácil: el analista Armando Bauleo (38) negó que el problema de la liberación sexual pudiera ser tomado como fenómeno aislado: “En tanto no se produzca un cambio de estructuras, las relaciones sexuales seguirán adheridas a las formas distorsionantes y monogámicas conocidas. Una salida socioeconómica nacional redimensionaría los vínculos interhumanos, facilitando una conducta sexual más libre. Es el caso de Argelia, donde la rotura de su dependencia colonial modificó sorprendentemente las características de la pareja: bajo el dominio de los franceses, el régimen sexual imperante reproducía los modos de la burguesía del siglo pasado”.

»Por lo visto, nadie tiene la bola de cristal. Mientras algunos sostienen que las nuevas generaciones viven su sexo de una manera azarosa, otros creen que las audacias son sólo textiles, ya que atañen exclusivamente a la indumentaria. La periodista Pirí Lugones (46) admite una ventaja: “Por lo menos, ahora, la clase media ha resignado sus aprestos machistas. Veinte años atrás no se toleraba que las muchachas pudieran tener experiencias sexuales antes del matrimonio. Por otra parte, lo de la actual represión es pura fantasía; de manera encubierta, todos los hombres son polígamos”».

—Por eso en este día, que es histórico para todos los peronistas por lo que tiene de lucha, de orgullo, de lealtad, les decimos una vez más que el peronismo no va a arriar sus banderas y que ahora son los jóvenes los que, con su coraje, con su determinación...

El farmacéutico estaba desencadenado. Sobre la tarima, en la sede de la CGT de San Rafael, en la calle Coronel Suárez, Alberto Martínez Baca se desgañaba en un discurso sin medias tintas. Era 17 de octubre: Susana Sanz ya había aceptado plenamente el peronismo, se integró a la junta promotora del PJ en el distrito y participó mucho en la organización del acto, una de las primeras concentraciones partidarias que se hacían en la ciudad en mucho tiempo. Había salido a convocar por los barrios, junto con su socio Guillermo, con Héctor Dauvernet, con Castro y los demás sindicalistas y, esa mañana, varios cientos de personas gritaban contestando al viejo estilo peronista. Habían llegado en camiones desde los grandes diques, las fábricas, los barrios, los departamentos de los alrededores. La policía controlaba, discreta, sin intervenir. Un poco más allá, al fondo del salón, junto al retrato de Augusto Vandor, había una foto de Norma Arrostito y otra de Ernesto Guevara.



—... tiemblan los militares, tiemblan los imperialistas, porque saben que cuando un pueblo se ha puesto en marcha nada alcanza para detenerlo. ¡Y por eso, una vez más, les decimos que esta vez va en serio, que esta vez es la definitiva, que esta vez, como decía la compañera Evita, la patria dejará de ser colonia o la bandera flameará sobre sus ruinas!

Después del acto hubo un asado. Susana se encontraba con muchos de los trabajadores que había defendido en distintos conflictos, y con otra gente que recién estaba conociendo. El trabajo en los barrios empezaba a dar resultados.

Mientras tanto, Susana seguía conectada con los Montoneros. Los hermanos Molina solían visitarla en San Rafael; si no, ella iba a verlos a Mendoza. Discutían política y pensaban nuevas formas de insertarse en los sindicatos y en los barrios. El trabajo avanzaba de a poco, pero avanzaba. En esos días, el Chacho Molina tenía que ir a España a ver a Perón y pasó antes por San Rafael. La casa de Susana era un lugar de paso, comida y refugio para muchos militantes, curas o sindicalistas que andaban por ahí. Esa noche, Molina estaba muy impresionado: nunca había salido de la Argentina, nunca había visto al general, y éste era uno de los primeros encuentros serios de los Montoneros con el líder. Estaban cenando y comentaban tantas novedades, cuando a Susana se le ocurrió preguntarle si tenía un sobretodo.

—No, un sobretodo no. ¿Para qué?

—Porque en Madrid a esta altura del año hace un frío tremendo.

Alberto, el marido de Susana, le ofreció uno suyo. Era muy largo, y tuvieron que coserle un ruedo de emergencia. Un mes después, cuando volvió, el Chacho le contó a Susana que había estado con el general, que se había mostrado afectuoso, alentador aunque sin definirse demasiado:

—Pero muy bien, está con nosotros, eso sí que lo dijo claramente. Por supuesto que también nos explicó que él es el conductor del movimiento y tiene que conducir para todo el conjunto...

Después, Alberto le contó que le habían regalado un pañuelo a Isabelita, que había sido tan amable, y que ella les había dicho que cada vez que quisiera saludarlos se lo iba a poner. Que cuando la vieran en una foto con el pañuelo puesto sería un saludo para los Montoneros.

Y también le contó un par de historias graciosas de Lopecito, José López Rega, que era una especie de mayordomo omnipresente.

—El tipo es un poco raro. Un día nos agarró y nos mostró el cadáver de la compañera Evita. Lo tenían ahí, perfecto, en una habitación. El tipo estaba muy orgulloso, me dijo: no sabe en qué condiciones nos lo entregaron, con la

nariz rota, todo sucio. Yo no quería que el general lo viera así, me ocupé de arreglarlo antes para que no sufra, pobre hombre.

—¿Eso te decía? ¿Ese fulano se cree el dueño del mundo, o qué?

—No, está muy metido, está dispuesto a todo por Perón.

Entonces el Chacho le dijo que Perón le había contado que unos meses antes, cuando lo tenían que operar de la próstata, López Rega había entrado en el quirófano minutos antes de la cirugía con un revólver y les había dicho a los médicos que si se les llegaba a morir el General él los mataba a todos. Y que Perón se reía y decía este Lopecito, este Lopecito.

—Pero nada serio, sabés, un tipo sin importancia. Me parece que para el viejo es como esas empleadas de confianza que uno tiene, esas nanas de toda la vida que opinan de todo, se meten en todo. Pero no es peligroso.

Susana había escuchado otras versiones, y se lo discutía.

—... según el parte policial, los cuatro subversivos abatidos fueron descubiertos por una patrulla en momentos en que se disponían a...

A esta altura, una buena parte de la familia Goldenberg ya no estaba tan fascinada con Carlos Olmedo. Su esposa, Isabel, se había separado de él y, entre otras razones, adujo que estaba usando la casa conyugal, un departamento en Belgrano, para guardar armas y materiales políticos. Carlos había tenido que dejar su empleo como publicitario en Gillette y, de hecho, ya hacía varios meses que vivía clandestino en la ciudad de Córdoba, desde donde dirigía las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Así que el intelectual brillante había pasado a ser, en la consideración de su familia política, poco menos que un fantasma temible. Pero, aún así, su muerte los conmovió.

El 24 de octubre de 1971, el gobierno decidió ilegalizar los dos sindicatos de la Fiat de Córdoba, Sitrac y Sitram, que estaban entre los gremios más combativos del momento. Esa mañana, tropas de la policía y el Ejército rodearon las plantas de Concord y Materfer y detuvieron a cantidad de activistas. Poco antes, el jefe del Tercer Cuerpo, general Alcides López Aufranc, había declarado que «nosotros somos los que usamos los uniformes verdes para matar a los comunistas». En los días siguientes, la Fiat despidió a doscientos cincuenta empleados: la mayoría eran delegados y militantes sindicales.

En Córdoba, los responsables de las FAR, las FAP y los Montoneros se reunieron para tratar de intervenir en el conflicto. Desde principios de año, esos tres grupos y los Descamisados estaban discutiendo las posibilidades de coordinar sus acciones como Organizaciones Armadas Peronistas, empezaban

a pensar operaciones conjuntas. En julio habían matado al ex jefe de policía y director de prisiones de Córdoba, el mayor Julio Sanmartino, y les pareció que la mejor respuesta al conflicto de la Fiat sería militar: decidieron secuestrar a su jefe de relaciones públicas, Luchino Revelli-Beaumont, y canjearlo por la reincorporación de los despedidos y la liberación de los detenidos.

A las siete de la mañana del 3 de noviembre, Olmedo y otros cinco militantes esperaban la llegada del ejecutivo en una estación de servicio de la ruta 9, cerca de Ferreyra. Todos ellos pertenecían a las FAR y las FAP: los Montoneros se encargarían de guardar al capturado en una cárcel del pueblo. Carlos Olmedo y Agustín Villagra estaban adentro de un ford falcon, disfrazados de policías federales: cuando llegara el ejecutivo pretextarían una operación de control, algo muy común en esos días, para secuestrarlo sin grandes alharacas. Enfrente, en una pick-up F-100, había otros cuatro guerrilleros. Pero el ejecutivo se demoraba. Ya había pasado casi una hora: demasiado tiempo para seguir esperando. Estaba la posibilidad de que el dueño de la estación de servicio hubiese llamado a la policía. Olmedo, que dirigía la acción, dijo que se quedarían unos minutos más: no se resignaba a perder el impacto político que tendría la operación.

Entonces apareció un patrullero de la provincial con cuatro policías adentro. Uno se bajó con un FAL, en posición de combate, y otros dos se acercaron al falcon a pedir documentos. Olmedo y Villagra tenían camperas sobre sus chaquetas policiales y presentaron documentos falsos y una credencial de la revista *Siete Días*, pero los papeles del coche no estaban en regla. Les dijeron que se bajaran para cachearlos, y Olmedo trató de sacar su pistola 38. Cuando se armó la batahola, dos de los militantes que estaban enfrente, Juan Baffi y Raúl Peressini, trataron de tirar pero los bajaron enseguida. Los otros dos pudieron escaparse. Villagra y Olmedo estaban heridos y los remataron en el suelo.

—... los muertos fueron identificados como Carlos Olmedo, paraguayo, de veintisiete años de edad...

Mercedes Depino escuchó la noticia en la radio, a eso de las diez, en su casa, y no pudo contener las lágrimas. Sus padres habían ido a nacer su primer viaje por Europa y ella estaba sola con su hermana. Las dos se fueron para el departamento de los Goldenberg, en la avenida Libertador: al dolor se unía la sensación de que había que enfrentar la cuestión lo más rápido posible. En la casa de sus tíos, Mercedes y Marcela se encontraron con bruto zafarrancho: Isabel, la viuda, estaba aterrada y llena de bronca porque

pensaba que ahora la iban a ir a buscar a ella, que no tenía nada que ver. Y sus padres parecían más temerosos y furiosos que tristes. Mercedes lloraba, y tenía la sensación de que una muerte así era algo que se salía de todos los libretos. Era su primer muerto.

Al rato aparecieron también los padres de Sergio Berlín, que se llevaron a Carlitos y Liliana Goldenberg a su quinta, para sacarlos de la circulación, y los Goldenberg se fueron con Isabel a la casa de otro pariente. Dos días después, Mercedes y Marcela fueron a esperar a sus padres al puerto y en cuanto se bajaron del barco les contaron lo que había pasado.

—¿Y qué, dicen que se quedó una hora esperando ahí en la estación de servicio?

—Sí, eso dicen los diarios.

—¡Qué raro que un tipo inteligente como Carlos haya hecho una boludez así!

El capitán Depino apreciaba a su sobrino político pero, sobre todo, entendió que tenía que hacer algo para encauzar la situación. Al llegar a su casa llamó a su amigo el capitán Chicho Manrique, el hermano del ministro de Bienestar Social, y decidieron que lo mejor era que Isabel se presentara voluntariamente a la policía para decir que no tenía nada que ver con su marido. Los dos marinos la acompañaron y el trámite se resolvió sin problemas. Pero unos días más tarde, Manrique se enteró de que la policía iba a allanar la casa de los Goldenberg. No pudo parar el procedimiento: los dos capitanes se pasaron un par de noches de guardia en el departamento de la avenida Libertador, hasta que llegó la policía:

—¿Quién está a cargo del procedimiento?

—Y a usted qué le importa.

—Escuchemé, soy el capitán Manrique y éste es el capitán Depino y queremos saber quién está a cargo.

—Yo, mi capitán. Subcomisario López.

—Bueno, subcomisario. Está en la casa de unos grandes amigos míos, así que le recomiendo que sea muy cuidadoso.

—Sí, mi capitán.

El allanamiento duró varias horas y los policías desbarataron todos los armarios, escritorios y bibliotecas de la casa: no encontraron nada y se fueron después de saludar a los marinos con una mezcla de subordinación y patoteada.

**Noviembre de 1971.** Aunque todavía no eran furor, ya entonces se hacían encuestas para decidir qué le gustaba a la gente y qué no. IPSA era una de las dos empresas más serias. Cuando preguntó «¿Justifica usted la violencia guerrillera?» las respuestas fueron las siguientes:

	GBA	ROSARIO	CÓRDOBA
Justifica	45,5	51,0	53,0
No justifica	51,5	48,0	46,0

El lunes a la mañana, bien temprano, en vez de ir a trabajar, quinientos obreros del Swift se subieron a diez micros y fueron al Teatro San Martín. No iban a ver *Una Vida Difícil*, la película de Dino Risi que daban en la sala Leopoldo Lugones; estaban convocados a la asamblea de acreedores de Swift-Deltec y llevaban bombos y cartelones pidiendo por la fuente de trabajo.

—Esto sí que va a ser jodido, Gaucho. ¿Cuánto va a durar?

—Hasta que las velas no ardan.

En el viaje, casi todos tenían caras largas y Daniel Egea ponía su mejor sonrisa. El día anterior Independiente le había ganado dos a cero a Gimnasia la final del metropolitano, y los del Swift eran todos triperos. Gimnasia nunca había estado tan cerca de un campeonato, y lo había perdido. En el primer gol Maglioni aprovechó que Gatti se adelantó para ponérsela por encima; el segundo fue un mano a mano con Pastoriza. A Egea también le decían Gatti, por el pelo largo.

—Mala tarde ayer, Gatti ¿eh?

—Yo soy pincha, viejo, pero ahora vamos todos juntos a jugar nuestro partido, todos con la misma camiseta.

Muchos se sentían raros: jamás habían ido a un teatro en la capital, y menos para votar a favor de los patrones. Entraron por Sarmiento y uno de los obreros que figuraba en la lista de acreedores, en cuanto vio el ambiente, se quería volver para el barrio El Churrasco.

—Mirá que yo hago turno noche...

—¿Y?

—¿Cuándo volvemos?

—La empresa te da los días. Si esto es para ellos... Si es necesario nos quedamos a dormir acá, en las butacas.

—Bueno, hubieran pagado un hotel, entonces.

—Dale, ahora anda allá con el documento, que tenés que registrarte.

La junta de acreedores del Swift convocaba una multitud compuesta por acreedores, periodistas, abogados y público. La quiebra se había convertido en una cuestión nacional, y el gobierno le había cedido el complejo cultural. El San Martín estaba revolucionado. La calle Sarmiento estaba cortada por los obreros. Del otro lado, en la sala Martín Coronado y en el hall central, cientos de aficionados al ajedrez seguían la segunda partida entre el americano Bobby Fischer y el soviético Tigrán Petrosián, por las eliminatorias del campeonato del mundo. En la primera, el gran maestro armenio había pedido que le cambiaran el sillón. El jurado no había accedido y Fischer ganó: era su vigésima victoria consecutiva en partidos internacionales. Pero ese día, con el sillón que le gustaba, Petrosián rompió la racha y el norteamericano abandonó en la jugada treinta y dos.

Al rato llegaron otros cuatro colectivos que venían con obreros del Swift de Rosario. Aunque la quiebra era del Swift de Berisso, la empresa se las había ingeniado para sumar a doscientos trabajadores como acreedores de la planta de Rosario. Daniel se encontró con Mariano Salas, un dirigente que se había presentado días atrás en las elecciones de su seccional con una lista clasista y había denunciado fraude. Ahora estaba a las puteadas porque tenían que alinearse con Zorila. Salas era de La Chaira, una agrupación del PCR:

—Mirá Egea, dentro de todo ustedes lo tienen al Tito Guana, que es menos burócrata, pero Cabrera es mafia, nos volcaron las urnas. Un afano, hermano.

Gerardo Cabrera, el dudoso ganador de las recientes elecciones en Rosario, estaba cerca de ellos, abrazándose con Constantino Zorila, secretario general de la Federación; al costado estaba Héctor Guana, que dirigía la seccional Berisso. Todos mezclados. Estancieros distinguidos, criadores y engordadores de poncho y botas, banqueros de traje gris y obreros de camperas gastadas y zapatos de trabajo. Todos eran acreedores, representantes de acreedores o defensores de acreedores.

Para los periodistas no era fácil adivinar por la pinta quiénes estaban de acuerdo con la propuesta de Swift y quiénes en contra. Dos tipos vestidos de gaucho decían en voz alta que iban a votar en contra del concordato, que no les importaba que el Swift se fuera a la quiebra porque hacía dos años venían entregando ganado y les pagaban con cuentagotas:

—Nosotros no nos vamos con la tropilla de los que negocian. Estamos con los que resisten.

—Ya lo dijo el informe de la sindicatura: Swift es subsidiaria de Deltec. Entonces, que alguien me explique cómo se pueden reconocer los créditos

fantasmas que Swift dice que contrajo con Deltec. Claro, quieren pagarle a Deltec. ¿Y nosotros? Así se llevan la plata del país, estos sinvergüenzas.

Zorila y otros sindicalistas contestaban las preguntas de unos periodistas:

—¿Así que ustedes votan a favor de la empresa?

—¿Qué quieren que hagamos? Si el Estado no tiene ningún plan, la única que nos queda por ahora es aceptar el de la Swift.

—Pero nosotros somos el pato de la boda.

—¿Qué solución proponen ustedes?

—Ya lo dijimos, señor periodista, queremos la argentinización: que el Estado se haga cargo y se terminen de una vez las maniobras especulativas.

—No se juega con la fuente de trabajo de quince mil familias.

Cuando entró el juez Salvador Lozada estallaron los flashes de los fotógrafos y los reporteros abandonaron a los sindicalistas en busca de la primicia. Pero el juez apuró el paso sin contestar. Al rato entró Holmberg Lanusse y ensayó una sonrisa ganadora:

—Hace cuarenta y ocho años que voto y nunca gané una elección, pero esta vez soy optimista.

—Coronel Holmberg, dicen que usted gana diez mil dólares por mes, como presidente de Swift. ¿Es cierto?

—No me parece el momento apropiado para hablar de mis ingresos.

Más tarde, en la sala de Conferencias, cada acreedor tenía que justificar ante la justicia el monto adeudado y en los pasillos se negociaban los votos. El Swift apostaba a sumar al concordato a algunos acreedores fuertes. Aunque el Banco Nación siempre votaba contra los acuerdos extrajudiciales, a la noche se supo que Swift-Deltec había conseguido que votara a favor del concordato.

—Esto es corrupción.

—Que financien a los productores, no a los pulpos.

Los hombres de campo estaban indignados, pero el banco oficial dependía del gobierno del primo del presidente de Swift, y muchos decían que eso explicaba todo. Otros decían, en defensa del general Lanusse, que no podía ser, porque también era pariente de los consignatarios Pedro y Antonio Lanusse, que estaban indignados por el escándalo Swift.

Los obreros no comentaban demasiado esas intrigas. Sabían que tenían que conseguir que no les cerraran la fábrica. Esa noche los banqueros y empresarios, votaran a favor o en contra, se fueron a sus casas u hoteles. Los obreros armaron campamento en el teatro y se quedaron hasta tarde charlando y cantando.

En la mañana del martes la junta de acreedores, como se preveía, aprobó el concordato. Era el turno del juez, que debía decidir si lo homologaba o no. Homologarlo significaba amparar la maniobra fraudulenta y no homologarlo era denunciar el amparo gubernamental a una empresa extranjera. La tercera opción era no homologar el concordato y, además, decretar la intervención del Estado para que no se perdiera la empresa y la fuente de trabajo. Pero esa fase de la decisión iba a tardar, como todas las de la justicia. Por el momento, Lozada leía su informe preliminar.

—Este juzgado resuelve rechazar los créditos dados a Swift por Deltec Internacional. Tales créditos fueron impugnados por el acreedor Raúl Zurdo, con el patrocinio del doctor Alconada Aramburú y observados por el síndico...

Los directivos del frigorífico ponían su mejor cara de piedra y Lozada seguía desnudando su vínculo con Deltec:

—... esa relación se funda en una simulación de los actos jurídicos repudiable por el ordenamiento en tanto perjudica a los terceros, los reales e indiscutibles acreedores. Esto configura un acto contrario a la moral y las buenas costumbres y explicita un claro supuesto de ejercicio abusivo de quienes unificados en el interés por la convocatoria —y partícipes o ejecutores de las decisiones del grupo— procuran ser hoy acreedores...

La letra jurídica era pesada y difícil de descifrar para los obreros de la carne. Atrás, uno le pidió auxilio a Egea.

—¿Qué quiere decir?

—Lo que dice es que fue un fraude. Lo que no dice es quién se va a hacer cargo del muerto si decreta la quiebra.

—¿Pero la puede decretar?

—Puede, claro que puede.

Los obreros se volvieron a Berisso más o menos satisfechos: por ahora no iban a cerrar el frigorífico, pero tenían que esperar el fallo definitivo del juez. La cuestión seguía abierta. Salvador Lozada estaba recibiendo muchas presiones, y una campaña de prensa quería presentarlo como simpatizante del partido Comunista. En realidad, era más bien un nacionalista con ciertas inquietudes sociales.

Un mes después, Daniel estaba en su nueva casita del barrio Banco Provincia. Era un miércoles a la tarde. El chalecito premoldeado estaba prolijo, había puesto flores, tenía el mosaico encerado, pero en los momentos de silencio la separación le pesaba. Telma se había quedado en la otra casa y se veían casi todos los días cuando se pasaban a Victoria, que ya caminaba.



Daniel tenía veintisiete años y le estaban saliendo muchas canas. Pensaba que alguien le había dicho que la militancia era una picadora de carne para los amores, pero esa tarde de primavera no quería darse manija y miraba el reloj esperando que llegaran de una vez Cacho y Cuqui, que habían ido al sindicato a buscar el fallo de Lozada.

—Fijate, dejó pegado a Deltec. Además de no homologar el concordato acá dice: se hace solidario a Deltec de las responsabilidades de la quiebra.

—¿En castellano...?

—Que no acepta los créditos fraudulentos, Cacho, que los cagan, y que las deudas que tienen que pagar son las de los verdaderos acreedores.

El juez citaba a Paulo VI: «Las empresas multinacionales que tiran abajo las fronteras nacionales pueden conducir a una nueva forma abusiva de dominación». Lozada determinó la intervención del Estado para que el frigorífico siguiera funcionando y nombraba interventor liquidador a un tal Miguel Busquet Serra. Además del contenido del fallo, la otra sorpresa era que sólo había tardado diez meses.

—Ahora vamos a tener que pelear para que se terminen las suspensiones rotativas y se ponga al frigorífico a producir en serio.

**Noviembre de 1971.** Cuando Perón decidió endurecer su posición tuvo que deshacerse de Jorge Daniel Paladino, su delegado personal, que tenía una imagen y una postura demasiado negociadoras y, por momentos, trataba de cortarse solo. Pero nadie entendió por qué nombraba a Héctor J. Cámpora, un tipo anodino, sin historia. En *La Opinión* del miércoles 10, un artículo relativamente breve, sin firma, lo definía sin grandes simpatías: «De extracción conservadora, con inclinaciones liberal-derechistas en su juventud, el doctor Cámpora activó en los Centros Cívicos fundados luego de 1943 por el coronel Filomeno Velasco, ex jefe de la policía. Posteriormente, integró la llamada “bancada independiente” en la Cámara de Diputados. Cuando el presidente de ese cuerpo, doctor Ricardo Guardo, abandonó el cargo (1946) fue elegido para sucederlo.

»El doctor Cámpora fue el primer legislador peronista que consideró un honor autoproclamarse “obsecuente del general Perón”, en el recinto de la Cámara. “Y lo hago porque voy más allá de la consecuencia”. Existía, como precedente, el hecho de diputados radicales que se habían proclamado “genuflexos” del entonces presidente Yrigoyen.

»En el Parlamento produjo episodios memorables: todavía algunos de sus colegas de bancada recuerdan su airada intervención, desde la Presidencia,

ante un proyecto del diputado santafesino Barreiro. Éste pretendía que la plaza más importante de cada pueblo fuera denominada “Presidente Perón”. Cámpora usó de la palabra señalando que el proyecto de Barreiro era insuficiente: todas las plazas del país debían ser denominadas, a su juicio, con los nombres de Perón y su mujer, Eva Duarte.

»Durante cinco años, el doctor Cámpora fue titular de la Cámara de Diputados. Solía esperar, a las 6,25 (de la mañana), al presidente Perón en la Casa Rosada para intercambiar con él opiniones políticas.

»En 1955 fue encarcelado y fugó del penal de Río Gallegos el 10 de marzo de 1957 (...). Reapareció en la política argentina en 1963, cuando reinició —en San Andrés de Giles, su pueblo natal— la militancia peronista. Con el paso del tiempo volvió a convertirse en un “expectable” dentro del justicialismo. Su designación actual lo reubica en el primer plano de la notoriedad.

»Como delegado personal de Perón, Cámpora deberá jugar un importante papel en la operación política que el gobierno denomina Gran Acuerdo Nacional.

»Pero además Perón se asegura una fidelidad a toda prueba. Si algo ya se sabe, es que Cámpora no intentará desplegar ningún tipo de juego independiente en Buenos Aires, ni irá más allá de las instrucciones que reciba del Comando Superior».

A Alberto Elizalde no le resultó fácil volver a salir a la calle. Había estado guardado una semana en la casa de Ensenada, acompañando al Sopeti, y tenía que retomar sus actividades, pero nada parecía tener sentido. Trató de recuperar el ánimo, se decía que era el precio de la guerra, que había que seguir adelante para que el sacrificio de Lucía no fuera inútil, pero era muy difícil. En esos días de encierro, leyó en el diario que Perón había nombrado a Cámpora como su nuevo delegado personal, y no pudo evitar un par de insultos. Ese viejo hijo de puta siempre elegía a los peores.

Eran sus primeros días en el PRT. El miércoles 17 de noviembre fue con dos de sus nuevos compañeros a dar unas vueltas por la Petroquímica Sudamericana, los astilleros Río Santiago y el frigorífico Swift, donde tendrían que hacer las tareas de apoyo a la actividad sindical del PRT y propaganda armada del ERP. A eso de las ocho de la noche volvió para su casa: recién oscurecía y Alberto sentía la humedad sobre la camisa sucia; tenía mucha hambre.

La calle 6, donde vivía, estaba en penumbras: las ramas de los plátanos casi se tocaban de vereda a vereda, y encima había un par de faroles rotos. La casa de Alberto tenía dos ventanas con persianas metálicas que daban sobre la vereda, y en el medio un portón de doble hoja. No vio luz del lado del living; mientras buscaba la llave oyó el chirrido de una suela de goma sobre la vereda. Cuando quiso reaccionar se encontró con que tenía una ametralladora en el cogote. Lo primero que pensó fue que era una Uzi, de la policía de la provincia. El tipo le gritó quédate quieto porque te matamos. Del garaje de al lado salieron otros dos y entre los tres lo metieron a los empujones en su casa. Adentro había otro más, y los cuatro estaban de civil.

—¿Qué pasa...?

Mientras se lo iban llevando a patadas hasta la cocina, a Alberto no se le ocurrió otra cosa que preguntar qué pasaba. En la cocina estaban su madre y su hermana, aterradas, llorando en un rincón: otro policía les apuntaba con una 45. Dos de los cuatro tipos empezaron a golpear a Alberto y su madre se levantó y trató de pararlos. La apartaron de un empujón: Delia trastabilló y se cayó de espaldas. Alberto intentó ir a ayudarla y lo agarraron entre los dos.

—¡Llévenlo afuera!

Le pusieron una esposa en la mano izquierda y lo empezaron a empujar hacia la calle. Uno de los policías le apretaba el cuello desde atrás para mantenerlo agachado. Después abrieron el baúl de un torino y, mientras uno lo tenía, otro empezó a ponerle una capucha. Alberto se acordó de su instructor, Abel Verd, secuestrado y desaparecido. Y se acordó de Luis Pujals, que nunca había vuelto, y de Juan Pablo Maestre, el de las FAR. Fue un segundo. Tiró un golpe con su brazo izquierdo y consiguió pegarle en la cara al policía que lo tenía agarrado. El policía tuvo que soltarlo y Alberto salió corriendo. No había dado diez pasos cuando le cayeron varios tipos encima. Visiblemente, los cuatro que habían entrado a la casa no eran los únicos. Entre cinco o seis trataron de meterlo en el coche; Alberto siguió resistiéndose. Era cuestión de vida o muerte: si conseguía mantenerse afuera de ese puto coche por lo menos un par de minutos, quizás se salvara. No era seguro, pero quizás se salvara. Gritaba que lo estaban secuestrando, que lo querían matar. Algunos vecinos salieron a las puertas de sus casas. Los policías les gritaban que se fueran.

—¡Métanse adentro! ¡Acá no hay nada para ustedes!

Una vecina de bata rosa y ruleros trató de intervenir:

—¿Quiénes son ustedes? Vayansé porque vamos a llamar a la policía.

—¡Nosotros somos la policía, señora! ¡Todos para adentro!

Alberto seguía gritando y debatiéndose:

—¡Me quieren secuestrar! ¡Soy un estudiante y me quieren matar! ¡Soy Alberto Elizalde! ¡Avisen a los diarios, avisen a los abogados!

Por un momento, todo se calmó. Alberto se quedó callado y quieto, los policías que lo tenían agarrado dejaron de golpearlo. Los vecinos empezaron a meterse en sus casas. En la calle había como diez tipos de civil, un torino y dos falcon. Parecía como si el inundo se hubiera detenido. Alberto respiró y pensó que ya no podía nacer nada más pero que quizá, con el escándalo que se había armado, tuvieran que legalizarlo y no lo pudieran matar. Hasta que uno de los policías dio una orden, casi en un susurro:

—Matalo...

Alberto siguió con la vista al que recibía la orden y no vio nada. Tenía que mirar muy fuerte, tratar de ver lo que estaba pasando: así le parecía que controlaba algo. Entonces sintió que se le aflojaban las piernas y que la base del cráneo le empezaba a dar vueltas, pero le pareció que no era un tiro. Medio desmayado, lo subieron al torino y le pasaron la capucha por la cabeza; después le esposaron las manos en la espalda.

—A ese hijo de puta que mató a la mujer lo vamos a reventar y vos nos vas a decir dónde está.

Mientras los de atrás lo golpeaban, el que estaba al lado del chofer se lamentaba:

—Así no se puede trabajar... Esto no puede ser.

Lo llevaban sin sirenas y en menos de media hora se dio cuenta de que el auto subía a un garaje. Cuando paró lo bajaron y lo tiraron al lado del auto. Apenas se oían voces. Pensó que los canas no debían saber nada del pase al ERP y que tenía que aguantar el chubasco por lo del GEL. Al rato lo metieron en una habitación y alguien empezó a sacarle la ropa; después le cambió la capucha por una venda sin sacarle las esposas. Cuando se encontró con una dificultad, pidió ayuda.

—Che, así no le puedo sacar la camisa.

—Esperá que ya te alcanzo la llave.

Alberto se preguntó por qué no se la rompía directamente, y lo que imaginó le dio esperanzas. Si pensaban matarlo no tenían por qué cuidarle la ropa. O quizás no la rompían porque alguno de ellos se la quería guardar. Cada cosa podía significar tantas distintas: se dijo que iba a tratar de no jugar ese juego, para no enloquecerse. Nunca había estado en un quirófano, pero pensó que los movimientos de los torturadores eran tan rutinarios como si fueran anestesistas o cirujanos.

—¿Ya está listo?

Entonces lo llevaron al cuarto contiguo y lo ataron con gomas de los tobillos y las muñecas a una superficie metálica.

—Atalo bien estirado, que si no saltan para todos lados.

La desigualdad le pareció tan grande que Alberto no pudo sentir odio; sólo miedo, mezclado con la vergüenza de tener miedo y de estar desnudo frente a sus enemigos. Se concentró en la convicción de que no iba a hablar.

—Ahora nos vas a decir donde está el hijo de puta de tu amigo.

—¿Quién?

—Hacela fácil pibe, que estás listo para la máquina y es lo peor que te pudo haber pasado en la vida. Decinos dónde está el turro ese que mató a la mujer y listo.

—No sé señor... Se lo juro.

Cuando le hicieron la primera pasada en la tetilla izquierda sintió que podía estallarle el corazón, cuando le picanearon los testículos estuvo seguro de que se le iban a deshacer en mil pedazos. Alberto hubiera preferido perder el conocimiento para no tener tanto miedo de la muerte o de la mutilación.

—Lo conozco de teatro... Pero no sé nada.

—Hijo de puta, vos sos del GEL... ¡Cantá, la puta que te parió!

Le nombraban gente del peronismo revolucionario de La Plata.

—Sí, al Negro Diego lo conozco, estuve en una reunión con él, nada más.

—¿Y los de Rosario?

—En Rosario no conozco a nadie. Se lo juro, no conozco a nadie.

Cuando no tenía que mentir era más fácil. Cambiaban las voces, las preguntas, los tonos: pasaban el tiempo y, salvo algunas trompadas, todo era picana. En los pocos momentos de descanso que le quedaban, entre tanda y tanda, Alberto sentía que podía seguir, que no lo iban a quebrar. También verificó que no sabían nada del pase al PRT y se dio cuenta de que muchas cosas del GEL que le preguntaban o eran inventos o él mismo no estaba al tanto. Supuso que alguna información vendría de un militante que había caído preso después del tiroteo del Banco en el que un policía había quedado herido, a mediados de ese año; pero en lo fundamental, no tenían datos demasiado precisos.

—Sin decirnos dónde está el Sopeti vos no salís vivo de esta pieza, ¿entendés? ¿No te das cuenta que te tenemos acá y podemos hacerte lo que queramos, pibe? Vos no existís más, pibe, a menos que hables no existís más.

Quizás habían pasado horas cuando escuchó que alguien decía llevarlo pero no le den agua, vas a ver que éste nos lleva adonde queremos. Después pensó que quizás todo hubiera sucedido en un ratito. O que habían sido dos o tres días. No tenía ni idea. Lo tiraron de nuevo en la pieza donde tenía la ropa, lo volvieron a encapuchar y le dejaron ponerse los calzoncillos antes de espararlo con las manos atrás. Las encías, las axilas, las tetillas, el pene y los testículos eran los lugares donde se habían ensañado. No llegó siquiera a relajarse cuando lo sacaron de nuevo. Le empezaron a pegar en los riñones y en la boca del estómago con las mismas preguntas de antes.

—Ese verso ya lo dijiste, hijo de puta... Vos estás en la célula con el Rolo, con Diego, con el Tano, los tenemos ubicados a todos y están cayendo como pajaritos. Cantá dónde está el Sopeti o no salís vivo...

—No sé, señor... No sé, de verdad.

Después pararon otra vez. Cuando lo llevaron a la pieza lo vistieron. En un rato, lo volvieron a sacar:

—Ahora te vas al infierno.

Lo subieron a un auto. Alberto se preguntaba si de verdad el escándalo de la puerta de la casa alcanzaría para que tuvieran que legalizarlo: para que no lo mataran. Estaba exhausto: no podría enfrentar más nada. Al cabo de un rato de viaje entraron a otro lugar. Alberto seguía con los ojos vendados. Lo arrastraron hasta un calabozo y lo dejaron tirado. Horas después, volvió a abrirse la puerta y tiraron a alguien más.

—¿Quién sos?

—Alberto Elizalde, me secuestraron en La Plata...

—¿Por qué hecho?

Ahí se dio cuenta que se trataba de un preso común. La palabra hecho era de los comunes.

—No, por política.

—Uhhh, guerrilla... Vas a cobrar como loco.

—¿Dónde estamos?

—En la brigada de Quilmes.

Cuando su compañero de calabozo le dijo que ese día vería al juez y terminaba la incomunicación, Alberto le pidió que memorizara el nombre de dos abogados de La Plata y les avisara que estaba vivo.

—Sí, no te preocupés; además si tenés buenos bogas por ahí zafás...

Al rato, alguien gritó que quién había sido el boludo que mezcló a un guerrilla con un ladrón, y Alberto se quedó solo de nuevo. Supuso que no había sido un truco para sacarle información porque sólo habían hablado de

pavadas. Más tarde, un policía que se identificó con su nombre y su grado de oficial inspector lo sacó al baño:

—Mirá, te llevan de nuevo para Arana. Nosotros no tenemos nada que ver con esto, es un paquete que nos vino de regalo. Vos sos político y nosotros estamos para cuidar el orden. Te voy a dar agua, pero tomá poca, porque si te siguen dando máquina y tomás mucha, te quedás.

El oficial le puso las esposas adelante y le dejó la capucha.

—Si escuchás ruidos te la ponés.

Durante el viaje, Alberto trataba de juntar fuerzas: pensaba en su madre, en sus hermanos, en Cristina y se acordaba de una frase de Julius Fucik, un comunista checo, en *Reportaje al pie del patíbulo*. El tipo lo había escrito poco antes de que lo fusilaran los nazis y decía algo así como que en esos casos lo principal es no perder la dignidad. Cuando llegó, le pareció que estaba en el mismo lugar en que lo habían torturado al principio: el destacamento de Arana, le había dicho el oficial. Cuando estuvo de nuevo empotrado al elástico, creyó reconocer las mismas voces:

—Ahora tenemos a varios del Gil. Pero vos sos el más gil de todos, pibe. Así que por una vez te vas a avivar: ahora vas a cantar o matamos a toda tu familia.

Las preguntas seguían girando alrededor del GEL. Salvo alguna insistencia sobre quiénes habían participado de la contención en el banco, no le pareció que tuvieran nuevos datos. Cuando paraban de darle máquina escuchaba gritos, o sea que debían estar torturando a alguien más. Por un momento, la sensación de estar acompañado lo reconfortó; después pensó que era una turrada, que eso quería decir que había otro que estaba tan jodido como él. Después de varias horas de picana lo dejaron atado al elástico: Alberto tenía los brazos y las piernas acalambradas y no sabía qué hacer para que no le doliera. Estaba peor que cuando le daban máquina, porque el dolor era constante, persistente. Cuando gritaba, alguno volvía y le preguntaba las mismas cosas. Así se pasó horas, o días. No tenía ni idea.

—Listo pibe, te vas. Te tenemos que entregar.

Alberto no le creyó. Pensó que querían que se aflojara para empezar a darle de nuevo. Mientras, uno de los torturadores empezó a vestirlo. Alberto pensó que no lo iban a engañar con ese truquito pelotudo. Llegó otro, y se lo llevaron con extraños cuidados:

—Cuidado, acá levantá el pie que hay un escalón... Eso, muy bien.

Lo metieron en una camioneta y arrancaron. Cuando bajó, siempre encapuchado, lo llevaron hasta otra piecita.

—¿Dónde estoy?

Le preguntó Alberto al policía que le sacaba las esposas y la capucha.

—Quedate tranquilo pibe, estás en la 9.<sup>a</sup> de La Plata.

El policía le dijo que eran las nueve de la mañana del viernes 19, y le alcanzó agua y un sandwich de pan de fonda que tenía que masticar despacio por las llagas de las encías. Desde otra celda se escuchó:

—¿Quién sos?

—Alberto Elizalde.

—Soy Rolo, a Ana también la agarraron.

—Acá Carlos Trovatto...

Desde otro calabozo se reportó el Tano Logiuratto. Rolo y Ana se habían pasado al PRT y no se veían con el Tano desde hacía un par de meses. O sea que la pista para agarrarlas debía venir de antes. Como los tres eran de Bellas Artes como el Sopeti, Rolo pensó que debía venir del lado de la facultad.

—Para mí que el flaco que trabaja en el bar es tira...

Decía Rolo cuando un policía les gritó que se callaran. La puerta del calabozo de Alberto se abrió, y entró un médico:

—¿Cómo está?

Cuando le dijo me destrozaron, el doctor dio un paso atrás, contrariado; entonces Alberto le mostró los signos de la tortura y el doctor arrugó la frente.

—Doctor, quería pedirle que me haga un informe de que fui torturado. Tengo llagas y heridas por todas partes.

—Estas escoriaciones pueden ser previas a su detención, no tengo ninguna evidencia clínica de lo que usted dice.

A las pocas horas, los cuatro presos estaban juntos en una celda grande, la primera que tenía rejas en vez de chapa. Podían ver a los policías pasar por un pasillo, fumando, charlando. Mientras conversaban, Alberto, de espaldas, escuchó una voz fantasmagórica.

—Vamos a tomarles declaración.

Era uno de los torturadores, no tenía duda. Cuando se dio vuelta vio a un tipo de unos treinta y cinco años, nariz chata; un petisón de aspecto afable. Sintió frío a pesar de la humedad y el calor maloliente y decidió no delatarse. El Tano también reconoció su voz. Poco después se enteraron de que era el comisario Vergel, un cuadro de la Provincial que algunos comparaban con el comisario Villar de la Federal.

Los llevaron de a uno y les repitieron las mismas preguntas que les hacían en la sala de tortura, pero en un tono muy distinto; el escribiente levantaba la



vista de la Olivetti sólo cuando tenía que dar vuelta las páginas que tipeaba por triplicado.

Ese día, por primera vez, la policía aceptó que estaban detenidos. Antonio Chúa, militante peronista desde la resistencia y abogado de la Comisión Peronista de Ayuda al Preso Político, había recibido un llamado de un vecino de Alberto el miércoles a la noche, poco después del secuestro. El vecino era otro militante peronista amigo de Chúa. Esa misma noche, el abogado presentó un hábeas corpus en el juzgado de turno y avisó al diario *El Día*. Después, el abogado del preso común también llamó a la familia de Alberto. Se había armado mucho revuelo y ese viernes, Chúa estaba parado como un granadero en la Seccional 9.<sup>a</sup> junto a otros dos abogados de la comisión peronista pero no le dejaban ver a los detenidos. A las nueve de la noche, el subcomisario a cargo les dijo a los abogados que los trasladaban a la Seccional 1.<sup>a</sup>.

—Razones de seguridad.

Los abogados discutían, y el oficial los dejó presenciar el operativo desde lejos: vieron cómo subían a los presos a un camión celular y se iban seguidos por un patrullero. Los tres abogados llegaron hasta la 1.<sup>a</sup> y les dijeron que ahí no estaban. Volvieron a la 9.<sup>a</sup> y les mostraron el libro, donde constaban los nombres de los detenidos y sus destinos: la seccional 1.<sup>a</sup>. Era medianoche y los abogados sacaron de la cama al juez de turno para hacer la denuncia de una nueva desaparición.

Al día siguiente se enteraron de que los cuatro detenidos habían sido llevados a la brigada de Quilmes, para que con el paso de las horas se fueran borrando los rastros de la tortura. El domingo a la mañana los subieron una vez más a un camión celular que tomó la avenida Calchaquí. Alberto se entretenía leyendo por la mirilla las consignas pintadas en los paredones. Llegaron a los Tribunales de la Capital y los metieron en calabozos individuales. Un oficial gordo de bigotes le abrió la puerta, lo miró de arriba abajo.

—Nombre completo.

—Alberto Clodomiro Elizalde Leal.

—Elizalde Leal... a la Cámara Federal... en lo Penal.

El oficial poeta acentuó las últimas sílabas y, mientras se reía, agregó:

—Ah... Seguís incomunicado. Y eso no es verso.

**Noviembre de 1971.** Desde el aeropuerto hasta el centro, veinte kilómetros, los costados del camino rebosaban de gente. En Santiago decían

que había como medio millón de personas, y que nunca se había visto tantos chilenos juntos, ni siquiera en la campaña de la Unidad Popular. El miércoles 10, Fidel Castro llegaba a Chile para visitar a su amigo Salvador Allende. Hacía ocho años que no iba a un país latinoamericano: «Se necesitaron casi ocho años y un paciente ejercicio de reeducación a cargo de maestros soviéticos que, en este caso, no usaron sus métodos preferidos, esos sanatorios psiquiátricos donde encierran a quienes pretenden ignorar las leyes objetivas de la historia. El hecho es que, luego de fanfarronear incansablemente con inflamar los Andes de punta a punta, elevando su guerrilla de la Sierra Maestra a la escala continental, Castro vino a inspeccionar y avalar la tarea de Salvador Allende, el marxista chileno que creyó en los papeles de voto antes que en los machetes revolucionarios», decía, con cierta inquina, en Buenos Aires, *Primera Plana*.

«Para nosotros —dijo Allende— tiene gran importancia que Fidel Castro reconozca que éste es un gobierno revolucionario». Y la revista explicaba: «Es que los comunistas, en Chile, están hartos de aguantar la vocinglería del Movimiento de Izquierda Revolucionaria y acarician los cabos de sus pistolas, dispuestos a poner en vereda a la extrema izquierda provocadora».

La visita fue un éxito, y Castro estuvo mesurado, diplomático. Pasó revista a unidades del ejército, abrazó al cardenal Silva Henríquez y declaró que «Allende habría cometido un tremendo error si hubiera desdeñado la oportunidad ofrecida por la vía electoral para llegar al poder». Declinó, incluso, la invitación que le hicieron los pobladores del barrio San Miguel, una zona obrera en la periferia de Santiago, para ir a ver el monumento al Che Guevara que ellos mismos habían levantado. Mientras tanto, Allende explicaba que la deuda externa per cápita que le dejaron a Chile los gobiernos anteriores era una de las mayores del mundo y que, dada la suspensión de créditos americanos, iba a ser muy difícil cumplir con ella si los acreedores —americanos en un 70 por ciento— no aceptaban renegociarla. «No se podrá corregir la situación mediante acciones internas parciales de la política cambiaría y de comercio exterior». Se entendía, por debajo: que si no lo aceptaban, iba a tener que profundizar aún más sus reformas.

Durante esas dos semanas, Castro se reunió nueve veces con Allende y sostuvieron largas conversaciones. El gobierno de la Unidad Popular estaba fortalecido por las elecciones municipales de mitad de año, donde había conseguido pasar del 37 por ciento con que llegó al poder al 51 por ciento. Pero ya empezaba el desabastecimiento y los primeros cacerolazos de las amas de casa de los barrios altos de Santiago. De todas formas, la visita fue

un éxito diplomático para los dos jefes. Antes de irse, como recuerdo, el cubano le regaló al chileno una metralleta que dos años después se haría famosa.

—Gustavo, si llama Marimé decile que me espere, que ya paso a buscarla. Si vienen a buscar las revistas, recién el lunes o martes.

Sergio Karakachoff le dejaba encargos de último momento a su hermano menor, que lo miraba con bastante desgano. Sergio, después de noviar un año, se había casado con Marimé Arias Noriega; aunque seguía ocupadísimo no quería faltar al almuerzo familiar. Ella también tenía mucha actividad: era docente en Filosofía y pasaba las horas entre la cátedra y los grupos de estudio de Néstor García Canclini. Sergio volvió a salir a la ventana con gestos de que se estaba apurando.

—Sí, Segundo, es un minuto nada más.

Segundo Torres Molina era abogado, un hombre mayor y de modales pausados, pero esa mañana estaba más que inquieto. Su hijo Ramón, también abogado, uno de los pocos argentinos que había tenido contacto con la guerrilla del Che en Bolivia, acababa de cumplir una condena de tres años, acusado de participar en el intento guerrillero de Taco Ralo. Sergio había sido uno de sus defensores y ahora don Segundo y su esposa lo pasaban a buscar de parte de Ramón, que creía que la policía quería agarrarlo de nuevo.

Era el 20 de noviembre. Sergio y los Torres Molina se subieron al Citroën, pasaron a buscar a Marimé y al rato llegaron a la casa de la diagonal 74 donde vivía Ramón. Cuando quisieron tocar el timbre, la puerta se abrió desde adentro con una patada: el departamento estaba ocupado por cinco tipos de civil:

—¡Coordinación Federal! ¡Quietos ahí!

Gritó uno. Ramón Torres Molina se les había escapado y querían llevarse algo, lo que fuera. A Sergio lo agarraron entre dos, con alguna trompada, y lo arrastraron hasta el Citroën.

—Ustedes vieron que este paquete estaba adentro del auto, ¿no? ¿Lo vieron, no?

El policía de civil les gritaba a un grupo de chicas y muchachos para que salieran de testigos. Pero los pibes se fueron rápidamente. Dos de ellos eran estudiantes de Derecho y reconocieron a Karakachoff. Enseguida llamaron a la Facultad para que le avisaran al doctor Nápoli, su decano, sobre la maniobra de las pruebas falsas. Nápoli difundió la noticia y al rato ya había abogados en la seccional 5.<sup>a</sup>, adonde habían llevado a los cuatro detenidos.

Esa misma noche, los separaron: los hombres a los calabozos de la 9.<sup>a</sup>, las mujeres a la Brigada Femenina.

En el interrogatorio de Sergio, los policías empezaron preguntándole por unas pistolas. Al rato, el oficial dijo:

—No, basta, eso no va más.

La acusación de tener armas no se sostenía. Los policías cambiaron de rumbo:

—Bueno, decinos dónde está Torres Molina...

Al rato le estaban gritando que Marimé estaba vinculada al grupo del GEL que había caído esos días, que él tenía relaciones con las FAP, que le habían allanado el estudio y habían encontrado papeles muy comprometedores, y que confesara si no quería pasarla muy mal. Pero no lo torturaron. El lunes, cuando llegaron Solari Irigoyen, Pinto y otros abogados, les comunicaron que su defendido estaba a disposición de la Cámara Federal en lo Penal. El escándalo crecía. Notas y telegramas de denuncia, actos en la escalinata de Tribunales, en Derecho y Humanidades, declaraciones de sindicatos y de grupos radicales. El miércoles, Gustavo, el hermano menor de Sergio, se encontró con Solari Irigoyen y Pinto en el bar de la esquina de la 9.<sup>a</sup>. Los abogados le dijeron que todavía no habían podido ver a Sergio. Hasta ese momento, sólo habían soltado a la señora de Torres Molina. Pinto estaba indignado:

—Lo único que le dijo Mor Roig a Alconada Aramburú es que no los van a poner a disposición del PEN. Pero el muy turro le dijo que ellos no podían parar la causa en el Camarón, porque ése era un tema de la justicia y no del Ejecutivo. Es ministro de un gobierno ilegal y nos quiere correr con legalismos. ¿Y ése era radical? ¡Mamma mía!

Ese día tenía que ir el juez Munilla Lacasa a interrogarlos. Los acusaban de violación a la ley 17.401, que prohibía las actividades comunistas. Mientras todos salían a repudiar el atropello, un cronista del diario platense *La Gaceta* quiso conocer la opinión de Ricardo Balbín:

—El radicalismo ya ha hecho varias declaraciones con respecto a los presos políticos y para nuestro partido no existen nombres, sino presos políticos...

—Pero, doctor Balbín, ¿van a sacar alguna declaración del comité nacional por el caso de Karakachoff?

—Vea, habrá que reunirse...

Fue toda la respuesta del presidente del comité nacional de la UCR. El jueves a la noche, Munilla Lacasa tomó declaración a Sergio y Marimé. A

Segundo Torres Molina no llegó a interrogarlo, porque se descompuso y tuvieron que internarlo. El juez dejó a los tres en libertad. Sergio y Marimé pasaron, tardísimo, por el estudio, donde los esperaban familiares y amigos. En el allanamiento, como siempre, la policía había revuelto todo. Cuando empezaron a ordenar apareció el cronista de *La Gaceta*:

—¿Qué le sacaron, Karakachoff?

—Dos libros, una lista de afiliados radicales, otra de los alumnos de Marimé, el texto de un discurso que di hace unos meses... Ah, y una cinta de grabador.

—¿Y qué contiene, doctor?

—Es el discurso que dio Balbín en el '63, cuando Arturo Illia asumió la presidencia.

**Noviembre de 1971.** Sergio Karakachoff escribió el editorial de la revista *En Lucha* pocos días antes de su detención. Se titulaba «Impostergables definiciones»:

«Desde esta publicación hemos sostenido en forma permanente nuestra posición contraria a la actitud complaciente de ciertos sectores dirigentes del radicalismo frente al régimen, así como nuestra oposición a los contubernios de hoy y de siempre, entre ellos el mismísimo GAN. Esta postura marca la postura de los sectores yrigoyenistas y combatientes del radicalismo frente a la actual coyuntura político-institucional. Creemos conveniente desde esta base hacer algunas reflexiones sobre el papel de la UCR en la hora actual, no ya en lo que hace a lo estratégico sino a la ubicación en el contexto sociopolítico del país y a su envergadura como movimiento de masas y como expresión de ideas. Es claro que la filiación yrigoyenista que proclamamos define nuestra ubicación en dicho contexto: el radicalismo es la causa frente al régimen. Es decir, expresión emanada de las mayorías populares y a su servicio, en tanto que definitivamente enfrentada con los sectores del privilegio. Esta afirmación, que podría resultar pueril por obvia, no parecería ser la tónica dominante de la actitud política de ciertos sectores de la dirección partidaria. Surge de dicha actitud la psicosis de sentirse minoría, una suerte de complejo hacia las masas a las que se consideran ajenos y, esto es lo más grave, una revalorización de los sectores del privilegio como eventual clientela política y electoral. No se trata por cierto de negar un hecho evidente y que es que el radicalismo es efectivamente una minoría. Todos sabemos que por algo lo es, como sabemos también quién es la mayoría. De lo que se trata es de reivindicar el concepto, de la más pura estirpe

yrigoyenista, de que el destino del radicalismo está indisolublemente unido al de las mayorías populares. Si ambos se han separado es porque el radicalismo no ha sabido interpretar ni conducir a las mayorías; es decir, no ha estado a la altura de su cometido histórico. (...)

»En materia económica, las enormes concentraciones de capital y el neocolonialismo en su etapa más descarnada de penetración hace menester formular y definir una nueva actitud ideológica. Temas como la reforma agraria, que excede la módica trascendencia de un slogan, la socialización de la medicina, la redefinición del concepto de propiedad privada, la participación obrera con poder de decisión en el proceso de producción de bienes, y muchos otros que hacen a una actitud moderna y de vanguardia frente a la realidad actual, deben ser ampliamente discutidos dentro del partido y con los demás sectores populares para incorporar las conclusiones a nuestro acervo programático. De esta manera, y reafirmando nuestra vocación humanística y nacional y ejerciendo todo el bagaje de ideas, con dignidad militante y combatiente, lograremos recuperar nuestra condición momentáneamente perdida de intérpretes y conductores de mayorías. De lo contrario, el radicalismo estaría definitivamente muerto».

—Cuando nos enteramos, armamos un zafarrancho.

El doctor Antonio Chúa estaba contento de poder conocer, por fin, a su defendido Alberto Elizalde. Estaban en un cuarto mal iluminado, lleno de biblioratos, de la planta baja del edificio de Tribunales. Un policía parado detrás del preso escuchaba sin mostrar el menor interés.

Chúa le alcanzó a Alberto un papel romaní donde había una larga lista de abogados. Mientras Alberto firmaba, le mostró una edición del diario *El Día* del día siguiente a su detención: «¿Un nuevo caso Verd en La Plata?».

—La verdad que nos cagamos todos. Pasaban los días y los tipos no aflojaban.

Alberto le contó que los torturadores de Arana eran los mismos que le habían tomado declaración en la 9.<sup>a</sup> y quedaron en radicar la denuncia por torturas.

—Eso a los del Camarón les importa un pito. El juez César Black dice que «la tortura es a la guerrilla como la artillería antiaérea es a la aviación»; pero nosotros no les dejamos pasar una y todas nuestras denuncias quedan documentadas. Algún día habrá justicia en este país...

Cuando el abogado le contó que la madre y la novia estaban esperándolo en un bar de la calle Uruguay, a Alberto se le enrojecieron los ojos.

—Tu vieja te mandó cigarrillos y una *pasta frolla* casera.

—¿Y Cristina?

Como seguía incomunicado, volvió al calabozo. Al día siguiente lo llevaron a Devoto junto con Rolo Diez. Los metieron en un pabellón de celdas de aislamiento, donde escucharon que había otros presos. Al mediodía alguien gritó «tumba», mientras se oían ruidos de cacerolas, y le dieron dos platos de fideos bien pegoteados. Cuando lo dejaron salir para que lavara los cacharros, coincidió en el piletón con el Rolo que, por lo bajo, le dijo que estaba Santucho:

—¿Dónde?

—Acá, al lado nuestro.

Santucho, Gorriarán Merlo, Toschi y Ulla estaban castigados y en huelga de hambre, reclamando que no los aislaran del resto de los presos. Rolo y Alberto, que no habían podido estrenar su flamante incorporación al ERP, ahora estaban al lado de los cuadros dirigentes. Todos presos. Como no lo conocía, Alberto buscó una manera formal:

—Compañero Santucho...

—Sí...

Empezó a explicarle que eran de La Plata, pero un guardiacárcel les gritó que se callaran:

—Esto es un pabellón de aislamiento, carajo.

Santucho no le hizo caso, les dio la bienvenida y les explicó por qué era la huelga de hambre.

—Queremos romper la política de aislamiento a que nos quieren someter y exigimos que nos lleven con el resto de los compañeros.

Al día siguiente, los jefes del ERP ganaron su pequeña escaramuza y consiguieron que los pasaran a un pabellón con los demás presos; Elizalde y Diez seguían aislados hasta que los llevaron de nuevo a Tribunales. La denuncia de torturas había caído en las manos del juez Black, que ordenó que se hiciera la pericia médica pedida por los abogados. Como la Cámara Federal no tenía médicos forenses, tuvieron que llamar a uno de los Tribunales de La Plata. Ya había pasado una semana: los rastros de la tortura eran minúsculos.

Unas horas después, el juez Eduardo Munilla Lacasa, secretario de la Cámara Federal, les tomó declaración. Alberto se negó a declarar y con tono muy medido le dijo que tenía algo que denunciar:

—Doctor, fui secuestrado de mi casa y torturado brutalmente.

Munilla Lacasa se excusó:

—Tengo entendido que ha sido revisado por un forense y que hay una causa radicada en la que entenderá el doctor Black, ¿no es así?

Según iban desfilando por el despacho de Munilla Lacasa, les levantaban la incomunicación. En vez de volver a los calabozos, los del GEL fueron a parar a una celda más grande donde los presos caminaban de una pared a la otra sin parar.

—Ésta es la leonera.

Les dijo uno que estaba sentado, que se identificó como montonero.

—Cuando los traen acá, los comunes esperan sentencia o rebaja, entonces se pasean como leones hambrientos. Vas a ver tipos que saltan de alegría y otros que se enloquecen de bronca.

Como a las seis de la tarde, abrieron el candado, y un agente gritó:

—Vamo' lo que van a Devoto...

Llegaron para la hora de la cena, y los llevaron a un pabellón donde había unos veinte presos. Un petiso de pelo negro corto se acercó y les preguntó quiénes eran; cuando se identificaron, él también se presentó:

—Compañero Jorge Ulla, encantado.

Mientras les daba la mano, avisó a los demás:

—Pelado, Gringo, son los de La Plata.

Fue una larga ronda de saludos. El Pelado era Gorriarán Merlo, el Gringo era Humberto Toschi y, un rato después, apareció Mario Santucho.



## Diez

Lawrence de Arabia lo tenía fascinado. Horacio González pensaba que la militancia en la facultad le ponía límites demasiado claros, y que ya era hora de tratar de que su vida se pareciera más a sus ideas. En esos días había estado leyendo a Lawrence de Arabia y estaba fascinado con la historia de un hombre que abandonaba su medio y sus hábitos para mimetizarse con esos árabes cuya causa quería defender: la historia de un hombre que impugnaba todo lo que había sido para transformarse en otro y que, al mismo tiempo, seguía siendo aquél. En realidad, ésa era también la historia de muchos militantes que cambiaban de lugar social, de trabajo, de costumbres. Y también era una idea fuerte del momento: el abandono de los viejos esquemas, la construcción del hombre nuevo.

A fines de 1971, Horacio estaba militando con gente del MRP, en un sector encabezado por Ricardo De Luca y Pancho Gaitán; el grupo había sido, años antes, una especie de vanguardia del peronismo de izquierda pero estaba, ya entonces, en franco retroceso frente a las organizaciones armadas. Cuando les llegó la información de que había un grupo de jóvenes peronistas del Bajo Flores que quería conectarse con ellos, Horacio pensó que podía ser su oportunidad de salir al desierto, y se ofreció para hacerse cargo del contacto.

—Así que vos sos el tipo del MRP.

—Bueno, sí, de alguna manera... Vos debés ser Cacho.

Cacho Roperero hacía honor a su nombre: era un tipo de un metro noventa, veinticinco años, el pelo un poco largo, los bluyíns muy ajustados, la camisa bien abierta sobre el pecho velludo y ninguna ocupación conocida. Estaban en su casa: una especie de galpón con piezas, destartalado, en la calle Argerich, donde vivía con padres, tíos y hermanos. Cacho Roperero era el jefe de la banda del barrio, los que querían contactarse con el MRP:

—... pero tienen que darse cuenta de que si vienen para acá, hay reglas del juego que tienen que respetar, ¿me entendés? A ver si se creen que están en la facultad, y se ponen a hablar en difícil. No, loco, tienen que acordarse que esto es otra cosa, y a ver cómo se adaptan.

—No, por supuesto, sin ninguna duda. Nosotros sabemos que son las condiciones objetivas las que tienen que determinar nuestra conducta.

Horacio tenía una buena cara de peronista, y pensó que quizás eso le sirviera para algo en esa situación: el pelo un poco largo, oscuro, con su raya al medio, y el bigote con puntas para abajo. Mientras buscaban un idioma común, negociaron un rato. Cacho le dijo a Horacio que tenía un grupo de veinte o treinta muchachos que lo seguían, y Horacio le dijo a Cacho que, seguramente, para ciertas actividades, podría traer a treinta o cuarenta personas de la facultad. Ninguna de las dos cifras era del todo cierta, pero tampoco se trataba de eso. Y acordaron que lo primero que harían todos juntos, para conocerse, sería una manifestación más o menos relámpago.

—Bueno, ¿sabés qué? Habría que hacerla por acá nomás, en la barrera de Argerich. Acá tenemos todo controlado.

Pocos días después la manifestación avanzaba por Argerich esperando que apareciera la policía para tirar un par de piedras y rajar. Horacio había invitado a cuatro o cinco compañeros de la facultad y a un par de docenas de estudiantes de sus cursos, y Cacho había juntado a sus amigos. Cacho marchaba a la cabeza, gritando juventud presente, Perón Perón o muerte, cuando pasaron por delante de su casa. Toda su familia estaba en la puerta, reunida, y Cacho les dedicaba gritos y sonrisas y hacía gestos que mostraban que él estaba al mando. Horacio entendió por qué Cacho había elegido ese trayecto. Por un momento, Horacio se indignó: él estaba ahí para hacer la revolución, y el otro quería sobre todo que los suyos lo vieran como jefe. Después, enseguida, pensó que quizás sus razones no valieran mucho más que las de Cacho: que cada cual se armaba su historia como mejor podía.

Ese verano, las actividades del grupo mixto barrial-estudiantil empezaron a centrarse en la unidad básica de Neuquén y Boyacá. La UB estaba controlada por un puntero peronista del barrio, Juan Vitola, un ex teniente del ejército dado de baja en 1956 que tenía el pelo platinado, mocasines a la italiana, un valiant blanco con muchos cromados y un par de caballos en el hipódromo de Palermo. Vitola tenía banca en el Bajo Flores, y les dejaba usar la UB mientras quedara claro que era suya. En la UB, además, se reunían otros peronistas: la familia Vallese, por ejemplo, que mantenía buenas relaciones con la UOM de Lorenzo Miguel, Ahí, los «peronistas revolucionarios» eran un grupo más, que tenía que pelear por un lugar dentro del Movimiento Nacional Justicialista.

Horacio, en esos días, trataba de adaptarse al idioma peronista y al idioma del barrio al mismo tiempo: partía de la base de que esos idiomas, esas simbologías, eran las auténticas y que él, de alguna manera, tenía que abandonar los tics y los vicios de su origen universitario. Poder hacerlo era un

alivio, porque así descansaba en un espacio mayor, legitimado por el pueblo, y además estaba la satisfacción de saber despojarse. Aunque no resignaba la lectura y el trabajo en la facultad, pero también les daba ese sentido: en esos días, Horacio escribió un largo artículo, *Humanismo y estrategia en Juan Perón*, donde trataba de convertir ciertos escritos del general en el embrión de una filosofía popular entre Pico de la Mirándola y el Viejo Vizcacha. Lo publicó en *Envido*, una «revista de política y ciencias sociales» peronista dirigida por Alfonso Armada, donde colaboraba junto con José Pablo Feinmann, Juan Pablo Franco y Oscar Sbarra Mitre, entre otros. Y publicó, con un largo prólogo peronista, en una editorial peronista, *El príncipe moderno*, de Antonio Gramsci, cambiándole el título por uno peronista: *La voluntad nacional popular*. De todas formas, decía, los títulos de Gramsci no son de Gramsci: se los puso Palmiro Togliatti, o sea que él, desde una lectura nacional, también podía cambiarlos.

Al mismo tiempo, Horacio trabajaba en el INDEC, haciendo censos bajo las órdenes de Alcira Argumedo, y su vida familiar se aminoraba cada vez más: antes venía el trabajo, la facultad, la militancia. Su matrimonio se iba deteriorando. En el barrio no siempre era fácil tratar con Vitola, Roperó y los demás. Horacio estaba haciendo un aprendizaje acelerado de las dificultades de la política en el mundo real. Para salir a timbrear —ir casa por casa tratando de hablar con los vecinos sobre sus problemas inmediatos como forma de llegar, alguna vez, a charlar de política—, para armar una pintada o para convocar a una charla sobre el retorno de Perón en la unidad básica, había que poner de acuerdo a gente tan diversa que, en general, el trabajo de hacerlo era mucho mayor que el de la organización en sí. Horacio solía pensar que era una cuestión de aprendizaje y que, con un poco más de esfuerzo, llegarían a entenderse. Que no eran tan distintos y que, en última instancia, las coincidencias eran más fuertes que las diferencias: que los unía el objetivo común de la revolución popular peronista.

**Noviembre de 1971.** En esos días, se publicó en Buenos Aires la primera edición de *Las venas abiertas de América Latina*, del uruguayo Eduardo Galeano. El libro era un recorrido absolutamente partisano, basado en la teoría de la dependencia, por la historia del continente y, en los años siguientes, tendría decenas de ediciones, sería estudiado en colegios y universidades y se traduciría a dos docenas de idiomas. *Las venas* contribuyó a que mucha gente se formara una idea determinada de la historia latinoamericana, y aclaraba su lugar desde el principio: «La división

internacional del trabajo consiste en que unos países se especializan en ganar y otros en perder. Nuestra comarca del mundo, que hoy llamamos América Latina, fue precoz: se especializó en perder desde los remotos tiempos en que los europeos del Renacimiento se abalanzaron a través del mar y le hundieron los dientes en la garganta. Pasaron los siglos y América Latina perfeccionó sus funciones. Éste ya no es el reino de las maravillas donde la realidad derrotaba a la fábula y la imaginación era humillada por los trofeos de la conquista, los yacimientos de oro y las montañas de plata. Pero la región sigue trabajando de sirvienta. Continúa existiendo al servicio de las necesidades ajenas, como fuente y reserva del petróleo y el hierro, el cobre y la carne, las frutas y el café, las materias primas y los alimentos con destino a los países ricos que ganan consumiéndolos mucho más de lo que América Latina gana produciéndolos».

—¿A beneficio de los indios tobas?

—Sí, de los indios tobas.

—¿En Mau-Mau?

—Sí, Graciela, ya te dije que era en Mau-Mau.

—Pero Mau-Mau es el boliche de todos los burguesitos de barrio norte, Jorge. ¿Cómo vamos a ir a una fiesta a beneficio de los indios tobas en Mau-Mau? Es una aberración...

—¿Por qué?

—¿Cómo por qué?

—Jorge, no me digas que no me entendés.

—Graciela, lo que yo entiendo es que vos seguís igual. No vas a cambiar más.

—No sé por qué me decís eso. Además, vos sabés que yo no tengo ropa para ir a una fiesta en Mau-Mau...

Ese viernes, el Flaco Jorge y Graciela Daleo fueron a bailar a Mau-Mau, en la calle Arroyo, donde un whisky costaba mil pesos, a la fiesta por los indios tobas. Una amiga de Graciela le estaba cosiendo un minishort pero no lo terminó a tiempo, así que le prestó una pollera larga, de terciopelo, con un tajo al costado. Graciela estaba demostrando algo:

—Viste que podía venir.

—Claro que podías.

En una tarima, tras los sillones de cuero y bajo luces bajas, Antonio Prieto cantaba cuando caliente el sol, allá en la playa. Atrás, sobre una pared blanca, se proyectaban diapositivas con indios semidesnudos de narices chatas. En el

medio, mujeres de polleras muy cortas y pelos muy lacios tomaban whiskies on the rocks con hombres de patillas largas y remeras lacoste. Graciela lo miraba, se miraba, y no terminaba de creer lo que veía.

El Flaco ya estaba viviendo de nuevo en Buenos Aires, había retomado sus estudios de ingeniería, trabajaba en IBM y seguía tratando de ayudar a su padre. Graciela se había inscripto en la carrera de Sociología de la UBA. A veces hablaban de irse a vivir juntos, pero no terminaban de ponerse de acuerdo.

—Todos estos departamentos que me decís son de un solo ambiente.

—Bueno, sí... Es lo que podríamos pagar por ahora.

—Graciela, ¿cómo se te ocurre que nos vayamos a meter en una jaula así?

Graciela no había vuelto a la política y sentía, por momentos, terribles culpas. El año anterior, tras la muerte de Fernando y Carlos, se había pasado varios días como un zombi. Pensaba sobre todo en Carlos Ramus, al que recordaba como un tipo rígido, muy duro, pero a quien quería mucho. Le pesaba esa sensación de que la muerte estaba empezando a tocar a gente de su edad, a jóvenes que, hasta entonces, no se morían, y no podía perdonarse que ellos hubieran muerto por sus ideas y que ella, en cambio, estuviera viva y sin hacer nada. El Flaco trataba de sacarla: un día le dijo que en lugar de sentirse culpable de estar viva tenía que pensar cómo hacer para que la muerte de ellos tuviera algún sentido. La respuesta obvia era volver a militar, pero el Flaco se resistía con denuedo. Graciela lo aceptaba, pero le parecía que vivir sin militar era como vivir a medias.

—Yo ahora estoy con un grupito peronista, estamos pensando en sacar una revista. Seguro que vos podrías hacer algo con nosotros...

La flaca Laura era una vieja compañera de la época del Camilo, y se habían vuelto a encontrar en las aulas. Aunque Graciela había retomado los estudios para mostrarle al Flaco que lo acompañaba en sus esfuerzos, la facultad le sirvió para ver un poco más de gente, salir del encierro de su noviazgo. Hasta cierto punto:

—No, flaca, me parece que me gustaría, pero no puedo. Si lo hago, se me va al carajo la pareja, y la verdad que me importa muchísimo.

—Pero no podés dejar todo por eso.

—No, claro, no lo dejo. Pero por el momento tengo que hacer el sacrificio, ¿sabés?

Graciela desgrababa clases para ganarse unos pesos, y solía estudiar con un grupo en el que estaba José Pablo Ventura, el Tala, al que también conocía del Camilo: ella había sido su responsable en el CRU. Y Miguel Talento, el

Pancho, y dos chicas: Teresa y Julia, que era la hija de un ministro de la provincia de Buenos Aires. A veces iban a estudiar a su casa, un triplex impresionante en la avenida Libertador. Una mañana, a principios de diciembre, Tere la llamó para avisarle que Pérez Amuchástegui, el profesor de Introducción a la Historia, estaba tomando examen en grupo, y que valía la pena tratar de darlo ya.

Cuando Graciela llegó a la facultad de la calle Independencia se encontró con una bruta discusión: Pérez Amuchástegui, un profesor muy tradicionalista, no quería tomar exámenes en grupo y los estudiantes insistían en que lo hiciera. El aula era un revuelo. El ayudante, Juan Carlos Garavaglia, trataba de mediar. Al cabo de un rato, el profesor empezó a gritar que estaba secuestrado, que lo estaban secuestrando los alumnos. Diez minutos después llegó la policía.

Los agentes desalojaron el aula y se llevaron a varias docenas de estudiantes al hall central; ahí los pusieron contra la pared, los cachearon y empezaron a subirlos a los camiones celulares que ya estaban llegando. Como pudo, Graciela le dijo a Julia que ella ya había estado presa antes, que le avisaba por sí le pasaba algo. Pocos días antes, en Mar del Plata, un grupo parapolicial había matado a la estudiante Silvia Filler, y Graciela estaba asustada.

Cuando salió a la calle, Graciela vio que ya no quedaban celulares: se habían llenado todos, y a ella y a Julia las metieron en un valiant azul con tres policías de civil. El auto arrancó y a Graciela le pareció que no iba en la dirección de la comisaría. Se le empezó a dormir el labio: era lo que le pasaba cada vez que tenía mucho miedo. Tenía la garganta seca, pero consiguió preguntar adonde las estaban llevando:

—Te llevamos a la comisaría, no te preocupés.

La 6.<sup>a</sup>, en Venezuela y Combate de los Pozos, estaba llena de gente haciendo cola para diversos trámites. Mientras entraba, Graciela consiguió escribir su teléfono en un papelito y dárselo a uno de los que esperaban. Era un muchacho joven.

—Por favor, avisa en mi casa que me agarraron, que me trajeron acá.

Un policía la vio, y se precipitó sobre el papelito. Ya adentro, Graciela descubrió que la comisaría estaba repleta de otros estudiantes, y se quedó más tranquila. Eran como ciento veinte: los metieron en dos calabozos grandes, los hombres por un lado y las mujeres por otro. En los calabozos había jolgorio, excitación, charlas y encuentros. De tanto en tanto se ponían a cantar algo y los agentes les gritaban silencio. Graciela pensaba que era casi un chiste: ella

se había apartado de todo eso, no estaba haciendo nada y, sin embargo, era como si el país no la dejara alejarse del todo y ahí estaba, presa con un centenar de compañeros. Un par de horas después, a eso de las ocho, la llamaron por su nombre. Todavía no habían llamado a nadie, y Graciela salió con mucho recelo.

En la guardia le tendieron el libro, le dijeron que firmara y le dieron sus cosas. Ella preguntó por qué.

—Porque se va, por qué va a ser.

—¿Están mis padres esperándome?

—No.

Entonces se asustó en serio. Pensó que era una trampa. Era muy común: te daban salida de la comisaría para que no quedara constancia legal, y al salir te agarraban y empezaba de veras la cuestión.

—¿Y mi novio?

—No, tampoco. No hay nadie esperándola.

Graciela salió conteniendo la respiración. En la puerta de la comisaría no había nadie, y tuvo que hacer un esfuerzo para no correr. Las normas de seguridad indicaban que no había que tomar un taxi en la puerta: si estaba ahí esperando, nada garantizaba que no fuera de la policía. Cuando llegó a Rivadavia se tomó uno que la dejó, sin problemas, en la puerta de su casa.

El Flaco ya había llegado y también la esperaba: se fueron con los padres de ella a comer al Buon Mangiare, en Ángel Gallardo, para festejar. Ahí se enteró de que había salido muy rápido porque Jorge había hablado con una tía suya que estaba en el ministerio del Interior, y que la tía había hablado con un comisario que había llamado a su colega de la 6.<sup>a</sup> para pedirle que dejara salir a Daleo porque era la novia de un amigo:

—Así que ya ves, las relaciones también sirven para algo.

Le dijo el Flaco, y Graciela estuvo de acuerdo. Era viernes y la cantina estaba llena: los jamones esperaban en el techo y corría un olor de ajo y frito suave. Antes de comer brindaron porque todo se había terminado bien; después llegaron las supremas y los tallarines y, al final, pidieron unas frutillas con crema. Graciela se quejó de que no fueran de Coronda.

—¿Y qué te importa de dónde sean?

Le preguntó su padre.

—No, porque éstas deben ser importadas, y la verdad que habiendo argentinas, tendríamos que preferir las nuestras, ¿no?

—Bueno, si las importadas son más baratas...

—No, ¿cómo? Si podemos hacer algo por los productores nacionales tendríamos que hacerlo.

La discusión arreció. Era tan tonta, y a Graciela le parecía que los tres se ponían contra ella: también el Flaco. Que se aflojó el nudo de la corbata y, al final, le dijo que parecía mentira, que acababan de sacarla de la comisaría y que si no iba a escarmentar nunca:

—No hay caso, Graciela, no hay caso. No hay manera de que entiendas, ¿no?

—Acá tengo unos nuevos, fijesé, increíbles. Son japoneses pero vienen bien de tamaño y hay colores. Hasta hay unos que tienen unas escamas en la punta, parece que hacen cosquillitas.

—¿Vos los probaste?

—No... La verdad que me dieron ganas, pero no me animé.

—Bueno, anótame cuatro docenas, a ver qué tal salen.

Cuando terminó la colimba, Eduardo Sigal decidió empezar una nueva etapa. Había recibido un encargo importante: sería el responsable de toda la militancia universitaria comunista en la provincia de Buenos Aires. Tenía veintiún años y un cargo de gran responsabilidad: su carrera en el partido era un éxito. Eduardo no la medía en esos términos. Era, sobre todo, la posibilidad de ser más eficaz, de participar mejor en la lucha por el socialismo pero, de todas formas, lo halagaba destacarse así.

Para ocuparse de sus nuevas tareas tenía que instalarse en La Plata, empezar a cursar alguna materia y trabajar. Ya tenía previsto casarse con Mabel, su novia de siempre, a principios del año siguiente; mientras tanto, se fue a vivir a una pensión con otros compañeros y alguien del partido le consiguió la representación de unos productos japoneses: cajitas de música, encendedores, preservativos. La venta iba bien y, al cabo de unos pocos meses, ya tenía una cartera de seis o siete clientes seleccionados, que atendía cada diez o quince días y le permitían vivir tranquilo. El resto del tiempo cursaba, sin mayor interés, histología, y se trabó con anatomía y, sobre todo, militaba.

Su tarea principal en esos días era recuperar la influencia perdida sobre los centros de estudiantes universitarios. Desde la ruptura, el PC había quedado un poco afuera; la Juventud Radical y el PCR solían ganar las elecciones de los centros, que funcionaban en semiclandestinidad. La Juventud Peronista todavía no se interesaba por ellos: los consideraba espacios pequeñoburgueses que no valían la pena.



Eduardo tenía reuniones, reuniones y reuniones, en bares, casas, aulas desocupadas. Desde los grupos de cada facultad hasta las direcciones provinciales, pasando por los círculos de la Fede y los encuentros con otros grupos políticos, su vida era una reunión interminable.

—Sobre todo hay que apoyar las actividades del ENA, eso ya lo sabemos. Pero no tenemos que cometer el error de descuidar la tarea universitaria. Como dice el documento, si con el pretexto de luchar afuera por el poder se deja de luchar dentro de la universidad, facilitamos la labor de la reacción y condenamos a la mayoría del estudiantado a quedarse al margen de la lucha política.

Eduardo estaba satisfecho: la organización estudiantil estaba creciendo y sólo le preocupaba la forma en que los demás grupos crecían también. Los peronistas, por ejemplo, que unos meses antes eran casi inexistentes en la universidad y que no paraban de ganar gente, sobre todo con su política de apoyo a las organizaciones armadas.

—Consideramos que más que crecimiento es un engorde temporario, que tiene que ver con las ilusiones ultraizquierdistas de algunos sectores aislados de la universidad, más que nada. Aventurerismo pequeñoburgués. Pero con esa política foquista y elitista van a terminar cayendo en el aislamiento más completo. Nuestra tarea, compañeros, consiste en arrinconarlos, demostrar el descuelgue de sus propuestas, aislarlos mediante el trabajo y el debate en todas las circunstancias...

Se sentían mucho más cerca de Franja Morada, la organización estudiantil de los jóvenes radicales. Sus dirigentes, Juan José Cavalari, Fredi Storani, que respondían a la línea de Karakachoff, hablaban de la construcción de una Argentina igualitaria, socialista, que parecía tener sólo diferencias de matiz con la que esperaba Eduardo. Y se hicieron amigos y se pasaban horas y horas charlando, discutiendo.

Hacia fin de año, Eduardo fue convocado a una reunión en Buenos Aires, con un responsable nacional. No era una reunión común y fue medio nervioso, sin saber qué pasaría. Mientras viajaba en el micro revisaba su práctica de los últimos meses: no le parecía que hubiese cometido errores graves, pero no terminó de tranquilizarse.

—Las evaluaciones que se han hecho sobre tu desarrollo político son totalmente satisfactorias...

Eduardo respiró, aliviado. El tipo, igual, seguía muy serio:

—... y hemos evaluado que habría que eliminar todos los impedimentos, para que tu accionar sea más eficaz todavía, así que pensamos que deberías

empezar a ser rentado por el partido...

El PC siempre había tenido una cantidad importante de «funcionarios», militantes rentados. En teoría, cada uno de ellos recibía un salario un poco mayor que el sueldo mínimo, que salía del frente donde actuaba. Pero, en realidad, el dinero variaba según los niveles. Los dirigentes importantes también recibían plata para el alquiler, los viáticos, la ropa, los libros. Eduardo, por el momento, debería contentarse con el mínimo. Y, además, tendría que recolectarlo entre los militantes de su área.

—No, disculpame pero este mes ando jodido. En cuanto me llegue la remesa te juro que te la doy.

Las cotizaciones de los estudiantes nunca eran seguras. Eduardo había dejado la venta japonesa y, de vez en cuando, lo lamentaba. Hubiera podido mantenerla sin gran esfuerzo, pero se suponía que un rentado del partido no hacía esas cosas. De todas formas, estaba satisfecho. El cambio era un reconocimiento importante: ahora sería un militante comunista a tiempo completo.

**Diciembre de 1971.** La revista *Panorama* publicaba en esos días una nota titulada «Reagan: el ocaso de una estrella»:

«Favorito de la derecha americana, Ronald Reagan (60), ex actor cinematográfico y actual gobernador de California, parece estar en franca declinación. Un sentimiento hostil a su persona viene ganando el Estado, y recientes sondeos le atribuyen un número mayor de detractores que de simpatizantes.

»El crimen, los impuestos, los servicios públicos y el costo de la burocracia local siguen subiendo a pesar de las promesas simplistas de Reagan, que pensaba reducirlos con medidas financieras. A la hora de la verdad, sin embargo, el funcionario debe saber que California no puede pagar sus deudas y que ninguna reforma impositiva vio la luz hasta aquí, si no es la que se autoaplicó el año pasado para evadir sus propias cargas fiscales, no obstante gozar de sólida fortuna. Un notable del Estado, hombre de confianza del senador opositor Edmund Muskie, comentaba al respecto: “Siempre alborotó tanto con eso de que los impuestos perjudican, que cuando nos enteramos de que no pagaba ninguno resultó un delincuente más”.

»Pero la otrora estrella de la Warner Brothers no se percató de su merma de popularidad. “Nunca tomé esas encuestas de m... muy en serio. En realidad, creo detectar una calidez y una aprobación espontánea aún mayores de parte de la gente”. Claro que sus colaboradores notan que le preocupa su

imagen en deterioro. “Es como si tu mujer —explicó uno de ellos— dijera que ya no te quiere como antes. Se siente incomprendido. La integridad es todo para él, y como algunos lo acusaron de estar metido en cosas turbias quedó dolido”. Esa compunción, con todo, no le impide ciertos esparcimientos: pasar tranquilas veladas con mujer e hijo en su casa o —casi todos los viernes— salir de weekend con amigotes de la pantalla como John Wayne y Bob Hope.

»En verdad, lo que irrita a Reagan es un rumor recurrente: Richard Nixon le habría perdido la fe. Su equipo gubernamental se apura a desmentir la especie, afirmando que el presidente no tiene mejor amigo. Hay indicios de que incluso podría lograr un puesto en el gabinete o una embajada, y hasta postularse a la vicepresidencia para 1972, cosa que niega. El hecho es que ahora Reagan precisa más de Nixon que Nixon de él, y que la derrota del actual ocupante de la Casa Blanca en las próximas elecciones dejaría al gobernador mucho tiempo libre para su familia y su primer amor, el fútbol.

»El destino astral de Reagan, en cualquier caso, roza la fugacidad política. Un senador californiano y demócrata condensó hace unos días: “Cuando un tipo está hecho de celuloide, sube rápido y se quema pronto”».

Julio César Urien había terminado la carrera y recibido los galones de guardiamarina de la infantería de marina; se había pasado cuatro años encerrado entre militares, y tenía ganas de ver un poco del país que, sospechaba, se escondía más allá de los cuarteles. Como su hermano también había terminado el Colegio Militar, decidieron compartir su propio viaje de egresados.

—Facundo, qué te parece si nos vamos de mochileros al norte, a conocer las comunidades de matacos y quechuas, los hacheros, los campesinos. Lo invitamos a Mario Galli, les decimos a los más amigos de tu promoción y de la mía y nos vamos.

A los pocos días, seis jóvenes oficiales del Ejército y la Armada se habían tomado un micro en Retiro con dirección a Resistencia. En otras escalas se sumaron otros más y al final eran como quince. Nadie hubiera dicho que eran militares: se habían dejado la barba, y viajaban a dedo. El viaje les resultó absolutamente estimulante. A la vuelta, Julio se encontró con Aníbal Acosta, su ex compañero de promoción:

—Nos fue bárbaro, no sabés el viaje que te perdiste. Estuvimos con un cacique toba en Tucumán, con campesinos, con curas del tercer mundo...

—Julio, eso es para vos que sos de Buenos Aires. Yo nací en Formosa, en la Acción Católica vivíamos con tobas; yo llevo un algarrobo en la espalda, hermano...

Julio le contó que el cacique era un tipo de cuarenta años pero parecía de sesenta, y que hablaba poco:

—Cuando le pregunté por qué no le hacían los reclamos de su situación de miseria a los del gobierno me hizo esperar, se metió en un ranchito de adobe y volvió con una foto: el cacique al lado de Manrique. Me dijo: vienen, reparten migajas, se hacen sacar una foto en los diarios y no vuelven más...

A Julio y a Mario les parecía que el viaje era una experiencia que necesitaba algo más: que no podían quedarse en un recorrido turístico y distante, y que después de todo lo que habían visto tenían que hacer algo. Mario Galli tomó la iniciativa.

—Julio, mi novia va a misa con un cura del tercer mundo que es un tipo jugado. Un tal Jorge Adur. Creo que tendríamos que plantearle lo que estamos haciendo y ver cómo nos enganchamos con otros sectores.

Los dos sabían perfectamente que, para un oficial de la Armada, el hecho de conectarse con los sectores revolucionarios de la Iglesia era una transgresión absoluta. Pero estaban decididos. Querían unas fuerzas armadas que respetaran la soberanía popular y si para eso había que conspirar, conspirarían.

—Está bien, Mario. Esto hay que seguirlo.

Al otro día se encontraron en la estación La Lucila. Caminaron unas cuadras y llegaron a una capilla chiquita, de paredes blancas sin adornos. Aplaudieron desde la puerta varias veces hasta que salió un muchacho de camisa blanca y pantalón gris.

—¿El padre Jorge...?

—Soy yo.

El sacerdote no hizo ademán de hacerlos pasar. Mario le sonrió:

—Mi novia viene los domingos a misa con usted.

Adur estaba acostumbrado a recibir parejas jóvenes para los cursos prenupciales:

—Ah, están con ganas de casarse...

—Sí, algún día... Pero ahora la cosa es que...

Julio creyó que era mejor ir al grano:

—Nosotros somos militares, somos cristianos y creemos que las fuerzas armadas tienen que mirar los intereses del pueblo y no de la oligarquía. Vea

padre, nosotros hemos leído documentos de los sacerdotes del tercer mundo, y estamos completamente de acuerdo con ustedes.

Ante el silencio del cura, Mario creyó que tenía que agregar algo.

—Y con la gente del peronismo revolucionario...

El sacerdote no mostraba ningún signo de interés por las palabras de esos dos tipos de pelo corto, cuello ancho y gesto duro:

—Bueno, yo soy un párroco, aquí viene mucha gente, y veo muy bien que estén preocupados por el país, por los que sufren. Si ustedes quieren volver en otro momento, con todo gusto podemos conversar...

Era evidente que el cura no iba a hacerlos pasar; Mario y Julio lo saludaron muy amables y se fueron. A veinte metros de la capilla, Julio le preguntó a Mario si había visto que, mientras hablaban, alguien los espiaba por la ventana de la capillita.

—Sí, se ve que estaba ocupado. Le voy a decir a mi novia que ella le avise primero, así la próxima charlamos mejor.

Los oficiales navales no podían sospechar que en la capilla había una reunión de un grupo montonero, y que el auto estacionado en la puerta era un auto operativo de la organización.

**Febrero de 1972.** Los indicadores económicos de fines del 71 mostraban síntomas de crisis. La inflación había llegado al 34,7 por ciento —contra el 13,6 del año anterior— y se convertía en la cifra más alta desde la hiperinflación de 1959. El crecimiento se había desacelerado y entraba en una curva recesiva: durante 1969 el PBI había crecido el 7,1 por ciento, en 1970 el 4 por ciento y, en 1971, el 3,4.

Pese a la caída en la producción, el general Lanusse ensayó una política salarial a tono con la apertura política y anunció que iba a convocar a las paritarias y que el Estado no pondría topes en las negociaciones. Pero el solo anuncio generó aumentos de precios y Lanusse prefirió oír la voz de las centrales empresarias, principalmente la UIA, que decían que los aumentos salariales traerían la ruina de la alicaída producción. El gobierno siguió aumentando salarios por decreto y ensayó distintas maneras de controlar los precios. Era muy difícil: una baja en la producción agrícola y ganadera provocó la subida de los alimentos básicos de la canasta familiar. El gobierno, para evitar aumentos de la recesión y el desempleo, siguió invirtiendo en obras públicas, aunque sus entradas impositivas estaban disminuyendo. Las reservas monetarias cayeron en picada y el gobierno prohibió todas las importaciones.

El gobierno militar no dejaba canales institucionales para la concertación, pero la pelea por la distribución del ingreso durante 1971 estaba en la escena cotidiana: veda de carnes, precios topes, exhibición de precios por decreto, negociaciones informales con la dirigencia gremial antes de los anuncios de aumentos y un aumento de las huelgas sectoriales sin precedentes. Pese a los aumentos, los ingresos de los asalariados recuperaron sólo los niveles de 1969; comparado con 1970, el crecimiento del salario real fue del 3 por ciento.

En *El Estado Burocrático Argentino*, el sociólogo Guillermo O'Donnell daba datos sobre la situación socioeconómica. La cantidad de huelgas y paros fue creciente:

1967: 68; 1968: 50; 1969: 93; 1970: 116; 1971: 237.

Y también los actos de protesta y violencia —sin incluir tomas de fábricas:

1967: 336; 1968: 239; 1969: 599; 1970: 724; 1971: 1036.

El 21 de enero de 1972 Julio César Urien cumplió veintidós años. Estaba satisfecho de haber seguido el consejo de su padre: «Julito, primero termina la carrera naval y después fíjate cómo encauzas tus inquietudes». Ahora se había trazado un camino: sería un oficial de las fuerzas armadas alineado con el peronismo revolucionario. Era un papel difícil, pero Julio creía que tenía las convicciones y la capacidad necesarias; tenía, sobre todo, mucha confianza en sus recursos y posibilidades. Al final, el contacto que había hecho junto a Mario Galli con el cura Adur funcionó: Julio y Mario fueron a varias reuniones con militantes montoneros.

Leyeron documentos, preguntaron todo lo que les interesaba y dejaron de ir. Su situación no era la misma que la de un estudiante o un sindicalista. Por el momento, no podían funcionar regularmente en una organización política. Julio sabía que los servicios de inteligencia naval los tenían a todos bajo la mira. Además, como su padre era un nacionalista conocido, lo controlarían con más cuidado.

—Nosotros tenemos que mantener la autonomía. Tratemos de conocer, hablemos con todos los que podamos, pero sin casarnos con nadie.

Su padre tenía relación permanente con gente del entorno de Perón, y Julio sabía que muchos militares dados de baja tras el golpe del 55 tejían hilos pensando en que el fin de la dictadura y de la proscripción del peronismo no estaba lejos. El juez Urien le había advertido que, en ese ambiente, había de todo un poco:

—Cuidado con ese coronel Osinde, ése es un tipo vinculado con toda clase de servicios. El general Iñíguez se ha pasado la vida alentando golpes militares peronistas salvadores que nunca se concretaban y han quedado compañeros civiles, oficiales y suboficiales en banda...

Así fue que conocieron gente de distinto pelaje. Uno era un civil, de la juventud peronista que, a través de amigos comunes, se le había pegado a Urien padre. Un tal Orueta, que decía ser sociólogo y conocía mucho de lo que pasaba en las Fuerzas Armadas. Orueta, además, les contaba anécdotas del Cordobazo, que mostraban que había estado ahí. Galli y Acosta también lo conocieron; Mario Galli destacaba la claridad del sociólogo:

—La verdad es que nosotros que estamos encerrados en la vida militar no tenemos ni idea de lo que pasa; este flaco sí que tiene una visión global.

Aníbal Acosta estaba de acuerdo con Mario. Sólo una cosa le llamó la atención, pero le parecía irrelevante: cuando hablaba de mujeres, Orueta resultaba muy despectivo. No le gustó una frase que había repetido varias veces con una sonrisa desagradable: a las mujeres hay que manejarlas como a las locomotoras: pito y leña. Aníbal pensaba que un revolucionario, que hablaba de la igualdad y del hombre nuevo, no podía caer en esas bajezas.

Las vacaciones se estaban terminando, y Julio sabía que le iban a dar destino en alguno de los batallones de infantería de marina, pero antes tenía que pasar por un curso de instrucción muy exigente. Hasta ese momento, la preparación consistía en maniobras de guerra regular, tanto para la flota como para la infantería. En general, la infantería tenía que hacer los tradicionales desembarcos de vehículos anfibios en cabeceras de playa sosteniendo combate contra la artillería y la infantería enemigas. Pero esta vez había un curso nuevo, diferente: estaba a cargo de unos oficiales navales que habían sido preparados por militares norteamericanos en la Escuela de las Américas de Panamá, y se presentaba como «curso de supervivencia». Cuando se encontró con Mario, Julio le contó lo que se había enterado:

—Supervivencia, lo llaman. Ésa es la fachada. Pero te aclaran que es un curso antisubversivo. No es para guerra tradicional sino para guerra interna. Te hacen actuar en pequeños grupos guerrilleros que supuestamente operan tras la frontera de un país comunista. Los que hacen de enemigos son los del Batallón de Infantería Naval 5, los de Tierra del Fuego, que siempre están en pie de guerra por si se arma el kilombo con Chile. La orden que tienen es que si te agarran te hacen mierda.

—Claro, con eso te prueban, te estudian. Vos sabés cómo es el lema: instrucción dura, combate fácil. Quieren que seamos autómatas, Julio.

Julio sabía que tenía que navegar a dos aguas. Quería aprender todo lo que pudiera y, además, quería ser el mejor: sí pretendía ser un referente dentro de la fuerza, tenía que destacarse en todo. No iba a vacilar, por más difícil que pareciera la parada. Quince días después estaba, junto a otros quince oficiales de la Marina y cinco de la Prefectura, en unos barracones de la base naval de Río Grande, Tierra del Fuego. El oficial que dirigía el ejercicio juntó a Urien con otros cinco y les dio la misión:

—Señores, ustedes van a conformar una patrulla que va a infiltrarse en territorio comunista. La misión de cada comando es secreta. Una vez que traspasen las líneas enemigas deberán sabotear puntos neurálgicos. El objetivo principal serán los radares. Al tercer día van a tener un contacto con un partisano que les va a dar la localización exacta de los objetivos.

—¿Qué es un partisano?

Preguntó uno de los oficiales.

—Es como un guerrillero, un poblador que está del lado de ustedes.

El oficial siguió con los detalles de su objetivo y les dijo que les iban a dar equipo de supervivencia: poco alimento y uniformes de rezago de la marina norteamericana. Además, llevaban equipo de comunicaciones, explosivos y armas portátiles: fusiles, pistolas, bayonetas.

—Si caen en manos del enemigo comunista, los bolches van a hacer lo que sea para sacarles informaciones para abortar la misión. Así que un aspecto fundamental del ejercicio es la fortaleza moral.

Los «comunistas» que ocupaban el territorio eran, por supuesto, fuerzas de la Marina. Una vez que el grupo estudió los planos, marcaron los puntos de acceso y estudiaron las rutas alternativas, hicieron sus mochilas y salieron. Sabían que la iniciativa era un punto muy importante en las evaluaciones. Les habían aclarado que, en caso de perder el contacto con el partisano, la misión se cumplía lo mismo. Podían valerse de la población civil, que no era mucha. La zona estaba más bien desierta.

Una vez fuera de los ojos de cualquier ser humano tenían que resolver el primer problema: cómo penetrar en territorio enemigo. Estudiaron los caminos y decidieron interceptar el primer camión cargado de ovejas que pasara y camuflarse bajo las patas del ganado.

Al rato, entre medio centenar de corderos se escondían seis infantes de marina. Estaban acurrucados en la caja del Mercedes Benz, recubiertos de pasto y de bosta. En un momento, el chofer frenó y se puso a conversar con alguien. Urien espió por entre las ovejas y se dio cuenta de que era una pinza enemiga. Tras unos minutos, el camión estaba de nuevo en marcha.



Al mediodía estaban en pleno territorio enemigo, así que decidieron cavar unas fosas en un monte y esperar hasta la noche. A esa altura ya habían conseguido despistar a los ocupantes comunistas. El paisaje, en los alrededores del lago Fagnano, era una mezcla desoladora de montañas bajas y páramo tristón. De acuerdo a la orden recibida, la segunda etapa consistía en marchar alrededor de ochenta kilómetros hasta el lugar donde se conectarían con el partisano.

Caminaron de noche y pudieron esquivar las patrullas enemigas. Cuando completaron la segunda etapa del plan empezaron a sentir el frío y el hambre, pero estaban motivados para entrar en acción. Abrieron sus planos y Julio propuso su plan de ataque:

—La cita con el partisano es mañana a las dos de la tarde. Se supone que todo lo que nos tiene que dar es la localización exacta de los radares para que los volemos al día siguiente. ¿Qué pasa si el tipo es un infiltrado?

El grupo se quedó estudiando la situación un rato y decidieron saltar un paso. Urien siguió con su idea:

—Primero confirmamos el lugar del objetivo. Después chequeamos la cita donde va el partisano para evitar que venga con cola.

—¿Qué cola?

—Si el tipo nos manda a una emboscada.

Acordaron que el jefe fuera a la cita de las dos de la tarde, recibiera la información, le dijera al partisano que iban a volar los radares al otro día y que, mientras tanto, una parte del comando se instalaba en la base de la colina donde estaban los radares, lista para cumplir el objetivo.

—A la noche, después de la voladura, nos volvemos a juntar y seguimos con la misión. Pero les ganamos un día de ventaja y les va a resultar difícil agarrarnos.

A la hora fijada llegó el partisano y les dio los detalles. El partisano, por supuesto, era un suboficial de la marina preparado para ese papel:

—Allá, en esa colina, están los radares. Ustedes tienen una balsa escondida allá en el lago, una vez que crucen, pueden hacer la aproximación a pie y mañana pueden proceder. ¿Comprendido?

—Sí señor.

No bien se separaron, el jefe de la patrulla agarró su walkie talkie, se comunicó con los demás y al rato los radares de madera estaban volando por el aire. Esa noche volvieron a encontrarse y deambularon otro día más, en que cumplieron otros objetivos menores de sabotaje y eludieron a varias patrullas

comunistas. El problema era el hambre. Uno de la prefectura había encontrado la solución:

—Allá, en aquella casa, hay un chiquero.

Al rato, agazapados, dos comandos trajeron a la rastra un chanco. Fue el error fatal: la información del cuatrero llegó a oídos de las patrullas comunistas de la Marina. Igual podrían haber escapado, pero los perdió la gula. Esa tarde, cuando fueron a una hostería a buscar condimentos para cocinar el chanco, aparecieron enemigos por todos lados, que rodearon a la patrulla y al chanco. Los marinos no tuvieron más remedio que rendirse: ahora eran prisioneros de los comunistas:

—¡Vamos, camaradas! ¡Llevémoslos al campo de concentración!

Al rato, los saboteadores estaban en una prisión de campaña instalada en el Batallón 5. Sabían que lo que se venía no sería más fácil que lo anterior. Dos oficiales empezaron el interrogatorio:

—¿Cuál era la misión de ustedes? ¿Quiénes les dieron las órdenes de acción?

Los interrogadores arrastraban las eses y gritaban con un acento que pretendía ser ruso, de película mala. De no haber sido por la gravedad del momento, la situación podría haber sido ridícula.

—Soy el guardiamarina Julio César Urien, número de legajo 2006.

—Vamos, Urien, habla, carrajo. Aquí todos hablan, tarde o temprano...

Al rato lo encerraron en una especie de calabozo, con poca ropa y sin comida. Pidió ir al baño y lo sacaron al patio, delante de todos.

—Dale, cagá... ¿O te da verriüenza?

Julio se bajó los pantalones, se agachó y procedió sin inmutarse. Horas después, volvieron a sacarlo para el interrogatorio.

—Los de tu patrulla ya hablaron. Así que ustedes son los que volaron los radares. ¿Cómo llegaron al objetivo?

—Soy el guardiamarina Julio César Urien...

—Así que no vas a cooperar con las fuerzas del soviético...

El oficial llamó a uno de los soldados.

—Camarada, descuartizamiento para este chanco burrués.

La cosa se había puesto fea. Al rato, el guardiamarina Julio César Urien estaba estaqueado en el piso, tiritando de frío y pensando en que eso debía tener un límite, que era un ejercicio: que sus propios compañeros no podían maltratarlo así. Pero ese límite no llegaba. No quería perder la moral. Quería ser el mejor. Durante veinticuatro horas más recibió todo tipo de torturas: le pegaron en todo el cuerpo, le hicieron el submarino metiéndole la cabeza en

un piletón con agua hasta que creía que se ahogaba, le pusieron un barril de kerosén en la cabeza y pegaron golpes en la lata para dejarlo sordo. Julio resistía. A lo lejos se oían los gritos de otros prisioneros. Dos marinos neocomunistas comentaban las incidencias:

—A ése hubo que darle más bifés para que se calle que para que empiece a hablar.

Por lo que oía, se daba cuenta de que sus compañeros se rendían rápido: después sabría que, en general, no cantaban por miedo al dolor sino porque lo que les estaban haciendo les parecía denigrante e injusto: creían que un oficial de la Armada argentina no tenía por qué soportar semejante humillación a manos de sus compañeros. Julio, en cambio, se la aguantaba porque sabía que, tarde o temprano, iba a tener que enfrentarlos, y quería probarse sus límites. Al final del segundo día, el oficial a cargo de los interrogatorios se dio por satisfecho:

—Basta. Éste no habla. Denle de comer y ropa de abrigo.

El oficial, por primera vez, lo miró en castellano:

—Felicitaciones, oficial. Ha demostrado un alto grado de moral. Lo felicito.

Días más tarde dieron las calificaciones: de los veinticinco participantes, sólo dos no habían cantado. El mejor puntaje lo había obtenido el guardiamarina Urien, por su iniciativa en el combate, su capacidad de improvisación y su aguante frente a la tortura.

**Febrero de 1972.** En esos días, el país seguía las alternativas del caso Robledo Puch, una especie de asesino serial de 20 años, clase media, rubio, vecino de Olivos, recién detenido y acusado de una docena de muertes. En el suplemento cultural de *La Opinión*, Osvaldo Soriano describía ese interés. Su artículo hacía primero una síntesis de la vida de Robledo que decía, entre otras cosas que, «el 15 de mayo (de 1971) —doce días después del primer golpe importante— (Jorge) Ibáñez y (Carlos Eduardo) Robledo visitan Enamour, una boite de Olivos. En el fondo hay un jardín que da al río. La noche es fresca cuando los dos hombres fuerzan una ventana y entran. Revisan minuciosamente y reúnen casi dos millones de pesos. Cuando se retiran, Robledo ve una puerta cerrada y la entorna para mirar adentro. Dos hombres —Pedro Mastronardi y Manuel Godoy— duermen el último sueño. Carlos Eduardo dispara varias veces sobre esos cuerpos. No hay un gemido. Cuando le preguntaron por qué los había matado, respondió: “Qué quería, ¿que los despertara?”.

»Desde entonces, los amigos entran definitivamente en el vértigo. El dinero vuela de sus bolsillos en un desenfado baladí. No quieren ser hombres distinguidos, como los criminales de guante blanco. Están matando y lo saben. Tal vez intuyen que ese vértigo los aniquilará. Han escapado siempre, pero una simple circunstancia, un error mínimo puede perderlos. Deciden apostar todo; también la vida de quienes se crucen a su paso. Robledo e Ibáñez gastan horas y horas frente a las barras de los boliches, también gastan todo el dinero.» (...)

El 24 de mayo asaltan un supermercado en Olivos:

«No están seguros de que el techo se abra con facilidad. Robledo lleva una barreta y cuerda de nylon para descender. Jorge se queda de campana y Carlos trabaja. Siempre es así. Por fin, el material cede. Dos chicos sin experiencia profesional han destrozado otra vez la seguridad de un comercio. Entran. En plena oscuridad tratan de no derribar las montañas de latas de conserva para no despertar al sereno Juan Scattone. Pero éste se despierta y avanza. Robledo se agazapa y gatilla dos veces. Scattone se derrumba. En las cajas hay cinco millones de pesos. Destapan una botella de whisky y brindan en la oscuridad. Revisan al muerto y encuentran la llave de la puerta del personal. Salen repletos de billetes y montan en la motocicleta que habían dejado muy cerca. Los esperan 20 días de pacífica juerga. A una mujer le quedan 20 días de vida.

»Ibáñez quiere probar a Virginia Rodríguez, una adolescente de 16 años que frecuenta las boites de Olivos. Robledo para en un hotel de Constitución y no tiene tanto interés por las mujeres. A Ibáñez se le antojaban seguido, como ahora la Rodríguez.

»La noche del 13 de junio, Ibáñez va a buscarlo al hotel para dar un paseo. No tienen coche y eso deprime a Robledo Puch. Ibáñez le pide que lo espere en una pizzería. Minutos más tarde vuelve con un Dodge Polara. Lo estaciona y entra en la pizzería; en voz baja le dice a Robledo: “Metete que le tuve que hacer la boleta al sereno”. Es la única vez que Ibáñez dispara por su cuenta. Espera un premio: Virginia Rodríguez. Se lo dice a Robledo, le pide que se la consiga.

»Esa noche la encuentran y Carlos baja con el revólver. Virginia sube. Toman la ruta Panamericana. Ibáñez, que maneja el auto, estaciona a un costado del camino. Pasa al asiento trasero y desnuda a la muchacha que se resiste. Robledo mira, pero su compañero lo echa. Se sienta en un costado y espera. Cuando los ve bajar del auto se acerca. “Andate”, dice Ibáñez a la

chica. Ella corre “Tirale”, ordena a Robledo. Este dispara cinco veces. Más de lo necesario».

Después el artículo cuenta la muerte de Ibáñez en un accidente, y cómo Robledo mata a Héctor Somoza, su nuevo socio de 17 años que, en medio de un asalto, le hizo la broma de atacarlo por atrás: «Héctor no comprende por qué su compañero le dispara. Muere enseguida. Robledo utiliza el soplete para quemarle la cara y las manos para que no queden huellas. Un error lo perderá: olvida quitar la cédula que Somoza guardaba en un bolsillo. Apurado, huye en la moto. Era su último escape. Ese día, el subcomisario Felipe D’Adamo lo detiene frente a su casa y le pone las esposas.

»Cinco días más tarde, el 8 de febrero, los diarios informan la detención de uno de los mayores criminales de la historia. En adelante, el caso de este hombre que asesinó a once personas y del que se sospecha haya aniquilado por lo menos a tres más, ocuparía dos páginas por día en *Crónica* y una página en *La Razón*. Los canales de televisión se lanzan a la caza de parientes y amigos. La revista *Así* agota varias ediciones.

»Los redactores de la sección policial de *Crónica* exprimen su imaginación bautizando a Carlos Eduardo Robledo Puch: Bestia humana (el día 8); Fiera humana (al día siguiente), Muñeco maldito, El verdugo de los serenos, El Unisex, El gato rojo, El tuerca maldito (el 10), Carita de Ángel, El Chacal (el 11). Ese día, el diario de Héctor Ricardo García sugiere que Robledo es homosexual, por lo que “sumaría a sus tareas criminales otra no menos deleznable”, escribe el redactor.

»*Crónica* improvisa, conjetura relaciones entre el acusado y la familia Ibáñez, se queja del silencio de los testigos, del mutismo del juez Sasson. Durante las primeras reconstrucciones, el público pide la muerte de Robledo, intenta lincharlo. *Crónica* sublima el hecho y titula: “El pueblo intentó linchar al monstruo”. *La Razón* compite con su colega buscando reportajes, opiniones, otros impactos.

»Se crea tal confusión que, a cinco días de detenido Robledo, es difícil averiguar cuántos son, realmente, los crímenes que ha cometido. (...)

»Nunca un caso criminal conmovió tanto a la sociedad argentina. Durante varios días toda actividad política, deportiva, artística, pasó a segundo plano ante una evidencia: en Buenos Aires, un muchacho puede por sí solo quebrar todas las barreras de seguridad, matar y robar sin que la justicia lo alcance hasta que la tragedia haya abrazado a muchos.

»La sociedad argentina no acepta la pena capital. Lo que parecería común en Estados Unidos, causa sorpresa y estupor aquí. La policía, que ha dedicado

sus mayores esfuerzos a la detención de guerrilleros, a los que denomina “delincuentes políticos”, da la impresión de ser vulnerable frente a quien ni siquiera es un profesional, sino un psicópata.

»Muchos han querido cuestionar, a través de Robledo Puch, a toda una sociedad. Otros piensan que se trata de un caso aislado, de un hombre desesperado.

»Sea como fuere, Robledo Puch desnuda la apetencia arribista de algunos jóvenes cuyos únicos valores son los símbolos del éxito: “Un joven de 20 años no puede vivir sin plata y sin coche”, ha dicho el acusado. Él tuvo lo que buscaba: dinero, autos, vértigo; para ello tuvo que matar una y otra vez, entrar en un torbellino que lo envolvió hasta devorarlo. Cuando mató al primer hombre, Robledo Puch ya se había aniquilado a sí mismo».

—¡Terminó la visitaaaa...!

El sargento gordo tenía los botines negros relucientes y movía un llavero de llaves muy grandes con gesto de apuro, pero los presos seguían remoloneando. Alberto Elizalde estaba sentado en uno de los bancos que se bajaban al patio para la visita. A mediados de febrero, con el calor y la humedad, todo andaba despacio. Alberto sabía que iban a pasar cinco o diez minutos hasta que se enfriara la cremallera del calentador branmetal que había usado para tomar unos mates con su hermano. Otros guardaban jarros y termos con agua o limonada, y todos se despedían con afecto, muy mezclados: los presos no tenían un uniforme especial. El trámite duraba un rato, y el sargento, con años de servicio en Devoto, sabía que una regla de oro era avisar con anticipación. Había como cuarenta presos de la planta dos, la de los políticos, que estaban alojados en los pabellones del primero, segundo y tercer piso. La visita femenina llegaba los jueves y domingos a la mañana; los sábados venían los hombres. Esa mañana de sábado el sargento dio el segundo aviso:

—¡Fin de la visitaaa...!

El patio de Devoto se dividió en dos. Los familiares quedaron agrupados, charlando entre ellos, cerca de la puerta que daba al palier, dispuestos a atravesar cien metros y diez rejas hasta el portón de salida de la calle Bermúdez, previa requisita y recuperación de los documentos que quedaban en la entrada. Los presos, en cambio, se alinearon con la vista al frente al lado del paredón altísimo que separaba el patio del callejón de seguridad. Desde ahí podían ver los alambres de púa sobre el muro, como a cuatro metros de

altura, y también a los guardias armados con metralletas PA3, escondidos en las garitas.

—¡Recuento...!

Dos auxiliares del cuerpo de requisa pasaron revista, de derecha a izquierda. Cada uno iba contando a media voz: «uno, dos, tres...».

Al final, se miraron. El de menor graduación dijo:

—Treintainueve...

—Treintainueve.

Repitió el encargado de requisa mirando al sargento de visita. El sargento asintió, hizo un gesto para que el guardia encargado del candado del patio abriera la puerta y liberó el camino de los familiares. En cada reja, el sargento tenía que repetir el gesto.

El trabajo estaba claramente repartido: el cuerpo de requisa se ocupaba de los presos, el cuerpo de visita de los familiares. Los presos subieron la escalera y volvieron a sus pabellones, guiados por el suboficial de la requisa. Entraron a los tres pabellones sin que se percibiera un gesto fuera de lugar. En el pabellón de Alberto, varios miraban disimuladamente sus relojes y se paseaban como si estuvieran en la leonera. Cuando pasó el tiempo acordado, Alberto acompañó al Petiso Ulla hasta una ventana. Hablando con las manos le preguntó a Pedro Cazes Camarero:

—¿Todo bien?

—Todo bien.

Ya había pasado media hora: Ulla y Elizalde supusieron que la fuga de Víctor Fernández Palmeiro había sido un éxito. Ahora quedaba esperar hasta que algún celador detectara que en el pabellón, en el lugar de Víctor, estaba su hermano Gonzalo. Gonzalo Fernández Palmeiro era totalmente distinto de su hermano: Víctor era un tipo grandote, con la mandíbula ancha y un hoyo en el mentón; Gonzalo era desgarbado, narigón y tenía la cara llena de granos. Lo único que habían hecho era vestirse igual, con un pantalón gris de poplín, mocasines negros, una camisa blanca. Gonzalo entró a la visita con una campera liviana verde botella. En cuanto llegó, Gonzalo se sacó la campera y, cuando el sargento gritó el fin de la visita, Víctor ya la tenía puesta, y salió caminando, junto con los demás familiares, por la puerta de la calle Bermúdez. A esta altura ya estaría bien refugiado en alguna casa operativa. Los presos no podían festejar, para que no saltara la perdiz, pero estaban felices de que el Gallego estuviera en la calle y, sobre todo, de haber jodido así a los carceleros.

La idea se le había ocurrido a Víctor: su hermano aceptó y sólo le pidió un poco de dinero. Gonzalo Fernández Palmeiro no compartía las ideas políticas de Víctor, y le importaba más que nada la plata. La dirección del PRT en Devoto, al principio, discutió la idea de pagarle a alguien para que ayudara en una fuga, pero terminó por aceptarla. Después avisó a las conducciones de las otras organizaciones, para que aceptaran compartir el riesgo de las posibles represalias y para que ese día nadie hiciera nada raro.

Gonzalo se quedó un par de días en el pabellón de su hermano: usó su cama, su ropa, pasó dos veces el recuento de las siete de la tarde y dos veces el de las siete de la mañana, como un preso más. Al tercer día, dos abogados se presentaron ante un juzgado para que se les informara por qué motivo el señor Gonzalo Fernández Palmeiro estaba detenido en el pabellón tres de la Unidad Penitenciaria número dos.

Esa tarde, los diarios sacaron en la tapa la foto de frente y perfil de Víctor: «Se fugó un guerrillero de Devoto». La fuga era casi graciosa, y el gobierno quedó en suave ridículo. Los diarios hablaban del prontuario de Fernández Palmeiro, de veintitrés años; lo vinculaban, entre otras cosas, al atentado fallido contra el palco de Lanusse y Bordaberry, el año anterior. También salía la foto de Gonzalo: de él sólo decían que era de profesión empleado, pero que no se le conocía ninguna actividad política. Ulla y Elizalde tomaban mate y disfrutaban de los diarios. Ulla tenía debilidad por los sobrenombres. A Alberto lo había apodado Manzanita, por la cara redonda.

—¿Sabés por qué al Gallego le pusieron Dedo? Porque se subió a un tren, solo y desarmado, y le apoyó a un cana el índice en la espalda y le afanó el fierro.

Víctor había hecho eso tres años antes, cuando quería entrar en las FAL y no lo dejaban, porque su contacto no le tenía confianza. Entonces, para ganársela, se le ocurrió ese operativo. Víctor estuvo poco tiempo en las FAL; al cabo de unos meses, se pasó al ERP.

En Devoto, Gonzalo pensaba que iba a salir enseguida pero lo dejaron preso, a disposición del Poder Ejecutivo. Víctor estuvo guardado unos días con su compañera, que no había podido ver en ocho meses. Había nacido en España, de familia republicana, y desde muy chico se sumaba a los de la juventud comunista cuando se trenzaban a golpes con los de Tacuara. A los pocos días, volvió al comité militar de la regional Buenos Aires del ERP. Ahí se dio un abrazo con Joe Baxter, otro de sus miembros, un tipo algo mayor que él, con mucha historia: diez años antes, Baxter había sido uno de los fundadores del MNR Tacuara.



Antes de que empezara el mes de marzo de 1972, el Servicio Penitenciario Federal decidió que las visitas de varones en la Unidad 2 de Villa Devoto se realizarían en un locutorio convenientemente dividido por rejas, y muy bien custodiado.

**Febrero de 1972.** La cuestión venía complicada desde el siglo XVIII, cuando los ingleses terminaron de convertir a los católicos irlandeses en un pueblo sometido a los colonos protestantes. Las revueltas y levantamientos se sucedieron. En 1921 la isla fue partida en dos: al sur, la República de Irlanda, católica y autónoma; al norte, el Ulster seguía siendo un territorio británico, gobernado por los protestantes con la ayuda de Londres. Los católicos eran más pobres, no tenían acceso a puestos oficiales y siguieron enfrentando de diversas maneras esa discriminación; en 1968, su Movimiento por los Derechos Civiles organizó actos y marchas que convocaron a decenas de miles. Los protestantes reaccionaron y su líder, el reverendo Ian Paisley, denunció una «nueva conjura papista» y convocó a los suyos a prepararse para la guerra. Poco después, la policía protestante organizó raids en los barrios católicos de Londonderry y Belfast. Hubo batallas campales con muertos y heridos. A principios de 1969, el IRA —*Irish Republican Army*— volvió a tomar las armas.

En agosto hubo enfrentamientos callejeros entre católicos y protestantes que duraron días. Brigadas paramilitares protestantes asaltaron y quemaron casas católicas, y los católicos se defendieron con barricadas y cócteles molotov. El 14, el gobierno laborista de Londres decidió mandar una dotación militar para hacerse cargo de la seguridad en Irlanda del Norte. Al mismo tiempo, para compensar, ordenó la eliminación de todas las trabas legales que impidieran la igualdad entre católicos y protestantes.

Poco después, el gobierno conservador de Heath reemplazó en Londres al laborista de Wilson, y los paracaidistas ingleses entraron en los barrios católicos de Belfast. La situación era explosiva. En 1971 hubo casi tres mil incidentes armados y unos doscientos muertos. El 30 de enero de 1972, decenas de miles de personas recorrían las calles de Londonderry con carteles del Movimiento por los Derechos Civiles: proponían que la cuestión volviera al terreno político. Pero las tropas británicas cargaron y convirtieron la manifestación en masacre. Trece católicos murieron y los incidentes duraron hasta la madrugada. En Dublin, capital de la República de Irlanda, una multitud quemó la embajada británica. Ese día pasaría a la historia irlandesa como el *Bloody Sunday*. Poco después, Londres decidió disolver el

parlamento irlandés de Stormont y asumir el gobierno directo de Irlanda del Norte. El Movimiento por los Derechos Civiles desapareció, y la política armada del IRA se impuso entre los católicos. Empezaban largos años de violencia.

Al mismo tiempo, en Pekín, el presidente americano Richard Nixon, su consejero Henry Kissinger, el canciller chino Chou En Lai y su jefe Mao Tse Tung se reunían, en un vuelco político que asombraba al mundo. Los grandes jefes se intercambiaron sonrisas, gentilezas y un casal de osos panda del Yunan contra una pareja de bueyes almizcleros de Alaska. Unos meses antes, la República Popular China había sido aceptada por fin en las Naciones Unidas. Y, con esta visita, empezaba a romperse la di visión bipolar del mundo entre comunistas y capitalistas. El país más poblado de la tierra abría sus fronteras y empezaba su proceso de desarrollo industrial y de comercio con el capitalismo.

—¿Y si nos presentamos los dos juntos?

—Bueno, si te parece...

—Nosotros siempre hemos dicho que nuestro lugar está junto a la clase obrera, ¿no?

El negocio de los carteles de telgopor no estaba funcionando, y Luis Venencio tuvo que salir a buscar trabajo. Sólo tenía sexto grado: eso no le dejaba muchas posibilidades. Un día, un vecino del Tigre le dijo que podía hacerlo entrar en el astillero Astarsa, a veinte cuerdas de su casa, en Rincón de Milberg. Luis pensó que no sólo era un trabajo. Era, además, una vuelta a sus orígenes: al Tigre y al medio obrero. Como sí, después de su paso por el centro y el cuentapropismo, llegara adonde tenía que haber estado desde el principio.

En el astillero siempre necesitaban gente, y tenían una escuelita donde formaban, durante un mes, a los postulantes que pasaban una especie de examen de ingreso. Cuando Luis se lo comentó al responsable de su grupo, Jorge Kamín pensó que era una oportunidad inmejorable para insertarse en la producción: para hacerse proletario. Así que, unos días más tarde, los dos se presentaron juntos a las puertas del astillero.

El examen era más que nada una cantidad de cuentas y algunas preguntas generales. En la sala, junto con otros sesenta postulantes, Luis ya había resuelto la parte matemática y se preguntaba si le convendría contestar bien quién había sido el caudillo de la Argentina entre 1833 y 1852. Pensó que quizás ponían esa y otras preguntas para detectar a la gente con inquietudes

políticas y dejarla afuera, pero al final se decidió a contestar todo lo que supiera. Al otro día, Luis y Jorge se enteraron de que habían sido aceptados y empezaban su entrenamiento para convertirse en ayudantes de caldereros.

Los alumnos de la escuelita recibían, durante un mes, el sueldo mínimo para pasarse ocho horas por día aprendiendo a trabajar. La escuelita era un galpón donde treinta tipos jóvenes traspiraban en silencio mientras un tal Quiroga, un manco por accidente de trabajo, los iniciaba en el oficio. El calderero no tenía nada que ver con las calderas: en la industria naval, el calderero era el armador, el que iba ensamblando las piezas a partir de los planos. El calderero tenía dos ayudantes: el oxigenista, que cortaba las chapas con un soplete, y el punteador, que daba unas puntadas de soldadura para mantener la chapa en su lugar hasta que llegara el maestro soldador. Esas chapas, a veces, pesaban varias toneladas: la soldadura no era fácil. Luis trataba de aprender la técnica y las reglas del juego. Una tarde se rasguñó una pierna con un fierro y le salió sangre; lo mandaron a la enfermería y el médico le dijo que se tomara un par de días.

—No señor, yo estoy en la escuelita, no quiero que me vaya a costar el puesto.

—Pero no, cómo se le ocurre. La salud es lo primero. Vaya tranquilo.

A veces, el profesor manco les hablaba de la suerte que tenían de estar en Astarsa:

—Ustedes capaz que no se dan cuenta, porque son muy pichones, pero la verdad que son unos privilegiados de trabajar acá. Astarsa es una industria de industrias. Acá, si trabajan en serio y hacen las cosas bien, pronto se van a poder comprar un coche, una casita, de todo se van a comprar, si me resultan buenos laburantes...

Astarsa y Río Santiago eran los dos grandes astilleros argentinos, donde se hacían los barcos para la flota mercante de ultramar. Astarsa era un terreno enorme que terminaba en el río, donde se botaban los barcos. Trabajaba sobre todo para el Estado: ELMA era su cliente principal, y en su directorio estaban los Alemán, muy cercanos al gobierno de Lanusse. El presidente era Braun Cantilo, de un grupo que tenía acciones en el Banco de Galicia y en Austral, entre otras empresas. En Astarsa trabajaban, entonces, unos quinientos obreros navales; en la sección metalúrgica, que hacía locomotoras, había otros tantos.

—... y encima está el respeto: acá, con el carné de la empresa, si los para la cana acá en Tigre ni necesitan llevar documento, ni siquiera. Ustedes todavía no se dan cuenta, pero esperen un cacho y después me van a contar.

Los primeros días de trabajo fueron duros. Luis entraba a las seis de la mañana y salía a las seis de la tarde. El sindicato naval había hecho un convenio, presentado como gran conquista, por el cual trabajaban doce horas y cobraban las últimas cuatro como extras, al cincuenta por ciento más. El trabajo era fuerte: el casco de un barco se iba haciendo en celdillas muy chicas, para que el agua no se difundiera en caso de accidente, y había que hacer cada compartimiento. Para eso tenían que meterse en espacios muy reducidos con soldadores, sopletes y grandes martillos: calor terrible en verano, mucho frío en invierno y, siempre, un ruido ensordecedor. El trabajo era peligroso: más de uno era tuerto, otro tosía como un desesperado, muchos tenían hemorroides de tanto agacharse sobre chapas calientes y varios se quejaban de que ya no les daban ganas de coger:

—Así que estás de novio. Ya vas a ver, pibe, cuando te casés. Recién ahí vas a ver lo que es coger por obligación.

Le dijo uno de los primeros días un soldador cuarentón, más resentido que melancólico, y Luis se quedó muy impresionado por la frase.

—Y encima se te hace difícil, hermano, porque acá los rayos te secan las bolas, ya vas a ver.

Pero los juegos sexuales aparecían por todas partes. En cuanto alguno se agachaba le tocaban el culo, o se lo revoleaban de una patada; en el baño, los muchachos jugaban a bañarse con la leche que la empresa tenía que darles todos los días. Y había mucho grito, vehemencia, agresiones fáciles o jodas sangrientas, sobre todo a los nuevos: les escondían la ropa en el vestuario, les pisaban la manguera del soplete, les perdían las herramientas, los aturdían golpeando la chapa cuando estaban en un doble fondo, los prepeaban con cualquier excusa. Luis no podía entender por qué tanta agresión y tanta pelea: había que estar todo el tiempo en guardia. Luis era tímido pero calentón: a veces trataba de contestar alguna cargada, y lo gastaban más. Kamín, más ducho, la jugaba callado y soportaba lo que viniera. Para colmo, Luis no terminaba de agarrarle la mano a las soldaduras. Se desesperaba y pensaba que la cosa no iba a durar: si conseguía aguantar, seguro que iban a terminar echándolo por inútil. Muchas tardes llegaba a su casa, le dolía todo, recordaba las gastadas del día y decidía que lo iba a dejar. Pero al día siguiente volvía: no tenía otra cosa.

—Acá tenés que estar atento, Luis. Que no te agarren blandengue porque perdés para toda la cosecha. Tenés que primerearlos, hermano, haceme caso.

Hugo Rivas tenía tres años menos que él pero varios más de experiencia en el trabajo y ya era oficial calderero. En alguna de esas charlas casuales que

se daban entre soplete y martillazo, cuando los muchachos comentaban el partido de anoche o la mina que se querían levantar, Luis había reparado en él: Hugo era medido, tranquilo, tan seguro. Se veía que lo respetaban casi todos.

—Vos sabés lo que se dice de vos, acá, ¿no?

Luis tenía ojos claros, era rubio, hablaba con bastante cuidado: los que no lo conocían del Tigre, de cuando era chico, lo tomaban por un universitario que quería mezclarse con los obreros para hacer política: el tipo de clase media que quiere disfrazarse de laburante. En Astarsa no había, pero todos conocían algún caso. Y eso les provocaba desconfianza, cierta distancia, y lo gastaban más. Luis no sabía cómo hacer para sacarles esa idea de la cabeza.

—No te preocupés, hermanito. Con el tiempo se van a dar cuenta de que la pifiaron fiero.

A veces, a Luis le parecía que tenía que demostrarles que él también podía hablar de fútbol o de minas, tomarse un mate o un par de vinos. Como si tuviera que seguir rindiendo examen. Hugo Rivas lo bancaba:

—Che, Luis, el que me estaba haciendo de ayudante lo mandaron a mantenimiento. ¿Querés laburar conmigo?

Luis aceptó encantado. Las yuntas eran muy importantes en el astillero y, cuando lo vieron con Hugo, un oficial respetado, empezaron a tratarlo mejor. Poco a poco varios de sus compañeros lo integraron a sus charlas. A mediodía paraban hora y media para comer: al principio, Luis se iba casi siempre a su casa. Estaba viviendo cerca, en lo de su hermana y su cuñado, con su madre, y le resultaba cómodo. Pero después se fue quedando más. En el astillero no había comedor: los trabajadores almorzaban en un gran descampado, al fondo, muy cerca del río y de los esqueletos de los barcos. Cada cual se llevaba la vianda, un sandwich, lo que fuera: salvo los capataces, los sindicalistas y algunos obreros más viejos que se hacían, cada mediodía, su asadito detrás de unas chapas.

El asado estaba prohibido, pero la empresa hacía la vista gorda. También estaba prohibida la bebida: cada mañana, una camioneta con damajuanas entraba a venderle a los sindicalistas, los capataces y los viejos. La división entre generaciones estaba muy marcada. Al delegado con más poder le decían Carola: Carola era un cuarentón flaco y nervioso, más bien duro, que se había deshecho de sus adversarios en la interna con maniobras más o menos turbias y había negociado, entre otras cosas, las doce horas de trabajo diario. Cada mediodía, Luis, Hugo y algunos más los miraban de lejos. A veces, en esos almuerzos, de las charlas de fútbol y mujeres pasaban a hablar de la situación

en el astillero, de los problemas con el sueldo y los extras, de las condiciones de trabajo, de cómo los delegados, en vez de defenderlos, se aliaban con la empresa o trabajaban para ellos y sus amigos: para conseguirse los mejores laburos, las quitas por trabajo insalubre, los plus por riesgo.

Empezaron a hacerse amigos. Se juntaban para jugar un partidito de fútbol, los sábados a la tarde, o para hacer un asado en la casa de alguno. El Chango Sosa llevaba la guitarra y cantaba muy bien; el Tano Mastinú y el Gallo también se prendían. Casi todos estaban casados y vivían en la zona, en casitas de material, con luz pero sin agua corriente; a veces, el asado incluía un rato de ayudar a levantar una pared nueva, o terminar el contrafuerte de un piso.

—No puede ser que estos tipos tengan toda la manija y la usen para garcarnos, loco. En vez de representarnos nos ventajean, es para matarse.

—Es que esta gente representa objetivamente los intereses de la patronal, hermano. Eso siempre fue así, eso está en la base de este sistema de explotación del hombre por el hombre.

—Uy, otra vez Jaimito con la parla.

Sus amigos empezaron a llamarlo Jaimito porque decían que tenía mucho verso. Le tomaban un poco el pelo pero lo escuchaban con atención. Al cabo de unos meses, Luis había formado un grupito chico, con Hugo y algunos más. A veces les pasaba un material del PO; Kamín iba a algunas reuniones pero prefería, por el momento, decía, mantenerse en reserva. Luis estaba cada vez más disconforme con las instrucciones del PO. Le pedían que enganchara gente en la fábrica para llevarlos a reuniones y charlas: eran tipos que trabajaban doce horas por día y que, cuando terminaban, querían ir a ver a sus chicos o a tomarse un vino con sus amigos, pero no a escuchar a un pesado que les hablaba en un idioma más o menos ajeno. A Luis le parecía que los del PO no tenían idea de lo que era la realidad de la fábrica, que sus propuestas estaban hechas para otra situación, y se iba alejando de ellos. Pero su grupito funcionaba y se unió con otro, donde estaba el Chango Sosa, que se llamaba Los Obreros y también eran muy pocos, juntos, empezaron a sacar volantes sobre los problemas más inmediatos del astillero.

El primero trataba sobre las famosas doce horas. «Compañeros, la burocracia nos traicionó arreglando con la patronal que tengamos que trabajar doce horas para ganar el sueldo necesario para mantener a nuestras familias», empezaba el volante, y seguía con una idea muy simple: el derecho a ganarse la vida con una jornada de ocho horas. «Nos engañan. Nos hacen trabajar

mucho más para ganar lo mismo. Y encima estos traidores lo presentan como un triunfo nuestro. Es una muestra más de la claudicación...».

Luis pensaba que para que sus compañeros de trabajo los siguieran tenían que ofrecerles las reivindicaciones que ellos mismos ya estuvieran buscando, y no avances descolgados o grandes discursos. Que con el tiempo ellos mismos empezarían a darse cuenta de que si los capataces los cagaban no era porque fuesen mala gente sino porque el sistema estaba armado así, y que no servía de nada cambiar capataces sin cambiar el sistema. Que él podía tratar de ayudarlos a que lo entendieran pero que, si la idea no surgía de ellos, no servía tratar de convencerlos con palabras bonitas. Que sin una preparación previa una consigna no significa nada. Y que tenía que hacerse conocer y respetar, ganarse un lugar para que sus posturas significaran algo. Iba a ser un trabajo largo y lento, pero estaba dispuesto.

—Che, ¿vieron que Papalea lo quiere rajear al Tanito?

Papalea era un delegado de los caldereros y el Tanito era un obrero de la sección que estaba haciendo demasiadas horas extras; los viejos se enojaron y decidieron que tenían que sacarse de encima la competencia.

—Me parece que ésta la podemos aprovechar, Chango. Se me ocurre una manera de hacerlo cagar a Papalea...

Cuando el delegado habló con el Tano Mastinú y el Chango Díaz para decirles que iba a pedir que echaran al Tanito, ellos le dijeron que bueno pero que había que llevar el asunto al sindicato. Esa tarde, a eso de las siete, en el sindicato naval, el delegado planteó su idea y ahí se pararon Luis, Hugo, el Tano, el Chango, para decir que no, que cómo un delegado iba a pedir el raje de un compañero, que eso era inadmisibles. Otros diez o doce los apoyaban y chiflaban al delegado entregador: Papalea cayó en la trampa y tuvo que renunciar. Al otro día, el grupo de Luis y Hugo y el grupo del Chango decidieron juntarse en una Agrupación y presentar como candidato a delegado al Tano Mastinú. La Agrupación no tenía una definición política clara: algunos de sus miembros eran peronistas, otros de izquierda, y podían convivir: estaban de acuerdo en tratar de armar un sindicato combativo y fuerte en el astillero, más allá de sus diferencias. La semana siguiente, el Tano ganó las elecciones y se convirtió en el primer delegado de la Agrupación.

**Marzo de 1972.** De los papeles personales de Rodolfo Walsh, más reflexiones sobre su vida y su escritura:

«Martes 14.

»Entre el sábado y el lunes lectura de la novela de Paco (Urondo). Agitó muchas cosas, entre ellas el siempre latente problema de la escritura.

»Aunque es evidente que no me considero ya un novelista, que no me veo consagrando mi vida a escribir novelas, ni siquiera una novela, también es cierto que hay cosas que podría decir que me gustaría decir que sería útil que fueran dichas.

»Pienso que mi vida como muchas vidas ilustra cosas, que esas cosas serían más claras para algunos de los demás para aquéllos a quienes quiero entre los demás si yo encontrara una forma verídica sincera de sintetizar esa vida y esa experiencia.

»¿Cuál sería el método? Imagino de pronto una especie de inventario de todas las cosas los lugares las ideas sobre todo las personas que se han acumulado en mi memoria. Tal vez si hiciera ese inventario encontraría luego el hilo conductor que lo justificara literariamente pero sobre todo su razón de ser histórica política.

»Porque si yo muriera mañana una parte de mi vida —esta parte de mi vida— podría parecer insensata y ser reclamada por algunos que desprecio e ignorada por otros a los que podría amar. Desde luego esa reivindicación personal no es lo que más importa —aunque no sea totalmente capaz aún de renunciar a ella. Lo que importa es el proceso que ha pasado por mí la historia de cómo yo cambié y cambiaron los demás y cambió el país.

»Lo que importa es cómo pudo nacer aquí en este lugar dejado lo que está naciendo. Importan también los otros, los responsables, los chantas: yo me entiendo por ahora.

»Imagino también un inventario de las cosas que quiero y las cosas que odio: ya lo dije. Las cosas que quiero mis hijas el trabajo oscuro que hago los compañeros el futuro los que no obedecen los que no se rinden los que piensan y forjan y planean los que actúan el análisis claro la revelación de lo escondido el método cotidiano la furia fría la alegría general que ha de venir un día la gente abrazándose la pareja en su amor la esperanza insobornable la sumersión en los otros.

»Las cosas que odio que desprecio la traición la estupidez Frondizi la televisión Jacobo los yanquis de la Esso o los ingleses de la Shell porque estos hijos de puta son cuñas del mismo palo Bernardo Neustadt los mercenarios los discursos de los generales las turrillas y los pavos de la publicidad oliendo a la colonia que mata los comunistas del partido los falsos profetas de la izquierda acalabrada la camiseta peronista el bigote peronista el odio de los oligarcas la cultura de *La Prensa* la senilidad de Borges la



convicción de Gleyzer o de Aizcorbe los que matan a la gente los torturadores los farsantes los radicales del pueblo sobre todo si son jóvenes y una lista inmensa inalcanzable que se podría tratar de perfeccionar.

»¿Qué hago yo con todo eso? Empiezo a juntarlo y empiezo a mirarlo empiezo a estudiarlo empiezo a ver si se deja escribir. Y si no se deja mala suerte será como la primera nenita que no se dejó cuando yo tenía ocho años y ella tal vez seis. Porque si no es sobre eso no vale la pena escribir sobre nada».

—Paco, no puede ser que nosotros no hagamos nada; no puede ser que se estén muriendo los chicos más jóvenes y nosotros, con la edad que tenemos, no hagamos nada.

—Bueno, cada cual hace lo que puede, en su campo específico. Yo creo que cada uno hace cosas. Vos hacés denunciando la muerte de Manolín, yo hago en el periodismo, en la literatura...

Le dijo Paco Urondo. Lili Mazzaferro estaba casi indignada y prefirió no contestarle. El recuerdo de su hijo muerto no la dejaba, y estaba cada vez peor. Para colmo, en esos días, su padre enloqueció de pronto: Lili creyó que era el dolor por la muerte de su nieto preferido, y se desesperó más. Un psiquiatra dictaminó que había que sacarle todas las fotos de Manolín, internarla y hacerle una cura de sueño. No le sirvió para nada. Lili se fue a ver al psicoanalista Fernando Ulloa:

—Mirá, Lili, la muerte de tu hijo nunca la vas a superar. Con el tiempo esas cosas se calman, pero no lo vas a superar, y te van a dar ataques de llanto hasta que te mueras, porque es así; porque perdés un chico de veintidós años y no lo podés recuperar... A lo sumo, podrás hacer cosas para reconciliarte con su recuerdo.

Lili Mazzaferro empezó a meterse en cuanto actividad contra la tortura y la represión se le cruzaba, Y se indignaba cuando veía que sus amigos de izquierda hablaban mucho pero no hacían nada. A Paco Urondo lo conocía desde que tenían dieciocho años, y cada vez que lo veía le echaba en cara que no hiciera algo más:

—Sí, es fácil decir que hacemos algo en nuestros campos específicos, el periodismo, la literatura, lo que sea. Pero a mí me parece que lo que vos hacés no es nada comparado con lo que ellos hacen. Los chicos se están jugando la vida y nosotros estamos más bien tranquilos, ¿no?

Paco se calló la boca e hizo mutis por el foro. Pocos días después, volvió a pasar por su oficina.

—Lili, te quería pedir un favor.

—...

—Mirá... ¿no podrías prestarnos el campo de ustedes para ir con unos amigos a comer un asadito?

—Paco, somos suficientemente amigos; no me digas a hacer un asadito. Me parece muy raro que te vayas hasta mi campo para comer un asadito con unos amigos. Vos decime qué querés y yo voy a valorar, porque no es mío el campo, voy a valorar si se puede hacer sí o no.

—Bueno, mirá, yo estoy militando hace rato, estoy cerca de las FAR.

Paco Urondo había entrado en las FAR un año antes: entre sus primeros contactos había estado su hija Claudia, que entonces estaba con su novio Carlos Goldenberg en el ámbito de María Angélica Sabelli.

—¿Y por qué no me lo dijiste? Yo me he metido en cuanto movimiento contra la represión y la tortura hay, he puteado contra todo; y me tenés en un rincón, ¿qué tengo que demostrar?

—No, nada. Pero digo, lo del campo estaría bien, sería una colaboración tuya con nosotros.

—No, yo colaboración por colaboración, no; no soy la dama de beneficencia. Si vamos al campo vas a tener que seguir mis reglas, porque no es un campo que está totalmente en La Pampa.

En el otoño de 1972, Sergio Berlín, Carlos Goldenberg, Sebastián Concurat, Claudia Urondo, Paco Urondo y algunos más fueron a hacer prácticas de tiro al campo de Marcelo de Laferrère en González Catán. Lili los controlaba y les imponía las normas de seguridad necesarias para no alertar a los vecinos. Al cabo de un par de veces, Paco le propuso que entrara en las FAR. Lili estaba mal con su marido y su mundo y quería vivir más de acuerdo con el recuerdo de su hijo y con los intereses que se iba descubriendo. Lili le pidió a Paco que le explicara algunas cosas, pero ya sabía que iba a aceptar.

Su primera reunión fue en una pieza de un conventillo del centro, alquilada para esas cosas. Habían puesto la radio al mango, para que nadie pudiera escucharlos, y casi no se oían entre ellos. Los otros tres compañeros tenían veinte o veinticinco años menos que ella: era como un bicho raro, pero la recibieron con mucho afecto. Poco después le dieron un contacto en un barrio de San Francisco Solano, y Lili empezó a ir para allá varios días por semana. Al principio tuvo problemas con su responsable, la Colorada:

—Colorada, vos te creés que les vas a decir que somos peronistas y que por eso nos van a abrir todas las puertas. No, viejita. Puede ser que la gente

respete a los peronistas, pero acá en el barrio el respeto hay que ganárselo laburando acá, casa por casa, ¿me entendés?

Muchas veces, Lili se asombraba de su propia capacidad, insospechada, para estas actividades. En el barrio la ayudaba su aspecto de señora mayor, más sensata, y además le parecía que, en realidad, la cosa no tenía ningún misterio: alcanzaba con ponerle corazón y sentido común. Al cabo de unas semanas, el trabajo en Solano empezó a andar, y la agrupación del barrio crecía, pero Lili pasaba muy poco tiempo en su casa y veía muy poco a su marido y sus hijos más chicos, que tenían diez y seis años.

—Lili, ¿qué está pasando? Esto ya no funciona.

—¿Sabés qué pasa, Marcelo? Es indudable que acá los caminos se dividieron, yo empiezo a militar y no puedo traer todos los problemas a esta casa, ustedes tienen que quedarse afuera de todo eso, no tienen nada que ver con todo eso...

—Lo que pasa es que vos estás loca desde que se murió Manolín...

—Puede ser, yo no digo que no, pero creo que esto es lo más correcto. Creo que esto es lo que tengo que hacer.

Lili Mazzaferro metió un poco de ropa en su valija y se fue a vivir al departamento de una amiga. A sus hijos los llamaba por teléfono siempre que podía, y los veía todos los domingos y, a veces, algún otro día.

**Marzo de 1972.** La tentativa no consiguió ningún resultado inmediato pero, a mediano plazo, tuvo el dudoso mérito de instalar un estilo. Preparándose para las elecciones más o menos próximas, un inexistente partido derechista, la Nueva Fuerza, lanzó una campaña publicitaria en la que invirtió alrededor de 2000 millones de pesos —unos dos millones de dólares de la época. La Nueva Fuerza, que terminó presentando como candidatos a Chamizo-Ondarts, empezó con una campaña en televisión donde un jingle muy pegadizo aseguraba que «los argentinos queremos goles,/ porque los goles son la verdad. Goles, goles, goles/ para triunfar». «Goles» resultaba, en este caso, la suma de las iniciales de grandeza, orden, liberación, estabilidad y seguridad. También repartían camisetas con el logo del partido y pegaban miles de carteles en las calles. El dinero venía de las contribuciones de una serie de grandes empresas.

Uno de los artesanos de la campaña fue el publicitario Juan Cosín. Su director comercial, Demetrio Zadán, decía en esos días que «es imposible dar cifras pero sí se puede asegurar que es la mayor inversión político-publicitaria que se ha realizado en el país. Es la primera vez que se enfoca una campaña

política con un criterio estrictamente publicitario, como un producto». Un año después, la Nueva Fuerza conseguiría 235.000 votos, el dos por ciento de los emitidos.

—Merce, tenés que darle bola a Violeta. Me dijo que no te veían nunca por Sarandí, che, no puede ser.

—¿Sabés qué? A esa mina no la soporto. Además de renga es mala, y no la soporto.

—Está bien, pero lo que importa no es cómo sea ella. Ahí en Sarandí hay una buena punta de laburo y sería piola que le dieras un poco más de bola...

—Todo lo que quieras, Carlitos, pero Sarandí no me gusta un carajo. Eso de ir por las casas tomando mate y hablando con las vecinas me rompe las bolas. Me deprime. Prefiero la militancia en la facultad, conozco más el terreno, me parece que ahí soy mejor, que puedo aportar más...

Mercedes Depino se encontraba de vez en cuando con su primo Carlos Goldenberg y, cada vez, él le reprochaba lo mismo: unos meses atrás, la había puesto en contacto con una compañera suya de Sarandí para que Mercedes empezara a militar con ella en una villa, y Mercedes no iba casi nunca. A principios de 1972, Mercedes estaba trabajando de secretaria en el servicio de Psicopatología del Hospital Italiano, que acababa de poner en marcha su tío Mauricio, y militaba en Filosofía y Letras en FANDEP, un grupo ligado al Movimiento Revolucionario Peronista. El FANDEP era una de las varias organizaciones estudiantiles peronistas que, sin tener un contacto directo con la lucha armada, la apoyaban y reivindicaban. Y además organizaban charlas sobre historia argentina, economía, marxismo o cultura, pintadas, volanteadas, reuniones y manifestaciones. Mercedes estaba entusiasmada e iba a la facultad casi todos los días, aunque no rendía ninguna materia. En su casa, sus padres no le hacían problemas: a Mercedes le parecía que su padre incluso prefería que ella militara antes de que se volviera como las hijas de sus amigos, que animaban fiestas infantiles o buscaban marido con obstinación. Pero el día que encontró una foto de Evita en el placard de sus hijas no pudo soportarlo:

—¡Carajo, con tantas cosas buenas que tienen para dar, cómo puede ser que lo pongan en el peronismo! No se dejen engañar, por favor, tengan cuidado, no se dejen engañar. Yo sé lo que les digo.

Las comidas familiares se volvieron tormentosas, y arreciaban los portazos. Mercedes había empezado a analizarse y, en esos días, habló mucho de un sueño que se repetía: llegaba apurada de la facultad, tras catorce

reuniones, con muchas ganas de hacer pis porque le daban asco los baños de los bares y, cuando entraba en el baño de su casa, se encontraba con su padre sentado sobre el inodoro, muerto. Muchas sesiones se le fueron en eso.

—Mirá, Merce, hacé como quieras, si no te gusta Sarandí o no soportas la villa no vayas, pero pensá que si somos militantes no siempre vamos a poder elegir lo que estamos haciendo. Vamos a tratar de elegir lo más posible, porque tampoco es cosa de sacrificarse al cuete, pero hay veces en que no se puede.

—Pero tampoco es cuestión de meterse en algo que no te gusta, ¿no?

Mercedes ponía esa sonrisa un poco pícara que le salía bastante bien.

—Bueno, ya lo habíamos otras veces. Vos sabés que nosotros no estamos en esto para vivir mal, sino porque nos gusta vivir bien y no soportamos que los demás no puedan vivir bien también...

Carlitos era una rara mezcla de firmeza y tolerancia. A principios de 1972 sus estudios de agronomía estaban casi abandonados y, junto con su amigo Sergio Berlín, su hermana menor, Liliana, y su novia Claudia Urondo, estaba cada vez más metido en su militancia en las FAR. Liliana y Sergio habían empezado un romance confuso y, en los últimos meses, los tres habían tomado parte en operaciones menores: robar un auto, o las chapas de un auto o, incluso, desarmar a un policía en una calle apartada. El desarme era más fácil cuando iban con la Petisa Sabelli, que seguía siendo su responsable: la Petisa tenía muy buenas piernas, se ponía tremendas minifaldas y, así armada, distraía al botón de turno, que recién se daba cuenta de que lo tenían encañonado cuando era demasiado tarde.

María Angélica Sabelli cayó presa el 7 de febrero. A la semana siguiente, el ámbito de Carlitos, Sergio, Liliana y Claudia tenía un nuevo responsable: Sebastián Concurat, el Jote; un mes más tarde, Claudia Urondo había dejado a Carlos Goldenberg por el Jote. Carlitos estaba horriblemente deprimido: nunca lo había dejado una mujer y, además, había estado con Claudia como cuatro años.

El 4 de abril, Carlitos y Sergio tuvieron que ir a La Plata a buscar un auto robado que estaba estacionado en el centro, muy cerca de la Intendencia. Era un peugeot 404: les habían dado las llaves y ellos tenían que llevarlo hasta la Capital. Antes de ir, pensaron un buen minuto: dirían que habían ido a La Plata a ver si podían inscribirse en unos cursos en el Museo de Ciencias Naturales. Todo militante era muy ducho en ese ejercicio de ficción que consistía en tener siempre una historia preparada para decirle a la policía, si era necesario, que no estaba haciendo lo que estaba haciendo.

La operación era casi rutina, pero tomaron todas las precauciones: dieron un par de vueltas a la manzana, chequearon que no hubiera nada sospechoso y, cuando fueron hacia el coche con la llave en la mano, seis o siete policías que salían de ninguna parte se les tiraron encima con las armas desenfundadas:

—¡Quietos, carajo! Al primero que se mueva lo bajamos.

Carlitos y Sergio no iban armados, y se entregaron sin resistencia. Nunca supieron si alguien había pasado el dato, si la policía había reconocido el coche, o si su presencia en el lugar durante un par de días despertó sus sospechas. Les pegaron poco y al día siguiente ya habían pasado a disposición de la Cámara Federal en lo Penal, el famoso Camarón. El doctor Berlín y el doctor Goldenberg empezaron a moverse, a llamar a sus relaciones y, como no había pruebas contundentes, quince días más tarde los dejaron en libertad.

Cuando salieron, sus padres trataron de convencer a Carlitos y a Sergio para que se fueran por un tiempo del país. Hubo una reunión, casi solemne, de padres e hijos:

—Ya hemos tenido suficiente muerte, suficientes pérdidas, y sería bueno no seguir por ese camino. Bueno para todos. Lo que pensamos es que ustedes se podrían ir a pasar unos meses a Chile. Ahí se está haciendo una reforma agraria muy interesante, y ya que ustedes quieren dedicarse a la agronomía, puede ser una experiencia que les resulte muy útil...

En principio, Sergio y Carlitos se negaron, pero quedaron en pensarlo y consultarlo en la organización. Una semana después, el doctor Berlín fue convocado a una reunión con el Pelado Diego, uno de los jefes de las FAR:

—¿Así que usted le propuso a dos de nuestros militantes que defecionaran y se fueran al exterior?

—No, yo no digo eso. Lo que yo digo es que para su organización podría ser interesante mandarlos a Chile a que se formen en el tema de la reforma agraria y...

—Mire, si usted se cree que porque tiene plata puede comprar lo que quiera...

—¡Qué!

—... y que también nos va a comprar a nosotros, está muy equivocado. Lo único que puedo decirle es que si sigue por este camino, la organización va a tener que caracterizarlo como a un enemigo, y que entonces va a tener que actuar en consecuencia.

—¿Qué me está queriendo decir?

—Le estoy diciendo que si sigue así vamos a tener que pensar en ajusticiarlo.

Carlitos y Sergio se fueron de sus casas y se instalaron medio clandestinamente en un departamento de dos ambientes que Sergio usaba como laboratorio fotográfico, en Oro y Cerviño. En esos días, la policía allanó por segunda vez la casa de los Goldenberg en la avenida Libertador. Como esta vez no había custodios, rompieron todo lo que encontraron, desde platos y jarrones hasta manuscritos de Mauricio Goldenberg. Poco después, Liliana Goldenberg se separó de Sergio y empezó a andar con el Pelado Diego, que estaba casado, tenía un hijo y esperaba otro. Fue un pequeño escándalo.

**Marzo de 1972.** Hay veces en que la historia da vueltas y más vueltas. Es lo que pasa, muchas veces, cuando se trata de imaginar futuros. Como los que suponía, en 1972, la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires: «Esta historia se iniciaba —escribía alguien en *Primera Plana*— cuando Halicrow & Partners, de Wellingford, Inglaterra, recibía un pedido argentino: el estudio hidráulico del Río de la Plata, para determinar la traza óptima del canal al Paraná de las Palmas, que evitará un rodeo de kilómetros. Poco después, la Municipalidad y la Dirección Nacional de Construcciones y Vías Navegables cargaban un fornido pliego, agregando datos para que Halicrow & Partners realizaran, asimismo, otro estudio sobre formas y ubicación de las cuatro islas que se afincarán, paralelas, frente a la Costanera Norte, y de la futura Aeroísla: a cinco kilómetros de la costa, unido a ella por un puente, se mudará el Aeroparque Metropolitano, liberando a los porteños de decibeles y ruidosas agresiones.

»La isla número uno enfrentará al Puerto Nuevo. Se piensa dejarla en estado salvaje, propiciando el desarrollo de fauna y flora autóctonas. Hay quien se atreve a suponer que allí triscarán nutrias, biguás, garzas. Otra isla, pequeña, denominada “piloto”, cercana a la costa, no tiene asignada función urbana. El arquitecto José Luis Brizzi, del Plan Regulador, justifica su denominación: “Creo que se la va a utilizar para establecer el mejor sistema de tablestacado y otras necesidades de construcción en las islas grandes. Cuando todo esté terminado, claro, algo se hará con ella”.

»La número dos, en realidad, no es una, sino dos, unidas por un corto puente. El arquitecto Carlos Petroni, colega de Brizzi, la define: “Se extenderá aproximadamente desde la prolongación de la avenida Sarmiento hasta sobrepasar la prolongación de la avenida General Paz. Se prevén seis unidades balnearias —cinco, para diez mil bañistas; una, para veinte mil—

completas, con vestuarios, baños, restaurantes, playas de estacionamiento, salas de primeros auxilios y locales comerciales. Todo va a comunicar con la Costanera por medio de dos puentes: prolongaciones de las avenidas Dorrego y General Paz; uno de éstos, más adelante, también servirá de acceso a la Aeroísla. Como la isla número dos es la de mayor tamaño, habrá dos dársenas para yachting, zonas destinadas a pesca y a camping, embarcaderos, boite y confiterías”. Brizzi interviene, sintetizando el relato: “La idea es un lugar para esparcimiento de verano e invierno, diurno y nocturno”. Y Petroni remata: “La margen nordeste estará destinada a playa sobre aguas no contaminadas. Estimamos que todo estará listo en una década”».

La muerte de Daniel Balbuena tuvo mucha repercusión en San Rafael. Daniel Balbuena militaba en las FAP y lo mataron en un tiroteo en La Plata, pero venía de una familia de viñateros muy conocida en el sur de Mendoza. Los padres y hermanos de Daniel no trataron de ocultar nada, y le pidieron a Alberto Martínez Baca su autorización para velar el cuerpo en la sede del Partido Justicialista. Hubo peronistas que se opusieron, pero Martínez Baca se puso firme. El cuerpo llegó desde Buenos Aires en un camioncito y el velatorio fue un desfile de gente que la policía no se animó a cortar.

Desde ese día, los Balbuena empezaron a organizar encuentros en su casa: Susana Sanz, Guillermo, Dauvernet, Castro, un par de curas tercermundistas y varios más solían verse para hablar de política y para, entre otras cosas, apoyar a Martínez Baca en la interna peronista. Susana ya había hablado de eso con Alberto Molina, el responsable montonero de la zona, que estaba de acuerdo. Pero, en ese momento, los hermanos Molina ya no estaban en Mendoza.

Semanas antes los Molina habían caído presos. La policía debía tener alguna denuncia, porque una noche se presentaron dos docenas en la casa que ocupaban y se los llevaron. Los dos hermanos quedaron detenidos en la delegación de la Federal, esperando que los trasladaran. Empezaron a observar las costumbres de sus carceleros y, una tarde, aprovecharon que la mayoría estaba durmiendo la siesta para descorrer el cerrojo de su celda, reptar por el patio hasta una medianera, treparla y desembocar por casualidad en la casa del Gordo Alfredo Guevara, abogado defensor de presos políticos y uno de los contactos que habían hecho las FAR en Mendoza en los últimos meses. De ahí salieron a la calle y pararon un taxi; el conductor, un viejo, andaba despacito y así pasó por la puerta de la comisaría: los policías ya



habían descubierto la fuga, pero a ninguno se le ocurrió que los fugitivos pudieran pasar en un taxi por delante de sus narices, y no los pararon.

Los Molina se pasaron varios días guardados en la casa de un viejo peronista de la resistencia, un tal Lopecito, y después Alberto, el Chacho, se fue para San Rafael, a casa de Susana. Ahí lo pasó a buscar Héctor Chaves, un abogado de General Alvear, que colaboraba con los Montoneros y lo sacó en su auto hacia San Luis. Poco después llegó el otro hermano, que se quedó unos días escondido en el estudio de Susana. Y estuvo a punto de armar el zafarrancho una mañana, cuando vio, por la ventana, que llegaban a la puerta una mujer y un policía. Molina amartilló su 45 y se dispuso a resistir; justo entonces llegó Susana, que atendió al agente en la puerta. El hombre venía a dejar una citación judicial que tenía que entregarse en mano, y se fue sin problemas. Adentro, Molina respiró. Faltaban pocos días para la gran sorpresa.

El anuncio se hizo en Mendoza hacia fines de marzo: las tarifas eléctricas aumentarían hasta tres o cuatro veces. En muchos barrios hubo reuniones, asambleas; el viernes 31, en el Centro Republicano Español, delegados de un centenar de comisiones de barrios y fábricas formaron la Coordinadora Provincial No Pague la Luz y llamaron a una manifestación para el domingo 2, a la mañana, frente a la casa de Gobierno. Se reunieron entre diez y veinte mil personas, cantaron, gritaron y se desconcentraron: el gobernador conservador José Gabrielli había dado órdenes de no reprimirlos. El diario *Mendoza* dijo que había sido la mayor concentración en la historia de la provincia.

Ese día la CGT mendocina llamó a un paro activo, con movilización, para el martes 4 a las diez de la mañana. El gobierno provincial hizo decir por radio y televisión que, en virtud del estado de sitio, todo acto quedaba prohibido.

El martes a las diez un millar de maestras en conflicto se congregaban frente a su sindicato, en la calle Montevideo al 400, para marchar hacia la Casa de Gobierno. En minutos, un camión hidrante empezó a rociarlas; las maestras lo aplaudieron y entonces vino la carga de la policía montada. Hubo corridas, rebencazos, rodadas, y justo apareció la columna de la CGT, que también iba hacia la casa de Gobierno. La policía, viendo que podía ser desbordada, se retiró, y las dos columnas siguieron juntas su camino.

Cuando llegaron, el secretario general de la CGT, el petrolero Carlos Fiorentini, trató de calmar los ánimos: iba a entrar a la gobernación para entregar un petitorio y, mientras tanto, les pedía que lo esperaran tranquilo.

En cuanto entró, la policía cargó con saña. Los manifestantes resistieron. En minutos los policías huían, superados por la furia. Iban llegando más columnas: ferroviarios, metalúrgicos, vitivinícolas, químicos, vecinos. Los manifestantes ya eran unos quince mil; retomaron el acto y Fiorentini siguió con su discurso. Hasta que, poco después, llegó el contraataque policial. Empezó a caer una lluvia de gases y, enseguida, un tiro mató a un canillita peronista de treinta y seis años, Ramón Quiroga. Entonces se desató la cólera. Hubo autos volcados, barricadas, piedras, fuego.

Durante horas, el centro de la ciudad estuvo en manos de los manifestantes. No había organización: ningún grupo político había previsto el levantamiento y todo resultaba bastante espontáneo, desorganizado. Cuando aparecieron las tropas del ejército, la ciudad estaba prácticamente tomada y las patrullas militares no pudieron recuperarla hasta bien entrada la noche. Hubo, por lo menos, dos muertos más: un estudiante de dieciocho años, Luis Mallea, y una comerciante de treinta y ocho, Susana Gil de Aragón, que miraba las corridas desde la ventana de su casa. El general Gómez Centurión, a cargo de las tropas, explicó que los manifestantes eran activistas venidos de afuera que usaban, como uniforme, para reconocerse entre sí, blue jeans. El gobernador Gabrielli decía que había prohibido el acto para «desalentar a los más tímidos, ya que sabíamos que la marcha que se preparaba era importante. Pero mi intención era permitirla y no reprimirla. El agua coloreada de los tanques Neptuno y la acción violenta de la represión dieron lugar y argumentos a los subversivos que sabíamos que iban a actuar. Pero el mayor argumento que les estamos dejando es la falta de institucionalización del país». Un periodista le contestó que si sabía que iban a actuar esos subversivos, por qué no lo previno. «Hay mucha gente que no entiende la hora difícil que vive el país. Si un gobernador como yo pone preso a un civil sin causa, se levanta el Colegio de Abogados, los médicos, todos. Eso solamente lo pueden hacer los militares».

José Gabrielli renunció el miércoles 5 porque no estaba de acuerdo con la forma en que se llevó adelante la represión. La CGT decretó un paro de 24 horas como protesta y duelo. Ya había más de mil presos y en la calle seguían las escaramuzas entre manifestantes y soldados. El general Gómez Centurión decretó el toque de queda, que se cumplió muy parcialmente: «No nos alcanzan las fuerzas —dijo—; no podemos estar en todos lados». El jueves a la noche hubo raids policiales en una docena de barrios pobres del gran Mendoza. En San Rafael, los militantes seguían ansiosos las noticias: ese jueves, la CGT organizó una marcha por la ciudad, de un par de miles de

personas. Cuando terminó, Susana trató de convencer a sus compañeros de tomar ciertas precauciones:

—Me parece que esta noche van a venir a buscarnos. Tendríamos que hacer algo.

—¿No estarás exagerando un poco? Si acá no pasa nada. El lío es en Mendoza.

Ella, por si acaso, pasó la noche en lo de unos amigos. Al otro día se enteró de que casi todos los dirigentes sindicales y peronistas de San Rafael estaban presos.

En Mendoza, la huelga general y los incidentes siguieron hasta el viernes 7. A las ocho de la noche los policías y soldados desaparecieron del centro; a las diez menos cuarto, en el entretiem po del partido entre Racing y Chacarita, el general Lanusse habló por la cadena nacional para anunciar que se suspendía el cobro de la luz para volver a estudiar los aumentos. El domingo, una gran manifestación, tranquila, celebratoria, desafiante, recorrió las calles. Mendoza siempre había tenido fama de ser la ciudad más ordenada, más burguesa, más pacífica del país.

Unas semanas más tarde murió doña Carmen, la madre de Susana, y la velaron en su casa. Era un día de paro general: la conducción de la CGT local se constituyó en el velorio y, desde ahí, dirigían las operaciones de la huelga.

—Santucho y Gorriarán, prepárense...

El celador los llamó con voz impersonal; con el tono que había aprendido en el Servicio Penitenciario para que los presos no pudieran saber si los llevaban al baño o al calabozo de castigo. El Gringo Toschi, el delegado de los presos del PRT del pabellón, se fue corriendo hasta la reja.

—¿Para qué llama a los compañeros?

—Orden del jefe de turno.

—Dígale que de acá no sale nadie.

Eran las diez de la noche del miércoles 5 de abril y hacía dos semanas que el ERP había secuestrado al presidente de la Fiat Argentina, Oberdan Sallustro. A cambio de su libertad había pedido la solución de un conflicto laboral en las plantas de Materfer y Concord en Córdoba, dirigidos por sindicatos de fábrica clasistas, donde el PRT y otros grupos de izquierda tenían algún trabajo. También pidió que la Fiat repartiera alimentos y útiles escolares en todo el país. La tercera condición era la libertad de los presos políticos.

El operativo había sido dirigido por el Tordo Osvaldo Debenedetti, el jefe militar del ERP en ese momento, pero nadie ponía en duda que la dirección política seguía en manos de Santucho. Por eso, la llamada de esa noche resultaba muy sospechosa. A los dos minutos llegó un oficial que llamó a Toschi, se identificó, y le dijo que había ido gente del gobierno y que esperaban a Santucho y a Gorriarán en la oficina del director.

—Si en dos horas no están de vuelta, usted es responsable y le damos vuelta la cárcel.

Le dijo Toschi y, a través de las ventanas, avisó al resto de los pabellones de hombres y al de mujeres que estuvieran preparados, que no se dejaran encerrar en las celdas y que si vencía el tiempo acordado empezaran a golpear los jarros de latón contra las rejas para llamar la atención de los vecinos del penal. Entonces alguno avisaría a las comisiones de familiares de presos y a sus abogados de que algo estaba pasando.

Santucho y Gorriarán volvieron cuando se estaba por cumplir el plazo. Los treinta presos de su pabellón los rodearon: usaban las frazadas grises del penal abiertas al medio, como ponchos, y estaban ansiosos por saber qué había pasado. Santucho tenía una bolsa transparente llena de chocolates y Gorriarán se excusó:

—Disculpen, compañeros, pero primero tenemos que informar algo confidencial a los compañeros del PRT, y después les damos la información general a todos.

Los siete del PRT se fueron a un rincón: Santucho, Gorriarán, Toschi, Ulla, Elizalde, Diez y el Negro Viale, un cordobés que había caído el año anterior. Santucho hablaba bajito:

—Dos directivos de la Fiat vinieron a negociar. Peccei nos dijo que como a él Lanusse no lo quiso recibir, fue a verlo el embajador de Italia y que Lanusse también le cerró la puerta. Parece que le dijo que Argentina no era una república bananera y que él no negociaba nada con la subversión. Dijeron que, por eso, habían iniciado esta gestión por un canal no gubernamental; que querían llegar a un acuerdo.

Aurelio Peccei era el presidente de la Fiat Internacional: cuando se enteró del secuestro de Sallustro, dejó su casa en Turín y al otro día estaba en la Argentina. Ya hacía casi dos semanas que había llegado pero, hasta esa noche, ningún dirigente del PRT había recibido una oferta de negociación de su parte. Santucho tenía cara de asombro y se tomó un respiro en el informe para mostrarles unos chocolates y cigarrillos italianos que les habían dado.

—Después los vamos a compartir con el resto de los compañeros.

El Gringo Toschi cebaba mate dulce y nadie le sacaba la vista a Santucho:

—Plantearon que no pueden hacer nada abiertamente por la actitud de Lanusse, que no pueden hacer ningún gesto público de aceptación de nuestras condiciones si el gobierno se opone.

—¿Y no será que están haciendo algún tipo de doble juego?

—Yo creo que se ponen un poco el disfraz de que el gobierno los tiene controlados, de que querrían pero no pueden, se hacen los buenos; son muy hábiles, pero mi sensación es que quieren negociar...

Gorriarán precisó un par de puntos:

—Miren, lo que no ponen reparos es, primero, en la plata; segundo, que harían todos los repartos en los lugares que nosotros les digamos, así que mañana tenemos que hacer una lista de lugares y de necesidades, lo que sí dicen es que eso ellos no lo dan a publicidad, pero aceptan que nosotros lo pongamos en nuestros comunicados. Lo de las reivindicaciones en las fábricas también lo aceptan, aunque tampoco quieren darle ninguna publicidad. Sobre los presos, lo que dicen es que ellos podrían hacer gestiones, pero insisten en que ahí no tienen incidencia...

Al otro día, Alberto estaba con Ulla sentado en una mesita, pasando en limpio una extensísima lista de remedios, kilos de leche en polvo, guardapolvos, barrios y pueblos. Mientras le dictaba, Ulla refunfuñaba y hablaba solo:

—Eso de que hagan el reparto sin entregar volantes del ERP es una turrada. ¿O acaso cuando te venden un fiat 600 le van a poner la placa de un di tella?

—Dale Petiso, seguí dictando...

Le contestaba Alberto. Santucho les había pedido que estuviera prolijo y que lo hicieran por duplicado. Que los italianos hubieran ido a negociar con él a la cárcel le parecía un buen precedente, pero sabía que todo podía arruinarse en cualquier momento. La radio informaba a cada rato sobre operativos rastrillo y allanamientos que buscaban el lugar donde estaba Sallustro, e informaban de cantidad de detenciones.

Esa noche, el presidente de la Fiat Internacional volvió a visitar a Santucho y Gorriarán Merlo. Después, los jefes informaron a sus compañeros sobre el avance de las negociaciones. Santucho ya no tenía la misma cara: las caídas eran ciertas. Meses antes, Debenedetti había formado un grupo especial, «el pelotón», desligado del resto y encargado de preparar acciones de gran envergadura. Se lo criticaron, porque era un paso más en la

militarización de la organización, pero pudo seguir adelante. Y ahora, los veinte integrantes del pelotón estaban presos. Era un golpe fuerte.

El refugio donde habían guardado primero al empresario italiano había caído, por datos que la policía había conseguido en las torturas. Antes de la caída, los militantes se lo habían llevado a otra parte, pero el gobierno insistía en que Sallustro debía estar en algún escondite improvisado y que lo iban a ubicar. Las posibilidades de una negociación se desvanecían. Además, en los interrogatorios algún miembro del pelotón habló de un plan de fuga de Devoto. Eso aceleró la decisión del gobierno de desperdigar a los presos en distintas cárceles de alta seguridad: Santucho, Gorriarán, Toschi, Ulla y algunos más fueron trasladados de inmediato al penal de Rawson.

El 10 de abril, a eso de las diez de la mañana, la Federal rodeó una casa del barrio de Flores. Después dijeron que habían conseguido la pista a través de las inmobiliarias, chequeando las listas de alquileres recientes. Cuando quisieron entrar empezaron los tiros. Después de unos minutos consiguieron meterse y detuvieron a una mujer. En una carpa armada en una de las habitaciones estaba el cadáver de Oberdan Sallustro, con un disparo en la cabeza. Antes de escaparse por los techos, un militante del ERP lo había ejecutado. La mujer era Guiomar Schmidt, una brasilera que pertenecía a una organización adherida a la Cuarta Internacional y había viajado a la Argentina para hacer una experiencia de militancia del PRT: acá se había casado con Mario Klachko, un estudiante de arquitectura y miembro del ERP. La policía buscaba desesperadamente a Klachko como el hombre que se había escapado por los techos. En Devoto, los presos de todas las tendencias escuchaban la radio, bastante agitados.

—La puta que lo parió...

Dijo Alberto, y al lado saltó uno de las FAR:

—Esto es una cagada.

—Pará, hermano, que acá estamos en manos del enemigo; para, no hagas de quinta columna...

Lo cortó otro de las FAR. Alberto no quería entrar en una discusión sin saber muy bien qué había pasado, pero igual suponía que la muerte de Sallustro no ayudaba nada. Aunque no tuvieron tiempo de seguir discutiendo porque, muy poco después, los noticieros sacudían con otra noticia impactante.

—Lo boletearon a Sánchez...

Gritaron desde el fondo unos que estaban reunidos alrededor de una portátil.

—¡Huiijaaaa! Ése sí que era un hijo de puta...

—¡Pará, pará, dejen oír!

El locutor informaba que un grupo había interceptado en Rosario al jefe del segundo cuerpo de Ejército, general Juan Carlos Sánchez, y lo había matado. Después dijo que un llamado telefónico informaba de un operativo conjunto entre las FAR y el ERP.

—Vamos carajo...

—Hay que esperar el comunicado... Pero ése sí que es un objetivo correcto.

Dijo Alberto, mientras un rosarino explicaba que Sánchez había puesto al comandante de Gendarmería Agustín Feced al mando de la policía provincial y habían creado el SAR —Servicio Antisubversivo de Rosario—, que tenían un camión equipado con picana y otros instrumentos para torturar mientras daban vueltas por la ciudad. Todos los detenidos en esa jurisdicción contaban cosas horribles de esas torturas. Además, Sánchez y Feced estaban acusados de la desaparición del militante del PRT Luis Pujals, en septiembre de 1971.

Al día siguiente, los diarios daban los pormenores del atentado a Sánchez. La información agregaba que una bala perdida había matado a Dora Cuco de Ayala, una mujer que vendía diarios a pocos metros de la acción. Después, por la radio dijeron que la CGT, las 62 Organizaciones y casi todos los partidos políticos habían condenado el atentado. En cambio Perón, en Madrid, pese a las presiones del embajador Rojas Silveyra, se había callado la boca. Al cabo de unos días, el embajador argentino criticaría en público a Perón, y Perón decidió cortar todo diálogo con él. Mientras, en Devoto, Elizalde y Diez tomaban mate. El traslado de Santucho y el resto de los dirigentes los había desalentado.

—Che, Rolo, la verdad que nos fuimos del GEL para salir del militarismo y esto está levantando una presión, hermano...

—Sí, qué historia. Nosotros pensábamos que acá iba a haber más construcción política y mirá cómo estamos.

Dos días después fue a visitarlos el abogado Rodolfo Sinigaglia, que había estado en Rawson y había visto a Santucho. Alberto le preguntó qué opinaba el jefe:

—Mirá, tenía cara de contrariado. Viste que Santucho siempre tiene una actitud muy compuesta, pero el otro día se lo veía jodido. Todo lo que me dijo fue que no sabía qué pudo haber pasado. Decía: no podemos abrir un juicio de lo que pasó sólo con la versión del enemigo... Pero que sin duda se han cometido errores, hemos cometido errores.

Sinigaglia puso cara de no querer opinar más del tema y le contó que esos días iban a seguir con los traslados:

—Mirá, lo que nos informaron extraoficialmente es que a la mayoría de los de acá los van a llevar a Resistencia, y a algunos más a Rawson. La política de los tipos es aislamiento y confinamiento; así los abogados y los familiares no podemos controlar lo que pasa. Acá quieren dejar solamente a los perejiles.

Pocas horas después, Alberto Elizalde y Rolo Diez integraron el contingente que fue trasladado a Resistencia.

**Abril de 1972.** A fines de abril se reunió lo que quedaba del Comité Ejecutivo del PRT: ante la ola de caídas, varios de sus miembros eran nuevos. Entre las resoluciones giradas a la militancia a través del boletín interno, el informe hablaba de la muerte de Sallustro cuando se refería a las «desviaciones que hay que corregir cuanto antes».

«La no asimilación del problema organizativo y de seguridad por parte de los compañeros responsables ha provocado que el triunfo y el prestigio logrados en los primeros días con el secuestro de Sallustro, en el que habíamos logrado aislar a la dictadura del pueblo y de algunos partidos burgueses, se vio entorpecido por la caída de compañeros e infraestructura hasta el descubrimiento del lugar de emergencia donde estaba prisionero. Si bien el desenlace no ha sido negativo, ya que en general el pueblo aprueba la ejecución, la ejecución nos desubicó de la situación inicial, la represión nos debilitó y el gobierno recuperó a sus aliados, sumados al repudio de un sector importante de la pequeña burguesía».

Más adelante decía: «Cosa distinta hubiera sido si la organización hubiera estado en condiciones de retener a Sallustro prisionero hasta negociarlo y haber secuestrado a Sánchez para canjearlo por los presos y, si la dictadura no aceptaba, mantenerlo detenido en la cárcel hasta lograr la libertad de los presos, y a la vez aprovechar esta situación manteniendo la marcha de nuestras tareas».

El documento no decía si el militante del ERP que estaba a cargo de la custodia de Sallustro tenía la orden de ejecutarlo en caso de la llegada de la policía o si fue una decisión individual. La organización no aclaraba si la intención de sus responsables era matar o entregar al secuestrado y explicaba, en cambio, qué habría pasado si todo hubiese sido distinto.

Desde principios de año, la actividad guerrillera era incesante. Bombas, asaltos, secuestros, ametrallamientos se sucedían en todo el país.



Miguel Ramondetti chupó de la bombilla y se tomó su tiempo para decírselo al obispo Devoto. Sabía que sus palabras iban a estar más cerca de la magia que de la fe católica:

—Creer o reventar, Alberto. Tres de los que tuvieron que ver con el secuestro de la Coca, de una u otra forma, están muertos. Ahí hay algo que...

—Sí, claro, Miguel, una coincidencia. Eso es lo que hay. ¿O me vas a decir que es un castigo del más allá?

—No lo digo yo, lo dice todo Goya.

Ramondetti no creía pero nada le parecía casualidad: Unos meses atrás, un grupo de militares sin uniforme había secuestrado en Goya a Norma Morello, la Coca. En pueblo chico, a los meses se supo quién fue el oficial de Prefectura que había dirigido el operativo: cuatro días antes de fin de año lo mataron a balazos en una riña de baile. Durante el verano, un policía se llevó presa a una nena de doce años que repartía volantes pidiendo por la libertad de Coca; no bien dejó a la criatura en la comisaría, salió a la calle y quedó seco de un paro cardíaco. Apenas unos días atrás, el 10 de abril, en Rosario, un grupo comando había matado al general Sánchez, señalado como el responsable de las torturas a Norma Morello.

La Coca era una militante cristiana de treinta años, educada en colegio de monjas; cuando terminó el secundario empezó a militar en grupos parroquiales, hasta que se integró al Movimiento Rural, inspirado por Devoto, que se unió a las Ligas Agrarias. Después, Norma se pasó un año misionando en Centroamérica, donde había muchas comunidades cristianas que apoyaban las luchas campesinas. A la vuelta se hizo cargo de una escuela rancho en una estancia: tenía veinte alumnos de todas las edades y grados que iban en el horario en que podían. Sólo había pasado dos meses como docente y estaba feliz con su nueva tarea. Era el último día de noviembre. Daba igual: no tendría vacaciones. A la madrugada le cortaron el sueño: cinco hombres asaltaron la escuela, la ataron, la vendaron y al rato estaba encerrada en una celda de la sede de Prefectura de Goya. Nadie se hacía cargo de la detención y, como la gente del pueblo la buscaba por todas partes, a la semana la cargaron en un avión y se la llevaron a un cuartel en Rosario. Al principio querían saber si era guerrillera; cuando se dieron cuenta de que no, siguieron con las torturas: picana en las encías, la vagina y los pechos, alfileres bajo las uñas. Un día antes de terminar el año la trasladaron a la delegación de la Policía Federal de Rosario y la legalizaron. Aunque no le hicieron ninguna

acusación, quedó a disposición del Poder Ejecutivo y la mandaron a Coordinación Federal, en la Capital.

—Yo les conté todo, Miguel. A muchos obispos no se les movía un pelo, Tortolo me dijo que lo de las torturas no podía ser cierto, que el propio Lanusse le había asegurado que la habían tratado con sumo respeto.

—Alberto, ¿vas a ir a Sáenz Peña?

—No pero hablé con Di Stefano y van a movilizar a las ligas del Chaco y me prometió que van a llenar el acto con carteles por la libertad de Coca.

En ese acto el presidente Lanusse iba a hacer anuncios sobre el calendario electoral. Había elegido como escenario el pueblo de Sáenz Peña, en el Chaco, donde el gobierno había mandado algunos créditos para acallar uno de los centros de las Ligas Agrarias impulsadas por el obispo local, Ítalo Di Stefano. Ese día, Lanusse aceptó que los campesinos y dirigentes agrarios estuvieran en la tribuna. Y permitió que hablara Osvaldo Lovey, un chaqueño rubio que a los veintidós ya era secretario general de las Ligas. Lovey dijo que los militares no podían hablar de diálogo después de secuestrar y torturar a una maestra rural. La gente se enardeció, empezó a gritar por la libertad de Norma Morello y Lanusse tuvo que irse en medio de silbidos. Pocos días después, sus principales asesores en el acuerdismo, Edgardo Sajón y Arturo Mor Roig, le pidieron que no se volviera a exponer así. Además, consideraron que era conveniente liberar a la maestra de Goya y, el 5 de mayo, Norma estaba en la calle. El domingo 14 las campanas de la catedral sonaron más fuerte que de costumbre y a pocos kilómetros de la entrada de Goya había una multitud que esperó a la Coca y la acompañó hasta el centro. Ramondetti y Devoto la recibieron emocionados en la catedral, la abrazaron como si hubiera estado ausente una eternidad. Al rato, obispo y cura no pudieron ocultar su impresión:

—Está mal, muy mal. En serio, Miguel, ¿le viste las ojeras? Por Dios, parece de cuarenta...

—Hasta ahora, la línea la hicimos nosotros como pudimos; ahora, el Comité Ejecutivo mandó al compañero Chispa como responsable del Chaco y, por el crecimiento que tuvimos, pasamos a ser regional en vez de zona.

Terminaba el mes de abril de 1972 y el Flaco Del Val había llevado a Chispa a la reunión de célula. Miguel Molfino miraba el aspecto del jefe: unos treinta años, morocho, manos curtidas, una tonada indescifrable y una cara que, por algún motivo, le resultaba familiar. El Chispa era un viejo militante: lo llamaban así porque era soldador, y había ido al Chaco a cubrir el

vacío dejado por la caída de otros cuadros. El Cachorro Gómez y el Nono Ortolani, que eran de la vieja guardia, estaban presos. Además, a esa altura, la Unidad 7 de Resistencia, encerraba una gran cantidad de presos del PRT; casi toda la dirección nacional estaba en los penales federales de Rawson y Resistencia.

Miguel supo que Chispa estaba clandestino. En esos meses, la clandestinidad de los militantes se estaba haciendo cada vez más común, a medida que la represión se iba acercando y afinaba la puntería. Por eso, también, le cayó bien que el nuevo responsable quisiera ir a las reuniones con la gente que se iba acercando a la organización:

—Tenemos que darle empuje al trabajo de masas. El Ejecutivo me encomendó que afiancemos el trabajo en los frentes fabriles y barriales y que avancemos en la proletarización de los compañeros de origen pequeño burgués.

Un par de días después, Molfino se dio cuenta que la cara del Chispa correspondía a una de las fotos de tapa de los diarios vinculadas al secuestro de Oberdan Sallustro, y que en los epígrafes salía con el apellido Choque. El hecho de que Chispa fuera obrero y combatiente le daba una autoridad indiscutida. Molfino y su célula veían que, por primera vez, el PRT se ocupaba de ellos; hasta ese momento se sentían unos vocacionales. Pero, al mismo tiempo, cuando hablaban de la situación en el país, Chispa les parecía venido de Marte.

—Es como dice el Comba, el peronismo es bonapartista, es un partido burgués y para nosotros, las elecciones burguesas son una trampa del sistema capitalista. Nosotros tenemos que construir el partido y el ejército... No sé si me explico, no sé si me entiendo...

Mientras oía a Chispa, a Miguel se le desdibujaba la idea que se había formado de lo que era un cuadro obrero. De verdad deseaba que Chispa tuviera alguna salida, cuanto menos, sensata. Pero, sin discutirle, pensaba qué carajo sabrá éste sobre lo que es el bonapartismo, y contenía la risa cuando le escuchaba esa muletilla de «no sé si me explico, no sé si me entiendo...». Molfino se contestaba para sí que explicarte, seguro que no, hermano; pero lo peor es que no sabés si vos mismo te entendés.

Pero cuando iban a los ranchos a visitar compañeros, Miguel recuperaba el respeto que le había perdido. El Chispa hablaba el mismo lenguaje y tenía la misma pinta de los paisanos. Con eso compensaba las diferencias que se iban abriendo. A las pocas semanas, y como parte de la fundación de la

regional, cuando estaban en la casa esperando la reunión de célula, el Flaco Del Val le dijo:

—Hoy va a bajar a la reunión uno del comité ejecutivo.

Al rato, golpearon la puerta. Miguel, en el mismo momento en que abrió la puerta, vio que detrás de Chispa había alguien que se agachó muy atlético, apoyó rodilla en tierra y lo miró fijo. A Molfino le pareció algo espectacular y pensó mierda, cómo están entrenados los muchachos allá. Después de lo cual vio que el recién llegado se ataba los cordones y miraba para atrás antes de entrar a la casa.

Lo presentaron como el Tordito, y cuando estaban sentados Miguel vio que apenas le salía un bozo adolescente en las patillas, pero trataba de disimular su juventud con un gesto muy duro:

—¿Cuántos equipos tienen organizados?

El Gringo Lauroni y el Flaco Del Val empezaron a explicarle dónde tenían gente y el Tordito escuchaba sin interrumpir. Al rato, les planteó que era importante que se fijaran metas: organizar más equipos, hacer crecer el número de miembros:

—En un mes vamos a hacer una nueva reunión y tienen que tener designado un responsable político y un responsable militar para la zona de Resistencia. Chispa va a organizar el resto de las zonas y después vamos a formar el secretariado regional...

El Tordito planteó con tono bastante exigente que hicieran un plan operativo:

—... propaganda armada, recuperación de armamento, alguna distribución de algo; tienen que foguearse y de ahí van a ir surgiendo los cuadros militares...

A Miguel le pareció demasiado:

—Mirá, hermano, acá somos unos pocos y lo que hacemos es tratar de organizar a la gente con una línea que nos llega cada tanto.

Cuando terminó la reunión y Chispa y el Tordito se fueron, el Gringo le preguntó a Miguel si sabía quién era el Tordito:

—Es el hermano del Tordo, che, del Tordo.

Al Tordo Debenedetti siempre se lo había vinculado con las acciones más espectaculares, como el robo al Banco Nacional de Desarrollo, en el que un comando se quedó un fin de semana entero dentro de las cajas de seguridad del banco, el 31 de enero de 1972. Ahí, junto con Víctor Fernández Palmeiro y otros militantes, se llevaron 400 millones de pesos —unos 40.000 dólares. La prensa lo llamó «el robo del siglo» y *La Opinión* dijo que se acababa de

producir «con una inédita sangre fría, y sin víctimas, el robo más importante de la historia del país y uno de los golpes más espectaculares de la guerrilla urbana». En las paredes de la bóveda, los guerrilleros dejaron pintadas que decían «Esto lo hacemos para devolver algo del dinero robado al pueblo».

El Tordito era Gabriel Debenedetti y había participado de la ejecución del general Sánchez. Su compañera había sido apresada unos meses atrás y la torturaron mucho. El Tordito, a raíz de la caída de otros cuadros, había quedado como responsable militar de la regional Rosario. Tenía diecinueve años.

**Abril de 1972.** La preocupación por la buena crianza de sus hijos según los «cánones modernos» era una de las preocupaciones centrales de la clase media porteña. En esos días, *Primera Plana* comentaba una película, recién estrenada en el cine Majestic, que daba pistas sobre el tema: «*Cómo le explico a mi hijo*, un film alemán traducido y presentado en la Argentina por Florencio Escardó y señora, se propone instruir a los adultos acerca de lo que deben contestarle a niños y adolescentes. Para conseguirlo, se eligió un manojito de interrogantes comunes a los menores del mundo, casi siempre relacionados con el sexo.

»Hay premisas rectoras: contestar todas las preguntas y siempre con la verdad, para salvaguardar la salud de los curiosos; usar términos científicos, de modo que los niños identifiquen con igual rigor las partes de su anatomía y las de sus semejantes. Dicen que es la mejor forma para llevar adelante el diálogo. Cuando los más pequeños inquieran sobre cómo vinieron al mundo, nada de repollos ni cigüeñas —a éstas ya es tiempo de jubilarlas—; la respuesta deberá ser: “Del vientre de mamita”. Si la inquietud persiste, habrá que ilustrarlos acerca de cómo la semillita germinó en mamá.

»Más adelante, el largometraje sugiere propiciar el contacto de los infantes con el mundo animal. Entonces, los padres deberán aprovechar todas las oportunidades de comparar los traqueteos sexuales de uno y otro reino, en la naturaleza. El amor y la procreación serán, en todos los casos, la mejor excusa para las relaciones entre los distintos sexos.

»Se supo, también, que la ternura y la convivencia con los padres son más importantes para los hijos que vivir “en un lindo departamento”. Según los responsables del film, muchos padres contemporáneos colocan en el primer puesto de una personal escala de valores al trabajo; por eso, el Jardín de Infantes se transformó en institución suplente del hogar. Hay chiquitines que triscan durante diez horas diarias por allí.

»Escardó y la Giberti, casi en un todo de acuerdo con sus colegas europeos, confesaron haber mutilado algunas secuencias del film, como la del baño en familia: en total, unos seis o siete minutos. “Resulta —explicó Eva Evelina, 42— que estamos en desacuerdo con el exhibicionismo de los padres, porque excita al niño. Al pequeño, que pugna por violar la intimidad de los baños, los mayores deberán convencerlo de que sus cuerpos desnudos son para papá o mamá solamente, según el caso”.

»La masturbación no es un pecado, y los padres son quienes deben informarse, para educar a sus hijos. De esos conceptos, los Escardó no dudan; tampoco de que transitar por la pantalla grande es el mejor método para promocionarse».

Nicolás Casullo empezó a trabajar en *La Opinión* en abril de 1972. En esos días, el matutino de Timerman era el sueño de cualquier periodista: un diario prestigioso, con gente interesante, posibilidades de escribir y firmar y muy buenos sueldos. Milton Roberts, el jefe de redacción, le propuso que hiciera una sección de efemérides hecha de historias bastante izquierdistas: Lenin, Rosa Luxemburgo, Camilo Torres, Lumumba, los estudiantes mexicanos en Tlatelolco, la guerrilla guatemalteca. Al cabo de un par de meses de colaboraciones, Julio Algañaraz le ofreció entrar en política nacional, a las órdenes de José María Pasquini Durán. En general no tenía problemas, salvo una vez que escribió algo sobre la «ejecución» de Aramburu. Jacobo Timerman lo mandó llamar.

—¿Usted puso ejecución?

—Sí, fue una ejecución.

—Fue un asesinato.

—Yo creo que fue una ejecución.

—Para este diario fue un asesinato. Y si no quiere, no lo firme y listo.

*La Opinión* funcionaba en un edificio de oficinas de Reconquista y Lavalle: en el tercer piso estaba la mayoría de las secciones del diario y, en el octavo, cultura y alguna otra. A menudo, Nicolás subía al octavo a charlar un rato con Paco Urondo y con Juan Gelman, que dirigía el suplemento. También hizo buenas migas con el Yaya Ascone, con Miguel Bonasso, con Andrés Zabala que estaba en educación y con Jorge Bernetti que hacía política nacional en la revista *Panorama*. Bernetti y Zabala militaban en JAEN, una agrupación de la Juventud Peronista de origen nacionalista, liderada por un ex Tacuara rubio, engominado y muy afecto a las chaquetas de cuero negro: Rodolfo Galimberti.

—¿Sabés qué? La diferencia básica es que el peronismo es la realidad de este país. No es perfecto, no es un producto de laboratorio como la zurda: es la realidad, con sus errores, sus horrores, y su enorme potencia en movimiento. Eso es el peronismo, Nicolás. Hay que acostumbrarse, pero una vez que te metes te da casi pena por los que están afuera.

Los diálogos con Zabala y Bernetti eran una rara mezcla de introducción al peronismo, análisis de su historia y composición y discusión de la coyuntura, que cada día cambiaba dramáticamente. Bernetti estaba muy ligado a Héctor Cámpora, el delegado personal de Perón, así que tenía mucha información de primera mano. Hablaban de la vuelta de Perón, que podía o no producirse, de lo que iba a pasar con las elecciones del año siguiente, de las luchas entre la derecha y la izquierda del movimiento, si el peronismo era burgués, si el bonapartismo, si Eva Perón y sus joyas y sus milicias, si los obreros estaban con los sindicalistas o los engañaban. Para Nicolás era un cambio absoluto de lenguaje: las palabras del peronismo no tenían nada que ver con el idioma conceptual y preciso del trotskismo, y era muy difícil poner en un mismo plano los discursos del General y el *Qué Hacer* de Lenin. Nicolás pensaba que el lenguaje del peronismo estaba hecho de cantidad de retazos: barriales, cristianos, militares, socialistas, futboleros, fachos. La primera vez que se encontró con Galimberti se quedó un poco impresionado por el estilo casi prusiano —se dijo, por no decir nazi— de su ropa y porte. Galimberti acababa de volver de Madrid, de ver a Perón, y se reía:

—Imaginátelo, tiene una mano de Fidel Castro y la otra mano es casi idéntica a Mussolini. Lo agarras un día y te habla de Mao y la revolución cultural con cantidad de datos que te asombra, lo agarras otro día y te habla de cómo él fue el primero que advirtió la amenaza de las ideas comunistas y socialistas que se cernían sobre la clase obrera. Y las dos cosas te las cuenta con un dejo de pícaro, donde no sabés dónde está lo que dice y dónde está lo que cree de verdad.

—¿Va a venir?

—¿Si va a venir? Está absolutamente decidido. Los que no apuestan a eso van a perder como los polacos en la guerra. El año que viene gobierna Perón.

Nicolás se decía que para ser peronista iba a necesitar un impermeable de amianto. Era curioso: sabía, desde el principio, que estaba entrando a un espacio absolutamente confuso, lleno de contradicciones, pero que era, al mismo tiempo, la Argentina real, con todos sus claroscuros. Se decía que ya no estaba tirando líneas en un plano prolijo, sino que se mezclaba con la verdadera historia. Y, además, esos contrastes le permitían una distancia que

le gustaba: la posibilidad de ver, en todo momento, su propia actividad con una mirada crítica, levemente distante, casi irónica. No era la pureza de su compromiso izquierdista, hecho de convicciones sólidas e incuestionables, sino una manera de estar en un lugar sospechoso, lleno de agujeros, entrañable. Y, por otro lado, estaba el gusto de saber que estaba compartiendo un movimiento con tanta gente: una tendencia que crecía sin parar en todo el país y que permitía a sus militantes un abanico de actividades tanto más amplio que el partido que había abandonado. El peronismo tenía sindicatos, espacios legales fuertes, espacios ilegales importantes, posibilidades de transformarse más o menos pronto en el gobierno del país. Las discusiones, ahí, las actividades, tenían un sustento tan real.

Hacia mediados de 1972, Nicolás decidió que quería entrar a JAEN, justo cuando JAEN estaba dejando de existir porque se fundía en «la organización madre», los Montoneros. O sea que Nicolás siguió viaje, sin mayores escalas, hacia la organización.



## Once

—Tienen dos horas para preparar sus equipos y presentarse en el embarcadero.

Conseguir el mejor puntaje del curso de guerrilla le había servido a Julio César Urien para que su primer destino en la Marina fuera uno de los considerados buenos: el Batallón de Asalto número 2, al lado de la Base de Baterías de Puerto Belgrano, en Bahía Blanca. Esa mañana de abril, en la formación del patio de armas, el jefe de la unidad daba las órdenes del día:

—Salimos a un ejercicio de tres días con equipo de asalto.

Al rato, los barcos cargaron oficiales y tropa y pusieron proa a Puerto Madryn. A dos kilómetros de la playa, los infantes subieron a las barcasas y cumplieron con la rutina de saltar al llegar a la orilla. Gritos, corridas, algún chapuzón involuntario. Una vez reagrupados en la cabeza de playa, los jefes les explicaron la misión:

—Vamos a hacer un simulacro de recuperación de la ciudad de Puerto Madryn. Vamos a actuar como si hubiera sido tomada por fuerzas subversivas. Tendremos que ocupar los puntos estratégicos: redes de alta tensión, antenas telefónicas, depósitos de agua, hospitales, comisarías.

Una cosa era volar radares de madera en medio de comunistas falsos en Tierra del Fuego, y otra muy distinta tomar por asalto Puerto Madryn. Los oficiales no decían nada pero cuando los camiones de transporte se cruzaban con los pobladores, entre los soldados y los suboficiales se veían más caras de bronca o de vergüenza que de guerra. Antes de entrar en la ciudad los dividieron en comandos: al rato, además de controlar puntos estratégicos tradicionales, estaban allanando supuestas casas de subversivos. Adentro, los infantes de marina del Batallón 1 hacían de enemigos.

—¡Abran la puerta, carajo, o la tiramos abajo con una granada!

El ejercicio duró dos días enteros. Cuando se embarcaron de vuelta para la guarnición había comentarios en voz baja, cuchicheos en los rincones del barco militar. Un suboficial que conocía las ideas de Julio le dijo abiertamente lo que pensaba:

—Esto más que un ejercicio es pura intimidación para la gente. ¿Me puede decir qué carajo tenemos que hacer nosotros ahí, quinientos tipos con

cascos, fusiles, cañones...? Mire, yo no reprimo al pueblo ni que me maten.

De vuelta en Puerto Belgrano, los ejercicios siguieron en la misma línea antisubversiva. Julio creía que había que empezar a actuar, como fuera posible: en cualquier momento los iban a mandar a reprimir y tenían que estar preparados para oponerse. Durante esos meses había estado tratando de descubrir quiénes podrían compartir sus ideas, y habló con dos o tres de ellos, para empezar:

—Yo soy peronista y si llegado el momento hay que negarse a cumplir órdenes, tenemos que hacerlo, pero organizados. Si no, vamos al muere.

Una tarde, poco después, nuevo zafarrancho. Los subieron en camiones y los llevaron hasta los alrededores de una fábrica en Ingeniero White, a pocos kilómetros: la fábrica estaba ocupada por falsos obreros —infantes de otro batallón, vestidos de civil. Julio llegó con los suyos, vestidos de combate, y la jefatura dio las instrucciones:

—Divídanse en pelotones y rodeen la planta.

En unos minutos, los supuestos obreros estaban cercados por infantes de marina que apuntaban bayonetas y ametralladoras hacia las entradas. Por los altoparlantes, los marinos represores pidieron la rendición de los marinos obreros:

—¡Desalojen inmediatamente la fábrica! No tienen escapatoria. Mantengan la calma y salgan con las manos levantadas. Si hacen lo que les decimos les garantizamos la integridad física.

Los adentro contestaron de una manera demasiado realista:

—Queremos dialogar, estamos luchando por nuestros derechos...

Los de afuera también:

—¡Si no se entregan, vamos a proceder a la represión!

—Tenemos rehenes...

—¡Entreguen ya mismo a los rehenes o vamos a proceder de inmediato!

Julio notó que la pantomima de represión a los obreros empezaba a provocar molestias entre los suboficiales y soldados que estaban con el fusil en la mano. Los de adentro empezaron a hacer ruidos, a batir palmas, a dar gritos.

—Se va a proceder a la represión...

La situación se había vuelto inmanejable. Los piquetes de marinos represores avanzaron hacia el portón principal; desde un par de ventanas empezaron a tirarles piedras. De repente se oyó una vieja canción:

—Los muchachos peronistas/ todos unidos triunfaremos/ y como siempre daremos/ un grito de corazón:/ ¡Viva Perón! ¡Viva Perón!

Había como un exceso de realidad, y el jefe del operativo decidió terminar con la ficción: mandó llamar por los altoparlantes al jefe del batallón de marinos obreros y dio por concluido el ejercicio.

Desde ese día, la vida del cuartel cambió. Muchos suboficiales hablaban abiertamente en contra de reprimir. No tenían organización, no se planteaban ningún programa reivindicativo, pero estaban de acuerdo en que si recibían órdenes de sofocar algún levantamiento no las iban a cumplir. Julio conocía el reglamento de la Armada:

—Si se arma, tomamos presos a los jefes y después vamos a juicio.

Durante el mes de julio, el movimiento empezó a extenderse; los mismos suboficiales eran los promotores y además de la infantería de los batallones 1 y 2, habían logrado conectarse con los de la flota. Mario Galli y otros guardiamarinas trabajaban activamente en los buques y se encontraban, con gran secreto, para intercambiar opiniones, hacer planes:

—Necesitamos algún oficial de mayor graduación, alguien que tenga más ascendiente arriba.

Julio planteaba la necesidad de armar un movimiento que influyera a nivel de jefes de batallón o de altos oficiales de la flota. Su criterio no parecía tan descabellado:

—Tenemos que generar una corriente que plantee el respeto a la soberanía popular, que impida que se falsee la salida electoral y que consiga no se le ponga ninguna condición a Perón para volver al país. Yo sé que en el Ejército también hay oficiales y suboficiales dispuestos a participar de nuestra idea.

Mario tenía reparos con la oficialidad de más rango. Sólo confiaba en el teniente de navío Carlos Lebrón, al que habían conocido a través de contactos con la Juventud Peronista. Lebrón era de la flota naval y en ese momento estaba embarcado: esperaban que cuando llegara a puerto se reuniría con ellos para coordinar los próximos pasos.

—Los mandos ya empiezan a percibir el movimiento. Lo ven como disconformidad de la suboficialidad, pero nunca se van a imaginar que hay oficiales metidos. Pero con la inteligencia naval nunca hay que confiarse.

El clima de insubordinación se difundía en muchas unidades y que los jefes estaban más atentos que nunca. Pocos días antes, un subteniente del Ejército destinado en San Martín de los Andes había pedido la baja después de acercarse al jefe de su unidad y decirle que él jamás tiraría contra el pueblo. El subteniente era José Martínez Pería —número uno de su carnada y 100 de calificación en el Colegio Militar—, y había participado del levantamiento contra Lanusse del 8 de octubre del año anterior, comandado

por el coronel Díaz Loza. Martínez Pería había dirigido la voladura de un puente para cortar el camino a las tropas leales a Lanusse y, además, logró la rendición del primer contingente del Ejército que fue a reprimirlos. Como era de rango bajo, la justicia militar sólo lo cambió de destino. Pero en julio pidió la baja.

El defensor de Martínez Pería fue el teniente auditor Julio Grondona. Grondona hizo una defensa política que le costó sesenta días de arresto en un cuartel, aislado: sólo podían visitarlo su madre y sus hijas. En San Juan, el capitán Ricardo Lemme fue arrestado por decirle a su superior que, llegado el momento, no iba a dar la orden de reprimir manifestaciones.

Pero el caso más sonado fue el del teniente Antonio Armanini. A fines de abril, Jorge Cáceres Monié, reemplazante del general Sánchez en la jefatura del II Cuerpo de Ejército, informó a sus oficiales jefes que Lanusse le había confiado que el Ejército no permitiría la vuelta de Perón, ni mucho menos que fuera candidato. Los coroneles y tenientes coroneles tenían que bajar la información a los oficiales de menor rango. El día 25 de abril, el coronel Víctor Figueroa, director del Liceo Militar Manuel Belgrano, trasmitió la buena nueva. El teniente Armanini pidió la palabra:

—¿Cómo se le dice al pueblo argentino que habrá elecciones limpias, mientras que a niveles superiores de las Fuerzas Armadas se está elaborando otro plan?

El subdirector del Liceo, coronel Carlos Mouzo, terció en discusión:

—Dígame, Armanini, ¿usted tiene algún interés en que Perón llegue al país?

—Mi coronel, entiendo que si es un argentino, no hay por qué ponerle trabas para que vuelva al país.

Mouzo acusó al gobierno de Perón de tener «torturadores asesinos». Armanini pidió pruebas. Ahí quedó todo hasta que el 15 de junio el teniente elevó un informe por vía reglamentaria: decía que el coronel Mouzo, al acusar a Perón, había transgredido el honor de los reglamentos militares.

El pedido fue desoído y sus jefes resolvieron, en cambio, de tenerlo a él. A los veintiséis años, el ex abanderado de su promoción del Colegio Militar y teniente del arma de caballería Antonio Armanini quedó preso e incomunicado en el Comando de la Guarnición Militar Santa Fe, a disposición de los tribunales militares.

Julio se encontraba con que había otros que tomaban su mismo camino, y pensaba que estaba en la buena vía. Cada vez que lo mandaban a hacer un ejercicio contrainsurgente se convencía más de las posibilidades de tomar la

iniciativa para terminar con el rol represor de las Fuerzas Armadas. Su grupo incluía a cuatro o cinco guardiamarinas y a varios suboficiales, dispuestos a actuar cuando fuera necesario.

**Junio de 1972.** En el número del mes de su revista *Estrella Roja*, el ERP difundió un programa, muy resumido, accesible:

«El Ejército Revolucionario del Pueblo, uniendo su actividad combatiente al de otras organizaciones hermanas, ha asumido junto a ellas la responsabilidad política y militar en el proceso de Guerra Revolucionaria que ha comenzado a vivir nuestro pueblo en su lucha contra la opresión económica, política, cultural y militar que la dictadura ejerce en representación del imperialismo yanqui y del capitalismo argentino.

»La Guerra Revolucionaria Argentina y Latinoamericana se desarrollará en un proceso prolongado que, comenzando por puñados de revolucionarios, irá encontrando apoyo popular hasta el momento del triunfo final, sólo posible con la participación plena y activa de la clase obrera, el estudiantado y todo el pueblo patriota, antidictatorial y antiimperialista.

»Nuestro programa de lucha es claro. Queremos:

»En lo político:

»a. Ruptura de los pactos que nos comprometen con EE.UU y otros países. Su publicación y denuncia.

»b. Establecimiento de un gobierno de Democracia Social. Gobierno revolucionario del pueblo dirigido por la clase obrera.

»c. Juzgamiento de los delincuentes políticos, usurpadores del poder, etc.

»d. Plena participación en el poder de todo el pueblo a través de sus organizaciones de masas.

»En lo económico:

»a. Ruptura de los acuerdos con el Fondo Monetario Internacional, Banco Interamericano de Desarrollo y todo otro organismo de control y penetración imperialista.

»b. Expropiación sin pago y nacionalización de todas las empresas de capital imperialista y de capitales nacionales que lo apoyan. Administración obrero-estatal de las mismas.

»c. Nacionalización de la Banca y el Crédito.

»d. Nacionalización del Comercio Exterior.

»e. Reforma Agraria.

»En lo social:

»a. Reforma urbana. Solución al problema de la vivienda. Expropiación de todas las viviendas alquiladas, propiedad de grandes capitalistas, y entrega en propiedad a sus inquilinos.

»b. Alfabetización de todo el pueblo, establecimiento posterior de la enseñanza secundaria obligatoria y apertura de las universidades al pueblo mediante programas masivos de becas.

»c. Eliminación de la desocupación y reapertura de las fábricas cerradas por interés de las grandes empresas.

»d. Jornales, pensiones y jubilaciones dignos que eliminen la miseria popular.

»e. Libertad de cultos religiosos.

»En lo militar:

»a. Supresión del ejército burgués, la policía y todo otro organismo represivo y su reemplazo por el Ejército Revolucionario del Pueblo y las Milicias Armadas Populares, es decir, el pueblo en armas».

—Mirá, se decidió poner todo el esfuerzo en rescatar a los compañeros de Rawson, así que una posibilidad es que la acción la hagamos con los equipos de Córdoba...

Jorge Luis Marcos era un pelirrojo de cara chupada y bigotes grandes: le decían el Colorado. Había pasado su infancia en un orfanato y sus compañeros lo tenían por un tipo sufrido, con calle, y muy entregado. Con las sucesivas caídas de dirigentes había reemplazado a Gorriarán en la jefatura militar del ERP: en la última reunión del comité ejecutivo había quedado a cargo a una acción que superaba a todo lo que había hecho la guerrilla argentina hasta entonces.

Esa noche, los diarios hablaban de las repercusiones del plan político de Lanusse, y Jorge Marcos se había encontrado con Alejandro Ferreyra en la pizzería de San Juan y Entre Ríos. Alejandro se atragantó con la muzzarella:

—¿Desde Córdoba? ¿Una acción en la cárcel de Rawson con base en Córdoba...?

Alejandro empezó a calcular kilómetros y dejó la pizza a un lado. Jorge trató de alentarle: sería una acción conjunta con las FAR, y había conversaciones con Montoneros y Descamisados para que se sumaran. Eso facilitaba las cosas pero también las complicaba:

—¿O sea que además lo van a saber cuatro orgas?

—Mirá desde principios de abril, cuando metieron como a cincuenta de Devoto en un Hércules y se los llevaron del forro del culo a Rawson, todo el

mundo está viendo cómo pueden hacer parar rajarse; los nuestros, los peronios, todos...

Jorge le recomendó el flan casero de la pizzería y Alejandro lo pidió con crema y dulce de leche. Al fondo, en una televisión medio borrosa, Alejandro Romay participaba de un almuerzo de Mirtha Legrand en su canal, el 9, que cumplía años y lo festejaba entregando medallas a sus empleados. En la pantalla, un tipo de treinta, trajeado y engominado, recibía la medallita de manos de Romay. El director se puso reflexivo:

—Pensar que a este muchacho nadie lo quería ascender porque decían que era un tirabombas. Pero yo tuve confianza en él. Y así fue que lo convertimos en una buena persona.

Decía Romay, en la pantalla, y se reía. Después pensó que tenía que matizar:

—Bueno, no quiero decir que los revolucionarios sean malas personas, pero creo que la mejor política es atraer el enemigo hacia uno, hacia nuestro lado.

A su lado, Mirtha Legrand asentía con la cabeza y la sonrisa:

—Así que ahora lo hemos transformado en un burgués.

Jorge y Alejandro se habían distraído momentáneamente, mirando la tele. Sacudieron las cabezas y volvieron a lo suyo. Jorge dijo que la dirección del PRT había decidido que el tema lo iban a manejar los del comité militar nacional. Jorge era el responsable del comité y Alejandro era el representante de Córdoba.

—Además de nosotros dos, en principio va a estar el Gallego. El relevamiento operativo lo vamos a compartir con unos de la erre que parece que son muy buenos combatientes.

El Gallego era Víctor Fernández Palmeiro, responsable militar de Capital, que se había escapado de Devoto un año antes; los de la «erre» eran un grupo de combatientes de las FAR entre los que estaba Carlos Goldenberg. La mañana siguiente, Alejandro se fue a Retiro a sacar un pasaje a Puerto Madryn para diez días después. Primero necesitaban juntar algunas informaciones. Buscaron folletos de turismo, consiguieron datos de las fuerzas de seguridad, recibieron informes de los presos. Un par de días después, Fernández Palmeiro y Ferreyra estaban en un departamento de Barrio Norte repasando los datos principales:

—Rawson tiene siete mil habitantes, Trelew tiene treinta mil y, entre ambas hay unos veinte kilómetros por el camino asfaltado. Atrás del aeropuerto civil está el aeropuerto militar y la base naval Almirante Zar con

un batallón de infantes de marina, escuadras de cazabombarderos y los de la flota... Y hay que sacar de ahí a ciento veinte presos. ¿Dónde carajo los metemos?

Cuanto más miraban el mapa, más se desconsolaban: Buenos Aires estaba a mil quinientos kilómetros, Bahía Blanca a setecientos, la cordillera a seiscientos, Comodoro Rivadavia a cuatrocientos.

—Y encima con lo que es el invierno en la Patagonia...

Tenían que evaluar todo y discutirlo con Jorge; después, él tenía que consultar con la dirección de los presos de Rawson, que ya habían organizado un comité de fuga, y con las otras organizaciones, en medio de un clima político muy cambiante. A veces, Alejandro pensaba que iban a perder el tiempo; cuando estaba más pesimista le parecía que los mataban seguro:

—Acá vamos a terminar quemados a lo bonzo, Gallego.

—Sí, esto es una locura de los presos. Desde adentro todo parece más fácil, perdés el criterio de realidad, viste.

—Igual hay que intentarlo, ¿no?

Víctor se había escapado contra el escepticismo de muchos y Alejandro tenía un voluntarismo a toda prueba: a la semana se tomó el micro para Madryn. Después fue a Trelew. De camino a Rawson pasó por delante de la base naval: la fuga le parecía una pesadilla. En todos lados hacía preguntas simulando que quería poner un restaurante, que buscaba trabajo de laboratorista, que era profesor de biología, que quería comprar un campo. Salvo en Madryn, donde había un parque industrial, en las otras dos ciudades no circulaba gente nueva. A los viajantes, las prostitutas y los cobradores de impuestos los conocían de memoria. Alejandro tenía la sensación de que todos notaban su presencia: si tenían que traer a diez o veinte militantes para la operación iban a resultar como un elefante en un bazar.

En Rawson, Alejandro tenía un contacto que le prestaría un coche para hacer un relevamiento. Un médico salteño que probaba suerte en el sur, que también le dio el minuto:

—Cualquier cosa, decí que yo te lo alquilé. Acá algunas veces se hace eso.

Alejandro llenó el tanque del Falcon y se fue hacia el oeste. Cruzó Gaimann, Trevelyn y después todo era horizonte. Quería ver cómo podían funcionar las tatuceras. Era un método que a los tupamaros los había sacado de más de un apuro: cuevas individuales, semejantes a las que cavan los tatúes o mulitas. Alejandro tanteó el suelo: la tierra era arcillosa, seca, durísima. Para cavar tatuceras para los ciento veinte que se iban a escapar,



mas unos diez del equipo de rescate, necesitarían equipo pesado. Como estaba solo y no quería desanimarse, seguía mentalmente con el ejercicio: a un litro de agua por día, son ciento treinta litros de agua; por un mes, son unos cuatro mil litros. O sea, también necesitaban un depósito de agua escondido. Ni hablar de comidas, de enfermedades.

A la caída del sol, el frío se le colaba por los mocasines y se fue a dormir a un parador de camioneros. Después se pasó dos días relevando pistas aéreas. Aunque le parecían precarias, estaba un poco más alentado con la idea de aterrizar una avioneta y subir ahí a los fugados.

Cuando llegó a Esquel se instaló en una cabaña, al lado de dos galpones donde dormían unos chilenos que cada mañana esperaban las camionetas de las estancias que buscaban peones. Pero era evidente que él y sus compañeros no podrían pasar por esquiladores: los peones tenían las manos cuarteadas, la piel reseca y el andar muy lento. A las cinco de la tarde cayó el sol y los esquiladores volvieron al galpón. Alejandro se pegó una ducha caliente y se dio cuenta de que extrañaba mucho. Por más que estuviera buscado por la policía en su provincia, hacía mucho que no salía de Córdoba más de dos o tres días y se sentía raro. Fue a la oficina de Entel y pidió un llamado de larga distancia:

—Hola, Norma, ¿cómo está la nena?

Aleida tenía seis meses y los ojos rasgados como la madre. El nombre lo habían elegido juntos. Aleida March había sido la mujer del Che y Aleidita Guevara era su hija, que entonces tenía diez años. En un momento pensaron que podía ser peligroso ponerle ese nombre, por cuestiones de seguridad; después se dijeron que igual estaban clandestinos y que la cosa ya estaba muy jugada. A vencer o morir por la Argentina socialista, era la consigna del ERP.

**Junio de 1972.** El libro era breve —162 páginas— pero estaba dando mucho que hablar. Escrito por el chileno Ariel Dorfman y el belga Armand Mattelart, y editado por Siglo XXI, *Para leer al Pato Donald* se presentaba como un ensayo sobre «comunicación de masas y colonialismo». Entre las reacciones que despertó estaba el cable condenatorio que *Associated Press* distribuyó a todos sus asociados en el mundo, poco después de su aparición. En esos días, un artículo de *Primera Plana* se interesaba —y tomaba partido— en la cuestión:

«“Todo nuestro vivir cotidiano —dice Mattelart, de paso por Buenos Aires—, en una sociedad empapada de cultura reaccionaria, está determinado por un conjunto de representaciones colectivas y de modelos que constituyen

la organización de las relaciones sociales que uno, sin ser consciente, vive cotidianamente”. ¿Cuál es, en consecuencia, el enemigo? “Es —responde Mattelart— el mismo, en los terrenos económico, político y cultural: se trata del imperialismo que utiliza los medios de comunicación masivos y todas las formas existentes para lograr la colonización cultural y mantener así su status de explotador de Latinoamérica”.

»Ambas conclusiones operan, metodológica, desmitificadoramente, en *Para leer al Pato Donald*. Lo que de ellas surge es transparente: en primer lugar, la mayor parte de los medios de comunicación de masas se hallan, en Latinoamérica, en manos de las burguesías nacionales. En segundo lugar, que las mismas no vacilan en apelar a cuanto instrumento encuentran en su camino para perpetuar el poder real del cual son intermediarias. Y, por último: no hay lenguaje alguno que sea inocente. De ahí que *leer el Pato Donald* implica descifrar un mensaje culpable encubierto por la fachada de la ingenuidad. “Por eso —dicen los autores—, la literatura infantil es quizás el foco donde mejor se pueden estudiar los disfraces y verdades del hombre contemporáneo, porque es donde menos se piensa encontrarlos”. Esta advertencia explica, sobradamente, el porqué de la crispada reacción de la defensa.

»Dos ausencias caracterizan —según Dorfman y Mattelart— el universo Disney: “La producción en todas sus formas (industriales, sexuales, trabajo cotidiano, históricas) y el antagonismo a nivel social. En estas historietas no hay progenitores —es un mundo asexuado de tíos, sobrinos y parientes indirectos—; las fuerzas que batallan, por otra parte, son siempre competencia entre bien y mal, individualidades más o menos afortunadas, tontos e inteligentes”. Este maniqueísmo realiza fantiosamente una utopía que el poder burgués alienta desde sus orígenes: al marginar hasta la invisibilidad la imagen del productor —esto es la clase trabajadora—, el mundo de Disney se convierte en un mundo de puros consumidores. Todo conflicto social queda así descartado y la Historia persiste, sin modificaciones, igual a sí misma, fatalmente cíclica.

»Esta serie de encubrimientos acaba por conformar un sistema cerrado y emblemático: “Disney —reflexionan los autores— exorciza la historia: mágicamente expelle el elemento reproductor social (y biológico) y se queda con sus productos amorfos, desoriginados e inofensivos, sin sudor, sin sangre, sin esfuerzo, sin la miseria que estos productos crean, indefectiblemente, en la clase proletaria”. Al convertir esta serie de escamoteos en una pantalla —que el chico absorbe como modelo del orbe social—, en un sistema hermético, la

invención de Disney pasa a representar “el mundo de los intereses de la burguesía sin sus dislocaciones, cada una de las cuales ha sido cubierta reiteradamente”. En ese espacio aparentemente purificado que es el recuadro de la historieta, en esa zona postulada como sagrada, el chico aprende a soñar un mundo que es, en rigor, “el sueño particular de una clase”, contrabandeado como anhelo universal.

»Este severo desenlace —probado a través de ejemplos concretos—, transmitido con un lenguaje que elude, adrede, todo tecnicismo, arranca la máscara a una de las creaciones más populares del siglo y delata su inequívoca filiación ideológica. Es natural que este argumento escandalice a los monopolistas de la enmudecida opinión pública: a ese lloriqueo el trabajo de Dorfman y Mattelart responde con una metáfora insuperable: “Mientras su cara risueña deambule inocentemente por las calles de nuestros países, mientras Donald sea poder y representación colectiva, el imperialismo y la burguesía podrán dormir tranquilos”».

El libro despertó todo tipo de epígonos y, poco después, eran escasos los medios, historieta y personajes que se habían salvado de una lectura descolonizadora a la manera de Mattelart y Dorfman.

—¿Y te parece que podremos tenerlo en estas condiciones?

—¿En qué condiciones, Miguel, qué me querés decir?

—No, digo, con todo el quilombo que se viene. Esto arde, Tere, acá las cosas se van a poner cada vez más pesadas y quizás no sea el momento...

—Amor, siempre pensamos que la revolución iba a ser para nuestros hijos, ¿no?

Cuando Teresa y Miguel se dieron cuenta de que ella estaba embarazada tuvieron un par de días de dudas. Pero los argumentos de Teresa eran insistentes y, además, Miguel tenía muchas ganas de que lo convencieran.

—Bueno, si es mujer le ponemos Tania; si es varón Camilo Ernesto, ¿no?

Los nombres estaban claros: Tania era la guerrillera argentina que había muerto en la guerrilla boliviana del 67, Camilo era Cienfuegos y Ernesto era Guevara: como para que no quedaran dudas. Durante todo ese tiempo, Teresa había seguido como simpatizante del PRT: no estaba integrada como militante plena, pero ayudaba en diversas tareas.

El 30 de junio, finalmente, nació Camilo Ernesto, bajo el signo de Cáncer; Miguel tenía veintitrés años y Teresa veintiocho. Seis meses antes se habían casado porque les parecía que un hijo era suficiente motivo para firmar

papeles. Aunque los dos estaban bautizados, decidieron que alcanzaba con que su hijo fuera inscripto en el registro civil.

—Yo lo bautizaría...

Dijo Marcela, la hermana menor de Miguel, que misionaba con el cura Dri y ya estaba noviendo con el Negro Amarilla.

—Que lo decida él cuando sea grande, nosotros no se lo vamos a impedir, pero tampoco lo vamos a obligar.

Se defendía el hermano mayor, mientras la madre, Noemí, se mostraba bastante indiferente a la cuestión religiosa. A esa altura, sus cuatro hijos mayores ya estaban muy metidos en política. Marcela tenía diecinueve y estudiaba letras; era católica ferviente y primero se había vinculado con el Peronismo de Base, pero le resultaban muy inorgánicos y desorganizados. Al poco tiempo se integró a los Montoneros, ayudada por el hecho de que se había enamorado del Negro Amarilla. La participación de Alejandra —que tenía veintiuno— era más medida: trabajaba y tenía el mejor promedio de la carrera de Ingeniería. Alejandra se volcaba más por el socialismo en versión marxista y simpatizaba con las ideas del PRT. José Alberto tenía dieciséis y estaba en el industrial; no le daba mucha bola pero ya había visto alguna pistola metida entre los pulóveres de Miguel y no le resultaba nada extraña la idea de ir acercándose a las actividades que hacía su hermano mayor.

—Nosotros no nos tiramos contra los curas, para nada. Fijate Ramondetti, el cura de Goya, que no es peronista sino más bien zurdo. Y acá en la villa Itatí tenemos un cura que es simpatizante nuestro, ¿y...?

Le retrucaba Miguel al Negro Amarilla para convencerlo de que ser ateo no implicaba estar en contra de los curas revolucionarios. Era mediados de julio y estaban comiendo una carbonada hecha por Noemí. El Negro no se dejaba convencer:

—Ustedes la hacen difícil. Acá cuando vas a los ranchos la gente tiene la estampita de la Virgen de Itatí y la foto de Perón y eso es una cultura, eso es cultura popular.

—Justamente, Negro, decime qué tienen que ver un líder político con la estampita de una santa. La vanguardia revolucionaria está para esclarecer las cosas, para crear valores nuevos, sólidos, y no para montarse sobre las creencias populares. Si se trata sólo de aceptar los valores que ya están, entonces ¿para qué hacer una revolución?

—Mirá Miguel, el pueblo tiene una historia y una identidad peronistas. Los obreros son peronistas y entonces lo lógico es que los revolucionarios también seamos peronistas.

—Compañeros, ya es hora de que dejemos nuestras particularidades de lado y nos integremos al grueso de la juventud, que en este momento marcha detrás de las banderas de lucha montoneras...

Hacia julio de 1972, el grupo del MRP del Bajo Flores estaba muy descontento con su organización, que se volvía cada vez más marginal. En esos días, la militancia peronista revolucionaria se iba plegando a las directivas de las organizaciones armadas y, sobre todo, de los Montoneros, que habían empezado a dedicar mucho trabajo a los llamados «frentes de masas»: los barrios, las fábricas, las universidades. Las FAR y las FAP, por el momento, seguían siendo más foquistas y elitistas. Ese sábado a la tarde, veinte de los militantes más activos del grupo del Bajo Flores estaban reunidos en una asamblea para decidir qué iban a hacer. Casi todos venían del grupo universitario: los muchachos del barrio no estaban en ese debate.

—Yo respeto la posición del compañero, pero hay que hacer una buena evaluación de la línea política de los compañeros montoneros. No quiero adelantarme a la discusión, pero empezaría señalando que sus definiciones en cuanto a la propiedad de los medios de producción no son claras ni satisfactorias, y que no creo que sea correcto sacrificar un punto tan importante en aras de la masividad que de todas formas...

—Compañero, el tema de la propiedad de los medios podríamos discutirlo, pero podemos considerarlo secundario frente al dato clarísimo del respeto que los Montoneros se ganaron en el seno de la clase trabajadora y el pueblo peronista, donde aparecen como vanguardia para conducir la revolución nacional y popular...

—Sí, seguro, pero habría que empezar a ver qué va a ser esa revolución, ¿no les parece? Yo por mi parte considero que...

La discusión, al cabo de unas horas, se zanjó con una división: la mayoría de los militantes estuvo de acuerdo en buscar un contacto con los Montoneros para integrarse a su órbita: Horacio González fue uno de ellos. Y el grupo de Cacho Roperó, los muchachos del barrio, también se plegaron; en esos meses, más de una vez les trajeron problemas:

—Mirá, los radicales siempre fueron gorilas, lo prohibieron a Perón. Ahora pusieron a ese Mor Roig en el gobierno, que nos manda la cana en cuanto puede. Es un botón, el radical ese. ¿Cómo vas a tener tratos con estos gorilones?

Pese a las políticas de alianzas entre partidos, los muchachos habían tratado de quemar un comité UCR de la zona: no habían conseguido más que una chamusquina, pero la discusión ardía. Horacio pensaba que ni la manera

ni el enemigo estaban bien elegidos, pero le atraía la idea de tratar de recuperar para la acción política a un grupo de marginados tipo Jean Genet. Alberto, otro militante de la universidad, decía que era una mala manera de usar una buena arma:

—Así, espontánea, la violencia no funciona, no sirve quemar un comité radical porque sí. Es absurdo. Pero bien canalizada, yo estoy seguro de que esta violencia encontrará sus verdaderos objetivos y será productiva.

Los del grupo de Cacho se calentaban: no les gustaba demasiado que unos intelectuales vinieran a reprocharles lo que hacían en su barrio. Eran muchachos medio lúmpenes, con alguna entrada por asuntos comunes, y a veces se les salía el indio porque sí. Después trataban de justificarlo, o a veces ni trataban:

—Bueno, y encima había que mostrarles quién manda en este barrio, ¿qué te creés?

Poco después, el grupo mixto MRP-Montoneros pudo irse de la unidad básica de Vitola y abrir la suya propia. Era una buena casa de los años veinte, en la calle Argerich, que les había prestado un médico del barrio, radical, antiperonista, que un día se presentó y les dijo que él entendía que en el país estaban empezando a soplar nuevos vientos, y que quería colaborar. Al principio, los militantes desconfiaron de sus intenciones, pero el médico parecía honesto e insistió, con el único compromiso de que le cuidaran un poco el edificio y que no fueran al altillo, porque guardaba recuerdos familiares. La unidad básica se abrió con una peña, empanadas y vino: fueron como cien vecinos y el Pardo cantó canciones de Quilapayún, Daniel Viglietti y Pedro y Pablo: la Marcha de la Bronca la sabían casi todos, pero los más viejos insistieron en que alguien cantara un tango. Poco después hubo un asado, y la concurrencia fue aún mayor: todos comían y bebían tan amables, hasta que dos o tres muchachos del grupo de Cacho Roperero empezaron a correr a cascotazos a una familia con niños, que llegaba. Horacio pudo parar a uno:

—¿Pero qué estás haciendo?

—Éstos vienen a comer porque tienen hambre: no vienen acá por Perón.

Horacio vio cómo la familia se escapaba, con las manos sobre la cabeza para taparse de las piedras, y trató de explicarles a sus compañeros que justamente estaban con Perón para que no hubiera más hambre, y que de alguna manera tener hambre era estar con Perón.

—No, qué van a ser. Éstos lo único que quieren es llenarse la panza, porque tienen hambre.

El muchacho tenía una lógica cerrada; Horacio pensó que podía llegar a entenderla si se ponía en su lugar, si imaginaba viejos conflictos barriales y pensaba en la lucha por la comida en situaciones de necesidad. Pero, según otra lógica, eran dos tipos del pueblo peleándose por un cacho de carne. Horacio pensó que el camino era largo y difícil.

Su situación tampoco era simple. Horacio era uno de los responsables de la UB y lo respetaban, pero a los Montoneros les parecía demasiado peronista, a los muchachos del barrio demasiado intelectual y a los de la universidad demasiado populista. Aunque todos le reconocían que era el mejor situado para conectarlos entre sí y que, además, nadie se había integrado como él a ese mundo de variadas aristas. Horacio era muy capaz, y se pasaba horas y horas en el barrio.

De hecho, en esos días, Horacio González se fue a vivir a una pensión de la calle Terrada. Su matrimonio funcionaba moderadamente mal y le pareció que la partida cumpliría el doble objetivo de poner distancia conyugal y acentuar su compromiso con el territorio: era un paso más en su despojamiento militante. En el cuarto de la pensión tenía una cama de metal con colchón módico, una mesita renga, su silla de madera y un lavabo; en el armario había metido su poca ropa y unos cuantos libros. Cuando pensó en poner algo en las paredes, no terminó de decidir qué podría ser.

La pensión, conventillesca, era una zarabanda de peleas, rumores y resentimientos, y sus charlas con sus vecinos nunca terminaban de ser lo que esperaba. Tenía que dejar de hablar de tantas cosas. De a ratos, Horacio pensaba que había que leer mucho a Fanon para aceptar que estos sectores más desprovistos de la población cargaban una ansiedad revolucionaria superior a la del resto. Y que eran, de alguna manera, la base de una nueva cultura que se estaba armando. Para eso, tenía que dejar pasar las mezquindades, los celos, el desinterés. Pero, otras veces, un gesto solidario, una conversación, lo reafirmaban en su idea de que había hecho bien, que ése sería el lugar en el que podría ser por fin lo que debía. Y otras le parecía que estaba muy solo.

A menudo hacía cosas que no había hecho nunca, para acercarse a sus compañeros. Nunca le había interesado el fútbol, y solía denostarlo como opio de los pueblos, pero en esos días empezó a ir a la cancha de Argentinos Juniors, porque estaban empezando un trabajo político con la hinchada: poco después, vio en un intervalo a un morochito que hacía malabarismos increíbles con una pelota casi tan grande como él. En la tribuna ya se empezaba a hablar del pibe Maradona.

Horacio hacía todo tipo de tareas en la unidad básica, que era un centro de reunión importante en el barrio y a veces se veía arrastrado a situaciones que no terminaban de cuadrarle. Como esa tarde, por ejemplo, en que unos quince o veinte muchachos del barrio fueron hasta otro comité radical de la circunscripción y entraron cantando, asustando a los viejos que charlaban y tomaban mate:

—¡Yrigoyen y Perón,/ un solo corazón!

Horacio no estaba muy de acuerdo, pero fue con ellos y, una vez que estuvieron adentro del local, le pareció que no tenía más remedio que subirse a la mesa pintada de marrón y decir unas palabras, mientras sus compañeros pintaban las paredes con consignas peronistas:

—Se equivocan los que tratan de enfrentar al presidente Yrigoyen con el general Perón. El peronismo es la superación dialéctica del verdadero radicalismo combativo de principios de siglo. Por eso, un radical verdadero no puede sino ser un verdadero peronista...

De abajo, los muchachos lo aplaudían y comentaban con admiración qué labia que tenía el profe.

**Julio de 1972.** Las tres horas de *El padrino*, de Francis Ford Coppola, con Marlon Brando, Al Pacino y Diane Keaton acababan de estrenarse en Buenos Aires. En su comentario de la revista *Panorama*, Homero Alsina Thevenet la elogiaba con algunos reparos: «Para la Mafia misma, que sobrevive en Estados Unidos pese a toda represión, el film es un retrato embellecido: no sólo abundan los buenos sentimientos entre los personajes, sino que las mismas palabras *Mafia* y *Cosa Nostra* no aparecen jamás en los diálogos, como parte de otro acuerdo de caballeros: la Paramount se comprometió a no utilizarlas, y la Mafia se comprometió en cambio a no fusilar en la calle a productores, director e intérpretes del film».

También se estrenaba, en esos días, *El Jardín de los Finzi-Contini* de Vittorio de Sica, *El Toque* de Ingmar Bergman, *Frenesí* de Alfred Hitchcock y *Heroína* de Raúl de la Torre con Graciela Borges, adaptada del libro homónimo del psicoanalista Emilio Rodríguez. «En este film, la crisis que conmueve a la comunidad psicoanalítica ha encontrado su correlato cinematográfico», comentaba Jorge Di Paola. De *Goto, la isla del amor* de Valerian Borowczyk, Ernesto Schóo decía que «es un film tan extraño que corre el riesgo de pasar por una genialidad». No fue el caso.

Mientras, seguían en cartel *Cabaret* de Bob Fosse, *Dodeskadén* de Akira Kurosawa y *Mimí Metalúrgico* de Lina Wertmüller. En distintos teatros se



podía ver *Lisandro* de David Viñas sobre la vida de Lisandro de la Torre, con Pepe Soriano y Franklin Caicedo; *Las brujas de Salem* de Arthur Miller con Alfredo Alcón y Alicia Bruzzo; *Torquemada* de Augusto Boal o *Hair* dirigida por Daniel Tinayre con la actuación de Fontova. Y, en los *café concerts*, actuaban Gasalla y Perciavalle —*Yo no, ¿y usted?*—. Rudy Chernikoff y Henny Trailes —*Cómo ser una iddische mame*— y Vinicius con Toquinho y María Creuza.

—Habría que secuestrar un avión de línea, hermano.

El Colorado Jorge Marcos estaba tan poco convencido como los demás, pero no veía opciones. Alejandro Ferreyra volvió al sur dos veces más y Víctor Fernández Palmeiro exploró las posibilidades de comprarles un avión de treinta plazas a unos mafiosos en Asunción, con la idea de despegar desde la pista de una estancia que estaba a pocos kilómetros de Rawson, pero entonces la aviación naval se les iba a pegar como una ventosa.

Jorge tenía que hacer cumplir las instrucciones: los presos ya habían decidido la fuga del penal de Rawson. El 6 de julio, la conducción conjunta de FAR, Montoneros y PRT de Rawson había definido que se iban. En el penal ya habían hecho entre los tres una lista de quiénes saldrían primero si, como pensaban, no podían fugarse todos. Los grupos operativos se armarían por pabellón y no por organización, y todos tendrían que obedecer al jefe que les tocara. Jorge insistía mientras sacaba dos mapas, uno de los alrededores del penal y uno de la Patagonia:

—Además, con un avión de línea se pueden ir los ciento veinte compañeros.

—Eso es jugarse a todo o nada.

Alejandro no estaba convencido. Víctor tampoco, pero no tenían nada para ofrecer a cambio después de dos meses de buscar por toda la Patagonia un lugar donde esconderse, u otra vía de escape.

—Bueno, conseguite un submarino ruso y listo...

Jorge mostraba los dientes amarillentos a través de los bigotes y se reía por no llorar. Él tenía que consolidar el grupo operativo. Después, Benito Urteaga pasaría la propuesta a FAR, Montoneros y Descamisados. Los de las FAR tenían tanta o más iniciativa que los del ERP; con las otras dos organizaciones las cosas no eran tan sencillas.

Cuando definieron la vía de escape pudieron pasar al esquema general de la operación. Adentro del penal también había problemas. Los presos estaban en seis pabellones y, para llegar a la sala de guardia, los del pabellón más

cercano tenían que reducir a los guardias de tres rejas, atravesar un pasillo, reducir una reja más y copar por sorpresa la guardia del penal. De ahí tenían que subir una escalera y reducir la sala de armas. Para hacer todo eso iban a tener tres o cuatro pistolas y unos uniformes militares y penitenciarios que ellos mismos se iban a hacer. Iban a simular una visita del Ejército, algo que era más o menos habitual. Una vez tomada la sala de armas, dispondrían de unos cincuenta fusiles y algunas metralletas y pistolas para armar a varios grupos que irían a tomar al mismo tiempo la guardia externa, distante unos cien metros, un retén de guardia de apoyo, a otros cien metros, y unas cuantas casetas de guardia sobre los murallones. Jorge les iba mostrando el plano de la cárcel y, ante el silencio de Alejandro y Víctor, quería pasar a otros temas.

—¿Se entiende, no? Bueno, todo esto lo garantizan los de adentro.

Mientras Ferreyra y Fernández Palmeiro trataban de armar un esquema de traslado y retirada, pocos días después, Jorge les llevó dos novedades importantes:

—La primera es que con la erre todo de acuerdo; los desca no quieren saber nada, no les gusta el plan y a los de la erre les plantearon reparos de operar con nosotros; los Montos dejan en libertad de acción a sus presos pero afuera no participan, tampoco les gusta.

Los Descamisados y los Montoneros estaban muy cerca de fusionarse. Los Montoneros le prestaban cada vez más atención a su política de masas, y no querían operar demasiado. El PRT trataba de apurar un acuerdo integral con las FAR, pero las condiciones políticas no eran fáciles para la unidad entre quienes reivindicaban a Perón y quienes se le oponían.

—¿Y la segunda?

Víctor suponía que la segunda era la que más tenía que ver con ellos.

—El comité de fuga dice que acepta que la dirección operativa de la evacuación esté afuera hasta mediados de agosto y que si para ese entonces no tenemos un plan de acción, ellos toman la dirección integral de la operación.

Eso significaba que los tres miembros del comité militar nacional serían relevados desde la cárcel por otros. Tenían un mes para hacer lo que no habían podido resolver en casi tres. Víctor acató parcialmente:

—Que la dirección política la tiene Robi no se discute, pero desde adentro no pueden decidir cómo son las vías de escape. Nosotros vamos a seguir trabajando con todas las variantes y no vamos a quedar atados al avión de línea.

—Acá tengo los horarios de los vuelos. Para el martes 15 hay uno de Austral que sale de Buenos Aires a Comodoro Rivadavia a las cuatro de la tarde y de ahí pega la vuelta para la capital con escala en Trelew.

—Ése es el nuestro.

Era el lunes 24 de julio: Alejandro Ferreyra informó a Víctor Fernández Palmeiro y Jorge Marcos que la máquina era un BAC-111 con capacidad para más de ciento treinta pasajeros y que el combustible que llevaba alcanzaba para desviar el vuelo a Puerto Montt, o quizás incluso a Santiago de Chile, donde Salvador Allende iba a recibir una papa caliente.

Ellos habían llevado unos pollos al spiedo y varias cocacolas porque se iban a quedar en ese departamento de Palermo toda la noche: hasta que llegaran a un plan definitivo. Las FAR y el ERP habían resuelto dividir las tareas: las FAR se ocupaban de conseguir los camiones y los autos, meterlos en el penal para sacar a los ciento veinte fugados y trasladarlos hasta el aeropuerto; el ERP tenía que garantizar el relevamiento de la zona, las rutas de escape, un grupo de contención para parar a los marinos de la base naval y la toma del aeropuerto. Un comando conjunto tomaría el avión. Estudiaron las rutas desde la cárcel hasta el aeropuerto. El camino principal salía por el norte de la ciudad: eran sólo veinte kilómetros asfaltados, pero tenía puestos policiales reforzados en los accesos de Rawson y de Trelew. La ruta de pedregullo salía por el oeste y era unos cinco kilómetros más larga: no estaba custodiada y la única dificultad que ofrecía era que al salir de Rawson y al entrar en Trelew iban a tener que cruzar puentes sobre el Río Chubut. El Colorado Marcos calculaba el tiempo desde el penal hasta el aeropuerto:

—En pedregullo hay que manejar despacio, pero si los choferes de la erre son buenos, tenemos que tardar entre veinticinco y treinta minutos.

Víctor estaba obsesionado por la cantidad de militares que había en la zona:

—Bueno, vamos a lo grosso. Necesitamos por lo menos quince compañeros para el grupo de contención; desde que empiecen las acciones en el penal hasta llegar al aeropuerto tenemos que calcular más de una hora. En ese tiempo los marinos de la base ya pueden mandar patrullas, así que para fijarlos en el terreno vamos a necesitar un grupo muy fuerte.

En Rawson había un escuadrón de Gendarmería y un destacamento del Ejército, con unos cien hombres, instalado a tres cuadras de la cárcel: estaban muy bien preparados para rechazar un ataque desde afuera pero no tenían movilidad para perseguir a más de cien hombres armados una vez producida

la fuga. Las fuerzas policiales de las dos ciudades tampoco tenían recursos para ese nivel operativo. Alejandro ataba cabos:

—Cada uno de los problemas es controlable, pero todos son frentes de combate posibles, y cualquier enfrentamiento significa pérdida de tiempo para llegar al aeropuerto, y aumenta las posibilidades de que los marinos entren en acción.

Era probable que los marinos de la base Almirante Zar tuvieran un plan de toma del aeropuerto civil ya preparado, como precaución. Los tres eran conscientes de la fragilidad de su propio plan, pero estaban decididos a hacerlo. A Víctor le parecía muy difícil, pero se jugó:

—Con quince compañeros podemos hacer la contención por un buen tiempo. Mientras los marinos preparan las compañías, dejan la seguridad del cuartel y empiezan a hacer la aproximación al aeropuerto, pasa una eternidad... Y si no, hermano, vemos.

Al final quedaron en que Víctor tomaría el avión en Comodoro Rivadavia con otros cuatro militantes, mientras que Alejandro y Jorge llegarían por tierra con otros ocho. Pero nada era definitivo: Víctor, pese a la decisión del comité de fuga de los presos de tomar el avión de línea, seguía trabajando con la idea del avión propio. Al final de la reunión les contó que unos compañeros habían hecho varios vuelos en una avioneta, incluso habían cruzado a Chile. Pero los resultados no eran promisorios:

—No tienen cartas de vuelo adecuadas: una vez salieron y creían que aterrizaban en un lado y terminaron en otro. Además las pistas son malas.

Jorge le dijo que ya no había tiempo para seguir empeñándose en otras vías de escape, que el avión propio estaba descartado. Pero Víctor tenía su propia idea:

—Yo no descarto nada.

**Julio de 1972.** Las elecciones se discutían: el gobierno había definido que habría segunda vuelta porque suponía que la maniobra podía servirle para juntar a todos los partidos antiperonistas en el *ballotage* y derrotar al candidato de Perón. Y, el viernes 7, el presidente Lanusse había lanzado nuevas condiciones: no podría ser candidato nadie que desempeñara algún cargo público ni que estuviera fuera del país después del 25 de agosto. Unos días después, el jueves 27, el teniente general eligió una cena en el Colegio Militar para lanzar su desafío final al general Perón. Su discurso fue largo y dijo, entre otras cosas:

«Nadie puede dudar de que Perón es una realidad que juega un papel singular, que lo viene jugando desde hace mucho tiempo en el país y también en el proceso actual. Su permanente acción pendular entiendo que ha llevado al país a muchos años de postergaciones y le ha creado dificultades para encontrar las soluciones necesarias y adecuadas.

»El gobierno, ¿cómo puede actuar? Enfrentando al mito con realidad y de frente. No se crearon argucias rebuscadas para marginarlo, sino que, por el contrario, se lo trató y se lo trata de poner en el tiempo y en el espacio, dándole iguales posibilidades que a todos los argentinos.

»Hace diecisiete años que Perón y sus seguidores han venido agitando tres banderas evidentemente políticas y míticas. ¿Cuáles eran? El cadáver de la señora María Eva Duarte de Perón, el retorno de Perón y que a Perón se lo estaba trampeando.

»Los restos de la señora María Eva Duarte de Perón han dejado de ser bandera mitológica. Pero no porque yo lo haya deseado. Casi diría, en primer término: porque quien más lo desea es aquel que fue su marido. ¿Por qué digo esto, señores? Porque desde el año pasado los restos de la señora de Perón fueron puestos a disposición de Juan Domingo Perón. ¿Y dónde los tiene hoy? Donde no se anima a sacarlos; en la misma casa donde vive con su tercera mujer.

»¿Por qué digo que no se anima a sacarlos de allí? Porque sabe bien —y esto es también subjetivo de mi parte— que si los saca de ese mismo recinto, corre el riesgo de que la peregrinación a Madrid no se termine en la quinta 17 de Octubre sino en el lugar donde estén los restos de la señora.

»El famoso retorno de Perón. Señores: o regresa antes del 25 de agosto o tendrá que buscarse un buen pretexto para mantener el mito de su eventual e hipotético retorno.

»Será difícil explicar cómo, durante diecisiete años, el mito de la trampa era que no se lo dejaba regresar; ahora pretende decirnos que la trampa consiste en que se lo quiere hacer venir. Piense cada uno, no se dejen tentar por la fácil y más cómoda situación de que otro piense por ustedes; ni siquiera que piense por ustedes el Comandante en Jefe. Piense cada uno y cada uno saque sus conclusiones.

»En mi fuero íntimo, diré que a Perón no le da el cuero para venir.

»Pero Perón tiene que definirse. Ineludiblemente tendrá que hacerlo. O es una realidad política o solamente será mito. No estoy en contra del mito, porque aunque no me resulte muy agradable, evidentemente no llegó a ser un mito a los setenta y tantos años porque sí no más. Pero bajo ningún punto de

vista se ha de admitir que pretenda ser las dos cosas: mito y realidad. Una u otra».

En esos días, Lanusse le decía al corresponsal del *New York Times* que «la Argentina es un país que debe ser gobernado como se trata a los caballos en el ejército: firmemente, pero sin demasiada dureza». Años después, Lanusse explicó su maniobra en sus Memorias: «Mi intención, muy clara, era que Perón volviera —para terminar de una buena vez con el mito, para demostrar que iba a volver y no iba a pasar nada en el país—, y que volviera, en lo posible, condicionado por las Fuerzas Armadas. La maniobra tuvo dos fases consecutivas: el 7 de julio le dije a Perón que viniera si quería ser candidato; el 27 de julio, que viniera si el miedo no se lo impedía». Para apurar a Perón, Lanusse se basaba, entre otras cosas, en un informe médico que le habían pasado sus servicios de inteligencia: al ex presidente le quedaban pocos meses de vida. Tardó mucho en saber que era una operación de inteligencia: el informe era falso y pretendía hacerle pisar el palito. Uno de los que participó en el engaño fue el abogado Julio Mera Figueroa.

En esos mismos días, otro de sus informes de Inteligencia sobre el «probable proceder de Juan Domingo Perón» le advertía que «es conveniente retener para el posterior análisis que si JDP dijera lo que realmente piensa e hiciera lo que concretamente dice, dejaría de ser JDP».

—Así que no le da el cuero. Así que ahora Lanusse se nos viene a hacer el machito. Que si al Viejo le da el cuero, que si no le da. Éste es otro que va a quedar culo pal norte, como Onganía.

—Bueno, ésas son patoteadas, pero la cláusula es tan jodida como bien pensada. El hijo de puta de Lanusse lo pone afuera de las elecciones a Perón, pero al mismo tiempo, para que no le sigan diciendo que hizo todo para quedarse con el bastón de mando, él también se pone fuera de carrera.

—Y eso a quién carajo le importa. Él estaba afuera de todas formas, no compares. ¿Quién lo iba a votar? ¿Sabés lo que dijo el Viejo el otro día en un reportaje? Que la autoproscricción de Lanusse es una boludez, yo tengo más posibilidades de ser rey de Inglaterra, dijo, que él de ser presidente constitucional de la Argentina.

—No es tan fácil, la ocurrencia de Lanusse medio que lo pone a Perón contra la pared. Si viene, está aceptando las condiciones de un gobierno que él mismo denunció como ilegítimo. Y si no viene, se está poniendo solo fuera del juego y, además, mucha gente va a pensar que Lanusse tenía razón, que al viejo no le dio el cuero.

—Visto así me parece un poco simplista. El viejo también juega al desgaste de los milicos, a Lanusse se le quemaron muchos papeles y hoy los casinos de oficiales están que arden de ganas de pasarle algunas facturas. ¿No era que el General había aceptado el GAN y que Alejandro Agustín iba a ser presidente con los votos de los negros? Habría que entrar a analizar también cómo juegan estas contradicciones internas en las fuerzas armadas, y ver qué elencos empresarios están pensando que el negocio a futuro pasará mejor con algún modelito democrático remendado. Eso puede ser un límite significativo para el gobierno y...

Las charlas en el bar de la facultad podían hacerse interminables, y a Elvio Vitali le interesaban por sobre cualquier otra cosa. Los de Derecho solían pensar que tenían un buen nivel de discusión política: que no eran como otros militantes, que hacían más bien discursos encendidos y a la carga Barracas: a ellos les gustaba creer que eran más maduros, más reflexivos, más capaces de analizar la situación en términos más políticos, menos «ideologistas». Aunque, muchas veces, las charlas terminaran con definiciones taxativas.

—Bueno, sí, de acuerdo, pero la cosa es que al Viejo hay que traerlo como sea.

Los distintos grupos de la Juventud Peronista habían lanzado la campaña del «Luche y Vuelve» a principios de año, y ya había habido un par de actos, en Merlo y en Munro: concentraciones más o menos rápidas que terminaron con corridas, gases y detenciones. Pero parecía que el acto del 28 de julio iba a ser otra cosa. Primero intentaron hacerlo en el Luna Park: Tito Lectoure, presionado por el gobierno, había terminado por negarse. Así que Paulino Niembro, un dirigente metalúrgico de origen vandomista, ofreció la cancha del club que presidía: Nueva Chicago, en pleno Mataderos. Hacía mucho frío, pero las tribunas estaban repletas. Era la primera vez que la Juventud Peronista producía un encuentro tan masivo. Algunos decían que debían ser como quince mil, otros que veinte. En todo caso, hacía mucho que no se juntaba tanta gente en Buenos Aires.

El acto había sido convocado para recordar el aniversario de muerte de Eva Perón, y empezó con un minuto de silencio «en memoria de la compañera Evita y todos los caídos en la lucha por la liberación». Después, los quince mil cantaron el Himno y gritaron muy fuerte los últimos versos, saltando y revoleando brazos:

—Coronados de gloria vivamos.../ ¡O juremos con gloria morir!/ ¡O juremos con gloria morir!/ ¡O juremos con gloria morir!

Y enseguida la Marcha peronista, antes de que empezaran a hablar los oradores:

—... y por eso, es necesario organizar comandos de defensa para proteger al General cuando retorne a la Argentina, pero en la fecha que él y su pueblo decidan...

Decía Mario Hernández, de la Asociación de Abogados Peronistas, y las tribunas contestaban:

—¡Fap, Far y Montoneros/ son nuestros compañeros!

Elvio también gritaba y saltaba, y pensaba, como la mayoría a su alrededor, que los combatientes eran la punta de lanza para el regreso de Perón y el peronismo al poder: los mejores compañeros. Y que el objetivo final era integrarse a alguna de las organizaciones armadas, pero que ser un combatiente no era sólo tener huevos para salir a tirar tiros. Los huevos eran necesarios, por supuesto, pero también, sobre todo, había que formarse política e ideológicamente: había que convertirse en un militante integral, y la violencia era sólo una parte, la más difícil, de la lucha por la liberación nacional. En la tarima, Hernández seguía con su discurso:

—... porque Lanusse, ese compadrito de club nocturno, ha desafiado al pueblo peronista. Que sepa Lanusse que si él tiene fusiles, Perón tendrá miles de pechos peronistas...

—¡Aquí están, estos son/ los fusiles de Perón!

Le contestaba la tribuna. Elvio miraba a su alrededor: nunca había visto a tantos en la misma, tantos compañeros. Casi nadie tenía más de treinta años. En la tarima, otro abogado, Rodolfo Ortega Peña, usaba metáforas futboleras:

—Lanusse actúa como Didí en River. Se pasa casi todo el tiempo explicando sus derrotas. Pero acá ya no hay tiempo suplementario. Estamos en el segundo tiempo y vamos ganando seis a cero. A Lanusse le podría caber el título que Perón le explicaba a Braden que otorgan los argentinos a los que venden el país al extranjero: ¡hijo de puta!

—Qué lindo, qué lindo, qué lindo que va a ser/ Lanusse bajo tierra/ Perón en el poder.

Los gritos y los bombos no paraban. Ahora, en la tarima, el Beto Ahumada leía comunicados de adhesión de las FAR, los Montoneros y los Descamisados. Después, Rodolfo Galimberti, enfundado en su campera negra, con un pañuelo de seda blanca al cuello, engominado, decía que las luchas de la juventud eran solidarias con las de las formaciones especiales:

—... y esto deberían entenderlo los sectores del Movimiento que todavía no han entendido el sentido del mal llamado Gran Acuerdo Nacional y creen



que es posible tener tratos con la dictadura militar...

Hubo silbidos y puteadas, y otros gritos:

—¡Ni votos, ni botas/ fusiles y pelotas!

Algunos líderes sindicales estaban en la cancha pero no se habían subido a la tarima: temían recibir su parte de silbidos y, además, tampoco querían aparecer muy desafiantes frente al gobierno. Pero otras autoridades del Movimiento se atrevieron: Norma Kennedy, de la rama femenina, se lanzó con su tono más ronco:

—... dice que Perón no se atreve a dar la cara. Y lo dice un Lanusse que hace gala de una hombría que no tiene...

—Atención, atención,/ atención, atención,/ en el culo de Lanusse/ la poronga de Perón.

Después, la mujer se puso más política, durísima:

—Lanusse dice que Perón no se atreve a dar la cara. Todos nosotros damos la cara. Fernando Abal Medina, Carlos Ramus, Mirta Missetich, Juan Pablo Mestre ya han dado la cara, y todos la seguiremos dando, como ellos, hasta el final si es necesario. ¡Somos miles y miles dispuestos a dar la cara!

En el tablón, Nicolás Casullo estaba sorprendido. Si hasta Norma Kennedy nombraba uno a uno a los combatientes, la situación estaba llegando a un límite. En la tarima, Kennedy empezó a nombrar a los muertos peronistas: a cada nombre, las tribunas gritaban Presente. Hasta que todos se unieron en el grito:

—¡Se siente, se siente,/ Evita está presente!

Que empezó a ser tapado por otro, que creció en las tribunas:

—¡Si Evita viviera/ sería montonera!

El acto ya llevaba casi dos horas cuando apareció el último orador, el delegado personal Héctor Cámpora, que empezó descalificando al Gran Acuerdo Nacional:

—... que no es grande, ni es acuerdo, ni es nacional. El pueblo sí llegó a un acuerdo, que tiene nombre propio: Juan Perón. Lo que les pasa a estos señores es que tienen miedo, porque estamos cerca del 17 de octubre...

—¡Fusiles, machetes,/ por otro diecisiete!

—... y dentro de dos meses tendremos un 17 de octubre con Perón en el país... El 17 de octubre nos reencontraremos todos en la Plaza de Mayo...

—Lanusse, marmota/ Perón va a venir cuando le canten las pelotas.

—... y estos señores que hablan de dar el cuero tiemblan, porque es a ellos a los que no les va a dar el cuero para frenar el retorno de Perón...

—¡Juventud presente,/ Perón, Perón o muerte!

A la salida de la cancha la policía los esperaba con unas tanquetas blindadas americanas, nuevas, las Short Lang: torreras giratorias, ametralladoras pesadas y noventa kilómetros de velocidad punta, especiales para la represión urbana. Los policías empezaron a tirar gases, y hubo corridas. Los manifestantes se dispersaron: en un momento, Elvio vio que cuatro o cinco pesados de la guardia de infantería lo perseguían a unos cincuenta metros. La calle estaba bastante oscura, pero si seguía corriendo iban a terminar por agarrarlo. De pronto, cuando dobló la esquina, vio que una puerta se entreabría y una señora de cincuenta o sesenta le hacía señas de que entrara:

—Vení, metete acá, rápido, rápido.

La puerta se cerró de un golpe y Elvio se encontró en el living de una casita suburbana, con el televisor encendido y un señor que terminaba su cena con la servilleta al cuello. La calefacción estaba demasiado alta. Por un momento, Elvio se quedó parado sin saber qué hacer; estaba agitado, respiraba fuerte. La señora le dijo que se sentara, que mejor esperara un rato antes de volver a salir.

—¿No querés un té, nene? Debés estar muerto de frío...

Elvio recordó en esa consigna que decía a la lata, al latero, las casas peronistas son fortines montoneros, y se dijo que era cierto y tuvo ganas de abrazarla.

—Sí, señora, muchísimas gracias. En serio, muchísimas gracias. No sabe cuánto aliento me da encontrarme con compañeros como ustedes.

Un poco más allá, en el puente de avenida del Trabajo y Perito Moreno, un grupo de ocho militantes de las FAR había cruzado dos coches en la calle y los hizo estallar con un par de granadas, para frenar a las tanquetas que seguían persiguiendo a los manifestantes. Carlitos Goldenberg, con un pañuelo sobre la boca para filtrar los gases, estaba a cargo de la operación y dirigió la retirada.

**Julio de 1972.** Al día siguiente del acto de Nueva Chicago, *Primera Plana* entrevistó a Rodolfo Galimberti, que acababa de volver de Madrid, donde Perón le había renovado su confianza como su delegado para la Juventud: «Después de diecisiete años de lucha, en la que se pasó por distintas experiencias, nosotros sabemos que nuestra mayor fuerza es el número, y que en cualquier elección estamos en condiciones de demostrar que somos la inmensa mayoría del pueblo argentino. Pero con esto no alcanza, estamos absolutamente hartos y esta hartura ha asumido forma de conciencia

política. Acá el retorno de Perón no se resuelve mediante el voto. Esto sólo se garantiza mediante las luchas del pueblo e indudablemente por las formas más orgánicas y radicalizadas que asumen estas luchas. En una palabra, por la única garantía posible, que es la constitución de un poder militar popular».

En Madrid, Perón le había dado a Galimberti una carta dirigida a los grupos universitarios de la Juventud Peronista, donde les decía que «quiero hacerles llegar mi encomio más sincero por la labor que desarrollan y por la forma inteligente en que la realizan. También considero acertado tanto los métodos de la movilización como las funciones que prevén para la ejecución de la Guerra Revolucionaria en que estamos empeñados, frente a una dictadura militar contumaz en sus propósitos de la entrega...».

El viernes 4 de agosto, Víctor Fernández Palmeiro y Jorge Marcos repasaban los últimos aprontes: las cosas se hacían cada vez más complejas y parecía muy difícil llegar con todo listo al martes 15. El director de la cárcel de Rawson había sido reemplazado: todo indicaba que el relevo estaba relacionado con las denuncias de malos tratos y no con los planes de fuga, pero los guardias parecían más atentos que de costumbre. Los movimientos en la zona de Trelew para preparar la contención eran cada vez mayores y cuando los militantes cruzaban miradas con los pobladores sentían que todo era obvio, que no podían ocultar nada. En Bahía Blanca estaban preparando casas para usarlas como último punto de partida y también era peligroso: la ciudad tenía mucha presencia de la marina. Y lo más grave: uno de los camiones que habían robado las FAR para la operación fue detectado por la policía frente a un bar de Ciudadela, en General Paz y Rivadavia. Se armó un tiroteo en el bar: uno de los militantes consiguió escaparse, pero otro cayó preso. Si hablaba, toda la operación caía en manos de la policía. Y ya no había tiempo para cambiar los puntos básicos. Saltándose ciertas reglas, el responsable de las FAR decidió que tenía confianza en que su compañero no hablaría, y que seguían adelante con los planes. Tres días después, dos camiones grandes, una camioneta y dos autos tomaban la ruta tres hacia el sur. Al volante de unos de los autos, un falcon legal, Carlos Goldenberg miraba la ruta y pensaba que ahora sí que no tenía vuelta atrás. En un momento se acordó de los cursos de equitación de Palermo, con Carlos Olmedo, que ahora estaba muerto, y la Petisa Sabelli, que ellos iban a liberar; era como otra vida, y Carlos no podía creer que sólo hubieran pasado cinco años.

El lunes 7 a la noche todos los militantes se habían reunido en una casa operativa en Bahía Blanca. Estaban, entre otros, Jorge Marcos, Alejandro Ferreyra y Víctor Fernández Palmeiro por el ERP; por las FAR estaba Esteban —el responsable operativo, que a su vez era chofer de uno de los camiones—, Carlos Goldenberg y Ana Wiessen. El grupo de las FAR había enfrentado tantos problemas como los del ERP, con el agravante de que las otras dos organizaciones peronistas no participaban. Tenían todo dispuesto para lanzar la acción, pero seguían discutiéndola:

—Nosotros consideramos que no están dadas las condiciones. La verdad, creemos que así como estamos no se puede hacer.

Dijo Esteban y Víctor lo aprobó. Jorge y Alejandro pensaban que ya no podían discutir si se hacía o no la acción. Por una cuestión jerárquica, Jorge tomó la palabra:

—La decisión está tomada, lo que podemos discutir es cómo se hace.

La discusión duró más de tres horas, con cuartos intermedios y reuniones por separado de cada organización. Los militantes de cada una tenían códigos distintos y no siempre les resultaba fácil entenderse. Hubo acusaciones, sospechas, alguna puteada. Finalmente, todos acordaron en que la harían. Víctor cedió:

—Compañeros, yo acepto sacrificarme yo, pero no voy a sacrificar a nadie. Así nadie va a pensar que yo me cago. Para mí es un problema operativo... Esto es una locura.

Entonces, en vez de un grupo de contención de quince combatientes del ERP y de las FAR, como se había previsto originalmente, Víctor planteó un esquema muy reducido:

—Al avión lo tomamos él y yo, y que el Colorado se quede en el aeropuerto como enlace y para recibir a los compañeros.

Él era Alejandro. Los de las FAR miraron a Esteban, que aceptó la idea:

—Bueno, que Jane vaya en el avión con ustedes.

Jane era Ana. Otro militante de las FAR se quedaba con el Colorado en el aeropuerto para hacer enlaces y comunicaciones; Esteban, Carlos y otros dos choferes iban a ser los únicos que esperarían afuera de la cárcel. Sin ninguna clase de apoyo. Y varios de los militantes convocados se volverían a sus ciudades en cuanto pudieran.

Carlos manejaría el auto en el que subirían Roberto Quieto, Marcos Osatinsky, Fernando Vaca Narvaja, Mario Santucho, Enrique Gorriarán Merlo y Domingo Mena. Esteban manejaría la camioneta y los otros dos los camiones. Cuando terminó la reunión, Carlos y Alejandro se fueron a acostar

en la misma habitación y se tomaron una ginebra para relajarse. Carlos estaba seguro de que Alejandro también había jugado al rugby: aunque tratara de disimularlo con su estilo de combatiente erpio, tenía toda la pinta. De todas formas no se lo iba a preguntar. La charla se hacía difícil: no podían hablar de nada que diera información al otro sobre quién era cada uno, y en política lo más probable era que no se pusieran muy de acuerdo, así que siguieron hablando de la operación que se venía. Tampoco era fácil pensar en otra cosa. Carlos no estaba optimista:

—Mirá, si no fuera por el enchufe que tienen los presos, esto sería imposible: estamos demasiado desgastados y no tenemos mucha confianza en la acción. Pero igual hay que darle para adelante, y ya veremos, ¿no?

Le resultaba tan raro pensar que casi no conocía a ese tipo, que seguramente no estarían de acuerdo en muchas cosas y que, sin embargo, quizás murieran juntos dentro de unos días.

—Al final todos resultan ser un poco Superman o Batman. Acá las van de Clark Kent, y después se cambian el traje y salen volando, ¿no?

Le dijo Menchi Sábat, y Miguel Bonasso se rió. Estaban en la redacción de *La Opinión*, charlando de bueyes perdidos y, como era inevitable, de política y de militantes. Miguel se hacía el oso, pero la definición del uruguayo le cabía también a él: hacía unos meses que se había integrado, en absoluto secreto, a los Montoneros.

No siempre era fácil conectarse con una organización armada. A veces podía ser, incluso, muy difícil. En 1971, Miguel Bonasso se pasó varios meses buscando un contacto. Tiempo antes había intentado crear, con Dardo Cabo, un grupo que duró muy poco tiempo: se llamaba Agrupación Peronista de Base 17 de Octubre —API7— y llegaron a asaltar una estación de servicio para pertrecharse antes de que Cabo se fuera a los Descamisados y el grupo quedara disuelto. Entonces Miguel estuvo, durante unos meses, muy cerca de la Guardia de Hierro y de Pajarito Grabois, pero la Guardia se fue rechazando cada vez más y Miguel prefirió dejarla. También estuvo, en ese tiempo, cerca de un grupo que intentaba hacer trabajo barrial en los monoblocks del Bajo Belgrano, que tenían fama de ser una especie de nido de la resistencia peronista, pero cuando quiso conseguir un contacto con los Montoneros se pasó meses buscándolo y, al final, se conectó con un primo de su mujer que conocía desde la infancia a uno de los jefes de la organización: el tipo era muy joven, con un bigotito casi lampiño para tratar de disimularlo, estaba clandestino y se hacía llamar Luis.

Miguel no tenía un ámbito de funcionamiento, y su militancia se mantenía muy secreta: una vez por semana se encontraba, solo, con Luis en una casa semiabandonada que alguien había conseguido en General Pacheco, y conversaban. A Luis le parecía que era mucho más útil mantener a un periodista conocido en una situación bien preservada que hacerle demasiado caso a la idea del militante integral y mandarlo a cambiar la chapa de un auto o a robarle la pistola a un policía. Miguel y Luis tenían largas charlas sobre la coyuntura política, las posibilidades de manejar mejor la propaganda, los cursos de acción más convenientes. Las informaciones que le pasaba Miguel le servían a la organización para ampliar su visión de cómo se estaba manejando la política en los círculos del poder: en esa época, los Montoneros todavía no tenían mucho acceso a esos espacios. Y Miguel, en ese momento, estaba muy cerca de ellos.

Miguel había empezado en *La Opinión* como secretario de redacción a cargo de información general. Pero de a poco fue haciendo cada vez más política: como ya estaba enganchado con los Montoneros, trataba de cubrir todo lo que podía acerca de Cámpora y la Juventud Peronista, pero el diario seguía una línea lanussista y los artículos salían mal y poco. Hasta que Héctor Cámpora, un día, café de por medio, le sugirió un arreglo:

—Mire, Bonasso, tendríamos que combinar esta cuestión. ¿Por qué no hacemos una cena con el señor Timerman y le planteamos la posibilidad de que usted cubra de manera orgánica todo lo que sea peronismo, y a cambio de eso yo le garantizo buena información?

A los pocos días, en un reservado del Plaza Hotel, Cámpora, Timerman, Pasquini Durán, Tcherkaski, Guagnini y Bonasso charlaban frente a unos lomos al champignon. Jacobo Timerman le había preguntado al delegado personal de Perón qué iban a hacer en los meses siguientes, y él le contestaba que primero tenían que unificar el movimiento, superar todas las broncas del paladinismo y armar una conducción sólida. Que para eso había que reunificar también a las 62 Organizaciones, legalizar y asomar el partido Justicialista en todos los distritos, garantizar que no hubiera ninguna clase de problemas legales que pudieran servir de excusas para una proscripción. Y, sobre todo, movilizarse para preparar la vuelta del General Perón, traerlo de vuelta a la Argentina, ir a elecciones y ganarlas. Cámpora hablaba tranquilo, sin énfasis, con su estilo de dentista de pueblo que nunca está apurado. Timerman, como viejo periodista suspicaz, quería saber qué había detrás de todo eso: algún acuerdo secreto con los militares, algún propósito de negociación:

—Doctor Cámpora, no nos diga lo mismo que dice en sus comunicados, en sus declaraciones. Queremos saber la verdad.

—Bueno, señor Timerman, es eso mismo. Esto es exactamente lo que yo pienso hacer.

A partir de ese día, *La Opinión* tuvo la mejor información sobre peronismo: Miguel seguía al delegado personal a todas partes, y sus artículos solían ser todo lo favorables que podían. Miguel estaba impresionado por la capacidad de trabajo del dentista: aunque le parecía un dinosaurio, se sorprendía ante este hombre de sesenta y cuatro años que empezaba sus jornadas a las nueve de la mañana y las terminaba a las tres de la madrugada siguiente y que, aunque no era un gran estratega, tenía una astucia política natural que lo guiaba en esa práctica. Pero, de todas formas, nunca pensó que pudiera ser candidato a nada. Si llegaba a haber elecciones, que todavía no eran muy seguras, el único candidato posible del peronismo era Perón.

Los informes de Miguel eran cada vez más interesantes, y de su relación con Luis estaba surgiendo un embrión de secretaría de Inteligencia de los Montoneros. Hasta que el 16 de agosto, a las dos de la tarde, Luis faltó a la cita que tenía con Miguel. Poco después, en el diario de la tarde, aparecía la noticia de su muerte.

**Agosto de 1972.** El miércoles 16, a las diez de la mañana, Carlos Capuano Martínez fue a una cita en un bar de Martín García y Montes de Oca. No tenía que ir, pero estaba ansioso por intercambiar información sobre lo que había pasado en el penal de Rawson, y sabía que Carlos Hobert —el Pingulis— y otro compañero suyo iban a estar ahí. Estaban tomando un café y comentando lo sucedido cuando vieron entrar a un hombre de unos cincuenta años, vestido de riguroso sport policial, seguido por dos muchachos de veinticinco, con camperas y bluyines. El hombre se fue hacia su mesa, mostró una chapa y les pidió los documentos. Los estaba revisando cuando vio unas fotocopias que había sobre la mesa, y las agarró: era un material escrito por los presos, que estaban mirando y no alcanzaron a guardar. Mientras, uno de los jovencitos vio que Carlos Capuano trataba de agarrar un bolsito que tenía sobre la silla: Capuano estaba prófugo, y tenía órdenes de no caer vivo. Sus dos compañeros, en cambio, estaban desarmados. Cuando empezó el tiroteo, Hobert y el otro montonero aprovecharon para escaparse; Carlos Capuano cayó herido mientras salía a la calle y allí quedó, casi una hora, desangrándose en la vereda. Al día siguiente, su cuerpo fue velado en la sede de la UTA de Córdoba, el gremio de Atilio López. El cajón estaba cubierto

con una bandera argentina, y había una corona que decía Perón-Isabelita. Al año siguiente, la revista *El Descamisado*, de la Juventud Peronista, conmemoraba el primer aniversario de esa muerte con un artículo que es casi un modelo del género:

«... por eso lo de Fernando y Ramus te encontró medio curtido. Pero los lloraste en silencio. Sin poder ir a despedirlos. Hasta eso tenía de jodido el asunto. No pudiste acariciarlos y mirarlos ahí, por última vez.

»Por eso lo fuiste a buscar al negro Sabino para acompañarlo en su último combate. Porque lo querías vivo con vos. Apretando juntos, dándole para adelante. Sin embargo te robaron el cadáver, te lo escamotearon como habían hecho con Evita. Te mordiste la impotencia. Te robaron a un amigo y compañero, y eso tampoco se perdona.

»Poco antes de la masacre de Trelew, una tarde cualquiera de agosto, allá por Barracas los guanacos se encontraron con tu fierro. Cuentan que te defendiste como un león. No era necesario que alguien lo contara. Así lo habías aprendido al lado de Fernando, de Ramus, del negro Sabino, y eso no se olvida, se lo cumple.

»Te tuvieron ahí en el piso, desangrándote, en la avenida Montes de Oca. Te patearon en el piso. Ahí era fácil, con el plomo adentro del cuerpo cualquiera se te animaba.

»Vaya uno a saber en qué andabas pensando en esos últimos momentos. Se te deben haber juntado un montón de caras, todas juntas. Y con ellas te moriste, teniéndolas apretaditas. Seguro que te olvidaste de que te rodeaba toda la Federal, ansioso de que tu cuerpo se volviera frío. Ellos pensaban que te tenían ahí quieto, en Barracas. Pero vos estabas por otros lados. Te estabas cagando de risa acordándote de la cara de los milicos cuando La Calera, de la enorme satisfacción del peronismo cuando se confirmó lo de Aramburu, de la alegría con que ibas a cada operación.

»Y no se terminó de apagar tu risa Carlitos Capuano cuando se empezó a reír allá en Trelew Susana Lesgart. Y lo lindo es que se reían de lo mismo y por lo mismo. Era la alegría de estar peleando por algo que uno quiere, la alegría de saber que pelear por Perón y por Evita en nuestro país era pelear por la Patria, por esa cosa linda, por hay medio etérea, que es la historia nuestra. Pelear porque hay un viejo que come una sopa gastada en una villa o un par de pibes tienen que andar corriendo descalzos. Pelear por eso no es una obligación, es un placer...».



## Doce

—¡Raaanchoooo...!

Los celadores de la cocina mostraban orgullosos el plato del día: en la cárcel de Rawson un asado de vaca era una fiesta. A la una del mediodía del martes 15 de agosto, los presos de los seis pabellones hicieron la cola con sus platos de aluminio, pero la mayoría no comió casi nada. La fuga estaba prevista para las seis de la tarde, y en las horas previas a una acción no había que llenarse el estómago. Hasta el lunes, los que sabían del operativo no pasaban de quince, aunque muchos lo intuían. Ese día, durante el recreo, Osatinsky y Santucho hablaron con Agustín Tosco. El sindicalista ya llevaba casi un año preso: lo habían agarrado cuando salía de un restorán de Córdoba y lo dejaron sin proceso, a disposición del Poder Ejecutivo. Osatinsky y Santucho le dijeron que se iban a fugar y que, si quería, tenía un lugar.

—Miren, les agradezco y les deseo toda la suerte, pero yo no puedo rajarme así. A mí me toca esperar que me liberen las luchas populares. Para ustedes, que están en la lucha armada, es lógico que traten de fugarse, pero yo no. Igual les deseo que todo salga bien, compañeros, en serio.

A esa hora, Carlos Goldenberg estaba a veinte kilómetros de allí, en Trelew, despidiéndose de los otros tres choferes. Había manejado los ochocientos kilómetros desde Bahía Blanca en el Ford Falcon donde debía llevar al grupo más importante; los otros tres tenían una camioneta y dos camiones.

Carlos sincronizó su reloj con los demás y contestó que tenía el tanque lleno cuando Esteban le hizo las últimas preguntas. Unas horas después, los cuatro estarían a pocos metros del penal, esperando la orden para entrar y sacar a ciento veinte presos.

El Colorado Marcos estaba sentado en la habitación del hotel de Trelew: escuchaba la radio y fumaba un cigarrillo tras otro esperando que se hicieran las seis de la tarde para plantarse en el aeropuerto de Trelew y hacer el enlace entre los fugados y el avión tomado.

Ana Wiessen también estaba en Trelew para abordar el avión en esa escala.

Alejandro Ferreyra y Víctor Fernández Palmeiro estaban de saco y corbata en dos mesas distintas del bar del aeropuerto de Comodoro Rivadavia, esperando el momento de embarcar, junto con otros sesenta y cuatro pasajeros, en el boeing de Austral con destino a la Capital y escala en Trelew.

Antes de subir al avión, Alejandro y Víctor tenían que recibir una información fundamental: que dentro de la cárcel estaba todo dispuesto para iniciar la fuga. A las 17.25, una mujer con un tapado negro se acercó a Alejandro, le pidió fuego y le dijo diez palabras: era el enlace telefónico entre Comodoro Rivadavia y Rawson.

—Está todo en orden. Dicen que están listos, mucha suerte.

—Gracias.

Con un movimiento de cabeza, Alejandro le indicó a Víctor que todo estaba en marcha. Ahora la mujer del tapado negro tenía que devolver a Rawson un mensaje: los dos comandos abordaban el avión y lo iban a copar en Trelew. El mensaje le llegaría a Esteban, el responsable de los choferes. Todo como estaba dispuesto.

A las 18.10, los altoparlantes del aeropuerto de Comodoro Rivadavia informaron que el vuelo de Austral con destino a Buenos Aires y escala en Trelew saldría a las 18.30.

Cuatro grupos de apoyo colaboraban con la fuga, en Buenos Aires, Trelew, Comodoro y Rawson: cada uno de ellos estaba en contacto telefónico con los otros y se comunicaba con los presos o los militantes por medio de señales establecidas. En Rawson, alguien parado frente al penal había hecho una señal con el pañuelo, a las 17.00, para confirmarles a los presos que su grupo había recibido la información de que el avión había salido de Buenos Aires hacia Comodoro. Eso significaba que tenían que estar preparados pero sin entrar en operaciones. La segunda señal decía que el avión había iniciado el tramo de vuelta: Comodoro-Trelew-Buenos Aires. Esa señal marcaba el inicio de la acción y debía llegar entre las 18 y las 18.20. La hora límite tenía una razón de peso: a las 19.30 venía el cambio de guardia, y desde media hora antes empezaban a llegar agentes penitenciarios de todos lados.

Por una demora entre los enlaces, la segunda señal no llegó a las 18.00. Se hicieron las 18.10 y los del comité de fuga seguían esperando tranquilos. Pero cuando se hicieron las 18.20 y la señal no había llegado, el comité de fuga analizó sus dos opciones: suspender todo para otra oportunidad —que no sabían si llegaría alguna vez— o estirar el plazo. Santucho y Osatinsky decidieron esperar cinco minutos más.

A las 18.22 llegó la señal y los presos se pusieron en marcha: en ocho minutos, los grupos operativos tenían que agarrar las pocas armas y disfraces que tenían: algún uniforme militar, sacos y corbatas, uniformes de guardia cárceles. A las 18.30 empezó la toma del penal. En diez minutos, sin tirar un tiro, habían tomado los puntos neurálgicos, incluida la sala de armas. Habían reducido a unos sesenta guardias; los ciento veinte presos se estaban pertrechando.

Cuando uno de los grupos operativos fue hacia el puesto armado que estaba a unos cien metros del edificio de la cárcel, cerca de la salida, un guardiacárcel sospechó del grupo que llegaba, agarró su arma y les dio la voz de alto.

—Identifíquense. ¡Quietos ahí!

Cuando el suboficial se preparó para tirar, desde el grupo le dispararon una ráfaga de FAL. Eran las 18.45. En la puerta de la Conserjería, camino a la salida de la cárcel, cayó muerto el cabo Juan Valenzuela, la única víctima del copamiento.

Los presos tenían previsto que se produjera alguna resistencia y evaluaban que los disparos no iban a alertar a los gendarmes y a los efectivos del Ejército que estaban a tres cuadras del penal: era común que se escapara un tiro o una ráfaga en el penal. Pero Esteban oyó los tiros, miró hacia la cárcel y le pareció ver que en una ventana agitaban una frazada. Esteban interpretó que con esa señal le decían que todo había fracasado y dio la orden de retirada a sus vehículos. La decisión fue un error grave: el plan no preveía ninguna señal para que los camiones se retiraran.

Carlos Goldenberg estaba al volante del Falcon esperando que llegaran los camiones para sumarse a la caravana y entrar en el penal. Cuando escuchó los disparos siguió en su lugar, sin moverse. Los camiones no llegaban. Pocos minutos después, cuando vio que se abría la puerta del penal, recorrió con el coche los cien metros que lo separaban de la entrada de la cárcel y se encontró con el grupo de seis que tenía que llevar al aeropuerto: Santucho, Vaca Narvaja, Osatinsky, Quieto, Gorriarán Merlo y Menna. Carlos no llegó a darse cuenta de que, dos minutos antes, los dos camiones y la camioneta se habían ido. Osatinsky y Santucho le preguntaron por ellos.

—Deben estar por entrar, estaban ahí, no sé.

—Vamos a buscarlos.

Gritó Osatinsky, y los siete se subieron al Falcon. Fernando Vaca Narvaja, con uniforme de oficial de Ejército, podía dar la impresión de estar en un operativo militar. Los otros seis no tenían ningún disfraz. Estaban

amontonados y llevaban armas saliendo por las ventanillas. Dieron una vuelta de cinco minutos por los alrededores: se cruzaron dos veces con el mismo patrullero sin que pasara nada, pero no encontraron los camiones. No había lugar para consultas ni vacilaciones. Osatinsky dio la orden:

—Al aeropuerto.

A las 18.50, el avión de Austral aterrizó en el aeropuerto de Trelew. Entre los pasajeros de la escala debía subir Ana Wiessen y hacerles a Fernández Palmeiro y Ferreyra una señal de que todo estaba en orden, para que tomaran la máquina. Los dos mantenían los ojos clavados en la entrada, pero Ana no subía. Cuando terminaron de entrar los veintinueve pasajeros y las azafatas recorrían el pasillo, Víctor y Alejandro se quedaron quietos, desconcertados, en sus asientos.

Unos minutos antes, los dos militantes que estaban en el aeropuerto — Jorge y Manuel— habían recibido una información confusa a través del enlace que tenían con Rawson: «Los camiones se retiraron, uno de los camiones tuvo un breve tiroteo con un retén policial a la salida de Rawson; pero también salió un auto del penal...». Con esos datos, decidieron cambiar la instrucción que tenía Ana:

—Hay que demorar el avión.

A Ana se le ocurrió ir hasta el mostrador de Austral y hablar con un empleado para pedirle que esperara unos minutos.

—Vea, está por llegar mi equipaje, no sé por qué se demoró...

A los pocos minutos, la excusa se desmoronaba y Ana decidió subir al avión. Jorge y Manuel supusieron que la operación había fracasado y se fueron. Ana, ya en el avión, vio a Alejandro y Víctor: en vez de hacerles la señal, se les acercó y les contó lo que sabía por boca de Jorge, que a su vez lo sabía por boca de otro, y de otro. Tuvieron que decidirse enseguida. Fernández Palmeiro fue a la cabina, Ferreyra y Wiessen se ocuparon de pasajeros y tripulantes. El comandante del boeing, sin siquiera darse vuelta, escuchó:

—El avión está tomado por un comando conjunto del ERP y las FAR. Vaya hasta la cabecera de la pista y deje los motores en marcha...

Los noventa y seis pasajeros y cuatro tripulantes escucharon una voz femenina muy amable:

—Por favor, quédense sentados y pongan las manos sobre el respaldo de los asientos de adelante. No se preocupen, todo va a salir bien.

El ex teniente Julián Licastro, uno de los pasajeros, no sabía de qué se trataba, y pensó que era mejor esconder el documento en el que figuraba como militar y quedarse sólo con una tarjeta que lo identificaba como peronista. Los cuatro gendarmes que estaban de civil pero armados no hicieron ningún gesto de resistencia. Al dirigente de Luz y Fuerza de Córdoba José Contreras, que venía de visitar a Tosco, le cayó bien escuchar la tonada de un comprovinciano cuando Alejandro insistió en que ellos hacían esto como parte de la lucha popular y que a ninguno de los pasajeros le iba a pasar nada. El avión fue hasta la pista y, a los pocos minutos, se acercó un auto a toda velocidad.

—¡Che, el avión ya está por salir!

A las 19.25, mientras llegaban al aeropuerto, los siete guerrilleros en el falcon manejado por Carlos Goldenberg pensaron que el boeing de Austral ya se habría ido: era demasiado tarde. Tampoco había rastros del grupo que tenía que recibirlos. Corriendo, Fernando Vaca Narvaja entró a buscarlos al hall del edificio. Nada. Seguía vestido de teniente, y el coronel Luis Perlinger, el que había sacado a Illia de su despacho en 1966, que esperaba otro avión, lo paró para reprenderlo. Perlinger estaba retirado e iba de civil:

—Teniente, tiene las charreteras al revés.

Fernando Vaca lo miró, y enseguida entendió que debía ser un oficial. Decidió jugar al simpático y se sonrió:

—Disculpe, señor. Sabe, anoche estuve de fiesta.

En ese momento, Fernando vio el avión en la cabecera de la pista y pensó que estaba a punto de despegar. No podía saber que Carlos, Víctor y Alejandro ya lo habían copado. Lo primero que se le ocurrió fue correr a la torre de control y aprovecharse una vez más de su uniforme:

—¡Rápido, paren ese avión! Lleva una bomba, si no lo paran va a saltar en pedazos. ¡Rápido, la radio!

El operador transmitió el mensaje al capitán del boeing. Fernando le ordenó que le dijera que no se moviese, que esperara ahí, quieto al final de la pista.

—Avísele que ya vamos a hacernos cargo.

Fernando se volvió hasta el Falcon, y el coche se metió en la pista, a cien por hora, hasta donde estaba el boeing. Adentro, Alejandro los vio llegar y por un momento creyó que eran miliares, que todo estaba perdido y venían a agarrarlos. Quiso impedir que una azafata abriera la puerta del avión, pero llegó tarde: se puso en posición de fuego frente a la puerta y, cuando entraron

sus compañeros, estuvo a punto de tirar. Santucho, que lo conocía, le pegó el grito:

—¡Pará, chango, somos nosotros!

Una vez que todos estuvieron adentro, decidieron esperar diez minutos por si llegaban otros. Pero pronto iban a aparecer los marinos de la Base: seguir ahí era suicida. Entonces le ordenaron al piloto que levantara vuelo:

—Al aeropuerto de Santiago de Chile.

Desde el aire, intentaron comunicarse con la torre de control, con la idea de volver a buscar a alguien en caso de que llegara, pero no lo consiguieron. Empezaba otra etapa: no era seguro que el gobierno de la Unidad Popular los dejara seguir viaje a Cuba, donde querían pedir asilo político. En 1968, Salvador Allende, entonces presidente del Senado chileno, había acompañado a los cubanos Pombo, Urbano y Benigno y a algunos bolivianos que habían roto el cerco del Ejército boliviano sobre el ELN y habían cruzado la frontera. Aquella vez los sobrevivientes de la guerrilla del Che fueron hasta la isla de Tahití y después, clandestinamente, pudieron volver a Cuba. En el avión, los diez escapados miraban por las ventanillas, con miedo de que apareciera algún caza de la marina que tratara de desviarlos: seguramente no lo harían, porque el boeing estaba lleno de pasajeros, pero todo era posible. Y su estado de ánimo era confuso: habían conseguido fugarse, pero no sabían qué podría pasar con los demás.

Carlos Goldenberg, parado al fondo del pasillo con una pistola en la mano derecha, trataba de ordenar un poco su cabeza: él no tenía que haber estado ahí. Se suponía que iba a escapar por tierra, después de dejar a sus pasajeros en el avión, aprovechando que nadie lo conocía. Pero las circunstancias se lo impidieron: ahora, estaba embarcado con los jefes de tres organizaciones guerrilleras rumbo a Chile. Su vida estaba cambiando a un ritmo incontenible.

**Agosto de 1972.** El martes 15 de agosto a la noche, después de varios días de reuniones con Perón en Madrid, Héctor Cámpora se tomaba un avión de vuelta a Buenos Aires. Antes de salir en caravana hacia la sede del justicialismo, en la avenida La Plata 246, Cámpora confirmaba que Perón volvería ese año a la Argentina, y que la fecha la iba a elegir él y no Lanusse. Aunque el gobierno había dispuesto que Perón debía volver a la Argentina antes del 25 de agosto, el líder justicialista se había ido a San Sebastián para descansar unos días.

«El General tenía las maletas preparadas, pero el comando táctico entendió que no es el momento. Él deberá venir como prenda de paz y no de

disociación, como pretende presentarlo la dictadura militar. De cualquier manera será él quien decida, siempre y cuando el comando táctico lo estime conveniente: seguro que va a ser antes de que finalice 1972.

»Para lograr que las condiciones impuestas por Perón —derogación de la legislación represiva, liberación de los presos políticos, no a la reforma constitucional—, el Partido Justicialista y el Movimiento Peronista recurrirán a todos los medios a su alcance».

Además, Cámpora confirmaba que «se está preparando una casa adquirida por el movimiento en la localidad de Martínez» para alojar a Perón: era el chalet de la calle Gaspar Campos, en Vicente López, cerca de la quinta presidencial de Olivos.

Los diarios del día no consignaron como dato curioso que, justo dieciséis años antes, Héctor Cámpora se escapaba de la cárcel federal de Río Gallegos, en Santa Cruz, junto a Jorge Antonio, John William Cooke, Guillermo Kelly y otros presos peronistas. Los fugitivos habían cruzado la cordillera a lomo de burro para pedir asilo en Chile.

Los otros presos que trataban de fugarse eran unos ciento diez: tenían el penal bajo control, pero estaban a pie. Mientras mantenían la esperanza de que volvieran los camiones decidieron llamar a taxis de la zona. Al rato se presentaron cuatro coches, y se subieron los diecisiete militantes que seguían a los Seis Primeros en las listas de prioridades que habían hecho las organizaciones. Cuando ya estaban todos en los autos, Pedro Bonet, que mandaba la retirada, comprobó que había lugar y llamó a dos más:

—Lobo, Vieja, vengan ustedes también.

Y Alberto Del Rey y Alfredo Kohon salieron corriendo y se sumaron, a último momento, a los fugitivos. En el camino, uno de los coches, con problemas mecánicos, tuvo que ir muy despacio: los demás decidieron mantenerse a su ritmo, para no abandonarlo. Ese retraso fue fatal. A las 19.45, cuando llegaron al aeropuerto, descubrieron que el boeing de Austral había despegado unos minutos antes.

Al mismo tiempo, vieron otro avión que bajaba y se preparaba para aterrizar: si conseguían tomarlo, estaban salvados. Pero el avión, ya muy bajo, volvió a levantar vuelo: le habían avisado por radio y siguió viaje. Los fugitivos pensaron que si hacían volver el avión de Austral para recogerlos no podrían asegurar que despegara de nuevo, y prefirieron garantizar la huida de sus jefes. En el aeropuerto no había más aviones. Los fugitivos tomaron posiciones en el edificio: eran catorce hombres y cinco mujeres. Un batallón

de infantes de marina, comandado por el capitán de corbeta Luis Sosa, llegó pocos minutos después.

El sitio duró horas. En el aeropuerto había muy pocos pasajeros, y algunos empleados de las aerolíneas, personal técnico, changadores y los dueños del bar. Los militantes, bien armados, se instalaron en distintas ventanas y puertas para tratar de controlar la situación. De tanto en tanto, alguno se iba a comprar algo al bar. Angelito, el hijo de los dueños, de nueve años, estaba encantado con el juego:

—¿Son guerrilleros éstos?

Le preguntó a su papá.

—Sí.

—Pero, ¿son revolucionarios?

—Eso dicen.

—Entonces, ¿van a hacer bajar los precios?

Después, María Angélica Sabelli pidió un chocolate. Cuando le dijeron cuánto costaba protestó:

—¿Sesenta pesos un Aero? ¡Qué bárbaro!

—¿Usted cuánto hace que está presa?

—Unos seis meses...

—Bueno, en ese tiempo los precios se fueron al demonio.

Por teléfono, los militantes dijeron a los sitiadores que estaban dispuestos a entregarse en presencia de un juez, un médico y la prensa para garantizar que no serían maltratados. Los militantes sabían que no tenían salida, pero querían conseguir la mejor rendición posible. Mantenían la calma y, para eso, suponían que la disciplina era importante: consultaban cada movimiento con los responsables de las tres organizaciones: María Antonia Berger por las FAR, Mariano Pujadas por los Montoneros, Pedro Bonet por el ERP. El coronel Perlinger seguía observando todo con curiosidad, y charlaba con los ocupantes con amabilidad extraña:

—Señor, yo con usted no coincido ideológicamente en nada, pero le rindo el mismo respeto que rendía un romano a un cristiano cuando lo tiraban a los leones y sabía levantar la cruz. Al país lo van a construir los que sean capaces de tirarse a los leones.

A eso de las nueve empezó la conferencia de prensa. Berger, Pujadas y Bonet se enfrentaron a seis o siete micrófonos de periodistas locales y porteños. Uno de ellos pidió detalles del operativo, y Pujadas prefirió hablar de política. Pujadas tenía veintidós años, un pulóver de cuello redondo y aspecto de nene bien:



—Aquí hay compañeros de tres organizaciones, ERP, FAR y Montoneros: esta acción es significativa de nuestra voluntad de unirnos. Estamos juntos en esto y vamos a luchar juntos por la liberación de nuestro pueblo. Hoy nos separan algunas diferencias políticas pero estamos seguros de que al calor de la lucha estas diferencias van a ser superadas. Dos de las organizaciones que estamos aquí, representadas en algunos de sus miembros, son organizaciones peronistas; la otra no lo es, pero eso no es ninguna traba de nuestra voluntad de unidad que estamos aplicando. Los compañeros peronistas estamos aquí no porque nosotros hayamos elegido el camino de la violencia, ya que si el régimen tuviera voluntad de dar elecciones limpias totalmente el pueblo lo aceptaría y nosotros lo aceptaríamos, pero estamos convencidos de que así no va a ser, nosotros decimos al régimen que si quiere demostrar esa voluntad, que no haga tanta cháchara con las elecciones libres como viene haciéndolo, y que se expida claramente y lo demuestre en los hechos con la voluntad de pacificar al país...

Las preguntas siguieron, y las respuestas. Más tarde, Bonet explicó que los militantes venían de muy distintos orígenes. Bonet tenía un pulóver más bien rústico y pinta proletaria:

—Acá hay obreros tucumanos, trabajadores de la zafra, compañeros campesinos, compañeros intelectuales, compañeros obreros industriales, ésa es la composición social de los diecinueve, no somos estudiantes y nada más.

Después, Bonet habló de las condiciones de la rendición:

—Nos vamos a entregar en presencia del juez Godoy, para garantizar nuestra integridad y nuestra seguridad física, no solamente para que no nos asesinen, como han asesinado a otros compañeros, sino tampoco caer bajo la tortura a la cual permanentemente las fuerzas represivas son adictas.

La charla ya había durado como cincuenta minutos. Pujadas decidió suspenderla y pedirle al juez que fuera a parlamentar con los militares que tenían rodeado el aeropuerto. Diez minutos después, Pujadas, desarmado, salía a hablar con el capitán Sosa y volvió a pedirle que trajera un médico:

—¿Y para qué quieren un médico?

—Tenemos experiencia sobre la forma en que hemos sido tratados otras veces por la represión...

—¡No le voy a permitir!

—No le estoy diciendo que usted sea un represor pero, le repito, tenemos experiencia de otras oportunidades...

El capitán Sosa les dijo que los llevarían a la base Almirante Zar; los militantes se negaron: dijeron que si los llevaban a la base temían por sus

vidas. Finalmente, Sosa les prometió que los devolvería al penal de Rawson. Veinte minutos después los diecinueve militantes dejaron sus armas en el suelo y se rindieron a los marinos. El doctor Atilio Vilgione, un ex vicegovernador radical, los revisó uno por uno; después los subieron a un ómnibus naval. Los militantes iban haciendo la V de la victoria. Iban presos de nuevo pero se los veía contentos: habían conseguido la fuga de los jefes y, además, la operación había sacudido al país. En el ómnibus también iban el juez Godoy, el abogado radical Mario Amaya y dos periodistas locales. Un poco más allá, el teniente coronel Muñoz, jefe de las tropas de ejército que habían llegado hasta el aeropuerto, puteaba por lo bajo, aunque no tan bajo como para que los periodistas no lo oyeran:

—Esto es joda. Veníamos a liquidarlos a todos y están vivos. Si se hubieran animado a disparar un tiro, no dejábamos a uno. Pero se rindieron, los muy cagones.

El ómnibus salió, rodeado por otros vehículos militares, hacia la base Almirante Zar.

—Vamos a entregar el avión y las armas y nos ponemos a disposición del gobierno chileno.

Osatinsky y Santucho habían bajado a negociar con las autoridades y después volvieron a subir al avión para informar a los demás. El vuelo había sido tranquilo: hicieron una escala en Puerto Montt para cargar combustible y, cuando llegaron al aeropuerto de Santiago, se encontraron con un enviado del presidente Allende: Arsenio Poutien, el director de Investigaciones del gobierno, con quien arreglaron los términos de la rendición.

—Nos van a instalar en el cuartel de Investigaciones, custodiados por el cuerpo de carabineros. Ahí vamos a tener que empezar a negociar el asilo.

Hasta entonces, Alejandro nunca había dormido en una dependencia policial. Ésta era su primera vez, y en circunstancias muy particulares. No estaban en celdas: los chilenos les habían puesto colchones en una oficina grande. Estaban cómodos, pero los tenían bien custodiados. Esos dos primeros días durmieron salteado: seguían muy excitados, tenían reuniones, discusiones, estaban muy inquietos sobre su futuro. Después, Alejandro empezó a tranquilizarse. No era que se hubieran acabado los peligros, pero se había sacado de encima la sensación de tremenda responsabilidad de esos últimos meses: la operación ya estaba hecha y, en parte, había resultado. El jueves 17 durmió como un lirón. En la mañana del viernes 18 lo despertó la voz de Violeta Parra saliendo de una radio que les habían dado:

—Volver a los diecisiete/ después de vivir un siglo/ es como descifrar signos/ sin ser sabio consecuente./ Volver a sentir profundo,/ como un niño frente a Dios./ Eso es lo que siento yo/ en este instante fecundo...

En un primer momento, Alejandro no supo dónde estaba. Después se acordó y tuvo una especie de alivio. A su alrededor, Gorriarán y Goldenberg reproducían una partida de ajedrez que habían jugado en esos días Spassky y Bobby Fischer, Menna puteaba porque los chilenos no tenían mate y no le habían conseguido la yerba que le habían prometido. Santucho, reconcentrado, leía en un rincón. Ana Wiessen hojeaba diarios y revistas como si esperara turno para el peluquero. Una información de la Argentina decía que el juez Quiroga había intervenido para que los diecinueve presos del aeropuerto fueran devueltos al penal de Rawson. Menna opinaba que era bueno que interviniera un juez del fuero antisubversivo:

—Los jueces del camarón no mueven un pelo sin consultar a Lanusse, así que si fue Quiroga es porque están sintiendo la presión para que los trasladen a una cárcel y los saquen de un cuartel de la marina...

Ana los interrumpió con una declaración de Mario Amaya, el abogado de Tosco, que decía que su defendido reconocía que estaba al tanto de la fuga:

—Escuchen lo que dijo Amaya: «Por supuesto, mi defendido no se va a oponer a una fuga ni va a delatar a nadie».

El miércoles 16 a la madrugada las tropas del gobierno habían retomado el control del penal de Rawson. Los presos quedaron encerrados en sus celdas, sin libros ni comida ni radio pero vivos. Al otro día, cuando constató que los presos del aeropuerto seguían en la base Almirante Zar y no en el penal, Mario Amaya presentó recursos de amparo, pero él mismo fue detenido y puesto a disposición del Poder Ejecutivo.

—Acá van a ver lo que es la verdadera autoridad militar.

Había comentado el general Ceretti. Jorge Ceretti era el jefe del V cuerpo de Ejército, en cuyo territorio estaba la cárcel de Rawson. Aunque la base Almirante Zar era de la Armada y no del Ejército, inmediatamente después de la fuga, Lanusse declaró que toda el área era «zona de emergencia», y puso a Ceretti a cargo de las decisiones operativas, reportando directamente al jefe del Estado Mayor Conjunto, contralmirante Hermes Quijada.

El general Ceretti estaba muy molesto por lo que había pasado y quiso poner orden: sus tropas se desplegaron en Rawson y Trelew con grandes aspavientos. Había controles en las calles, y hasta los periodistas fueron maltratados. El cronista Horacio Finoli, de *Associated Press*, fue baleado

cuando iba en un auto con un fotógrafo y quedó herido. El enviado de *Clarín*, Armando Vidal, le pidió explicaciones a Ceretti:

—Bueno, es propio de la profesión que eligieron ustedes. En Vietnam, ¿cuántos periodistas cayeron ya...?

Ana seguía leyendo diarios. Otro artículo decía que dos de los guerrilleros que habían participado en la operación habían caído presos en San Antonio Oeste, cuando la camioneta en que viajaban volcó en una carretera provincial.

—Seguro que son Esteban y el Colorado.

Dijo Vaca Narvaja.

—Y la reputa madre que lo parió, carajo.

**Agosto de 1972.** El viernes 18, en la Federación de Box, hubo un festival en beneficio de los presos políticos, organizado por la Gremial de Abogados: adentro había cuatro mil personas y la gente en la calle llegaba hasta la avenida Rivadavia. Chunchuna Villafaña, Marilina Ross y Alberto Fernández de Rosa presentaban a los artistas y pedían, entre otras cosas, la libertad de los presos políticos y de los abogados presos por defender presos. En medio de consignas, cantaron y tocaron Marián Farías Gómez, Piero, el Cuarteto Cedrón y Rodolfo Mederos. Entre número y número, los animadores leyeron comunicados de las organizaciones armadas y pidieron un minuto de silencio por Carlos Capuano Martínez.

El lunes 14, en el Luna Park, el Centro de Artes y Ciencias había presentado un «Encuentro del Hombre Nuevo», donde cantaban la venezolana Soledad Bravo, el catalán Raimon, el uruguayo Daniel Viglietti y la argentina Nacha Guevara. El público se pasó la noche coreando consignas a favor de los grupos armados, y aplaudió especialmente las actuaciones de Viglietti y de Guevara, que cantaba poemas de Mario Benedetti y dio un encendido discurso «contra la oligarquía y el imperialismo».

Cuando llegaron a la base Almirante Zar, la noche del martes 15, los diecinueve presos fueron distribuidos de a dos o tres en ocho celdas chicas que se alineaban a los dos lados de un pasillo de dos metros de ancho. A eso de las cuatro de la mañana les dieron colchonetas y mantas, les cerraron las puertas enrejadas y pudieron tirarse a dormir: estaban cansados y, pese a todo, satisfechos.

Los dos primeros días el trato fue correcto. Les daban de comer en las celdas, y el pasillo estaba lleno de guardias pero, como eran colimbas,

charlaban con los presos sin mayor problema. En la mañana del jueves 17, dos suboficiales llevaron a María Antonia Berger a una oficina donde había tres oficiales de la Marina que le dijeron que querían interrogarla:

—Con todos los cuidados del caso, por supuesto. La Marina siempre se caracterizó por ser bien caballera.

—Eso no es cierto. Ni siquiera me han ofrecido una silla.

María Antonia era rubia, de piel muy blanca y modales altaneros. No se la dieron, pero le aseguraron que el trato iba a ser correcto. María Antonia no estaba muy convencida:

—Bueno, los antecedentes de la Marina no son muy buenos que digamos.

—¿Usted lo dice por lo del 55? La verdad que ustedes no están mucho mejor. Ustedes también recurren al terror, matan civiles, pobres policías.

El interrogatorio siguió un rato, y María Antonia no les dijo nada.

—Llévensela. Éstos sólo hablan cuando les aplicás el rigor.

Esa noche, el trato empezó a cambiar. A eso de las dos de la mañana, en el turno de guardia del teniente Bravo, unos gritos en el pasillo despertaron a todos los presos:

—¡Vamos, arriba! ¡Recojan los colchones y las mantas! ¡Todo el mundo parado al lado de sus camas!

El teniente Bravo, con otros dos oficiales a los costados, entraba a cada celda y les hacía preguntas:

—¿Quién los ayudó a preparar la fuga?

—Los abogados les pasaron materiales, ¿no? ¡Confesá, hijo de puta!

La escena se repetía todas las noches. Los colimbas habían sido reemplazados por suboficiales con ametralladoras pesadas apostadas al final del pasillo. De día, ya no les llevaban la comida a las celdas: los hacían comer, de a uno, en una mesa al fondo del pasillo. Mientras comían, dos soldados y un suboficial los apuntaban con armas largas sin seguro y con una bala en la recámara. La primera vez que lo llevaron, Pedro Bonet empezó a comer tranquilo, masticando bien:

—Tenés cinco minutos para comerte todo, hijo de puta.

Dijo el suboficial. El teniente Bravo le puso su pistola encima de la mesa. Bonet la miró, y siguió comiendo.

—Dale, hijo de puta, tratá de agarrarla. Dale, que te vuelvo la cabeza.

Bonet se concentró en su plato de guiso.

—A éstos en vez de engordarlos habría que matarlos.

Dijo el teniente Bravo. A cada rato, los marinos entraban en las celdas: muchas veces los hacían desnudarse y tirarse cuerpo a tierra sobre el piso frío,

una o dos horas, o pararse de cara a la pared con las piernas abiertas, con las puntas de los dedos contra la pared. Si no cumplían de inmediato una orden de pararse o salir del calabozo o arrodillarse, les ponían una pistola amartillada en la cabeza, y les decían que se prepararan para morir. Mientras, seguían interrogándolos. Una tarde, Mariano Pujadas tuvo que barrer desnudo el pasillo entre las celdas.

—La próxima vez no va a haber negociación. La próxima vez los vamos a cagar a tiros.

Solía decirles el capitán Sosa. A veces, en el pasillo sonaba algún disparo, supuestamente accidental. El 19 de agosto a la tarde los fueron sacando de a dos por vez, y los llevaron a un patio, donde los pusieron contra una pared. Enfrente, cinco marinos los apuntaron con sus FAL. María Antonia Berger pensó que no podían ser tan animales como para matarla así. Después pensó que sí, y le flaquearon las piernas. No quería cerrar los ojos: la espera duró diez minutos, hasta que el oficial dio la orden de que la llevaran de vuelta al calabozo.

Los presos estaban preocupados, y sus abogados le pidieron al partido Justicialista que solicitara garantías al ministro del Interior. El telegrama decía: «Reclamamos derechos humanos presos políticos unidad carcelaria Rawson responsabilizándolo por su integridad física amenazada por medidas de represión inhumanas». El ministro Arturo Mor Roig les contestó indignado: «En respuesta a su telegrama de la fecha requiero se sirvan precisar a qué medidas concretas de represión se hace referencia y cuáles son las amenazas a la integridad física y derechos humanos con relación a los responsables de los sucesos de Rawson y Trelew. El Poder Ejecutivo Nacional no acepta mediante acción psicológica se pretenda presentar a los protagonistas del luctuoso suceso como víctimas».

El 20 de agosto, los guardias entraron al pasillo a eso de la una de la mañana y empezaron a patear las puertas de las celdas:

—¡Arriba! ¡Recoger los colchones y las mantas!

Los presos se levantaron y, de pronto, se apagó la luz. María Antonia estaba de pie al lado de la plancha que servía como cama cuando oyó que los marinos, en el pasillo, cuchicheaban entre ellos:

—Bueno, vamos ahora.

—Sí, dale, vamos.

—No, esperen, che, esperen un cacho.

María Angélica Sabelli, que estaba con ella en la celda, le susurró que en cualquier momento iban a empezar los tiros.

—No, seguro que va a ser otro simulacro de fusilamiento. Cualquier cosa, nos tiramos cuerpo a tierra, y no nos asustemos. Tratemos de estar tranquilas, che, es lo más importante.

Al rato, los guardias prendieron las luces y los empezaron a sacar, de a uno, para los interrogatorios habituales.

—Felicitaciones compañera, se necesitan muchos médicos para la revolución.

El Negro Antonio del Carmen Fernández le estampó un beso en la mejilla a Cristina, la novia de Alberto Elizalde, que había aprobado la última materia de Medicina. Alberto la llevaba del hombro por el patio del penal de Resistencia y se paraban a conversar con algunos, o Alberto le decía quiénes eran:

—Ésos son Méndez y Jouvét, los decanos de los presos, llevan siete años, cayeron con la guerrilla de Massetti; aquél es Cacho El Kadri, uno de los fundadores de las FAP; el que saludamos recién es el Negrito Fernández, del comité central del Partido, y el que está ahí es el Negro Santillán, también de la dirección; los dos son obreros del azúcar, tucumanos...

Alberto estaba tostadito, bien alimentado, y Resistencia le parecía un jardín de infantes al lado de Devoto. Cristina había empezado a militar en un equipo de simpatizantes del PRT en La Plata: hacía trabajo político en el hospital y estaba dispuesta a colaborar en los equipos de emergencias de combate:

—Me dijeron los compañeros que mejor cortemos las visitas y la correspondencia, que es riesgoso. Yo no quiero, pero es por seguridad...

Quedaron en que Cristina le escribiría simulando ser su hermana, con el remitente de la casa de la madre. En realidad eso tampoco mejoraba demasiado las cosas, porque Delia, la madre de Alberto, ya estaba militando en la Comisión de familiares de presos políticos de La Plata, y Sofía y Felipe, sus dos hermanos, de veintiuno y dieciocho años, también hacían tareas de solidaridad con los presos.

Hacía cuatro meses que Alberto estaba en esa cárcel, donde los efectos del confinamiento no eran tan graves. Toda su familia lo visitaba, iban abogados y sacerdotes de Resistencia, e incluso había una comisión de solidaridad organizada por gente de la zona. Tenían diarios, televisión y radio y, aunque los pabellones eran de celdas individuales, el régimen que aplicaban era de puertas abiertas, así que la mayoría del tiempo estaban en las mesas del hall

central. Una noche, después de comer, Alberto escuchó la voz del Negro Santillán.

—Se han fugao...

Todos empezaron a prender las radios: sacaban las antenas de las spica por las ventanas para sintonizar emisoras de Buenos Aires pero la información resultaba muy confusa. Lo único que parecía seguro era que seis presos se habían subido a un avión y volaban hacia Chile. Al principio, los Montoneros decían que no era una operación de ellos porque no era su política operar junto al ERP, pero cuando las noticias confirmaron que Vaca Narvaja estaba entre los fugados, también se sumaron a los festejos.

—Señores, todo el mundo a las celdas.

Gritó casi amable el director del penal, flanqueado por dos guardias. Aunque los presos solían discutir cada orden y cada medida de seguridad, ése no era momento para complicaciones.

—Después voy a recibir a los delegados.

Dijo el director. Una hora después, los delegados de las tres organizaciones volvieron de la charla. Todos los presos se juntaron en asamblea y los delegados contaron que, según el director, en la fuga había muerto un guardiacárcel.

—Nos pide que no hagamos festejos para no irritar y que se ve obligado a tomar medidas de seguridad, que a partir de mañana se cortan las visitas de contacto y que las van a hacer en los locutorios.

Como no les sacaron las radios y los dejaron con las puertas abiertas, los presos pudieron escuchar partes de la conferencia de prensa de Bonet y Pujadas en el aeropuerto. Al otro día, el Negro Santillán y el Negrito Fernández contaron en una rueda de presos del PRT, entre los que estaba Alberto, que ellos sabían del plan de fuga, aunque no tenían los detalles:

—Robi me mandó un caramelo en el que me pedía que mantengamos la actividad normal, que evitemos cualquier rechifle y que no hagamos ninguna hache hache.

Un rechifle era una protesta activa; una hache hache era una huelga de hambre. Pero ahora Santucho ya no estaba en Rawson sino en Santiago de Chile y la situación de los presos de Resistencia había cambiado mucho.

Vaca Narvaja, Osatinsky y Santucho volvían de una de las tantas entrevistas que tenían en esos días y juntaron a los demás para informarles. Santucho estaba muy satisfecho con el apoyo que estaban recibiendo en Chile.



—Enrriquez nos planteó que ellos van a movilizarse todo el tiempo acá enfrente del edificio y que él cree que la situación es más favorable entre los socialistas y los radicales que entre los comunistas.

Miguel Enrriquez era el secretario general del Movimiento de Izquierda Revolucionario, una organización armada marxista que apoyaba desde afuera al gobierno de la Unidad Popular. La coalición de gobierno tenía dos partidos fuertes —socialista y comunista— y varios menores, como el radical y los cristianos de izquierda. Osatinsky les contó de qué manera Allende había parado el pedido de extradición:

—La dictadura le pidió a la UP que nos manden de nuevo a la Argentina por piratería aérea, de acuerdo a un convenio de La Haya, pero Allende le tiró la pelota a la justicia chilena y van a abrir una causa para dilatar la cuestión. Si nos juzgan acá no nos pueden entregar a la Argentina. Pero nos quedamos en cana. Nosotros tenemos que insistir con el asilo político.

El pabellón era casi confortable, y los fugados tenían de todo. Recibían muchas visitas, que les habían traído botellas de pisco y de vino, carne y hasta mariscos. El partido Socialista les mandó abogados para hacerse cargo de su caso. Un emisario del canciller Clodomiro Almeyda les pidió que colaboraran con el proceso judicial que quedaba radicado en la Corte de Justicia chilena: podía ser un trámite de dos meses que demoraría cualquier solución inmediata. Entre los pedidos de que no los devolvieran había uno del Comité Francés de Defensa de los Prisioneros Políticos Argentinos, con las firmas de Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Marguerite Duras, François Maspero, Alain Krivine y Michel Rocard. Alguien les contó que Chile no había vuelto a dar extradiciones desde 1950, cuando entregaron a un tal Saúl Fajardo, guerrillero colombiano, a Bogotá, y lo fusilaron unos meses después. La presión aumentaba, y era probable que no los devolvieran. Pero no podían estar seguros. El problema era la usina de rumores.

Unos decían que el Ejército argentino había mandado agentes de inteligencia para capturarlos y que la derecha chilena iba a colaborar en ese supuesto operativo. Otros decían que el gobierno de Allende iba a ceder a las presiones de Lanusse, porque quería mantenerse en buenos términos con él. Después vino un dirigente del partido Radical chileno que les dio una buena idea:

—Estos güevones que vienen a hablarles no deciden nada; ustedes para Allende son una brasa caliente, y el único que decide es él, pooo... Ustedes tienen que pedir una reunión con él y decirle: «Usted es un internacionalista,

usted ayudó a los hombres del Che, ayúdenos». En este minuto es el único que los puede ayudar, poo...

Estaba claro que si Allende les daba la reunión, tenían media partida ganada. La pidieron semioficialmente, a través del contacto con Almeyda. Afuera, en la calle, cientos de militantes del MIR avanzaban hacia el lugar con banderas rojas y negras, cantando que FAR, ERP y Montoneros son nuestros compañeros, cuando los paró la policía. Hubo corridas, piedras, gases lacrimógenos.

**Agosto de 1972.** El domingo 20, a las once y media de la mañana, el canal 11 presentó el primer concierto de rock y música progresiva por televisión. Se presentaron *Pescado Rabioso* —la segunda banda de Luis Alberto Spinetta—, *La Pesada del Rock and Roll* —con Pappo y Billy Bond— y *Color Humano* —el grupo de Edelmiro Molinari. Hasta entonces, decía *La Opinión*, los empresarios y directivos de la televisión argentina no daban espacio al rock nacional porque se trataba «de un espectáculo de aceptación no probada, con pocas posibilidades de audiencia masiva. En consecuencia ofrecían espacios a los mejores rockeros nacionales perdidos en insípidos shows musicales, como esos con insoportables cuerpos de baile compuestos por adolescentes de ambos sexos que suelen festonear los compases de la música confeccionada para no pensar». Pero la situación había cambiado: «De acuerdo con los organizadores de este acercamiento del rock a la televisión — hasta tanto no se demuestre lo contrario, cabría pensar que el rock nada tiene que hacer allí, pues ambos son mensajes de muy distinto signo— el show parece estar rodeado de la máxima cantidad de garantías: los intérpretes aceptaron la actuación justamente porque no se les obligaba a conceder en nada».

María Antonia Berger no se podía dormir y, de todas formas, no valía la pena. Sabía que en cualquier momento llegarían los gritos, las órdenes de salir al pasillo, las preguntas, los cacheos, las vejaciones de todas las noches. Aunque esta noche se estaba haciendo un poco tarde. Le preguntó la hora a un suboficial que estaba de guardia enfrente de su celda:

—Ya son las tres y media, quedate tranquila.

Le dijo el marino, y enseguida María Antonia oyó los gritos y pateos habituales:

—¡Arriba todo el mundo, doblar los colchones y las mantas!

Pero, esta vez, los marinos empezaron a entrar celda por celda para sacarlos al pasillo. Les dijeron que se quedaran parados al lado de cada puerta, mirando al suelo. Ricardo Haidar levantó un poco la cabeza y el capitán Sosa lo apuntó con su pistola 45:

—Haidar, no se me haga el machito que le pego un tiro.

El capitán y el teniente Bravo siguieron su ronda de inspección por el pasillo. María Antonia también salió al pasillo: cuanto se paró, junto a la Petisa Sabelli, en la puerta, empezaron los tiros. María Antonia alcanzó a ver que venían de una ametralladora en una punta del pasillo, y se sintió herida.

—Ahora van a ver lo que es el terror antiguerrilla.

Gritaba el capitán Sosa. María Antonia consiguió meterse adentro de la celda; a su lado, la Petisa dijo que estaba herida y cayó muerta en el acto. En el pasillo, la ametralladora seguía escupiendo: algunos buscaron un escape, pero no había adónde. Pujadas, Suárez y Mena, que estaban en la primera celda, cayeron enseguida. El ruido era infernal. Antes de caer, Jorge Ulla trató de tirarse encima de un marino, gritándole puteadas. En la puerta de su celda, Clarisa Lea Place y Susana Lesgart tuvieron el último reflejo de darse vuelta para evitar los tiros, y cayeron muertas. La Sayo Santucho también cayó, boca abajo, en medio del pasillo. María Antonia escuchaba tiros, gritos, quejidos y voces de los marinos:

—Éste todavía está vivo.

Y el estampido de un balazo. En la otra punta del pasillo, Ricardo Haidar y Alfredo Kohon escucharon el zafarrancho y alcanzaron a meterse de vuelta en su celda y tirarse debajo de los camastros. Todavía se oían gemidos cuando entró el teniente Bravo:

—¡Levantensé, hijos de puta!

Haidar y Kohon se pararon, y Bravo les preguntó si ahora sí iban a declarar como correspondía. Bravo los apuntaba con una 45. Los presos le dijeron que sí, que no tirara. Bravo salió al pasillo y entró otro oficial, que levantó su pistola y le metió a Haidar un balazo en el medio del pecho. Haidar salió disparado para atrás y cayó en su catre, sangrando a borbotones: cerró los ojos y trató de no moverse. Entonces el oficial disparó contra Kohon. Más lejos se oían otros tiros de gracia. Ricardo Haidar se quedó quieto: sabía que si se movía o hacía el menor ruido lo remataban de un balazo.

Entonces oyó cómo el teniente Bravo y el otro oficial iban hasta la celda de Alberto Camps y Mario Delfino, y les preguntó si ahora sí iban a contestar al interrogatorio. Camps y Delfino le dijeron que no, y sonaron dos tiros. Delfino había caído muerto; Camps, con una bala en el vientre, trató de

quedarse lo más quieto posible. En su celda, María Antonia Berger seguía escuchando todo: la sangre le corría por el pecho y todo el tiempo trataba de contener el movimiento instintivo de llevarse las manos a la herida. Ya casi no se oían quejidos. Al final del pasillo, un marino le decía a otro que la historia que tenían que contar era simple:

—Pujadas te agarró, salió un tiro para acá, entonces se quisieron ir y tuvimos que empezar a tirar...

María Antonia oyó unos pasos que venían hacia su celda, y pensó que la iban a matar. Con sorpresa, se dio cuenta de que no tenía más miedo: más bien una calma inesperada. Pensó que quizás fuera porque había perdido tanta sangre. Después le dio mucha tristeza: la iban a matar, nunca iba a tener un hijo, nunca iba a ver el triunfo del pueblo. Pensó que en realidad sí tenía miedo, pero no sabía bien de qué. Los pasos se pararon, a su lado, en la celda. María Antonia respiraba fuerte y se dijo que era mejor si lo miraba. Un oficial le estaba apuntando a la cara con una pistola, y disparaba. La bala le entró por el mentón y la tiró para atrás, pero María Antonia siguió consciente. Un suboficial le daba culatazos en la cabeza a María Angélica Sabelli. Quizá no se había dado cuenta de que ya estaba muerta. El oficial se dio media vuelta y salió de la celda.

—Putá, cuánto van a tardar en morir todos éstos.

Dijo alguien, un rato después. Ya habían pasado como veinte minutos y, ahora, los marinos estaban en el hall que había al final del pasillo. María Antonia los escuchaba como si estuvieran en un país lejano:

—Bueno, no se olviden. Los presos se quisieron escapar. Pujadas le quiso sacar la pistola al capitán, y tuvimos que abrir fuego...

A eso de las cuatro de la mañana, media hora después del comienzo de los fusilamientos, llegaron varios enfermeros a retirar los cuerpos en camillas, de a uno por vez. Kohon, Bonet, Berger, Astudillo, Camps, Polti y Haidar estaban vivos todavía, y los llevaron a la enfermería de la base. Les pusieron unas gasas en las heridas y los dejaron ahí tirados. María Antonia creyó que no iba a poder aguantar el dolor de la cara y la cabeza y, en un momento, esperó que la muerte le llegara pronto. A eso de las nueve escuchó que alguien decía que Bonet acababa de morir.

—Ahora quedan cuatro nomás.

Miguel Ángel Polti y Carlos Astudillo se habían muerto más temprano. Hacia las once, los marinos subieron a los sobrevivientes a un avión y los trasladaron al hospital naval de Bahía Blanca. En Buenos Aires, versiones sobre los fusilamientos empezaron a circular a la madrugada, pero recién a la

una y media de la tarde apareció la primera información oficial distribuida por el Estado Mayor Conjunto, que decía así: «al realizar el jefe de turno una recorrida de control en los alojamientos de los detenidos, mientras los mismos se encontraban en el pasillo, al llegar a uno de los extremos es atacado por la espalda por el delincuente subversivo Mariano Pujadas, quien logra sustraerle la pistola ametralladora con la que iba armado. Escudándose en el mismo intentan evadirse. El jefe de turno logra zafarse y es atacado a los tiros, resultando herido. En tal circunstancia, la guardia contesta el fuego contra los reclusos que se abalanzaban en masa hacia la puerta de salida, encabezados por Pujadas...». Muy pocos lo creyeron. Eran dieciséis muertos de un lado y ninguno del otro. Incluso *La Opinión*, que mantenía buenas relaciones con el gobierno, decía, en la primera página: «Los acontecimientos, por sus características, resultan increíbles. Sus consecuencias —apenas entrevistas por los observadores, también atónitos— pueden resultar abrumadoras».

**Agosto de 1972.** Los 16 fusilados en la base naval Almirante Zar fueron:

Carlos Astudillo, 26 años, santiagueño, estudió Medicina en la Universidad Nacional de Córdoba. Integró los primeros ámbitos de las FAR en su provincia y fue detenido en diciembre de 1970, tras un asalto a un banco cordobés.

Pedro Bonet, 30 años, porteño, estudió Ciencias Económicas en la Universidad de Buenos Aires y formó parte del grupo Palabra Obrera que confluyó en el PRT. Participó del congreso de fundación del ERP. Fue detenido en abril de 1971 cuando manejaba un auto robado.

Eduardo Capello, 24 años, porteño, empleado. Integró las primeras células del PRT-ERP en la Capital y era responsable militar de la zona cuando lo detuvieron, en septiembre de 1971, tratando de robar un coche.

Mario Delfino, 29 años, santafesino, casado, estudió Ingeniería en la Universidad de Santa Fe, donde empezó a militar en el grupo Palabra Obrera que confluyó en el PRT. Trabajó como obrero de la carne durante cinco años, y cayó preso integrando el comando Che Guevara en abril de 1970. El Quinto Congreso del PRT lo eligió miembro del comité central en ausencia.

Carlos Alberto Del Rey, 23 años, rosarino, estudió Ingeniería Química en la Universidad Nacional de Rosario, donde se integró al PRT. Participó del congreso de fundación del ERP y lo detuvieron en abril de 1971.

Alfredo Kohon, 27 años, entrerriano, estudió en la Universidad de Córdoba donde formó parte de los comandos Santiago Pampillón y fue

fundador de las FAR local. Cayó preso en diciembre de 1970 junto con Astudillo, Osatinsky y Camps.

Clarisa Lea Place, 23 años, tucumana, estudió Derecho en la Universidad de Tucumán, donde empezó su militancia en el PRT. Participó del congreso de fundación del ERP y fue detenida en un control de rutina en diciembre de 1970.

Susana Lesgart de Yofre, 22 años, cordobesa, maestra. Fue una de las fundadoras de Montoneros en Córdoba y cayó presa en un coche con armas en noviembre de 1971.

José Mena, 22 años, tucumano, obrero azucarero. Integró las primeras células del PRT-ERP en Tucumán. Lo detuvieron tras el asalto de un banco en Tucumán en noviembre de 1970.

Miguel Ángel Polti, 21 años, cordobés, estudió Química en la Universidad Nacional de Córdoba. Era miembro del PRT-ERP. Hermano de José, muerto en abril de 1971, cayó preso en julio de 1971.

Mariano Pujadas, 24 años, cordobés, estudió hasta el quinto año de Agronomía en la Universidad Nacional de Córdoba. Fundador y dirigente de Montoneros en Córdoba, participó en la toma de La Calera. Lo detuvieron en una redada en Córdoba, en junio de 1971.

María Angélica Sabelli, 23 años, bonaerense, conoció a Carlos Olmedo cuando estudiaba en el Colegio Nacional de Buenos Aires; después estudió Ciencias Exactas en la Universidad de Buenos Aires. Integró los primeros ámbitos de las FAR y cayó presa en febrero de 1972.

Humberto Suárez, 22 años, tucumano, obrero azucarero. Integró las primeras células del PRT-ERP en su provincia y fue detenido en marzo de 1971 tras tirotearse con la policía.

Humberto Toschi, 25 años, cordobés, trabajaba en una empresa de su familia hasta que se proletarizó. Era miembro del PRT-ERP y lo detuvieron en la redada donde también cayeron Santucho y Gorriarán, en agosto de 1971.

Jorge Ulla, 27 años, santafesino, maestro, se integró al PRT en su provincia. Participó del primer asalto del PRT —un banco en Escobar, en enero de 1969— y del congreso de fundación del ERP. Cayó junto con Toschi en Córdoba.

Ana María Villarreal de Santucho, 36 años, salteña, licenciada en Artes Plásticas en la Universidad Nacional de Tucumán. Tuvo tres hijas con Mario Santucho, con quien empezó a militar en el FRIP —Frente Revolucionario Indoamericano y Popular, que confluyó en el PRT. Participó del congreso de fundación del ERP. En junio de 1971 se había escapado de la cárcel del Buen

Pastor, y volvieron a apresarla en febrero de 1972, en un control de rutina en un colectivo.

—¿Qué mierda pasa que nos sacaron las radios y no nos traen los diarios?

Los habían llevado a comer temprano, a eso de las once, y cuando volvieron, los diez fugados se encontraron con que no les habían dejado ni una radio. Víctor Fernández Palmeiro despotricaba:

—Éstos nos tratan como si estuviéramos en coordina...

Víctor era famoso por su mal carácter.

—No, Gallego, esto es serio. Tratemos de serenarnos y pensar qué puede estar pasando. Capaz que salió la noticia de que nos devuelven y no quieren que nos enteremos.

Le dijo Osatinsky, y Vaca Narvaja saltó con un grito:

—No, Pelado, cómo carajo nos van a devolver. Son socialistas, Pelado, no pueden.

—¿Son qué?

Preguntó Santucho, con un dejo de sorna. Las discusiones seguían cuando llegó Arsenio Poutien, el director de Investigaciones, con la cara blanca y un montón de diarios:

—Señores, tengo que informarles algo terrible: los militares argentinos mataron a los rehenes de Trelew. La información que maneja nuestro gobierno es que fue un asesinato a sangre fría.

Por un minuto, nadie supo qué hacer. Después, Santucho preguntó si habían muerto todos.

—No, parece que hay tres sobrevivientes.

—¿Quiénes, quiénes?

—Lo siento, Mario. Son Berger, Haidar y Camps.

Su mujer estaba entre los muertos. Mario Santucho se quedó muy callado. Empezaron las puteadas, los gritos. Vaca Narvaja le pegaba patadas a una puerta: estaba furioso. Osatinsky y Gorriarán lloraban abrazados. Mena apretaba los puños y la mandíbula:

—¡Mierda! ¿Por qué nosotros estamos vivos acá y ellos murieron?

Carlos Goldenberg lloraba por todos, pero se acordaba muy especialmente de la Petisa Sabelli, su primera responsable. La había visto unos segundos en el penal de Rawson, cuando entró con el coche, y habían llegado a darse un abrazo que ahora resultaba el último. Osatinsky pensaba que tres de los muertos habían caído en cana con él, en una operación que él comandaba, y

no tenía consuelo. Las puteadas incluían gritos de venganza. El Gallego Fernández Palmeiro no paraba:

—A éstos los vamos a buscar aunque se escondan en Japón. Los vamos a agarrar, los vamos a agarrar. Ya van a ver, los vamos a agarrar.

Santucho se fue solo a un rincón pero no lloró, al menos frente a los demás. Suponía que los jefes tienen que mostrarse siempre firmes.

**Agosto de 1972.** En su edición del martes 22, *La Opinión* publicó un artículo donde su columnista Rodolfo Terragno recordaba el aniversario de la muerte de León Trotsky. Terragno decía, entre otras cosas: «(Trotsky) se moría, para dar satisfacción temporal a sus asesinos. Para convertirse en una bandera. Para ser tergiversado. Para seguir siendo amado y odiado a la vez. Para que muchos se aferraran a sus verdades y otros se ensañaran con sus errores.

»El reloj marcaba las 7 y 25 de la noche. Leo Davidovitch murió.

»Trescientos millares de mexicanos acompañarían, por las calles de la ciudad, el ataúd que llevaba el cuerpo donde, durante 62 años, habitó aquel revolucionario. Era su reencuentro con la masa. Esa masa insustituible que — él lo había dicho— no podía ser reemplazada por ninguna preparación química. Ni los explosivos ni los ejércitos profesionales. Ni las verdades de los hombres cultos e inteligentes que prefieren vivir a solas con sus convicciones. Nada sustituye a la fuerza de la masa, cuya victoria —como la de los héroes— no proviene de la accesible capacidad de matar, sino de esa otra capacidad, tanto más valiosa: la de morir. Él lo había dicho».

—Al latero, a la lata,/ que velen a los muertos/ en avenida La Plata.

Avenida La Plata era la sede central del partido Justicialista y Elvio Vitali, como otros cinco mil peronistas reunidos en la Federación de Box, gritaba que los muertos de Trelew debían ser velados en ese local. Eran las nueve de la noche del martes 22; el acto, en principio, tenía que celebrar un aniversario del renunciamiento de Eva Perón y, en el estrado, Héctor Cámpora intentaba retomar el hilo de un discurso en el que trataba de decir que Perón había decidido volver al país en esos meses, pero los asistentes no querían hablar de eso. Casi todos eran militantes de los distintos grupos de la Juventud Peronista y estaban conmocionados por las noticias que llegaban desde el sur. Catorce militantes asesinados en un confuso intento de fuga en la cárcel de



Trelew eran más importantes que todos los discursos políticos del delegado personal. Que parecía confundido, sin saber qué decir.

Media hora antes, cuando llegó al acto, Cámpora no tenía una decisión tomada. En la sede peronista, el Consejo Superior deliberaba sobre el tema: había división de opiniones. Ernesto Jauretche, uno de los jefes de JAEN, el grupo de Galimberti, se lo llevó a un cuartito lateral y le hizo escuchar una cinta que Perón había grabado en homenaje a Capuano Martínez y que acababa de llegar de España: «Todos los que luchan por la liberación son nuestros aliados y amigos. No importan las diferencias ideológicas sino el método y la forma de esa lucha contra el enemigo común», decía Perón. Cámpora tenía que seguir la idea del General, decía Jauretche.

—Bueno, pero nos van a ilegalizar el partido.

—¿Y para qué queremos un partido si ni siquiera nos sirve para velar a nuestros muertos?

Cámpora salió al estrado y estuvo un rato intentando, todavía, una salida menos comprometida:

—Compañeros, todos los auténticos peronistas tienen abiertas las puertas de nuestra sede partidaria...

Los asistentes pensaban que no había que hacer distinciones entre los muertos de Trelew. Elvio y los demás volvieron a tapar el discurso de Cámpora:

—A la lata, al latero,/ son catorce compañeros.

—Creo que he sido muy claro: la conducción táctica será solidaria con los que sean auténticamente peronistas.

La silbatina fue impactante. Cámpora sudaba y no sabía qué decir. La tribuna insistía:

—Todos los guerrilleros/ son nuestros compañeros.

Hubo una especie de deliberación en el palco, unos minutos de tensión. Finalmente, el delegado de Perón anunció que la sede de avenida La Plata estaba abierta para todos los luchadores caídos bajo las balas de la dictadura.

—En nuestro Movimiento se hace lo que el pueblo quiere. ¡Aquí no decido yo, deciden ustedes!

La tribuna estalló en aplausos y empezó a cantar una consigna nueva:

—Ya van a ver,/ ya van a ver,/ cuando vengamos los muertos de Trelew.

El clima era pesado, de muchísimo nervio. Elvio trató de pensar en lo que se venía:

—La verdad que estos milicos son lo más hijo de puta que hay, pero además son unos boludos. ¿Sabés qué? Si alguien dudaba de que son unos

represores hijos de puta y que hay que darles con todo lo que se pueda, después de ésta ya no va a dudar nadie más. Con esta masacre terminaron de cavarse su fosa, loco, se jodieron.

—Cinco por uno/ no va a quedar ninguno.

Esa misma tarde, en varias facultades de Buenos Aires, la policía interrumpió asambleas que condenaban los fusilamientos de Trelew y detuvo a decenas de estudiantes. En Córdoba los detenidos llegaron a quinientos. Lanusse estaba preocupado porque la fuga y la matanza podían dar la impresión de que se había debilitado, y quiso mostrarse fuerte. Todas las tropas de las fuerzas armadas y de seguridad estaban acuarteladas, y el gobierno promulgó una ley que prohibía la difusión de comunicados e informaciones de las organizaciones armadas, y la reprimía con prisión de seis meses a tres años. El coronel Perlinger, que había dicho a los diarios que «tengo mil razones para estar en contra de ellos, pero tengo más de mil para estar en contra de Mario Hirsch, por ejemplo...», fue condenado a treinta días de arresto en La Tablada. Hirsch era el gerente general de Bunge y Born, una de las empresas que más habían crecido al amparo del gobierno militar.

Al otro día, mientras los sobrevivientes seguían incomunicados en un hospital de Bahía Blanca, un avión naval llevó los restos de los dieciséis fusilados hasta la base aérea de El Palomar. Los cuerpos de Capello, Sabelli y Villarreal se quedaron ahí: los demás siguieron viaje hacia sus provincias. Al principio, las autoridades militares dijeron a los familiares de las víctimas que sólo les entregarían los cuerpos si los velatorios se hacían en lugares privados. Los deudos defendían su derecho a velar a sus muertos como quisieran: hubo gestiones de abogados y políticos y, a media tarde, los militares dijeron que la policía se había llevado los cuerpos al departamento central.

Poco antes, Jauretche y otros militantes de la Juventud se habían reunido con los familiares de los muertos en el estudio del abogado Mario Kestelboim. El clima era dramático, y algunos padres no querían saber nada de velorios públicos. El padre de María Angélica Sabelli casi no había hablado: no podía parar de llorar, con la cabeza entre las manos. Hasta que se decidió:

—Mi hija no era mía cuando vivía. Se debía a sus compañeros y compañeras, se había entregado a esa lucha. ¿Qué derecho tengo a reclamar su cuerpo si la mataron por lo que luchó y junto a los que luchó?

A las nueve de la noche ya estaba armada la capilla ardiente en la sede justicialista de avenida La Plata, pero recién a la medianoche llegaron los cuerpos de Sabelli y Capello: un militante del ERP y una de las FAR. Durante

toda la noche y la mañana del jueves, desfiló gente. Había jóvenes de agrupaciones estudiantiles y políticas, pero también familias, mujeres grandes con el rosario en la mano, hombres con su portafolios, de saco y con corbata o crespón negros. Monseñor Podestá y los curas Mugica y Carbone rezaban en una esquina. Los familiares y abogados, con médicos forenses y en presencia de periodistas, abrieron los féretros: Capello tenía quince perforaciones por la espalda, Sabelli el occipital destruido a golpes.

El cuerpo de Ana Villarreal de Santucho recién llegó a las tres de la tarde del otro día. Sus tres hijas y su madre lo esperaban adentro. La policía tenía especial interés en que no le hicieran ninguna pericia: no querían que se constatará que estaba embarazada. Así que, a los diez minutos de su llegada, la guardia de Infantería de la Policía Federal, dirigida por el comisario Alberto Villar, rodeó la zona con la brigada antiguerrillera y anunció que el gobierno no permitiría ninguna procesión y que el velorio se había terminado. Los familiares de las víctimas, con apoyo de los asistentes, insistieron. Villar mandó al comisario Jorge Colotto, que fue lacónico:

—Ahora vamos a efectuar el sepelio.

Entonces, las dos puertas de madera maciza de la entrada de la sede se cerraron y cientos de personas se quedaron adentro, en las salas y oficinas, protegiendo los ataúdes. Villar puso en juego su reconocida sapiencia: primero mandó sus tanquetas y caballos contra los que estaban afuera; cuando ya los había dispersado con gases y palos, copó los techos de las casas vecinas, y trató de entrar. La puerta, en principio, no cedía: mandó como avanzada veinte perros que entraron por las ventanas y arrinconaron y mordieron a los presentes. Después puso una de las tanquetas frente a la entrada. Al quinto o sexto topetazo, las puertas de cedro macizo se desplomaron y los infantes entraron repartiendo bastonazos y obligaron a los familiares a trasladar los cajones a los coches fúnebres y a llevarlos por la fuerza a los cementerios de la Chacarita y de Boulogne.

Los abogados, que querían pericias forenses para dictaminar en qué condiciones habían muerto Sabelli, Villarreal y Capello, presentaron recursos de amparo en tres juzgados. Dos de los tres jueces no les dieron lugar. El tercero, César Arias, otorgó el recurso para que los féretros no fuesen enterrados por la fuerza, pero no sirvió de nada. El jefe del I Cuerpo de Ejército, Tomás Sánchez de Bustamante, había dado la orden de que los cuerpos estuvieran enterrados a las cinco de la tarde.

Buenos Aires estaba ocupada por la policía: aún así, hubo actos relámpago, vidrieras rotas y molotovs en varias esquinas, y unos setenta

detenidos. El acto del Encuentro Nacional de los Argentinos, previsto para esa noche en el Luna Park, fue prohibido.

En Córdoba, el jefe del III Cuerpo, Alcides López Aufranc, clausuró el local de la CGT un día antes de que llegaran los restos de Toschi, Lesgart, Pujadas, Polti, Mena y Astudillo. La CGT logró reabrirlo al otro día y Toschi, Lesgart y Pujadas fueron velados allí, donde también llegaron los gases y las cargas de caballería.

Los familiares de Luis Polti llevaron su cuerpo a su casa de Morteros; Norma Ferreyra, que estaba clandestina, no pudo ir. Astudillo fue llevado a Santiago de Estero y Mena a Tucumán, donde fueron velados y enterrados.

En Rosario velaron los restos de Delfino y Del Rey; en Tucumán, los de Lea Place, Mena y Suárez; Ulla fue velado en Santa Fe; en Pergamino, Bonet; en Concordia velaron a Kohon. En todos los casos hubo gases y corridas.

En Trelew, el ex teniente Licastro, que había vuelto por orden de Cámpora para elaborar un informe sobre los fusilamientos, fue detenido en su hotel por miembros del ejército y quedó a disposición del Poder Ejecutivo.

Esa misma noche, el presidente Lanusse habló por la cadena de radio y televisión para afirmar que la institucionalización era irreversible, y trató de separar a Perón de sus «formaciones especiales», los grupos guerrilleros. Para eso, leyó una supuesta «carta hallada en la cárcel de Rawson», dirigida por un preso político a otro:

—La carta dice así: «A Perón me parece conveniente no darle demasiado juego, ignorarlo de hecho; pero a nivel de lucha ideológica, nuestro mejor ataque debe ser que se defina claramente a favor de la guerra revolucionaria y la dictadura proletaria, y que rompa de una buena vez con la burocracia que lo aclamaba y sus concepciones tradicionales a nivel político».

Después Lanusse, que estaba de camisa y corbata, siguió hablando de los guerrilleros:

—Además, los recientes episodios de Rawson y Trelew muestran con dramática crudeza cuáles son los métodos con que estos minúsculos grupos de extremistas pretenden imponer sus exóticas doctrinas al pueblo todo...

Al día siguiente, el gobierno levantó la incomunicación de los tres sobrevivientes de Trelew: desde las camas del hospital naval de Bahía Blanca, Haidar, Berger y Camps empezaron a contar, a través de abogados y familiares, la verdadera historia de los fusilamientos. Muchos se preguntaban si los habían dejado vivos por error o muy a propósito, para que contaran la verdad y su relato sirviera para intimidar y mostrar que las Fuerzas Armadas estaban dispuestas a llegar hasta donde les pareciera necesario. Algunos

pensaron que Lanusse había jugado el mismo juego que Perón, y le mostraba su capacidad de fuego para seguir negociando en mejores condiciones.

Perón, desde Madrid, mandó una carta «a los compañeros de la Juventud Peronista».

«Deseo que mis primeras palabras sean para rendir homenaje y un recuerdo a los compañeros caídos en la lucha contra la ignominia que ha ensombrecido a la Patria (...). La Providencia me ha dado un privilegio: el que los últimos años de mi vida me haya sido posible contactar con una juventud esclarecida de la Patria, que no sólo siente y piensa, sino que es capaz de luchar denodadamente por asegurar el futuro de su Patria, que le corresponde por derecho propio.

»Esa juventud que ha aprendido a morir por sus ideales es lo único que puede salvar al país en su futuro preñado de asechanzas y peligros. Los idiotas que aún siguen pensando en imponer esquemas y sistemas perimidos no merecen otra cosa que manejar la fuerza que simboliza el derecho de las bestias».

El viernes 25, cuando vencía el plazo para la vuelta de Perón al país, corrió el rumor de que el General se había tomado un avión y estaba llegando: esa tarde, miles de personas fueron, en colectivos, coches y camiones, al aeropuerto de Ezeiza. Pocos días más tarde, el gobierno anunció que adelantaba los plazos para designar y registrar candidatos: un memorándum de la inteligencia militar sugería que era la forma más eficaz de mantener ocupados a los partidos en sus internas e «impedir una escalada de la actividad subversiva».

**Agosto de 1972.** Los dos muchachos jóvenes, pelo corto y ropa prolija, entraban a un bar muy *british*, con madera y ambiente tradicional. Se veía que estaban contentos y uno de ellos —Arturo Puig— decía que tenían que festejar el título con un buen trago.

—¡Todavía no lo creo! ¡Somos ingenieros!

Le contestaba el otro —Carlos Naón— y le preguntaba si tenía pensado qué iba a hacer.

—Sí, me conseguí un puesto en Alemania... Estoy esperando el telegrama para irme. ¿Vos?

Preguntaba Puig, y Naón le decía que se iba a trabajar al Chocón:

—Sí, ya sé, me vas a decir que afuera hay más posibilidades, pero yo estoy convencido que las cosas van a cambiar, que vamos a salir adelante y cuando ese cambio se produzca yo quiero estar metido en él.

El barman interrumpía para preguntar qué iban a tomar. Naón, el patriota, se anticipaba:

—Dos cinzanos con tónica. ¿Te parece bien?

—¡Ah, me querés meter en el cambio!

El patriota se iba a hablar por teléfono y Puig, el cipayo, se quedaba escuchando cómo resonaban en su cabeza las palabras del otro: «Aquí las cosas van a cambiar. Y cuando ese cambio se produzca yo quiero estar metido en él». Cuando Naón volvía, los dos brindaban otra vez, y Puig le decía que él también se quería meter en el cambio.

—¿Qué? ¿Vas a pedir otro cinzano?

—¡Sí, por supuesto! Pero también quiero saber una cosa. ¿Cómo hay que hacer para solicitar un puesto en el Chocón?

Y la imagen de los trabajos de la gran represa hidroeléctrica aparecía a toda pantalla. El aviso funcionó muy bien. Lo había redactado Raúl Becerra y era el cuarto de una campaña titulada «Cinzano en el cambio»; su director, Jorge Vázquez, aclaraba que «en el aviso no hay trasfondo político: es sólo la expresión de fe, la idea de asociar al producto con el cambio que inevitablemente se producirá en el país». Y decía que la campaña «produjo un cambio en la costumbre de consumir vermouth, y el tradicional consumo dominical dejó paso al trago largo. La respuesta fue la duplicación de las ventas y la afirmación del liderazgo en el rubro vermouth».

Los políticos que los visitaban les aseguraron que, después de la masacre, el gobierno de Allende ya no podía devolverlos, pero el escepticismo y la bronca se habían hecho muy grandes. Mientras todos despotricaban e imaginaban soluciones, Santucho se acercó a Alejandro. Desde el segundo o tercer día le había encomendado que fuera observando detalladamente las condiciones de seguridad del lugar donde estaban alojados.

—¿Qué posibilidades hay?

—Nos podemos ir.

—¿Cómo?

—Muy simple: agarramos a los guardias, les sacamos las pistolas, y nos vamos, de frente... ¿Quién nos va a tirar?

—Bueno, tenemos que estar listos.

Los diez fugitivos acordaron que, si no había solución en las próximas horas, tomarían las armas de los guardias y las dejarían una vez que traspasaran la puerta y se sumaran a la manifestación que estaba congregándose afuera. Esa tarde, la policía no los había reprimido. Habían

empezado los del MIR y después llegaron militantes de todos los partidos de la coalición reclamando a Allende el asilo para los argentinos. A las pocas horas, Poutien volvió con noticias:

—El Presidente le concede el asilo político y, en el mismo acto, el permiso para viajar a Cuba. El embajador cubano dice que podrían embarcar en el próximo avión de Cubana que salga para La Habana.

Allende podía haberlos expulsado. Sin embargo, prefirió acentuar el gesto: darles el asilo era proclamar que el copamiento del avión había sido parte de una lucha política. El equilibrio que, al principio, buscó Allende, tratando de no enfrentar al gobierno de Lanusse ni encrespar a la derecha chilena, se convirtió en un gesto de reconocimiento hacia la guerrilla argentina. La masacre de Trelew había sido determinante. Dos días después, el viernes 25, los diez argentinos fueron trasladados con gran despliegue de seguridad al aeropuerto, de Pudahuel. Habían pasado nueve días en Chile. Como gesto de repudio, el canciller Eduardo McLoughlin llamó a Buenos Aires al embajador argentino en Santiago, Javier Galán.

Cuando les llegó la noticia de los fusilamientos de Trelew, muchos presos de la cárcel de Resistencia pensaron que se volvían locos. Decían que tenían que hacer algo, tomar el pabellón, quemar los colchones, reaccionar en serio. Cacho El Kadri, Carlos Caride y Néstor Verdinelli insistieron en que era mejor guardar la cabeza fría y ver cómo venían las cosas. Dos días después, seguían discutiendo cuando se enteraron de que los iban a trasladar a todos.

Los habían llevado a Resistencia unos meses antes: para Cacho, fue casi un alivio separarse del grupo de Devoto, donde seguía el conflicto. A Resistencia sólo fueron Caride, el Águila, Slutzky y Verdinelli y, al llegar, se les sumaron los presos del Ejército Guerrillero del Pueblo, Méndez y Jovet, que estaban adentro desde 1963 y eran como unos padres fundadores. Méndez y Jovet quisieron estar en el pabellón con ellos: para Cacho, fue un reconocimiento que lo alegró en serio. A los presos de Taco Ralo se les ocurrió un plan de fuga que incluía un largo túnel y que restauró los vínculos entre ellos. Además, recibían muchas muestras de solidaridad de afuera: hasta las 62 Organizaciones les mandaron calentadores, ropa, frazadas y algunos presos discutieron si debían aceptarlos. En Buenos Aires, cuando la Comisión de Familiares fue a ver a Joan Manuel Serrat, que estaba dando una serie de recitales, para pedirle que hiciera uno en beneficio de los presos, el catalán les preguntó si lo que les importaba era el concierto o la plata que recaudarían.

—Bueno, el concierto también, pero para nosotros lo más importante es poder ayudar a nuestros presos.

Serrat se rió y le dijo a su asistente que les diera una buena suma. Los presos de Resistencia ya eran como trescientos. En julio habían hecho una huelga de hambre: los abogados les avisaron que se estaba coordinando un movimiento en todas las cárceles para protestar por las condiciones en que estaban los presos del buque Granaderos, un barco-cárcel anclado en el puerto de Buenos Aires, donde, decían, los detenidos vivían con las patas en el agua. La huelga, como siempre, fue motivo de discusión: si había que hacerla hasta el final o si lo que importaba era el efecto publicitario. Méndez decía que si la empezaban la tenían que seguir.

—Yo, por lo menos, si la hago, la hago hasta morir. Si no, ni la empiezo.

—No, no. La huelga es un arma política, así agitamos la opinión.

Los presos tenían médico propio: el cordobés Raúl Guzzo Conte Grand, un montonero que había caído después de La Calera. Al cabo de diez días de ayuno, Cacho y Carlos estaban en el hospital de la prisión, con transfusiones de suero. Un par de diarios informaron que «El Kadri y Caride agonizan: fue necesario ponerles suero». Al día siguiente, la madre de Cacho, que estaba en Resistencia para visitarlo, fue autorizada a entrar al hospital de la prisión. Llegó con los ojos rojos y un gesto de dolor terrible. Después de un par de abrazos, le dijo a Cacho que por favor comiera algo.

—No, mamá. No puedo.

—Pero Cachito, si seguís así te va a hacer muy mal.

—Ya sé, mamá, pero esto es así. Vos no te preocupes, que todo va a terminar bien.

Entonces la señora le dijo que se olvidaba algo:

—Sí, los abogados me pidieron que te diga que comieras duraznos.

—¡No me digas!

—Sí. Duraznos. ¿Me prometés que les vas a hacer caso?

La palabra duraznos era la contraseña que habían acordado los huelguistas. Alguien podía decir che, ganamos, hay que terminar la huelga, o lo que fuera, pero si no decía duraznos se entendía que era porque lo estaban apretando. En cambio, decir duraznos significaba que la huelga había ganado y que tenían que levantarla. Cacho le dijo a Carlos, en la cama de al lado:

—Che, Carlitos, mandaron duraznos.

—¡No jodás! Llamemos a Raúl...

Y cuando llegó el médico, le pidieron que pasara el mensaje a los demás:

—Guzzo, andá al pabellón y deciles que llegaron los duraznos.



—¿En serio? ¿Qué duraznos?

—No, vos andá y deciles que llegaron los duraznos.

En los pabellones, la noticia fue recibida con algarabía, y todos empezaron, poco a poco, a comer algo.

Semanas más tarde, cuando se enteraron de la fuga de Rawson, los presos de Taco Ralo estaban indignados porque nadie les había avisado nada. Ahí entendieron por qué Roberto Quieto, que estaba en Resistencia con ellos, había insistido tanto para que lo trasladaran al Sur, hasta que lo consiguió. Pero El Kadri y Caride no tuvieron mucho tiempo para pelearse con las otras organizaciones: enseguida llegó la noticia de los fusilamientos de Trelew y, a los dos días, un preso común fue a ver a Cacho para decirle que esa noche trasladaban a todos los políticos.

En su pabellón, los de las FAP guardaban un tesoro: una lata de cinco kilos de zapallo en almíbar, que les había tocado en algún reparto de los víveres que traían los familiares, junto con un frasco de nescafé. El café lo usaban para las grandes ocasiones, un cumpleaños, algún otro festejo, pero el zapallo todavía estaba esperando una ocasión que lo mereciera.

—Muchachos, hay que morfarse el zapallo.

—Sí, quién sabe cuándo vamos a volver a comer.

—Quién sabe. Quizás nunca. Quizás nos matan en cuanto lleguemos, o en el traslado.

Se comieron el zapallo a grandes trozos, pantagruélicos, con una vieja cuchara de madera. Entre bocado y bocado tomaban café amargo para tratar de bajar el almíbar, que les chorreaba las manos. Alguien comentó que el Che decía que había que comer todo lo que había, cuando se podía, porque nunca se sabía cuándo se volvería a comer. Los presos lo siguieron al pie de la letra. Al final estaban pipones y preocupados:

—¿Qué hacemos? ¿Les avisamos a los otros?

—¿De qué querés que les avisemos?

—Del traslado, qué va a ser.

—No, si les avisamos van a hacer kilombo. Que se jodan, hijos de puta. A nosotros ni nos avisaron de la fuga.

Al final pasaron por encima del rencor y fueron a alertar a los demás pabellones.

—Bueno, acá hay que tomar medidas de resistencia...

—¡Pero qué medidas vamos a tomar! Comé como nosotros, todo lo que puedas. Andá a saber cuándo volvemos a comer.

A eso de las doce de la noche empezaron los gritos y los pitazos. Unos treinta guardias con cascos de metal y perros los miraban extrañados, porque todos los presos estaban comiéndose lo que les quedaba y nadie se sorprendía ni se resistía.

—¡A ver, todo el mundo, prepararse para el traslado!

Los hicieron formar y los fueron metiendo en micros que los llevaron hasta el aeropuerto de Resistencia. La noche estaba oscura, fresca, y no había nadie en las calles. Antes de subir al Hércules los esposaron y, ya en el avión, les ataron las esposas con alambres a unos caños: tenían que ir sentados con la cabeza entre las piernas, y los soldados de guardia les caminaban por la espalda. El Hércules empezó a calentar motores y despegó con su terrible ruido de carraca.

Cacho iba calculando el tiempo. Cuando le pareció que ya habían pasado cuatro horas y el avión no bajaba, supuso que habían dejado atrás Buenos Aires y seguían para el sur. Los presos tenían prohibido hablar, y el ruido era brutal. Uno pidió ir al baño y le dijeron que se hiciera encima. Un poco más allá, Ignacio Vélez había conseguido escamotear una llave que abría las esposas. Maniobrando como podía, abrió la suya y la dejó como si estuviera cerrada. Le pasó la llavecita al preso que tenía al lado: el tipo no entendía nada, lo miraba de costado y por más que Ignacio le susurraba de qué se trataba, el otro no lo entendía. Al final, casi a los gritos, por el ruido de los motores, se lo explicó.

—Ah.

Dijo el otro, y se puso a la tarea. Ignacio pensaba que si lograban liberar una cantidad suficiente podrían tirarse sobre los guardias, sacarles sus armas, apoderarse del avión y desviarlo hacia algún otro lado. Pero cuando empezaron a bajar no había suficientes presos desatados. Amanecía. Aterrizaron en la pista de la base Almirante Zar, los hicieron bajar y formar en el suelo y empezaron a contarlos. Los contaron varias veces. Los presos, esposados, encadenados de a dos, esperaban el momento en que empezarían los tiros. Los guardias debían ser los mismos que habían matado a los dieciséis militantes la semana anterior. De pronto, en el silencio, se oyó a alguien que rezaba un padrenuestro.

Al cabo de un rato les dijeron que se levantaran y los metieron en unos camiones: los presos casi no podían moverse, entumecidos por el frío y la inmovilidad. Cuando llegaron a la cárcel de Rawson les gritaron que se sacaran la ropa y un guardia empezó a revisarlos, desnudos, en el patio:

—¡Abra la boca! ¡Levante el pie! ¡Abra los cachetes!

Cuando terminaron la revisión les ordenaron que se vistieran y corrieran por el patio hacia un gran pasillo que había del otro lado. Llovía: para llegar al pasillo los presos tenían que pasar entre dos filas de guardias que les pegaban con puños y culatas. Cacho y Carlos, que estaban primeros, empezaron a correr. Atrás, otros presos gritaban que no había que correr, compañeros, hay que mantener la dignidad. Cacho y Carlos siguieron corriendo: su política de presos viejos era no provocar si no era necesario.

—Dale, Carlitos, no es el momento de hacerse el macho.

Detrás, otros presos pasaron entre las dos filas caminando, y alguno se desmayó de tantos golpes. Las medidas de seguridad empezaron a ser tan extremas que tenían nuevos fusilamientos. Alberto Elizalde quería conocer la celda donde había pasado sus últimos días el Petiso Ulla, el que lo había bautizado Manzanita. Cuando se bajoneaba y lloraba a solas, pensaba que Alejandro Ulla siempre estaba sonriente y, si se las veía mal, decía la guerra es la guerra, hermano, y sonreía otra vez.

**Agosto de 1972.** Algunos rockeros estaban cambiando. Claudio Gabis, por ejemplo, el ex guitarrista de *Manal*, que acababa de grabar un disco con *La Pesada del rock and roll*, decía que «lo nuestro y lo de todos los conjuntos empezó como un juego y no estábamos preparados para entender lo que pasaba. Teníamos algunas ideas bastante firmes, como la de abrir los cocos de la gente, es decir, darles letras que hablaran de sus propios problemas y que estuvieran hechas con seriedad, pero no llegábamos mucho más allá porque nosotros mismos no teníamos las cosas demasiado claras.

»La actitud era estar en contra; sabíamos que no nos gustaban las cosas como estaban, pero éramos incapaces de plantearnos seriamente la posibilidad de modificarlas. Para la mayoría de la gente del rock, la revolución consistía en fumar marihuana, ser músico y no estudiante. Los hechos políticos no existían. La ambición de todos y la mía hasta hace poco tiempo era tener un lindo equipo amplificador, una guitarra de la mejor calidad y una pieza bien aislada donde poder tocar todo el día. Tal era nuestra indiferencia al fenómeno político que el hecho de descubrir que uno es capaz de tener una ideología, aún sin proponérselo, surgió como un descubrimiento. Es como si se nos abriera otra vida por delante».

El disco de Gabis y la *Pesada* no tuvo gran repercusión. La canción del momento se llamaba, curiosamente, *Canción para mi muerte*, y la había compuesto Carlos Alberto García Moreno, que todavía no había cumplido veinte años y se hacía llamar Charly García. Contaba el mito que García

estaba haciendo la colimba y se enteró de que lo querían mandar al sur porque insultó a un teniente y que, desesperado, se escapó en un camión al Hospital Militar, diciendo que tenía un problema de corazón. Ahí le dieron unas pastillas que lo marearon y, en diez minutos y en medio de los vahos, se le ocurrió ese tema: «Hubo un tiempo en que fui hermoso/ y fui libre de verdad,/ guardaba todos mis sueños/ en castillos de cristal./ Poco a poco fui creciendo/ y mis fábulas de amor/ se fueron desvaneciendo/ como pompas de jabón».

La formación de García mezclaba buenas dosis de Chopin en el conservatorio con Beatles, Stones, Gatos y Almendra en el winco de su casa. En 1969, cuando quiso empezar a tocar los temas que se le iban ocurriendo, formó un grupo con varios compañeros del Instituto Social-Militar Dámaso Centeno, de Flores: Carlos Alberto Mestre, Carlos Piégari, Alberto Rodríguez, Alejandro Correa, Rolando y Jorge Bella. Pero a principios de 1972, cuando actuaban en Mar del Plata bajo el nombre de *Sui Generis* —y compartiendo cartel con el *Expreso Zambomba*, liderado por Fontova—, sufrieron un éxodo masivo y sólo quedaron Mestre y García. *Sui Generis* pasó a ser un dúo. A mediados de año, mientras José Alberto Iglesias —Tanguito— caía bajo las ruedas de un tren en Pacífico, Billy Bond les permitió grabar algunos temas en los intervalos de su propia grabación para Jorge Álvarez, el dueño del sello Mandioca. Con los demos en la mano, Álvarez aceptó sacar el disco, que se llamó *Vida*: en tres semanas habían vendido 80.000 copias y la *Canción para mi muerte* sonaba todo el día en las radios. «Quisiera saber tu nombre,/ tu lugar, tu dirección,/ y si te han puesto teléfono/ también tu numeración./ Te suplico que me avises/ si me vienes a buscar./ No es porque te tenga miedo,/ sólo me quiero arreglar».

El 22 de agosto de 1972, Julio César Urien estaba de maniobras en los médanos cerca de Puerto Belgrano. Un suboficial se le acercó con cara de desconcierto:

—Acaban de decir por la radio que en la Base Almirante Zar hubo un intento de fuga sangriento. Parece que hay varios muertos.

De vuelta en el cuartel se enteraron de que la oficialidad estaba convocada. Se reunieron en el casino de oficiales y uno de los jefes del batallón les leyó un radiograma con el comunicado del gobierno.

—Señores, ésta es la palabra oficial.

En un primer momento no hubo comentarios. Al rato, entre corrillos, un oficial más antiguo dijo lo que todos sabían:

—Fue una cama. Lo que pasa es que Lanusse no podía dejar pagando a la Armada y tuvo que dar la cara. Acá hay una pulseada, los mandos de Ejército quieren retroceder en orden porque piensan que, si no, las fuerzas armadas se desintegran. En el Ejército están muy preocupados con el trabajo que están haciendo Fernández Valoni y Licastro, tienen miedo que se generalice. Los jefes nuestros dicen que la Armada está unida, sin internas, pero que si Perón quiere venir a la Argentina hay que actuar con mano dura. Hay que impedir que venga. Es clarito.

—¿Y la cama...?

—La cama se la hicimos nosotros. Con esos tipos de la subversión no se puede negociar. Hubo ley de fugas y el gobierno no puede salir a desautorizar lo que hizo la Marina.

Julio estaba indignado, lleno de bronca, y llegó a pensar en la posibilidad de hacer algo, pero no estaba claro qué y, además, cualquier paso que diera podía poner en peligro la estructura que estaba tratando de formar. Se decía que un militar tenía que ser capaz de controlar sus impulsos si no convenían a su objetivo y, por ahora, el suyo era más específico: tenía que conseguir que sus compañeros de armas no intervinieran en la represión. Días después, el jefe del batallón reunió a los mandos de las compañías. Al rato, Urien se enteró de algunos cambios que le complicaban los planes:

—Llegó un pedido de la superioridad. En Buenos Aires necesitan tener una fuerza de combate lista para operar. La subversión atacó el centro naval de Tigre y se esperan nuevos ataques en represalia por los acontecimientos de la base Almirante Zar.

Julio fue uno de los designados para esta fuerza. El traslado podía retrasar el trabajo que estaban haciendo. Los otros miembros del grupo lo tranquilizaron:

—Acá cada uno sabe lo que tiene que hacer, Urien.

Los guardiamarinas y suboficiales que se quedaban ya tenían contacto con gente de la Juventud Peronista de Bahía Blanca y seguían firmes en que, ante cualquier intento represivo, se daban vuelta. A principios de septiembre los doscientos hombres de la compañía de Urien salieron para Buenos Aires y se instalaron en la Escuela de Mecánica de la Armada, en la avenida Libertador.

Los jefes de la ESMA estaban satisfechos de contar con una compañía de combate entrenada en la lucha antisubversiva: hasta entonces, la mayoría de sus efectivos era personal de marinería, gente de oficios. Así que enseguida ordenaron a Urien que se hiciera cargo de la instrucción de la tropa. Eso lo ponía en contacto muy directo con soldados y suboficiales. Además, al estar

en la Capital podía verse más seguido con sus contactos de la Juventud Peronista y de los Montoneros. En uno de sus primeros francos tuvo un encuentro en un bar de Constitución. Había llegado en colectivo, cambiando dos o tres veces de línea para asegurarse de que no lo seguían.

—Esto va a ser el fin de la dictadura. Estamos trabajando duro para que Perón llegue en un clima de plena movilización popular.

Julio tenía buenos informes sobre su propia situación:

—La gente de la compañía donde estoy yo nos sigue a muerte. Acá, de a poco, también estamos entrando. Incluso del Sur me han llamado por teléfono los suboficiales diciendo que cada vez hay más receptividad.

—Tené mucho cuidado. La conducción pide que extremes las medidas de seguridad, que puede ser que haya un infiltrado.

Por si acaso, decidieron que lo mejor era que todos sus contactos con los Montoneros se hicieran a través de una sola persona. El encargado fue Orueta, aquel sociólogo de la JP con mucha información sobre la vida militar que su padre le había presentado tiempo atrás.

**Septiembre de 1972.** El hombre gritó «soy Rufo y no me entrego vivo» y siguió tirando, hasta que una bala de Fal le voló media cara. En la madrugada del viernes 1, en un sótano de la ciudad vieja de Montevideo, cayó herido, muy grave, Raúl Sendic, fundador y jefe del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros.

Sendic había nacido cuarenta y siete años antes en Paysandú. Estudiante de abogacía, se afilió al partido Socialista y, en cada asamblea, presentaba la misma moción: había que disolver el partido y lanzarse a la lucha armada para la toma del poder. Siempre perdía; en 1961 se alejó del partido y ayudó a formar, en el norte del país, la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas. En abril de 1962, la UTAA llevaba dos meses de huelga para reclamar la jornada de ocho horas y el salario mínimo rural. No conseguían nada, y decidieron ocupar el ingenio: en pocos días, obtuvieron parte de sus reivindicaciones. Meses después, Raúl Sendic y Julio Vique organizaron una marcha cañera hacia Montevideo: los dos terminaron en la cárcel.

En julio de 1963 Sendic dirigió el asalto al Club de Tiro de Colonia Suiza: ese grupo fue el precursor del que más tarde formaría el MLN, que recién se presentó en público con ese nombre en diciembre de 1967 y, desde entonces, produjo zozobra en el panorama habitualmente calmo de la Suiza de América.

Sendic cayó preso por primera vez en agosto de 1970. Un año después encabezó la fuga del penal de Punta Carretas, cuando más de cien tupamaros

huyeron por un largo túnel. Pero el 13 de abril de 1972 el gobierno de Bordaberry decretó el estado de guerra interna y consiguió apresar o matar a casi todos los dirigentes guerrilleros. Sendic era el último de los históricos que quedaba en libertad y era, además, una especie de mito. Raúl Sendic sobrevivió a sus heridas pero, con su caída, el MNL Tupamaros empezó su declinación definitiva.

En la cárcel de Rawson el régimen era más duro: los presos no tenían recreos, estaban en calabozos individuales, y una vez por día los sacaban para ir al baño: los guardias los llevaban al agujero, dejaban la puerta abierta y se quedaban mirando: era muy difícil. La comida era horrible, y lo peor eran las gaviotas: las gaviotas no paraban de gritar, todo el día, toda la noche: se hacían insoportables. Al cabo de un mes, los llamaron otra vez para el traslado:

—El Kadri, Cande, Verdinelli, ¡con todo!

—¡Con todo! ¡Si no tenemos nada, hijo de puta!

Dijo Cacho por lo bajo. Unas horas más tarde estaban volando en un avión chico hacia Buenos Aires: desde el aeroparque los trasladaron en un celular al buque Granaderos. Después de todo lo que habían oído, el buque no les pareció tan terrible. Los calabozos no estaban inundados, y tenían un ojo de buey que daba al río. El Kadri, Caride y Verdinelli estaban juntos en un calabozo-camarote de cuatro cuquetas y un cabo de la guardia, un tal Ramírez, un peronista que conocían de Devoto, les traía mate. Hacía mucho que no se tomaban un mate: desde el Chaco. Ramírez les contaba noticias: el gobierno estaba retrocediendo, seguro que iba a haber elecciones, el peronismo iba a ganar por afano. Un día, en medio de unos mates, se escuchó un grito del jefe de la guardia, que había aparecido de repente:

—¡Ramírez, qué carajo está haciendo!

—La cagué.

Dijo Ramírez, y nunca más lo vieron. Poco después les cayó un compañero de celda: un muchacho de diecinueve años, de las FAR, al que llamaban el Gordito. El Gordito se levantaba tarde y no hacía la gimnasia con los viejos.

—Con vos, si hay que hacer la revolución a las seis de la mañana estaríamos jodidos. Hay que hacerla de noche.

El Gordito no se inmutaba. Era petiso, un poco graso, con un bigote chico. Y la gimnasia no era lo suyo:

—Yo gimnasia no hice nunca. La verdad es que no me gusta.

Los demás hacían flexiones de brazos en el pequeño espacio entre las dos cuchetas, turnándose porque no había lugar. El camarote era frío como un témpano y sin embargo abundaban los bichos. Cacho, Carlos y Néstor querían mantenerlo limpio, pero el Gordito no transigía:

—No hay que colaborar con el enemigo. Hay que seguir con la resistencia pasiva.

—Qué colaboración ni colaboración... Si a vos te gusta vivir en la mugre, vas a tener que alquilar otra zapie, hermanito...

—Con todo el respeto, compañero, me parece que el tema de la limpieza es un prejuicio pequeñoburgués.

Verdinelli no lo soportaba:

—Se ve que nunca estuviste en una villa miseria.

—Cómo no. Yo estuve en varias. En la villa está todo tirado por el suelo, no tienen ese prejuicio burgués...

Y los presos viejos se contenían para no mandarlo al carajo. Sabían que si salían a limpiar los pasillos, podían pasarse mensajes y por ahí se podía armar algún plan de fuga. Cacho comentaba cómo había cambiado el peronismo:

—Cuando yo estuve en cana con el plan Conintes se fundó la Juventud Universitaria Peronista en Córdoba, y se le rindió un homenaje a los universitarios encarcelados, que éramos cinco: Spina, Rulli, Sosa, yo y algún otro más. En cambio, ahora es al revés. El ochenta por ciento de los presos son estudiantes...

Al cabo de un par de semanas, el Gordito se dio cuenta de que mejor se mudaba, y pidió cambio de calabozo. En el de al lado había otro militante de las FAR, que acababan de traer. Era un muchacho de veinte años, flaco, con mucho pelo enrulado, grandes patillas y una buena sonrisa. Un día se presentó en el calabozo de los viejos:

—¿Ustedes son El Kadri, Caride, Verdinelli?

—Sí. ¿Qué tal?

—El Kadri, quiero decirle que yo los admiro a ustedes desde hace mucho tiempo.

—Gracias, pibe, pero podés tutearnos. Acá somos todos compañeros.

—Bueno, yo soy de las FAR.

—Por eso. Somos todos compañeros peronistas. ¿Vos cómo te llamas?

—Sergio Berlín. Me dicen Oaki.

Después de un par de meses de vivir en el laboratorio fotográfico, a la salida de su primera cárcel, Sergio Berlín había vuelto a la casa de sus padres. Esa mañana de julio, cuando salió, les dejó una notita que decía viejo, vieja,



vuelvo en principio a eso de las ocho, pero no es seguro. Sergio andaba deprimido por su pelea con Liliana Goldenberg. Hacia las cuatro de la tarde tenía que pasar por la casa de un compañero suyo, Daniel Tolchinsky, de quien conocía la dirección. Llegó al edificio, en Belgrano, tocó el portero eléctrico, la mucama le abrió la puerta y, cuando apretó el timbre de arriba salieron a abrirle tres policías con las armas en la mano. Sergio empezó a correr escaleras abajo y cayó en los brazos de otros dos policías que lo habían visto entrar y subían a cerrarle el paso. Estaban esperando al otro y, al principio, pensaron que era él. Sergio tenía un revólver, que no había alcanzado a sacar, y los golpes empezaron enseguida. Daniel Tolchinsky llegó diez minutos después, entró en el edificio y notó que había algo raro, así que siguió en el ascensor hasta la terraza. Desde ahí pudo pasar al edificio de al lado, llegar hasta la planta baja y salir caminando por la puerta.

Esa noche, en la Unidad Regional de San Martín, lo llevaron a los golpes hasta una piecita, lo desnudaron y lo ataron a un catre. Tenía los ojos vendados y ya sabía lo que se venía. Muchas veces le habían contado historias de la tortura: siempre había pensado que podría resistir, pero no estaba seguro. Sabía que era cuestión de tiempo: si aguantaba unas horas, un par de días, seguramente tendrían que legalizarlo y dejar de darle máquina.

—No seas boludo, pibe, no te hagás cagar al cuete. ¿No ves que sos muy tiernito? Contame un par de cosas y yo lo voy a convencer al coso éste de que trate bien...

Sergio sabía que siempre había uno que las iba de bueno. No lo iban a engañar tan fácil.

—En serio, pibe. Contestá lo que te preguntamos y te dejamos tranquilo. ¿Para qué carajo querés meterte en estos líos, vos? ¿Por qué no te dedicás a gastarte la guita de tu viejo, tranquilo, y te dejás de romper las pelotas?

Las descargas de la picana eran mucho peores que lo que se había imaginado. Sergio saltaba, gritaba, se retorció, y se preguntaba si podría seguir callado mucho tiempo. Al cabo de un tato descubrió un truco: le convenía gritar más cuando se la daban donde le dolía menos: así los tipos insistían en los puntos menos graves.

—¡La concha de tu madre, así que te querés hacer el héroe, pelotudito! ¡Ya vas a ver que acá no hay héroe que valga! ¡Acá todos salen cantando, la puta que te parió!

El truco no era tan bueno, y el dolor se hacía insoportable.

—Sí, señorita, soy el doctor León Berlín, de Odol, y querría hablar con el doctor Mor Roig. Tengo mucha urgencia.

—El señor ministro está ocupado.

—Digalé que lo llamé y que tengo urgencia en hablar con él. O mejor digalé que lo hago responsable de cualquier problema que pudiera tener mi hijo Sergio. Él va a saber de qué se trata.

León Berlín se enteró de la caída de su hijo al día siguiente, y enseguida llamó al ministro del Interior. Lo conocía de un par de reuniones sociales, y pensó que lo atendería. Al cabo de una hora, Mor Roig contestó su llamado.

—Pero doctor, su hijo se ha metido en una situación difícil. Cuando lo detuvieron estaba armado y hay indicios de que pertenece a un grupo subversivo.

—Mire, yo no sé, pero lo que le digo es que si hay algo en su contra entonces que lo juzguen. Lo que le pido es que la policía declare que lo tiene, que lo legalicen...

—No se preocupe, doctor. Yo ya me informé. Su hijo está en buenas condiciones y va a ser tratado según la ley.

En un calabozo de la Unidad Regional de San Martín, Sergio estaba tirado en el suelo, ensangrentado, lleno de moretones y llagas de electricidad. Cuando se abrió la puerta creyó que venían a buscarlo para seguir dándole máquina.

—Te salvaste, pibe. Parece que de verdad tenés influencias, eh. Llamaron de arriba para decir que hay que tratarte como a un duque.

Tiempo después, Sergio Paz Berlín era trasladado al buque Granaderos.

En el partido radical, todo sucedía vertiginosamente. En abril habían sido las elecciones internas para renovar autoridades en la provincia de Buenos Aires y Balbín le había ganado a Alfonsín por mil votos sobre un total de cien mil. En ese proceso, Sergio Karakachoff había consolidado su liderazgo en Renovación y Cambio en La Plata y tenía dos batallas por delante. La primera era la Convención Nacional radical que se reunía en junio, donde iría como convencional. La segunda, en noviembre, eran las elecciones internas para elegir la fórmula presidencial.

La Convención se hizo en la Casa Radical de la calle Tucumán al 1600. Después de la sesión maratónica, de acuerdo al estatuto, tenían que votar la plataforma electoral y elegir al comité nacional. Para los jóvenes de la Franja y algunos militantes de origen sindical o del interior que estaban en la barra, el Ruso se destacaba por varias cosas: era el más joven de los convencionales, el más desprolijo en su aspecto y el que había planteado que en esa reunión se

enfrentaban dos radicalismos. Cosechó algunos aplausos y, sobre todo, influyó para que se votaran varios puntos en el programa.

La Convención decidió incluir en su plataforma la nacionalización de la banca y el comercio exterior, un nuevo marco regulatorio para las inversiones extranjeras y límites a la injerencia del FMI y el resto de los organismos de crédito internacional. Pero a la hora de elegir la conducción Balbín consiguió que los votos se volcaran a su favor y siguió presidiendo el partido y controlando el Comité Nacional.

Llegó agosto y, en la primera reunión del flamante Comité, Balbín planteó que la plataforma votada por la Convención iba a espantar a parte del electorado y que, además, dificultaría la relación con el gobierno. Para indignación de los renovadores, sugirió que tenían que atenuar los puntos que sonaran demasiado nacionalistas. Además, insistió en que el radicalismo tenía que llevar una fórmula de unidad.

Dos días después, el sábado 19, la Juventud Radical había convocado a asamblea nacional en Tucumán. Alfonsín era el orador de fondo y cuando subió al escenario, la barra quería una réplica a Balbín.

—¡Ricardo, seguro,/ al Chino dale duro!

El líder de Renovación y Cambio gesticuló con decisión:

—... hemos elaborado un programa de gobierno capaz de remover la situación de dependencia en que se encuentra la economía nacional. Alrededor de esta plataforma girarán las formas de defensa de los intereses populares...

La militancia juvenil estaba eufórica:

—¡Radicalismo/ es antiimperialismo!

Una semana después, aunque las posiciones entre los dos radicales parecían irreconciliables, Balbín seguía haciendo esfuerzos para seducir al abogado de Chascomús y lograr una fórmula de unidad. Del otro lado, los renovadores cordobeses, que eran muy fuertes, se reunieron reservadamente con Alfonsín y barajaron una fórmula con Conrado Storani en segundo término.

La conducción renovadora platease sabía que no tenía la fuerza de los cordobeses, pero querían jugarse a fondo. Karakachoff, Horacio Palacios, Miguel D'Elía, Albino González Colombo, Carlos Cherkoff y Fredi Storani, coincidieron en llevar el debate afuera del partido. El Ruso hizo punta:

—Bueno, salgamos a desarmar la galleta. Hay que promover la candidatura de Alfonsín, con él o sin él. Y hacerlo públicamente.

A los pocos días pidieron el local de la junta central de la calle 48. El 31 de agosto, con la sala colmada por unas trescientas personas y la barra estudiantil en la calle, el Ruso subió al escenario con el documento en la mano y pidió silencio. Atrás se veían los retratos de Alem e Irigoyen, pero Alfonsín no estaba en el acto.

—Nosotros lanzamos la precandidatura de Raúl Alfonsín en el marco de la lucha por la liberación nacional, para arrebatarnos el poder político y económico a los grandes monopolios internacionales y al imperialismo, y transferirlos al pueblo. Además, proponemos la reforma agraria, exigimos la libertad de todos los presos políticos y gremiales, sin excepciones...

—¡Grande, Ruso!

Pasó menos de un mes y, en Rosario, el binomio Alfonsín-Storani se lanzó al podio. Era el domingo 24 de septiembre y los dos candidatos subieron al escenario del teatro Real, de riguroso traje, mientras unos tres mil radicales llegados de todo el país los vitoreaban. Alfonsín exaltó a esa nueva militancia:

—... Ustedes reverdecen y llenan de pueblo al viejo radicalismo...

La barra, entusiasmada, intentaba raras amalgamas:

—¡Y luce, luce, no deje de luchar/ por un gobierno obrero, obrero y radical!

**Septiembre de 1972.** Los Juegos Olímpicos de Munich estaban entrando en su última parte. Las marcas eran mucho peores que las de México, y las transmisiones por televisión mucho mejores. La pelea entre americanos y soviéticos seguía encarnizada, con leve ventaja para Estados Unidos. En su propio terreno, Alemania Occidental le ganaba por poco a Alemania del Este. La Argentina ya había conseguido su medalla: Alberto Demiddi quedó segundo de un ruso en remo. Amargado, decía que se había equivocado: «Ésta fue mi oportunidad, y la perdí. Ya no voy a tener otra».

Los israelíes no habían llamado la atención: no tenían ninguna medalla, ni posibilidades de conseguirla. Pero ese martes 5, a las cinco de la mañana, ocho comandos de la organización palestina Septiembre Negro entraron en la Villa Olímpica y tomaron los departamentos de la delegación hebrea.

Varios atletas se resistieron, algunos escaparon, dos murieron en el intento y nueve quedaron de rehenes. Dos horas después, la policía alemana había rodeado la Villa con doce mil efectivos; al mediodía los terroristas pedían que Israel liberara a doscientos cincuenta presos; a las tres de la tarde Israel contestaba que no cedería al chantaje; a las diez de la noche, terroristas,

rehenes y oficiales alemanes salieron en tres helicópteros hacia el aeropuerto militar de Fuerstenfeldbruck, donde debían tomar un avión hacia un país árabe que todavía no habían definido. Era la primera acción de Septiembre Negro: su nombre recordaba que, en septiembre del año anterior, las tropas del rey Hussein habían masacrado a los guerrilleros palestinos que tenían sus bases en Jordania.

Cuando los helicópteros aterrizaron, la pista se iluminó con cientos de bengalas y los tiradores de élite alemanes entraron en acción. Enseguida cayeron dos árabes muertos; los seis que quedaban volvieron sus metralletas contra los rehenes. En un minuto, nueve israelíes habían muerto bajo las balas árabes y tres árabes bajo las alemanas. Los otros tres árabes cayeron presos. En Buenos Aires, *La Opinión* publicó un —desacostumbrado— editorial de su director, Jacobo Timerman: «Los Juegos Olímpicos, ¿son más importantes que los atletas que los hacen? Así lo ha resuelto Will Daumer, presidente del Comité Organizador. Sus argumentos: “El movimiento olímpico no se rinde al terrorismo y, por lo tanto, los juegos continuarán después de la ceremonia fúnebre”, por los 11 atletas israelíes asesinados por el comando Septiembre Negro. O sea: la vida de estos israelíes no importa demasiado, la función debe continuar. Curiosa interpretación y curiosa decisión, pero coherente con la manera en que las autoridades de Alemania Occidental llevaron todo el asunto, desde el inicio mismo de los juegos. No brindaron protección a los atletas de Israel. (...)»

»“Los rehenes israelíes habían aceptado viajar en avión a El Cairo, con sus captores árabes —dijo el ministro del Interior de Bonn, Bruno Merck—, pero temimos que esto fuera una segura sentencia de muerte para ellos”. Una lógica extraña: si se pretendía canjear a los atletas israelíes por palestinos presos en Israel, mal podía pensarse que su destino era la ejecución.

»“Por lo tanto —agregó el ministro Merck—, tuvimos que correr los riesgos del caso y tratar de rescatar a los rehenes”. Pero, como él mismo dijo, en la base aérea “había muchas sombras y se hacía difícil disparar”.

»O sea: la vida de esos israelíes no importaba demasiado, importaba —eso sí— el gesto del rescate. (...)»

La vida era bella. Nicolás Casullo tenía veintisiete años, había anclado en una agrupación peronista, tenía un trabajo interesante y bien pagado, amigos de los mundos literarios para algunas noches de sobremesa y vino, amigas en esa dudosa frontera entre charlas y amores, y la firme convicción de que muy pronto él y los suyos cambiarían para siempre este país. Cada vez

el triunfo, algún tipo de triunfo, parecía más cerca. Cada día que pasaba era la revolución francesa en ciernes, el día que los castristas entraron en La Habana, la noche en que Trotsky y Lenin no durmieron pensando en la victoria al otro día. Todo estaba resultando casi como lo había calculado, o creído.

—La combinación de las acciones militares y el desarrollo político es imparable. A mediados del año próximo vamos a estar en el gobierno y, de ahí en más, vamos a tener todos los elementos necesarios para encarar la toma del poder.

Nicolás ganaba bien. En esos días se compró una campera de cuero, un sobretodo de buen paño y todos los libros que se le cruzaban. Había dejado de escribir una segunda novela en la página 46, para intentar un ensayo sobre la encrucijada ideológica de las izquierdas en el cono sur latinoamericano. Además seguía leyendo como un poseído. Casi siempre comía afuera y por los alrededores, en las fondas y boliches del bajo, en el Dora y a veces en el Pulpito de Lavalle y Reconquista, donde iba con el Yaya Ascone, Milton Roberts, Carlos Tarsitano, Silvia Rudni y otros de *La Opinión*. Alquilaba un departamento de dos ambientes a dos cuadras y media del diario, y después de tres años de noviazgo casi conyugal, hacía meses que estaba solo. Pero había heredado de Almagro un mandamiento fuerte: el amor era algo que había que hacer con la mayor frecuencia posible.

—¿Silvia, por qué no vamos a mi departamento y seguimos charlando más cómodos?

—Bueno, vamos, todavía es temprano.

Parecía como si a las mujeres les resultara muy difícil decir que no. Nicolás sabía que no era nada personal: tenía la sensación de que muchas mujeres se acostaban con un tipo —con él, por ejemplo— porque había que hacerlo, porque decir que no habría sido ridículo, imperdonable, las habría dejado fuera de un lugar en la revolución proletaria. Se acordaba de una compañera de la facultad que, seis o siete años antes, se había negado a sus avances diciéndole que era virgen y que pensaba seguir siéndolo hasta el matrimonio. Y él había entendido y se había callado la boca. Ahora, en 1972, pensaba Nicolás, ni una monja, si era terciarista, podría permitirse esa respuesta. La revolución también se haría en la cama: cuanto más orgasmos más revolución, y cuanto más revolución más orgasmos. A veces, le parecía que eso hacía que un encame fuera algo mecánico, sin pasión. Pero sólo a veces.

En general, circulaba mucha ideología del placer por esos barrios. Todo parecía conducir a ese punto. La cama, pero también la mullida alfombra, la bañera, el mármol de la cocina, los mariscos que se iban saltando en la sartén, un disco de Viglietti desalambrando, de la Nueva Trova al Che, de Ornella Vanoni, Lucio Dalla, Iva Zanicchi o Luigi Tenco. Y después Nicolás, insomne como su abuelo, se fumaba el último cigarrillo en el balcón mirando el río de noche.

Tras su paso brevísimo por JAEN, Nicolás se había incorporado a un ámbito que los Montoneros tenían para los periodistas de la organización. El responsable era Dardo Cabo, porque su organización, los Descamisados, ya se había fundido en Montoneros. En ese grupo se discutía qué hacer con las posibilidades de expresión que cada cual tenía en distintos medios y, sobre todo, los proyectos que abundaban para después del triunfo: empezaban a pensar en revistas, diarios, radios, televisión. Había que preparar la victoria.

## Trece

—Si aparecen y preguntan, ya saben: seguimos ensayando.

Le dijo Julio Urien al grupo de suboficiales de la ESMA con los que solía hacer prácticas de seguridad del cuartel. Pero esta vez el ensayo era otro: para poder reunirse y charlar con los soldados y suboficiales que se iban sumando a su proyecto, habían formado un conjunto folklórico. Si alguien se acercaba a ver qué pasaba, se ponían a ensayar su canción para las peñas:

—Eran se, eran sesenta valientes,/ los sesé, los sesenta granaderos...

Aunque la letra no fuera el mejor camuflaje para sus intenciones, era la manera de reunirse fuera del control de la oficialidad:

—Quiero elevar mi canto/ como un lamento de tradición/ para los granaderos que defendieron a mi nación./ Pido para esos hombres que los bendiga nuestro señor...

Cuando paraban con la música, seguían la discusión:

—Miren muchachos, nosotros somos pueblo y cuando vuelva el general Perón, después de diecisiete años, tenemos que estar con el resto del pueblo. ¿O no somos leales a Perón?

El grupo de Urien estaba en plena actividad. Partían de la base de que la vuelta de Perón podía traer una insurrección, y que el punto central era no salir a reprimir. Como militares no les resultaría fácil; por eso, con los más comprometidos, iban buscando maneras de encarar su organización. En la ESMA ya tenían algo así como un comando paralelo, y la mayoría de los suboficiales no responderían a las órdenes de la oficialidad leal a los mandos.

—Si hay insurrección, nosotros tenemos que estar preparados para sublevarnos, porque está claro que si no estamos organizados, cada pelotón, cada sección, va a responder a los mandos, aunque no quieran. La disciplina es así. Por eso nosotros tenemos que tener nuestra propia disciplina.

La vuelta de Perón estaba muy cerca. Julio redactó un volante y lo leyó con los más decididos. Una vez que le hicieron las correcciones, escribieron varios ejemplares con papel carbónico y los hicieron circular en secreto, sin firma ni identificación:

«Somos militares y, como tales, nuestra misión es defender la soberanía popular, es decir, la voluntad popular, que hoy se encuentra cercenada por las



Fuerzas Armadas a las que pertenecemos. Y como militares jóvenes tenemos que optar entre ser fieles a unas Fuerzas Armadas que han traicionado su razón de ser y nos han sumido en la dependencia o ser fieles a nuestro pueblo que quiere hacer valer su voluntad y que está luchando para que el general Perón vuelva a la Patria sin condicionamientos.

»Para eso nos amparamos en la Constitución cuando dice que el pueblo debe levantarse en armas en su defensa cuando alguien traiciona a la Patria. Con esa decisión, vamos a mostrar que muchos hombres de armas no somos cipayos, como no lo fueron los caudillos federales, Quiroga, Dorrego, Rosas, Chilavert, Savio y Mosconi, como el general Valle y los suboficiales cobardemente fusilados por Aramburu.

»Tenemos que terminar con las diferencias sociales entre oficiales y suboficiales, porque la suboficialidad y la tropa son la columna vertebral de los ejércitos».

El panfleto terminaba con vivas a la Patria y a Perón, y mueras a la dictadura y «a los mandos traidores».

En la ESMA, Julio no tenía compañeros oficiales: los guardiamarinas de su promoción que estaban de acuerdo con él, habían quedado en otros destinos. Trabajaba con los suboficiales. Ante los más cercanos, Urien hacía planteos más elaborados:

—Hay que terminar con la idea de los golpes nacionalistas tradicionales, porque éstos lo que quieren es poner al pueblo atrás de las Fuerzas Armadas. Nosotros tenemos que sostener que la columna vertebral de la revolución nacional es el pueblo y la misión de los militares patriotas es defender la soberanía popular, que es una cosa distinta...

Y les decía que Savio y Mosconi habían defendido la soberanía con el acero y el petróleo, o les contaba historias de los caudillos. Juan Domingo Tejerina era un cabo segundo que en poco tiempo se había ganado un lugar en el improvisado estado mayor de esa logia sin nombre. Era un santiagueño petiso y morrudo, de veintidós años: la misma edad que Urien, su jefe.

—Yo soy de padre y madre peronistas; en lo único que se pusieron de acuerdo fue en ponerme Juan Domingo.

En la escuela de suboficiales, Tejerina había aprendido muy poca historia.

—¿Y este Chilavert quién era?

—Era un coronel del ejército de la Confederación que se rebeló contra el mando de Urquiza cuando el entrerriano arregló con los brasileros para voltear a Rosas; entonces Urquiza, que era un terrible hijo de puta, lo mandó fusilar por la espalda...

—¡Por la espalda!

—Y Chilavert les dijo a los del pelotón que era un valiente y un patriota y que lo fusilaran de frente si tenían los huevos bien puestos...

Tejerina se emocionaba con las historias que le contaba Julio.

—¿Eso lo aprendiste en la Escuela Naval?

—No, mi padre es nacionalista y siempre nos ha contado estas cosas que los gorilas ocultan.

El 17 de octubre la Juventud Peronista amenazaba con actos en distintos lugares de la ciudad; los mandos navales estaban preocupados y habían dado instrucciones precisas para la seguridad del cuartel:

—Al primer negro que toque la reja de la Escuela, le meten bala.

Era una prueba. El 17, la ESMA amaneció con guardias reforzadas por todos lados. Había retenes visibles con fusil y bayoneta para intimidar, y pelotones móviles escondidos para reprimir por si las cosas se ponían feas. Urien se reunió con los suyos:

—Todos los suboficiales que nos siguen tienen que tener en la cabeza que nosotros no reprimimos. Cualquier oficial que ordene reprimir, tenemos que agarrarlo y detenerlo. Acá no se reprime al pueblo.

Julio confiaba en sus subordinados: los suboficiales lo seguían por convicción y los dragoneantes, los mejores soldados, lo habían tenido como instructor y le guardaban respeto. Llegó la noche y el panorama estaba tranquilo; Urien y los suyos se daban manija. El cabo segundo Juan Domingo Tejerina se jugó:

—La próxima, nosotros estamos del otro lado.

—Ahora la situación ha cambiado. Ya no se trata solamente de asegurar que no vamos a reprimir, sino que además tenemos que ser capaces de armarnos un plan: sí llega a haber levantamientos populares, tenemos que estar preparados para plegarnos y apoyarlos. Para eso tenemos que coordinar con otras unidades de la Armada y el Ejército y ponernos bajo las órdenes de Perón y del movimiento nacional...

Hasta ahí todo era fácil y los suboficiales asentían. Ahora venía lo difícil:

—Pero si no hay levantamientos y nos detectan, vamos a tener que sublevarnos nosotros, pero en ese caso sólo con nuestra compañía.

Julio Urien conocía la historia de un capitán Lamarca, en Brasil, que se había levantado con parte de su tropa y se había pasado a la guerrilla con las armas del regimiento. Lamarca se había inspirado en un militar mítico de los años treinta, el coronel Prestes, que también se había sublevado y lanzado al campo. Lamarca se había vinculado a la guerrilla marxista inspirada en la

revolución cubana; Prestes había sido del Partido Comunista brasileño. Julio sabía que si no había levantamiento popular y él se alzaba con hombres y armas, iba a tener que encuadrarse en alguna organización. Sus contactos con Montoneros funcionaban, se sentía identificado desde el principio con sus acciones y su ideología, y no podía dejar cabos sueltos.

El día D era el de la llegada de Perón. La punta de lanza de la sublevación sería la compañía de Urien. Una vez ocupadas las instalaciones de la ESMA, se irían con armas y camiones hasta Lomas de Zamora, que estaba cerca de Ezeiza y era una zona de lo más peronista.

**Septiembre de 1972.** En esos días, el diario *La Opinión* publicaba un artículo de un joven intelectual, Guido Di Tella, sobre «El peronista en los ochenta», que decía, entre otras cosas, que «un problema que debe ser mencionado es la aparición de cierto fenómeno de rebeldía dentro del propio peronismo sindical; en particular estamos pensando en fenómenos tipo CGT de los Argentinos, Sitrac-Sitram, etcétera.

»Si bien este fenómeno está ligado a conflictos intersindicales, también tiene que ver con la antinomia que existe entre representado y representante. El dirigente sindical más extremista deja de serlo al día siguiente de ser elegido representante y asumir alguna suerte de responsabilidad. No es totalmente errónea la idea de que solamente movimientos anárquicos, que rehuyen la asunción de todo tipo de responsabilidad, pueden mantenerse “puros” en su posición revolucionaria. Claro que esta definición supone una idea de la definición de pureza de la que no participamos. De todas maneras, lo que es cierto es que desde las bases sindicales se percibe a veces la cúspide sindical como alejada de los intereses y los puntos de vista de las bases. En un cierto sentido es necesario que esté alejada un tanto, ya que tiene otra responsabilidad y otra perspectiva y no puede dejarse llevar por las proposiciones voluntaristas e inmedatistas que las bases normalmente tienen.

»En ese sentido algunas de las memorias e inclusive novelas escritas por antiguos revolucionarios de base, que ven con nostalgia los viejos y heroicos tiempos en los cuales pocas eran las responsabilidades, muchas las ideas y muchísimas las aspiraciones y que, en el andar del tiempo, en la medida en que han accedido a la posición de dirigente se ha ido trastocando esta situación, son realmente muy representativas de este fenómeno y este distanciamiento inevitable entre representante y representado (...) Es por eso que las rebeldías de las bases son un poco el llamado de atención que necesitan los dirigentes para tener presente que para seguirlo siendo deben

representar razonablemente las aspiraciones de las bases, aún aceptando la distancia inevitable con las mismas.(...)

»¿En qué quedarán los sectores revolucionarios y sectores de izquierda y la juventud del peronismo y, sobre todo, cuál será el rol que cumplirán? Ésta es una pregunta básica, aunque quizás no tan importante como parecería por las declaraciones públicas y el activismo de sus representantes. Las posiciones de izquierda dentro del peronismo son asumidas en general por los sectores más jóvenes y por algunos nuevos sectores intelectuales.

»De alguna manera, aunque de manera un poco más estruendosa, van a cumplir la función de los intelectuales de izquierda de los partidos Demócrata y Laborista. Debido a su mayor estruendo, es probable que su contribución sea dialéctica.

»Probablemente no conseguirán lo que están pidiendo, pero conseguirán que el reformismo del partido sea más enérgico que si no existieran. Quizás ésta sea su gran contribución y de ahí proviene la necesidad que tiene el peronismo de tenerlos. También es cierto que después de la desaparición del líder carismático, va a haber una tendencia a que algunos de estos sectores, en lugar de hacer la crítica desde adentro del partido, tiendan a segregarse y hacer la oposición desde afuera. Éste será un dilema que tendrán estos grupos en el futuro de manera más marcada que en el presente. Los sectores que se segreguen disminuirán su influencia y contribuirán, por esta razón, a debilitar el sector reformista y paradójicamente a conservatizar el proceso, si bien mantendrán su rol, en alguna proporción, ya que los partidos son influenciados no solamente por los críticos de adentro sino también por los críticos de afuera.

»Existe otro problema, que más que ideológico podemos llamarlo metodológico...».

Tras la fuga de los hermanos Molina, los Montoneros habían mandado un nuevo responsable a la zona de Mendoza. Era Polo Martínez Agüero, el cuñado de Mario Firmenich. Susana Sanz mantenía sus reuniones con él para seguir controlando el trabajo en San Rafael: ya habían abierto varias unidades básicas y movilizaban cada vez más gente.

—Hay una cuestión que te quería consultar. Capaz que por tu laburo con los muchachos de la construcción de los diques conoces a alguien que conozca bien los pasos en la cordillera... ¿Se te ocurre alguno?

Hacía muy poco de la fuga de Rawson y Susana pensó que era mejor no preguntar. Pero Polo le vio la cara:

—No, no es para un hecho puntual. Estamos pensando la posibilidad de establecer una vía regular para entrar y salir, con un sistema de postas, capaz que escondiendo provisiones en el camino, algo así. En una de éstas puede servir para una fuga o también para entrar algo al país, vaya a saber.

Susana buscó a un par de chilenos que conocían la cordillera de memoria. Eran los mismos que, cuando murió Guevara, habían salido para Bolivia porque pensaron que seguramente los sobrevivientes iban a tratar de escaparse por la montaña, y que ellos podrían ayudarlos. En menos de un mes el camino estaba organizado. Chile, bajo el gobierno de Allende, era un lugar donde no se hacía muy difícil conseguir ciertas armas o mantener algunas reservas. Faltaban días para el 17 de octubre: en San Rafael se estaba preparando un gran acto para celebrarlo. En San Rafael, la situación de Susana era extraña: por un lado, seguía siendo una abogada casada con un ingeniero, con una posición económica sólida y buenas relaciones. Además, en una ciudad chica, donde la mayoría de las mujeres no trabajaban, Susana tenía, y mostraba, todo tipo de actividades. Más de una vez, cuando algún colega de su marido los invitaba a cenar, la dueña de casa les servía una buena comida y agregaba un comentario:

—Te preparé este plato especial... Vos seguro que de cocina no sabés, debés ser muy negada para la casa, ¿no?

Susana se consideraba muy buena cocinera pero aceptaba la estocada: le parecía que tenía que dejarles ese territorio. A veces pasaba algún domingo en el Club de Tenis, donde llevaba a sus hijas a la pileta, y charlaba de bueyes perdidos con sus viejas amigas del colegio. Algunas de ellas estaban casadas con los patrones de los obreros que Susana defendía en los tribunales.

—Si te pudieran poner en una hoguera y quemarte como a Juana de Arco, no dudarían ni un minuto.

Solía decirle Guillermo, su compañero de militancia. Susana lo sabía pero no le importaba demasiado: ya había elegido un mundo, y no era ése.

—¡Compañeros! ¡Compañeras! Los militares vendepatrias han demostrado de qué son capaces. Con la masacre de los mártires de Trelew, los militares han terminado de sacarse la careta. Por eso hoy, más que nunca, la única opción es resistir con todos los medios...

—¡Fusiles,/ machetes,/ por otro diecisiete!

Ese 17 de octubre había actos en todo el país y el recuerdo de Trelew los teñía de violencia. Frente a la CGT de San Rafael, Susana daba su primer discurso político ante tanta gente. Se había preparado: un compañero actor le había enseñado a respirar, a hacer las pausas, a modular los tonos. Y se había

armado un esquema que había repetido docenas de veces ante un grabador. Pero, por momentos, la calentura de los muchachos ahí abajo, y la suya, la desviaban de las palabras ensayadas:

—... y no importa tanto si esos medios se llaman elecciones, lucha armada, argentinazo. Lo que importa es saber que, sea como sea, estamos dispuestos a seguir esta guerra hasta el final, hasta la toma definitiva del poder para construir la patria socialista.

—¡Perón,/ Evita,/ la Patria socialista!

Cantaban los muchachos de las fábricas y barrios de la zona. Poco después, cuando terminó el acto, varios cientos salieron en manifestación por el centro de San Rafael, tirando piedras, volteando vidrieras. Cuando los manifestantes volvían para la sede de la CGT llegó la policía: Alberto Llorente, cuando vio lo que se venía, le dijo a Susana que se fuera con las nenas a su casa porque ahí iba a haber kilombo:

—Dale, corré, agarrá el coche y llevatelás, rápido.

Susana pensó llevar a las nenas y volver; mientras, la pelea con la policía siguió. Los manifestantes abollaron los patrulleros a ladrillazos y, por unos minutos, la pelea se mantuvo indecisa. En cuanto llegó a su casa, Susana llamó a la CGT; la atendió la mujer de Castro, el secretario general:

—¡Susana, acá están entrando los policías! Se van a llevar a todo el mundo.

Alberto, el marido de Susana, fue detenido y se llevó una buena pateadura. A Guillermo, su socio, que se presentó en medio del procedimiento invocando su condición de abogado, también lo agarraron de las pestañas:

—Ah, a vos te andábamos buscando.

Castro, en cambio, saltó la medianera y pudo escaparse por una casa vecina. Los demás quedaron presos varios días.

Alberto Martínez Baca, el líder peronista local, no había podido ir al acto porque se estaba recuperando de una enfermedad en los ojos. Pero tuvo mucho gusto en recibir a Susana, a Polo Martínez Agüero y a otros dos montoneros, pocos días después. Susana había convencido a Polo de que el farmacéutico podía ser una buena opción para gobernar la provincia. En ese primer encuentro no se habló de candidaturas: se trataba, más que nada, de un primer contacto. El living de la casa de don Alberto, en los altos de su farmacia, estaba muy oscuro, para que la luz no lo molestara. Su señora sirvió cafés y unas masitas; don Alberto estaba muy amable, con su moñito negro, y se quedaron charlando casi dos horas. Encontraron muchos puntos de

acuerdo. Cuando salieron, Martínez Agüero les dijo que estaba más que satisfecho:

—Voy a elevar la propuesta, pero me parece que es el tipo que necesitábamos.

—La situación se está haciendo insostenible. Por las medidas que están tomando, pareciera que los mandos sospechan que se viene algo pesado.

Julio César Urien vivía casi acuartelado. Cuando podía, inventaba alguna excusa para salir a tomar contacto con la gente que lo apoyaba en su decisión de sublevarse. Esa tarde se había encontrado en un bar con Orueta y no paraba de pensar en lo mismo. Al fin estaba con alguien con quien podía hablar tranquilo:

—La inminencia de la llegada de Perón los puso en alerta total. La Armada está como en la época de los azules y colorados, dispuestos a enfrentarse con el mismo Lanusse si afloja de más. Y como a medida que pasan los días tenemos más apoyo entre la suboficialidad, lo mío puede saltar. Ya tenemos relevada la plaza de Lomas de Zamora: podemos hacernos fuertes ahí y ponernos bajo las órdenes de Perón.

Orueta puso cara de reserva:

—Yo no creo que las cosas den como para un levantamiento.

—No tenemos muchas alternativas. La realidad es que si esto sigue así, las Fuerzas Armadas se desintegran. Nosotros somos expresión de eso y tenemos que demostrar que existe un sector de militares nacionales... Mirá, lo nuestro lo están detectando, la disciplina está tremenda, han metido suboficiales y soldados en los calabozos porque están rechiflados, no cumplen las órdenes, cantan la marchita. Mi miedo es que nos descabecen antes de que pase algo, que nos metan en cana y tapen todo.

Orueta le transmitía a Urien el respaldo de los Montoneros, pero el mensaje no estaba claro:

—La orga lo que dice es que la situación puede dar para un levantamiento popular, pero que el Viejo, que es la conducción estratégica, tiene miedo de perder el control de las cosas. El Viejo salió diciendo que viene en son de paz, y él es la conducción, nosotros somos solamente la conducción táctica: nosotros no vamos a hacer nada que él no ordene. Hay que tener mucho cuidado con cortarse solos.

Julio sabía que había grupos de tanquistas de los cuarteles de Azul y Olavarría, encargados de parte del dispositivo alrededor del aeropuerto de

Ezeiza cuando llegara Perón, que tampoco estaban dispuestos a reprimir: se lo había contado su hermano Facundo, que estaba entre ellos.

—Con la gente en la calle, la suboficialidad no va a disparar. Además hay muchos oficiales jóvenes que piensan como yo.

Orueta le dio un consejo que parecía amistoso:

—Mirá, Julio, pensalo bien, quizás convenga que no te levantes ahora. Por las dudas, estos días salí poco del cuartel, para no llamar la atención, y vamos viendo cómo evolucionan las cosas. Lo que podemos hacer es dejar una cita fija y yo vengo. Si vos podés, salí; pero por seguridad no uses el teléfono.

Julio se quedó un par de días encerrado en la ESMA y descargaba su tensión entrenando, subiendo paredes con sogas, practicando tiro, haciendo gimnasia. La compañía que él instruía le respondía sin condiciones. Pero Orueta no hacía todo lo que pregonaba:

—Hola, comodoro, habla el Tero. Tengo que verlo, hay novedades del muchacho de la marina.

Como el tero, Orueta también gritaba en un lugar y ponía el huevo en otro. Lo habían entrenado bien en los cursos de inteligencia de la Fuerza Aérea.

**Noviembre de 1972.** El jueves 2, el presidente Salvador Allende intentó calmar la situación chilena con la integración de un gabinete cívico-militar. El comandante en jefe del Ejército, Carlos Prats, fue nombrado ministro del Interior; un marino fue a Obras Públicas y un aviador a Minería. Además, Allende reemplazó a Jacques Chonchol, el impulsor de la reforma agraria, por un dirigente gremial del partido Socialista, y nombró ministro de Trabajo al secretario general de la Central Obrera comunista.

Allende cumplía dos años de mandato jaqueado por huelgas, manifestaciones, desabastecimiento, cacerolazos y atentados: la mayoría, producidos por la oposición de derecha; algunos, por la izquierda extraparlamentaria. El presidente del Senado, el democristiano Patricio Aylwin, decía que el Ejecutivo se había puesto «fuera de la ley». Ese día se cumplían tres semanas de paro de los camioneros y el comercio contra el gobierno de la Unidad Popular. Los partidos de izquierda movilizaron a sus militantes para encontrar formas de distribución alternativa, y los obreros socialistas y comunistas reaccionaron ocupando fábricas en los alrededores de Santiago. Al asumir, el general Prats dijo que estaba convencido de que «este grave conflicto sólo puede tener una salida democrática» y que pensaba «como la mayoría de los chilenos, que una salida de fuerza —venga de donde



venga— no tiene destino». Ante el nuevo gabinete, el MIR declaró que «la actual crisis no se resolverá permitiendo el desplazamiento del poder desde lo civil a lo militar o aceptando graves imposiciones o retrocesos, sino abriendo el camino al poder del pueblo».

En esos dos años, Allende había conseguido un crecimiento del 7 por ciento del producto bruto y un alza de más del 100 por ciento en el costo de la vida. Estados Unidos le había cortado casi todos los créditos, como supuesta represalia por la nacionalización —sin indemnizaciones— de las minas de cobre. El gobierno también había nacionalizado bancos y otras explotaciones mineras; en general, consideró que las ganancias excesivas que habían obtenido las empresas que los explotaron superaban cualquier compensación. En el campo, la Unidad Popular expropió nueve millones de hectáreas y las convirtió en explotaciones colectivas.

El cobre representaba el 80 por ciento de las exportaciones chilenas; en esos dos años, su precio en los mercados internacionales bajó sustancialmente. La supuesta represalia no era tal: entonces era un secreto, pero ya desde el principio la CÍA y la ITT habían puesto en marcha su plan para trabar la economía chilena. Un memorándum de la ITT, de septiembre de 1970, decía que «1) los bancos no deben renovar los créditos o deben demorarse en hacerlo. 2) Las compañías norteamericanas deben arrastrar los pies al enviar dinero, hacer entregas, despachar repuestos... 4) Debemos retirar toda ayuda técnica y no prometer ninguna asistencia en el futuro. Las compañías (con sucursales en Chile) que puedan deben cerrar sus puertas». Y, pasando a terrenos políticos, otro memorándum de la ITT decía que «a pesar del pesimismo, continúan los esfuerzos para mover a Frei y/o los militares a actuar para de tener a Allende. También continúan los esfuerzos para provocar a la extrema izquierda a una reacción violenta que produciría el clima requerido para una intervención militar».

En esos años, el gobierno americano había reducido sus créditos para América Latina. De 580 millones de dólares en 1969 pasaron a 487 millones en 1971; en el mismo período la asistencia militar pasó de 45 millones a 70. A fines de octubre, en Washington, el senador Edward Kennedy decía que «esta administración —la de Nixon, que buscaba su reelección— ha ignorado y olvidado a los 250 millones de almas que habitan en esas naciones». Después, Kennedy recordó que en 1971 los Estados Unidos habían tenido un excedente de 600 millones en su intercambio comercial con América Latina, y habían recibido de ella un flujo de capital neto de 2300 millones, y dijo que «enviamos misiones militares a vender pertrechos usados. Enviamos grupos a

enseñar a los policías a promover una más eficiente seguridad interna. Los lazos cercanos con los militares y policías en muchos países identifican a los Estados Unidos con los elementos más represivos y antidemocráticos del continente latinoamericano».

El martes 7 de noviembre, mientras Moscú festejaba el 55 aniversario de la revolución de Octubre y prohibía la salida de judíos que querían emigrar a Israel, la mitad de los 140 millones de votantes americanos optaba entre el republicano Richard Nixon y el demócrata George McGovern. Nixon fue reelegido con 45 millones de votos (61 por ciento) contra 28 millones (38 por ciento) para McGovern: fue la mayor diferencia en décadas. En *La Opinión*, Osiris Troiani comentaba las cifras de la elección y hacía futurología: «Convendría que los políticos argentinos renueven su biblioteca —los que la tienen— para que se persuadan de que en los países democráticos ya son legión los estudiosos que se atreven a pensar sacrílegamente sobre el régimen de partidos. No es aventurado pronosticar que, en una década más, los partidos serán en la primera democracia del mundo reliquias de museo; que ya se habrán encontrado instrumentos más eficientes y sensibles para medir la voluntad popular y formar gobiernos representativos».

—En el Vedado vivían los burgueses, chico; ahora estas mansiones están al servicio de la revolución. El único cuidado, si vivimos en esta casa, es que no tenemos que cogernos los vicios que ellos tenían, chico...

El comandante Arnaldo Ochoa estaba al frente del Ejército en la región de La Habana y cada tanto se daba una vuelta por el caserón donde estaban alojados los diez argentinos que habían llegado de Santiago de Chile un mes antes. El Vedado era el barrio elegante del centro de la ciudad, hecho de casas amplias con buenos jardines. La revolución de 1959 expropió esas casas y les dio destinos públicos: oficinas de gobierno, escuelas, hospitales o alojamientos para invitados especiales.

La casa de los argentinos tenía un porche con columnas y un jardín de bananos y aguacates: las habitaciones eran grandes y los diez militantes se pasaban muchas horas encerrados, estudiando y preparándose para volver a la Argentina lo antes posible. Los cinco del PRT y los cinco peronistas solían funcionar en grupos separados. Sus costumbres no siempre eran las mismas: los del PRT, por ejemplo, se levantaban todas las mañanas a las siete a hacer gimnasia: los peronistas los miraban con asombro y suave burla. El comandante Ochoa era uno de los encargados de las relaciones con las organizaciones revolucionarias latinoamericanas y cada semana se reunía con

Fidel Castro y otros cuatro o cinco jefes para discutir desde materialismo dialéctico hasta la vuelta de Perón en la Argentina:

—Lo que hicieron ustedes es de una audacia que demuestra que la sangre del Che no quedó en Bolivia... Estuvo increíble, chico, así que ahora tienen que reponerse, descansar. Acá estamos nosotros, para servirlos a ustedes.

En los primeros días también fue a visitarlos Manuel Piñeiro, Barbarroja, un veterano de la Sierra Maestra que era viceministro del Interior. Piñeiro dirigía el G2, el servicio de inteligencia cubano, y en esos días la CIA lo tenía muy ocupado con sus tentativas de asesinar a Castro:

—Bueno, compañeros; no se vayan a creer que nosotros tenemos casas así para todos.

Piñeiro les dijo que él vivía en una casa muy modesta y que tenían que luchar contra el burocratismo:

—Muchos se acostumbran al poder, chico, y eso es malo. Por eso hay que fomentar el internacionalismo, para no perder la esencia del revolucionario...

Durante el primer mes se habían dedicado a leer ediciones en castellano de la academia militar de la URSS, ver películas documentales de Vietnam, recorrer fábricas y cañaverales, hacer entrenamiento militar y discutir mucho. La perspectiva de unión entre las FAR y el PRT se había disipado a medida que el peronismo cobraba más y más fuerza en la escena argentina. Quieto y Osatinsky tenían una formación marxista y respetaban a Santucho, pero estaban cada vez más peronistas y empezaban a pensar en su fusión con Montoneros. Su preocupación era, ahora, que iban a terminar siendo el socio minoritario. Goldenberg y Ferreyra, con un poco más de veinte años, aprovechaban para salir un poco:

—Vamos a comer un helado a Coppelia, Gallego...

La Habana era una ciudad abierta. No muy iluminada, con unos pocos autos americanos, la gente en la vereda o en las ventanas, mucho ritmo de merengue y cantidad de mujeres atractivas con minifaldas y remeritas muy escuetas.

—¿Viste como me miró ésa? Es como dice Ochoa, ahora tenemos que reponernos.

Carlos y Alejandro veían un bretel fuera del hombro y encaraban. Tomaban ron, fumaban puros y se engancharon con más de una local, pero tenían absolutamente prohibido revelar su identidad. Por un lado, porque les habían advertido que la CIA estaba en todos lados; por el otro, porque sabían que la seguridad cubana también estaba en todos lados. No iba a ser la primera vez que la inteligencia norteamericana entrara por vía de

organizaciones guerrilleras latinoamericanas. Por las mismas razones, también les habían dicho que no se llevaran mujeres a la casa.

—Hermano, vas a tener que cuidarte un poco más.

—¿Por qué, qué pasó?

Roberto Quieto trataba de ponerse serio. Carlos lo escuchaba sabiendo que la reprimenda no era grave pero había que jugar el juego:

—Nada, vinieron los cubanos a decirme que el otro día alguien entró a una mina por la ventana, y que si nos creíamos que esto era todo joda...

—¿Sabés qué pasa? Acá las minas viven en casas con otros catorce, y no hay adónde ir.

—Está bien, che, te entiendo, pero tratemos de no darles motivo para que nos rompan las pelotas. Si te llegan a enganchar otra vez voy a tener que sancionarte.

Mientras tanto, los del PRT se enfrentaban a discusiones complicadas sobre la cuestión del peronismo y la actitud que tomarían frente a las elecciones. Alejandro Ferreyra se alineaba con Santucho por confianza y capacidad de liderazgo, pero compartía algunos de los argumentos de Víctor Fernández Palmeiro que, a esa altura, ya estaba pensando en irse de la organización. Santucho era implacable:

—El peronismo es la salida de la burguesía para el capitalismo argentino y nosotros tenemos que construir una alternativa antiimperialista y revolucionaria...

—Pero no me vas a negar que la mayoría del pueblo es peronista.

—¿Y desde cuándo nosotros vamos a hacer seguidismo? Puede ser que haya muchos peronistas, pero nosotros no les tenemos que ir a la rastra. Nuestro papel es construir una vanguardia que pueda dirigir al movimiento obrero en una dirección revolucionaria.

—Bueno, pero en el peronismo no es solamente que haya mucha gente. En el peronismo también hay muchos revolucionarios lúcidos, que están conduciendo a esa gente hacia esos objetivos...

No había forma de ponerlos de acuerdo. Además, estaban los malos recuerdos y las cuentas pendientes: Mario Santucho había perdido a su mujer en Trelew, Víctor Fernández a Eduardo Capello, su amigo de toda la vida. El desgaste de los meses de preparación de la fuga tenían un costo muy alto, que a veces se expresaba en chicanas:

—Lo que pasa, Gallego, es que vos has perdido la confianza en la posibilidad de una construcción a largo plazo...

—Mirá Robi, yo fui del partido Comunista y sé lo que es ser gorila.

Víctor sabía que, en la Capital, había un grupo importante del PRT que planteaba una política de más acercamiento al peronismo revolucionario: sus diferencias con la dirección se estaban profundizando y probablemente terminarían en una fracción: él, en principio, era uno de los disidentes. Las discusiones políticas muchas veces derivaban hacia acusaciones más personales:

—A los equipos militares de Capital se les planteó muchas veces que alquilaran sus casas en los barrios obreros.

—Sí, pero preferimos quedarnos en barrios como Palermo o Barracas por seguridad. Nosotros evaluamos que en los barrios de clase media pasamos más desapercibidos.

—Lo que se esconde detrás de eso son desviaciones pequeñoburguesas.

Remataba Santucho. Pese a su postura de apoyo al peronismo, Víctor no se recostó en las FAR. Una noche, le habló de sus planes a Alejandro:

—Alguien tiene que ajusticiar a ese hijo de puta de Quijada...

Más allá de las posturas políticas, se había tomado los fusilamientos de Trelew como algo personal y pensaba encararlo a su manera. Una tarde, Alejandro volvía de una de las tantas visitas que les habían organizado; Santucho, por alguna razón, no había ido. A la entrada de la casa, Alejandro se encontró con Ramiro, el casero. Ramiro era de pocas palabras, lo cual era raro entre sus compatriotas y fundamental para alguien que atendía viajeros más o menos secretos. Pero ese día Ramiro parecía más cubano. Hablaba y gesticulaba entusiasmado:

—Yo me di cuenta que iba a venir él, porque primero llegaron unos jeeps de la seguridad, como veinte, revisaron toda la casa y ahí nomás, entró el Comandante.

Por como lo dijo, no era cualquier comandante. Ramiro puso la cara ceñuda con la que Fidel lo había mirado a él:

—Entonces Fidel me preguntó dónde está el hombre, y justito Robi bajaba por la escalera; no tenía ni camisa el hombre, estaba con un short cortito y una sudadera. Yo les ofrecí cerveza y agua, y ahí nomás se reunieron...

Entonces Santucho salió a la puerta. Fidel Castro se había ido un rato antes y él seguía impresionado. Que el Comandante lo hubiera visitado y se hubiese pasado media hora charlando con él era un reconocimiento político y personal importante. Después les contó que el líder cubano había ido al grano:

—Fidel insiste mucho que para Cuba es muy importante la apertura en la Argentina, que puede ser una perspectiva para romper el bloqueo acá en la isla. Se lo veía esperanzado con el avance de la democratización en el

continente, me dijo que hay un sector del Ejército de Perú que es muy permeable a las ideas revolucionarias. Yo le planteé que yo no tengo tantas expectativas al menos en la Argentina, que la salida es muy engañosa, porque el peronismo juega a dos puntas...

Santucho se tomó un respiro para medir las palabras.

—Me preguntó qué íbamos a hacer con las armas si se concretaba el proceso electoral: quería saber si el ERP iba a seguir combatiendo. Le planteé que nosotros tenemos la postura de no dar tregua al Ejército ni al imperialismo, porque son el enemigo que no le da tregua al pueblo. Mi sensación es que, pese a la caracterización diferente, Fidel respeta nuestra postura y no va a sacarnos la solidaridad...

A Santucho no se le escapaba que la posición de Castro era más cercana a la de FAR y Montoneros, pero eso tampoco lo iba a hacer cambiar de idea. Poco después, Fidel Castro se encontró con Vaca Narvaja, Quieto y Osatinsky y, con argumentos parecidos, les aconsejó que se jugaran a la salida democrática. Al otro día, como para compensar, Ochoa les dijo que les había conseguido el entrenamiento especial que había pedido Carlos Goldenberg: el curso para hacer operaciones submarinas.

**Noviembre de 1972.** En su edición de ese mes, el periódico *Estrella Roja*, del ERP, opinaba sobre la vuelta de Perón: «En estos momentos en que, precisamente, las luchas heroicas que el pueblo libró en las calles de todas las grandes ciudades del país, y los certeros golpes que las organizaciones armadas asestaron al enemigo, habían castigado duramente a los militares y a los explotadores, cuando la dictadura se tambalea al borde del precipicio, el General Perón le tiende la mano para ayudarla a salir de esta difícil situación. El General Perón le ofrece la conciliación y el diálogo. Les regala un plan para que se salven y puedan seguir engañando y explotando al pueblo.

»Ningún patriota, ningún revolucionario, puede conciliar con la Dictadura Militar asesina. Al proponer el plan de diez puntos, el General Perón está negociando con la sangre de los caídos, los sufrimientos de los presos, la miseria del pueblo y la ruina del país.

»En momentos en que es más necesario que nunca fortalecer a la guerrilla, unificando su actividad, el General Perón propone negociar su desarme para entregarla al enemigo. Los diez puntos del General Perón no están al servicio del pueblo, no están al servicio de la revolución; están al servicio de los explotadores, al servicio de la contrarrevolución». Los «Diez puntos» estaban contenidos en las *Bases mínimas para el acuerdo de reconstrucción nacional*,

donde Perón anunciaba que volvía en son de paz y para garantizar la reconciliación de todos los argentinos.

Faltaban apenas cuatro días para la llegada de Perón y las cosas se complicaban. En la compañía de Julio César Urien hubo cambios. Sus jefes incorporaron a varios oficiales y reubicaron a algunos suboficiales. Por momentos, Julio atribuía esos movimientos a la orden de formar grupos contrainsurgentes; después suponía que alguna información debía haberse filtrado y que los mandos navales habían detectado el movimiento. Entonces se decía que no, que si los mandos tuvieran información ya los habrían agarrado: si no nos agarran es porque no saben, pensaba, y se tranquilizaba por un rato.

También tenía dudas con respecto al plan de Perón y, por lo tanto, a lo que ellos mismos debían hacer. Se decía que si el Viejo venía en son de paz no valía la pena intentar el levantamiento, porque pensaría más bien en dialogar y negociar. Pero, por otro lado, pensaba que, siendo un político, era lógico que tres días antes de llegar no dijera que venía a encabezar una revolución.

La idea del levantamiento lo llenaba de dudas. Pero, al final, suspiraba y suponía que ninguna duda era lo bastante importante como para desalentarse. En uno de sus últimos encuentros con Orueta, los dos evaluaron las diversas hipótesis:

—Mirá, yo creo que nuestra detención es inminente. Anteayer metieron en los calabozos a unos soldados peronistas, les hicieron preguntas sobre si sabían algo de un levantamiento. Los colimbas no sabían nada, no les pudieron decir nada, pero los tipos tienen indicios por todos lados... Así que antes de que nos detengan vamos a tomar la ESMA, pero sólo con nuestra compañía: el resto de la oficialidad y la suboficialidad no tiene que quedar comprometida con esto. Yo creo que va a ser un hecho político que va a golpear duro en los mandos de las Fuerzas Armadas. En cambio si nos agarran sin hacer nada es un fracaso.

Tenían que completar el plan. Ya estaba convenido que los amotinados se irían con vehículos y armas a la plaza de Lomas de Zamora, pero había que prever posibles complicaciones. Julio estaba entrenado para hacerlo:

—Por las dudas, dejemos establecidos lugares alternativos para entregar el armamento. Arreglemos un par de citas alternativas y vos se las comunicas a la orga. ¿De acuerdo?

En ese momento, la suerte estaba echada. Julio se sintió aliviado: se acababa el desgaste de dudas, posibilidades y alternativas; llegaba la fase de

la acción. Era la que más le gustaba, y para eso tenía que estar absolutamente concentrado en la opción que había elegido.

Para Orueta también había llegado el momento de actuar: por un lado, tenía que informar algunas imprecisiones a la conducción de Montoneros y, por otro, otras imprecisiones a la Fuerza Aérea, para que los militantes se comieran la carnada y los militares no lo mandaran al frente como carne de cañón. Orueta sabía que los espías son piezas de recambio fácil y que, cuando saben demasiado, terminan sus días un poco rápido. Urien volvió a la ESMA y Orueta fue a lo suyo:

—Comodoro, le habla el Tero. Tenemos que vernos urgente.

Faltaban dos días para el levantamiento. Orueta sabía que como espía había concretado con éxito el primer paso: tenía la información del enemigo. Ahora venía el segundo: ver cómo podía pasar los datos a la Fuerza Aérea sin salir perjudicado, porque si la Marina abortaba el levantamiento de Urien, los Montoneros detectarían enseguida por dónde se habían filtrado los datos. Así que Orueta se ocupó de decirle al comodoro sólo una parte de lo que sabía: confirmó que la sublevación estaba en marcha y que estaba focalizada en suboficiales de una compañía del batallón de infantes de Marina de la ESMA, pero relativizó el protagonismo del guardiamarina Urien y se reservó el detalle de la hora del levantamiento. A los Montoneros les dio otra parte: les pasó el detalle de la hora del levantamiento pero omitió decirles que los sublevados habían determinado que el lugar para atrincherarse sería Lomas de Zamora y que querían citas alternativas para entregar las armas que se llevaran.

El juego de las intrigas de la inteligencia no terminaba ahí. La Fuerza Aérea acompañaba a Lanusse y a su sector del Ejército en su retirada negociada del gobierno; en cambio, la Armada tenía un frente interno más homogéneo y estaba en una postura más dura, enfrentada con los lanussistas y la aviación. O sea que a los mandos aeronáuticos no les interesaba demasiado alertar a los marinos, que no querían conciliaciones con Perón, acerca de una sublevación cuyo costo, en la disputa interna, iba ser exclusivo de la Armada.

Así las cosas, lo que obtuvo la inteligencia naval de sus colegas del aire fue la información de que el malestar estaba localizado en una de las compañías de asalto del batallón 2 de infantes alojados en la ESMA, pero nadie les habló de Julio César Urien.

—Está claro que para usted el peronismo es una manera de armarse una figura que le permita cubrir la falta de una autoridad paterna fuerte. Como



su padre no ocupa ese lugar, usted trata de compensarlo haciéndose peronista y usando a Perón como padre sustituto...

A Graciela Daleo no le gustó lo que escuchaba, pero supuso que tenía que jugar el juego. La idea de psicoanalizarse era nueva, pero también era nuevo estar, después de tantos años, sin el Flaco.

La distancia entre ellos se había hecho demasiado evidente: cada vez estaba más claro que no planeaban el mismo tipo de vida, pero Graciela trataba de contenerse cuando él le hablaba, por ejemplo, del velero que se comprarían en cuanto la empresa familiar volviera a enderezarse. Hasta que, un día, él le dijo que se habían puesto de novios siendo tan pibes que sentía que le faltaban otras experiencias de la vida, y que tenía miedo de equivocarse si se casaba sin haberlas tenido. Que no era que se separaran del todo, no: simplemente que tuvieran algo más de libertad, y que salieran un poco cada uno por su lado, que cada cual pudiera hacer su vida. Graciela no supo qué decirle o, más bien, no podía decirle nada: el Flaco ya lo había decidido, y ella lloró durante días enteros. Fue ahí que sus amigos de la facultad le recomendaron que se analizara.

La facultad había sido lo mejor de ese año. Cursando Historia Social General, una materia que dictaba Gunnar Olson, Graciela había empezado a creer que el marxismo no era solamente las boludeces que decían los reformistas del PC, sino que podía resultarle una herramienta útil para entender la realidad nacional si lo usaba desde una perspectiva tercermundista y revolucionaria. Gunnar le parecía un hombre fascinante: Graciela lo admiraba en silencio y, mientras, se leía toda la bibliografía: Clausewitz, Perón, Giap, Mao y algunos textos introductorios del propio Marx. Graciela tenía la sensación de que la cabeza se le abría a cantidad de cosas que hasta entonces no había entendido o querido saber. Y lo mismo le pasaba en otras materias, como la Introducción a las Ciencias Políticas que dictaba Silvio Frondizi, o la Sociología Sistemática de Oscar Landi: en todas se veían más o menos los mismos temas, desde perspectivas un poco diferentes. En todas, la cuestión principal era el establecimiento de un saber que permitiese una lectura revolucionaria del presente.

La facultad, además, era el lugar donde Graciela se contactaba con el mundo. Seguía estudiando con la Tere, el Tala Ventura, Pancho Talento, que también estaban en Derecho. Incluso, como conservaba su amistad con la gallega Pilar, le había arreglado un encuentro con el Tala, que quería conectarse con los Montoneros. Graciela siempre estaba a punto de volver a militar, pero no terminaba de decidirse. En esos días, cuando sus amigos iban

a actos o manifestaciones, solían invitarla; Graciela no se animaba y se quedaba haciéndoles de control: los esperaba en un bar hasta que terminara la cuestión y cada uno pasara por ahí para que ella, al verlo, supiera que estaba libre y bien y que no tenía que llamar a padres o abogados.

Pero separarse del Flaco la había destruido y Mundi, otro compañero de la facultad, hijo de psicoanalistas, le insistió mucho para que se analizara. Graciela desconfiaba: le parecía que el psicoanálisis creaba adicción, que si empezaba después no podría hacer nada sin consultar con su analista. En esos días, Pancho se había ido de un acto importante en la Federación de Box porque tenía sesión justo a esa hora: después había vuelto, pero Graciela pensó que eso confirmaba sus temores. Mundi le contó a su padre que Graciela, cuando iba al colegio de monjas, a veces se ponía ortigas en las piernas para sufrir y enaltecerse con su sacrificio. El padre de Mundi dijo que no se iba a curar ni con cincuenta años de análisis. Quizás fue eso lo que la decidió, o que ya estaba harta de sufrir por el Flaco. Entonces una amiga le recomendó una psicoanalista en la calle Posadas: Graciela la fue a ver y le planteó que quería analizarse pero tenía muy poca plata. La analista le dijo que estaba preparando un grupo y que, mientras terminaba de armarlo, hicieran algunas sesiones individuales, una vez por semana. Graciela le empezó a hablar de su historia, su familia, el Flaco, sus dudas sobre la política, sus culpas, y las interpretaciones de la mujer no siempre le gustaban: ella no creía que su peronismo tuviera que ver con la ausencia de la figura paterna y, en general, que una opción política se explicara por la historia individual de cada uno. Pero igual seguía necesitando ayuda, y le pidió que pasaran a dos sesiones semanales con alguna rebaja en el precio.

—No, no me parece que sea lo que corresponde. Yo creo que a usted le gusta jugar a la niñita pobre: eso se relaciona también con su peronismo. Usted necesitaba reaccionar contra los límites que le ponían sus padres y por eso se hizo peronista, y por eso también este papel de la niñita pobre que se ha adjudicado...

Graciela no quiso escuchar más:

—Disculpeme, pero me parece que usted no entendió nada.

Dijo, y dio por terminada su primera terapia. Faltaban pocos días para que Perón llegara, por fin, a la Argentina.

**Noviembre de 1972.** Fechada en Madrid el 15 de noviembre, la solicitada llevaba la firma de Juan D. Perón, estaba dirigida «A Mi Pueblo» y salió en

todos los diarios del 16. En ella el general, al pie del avión insistía, con ciertos reparos, en el carácter pacífico de su retorno:

«Nunca hemos sido tan fuertes. En consecuencia ha llegado la hora de emplear la inteligencia y la tolerancia, porque el que se siente fuerte suele estar propicio a prescindir de la prudencia.

»El pueblo puede perdonar porque en él es innata la grandeza. Los hombres no solemos estar siempre a su altura moral, pero hay circunstancias en que el buen sentido ha de imponerse. La vida es lucha y renunciar a ésta es renunciar a la vida pero, en momentos como los que nuestra patria vive, esa lucha ha de realizarse dentro de una prudente realidad.

»Agotemos primero los módulos pacíficos que, para la violencia, siempre hay tiempo. Desde que todos somos argentinos, tratemos de arreglar nuestros pleitos en familia porque si no, serán los de afuera los beneficiarios. Que seamos nosotros, los peronistas, los que sepamos dar el mejor ejemplo de cordura.

»Hasta pronto y un gran abrazo para todos».

El 15 de noviembre, un pelotón de oficiales y suboficiales se presentó en la cuadra de la compañía donde estaba Julio César Unen, que tenía a su cargo ese turno de la guardia de la ESMA. Hablaron con el jefe y, en pocos minutos, les sacaron todas las armas portátiles sin dar explicaciones.

—Orden de la superioridad.

Las camas de la compañía estaban en la planta baja del edificio: los que vinieron con la orden las cargaron con fusiles y pistolas y se las llevaron al piso de arriba. Las dejaron bajo llave, con una guardia de suboficiales de mucha antigüedad, que tenían toda la confianza de los mandos. Al mismo tiempo, otro grupo tomaba prisioneros a dos cabos segundos del estado mayor de Urien. Dos horas después, el capitán Iribarne llamó a los oficiales del batallón al casino y les pasó las novedades:

—Tenemos la versión de que hay problemas dentro del batallón. Se habla de una sublevación. Señores, quiero que ustedes me digan qué pasa en cada compañía, en cada sección.

Todos los jefes pusieron las manos en el fuego por sus hombres, con las reservas que la situación imponía: que el momento que se estaba viviendo, que la incertidumbre por la llegada de Perón, que el clima general, pero todos aseguraron que no podía haber levantamiento alguno.

En la madrugada del 16, mientras desayunaba, Urien pensó que había llegado al día D con muchas más contras que las que había previsto. Al rato,

se reunió con sus suboficiales de confianza y, tanteándolos, confirmó que estaban completamente decididos a seguir adelante.

—Bueno, entonces, que el cabo segundo Esteban pida parte de enfermo; una vez que salga tiene que ir a una cita con un compañero. Que le confirme que en menos de veinticuatro horas vamos a sublevarnos porque empezaron con las detenciones y desarmaron a la compañía, así que vamos a encarar para Lomas como habíamos quedado, salvo que ellos le den una indicación en contrario. Deciles que manden alguna información a los diarios y pongan que los cuatro mil fusiles y pistolas entregados al pueblo son para defender la soberanía popular y para respaldar el regreso definitivo de Perón a la Argentina. Y que aclaren que en la Argentina hay militares que están del lado del pueblo y contra la oligarquía. ¿Comprendido?

A las dos de la tarde, el cabo Esteban fue a la cita, y a las cuatro horas volvió a la ESMA con la excusa de que se había olvidado unas cosas. Adentro habló con Julio para decirle que se había encontrado con Orueta y que estaba todo en orden:

—Estuve con este muchacho y le dije que vamos a Lomas de Zamora y me dijo que está bien. No me cambió el lugar.

La suerte estaba echada. Eran casi las ocho de la noche. Julio fue a la cuadra de la compañía y llamó a los trece suboficiales que componían su estado mayor, más los dragoneantes que estaban a cargo de los pelotones y que ya sabían lo que estaba pasando:

—Nos quedan dos alternativas: o nos dejamos agarrar sin hacer nada o demostramos que también hay militares del lado del pueblo.

Urien recorrió con su mirada las caras de los treinta hombres. Tras un breve silencio, empezaron los apoyos.

—No nos vamos a entregar.

—¡Vamos a buscar a Perón, carajo!

Todos asintieron, salvo uno.

—Yo tengo miedo, oficial. No me pliego.

—Bueno, dejen al cabo maniatado en el baño para que no lo incriminen. El resto, nos ponemos uniforme de combate y nos reunimos en cinco minutos de nuevo acá.

Poco después, todos los conjurados estaban listos, pero sin armas, salvo Urien que, como oficial, había conservado su pistola personal.

—Nuestra identificación va a ser esta vincha celeste y blanca.

Urien sacó de un bolso un puñado de cintas argentinas y las fue entregando una por una. Era una ceremonia tensa y silenciosa. Todos se

daban cuenta de la gravedad del paso que estaban dando. Después se dividieron en seis pelotones al mando de los suboficiales más comprometidos y especificaron las tareas de cada uno. Ya habían estudiado largamente el plan de ocupación y se tenían mucha confianza. Como Urien era uno de los instructores y todos lo conocían, él pasaría por los puestos de guardia, se pondría a conversar e inmediatamente irían llegando los pelotones leales para desarmarlos y tomarlos prisioneros. Con la sorpresa, los guardias no alcanzarían a activar la alarma conectada a la guardia central y al comando en jefe. Después tomarían el casino de oficiales y, con el cuartel ya neutralizado, mientras un grupo cargaba y alineaba los camiones, otros tendrían que recorrer las cuadras de las otras compañías para sumar algunos grupos que adherían y anular a otros. En un par de horas saldrían encolumnados por la General Paz. A esa altura, en ese momento político y con semejante poder de fuego, la sublevación de la ESMA sería una mecha prendida que podría extenderse a otras unidades de la Marina y el Ejército.

—Mientras yo voy al casino de oficiales a ver cómo están las cosas, los pelotones A y B tienen que subir y reducir a los suboficiales que tienen en custodia el armamento de la compañía. Una vez que estén todos pertrechados, se ajustan las vinchas y me esperan listos. Cuando yo vuelva entramos en operaciones. ¿Comprendido?

Un cabo levantó el brazo, hizo la V y gritó:

—¡Viva la patria!

—¡Vivaaa!

Julio iba al casino de oficiales para averiguar qué había pasado con los dos suboficiales detenidos. Si alguno de ellos había cantado, todo estaba perdido. Antes de salir, llamó aparte a los dos suboficiales que lo secundaban en el mando.

—Si en una hora no estoy de vuelta, sigan con el plan.

Antes de ir al casino, Julio hizo una recorrida a pie por el cuartel. A los diez minutos se encontró con otro oficial de su compañía, un año más antiguo y muy gorila:

—Tengo un mal presentimiento. Algo está pasando, Urien. Vení, acompañame a la cuadra.

Urien lo siguió y fueron a paso rápido. Al entrar a la cuadra, todo estaba oscuro. De pronto, dos cabos y dos soldados con vinchas argentinas encañonaron al oficial con sus fusiles:

—¡Entréguese! ¡En nombre de la revolución y el pueblo, entréguese!

Fue extraño: por un momento, Julio César Urien miró la escena desde afuera, tomó conciencia de la dimensión de lo que estaba pasando y, por fin, de su papel allí. Esos soldados se estaban jugando el todo por el todo, y él era su jefe. El tiempo corría. Julio verificó que el plan estaba marchando, que habían tomado la parte de arriba de la cuadra sin resistencia y que tenía unos cuarenta hombres armados, atrincherados en los dos pisos de la compañía, a la espera de órdenes para tomar la Escuela.

Julio volvió a salir, esta vez acompañado por uno de sus soldados, hacia la guardia central. Como todo se precipitaba decidió acelerar la ejecución del plan y les dio nuevas directivas a sus segundos:

—No bien yo salga, empiecen las operaciones. Que vayan dos pelotones al casino de oficiales y después empezamos con la toma de la guardia.

En ese momento, en el casino de oficiales estaban interrogando a un cabo segundo que había confesado el complot y que aguantó un rato sin decir quién era el jefe. Mientras Julio recorría las tres cuadras que separaban la sede de la compañía sublevada del casino, el cabo segundo terminó de hablar:

—El que dirige el complot es el guardiamarina Urien y se va a sublevar esta noche. Van a tomar la guardia central.

El capitán Iribarne era uno de los interrogadores. En vez de avisar por teléfono a la guardia, Iribarne salió del casino, se subió a una camioneta y fue hacia allá: pensaba que si paraba al jefe de la sublevación, paraba todo. Al mismo tiempo, otros oficiales organizaron patrullas con tropa de marinería para ver qué estaba pasando en el cuartel.

Afuera, Julio seguía caminando. Había caído la noche. Todo estaba muy tranquilo y vio que una camioneta paraba al lado de la guardia. No le dio importancia: pensó que sería un vehículo más para la retirada. Pero, en seguida, vio al capitán Iribarne, su comandante, acompañado por su segundo:

—¿Qué hace acá, Urien?

Le preguntó el capitán Iribarne.

—Estoy haciendo una recorrida, voy hasta la guardia para hacer la inspección.

—Usted viene a tomar la guardia... ¡Dese preso inmediatamente!

Unos metros más allá, el oficial al mando de la guardia central miraba desde lejos sin entender el diálogo ni alertarse. Iribarne y Urien se miraban a poca distancia, paralizados, y ninguno de los dos desenfundaba. Ambos se admiraban. Urien respetaba a su comandante y sabía que con su sublevación le estaba arruinando la carrera. Iribarne apreciaba a su subordinado y lo consideraba un soldado excelente. Pero más allá del respeto mutuo, la

realidad los enfrentaba. El que rompió el momento de vacilación fue el segundo comandante. El segundo pegó un grito y encañonó a Julio con su pistola:

—¡Si se mueve lo mato!

Fueron unos segundos tensos. Por fin, Iribarne salió de su inmovilidad y también apuntó a Urien:

—Entrégueme su arma.

Urien pensó qué hacer. Le quedaba una esperanza: era probable que el grupo que lo secundaba llegara a la guardia antes de que Iribarne se lo llevase detenido al casino. En ese caso, la situación se daría vuelta y podrían seguir adelante.

El jefe de la sublevación entregó su pistola. El jefe del batallón siguió dudando y creyó que todo era un error. Caminaban hacia el casino: Julio trataba de aminorar el ritmo de la marcha. Pero la patrulla que lo secundaba se había topado con uno de los pelotones de marinería que habían salido a recorrer el cuartel. El cruce duró segundos: los sublevados tenían la sorpresa a favor y los redujeron sin disparar un tiro. Pero no llegaron a tiempo hasta la guardia central y la esperanza de Urien de no quedar detenido se esfumó: a los pocos minutos estaba sentado en una silla del casino, rodeado de oficiales navales que se lo querían comer crudo. Sintió que le apoyaban una pistola en la cabeza y escuchó una voz que le gritaba desde atrás:

—¿Así que vos sos el jefe de una sublevación?

—¿Con quién estás, hijo de puta?

Mientras tanto, el levantamiento no se detenía. Dos pelotones llegaron a la guardia central y, sin despertar mayores sospechas, tomaron posiciones.

—Práctica. Estamos controlando la seguridad.

Dijo uno de los cabos sublevados mientras otros dos irrumpían por la puerta trasera, gritando:

—¡Entréguense en nombre de la revolución!

Los dos bandos abrieron fuego al mismo tiempo, y alguien le dio al cabo Juan Luis Contreras, que cayó muerto. El cabo Contreras era uno de los que defendían la guardia: tenía la cabeza destrozada y quedó tirado en el suelo, en una posición extraña. Sus compañeros tuvieron un momento de vacilación. La guardia estaba rodeada por un poder de fuego superior: el jefe dio la orden de rendirse:

—No tiren más. Nos entregamos.

Una vez tomada la guardia, la sublevación era un hecho. Un grupo de cabos fue hasta los calabozos y liberó a unos marineros encerrados por insubordinación, por no cumplir órdenes o simplemente «por hablar de Perón». Todos los liberados se pusieron las vinchas celestes y blancas.

Los disparos también se oyeron en el casino. Iribarne y su segundo salieron corriendo hacia la guardia central, pero no habían hecho cien metros cuando los sorprendió otra patrulla de sublevados. El que la dirigía les gritó que estaban rodeados:

—¡Entréguese en nombre de la revolución y el pueblo!

En ese momento, se generalizó el tiroteo en la guardia central, y otro suboficial rebelde les gritó a Iribarne y su segundo que se tiraran al suelo:

—¡Cuerpo a tierra, carajo!

El segundo comandante se planchó en el piso, pero Iribarne no podía creer que unos cabos y dragoneantes le dieran órdenes y le pidieran que se entregara. Se quedó quieto como una estatua por unos segundos, pero no tenía forma de resistir y se rindió. El mando operativo del levantamiento había recaído sobre los suboficiales que constituían el estado mayor de Urien. Uno de ellos era el cabo segundo Juan Domingo Tejerina:

—Llévenlos a la guardia central. Nos vamos a hacer fuertes ahí hasta que podamos tomar el resto de la unidad. Averigüen donde carajo está Urien.

Tejerina miró a Iribarne:

—¿Dónde está Urien?

—Está detenido, ustedes están jodidos...

—¿Dónde está, carajo?

—En el casino de oficiales.

Cuando escucharon el último tiroteo, los oficiales del casino se dieron cuenta de que el levantamiento iba en serio. Se apostaron en las ventanas con las pocas armas que tenían. Uno agarró el teléfono:

—¿Con el comando en jefe? Tenemos una sublevación...

—¿Con la policía? Lo llamo de la Escuela de Mecánica de la Armada. Es una emergencia, hubo un ataque...

Mientras, los rebeldes seguían cumpliendo sus objetivos: tomaban las guardias, las cuadras, los depósitos de armas, los garajes de vehículos de transporte y las puertas de acceso al cuartel. Algunas de las cuadras de marinería quedaron aisladas del conflicto, porque los rebeldes preferían no sublevarlas, pero del resto de las compañías de infantería se fueron plegando más suboficiales y soldados. A esa altura los sublevados eran alrededor de trescientos.



Los fogonazos y ruidos de disparos no alertaron en lo más mínimo a los vecinos de Núñez. Era normal en un cuartel. El primer torino de la Policía Federal se presentó en la puerta del cuartel:

—Tuvimos un llamado. ¿Hay irregularidades?

—Pasen por acá.

Los policías fueron recibidos por cuatro hombres con FAL que tenían cara de pocos amigos:

—Quedan detenidos en nombre de la revolución...

Los patrulleros seguían llegando. En unos minutos, trece autos y sus tripulaciones habían quedado detenidos. Tejerina, sin poder evaluarlo con el resto de los suboficiales que comandaban a los sublevados, consideró que habían cumplido con todo lo propuesto. Lo único que les faltaba era liberar al jefe.

—Pongan a veinte tipos contra el paredón. A este botón lo mandas en calzoncillos con las manos levantadas a la puerta del casino.

El policía desvestido llegó a unos cincuenta metros de la entrada del casino: a sus espaldas tenía a cuatro sublevados parapetados que lo apuntaban con sus fusiles. Los oficiales lo miraban desde las ventanas, con las armas listas.

—¡No tiren, traigo un mensaje! Si no lo largan a Urien en cinco minutos, van a empezar a fusilar a los prisioneros.

El capitán de navío Fernando Romero, director de la ESMA, que ya había recibido instrucciones del almirantazgo, reunió a los oficiales jefes y les dijo que la Armada no iba a ceder:

—A Urien no lo damos. Díganle al policía ese que les diga los sublevados que Urien ha sido trasladado al Comando en jefe de la Armada, díganle que no lo tenemos más en el casino.

Los suboficiales sublevados no podían saber sí era un truco. Lo que sí tenían en claro era que no podían asaltar el casino de oficiales: la acción hubiera significado un par de horas de retraso y muchas muertes en los dos bandos. El cabo segundo Juan Domingo Tejerina estaba en traje de combate, con la vincha argentina; sabía que la decisión era suya:

—Vamos a seguir adelante... Hoy llega mi tocayo y no nos vamos a echar atrás.

Mientras tanto, otros suboficiales de marinería se habían plegado al levantamiento. Los cabos del estado mayor de Urien tenían a su mando trescientos hombres, miles de fusiles, armas pesadas y vehículos. Era una

fuerza decidida y más o menos disciplinada. Además, sabían que Perón estaba por llegar a la Argentina y que la dictadura retrocedía.

—Encolumnen los vehículos en la puerta. Dejen a los prisioneros, salvo al comandante del batallón y al segundo; a éstos los llevamos con nosotros. Y que todos nuestros hombres estén preparados para el combate. ¡Viva Perón!

—¡Viva Perón, carajo!

Camiones, colectivos, jeeps y algún coche particular salieron a la avenida Libertador. Los oficiales del casino se desesperaron y empezaron a tirar contra los más rezagados pero no pudieron impedir la salida.

—Vamos a Lomas de Zamora y nos atrincheramos allá.

El convoy avanzaba a ritmo lento por la avenida General Paz casi desierta sin que los policías federales y provinciales que estaban alrededor opusieran resistencia. Por primera vez desde el derrocamiento de Perón, una unidad de combate de la Marina de Guerra desertaba de sus mandos. Llevaban vinchas, algunos se habían puesto chaquetas de oficiales, tenían miles de fusiles y se daban valor cantando la marcha peronista. Sobre el Atlántico ya estaba volando el avión que traía al General.

Eran la dos de la madrugada del viernes 17 de noviembre. Los sublevados confiaban en encontrarse con los Montoneros, tal como habían arreglado desde un primer momento, y como le había confirmado unas horas antes Orueta al cabo Esteban.

Pero a las ocho de la noche, cinco horas después de haberse reunido con Esteban, Orueta tuvo una cita con un miembro de la conducción de Montoneros y le dijo que Urien había faltado a la cita y que en su reemplazo había ido un suboficial que lo único que le había confirmado era que la situación era insostenible dentro de la ESMA y que no sabían qué iban a hacer. El jefe montonero no se sorprendió:

—Faltan horas para que llegue Perón y esto es un quilombo. Entre Lanusse que amenaza con reprimir a todo el mundo, el Viejo que dice que viene en son de paz para reconciliar al país y la gente que ya se está concentrando para llegar a Ezeiza a cualquier precio, esto es un quilombo. Nosotros no damos abasto, nos sobrepasa. Bueno vamos a estar alertas a ver qué pasa con Urien. Ojalá todo salga bien.

—¡Urien, nos vas a decir adónde mierda se van o te matamos acá mismo!

El jefe del levantamiento estaba atado a una silla y sabía que los sublevados se habían ido. Era todo lo que le importaba. Ya lo habían probado en la tortura unos meses atrás y había sacado el mejor puntaje. A un costado, el director de la ESMA agarró el teléfono e informó a los altos mandos:

—Sí señor. Es un batallón, todavía no sabemos cuántos hombres se plegaron. Pero sí, se sublevó un batallón y se fue una caravana de vehículos. No, todavía no sabemos el destino. Lo estamos interrogando al guardiamarina Julio Urien, que era el jefe del levantamiento.

Los mandos de la Armada tuvieron reflejos para hacer funcionar la usina de rumores y el sensacionalismo de los medios contribuyó a embarrar todavía más la cancha. Las primeras versiones que salieron por radio eran confusión pura: por un lado, que se trataba de un complot del almirante Rojas para matar a Perón cuando llegara; por otro, que se trataba de un grupo comando de izquierda que tomó un cuartel con la ayuda de un oficial llamado Ure, que había escapado herido con rumbo desconocido.

Los oficiales del Ejército de las unidades de Azul y Tandil que estaban en contacto con Urien y que, si había un levantamiento popular, pensaban sublevar sus propias tropas, se encontraron con que antes de la llegada de Perón y de que la gente saliera a la calle, la ESMA ya se había levantado. Y las versiones que circulaban eran tan contradictorias...

Las columnas de los sublevados llegaron a la plaza de Lomas de Zamora al cabo de una hora y media. La policía provincial había seguido al convoy a distancia, sólo para informar el rumbo. Poco después de las tres de la mañana, pese a todos los inconvenientes, los sublevados habían cumplido con su meta: tenían los camiones colocados en formación defensiva y estaban dispuestos a instalar sus ametralladoras, armas antitanque y morteros. La noche era oscura y la plaza estaba vacía. Tejerina y los otros dos suboficiales al mando miraron alrededor y quedaron desolados: nadie los esperaba. Se atrincheraron provisoriamente, con los motores en marcha, antes de tomar cualquier decisión. Pero al cabo de un rato empezaron a llegar tanques y tropas de infantería del Ejército que les cortaban las vías de salida y, a través de altoparlantes, les ordenaban deponer su actitud. Era un momento límite, pero sabían que lo peor que podían hacer era quedarse quietos.

—¡¿Dónde mierda están los compañeros?!

Tejerina y su estado mayor hicieron un repaso de la situación: a Urien lo perdimos, los Montoneros y la Juventud Peronista no están, pero igual le dimos un golpe duro a los mandos de la Armada justo el día de la llegada de Perón.

—Acá no tenemos opciones. Los que estamos más jugados nos vamos con una buena cantidad de armas livianas y las repartimos en unidades básicas; para el resto tenemos que negociar una rendición. Cualquier otra cosa que hagamos va a ser una carnicería.

Dijo Tejerina, y tras unos minutos de discusión, decidieron hacerle un planteo al capitán Iribarne:

—Vea capitán, queremos evitar enfrentamientos, y para eso necesitamos su colaboración: usted asume el mando de la mayoría de la tropa, que sólo cumplieron órdenes nuestras, y nosotros nos vamos.

—Está bien, acepto.

Iribarne sabía que no tenía otra posibilidad. Los suboficiales hablaron rápidamente con los que estaban al mando de los pelotones y la orden se acató. En pocos minutos, unos veinte suboficiales y dragoneantes se subieron a un par de camionetas de la Armada y salieron a toda velocidad, con los fusiles afuera de las ventanillas, dispuestos a llevarse por delante a cualquiera que se les cruzara. Pero los mandos del Ejército sabían que un enfrentamiento, ese día, hubiera sido una chispa difícil de apagar, así que sus efectivos los miraron pasar sin tirar un tiro. Eran las cuatro de la madrugada y, mientras los sublevados se dividían para evitar la persecución, el capitán Iribarne negoció con los oficiales de Ejército una rendición sin represalias. Para tranquilizarlos, él mismo se comprometió a llevar a los sublevados de vuelta a la Escuela de Mecánica de la Armada. Allí, en el casino de oficiales, Julio César Urien seguía atado a su silla, sin ninguna información sobre el destino de sus hombres. Le hubiera gustado saber si habían ganado o perdido, aunque no tenía muy claro qué habría sido ganar, y qué perder.

**Noviembre de 1972.** Un par de meses antes, el movimiento feminista americano, encabezado por el Women's Lib, había conseguido un gran triunfo: el Congreso de los Estados Unidos había aprobado su Equal Rights Amendment, que equiparaba los derechos de hombres y mujeres y prohibía toda discriminación por razón de sexo en cualquier ley o acto de los gobiernos federal, estatal o municipal. Y lo festejaba en la calle: el 26 de agosto había sido declarado, el año anterior, «Día de los Derechos de la Mujer», y un puñado de hombres y miles de mujeres desfilaron por la Quinta avenida y exhortaban a las oficinistas, amas de casa, estudiantes y paseantes a que hicieran valer sus derechos:

«Si estás peor paga que un hombre que cumple tus mismas funciones; si alguna vez te sentiste obligada a estar nueve meses embarazada sin haberlo querido; si estás cansada de sentirte estúpida y de que tus opiniones sean dejadas de lado por el solo hecho de ser mujer; si lloras un poquito cada día porque te sentís un poquito vacía en tu interior...», decía uno de los panfletos.

Por esos días, se agotaba en las librerías de Nueva York *La mujer eunuco* de Germaine Greer, una de las líderes del Women's Lib. Greer escribía que las mujeres «se han convertido en pobres criaturas castradas y forzadas a la pasividad por los hombres que dirigen la energía del mundo» y que «la energía femenina está viciada por la supresión de la sexualidad, causada por los tabúes de una educación represiva. El lecho es la arena de la confrontación donde los nuevos valores sexuales deben ser ensayados». Mientras Greer proclamaba la liberación sexual y millones de norteamericanas intentaban seguir ese camino, un artículo de la revista *Time* informaba sobre unos pocos norteamericanos que se llamaban a sí mismos opresores y definían a las mujeres como una minoría oprimida. Algunos de ellos se reunían todas las semanas y buscaban la manera de dejar de decirle pollita o gordita a su novia o esposa, o de encontrar el tiempo para pasar la aspiradora y planchar las camisas. Además, querían redefinir su papel en la sociedad: «Somos hombres vituperados y perseguidos, bombardeados por imágenes de lo que no somos: atletas, líderes, luchadores, intelectuales», decía un editorial de la revista *Brother*, acompañado de una foto de hombres desnudos de lo más comunes.

En Europa, mientras tanto, ciertos derechos de la mujer entraban en la agenda oficial. A fines de ese mes, en Turín, representantes de ocho gobiernos deliberaban junto a economistas y sociólogos sobre los cambios en el mapa ocupacional de la mujer a partir del crecimiento económico de la postguerra. En el encuentro, organizado por la Organización Internacional del Trabajo, se analizaba el hecho de que cada vez más madres se incorporaban al circuito formal del trabajo sin una legislación que las protegiera ni guarderías públicas o francos para ocuparse de sus hijos. Los delegados de Suecia mostraban orgullosos cómo sus mujeres talaban árboles o levantaban paredes al lado de los hombres gracias a que el Estado había propiciado la igualdad al punto de alentar el intercambio de los roles masculino y femenino en el hogar. Se tomaba como ejemplo también la reciente legislación húngara que acordaba cinco meses de licencia a las mujeres que acababan de parir o el derecho a tres años de licencia sin goce de sueldo sin perder sus aportes jubilatorios. En la mayoría de los países, la lucha por el derecho al aborto recién empezaba.

Las chinas estaban lejos de la época en que a las niñas les vendaban los pies para cumplir con ciertos ideales de belleza, o de los mercaderes de jovencitas. La revolución traía nuevos aires a la liberación femenina. Mao decía que las mujeres sostenían la mitad del cielo y que los chinos se habían liberado de los tres yugos —el clan, el estado feudal y la religión— pero que las mujeres todavía tenían que soportar la autoridad de los maridos y que eso

era injusto. La autodeterminación de la mujer era fundamental para parar el crecimiento demográfico: si las mujeres trabajaban y podían manejar anticonceptivos, la gran amenaza de un país superpoblado se aminoraría. Para eso, también, el Estado trataba de que las mujeres no se casaran antes de los veintiséis.

En la Argentina, mientras tanto, había una mujer trabajadora por cada dos hombres, y los sueldos femeninos eran inferiores a los masculinos pero no mucho: «las trabajadoras argentinas generalmente ganan entre 7 y 15 por ciento menos que los varones. Aunque dista de ser equitativo, la diferencia de salarios de acuerdo al sexo es en este país una de las más bajas en el mundo capitalista», decía un estudio.

En la universidad, la proporción de mujeres había pasado del 25 al 40 por ciento en los 15 últimos años, Pero el movimiento feminista era muy minoritario. Muchos militantes, hombres y mujeres, lo tomaban por una sofisticación propia de los países centrales: aquí, decían, donde hay problemas mucho más acuciantes, donde la tarea urgente e inmediata es hacer la revolución, todavía no podemos ocuparnos de esos detalles. O, si acaso, decían que cuando todo cambiara, cuando construyeran la sociedad socialista, la mujer se liberaría en consecuencia, junto con el resto.

La televisión parecía de otro país: un espectáculo de Palito Ortega, Julio Marbiz con *Argentinísima*, *Operación Ja Ja* y un par de telenovelas. Era como si Perón estuviera por aterrizar en Zambia. Elvio Vitali estaba por apagarla y poner la radio cuando la voz de Armando Repetto anunció un flash informativo:

—... que confirman que hace veinte minutos, más exactamente a las 20 y 21 de esta noche, el avión DC-8 Giuseppe Verdi, de Alitalia, que transporta al general Juan Domingo Perón y su comitiva de vuelta a la Argentina, despegó del aeropuerto de Fiumicino, en Roma. Se espera que dentro de cinco horas haga escala en Dakar, antes de cruzar hacia el continente americano.

Después, el informe recordó que Perón había renunciado a la entrevista que tenía pautada con el Papa Paulo VI «para no dar lugar a suposiciones erróneas que pudieran comprometer a la Santa Sede». Esa misma mañana, a las nueve y media, los curas Carlos Mugica y Jorge Vernazza dijeron misa en una capilla de la basílica de San Pedro, en el Vaticano: asistieron muchos de los argentinos que volvería en el charter con Perón y uno de ellos, el brigadier retirado Pons Bedoya, les recordó que no tenían que aceptar ningún regalo antes de embarcarse, para prevenir que alguien quisiera meter una bomba en

el avión. Entre los viajeros estaban Lorenzo Miguel, Hugo del Carril, José Sanfilippo, Chunchuna Villafañe, Marilina Ross, Juan Carlos Gené, Marta Lynch, José María Rosa, José María Castiñeira de Dios, Guido Di Tella, Jorge Taiana, Rodolfo Ortega Peña, Eduardo Duhalde, Rogelio Coria, José Rodríguez, Casildo Herreras, Vicente Solano Lima y tantos otros.

Mientras tanto, Perón leía once kilos de diarios en su cuarto de hotel junto con Héctor Cámpora y José López Rega. Más tarde, el general recibía en estricto secreto a Mario Firmenich, Horacio Mendizábal y Roberto Quieto, recién llegado de Cuba. Isabelita salía de compras por la ciudad, que le parecía «adorable». El embajador argentino en Roma, contralmirante Argüelles, se quejaba porque Perón no se había dignado visitarlo. A media tarde, una conferencia de prensa convocada en los salones del Gran Hotel estuvo a punto de degenerar en batalla campal, cuando periodistas de la izquierda italiana empezaron a gritar «fascistas» a los peronistas que rodeaban a su líder. Perón, indignado, se fue antes de que empezaran las preguntas.

Después, el informativo dijo que todavía no era seguro que Perón llegara al país: no había nada oficial, pero corrían rumores de que, sí el gobierno mantenía su postura de impedir que los manifestantes llegaran hasta Ezeiza, el comando peronista podía decidir que el avión aterrizara en Montevideo o en Asunción del Paraguay.

Elvio apagó la televisión y pensó que tenía que tratar de descansar un rato. Estaba en la casa de su abuela materna, en Floresta, porque a eso de las tres de la mañana tenía que ir a la unidad básica de la avenida Lacarra para encontrarse con sus compañeros del FAN y salir hacia Ezeiza. Se metió en la cama pero no podía dormirse. Daba vueltas, pensaba en el día que estaba por empezar y en todo lo que empezaría ese día. Estaba excitado, emocionado, y se decía que si él estaba así cómo estarían los viejos militantes peronistas, los que de verdad se habían pasado los famosos «17 años de lucha» peleando por la vuelta de Perón. Para muchos de ellos, el regreso era como la culminación de una vida, pensaba Elvio, y los envidiaba.

Muy cerca de ahí, en la unidad básica de Neuquén y Boyacá, Horacio González terminaba de pintar un cartel, en una tela grande, que decía «Soldado, no tires contra tus hermanos». La frase, para Horacio, tenía resonancias de otras revoluciones: carteles semejantes habían aparecido en Petersburgo cuando el levantamiento de los soviets, en España, en Argelia, en tantos lugares. La frase conectaba el momento con la historia de las revoluciones del siglo. Cuando lo terminaron, desplegaron el cartel en la puerta de la unidad básica. Eran las once de la noche y había treinta o

cuarenta militantes en la vereda, cuando apareció un camión del ejército andando muy despacio. Horacio tenía una bandera argentina, y empezó a ondearla como si quisiera decirles algo. Desde el camión, varios soldados lo apuntaron con sus armas largas: Horacio se preguntó si tirarían, y sí él tendría el valor de seguir ahí parado durante ese minuto interminable. Horacio solía preguntarse si tenía valor. El teniente que parecía al mando del camión era un jovencito casi imberbe. Por un momento se cruzaron miradas; después, el camión siguió, despacio, su camino.

En la Unidad 9 de La Plata, Cacho El Kadri había vuelto a un régimen severo, de celdas individuales, sin diarios ni radios. Cuando no había visita la única forma de saber qué pasaba afuera eran los cuentos de los celadores: por ellos sabía que el avión ya había salido de Roma, que el clima estaba tenso y que podía llegar a haber una represión feroz. Esa mañana, Cacho se despertó mucho antes de la hora y se puso a esperar, ansioso, que el celador le trajera el mate cocido, a ver si le contaba algo. No podía creer que el General estuviera por volver al país y él, que había peleado tantos años para eso, tuviera que esperarlo en esa celda, solo, sin saber siquiera qué estaba pasando.

Mercedes Depino se había resignado, por una vez, a ir a Sarandí. Ahí estaba la unidad básica, controlada por un grupo de las FAR, a la que iba bastante poco, pero esa noche le parecía mucho mejor salir de un barrio bien peronista que ir con sus compañeros de la facultad. Cuando llegó, a eso de las diez de la noche, con su hermana, su cuñado y su novio intermitente Ramiro Lynch, la choricada estaba en su apogeo. Varias docenas de militantes y vecinos se amontonaban alrededor de un fogón: hacía frío, y circulaban unos porrones de ginebra.

—Al señor Sánchez verdugo/ le gustaba torturar:/ lo cagaron a balazos/ los comandos de la FAR.

El clima estaba entre la alegría y la tensión, y las canciones servían para templar el ánimo:

—Con los huesos de los gorilas/ vamos a hacer una escalera/para que baje del cielo/ nuestra Evita Montonera.

Para muchos militantes de la Juventud, la vuelta de Perón era casi un logro personal. En esos últimos días, el propio general se había encargado de decirlo cada vez que pudo. Pero nadie sabía qué podía pasar en la marcha a Ezeiza. Dos días antes, Galimberti había salido diciendo que «el que tenga piedras que lleve piedras, y el que tenga algo más que lleve algo más».

A las tres menos cuarto, cuando sonó el despertador, Elvio se levantó de un salto. Estaba más que despierto y, en un minuto, agarró el bluyín, una



remera y una camperita de nylon azul, porque el día se anunciaba lluvioso. Ya vestido, quiso abrir la puerta de su cuarto y no pudo. Empezó a zarandearla, pero no había caso: tardó un momento en darse cuenta de que estaba con llave. Debía haberla cerrado su tía: quizás por orden de sus padres. Elvio no estaba seguro. Empezó a los gritos y a las patadas. Sus padres no estaban muy de acuerdo con su militancia, pero no creía que fueran capaces de hacerle algo así. A veces, el tano le decía que se cuidara, que no se metiera en boludeces y él le contestaba que era un explotador porque tenía como treinta empleados en su fábrica de muebles y les sacaba plusvalía. Entonces su padre le decía que era un idiota, que ya iba a aprender, que las cosas no eran así, que estaba totalmente equivocado. A veces las discusiones terminaban en conatos de pelea, pero de ahí a dejarlo encerrado cuando tenía que ir a buscar al Viejo había un trecho demasiado grande. No, había sido su tía, la muy chiflada. Se había levantado y, desde el otro lado de la puerta, le gritaba que no lo iba a dejar salir:

—Vos te quedas acá. ¡A ese viejo hijo de puta que lo vaya a recibir magoya!

—¡Abrime, carajo, o la parto en cuatro!

Elvio empezó a buscar alguna herramienta para tirar la puerta abajo.

—Dale la llave al nene porque si no nos rompe todo. Daselá.

Dijo su abuela. Entonces se oyó el ruido de la cerradura, y la puerta se abrió. Elvio salió corriendo, sin saludarlas. En la unidad básica estaban las luces apagadas, como si durmieran, pero nadie dormía: unos cien militantes se revolvían en sus mantas, charlaban, fumaban esperando el momento.

La CGT había lanzado un paro general, y el gobierno había respondido declarando feriado nacional. Años después se sabría que habían sido los propios sindicalistas los que propusieron al gobierno que declarara el feriado, para evitar que los trabajadores fueran a Ezeiza desde sus puestos de trabajo. La madrugada era lluviosa y fría y, salvo las patrullas, no había un alma en la calle. A eso de las cinco de la mañana, Mercedes y sus compañeros salieron de Sarandí en tres o cuatro micros, para ver hasta dónde podían llegar antes de que los pararan los soldados. Alrededor del aeropuerto de Ezeiza, el general Tomás Sánchez de Bustamante, jefe del I Cuerpo de Ejército, había montado un cerco militar organizado en círculos concéntricos, con unidades traídas de todo el país: camiones y tanques recorrían los accesos a la Capital y muchas de sus avenidas. El ministro del Interior, Arturo Mor Roig, declaró en una entrevista que el operativo movilizaría a 35.000 efectivos con armamento

pesado: unos 20.000 bloqueando el acceso al aeropuerto y 10.000 patrullando la ciudad de Buenos Aires.

Al cabo de un rato, los micros se pararon en un lugar oscuro y desconocido: se habían enterado de que un poco más adelante había soldados, y no podían seguir más allá. Mercedes y los suyos empezaron a caminar bajo la lluvia, por calles embarradas. Había poca luz, y una casita de tanto en tanto. En una esquina se cruzaron con un tipo que llevaba pan en un carro tirado por caballos:

—Compañero, un poco de pan para los peronistas.

El tipo no contestó, y varios militantes le pararon el carro, se llevaron un par de canastas de pan recién hecho y lo repartieron. El tipo los miraba sin saber cómo reaccionar.

—Yo también soy peronista, muchachos...

Les decía, y los otros le agradecieron y empezaron a cantar la marchita. En algún otro lado, Horacio González y los suyos caminaban hacia Ciudad Evita —que entonces se llamaba General Belgrano. Igual que Elvio y los suyos. Empezaba a clarear: en ese momento, en distintos lugares de la Matanza, cantidad de grupos caminaban hacia donde podían. En algunos barrios, los vecinos salían a la calle a darles agua, leche, bizcochitos o un mate. Los manifestantes no tenían demasiados planes: la idea era acercarse todo lo posible al aeropuerto tratando de rodear los cruces donde hubiera controles militares: caminar por calles secundarias o a campo traviesa y ver qué pasaba. El grupo de Elvio avanzaba por un barrio cercano a la autopista Riccheri; de pronto, el que iba adelante les hizo una seña de que se callaran y se pusieran en fila india. Tenían que pasar por debajo de un puente de la autopista: por arriba, una columna de tanques avanzaba con ronquidos de guerra: los militantes mancharon en puntas de pie, en el mayor de los silencios.

Hacia las ocho de la mañana, los manifestantes se habían juntado en varios puntos: los grupos más numerosos estaban en los alrededores de Ciudad Evita y en el cruce de la autopista Riccheri con el río Matanza. En la autopista los cordones militares eran impresionantes. Unas diez mil personas esperaban frente a los tanques: había rumores de que los militares podrían levantar el cerco y dejarlos pasar. Había militantes sindicales, estudiantiles, de la juventud, y mucha gente suelta. Horacio también esperaba, parado bajo la lluvia. Había carteles de la Juventud Peronista, de FAR y Montoneros, banderas uruguayas, paraguayas, chilenas y, sobre todo, argentinas. Los

manifestantes cantaban la marcha peronista, el himno nacional o alguna consigna inventada para la ocasión:

—A la pelotita, a la pelotita, a la pelotita,/ que Perón está cerquita.

Los soldados también esperaban, envueltos en sus capotes, y los tanques estaban extrañamente inmóviles. En ese momento parecía que podía pasar cualquier cosa.

—Atención, atención:/ se viene un montonero/ que se llama Juan Perón.

Poco antes de las nueve, un teniente coronel agarró un megáfono y dijo que no iban a permitir de ninguna manera el paso de los manifestantes, que le contestaron con gritos y consignas:

—¡Fusiles, machetes,/ por otro diecisiete!

Aludiendo al 17 de octubre de 1945. El teniente coronel Gómez Otero siguió gritando:

—Si ustedes siguen se van a encontrar con fuerzas policiales superiores en número que los van a repeler con gases o con otros elementos. Y van a sufrir las consecuencias de una represión que yo no quiero que sufran. Yo no quiero imponer nada, dispongo de estas fuerzas que pueden reprimir y no quiero hacerlo. No me obliguen a hacerlo, pero tampoco me obliguen a dejarlos pasar. Lo que ustedes me puedan decir yo lo conozco porque lo he vivido. Yo he sido peronista igual que ustedes.

Algunos lo aplaudieron y muchos lo chiflaron. Llovía a cántaros. El oficial seguía diciendo que les había pintado la situación tal cual era:

—Por favor, señores, no sigan. La responsabilidad de seguir ahora será exclusivamente de ustedes. No sigan porque será peor, señores.

Hubo un par de minutos de perplejidad. Un manifestante se acercó al oficial y le propuso dejarle sus documentos si lo dejaba pasar a buscar a Perón. De pronto, la columna se decidió a avanzar. Entonces empezaron a caer las granadas de gases lacrimógenos en cantidades industriales. El aire se había vuelto una nube de gas, y volaban helicópteros que tiraban balas de goma. Los manifestantes corrían para donde podían, en todas direcciones, y seguían gritando viva Perón. Cientos de personas encararon hacia el río y se tiraron: muchos llegaron a la otra orilla y siguieron corriendo por los campos en dirección a Ezeiza.

En Ciudad Evita, mientras tanto, Elvio se encontró con Jorge Bernetti, vestido de saco y corbata y con un paraguas muy británico, acompañado por un par de militantes del Movimiento Socialcristiano, el Negro Sanjurjo y Pepe Ponce de León. Elvio, el Negro, Pepe y varios más decidieron seguir adelante como pudieran. La cosa no estaba muy organizada: los grupos se armaban y

desarmaban al azar de los encuentros. Elvio se preguntaba por qué no tenía miedo: se dijo que eran tantos que la razón tenía que estar de su lado y la victoria estaba tan cerca que el miedo le parecía fuera de lugar. Llegando a la autopista se encontraron con una columna de tanques: Elvio y el Negro se subieron a un tanque y, por la ventanilla de la torreta, le gritaban a los conductores que no tiraran contra el pueblo. Un oficial les contestó que estaban esperando órdenes, que se aguantaran un rato sin hacer kilombo: los soldados parecían confundidos, sin saber qué hacer, hasta que empezaron a avanzar y Elvio y el Negro tuvieron que salir corriendo. La escena se repetía en muchos puntos: avances, corridas, gases y tiros bajo la lluvia interminable.

A las 11,08, cuando el avión de Alitalia aterrizó en Ezeiza, miles de manifestantes todavía corrían por calles y por campos. Todos sabían lo que querían, y nadie sabía bien cómo hacerlo. Muchos se enteraron de la noticia por las portátiles que llevaban: los gritos dispersos se juntaron y se convirtieron en un extraño trueno que llegaba desde ninguna parte. A las 11.20, Juan Domingo Perón apareció en la escalerilla del avión escoltado a su señora, María Estela Martínez; estaba muy lejos del edificio del aeropuerto, y un torino escoltado por otros cuatro coches los llevó hasta el espigón, donde los esperaba el comité de bienvenida. El secretario general del Movimiento, Juan Manuel Abal Medina, y el de la CGT, José Ignacio Rucci, le salieron al encuentro. El sindicalista se adelantó con un paraguas para resguardar al General y quedó fijado, paraguas en mano, en todas las fotos. Un poco más atrás, unos mil quinientos periodistas de todo el mundo trataban de registrarlo todo.

Casi enseguida, Perón fue custodiado hasta el Hotel Internacional del aeropuerto. Durante horas, quedaría encerrado en el edificio: hacia el mediodía, Cámpora anunció que su líder no hablaría con la prensa «porque no se le permitió hacer lo mismo con su pueblo». La situación del General era confusa: no estaba oficialmente detenido pero, por el momento, las autoridades militares no le permitían abandonar el aeropuerto, aduciendo problemas de seguridad.

Esa mañana, encerrada en su cuarto, Graciela Daleo desesperaba. Los días anteriores, algunos amigos de la facultad la habían invitado a ir con ellos a Ezeiza:

—Mirá, puede ser pesado, puede que haya enfrentamientos, así que no es bueno que vayas sola. Si querés...

Graciela había dicho que lo iba a pensar, pero le dio un ataque de pánico y el 17 de noviembre se quedó en su casa. A media mañana le empezó a parecer terrible no haber ido, y llamó a uno de ellos para ver si podía plegarse todavía. Era un poco ingenuo: casi todos los militantes habían salido la noche anterior. La culpa fue terrible: durante horas, Graciela se quedó encerrada en su pieza, llorando sin parar. Su padre, preocupado, llamó al Flaco para preguntarle qué hacer:

—No sé, qué quiere que le diga. No se preocupe, ya se le va a pasar.

—¿Y no podrás venir, a ver si conseguís hacer algo con la loca esta?

En la Unidad 9, Cacho y sus compañeros se desesperaban por alguna información segura. Un celador les contó que la gente había tratado de cruzar el río Maranza, el ejército había tirado y había muertos. Que Perón estaba preso y en cualquier momento lo mandaban de vuelta a España. Que los muertos eran centenares. Después llegaron otras informaciones. Recién a eso de las cinco de la tarde, los presos de la U9 supusieron que tenían algo que festejar, y empezaron a cantar a los gritos la marcha peronista.

La jornada no se decidía. Mientras retrocedía sin un rumbo demasiado claro, Horacio González se cruzó con Jorge Rulli, un histórico de las FAP, envuelto en un gran poncho federal, calado hasta los huesos, que gritaba que había que empezar la insurrección:

—¡A los barrios! ¡A tomar los barrios!

Elvio Vitali y Nicolás Casullo fueron volviendo a sus casas en busca de una ducha caliente y una muda seca. Tenían la sensación de un triunfo menguado: por un lado, Perón estaba en el país y la calle se había llenado de peronistas que, en algunos puntos, consiguieron romper el cerco militar. Por otro, Perón estaba casi preso y los peronistas no habían llegado a encontrarse con él.

Después de haber caminado y corrido toda la mañana, cansada, empapada, Mercedes se volvió a Sarandí. Era lo previsto: los militantes barriales tenían que replegarse hacia sus zonas para seguir el curso de los acontecimientos. Tomando mate, comiendo mortadela, treinta jóvenes se agolpaban en la unidad básica, atentos a las noticias que, muy de a poco, filtraba la radio. Si los militares seguían reteniendo a Perón en Ezeiza, los militantes peronistas pensaban salir a la calle a reclamar su libertad. Había planes, no del todo claros: actos relámpago, cierres de calles, la voladura de algún puente. El cielo se estaba despejando; por el momento, había que esperar.

Hacia las seis de la tarde llegó a Sarandí la información de que Perón iba a ser liberado y podría quedarse en el país: se levantaba la guardia y los

militantes podían volverse a sus casas. Mercedes pudo subirse a uno de los escasos colectivos que circulaban ese día y llegar a Constitución. Desde ahí llamó a su casa para avisar que iba en camino. Cuando llegó, su padre, antiperonista de toda la vida, le había preparado unos panqueques con dulce de leche. Mercedes le dio un abrazo muy fuerte.

A las diez de la noche, en el Hotel Internacional, Perón pidió que le alistaran su coche para irse a su casa en la calle Gaspar Campos. La voz se corrió inmediata entre los periodistas:

—Ya sale, ya sale. Va a salir Perón.

Bajaron las valijas, llegó el Fairlane, se movilizó la custodia y, unos minutos después, aparecieron tres camiones de la Fuerza Aérea que se pararon frente a la puerta del hotel. Se bajaron dos docenas de soldados e instalaron ocho ametralladoras pesadas apuntando a la salida. Los soldados se tiraron cuerpo a tierra detrás de sus armas y agarraron los gatillos. Las valijas volvieron a la suite del General.

La ciudad, mientras tanto, estaba casi desierta, silenciosa. Sólo la recorrían patrulleros y algún despistado. En el bar La Opera, de Callao y Corrientes, Nicolás Casullo charlaba con David Viñas y otros dos comensales sobre los hechos del día. Alguien dijo que se podía discutir todo menos Perón, y Viñas se enojó:

—¡Pero no sean pelotudos! Parece mentira, gente pensante, intelectuales. ¿Cómo carajo van a decir que hay alguien, una persona, que no se puede discutir?

A la una de la mañana, el secretario de Prensa del gobierno, Edgardo Sajón, daba una conferencia de prensa en el Hotel Internacional para decir que Perón no estaba detenido. Poco después, Cámpora dijo, casi a los gritos, a los mismos periodistas, que Perón estaba «arrestado en la habitación, o mejor dicho, en la celda 113. Apenas intentó dejar el hotel, la custodia se lo impidió haciendo ostentación de sus armas». La situación era inestable y podía dispararse en cualquier sentido. Hacia la una, un vocero de la Juventud Peronista trató de leer ante las cámaras de televisión una declaración que decía que Perón estaba preso de los militares: la transmisión se interrumpió de pronto, «por problemas técnicos». Seguían los cabildeos. Finalmente, a eso de las dos de la mañana, el general Perón consiguió la promesa de que podría abandonar el aeropuerto cuando saliera el sol.

**Noviembre de 1972.** David Rockefeller, el director del Chase Manhattan Bank, había visitado Buenos Aires a principios de mes, para estudiar el

desarrollo posible de los acontecimientos. El presidente Lanusse lo recibió en la Casa Rosada; además, Rockefeller se encontró con políticos de diversas tendencias en la casa de José Alfredo Martínez de Hoz, su amable anfitrión. En esos días, alguien dejó filtrar al diario *La Opinión* un informe reservado con el resumen de lo que los políticos dijeron a Rockefeller. El invitado peronista a la casa de Martínez de Hoz fue Antonio Cafiero: el 2 de noviembre, según el informe, le dijo a Rockefeller que:

«—El justicialismo no se abstendrá.

»—Perón no será candidato.

»—La fórmula será de raíz partidaria.

»—Perón vendrá a la Argentina, aunque no cree que su arribo sea inminente. Nadie en el fondo sabe lo que piensa el ex presidente.

»—El peronismo, por razones muy profundas de presión de las bases políticas y sindicales, es una cosa en sus postulados y programática, y será otra diferente cuando deba asumir la conducción del gobierno ajustándose realistamente a la situación mundial.

»—La nacionalización bancaria no será llevada a cabo si asumen el poder.

»—Los capitales internacionales o empresas de origen multinacional serán aceptados.

»—El justicialismo es el único partido político que puede garantizar la neutralización del comunismo, restándole influencia a su poder de penetración.

»—El justicialismo exigirá el mismo trato económico y financiero que EE.UU. tiene para el Brasil.

»—El Gran Acuerdo Nacional no será aceptado públicamente por las principales fuerzas (el justicialismo y el radicalismo), pues un condicionamiento de este tipo les puede restar votos peligrosamente, aunque lo cumplirán tácitamente en los primeros cuatro años de gobierno, en caso de asumir el poder.

»—Estados Unidos debe prepararse para una cooperación más estrecha y equilibrar la balanza de pagos, que tiene un déficit crónico en contra de Argentina.

»—El beneficio de las relaciones mutuas está asegurado porque el justicialismo prepara un programa de incentivación económica de gran envergadura, donde el capital norteamericano tendrá amplias posibilidades de desarrollo.

»—Perón en toda su correspondencia dirigida a Cafiero le dice que deben buscarse coincidencias.

»—El justicialismo en el poder no hará ninguna alianza con Chile o con Perú que perjudique las relaciones económicas con Estados Unidos».

El informe no fue desmentido.

—Compañeros, en nombre de la Asociación Obrera Textil y la Unión Obrera Metalúrgica, convocamos a todos los presentes a un acto de bienvenida al general Perón, en la esquina de avenida Maipú y Melo.

Las palabras salían de un altoparlante instalado en el techo de un fiat 600, pero nadie les hacía caso. Eran las dos de la tarde del sábado 18 de noviembre: no hacía más de dos horas que la policía había levantado el cerco alrededor de la casa de Perón en la calle Gaspar Campos 1065, en Vicente López, pero ya había más de veinte mil personas esperando que el General saliera a saludarlos. La mayoría tenía menos de treinta años y no paraba de gritar y cantar. Había gente por todos lados: encima de las medianeras, trepados a los árboles, en los postes de luz. A eso de las dos y media, Perón salió al balcón de su casa. A su lado, José López Rega sonreía a la multitud. Los gritos redoblaron: Perón hizo su clásico saludo con los brazos en alto y después se enjugó unas lágrimas. Tenía un traje oscuro, con camisa blanca y corbata de colores, y trataba de sonreír pero le salían pucheros. Después se puso las dos manos junto a la mejilla, para decir que quería dormirse un rato, y volvió a entrar.

La quinta presidencial estaba a menos de veinte cuadras, pero la policía había desaparecido de los alrededores: la calle Gaspar Campos era una especie de territorio liberado. Los militantes se encontraban, se felicitaban: redoblaban los abrazos y los gritos.

—¡Les rompimos el GAN a los milicos! El choto de Lanusse creía que podía haber elecciones sin Perón, quería armar otro pacto con la partidocracia liberal, pero con el Viejo en la Argentina todo se da vuelta. ¡Grande Pocho!

Elvio Vitali se había encontrado de nuevo con el Negro Sanjurjo. Justo detrás, un grupo de Guardia de Hierro cantaba Superpibe, Superpibe para saludar a Perón. La consigna no era muy política.

—Che, Negro, mucha gente, muchos compañeros, pero si seguimos cantando estas boludeces le sacamos todo contenido político. Acá hay que dar a entender muy claro qué anda pasando. Se precisan consignas, y rápido.

—Es como si el centro del país estuviera acá.

Se prendieron un par de cigarrillos y empezaron a buscarle la vuelta: la casa de gobierno/ está donde Perón/ quería que estuviera...

—No, así no va. Estuviera, ¿cómo rimás? Cumpliera, cagadera.



—Violetera, camarera, cocinera, tetera.

—La casa de gobierno/ cambió de dirección...

—... la trajo para Olivos/ el general Perón.

—Ésa. Ésa puede ser, pero sería mejor está en Vicente López/ porque quiso Perón.

Elvio y el Negro se miraron y les pareció que la habían encontrado.

—Ahí, ahí, por ahí puede andar. O pará. ¿Qué te parece está en Vicente López/ por orden de Perón?

—¡Grande, Elvio, carajo! Es ésa, es ésa. A ver cómo queda: la casa de gobierno/ cambió de dirección:/ está en Vicente López/ por orden de Perón.

Entonces aparecieron el Tala Ventura y Pancho Talento, que también eran compañeros suyos de la facultad, y decidieron tratar de imponer la nueva consigna. Un rato después, veinte o treinta mil personas la cantaban, y Elvio estaba ancho como un ropero, emocionado. A eso de las cinco de la tarde, el General volvió a salir al balcón. Cuando le cantaron la nueva consigna, a Elvio le pareció que sonreía. Después agarró un megáfono y gritó, por primera vez, el clásico «¡Compañeros!»:

—Les agradezco mucho esta muestra de cariño que retribuyo con el mismo cariño. Tengan cuidado. Se pueden lastimar. Cuidado con los cables de alta tensión.

Dijo Perón, y siguió saludando. Entonces Isabel Martínez le dio un gorro «pochito», de ésos con visera, y el General se lo puso, se lo sacó, lo agitó un momento y lo tiró a la multitud. Hubo avalanchas para agarrarlo.

Juan Carlos Gené era uno de los que habían llegado en el avión desde Roma. Un periodista lo estaba entrevistando. Mientras hablaba, Marilina Ross asentía con la cabeza:

—A partir del retorno, la relación vuelve a ser directa entre el líder y la masa. A partir de ahora caducan los dirigentes, todo aquello que no sea la base del movimiento peronista, aunque la burocracia sea un mal que se corregirá en los hechos.

La agitación duró hasta tarde en la noche. El general volvió a salir y alguien le gritó Perón emperador. El emperador se sonrió:

—Los peronistas preferimos una Argentina desordenada pero con libertad a una Argentina ordenada pero esclava.

Dijo, y le contestaron las consignas. Nadie se iba y seguían los bombos y los gritos, los bailes, los encuentros. De tanto en tanto, los equipos de sanidad sacaban a algún manifestante con soponcio. Mercedes, entre la gente, pensaba en Carlitos Goldenberg, que vaya a saber por dónde andaría, y en el Flaco

Berlín, que estaba preso en Rawson. Ya era más de medianoche cuando Perón volvió a salir, en pijama, y pidió un rato de calma:

—Muchachos, les pido que por favor hagan un poco de silencio, necesito dormir porque hace como tres días que no me saco los botines.

El silencio fue absoluto. Muchos miles de personas se callaron la boca, o hablaban en susurros. Y muchos de esos miles se prepararon para pasar la noche ahí mismo.

—No, loco, cómo te vas a ir. Hay que cuidarlo al General.

Otros, mientras tanto, se fueron hasta la avenida Maipú, donde había brutos embotellamientos: dirigían el tránsito y les decían a los choferes de los coches que no tocaran las bocinas, para no molestarlo. A eso de las siete de la mañana del domingo 19, cuando ya hacía un par de horas que había clareado, miles de personas decidieron despertarlo:

—Buenos días General,/ su custodia personal.

Y Perón salió al balcón a saludar.

—La Casa Rosada/ cambió de dirección:/ está en Vicente López/ por orden de Perón.

El doble poder parecía cierto. Durante todo el día, dirigentes políticos y sindicales pasaron a visitar al ex presidente. A media tarde, en otra de sus salidas, Perón habló un poco más:

—El pasado es la historia, el presente es lucha y el futuro es la juventud.

Un bombo seguía sonando, monótono, como fondo. Perón se hartó:

—¡Que se calle el del bombo!

Dijo, y hubo tempestad de carcajadas. El general siguió:

—Tenía razón Evita cuando decía que los pueblos que olvidan a su juventud renuncian a su porvenir. Una juventud politizada, respetuosa de la historia y del destino nacionales, siempre triunfa contra los viejos decrepitos y decadentes que se le oponen...

Redoblaban los gritos y las consignas:

—¡Perón, Evita,/ la patria socialista!

Gritaban muchos, y unos pocos sindicalistas les contestaron ni yanquis ni marxistas, peronistas, pero casi nadie los siguió. Perón los miraba curioso, como quien se divierte. Un helicóptero de la Marina revoloteaba sobre la zona. Desde abajo, los manifestantes le gritaban aquí están, éstos son, los fusiles de Perón. En el balcón, Isabel Martínez exhibió una gran foto de Evita, y se ganó aplausos y ovaciones. La fiesta siguió hasta que cayó la tarde y los manifestantes empezaron a volverse hacía sus casas. Después de dos días de

fiesta, todo volvía a la normalidad. Era casi triste, pero casi todos suponían que esa normalidad ya no era más que un estado provisorio.

**Noviembre de 1972.** La llegada de Perón puso a todos los políticos en movimiento. Cada cual tenía algo que decir al respecto, o quería tener su entrevista con el general, o enfrentarse con él. El desfile en Gaspar Campos fue incesante y, el lunes 20, Perón reunió a todos los partidos —salvo los que reivindicaban alguna continuidad con el gobierno militar, por un lado, y el partido Comunista y el Socialista Argentino, por otro— en un restorán de Vicente López, Niño, donde solía ir a comer con Evita. Perón intentaba aliarse con la mayor cantidad posible de partidos para aislar a los militares y prevenir maniobras que entorpecieran las elecciones. Y, eventualmente, formar un frente electoral con algunos de ellos.

El clima era tenso. Esa misma noche, no muy lejos de allí, una patrulla de Gendarmería que custodiaba la casa de su director se enfrentó con personal de Robos y Hurtos de la Policía Federal: un sargento de Gendarmería, Pedro Barroni, cayó muerto en la refriega.

En esos días, Julio César Urien estaba siendo interrogado por la inteligencia naval: le gritaron, lo amenazaron, pero no llegaron a torturarlo. Urien estaba incomunicado en un buque de la Armada, a disposición de la justicia militar. Poco después se lo llevaron al penal militar de Magdalena. Alrededor de treinta suboficiales y soldados que se rindieron en la plaza de Lomas de Zamora terminaron en la penitenciaría naval de Puerto Nuevo. Algunos de los suboficiales que escaparon en la madrugada del levantamiento habían podido repartir sus armas en unidades básicas del Gran Buenos Aires. Después, sin ningún contacto con los Montoneros ni una infraestructura que les permitiera pasar a la clandestinidad, quedaron a la deriva: algunos se entregaron, otros probaron suerte volviendo a sus lugares de origen y la mayoría fueron detectados y detenidos en esos días.

La inteligencia naval centró la pesquisa en la promoción 100 de la Escuela Naval. El guardiamarina Luis Mendoza, que cumplía destino en Base Baterías fue detenido sorpresivamente por el capitán Sosa, que ya había sido su jefe, meses antes, en la Base Almirante Zar. En agosto, cuando Mendoza se enteró de que Sosa había sido el jefe operativo y autor material del fusilamiento de los dieciséis detenidos, le había pedido explicaciones. Sosa le dijo que había habido un intento de fuga; después le dijo que en la Armada todos cumplían

órdenes y que no era función de los guardiamarinas pedirles explicaciones a los jefes. Sosa se había quedado con mucha bronca pero no quiso ir más allá porque el padre de Mendoza era un alto oficial de la Infantería de Marina. Así que, cuando Mendoza vio que Sosa se le venía encima, pensó que lo iba a matar ahí nomás. Pero Sosa lo entregó a la inteligencia naval, y lo mandaron detenido a la ESMA.

El guardiamarina Oscar Metz fue detenido y, en los interrogatorios, le hicieron muchas preguntas sobre su interés por la Unión Soviética; como prueba, le hablaron de un libro que le habían encontrado sobre la vida de los zares rusos. Metz quedó detenido en la ESMA.

El guardiamarina Mario Galli estaba cumpliendo destino en el portaaviones 25 de Mayo; la inteligencia naval lo acusó de ser uno de los promotores del grupo que culminó con la sublevación que encabezó Urien. Galli reconoció que era peronista y estaba en contra de la política oficial de la Armada. Fue detenido en la ESMA y, al poco tiempo, pidió que lo trasladaran al penal de Magdalena para estar con Urien.

El guardiamarina Aníbal Acosta había estado destinado en el crucero General Belgrano: ahí, había recibido instrucción sobre tareas de inteligencia. Los oficiales instructores le enseñaban, entre otras cosas, una técnica de interrogatorios consistente en llevar a dos o tres detenidos a dar una vuelta en helicóptero y, para dar más contundencia a las preguntas, tirar a uno de ellos al vacío. Así, les decían, los otros hablan más que seguro. Después lo trasladaron a la base de Puerto Belgrano, y ahí lo detuvieron y trasladaron a la ESMA.

Once de los noventa y nueve egresados de la promoción 100 de la Marina de Guerra fueron detenidos entre el 17 y el 24 de noviembre. Todos fueron presionados para que pidieran la baja del servicio: los que no aceptaron fueron puestos en disponibilidad. El único oficial de mayor graduación detenido en esos días fue el teniente de navío Jorge Lebrón, y también fue preso a la penitenciaría naval. Alrededor de sesenta suboficiales fueron detenidos y forzados a pedir la baja: los más comprometidos quedaron detenidos en condiciones similares a los guardiamarinas.

Tras una semana de incomunicación, Julio pudo recibir visitas en el penal de Magdalena. Su padre fue uno de los primeros. El doctor Julio Urien le dijo a su hijo que estaba muy orgulloso de él:

—Hiciste lo correcto, hijo, lo que un soldado argentino tenía que hacer en estas circunstancias.

Por sus lazos familiares con altos oficiales de la Armada y el Ejército, el doctor Urien se enteró de que, la noche de la sublevación, los mandos navales manejaron la hipótesis de fusilar a su hijo y hacerlo aparecer como un intento de fuga:

—Pero decidieron que no era bueno que un oficial naval pasara a la historia dando la vida por Perón; no querían mártires justo el día del retorno.

El agente de inteligencia aeronáutica Orueta consiguió que la conducción de los Montoneros no supusiera que él había entregado la información del levantamiento, y pudo seguir su trabajo de infiltración.

En los dos casos, al frente había un abogado bonaerense. Las dos precandidaturas radicales tenían, además, un cordobés como segundo. En la recta final de la campaña interna del radicalismo, Balbín había elegido un slogan donde su candidato a vice, Eduardo Gammond, pasaba a segundo plano: Balbín solución. Los renovadores también ofrecían una frase de campaña mesurada, pero compartida: Alfonsín-Storani: la fórmula.

El domingo 25 votaron en todo el país unos 300.000 radicales. Balbín ganó por un margen de 15.000 votos. Alfonsín había mantenido una ventaja de unos 6000 en el interior, pero el peso de la capital había sido decisivo a favor de Balbín. Sergio Karakachoff estaba agotado de tanta campaña. Aunque en La Plata ganó el balbinismo, Renovación y Cambio hizo una buena elección en el total de la provincia de Buenos Aires: sobre más de 110.000 electores, Balbín había sacado 2700 votos de ventaja.

Ese domingo, en la Casa Radical, Balbín recibió el abrazo de su oponente y ex delfín, que le dijo que, hasta las elecciones de marzo al menos, no habría renovadores ni unionistas ni intransigentes populares, sino sólo radicales.

El lunes a la noche, terminado el recuento, el Ruso se fue del comité a su casa. Se quedó charlando un rato con Marimé, que le daba la teta a Matilde, la hijita que habían tenido dos semanas antes. Estaba agotado pero había quedado en tomar un café con Ricardo Cornaglia. Se subió a la renoleta que había cambiado por el viejo citroën y enfiló para Quilmes:

—Si no nos hubiera cagado la lluvia en Misiones y si Pissarello nos apoyaba en Tucumán, capaz que ganábamos, Ricardo.

La lluvia en Misiones fue tan fuerte que tuvieron que suspender los comicios. Ahí Alfonsín perdió algunos miles de votos. En Tucumán, Ángel Pissarello, un viejo abogado unionista que defendía obreros en conflicto y guerrilleros presos, no quiso plegarse a Renovación y Cambio y por eso el balbinismo duplicó a Renovación y Cambio en la provincia.

—Sí, Sergio, pero ahora ya está, perdimos.

—Perdimos, y te podés imaginar que yo no me pienso mover para hacerle campaña a Balbín.

Cuando el radicalismo bonaerense hizo las listas de candidatos a diputados nacionales, a Renovación y Cambio le tocaron los puestos por la minoría. Así fue que el Ruso Karakachoff, sobre 68 titulares, entró con el número 33. Demasiado lejos. El ferroviario Antonio Scipione quedó en el 26, que en los hechos era lo mismo que el 33. Leopoldo Moreau estaba en el 42.

**Noviembre de 1972.** «La clase media es mayoría absoluta en la Argentina y, como tal, podría imponer sus propios candidatos en las elecciones de 1973. La utopía es imposible porque ningún estrato social está, como ése, tan enfermo de desunión y desesperanza», empezaba diciendo la presentación de una serie de cuatro notas que, bajo el título de «La ideología de la clase media», publicaba Tomás Eloy Martínez en *La Opinión*. El trabajo empezaba definiendo el origen histórico de esta clase, desde la inmigración de fin de siglo, y sus consecuencias: «La obsesión era consumir, aspirar la droga del confort, introducirse en un paraíso artificial cuyos dioses eran el automóvil y la casa que envidiarían los vecinos. La clase media argentina es madre y heredera de esos vicios absurdos, de los que se contagiaron algunos dirigentes sindicales y a los que la clase obrera sigue siendo inmune sólo porque ha aprendido el lenguaje de la solidaridad de grupo.

»Pero la enfermedad del consumo es infecciosa y como toda peste puede extenderse. Al menos se sabe que el Burgués Nacional es el bicho que la inocular y quizás alcance ese dato para prever las calamidades que pueden abatirse sobre la Argentina cuando el Burgués —que es mayoría— vote en marzo de 1973».

Después, Martínez definía a esa clase medía —casi el 50 por ciento de los habitantes del Gran Buenos Aires— y hablaba de su resistencia al cambio, de su aceptación de los valores tradicionales, de su imposibilidad de tener políticas propias, y narraba casos más o menos patéticos en que las apariencias —un departamento bien ubicado aunque minúsculo, un coche con etiquetas que simularan viajes— determinaban su actuación. «Su Gran Sueño es ascender de categoría, comer los mendrugos del privilegio, o por lo menos aparentar que está en condiciones de hacerlo. Por eso adhiere con fuerza a la ideología de los dominadores: porque se desespera por ser aceptada». La última nota se abría con un título sugerente: «El psicoanalizado burgués nacional puede convertirse en un marginal»:

«Sirviente de las apariencias y de la opinión ajena, víctima fácil de los caudillejos que han aprendido a plagiar su lenguaje aunque no defiendan sus intereses, enfermo de la peste del Consumo, intoxicado por una publicidad que halaga su individualismo y le impone una filosofía del éxito según la cual todos los males pueden ser comprados con dinero, el Burgués Nacional vive para morir de frustración.

»Como carece de una ideología de clase, los sentimientos a que obedece siempre le son impuestos desde afuera: su Credo es la ley que otros escribieron. Y aunque él intuye confusamente que esa ley lo reprime, no sabe con qué clase de libertad puede reemplazarla. En la década del 60 su tabla de salvación fue el psicoanálisis, pero costaba tanto dinero aferrarse a ella que la clase media baja no tuvo más solución que seguir viviendo con los traumas a cuestas. Según el estudio de Héctor Pessah, la clientela de los analistas correspondía en buena medida a la burguesía alta y media, con predominio de adultos jóvenes, argentinos de segunda o tercera generación y —en particular— de origen judío. Las mujeres eran mayoría en una proporción de 4 a 1.

»El Burgués Nacional sintió que el psicoanálisis era el perfecto sustituto de la Religión Perdida y que su primer mandamiento —“Tratarás de adaptarte a la sociedad en que vives”— convenía perfectamente a su necesidad de resignación. Los pacientes admitían que en el diván podían aprender a ganar más dinero, a disfrutar de una vida sexual más espontánea y a convivir sin miedos consigo mismos. Pero en mayo de 1969 los propios analistas comenzaron a elevarse contra esa complicidad de la ciencia con el consumo, y planificaron una batalla que tendía a tratamientos más rápidos, infinitamente más baratos y —lo que era primordial— a un compromiso de fondo con los conflictos sociales y políticos del país. El Burgués Nacional perdió, así, la exclusividad de un templo en el que estaba feliz y advirtió con tristeza que analizarse ya no era un privilegio a través del cual se acercaba a la clase alta.

»Ser burgués entrañaba para él un serio problema de identidad: lo tranquilizaba, por ejemplo, que la Argentina se diferenciara de los otros países del continente latinoamericano por su mayoría blanca y de clase media. Jorge Luis Borges había tocado el corazón de ese orgullo al escribir, en un folleto turístico de la compañía aérea Varig, que “la República Argentina es, como el Uruguay, un país de clase media”. Pero, tomados de a uno, los burgueses se creían por encima de semejante definición. A muchos de ellos no les avergonzaba declarar que sus familias habían pertenecido a esa categoría social, pero no la aceptaban para sí: quizá porque la juzgaban compuesta por seres anónimos o condenados al anonimato, indefinidos y tibios; porque clase

media era apenas —según ellos— el eufemismo con que los sociólogos suelen designar a la clase mediocre.

»Durante los dos primeros años del régimen de Onganía, el Burgués Nacional sintió que, por fin, el Gobierno encarnaba sus puntos de vista: la política, la educación, el sexo y hasta el dólar (aunque ésa sea otra historia) fueron puestos bajo el control severo de la autoridad; la oscuridad fue aniquilada en los clubes nocturnos y la figura del inspector Luis Margaride suplió a la del Ángel de la Guarda. Cuando el presidente inauguró la Exposición Rural desde una carroza principesca, el Burgués Nacional suspiró con la misma admiración que sentían las obreras de los años 40 al descubrir el vestuario y la mansión de Zully Moreno en las páginas de Radiolandia: Onganía era el padre chapado a la antigua que había descendido sobre el país para poner a salvo el principio de autoridad: con él no eran posibles la confianza ni el tuteo. Ante los primeros conatos de humor, el chistoso sucumbía sin apelaciones: los decretos regios ejecutaron temprano a *Tía Vicenta* (julio de 1966), luego a *Azul y Blanco* (octubre de 1967) y a *Primera Plana* (agosto de 1969).

»Sin embargo, cuando la mano pesada del presidente comenzó a perturbarles la digestión, los burgueses desdeñaron la vieja cautela y optaron por plegarse a los alzamientos populares. Los sociólogos han puesto en claro que la clase media no inició el Cordobazo ni las movilizaciones de Rosario y Tucumán; simplemente, se sumó a ellas, les prestó su adhesión. Pero todavía no se ha examinado bien por qué el descontento (y su secuela de protestas callejeras) prosperó más en las zonas ricas (en 1972 fueron Mendoza y el Alto Valle del Río Negro), donde la clase media tiene el apetito más ejercitado por las tentaciones del consumo, que en las regiones deprimidas del nordeste, de Catamarca, Santiago o el norte de Santa Fe.

»Es que el Burgués Nacional, sí bien se ha resignado a servir de colchón, tiene un límite de resistencia. La Sociedad de Consumo le pone todo el día por delante zanahorias doradas que permiten a quien las come vivir la ficción de que pertenece a la clase dominadora: cuando flaquea, cuando cierra los ojos al espejismo, las tarjetas de crédito aparecen para convencerlo de que ninguna felicidad es imposible. Y él se siente conquistado por estas nuevas formas que vienen a liberarlo de la inicua libreta de almacén. Con el apetito abierto, el Burgués Nacional se empobrece comprando. En un momento dado, toma conciencia de que el automóvil de lujo, las vacaciones privilegiadas, las moquettes, las casas de fin de semana, las piletas de natación, los balcones estrepitosos, los restaurantes caros, la mudanza trimestral del guardarropa son



dones que le están vedados. Y sin embargo estos dones se le cruzan todos los días por las orejas y los ojos: están en las páginas de los diarios, en las tandas de televisión, en los murales callejeros. Entonces, cuando se sabe irremediablemente burgués, admite al fin que su ideología individualista ha entrado en crisis y que la única salida posible es dar vuelta la Sociedad, como un guante.

»Cada vez que se queja, es fácil probarle que carece de motivos: nadie le cerró jamás las puertas del gobierno, nadie lo forzó a comprar o a desvelarse por el status. Pero no se le explica que su falta de ideología le impidió usar el gobierno para tomar el poder, que su miedo al compromiso lo privó de elegir un líder propio, que la paz le fue enajenada por las Bellas Manzanas del Paraíso Consumidor. La frustración incesante ha convertido al burgués argentino en el mejor candidato a la vida marginal. Cuando es un idealista, elige la rebeldía política; cuando quiere preservar su individualismo, se inclina por la experiencia hippie o por la droga. Obviamente, esas salidas son impropias del burgués adulto: a éste sólo suele quedarle el consuelo —si tiene lucidez— de seguir peleando para obtener más dinero sin que lo molesten.

»No son los burgueses quienes cambian, sino los tiempos. Porque, como enseña la geometría, el único punto de la esfera que no se mueve es el centro. El axioma era más férreo aquí que en cualquier otra parte, hasta que la contradicción entre las galas de consumir y la falta de medios para hacerlo comenzó a desplazar el centro de su lugar. La tijera que corta a los burgueses fue siempre la misma, pero en la Argentina la tijera se ha vuelto loca, justo ahora, que no hay médicos a mano».

—Cacho, no puedo tener más ese material en mi pieza. La mujer entra a limpiar todos los días, en cualquier momento lo va a encontrar.

—¿De qué me estás hablando, Horacio?

—Los miguelitos que te dije, y los fierros. Tenemos que sacarlos de ahí. ¿Me podés dar una mano?

Durante más de un mes, Horacio González había guardado debajo de la cama de su pieza en la pensión de la calle Terrada una caja con miguelitos y tres revólveres que le había pasado un militante del MRP por si salían a la calle el día de la vuelta de Perón. No los había usado y se habían quedado ahí, casi inútiles, pero eran un peligro. Esa tarde, Horacio, Cacho Roperero y otro muchacho del barrio, Héctor, caminaban por la calle Argerich con la caja de cartón cuando pasó un falcon de la división Robos y Hurtos. El coche frenó de golpe y, cuando quisieron darse cuenta, los tres militantes ya estaban con

las manos contra la pared, las piernas bien abiertas y un par de policías que los gastaban y los palpaban de armas. Mientras los metían en el Departamento de Policía aparecieron unas cámaras de televisión, y Pinky trató de hacerles preguntas que los agentes impidieron. Al rato, los policías se reían de ellos:

—Lo único que les faltaba era un cartel, muchachos. Parecía como si estuvieran pidiendo que los metieran adentro.

Los habían detenido pensando que eran ladrones que transportaban un botín; cuando encontraron los clavos miguelito descubrieron que eran políticos. Pero incluso los clavos les parecían ridículos:

—Esto es un verdadero miguelito, muchachos. Lo de ustedes no sirve ni para parar un triciclo.

Decía el oficial Repetto, mostrándoles un clavo grande como una mano que tenía de pisapapeles en su escritorio.

—Y ni hablar de los fierros. De acá, para que te salga un tiro, tenés que rezarle media hora a San Smith & Wesson.

Horacio quedó incomunicado en una celda y, a la madrugada, fueron a interrogarlo tres agentes de Coordinación. Le sorprendió, primero, que ninguno llevara zapatos. En medias, empezaron con las preguntas. Horacio esperaba golpes o torturas, pero por el momento la charla era casi tranquila:

—Bueno, González, ahora nos vas a decir quién carajo te dio toda esta basura. ¿Te estaban tomando el pelo, Gonzalito?

Después de un rato, lo dejaron dormir. Horacio suponía que lo peor llegaría en cualquier momento, y se preguntaba si podría soportarlo. Al día siguiente se enteró de que la televisión había mostrado la cara de Héctor, que lloraba. A la noche, el presidente Lanusse comentó las imágenes:

—Así son los terroristas que tratan de sembrar el caos en nuestro país. Primero tiran bombas y después lloran.

Esa madrugada los policías descalzos volvieron a interrogarlo, siempre con cierta calma. Horacio supuso que quizás la situación general los volviera más prudentes, pero no se confiaba. A la tercera noche, se cruzó con Héctor y Cacho Roperó en el baño, y le dijeron que no aguantaban más, que iban a decir todo lo que sabían.

—¿Todo, qué es todo?

—Bueno, no sé, la gente que nos dio las armas, eso, qué se yo.

Horacio se alarmó y trató de convencerlos de que se callaran. Pero Cacho y Héctor insistían; al final, les propuso un trato: dirían que las habían recibido en una unidad básica de la calle Tucumán, un lugar muy conocido, y así la cana se quedaría más tranquila sin que le dieran a cambio nada importante.

Horacio estaba satisfecho porque no habían dado ningún nombre, pero la UB fue allanada y cerrada, y algunos compañeros les reprocharon que no se hubieran callado del todo.

Al cabo de unos días se llevaron a los tres detenidos a los calabozos de la Cámara Federal, frente al teatro Colón, y los pusieron a disposición del juez Quiroga, acusados de tenencia de armas de guerra. En la celda, con sus dos compañeros, Horacio entendió que estaban más asustados que él y lo hacían jugar el papel del militante sólido y experimentado: eso lo tranquilizó. Su abogado defensor era un peronista, Edgar Súa, y planteó que los detenidos eran unos militantes honestos, aunque equivocados, y que lo mejor que la patria podía hacer con ellos era comprenderlos, no castigarlos. Unos meses antes, la argumentación habría sido inverosímil, pero en ese momento el juez la aceptó y, un par de semanas después, los dejó salir en libertad condicional.

Cuando volvió al barrio, Horacio fue bien recibido, pero sin alharacas. A él le parecía lógico: no había hecho más que cumplir con su deber de militante, que incluía, también, la posibilidad de la cárcel, y estaba orgulloso de haber pasado por una nueva confirmación de que podía apechugar con eso.

## Catorce

Estaban convencidos de que podían ganar las elecciones. Durante ese año, la Agrupación Naval había crecido mucho en Astarsa y se había extendido a Mestrina y otros astilleros más chicos de la zona. Las reuniones, las volanteadas, los reclamos no paraban. Hugo Rivas era delegado porque habían conseguido desbancar al Muerto, un seguidor de Carola, juntando firmas para obligarlo a renunciar. Y también consiguieron tres o cuatro delegados más: ya eran casi mayoría en la comisión interna, cuando el sindicato naval tuvo que llamar a elecciones. Luis estaba seguro de que podían ganarlas.

—Primero tenemos que conseguir a los compañeros que vayan a la Junta electoral. Hay que ver quiénes pueden ser.

Tenían problemas para elegir a sus representantes: ellos, Luis Venencio, el Chango Díaz, Hugo Rivas y los demás eran demasiado nuevos en la fábrica y, además, los del sindicato hicieron correr la voz de que se juntaban con gente de la facultad, que estaban con los barbudos. Así que buscaron gente más vieja, con quince o veinte años en la fábrica, para evitar esas acusaciones y, también, porque a la empresa le resultaba más complicado tomar represalias contra un empleado muy antiguo. No era tan difícil: ahora, la Agrupación era muy respetada y muchos de los que, hasta entonces, habían seguido a Carola y los suyos, se juntaban con ellos, les contaban sus problemas, los invitaban a sus casas.

Ganaron cómodos la Junta electoral, y pensaron que ya tenían el sindicato. Durante un par de semanas recorrieron todos los astilleros de la zona, volanteando, hablando: en cada lugar los escuchaba mucha gente y se armaban discusiones sobre lo que había que hacer para mejorar las condiciones de trabajo, los sueldos, las prestaciones. La lista rival estaba encabezada por Carla, y nadie daba un mango por él. Cuando llegó el día, los muchachos de la Agrupación tenían todo preparado para el festejo. Pero, al final del escrutinio, se enteraron de que habían perdido por quince votos. Era casi imposible.

—Nos afanaron, loco, no puede ser. Si todo el mundo estaba con nosotros...

—Capaz que en el momento de votar cambiaron de idea.

—No, qué van a cambiar de idea. Lo que pasa es que somos unos pichis, no controlamos nada. Nos dejamos afanar, hermano, nos dejamos afanar el sindicato.

Al día siguiente, dos de los cinco delegados de la Agrupación en la Junta electoral anunciaron que dejaban la fábrica: las malas lenguas aseguraban que habían recibido un buen dinero de la conducción sindical y se mudaban a otra zona para evitar las represalias. Luis, Hugo, el Chango, el Tano y los demás estaban destruidos: habían apostado todo, habían dado el triunfo por seguro y se habían quedado sin nada. Para colmo, en esos días empezaron los despidos. El primero fue el Chango; a la semana siguiente cayó Luis. Le dijeron que, cuando entró, dijo que había trabajado tres años en otro astillero y que habían comprobado que esa información era falsa, así que lo echaban por mentiroso. Después despidieron a varios más. Seguían reuniéndose, a la salida del astillero o en la casa de alguno, pero no sabían para dónde agarrar.

**Diciembre de 1972.** La inflación del año fue del 58,5 por ciento, contra el 34,7 del año anterior. La subida de precios llegó junto con el estancamiento productivo: el PBI creció el 1,8 por ciento, contra 3,4 en 1971, y 7,1 en 1970.

En 1929, Argentina había exportado bienes por 1000 millones de dólares a valores constantes; en 1971, por 1600. En ese mismo período, las exportaciones canadienses pasaron de 1400 millones a 17.000, las japonesas de 886 a 15.000, las norteamericanas de 5000 a 56.000 millones.

En todo ese período de gobiernos militares, 1972 fue el año de mayor caída del salario real, que bajó un 12 por ciento con respecto a 1971, y un 15 con respecto a 1970. En 1972, la participación de los trabajadores en el reparto del PBI no llegó al 38 por ciento según las cifras oficiales —en 1955 era del 43 por ciento—. Pero la CGT no estaba de acuerdo con esas cifras: insistía en que los números del INDEC acerca de la canasta familiar y la participación de los trabajadores en los ingresos nacionales estaban falseados por argucias técnicas. Los sindicalistas aseguraban que el deterioro de los salarios era mucho peor y que su participación en el PBI no pasaba del 33 por ciento. La desocupación era del 9 por ciento, tres puntos más que en el momento del golpe de Onganía. El descontento político también tenía raíces económicas.

Cada mañana, cuando se levantaba, Lili Mazzaferro salía al jardín y, por cábala, pasaba la mano por una mesa de metal pintada de blanco. Pero esa mañana de diciembre, húmeda y brillante de sol, su mano tropezó con un cuaderno. El casero estaba regando canteros unos pasos más lejos, y le dijo que lo habían encontrado a la noche, tirado en el jardín. Lili lo agarró y se volvió rápido para adentro de la casa:

—Paco, nos rajamos ya, rápido: el casero encontró este cuaderno en el jardín y está lleno de anotaciones jodidas.

En esos meses, la vida de Lili había cambiado mucho. Su militancia le ocupaba cada vez más tiempo y, sobre todo, había empezado una relación con Paco Urondo. Se conocían desde siempre: Lili, a ratos, se reía y pensaba que Paco era un estafador, que se metía con cuanta mina se le cruzara por delante y que su historia no iba a durar mucho. Otras veces pensaba que quizás ella podría cambiarlo. Y otras se decía que estaba bien así, que eran buenos amigos, que se necesitaban en ese momento y que podían vivirlo sin mayores expectativas, bien.

A principios de diciembre habían alquilado una quinta en San Miguel. Ahí iban a pasar ese verano, que se anunciaba caliente con la campaña electoral y todos los cambios que se venían y, además, la usarían para ciertas reuniones importantes entre la dirección de las FAR y la de los Montoneros, que empezaban a discutir la posibilidad de unirse y cada vez coordinaban más tareas. Cuando la eligieron, Lili se opuso porque había un casero con dos hijos grandes y podían resultar demasiado curiosos.

—No importa, Tana. Si nosotros no vamos a hacer nada que les pueda llamar la atención.

En la quinta también estaban viviendo Claudia Urondo, que estaba embarazada, su compañero Sebastián Concurat, el Jote, y otro al que llamaban Roque. El día anterior había ido una pareja de compañeros que tenía que informar sobre un relevamiento y, contra las órdenes habituales, habían llevado todo anotado en un cuaderno. Y el cuaderno se les había caído en el jardín.

—Paco, si estos tipos leyeron el cuaderno es un peligro. Hay que rajarse ya.

—Lili, no te preocupes, vos siempre sos la misma genovesa.

Lili, Paco, Claudia y el Jote se vistieron, desayunaron y se fueron todos juntos a la estación San Miguel. Iban a pasar el día atendiendo distintas cuestiones en la Capital, y quedaron en encontrarse a las ocho en la pizzería frente a la estación para volver juntos a la quinta. Cuando volvía en el tren,

Lili leyó que Lanusse había dicho en un discurso que «ese señor podrá ser o hacer, pretender cualquier cosa menos presidente de la República en el futuro». Hablaba de Perón, y Lili se sonrió. A las ocho, cuando salía de la estación, Lili vio un tipo parado al lado de un coche sospechoso, y le pareció que era un policía que los estaba vigilando.

Al otro día, Lili y el Jote tuvieron una cita con su responsable, la gorda Amalia, y le dijeron que les parecía que la quinta estaba cantada, o que la habían descubierto. La gorda les prometió que iba a tratar la cuestión en su ámbito. Después, Lili se fue a su oficina y rompió todos los papeles que podían comprometerla. A la noche, cuando volvió a la quinta, preguntó si había alguna novedad de la gorda Amalia y le dijeron que no. Lili siguió rompiendo y quemando papeles. Paco le tomaba suavemente el pelo. Cuando llegó la hora de irse a acostar, Lili no quiso desvestirse:

—Mirá, si vienen prefiero estar preparada.

—Tana, tranquilizate. No pasa nada, en serio.

A las cuatro de la mañana se oyó una especie de explosión. Lili se despertó y vio que había policías por todos lados. Entonces pensó que le iban a robar la medalla de su padre, que llevaba en una cadenita:

—Putá, que me hagan lo que quieran, pero la medalla no.

Los policías entraron a los gritos, los hicieron tirarse al suelo, los ataron y les vendaron los ojos. Lili se acordaba de que, cuando jugaba a la gallina ciega, sabía fruncir el ceño mientras le tapaban los ojos y entonces la venda se corría y podía ver algo. Otra vez hizo trampa.

—¿Dónde está Roque? ¿Canten, carajo, dónde está Roque?

Roque formaba parte de la conducción de las FAR. Esa noche estaba en Rosario y tenía que llegar un par de días después.

—¿Qué Roque? Aquí no hay ningún Roque.

—Roque, no se hagan los boludos. El que duerme en ese cuarto.

—En ese cuarto los que duermen son los chicos míos cuando vienen.

Lili no podía dejar de pensar que si le hubieran hecho caso no habría pasado nada. Les gritaron un rato más, les pegaron sin mucho entusiasmo y se los llevaron a la comisaría de Martínez. A fines de 1972, los militantes que caían presos estaban más protegidos y no era tan fácil disponer de ellos: había unas elecciones en marcha y los detenidos eran parte del partido que probablemente las ganaría. Lili estaba casi tranquila: pensó que, en el peor de los casos, tenía que ser digna de Manolín. Cuando entró, con los ojos vendados, en la comisaría, escuchó a alguien que le daba la bienvenida:

—Acá tenemos a esta hija de puta, la madre de ese que bajamos. Ya vas a ver cómo te reventamos a vos también, boluda.

La agarraron entre el comisario y dos o tres más y empezaron a toquetearla. Después se la llevaron a una oficina y la dejaron un rato ahí, con la promesa de que pronto volverían para picanearla. Al rato escuchó otra voz:

—Hija de puta, vos sí que tenés suerte. Se nos cortó la luz.

Unas horas después, el juez Vergara la llamó para tomarle declaración en la propia comisaría. Le sacaron la venda, la dejaron ir al baño y el juez la recibió detrás de un escritorio. A su lado estaba el comisario.

—Señora, qué contradicción.

—¿Por qué, doctor?

—Bueno, hemos visto entre sus papeles que usted es socia del Jockey Club.

—No veo la contradicción. Yo soy socia del Jockey Club.

—Por eso mismo, señora. Y ahora se ha puesto fuera de la ley.

—¿Qué ley, doctor? ¿Usted cree en la ley y en la justicia? ¿Usted cree que en el caso de mi hijo hubo justicia?

—No sé, señora.

—No hubo, doctor. Entonces cómo quiere que yo crea. Además nos quisieron torturar pero se les cortó la luz. Y este señor, el comisario, fue el que me agarró de los pezones cuando me llevaron. Aquí me han manoseado, me han vejado, doctor.

Al rato llegó el abogado defensor, Rodolfo Ortega Peña, y el interrogatorio duró varias horas más. Lili Mazzaferro mantenía todo el tiempo la misma línea:

—... estábamos en esa quinta porque era casi verano y había pileta, y nada más. Ahora lo que puedo decir es que nos levantaron a patadas y nos metieron un montón de cosas en los armarios...

—¿Qué les metieron, señora?

—Yo no lo sé porque estaba vendada, pero sé que metieron cosas y creo que eran armas, porque ésa es la forma de trabajar de estos hijos de puta.

A las siete de la tarde el juez decretó la prisión preventiva de todos los detenidos y su traslado a la cárcel de Devoto. Poco después salió el celular: en la puerta de la comisaría de Martínez se había juntado bastante gente que los saludaba, los aplaudía, gritaba viva Perón.

En cuanto la dejaron en una celda, junto con Claudia Urondo, Lili se tiró sobre el colchón y durmió sin parar hasta el otro día. A la mañana siguiente le



golpearon la puerta: miró por la mirilla y era María Antonia Berger, una de los tres sobrevivientes de Trelew, que le preguntaba si necesitaba algo.

—Sí, una bombacha, que querés que te diga.

—Ahora te consigo. ¿Pero pudiste dormir?

—Sí, no sabés cómo.

—¿Y no te comieron las chinches?

Estaba presa, y no sabía cuánto podría durar. Lili pensó que quizás no vería a sus chicos por un tiempo, y también se dijo que tenía que hacer todo lo posible por dejar a Marcelo afuera del escándalo que se le vendría encima. Pero ahora todos sabrían que ella, la madre de Manolín, había estado a la altura de su hijo.

La vida en la cárcel era sencilla y no terminaba de ser desagradable. Había que levantarse temprano a la mañana, tender el catre y salir al patio a caminar y tomar un poco de sol. Después, a eso de las once, empezaban a preparar la comida del pabellón con las verduras que les dejaban entrar desde afuera; una sopa, y toda la ensalada y fruta que pudieran. Y después de comer de vuelta al patio, o a leer o discutir con las demás. Lili estaba encantada con algunas de sus compañeras de prisión: las veía tan jovencitas, tan llenas de entusiasmo, tan solidarias. Y todas la trataban con mucho respeto y afecto. A veces, hasta las del ERP la invitaban a sus reuniones, y ella iba, pero le parecía que hablaban un lenguaje muy cerrado.

—Chicas, me estoy durmiendo.

—Tana, por favor, no jodas.

—No, en serio, estas discusiones así pueden ser cuando estemos en el poder, o para tipos que son políticos en seno, pero para mí, realmente me duermo. Si lo tradujeras para que lo entienda el pueblo, macanudo, pero así quién lo puede entender. Ustedes, únicamente...

El problema mayor era la incertidumbre. La sensación de que afuera estaban pasando cosas fundamentales, que la campaña estaba en su apogeo, que el 11 de marzo iba a haber elecciones, y que ellas estaban encerradas ahí por quién sabe cuánto tiempo. A Lili le dijeron que quizás le dieran veinte años, y se asustó:

—Chicas, no puede ser que nos dejen acá adentro, ¿no? Imagínense, yo ahora tengo cuarenta y seis, si me dejan acá veinte años cuando salga voy a tener sesenta y seis, voy a ser una vieja de mierda...

**Diciembre de 1972.** Cuando los encontraron todos hablaban de un milagro: los muchachos y sus familias eran muy católicos y, después de

setenta y dos días, se habían perdido todas las esperanzas de que estuvieran vivos. El avión había caído el 13 de octubre, en medio de los Andes: era un turbohélice de la Fuerza Aérea uruguaya, con cuarenta y cinco personas a bordo. Muchos de ellos eran jugadores del equipo de rugby de Old Christians, uno de los clubes más tradicionales y creyentes de Montevideo.

Pero el viernes 22 de diciembre, cuando ya casi nadie lo esperaba, un arriero chileno vio a lo lejos, en medio de los montes nevados, a dos jóvenes barbudos y flaquísimos que le hacían señas desesperadas. Era la patrulla que los dieciséis sobrevivientes habían mandado como último recurso, antes de darse por vencidos. Esa Navidad, en el Sheraton de Santiago, los rugbiers y sus familiares festejaron y dieron gracias al Señor. Todos los diarios y revistas festejaban la milagrosa salvación.

Pocos días más tarde empezó a filtrarse la noticia. El primero que lo dijo fue el arriero:

—Les pregunté cómo habían aguantado tanto tiempo, qué era lo que habían comido.

—¿Y qué le dijeron?

—Güeno... ellos me dijeron que... que habían enterrado algunos muertos en la nieve, para conservarlos... que tuvieron que comer de ahí... era lo único que tenían.

Los Old Christians habían roto con uno de los mayores tabúes de la cultura occidental y cristiana: la antropofagia. Y además, subrayaban algunos, se habían comido a sus amigos. El acoso periodístico se hizo insostenible. La revista *Paris-Match* ofreció medio millón de dólares por las fotos que había sacado uno de ellos, Carlos Páez Rodríguez, el hijo del pintor Páez Vilaró. «El valor de esas fotos aumentó considerablemente desde el momento en que apareció como algo concreto el hecho de que los sobrevivientes debieron recurrir al extremo recurso de la antropofagia para mantenerse con vida», decía *La Opinión*. «Los periodistas extranjeros acosan al grupo de sobrevivientes con ofertas millonadas para que escriban sus memorias».

Los sobrevivientes se negaban a contar nada. Uno de ellos, Fernando Farrado, le dijo a un periodista de *Clarín* que «para hablar del tema habría que conocer todas las circunstancias. ¿Quién puede juzgarnos? ¿Quién pasó por lo que nosotros pasamos? No le voy a contestar». La cuestión siguió debatiéndose durante meses. Después se sabría que los rugbiers habían discutido mucho antes de tomar la decisión. Al final, la justificaron como una especie de comunión con sus amigos muertos, que les daban la vida con su carne. Entonces la pusieron en marcha prolija y organizadamente.

Racionándolo mucho, cada cuerpo les duraba cinco días; cuando los encontraron les quedaban solamente seis, y estaban en lo más crudo del invierno.

En los meses que siguieron a la muerte de Carlos Capuano Martínez, Miguel Bonasso no consiguió restablecer el contacto con los Montoneros. En realidad, la mayor parte de sus militantes estaban presos, prófugos o muertos, y sus estructuras clandestinas funcionaban con dificultad; las públicas, en cambio, crecían día a día.

Los periodistas que apoyaban al peronismo revolucionario se habían organizado en dos agrupaciones sindicales, la 26 de Enero —por el 26 de enero de 1951, cuando Perón entregó el diario *La Prensa* a la CGT—, que era más ortodoxa, y la 26 de Julio —por el día de la muerte de Eva Perón—, más radicalizada, y trataban de coordinar sus esfuerzos: la idea era crear una especie de usina de acción psicológica, lanzando trascendidos, informaciones, versiones que permearan la línea editorial de los medios donde trabajaban. Entre ellos estaban Emiliano Costa, Carlos Ábalos, Jorge Luis Bernetti, Nicolás Casullo, el Yaya Azcone, Rodolfo Walsh y su hija Victoria, Juan Gelman, Paco Urondo, Silvia Rudni y alguno más.

El 15 de diciembre, Miguel tuvo que cubrir el congreso del Partido Justicialista, reunido en el hotel Crillon, de Santa Fe y Esmeralda, para designar la fórmula electoral peronista. El general Perón había dejado Buenos Aires el día anterior, para una gira latinoamericana que empezaba con una visita al general Stroessner en Asunción del Paraguay. Había dicho que no volvería al país hasta los tramos finales de la campaña electoral pero, antes de su partida, había dejado el paquete bien atado.

Los sindicalistas de las 62 Organizaciones, encabezados por Lorenzo Miguel y José Ignacio Rucci, tenían un candidato que sonaba fuerte: el ex ministro de economía de Perón, Antonio Cafiero. Habían intentado armar una política de alianzas con los sectores ortodoxos del Movimiento y con la Juventud, repartiendo los ministerios del futuro gobierno, y creían tener la aprobación del General. Había un solo problema: en esos días, Cafiero había visitado a Lanusse en Olivos, y esa entrevista lo debilitaba para ser un candidato combativo, de enfrentamiento con el gobierno militar. Cafiero lo sabía, y el 7 de diciembre le mandó una carta bastante amarga a Lanusse reprochándole que hubiera hablado de ese encuentro. El 13 a la noche, Perón se reunió en su casa de Gaspar Campos con Juan Manuel Abal Medina y le dio instrucciones precisas: el candidato sería Héctor Cámpora, pero Abal

Medina recién tenía que decírselo a Rucci y Miguel cuando su avión hubiera despegado.

Juan Manuel Abal Medina tuvo un papel central en esos días; era un joven nacionalista de veintisiete años, recién llegado a esas lides: había sido designado secretario general del Movimiento Justicialista un mes antes, en un acto en el que Cámpora le dijo que «su apellido despierta en el Movimiento los ecos más emocionantes». En los actos, la Juventud le cantaba Abal/ Medina/ la sangre de tu hermano/ es fusil en la Argentina. Y era cierto que, hasta ese momento, el mayor de los Abal Medina no tenía una historia política personal demasiado nutrida, y su mayor capital era su nombre.

Perón dejó Ezeiza en la mañana del 14; los sindicalistas, cuando Abal Medina les contó la decisión del General, estuvieron a punto del soponcio. Sin embargo, al día siguiente, en el Congreso, ya se habían resignado. Los únicos que se opusieron a la candidatura de Cámpora fueron los sindicalistas participacionistas, encabezados por el jefe de la UOCRA, Rogelio Coria, que habían apostado a la proscripción del peronismo y, por eso, sostenían que el único candidato posible era el propio Perón. También se opusieron pequeños grupos de la izquierda peronista, encabezados por Gustavo Rearte, que decían lo mismo en nombre de la ortodoxia combativa.

Una vez que la mayoría aceptó a Cámpora, la discusión se centró en el nombre del candidato a vicepresidente: tenía que ser un representante de los partidos no peronistas incluidos en el Frente Justicialista de Liberación, y finalmente los doscientos congresistas apoyaron la postulación de Vicente Solano Lima, un viejo conservador popular sin mayor vuelo propio.

Las discusiones fueron relativamente breves. A media tarde, Lorenzo Miguel se presentó en el Crillón y abrazó al delegado personal: había reconocido su derrota. Cuando finalmente Héctor Cámpora subió al estrado para decir que aceptaba y agradecía la nominación, Miguel Bonasso no supuso que esa decisión lo implicaría tan directamente. Entre los militantes de la Juventud y de las organizaciones armadas peronistas, la candidatura del dentista de San Andrés de Giles no despertó oleadas de entusiasmo. El hombre les parecía bastante limitado, un tipo leal sin demasiadas luces. Y sin embargo lo apoyaron. Miguel, en *La Opinión*, daba algunas razones: «La Juventud Peronista, que expresa las posiciones radicalizadas del Movimiento, ha visto con beneplácito e inclusive ha dado su franco y expreso apoyo a la postulación del doctor Héctor J. Cámpora. En la raíz de esta actitud deben considerarse tres factores: 1) el acatamiento de la verticalidad. La Juventud ha cuestionado y cuestiona a numerosos dirigentes pero no plantea reticencias al

liderazgo de Juan Domingo Perón. 2) Cámpora ha sido uno de los delegados personales que más ha permitido el ascenso a niveles de conducción de los líderes juveniles. 3) A juicio de la Juventud la candidatura del delegado reafirma la ortodoxia respecto de Perón y cierra el paso a las aspiraciones de candidatos “potables” como Antonio Cafiero, Alfredo Gómez Morales o Jorge Taiana, que cuentan con el apoyo de la línea conciliadora.

»En la coyuntura específica del congreso justicialista la adhesión de los principales dirigentes de la Juventud Peronista a la nominación de Cámpora fue perceptible desde un primer momento. Especialmente la de aquellos que pertenecen a la fracción conocida como “la Tendencia revolucionaria” o simplemente “la tendencia”».

Unos días antes, en San Rafael, Susana Sanz y Polo Martínez Agüero habían vuelto a ver a Alberto Martínez Baca. Cuando llegaron a su casa, al lado de la farmacia, la señora de Martínez los paró en la puerta:

—Ay, Susana, vos sabés lo enfermo que está. No lo metas en líos, te pido por favor. La salud no le va a dar, pobrecito.

Las candidaturas se estaban discutiendo apresuradamente y sin concesiones. En Mendoza, el candidato natural para gobernador parecía ser Pedro Cámpora, el hermano de Héctor, que se había radicado en la zona muchos años antes. Y, en principio, Martínez Baca sonaba para senador nacional. Pero los Montoneros lo preferían como gobernador:

—Doctor, por todo lo que hemos escuchado, recogido en la provincia, pensamos que usted sería un muy digno gobernador peronista de Mendoza. A nosotros nos gustaría apoyarlo y proponer su nombre porque creemos que usted, por sus dichos, coincide bastante con los lineamientos básicos de esta transformación que el país necesita en este momento. Por supuesto, queríamos saber cuál es su situación y su opinión al respecto.

—Bueno, como ustedes imaginarán a mí no me importan los cargos sino poder ser útil. Eso sin ninguna duda. Pero si ustedes consideran que puedo serlo en la gobernación...

La charla se fue haciendo cada vez más concreta. Había muchos acuerdos: Martínez Baca sostenía un discurso muy radical, que coincidía con el de la organización en la necesidad de un cambio profundo y la construcción del socialismo nacional. Pero los acuerdos no incluyeron un pacto explícito: en ningún momento, los interlocutores acordaron que si los Montoneros apoyaban la candidatura del farmacéutico, él les daría a cambio determinados espacios.

Pocos días después, cuando la organización Montoneros le presentó a Perón una lista de personas que contaban con su apoyo para ocupar distintos puestos, Martínez Baca figuraba como su candidato a gobernador de Mendoza. La recomendación, en ese momento, tenía peso pero seguramente no habría bastado; don Alberto tenía otros apoyos. Entre ellos, el de Isabel Martínez, que lo recordaba con mucho afecto desde 1965, cuando él y Corvalán Nanclares la habían recibido en Mendoza para ayudarla en la pelea contra una fórmula neoperonista que Isabelita había ido a combatir, en su primera misión política en la Argentina. Perón, en su reunión del 13 de diciembre con Abal Medina en Gaspar Campos, aceptó la candidatura de Martínez Baca. En otras varias provincias habría candidatos apoyados por la Tendencia: Oscar Bidegain en Buenos Aires, Ricardo Obregón Cano en Córdoba, Jorge Cepernic en Santa Cruz y Miguel Ragone en Salta. En casi todos los casos, los candidatos a vicegobernadores eran hombres del aparato sindical, con mayoría metalúrgica.

En esos días, su responsable montonero le dijo a Susana que la podían presentar para diputada, y ella se negó. No le interesaba. No tenía grandes expectativas sobre lo que se podía hacer desde una banca: le parecía que había espacios mucho más eficaces para hacer política.

**Enero de 1973.** El 28 de diciembre, un comando de las FAR mató, en Lomas de Zamora, al contralmirante Emilio Berisso, que había estado relacionado con la masacre de Trelew. El jueves 4, la revista *Panorama* publicó una entrevista con el general Perón donde el ex presidente decía, entre otras cosas, una frase que sería muy recordada: «Si tuviera cincuenta años menos, no sería incomprensible que anduviera ahora colocando bombas o tomando justicia por propia mano». Diez días después, *Mayoría*, un diario peronista que había empezado a salir a mediados de noviembre, reportó a Perón, ya de vuelta en Madrid. La nota, firmada por Ricardo Grassi, empezaba con el General diciendo que «he visto una correspondencia de Neustadt también aquí, donde habla de la posible eliminación de Lanusse. Yo no sé, esa gente trabaja toda para el gobierno, de manera que alguna finalidad debe tener hacer circular esa noticia. También en Buenos Aires se ha comentado lo mismo; quiere decir que el asunto no está claro...».

Y seguía explicando el asunto:

«Perón se refiere a una carta publicada esos días por el diario *Pueblo* de Madrid, en la que el periodista Bernardo Neustadt denuncia un supuesto complot para matar a Lanusse.

»—... En segundo lugar, ha habido unas declaraciones de Lanusse, diciendo que se sentía un poco defraudado porque no había conseguido lo que él quería para una democracia orgánica y funcional... Este acuerdo es lo que el gobierno de la dictadura buscó desde que se hizo cargo Lanusse. Durante dos años buscó un acuerdo que no encontró por ninguna parte, porque nadie quiere tenerlo con ellos. Acá hay una antinomia muy clara: Pueblo contra Fuerzas Armadas. Y eso no tiene vuelta de hoja. Le busque lo que le busque, será siempre la antinomia natural».

Más adelante, Perón hablaba de sus planes:

«—... Entonces lo que hay que hacer es liberar al país, pero primero de ese flagelo que es el partido militar, después hay que liberarlo del imperialismo, y recién después se podrá pensar en reconstruir lo que han destruido y desarrollar el país mediante un plan bien articulado. Y a realizar por la cabeza, no como han hecho éstos, por los pies. Me acuerdo cuando Lanusse dijo que no tenían las armas de adorno. Yo dije: Las armas no, lo que tienen de adorno es la cabeza, no saben emplearla. Ni siquiera las armas, con dignidad al menos».

Y, después, se refería a la juventud:

«—... Cámpora me había dicho que los muchachos iban a tratar de pasar, de ir a Ezeiza. Claro, para mí fue una gran pena; por los muchachos... ¡pobrecitos! Yo me acuerdo que desde la puerta de mi casa (de Gaspar Campos) les sabía decir: ¡Váyanse! Estaba lloviendo ¡Chicos, váyanse a sus casas, que sus familias deben estar preocupadas! Y los chicos me gritaban: ¡No, la Vieja es peronista!

»Esas cosas tocan muy profundamente a uno que tiene tantos años de lucha; y sobre todo a mí. Que los viejos peronistas hagan una cosa así, tiene un impacto psicológico; pero que lo haga la juventud, no, eso promueve un futuro, que es lo que interesa. Es lo que yo les digo a los muchachos de la juventud: o la juventud toma esto en sus manos y lo arregla, aunque sea a patadas, pero lo arregla, o no lo va a arreglar nadie. Los viejos no van a arreglar esto, los viejos no están en la evolución. Es un mundo que cambia, y los muchachos tienen razón. Y si tienen razón hay que dársela y hay que darles el gobierno. Usted ha visto que en el movimiento peronista la juventud está tomando el manejo del movimiento. Imagínese, en un movimiento que son muchos millones, son los muchachos los que lo están manejando.

»—Pero eso llega a un punto tal que la juventud acusa de traidores a los que llaman burocracia sindical...

»—Sí, bueno; pero hace 30 años que yo vengo notándolo, hijo. En la acción sindical hay muchos burócratas. (...)

»—... Si la juventud no salva esto, no lo salva nadie. Por eso, yo esto se lo he dicho a los muchachos, y los muchachos se han parado, porque estaban preparados para más. Yo les dije: muchachos, no, esperemos, ganemos las elecciones, porque ahí somos fuertes nosotros; no llevemos esto a una cosa violenta, porque ahí estamos muy dudosos. Y a medida que el tiempo avance, avancemos nosotros, ellos van a estar cada vez más débiles. En las luchas de este tipo, los ingredientes que se usan son tiempo y sangre. Si usted quiere abreviar tiempo, no tiene más remedio que gastar sangre, pero si quiere ahorrar sangre, usa el tiempo. (...) Lo primero que hay que hacer es tomar el gobierno. Punto de partida. Lo segundo que hay que hacer es tomar el poder. El gobierno se toma a través de las elecciones. El poder hay que tomarlo en el primer mes de gobierno».

—Che, Miguel, te llama el doctor Cámpora.

Afuera hacía un calor de perros y adentro, en la redacción de *La Opinión*, el aire acondicionado apenas conseguía disimularlo. Todo el mundo corría de un lado para otro: la agitación, ese verano, no paraba. Desde su designación como candidato, Cámpora estaba tan atareado que Miguel Bonasso casi no había podido verlo. Además, siempre estaba rodeado de gente que se interponía entre él y el resto del mundo. Miguel se alegró y retomó el llamado. Quizás conseguía algo bueno para la edición de mañana.

—Hola, le habla Mario Cámpora.

—Ah, cómo le va, doctor.

Mario Cámpora era uno de los hijos del candidato, un diplomático de carrera con inclinaciones democristianas que no se mostraba mucho en público pero, para los más cercanos, aparecía como el cerebro de la campaña:

—Mire, Bonasso, el doctor Cámpora me ha encomendado que hable con usted.

—Bueno, con todo gusto. ¿Cuándo le parece?

—¿Puede ser hoy mismo?

Miguel Bonasso y Mario Cámpora se encontraron dos horas más tarde en un bar del centro. Era viernes 12 de enero y la campaña electoral debía empezar una semana después con un gran asado en San Andrés de Giles, el pueblo natal del candidato. Mario Cámpora le dijo que se imaginara cómo estaban, corriendo sin parar. Charlaron cinco minutos de generalidades, hasta que Cámpora fue al grano:



—Mi padre me encarga que le ofrezca la secretaría de prensa de la campaña...

—Sí, con mucho gusto.

Miguel no pensó siquiera en simular que lo pensaba:

—Sí, es un honor, de verdad, para mí es un honor. ¿Cuándo tendría que empezar?

—Ya mismo, por supuesto. Habría que arreglar los detalles, el lugar donde va a trabajar, el sueldo...

—No, por eso no se preocupe. Voy a hablar con Timerman, que el sueldo me lo siga pagando él.

Mario Cámpora le explicó que Miguel se ocuparía de la parte pública de la campaña y que, por otro lado, había un gabinete de asesores secretos que aportaban ideas y elaboraban los discursos del candidato: Horacio Verbitsky, Luis Guagnini, Rogelio García Lupo, Enrique Alonso. Poco después, Miguel estaba en la oficina de Timerman, comunicándole la novedad.

—Esto te va a requerir mucho trabajo.

Le dijo el director.

—Sí, por eso le pregunto cómo quiere que arreglemos. Si le parece, me da una licencia sin goce de sueldo, o lo que sea.

—No, no, vos te quedás con nosotros. Tomate todo el tiempo que necesites, y mientras tanto te seguimos pagando el sueldo. Si ustedes ganan las elecciones, vas al gobierno, y si no vas al gobierno, volvés al diario y seguís como hasta ahora.

Jacobo Timerman pagó, durante esos meses, el sueldo del secretario de prensa del FREJULI.

**Enero de 1973.** El martes 9, *Nueva Plana*, la revista que había reemplazado a la clausurada *Primera Plana*, publicaba una larga entrevista a Rodolfo Galimberti donde el delegado de Perón para la juventud explicaba, entre otras cosas, sus ideas sobre la toma del poder: «No existe una receta única e infalible para la toma del poder. La capacidad revolucionaria está en advertir qué datos ofrece la realidad para construir un modelo original para el asalto a dicho poder. Diferenciamos entre gobierno y poder, porque sería insensato suponer que las clases dominantes, aliadas al imperialismo, entregarían el poder al pueblo trabajador y se someterían de buena gana a una política que terminaría con su situación de privilegio. Si bien somos conscientes de que estas elecciones son proscriptivas y condicionadas y que, desde la perspectiva del régimen, intentan continuar bajo otra fachada la

misma política, no es menos cierto que han sido arrancadas a través de seis años de lucha popular. Como toda conquista en cierra un proceso dialéctico: es, en un sentido, una concesión del régimen, con intenciones de continuar la dominación y, por otro lado, es una conquista arrancada por la lucha del pueblo. Por todo ello, nosotros tenemos conciencia de que la victoria en las elecciones y la entrega del gobierno no suponen que el poder del Estado vaya a ser detentado plenamente por el movimiento popular. La clave de la toma del poder en toda revolución es la síntesis entre las masas y las armas. La JP ya ha planteado una estrategia que tiende a explicar de qué forma se obtendrá esa síntesis que, a nuestro juicio, es inexorable para hacer la revolución. Las elecciones no nos darán esa conjunción, pero nos permitirán modificar cualitativamente la relación de fuerzas entre el movimiento popular y el régimen colonial, aproximándonos a la toma del poder».

—Me parece que estamos jugando el juego de ellos, hermano. Para que quede más claro, creo que nos están cogiendo. El nombramiento de Cámpora a último momento me parece una cagada de quince pisos. Si el Viejo no puede ser candidato, estamos en la de siempre, hay que sabotear las elecciones y dejarse de joder.

—No, pará un poco, para un poco. No empecemos con posiciones infantistas y principismos de zurdos. Eso es lo que querría Lanusse: que nos quedemos afuera, así era él el que ponía el candidato.

—Pero lo del retorno del viejo a la patria y al poder no era un cantito lindo, era el objetivo estratégico. ¿Qué pasó, ahora cambiamos de librito?

—Ese principismo te sirve cuando vos sabés que igual estás afuera del juego grande. Pero aprendamos a pensar de una buena vez que nosotros jugamos en primera y tenemos que tener en cuenta todas las variables. La evaluación es que la propuesta de poner al Tío como candidato sirve para romperle el plan a Lanusse. Y además después, con el Tío presidente, el poder efectivo lo va a tener Perón sin el desgaste de todos los días en la casa de gobierno.

A Elvio Vitali le gustaba discutir con el Tala Ventura. Lo forzaba a reflexionar duro, a argumentar en serio. Sentía que las posiciones del Tala lo obligaban siempre a un máximo de elaboración política, porque ponía en juego todos los elementos de cada situación, de cada coyuntura.

—Acá se puede estar cocinando otra cosa, Tala. Pensá: Mor Roig, por más que ahora esté con Lanusse, es un radical de toda la vida. Si armó ésta desde el ministerio, seguramente debe ser para afanarnos una vez más las

elecciones como en 1963 con Illia, y que ahora Balbín se quede con la presidencia. Las elecciones vienen con trampa.

—Es una posibilidad. No lo niego. Tenemos que estar atentos, acá nadie se chupa el dedo. Es posible que el asunto de la segunda vuelta esté hecho para trampear. Te digo más, seguramente las intenciones son ésas. Pero en política las intenciones no siempre se cumplen. Están las de ellos, están las de Perón. Acá nuestro trabajo es justamente conseguir que no se cumplan los proyectos de los milicos. Hay que tomar la calle, hostigar a los milicos y sus cálculos, todo lo posible, para que les quede claro que cualquier intento de afanarnos las elecciones les puede costar muy caro.

Elvio y el Tala estaban sentados en una mesa al aire libre de la confitería de las Artes, enfrente de la facultad de Derecho: eran las siete de la tarde pero todavía hacía un calor de perros, y ya se habían bajado un par de cervezas cada uno. De vez en cuando los distraía alguna chica que pasaba, pero después volvían a la discusión:

—Tenemos que aprender a hacer política para la etapa que se viene, Elvio. La agitación está muy bien pero solamente es una parte de la política. Eso es lo que la zurda nunca termina de entender. Tenemos que laburar sobre nuevas cuestiones, las reivindicaciones de los estudiantes, la autonomía de la universidad, cosas que hasta ahora le dimos muy poca bola, nada, porque la etapa era otra, porque los objetivos eran que volviese Perón, que se diesen las elecciones.

—De acuerdo, Tala, están todos embalados al mango. Empecemos entonces a armar el frente universitario. Hace tiempo que pienso que ya no sirve sacar gente para llevarla a los barrios. Hay que empezar a laburar con las reivindicaciones propias.

Durante todo el gobierno militar, el partido Comunista había tratado de mantener un funcionamiento clandestino del centro de estudiantes, oficialmente disuelto cuando el golpe de Onganía. Los peronistas nunca se metieron: primero, porque eran muy pocos; después, en 1972, cuando empezaron a ser más, porque despreciaban «esos espacios pequeñoburgueses». Pero los Montoneros habían empezado a organizar su política de frente de superficie y los militantes de los grupos que respondían a sus consignas empezaron a trabajar de una forma distinta, y les iba bien. En un congreso reunido un par de meses antes, en Santa Fe, Ernesto Jauretche había definido la cuestión, diciendo que «la JP tiene que constituir una organización que contribuya a fabricar el paraguas de masas bajo el cual las

organizaciones que ocupan las primeras líneas de fuego en la lucha puedan movilizarse como pez en el agua». El Tala estaba en eso:

—Entonces la tenemos clarita, ¿no? Hay que volver a poner en funcionamiento el centro de estudiantes, hacer elecciones, darnos instancias representativas... Hay que aprovechar esta etapa para conseguir un desarrollo masivo del frente.

En 1966, la intervención no sólo había cerrado el centro: también había tapiado la puerta con una pared de ladrillos. En enero de 1973, un grupo de militantes de distintos grupos de la facultad se consiguió, una tarde, una especie de carrito que usaban los ordenanzas para llevar paquetes, y empezó a estrellarlo contra la pared.

—¡Dale, dale más! ¡Hijos de puta, está bien hecha!

—¡Ya afloja, sigan, sigan!

—¿Pero éstos en serio se creían que se iban a quedar veinte años?

Cuando por fin los ladrillos empezaron a ceder, los treinta o cuarenta militantes saltaban y gritaban. Era casi un símbolo.

En esos días, Elvio trabajaba cuatro noches por semana atendiendo un kiosco de diarios en Tucumán y Carlos Pellegrini, salía con varias compañeras y se pasaba el resto del día entre discusiones, actos, pintadas y encuentros. Aquel verano, la actividad no paraba nunca, y menos cuando empezó la campaña electoral. La calle era el escenario permanente. Esa noche, la consigna era pintar la plaza Constitución para las elecciones: en la plaza y sus alrededores había como dos mil militantes peronistas con tachos, brochas y escaleras, pintando cada rincón. La mayoría era de la Juventud Peronista, pero también había grupos de algunos sindicatos de la CGT o de Guardia de Hierro. Elvio pintaba, los miraba y le parecía que esa noche el peronismo estaba por encima de todo.

Terminaron a las tres de la mañana y después Elvio se fue, con un grupo de compañeros de la facultad, a comer unos fideos tuco y pesto en Cuchillo y Tenedor, en Montevideo y Corrientes. Eran como quince: tomaban vino de pingüino y cantaban consignas. Desde otras mesas les contestaban y se armaban batallas de cantos:

—Fumando un puro/ me cago en Aramburu./ Y si se enojan,/ también me cago en Rojas./ Y si se siguen,/ se siguen enojando/ me cago en los comandos/ de la Libertadora.

Y les contestaban, con la música de Palito Ortega:

—Yo tengo fe/ que Pocho va a ganar;/ yo tengo fe/ que Pocho va a ganar,/ con FAR y Montoneros en la guerra popular.

Faltaba poco para que el futuro se transformara en presente, y no podía ser más prometedor. Un compañero de Elvio, el Tano, le contó que el día anterior había tenido una pelea con su padre. El padre le propuso que se fuera de vacaciones con la familia, y él no quiso; entonces el padre le preguntó por qué, que qué tenía que hacer en Buenos Aires, y él le dijo que estaba militando.

—Bueno, ¿pero además qué hacés?

—Nada, papá, no hay además, qué más querés que haga. Estamos cambiando el mundo y vos me preguntás qué otra cosa hago.

**Enero de 1973.** El sábado 20, Héctor Cámpora presentó en el hotel Crillon su plataforma electoral: las Pautas Programáticas del Frente Justicialista de Liberación. Su discurso de introducción insistía en su lealtad al general Perón —«la lealtad total e incondicional que merece un jefe»—. Su programa, en cambio, era complejo. En *La Opinión* del martes, Osvaldo Tcherkaski comentaba sus datos principales: «... Más allá de algunos enunciados confusos en lo que se refiere a los modos de implementación concreta de las reformas sociales, económicas y culturales que dichas pautas sostienen, el proyecto en su conjunto puede ser calificado como una propuesta populista que apunta a reformas neocapitalistas (modificación del sistema con vistas a perfeccionarlo, no a suprimirlo) y, fundamentalmente, a la quiebra del marco de dependencia para afianzar una vía nacional de desarrollo.

»La organicidad del proyecto se advierte en lo que sin lugar a dudas constituye su nudo gordiano: para que la reforma sea posible, se plantea una modificación sustancial de la estructura del aparato del Estado.

»Las pautas denominan a esta propuesta “reemplazo del Estado liberal por el Estado Social”. (...) Se trata de propiciar un proceso de democratización del Estado en el doble aspecto de suplantarlo por su actual contenido autoritario por un régimen de fuerte respaldo popular y de dar acceso a sus estructuras a capas más amplias de la población.

»El capítulo conexas con este tema es el de la supresión de la legislación represiva.

»También en este caso se parte de un diagnóstico político: “Enfrentamos un conjunto de normas que perturban gravemente la vida nacional y que son producto del estado de injusticia social que padece el país, pues han sido concebidas y sancionadas para coartar las reacciones populares que se han producido en estos años, como consecuencia directa del desequilibrio social y del padecimiento de nuestro pueblo”.

»Al formular que este contexto normativo es “inaceptable”, las pautas postulan la supresión del actual entramado represivo, tanto en lo que se refiere a los tribunales especiales como a la ley 19.081, que dio participación directa a las Fuerzas Armadas en la investigación de delitos de competencia judicial.

»En consecuencia, el reencauzamiento del orden jurídico se propone como correlato de una “legislación pacificadora”, para lo cual se promete que “los representantes del pueblo deberán proceder a dictar una amplia y generosa ley de amnistía”.

»La conclusión del doctor Cámpora es que estas pautas han sido concebidas “como herramientas adecuadas para combatir la explotación y la injusticia que el régimen lega al gobierno popular del Justicialismo”.

»En su conjunto, estas propuestas invalidan de hecho la alternativa de un acuerdo previo con las FF.AA., ya que las exigencias de éstas han apuntado hasta ahora al mantenimiento de la actual estructura antiterrorista y a la eliminación de cualquier amnistía capaz de involucrar a quienes están incurso en actividades extremistas.

»De ahí el carácter de “cuestión de fondo” atribuido a estos dos capítulos, ya que su enunciado implica una definición crucial para que un triunfo peronista en las urnas sea admitido por el poder militar.

»Vale la pena enunciar además las pautas programáticas que esbozan una clara perspectiva reformista en lo económico y social:

»—Nacionalización del comercio exterior.

»—Progresiva socialización de la economía, aplicando desde el gobierno “todas las experiencias de socialización de la economía que sirvan para elevar la condición humana en la medida que respeten las esencias y aspiraciones del hombre argentino”.

»—Efectiva participación de los trabajadores en el poder, “que se deriva de la propiedad de los medios de producción”.

»—Reforma agraria.

»—Cogestión de los trabajadores en la dirección y explotación de las empresas, propiciando un régimen cooperativo en el campo y de autogestión en la industria.

»De aquí se infiere, en rigor, que la perspectiva eleccionaria ha hecho surgir un proyecto nacional que abre la posibilidad de un tipo de “despegue” capaz de suscitar por sus enunciados la adhesión de los sectores populares y un grado relativo de participación en el poder de esos mismos sectores. Lo que se verificará de aquí en adelante es si una “revolución populista” puede ser posible desde las urnas en el actual contexto político».

En esos días, el general Lanusse estudiaba seriamente la posibilidad de postergar o anular la convocatoria a unas elecciones que no tenía cómo ganar. El 8 de enero, el comandante del V Cuerpo, general Jorge Carcagno, le mandó una carta donde decía que esa decisión provocaría divisiones en las Fuerzas Armadas. Pero Lanusse le hizo mucho más caso a las palabras de su amigo Alcides López Aufranc, jefe del Estado Mayor, en la Escuela Superior de Guerra. El general explicó en un discurso que las dictaduras no eran solución porque sólo funcionaban cuando eliminaban físicamente a sus adversarios. «¿Y nosotros también vamos a emplear el paredón, como lo han hecho los Stalin, los Mao, los Castro o los Stroessner? ¿Hasta cuándo vamos a fusilar? ¡Yo quiero saber qué sucedería en la Argentina al cuarto o quinto fusilamiento!».

—No me puedo ni mover. A veces es como si te metieran un carbón encendido en el agujero de la pija... Y lo peor es que todo el tiempo tengo ganas de mear.

—No te calentés, yo te aguanto.

Alejandro Ferreyra tenía un cólico renal y Víctor Fernández Palmeiro miraba las fotos de una revista sin tener la más remota idea de lo que estaba escrito. Habían llegado la noche anterior a ese hotelito de Praga, gris y raído: habían salido de La Habana a principios de enero, estuvieron una semana en Moscú y al otro día tenían que seguir viaje a Madrid.

—Justo ahora me viene a agarrar esto, la puta madre. Pensar que la semana que viene íbamos a estar en la Argentina... Ya en Moscú lo iba sintiendo, que se me estaba desprendiendo una piedra. Te agarra un dolor en la espalda, se te empiezan a tapar las vías urinarias...

—¿En serio no querés que llamemos a un médico?

—No, ya me pasó otras veces. Es una deficiencia renal; lo mejor es no darle bola, después meás la piedra y te sentís como nuevo. El problema es que no me puedo ni mover, así que voy a tener que quedarme acá hasta que se me pase.

—Ya te dije, no te preocupes, yo te aguanto.

Víctor, Alejandro, Carlos Goldenberg y Ana Wiessen habían quedado últimos en La Habana para la vuelta a la Argentina: primero se fueron los que se habían fugado, de a uno o de a dos. Cuando llegaron las fiestas, los cuatro se habían puesto más que ansiosos. Hasta que, poco después, les dijeron que ya podían irse. Carlos y Ana habían salido por su lado; Víctor y Alejandro pasaron del calor tropical de La Habana al frío polar de Moscú.

—A lo mejor lo que te jodió fue el cambio de clima tan brusco.

Suponía Víctor al sexto día de estar varados en Praga. Afuera nevaba sin parar y la habitación del hotelito olía a sudor y pucho viejo. En la pared, una foto mostraba un castillo rodeado de florcitas y jóvenes pioneros comunistas formados ante banderas rojas.

—No, ya te dije, no hay que darle bola, ya está por salir esa piedra culeada.

—Che, Lucas, ¿me aguantarías unos días en España? Quiero verlo a mi viejo, me parece que es la última vez que lo voy a ver...

El padre de Víctor vivía en España, y Alejandro sabía que su amigo sólo pensaba en una cosa: vengar a los caídos en Trelew. Aunque tratara de hablar de otras cuestiones, siempre volvía a lo mismo: estaba obsesionado. Alejandro le hablaba de las posibilidades que se abrían en la nueva etapa, del trabajo que se podría organizar con las bases obreras gracias a la legalidad, y el Gallego siempre encontraba la manera de volver a su asunto excluyente. Alejandro pensaba que era una paradoja curiosa: Santucho se ponía duro con el peronismo pero no quería impulsar revanchas e insistía que había que construir el partido en la vanguardia obrera como única manera de superar al peronismo. Víctor, en cambio, era mucho más flexible en su posición política pero en vez de buscar la forma de avanzar en el proceso de masas, iba a meter más tiros:

—Claro, Gallego, yo me saco esta piedra de encima y te acompaño a la China. Después me imagino que nuestros caminos se van a separar...

—Sí, Lucas. Por desgracia se separan.

Santucho, Mena y Gorriarán habían vuelto clandestinamente al país a fines de noviembre, y tuvieron que hacer frente a dos cuestiones complicadas: por un lado, reorganizar las fuerzas muy golpeadas de la organización, que tenía a la mayoría de los cuadros presos; por el otro, dar una respuesta a la euforia del peronismo que prometía arrasar en las urnas. La sola presencia de Santucho en el país —aunque la mayoría de los militantes del PRT no le conocían ni la cara— era un factor interno aglutinante. La confianza en su jefe y el retroceso y descomposición del bando militar permitieron que el PRT creciera mucho en esos días.

Pero los complicaba la falta de una política frente a las elecciones: descartaban tanto el apoyo a la fórmula Cámpora-Solano Lima como a la de Alende-Sueldo, y el intento de seducir a Agustín Tosco para encabezar una fórmula nueva fracasó con los primeros contactos. En diciembre se había



reunido el comité central del PRT con sólo la mitad de sus miembros fundadores: cuatro estaban muertos, seis en prisión y dos expulsados. Además, aparecieron grupos que querían hacer fracciones en la Capital y en La Plata.

Las resoluciones tomadas en esa reunión, que llegaron a todos los militantes a través del boletín interno, intentaban, entre otras cosas, fijar una postura que terminara con la discusión interna:

«... La vuelta de Perón y el avance de los acuerdos preelectorales entre los partidos burgueses, la complacencia del partido militar, la propaganda amplia de la burguesía a favor de la reconstrucción pacífica del país, son todas confirmaciones de la corrección de los análisis y de la línea del partido. Ateniéndonos a ella, que no precisa ser modificada en lo más mínimo, podemos ubicarnos en la perspectiva política y determinar más precisamente nuestros objetivos y movimientos tácticos en los próximos meses. (...)

»El último mes, con la participación activa de Perón en escena, como primera figura de la farsa electoral, el enemigo ha logrado ciertos éxitos. Ha despertado expectativas en el pueblo y ha sumido en la confusión y el desconcierto al grueso de la pequeña burguesía y a sus organizaciones. (...)

»Faltan algunos meses para la concreción de la farsa y deben esperarse nuevas intervenciones clasistas y revolucionarias. La clase obrera y el pueblo, con su vanguardia revolucionaria, harán oír su potente voz que presionará sobre la configuración final de la línea acuerdista. (...)

»El condicionamiento del GAN y la ausencia total de una opción genuinamente popular exigen la continuidad del accionar amado. Este accionar debe ser intensificado en el próximo período por nuestra organización, poniendo especial acento en las acciones de masas y realizando también acciones de envergadura. Este tipo de propaganda armada servirá para fogear más compañeros, ampliar la influencia de masas del ERP, construir bases de apoyo en las ciudades, en los suburbios y en el campo. Las acciones de envergadura servirán para demostrar al pueblo la fuerza y la decisión de la guerrilla y colocar ante los ojos de las masas, en momentos previos a la farsa electoral, la verdadera salida, la salida de la guerra revolucionaria».

En esos días, el PRT organizó su regional en el Chaco: sus militantes vendían muchos periódicos, tenían varias células y, sobre todo, sentían que tenían presencia política. Para fortalecer el desarrollo les habían mandado algunos cuadros. El Pato era un entrerriano de diecinueve años, muy fortachón y rubio; tenía un hermano que había caído preso en una acción del

ERP. El Tigre era un ingeniero correntino, de unos veinticinco años, bastante nuevo en la organización; gracias a su eficiencia, el Tigre había ascendido rápido y en ese momento era el responsable militar de la regional.

El Gringo Lauroni y Miguel Molfino estaban en la casa operativa, muy temprano, cambiando opiniones antes de que llegara el Chispa a la reunión. Ellos tenían a su cargo los frentes legal, sindical y estudiantil.

—El laburo lo hicimos nosotros, pero como cumplimos con las metas que ellos dijeron, van a decir: vieron compañeros que teníamos razón.

Decía el Gringo, con bronca y Miguel, aunque estaba de acuerdo, ponía paños tibios:

—Al fin y al cabo, nosotros pedíamos que se ocuparan del Chaco, que vinieran más cuadros, y ahora nos tenemos que bancar este estilo autoritario. El Tigre ese es un obsecuente, pero el Pato es buen compañero.

El Gringo no aflojaba:

—Claro, ellos así tienen el manejo burocrático y nosotros hacemos crecer el partido entre la gente. Miguel, sin línea política no se puede crecer y la postura del Comité Central es que la llegada de Perón fue algo intrascendente. Yo no discuto que Perón vino en son de paz, que viene a frenar la revolución, pero ¿y si la gente lo apoya? Mirá, si la dirección nacional no flexibiliza las posiciones, vamos a quedar descolgados.

El Gringo estaba desalentado. Su compañera, Mónica, compartía una agrupación en la facultad con Marcela, la hermana de Miguel, que era de la Juventud Peronista. En Humanidades el decano apoyaba al PRT, pero la agrupación de Juventud Peronista apoyaba al decano, mientras que en las otras facultades, lideradas por los peronistas, los simpatizantes del PRT trataban de encontrar coincidencias. En la Villa Río Negro, Molfino y Lauroni tenían un grupo importante de gente organizada que se reivindicaba como marxista-peronista; en el diario *El Norte*, el Negro Amarilla y Miguel estaban trabajando juntos. Participaban en agrupaciones en prensa, gráficos, empleados públicos, bancarios, judiciales y tenían trabajo en algunas fábricas. A las ocho de la mañana, puntualmente, llegó Chispa:

—Hay que ganarle horas a la revolución, compañeros... ¿Cómo andan?

Empezaron a tomar unos mates y Molfino trató de ser didáctico:

—Chaco es muy familiar, acá nos conocemos todos. Somos las mismas caras que venimos desde el 69, y acá la gente apoya la candidatura de Cámpora, no puede ser que nuestra táctica electoral sea que los revolucionarios vamos a poner la boleta con los héroes de Trelew...

El Chispa, que había ido como invitado a la reunión del comité central, estaba convencido de la postura oficial:

—Mirá hermano, el partido tiene una estrategia propia, nosotros no podemos ir a la cola, diluirmos atrás de una alternativa populista. Ahora que están de nuevo los compañeros de la dirección, el Comité Central ha fijado una línea para la próxima etapa y nosotros no vamos a parar la construcción del partido y el ejército por la llegada de Perón... No sé si me explico, no sé si me entiendo.

El otro tema de discusión era que la dirección regional quería aumentar el nivel operativo del ERP, mientras que Lauroni y Molfino querían mantener un accionar más tenue:

—Chispa, acá no conviene hacer operaciones militares fuertes. Acá todos saben quién es quién, y los servicios tienen fichado a todo el mundo. Si operamos duro, se va a desatar una repre bárbara...

Pero al responsable no se le movía un pelo: les hablaba del ingenio vietnamita, les decía que los vietcong hacían sus acciones entre cientos de miles de marines norteamericanos, les sugería que extremaran las medidas de seguridad y les proponía seguir con el temario. Mirándolo a Miguel, el Chispa avanzó:

—En el comité central se resolvió crear mesas nacionales por frentes: de propaganda, sindical y legal, para que se puedan coordinar las tareas. Así que, hermanito, tenés una cita en Buenos Aires, donde van a tratar precisamente el trabajo de los comités de base, la tareas de los organismos de solidaridad para luchar por la libertad de los compañeros y las tareas frente a las elecciones.

**Enero de 1973.** Landrú decía en *Gente* que ese verano se ponía de moda la ombligo look y describía los ombligos que había visto la semana anterior en Playa Grande y en Ocean Club (aclarando que la pronunciación era «óushean clab»): de tiro corto, de tiro largo, de trocha angosta, de trocha ancha y mediana, extravertidos, introvertidos, oblicuos, aplastados, redondos, ovalados, con pelusa, despelusados, quemados, sonrojados...

Era un verano de moda unisex, y los Levis estaban mejor vistos que los Lee, sobre todo si eran blancos, abombillados y se arrastraban encima de los tacos. Para los hombres, hasta entonces, la musculosa era decididamente grasa, pero ahora empezaba a ser tolerable. Las mujeres andaban con el corpiño de las biquinis o algún top, muchos colgajos ronroneando entre los pechos, anteojos grandes y espejados y una vincha. Landrú tenía también el ranking de antipaquetes. La religión antipaqueta era el espiritismo, la manera

antipaqueta de llamar al mozo era «che mocito», el balneario antipaquete La Salada, el defecto antipaquete la obsecuencia, la lesión antipaqueta la fístula, la manera antipaqueta de llamar al bulín era el matadero y el peinado antipaquete era el afro look electrizado.

Cuando lo designó, Héctor Cámpora no sabía que Miguel Bonasso estaba en una célula de Montoneros. De hecho, sólo lo supo dos años después. Para Miguel, como militante, su nueva tarea estaba llena de posibilidades pero, al mismo tiempo, le planteaba problemas de conciencia: Cámpora lo había llamado por sus capacidades técnicas y su lealtad y él no estaba dispuesto a ser un espía montonero dentro de la campaña. En la reunión de su ámbito, la discusión al respecto estuvo a punto de ser ríspida:

—Acá no puede haber cuestiones de doble lealtad. Si vos sos un militante montonero, lo sos todo el tiempo, en todo momento. No es un laburo de medio tiempo.

—Sí, está claro, pero si el Tío me llama porque me tiene confianza yo no le voy a contrabandear la campaña: sería una jugada muy sucia. Además, tengan en cuenta que el Tío en general juega en función de lo que la organización está planteando en este momento, así que no va a ser necesario traicionarlo en ningún punto, ¿no?

En la organización, Miguel tenía cierta fama de ser demasiado «político», poco militar: a veces lo acusaban de reformista pero, finalmente, su responsable entendió sus razones. Por otro lado, en la secretaría de Prensa, Miguel se tenía que enfrentar todos los días con los sectores más conservadores del peronismo, que querían rebajar el tono de la campaña «para no asustar a los sectores medios». Pero, en general, los contenidos estaban más cerca de las ideas de la juventud. Sobre todo, porque Perón lo había decidido.

El tono de la campaña estaba dado por las instrucciones que Perón le había dado a su delegado personal en una *Orden General de Campaña*. Ahí, el ex presidente le decía a su delegado que tenía que hacer una campaña de choque, movilizandó a los sectores más radicalizados para apretar al gobierno, con mucha presencia en la calle, y que en cada acto tenía que haber oradores de ruptura, de provocación, que no tenían que ser, en principio, los candidatos a los puestos más importantes, que tenían que mostrarse un poco más moderados. En la campaña, los candidatos no hablarían de sus rivales electorales: el único enemigo al que se referirían todo el tiempo sería el

«partido militar», y la opción que presentarían sería Perón o Lanusse o, en otros términos «Liberación o Dependencia».

Los medios para la campaña eran limitados. Miguel se estableció en una oficina medio cochambrosa, siempre repleta, en el edificio del FREJULI de Santa Fe y Oro, propiedad de los conservadores populares. A veces había peleas: caudillos conservadores como el tucumano Eduardo Paz se quejaban de que los militantes peronistas trabajaran en cueros, o de que dejaban todo hecho un kilombo. Ellos estaban acostumbrados a otra cosa. Y no sobraba la plata. Una parte del empresariado nacional, nucleada alrededor de Gelbard en la Confederación General Económica, aportó algún dinero, pero no alcanzaba. El presupuesto estaba siempre en rojo, aunque los sindicatos también hicieron sus aportes. Había que inventar formas de difusión que no costaran caras: lo que sobraba era entusiasmo, y gente dispuesta a hacer todo lo necesario.

La consigna central quedó decidida muy pronto: «Cámpora al gobierno, Perón al poder» era una buena síntesis de la idea de que votar a uno era elegir al otro.

—Cámpora al gobierno,/ Perón al poder,/ votar por el Frente/ es nuestro deber.

La consigna se volvió jingle, y cantidad de coches con altoparlantes la hacían oír en todas las calles del país, con su musiquita pegadiza:

—Compañero, compañera,/ la elección ya está resuelta./ Ganaremos la primera/ y no habrá segunda vuelta...

La campaña estaba centrada en la calle. Abundaban las manifestaciones, las pintadas, los actos: todos los militantes de la Juventud Peronista estaban movilizados. Las ciudades estaban llenas de afiches que mostraban a Cámpora, Perón y Evita sobre fondo oscuro, con la V del Perón Vuelve bajo la P de Cámpora. Los candidatos habían decidido utilizar buena parte de sus fondos para pagar una pequeña flota de cinco o seis avioncitos que los llevaban de aquí para allá, y aparecían cada día en dos o tres ciudades o pueblos distintos. Jorge Bernetti, secretario de prensa del partido Justicialista, viajaba con ellos. Miguel, en cambio, seguía en Buenos Aires.

Su vida se había transformado en un torbellino permanente. Trabajaba dieciséis, dieciocho horas: todo el día. Tenía que ocuparse de la difusión de las actividades de los candidatos, de los contactos con la prensa nacional y extranjera, de organizar el uso de los medios. Vivía para la campaña y, por primera vez en su vida, ni siquiera tenía ganas de coger: estaba demasiado ocupado. Y muchas veces, cuando terminaba una jornada agotadora, se iba al departamento de la calle Meló, donde paraba Cámpora cuando estaba en

Buenos Aires, y se quedaban hasta tarde tomando un whisky y charlando: decididamente, no podían parar. Y no tenían dudas de que el FREJULI iba a ganar las elecciones.

La radio era un problema. El secretario de Prensa de Lanusse, Edgardo Sajón, las tenía bastante controladas: los espacios para los partidos políticos eran escasos, y en los programas informativos el gobierno lanzaba todo tipo de rumores y versiones. Miguel aprovechó sus espacios para lanzar a un personaje, El Toto, inspirado en el Mordisquito que había hecho Discépolo hacia 1950: un tipo de barrio, peronista, que hablaba en el lenguaje más llano. Leónidas Lamborghini le escribía los textos y Juan Carlos Gené los interpretaba.

—Y ahora resulta que viene Lanusse y nos dice que después del 25 de mayo va a haber que seguir haciendo lo que él quiera. Pero escuchame, pibe, ¿a vos te parece? Flor de iluso, Lanusse. Se cree que le vamos a ganar por goleada para que después tengamos que seguir haciendo lo que él nos diga. Flor de iluso, o más bien, flor de... En fin, para qué te voy a contar.

Pero había que hacer algo más, y Miguel tuvo una idea: la secretaría compró espacios en radios chilenas, paraguayas, bolivianas y uruguayas que llegaban al territorio argentino: eran mucho más baratos y, sobre todo, no estaban sometidos a ningún control. Las radios fronterizas fueron un arma importante.

La televisión, en cambio, no estaba entre las prioridades de la campaña. Mario Cámpora había dejado claro que su padre no tenía que participar en ningún debate que lo pusiera en el mismo nivel que los candidatos apadrinados por el gobierno: Raúl Chamizo, Ezequiel Martínez o Francisco Manrique. El FREJULI sólo usó el espacio que le correspondía para emitir un programa grabado de una hora donde una serie de peronistas notables acompañaban a Cámpora en una especie de reportaje colectivo coordinado por Miguel. Pero cuando los invitaron a almorzar con Mirtha Legrand, que ahora estaba en el 13, se negaron rotundamente. Un directivo del canal, sorprendido, llamó a Miguel para insistir:

—Pero Bonasso, cómo no me va a mandar al candidato. ¿Usted sabe el raiting que tiene la señora Legrand?

—¿Y usted sabe el raiting que tiene el doctor Cámpora?

El 7 de febrero, la Junta de Comandantes lanzó sus Cinco puntos, con los que pretendía imponer al candidato que ganara ciertas condiciones para su gobierno. El documento estaba firmado por todos los generales —salvo Ibérico Saint Jean que, en desacuerdo, pidió el pase a retiro— y pretendía

imponer, entre otras cosas, que no hubiera amnistías para los presos políticos y que las Fuerzas Armadas compartieran la responsabilidad del gobierno democrático en las áreas de defensa y seguridad interna. Era casi una provocación. Juan Manuel Abal Medina contestó que «el único pacto que tenemos es con los explotados de esta tierra y con los mártires de nuestro movimiento —cuya sangre no será negociada— para acabar con el imperialismo y el capitalismo», y el equipo de asesores de Cámpora dio con la fórmula de la respuesta: «Hasta el 25 el régimen, desde el 25 el pueblo», refiriéndose a la fecha de asunción del nuevo gobierno.

Por la agitación de esos días, Miguel estaba en contacto con todo tipo de gente. En medio de la vorágine, seguía funcionando en su ámbito de Montoneros, y tenía clara la postura de la organización sobre las elecciones: había que apoyarlas con todo, pero era evidente que el régimen no caería simplemente por un proceso electoral. Lo que buscaban no era un cambio dentro del régimen, sino el cambio de régimen. Las elecciones formaban parte de una estrategia de guerra integral, la lucha electoral era un momento de un proceso más largo y más profundo, que ni siquiera terminıa con la llegada de Perón al poder: el proceso iba más allá, y sólo podía llegar a buen término si se quebraban las estructuras represivas de ese poder: si se podía organizar un verdadero ejército popular.

En la oficina de Santa Fe y Oro el desfile no paraba nunca. Entre los más asiduos estaban Dardo Cabo y Leonardo Bettanín, sus viejos amigos. Muchos días, cuando terminaba la jornada, se iban a comer juntos a algún bodegón de Pacífico, y seguían con la marcha: la vida les resultaba fascinante, estaban embarcados en una pasión sin límites y, en un tiempo más o menos corro, cambiarían el mundo de una vez por todas. Se sentían poderosos, imparables. Y la realidad, todos los días, parecía confirmar la sensación.

Otras veces, los jefes del equipo se trasladaban a la casa de Benito Llambí, un viejo político peronista, a la vuelta de la embajada americana. Detrás de la biblioteca, en una gran caja fuerte, Llambí guardaba los fondos de la campana y Miguel, a menudo, aparecía con un portafolios a buscar efectivo. La noche del 14 de febrero, en la cocina de esa casa, Lorenzo Miguel y Miguel Bonasso tomaban un café y charlaban cuando sonó el teléfono. Era para el sindicalista:

—Como? ıLo mataron!?

Lorenzo Miguel soltó una puteada y después, tapando el tubo, miró a Bonasso con expresión muy dura:

—Che, Bonasso, no puede ser. Otro metalúrgico!

Lorenzo Miguel colgó y le dijo que a la salida de un acto del FREJULI en Chivilcoy había habido tiros entre jotapé y sindicalistas, y habían matado a Osvaldo Bianculli, el chofer y guardaespaldas de Rucci:

—Encima estaba casado con una sobrina del Lobo Vandor. Imaginate el kilombo que me van a armar los muchachos.

Bonasso no sabía qué decirle, pero Miguel tampoco fue mucho más allá:

—Che, parenlá. Dejensé de joder con estas boludeces, por favor.

Y siguieron tomando sus cafés y hablando de otras cosas. Por el momento había que ganar. Después, en todo caso, ya se vería.

Cuando los echaron de Astarsa, Luis Venencio, el Chango Díaz y varios más empezaron a hacer trabajos chicos, de reparación, por cuenta propia. Habían formado una especie de cooperativa; mientras tanto, estaban en juicio contra el astillero para pedir la reincorporación y seguían reuniéndose y pensando la manera de recuperar posiciones en las comisiones internas y el sindicato naval. Pero seguían aplastados por la derrota en las acciones. El Chango quería darles ánimo:

—Hermano, cómo van a estar así con lo que está pasando en el país. ¿No ven que la estamos ganando por todos lados?

—¿Qué, y entonces los únicos boludos que perdemos somos nosotros? ¿Qué es lo que estamos ganando, que nos dejamos afanar el sindicato como unos jeropas?

—Pero che, parece mentira, estamos por ganar las elecciones, les vamos a romper el culo a los milicos estos y ustedes parece como si nos estuvieran reventando ellos a nosotros. Ya van a ver cuando tengamos el gobierno, ya van a ver.

El Chango insistía. Su punto de vista era ligeramente distinto: su grupito, Los Obreros, estaba en relación cada vez más estrecha con las FAR, recibía más información y su evaluación era más general, menos basada en los problemas del astillero.

Ese jueves hacía un calor de mil demonios en el playón de Astarsa. El Tano Mastinú recién había terminado de comerse un sandwich de salame y queso y estaba por volver al trabajo cuando escuchó el ruido, y enseguida los gritos. Todos corrieron hacia el lugar: un muchacho se había caído de una grúa sobre una plancha de hormigón y se había reventado la cabeza.

La escena era demasiado frecuente: los obreros de Astarsa sabían que cada barco se llevaba a uno o dos, pero esa vez el accidente había sido demasiado irritante. El muchacho estaba manejando la grúa y se había



mareado: como no tenía ningún arnés que lo agarrara, el desmayo resultó fatal. Tenía veinticinco años. Al día siguiente, todos los astilleros de la zona pararon y cientos de trabajadores fueron a velarlo al Sindicato. No era lo común: en general, cuando moría alguien sólo iban sus compañeros más directos, pero ese día estaban todos.

—¡Qué hijos de puta! ¿Hasta cuándo nos vamos a dejar matar así, hermano, hasta cuándo?

Las discusiones arreciaban. El padre del muerto, desconsolado, no paraba de decir que su hijo era un pan de dios, que nunca tomaba una gota de alcohol.

—Si hubiera tomado, todavía... Pero ni tomaba, el pobre, la puta que los parió.

La bronca aumentaba y todos trataban de pensar qué podrían hacer. No llegaron a ninguna conclusión, pero la idea quedó flotando en el aire. Los de la Agrupación estaban impresionados por la cantidad de gente que se les acercaba para decirles que había que hacer algo. Ahí se dieron cuenta de que eran muchos, y que tenían más fuerza que la que creían.

**Febrero de 1973.** Un artículo de *La Opinión* decía que «El tango está otra vez de moda en Buenos Aires», y hacía una lista de sus shows más interesantes. En Caño 14 —«una verdadera institución de la noche porteña»— cantaban Roberto Goyeneche, Alberto Podestá y Nelly Vázquez y tocaba el Sexteto Tango, el cuarteto de Héctor Stampone y la orquesta de Atilio Stamponi. En el Viejo Almacén —«lugar preferido por los turistas extranjeros»— se presentaban Aníbal Troilo, Edmundo Rivero, Néstor Fabián y el trío Berlingieri-Federico-Cabarcos. En Malena al Sur —«un ambiente cálido e íntimo»— estaban Horacio Salgán y Ubaldo De Lío. En Cambalache —«sencillo, sin ostentaciones»— la troupe estaba encabezada por su dueña, Tania. En el Unión Bar, en cambio, en el bajo, el que cantaba era el público, acompañado por un piano y un bandoneón.

—Se van a sacar chispas...

—Subí la tele que ese ventilador hace un ruido bárbaro.

Gerardo Sofovich estaba parado, quieto, al lado de Agustín Tosco, mientras Jorge Conti, el otro presentador, daba unos pasitos al lado de José Ignacio Rucci y anunciaba que el debate entre los dos líderes sindicales, en *Las Dos Campanas*, iba a ir a fondo. El programa de canal 11 era nuevo y

estaba tratando de hacerse un lugar. Los dos sindicalistas aparecían en camisa de manga corta, agarrados a las sillas, esperando la señal de largada. Del otro lado de la pantalla, en la casa de Daniel Egea, el Cabezón José Ríos pedía silencio. Sofovich, con voz cascada, se mostró equidistante:

—... los dos van a tener las mismas chances, pero antes de entrar en el debate quiero rendir un homenaje a la coherencia de los dos entrevistados...

Era martes 13 y, en la hora y media de programa, los cuatro periodistas invitados —Horacio Salas, Silvia Odoriz, Rodolfo Pandolfi y Pablo Giussani— iban a encargarse de las preguntas. Los dos presentadores se limitarían a dar la palabra y pedir el corte publicitario. Mientras pasaban anuncios, Daniel y el Cabezón recordaban alguna de las veces que habían estado con Tosco. A ellos, que eran maoístas, les fastidiaba un poco cierta condescendencia del cordobés con el PC, pero lo consideraban el sindicalista más honesto y comprometido.

—Y ya que la elección es fraudulenta, como ha declarado usted, ¿piensa que hay que ir a la abstención?

Le preguntó Giussani a Tosco.

—Hay distintos caminos y nosotros no hacemos de esta elección una cuestión de vida o muerte. Creemos en la lucha del pueblo, que está más allá de un día en que se pone una boleta. Yo no planteo una abstención, incluso he dicho que respeto a todos aquellos que plantean un cambio a fondo, una transformación revolucionaria del sistema...

El Cabezón sentía que Tosco hablaba por su boca.

—Ves, es lo que decimos nosotros.

Pero el periodista tenía con qué repreguntar.

—Usted ha dado declaraciones en las que expresó su apoyo a la fórmula del FREJULI en el ámbito provincial. ¿Cuál es su postura en el ámbito nacional?

—Nosotros damos nuestra identificación con la fórmula Obregón Cano-López, porque queremos ser consecuentes con una línea de unidad combativa que ha sido práctica en la CGT, de la cual el secretario general es el compañero Atilio López, pero en el orden nacional no tenemos el mismo concepto por la propia composición del FREJULI, por la presencia de Solano Lima, por lo que significa Frondizi, su Conintes, su entrega del petróleo...

El programa seguía y la cámara enfocó en primer plano al secretario general de la CGT.

—¿Qué es la revolución para usted, Rucci?

—La revolución es la que se plasmó en 1946 cuando el peronismo, prácticamente, por sus votos, barrió la nefasta alianza de la Unión Democrática.

—Pero con eso no la define...

—Bueno, la revolución es... es decir, la revolución... creo que no es ninguna novedad saber lo que es una revolución...

Se lo veía confuso, sin saber qué decir. De pronto se le ocurrió una salida:

—... una revolución puede ser cruenta o incruenta. La revolución es provocar el gran cambio que entierre esta estructura que somete a los pueblos; estructuras que someten a los trabajadores y que colocan al país en el terreno de la dependencia. Revolución es liberación, la forma de encarar la revolución. La forma de encarar la revolución, la forma de llevarla y concretarla, eso depende...

—Pero si usted dice que la propiedad de los medios de producción deber ser de los particulares, del Estado o del...

Rucci no estaba dispuesto a que le contaran las costillas:

—No. La revolución que sostenemos los peronistas no es la revolución de decir aquello que tenés vos es mío y vos hoy no tenés nada. Es decir, acá no se trata de apropiarse nada. Acá la revolución tiene que tener como objetivo fundamental el respeto a la dignidad humana.

Los minutos de avisos le permitieron a Claudia Sánchez que actuara el placer de un cigarrillo rubio y a Bernardo Neustadt que recordara a la audiencia que ese viernes seguía en su búsqueda de la verdad. Mientras Daniel y el Cabezón tomaban cerveza y se interrogaban acerca del impacto del programa, Silvia Odoriz volvía sobre Rucci:

—¿Qué es infiltrarse en el movimiento obrero? ¿Que haya gente que no piensa como usted?

—No, de ninguna manera.

Contestó el metalúrgico sin que se le moviera un pelo del bigote; Daniel cargaba presión:

—Éstos te mandan la patota y después se hacen los mansos.

—Dígame Rucci, cuando Tosco estuvo detenido, usted dio a conocer a la opinión pública una serie de críticas y también trató de conseguir una amnistía. ¿Debe interpretarse esa actitud suya como demagógica?

—Quiero aclarar que me siento un hombre con dignidad. Y que me merecen mi mayor respeto aquellos hombres que caen presos por un ideal que no comparto. Esto significa que el compañero Tosco, a pesar de estar en la cárcel —se podría decir que casi diariamente— la prensa le ofrecía sus

páginas para criticar al secretario general de la CGT. Y el secretario de la CGT permaneció mudo. Entonces, cuando el compañero Tosco salió en libertad, en igualdad de condiciones, yo recién dije cuál era mi verdad.

—¿Significa que el sistema lo defendía mandándolo preso?

—Yo no he dicho que el sistema lo defendía mandándolo preso. Pero usted fíjese que resulta sospechoso que cuando un hombre está detenido tenga la facilidad de dar comunicados a la prensa y la prensa de publicárselos. Yo no voy a decir que está en el sistema, pero sí que inconscientemente con esos comunicados estaba sirviendo al sistema, porque esos comunicados atentaban contra la unidad de la central obrera.

—Pero Rucci, ¿usted está en contra o a favor del sistema?

—Usted no me haga esa pregunta porque le consta que soy un peronista con una postura bastante conocida y definida. No cabe ese tipo de preguntas, no tienen sentido. No estoy con el sistema, ni comparto el sistema.

Como se la habían agarrado con Rucci, Horacio Salas le dio entrada al cordobés:

—Aquí Tosco quiere aclarar...

—Quiero aclarar algunas cosas. No es tal el silencio en cuanto a que nosotros estábamos presos. Aquí tengo yo una carpeta firmada por el Sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba y la Federación Gráfica Bonaerense, donde refuta los conceptos de Rucci que acusa al compañero Ongaro de ser un troSCO y de que yo estaba en la cárcel como un medio de promocionarme. Esto, además de injusto, es arbitrario. Las cartas, pocas cartas, que sacamos de la prisión eran transmitidas en los locutorios por nuestros abogados que las sacaban en sus portafolios inviolables. Y esas cartas me significaron nueve sanciones que me aplicaron tanto en Devoto como en Rawson.

Terminadas las preguntas, llegaron las conclusiones de los entrevistadores. Odoriz y Pandolfi se jugaron por la coherencia de Tosco. Salas y Giussani, salomónicos, hablaron de la madurez y adultez del programa, de la posibilidad de dialogar entre gente que pensaba diferente. Daniel, aunque iba a dormir apenas unas horas porque entraba a las cuatro de la mañana, se mantuvo despabilado hasta el final.

—Lo noqueó, Cabezón, lo dejó en la lona. El Gringo es un maestro.

Se había tomado un avión de Madrid a Río de Janeiro, y le temblaron las piernas cuando vio a Norma con Aleidita en brazos. Ellas habían ido a encontrarse con él en Brasil, para tener unos días de calma juntos. Hacía cuatro meses que Alejandro Ferreyra no veía a su mujer y a su hija. Después

del descanso, se pasaron tres días viajando en micros hacia el sur, hasta que cruzaron a Paraguay y, por Iguazú, entraron a la Argentina. La beba tenía un año y había soportado muy mal el calor del viaje. En el puesto de frontera, Alejandro vio una serie de fotos de buscados, pegadas en la pared; trató de no mirar demasiado la suya y respirar despacio.

—¿Ecuatoriano?

—Sí.

—¿Cuántos días se van a quedar?

—Diez.

Cuatro meses en la Habana deberían haberle suavizado la tonada cordobesa, pero Alejandro no quería pronunciar ni una erre. Por suerte, el documento decía Anselmo Calderón y en la foto salía con el pelo un poco más corto, anteojos de marco metálico y bigotitos no demasiado poblados. Pocos días después llegaba a Buenos Aires: estaba ansioso esperando el contacto, quería reintegrarse a la actividad. Le parecía que había compensado el desgaste de los meses de la operación de rescate en Rawson con la experiencia cubana. Una tarde de enero le pasaron una cita en Lanús con Enrique Gorriarán Merlo.

—El balance que hizo la dirección sobre la preparación de la acción es negativo. Al Colorado ya se le comunicó una sanción a la cárcel, al Gallego no se lo va a sancionar porque se le va a prohibir el ingreso de nuevo a la organización...

Ferreyra sabía que el próximo era él. El Colorado Marcos había sido el responsable operativo y estaba preso en Rawson; el Gallego Fernández Palmeiro era uno de los promotores de la fracción ERP-22. El tercero del grupo de rescate era él. Gorriarán se comía una empanada de pollo en una pizzería cerca de la estación mientras le transmitía decisiones del tribunal partidario. Eran las reglas del juego: él también había impuesto sanciones alguna vez cuando era jefe militar de Córdoba. Gorriarán se tomó un buen trago de gaseosa y ni lo miró a los ojos:

—A vos, Lucas, no se te aplicó ninguna sanción, pero el partido considera que tenés que hacer una experiencia de masas, que tenés que ir solo a construir el partido a una zona obrera.

—¿Por qué solo?

—Para que no dependas del aparato. Mirá, hermano, tenemos que corregir las desviaciones, y compañeros como vos pueden terminar deformados por el militarismo.

Después le dijo algo así como que no había que convertirse en los perros de la guerra: por la bronca, a Alejandro se le mezclaban las ideas. No esperaba medallas ni elogios, pero tampoco un sablazo. Se había pasado meses dedicado a sacar a la dirección de la organización de la cárcel y ahora le decían que eso traía vicios militaristas. Más allá de las justificaciones políticas, se sentía abandonado por su organización. Alejandro era un tipo reconcentrado y orgulloso: en esos días, necesitó todo su amor propio para no derrumbarse. Si no pensó en dejar el PRT fue por su disciplina y su confianza en Santucho: a la madrugada del otro día se fue a buscar trabajo. Lo único que le habían dado era un nuevo documento de identidad. Por suerte, esta vez decía que había nacido en Córdoba.

—¿Y tiene experiencia en metalúrgicos?

—Bueno, trabajé unos meses en un taller de autopartes allá en Córdoba.

Pasó la revisión médica sin problemas y el primer día le entregaron un uniforme azul y borceguíes con puntera metálica. La planilla decía efectivo, con categoría de operario. No estaba mal. CinterMetal era una metalúrgica mediana que hacía autopartes en San Justo: al mes ya tenía algunos amigos, había ido a jugar un par de veces al fútbol y, por más que se pasara aguarrás, las manos le quedaban negras como el alquitrán. La plata le alcanzaba para vivir y tenía su propio carnet sindical metalúrgico, con su nombre supuesto. Norma, su mujer, trabajaba en un taller textil y militaba en una célula de tareas logísticas que hacía documentos de identidad, arreglaba y guardaba coches operativos y daba apoyo sanitario.

—A nosotros también nos pusieron como condición que trabajemos en fábrica.

A Alejandro lo enfermaba que ella tuviera un ámbito de funcionamiento orgánico y a él lo tuvieran apartado. Se acordaba de un viejo leproso en las afueras de Córdoba al que había ido cuando era estudiante de medicina. Pero estaba decidido a hacer política dentro de la fábrica, ir de a poco, aprender de los demás, ser buen compañero y tener paciencia. Con eso sería suficiente: el resto iría viniendo. No había pasado más de un mes cuando, en un cambio de turno, casi se tropezó con el Caballo. Por instinto, la primera vez le esquivó la mirada. Lo primero que pensó fue que sus compañeros estarían preparando alguna operación. Pero la segunda se dio cuenta que el Caballo también era obrero de CinterMetal. No lo veía desde hacía más de un año, cuando se encontraron en Rosario: el Caballo estaba en el comité militar de esa regional y Alejandro todavía militaba en Córdoba. Se hablaron casi a hurtadillas y

quedaron para el día siguiente en el bar de Crovara, frente a la estación de servicio.

Cuando el Caballo le contó lo que le había pasado, Alejandro desconfió: las coincidencias le parecían demasiadas. Conocía las formas de actuar de la contrainteligencia. Podía ser un engaño, pero todavía confiaba más en su sentido común que en las conspiraciones y los embrollos. El Caballo estaba resentido:

—Mirá Lucas, a mí también me largaron solo. Estos meses para mí fueron bravos. Hicimos unos cuestionamientos a la dirección. Hasta que volvieron los compañeros de la dirección, entre las caídas y las discusiones, andábamos medio como bola sin manija. El que quedó a cargo fue Mariano pero no consiguió imponer su autoridad ni generar ningún entusiasmo. Estaba por llegar Perón, nada menos, y nosotros no teníamos respuestas claras, entendés. Después, cuando el Robi se hizo cargo, el buró se puso muy estricto y me acusaron de militarista y con eso dieron por terminada la discusión. Me mandaron a esta regional a trabajar en fábrica, solo, a construir el partido en las bases.

Mariano era Benito Urteaga. Al principio habían pedido café, pero al rato el Caballo le preguntó al mozo si no tenía Pilsen o Santa Fe. Hacía calor y la charla se ponía fuerte.

—Bueno, traiga cualquier otra.

El Caballo le contó que las fracciones que se habían separado en La Plata y en Capital habían puesto muy nerviosa a la dirección. Los de La Plata se llamaban Fracción Roja y eran el resultado del trabajo que habían hecho los de la Cuarta Internacional, que decían que Santucho y el resto de la dirección tenían una visión pro cubana de la revolución y se habían apartado de los postulados del trotskismo. El otro desprendimiento era el de Víctor Fernández Palmeiro, Daniel Hopen y el viejo comité militar de la Capital, que tenían una postura de apoyo crítico al camporismo y se habían bautizado ERP-22 de agosto:

—Bueno, imaginate. Robi puso presencia, quería evitar que se extendiera la discusión y plantearon que acá no estábamos de congreso y que la única manera de fortalecer ideológicamente las estructuras partidarias era construyendo en fábricas.

El Caballo apuró el último trago y vio que Alejandro estaba contrariado.

—Bueno, ¿y con vos qué pasó?

El caso de los que habían participado en la organización de la fuga de Rawson había salido poco antes en un boletín interno. Decía que el Colorado

Marcos no había confiado en el plan estratégico y que se retiró antes de tiempo por esa falta de confianza. El Colorado estaba preso y su sanción consistió en quitarle los derechos internos de militante por algún tiempo. Tenía todas las obligaciones y compromisos de cualquier miembro del PRT pero no podía votar en reuniones de célula o ser elegido para ninguna responsabilidad mientras durara la sanción. A Fernández Palmeiro no pudieron sancionarlo porque ya se había ido.

—Mirá, cuando llegué, por suerte estaba mi compañera. Te imaginás, yo estaba muy buscado y no tenía nada, ella tenía un revólver 32 casi sin balas, no teníamos plata. Me dan una cita en Lanús y me llevan a verlo al Pelado. Y él me plantea que como yo era un compañero entregado el tribunal no me había sancionado pero que en la etapa que se abría la gente como yo podía caer en desviaciones y que me mandaban a construir el partido solo...

Alejandro no quiso contarle al Caballo que, dos horas después de llegar estaba sentado con su mujer y su hija de un año en un banco de plaza Once, con una muda de ropa y 17 pesos en el bolsillo. Ni que Gorriarán, al final de su charla, le había pedido la plata que le había dado Benigno Alarcón, un sobreviviente de la guerrilla del Che, para que le comprara discos de boleros y se los mandara a Cuba. Para qué se lo iba a contar, si en esos casos, Alejandro pensaba en el Petiso Ulla, que siempre le decía que a él nunca le iban a poder sacar nada material, simplemente porque no tenía nada porque había renunciado a todo salvo a la revolución, y ahora estaba muerto. Pensaba en los hermanos Polti, sus amigos de Córdoba, que también habían muerto; pensaba en la madre de los Polti cuando le había dicho te di mis hijos que es lo único que tengo y él la abrazó para tranquilizarla.

—Mirá, a mí no me sancionaron pero me sancionaron. Así, sin participar de ninguna célula, te sentís solo. Bueno, vos debés sentirlo. Yo lo veo al responsable de mi compañera que las pocas veces que me lo crucé me mira como si fuera un extraño. A mí me critican por orgulloso y a veces deben tener razón, y te juro que esta vez a más de uno, por orgullo, no le voy a mostrar la bronca que me da.

Al rato empezaron a decirse que iban a hablar con los de una agrupación combativa de la fábrica, que tenían que apoyarse mutuamente y que había que tener confianza en las masas y en el triunfo del socialismo:

—Mirá Caballo, a mí me mandan la prensa y los materiales internos así que podemos vernos una vez por semana y cambiamos un poco de ideas y vemos cómo armar el trabajo acá, ¿no? ¿O acaso alguien nos dijo que hacer una revolución era fácil?



Corría febrero, y Miguel Molfino estaba en La Plata, en Plaza Italia, a las diez, como le había dicho Chispa. Tenía el diario *Norte* bajo el brazo y, al ratito, vio a otros que daban pasitos cortos y llevaban diarios y algún bolsito de mano. Le pareció ver gente de Salta, de Córdoba y de Mendoza, pero prefirió esperar que llegaran los organizadores antes de preguntar a los demás si estaban por lo mismo.

Al rato, vio bajar a dos tipos de un 504: a uno lo conocía, porque era algo así como el responsable legal nacional y le decían el Amarillo; al otro, aunque nunca lo había visto en persona, lo reconoció en seguida: era el Pelado Gorriarán Merlo. Para su sorpresa, en vez de juntar a los invitados, se subieron a un colectivo y se fueron. Tras ellos, se fue el 504.

Le agarró terror de que hubiera una batida y, por deformación profesional, pensó en un título catástrofe y su foto al lado de la de Gorriarán. Pero un rato después volvió el mismo auto con los mismos pasajeros; en vez de subir a un colectivo, esta vez saludaron y metieron como a siete en el 504. Se fueron todos mirando hacia abajo, para no identificar el rumbo, y al rato estaban en una reunión. Miguel pensó que no era correcto preguntar qué había pasado, así que agachó la cabeza y simuló que leía el *Norte*, por octava vez consecutiva.

Después de dos años de desvelarse por el PRT, Molfino no estaba de ánimo para dar batalla por las diferencias. Al rato de empezado el encuentro le producía cierta emoción escuchar en diferentes tonadas cómo «construían el partido». Además, si un jefe militar como Gorriarán estaba presente, era un buen síntoma.

Tras unos sandwiches de pan de fonda y mortadela pidieron que cada cual diera su informe: en varias provincias tenían locales de sociedades de fomento, dispensarios médicos, los comités de base de los que hablaba el periódico. Varios estaban más entrenados que Molfino en dar informes y hablaban de números: cantidad de equipos, de compañeros, de publicaciones, de actos, de locales abiertos. En comparación, le pareció que lo suyo era pobre, pero cuando le tocó el turno vio la mirada interesada de Gorriarán que le escuchaba enumerar la cantidad de periódicos que vendían en su regional, la presencia de militantes del PRT en el Chaco: trataba de seguir el modelo de los demás, y le estaba saliendo bastante bien.

—... satisfechos del trabajo en esa villa, pero son peronistas. Los compañeros médicos atienden a los chicos en los dispensarios, pero los padres van a votar a Cámpora. Nosotros nos rompemos el culo con la gente, nos quieren, pero son peronistas...

Mientras hablaba, Miguel semblanteaba. Pero no vio reacciones entre los presentes y, nunca pudo descifrar si las caras de poker eran porque realmente el tema no los conmovía o porque, ante la duda, acataban con fe lo que a él le resultaba motivo de contradicción. Después Gorriarán esbozó una explicación de por qué no habían tenido una buena táctica electoral y, como al pasar, advirtió sobre la necesidad de la unidad:

—Nos faltó tiempo para armar una alternativa electoral... Robi volvió recién hace dos meses y, en las condiciones de seguridad en que se tiene que mover, no pudo avanzar con lo que hubiéramos querido: proponer una alternativa electoral con dirigentes populares reconocidos. Además vencían los plazos para inscribir un partido y se hizo lo que se pudo... Lo importante es que el partido está respondiendo al auge de masas con una buena presencia; y en todas las regionales se está creciendo en la incorporación de compañeros...

Con el mismo tono, Gorriarán descargó contra los que se fueron:

—Los del ERP-22 son unos delincuentes: se robaron las armas de la regional, se quedaron con plata del partido. Hace poco, en un plenario de la regional capital, la compañera que hizo de secretaria de actas desertó después de la reunión y hasta se llevó el cuaderno. Nos enteramos que ella estaba con los del 22 desde antes, pero que la dejaron a propósito en el partido para sacar información. Ésos son métodos contrarrevolucionarios...

Cuando Miguel volvió a Resistencia seguía creyendo que era un error ponerse en contra de los votos peronistas, pero no pensó en romper con el partido. En ese momento pasaban tantas cosas en el país que había muchas chances de que estas dificultades se superaran. Le parecía que la bronca contra la dictadura era tan fuerte, tan masiva, que era mejor hacer lo que le había escuchado a Gorriarán:

—Hay que darle p'adelante, compañeros, y las contradicciones se van a ir solucionando con la práctica revolucionaria.

En esos días, en el Chaco los buzones funcionaban, la prensa llegaba más o menos a tiempo, indicaciones no faltaban. Una tarde, a principios de marzo, el Gringo Lauroni le dijo que en un buzón habían descargado una cantidad inmensa de paquetes. Fueron hasta el lugar y cuando sacaron el papel madera vieron unos panfletos chiquitos, del tamaño de una boleta electoral con las fotos de los militantes caídos el 22 de agosto de 1972 y la consigna «Vote por los héroes de Trelew». Miguel sintió pesar y miró al Gringo, el tipo con el que había tenido su primera cita:

—Gringo, esto yo no lo reparto...

—Está bien, yo tampoco estoy de acuerdo.

Esa misma tarde, Miguel lo vio a Chispa y le comunicó su decisión.

—Si desobedecés la disciplina partidaria, te vamos a tener que sancionar.

Al otro día, le comunicaron que debía cumplir un arresto de dos días. Chispa le aclaró:

—No es por pensar distinto, como vos decís, sino por no cumplir con la disciplina.

Molfino lo miró y pensó que era extraño que el Chispa, esa vez, no hubiera pronunciado su frase de remate: no sé si me explico, no sé si me entiendo. Sin chistar, Miguel se llevó a su encierro un par de libros que hablaban del parlamentarismo desde una visión revolucionaria: *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, de Marx, y *El triunfo de los kadetes y la socialdemocracia*, de Lenin. Aceptaba la sanción pero, de esa manera silenciosa, dejaba sentada su protesta.

**Marzo de 1973.** «La campaña educativa contra las drogas no halla eco en la juventud y paradójicamente la está empujando hacia la izquierda, advierten dos informes dados a conocer por el departamento de Salud Pública, Educación y Bienestar Social de los Estados Unidos», decía en esos días un cable de *Associated Press* fechado en Washington.

«Ambos estudios, realizados bajo contrato del gobierno por dos grupos de investigación privados americanos recién fueron publicados cuando el periodista Jack Anderson, tras imponerse de su contenido, acusó al titular del departamento, Elliot Richardson, de guardarlos en secreto.

»Los informes advierten la contradicción de predicar a los jóvenes que las drogas son algo malo y peligroso cuando sus experiencias reales con los narcóticos les parecen en gran parte agradables, provechosas y significativas.

»“Esta contradicción y la actitud del gobierno han tenido un impacto destructivo sobre los jóvenes”, decía uno de los informes, “que los lleva a tomar actitudes políticas y volcarse hacia la izquierda”».

—Está dando ganancias, che, mucha guita. Antes daba pérdida porque se afanaban todo.

—¿Está en el informe?

—Sí, acá está. Me lo acaba de dar Guana. Fijate, desde que decretaron la quiebra y se desvincularon de Deltec, dio una ganancia de la san puta.

Ese domingo, en la playa municipal de Berisso, los del PCML del Swift estaban de reunión de célula y asado. Ahí podían andar con los pantalones arremangados y en musculosa sin que nadie les prestara atención. El domingo siguiente se votaba, y las elecciones eran tema central. Un año antes, con el escándalo de los negociados de Deltec, el frigorífico había estado casi parado y suspendían turnos enteros. En esos días, Daniel Egea trabajó desmontando el terreno de un astillero, Cacho Herrera arreglaba las vías del Roca, y otros ni siquiera eso. Pero ahora el Swift de Berisso se había recuperado y trabajaba a pleno.

—De Deltec no quedó ni la sombra. Antes decían que eran imprescindibles, que aportaban capitales y comercialización, ahora Lozada los va a seguir hasta la casa.

El interventor liquidador, Busquet Serra, se iba con la dictadura, pero quedaba bien diciéndole a todos que la única salida era la nacionalización: el peronismo lo apoyaba. Entre el conflicto y el clima político, el activismo del frigorífico había crecido mucho. Los del PCML tenían como veinte militantes y, aunque seguían sin lanzar públicamente el partido, eran un grupo sólido: más de la mitad eran delegados. Varios venían del peronismo: hartos de lidiar con los burócratas sindicales, encontraban en ese grupo muy familiar un espacio para sus actividades. Salvo Cacho Herrera, que tenía más de cuarenta y venía del PC, el resto no había votado nunca. Daniel tenía que bajar la línea del último comité central. Como criticaban tanto el burocratismo de los prosoviéticos, en vez de dar instrucciones hacían llamamientos:

—Teniendo en cuenta que el partido todavía no se da a conocer porque está en etapa de formación, lo que evaluamos es que no tiene sentido fijar una política electoral. Lo que hacemos es un llamamiento a no perder de vista nuestros principios y nuestra ideología marxista leninista; en cuanto al voto, cada compañero queda en libertad de elegir la fórmula que quiera.

—¿Y vos a quien votás?

—Yo no quiero incidir con mi postura. Primero que se expresen todos los compañeros.

Algunos le tenían cierta simpatía a Alende y dos o tres tenían guardada una boleta del ERP con la lista de los fusilados de Trelew, pero la mayoría votaba a Cámpora.

—Yo también.

Últimamente, Daniel andaba en muy buenos términos con Pichila Fonseca, un delegado de Latas que era la cara visible de la Agrupación Evita del Sindicato de la Carne, creada hacía muy poco, que respondía a la JP. Los

de la Evita estaban todavía en la lista Verde, del peronismo ortodoxo, bancada por Zorila. Pero pensaban romper y, de hecho, Pichila se había incorporado a Montoneros. Unos días antes, la Agrupación Evita y el ROC —Resistencia Obrera de la Carne, como habían rebautizado al grupo del PCML— habían sacado un volante conjunto sobre temas concretos del frigorífico.

—Yo lo voy a votar a Cámpora, pero nosotros tenemos que seguir construyendo en la clandestinidad y no exponer a los cuadros. Swift todavía tiene esa sarta de capataces para detectar a los combativos, que funciona tan bien. Seamos serios, compañeros: las elecciones no van a cambiar el poder de los monopolios.

—Che, Elvio, escuchá ésta: el Viejo le pregunta la hora al Tío. Y el Tío, ¿sabés que le contesta?

—Sí, la que usted quiera mi General. Ésa es más vieja y más gorila que el almirante Rojas, Tano, no caigás en la trampa del enemigo imperialista, que es el gran difusor de chistes malos.

Caían las primeras gotas pero a nadie le importaba. Todavía faltaban como dos horas para los discursos, y la cancha explotaba. Elvio Vitali había visto la cancha de Independiente en sus mejores días, pero nunca como ese jueves 8, para el cierre de la campaña del FREJULI.

—¿Y qué seremos, cien mil?

—Cien mil, por lo menos. Fijate que afuera hay mucha gente que no pudo entrar. Hasta Mitre, llegan.

Las cifras siempre fueron opinables, pero seguramente esa noche había unas setenta mil personas gritando sin parar. Que el acto fuera en Avellaneda, en pleno cinturón industrial, también resultaba significativo. El ruido era atronador: cien bombos y cien clarines respaldaban los gritos. En una tarima montada en la cancha, rodeado de gente, Cámpora insistía con uno de los slogans de la campaña:

—La elección del domingo no es una elección más, porque ese día hay que producir el argentinazo a través de las urnas.

Detrás del candidato, sobre el escenario, había tres enormes carteles con las caras de Perón, Evita y él mismo. Cámpora llevaba la camisa azul sport, desabrochada, que había usado en toda la campaña:

—Yo sé que ustedes preferirían que en vez de estar yo estuviese aquí el general Perón. Les tengo que decir que hoy llegó el doctor Juan Manuel Abal Medina luego de conversar cinco días con nuestro jefe y que el general me

autorizó a decirles que él va a festejar junto a su pueblo el triunfo en las elecciones...

Hubo redoble de bombos y clarines, y todos los gritos se juntaron en uno:

—¡Se siente,/ se siente,/ Perón está presente!

Abal Medina acababa de llegar de Madrid con la consigna de parar la reorganización del Movimiento, que el propio Perón le había ordenado un mes antes: la Juventud Peronista tenía puestas muchas expectativas en esa reorganización, que le permitiría ocupar espacios más acordes con su presencia en la calle. En ese momento, nadie le hizo mucho caso a la cuestión: la JP estaba en pleno auge y la medida no tenía gran importancia. Recién unas semanas más tarde aparecería como el primer paso de una ofensiva contra el peronismo revolucionario.

Lili Mazzaferro, como la mayoría de los presentes, no sabía nada de esto. Lili estaba como perdida y llena de entusiasmo. La habían dejado en libertad la noche anterior y no podía creer lo que veía. Ese día se cumplían dos años de la muerte de su hijo Manuel, y todo había cambiado tanto. Lili lloraba sin parar, de pena y alegría. Mercedes Depino saltaba en la tribuna alta.

—¿Alguna vez te ponés a pensar cómo va a ser cuando ganemos?

—Sí, claro, lo pienso muchas veces. Va a ser un momento de gloria, como la entrada de Fidel y el Che en La Habana, o la toma del palacio de invierno.

—No, digo, después, cuando estemos en el poder.

—Bueno, eso es mucho más complejo.

Horacio González trataba de escuchar el discurso, lejano entre los gritos. Agitado, corriendo sin parar entre la cancha y un garaje donde le prestaban un teléfono, Nicolás Casullo llamaba cada media hora al diario para pasar la información del acto. En la cancha no había siquiera una oficina de prensa. Después, a eso de la una, cuando se terminó, Nicolás se fue con mucha gente a comer a Pippo. Corrientes estaba lleno de manifestantes improvisados que cantaban y saltaban en medio de la calle. Rodolfo Ortega Peña estaba tan borracho que se sentó en el cordón de la vereda y se quedó ahí, gritando consignas con dicción confusa. Nicolás, a todo esto, se ocupaba más bien de una chica lindísima y eufórica con quien quería terminar la noche. La vida era casi perfecta.

**Marzo de 1973.** El jueves 8, el FREJULI organizó el primer Festival de la Canción Peronista en el Salón Español de Avenida de Mayo al 1200. Estuvieron desde Cátulo Castillo hasta Marilina Ross. El más aplaudido fue

Hugo Marcel, que cantaba: «Todo lo que tengo se lo debo a Perón,/ desde el techo hasta el colchón...».

El estreno de cine nacional de ese jueves era *Paño Verde*, de Mario David, con Luis Brandoni, Héctor Alterio, Luisina Brando y Alicia Bruzzo. Basado en la novela de Roger Pla, contaba la historia de un delincuente que era, en realidad, un rebelde contra una sociedad que no le daba nada.

En el ABC, un cine que se presentaba como erótico, en Maipú y Lavalle, daban *El Silencio* de Ingmar Bergman y *Teorema* de Pier Paolo Pasolini. Los amantes del terror hicieron cola para el estreno de *Tales from the crypt* de Freddy Francis. Y Woody Allen ofrecía su visión irónica y no muy comprometida de las guerrillas latinoamericanas en *Bananas*.

En esos días, *La Opinión* reproducía un artículo del *Village Voice* dedicado al cine militante argentino, a partir de la película *Alianza para el progreso* de Julio Ludueña. «En América Latina los cineastas políticos de izquierda son tratados a menudo como revolucionarios: sus films y sus vidas están en peligro. Muchos de ellos han visto sus films prohibidos o confiscados, otros han sido encarcelados; por eso Ludueña se ha refugiado en el *underground*, la clandestinidad, en continuo movimiento para evitar la persecución y el posible arresto. El contenido de su film muestra que está en lo cierto, es un informe de la lucha sin fin entre las fuerzas revolucionarias y contrarrevolucionarias en una sociedad latinoamericana no especificada. Ludueña y otros directores, como Solanas y Getino con *La Hora de los Hornos*, han rechazado la forma tradicional de un documental sobre opresiones sociales. Estos directores están buscando nuevos caminos para incitar a las audiencias al diálogo que dé como resultado una acción radical...».

Poco después volvía al país el Gato Barbieri. Era la tercera vez en diez años: el saxofonista venía a mostrar cómo fusionaba el jazz con la música popular argentina. El Gato se había hecho famoso unos meses antes con la música de *Último tango en París*, cuyo protagonista, Marlon Brando, rechazaba por segunda vez el Oscar al mejor actor; esta vez, por su papel de *El Padrino*. Brando quería mostrar su repudio a la persecución de las comunidades indígenas americanas por su propio gobierno.

—Che, hay que ponerle nafta al Montonero.

—Bueno, a ver de dónde sacamos unos mangos.

El Montonero era un camioncito tipo chata, con una plataforma muy ancha atrás, que Alberto Llorente, el marido de Susana Sanz, había recibido

como pago por un trabajo de ingeniería. Y los compañeros de Susana lo habían pintado y arreglado y empezaron a usarlo para llevar por todas partes al grupo de teatro que formaron para participar en la campaña electoral. Lo organizó un militante que había estado trabajando en Buenos Aires con Norman Briski y su grupo de teatro en villas, y varios de los JP de San Rafael se prendieron con entusiasmo. Cuando se juntaban para escribir las obras se divertían como locos.

—Y entonces con el que hace de imperialismo americano la ponemos a Mireya que salga con una mini bien cortita y hablando como una caquera...

—Ufa, ¿por qué yo tengo que hacer siempre ese mismo papel?

—No, y además habría que ver la desviación ideológica del compañero. ¿De dónde sacaste la idea de que los imperialistas se llevan las mejores minas?

—¿Ah, porque ahora vas a decirme que no es cierto?

—Bueno, si es cierto no vamos a salir nosotros a decirlo. Nos estaríamos pateando en contra...

—Che, un poco de calma, que hay que terminarlo esta noche. Mañana tenemos el acto en el barrio Usina.

Solían llegar a los barrios en manifestación, con el Montonero por delante; los demás caminaban atrás con bombos y un par de cornetas, convocando a los vecinos. Enseguida se instalaban en un descampado, armaban el escenario sobre el camioncito con un par de decorados pintados, y empezaba la función. Chaves, el abogado de General Alvear, introducía payando con la guitarra y llegaban los personajes caracterizados: el burgués con su panza y su cigarro, el militante con campera verde, el militar con antifaz siniestro. Las obras hablaban de los temas generales de la campaña y de los problemas específicos de cada lugar, y el público se reía a carcajadas. Susana los envidiaba a todos: como generalmente era la encargada de cerrar el acto con un discurso, no querían dejarla actuar.

—Pero aunque sea un papelito chiquito, algo así nomás.

—No, flaca, no hay que confundir los tantos. Si vos vas de jetona, vas de jetona. No podés salir haciendo morisquetas.

Las funciones eran sólo una parte. Además, había actos tradicionales, manifestaciones, pintadas, e incluso esos concursos de belleza que Dauvernet intentó organizar en los barrios. Resultaron un desastre, porque provocaban peleas y resentimientos de las que no ganaban y todos sus parientes, y fueron suprimidos. La campaña no paraba nunca. Susana iba a menudo a Mendoza a participar de actos y reuniones de planificación para después. Dormía unas



pocas horas por día, cuando podía, y ni siquiera estaba muy cansada. Era puro entusiasmo. De todas formas, como medida preventiva, decidió dejar de fumar. Al principio le costó un poco, pero había tanto que hacer que se olvidó enseguida.

El tono de la campaña era uno de los más fuertes del país Martínez Baca nunca dejaba de nombrar a los muertos en la «heroica resistencia peronista», que incluían a los militantes caídos, de atacar al «imperialismo yanqui» y de mentar a la patria socialista. Alguna vez, Susana se asombró escuchando al candidato a vicegobernador, el metalúrgico Mendoza, que no tenía más remedio que seguirle el tren. Susana sabía que lo estaba diciendo a regañadientes y se preguntó si los sindicalistas y sus aliados de la derecha peronista se iban a resignar así durante mucho tiempo. También la sorprendía el pueblo de su provincia, en general tan conservador, tan timorato: se lo veía desatado en actos y manifestaciones, y cada vez el tipo de gente que participaba era más diverso, más amplio.

El viernes 9 de marzo fue el cierre de la campaña en San Rafael: una gran caravana de coches y manifestantes por toda la ciudad, que terminaba en un acto en la plaza central. En una esquina se armó una pelea: un grupo de Guardia de Hierro, de la universidad técnica de San Rafael, cantaba por la patria peronista, y se cruzó con los muchachos de la JP que cantaban por la socialista. Hubo empujones y trompadas. Cuando uno de los de Guardia cayó al suelo, un JP lo sacudió de una patada en el mentón: tenía unos mocasines con hebilla y le sacó bastante sangre. Susana, mientras tanto, daba vueltas por la ciudad en su chevy azul cargado de chicos pero, al día siguiente, se enteró de que el presidente del partido justicialista de San Rafael, Chafí Feli, junto con su comisión directiva, acababan de decidir su expulsión «por su responsabilidad en los incidentes violentos producidos en la manifestación partidista del día de ayer».

Aducían que unos sindicalistas de la Construcción —que siempre habían sido sus enemigos— la habían visto repartiendo manoplas a los militantes de la JP que después se enfrentaron con los de Guardia de Hierro. Había muchos testigos que aseguraban que era mentira, pero nadie les preguntó nada. Susana se sintió muy usada: la campaña acababa de terminar, no la necesitaban más y trataban de deshacerse de ella. No iba a ser tan fácil.

—¿Qué tal don Cacho, cómo le va?

El espejito, supuestamente, servía para afeitarse, pero los presos lo usaban, además, para mirar si había alguien en el pasillo. Lo sacaban a través

del pasaplatos de la puerta de la celda, con un mecanismo casero y complicado, para ver si había algún guardia en el pasillo. Si no había, podían mandarse mensajes en código morse, o hablarse con las manos con el tipo de la celda de enfrente. Pero casi siempre había un guardia, y Cacho El Kadri tenía que quedarse encerrado, solo en su celda.

La celda de la Unidad 9 de La Plata tenía cuatro pasos de largo por dos de ancho, un lavabo, un inodoro, una mesa adosada a la pared, un banco y una camita que había que levantar todas las mañanas. El piso era de mosaico, y había que tenerlo encerado y andar con patines; de vez en cuando, un guardia entraba y pasaba el dedo: si encontraba un rayón o una mota de polvo, se venía el castigo.

—Y, acá andamos, don Cacho, bien, qué le puedo decir.

Tenían dos horas de recreo por día y el resto del tiempo estaban solos. Y muchas tardes, Cacho se preparaba un mate, ponía el espejito sobre la mesada, se sentaba, se miraba y se charlaba un rato. Nada lo deprimía más que tomar mate solo:

—Pero bueno, don Cacho, cuénteme algo...

—Nada, qué querés que te cuente. Me enteré de que lo mataron al Gallego. La reputa madre que lo parió, carajo. ¿Te das cuenta? ¿Será que de verdad vale la pena, hermano?

La cara en el espejo le hacía preguntas que era mejor no hacerse.

—Sí, don Cacho, vale. No se me venga abajo.

—Está bien, yo aguanto. Pero uno metido acá adentro, sin poder hacer nada, y los compañeros ahí afuera que se juegan, los matan... Y uno acá, al cuete. Ya van casi cinco años, hermano, cinco años.

La cara en el espejo estaba flaca, huesuda, bien afeitada, y a punto de cumplir treinta y dos años: se estaba haciendo grande y seguía preso. El diálogo consigo mismo, a veces, se le hacía difícil:

—Bueno, don Cacho, tranquilicesé y pásame un mate.

—Cómo no, don Cacho, ya se lo doy.

Otras veces se ponía de acuerdo con Carlitos Caride, que estaba en la celda de al lado, y sacaba la mano por la banderola del ventanuco de la celda; Carlos la sacaba al mismo tiempo, y Cacho le alcanzaba el mate: era un riesgo grande, y lo corría sólo para tener la sensación de que compartía un amargo con alguien. Seguramente los guardias exteriores, desde las torretas, los veían pero se hacían los osos.

Las horas eran largas. Les dejaban entrar algunos libros y un preso, el Chacho, hacía de bibliotecario: en esos días, los presos de Taco Ralo leyeron

sobre todo el *Quijote*, en una edición del Centro Editor en dos tomitos. Estaban sorprendidos: en el colegio les habían roto las pelotas con ese ladrillo y ahora, que tenían tiempo y les faltaban distracciones, descubrían que era para matarse de la risa. También llegaron las *Antimemorias* de Malraux, los *Siete pilares de la sabiduría* de Lawrence y algún García Márquez, pero fallaron cuando quisieron entrar *La razón de mi vida*, de Evita: por más que la camuflaron y le cambiaron las tapas, el control de la cárcel no la dejó pasar. A veces, los comunes venían a pedir que les prestaran algún libro. Una tarde, uno se presentó frente a la celda de Cacho:

—Diga, diga, ¿tiene un libro?

—No, andá a la 138 que es el bibliotecario.

El preso fue, insistió:

—Diga, diga, ¿tiene un libro?

—Sí, ¿de qué querés? ¿Política, novela, religión?

—No, yo quiero uno de coginche.

De eso, curiosamente, no tenían. Los presos de las FAP en la Unidad 9 eran seis: Cacho, Carlos Caride, Néstor Verdinelli, David Ramos, el doctor Slutzky y el Águila, y entre ellos no pesaban las diferencias ideológicas. De hecho, habían escrito algún documento para apoyar la salida electoral; el sector más alternativista de las FAP se oponía, diciendo que las elecciones no cambiaban nada, que el gobierno seguiría siendo burgués y que a la clase obrera le daba lo mismo quién ganara. Poco antes, en enero, había habido un debate interno en la organización: buena parte estaba de acuerdo en que la respuesta a las elecciones debía ser «política y no ideológica» y que, por lo tanto, tenían que apoyar la candidatura de Cámpora. Los presos y los militantes de Buenos Aires estaban de acuerdo con esa idea, pero varias regionales del interior sostenían el voto en blanco: no pudieron llegar a un acuerdo y hubo una ruptura. Los del interior formaron un nuevo grupo, que rompía de hecho con la conducción de Perón y pasó a llamarse FAP-Comando Nacional.

Cuando llegó el día de las elecciones, Cacho y sus compañeros, en la Unidad 9 de La Plata, no tenían ni siquiera una radio para escuchar los cómputos. De tanto en tanto, un guardia pasaba a verlos haciéndose el distraído y les decía, cada vez más fuerte, que el peronismo estaba arrasando:

—Vamos, muchachos, vamos que ganamos.

Decían los guardias, que habían cambiado de plural.

Graciela Daleo se levantó bien temprano, se puso un trajecito liviano, blanco, con escasa minifalda: se pintó y arregló y salió, antes de las ocho, a votar a la escuela de su barrio, donde su madre era presidenta de mesa. Después tenía que apurarse para llegar a otra escuela, en Belgrano, donde iba a hacer de fiscal por el FREJULI: la Gallega Pilar, una vez más, le había dicho que hacían falta fiscales, y Graciela se había presentado. La situación electoral la emocionaba mucho.

Elvio Vitali también votó, por Cámpora y Bidegain, en una mesa de Lanús, Mercedes Depino lo votó y fue fiscal en la escuela de Juncal y Salguero: cuando llegó, a las ocho, la impresionó el despliegue de soldados por todas partes. Nicolás Casullo, Miguel Bonasso y Lili Mazzaferro también votaron al FREJULI en la Capital. Eduardo Sigal votó a Alende-Sueldo, la fórmula de la Alianza Popular Revolucionaria. Sergio Karakachoff, en La Plata, dudó mucho: tenía tantas ganas de votar a Cámpora. Alejandro Ferreyra y Carlos Goldenberg no pudieron presentarse a votar, porque estaban prófugos. Sergio Berlín, Cacho El Kadri, Julio César Urien y Alberto Elizalde tampoco, porque estaban presos. Daniel Egea, en Berisso, y Miguel Molfino, en Resistencia, votaron a Cámpora-Solano Lima. Susana Sanz, en San Rafael, también los votó, y a su amigo Martínez Baca. Luis Venencio votó en blanco.

—Che, Miguel, te llama Carlos Grosso.

En la habitación de seis por seis había como diez teléfonos y en cada uno hablaba alguien. Miguel Bonasso agarró el tubo negro que le tendían y preguntó cómo iban las cifras.

—Mirá, por ahora acá me da que tenemos el cincuenta y uno y medio.

Grosso se ocupaba de pasar, desde la sede de Luz y Fuerza, los cómputos que un equipo iba haciendo, con calculadoras Olivetti y mucho esfuerzo. Ya eran casi las seis de la mañana del lunes 12: afuera había salido el sol y, en el tercer piso del edificio antiguo de Santa Fe y Oro, Bonasso y sus ayudantes seguían haciendo cuentas. Los resultados iban llegando de a poco. En los anuncios oficiales, Cámpora no pasaba del 49 por ciento: los dirigentes del FREJULI estaban cada vez más preocupados ante la posibilidad de un fraude o de que, simplemente, el gobierno de Lanusse no reconociera los verdaderos resultados. En la sala de cómputos, ocho o nueve periodistas del equipo habitual chequeaban datos: Dardo Cabo, Rodolfo Walsh, el Yaya Azcone, Jarito Walker, Jorge Bernetti, Sergio Caletti, Vicki Walsh, Ricardo Roa, Pepe Capdevila. Y, alrededor, haciendo como que traían y llevaban cosas, una docena de militantes cuidaba el lugar. Entre ellos, con una 22 en la cintura,

Elvio Vitali estaba feliz de estar en el lugar indicado y el momento preciso. El día se anunciaba largo: nadie se iba a mover de ahí hasta que salieran los resultados definitivos. De vez en cuando, alguno se tiraba en unos sillones que había en un cuarto contiguo, y trataba de dormir un rato. Pero, en general, la excitación no los dejaba.

El día fue muy lento: los datos de las zonas más lejanas llegaban muy de a poco. Los nervios crecían: la tardanza podía anunciar cualquier tipo de maniobra. Hacia las seis, Miguel salió a hablar con las hordas de periodistas que lo esperaban abajo, y les dijo que les iba a dar las cifras que el FREJULI consideraba definitivas. Nunca había tenido tantos micrófonos y cámaras alrededor: era un verdadero caos.

—Según nuestros cálculos, sobre un total de 12.294.009 votantes, el Frente obtuvo 6.629.407, es decir, el 52,5 por ciento.

—¿Y por qué en los cálculos oficiales no llegan al cincuenta?

—No sé, eso tendría que preguntárselo a las fuentes oficiales.

—¿Le parece que hay una tentativa de falsear los resultados?

—Además, tengo que comunicarles que el doctor Balbín acaba de llamar por teléfono al doctor Cámpora para felicitarlo por la elección.

Los cálculos oficiales decían que el FREJULI tenía 5.908.414 —el 49,5 por ciento. Los radicales habían sacado 2.537.605 votos —el 21,2 por ciento—; la Alianza Federalista Popular de Manrique-Martínez Raymonda, 1.775.867 —15 por ciento—; la Alianza Popular Revolucionaria de Alende-Sueldo, 885.201 —7,4 por ciento—; Martínez-Bravo con su Alianza Republicana y Chamizo-Ondarts con la Nueva Fuerza no pasaron del 2 por ciento. Ghioldi-Balestra —Partido Socialista Democrático—, Coral-Sciapponi —Partido Socialista de los Trabajadores— y Ramos-Silvetti —Frente de Izquierda Popular— tuvieron menos del 1 por ciento cada uno.

Unos metros más allá, alrededor de plaza Italia y bajo el puente de Pacífico, miles de manifestantes chocaban contra una gruesa muralla de carros, motos y caballos policiales. El estado de sitio seguía vigente y el gobierno no quería que hubiera concentraciones frente a la sede del FREJULI. Los gases lacrimógenos cubrían la estatua de Garibaldi. Los nervios crecían. Hasta que, a eso de las nueve y media, un señor de uniforme se presentó en el tercer piso. Varios de los que hacían guardia lo miraron con odio. Pero enseguida apareció Cámpora y el oficial se cuadró y taconeó sobre el parque muy gastado:

—Señor presidente, vengo a decirle en nombre del señor presidente Lanusse que reconocemos que usted es el presidente electo.

—Muchas gracias.

Era el jefe de la Casa Militar, y en cuanto empezaron los abrazos y los gritos tuvo que irse sin que nadie le hiciera mayor caso. Poco después, a las diez y cuarto de la noche, el general Lanusse habló por la cadena nacional de radio y televisión:

—Las cifras que se disponen hasta el momento no le adjudican a esa conjunción política la mayoría absoluta, pero su porcentaje es tan aproximado a ello y su diferencia con el segundo partido es tan apreciable que prácticamente se estima que no sería temerario considerar como fórmula triunfante a la que integran los doctores Héctor José Cámpora...

La frase era compleja y confusa, pero lo principal estaba casi dicho: el FREJULI había ganado las elecciones sin necesidad de una segunda vuelta. En minutos, los policías de plaza Italia y Pacífico habían desaparecido, y miles de personas estaban llegando a la esquina de Santa Fe y Oro. A eso de las once, el presidente electo salió al balcón del tercer piso: cincuenta mil personas se callaron de pronto y empezaron a cantar el himno. Después fue la marcha peronista y, enseguida, el secretario de prensa Miguel Bonasso leyó una lista con los nombres de los que habían muerto en esos diecisiete años de proscripciones:

—Juan José Valle.

—¡Presente!

—Felipe Valiese.

—¡Presente!

Gritaban, abajo, los miles, levantando sus brazos con los dedos en ve. Miguel tenía los huevos en la garganta y le resultaba cada vez más difícil seguir leyendo:

—Fernando Abal Medina.

—¡Presente!

—Carlos Ramus.

—¡Presente!

Cuando la lista terminó, los miles volvieron a cantar la marcha peronista. Ahí estaban Graciela Daleo, Elvio Vitali, Horacio González, Mercedes Depino y tantos otros. En el balcón, Cámpora, Solano, Lorenzo Miguel y varios más cantaban y se abrazaban. Miguel temió que el balcón no aguantara y se viniera abajo. La algarabía siguió durante horas. Lorenzo Miguel servía los whiskies y felicitaba a todo el mundo. Juan Manuel Abal Medina parecía más emocionado que contento. Miguel Bonasso pensaba cómo sería el Estado, esa máquina de la que ninguno de ellos sabía casi nada, y se

preocupaba un segundo: después, volvía a los festejos. Y, por momentos, se acordaba de gente como Carlos Capuano, que no estaba ahí para disfrutarlo. Y de Gustavo Rearte, el jefe del MRP, que, con menos de cincuenta años, agonizaba de leucemia en el hospital Italiano.

Nicolás Casullo, en otra habitación, se llevó la sorpresa de su vida cuando vio aparecer a Daniel Hopen. Pensó que no podía ser que ese tipo estuviera en todas partes, y le aceptó el abrazo.

—¿Qué hacés acá, Daniel?

—Nada. Te felicito, che, La verdad que todo esto me hace pensar bastante. Cada vez me convengo más de que nosotros deberíamos unirnos al peronismo. Sería tan bueno para todos...

Nadie se quería ir. Los festejos seguían y recién cuando empezó a salir el sol los ocupantes del edificio de Santa Fe y Oro se resignaron a que esa noche maravillosa se hubiese terminado.

## Quince

La noche del 12 de marzo, cuando Lanusse reconoció la victoria peronista, Susana Sanz no fue a la sede del partido Justicialista de San Rafael, donde se concentraban los festejos. La sede estaba en el hotel que había sido de sus padres, pero Susana se quedó en su casa. Dos días antes la habían expulsado; Susana estaba preparando el contraataque pero, por el momento, no quería ni presentarse por ahí. Estaba mirando la televisión con su familia y algunos compañeros cuando empezó a escuchar gritos cada vez más fuertes, que venían de la calle:

—Si la tiran a Susana al bombo,/ va a haber kilombo,/ va a haber kilombo.

Susana se asomó por la ventana y casi se cayó de la impresión. Ahí enfrente, unos trescientos manifestantes con bombos y banderas la estaban esperando. Habían venido desde la sede del partido a festejar con ella. Susana salió, se abrazó con muchos y todos juntos se fueron a dar vueltas y más vueltas por el pueblo.

Días después, el secretario general del Movimiento, Juan Manuel Abal Medina, se presentó en Mendoza y la nombró delegada del Movimiento en Cuyo. Era un cargo que nunca había existido, pero alcanzaba y sobraba para mostrar su apoyo a la militante cuestionada, y para ponerla por encima de la expulsión partidaria. Alberto Martínez Baca, que había ganado las elecciones con una buena diferencia pero igual tendría que presentarse, sin mucho peligro, a la segunda vuelta, la defendía, desmentía las acusaciones y le expresaba su pública confianza. La expulsión no tenía mucho sentido legal: servía, más que nada, para ponerla en una situación dudosa y complicarle el acceso a cualquier cargo importante. Y era, sobre todo, un ataque a la Tendencia en general.

Varios representantes de la JP, encabezados por su diputado electo Enrique Sversek, fueron a San Rafael a tratar de arreglar las cosas con la dirección local del partido, y no hubo caso: el encuentro fue tenso y no dio resultados. Entonces la Juventud Peronista decidió que iba a dirimir la cuestión, como era su costumbre, con la gente en la calle, y convocó a un gran acto en San Rafael para principios de abril. Irían militantes de toda la provincia y el orador principal sería Rodolfo Galimberti, el delegado de Perón



para la Juventud, que estaba en el apogeo de su poder. Ese día, a las seis de la tarde, el gran salón de la farmacia sindical de la CGT de San Rafael, frente a la plaza principal, rebosaba de gente. Primero habría una especie de asamblea en el local y después un acto en la plaza: San Rafael estaba invadida de militantes. La visita de Galimberti provocó revuelo. Una delegación del partido se presentó en la farmacia para invitarlo a que visitara a sus dirigentes en la sede.

—No, yo estoy acá. Si quieren verme, acá los espero.

Poco después, mientras esperaba que empezara la asamblea, en un cuartito contiguo, medio atestado, Galimberti contestaba las preguntas del periodista del único canal de televisión del pueblo:

—Sí, estamos acá para llevar adelante la campaña por la elección del gobernador Martínez Baca, porque creemos que sólo la movilización popular puede garantizar la entrega del poder a sus legítimos dueños. Y también porque nuestra compañera la doctora Susana Sanz ha sido víctima de un ataque y una maniobra de los sectores más retrógrados del Movimiento, y no permitiremos que esos traidores, que cuando había que salir a pelear contra la dictadura se escondían en los despachos oficiales, ahora quieran recoger los frutos de la lucha del pueblo peronista y de sus auténticas organizaciones sin...

—¡Callate, zurdito!

Lo interrumpió un grupo de sindicalistas que entró de pronto en el cuarto, a los gritos:

—¡Callate, infiltrado hijo de puta, traidores de mierda!

Y se le fueron al humo. Galimberti sacó un revolver muy pavonado y los apuntó para pararlos:

—Al que se mueva lo reviento.

Los atacantes se dieron media vuelta y se fueron, refunfuñando más puteadas. Susana Sanz y Héctor Chaves se miraron como quien dice éste nos crucificó: nos jodió la vida. El acto fue un éxito pero, esa misma noche, la televisión de San Rafael mostró las imágenes del delegado de Perón con un 38 corto en su mano derecha.

Pocos días después, el diario *Mendoza* publicó que la policía había encontrado armas en la casa de la abogada de San Rafael Susana Sanz. La noticia era rigurosamente falsa: no había habido siquiera allanamiento, pero sirvió para seguir minando su figura pública.

En el penal de Magdalena, la vida cotidiana no era demasiado distinta de la rutina del cuartel, salvo que los sublevados de la ESMA podían decir lo que pensaban sin problemas. En esos días de marzo, el triunfo electoral del peronismo fue festejado en los pabellones del penal militar como SÍ fuera una unidad básica.

Mientras tanto, la fiscalía militar estaba juntando pruebas para juzgarlos por insubordinación, alta traición y levantamiento en armas contra el poder constituido: las penas que se barajaban llegaban a la prisión perpetua. Pero a esa altura el gobierno militar estaba en pleno retroceso, y no le iba a resultar fácil condenar a los soldados que se habían levantado para defender a los ganadores: los marinos sublevados se preparaban para la asunción de Cámpora bastante confiados en que saldrían pronto.

En el penal, Julio conoció al teniente coronel Florentino Díaz Loza que, el 8 de octubre de 1971, había encabezado un levantamiento de las unidades de caballería blindada de Azul y Olavarría, disconforme con la proscripción de Perón. También lo visitó algunas veces el ex teniente y diputado electo José Luis Fernández Valoni, que iba como enviado del ex teniente Julián Licastro, tercer promedio en la historia del Colegio Militar, estrecho colaborador del general Perón. Fernández Valoni quería buscar la fórmula para que la amnistía que se preparaba llegara también a Unen y al resto de los oficiales y suboficiales presos.

Julio estaba tranquilo, casi aliviado: había hecho lo que creía justo. Además, estaba conociendo a otros oficiales que pensaban como él. Pero trataba de imaginar qué pasaría de ahí en más. Ya se consideraba un peronista revolucionario, un montonero, y se preparaba para seguir la lucha. Estudiaba historia, sobre todo temas militares. En febrero leyó en los diarios que el coronel dominicano Caamaño Deno, del que tanto le habían hablado en su viaje de egresados, había muerto al intentar un desembarco en su país. Como buen infante de marina, Julio se interesó particularmente por esos desembarcos; estudió el de Bolívar en la guerra de la Independencia, el de José Martí a fines de siglo, el de Fidel Castro. Julio solía repetir que en la batalla se podía ser fiel al ideal y a los principios y no dejar de respetar al enemigo.

Una tarde, a fines de marzo, le dijeron que un oficial de la Marina lo esperaba en el despacho del director. Como estaba procesado y sin condena, Julio no había perdido su grado militar y su derecho a usar el uniforme y el sable. Se vistió con sus mejores galas, y dos gendarmes lo escoltaron a la entrevista. Por las insignias, Julio vio que su interlocutor era un capitán de

fragata, un grado intermedio. El capitán le extendió la mano y lo invitó a sentarse:

—Muy bien, Urien. Quería conocerlo. Ahora ustedes son gobierno... ¿Así que piensan hacer una revolución?

Julio sabía que, a esa altura, podía ponerse en ganador, pero se quedó mirándolo y no contestó nada.

—Mire, tengo un mensaje de la Armada para ustedes, algo que compartimos todos: no lo vamos a permitir. Acá no va a haber ninguna revolución. La Armada está dispuesta a matar si es necesario. Aunque tenga que morir un millón de personas.

Estaban los dos solos. Urien no abrió la boca. Sabía que, más allá de la provocación, ese hombre que rápidamente se puso de pie, le extendió nuevamente la mano y se fue, estaba convencido de lo que decía. Sabía que, más allá de la euforia del triunfo electoral, la pelea seguía. Si la Armada actuaba de acuerdo con lo que decía ese oficial, estaba claro que no iban a respetar ninguna regla. En los cuarteles, había oído muchas veces aquello de que el mejor indio es el indio muerto.

—El Kadri, tiene visita. A la Dirección.

Cacho se peinó de apuro, se alisó el uniforme azul y salió de su celda detrás del guardia. A su lado caminaba también Carlos Caride. En la radio, temprano, habían hablado un rato largo de la muerte de Pablo Picasso, a los noventa y un años, en Francia. También habían dicho que Oscar Bidegain, el gobernador electo de la provincia de Buenos Aires, había recibido el día anterior el diploma que lo acreditaba como ganador de las elecciones. Bidegain había dicho, durante su campaña, que lo primero que haría en cuanto fuera gobernador sería visitar a los presos peronistas, y lo estaba cumpliendo. En la oficina del director de la cárcel, junto a la bandera argentina y el retrato de San Martín, Bidegain recibió a Cacho El Kadri con un abrazo y le dijo que, como veía, estaba cumpliendo su palabra:

—Y quiero comunicarle que la primera medida que va a tomar mi gobierno va a ser el indulto de todos los presos políticos.

Cacho no estaba de acuerdo:

—Bueno, le agradecemos mucho, pero el problema del indulto es que anula la pena pero deja el delito. Tendría que ser una amnistía.

—Claro, la amnistía la va a tratar el Congreso. Pero ustedes el mismo 25 de mayo salen indultados.

Cacho estaba emocionado y, casi lagrimeando, saludó a los demás visitantes. Caride también los abrazaba. Primero al doctor Mayansky, uno de sus abogados. Después a Julio Troxler, el sobreviviente de la matanza de José León Suárez con el que habían compartido muchas historias a principios de los sesenta:

—¿Viste que no éramos jarabe de pico?

Le dijo Cacho, en voz baja. En 1963, cuando Villalón intentaba dividir las fuerzas peronistas, le había dado a Troxler la orden de pasarle todas sus armas y explosivos al grupo de El Kadri. Los dos dirigentes se habían encontrado en plaza Flores: Troxler estaba cabreado ante la idea de entregar sus bienes más preciados y le había dicho a Cacho que para qué los querían:

—Si ustedes no son más que jarabe de pico...

A Cacho El Kadri la frase le había quedado atravesada. Troxler le pidió disculpas:

—No, querido, ya sé, disculpame. Fue la calentura del momento.

Y redobló el abrazo. Más allá, un poco retirado, el cuarto visitante se había presentado como el doctor Cárdenas, otro abogado defensor. Mayansky y Troxler sabían que ése no era su nombre, pero se habían callado. Y Cacho, cuando vio que el tipo que se escondía detrás de ese traje ajustado, de botamangas anchas y la corbata azul era José Luis Nell, su amigo de tantos años, que estaba prófugo desde su fuga del penal uruguayo de Punta Carretas, no lo pudo creer y trató de que el saludo no fuera demasiado aparatoso para no deschavarlo.

Pero estaba más que emocionado. A mediados de 1967, Cacho había hecho casi lo mismo: José Luis cayó preso en Montevideo, y él se presentó en la jefatura de policía, con un buen traje y un documento a nombre de Jorge Elizalde, abogado: le gustaban los nombres con retintín oligarca porque suponía que eran más seguros. Cuando dijo que quería ver al detenido le contestaron que José Luis estaba incomunicado y no se lo permitieron; entonces Cacho le consiguió un verdadero abogado uruguayo. No fue fácil: tuvo que convencerlo de que José Luis, a pesar de haber militado en Tacuara y en el peronismo, no era el facho que ellos suponían.

Y ahora, José Luis le devolvía la visita. Era casi una forma de decirse ves cómo todavía podemos reírnos juntos de toda esta manga de botones: una manera de gozarlos. Mientras se abrazaban pudieron decirse un par de cosas al oído:

—Hermano, ¿dónde estás?

—En los montos.

—¿Cómo en los montos?

—Después te explico, hay kilombo.

A su llegada del Uruguay, en 1971, José Luis se había contactado con las FAP que, por historias y amistades, habría sido su lugar natural. Pero era la época de la crisis de la alternativa independiente y la dirección, que conocía su pasado movimientista, le dijo que era mejor que se enganchara con los Montoneros.

—¿Para qué te vas a quedar acá, criticando todo el tiempo? Mejor andá a los Montoneros, que vas a ser más útil.

José Luis intentó discutir, pero no hubo caso. Las FAP lo pusieron en contacto con los Montoneros, y se incorporó de inmediato: poco después, era responsable de una amplia zona del sur del conurbano. Cacho estaba alelado: para José Luis, estar ahí era un riesgo tremendo.

—Cuidate, hermano, no hagas boludeces.

—No te preocupes, Cacho, está todo bien.

El director de la cárcel, mientras tanto, trataba de hacerse amigo de Bidegain:

—Mire, gobernador, yo soy apolítico, yo no tengo nada que ver. Nosotros cumplimos órdenes. Pregúntele a los muchachos, que le van a decir que acá se trata bien a todo el mundo. ¿No es así, El Kadri?

Cacho hizo un gesto que podía significar cualquier cosa. Hacía muchos años que no se sentía tan feliz. Un par de horas más tarde, ya en la celda, recibió la visita de un jefe de seguridad de la unidad, un petiso gordito que tenía un hermano en el Servicio de Informaciones del Ejército:

—¿Así que ustedes piensan que van a salir vivos de acá, eh?

Los ojos del gordito tenían un brillo raro, y la voz se le hizo cavernosa:

—Ustedes, antes de irse, yo los mato a todos. ¡Minga van a salir, hijos de puta! Antes de que salgan, yo los mato a todos.

**Abril de 1973.** En esos días, la editorial Sudamericana y el diario *La Opinión* concedieron el «Premio Internacional de Novela América Latina». Lo falló un jurado integrado por Julio Cortázar, Augusto Roa Bastos, Juan Carlos Onetti y Rodolfo Walsh. Ganó la novela *Los tigres de la memoria*, del argentino Juan Carlos Martelli, votada por Onetti y Roa. Cortázar votó por *Moros en la costa*, del chileno Ariel Dorfman, y Walsh por *Los penúltimos días*, de Francisco Urondo. Rodolfo Walsh publicó en *La Opinión* las razones de su voto:

«Tómense estas líneas como un comentario informal al veredicto que dimos en el Concurso Sudamericana-*La Opinión* y a lo que en vista de sus resultados podríamos llamar, con debida pompa, la Situación de la Novela.

»El conjunto del material enviado al Concurso acentúa, si cabe, los interrogantes que alguna vez he formulado sobre ese género literario tal como puede darse en un país desigualmente desarrollado, dependiente, etc.

»No es obviamente una cuestión de oficio literario. Sobre más de cien manuscritos, el Concurso provee media docena de buen nivel artesanal, perfectamente publicables, leíbles, encomiables.

»Lo que uno se pregunta —yo por lo menos— es qué aporta esa lectura a la primordial lectura de un continente desgarrado o de un país que oscila entre la desesperación y la euforia y donde la gente que vemos cantar en la calle es la misma gente amenazada por ley marcial o por las iras del Apologeta de Trelew, contralmirante Mayorga.

»Tampoco se trata de que estos novelistas no asuman un “compromiso”. Muchos lo asumen, incluso en su apariencia más radical: hay una nueva novela “guerrillera”. Es como si el autor que hasta ayer vivía en la minucia, la incertidumbre de la conciencia burguesa, hubiera pasado de un salto a vivir la certeza de la conciencia revolucionaria.

»Creo que se les quedan algunas cosas en el cambio, algunas formas humildes de la militancia. Así, en una de las muestras más ambiciosas de esa corriente se tematiza una guerrilla rural de personajes clásicos: el cura tercermundista, el médico de izquierda, los hacheros de un obraje. Aunque el pueblo es imaginario, el país es la Argentina actual, una Argentina que contiene un departamento en Flores y una óptica Lutz-Ferrando, pero no contiene la palabra peronismo.

»Otros advierten ese hueco en su experiencia, esa falta de participación, y lo suplen con recortes de diarios. Es, ya lo he dicho, como si el periodismo —aún el periodismo asalariado y dependiente que todos conocemos— fuese de todos modos un mejor testigo de lo que pasa que esas formas supuestamente más refinadas y perceptivas de la escritura, digo la novela. Y también, o lo que es lo mismo, como si la ficción literaria no hubiera avanzado mayormente hacia la emancipación de su patente estigma de clase, de clase burguesa, avance que no se puede dar si no se integra la experiencia literaria con la experiencia política en el seno del pueblo. (...)

»Mi voto fue para *Los penúltimos días*, de Francisco Urondo: una crónica tierna, desprolija, jodona, capaz que dramática, de las perplejidades de nuestra *intelligentsia* ante el surgimiento de las primeras grandes luchas populares,

donde algunos podrán reconocer e intuir al Emilio Jáuregui de los días en que se tomó el Sindicato de Prensa y otros al combatiente que Paco llegó a ser, cuando todavía era un poeta, un seductor, un viajero, antes de perder algunos kilos y ganar todo ese espacio de que hoy dispone en Villa Devoto».

—Che, tendríamos que hablar con vos. ¿Podés venir mañana a las seis al bar de Córdoba y Pueyrredón?

—¿El Toba's?

—Sí, el Toba's.

—¿Y de qué se trata?

—Mañana te contamos.

Lo primero que le llamó la atención fue el plural tan marcado. Después, Horacio González pensó que si Tucho lo convocaba a una reunión tan lejos del barrio debía haber algún kilombo grueso. Pero eran épocas de euforia y optimismo, y no se imaginaba bien qué podía ser. Tucho era uno de los universitarios que habían llegado al Bajo Flores con él, un año y medio antes, y después se había comprometido mucho con los Montoneros:

—La cuestión es la siguiente. Seguramente vos sabés que en el barrio funciona un ámbito de conducción de la orga, que es el que arma las políticas para el territorio y garantiza que se lleven adelante...

Horacio no sabía nada. Tenía claro que algunos de sus compañeros llevaban adelante la política montonera, y que venían con propuestas que debían llegarles de alguna parte, pero un «ámbito de conducción» sonaba a una entidad fantasmagórica que movía los hilos desde las sombras del Averno: por un momento, estuvo a punto de indignarse ante el descubrimiento de este poder oculto. Pero le estaban ofreciendo que formara parte de él.

—... lo hemos discutido mucho y estamos convencidos de que dado tu nivel de compromiso y tu representatividad en la zona, vos deberías integrarte al ámbito. Es una UBR...

—¿Una qué?

—Una UBR, una Unidad Básica de Resistencia. Así se llaman los ámbitos de entrada a la organización. Después están las UBC, las Unidades Básicas de Combate, que son los ámbitos superiores, y después ya vienen las secretarías zonales, regionales, nacionales. El responsable de cada UBR es un militante de una UBC: yo soy el responsable de la UBR de la zona, por eso te lo planteo así.

La indignación se le disipó en seguida y, sin confesárselo del todo, Horacio se alegró y entusiasmó con la idea de entrar en la organización, de pasar a ser uno de los que armaban la cuestión. Tenía sus reservas sobre los manejos de poder en general, y los de los Montoneros en particular, pero aceptó de muy buen grado. Tiempo después, Horacio se enteró de que su incorporación había sido muy discutida. A su favor estaba el hecho de que era muy conocido en el barrio, un referente para los peronistas de la zona, y que se había integrado más que nadie. Pero Horacio tenía una experiencia política más o menos larga, y eso siempre complicaba las cosas: a los Montoneros les provocaba cierta desconfianza su independencia de criterios y el hecho de que no pareciera demasiado manejable. A Horacio le gustó que, teniendo prevenciones, hubieran tenido que llamarlo.

Las reuniones de la UBR solían hacerse fuera del barrio, para que los demás compañeros no identificaran a sus integrantes. De hecho, Horacio era el único que vivía en el barrio: los demás venían de la universidad o de otras zonas. Aunque Horacio siguiera manteniendo mucho contacto con el área universitaria: entre otras cosas, seguía escribiendo en *Envido*, que se había convertido en una de las pocas revistas teóricas de la Tendencia. En el número de marzo, por ejemplo, decía que «en cuanto a nosotros, los peronistas que tenemos 50 años menos que nuestro jefe —y a quienes Perón nos recuerda a propósito de su homenaje y reivindicación de la justicia popular—, la perspectiva para crear el ámbito militante que decida la cuestión del poder en esta lucha que excede los calendarios electorales y aun los cronogramas de la planificación del posible gobierno popular, debemos apegarla a los temas que hoy agitan a la juventud peronista, desdeñando al mismo tiempo a los teóricos subdesarrollados que deglutieron apresuradamente algunos textos europeos y que insisten en la desproletarización de nuestro movimiento, simultánea con la invasión de los hijos de la clase media. Primero, debemos valorar la entrada generacional al problema de la revolución y el poder popular: esto es, la idea clásica, presente en nuestro jefe, de que los valores de juventud —desprendimiento, valentía, capacidad de aprender a morir por los ideales— son valores revolucionarios».

En esos días de abril, la Juventud Peronista estaba preparándose para el asalto al gobierno y había mucho que discutir. Las reuniones eran largas: había que tratar las actividades de la zona, la coyuntura política nacional, los documentos o informes de la organización y los varios, que iban desde las recomendaciones de seguridad hasta los problemas personales de algún



militante. Pero esa noche, cuando Estela llegó, llorosa, a contar que la habían violado, nadie supo qué decir.

—Fue el Beto, ése que anda a veces con el Cacho Roperero. No, ya sé que ése no es compañero, pero igual... El hijo de puta me violó, se dan cuenta, me violó, el muy hijo de puta.

Estela era una de las integrantes de la UBR, una chica de veintidós, muy bonita, que venía de la universidad, y ahora lloraba sin parar. El tal Beto la había atacado el día anterior, en un zaguán de la calle Neuquén: ella se había quedado en la UB hasta tarde y, al salir, con poca luz y poca gente, le cayó encima el animal y no pudo esquivarlo. En la UB había muchos jóvenes y bastantes amoríos, pero eso era otra cosa. Tucho, el responsable, le dijo que la entendían, compañera, pero esto no es algo para tratar en este ámbito.

—Sí, compañera, es muy penoso, pero al ámbito no le corresponde ocuparse de esas cosas.

Estela siguió llorando y dijo que entendía, que claro, que ése no era el lugar para tratar esas cosas, y la reunión siguió adelante. Horacio estuvo de acuerdo en que los temas que importaban eran otros, pero después, cuando salieron, se quedó un rato largo pensando cómo era.

—Escuchemé, Miguel, ¿no le podría organizar una conferencia de prensa a este muchacho?

El muchacho tenía unas patillas a lo Facundo Quiroga que llamaban la atención; además era el gobernador electo de La Rioja, el más joven del país, y uno de los más jugados en su apoyo a las organizaciones armadas peronistas. Héctor Cámpora le tenía simpatía y por eso le pidió al jefe de prensa de su campaña, Miguel Bonasso, que le armara un encuentro con los periodistas. El muchacho era impetuoso, entrador:

—En cuanto a quienes han luchado y están ahora presos, yo personalmente y toda la representación parlamentaria de La Paoja venimos a plantear una amnistía absoluta, que tiene que ser para todos y no solamente para los peronistas. En nuestra opinión, las cárceles deben estar para los delincuentes comunes y especialmente para los que han vaciado el país, para los que desmantelaron las empresas nacionales...

La conferencia fue en el hotel Crillon, y Carlos Menem se despachó a gusto. Era la primera vez que enfrentaba al periodismo nacional pero parecía tranquilo, muy ducho. Los seducía con su estilo informal, muy a tono con la época, y las definiciones tajantes:

—Para nosotros, socialismo nacional y justicialismo es la misma cosa. Es el Estado procurando con su acción dar los medios necesarios al pueblo para que éste se realice en un clima de igualdad, sin ningún tipo de privilegios. Es decir: donde el esfuerzo de muchos esté al servicio de muchos y no como ocurre bajo el régimen liberal y capitalista donde el sacrificio de muchos se hace en beneficio de un círculo privilegiado, que en nuestro país se reduce a la oligarquía portuaria y vacuna constituida por unas cuantas familias...

A Miguel, el riojano no le gustaba mucho: un par de veces lo había visto llegar en su coche deportivo, vestido demasiado a la moda, y pensó que estos tuercas de provincias, hijos de papá, le rompían las pelotas. Aunque tuvieran un discurso duro, revolucionario:

—Estamos con los caudillos y retomamos las banderas de Quiroga, Felipe Varela, Peñaloza, el propio José de San Martín, que fue un gran caudillo americano, Juan Manuel de Rosas y, naturalmente, Juan Domingo Perón. Tenemos que seguir siendo montoneros. Si nos vuelven a proscribir, habrá muchos millones más de luchadores.

Menem no era el único que iba a pedirle algo. En esos días de abril, todos le pedían algo. Miguel veía reaparecer grandes amigos que no recordaba o que no había visto en décadas:

—¿Cómo, no te acordás de mí? Si jugamos tantas veces en la esquina de Peña y Junín, Miguel, cómo no te vas a acordar.

Mientras, la campaña para la segunda vuelta estaba en plena marcha. No tenía la fuerza de la primera, pero había algunas gobernaciones importantes en juego: sobre todo, Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba y Mendoza. Cámpora y su equipo fueron a dar una mano en las provincias, y en cada lugar se encontraban con el mismo entusiasmo, la misma felicidad.

—Ahora sí que vamos a poder hacer el país que siempre soñamos. Ahora van a ver...

Por todas partes aparecía gente nueva. Había muchos que nunca habían sido peronistas. Algunos parecían oportunistas que se subían al barco a último momento para ver si arañaban algún puesto; la mayoría eran profesionales, intelectuales, técnicos honestamente entusiasmados con el proceso, que querían aportar algo. La Juventud Peronista empezó a pensar en su participación en el gobierno. Habría varias gobernaciones y, según iban las negociaciones, tendrían espacio en dos o tres ministerios nacionales: los Montoneros decidieron crear los Equipos Político-Técnicos, que organizarían y centralizarían a toda esa gente nueva que quería participar del asunto. El proyecto consistía en convertirlos en proveedores de cuadros del Estado.

Cuando se necesitara un agrónomo para Chubut, o un pedagogo para Salta, la organización tendría su gente lista y dispuesta, y así podría ocupar espacios de poder.

Las reuniones se hacían por sector, y eran multitudinarias: cientos de ingenieros, médicos, arquitectos, abogados o psicólogos que se encontraban y armaban propuestas de participación y de gobierno. El documento fundacional de los EPT decía que sus objetivos se dividían en «coyunturales y estratégicos». Los coyunturales consistían en «estudiar y luchar por planes de gobierno para el próximo período de reconstrucción nacional, que apunten a nuestra patria socialista y prepararse para la lucha en nuestro frente interno contra los traidores y los reformistas infiltrados en el seno del movimiento». Los estratégicos intentaban «demistificar la ciencia y lo científico; convertir el conocimiento en un arma más, poseída por el conjunto del pueblo y no por un sector social determinado; aplicación de los conocimientos a los distintos métodos de lucha del pueblo para el acceso al poder». El plan avanzaba en medio de la desorganización y el apasionamiento desbordante. No siempre funcionaba, y a veces había problemas. Un publicista, por ejemplo, aparecía en el grupo de Prensa y empezaba a dar clase:

—Bueno, acá lo que hay que hacer es organizar una buena campaña, muy agresiva, a nivel de instalación del concepto de...

Y más de uno lo miraba y se preguntaba dónde había estado el tipo hasta la semana anterior. En Walter Thompson, le explicaban. En el gremio de Prensa seguía funcionando el ámbito que se había armado a fines del 72 pero, a esta altura, discutían cómo se rían las revistas, radios o canales de televisión que harían a partir del 25 de mayo. Los Equipos Político-Técnicos debutaron en abril con un acto en el sindicato de Luz y Fuerza. Leonardo Bettanín y el Yaya Azcone le insistieron mucho a Miguel Bonasso para que hablara: era el secretario de prensa de la campaña, un tipo conocido. Miguel primero se negó y, al final, cedió a la insistencia. Después hablaron la socióloga Alcira Argumedo, una de las inspiradoras de los EPT, el arquitecto Jorge Ibarlucía, el economista Oscar Sbarra y, por la JP, Rodolfo Galimberti y Jorge Obeid. También se leyeron comunicados de FAR y Montoneros. Después del acto, Nicolás Casullo se fue con Jorge Bernetti y alguno más a tomar un café con un alto cuadro montonero:

—Bueno, ahora hay que esperar que vuelva definitivamente el Viejo a la patria y se convierta en conductor estratégico en el propio territorio de la guerra. No va a ser fácil con tantos hijos de puta, burócratas y fachos en la dirigencia del peronismo. Cámpora tendrá que gobernar con el total respaldo

del Viejo, y nosotros avanzar todas las posiciones para que Perón pueda en el momento oportuno defenestrar a los fachos y a tanto traidor enquistado. Hay que montonerizar al peronismo, si es que queremos que el Movimiento protagonice la liberación. Creo que en eso el Viejo está de acuerdo y nos va a dar todo el aire posible. Se terminó la etapa de las formaciones especiales y de la bala como lógica prioritaria. Llegó el tiempo de los frentes de masas en cada campo específico, de hacer política y olvidarse un poco de los fierros. Pero a la vez no podemos regalarnos, creer que porque ganamos una elección ya tenemos todo cocinado. Ése sería el peor error. Nos volverían a echar de un shot en el orto, como en el 55. Acá para garantizar algo hay que seguir armando el ejército del pueblo, pero no desde un criterio foquista, no. El peronismo es el pueblo en armas, la nación en armas contra el imperialismo y por una sociedad socialista.

Nicolás lo escuchaba y pensaba en que, de alguna manera, se estaban adueñando del futuro del país. Parecía una situación sin retorno. A veces tenía la sensación de que no estaban preparados; entonces se decía que la cosa no consistía en estar preparados sino en tener el coraje y la imaginación necesarios para cambiar el mundo. El momento era de un gigantesco optimismo que impregnaba las palabras, los gestos, las ideas. Nicolás presentía que la victoria se tocaba con las manos apenas uno las estiraba. El triunfo de Cámpora, los preparativos del regreso de Perón, la liberación de los presos conformaban el triunfo. La tendencia revolucionaria del peronismo, galvanizada por Montoneros y FAR, ocupaba amplios espacios del gobierno nacional y de los provinciales. La euforia reinaba en cada conversación, las celebraciones ocupaban los días, se sucedían anuncios y proyectos. El gobierno popular era la realidad, y la marcha al socialismo la orden del día.

Pocos días después, el 15 de abril, en la segunda vuelta, el FREJULI ganó en todos lados salvo en las elecciones para senador en la Capital, donde el nacionalista conservador Marcelo Sánchez Sorondo perdió frente a un joven radical cordobés, Fernando de la Rúa. En Salta, Mendoza, Córdoba, Buenos Aires y Santa Cruz habría gobiernos muy favorables a las organizaciones armadas peronistas. Las elecciones habían terminado. Las alianzas ya habían cumplido sus objetivos, la movilización se hacía menos necesaria, y los distintos sectores en pugna empezaban a pelear las posiciones. Por esos días Nicolás tuvo dos o tres charlas largas con José Aricó, que lo recibió en su casa de Vicente López para evaluar un proyecto de ediciones sobre marxismo y revolución que ya tenían hablado pero que los Montoneros querían impulsar, para sus propios cuadros orgánicos:

—Se abre un tiempo inmenso, Nicolás, pero peligroso. Ya leímos demasiado de las revoluciones como para repetir sus miserias. En los Montoneros y en las FAR se esconde el secreto de lo que puede ser nuestro socialismo. Si esto es así, hay que estar cerca de ellos, con nuestra mayor lucidez.

—En estos días siento que es tan difícil seguir siendo lo que fuimos, lo mejor de aquello que fuimos, y ser ahora otra cosa, otra responsabilidad, otro protagonismo, ser gobierno en medio de sindicatos, empresarios, milicos, iglesia. Mirá Chile los quilombos que tiene, los terrenos perdidos.

—La cuestión es preguntarse qué es lo que podemos pedirle a esta historia. ¿Qué es lo que puede dar, con nosotros adentro? Esto tenemos que contestarnos desde lo que nos permite abordar la teoría, el marxismo, el conocimiento de la historia de nuestra clase obrera. Tenemos que respirar este proceso desde las fábricas, desde esa centralidad fabril que le da sentido a lo que hacemos, porque esta historia es la historia de una clase, y por hacerse. ¿Qué somos nosotros hoy? Para alcanzar el socialismo, tenés que sentir que somos los mejores en el mejor momento. Es un tiempo de fraternidades, de dignidad ideológica, de entrega, de renunciamiento a lo personal. A lo mejor llegamos a ser los mejores en el mejor momento.

Vértigo: Nicolás sentía sobre todo vértigo, y una seductora sensación de abismo, de caminar por los bordes. Era evidente que la militancia armada, la élite combatiente, pasaba a conducir los destinos y la política de miles y miles de militantes, intelectuales, cuadros activistas. Pesaba el respeto, la admiración, el afecto por los que tuvieron los fierros. A veces pensaba que había que dejarse llevar como una balsa por el río torrencioso; otras se preguntaba si era lógica esa lógica de comandantes y soldados: si era lo mejor que podía suceder. Le parecía que habían quedado atrás las pequeñas sectas, grupos, resistencias, destacamentos de avanzada: que se abría un tiempo colosal, ya no para discutir el papel del intelectual en la revolución, sino para hacer otro país desde la Casa Rosada. Le quedaba la pregunta: ¿los combatientes serían capaces de conducir esto?

**Abril de 1973.** La televisión seguía conservadora. El canal 13 había repuntado mucho con la contratación de los almuerzos de Mirtha Legrand, los chistes de Porcel y Olmedo y los partidos de la Libertadores. Y, también, con la recuperación de viejas series como *El Zorro* y *El Santo*. El 7 quiso competir en ese rubro, y repescó *Los locos Adams*. Y el 9 contraatacó con *La caldera del diablo* y *Los vengadores*. Uno de los créditos del 11 eran sus

dibujos animados de Mafalda, y películas como *Casino Royale* o *Rebelde sin causa*. La nueva ley de Telecomunicaciones había bajado el tiempo de publicidad de 18 a 10 minutos por hora: los cortes se hacían más tolerables. Contra Legrand, el 11 presentó *Almorfando con la Chona*, con Haydée Padilla, y *Los Campanelli* seguían siendo uno de sus éxitos.

Los teleteatros trataban de reproducir la sensación del año anterior, *Rolando Rivas taxista*, de Alberto Migré, donde una chica de dos apellidos se enamoraba de un taxista y, por amor, aceptaba compartir su vida sacrificada. Aunque también funcionaban las historias tipo Cenicienta: en el 9, *Carminña*, de Abel Santa Cruz, contaba la historia del ascenso social de una mucama gallega que se casaba con su patroncito. Antes, su novio almacenero, el buen muchacho, intentaba una última defensa: «Claro, yo entiendo. A ustedes, las mujeres, enseguida se les llena la cabeza de pájaros. Sueñan, creen, vuelan. Se olvidan de cómo nacieron... y esto te pasó a vos. Ya lo sé, Carmina. Es más lindo tener un coche último modelo y no un triciclo con ruedas torcidas. Es más lindo vivir en una casa y no en una pieza con techo de zinc. Pero a cada uno le toca lo suyo y hay que conformarse; la que nace sirvienta muere sirvienta».

En un artículo de *La Opinión*, titulado «El chisme sobre la intimidad de los artistas es la última moda de la TV», Carlos Ulanovsky decía que «es posible que esta difusión de lo superficial tenga varias explicaciones. Una — que no debe dejarse de lado— es la que esgrimen habitualmente los que difunden esta tendencia: según ellos, el público —en especial el femenino, que es la porción mayoritaria durante el mediodía y la tarde— reclama esa modalidad informativa.

»Pero este tipo de periodismo resulta algo así como una nefasta vuelta de tuerca de la complacencia, de lo rosa. Hereda la tarea emprendida varias décadas atrás por algunos medios —*Radiolandia*, por ejemplo— que instalaban al público en el propio living del artista, ya que la moralidad imperante no posibilitaba (ni posibilita) llegar hasta la alcoba. Para reemplazar a esto, sirve hablar de los romances en abstracto. La modalidad televisiva es la de una *Radiolandia* recubierta de agresión: una agresión en el fondo inocente y cómplice.

»En rigor, ambos niveles informativos son paralizantes. El más actual simula que se han roto todas las barreras, que el mito de que “el artista se debe a su público” está más al día que nunca. Por lo tanto no colabora en la desmitificación sino en todo lo contrario: es un refuerzo de lo que está vigente y nadie desea modificar.

»No es lo peor, tampoco. Presentando con entusiasmo cualquier episodio de la farándula como un hecho de importancia “nacional”, la TV ayuda a incrementar la confusión acerca de lo que verdaderamente importa. Induce a la frivolidad, sin pudor alguno; es más, desaprovecha también las posibilidades de lo auténticamente frívolo y lo reemplaza por lo auténticamente estúpido.

»El chisme no es un invento de Lucho Avilés. Se denomina chisme a la transmisión de una noticia, banal o no, con maledicencia. Sin carga malévola, el chisme no existe. El chisme reproduce cierto modelo del estilo de vida capitalista-liberal, y fue uno de los fundamentos del *star system*, otra forma heredada de la dependencia cultural argentina».

La situación no tenía mucho sentido: en cada facultad había varias agrupaciones peronistas que de una u otra manera respaldaban la política y la metodología de las organizaciones armadas. De hecho, algunos líderes de esas agrupaciones del frente universitario habían pasado progresivamente a pertenecer a un ámbito político de las FAR, los Montoneros o las FAP, que así las manejaban, sin hacerlo público por seguridad de unos y otros. Las diferencias que había entre estos grupos de militancia universitaria y barrial tenían más que ver con historias diferentes, con experiencias de activismos distintos, que con proyectos contrapuestos o contradictorios. En general, las agrupaciones coordinaban sus actividades pero, de todas formas, esta multiplicidad dificultaba las cosas y las hacía más trabajosas. En abril los Montoneros y las FAR se pusieron de acuerdo en armar agrupaciones únicas en cada frente. Esta fusión de agrupaciones fue impulsada por los Montoneros: su política de trabajar para los «frentes de masas» —estudiantes secundarios, universitarios, trabajadores, inquilinos, mujeres, villeros— ya había demostrado su eficacia y se imponía para las necesidades de la nueva época, al criterio más foquista de las FAR. De hecho, los Montoneros habían empezado a trabajar en esos frentes de masas mucho antes que las FAR, casi un año antes, y eso le daba buena parte de su ventaja política en esos días: cuando las organizaciones tuvieron que pasar de la clandestinidad armada a la política pública, los Montoneros estaban mucho mejor colocados.

—Por eso, compañeros, para poder llevar adelante nuestra política de masas en las mejores condiciones posibles, es fundamental la formación de una herramienta idónea...

El Tala Ventura había reunido a unos cuarenta militantes peronistas de Derecho en un aula desocupada del segundo piso, y les hablaba mientras

luchaba contra los pelos que le caían sobre los ojos. En una silla bajita, Elvio Vitali lo seguía con atención.

—La idea es poner en marcha lo antes posible una agrupación que reúna a todos los compañeros peronistas alrededor de acuerdos mínimos, amplios, que pasen fundamentalmente por la problemática universitaria, pero ligada a las grandes líneas que...

En pocos días terminó de constituirse la Juventud Universitaria Peronista. Lo más difícil había sido la discusión entre los cuadros que respondían a las FAR y a los Montoneros por la distribución de los puestos de conducción. El proceso fue acelerado y las negociaciones, tensas. En general en la JUP, como en el resto de los frentes, los Montoneros se habían quedado con la mejor parte. Esa conducción del nuevo frente universitario unificado era, al mismo tiempo, un ámbito mixto que respondía a las dos organizaciones armadas: así garantizaban que el frente de masas funcionara según sus políticas, aunque los militantes de cada sector decidieran sobre las formas específicas de esas políticas en su área. Las organizaciones armadas designaban a los responsables públicos, los que darían la cara: los «jetones». El Tala, Juan Pablo Ventura, pasó a ser el jetón de la Regional 1 —Buenos Aires— de la JUP.

Elvio quedó como un cuadro medio de la agrupación: no formaba parte de su dirección pero tenía a su cargo un ámbito de compañeros de nivel menor, con los que se reunía para discutir y organizar tareas. También se reunía con el ámbito donde estaban sus pares y su responsable y, además, tenía otras reuniones para trabajos y cuestiones específicas: en esos días se empezó a hablar del reunionismo, esa manera de no parar nunca de reunirse: se pasaban las horas discutiendo, porque cada actividad, proyecto, tarea, responsabilidad se transformaban en una reunión donde se recibía o se bajaba línea, criterios de acción, órdenes.

Fuera de las reuniones, la vida también era agitada. Había que preparar la llegada de las nuevas autoridades universitarias y organizar las maneras de integrarse al centro de estudiantes. Los días estaban repletos de trabajo político, y el tiempo nunca alcanzaba. Durante las noches, muchos de ellos seguían juntos. Iban al cine, a comer a Pichín o Pippo, a tomar café por Corrientes. Y a menudo la madrugada los encontraba esperando los diarios junto a algún kiosco, o tratando de dormir un par de horas en algún telo de la zona.



Después de las elecciones, *En Lucha*, como muchos otros grupos de Renovación y Cambio, pidió la renuncia de Balbín. El grupo de Sergio Karakachoff, además, quería hacer pública su visión de las cosas:

—Mirá, a mí que no me vengan con que apoyamos a los Montoneros, porque ya dije que éstos se creen que a este ejército lo van a poder voltear como si fuera el de Batista; éste es un ejército sólido, bien organizado, y no le van a ganar con la guerrilla. Pero, saben qué pasa, ellos tienen más kilombos internos que nosotros, pero el día que nosotros movamos esa cantidad de gente...

El viejo estudio de la calle Uno de La Plata era el refugio donde el Ruso se juntaba con los más allegados. Ya no lo tenía a su hermano Diego, que estaba estudiando en París, para que le alcanzara el café, así que él mismo lo calentaba. Horacio Palacios, Fredi Storani, el Colorado Menucci, los de siempre, habían estado haciendo correcciones sobre el borrador. No era, precisamente, neutral: «... Al levantar la justa bandera de la conciliación, la UCR no dedicó la importancia debida a la difusión del modelo de país que formulaba a través de un proyecto de liberación. A mitad de camino, apareció como neutral en todo. Neutral entre civiles y militares, neutral entre peronistas y antiperonistas, neutral entre gobernantes y opositores. Pareció no advertir que la verdadera conciliación radicaba en el cambio requerido por las grandes mayorías argentinas...».

—¡La sangre derramada no va a ser negociada! Y eso no es una consigna hueca. Eso quiere decir que el 25 de mayo todos los compañeros presos van a estar en la calle junto al pueblo. Y que vamos a terminar en serio con el imperialismo yanqui, con el capitalismo y con la oligarquía que hoy le sirve de sostén, y comenzar a construir la patria socialista...

Juan Manuel Abal Medina se desgañitaba en el escenario y, abajo, varios cientos de estudiantes secundarios lo aplaudían con fervor. El miércoles 18 de abril, en el sindicato del Calzado, en Almagro, se estaba lanzando la Unión de Estudiantes Secundarios. La UES se había formado según el mismo modelo de la JUP: la unión de todas las agrupaciones secundarias que respondían a las políticas de FAR y Montoneros en una sola. El nombre tenía viejas reminiscencias: la UES había sido la organización de estudiantes secundarios durante el primer gobierno peronista. La sala estaba caldeada. Después del secretario general del Movimiento le tocó el turno al delegado de Perón para la Juventud, Rodolfo Galimberti: era casi un exceso de jetones para un acto de adolescentes. Galimberti tardó muy poco en decir lo que le interesaba:

—... porque en 1955 se instaló la violencia del régimen, a la que las masas contestaron con su propia violencia. Pero ahora debemos ejercer esta violencia en forma orgánica, porque no podemos pensar que el gobierno popular va a poder sostenerse y llevar adelante su programa de liberación nacional y social en el camino al socialismo si no tiene fuerzas que lo apoyen. Entre esas fuerzas, compañeros, es necesaria la existencia de aquellas que ya intentó organizar la compañera Evita, compañeros: ¡las milicias populares peronistas!

Los secundarios le contestaron entusiasmados. Eso era mucho más que lo que esperaban oír:

—¡Aquí están,/ estos son/ los fusiles de Perón!

Al día siguiente, todos los diarios daban la noticia de que el máximo dirigente juvenil peronista había llamado a la formación de milicias populares. El escándalo fue importante. Ese mismo día, más temprano, en la sede justicialista de avenida La Plata, Galimberti, Abal Medina, el senador nacional, los ocho diputados nacionales y los treinta y un diputados provinciales que respondían a la JP presentaron un documento titulado *Compromiso ante el pueblo de la Patria*, que planteaba las posiciones de los legisladores ante el gobierno de Cámpora: asegurar el cumplimiento de los postulados de su programa, aún los más radicales. Era otra movida en un tablero complicado, donde las fuerzas del peronismo trataban de reubicarse para llegar al 25 de mayo con la mayor cantidad posible de poder. Y la JP, en el campo legislativo, no estaba muy bien situada: su grupo de diputados era muy chico comparado con lo que tenían los sindicalistas o los peronistas ortodoxos. Estaban empezando a descubrir que su peso en la movilización y en el acoso armado a los militares no había sido bien recompensado en las estructuras políticas, y querían recuperar terreno.

La pelea estaba por todas partes. En esos días, como la campaña había terminado, Miguel Bonasso ya no tenía trabajo junto a Cámpora pero, por una serie de charlas e indicios, suponía que iba a ser nombrado secretario de Prensa del nuevo gobierno. Miguel estaba pensando qué hacer allí. Imaginaba políticas de difusión, discutía cómo organizar las radios estatales, se reunía con Pino Solanas, Chunchuna Villafañe, Juan Carlos Gené, Emilio Alfaro y otros para armar una propuesta para los medios. Estaban planeando, entre otras cosas, un ente de televisión hecho sobre el modelo del instituto de Cinematografía, para favorecer la producción nacional en los canales, que iban a ser estatizados. Pero hacía días que Cámpora no lo mandaba llamar, que Miguel no lo veía.

Tiempo después, Miguel se enteró de que López Rega había vetado su nombre en la lista de funcionarios que el presidente electo le presentó a Perón, so pretexto de que estaba demasiado ligado con los Montoneros: su presencia en el acto de los Equipos político-técnicos le resultó fatal. En realidad, López Rega quería tener la secretaría de Prensa para controlar los medios y, sobre todo, porque tenía un gran negocio pensado con la instalación de la televisión en color en el país. Cuando se enteró de que habían nombrado secretario de Prensa a José Castiñeira de Dios, Miguel se cabreó fuerte, después se dijo que bueno, que Castiñeira tenía muchos años de historia en el peronismo, después pensó que sí pero que él había estado trabajando en serio en la campaña mientras el viejo ese vaya a saber dónde estaba metido. Al final, un poco más tranquilo, decidió reincorporarse a *La Opinión*.

—Che, Miguel, estás loco. ¿Cómo volvés acá? ¿Cómo no te enganchás en el gobierno?

Mientras tanto, seguían las reacciones por el anuncio de las milicias populares. Varios generales habían salido a protestar; López Aufranc mandó un radiograma a todas las unidades diciendo que las Fuerzas Armadas «son las únicas instituciones armadas que la Nación necesita, que son y forman parte del pueblo y que no admiten la posibilidad de que existan otras organizaciones que pretendan suplirlas en esa misión...». En *La Opinión*, Mariano Grondona decía que a partir de la segunda vuelta de las elecciones «todo cambió. Rodolfo Galimberti se convirtió en el vocero más insistente en el seno del peronismo y el dinamismo de la Juventud Peronista llenó la crónica de los diarios mientras el resto de la conducción justicialista adoptaba una actitud de extrema circunspección. En ocho días, así, la imagen del peronismo se invirtió totalmente, reavivando las esperanzas de los sectores que dentro y fuera de él aspiran a una revolución total, y difundiendo preocupación y alarma entre los sectores que también dentro y fuera de él aspiran a un proceso reformista y democrático».

Dos días después, en el mismo diario, el sociólogo Juan Carlos Portantiero contestaba que en realidad la JP no había hablado de milicias armadas sino de «promover formas de organización —milicias, brigadas o como quiera llamárselas— tendientes a encuadrar una movilización generalizada de la juventud a favor de determinados objetivos políticos que permitan profundizar el proceso abierto por las elecciones. Esto, por lo que se sabe, no viola ninguna norma legal existente. El problema es otro. Quienes se rasgaron las vestiduras por las fantasmales milicias armadas utilizaron publicitariamente el espectro de bandas uniformadas con camisas rojas (o

negras, o azules) asolando las ciudades, para espantar así a las capas medias, para aislar a éstas de los planteos políticos que está llevando la Juventud Peronista, dato real que los preocupa mucho más que la imagen ilusoria de los “*squadristi*” o los “guardias rojos”».

Ésta era, palabras más o menos, la postura oficial de la JP ante el problema. Y fue la postura que, ese mismo sábado 28, Rodolfo Galimberti trataba de defender en Madrid, donde el general Perón lo había llamado con urgencia para que explicara su actuación. Cuando llegó a la quinta 17 de Octubre, Galimberti se encontró con un extraño tribunal: en el living de la casa lo esperaban, además de Perón, Cámpora, Abal Medina y López Rega, varios políticos de la derecha peronista: Norma Kennedy, el teniente coronel Osinde, el intendente de San Martín Alberto Campos y el sindicalista Manuel Damiano. Lo vapulearon. Galimberti les decía que nunca había hablado de milicias armadas, pero ya no importaba lo que dijera. Tras un aluvión de críticas, Perón le pidió su renuncia: Galimberti no tuvo más remedio que entregársela. Más tarde, en una reunión privada con Perón, Abal Medina también presentó la suya. Perón le dijo que volviera al día siguiente y entonces se la rechazó y le dijo que tuvieran en cuenta a Galimberti para algún cargo cuando reorganizaran el Movimiento.

En Buenos Aires, la conducción montonera aceptó las críticas de Perón y le sumó las propias. El Consejo Nacional de la JP sacó un documento vagamente autocrítico: decía que la conducta de Galimberti no podía ser separada de la del resto de la agrupación, «aunque la carga personal y las características del ex consejero juvenil hayan acentuado los errores cometidos». Entre los errores estuvo el «petardismo, declamación verbal y arrogancia juvenil revolucionaria. Del enfrentamiento entre revolución y reformismo se pasó a la glorificación de los jóvenes como garantía revolucionaria». Galimberti, decía la JP, trató de hacer «una política de extrema izquierda, infantilista y elitista». El General, decía la JP, tenía razón una vez más.

**Abril de 1973.** Richard Nixon había ganado la reelección como presidente de los Estados Unidos unos meses antes, con la mayoría más amplia de la historia, así que no se preocupaba mucho por las denuncias de dos periodistas del *Washington Post*, Bob Woodward y Cari Bernstein, sobre unos robos en Watergate, la central del partido Demócrata, durante la campaña electoral. Sin embargo, los artículos tuvieron mucha repercusión: se sospechaba que los ladrones podían tener relación con instituciones oficiales

y, en última instancia, con el presidente. El Senado americano formó una comisión investigadora, que todavía tardaría dos años en llevar el proceso hasta el final. En París, mientras tanto, seguían las negociaciones entre Henry Kissinger, el asesor presidencial americano, y Le Duc Tho, el representante de Hanoi, para llegar a un acuerdo de paz en Vietnam. La guerra representaba una sangría de 30.000 millones de dólares por año para Estados Unidos, que no sabían cómo terminarla: ahora estaban tratando de darle un final más o menos digno.

En China, la revolución cultural se había acabado: una de sus víctimas más notorias, el ex secretario general del partido Comunista, Deng Hsiao Ping, que había sido despojado de todos sus cargos en 1965, cuando empezó el movimiento, fue plenamente rehabilitado y nombrado viceprimer ministro. Chou En Lai, el hombre fuerte, enfermo de cáncer, lo necesitaba para seguir adelante con sus proyectos de modernización y apertura a Occidente. En Camboya, el cerco comunista sobre Phnom Penh se estrechaba día a día. En Medio Oriente, Israel denunciaba que Egipto y Libia estaban comprando cantidad de armas y de aviones de guerra.

En Italia, un gobierno democristiano, encabezado por Giulio Andreotti, enfrentaba su enésima crisis y, en Milán, manifestantes neofascistas mataban a un policía con una granada. En Alemania, el primer ministro socialdemócrata Willy Brandt recibía la visita de Leonid Brezhnev, como parte de su política de deshielo de las relaciones con el Este, la «Ostpolitik». España registraba un crecimiento de su producto industrial del 10,7 por ciento, más que Japón, y mostraba 5000 millones de dólares de superávit en su balanza de pagos. Francia seguía con sus pruebas nucleares en el Pacífico y, en Inglaterra, los laboristas derrotaban ampliamente a los conservadores en elecciones municipales.

En Rusia, «los soviéticos se aficianan cada vez más a la sociedad de consumo», decía un cable de *Reuter*. El cable hablaba del alto precio de los jeans americanos, los relojes japoneses y los zapatos de charol en el mercado negro de Moscú. «Ocurre que los rusos de hoy tienen gran cantidad de dinero cash en sus bolsillos. Los altos ingresos son el resultado de que tanto el hombre como la mujer tienen normalmente empleos con dedicación exclusiva. Muchas tareas, en una sociedad socialista donde existe la escasez de consumos y servicios, posibilitan grandes ganancias en propinas o sobornos. Existe una amplia gama de personas —desde taxis hasta médicos— que están dispuestas a realizar servicios especiales en pro de sus ganancias privadas».

En Cuba, según un informe de la agencia *Latina*, «las condiciones de vida de los consumidores cubanos han mejorado notablemente al aumentar la cantidad de alimentos, mejorar el transporte público y registrarse un incremento de los bienes durables. (...) Otro indicio de que mejora la situación económica es el derecho a comprar ciertos artículos como ollas a presión y batidoras eléctricas. Sin embargo, no es el caso de artículos de lujo tales como televisores, radios a transistores o heladeras, aún vendidos a precios artificialmente altos como parte del continuo esfuerzo gubernamental para recolectar el dinero sobrante en circulación. Pero aún estos artículos podrían tornarse más fácilmente accesibles dentro de un año o dos, ya que la Unión Soviética comenzará a construir pronto una planta de montaje capaz de producir 100.000 televisores y 300.000 radios por año. (...) La recuperación, debida a una mejor organización, mayor productividad y objetivos menos ambiciosos, comenzó hace dos años pero recién ahora está repercutiendo en las condiciones de vida de los cubanos».

En Uruguay, el gobierno pedía el desafuero del senador Enrique Erro, del Frente Amplio, al que acusaba de haber mantenido contactos con los Tupamaros. En febrero, los militares habían dado un minigolpe de estado: dejaron en el poder al presidente Juan María Bordaberry pero organizaron los mecanismos necesarios para ocupar el poder efectivo. Parte de la izquierda — sobre todo, el partido Comunista— saludó el carácter «progresista» del golpe. En abril, ya parecía claro que los militares tomarían posiciones cada vez más represivas y derechistas: «Las Fuerzas Armadas uruguayas enfilaron hacia posiciones más conservadoras que las insinuadas durante la crisis de febrero y procuran definir una línea reformista diferenciada de la izquierda tradicional y en particular del comunismo», decía un cable de la agencia *Interpress*.

En México, seis campesinos eran fusilados por el ejército en el estado de Guetrero, acusados de suministrar alimentos al grupo guerrillero de Lucio Cabañas, la Brigada Obrera de Lucha Armada. Mientras tanto, Luis Echeverría emprendía viaje hacia Rusia para convertirse en el primer presidente mexicano en visitar Moscú y Pekín.

En Brasilia, el presidente Emilio Garrastazu Medici y su colega paraguayo, Alfredo Stroessner, firmaban acuerdos para la construcción de una represa en Itaipú. En Chile, la Unidad Popular enfrentaba otra ofensiva de distintos sectores opositores: una huelga en la gran mina de cobre de El Teniente, por mejoras salariales, y manifestaciones de los estudiantes secundarios contra una reforma educativa. El gobierno denunciaba otro «plan sedicioso para desestabilizarlo mediante la agitación y la violencia». En un

pueblo del sur, Quirihue, sus ochenta habitantes iniciaron una huelga de abstinencia sexual para protestar contra el traslado del único ginecólogo del pueblo a una localidad vecina. Las autoridades fueron comprensivas y revocaron la medida.

El verano había terminado pero el calor no aflojaba: en el rancho que oficiaba de comisión vecinal de San Ramón, en Goya, los dos hombres se abanicaban con diarios. El presidente, Quico Bianchiotto, escuchaba atento al secretario, Miguel Ramondetti. El cura recibía muchas visitas de cuadros de las organizaciones armadas y al maestro Quico le interesaba saber de qué se trataba. Desde que el Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo se había empezado a desmembrar, más que nada por las diferencias entre peronistas y no peronistas, militantes del PRT habían aparecido varias veces. Ramondetti los trataba con respeto, pero las diferencias de estilo le resultaban insalvables:

—Me enojé, Quico, les dije que actuaban como los conquistadores. Lo que les interesa es ir directo a la cantera, nada más que en vez de oro y plata quieren sacar cuadros. Te das cuenta, en vez de meterse en los problemas de la gente y organizarla, ellos encuadran y encuadran.

Hacía cuatro años que Bianchiotto estaba al frente de la comisión. En los últimos meses, Goya se había politizado mucho y varios vecinos se habían sumado a la tendencia revolucionaria del peronismo. Quico no era peronista, así que le interesaba una propuesta revolucionaria que viniera del lado del marxismo:

—Bueno, seguro que en Buenos Aires o en Córdoba será distinto, Miguel...

—Sí, pero ese Chispa está en Resistencia, acá nomás. Y las veces que viene es para dejar periódicos y ver si puede juntar unos simpatizantes para el ERP. Para ellos el crecimiento es armar células, fortalecer los cuadros... buehh, mejor no hablo.

Ramondetti no quería ser indiscreto y prefirió no contarle a Quico quién era el morocho que lo había visitado varias veces en su casa, uno con tonada cordobesa. Mauro, un cuadro nacional del PRT, iba a verlo porque tenía mucho interés en sumar a un cura revolucionario no peronista. Un día Mauro, entre charla y lectura de documentos, le había pedido que le guardara una valija. El cura le preguntó si no había nada peligroso, el otro le dijo que no, y él aceptó el encargo.

Ramondetti vivía en una pieza, sin escondites especiales. Durante tres o cuatro días, el cura miró la valija con temor, pero revisarla le parecía violar la

confianza del otro. La duda cedió y, al abrirla, el cura se encontró una pistola y varias balas en medio de revistas y panfletos. Como no sabía si estaba cargada o descargada, la agarró como con pinzas y la metió a presión debajo de la pileta de lavar, a la intemperie. Cuando, al fin, Mauro volvió, Ramondetti le dijo que no le había gustado nada encontrarse con un arma, que él era un tipo muy marcado, que dos veces lo habían allanado, y que una lo habían llevado preso. Pero el cuadro del PRT se puso molesto, y más todavía cuando vio que la pistola estaba medio oxidada: el arma había sido de Luis Pujals y, por eso, tenía un valor especial para Mauro. Ramondetti se sintió casi culpable.

En esos días, las Ligas Agrarias habían lanzado una serie de acciones de fuerza. Hacía una semana que varios dirigentes campesinos hacían huelga de hambre en la catedral de Goya.

—Si tengo que ir preso por defender el derecho de los explotados, iré contento a la cárcel.

Dijo, solemne, el obispo Devoto. El edificio colonial era chico y su voz retumbaba como advertencia divina. Se había bajado del pulpito y estaba con los brazos abiertos en el centro del altar. Se acababa la misa dominical y Ramondetti, como todos, aplaudía emocionado. Era 15 de abril, y no parecía muy sensato que Devoto terminara en una celda de Villa Devoto faltando cuarenta días para que asumiera Cámpora. Pero el obispo lo decía convencido. El conflicto de los campesinos se había largado simultáneamente en Corrientes y Chaco. Había empezado porque los acopiadores prometieron a los campesinos un reajuste en el precio del tabaco: les dijeron que además de subirles el precio les iban a pagar en efectivo contra entrega. Cuando los campesinos llevaron las primeras cargas, los acopiadores no respetaron el precio ni las condiciones de pago. Los acopiadores, como siempre, supusieron que una vez que la mercadería estaba en puerta de depósito, los campesinos no podrían negociar nada. Pero esta vez las Ligas estaban fuertes y el 26 de marzo largaron la huelga, que consistía en no entregar mercadería. Aunque se pudriera.

—Padre, siempre nos ensartaron igual. Pero se olvidaron del urnazo, padre.

Mientras se fumaba un chala para matar el hambre, Rosendo le decía a Miguel Ramondetti que tenían mucha fe en que, con la presión de la huelga de hambre, ganarían el conflicto. Rosendo era dirigente de las Ligas de Goya y trabajaba seis hectáreas de tierra. Como todos los campesinos, la tercera parte de la cosecha era para el dueño del campo. En la Catedral, junto a los



candelabros y las efigies religiosas, había una radio encendida, camas, calentadores y pavas. Los chamamés de fondo eran tan permanentes como la charla política de los huelguistas y sus seguidores:

—... son monopolios, y los monopolios te expolían.

—Te explotan, querés decir.

—También te explotan, pero te expolían porque se llevan la plata afuera, ¿entendés?

—Y por eso hay que nacionalizar, chamigo, habrá que empezar por la Phillip Morris que son gringos y seguir con los Particulares.

Mientras en Goya nadie entregaba tabaco y algunos pasaban hambre, en Buenos Aires varios diputados peronistas daban una conferencia de prensa con dirigentes campesinos. En la mesa estaban Ferdinando Pedrini, Santiago Díaz Ortiz, Rody Vittar, Julio Bárbaro y Diego Muñiz Barreto:

—En el norte hay un sistema feudal de tenencia de la tierra. Conviven grandes latifundistas de tierras preferenciales con pequeños minifundistas de tierras agotadas; entonces el arrendatario tiene que dejarle un tercio de su producción al que le deja usar esas tierras miserables...

Vittar sabía el libreto para justificar la reforma agraria y se preparaba para uno de sus primeros proyectos legislativos. Uno de sus puntos centrales era un impuesto a la renta potencial de la tierra, que amenazaba a los latifundistas de las tierras ricas. Aun que no las hicieran producir, igual tendrían que pagar impuestos altos. Para el noreste proyectaban un sistema de aparcerías y también de expropiaciones.

—Ésa es la verdadera revolución de la que habla el general Perón.

Dijo Muñiz Barreto, y después explicó que la cadena de comercialización funcionaba como los tentáculos de un pulpo; la metáfora no estaba clara, pero los periodistas asentían. Diez días después, la huelga de hambre seguía y el tabaco no se cosechaba en ninguna localidad de Chaco y Corrientes. Había ollas populares en todos los pueblos, por las rutas había campesinos con machetes y carteles que pedían «La tierra para el que la trabaja». Se programaron asambleas populares en las dos provincias para el 27 de abril. Los gobernadores electos, Deolindo Bittel y Julio Romero, eran los oradores de fondo. Esa noche, en Sáenz Peña llovía, pero Bittel subió al escenario en mangas cortas:

—... después de veintisiete años de lucha, yo podría haberme ido a la capital a calentar un banco en el Congreso, pero elegí el camino más difícil. Asumo mi destino consciente de mis modestos esfuerzos y confiado de este

pueblo. No me temblará la mano cuando deba firmar medidas revolucionarias...

Mientras la multitud se encendía en el Chaco, Julio Romero se limitó a llevar su solidaridad a los huelguistas y hablar en un estadio cerrado de Goya para pedir cordura mientras negociaban con los acopiadores:

—Les pido que no tomen nuevas medidas durante la próxima semana, porque de esa manera se entorpecerían las diligencias que estamos haciendo...

Cuando empezó mayo se estaba por cerrar el acuerdo. Primero levantaron la huelga de hambre. Dos días después, las Ligas consiguieron el veinticinco por ciento de aumento del precio del tabaco y el pago en efectivo. Había triunfado el primer paro de los campesinos tabacaleros de la historia argentina.

—Esta yegua lo maneja a don Alberto como se le canta, lo tiene agarrado de las bolas.

—Y claro, andá a saber las cosas que le hace en la cama, la muy guacha.

—Vos sabés cómo son los zurdos. Y las minas de ellos, peor que peor.

Susana Sanz y don Alberto Martínez Baca se conocían ya de varios años y se llevaban muy bien; el viejo farmacéutico, a veces, parecía fascinado con esa mujer joven y dinámica, que había tenido mucho que ver con su llegada al cargo que estaba por ocupar. Algunos de sus gestos hacían sospechar que, en realidad, Susana le gustaba. Pero su relación nunca pasó de la amistad y la colaboración política. Él la trataba con gran deferencia y una amabilidad chapada a la antigua: no le daba siquiera un beso en la mejilla, pero cada vez que se encontraban le besaba la mano y la llenaba de requiebros muy retóricos. En cualquier caso, sus enemigos aprovecharon la mínima apariencia para llenarla de injurias. Susana a veces se reía: no era la primera vez que la atacaban con ese tipo de argumentos, y se decía que para tener todos los amantes que le atribuían se tendría que pasar la vida sin levantarse de la cama. Pero también la enfurecía la obviedad de esos ataques: era lamentable que en cuanto una mujer se destacaba en una actividad, trataran de descalificarla atribuyendo todos sus logros al único mérito de un cuerpo más o menos atractivo. Los ataques eran muy personales, pero al mismo tiempo se lanzaban contra la JP, por un lado, y contra las mujeres. Susana se indignaba.

Al mismo tiempo, los Montoneros sabían que la buena relación entre la abogada y el farmacéutico les abría muchas puertas, pero tenían miedo de un choque, un malentendido que complicara todo. Más de una vez, Chaves tuvo

que acompañarlos con la consigna de no dejarlos solos, para que el futuro gobernador no pudiera hacer un intento que no tenía futuro y sólo traería complicaciones. Más de una vez, en sus reuniones de ámbito, los montoneros cercanos a don Alberto tuvieron que planificar sus movimientos para que el viejo no se quedara solo con Susana. El Petiso Chaves se reía:

—No puede ser que esto nos complique la vida de esta manera. La verdad que a Marx nunca se le ocurrió prever esta situación. Esta página sí que se le escapó al alemán.

El domingo 15 de abril, Alberto Martínez Baca ganó, por amplio margen, la segunda vuelta de las elecciones. Era el momento de formar gobierno. Susana se íntegro al consejo asesor que habían dispuesto las organizaciones armadas para negociar con Martínez Baca: por los Montoneros estaban ella y Héctor Chaves, y Alfredo Guevara y Juan Carlos Cerrutti por las FAR. Faltaba un mes para la asunción del mando y había mucho que preparar y debatir. El grupo trataba de coordinar qué medidas y qué nombramientos le propondrían al gobernador, y se reunía con él para discutirlos. En principio, estuvieron de acuerdo en que lo mejor sería conseguir el ministerio de Gobierno para el Gordo Guevara; y, pese a la ofensiva de la derecha, Susana y los Montoneros seguían pensando que la cartera de Bienestar Social sería para ella.

—Bueno, el ministerio de Susana es seguro. Con el cariño que le tiene el Viejo y el prestigio de ella...

—No, y lo de Guevara también, son amigos de muchos años, y además es el puesto político que el Viejo nos debe por el apoyo en la campaña. Si no fuera por nosotros no estaba ahí ni mamado, y él lo sabe.

Se encontraban con él regularmente, y trataban de convencerlo. Por supuesto, las otras fuerzas también le presentaban sus propuestas y sus candidatos y la lucha, esos treinta días, fue despiadada.

—Habíamos pensado que si el compañero Guevara ocupara el ministerio de Gobernación, desde allí se podrían organizar una cantidad de cosas que...

Le proponía Cerrutti, en una reunión en la sede justicialista de Mendoza, y don Alberto escuchaba, asentía ligeramente y se guardaba sus respuestas. Don Alberto estaba entusiasmado con la tarea que estaba por empezar y pensaba que tenía que conservar la mayor independencia posible para sus decisiones:

—Claro, es una posibilidad que hay que evaluar con mucho cuidado. Es interesante. La cuestión sería ver cómo podemos compatibilizar ese nombramiento con el resto del gabinete, porque como ustedes saben mejor

que yo, la tarea de gobierno requiere una búsqueda muy especial del equilibrio y las fuerzas que actúan en el seno del Movimiento...

Si Martínez Baca les estaba insinuando que bajaran un poco sus pretensiones, sus interlocutores montoneros no se daban cuenta. Los cargos de segundo nivel también provocaban peleas encarnizadas entre los distintos sectores. Los Montoneros no tenían técnicos preparados para muchos de ellos, así que empezaron a contactarse con gente idónea y más o menos afín, discutían con ellos, les proponían formar parte de un ámbito de la organización y, dentro de lo posible, del aparato de gobierno. Después, en la reunión siguiente, el consejo de asesores los proponía a don Alberto. En general, esos nombramientos eran más fáciles: eran puestos secundarios y, además, no era gente públicamente vinculada con las organizaciones armadas y creaba menos conflicto.

Hacia principios de mayo el gabinete todavía no estaba conformado y la pugna seguía sin cuartel. Los Montoneros y las FAR tampoco tenían una política muy clara frente a la situación. A veces había incluso diferencias internas entre los militantes de las dos organizaciones o, por lo menos, falta de coordinación. En esos días Cerrutti, en una charla con Boris, el secretario del gremio de Sanidad, le contó todos los planes del grupo para el gabinete. Quizás lo hizo para demostrarle su poder, o para intimidarlo; lo cierto es que, una hora después, Boris había informado a sus compañeros sindicales y, de ahí en más, la ofensiva de los gremialistas sabía contra qué enemigos peleaba y pudo precisar sus objetivos.

Poco después, don Alberto se encontró con Susana en la sede del partido. Comentaban noticias menores cuando el casi gobernador le dijo:

—Yo no lo puedo poner a Guevara de ministro de Gobierno.

—¿Por qué, don Alberto?

—Imaginate, con las cosas que ha dicho. Ha dicho en una reunión pública que quiere ser ministro de Gobierno para manejar la policía, para disponer de la fuerza del Estado, yo qué se qué barbaridades... Yo no lo puedo poner. Lo conozco desde que era chico, pero no lo puedo llevar.

—¿Está seguro, don Alberto? ¿No serán rumores para desprestigiarlo?

—No, yo sé que es así. Si lo llevo es una provocación, me va a generar muchos más conflictos que soluciones.

Cuando Susana se lo contó, Alfredo Guevara no le quiso creer.

—No, Susana, no puede ser. Ésas son mentiras tuyas.

Después, cuando se convenció de que era cierto, primero se lo tomó como algo personal y se enojó; después empezó a preguntarse qué significaban en

términos políticos esos reacomodamientos. Las discusiones seguían y Susana fue a decirle a Polo Martínez Agüero, su responsable montonero, que quizás tenía razón Ander Egg cuando le insistía en que en vez de Bienestar Social pidiera la secretaría general de Gobierno. Ezequiel Ander Egg era un sociólogo cristiano que había escrito libros sobre educación, daba charlas y cursos y tenía buenas relaciones con los Montoneros; en esos días se había puesto a elaborar un organigrama para el posible funcionamiento del aparato de gobierno, tratando de pensar cuáles eran los puestos más importantes y cómo ocuparlos, pero nadie le hacía mucho caso.

—La secretaría general de gobierno es menos pública, tiene menos prensa, pero al mismo tiempo eso la hace menos expuesta y sobre todo, es el lugar por donde tiene que pasar todo. Es el lugar clave, Susana, piénsenlo.

—Bueno, pero Bienestar Social...

—No, en serio, la secretaría es importante. El Viejo va a tener que negociar muchas cosas y todo eso pasa por ahí, en serio.

Polo no estaba de acuerdo:

—No, ni pensarlo. Imaginate la cantidad de cosas que se pueden hacer desde Bienestar Social. Tendríamos toda la política asistencial de la provincia, los medios para meternos en todos los barrios, los hospitales, en todos lados. El ministerio maneja fondos importantes, está lleno de posibilidades. Y además fijate lo que hizo Perón: cuando tuvo que elegir, en el '43, que sorprendió a todo el mundo pidiendo la secretaría de Trabajo y Previsión Social. No, Susana, tenemos que tener Bienestar Social.

Días después, en una reunión con un grupo de abogados que le insistían para que nombrara a Susana como ministra de Bienestar Social, don Alberto les dijo que no podía:

—Yo no la puedo nombrar a Susana, porque entonces la gobernadora va a ser ella. Me va a arrastrar de un lugar a otro y, cuando me quiera dar cuenta, voy a haber perdido el timón.

Parecían pretextos que escondían una decisión más política. Alguien corrió a contárselo a Susana. Ella estaba convencida de que ese cargo iba a ser suyo y al principio no lo quiso creer. Cuando trató de sondear, muy indirectamente, a don Alberto, el viejo no se dio por aludido:

—No, todavía sigo pensando algunos de los nombramientos. Vamos a ver, vamos a ver...

Unos días más tarde, cuando ya faltaba muy poco para el 25 de mayo, Martínez Baca anunció que el sindicalista Cortés sería su ministro de Bienestar Social. Cortés era un dirigente de la Unión Ferroviaria, que había

estado en la CGTA y tenía muchos años de militancia peronista: una elección irreprochable, influida por los sindicatos. Susana se quedó sorprendida, deprimida: tenía muchas expectativas puestas en ese ministerio. Poco después, Sversek vino a decirle que había tenido una charla con Cortés:

—Me dijo «estoy esperando que ustedes vengan a proponerme a la doctora Sanz para subsecretaría de la Comunidad, yo voy a estar encantado de trabajar con ella».

Susana pensó que era curioso que ahora fueran los sindicalistas los que ofrecían las alianzas, y armó una reunión para discutirlo. La subsecretaría de la Comunidad manejaba la relación con los barrios, con las entidades de base, y permitiría un trabajo muy interesante. Además del interés de armar una alianza con el sector más cercano del sindicalismo. Pero Polo siguió en sus trece:

—Susana, si peleamos por el ministerio ahora no podemos aceptar la subsecretaría. Quedaríamos en una posición totalmente disminuida, como agarrando el premio consuelo, y eso va a afectar la relación de fuerzas. No, de ninguna manera.

Susana estaba convencida de que ese puesto podía darle muchas posibilidades de acción, pero pensó que si insistía los demás supondrían que era por ambición personal y se calló la boca. Poco después, Martínez Baca anunció que su hijo Horacio ocuparía la secretaría general. El resto del gabinete estaba formado por políticos peronistas de vieja data y larga trayectoria. Su programa de gobierno se basaba en el lanzamiento de un Plan Trienal, que estaba elaborando a base de consultas con todo tipo de grupos y asociaciones de la provincia. Entre sus propósitos básicos, estaba la idea de favorecer la radicación de industrias con tecnología moderna y de desarrollar la agroindustria, para aumentar el valor agregado de los productos locales. Y, entre sus proyectos más conflictivos, Martínez Baca pensaba cambiar radicalmente la educación en la provincia. La idea le costaría muy cara.

Las organizaciones armadas peronistas apenas consiguieron meter a aquellos técnicos aliados, a algunos cuadros en puestos secundarios y a Cerrutti como subsecretario de Gobierno. Era mucho menos que lo que habían esperado y se sentían decepcionados: ellos habían impulsado la candidatura de Martínez Baca, habían hecho buena parte de la campaña y les parecía que merecían más. De todas formas, todavía quedaba mucho por jugar. La conducción de los Montoneros evaluó que las negociaciones no habían estado bien llevadas y mandó a otro cuadro para hacerse cargo del

«frente de gobierno»: era Carulo, un militante con varios años de clandestinidad que nunca había actuado en política abierta.

**Mayo de 1973.** En esos días apareció el número 1 de la revista *Crisis* — que se llamaba, en realidad, *Ideas letras artes en la crisis*. La dirigían Federico Vogelius y Eduardo Galeano y fue, durante un par de años, la revista cultural más influyente en la Argentina. Ese primer número tenía 64 páginas, tres avisos —CAP, Clarín, Cinzano— y artículos de Ernesto Sabato sobre su siguiente —y última— novela, *Abadón el Exterminador*, David Viñas sobre la situación del teatro; Julio Huasi sobre el poeta y gran escritor chileno Manuel Rojas; Henry Miller sobre Pablo Picasso; Heriberto Muraro sobre los dueños de los medios en América Latina; Jorge Romero Brest sobre la crisis de los museos de artes visuales; y poemas de Drummond de Andrade, João Guimaraes Rosa, Lenin y Ricardo Molinari, una carta de Pablo Neruda y fragmentos de la *Actualización Doctrinaria* de Juan Perón filmada por Solanas y Getino. Además, una polémica sobre el reciente *Libro de Manuel*, novela de Cortázar sobre unos militantes de izquierda latinoamericanos.

Opinaban Osvaldo Bayer —«el europeo Cortázar nos mira. Claro está que puede resultarnos ajeno. Pero no dejemos de leerlo porque aquí sus ojos de europeo tienen un valor universal»; Liliana Heker —«esta vez la historia se metió en el centro de la literatura y de lo lúdico»—; Raimundo Ongaro —«sería importante que el intelectual fuera revolucionario, pero nos conformamos con que no sea contrarrevolucionario»—, y el padre Carlos Mugica: «Primero le enumeraré tres razones por las cuales aún siendo militante y considerando positiva la actitud de Cortázar de ceder sus derechos de autor a los presos políticos, no me tomaré el trabajo de leerlo. Estas razones son: 1) porque como escritor Cortázar me parece abstruso; 2) porque no tengo tiempo para leer ficciones; 3) porque considero que su literatura va dirigida a los exquisitos y no al pueblo. En este sentido, y ampliando el concepto hacia los llamados “intelectuales”, creo que se debe tomar un rol protagónico y no meramente dialéctico, contagiarse y asumir la identidad del pueblo; como decía Camilo Torres, “hay que ascender al lenguaje popular”. De este modo aboliríamos para siempre ese estilo hermético que, en el fondo, es la impotencia de ciertos sectores de la burguesía para entender el proceso de lucha de la clase trabajadora. En cuanto a Julio Cortázar, he dicho que su actitud tiene algún valor, aunque personalmente prefiero más a los que donan la vida por una causa, que a los que ceden sus derechos de autor. Cortázar,

como tantos intelectuales, puede tener buenas intenciones, pero está colonizado culturalmente».

En esos días confusos, de relativo vacío entre un gobierno que se iba y otro que todavía no llegaba, las organizaciones armadas hicieron muchas operaciones. La dirección del ERP decía que, para llegar en buenas condiciones al momento de la tregua, tenían que redoblar las acciones. Su idea central era demostrar una fuerte capacidad operativa: todas sus células — militares, sindicales, estudiantiles o de propaganda— tenían que salir a volantear la *Carta al Presidente Cámpora*, hacer pintadas firmadas por el ERP, desarmar policías. Se pertrechaban y, además, les decían a sus enemigos que si paraban era porque querían.

El 25 de marzo el ERP copó la central atómica de Atucha; el 30 puso una bomba en el Comando en Jefe de la Armada, murió Julio Provenzano; el 3 de abril secuestró al contralmirante Francisco Alemán. Pero no eran los únicos: el 4, en Córdoba, Montoneros mató al coronel Héctor Iribarren, que se resistió cuando trataban de secuestrarlo. Cámpora estaba en Roma, reunido con Perón, pero volvió de urgencia a la Argentina y dio un mensaje a la población: «Aquellos sectores que asumen reivindicaciones alegando representar intereses del pueblo y de la nación, deben comprender que habiéndose pronunciado el pueblo argentino, son inadmisibles las actitudes que pretendan subrogar esa voluntad popular».

En esos días, un grupo de equipos militares del ERP de la zona norte de Buenos Aires, dirigidos por José Luis Castrogiovanni, el Mono, había desarrollado una táctica que dos veces les dio buenos resultados: rodeaban una subcomisaría, le cortaban los cables de las radios, le tiraban unas ráfagas de amedrentamiento, les pedían la rendición con un altavoz y se iban con las armas. A principios de mayo, en Merlo, intentaron usar el mismo método, pero cuando Castrogiovanni se asomó de su parapeto para que los policías se rindieran, de adentro le tiraron a la cabeza y lo mataron. Los policías tiraban de donde podían y el comando del ERP se retiró llevándose a cuestas el cadáver del Mono. Lo enterraron clandestinamente hasta después de la asunción de Cámpora. Recién entonces lo sacaron y lo velaron con bandera y guardia del ERP en la facultad de Arquitectura, donde había estudiado.

—Camaradas, realizamos esta conferencia poco después que la dictadura de los monopolios, bombardeada por las luchas del pueblo, ha sido derrotada en las elecciones del 11 de marzo...



El aula magna de Veterinaria estaba repleta. Más de doscientos militantes comunistas escuchaban a su secretario, Eduardo Sigal, que les leía el documento que había escrito para preparar la participación de su sector en el XIV Congreso del partido, que tenía que celebrarse unos meses después. El mecanismo de preparación de estos congresos, que se reunían cada cuatro o cinco años, era complejo: primero, el Comité Central elaboraba un informe sobre todos los temas que se tratarían en el congreso. Entonces cada círculo —de cada facultad, en este caso— lo discutía y elegía su delegado al comité de escuela, que lo discutía y elegía un delegado al comité de sector universitario, que lo discutía y elegía un delegado al comité local, que lo discutía y elegía un delegado al comité provincial, y así sucesivamente. El proceso duraba unos seis meses y se suponía que garantizaba la democracia interna; en la práctica, solía ser una manera de homogeneizar las opiniones y limar cualquier diferencia. Esa mañana, Eduardo cumplía con uno de los primeros pasos: la presentación de su informe:

—... Hay que destacar que gran parte del mérito por la derrota de los militares le cabe a nuestro querido partido, que desde el mismo 28 de junio de 1966 denunció qué significaba el golpe de Onganía y empezó a combatir para impedir la consolidación de la dictadura naciente...

El verano había sido intenso. Eduardo había participado en cantidad de actos y actividades de apoyo a la Alianza Popular Revolucionaria, el frente que los comunistas apoyaron aunque en teoría no pudieran integrarlo porque, técnicamente, seguían proscritos por la ley 17.401. La APR había quedado cuarta con más de ochocientos mil votos, un 7 por ciento. Gracias a esa participación, el partido tenía, por primera vez en su historia, dos diputados: Cominguez y Mira. Y la sensación de que las elecciones y el triunfo camporista tenían mucho que ver con las semillas que ellos habían ido sembrando en la sociedad. Aunque no las cosecharan directamente, se sentían parte de la victoria y, a veces, citaban para darse ánimo el caso de Fidel Castro, que cuando tomó el poder en Cuba era un demócrata y después, supuestamente ante la presión de los comunistas, se volvió un revolucionario. En un punto, suponían que podían forzar algo así en la Argentina.

—... porque la nuestra fue la única voz que desde la primera hora se alzó contra el golpe mientras la ultra, el centro y la derecha llamaban a la expectativa esperanzada...

Eduardo ya tenía mucha práctica para hablar en público, y había dejado de ponerse nervioso. Es más: le daba cierto gusto. De vez en cuando hacía una

pausa y miraba a su auditorio: lo mejor de su gente, atenta, expectante, tomaba notas en perfecto silencio:

—... en lo internacional, todo confirma que ésta es la época del paso del capitalismo al socialismo. El campo socialista con la URSS a la cabeza se ha transformado en el factor determinante del desarrollo de la humanidad. Al imperialismo yanqui cada día le es más difícil dominar a los pueblos del mundo que luchan por su liberación...

Las referencias a la Unión Soviética eran de rigor. Y, en general, eran extensas:

—... Los resultados de los dos primeros años del presente quinquenio en la URSS muestran que la economía se desarrolla exitosamente. En 1972 se crearon cuatro mil nuevos modelos de máquinas; hecho que sólo se puede lograr uniendo los logros de la revolución científico-técnica con las ventajas del sistema económico socialista...

Eduardo lo había escrito con un equipo de colaboradores: el discurso seguía la organización clásica de las presentaciones comunistas. Iba de lo general a lo particular, es decir: tras la introducción, se pasaba a la situación internacional —el marco general— y, de ahí, a la coyuntura nacional para, finalmente, ocuparse de la situación y tareas del partido en el frente específico.

—... Camaradas, nos preocupamos porque Cámpora ha dicho que «el partido Justicialista es un movimiento popular, revolucionario y cristiano y un dique de contención a la extrema izquierda». Pero, camaradas, nuestra actitud debe ser la de buscar puntos de coincidencia con los jóvenes peronistas, única forma de que no sea burlada la voluntad popular...

A veces, los de la Fede chocaban con sus jefes del partido acerca del grado de colaboración que debían mantener con otros grupos. Las juventudes peronista, radical, comunista y varias más se reunían en las Juventudes Políticas, una especie de frente sin mayor trascendencia pero, además, al codearse en la vida estudiantil encontraban más coincidencias que las que los mayores solían admitir. Y, pese a las peleas, chicanas y perradas, intentaban juntarse cuando la ocasión lo permitía.

—... por otra parte, debemos decir que los comunistas universitarios el año pasado nos fuimos transformando en forma creciente en vanguardia y dirección del conjunto de luchas. Así por ejemplo, en Veterinaria logramos abolir el régimen de materias básicas; en las luchas de mayo a junio se logró un refuerzo de mil millones a la partida presupuestaria...

En las últimas elecciones de centros la Fede había ganado Medicina y Veterinaria, pero en las demás facultades los comunistas estaban sobrepasados por el impulso de la recién creada Juventud Universitaria Peronista. Eduardo seguía sin entender del todo el fenómeno. El PC mantenía su caracterización: eran foquistas, militaristas, espontaneístas influidos por la ideología nacionalista y burguesa del peronismo, pero eso no alcanzaba.

—... Como dice en su último informe nuestro Comité Central, hay que «fortalecer el trabajo ideológico para ayudar a la clase obrera a tomar conciencia de su papel protagónico en la revolución que madura rápidamente en las entrañas de la Nación; papel que podrá desempeñar en la medida en que se desprenda de la influencia de ideas nacionalistas burguesas y actúe con independencia de clase; en la medida en que deje de poner sus esperanzas en partidos burgueses y en hombres providenciales y confíe en sus propias fuerzas, en la fuerza de sus organizaciones y en su partido marxista leninista...

En esos días, Eduardo descubrió que el microclima PC lo había mantenido apartado de toda una franja del pensamiento político argentino, y trató de enterarse de qué había dicho gente como Cooke, Hernández Arregui, Scalabrini Ortiz. En general, no le parecían del todo sólidos en sus planteos. Pero los miles de estudiantes que seguían a los peronistas eran muy reales, estaban ahí, y había que hacer algo al respecto.

—... Deberemos emprender el armado de la tarea de apertura de los locales del PC y de la FJC que serán verdaderas casas de la juventud, donde apuntamos a hacer charlas, conferencias, peñas, bailes, donde montemos equipos de propaganda calificada, donde se realice teatro, cine, donde exista la biblioteca de la FJC...

Había llegado el momento de fijar los objetivos del grupo, los planes de crecimiento, de afiliación, de recolección de recursos. Ver cómo harían, por ejemplo, para mejorar la red de distribución de los materiales partidarios y atender los kioscos y librerías en las facultades, donde la Pequeña Biblioteca Marxista-Leninista, con todos los clásicos, por ejemplo, se vendía como agua. Y, sobre todo, organizarse para recuperar el control sobre la Federación Universitaria Argentina, que en ese momento estaba dividida. Todo eso se discutiría durante el fin de semana. Eduardo cerró su discurso con los vivas de rigor:

—¡Viva el histórico XIV Congreso! ¡Viva nuestro glorioso partido Comunista y su comité central! ¡Viva la URSS, sabia abanderada de la lucha mundial por la paz! ¡Viva el gran frente democrático nacional!

Y todos se pararon, aplaudieron y empezaron a gritar que el pueblo unido jamás sería vencido.

Cuando Víctor Fernández Palmeiro llegó a la Argentina, a principios de febrero, se integró a la conducción de la nueva fracción, el ERP-22 de agosto. La separación, como todas, había sido tumultuosa: los que mantenían la postura oficial eran calificados como esquemáticos y gorilas; los de la fracción, como vacilantes pequeñoburgueses y populistas. Los del ERP-22 tenían dos grandes problemas: por un lado, la figura de Santucho era la única que trascendía como la de un líder guerrillero marxista; por otra parte, el PRT seguía manteniendo organización, prensa, una estructura nacional y, tras la vuelta de Santucho, Mena y Gorriarán, había mandado a muchos de sus militantes a las fábricas, algunos trabajando como operarios, otros desde afuera, viviendo en los barrios y participando de células que buscaban anclarse en el movimiento obrero.

Los del ERP-22 hicieron acciones militares de propaganda armada con mucha repercusión de prensa; poco después de las elecciones, un comando secuestró a Héctor Ricardo García para obligarlo a publicar una gran solicitada en el diario *Crónica*. Pero Víctor seguía obsesionado con la masacre de Trelew. Sus responsables principales, el general Lanusse y el almirante Gnavi, estaban demasiado custodiados y, además, las consecuencias políticas de una acción contra ellos eran inmanejables. Así que encaró la ejecución de quien aparecía como otro de los responsables: el contralmirante Hermes Quijada, jefe del Estado Mayor Conjunto en el momento de los fusilamientos.

El lunes 30 de abril, como todos los lunes, un dodge GTX con chofer recogió a Quijada en su casa de Arenales y Riobamba. Eran casi las nueve de la mañana y el tránsito hacia el centro estaba pesado. El chofer tomó Junín: en el asiento de al lado, Quijada llevaba su ametralladora lista para disparar sobre la falda. Antes de llegar a Cangallo, el Dodge se paró en un semáforo. La moto gilera con dos ocupantes que los seguía también se paró, al lado derecho del auto. El Gallego Fernández Palmeiro le dijo al que manejaba la moto que siguiera hasta la esquina, como habían quedado. El fiat 1500 rojo que le hacía el apoyo estaba unos tres autos más atrás. El Gallego se bajó de la moto, sacó su pistola de la cintura y disparó varios tiros. Cuando vio que uno de los disparos había impactado en la cabeza de Quijada, Víctor dio por terminada su acción. Sabía que el chofer era un suboficial de la Armada, sabía que estaba armado, pero había decidido que la acción fuera lo menos

conflictiva posible: faltaban sólo veinticinco días para que asumiera el gobierno popular.

El chofer de la moto hacía roncar el motor, mirando hacia adelante, preparado para doblar por Cangallo; la calle Junín era un escándalo de gritos y gente que se tiraba al piso. El chofer del dodge se bajó del auto, apoyó su rodilla en tierra y disparó varias veces. Víctor hizo un gesto raro, que podía ser una sonrisa o una mueca de dolor. Cuando sintió que su acompañante estaba de nuevo atrás, el chofer de la moto salió a toda velocidad. El fiat lo seguía. En Libertador y Pueyrredón tenían un auto de recambio. La moto llegó en el tiempo establecido, el chofer se sacó el casco y miró para atrás.

—Dale Gallego, bajá.

—Ayúdame...

—¿Qué pasa?

—Me dieron...

Víctor tenía una bala de 45 en un pulmón y perdía mucha sangre. Le pusieron la campera de otro militante y se lo llevaron a un departamento que estaba a diez cuadras, en Charcas y Anchorena. El grupo no tenía un hospital de campaña.

—Gallego, te llevamos a un hospital.

—No.

—Te vas a desangrar.

—Qué le vas a hacer...

Estuvo lúcido algunas horas, fumó varios cigarrillos, pidió que le contaran algunas historias de cuando estaba en Cuba. Estaba dolorido pero trataba de mostrarse satisfecho:

—Ahora sí que vengamos a los compañeros, eh.

Al rato llegó su compañera y, poco más tarde, se murió: tenía veinticuatro años. Sus compañeros desalojaron el departamento. Antes de dar parte a la policía, fueron a una florería y paga ron varias coronas que el portero, sorprendido, fue dejando en el palier del edificio. Su mujer mandó una que decía «tu esposa y compañera». Daniel Hopen le había dictado al florista un nombre extraño:

—Póngale «familia Avompla».

Avompla era A Vencer o Morir por la Argentina.

**Mayo de 1973.** Los siete miembros del grupo comando eran jóvenes, tenían el pelo corto y se movían con gran precisión. Los siete llegaron al teatro Argentino, en Bartolomé Mitre 1440, a las ocho menos cuarto de la

mañana, y amenazaron con pistolas a dos docenas de operarios que armaban la escenografía. Mientras los trabajadores corrían hacia la salida, los siete tiraron unos balazos al techo y, enseguida, uno dio la orden de lanzar las molotov. Los siete se quedaron entre las butacas hasta que se aseguraron de que las veinte molotov habían prendido bien; cuando salieron, el fuego era incontenible. Un par de coches los esperaba en la puerta y nunca más se supo de ellos. Aunque, tiempo después, uno, el capitán de ejército Bilbao, solía jactarse de haber participado en el incendio.

El teatro Argentino quedó destruido. Las pérdidas llegaron al millón de dólares. Esa noche, el miércoles 2 de mayo, tenía que estrenarse *Jesucristo Superstar*, la ópera rock de los ingleses Tim Rice y Andrew Lloyd Weber. La obra presentaba a Jesús como un líder humano y pacifista con dudas y miedos, víctima del sistema, y a Judas como un ideólogo preocupado por la posible megalomanía de su jefe. *Jesucristo* ya había provocado incidentes y polémicas cuando se estrenó en Broadway, dos años antes. Alejandro Romay, que había tenido un éxito importante con *Hair*, la contrató después de muchas dudas. Romay también era dueño del teatro, que no estaba asegurado: «Esto es obra de bárbaros que están totalmente equivocados», dijo Romay. «Este irracional episodio es un atentado a la cultura».

La campaña contra el estreno de *Jesucristo Superstar* llevaba varias semanas. Grupos cristianos habían publicado solicitadas, convocado misas, hecho pintadas. En su homilía del miércoles santo en la Catedral, el arzobispo de Buenos Aires, Juan Carlos Aramburu, había dicho que «los católicos no podemos aceptar que se presente la figura de Jesús con dudas. La exhibición de esta obra crearía una reacción lógica, que no hay derecho a provocar».

—Soy el soldado Barraza, general... ¿No se acuerda de mí?

Leopoldo Galtieri era jefe de la Décima Brigada con asiento en Comodoro Rivadavia y veinte días antes de la asunción de Cámpora fue a visitar a los presos de Rawson. Después de las nueve de la noche, las puertas de las celdas se cerraban, pero los presos se subían a las mesadas y espiaban por una ventanita enrejada y enchapada que estaba arriba de las puertas. Galtieri desde el pasillo no veía más que una sombra:

—No. ¿Usted quién es, Barraza?

—Yo fui ayudante suyo en Rosario, general, en el 69... ¿No se acuerda? Insistía Jorge Barraza y su voz retumbaba metálica por todo el pasillo.

—Ábrale la puerta...

El guardiacárcel le mostró a Galtieri su pericia en manejar cerraduras y en un segundo estaba frente a frente con un tipo barrigón y decidió tratarlo con la familiaridad de un ex asistente:

—¿De qué organización es usted, Barraza?

—Del ERP, general...

Alberto Elizalde los miraba desde la celda de al lado y pensó que se iban a sacar chispas, pero Galtieri puso paños fríos, ensalzó la salida democrática y hasta se mostró comprensivo con el enfrentamiento armado:

—Ahora de todas formas se abre otra etapa, y esperemos que reine la concordia entre los argentinos. Lo que no les voy a perdonar nunca, Barraza, es que mataran a un general.

Galtieri era más grandote que Barraza y lo miraba de arriba:

—El general Sánchez era un excelente soldado.

—A Sánchez no se lo ejecutó por soldado, sino por torturador; por dirigir las torturas en todo el Segundo Cuerpo de Ejército. Yo fui detenido en su jurisdicción y me torturaron durante días.

Galtieri no quiso discutir y siguió la ronda. Al otro día, otros presos contaron otros diálogos similares y todos estuvieron de acuerdo en que Galtieri estaba a la izquierda del general Jorge Carcagno, el jefe del V Cuerpo, que días atrás les había llevado de regalo dos pelotas de fútbol para cada pabellón. Carcagno no había querido hablar con nadie.

Desde el 11 de marzo la cárcel se había llenado de diputados nuevos como Diego Muñiz Barreto o Julio Mera Figueroa, que les aseguraban que una de las primeras medidas del gobierno popular iba a ser «la libertad de los combatientes». Rodolfo Ortega Peña también era diputado y jodía con que ahora tenía inmunidad parlamentaria y se iba a salvar de caer preso. Dos abogados radicales de la zona, que siempre los habían atendido, también estaban en el Congreso: Hipólito Solari Yrigoyen era senador y Mario Amaya diputado. Todos eran amigos. Todos les daban manija para que prepararan el mono.

Más allá de las promesas, los presos querían tener su protagonismo y asegurarse de que se iban. Por eso, hacía diez días que habían lanzado una huelga de hambre. A los dos o tres días, los presos peronistas levantaron la medida de lucha porque no les parecía bien presionar con eso sobre el filo de la asunción de Cámpora; en cambio, los del PRT y el resto de la izquierda más combativa la mantuvieron hasta el viernes 25. Esa mañana dieron por cumplida la abstinencia.

**Mayo de 1973.** En esos días, el ERP sacaba un comunicado definiendo su postura frente al inminente gobierno peronista. Se titulaba «Respuesta del ERP al presidente Cámpora: el ERP no dejará de combatir».

«El gobierno que el doctor Cámpora presidirá representa la voluntad del pueblo. Respetuosos de esta voluntad, nuestra organización no atacará al nuevo gobierno mientras este gobierno no ataque al pueblo ni a la guerrilla. Nuestra organización seguirá combatiendo militarmente a las empresas y a las Fuerzas Armadas contrarrevolucionarias. Pero no dirigirá sus ataques contra el gobierno, contra las instituciones gubernamentales ni contra ningún miembro del gobierno del presidente Cámpora. En cuanto a la policía, que supuestamente depende del Poder Ejecutivo aunque estos últimos años ha actuado como activo auxiliar del ejército opresor, el ERP suspenderá los ataques contra ella a partir del 25 de Mayo, no así, claro está, contra los torturadores ya sentenciados, y no atacará mientras ella permanezca neutral, mientras no colabore con el ejército en la persecución de la guerrilla y en la represión en las manifestaciones populares.

»En efecto, el presidente Cámpora, en recientes declaraciones ha pedido a la guerrilla una tregua para “comprobar o no si estamos en la senda de la liberación y vamos a lograr nuestros objetivos”. Este pedido surgió como consecuencia de varias acciones de la guerrilla, entre ellas el secuestro del contralmirante Alemán y el ajusticiamiento del capitán Iribarren. Se entiende entonces que el pedido del presidente Cámpora implica la suspensión total del accionar guerrillero, incluidas las acciones contra el ejército y contra las grandes empresas explotadoras.

»Usted, presidente Cámpora, pide a la guerrilla una tregua. La experiencia nos indica que no puede haber tregua con los enemigos de la Patria, con los explotadores, con el ejército opresor y las empresas capitalistas expoliadoras. Que detener o disminuir la lucha es permitirles reorganizarse y pasar a la ofensiva. Hoy ya no estamos dispuestos a ser engañados una vez más, ni estamos dispuestos a contribuir con el engaño que se prepara para nuestro pueblo.

»Los elementos antipopulares con López Aufranc y Lanusse a la cabeza, incluidos dirigentes peronistas burgueses, pretenden confundir dando a la elección del 11 de marzo un carácter de culminación de un proceso y sostener la mentira de que el pueblo votó por la pacificación. Todos sabemos que eso es falso, que el pueblo votó por la liberación de los combatientes, contra la dictadura militar opresora.



## NO DAR TREGUA AL ENEMIGO.

»Por lo antedicho, el ERP hace un llamado al presidente Cámpora, a los miembros del nuevo gobierno y a la clase obrera y el pueblo en general a no dar tregua al enemigo. Todo aquel que manifestándose parte del campo popular intente detener o desviar la lucha obrera y popular en sus distintas manifestaciones armadas y no armadas con el pretexto de la tregua y otras argumentaciones, debe ser considerado un agente del enemigo, traidor a la lucha popular, negociador de la sangre derramada.

»¡Ninguna tregua al ejército opresor!

»¡Ninguna tregua a las empresas explotadoras!

»¡Libertad inmediata a los combatientes de la libertad!

»Fuera la legislación represiva y total libertad a la expresión y organización del pueblo.

»¡Por la unidad de las organizaciones armadas!

»¡A vencer o morir por la Argentina!«.

—Por estatuto le tocaba al Gringo.

—Y si nosotros siempre insistimos en que cumplimos con el mandato de las bases, ¿por qué no hacemos cumplir el estatuto?

—Porque Atilio ahora es gobierno y hay que mantener la unidad. ¿Cuántas veces lo escuchaste al Gringo decir que hay que mantener la unidad?

Felipe Alberti y el Gordo Di Toffino estaban en la sede del sindicato de Luz y Fuerza. Era un hecho histórico: en cinco días, Atilio López, un colectivero combativo, iba a ocupar la vicegobernación de Córdoba. López dejaba vacante la secretaría general de la CGT provincial y a Tosco le correspondía ese puesto por ser adjunto, pero el consejo directivo convino que Roberto Tapia quedara a la cabeza y Tosco siguiera de adjunto. Tapia también era colectivero.

—No hay que perseguirse; además, lo primero que se resolvió con el voto de Tapia fue un gran acto por el aniversario del Cordobazo. Pero en vez de paro, se va a dejar el trabajo, se va al acto y, cuando termina, de vuelta al trabajo.

—Claro, como decía Perón.

—No me chicaniés, Gordo, con democracia la cosa es distinta.

El sábado 19, Alberti, Di Toffino y el resto de la comisión directiva no tuvieron ni tiempo de festejar el resultado de las elecciones en su propio gremio, que habían ganado una vez más, porque esa tarde y al otro día tenían plenario nacional de la Comisión Intersindical, que encabezaba Tosco con la participación de todos los partidos de izquierda. René Salamanca era el nuevo caudillo de los mecánicos cordobeses y se hablaba mucho de la importancia de sumar a los peronistas alejados del aparato cegetista.

—Coherencia, Gordo. Nosotros ganamos las elecciones del sindicato con los votos. Votos. Y Atilio ganó la vicegobernación con los votos. Así de simple, hermano.

Entretanto empezaban a llegar las primeras delegaciones del resto de las provincias. La reunión se hacía en el salón de actos de Luz y Fuerza, para que no quedaran dudas de que Tosco era la figura aglutinante. De todo el país habían llegado más de quinientos sindicalistas, y además estaban los militantes locales. Tosco, que iba charlando con cada uno, llegó a donde estaban Felipe y el Gordo acompañado por varios más:

—Éstos son los del Swift.

Les dijo y les presentó a Daniel Egea, al Cuqui Carsoglio y a Cacho Herrera.

Alberti se paró, les dio la mano, y encaró a Daniel.

—¿De qué agrupación son ustedes, compañeros?

—Somos un grupo de delegados, algunos venimos trabajando desde hace casi seis años pero trabajamos sin etiqueta, a largo plazo.

—Yo siempre digo, compañero, que los trabajadores saben diferenciar al dirigente honesto y consecuente, así se gana el espacio. Bienvenidos, compañeros.

El domingo a la tarde, después de varias horas de sesiones, los asistentes sentían que la izquierda había abierto una buena brecha, pero Tosco, para el cierre, se ocupó de poner una cuota de calma:

—Nosotros respetamos el contenido del pronunciamiento popular electoral que arrasó masivamente la nefasta política de la dictadura...

Abajo, los sindicalistas le contestaban con consignas:

—Se va a acabar,/ se va a acabar,/ la dictadura militar.

—Nosotros apoyamos sin ningún criterio discriminatorio los puntos que han levantado las distintas fuerzas para materializar este proceso de transformaciones que deben tener profundo sentido revolucionario pero queremos recalcar que el 25 de mayo no pasaremos por el pórtico de la felicidad, que pese a ese entusiasmo, a esa expectativa, a esa buena fe de

tantos compañeros e incluso militantes, tenemos plena conciencia proletaria y revolucionaria de que con el solo hecho de la asunción del gobierno el 25 de mayo, no han de desaparecer las causas fundamentales que han obrado en la situación de crisis que padece nuestra patria y nuestro pueblo...

—¡El pueblo unido/ jamás será vencido!

—Sabemos que los militares reaccionarios no han de envainar su espada ni han de retirarse tranquilamente, por el hecho de que el 25 de mayo el presidente Cárpora asuma el gobierno. Nosotros sí sabemos, porque así lo enseña el concepto dialéctico de la lucha de clases, que esta circunstancia es un paso efectivo en la lucha... Y por eso decimos que de la misma manera que ya hemos proclamado la lucha contra los cinco puntos condicionantes de la dictadura militar, también hemos de continuar la lucha y no dar tregua al enemigo, porque la liberación no la vamos a hacer con la tregua sino con la lucha...

»Y tenemos que intensificar nuestros esfuerzos, porque en este período no queremos estar proscritos, no queremos estar perseguidos, no queremos fraude, no queremos matones, queremos que haya una auténtica democracia sindical de base...

»Nosotros vivimos una época mucho más hermosa, una época en que podemos ya saludar a los países socialistas en nuestra propia América Latina; una época en que en distintos partidos de las grandes concentraciones populares estamos levantando esa hermosa palabra de la patria socialista, ya estamos hablando en la Argentina de la patria socialista.

»Por eso queremos hacer una exhortación final a todos los compañeros: hablemos a cara descubierta de ese gran ideal que es el socialismo. Frente a aquellos que hablan en contra del puño o de la izquierda, o de los rojos, debemos levantar la bandera proletaria del socialismo. Porque no le tememos a la reacción, la estamos derrotando y hemos de construir en breve plazo, por el camino de la liberación nacional y social latinoamericana, esa gran patria socialista, con la que todos estamos comprometidos y por la que damos sentido a nuestra sangre y a nuestra propia vida...».

En el gran salón de Luz y Fuerza, unos mil delegados y militantes gritaban y aplaudían hasta desgañifarse. Daniel Egea tenía la sensación de que ahora sí que se estaba armando el movimiento obrero que tanto había soñado.

**Mayo de 1973.** El miércoles 23, en La Plata, un grupo de las FAP-Comando Nacional mató a Dirk Kloosterman, secretario general de SMATA, acusándolo de participacionista y de «trabajar para la CIA, la Standard Oil y

la Fundación Rockefeller». En su entierro, al día siguiente, su adjunto y reemplazante, José Rodríguez, habló ante mil personas. Entre ellas estaba el secretario general de la CGT, José Rucci, y el de la UOM, Lorenzo Miguel. A la salida, Rucci dijo que había ido a llevar el pésame del general Perón y alguien le gritó que él lo había mandado matar: se refería a las diferencias entre el secretario de la CGT y el de SMATA. Pero las opiniones estaban divididas: en medio del tumulto, otra persona trató de acercarse a Rucci y Miguel:

—Si siguen traicionando, a todos ustedes les va a pasar lo mismo.

El hombre fue apartado por la custodia y hubo un par de trompadas. Más allá, José Rodríguez contestaba a preguntas periodísticas:

—Está claro que los que mataron al compañero Kloosterman no son ni pueden ser peronistas.

El miércoles 23, Nicolás Casullo, Jorge Bernetti y un par de periodistas más habían ido a la casa de Silvia Rudni, compañera de militancia y del diario, para cenar con el casi clandestino y recién llegado Regis Debray. Para el francés, lo que pasaba en la Argentina era clave para la revolución continental:

—Le dará aire a Allende en Chile, afirmará a las fuerzas militares revolucionarias en Bolivia y Perú, decidirá los destinos de Uruguay. En Cuba les puedo asegurar que apuestan fundamentalmente al proceso antiimperialista que se puede abrir con el gobierno peronista.

—¿Qué piensan en la isla del peronismo revolucionario?

—Para serles franco, los cubanos no entienden mucho al peronismo, pero tampoco la izquierda en Francia, ni en Italia, ni en ninguna parte. Al peronismo lo pueden relacionar con Mao, Mussolini, Getulio Vargas, Fulgencio Batista. Pero Fidel ya sabe que el peronismo tampoco es lo que dice el comunismo argentino. Fidel apuesta a Perón, también para salir del cerco económico que le impone el imperio. Cree que es decisivo que importantes cuadros de las fuerzas armadas argentinas se sumen al campo nacionalista revolucionario. Piensa que la izquierda debe llamarse a sosiego, y apoyar en todo al gobierno democrático popular.

Su acento era una rara mezcla de parisino y boliviano, pero Debray parecía un tipo lúcido. La charla duró hasta las cinco de la mañana, con buen refuerzo de ginebra. Dos días antes, Andrés Zabala, que iba a ir de secretario de Prensa del ministro de Educación Jorge Taiana, le había hecho llegar a Nicolás un ofrecimiento del futuro ministro para que dirigiera las actividades

extracurriculares del ministerio: el proyecto de Canal 4 de televisión educativa, dos radios culturales de alcance nacional, la producción de películas, discos, teleteatros para los futuros canales nacionalizados y un periódico mensual para las escuelas del país con una tirada de dos millones de ejemplares.

—¿Y eso qué viene a ser, Andrés?

—Mirá, por ahora te puedo decir que significa que todo eso queda en manos de la organización. Ahora, ¿cómo, para cuándo, para qué? Eso me parece que nadie lo sabe, y ésa debe ser una de las cosas interesantes del asunto. Ahí se puede inventar mucho, podés meterte con lo que quieras, armar políticas, equipos creativos, programaciones, contratar gente valiosa, hacer una verdadera revolución cultural.

Cuando lo consultó con su responsable montonero, Nicolás descubrió que ya lo sabía: que, en realidad, la idea de que lo eligiesen a él para ese puesto venía de la organización. Así que aceptó, y el jueves 24 fue su último día en el diario.

**Mayo de 1973.** En *La Opinión*, Mariano Grondona escribía un artículo titulado «Clima universal de buena voluntad para Cámpora», que no acompañaba la euforia de los sectores revolucionarios. El artículo decía, entre otras cosas, que los «sectores moderados del no peronismo temían una vuelta a 1955. Pero esta prevención ha cambiado por completo en las últimas semanas. El silencio del doctor Cámpora durante la escalada de Galimberti y Juan Manuel Abal Medina y el hecho de que fue de Perón de donde vino el freno a la inmediata radicalización del peronismo, han modificado la perspectiva de los grupos moderados del no peronismo. Su conclusión frente a este episodio es que las garantías contra la ultraizquierda no residen en un Cámpora al que juzgan sin voluntad de liderazgo sino en el propio Perón, aún admitiendo que las razones por las cuales él detiene la radicalización son muy distintas que las razones de la derecha económica. Perón ha logrado así, gracias al miedo galimbertista y a la cautela del presidente electo, algo que nunca había obtenido en el curso de su larga vida política: ser objeto de miradas de esperanza desde la derecha del cuadro político argentino».

La ciudad esperaba. El gran día estaba por llegar y cada cual se preparaba a su manera. Eran las seis de la tarde del jueves 24; en muchos colegios, facultades, unidades básicas, los militantes empezaban a reunirse

para pasar la noche juntos antes de ir a la Plaza de Mayo. Y, por todos lados, había gente dando vueltas, pintando las paredes, colgando o descolgando banderas, cantando. La ciudad esperaba en plena acción. En la avenida de Mayo repleta de carteles y banderas, cuatro muchachos pintaban con aerosol en la pared de un banco: «Ahora será del pueblo». Unos afiches amarillos decían Perón en letras grandes y, debajo de cada letra, un par de palabras: Por una noche En «35» Rivadavia 2200 Old Smuggler \$6 No se olvidará. «35» era un cabaret de la zona.

—Pero hay que tener en cuenta que Lanusse hizo todo esto pensando que era bueno para el país...

—Sí, pero qué importa.

—Digo, que tenía las mejores intenciones y que si hizo la política que hizo es porque estaba convencido de que era lo mejor...

—Pero Mundi, eso no importa. Lo que importa en política no son las intenciones sino los resultados objetivos. Y los resultados son que el pueblo argentino la pasó muy mal con Lanusse. En serio, Mundi, en política lo que importa son los resultados objetivos, no las intenciones.

Mientras caminaban por la avenida, Graciela Daleo discutía con su amigo Mundi. Aunque no militaba en ningún grupo, la política le ocupaba buena parte de su tiempo. Y sobre todo en esos días. Hasta se había quejado a su psicoanalista porque no podía hablar de otra cosa, soñaba con Cámpora y las sesiones se le pasaban en eso. Un par de días antes había llegado una amiga suya de Chile y le había traído unos anillos hechos con trocitos de fuselaje de avión americano derribado sobre Vietnam. Uno era para ella; los otros para quienes ella creyera que se los merecían. No era tan fácil decidir. Uno fue a parar al dedo del Flaco, su ex novio, con quien seguía viéndose bastante. Y otro a Mundi:

—¿Sabés qué? En realidad, el destinatario lógico es el Pepe, pero como no se lo puedo hacer llegar, te lo doy a vos.

El Pepe era Mario Firmenich. Con sus anillos, Graciela y Mundi caminaban mirando banderas y carteles. A lo largo de la avenida de Mayo había militantes de la JP trepados a los faroles y los árboles, colgando cartones con fotos de sus compañeros muertos en esos años. Cuando Graciela vio la foto de Carlos Ramus, tan chiquito, para siempre tan joven, se le hizo un nudo en la garganta y trató de que Mundi no se diera cuenta de que estaba llorando. Después pensó que cómo podía ser que todavía no hubiera vuelto a militar.

Esa tarde, Cámpora había ido a buscar al presidente de Cuba, Osvaldo Dorticós, a Ezeiza, y lo acompañó hasta el Plaza Hotel, donde se alojaría. En la calle, frente al hotel, había unas diez mil personas, la mayoría de la Juventud Peronista, que saltaban y cantaban:

—Dorticós, Dorticós,/ el pueblo está con vos.

Cuando se bajó del auto, el cubano se mezcló con los que lo aclamaban, rodeado por tres custodias con el uniforme verdeoliva de los guerrilleros de Sierra Maestra. Un periodista de radio le preguntó a un miliciano qué papel cumplían los militares en Cuba:

—Fíjate chico que en Cuba los militares somos el pueblo uniformado.

Alrededor, cientos de personas empezaron a gritar Fidel en Cuba, Perón en la Argentina, liberación en América Latina. Un poco más allá, alguien quemaba una bandera norteamericana y, cuando ya se había consumido casi entera, le zapateaba un malambo con chispitas. Varios muchachos repartían un volante con un comunicado conjunto de FAR y Montoneros que, tras un breve preámbulo, decía:

«GOBIERNO Y PODER: la historia de nuestra Patria nos demuestra que no es suficiente ser mayoría, que no es suficiente ganar las elecciones, que tampoco lo es llegar al gobierno, porque las mayorías cuando no están *organizadas y armadas* pueden ser desconocidas por los dueños del poder económico y militar. Por ello, el objetivo de nuestro Movimiento es la conquista de ese poder.

»La construcción del poder popular es un proceso iniciado hace 18 años, en el cual llegar al gobierno es un paso que facilita, en tanto sepamos darlo, el desarrollo de ese proceso cuya culminación será alcanzada con la toma del poder económico y militar. Con el triunfo electoral hemos *ganado una batalla pero la guerra aún no ha terminado*.

»ORGANIZACIÓN Y MOVILIZACIÓN: La única garantía para que el Pueblo bajo la conducción del Gral. Perón tome el poder total lo constituye *su organización y movilización para el apoyo, la defensa y el control del Gobierno* en función de lograr el cumplimiento de los objetivos de liberación como etapa de transición hacia la construcción del *socialismo nacional*.

»Debemos lograr en esta etapa de Gobierno Popular el reconocimiento de estructuras que hagan efectiva la participación de las masas en la resolución de los problemas nacionales, provinciales y municipales.

»Por todo esto nuestras Organizaciones resuelven:

»APOYAR al gobierno encabezado por el compañero Cámpora en el cumplimiento del programa de Liberación votado masivamente el 11 de

marzo y cuyos primeros actos deben ser:

»1) Liberación, mediante la amnistía y el indulto, de todos los combatientes y presos políticos.

»2) Eliminación de la camarilla militar.

»3) Recuperación de todos los resortes básicos de la economía nacional, actualmente en manos de los monopolios.

»4) Asegurar la plena ocupación para los trabajadores y salarios que, por lo menos, recuperen el nivel existente en 1955.

»DEFENDER al Gobierno conquistado por las luchas populares contra los ataques de los enemigos externos e internos.

»CONTROLAR el cumplimiento de la voluntad popular ante las posibles defecciones de los traidores.

»PARTICIPAR con el conjunto del Movimiento en las tareas de organización y movilización popular en las fábricas, escuelas y universidades.

»ASUMIR la directiva del general Perón de permanecer en estado de alerta manteniendo y desarrollando las formas organizativas que nos permitan continuar la lucha en todos los terrenos hasta la toma del Poder.

»CONTINUAR, con el conjunto del Movimiento, la formación del Ejército Peronista, único instrumento capaz de lograr la obtención definitiva de una Argentina Justa, Libre y Soberana, una Patria Socialista.

»24 de Mayo de 1973.

»Libres o Muertos, Jamás Esclavos!!!

»Perón o Muerte, Viva la Patria!!!».

**Mayo de 1973.** Esa semana apareció el primer número de *El Descamisado*, el semanario más o menos oficial de la Juventud Peronista. Como director aparecía el abogado Mario Hernández —que a partir del número siguiente sería reemplazado por Dardo Cabo. La tapa decía, muy grande, «¡Chau, milicos!»; adentro, la revista empezaba con varias notas internacionales, muy antiimperialistas: la visita del canciller americano Rogers «a las colonias», la «hora del cambio» en Bolivia, detalles del «complot de la CIA contra el gobierno chileno» y «el peronismo abre nuevos frentes en el Tercer Mundo: Cuba, Chile, Perú, Panamá». Después había un artículo sobre la marina peronista, con un comunicado reivindicando «la sublevación del 17 de noviembre»; una nota sobre la represión de unos villeros por el ejército: «Pidieron casa, les dieron tanques». Otra se titulaba «La guerrilla en la televisión» y trataba de encontrar sus rastros en *Rolando*



*Rivas, taxista*, el éxito de Alberto Migré. La contratapa anunciaba «la aurora de la libertad» para los «compañeros presos», y decía que «3000 procesos, 1500 procesados, 500 prisioneros políticos y más de cien argentinos muertos en lucha por la libertad nacional junto con los 6500 millones de dólares en deuda externa confesada, la desnacionalización de la parte más importante de la industria nacional y casi toda la banca privada, es el luctuoso saldo de la Revolución Argentina».

La doble página central titulaba: «El 25, el pueblo en la Rosada: alegría en las calles, otra arma para la revolución». Y el artículo empezaba: «El viernes 25, nuestro pueblo ganará la calle. Ya no podrá contenerlo la horda policíaco-militar, como sucedió el 17 de noviembre. Y aunque a nadie se le ocultan los graves problemas que deberá afrontar y resolver el futuro gobierno justicialista, esta jornada será de alegría sin límites, un desborde a la represión, la tristeza, el dolor de esta última época que impuso al país la dictadura militar. (...)

»El cansancio de muchos miles de argentinos en la noche del 25 al 26 será el descanso de los combatientes que apenas terminan de librar una gran batalla. Será un sueño tranquilo y reconfortante, además de merecido. Porque hacía mucho que este pueblo no tenía oportunidad de dar rienda suelta a su sana alegría luchadora. Y aunque todos nos durmamos con una sonrisa en nuestros rostros, para nadie será un secreto que la larga guerra por la conquista del poder continúa. Como enseñan las mejores tradiciones, los más nobles pueblos expresan con fuerza su vitalidad antes de emprender los combates finales».

## Dieciséis

En la facultad de Filosofía y Letras, en la avenida Independencia, Mercedes Depino, junto con varias docenas de militantes de la JUP, armaba carteles y pancartas con los nombres y fotos de los fusilados en Trelew. En Pippo, Nicolás Casullo se comía unos tallarines tuco y pesto con varios amigos periodistas y buen refuerzo de pingüinos; desde ahí marcharían al Clínicas para pasar esas horas con los universitarios, entre guitarreadas y mate. En el Obelisco y en la Plaza de Mayo, miles de personas se preparaban para pasar la noche envueltos en una manta o en banderas argentinas, alrededor de una fogata. En la unidad básica de Neuquén y Boyacá, Horacio González escuchaba a un muchacho que cantaba canciones de Viglietti con guitarra; había fogón, vino, empanadas y mucha excitación. En la facultad de Agronomía, Elvio Vitali y varios miles de militantes de la JUP se habían juntado para esperar el sol del veinticinco:

—¡Compañeros! Como su conductor que soy, les digo y les repito que para un peronista no hay nada mejor...

La imitación de Perón era uno de los números más exitosos de Elvio, y solían pedírselo. En los descampados de Agronomía la excitación crecía con las horas. Alrededor de los fogones había charlas, canciones, preparativos. También había besos apasionados, aproximaciones sutiles y discusiones entusiastas. La noche estaba fresca, destemplada y húmeda, pero la euforia pasaba por otros carriles:

—Loco, ¿ustedes se dan cuenta de que estamos cambiando el rumbo de la historia argentina?

El gobierno popular iba a empezar a atacar la pobreza, la injusticia, las desigualdades y, cuando alcanzaran el poder, la construcción del socialismo estaría asegurada. Todavía no estaba muy claro cómo sería ese socialismo: su forma tendría que adaptarse a las condiciones argentinas y se iría definiendo en ese proceso. Pero nada de eso podía tardar mucho. Elvio no podía parar de reírse, de sentirse como Gardel con todos los guitarristas. Otra vez puso la voz del Viejo:

—¡Compañeros! Ustedes están pensando en sacar de la cárcel a los combatientes y yo les digo...

Otra vez la pausa.

—... que si no los llegan a sacar, yo los mando a todos en cana, por boludos.

Unas horas más tarde, todos estarían en la plaza para acompañar la asunción del Tío Cámpora. Y, si todo iba bien, antes de que terminara la jornada habrían sacado de las cárceles a todos los presos políticos.

A eso de las siete de la mañana, Horacio González se fue un rato de la unidad básica para pegarse una ducha en la pensión. Desde el bañito escuchaba los ruidos de la calle: los muchachos de la UB que pasaban con un megáfono:

—Compañeros, vamos todos a la plaza a recibir al gobierno popular.

Esa noche no debía haber dormido nadie. Horacio volvió a la UB, y su responsable le dio el brazalete negro y rojo con las letras PV que lo identificaba como militante de la JP de cierto nivel: se suponía que, con ese brazalete, los demás tenían que hacer caso a sus indicaciones. Se lo puso en el brazo izquierdo, sobre la manga del gamulán gastado, y se lo acomodó: le gustaba. Una hora después, en la puerta de la UB se amontonaban como doscientos vecinos esperando: estaban los de siempre pero también había viejos, señoras, familias con chicos. Al cabo de un rato empezaron a caminar, más o menos encolumnados, hacia la avenida. Ahí pararon varios colectivos y les dijeron que los llevaran a plaza de Mayo, o adonde se pudiera. Los colectiveros no se resistieron.

El sol del veinticinco venía asomando y muchos tarareaban el tango de Gardel. Otros cantaban aquello de sale el sol, el sol sale para todos, un hit del momento que, ese día, cobraba un sentido muy particular.

Según el programa, Cámpora y Solano irían desde el Congreso a la Rosada en un coche descubierto, custodiado por granaderos a caballo. A las doce y media, el presidente recibiría la banda de manos de los comandantes de la junta militar, a las dos y media irían hasta la Catedral para el Te Deum y a las tres presidirían el desfile de dos mil soldados del Primer Cuerpo de Ejército por las calles laterales de la plaza de Mayo. Después, poco antes de las seis, Cámpora hablaría desde el famoso balcón de la Rosada y el día terminaría con un festival de música popular. Y la Juventud Peronista ya había anunciado que, después de todo eso, marcharía hacia la cárcel de Villa Devoto para exigir la liberación de los presos políticos. El día iba a ser largo.

En la Unidad 9 de La Plata, Cacho El Kadri se levantó todavía más temprano que de costumbre y empezó a prepararse el mate. Se había hablado de indulto o amnistía y era casi seguro que el gobierno peronista lo iba a dar, pero nadie sabía bien cuándo. Algunos decían que las Cámaras se iban a reunir esa misma noche para tratar la ley de amnistía: entonces quizás pudieran salir al día siguiente, o el otro. Pero los seis presos de Taco Ralo que quedaban ahí suponían que la cosa iba a tardar más: los políticos se tomarían su tiempo. Tendrían que encontrarse, discutir la ley, aprobarla, promulgarla. Seguramente sería cuestión de un par de semanas, o incluso un mes. De todas formas, Cacho estaba nervioso y excitado. Por fin, después de tantos años y tantas privaciones, un peronista iba a ser presidente de la Nación. Aunque no fuera el General, era su delegado más confiable.

Y aunque se hubieran dado, el día anterior, en el penal, discusiones fieras. Cuando se enteró de que los de la FAP Nacional habían matado a Kloosterman, a Cacho le parecía un descuelgue de los alternativistas:

—¿Pero cómo lo vas a matar justo ahora, a dos días de la asunción del gobierno popular? Su muerte no cambia nada en la situación política; más bien, es otra prueba de que hay compañeros que quieren forzar los tiempos del pueblo.

—Bueno, ellos dicen que la votación no es suficiente, que la oligarquía no se suicida, que para hacer la revolución hay que tomar el poder y la lucha continúa, y seguramente en parte tienen razón.

—Pero hermano, el pueblo votó y nosotros tenemos que respetar su decisión. Además, si hay que reemplazar a los dirigentes sindicales, los que tienen que reemplazarlos son los propios trabajadores. Si no, no sirve para nada. ¿De dónde salió esta idea de ser el brazo ejecutor de una sentencia divina que nada más la conocen los ejecutores? ¿Estamos todos locos?

—Es verdad. Y encima son los mismos compañeros que criticaron tanto las boletas de Vandor o de Alonso porque no habían salido de las bases. Hablan tanto de las bases y se mandan ellos sin consultar a nadie...

Hacía un par de meses que tenían una televisión en el pabellón. La habían mandado los padres de Sergio Berlín, su vecino de celda en el buque Granaderos, que se ocupaban mucho de ayudar a los presos, y tenían medios para hacerlo. Los guardias habían metido la televisión en un cuartito chico al fondo del pasillo, una especie de armario grande donde solían guardar los elementos de limpieza. El día anterior, Cacho y sus compañeros habían pedido que los dejaran ver el discurso del presidente en el Congreso y las autoridades del penal les habían dicho que no.

A las siete y media, Cámpora salió de su casa en Libertad y Posadas para ir al Congreso, en un coche oficial custodiado por otros seis, y veinte motocicletas. Iba de punta en blanco, con un traje gris y corbata plateada: seguramente, ese día le harían más fotos que en todo el resto de su vida. En la esquina de Callao y Corrientes, Cámpora se cambió a un coche descubierto que lo esperaba, y siguió hasta el Congreso rodeado por cantidad de granaderos a caballo. Detrás, un coche fúnebre muy lujoso llevaba un cajón que decía Tiranía Militar. Había mucha gente que gritaba y le daba al bombo. Cámpora llegó al Congreso poco antes de las ocho, saludó, abrazó mucho y juró su cargo ante el presidente provisional del Senado, Alejandro Díaz Biale:

—Yo, Héctor José Cámpora, juro por Dios Nuestro Señor y estos Santos Evangelios desempeñar con lealtad y patriotismo el cargo de presidente de la Nación y observar y hacer observar fielmente la Constitución Nacional. Si así no lo hiciere, que Dios y la Patria me lo demanden.

Hubo una ovación, y Cámpora se abrazaba con Solano Lima. Que juró enseguida y, después, el presidente empezó a leer su discurso. Hacía siete años que nadie usaba ese recinto:

—El juramento solemne que acabo de pronunciar ante Dios y ante el Pueblo todo de la República, embarga mi espíritu de reconocimiento y de espíritu ciudadano. Pero constituye asimismo un dramático desafío que valoro en su plenitud. Durante toda mi vida no he sido otra cosa más que un modesto soldado de la causa nacional y peronista. Pretendo seguir siéndolo en el futuro, durante el ejercicio del gobierno...

Entonces sonó la primera de las ciento y pico de ovaciones que iban a interrumpir, a lo largo de casi tres horas, sus palabras.

Nicolás Casullo y sus compañeros del Bloque de Prensa Peronista integraban la columna de la Juventud Trabajadora Peronista. La recién creada JTP no estaba muy nutrida, y la mayor parte de los que marchaban eran empleados y profesionales de clase media. Aunque había, también, algunos obreros. La columna avanzaba por la avenida Libertador hacia la Plaza de Mayo; cuando pasó frente al hotel Sheraton, en Retiro, se pararon a gritarle una consigna que ese día se hizo famosa:

—Qué lindo, qué lindo,/ qué lindo que va a ser:/ el hospital de Niños,/ el Sheraton Hotel.

Alrededor del edificio muy nuevo del hotel americano había mucha policía. Uno de los suboficiales trató de congraciarse con los manifestantes:

—No nos hagan kilombo, muchachos, que nosotros también somos peronistas.

Algunos los chiflaron y otros les gritaban que ahora decían eso, botones de mierda, que dónde estaba su peronismo el año pasado. Los gritos siguieron un rato, hasta que un oficial de la policía les dio la orden de cargar sus pistolas lanzagases y tirar. La columna de la JTP se desbandó y volvió a armarse un par de cuadras más allá, para seguir su marcha hacia la plaza.

—Dénle, que hoy trajeron cascarilla...

Dijo, en el pabellón de los políticos de la cárcel de Rawson, Norberto Rey.

—Se nota que es día de fiesta.

Le contestó Alberto Elizalde, tratando de disimular los nervios. La cascarilla era el grano del cacao hervido en un poco de leche y mucha agua. El color resultaba chocolatoso y el gusto, indefinido. Además les llevaron unas bandejas con medialunas de la panadería del penal.

Alberto le puso bastante azúcar y le agregó un poco de nesquik que le quedaba de las compras de cantina. La espera de esas últimas horas lo sobrepasaba. Cada momento parecía tener resonancias históricas. Todos estaban atentos a los parlantes. Cuando anunciaron el mensaje de Cámpora, en el pabellón se escuchó por enésima vez la marcha peronista. Los montoneros y los faroles estaban roncós de tanto cantarla. Los perros se mostraban mucho más serios y se sumaban al jolgorio con medida. Estaban contentos por la salida inminente pero, para la mayoría, la asunción de Cámpora no era un triunfo político importante. Era, si acaso, el principio de una etapa que les daría la posibilidad de trabajar con más medios y posibilidades.

El Nono Rey era un médico infectólogo muy respetado dentro del PRT, con canas y no más de treinta años. El Nono tenía línea dura con el peronismo, y Alberto era más tolerante. Cuando Cámpora empezó el discurso en la asamblea legislativa, primero se sorprendieron los dos y, en seguida, se les puso la piel de gallina. La voz del nuevo presidente resonaba en ese pabellón, tan cargado de historias y de muertes:

—... el hombre argentino sabe, en carne propia, de la explotación a que es sometido por el régimen. Mientras avanzaban la concentración de la riqueza, la desnacionalización de nuestra economía y el endeudamiento, la participación de los asalariados en el ingreso nacional disminuía

drásticamente. Los monopolios y la oligarquía fueron los beneficiarios directos de esta explotación del trabajo humano...

Alberto le palmeó el muslo y Rey puso cara de espera, pibe. Después, Cámpora hablaba de la situación internacional:

—... con los países del Tercer Mundo y las heroicas luchas que han mantenido por su Liberación. Décadas y décadas de sufrimientos indecibles, de crueldades inhumanas, de muerte y de desolación, han demostrado que en la segunda mitad del siglo XX de nada valen las asechanzas del imperialismo frente a la voluntad altiva e insobornable de los Pueblos, que ya no están dispuestos a resignar la elección soberana de su propio destino...

Alberto volvió a mirar al Nono, que estaba cada vez más sorprendido.

—... Por eso, mi gobierno será invariablemente solidario con las luchas antiimperialistas que llevan a cabo los Pueblos para abolir las viejas y nuevas formas del colonialismo y nunca tomará partido por las Naciones o Gobiernos explotadores...

—¿Escuchaste, eso, Nono, escuchaste?

—Sí, la verdad que es impresionante, mucho más de lo que esperábamos... Qué grande, Manzanita, nos vamos. ¿Qué es lo primero que vas a hacer?

—Mirá, los primeros días va a ser un descontrol, las quiero ver a mi vieja, a Cristina... Me voy a quedar encerrado con ella cuatro días seguidos. Pero después lo que más me gustaría es ir a militar a un frente de masas, dejar un poco el aparato. Ahora ya conozco lo que es el partido; cuando veníamos del GEL teníamos la expectativa de encontrar una organización que fuera sólida en lo militar y además con línea política. Después supe que hubo momentos en los que estábamos descabezados, casi sin infraestructura, pero lo mismo crecíamos. Ahora hay que aprovechar este momento para extender el trabajo político, y no ponerse el balde en la cabeza y militarizarse cada vez más. Por eso te digo que quiero ir a un frente de masas. ¿Y vos?

—No sé, a mí me gusta mirar todo al microscopio, que es lo que me enseñó mi especialidad; si creyera en Dios, todo sería cuestión de fe; si fuera peronista, me conformaría con los siete millones de votos, pero soy marxista y, encima, investigador de virus y bacterias. Mirá, Manzanita, lo que cambia es el folklore; la democracia y la legalidad, solas, no traen la sociedad nueva. Hay que prepararse para el futuro: la guerra va a seguir, los milicos se retiraron pero para recomponer el frente interno, no hay que engañarse...

A las nueve de la mañana la plaza ya estaba repleta, y seguía llegando gente por todos lados. Se hablaba de varios cientos de miles de personas, y había de todo. Desde las caras más oscuras desdentadas hasta las sonrisas odol de muchos rubios, pasando por todo el abanico: obreros, empleados, estudiantes, profesionales. La mayoría eran jóvenes, pero también había mucha gente mayor que, en cuanto podía, contaba a quien tuviera a mano sus recuerdos de otras manifestaciones como esa en tiempos de Perón.

—Yo fui uno de los que metieron las patas en la fuente el 17 de octubre, pibe, tendrías que haberlo visto...

Esa vez, la fuente de la plaza debió ser un océano. La columna de la JUP que había salido de Agronomía se había juntado con otros miles que habían pasado la noche en los patios del viejo Hospital de Clínicas, y marchó desde el Obelisco, por la Diagonal Norte, hasta entrar por el costado de la Catedral. Se suponía que el sector revolucionario del peronismo ocuparía ese lado de la plaza, y los demás el resto: más tarde, todo se mezcló mucho; ese día, en medio de la algarabía, era posible. Aunque, un rato antes, una columna de la JP de William Morris pasaba por delante de la sede de la UOM en la calle Cangallo cantando Perón, Evita, la Patria socialista, cuando salió un hombre que les gritó que la patria era peronista y les tiró un par de tiros con un revólver:

—¡Bolches hijos de puta, los vamos a reventar a todos!

Uno de los manifestantes cayó herido en el cuello y el metalúrgico volvió a meterse en el sindicato. La columna se paró en la esquina y amenazaba con romper todo:

—¡Con la guita de la UOM/ no lo compran a Perón!

Gritaban, hasta que salieron un par de sindicalistas a parlamentar y consiguieron calmar los ánimos. La columna siguió avanzando y, media hora más tarde, entró en la plaza sin mayor novedad.

A eso de las diez, el regimiento de Granaderos quiso formarse en Paseo Colón, cerca del Comando en Jefe del Ejército, ante Lanusse y López Aufranc, para hacerles un saludo de honor. Cientos de manifestantes empezaron a gritarles y a tirarles piedras. Los granaderos tuvieron un minuto de duda: no sabían cómo contestar. El general Pomar salió a discutir y los manifestantes le gritaron que ahora mandaban ellos, que se fueran.

—¡Gallinas, gallinas/ a ustedes los corremos/ con la rama femenina!

Hasta que un oficial dio la orden de replegarse, y la formación retrocedió. Eran las tropas que tenían que desfilar por la plaza unas horas más tarde.



—¡Dame una mano,/ dame la otra,/ dame un gorila/ que lo hago pelota!

Los manifestantes se subían a las tanquetas del desfile y les pintaban los nombres de FAR, FAP y Montoneros. Un poco más tarde, el almirante Coda, comandante en jefe de la Marina, trataba de entrar a la Casa Rosada por la puerta de Rivadavia. Una cuadra antes, muchos se arremolinaron a su alrededor, amenazantes:

—¡Ya van a ver,/ ya van a ver,/ cuando vengamos los muertos de Trelew!

Y le tiraban piedras a los vidrios, monedas, saltaban sobre el techo del auto. Éste se desvió y llegó la guardia de infantería, que empezó a tirar gases. Hubo corridas. Poco después, la banda de música de la Escuela de Mecánica de la Armada avanzó por Leandro Alem hacia la Rosada. De nuevo los enfrentaron manifestantes que cantaban consignas sobre los muertos de Trelew, y enseguida reaparecieron los policías. Varios sacaron sus pistolas y tiraron contra los manifestantes; tres jóvenes cayeron heridos, y los demás se les fueron al humo: muchos policías perdieron, en el tumulto, sus armas, sus chapas y sus gorras. Volaron más granadas de gases lacrimógenos y algunos manifestantes empezaron a armar barricadas y quemaron coches. Cayeron más heridos; hubo momentos tensos. Militantes corrían para el lado de la plaza, llevando en andas heridos muy sangrantes. Se empezó a correr la voz de que había muertos y mucha gente encaró hacia el bajo. La policía tuvo que retirarse. Seguía la tensión. Tres o cuatro militantes corrían por todos lados con banderas argentinas empapadas de sangre. Alrededor, miles gritaban iracundos que la sangre derramada no sería negociada.

Cuando vio la sangre en las banderas, Lili Mazzaferro volvió a acordarse de su hijo Manolo. En realidad, no había dejado de pensar en él ni un minuto de esa larga mañana. Se encontraba con amigos y con compañeros y se abrazaba y se reía y lloraba. Y todo el tiempo le parecía estar hablando con su hijo. Le contaba cosas:

—Mirá, Manolo, mirá esas banderas, ahora sí que pueden desplegarse acá, en la Plaza de Mayo. El lío que hubieras armado vos acá, Manolín. ¿Te acordás cuando te ponías mi poncho verde y salías gritando a Poncho Verde no lo vence nadie, Manolín? Tenías razón, hijo, no te vencieron.

Lili miraba alrededor y pensaba que todo aquello por lo cual él había muerto estaba ahí: qué había triunfado.

—Ahora todo es nuestro, Manolín. La plaza, los árboles, la casa de gobierno, las banderas, vos.

Después lloró porque él no estaba para verlo. Pensó que era una injusticia que ella pudiera estar ahí gracias al sacrificio de pibes como él. Después, o al mismo tiempo, sintió un alivio inmenso: se imaginó lo terrible que habría sido la muerte de Manolo si ella no hubiese estado ahí, si ella no hubiese estado presa, si ella no hubiese seguido su camino.

—¿Pero ustedes están locos? ¿Cómo nos van a negar el derecho de ver el discurso de nuestro presidente?

Cacho El Kadri, Carlos Caride y los demás seguían insistiendo para que el jefe de turno de la Unidad 9 les permitiera encerrarse en el cuartito de las escobas para ver por televisión el discurso de Cámpora.

—Los voy a dejar bajo mi responsabilidad, pero una hora nada más, porque después se acaba mi turno.

—Mire que el discurso puede durar más...

—Una hora, ya les dije. Una hora.

Los presos estaban amontonados en el cuartito, siguiendo el discurso:

—... Y, en los momentos decisivos, una juventud maravillosa supo responder a la violencia con la violencia y oponerse, con la decisión y el coraje de las más vibrantes epopeyas nacionales, a la pasión ciega y enfermiza de una oligarquía delirante...

—Qué grande el Tío, che.

—... ¿Cómo no ha de pertenecer también a esa juventud este triunfo, si lo dio todo —familia, amigos, hacienda, hasta la vida— por el ideal de una Patria justicialista? Si no hubiera sido por esta juventud, tal vez la agonía del régimen se habría prolongado y, con él, la desintegración de nuestro acervo y el infortunio de los humildes. Por eso, la sangre que fue derramada, los agravios que se hicieron a la carne y al espíritu, el escarnio de que fueron objeto los justos, no serán negociados. Todos fuimos solidarios en la lucha contra el régimen. Ahora la patria ha adquirido un compromiso solemne con nuestros héroes y con nuestros mártires, y nada ni nadie nos apartará de la senda que ellos trazaron...

En el cuartito de las escobas, Cacho y Carlos, abrazados, lloraban de alegría. Nadie esperaba algo así y la sorpresa se les mezclaba con la emoción y el contento:

—Qué suerte que lo apoyamos, hermano, menos mal que lo apoyamos.

Carlos Caride repitió con otra fuerza el grito de tantas veces:

—¡Viva Perón carajo!

El guardia, desde afuera, pegó unos golpes en la puerta para que se callaran.

Los infantes de Marina estaban desplegados alrededor del Congreso y formaban un cordón, todo a lo largo de la Avenida de Mayo, para que pasara el presidente.

—Ahí están esos hijos de puta, los fusiladores de Trelew.

—¡Asesinos, asesinos!

En la plaza del Congreso, la situación de los infantes se complicaba. Los soldados tenían los FAL y las bayonetas caladas pero los manifestantes puteaban, escupían, empujaban, y los soldados retrocedían sin mucho orden. Un oficial les ordenó mantenerse firmes, pero seguían desbandándose. Había miedo en sus gestos. Horacio González pensó que a veces lo decisivo no eran las armas sino la política que las organiza, y enseguida pensó que Lenin ya lo había escrito a principios de siglo. Estaba claro que nadie imaginaba que los marinos pudieran tirar. Un poco más allá, a los gritos, Dardo Cabo intentaba convencer a los militantes de que los dejaran irse tranquilos:

—Compañeros, no caigamos en provocaciones. Compañeros, esto tiene que ser una fiesta del pueblo.

Y los infantes lo miraban con caras de agradecimiento, extrañados mientras seguían retrocediendo.

Luis Venencio llegó a la plaza a eso de las diez. Se había juntado, muy temprano, con siete u ocho compañeros de la Agrupación Naval, en la estación Tigre, se habían tomado un tren repleto de gente, banderas y gritos hasta Retiro y habían caminado desde ahí. No iba con ninguna columna: la Agrupación todavía era independiente y, además, Luis no se sentía del todo peronista. Pero quería estar ahí, ese día; en cuanto entró a la plaza tuvo una especie de sobresalto. A esa hora, la plaza era un revuelo de carteles y consignas, el espectáculo de un entusiasmo desatado: Luis nunca había visto algo así.

—¡El que no salta es un gorilón! ¡El que no salta es un gorilón!

Escuchó Luis y, casi sin darse cuenta, empezó a saltar y a gritar él también. El palco de honor, levantado en la calle Balcarce, ante la Rosada, estaba ocupado por cientos de manifestantes. Justo delante, un cartel de Montoneros y uno de las FAR, de veinte o treinta metros cada uno, ocupaban toda la cabecera. No era fácil caminar por la plaza. Redoblaban los bombos.

Un muchacho vendía bandas celestes y blancas que tenían escrito «Viva Perón carajo». Las ofrecía bien:

—Póngase la banda del Tío y entre usted también en la Rosada. Póngase la banda del Tío...

Había miles de gorritos, vinchas, escarapelas y banderas con la cara de Perón y Cámpora, y las consignas seguían sonando fuerte. A la derecha de la plaza, del lado de los ministerios, los grupos sindicales insistían con Perón Evita la patria peronista. Del otro lado les contestaban que si Evita viviera, sería montonera. Después apareció una nueva:

—¡Vamos a hacer la patria peronista,/ vamos a hacerla montonera y socialista!

Eran cientos de miles. Las estimaciones, después, variarían entre doscientos y quinientos mil. Y la mayoría de ellos no había estado nunca antes en una manifestación en la Plaza de Mayo. Era un espacio nuevo, recién conquistado después de diecisiete años de ausencia.

—¡Qué lindo, qué lindo,/ qué lindo que va a ser,/ el Tío en el gobierno,/ Perón en el poder!

El discurso de Cámpora seguía sonando por los altoparlantes, pero no muchos lo escuchaban. De vez en cuando, alguna consigna unía a toda la plaza, imponente.

—Así debe haber sido el 25 de mayo de 1810.

Decía un hombre maduro, y se reía y se secaba las lágrimas.

Habían salido a la madrugada en varios ómnibus e hicieron todo el camino cantando, gritando, con banderas argentinas desplegadas por las ventanillas. Susana Sanz estaba feliz de haber podido llevar a sus dos hijas, y su marido también iba con ellas. Y todos los demás de San Rafael: los Balbuena, los Dauvernet, Guillermo, Castro, los sindicalistas, la gente de los barrios. El nuevo gobernador les había repartido invitaciones para su asunción: al fin y al cabo, él era de San Rafael, y se había hecho con ellos.

Cuando llegaron a Mendoza fueron a la plaza, frente a la legislatura, donde don Alberto iba a jurar su cargo. Susana, en la calle, junto con sus compañeros, no podía evitar cierta desilusión. Hacía meses que suponía que ese día no la agarraría en el llano. Ahí adelante, en medio de la plaza, había un mástil: los muchachos de la JP se pusieron a izar una bandera argentina y, junto con ella, una bandera más chica con el sello de los Montoneros: un Perón Vuelve donde la V estaba formada por un fusil y una tacuara. Los muchachos gritaban y saltaban, saludando a las dos banderas, hasta que llegó

un grupo de sindicalistas, grande, bien armado con palos. Hubo empujones, puteadas, puñetazos, y los sindicales consiguieron arriar la banderita montonera y le prendieron fuego.

El discurso duró mucho más de una hora. Eran ciento sesenta carillas. Cámpora las iba desgranando con calma; cada tanto, paraba un momento para retomar fuerzas. Entonces, cada vez, señalaba la página con una estampita del padre Pío de Pietracchina, un beato italiano que le había resultado un gran consuelo cuando estaba preso:

—... Partimos de una verdad evidente: la violencia es el síntoma de una sociedad injusta. Entonces removamos la injusticia, pero no pongamos en la cárcel a nuestros jóvenes. Que no sean ellos los que paguen con el bien precioso de su libertad el precio por los privilegios que quieren ser mantenidos...

Cacho y Carlos se miraron con una gran sonrisa. Cacho dijo que no tenían que dejar que los sacaran del cuartito.

—Si nos quieren sacar nos declaramos en estado de rebeldía, les tomamos la cárcel.

—No, pero cómo la vamos a tomar, no tenemos nada.

—No importa, igual nos sublevamos.

En la pantalla, Cámpora endureció la voz y el gesto:

—Señor Presidente: en este acto y ante la Asamblea Legislativa aquí reunida, hago entrega del proyecto de Ley de Amnistía que propone el Poder Ejecutivo.

Los presos saltaron de sus asientos, gritaban, se abrazaban. El guardia abrió la puerta y les dijo que se acabó, que tenían que salir ya mismo del cuartito.

—¿Cómo que se acabó? ¿Usted no se enteró quién manda acá ahora?

—No, El Kadri, hicimos un trato, dijimos que una hora.

—¡Acá mando yo a partir de este momento!

—Bueno, no grite.

—Mire, ahora hay un gobierno electo por el pueblo, mire lo que dice el presidente...

—Sí, yo lo comprendo, pero no puedo hacer una excepción.

—¡Qué excepción ni ocho cuartos! ¡De acá no nos mueve nadie! Hasta que no termine de hablar el presidente nadie se mueve de acá.

El guardia cerró la puerta y los dejó en el cuartito. Estaban amontonados y no sabían qué hacer. Con sólo cortarles la corriente los dejaban sin discurso:

era muy fácil. Pero no lo hicieron. Los presos discutían:

—¿Qué hacemos? ¿Resistimos?

El guardia volvió unos minutos después, amenazante, acompañado por varios colegas:

—Por última vez los conmino a que vuelvan a las celdas, porque si no voy a entrar a la fuerza. El reglamento me autoriza...

—¡Qué reglamento ni ocho cuartos! ¡Las FAP se han hecho cargo del penal, nosotros de acá no nos movemos!

—Pero sea razonable, usted me prometió, cumpla su palabra.

—Acá no hay palabra ni palabra. Acá lo que importa es la voluntad del pueblo, carajo.

Entre los puntos más salientes del programa del FREJULI, que Héctor Cámpora retomó en su discurso ante la Asamblea Legislativa, estaban el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Cuba, Vietnam del Norte y Corea del Norte; un aumento general de sueldos; un incremento de la participación de los asalariados en el reparto de la renta nacional; la nacionalización de los depósitos bancarios y del comercio exterior; el apoyo del Estado a la industria nacional; la reforma agraria —porque «la tierra debe ser para el que la trabaja y un bien de producción; de ninguna manera un medio de renta o especulación»; y un cierto grado de socialización de la economía mediante la incautación por el Estado de las industrias cuyas actividades implicaran «un poder monopólico y/o decisiones estratégicas».

La Casa Rosada tenía una pintada fresca, en el frente, que decía Casa Montonera, y adentro había muchos jóvenes dando vueltas. Algunos militantes se habían colado por las ventanas, trepando desde el palco de la calle Balcarce. Otros, como Juan Carlos Dante Gullo, Miguel Bonasso y los delegados de las regionales de la Juventud Peronista, tenían pases de invitados oficiales.

—Así que era desde acá que nos tuvieron cagando todos estos años...

A lo largo de pasillos y pasillos se veían oficinas con las puertas abiertas, desordenadas, con los papeles revueltos, como después de una huida apresurada. Bonasso y Gullo estaban abajo, cerca del gran portón de la calle Rivadavia, por donde iban entrando los invitados. Las puertas se habían cerrado después de los enfrentamientos con los infantes de marina y, desde entonces, grupos de manifestantes hacían presión y amenazaban con entrar por la fuerza en la Rosada. La situación se estaba volviendo crítica. Cuando el

portón se abrió para dejar paso a José López Rega, los manifestantes estuvieron a punto de forzar la entrada. Un teniente coronel Perdini, que estaba a cargo de una compañía de granaderos, los hizo formarse rodilla en tierra con las armas listas, apuntando a la puerta. Miguel Bonasso pensó que si los manifestantes entraban podía haber una matanza. O que, quizás, cuando cayera la primera línea de los manifestantes, los demás arrollarían a los granaderos y tomarían la casa de gobierno. Cádiz todavía estaba en el Congreso: ahí podía pasar cualquier cosa. Hubo un minuto de tensión extrema, hasta que Gullo encaró al teniente coronel.

—Usted, dé media vuelta y váyase. Nosotros nos vamos a encargar de que acá entre el que corresponda.

Gullo iba de saco y corbata, con un distintivo de la JP en el pecho. A su lado, el ex teniente Fernández Valoni daba órdenes con estilo castrense.

—¡Compañía, retirarse inmediatamente de acá!

El teniente coronel se fue a consultar con Lanusse, que estaba en su despacho esperando la ceremonia, y volvió con la orden de que los granaderos guardaran sus armas. Al cabo de un rato se retiraron y la custodia de la Rosada quedó en manos de varias docenas de militantes de la JP, que se apostaron por todos lados con sus brazaletes. Miguel pensó que era un orden peronista, un orden popular que se instalaba en el lugar del orden represivo de los militares, y le pareció que era una prueba muy convincente de la madurez política de la organización. No era un grupo de descontrolados: era una estructura política capaz de hacerse cargo de cualquier situación, pensó Miguel. Un gran camino se abría por delante.

—Che, mejor nos volvemos a las celdas.

—Sí, éstos lo único que quieren es que les demos una excusa para reventarnos.

—Sí, no nos conviene. Total, de acá a unos días vamos a salir.

—¿Te parece?

—Pero sí, hermano. ¿No lo escuchaste al Tío?

—Ojalá. Pero me parece que éstos no nos van a dejar ir así como así.

En la televisión del cuartito, el presidente decía sus últimas palabras ante los legisladores:

—... ésta es la lealtad esencial que el pueblo espera de quienes fuimos elegidos por sus votos: no alterar. No adulterar. No traicionar. Ser esencialmente fieles a la voluntad popular. Así será.

En el Congreso estallaron los aplausos y los vivas a Perón y Cámpora. Mientras la Asamblea cantaba la marcha peronista, diez guardias se plantaron en la puerta del cuartito de escobas, prepotentes:

—Ya mismo se van a ir para las celdas.

—Sí señor, ya vamos.

Mientras salían, un pasillo de guardias los iba palpando y revisando. Ahora les tocaba esperar. Estaban muy nerviosos. Temían que, esa noche, los carceleros se rechiflaran y trataran de matarlos.

Era mediodía. En el Congreso, el presidente se preparó para salir hacia la Rosada, pero lo pararon porque llegaban versiones confusas, contradictorias, sobre los enfrentamientos en el Bajo:

—La situación está fuera de control, hay varios muertos.

—No, ya está, ya se acabó.

—Qué se va a acabar, hay corridas, están quemando coches.

El otro problema era que el cordón de infantes de marina a lo largo de la Avenida de Mayo había desaparecido. Al cabo de un rato, cuando confirmaron que los incidentes habían terminado, al menos por el momento, un locutor pidió por los altoparlantes que dejaran paso a Cámpora:

—Compañeros, abran camino para que nuestro presidente pueda encontrarse con su pueblo por la Avenida de Mayo. Les recuerdo que su deseo es trasladarse hasta la Casa de Gobierno junto con nosotros.

El presidente esperó media hora más pero el viaje en coche no parecía posible: el trayecto estaba ocupado por miles y miles de personas. Durante un rato discutieron la posibilidad de hacerlo igual y, hacia la una, Cámpora decidió ir en helicóptero. No sabía que, a esa altura, los militantes de la JP habían organizado un pasillo en todo el recorrido a lo largo de la Avenida de Mayo. Cuando su helicóptero sobrevoló la plaza para aterrizar en la Rosada, el presidente se llevó una bruta silbatina involuntaria: desde abajo, su helicóptero era igual que los policiales y militares que habían estado revoloteando toda la mañana, y nadie sabía quién era el pasajero.

Cámpora desembarcó en el techo de la casa de gobierno, recibido por una pequeña formación de granaderos. A esa altura, las autoridades ya habían decidido suspender el Te Deum y el desfile: era imposible hacerlos en esa plaza desbordante.

—Mi amor, qué ganas que tenía de estar así con vos.

—Sí, mi vida, tantas ganas.



En el penal de Villa Devoto las puertas de los pabellones se habían abierto y los presos andaban por donde querían. Muchos familiares también estaban adentro. Había saludos, reencuentros, algarabía sostenida, mucha felicidad. En algunas celdas, las rejas estaban tapadas con sábanas y, adentro, parejas tanto tiempo separadas se hacían el amor por primera vez en meses o años. Sergio Berlín ayudaba a María Antonia Berger y varios más a pintar uno de los grandes carteles, que decía Fuerzas Armadas Revolucionarias, para colgarlo en las ventanas del penal. Sus padres habían entrado esa mañana bien temprano con una provisión de botellas de whisky, vinos y cajas de forros, que los presos les habían pedido. La fiesta no se interrumpía, pero también había tensión y expectativa.

—¿Te parece que saldremos hoy?

—Loco, si no nos sueltan les rompemos todo.

Hacia el mediodía, los presos empezaron a organizarse para ocupar el penal. Acumularon colchones para quemar, catres para hacer barricadas, algunos pinchos para resistir si los guardias querían reducirlos. Cámpora había dicho que los presos tenían que salir y ellos no pensaban quedarse ni un día más en la cárcel.

Al fondo de la plaza, cerca del Cabildo por la Avenida de Mayo, casi no se podía caminar. Horacio González venía con sus compañeros de Flores cuando apareció un oficial de policía que había quedado separado de sus tropas y estaba, muerto de susto, con la gorra en la mano apretada contra el pecho, tartamudeando que lo dejaran ir, por favor, que no le hicieran nada. Le habían sacado la pistola y tenía un PV pintado en la espalda.

—Muchachos, tengan cuidado, en serio, por favor.

A su alrededor, seis o siete lo empujaban y lo gozaban un poco. Horacio se acercó y les dijo que lo dejaran ir. Pensaba que en medio de un momento tan grandioso pegarle a un policía era un poco mezquino. Los muchachos lo miraron, vieron el brazalete y decidieron hacerle caso. Horacio se quedó pensando en lo raro que era ayudar a un policía a escapar de los golpes, perdonarle la vida: la magnanimidad revolucionaria.

Un poco más cerca de la catedral, Elvio Vitali trataba de inventar consignas para la columna de la JUP, mientras sostenía uno de los cinco palos del gran cartel de la agrupación. Había una que gritaban mucho y casi no parecía política:

—¡Los peronistas joda, joda, joda,/ y los gorilas lloran, lloran, lloran!

La marcha peronista sonaba, detrás, todo el tiempo en los altoparlantes. La pasaban una y otra vez, sin parar, desde hacía horas.

—Che, ya debe ser como la centésima vez que nos meten la marcha.

Dijo Nicolás Casullo, riéndose, a un compañero suyo de *La Opinión* y el Bloque, el Yaya Azcona.

—Si siguen, vamos a terminar por aprenderla, ¿no?

La policía había desaparecido de la plaza y sus alrededores.

—Lo que pasa es que ahora no tienen nada que custodiar, Nicolás. Ahora somos nosotros los que tenemos que arreglárnoslas con todo esto. Por lo menos hoy, ahora.

—¿La autogestión, decís vos, o algo así?

En los costados de la plaza había guardias médicas de la Juventud Peronista que atendían a los desmayados o sofocados; para los casos más graves había ambulancias. Hacía horas que Nicolás daba vueltas por la plaza, se encontraba con gente, se abrazaban, se felicitaban, intercambiaban algún chiste y alguna información. Todos parecían felices, eufóricos.

—¡Qué maravilla, che, qué maravilla! Esto sí que es el principio de otro país...

Le decía Mercedes Depino a una compañera de la facultad. También ella había dado unas vueltas y había visto a mucha gente insólita:

—Hoy salieron todos, ¿eh? Los que se pasaron toda la dictadura debajo del colchón también vinieron, ahora que es fácil, ¿viste?

—Sí, están empezando a formar la agrupación 26 de Mayo. Vas a ver que ahí no va a faltar ninguno.

Graciela Daleo había venido con una columna de la unidad básica de Caseros y Rioja, en Parque Patricios, encabezada por una mujer en traje de novia que no paraba de bailar. De pronto, vio a un tipo que se trepaba a la pirámide de Mayo y creyó reconocerlo. El Flaco, a su lado, también lo identificó:

—Miralo a Carlos, ahí, trepando como un mono.

El padre Carlos Mugica seguía en buen estado atlético. Desde arriba de la pirámide se veía que, por la Avenida de Mayo, la gente llegaba compacta hasta la Nueve de Julio, y por las diagonales poco más o menos. Abajo, sudando y resoplando, unos cuatro mil vendedores ambulantes de café llegaron a servir trescientos mil vasitos. Alguien calculó que ese día, en la plaza, se gastaron cuatrocientos millones de pesos (trescientos mil dólares) y, sin embargo, casi nadie comió ni bebió durante esas siete u ocho horas y, para

colmo, nadie se dio cuenta. Los altoparlantes dejaron de pasar la marcha y una voz hizo anuncios de club de barrio:

—Queremos avisar que se encontró una cédula de identidad, número 6318173, y que está a disposición de su titular en...

Horacio reconoció la voz de Leonardo Bettanín, uno de sus viejos compañeros de Sociología, dirigente de la JP, y se sobresaltó: él no sabía que eran tan importantes. La voz del Perejil en los altavoces oficiales de la asunción del nuevo presidente fue un dato menor que lo hizo caer en la cuenta de que la presencia y las fuerzas de la Juventud Peronista, de los Montoneros, del movimiento del que formaba parte, eran mucho mayores que lo que él había imaginado.

Ahora, la voz en el altoparlante anunciaba los nuevos ministros. No había grandes sorpresas: era más o menos lo mismo que venían diciendo los rumores y versiones de esos días. Era un gabinete heterogéneo, que trataba de mantener un equilibrio entre los distintos sectores peronistas. El ministro de Trabajo, Ricardo Otero, era el secretario de la UOM Capital y vandomista de toda la vida. En Defensa y Justicia había dos políticos peronistas tradicionales, con ligeras diferencias entre sí: Ángel Robledo y Antonio Benítez. Jorge Taiana, en Educación, venía del mismo tronco pero tenía mejores relaciones con la Juventud Peronista. Esteban Righi en Interior y Juan Carlos Puig en Exteriores eran los dos ministros más jóvenes y camporistas, que aparecían como aliados posibles del peronismo revolucionario. José Ber Gelbard, patrón de la CGE, en Economía, debía representar al empresariado nacional. Y José López Rega, en Bienestar Social, era una designación directa del general: aunque sus alianzas habían sido erráticas, en las últimas semanas se estaba definiendo a favor de la derecha peronista, en contra de los Montoneros y sus aliados.

Horacio pensó que la designación de gente como López Rega lo tranquilizaba. Todo el resto de lo que pasaba a su alrededor era vertiginoso y excesivo. Era, sobre todo, un momento de gran placer: un nuevo poder que se abría a un sinfín de posibilidades nuevas. Pensaba que era demasiado, uno de esos sueños que no pueden sino ahogarse en sangre. Y la designación de López Rega ponía las cosas en una proporción más lógica. López Rega hacía que el país real también estuviera en el gobierno, y eso lo hacía más verosímil: más difícil.

En el salón de ceremonias de la Casa de Gobierno de Mendoza, don Alberto Martínez Baca acababa de tomar posesión de su cargo. El salón estaba en el sexto piso del edificio y, abajo, en la explanada miles de personas esperaban que el nuevo gobernador saliera a hablarles desde el balcón. Arriba había abrazos, felicitaciones, algarabía apenas contenida. Abajo no paraban los gritos. Susana Sanz había preferido quedarse abajo, con su gente; en el sexto, sus hijas habían subido con su padre y daban vueltas por todos lados. Don Alberto les tenía mucho cariño y, mientras seguía recibiendo saludos y parabienes le dio a Bernarda la banda y a Mariana el bastón de mando:

—A ver, princesas, ténganmelos un rato, que me pesan mucho.

En el estrado, Mariana y Bernarda le tironeaban la manga al nuevo gobernador:

—Don Alberto, ¿cuándo va a salir, que ahí afuera están esperando que usted les vaya a hablar?

Martínez Baca sabía que lo esperaban, pero algún asesor sindical le había dicho que no saliera, que en la plaza había enfrentamientos y que era mejor que él se mantuviera al margen. Ya estaba terminando la reunión cuando aparecieron los muchachos de San Rafael, con Guillermo a la cabeza, cantando por la patria socialista. Zapata, un dirigente sindical, lo vio llegar y lo abarajó de un puñetazo. Ahí se armó la batahola: los sindicalistas y los JP se pegaban por el salón de ceremonias, se corrían por las escaleras. Eran bravos: Zapata y alguno más quedaron internados. Un poco más tarde, cuando Susana se cruzó con Mendoza, el vicegobernador, secretario de los metalúrgicos, el hombre, con una sonrisa, en tono casi juguetón, la responsabilizó de todo:

—Doctora, pero cómo se le ocurre mandarnos a los muchachos...

—Juventud presente:/ Perón, Perón o muerte.

Hacía un rato que no había más incidentes. Y, de todas formas, la mayoría de los cientos de miles no habían tenido participación en ellos. Seguían los cantos, la algarabía:

—Yo te daré,/ te daré patria hermosa,/ te daré una cosa,/ una cosa que empiece con pé:/ ¡Perón!

Elvio Vitali estaba totalmente afónico y seguía gritando. Sí, sin duda era el mejor día de su vida. Y todavía faltaba un rato largo. Además, se sentía más peronista que nunca:

—¡Putá, qué lástima que no esté el Viejo acá para ver todo esto!

—No te preocupes, ya va a venir, y entonces le vamos a armar una mejor todavía.

Le contestaba el Tala, y seguían saltando.

—El Tío presidente,/ libertad a los combatientes.

Cantaba, un poco más allá, un grupo chico, y enseguida muchos miles se prendieron. Ese día todo era por miles. Con el pelo un poco largo y unos bigotes que no terminaban de crecerle, Carlos Goldenberg saltaba al ritmo de la consigna. Había llegado al país un par de meses antes y, desde entonces, estaba viviendo con su novia, la Gorda Mini Viñas y, clandestino, había empezado a organizar el trabajo de las FAR en el partido de General Sarmiento, en el gran Buenos Aires. La asunción del Tío lo emocionaba pero no podía aguantar la espera de varias horas o días que faltaban hasta poder reencontrarse con sus compañeros presos. No, no podían ser días. Tenía que ser esa misma noche. Carlos seguía saltando, y cantaba con más bronca cada vez. Sabía que no tenía que estar ahí, que era un riesgo innecesario, pero ni loco se hubiera perdido ese momento.

Era más de la una cuando los altoparlantes anunciaron la presencia de monseñor Antonio Caggiano, cardenal primado de la Argentina, y cientos de miles lo chirlaron. Cámpora ya estaba en un despacho de la Rosada, esperando el momento. A la una y media empezó la ceremonia en el Salón Blanco. El teniente general Lanusse apareció vestido de gala, con muchos entorchados y cara de velorio, rodeado por sus colegas de la Junta. En el estrado estaba el cardenal Caggiano, el arzobispo Aramburu, los ministros salientes, los entrantes, Cámpora, Solano Lima, Dorticós y Allende, que habían sido especialmente invitados. Cuando subía, Allende se cruzó con Caggiano: amagó saludarlo, pero el cardenal miró para otro lado, y el chileno siguió caminando. Abajo, el público de invitados gritaba Perón, Perón. Ahí estaban José Rucci, Antonio Cafiero, Lorenzo Miguel, Pino Solanas, Alfredo Gómez Morales, Raúl Matera, Osvaldo Papaleo, Irma Roy, Chunchuna Villafañe, José Sanfilippo, Ricardo De Luca, Carlos Mugica y otros ochocientos. El que no estaba era el presidente de Uruguay, Juan María Bordaberry, porque los militantes que custodiaban la entrada de la casa de Gobierno no lo habían dejado pasar; el secretario de Estado americano, William Rogers, decidió quedarse en su residencia cuando le contaron cómo estaba la calle.

El escribano Jorge Garrido empezó a leer un acta que nadie tenía mucho interés en escuchar. Cuando terminó, Cámpora y los tres comandantes la

firmaron. Entonces el presidente invitó a Allende a firmarla también. Los invitados gritaban Chile y Perón, un solo corazón. Después la firmó Dorticós:

—Cuba y Perón, un solo corazón.

El brigadier Rey y el almirante Coda le pasaron la banda presidencial, y Lanusse le entregó el bastón tratando de armar una sonrisa. Cuando Cámpora lo levantó, como un trofeo, el público gritó la marcha peronista revoleando los dedos en V contra la cara del general. Afuera, en la plaza, los cientos de miles gritaban Perón Perón, saltaban, se abrazaban. Por los altoparlantes, Bettanín lanzaba consignas:

—Chile, Cuba, el pueblo te saluda.

Que casi todos gritaron, y también:

—Mao, Perón, tercera posición.

En la plaza los cientos de miles esperaban que Cámpora saliera a hablar al famoso balcón. El balcón, a todo esto, estaba repleto de gente que se había ido trepando desde la calle. Adentro, en el Salón, los invitados se habían dispersado en corrillos que charlaban y se abrazaban. Todos tenían el pequeño escalofrío del momento histórico. Los tres comandantes se habían retirado muy discretos. Un edecán vino a avisarles que tenían un helicóptero preparado para irse. Rey y Coda subieron a tomarlo, pero Lanusse dijo que él se iba en coche:

—Yo no me ando escapando de nadie. Yo voy a salir por la misma puerta que entré.

Abajo, en la plaza, los cientos de miles vieron un helicóptero que despegaba. El helicóptero revoloteó un par de veces sobre la Rosada y, finalmente, puso proa hacia el norte. Las radios habían dicho que se llevaba a los comandantes y todas las miradas y los brazos se dirigieron hacia ellos, con amenaza, con revancha, con una promesa:

—¡Se van, se van, y nunca volverán! ¡Se van, se van, y nunca volverán!

Graciela y el Flaco se miraron pensando que seguramente volverían. Que faltaba mucho todavía y que si la guerra popular seguía adelante, los militares volverían y habría que volver a enfrentarlos, en otra etapa, de otra manera. Que esto era un respiro, un momento de felicidad, pero que nada estaba definido todavía. Un poco más allá, Horacio veía, en el techo de la Rosada, a Vitola, el puntero peronista del Bajo Flores, que se agarraba la panza simulando carcajadas mientras señalaba el helicóptero que se iba. Abajo, los miles seguían en un grito:

—¡Se van, se van, y nunca volverán!

**Continuará**

# Índice Onomástico

## A

Abal Medina, Fernando

Abal Medina, Juan M.

Ábalos, Carlos

Acosta, Aníbal

Adur, Jorge

Agusti, José

Ahumada, Casiana

Alarcón, Benigno

Alberti, Felipe

Alcón, Alfredo

Aldrin, Edwin

Alemán, Francisco

Alende, Oscar

Alfaro, Emilio

Alfonsín, Raúl

Algañaraz, Juan Carlos

Algañaraz, Julio

Almendra

Almeyda, Clodomiro

Almirón, Mónica

Alonso, Enrique

Alonso, José

Alsina Thevenet, Homero

Altamira, Fernando

Alterio, Héctor

Álvarez, Jorge

Álvarez, Tato

Allen, Woody

Allende, Salvador



Amarilla, «Negro»  
Amaya, Mario  
Ander Egg, Ezequiel  
Anderson, Jack  
Andreotti, Giulio  
Antonio, Jorge  
Anzorregui, Hugo  
Ara, Pedro  
Aramburu, Juan Carlos  
Aramburu, Pedro Eugenio  
Arco Iris  
Ardetti, Enrique  
Argüelles, contraalmirante  
Argumedo, Alcira  
Arias Noriega, María de las Mercedes (Marimé)  
Aricó, José  
Arizmendi, Rodney  
Armada, Alfonso  
Armanini, Antonio  
Armstrong, Neil  
Arrostito, Nélida  
Arrostito, Norma  
Astiz, Alfredo  
Astrada, Carlos  
Astudillo, Carlos  
Asúa, César  
Avilés, Lucho  
Aylwin, Patricio  
Azcone, Yaya  
Azcurra, Fernando

## **B**

Baffi, Juan  
Bagué, Mario  
Balbín, Ricardo (el Chino)  
Balbuena, Daniel  
Baldú, Alejandro

Baltiérrez, Rodolfo  
Banzas, Maricarmen  
Bárbaro, Julio  
Barbieri, Leandro (Gato)  
Barrado, Fernando  
Barraza, Jorge  
Barreiro, Norma  
Barrios, Rubén Ángel  
Barroni, Pedro  
Bas, Bernardo  
Basaín, Carlos  
Basualdo, Pedro  
Bauleo, Armando  
Bayer, Osvaldo  
Becerra, Carlos  
Becerra, Raúl  
Bella, Jorge  
Bella, Rolando  
Belloni, Manuel  
Benedetti, Mario  
Benítez, Antonio  
Benítez, Fernando  
Benítez, Hernán  
Benvenuto, Nino  
Bergara Leumann, Horacio  
Berger, María Antonia  
Bergman, Ingmar  
Berisso, Emilio  
Berlín, León  
Berlín, Sergio  
Berlingieri-Federico-Cabarcos, trío  
Bernetti, Jorge  
Bernstein, Carl  
Bettanín, Leonardo  
Bianculli, Osvaldo  
Bianchiotto, Quico  
Bidegain, Oscar  
Bittel, Deolindo

Black, César  
Boal, Augusto  
Bonamín, Víctor  
Bonasso, Miguel  
Bond, Billy  
Bonet, Pedro  
Bordaberry, Juan María  
Borges, Graciela  
Borges, Jorge Luis  
Borowczyk, Valerian  
Bortnik, Aída  
Brando, Luisina  
Brando, Marlon  
Brandoni, Luis  
Brandt, Willy  
BrasESCO, Luis  
Bravo, Soledad  
Breccia, Alberto  
Brezhnev, Leonid  
Bringuer Ayala, Julio  
Briski, Norman  
Brizzi, José Luis  
Bruzzo, Alicia  
Busquet Serra, Miguel  
Bussi de Allende, Hortensia  
Bustos Fierro, Raúl

## C

Caamaño Deno, Francisco  
Cabanillas, Héctor  
Cabiche, Roberto  
Cabo, Armando  
Cabo, Dardo  
Cabral, Donald  
Cabral, Facundo  
Cabrera, Gerardo  
Cáceres Monié, Jorge

Cafati, Jorge  
Cafiero, Antonio  
Caggiano, Antonio  
Caicedo, Franklin  
Calderón, Horacio  
Caletti, Sergio  
Calvino, Italo  
Calley, William  
Cámara, Helder  
Cambareri, Bruno  
Campero, Ricardo  
Cámpora, Héctor José (el Tío)  
Cámpora, Mario  
Camps, Alberto  
Caparrós, Antonio  
Capdevila, Pepe  
Capello, Eduardo  
Capuano Martínez, Carlos  
Carazo, Alfredo  
Carbone, Alberto  
Carcagno, Jorge  
Cárdenas, Roberto  
Cardozo, José  
Caride, Carlos  
Carri, José  
Carri, Roberto  
Carsoglio, Cuqui  
Castillo, Cátulo  
Castiñeira de Dios, José  
Castro, Fidel  
Castro, Juan Carlos  
Castrogiovanni, José Luis (el Mono)  
Casullo, Nicolás  
Cavalari, Juan  
Cavalli, Carlos  
Cazes Camarero, Pedro  
Cedrón, Juan (Tata)  
Cepeda, Alfredo

Cepernic, Jorge  
Ceretti, Jorge  
Cerrutti, Juan Carlos  
Clay, Cassius [Mohammed Alí]  
Colotto, Jorge  
Collins, Michael  
Concurat, Sebastián (el Jote)  
Conti, Jorge  
Contreras, José  
Cooke, John William (el Bebe)  
Copi [Raúl N. Damonte Taborda]  
Corbalán, Peni  
Coria, Rogelio  
Cornaglia, Ricardo  
Cornicelli, coronel  
Correa, Adolfo  
Correa, Alejandro  
Cortázar, Julio F.  
Cosín, Juan  
Cossa, Roberto  
Costa Méndez, Nicanor  
Costa, Emiliano  
Cozarinsky, Edgardo  
Creuza, María  
Cruz, Benjamín (Benjo)  
Cuarteto Cedrón  
Chamizo, Raúl  
Charrière, Henri  
Chaves, Héctor (el Petiso)  
Cherkoff, Carlos  
Chernikoff, Rudy  
Chonchol, Jacques  
Chou En Lai  
Chúa, Antonio

## **D**

Dagnino Pastore, José María

Daleo, Graciela  
Dalia, Lucio  
Dalle Nogare, Victorio  
Damiani, Damiano  
Daumer, Will  
Dauvernet, Héctor  
David, Mario  
de Beauvoir, Simone  
de Biedma, Jaime Gil  
de Casasbellas, Ramiro  
de Gaulle, Charles  
de la Rúa, Fernando  
de la Torre, Raúl  
de Laferrère, Marcelo  
De Lío, Ubaldo  
De Luca, Ricardo  
de Moraes, Vinicius  
de Sica, Vittorio  
Debenedetti, Gabriel (el Tordito)  
Debenedetti, Osvaldo (Tordo)  
Debray, Regis  
del Carril, Hugo  
del Güercio, Emilio  
Del Rey, Carlos Alberto (Lobo)  
Del Val, Juan Carlos  
Deleuze, Gilles  
Delfino, Liliana  
Delfino, Mario  
D'Elía, Miguel  
Della Nave, Carlos  
Demiddi, Alberto  
Deng Hsiao Ping  
Depino, capitán  
Depino, Mercedes  
Desell, Paulette Marie  
Devoto, Alberto  
Di Paola, Jorge  
Di Pasquale, Jorge

Di Stefano, Ítalo  
Di Tella, Guido  
Di Toffino, Tomás (Gordo)  
Díaz Bialet, Alejandro  
Díaz Loza, Florentino  
Díaz Ortiz, Santiago  
Díaz, «Chango»  
Díaz, «Chiquito»  
Díaz, Florencio  
Diez, Rolando (Rolo)  
Distéfano, obispo  
Donald [Donald Mc Cluskey]  
Dorfman, Ariel  
Dorticós, Osvaldo  
Dreyfus, Alfred  
Dri, Bernardo  
Duarte, Elisa  
Duarte, Herminia  
Duhalde, Eduardo Luis  
Duras, Marguerite

## **E**

Echeverría, Luis  
Egea, Daniel  
Eguren, Alicia  
Einaudi, Giulio  
El Kadri, Envar (Cacho)  
Eliashev, José (Pepe)  
Elizalde Leal, Alberto C.  
Elizalde Leal, Elena  
Enríquez, Miguel  
Enzensberger, Hans Magnus  
Erro, Enrique  
Escribano, Claudio  
Estévez Boero, Guillermo

## F

Fabián, Néstor  
Fajardo, Saúl  
Fanzoni, Bruno  
Fariás Gómez, Marián  
Fava, Athos  
Feced, Agustín  
Feinmann, José Pablo  
Feli, Chafí  
Fernández de Rosa, Alberto  
Fernández Palmeiro, Gonzalo  
Fernández Palmeiro, Víctor (el Gallego)  
Fernández Valoni, José Luis  
Fernández, Antonio del Carmen (Negro)  
Ferrer, Aldo  
Ferreyra, Alejandro  
Ferreyra, Guillermo (Pistín)  
Ferreyra, Norma  
Filler, Silvia  
Finoli, Horacio  
Fiorentini, Carlos  
Firmenich, Mario  
Fischer, Bobby  
Flores, Gregorio  
Floria, Carlos  
Fonseca, Pichila  
Fontova, Horacio  
Ford Coppola, Francis  
Fossati, Ernesto  
Fosse, Bob  
Fotti, Eduardo  
Francis, Freddy  
Franco, Francisco  
Franco, Juan Pablo  
Frondizi, Arturo  
Frondizi, Diego



Fronдizi, Risieri  
Fronдizi, Silvio  
Fucik, Julius  
Fuentes, Carlos

## G

Gabis, Claudio  
Gabrielli, José  
Gaibur, Jacinto (el Gordo)  
Gaitán, Pancho  
Galeano, Eduardo  
Galimberti, Rodolfo  
Galtieri, Leopoldo  
Gálvez, Oscar  
Galli, Mario  
Gammond, Eduardo  
Garavaglia, Juan Carlos  
Garay, Héctor (Gallego)  
García Canclini, Néstor  
García Elorrio, Juan  
García Lupo, Rogelio  
García Márquez, Gabriel  
García, Charly  
García, Germán  
García, Héctor Ricardo  
García, Rodolfo  
García, Rosendo  
García, Susana (Gallega)  
Garrastazu Medici, Emilio  
Garrido, Jorge  
Gasalla, Antonio  
Gazzera, Miguel  
Gelbard, José Ber  
Gelblung, Samuel (Chiche)  
Gelín, Liliana  
Gelman, Juan  
Gené, Juan Carlos

Gerale, Ceferino  
Germán, Carlos  
Getino, Octavio  
Ghioldi, Rodolfo  
Giesso, Mario  
Gil de Aragón, Susana  
Giménez, Susana  
Giussani, Pablo  
Gnavi, Pedro  
Goldenberg, Carlos (Andresito)  
Goldenberg, Isabel  
Goldenberg, Liliana  
Gómez Centurión, Luis  
Gómez Miranda, Florentina  
Gómez Morales, Alfredo  
Gómez Otero, teniente  
Gómez, Ramón (Cachorro)  
González Colombo, Albino  
González, Horacio  
González, Norberto  
Goñi, Gabriel  
Gorriarán Merlo, Enrique (Pelado)  
Gorz, André  
Goyeneche, Roberto  
Goytisoló, Juan  
Grabois, Roberto (Pajarito)  
Gramsci, Antonio  
Grassi, Ricardo  
Greer, Germaine  
Grondona, Julio  
Grondona, Mariano  
Grosso, Carlos  
Guagnini, Luis  
Guana, Héctor (Tito)  
Guardo, Ricardo  
Guerrero Martinheitz, Hugo  
Guevara, Alfredo  
Guevara, Ernesto (Che)

Guevara, Nacha  
Guillén, Nicolás  
Guimaraes Rosa, João  
Gullo, Juan Carlos Dante  
Guozden, Helvio  
Guzzo Conte Grand, Raúl

## H

Haidar, Ricardo  
Halac, Ricardo  
Harnecker, Marta  
Heker, Daniel  
Heker, Liliana  
Heredia, Víctor  
Hernández Arregui, Juan J.  
Hernández, Mario  
Herrera, Cacho  
Herrerias, Casildo  
Hersh, Seymour  
Hirsch, Mario  
Hitchcock, Alfred  
Ho Chi Minh  
Hobert, Carlos  
Hopen, Daniel  
Horangel  
Huasi, Julio  
Huerta, Ramón  
Hussein, rey de Jordania

## I

Ibáñez, Jorge  
Ibarlucía, Jorge  
Illia, Arturo U.  
Imaz, Francisco  
Iñíguez, Miguel Ángel  
Iribarne, capitán

Iribarren, Héctor  
Iscaro, Rubens

## **J**

Jáuregui, Emilio  
Jauretche, Arturo  
Jauretche, Ernesto

## **K**

Kamín, Jorge  
Karakachoff, Diego  
Karakachoff, Martín  
Karakachoff, Sergio (el Ruso)  
Keaton, Diane  
Kelly, Guillermo Patricio  
Kennedy, Edward  
Kennedy, John F.  
Kennedy, Norma  
Kesselman, Hernán  
Kestelboim, Mario  
Kissinger, Henry  
Klachko, Mario  
Kloosterman, Dirk  
Kohon, Alfredo (Vieja)  
Kraiselburd, Raúl  
Krieger Vasena, Adalbert  
Krivine, Alain  
Kurosawa, Akira

## **L**

Lamborghini, Leónidas  
Landi, Oscar  
Landrú  
Lanusse, Alejandro A.

Lanusse, Antonio  
Lanusse, Pedro  
Laprida, general  
Lauroni, Gringo  
Le Parc, Julio  
Lebedev, Jorge  
Lebensohn, Moisés  
Lebrón, Carlos  
Lebrón, Jorge  
Lectoure, Juan Carlos (Tito)  
Lechín Oquendo, Juan  
Ledesma, Juan  
Legrand, Mirtha  
Legrand, Silvia  
Leguizamón, Gustavo (Cuchi)  
Leguizamón, Ramiro (el Hippie)  
Leiris, Michel  
Lemme, Ricardo  
Lenin [Vladimir I. Ulianov]  
Lennon, John  
Lernoud, Alberto R. (Pipo)  
Les Luthiers  
Lesgart, Susana  
Levingston, Roberto  
Lezcano, Manuel  
Licastro, Julián  
Liffschitz, Norberto  
Lima Quintana, Hamlet  
Lodge, John  
Logiuratto, Haroldo  
López Aufranc, Alcides  
López Rega, José  
López, Atilio  
López, subcomisario  
Los Gatos  
Lovey, Osvaldo  
Lozada, Salvador  
Ludueña, Julio

Lugones, Susana (Pirí)  
Luna, Héctor  
Luxemburgo, Rosa  
Lynch, Marta L. Frigerio de  
Lynch, Ramiro  
Llambí, Benito  
Llorente, Alberto  
Lloyd Weber, Andrew

## **M**

Macera, Carlos  
Maestre, Juan Pablo  
Maguid, Carlos  
Malamud, Marina  
Malraux, André  
Mallea, Luis  
Manal  
Mandel, Ernest  
Mandela, Nelson  
Manrique, Chicho  
Manrique, Francisco  
Manson, Charles (Satán)  
Manzi, Homero  
Mao Tse Tung  
Maraini, Dacia  
Marbiz, Julio  
Marcel, Hugo  
Marcos, Jorge  
Marchese, Elsa  
Marechal, Leopoldo  
Margaride, Luis  
Marini, Alberto  
Marsé, Juan  
Martelli, Juan Carlos  
Martínez Agüero, Polo  
Martínez Baca, Alberto  
Martínez de Hoz, José Alfredo

Martínez de Perón, María Estela (Isabel)  
Martínez Perriá, José  
Martínez, Ezequiel  
Martínez, Tomás Eloy  
Martini, Adolfo  
Martini, Alfredo  
Martins, Néstor  
Maspero, François  
Mastinú, «Tano»  
Mastronardi, Carlos  
Mateos, Miguel  
Matera, Raúl  
Mattelart, Armand  
Maza, Emilio  
Mazzaferro, Lili  
McGovern, George  
Mederos, Rodolfo  
Meinvielle, Julio  
Meira, Osvaldo  
Mena, Domingo  
Mena, José  
Mendizábal, Horacio  
Mendoza, Luis  
Menem, Carlos  
Menna, Máximo  
Mentesana, Juan  
Menucci, Luis (Colorado)  
Mera Figueroa, Julio  
Merbilháa, Eduardo  
Merck, Bruno  
Mestre, Carlos A. (Nito)  
Metz, Oscar  
Migré, Alberto  
Miguel, Lorenzo  
Miller, Arthur  
Miller, Henry  
Minujín, Marta  
Misetich, Mirta

Mitre, Bartolomé  
Molfino, Miguel  
Molina, Alberto  
Molina, Chacho  
Molina, Horacio  
Molinari, Edelmiro  
Molinari, Ricardo  
Monsiváis, Carlos  
Montes, Jorge  
Monteverde, Mario  
Monti, Ricardo  
Monzón, Carlos  
Mor Roig, Arturo  
Moravia, Alberto  
Moreau, Leopoldo  
Morello, Norma  
Moreno, Zully  
Moris  
Mouzo, Carlos  
Moyano Llerena, Carlos  
Mugica, Carlos  
Mujica Láinez, Manuel  
Mundstock, Marcos  
Muñiz Barreto, Diego  
Muñoz, teniente coronel  
Muraro, Heriberto  
Murúa, Arnaldo  
Murúa, Lautaro

## **N**

Nadeau, Maurice  
Naón, Carlos  
Nasser, Gamal Abdel  
Navarro, José Sabino  
Navarro, Sabino  
Nazer, Jorge  
Nebbia, Litto



Nell, José Luis  
Neruda, Pablo  
Neustadt, Bernardo  
Niembro, Paulino  
Nixon, Richard  
Nosiglia, Enrique (Coti)

## O

O'Donnell, Guillermo  
O'Farrell, Justino  
Obeid, Jorge  
Obregón Cano, Ricardo  
Ocampo, Victoria  
Ochoa, Arnaldo  
Odoriz, Silvia  
Oesterheld, Héctor  
Ojeda, comisario  
Olivera, «Águila»  
Olmedo, Carlos (el Jose)  
Olmos, Sabina  
Olson, Gunnar  
Ondarts, Raúl  
Onetti, Juan Carlos  
Onganía, Juan Carlos  
Ongaro, Raimundo  
Ono, Yoko  
Orfila, general  
Oropel, Jorge  
Ortega Peña, Rodolfo  
Ortega, Ramón (Palito)  
Ortiz, Osvaldo  
Ortolani, Luis (Nono)  
Orueta, agente de inteligencia aeronáutica  
Osatinsky, Marcos  
Otero, Cacho  
Otero, Ricardo  
Ovando Candía, Alfredo

## **P**

Pacino, Alfredo James (Al)

Pacheco, José Emilio

Padilla, Haydée

Padilla, Heberto

Páez Rodríguez, Carlos

Palacios, Horacio

Paladino, Jorge Daniel

Palet, Mario

Pandolfi, Rodolfo

Papaleo, Osvaldo

Pappo

Parra, Violeta

Parrado, Fernando

Pasolini, Pier Paolo

Pasquini Durán, José M.

Paulo VI

Paz, Eduardo

Peccei, Aurelio

Pedrini, Ferdinando

Pedro y Pablo

Pellegrini, Aldo

Penayo, Jeremías

Peralta, Amanda

Peralta, Carlos

Perciavalle, Carlos

Peressini, Raúl

Perliger, Luis

Perón, Juan Domingo

Pessah, Héctor

Petroni, Carlos

Petrosián, Tigrán

Peyrou, Oscar

Pezzoni, Enrique

Pichon Rivière, Enrique

Pichon Rivière, Marcelo

Piégari, Carlos  
Piero  
Piglia, Ricardo  
Pinky  
Piñeiro, Manuel  
Piro, Osvaldo  
Pissarello, Ángel  
Pla, Roger  
Place, Clarisa Lea  
Plaza, Ramón  
Podestá, Alberto  
Podestá, Jerónimo  
Polanski, Roman  
Polti, Miguel Ángel (Frichu)  
Polti, Pepe  
Pomar, Manuel  
Ponce de León, Pepe  
Pons Bedoya, Enrique A.  
Portal, Raúl  
Portantiero, Juan Carlos  
Portnoy, Ana  
Porto, Jesús  
Potof, almirante  
Poutien, Arsenio  
Prada, Oscar  
Praino, Miguel  
Prats, Carlos  
Prebisch, Raúl  
Prémoli, Luis  
Prieto, Antonio  
Prieto, Helios  
Primatesta, Raúl  
Provenzano, Julio  
Puente, Armando  
Pugliese, comisario  
Puig, Arturo  
Puig, Juan Carlos  
Puig, Manuel

Puigbó, Raúl  
Puiggrós, Rodolfo  
Pujadas, Mariano  
Pujals, Luis  
Puzzovio, Dalila

## Q

Quieto, Roberto  
Quijada, Hermes  
Quiroga, Juez  
Quiroga, Ramón

## R

Rabanal, Rodolfo  
Ragone, Miguel  
Raimon  
Ramondetti, Miguel  
Ramos, David  
Ramus, Carlos  
Reagan, Ronald  
Rearte, Gustavo  
Reed, Dean  
Repetto, Armando  
Resnais, Alain  
Retti, Luis  
Revelli-Beaumont, Luchino  
Rey, Norberto  
Reyna, Jorge  
Rice, Tim  
Richardson, Elliot  
Righi, Esteban  
Rinaldi, Susana  
Ríos, José (Cabezón)  
Ríos, Oscar  
Risi, Dino  
Rivas, Hugo

Rivero, Edmundo  
Roa Bastos, Augusto  
Roa, Ricardo  
Roberts, Milton  
Robledo Puch, Carlos Eduardo  
Robledo, Ángel  
Rocard, Michel  
Rockefeller, Nelson  
Rodeiro, Luis  
Rodrigué, Emilio  
Rodríguez Arias, Alfredo  
Rodríguez, Alberto  
Rodríguez, Carlos Rafael  
Rodríguez, José  
Rodríguez, Manuel  
Rodríguez, Virginia  
Rogers, William  
Rojas Silveyra, Jorge  
Rojas, José Luis  
Romay, Alejandro  
Romero Brest, Jorge  
Romero, Fernando  
Romero, Julio  
Romero, Lecio  
Ropero, Cacho  
Rosa Giménez, Ramón  
Rosa, José María  
Rosenberg, Martha  
Rosental, Silvia  
Ross, Marilina  
Rossanda, Rossana  
Roy, Claude  
Roy, Irma  
Rozitchner, León  
Rucci, José I.  
Rudni, Silvia  
Ruiz, Ramón  
Rulfo, Juan

Russell, Bertrand

## S

Sáa, Edgar

Sábat, Hermenegildo (Menchi)

Sabato, Ernesto

Sabelli, María Angélica (la Petisa)

Sáenz, Dalmiro

Saint Jean, Ibérico

Sajón, Edgardo

Salamanca, René

Salas, comisario

Salas, Horacio

Salas, Mariano

Salgán, Horacio

Salomón, Yorga

Sallustro, Oberdan

Sánchez de Bustamante, Tomás

Sánchez Sorondo, Marcelo

Sánchez, Claudia

Sánchez, Juan Carlos

Sánchez, Waldemar

Sanfilippo, José

Sanguinetti, capitán

Sanjurjo, Negro

Sanmartino, mayor

Santa Cruz, Abel

Santucho, Mario

Sanz, Susana

Sarlo, Beatriz

Sarraute, Nathalie

Sartre, Jean-Paul

Sbarra Mitre, Oscar

Scalabrini Ortiz, Raúl

Scipione, Antonio

Schavelzon, Guillermo

Schmidt, Guiomar

Schóo, Ernesto  
Schmucler, Héctor  
Semprún, Jorge  
Sendic, Raúl  
Serrat, Joan Manuel  
Sexteto Tango  
Sigal, Eduardo  
Silva Henríquez, Raúl  
Simó, Alejo  
Sinigaglia, Roberto  
Sinigaglia, Rodolfo  
Socolovsky, Mónica  
Sofovich, Gerardo  
Solanas, Fernando (Pino)  
Solano Lima, Vicente  
Solari Yrigoyen, Hipólito  
Solyenitsin, Alexandr  
Somoza, Héctor  
Sontag, Susan  
Sorge, Víctor  
Soriano, José Carlos (Pepe)  
Soriano, Osvaldo  
Sosa, Chango  
Sosa, Luis  
Spinetta, Luis Alberto  
Spock, Benjamín  
Squirru, Carlos  
Staiff, Kive  
Stampone, Héctor Luciano  
Stamponi, Atilio  
Storani, Conrado  
Storani, Federico (Fredí)  
Stroessner, Alfredo  
Stroscio, César  
Suárez, Edgardo  
Suárez, Humberto  
Suárez, Rubén  
Sui Generis

Sullyng, Fernando  
Sversek, Enrique  
Sweezy, Paul  
Sylvester, Stanley

## T

Taborda, José  
Taborda, Liana  
Tacone, Juan José  
Taiana, Jorge  
Talento, Miguel (Pancho)  
Talesnik, Ricardo  
Tanguito  
Tapia, Roberto  
Tarasiuk, Ana  
Tarsitano, Carlos  
Tate, Sharon  
Tcherkaski, Osvaldo  
Tejada Gómez, Armando  
Tejerina, Juan Domingo  
Tenco, Luigi  
Terragno, Rodolfo  
Teruggi, Domingo  
Tessio, Aldo  
Teste, «Colorado»  
The Beatles  
The Rolling Stones  
Tiffenberg, Jacobo  
Tiffenberg, Mónica  
Timerman, Jacobo  
Tinayre, Daniel  
Togliatti, Palmiro  
Tolchinsky, Daniel  
Toquinho  
Torazzo, Enrique  
Torres Agüero, Leopoldo  
Torres Molina, Ramón



Torres Molina, Segundo  
Torres, Elpidio  
Torres, Fernando  
Tortolo, Adolfo  
Tosco, Agustín (Gringo)  
Tosco, Nélica  
Toschi, Humberto (Gringo)  
Trafal, «Flaco»  
Trailes, Henny  
Troiani, Osiris  
Troilo, Aníbal  
Trotsky, León  
Trovatto, Carlos  
Troxler, Julio

## U

Ulanovsky, Carlos  
Ulla, Alejandro  
Ulla, Jorge  
Ulloa, Fernando  
Uriburu, José Camilo  
Uriburu, José Evaristo  
Urien, Facundo  
Urien, Julio César  
Urien, Julio  
Urondo, Claudia  
Urondo, Francisco (Paco)  
Urteaga, Benito (Mariano)

## V

Vaca Narvaja, Fernando  
Valente, José Ángel  
Valenzuela, Juan  
Valle, Juan José  
Valle, Susana  
Vallese, Felipe

Vandor, Augusto T.  
Vanoli, Jorge  
Vanoni, Ornella  
Vanrell, «Trucha»  
Vargas Llosa, Mario  
Vázquez, Jorge  
Vázquez, Nelly  
Velasco, Filomeno  
Vélez, Ignacio  
Venencio, Luis  
Ventura, José Pablo (el Tala)  
Verbitsky, Horacio  
Verd, Abel  
Verdinelli, Néstor  
Vergel, comisario  
Vernazza, Jorge  
Verrier, María Cristina  
Viale (Negro)  
Viale, Aníbal  
Vidal, Armando  
Viglietti, Daniel  
Vignatti, Alejandro  
Vilgione, Atilio  
Villafaña, Elba (Chunchuna)  
Villaflor, Raúl (el Negro)  
Villagra, Agustín  
Villanueva, Ernesto  
Villar, Alberto  
Villarreal, Ana María (la Sayo)  
Viñas, Adelaida (Mini)  
Viñas, David  
Viñas, Ismael  
Vique, Julio  
Vitali, Elvio  
Vitali, Ricardo  
Vitola, Juan  
Vittar, Rodolfo (Rody)  
Vocos Lezcano, Juan

Vogelius, Federico  
von Spreti, Karl  
Vox Dei

## **W**

Wadleigh, Mike  
Walker, Enrique (Jarito)  
Walsh, Rodolfo  
Walsh, Victoria (Vicki)  
Weiss, Peter  
Wertmüller, Lina  
Wiessen, Ana  
Woodward, Bob

## **Z**

Zabala, Andrés  
Zadán, Demetrio  
Zanicchi, Iva  
Zenteno, Nildo  
Zimmermann, Susana  
Zito Lema, Vicente  
Zorila, Constantino  
Zurdo, Raúl